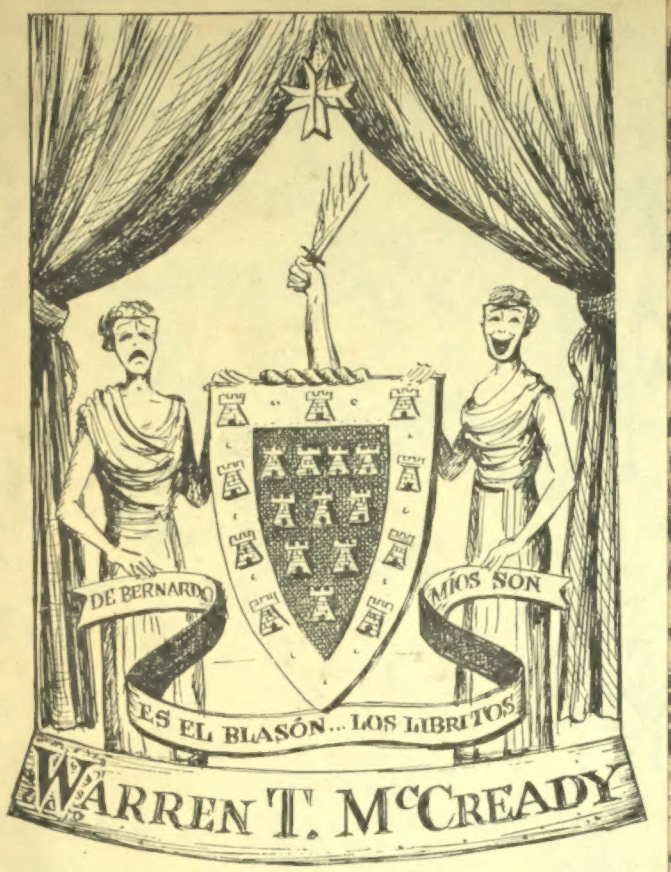
UNIVERSITY OF ST. MICHAEL'S COLLEGE
3 1761 01963148 0


DE BERNARDO
MÍOS SON
ES EL BLASÓN... LOS LIBRITOS
WARREN T. McCREADY

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO XIV

COMEDIAS NOVELESCAS

SEGUNDA SECCION

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
PASEO DE SAN VICENTE, NÚMERO 20

1913

N.º de la procedencia

UNTA DELEGADA
DEL
ESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
iblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

XIV

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO XIV

COMEDIAS NOVELESCAS

SEGUNDA SECCION

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
PASEO DE SAN VICENTE, NÚMERO 20

1913

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO XIV

COMEDIAS NOVELESCAS

SEGUNDA SECCIÓN

MADRID

ADVERTENCIA

Salen á luz los tomos XIV y XV de las Obras de Lope de Vega sin las *Observaciones preliminares* que se anuncian en la tabla y debían acompañarlos, porque la muerte impidió al Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo escribirlas, según vino haciendo con respecto á los volúmenes anteriores. No consta á la Academia tampoco que haya dejado notas ó apuntes para ellas.

Esto no obstante, ha creído conveniente la Academia dar al público estos dos tomos, impresos hace algunos años, porque van en ellos dramas de los más importantes de Lope, y otros son de los menos conocidos por su gran rareza bibliográfica

LA FUERZA LASTIMOSA

LA FUERZA LASTIMOSA

PERSONAS

La infanta Dionisia.
El conde Enrique.
El duque Otavio.
El Rey de Irlanda.
Belardo. Hortensio. — *Criados del conde Enrique.*
Clenardo, *Secretario del Rey.*
Celinda, *dama de la Infanta.*
El marqués Fabio.
Isabela, *mujer del conde Enrique.*
Don Juan, *niño, su hijo.*
Otros dos niños.
Polibio. Tereo. — *Criados del duque Otavio.*
El Conde de Barcelona.
Lucindo. Fenicio. — *Soldados españoles.*
El capitán Carlos, *español.*
Dos villanos.
Dos pescadores.
Músicos.
Damas.—Soldados.

ACTO PRIMERO.

La infanta Dionisia, de caza, con un venablo en la mano.

DIONISIA.

Si por sendas tan estrechas
Al ligero viento igualas,
Que yo soy viento sospechas,
Ó muestras que llevas alas
En las plumas de mis flechas.
Párate, ciervo, un momento,
Á ver mi cansancio atento,
Si algún descanso te da:
¿Piensas que siguiendo va
Tu curso mi pensamiento?
¡Oh notable ligereza,
Que á la del tiempo equipara
La común naturaleza!
Ya en aquellas aguas para,
Bañando pies y cabeza.
¡Dichoso tú, que, afligido,
Llegaste al centro querido
Dese arroyo puro y manso!
Que tarde llega al descanso
Un corazón afligido.

El conde Enrique, de caza.

ENRIQUE.

Sin ver á la Infanta.

Enramadas arboledas,
Hiedra que las vas vistiendo,
Y por sus ramas te enredas;
Aguas que, estando corriendo,
Parece que os estáis quedas;
Sombras que el temor alteran,
Y contra el sol perseveran;
Montes, de aspereza llenos,
Para pensamientos buenos,
Si en vosotros se perdieran:
Veis aquí un hombre dichoso
Si no estuviera confuso;
Pero el punto venturoso
En que mi estrella me puso,
Tiene el fin dificultoso.
Donde el alma apenas toca,
En una fortuna loca,

Soy Tántalo de mi bien;
Que, por más que me le den,
No puedo llegar la boca.

DIONISIA.

¡Enrique!

ENRIQUE.

Señora mía.....
No en balde esta fuente hermosa
Sus márgenes excedía,
Y con envidia, la rosa
Más vivo color tenía.
No en balde el viento le daba
Música al monte, y tocaba
Estas hojas á concierto.
No en balde el sol descubierto
Las verdes cumbres doraba.
No en balde este claro río,
Detenido entre esas piedras,
Paraba su curso frío,
Y abrazaban estas hiedras
Este olmo, retrato mío.
No en balde por ver, señora,
Aquesas plantas ligeras,
Todas las flores agora
Se quitan las vidrieras
Del rocío de la aurora.
No en balde estaba este prado
De más cambiantes pintado
Que del cielo el arrebol,
Sirviendo de alfombra al sol,
Adonde está reclinado;
Que esas estrellas dichosas
Alegran, con dar sus lumbres,
Al sol, montes, fuentes, rosas,
Olmos, ríos, hiedras, cumbres,
Prados y flores hermosas.

DIONISIA.

Mucho aquestas soledades
Me obligan á que te diga
Del alma grandes verdades.

ENRIQUE.

Harto más mi fe te obliga
Si á mi amor te persüades.
No mires á tu valor;
Aparta de tu grandeza
Los ojos de mi favor:
Que no viendo mi bajeza,
Es la distancia menor.
Quien en alto está subido,
Ya no es bien que mire al suelo:
Que no me mires te pido,
Que soy suelo dese cielo,
De mil estrellas vestido.
De amor las ciertas señales
Es igualar desiguales;
Que en su mano celestial
Tiene una balanza igual,
Que hace las almas iguales.

DIONISIA.

Conde, si tanta humildad
Os detiene á mi valor
Para tener igualdad,
Pensaré de vuestro amor
Que no me tratáis verdad;
Que como no he de tener
En pensamiento jamás
Que menos pudisteis ser,
Vos os habéis de atrever
Á no pensar que soy más.

ENRIQUE.

¡Oh divino entendimiento!
¡Por qué camino ha igualado
Su amor y mi pensamiento,
Y á su grandeza animado
Mi cobarde atrevimiento!

DIONISIA.

Dejemos divinidades
Y la grandeza humanemos;
Desnudemos las verdades,
Y, si es posible, juntemos
Á un alma dos voluntades.

ENRIQUE.

Decid, mi bien, que aquí estoy.

Bajan la voz.

El duque Otavio. Enrique y Dionisia, sin verle.

OTAVIO.

Para sí, sin reparar en la Infanta y el Conde.

Siguiendo mi suerte voy,
Perseguido de una fiera,
Que hasta que en sus manos muera,
Ignorante Adonis soy.
¿Quién ha visto que el que caza
Vaya de la fiera huyendo
Como del toro en la plaza,
Sino yo, que voy siguiendo
La que mi muerte amenaza?
¿Qué fuerza puede tener
Contra un hombre una mujer?
Pero, pues que vence á un hombre,
Sin duda es fuerza del nombre,
Que no valor de su ser.
No es la fortuna importuna
Porque tiene fuerza alguna,
Ni la muerte tiene ser;
Mata el nombre de mujer,
Si lo son muerte y fortuna.
Puso gran virtud el cielo
En palabras, piedras, yerbas,
Que dice y que tiene el suelo;
Y aquí, fiero amor, reservas
Tu poder de fuego y hielo.
En la yerba de tu flecha
Hay virtud, piedra en el pecho
Que adoro, y que no aprovecho;
Pero palabras han hecho
Más daño que se sospecha,
Y la de mayor poder
Es el nombre de mujer;

Luego bien se ve que el nombre
Es el que da muerte al hombre,
Que no la fuerza del ser.
¡Ay, enemiga! ¿Aquí estás?
Déjame, amor, que publique
Mi pena esta vez no más.
Mas aquí está el conde Enrique.

ENRIQUE.

Á la Infanta.

¿Esta palabra me das?

DIONISIA.

Esta palabra te doy.

OTAVIO.

Palabras se dan. ¿Qué escucho? (Aparte.)
Aquí más oculto estoy.

Retírase y acecha.

DIONISIA.

¿Puedo hacer más?

ENRIQUE.

Esto es mucho.

DIONISIA.

Tu mujer digo que soy.

OTAVIO.

¿Cómo? ¡Ay, cielos! ¡Que la Infanta (Ap.)
Confiese que es su mujer!.....

ENRIQUE.

Prenda mía, en merced tanta,
El callar, al responder
Muchas leguas se adelanta;
Él diga lo que no digo.
Pero con gusto del Rey
Ya sabes que el viento sigo,
Y que antes, por justa ley,
Me amenaza su castigo.
¿Quién nos ha de dar consejo?

DIONISIA.

No me querer yo casar,
Y estar mi padre tan viejo.

ENRIQUE.

Luego ¿quieres aguardar
Á que se rompa su espejo?

DIONISIA.

Si quedo sola, ¿no puedo
Hacer mi gusto sin miedo?

ENRIQUE.

Sí; mas ¿dónde, hasta su muerte,
Habrá paciencia tan fuerte,
Ni amor que quiera estar quedo?
Yo á lo menos, á esperar,
Sin sus ayudas de costa,
No sé si podré llegar.

OTAVIO.

Este amor va por la posta; (Aparte.)
En mi muerte ha de parar.

DIONISIA.

Verdad es que es largo plazo;
Pero el papel, el abrazo,
Y la esperanza con él,
Bien podrán.....

ENRIQUE.

Deja el papel,
Y al abrazo alarga el brazo;
Que amor de papel no es bueno
Para andar tanto camino,
Ni estar de noche al sereno;
Que, en fin, el papel más fino
Viene de lisonjas lleno;
Que si se viene á olvidar,
Cree que el papel mejor
Es, llegando á pleitear,
Cédula por donde amor
Á nadie obliga á pagar.
Pero para esperar años
Son menester desengaños
Que entretengan el deseo.

DIONISIA.

No lo digas con rodeo.

ENRIQUE.

Temo tu enojo y mis daños.

DIONISIA.

Ahora bien, mañana quiero
Que vengas por el terrero,
Y en mi aposento entrarás.

ENRIQUE.

No hay que dar ni pedir más.
Dame esas manos.

OTAVIO.

¿Qué espero? (Aparte.)
Ya de mi muerte inhumana
Ha llegado la sentencia.

DIONISIA.

¿Qué dificultad no allana
Amor?

ENRIQUE.

¿Quién tendrá paciencia
Para esperar á mañana?

DIONISIA.

Pues ¡cómo! ¿Aun no estás contento?

ENRIQUE.

Como soy buen comprador,
Regateo del tormento,
Porque son años de amor
Esperanzas de un momento.

DIONISIA.

¿Tormento da la esperanza?

ENRIQUE.

Mientras el bien no se alcanza,
Y mayor cuando es mayor.

DIONISIA.

De aquí á mañana el favor,
Eso es poca confianza.

ENRIQUE.

De hoy á mañana se vió
Troya famosa abrasada,
Roma su lustre perdió,
Deshizo el viento la armada
Que más gallarda se vió.
De hoy á mañana acontece

Que el rico pobre amanece,
El privado aborrecido,
El levantado abatido,
Y que la mar mengua y crece.
De hoy á mañana está el cielo
Más sereno, más nublado;
Está seco y verde el suelo,
Y el pájaro más atado,
Por el aire esparce el vuelo.
Vemos un almendro en flor,
Y helado todo mañana;
Vemos esclavo al señor,
La sierra más alta, llana,
Y más mudable el favor.
Entre la taza y el labio
Dijo, en cierto pasatiempo,
Que había peligro, un sabio;
Que en dos minutos de tiempo
Puede caber un agravio.

OTAVIO.

¡Cómo, si es cuerda la Infanta, (Aparte.)
Debe al Conde aborrecer,
Pues cuando ella se adelanta
Á lo que no puede hacer,
La aprieta con fuerza tanta!
¡Cuán diferente que fuera,
Si ese bien me prometiera
De aquí á una semana, á un mes,
Á un año, á un siglo! y después,
¡Mas que nunca lo cumpliera!

DIONISIA.

Para darte ese contento,
Es fuerza que al punto vuelva
Á la ciudad.

ENRIQUE.

Ahora siento
Tu grande amor. Esta selva
No fuera mal aposento;
Pero no todas las Didos
Agua y cuevas han de hallar.

OTAVIO.

Ciegos están y perdidos. (Aparte.)
Su gusto quiero estorbar
Y el fuego de mis sentidos.

Llégase á ellos.

¿Ha llegado por aquí,
Que habrá mucho que aquí estáis,
Gran Dionisia, el jabalí?

DIONISIA.

Bajo.

En hora mala vengáis.

ENRIQUE.

Y habrá de ser para mí. (Aparte.)

OTAVIO.

Pienso que iba á esta fuente,
Bañando en espuma el diente.

ENRIQUE.

Á lavárselos vendría.

Aparte á la Infanta:

Vamos de aquí, prenda mía.

DIONISIA.

Buscad, Otavio, la gente.

Vanse Dionisia y Enrique.

OTAVIO.

Buscaré mi muerte fiera,
Y haré mucho si la hallo,
Cuando va huyendo ligera.
¿Por qué me detengo y callo?
¡Muera el conde Enrique! ¡Muera!
¿Dirélo al Rey? Pero no;
Que si en desdichas iguales
Sólo el ingenio ayudó,
Siendo las que tengo tales,
¿Quién las tendrá como yo?
Mía será esta mujer.
¿Qué dices, alma?—Sin duda.
Digo que tuya ha de ser.
—¿Quién me ayuda?—Amor te ayuda.
—Pues si es dios, tendrá poder.
¿Gozaréla?—Bien podrás;
Mas ¿cómo te atreverás?
—Esta noche iré al terrero,
Donde llegaré primero.....
Y haga el amor lo demás.
Árboles con altas copas,
Á quien dió librea junta
El tiempo, de verdes ropas;
Monte, que con esa punta
En los mismos cielos topas;
Prados, hechos á colores
Con aromáticas flores,
Manchados de varias tintas,
Ajironados de cintas
De arroyos murmuradores;
Animales escondidos,
Altas y parleras aves,
Que hablais por cuevas y nidos,
Unas con voces süaves,
Y otras con fuertes bramidos:
Cáuseos risa, aunque no sea
Vuestro el reir ni entender,
Que diga un hombre y que crea
Que gozará una mujer
Que Otavio también desea.
Pero no importa querello
Si así tengo de vivir;
Intentallo será hacello,
Que con ello he de salir,
Y de sentido sin ello.

El Rey de Irlanda, de caza, con gabán; dos villanos.

REY.

¿Que no habéis visto la Infanta?

VILLANO 1.°

¡Par Dios, señor, que en correr
De tal suerte se adelanta,
Que al viento quiere exceder,
Y atrás dejar á Atalanta!

REY.

Que se recoja esa gente
Será agora conveniente,
Y que á la ciudad volvamos.

VILLANO 2.°

Ella suena entre esos ramos.....
Pero no, que es una fuente.
Allá en su busca partimos.
Su merced sobre esta piedra
Se siente, mientras venimos.
Será do sale esa hiedra
Con sus hojas y racimos.

REY.

Id, y diréis que aquí aguardo.

Vanse los villanos.

OTAVIO.

Cansado estará Su Alteza.

REY.

¡Oh Duque!

OTAVIO.

Cuando gallardo
Joven corrió esta aspereza,
Venciera al más suelto pardo.

REY.

Pasa, Otavio, nuestra edad
Como el sol que da la sombra.
Eso llaman mocedad,
Esto, en fin, vejez se nombra,
Y es la misma enfermedad.
¿Cómo os habéis alejado?

OTAVIO.

Porque solo te he buscado
Desde los rayos de Apolo,
Y, en fin, quiere Dios que solo
Te haya en este monte hallado.

REY.

¿Á qué efecto solo á mí?

OTAVIO.

No habrá sido sin efeto.
Dame la palabra aquí
De guardarme.....

REY.

¿Qué?

OTAVIO.

Un secreto.

REY.

¡Secreto!

OTAVIO.

Sí, señor.

REY.

Di.

OTAVIO.

Pero no lo digo bien.
Prende aquesta noche á un hombre.

REY.

¿Quién?

OTAVIO.

El conde Enrique.

REY.

¿Quién?

OTAVIO.

El Conde.

REY.

Dudaba el nombre.

OTAVIO.

Duda la prisión también.
La causa no has de saber
Hasta mañana.

REY.

¿Á qué efeto
Sin causa le he de prender?

OTAVIO.

En eso estriba el secreto.

REY.

Secreto sabré tener.

OTAVIO.

No hay mucho de aquí á mañana;
Y si esta noche lo sabes,
Será mi esperanza vana:
Tú muestra en cosas tan graves
Paciencia madura y cana.
Pero advierte que si entiende
Más que un hombre su prisión,
Tu vida y honra se ofende.

REY.

Extrañas quimeras son.
¿Qué es lo que el Conde pretende?

OTAVIO.

Mañana al amanecer,
Gran señor, lo has de saber.

REY.

¿Sólo un hombre ha de prendello?

OTAVIO.

Llámale, y podrás hacello.

REY.

Y ese hombre, ¿quién ha de ser?

OTAVIO.

El capitán de tu guarda,
El marqués Fabio, que es hombre
De valor.

REY.

La noche tarda.
¿No tendrá esta prisión nombre?

OTAVIO.

Yo sé que tu vida guarda.

REY.

¿Que en el secreto consiste
Poner en esto remedio?

OTAVIO.

Sí, señor.

REY.

Vamos.

OTAVIO.

¿Vas triste?

REY.

Voy de aqueste mar en medio,
En que agora me pusiste.
Pero, siendo convenible,
Mostraré, Otavio, valor.

OTAVIO.

Muéstrate agora apacible.

REY.

¡El conde Enrique traidor!
Parece cosa imposible.
¿Sabrá, Otavio, esta prisión
Mi hija?

OTAVIO.

De ningún modo,
Que estorbas mi pretensión.

REY.

Ello es tan confuso todo,
Que es la misma confusión.

Vanse.

Belardo y Hortensio.

BELARDO.

Dicen que ha vuelto Su Alteza
Á gran priesa en la carroza.

HORTENSIO.

Es briosa.

BELARDO.

Es gentil moza
De los pies á la cabeza.
Otra vez al monte fuí,
Y al salir de la mañana,
Como otra hermosa Diana,
Con un venablo la vi.
Echéla mil bendiciones:
Que Dios la diese un marido (1)
Galán, gallardo y brioso
En obras como en razones,
Más que Alejandro dichoso,
Más lleno de oro que Midas,
Y que alargue Dios sus vidas
Un siglo en paz y reposo.

HORTENSIO.

Si nuestro amo el Conde oyera,
Belardo, tus bendiciones,
No acabaras las razones,
Cuando con algo te diera.

BELARDO.

¿Qué? ¿Diérame algún vestido?

HORTENSIO.

Sin duda, y de lienzo fuera,
Que hasta los pies te cubriera.

BELARDO.

¡Oh loco desvanecido!
Pues qué, ¿piensa, por ventura,
Que se ha de casar con él?

HORTENSIO.

No sé si lo piensa él,
Pero sé que lo procura.

(1) *Esposo*, debió escribir Lope de Vega.

BELARDO.

Hortensio, los pensamientos
Altos se llaman honrados;
Pero más que altos, culpados,
Y es dar que hacer á los vientos.
Que el Conde la quiere creo,
Por muchas demostraciones;
Que agradece sus razones,
Por los favores que veo.
Mas llegada la ocasión
En que el Rey la ha de casar,
El Conde se ha de quedar
Con su mal de corazón.

HORTENSIO.

El Conde ha venido: espera.

Enrique.

ENRIQUE.

¡Día enfadoso y pesado! (Para sí.)
Sin duda el sol se ha parado
En medio de su carrera.
Pero si milagro fué
Pararse el sol ó ir atrás,
Para que corriera más
Quisiera fuerzas y fe.
¡Oh amor! Pues dicen que estás
Allá en la tercera esfera,
De la cuarta á la tercera
Poca distancia hallarás.
Ruégale al sol que camine
Y se vaya á descansar;
Ruégale, amor, que á la mar
Su dorada frente incline.
Dile que se acuerde bien
Cuando por Dafne corría;
Que yo tendré al fin del día
Otros laureles también.
¿Aquí estáis?

HORTENSIO.

Aquí esperamos.

ENRIQUE.

Ya me podéis descalzar,
Y para esta noche dar
Lo que otras veces llevamos.....
Digo, en lo que toca al pecho.

BELARDO.

Nunca defensas son malas.

HORTENSIO.

Yo siempre llevo unas alas
Por si fuere el paso estrecho.

ENRIQUE.

¿Galas dices?

HORTENSIO.

Sí, señor.
Alas dije; entendió galas. (Aparte.)

ENRIQUE.

Las negras todas son malas
De noche: dadme color.

BELARDO.

Gala negra, plata y oro,
Muy bien recebido está.

ENRIQUE.

Eso es mal agüero ya,
Aunque lo cubra un tesoro.
Dame color, que hoy es día
De que hasta el alma vistamos
De color.

BELARDO.

¡Buenos estamos! (Aparte.)
¿Hay favor?

ENRIQUE.

¡Por vida mía,
Que reviento por deciros
Mi bien! pero su grandeza
Me enfrena.

BELARDO.

¿Fué que Su Alteza
Oyó acaso tus suspiros?
Estará descalabrada
De alguno, si era muy duro.

ENRIQUE.

Hortensio, yo no procuro
Decir á este necio nada.
Ven acá tú, ¡por mi vida!
Sabrás tú solo mi bien.

HORTENSIO.

¿Mas que me dices también
Que está de tu amor perdida?
Yo apostaré que te vió
Si los ojos puso en ti,
Y que te dijo que sí,
Si no te dijo que no.
¿Cuánto va que la has mirado,
Y que la viste muy bien?

ENRIQUE.

¡Mal fuego te queme, amén!
¡Qué pesadumbre me has dado!
Ven acá, Belardo, tú.

BELARDO.

¿No sabremos lo que tienes?
Loco parece que vienes.

ENRIQUE.

¡Jesú! ¡La Infanta! ¡Jesú! (Aparte.)

BELARDO.

¿Santíguaste?

ENRIQUE.

¡Loco estoy!

BELARDO.

Loco, pero buen cristiano;
Haces cruces.

ENRIQUE.

Es en vano
Callar el bien á que voy.
Désta va.

BELARDO.

Hortensio, desvía.

HORTENSIO.

¿Cómo?

BELARDO.

Pensé que tiraba.

ENRIQUE.

Casi por decirlo estaba. (Aparte.)

¡Oh fuerza de mi alegría!
Bien dicen que en el pesar,
Más fácil que en el placer,
Se puede un hombre tener
Á las riendas del callar.
Hijos, mi bien tuvo ya
El fin que yo le pedí.....

BELARDO.

¿Cómo, señor?

HORTENSIO.

¿Cómo así?

BELARDO.

Suspenso y callando está.

HORTENSIO.

¡Ah, señor!

ENRIQUE.

¿Qué me queréis?

BELARDO.

¿No dices eso?

ENRIQUE.

Ya no,
Que un pensamiento llegó
Á decir que lo diréis.
Á la lengua el bien salía,
Y detúvole el temor,
Para que fuese mayor
Cuanto más le detenía.
Desviáos de aquí, enemigos,
Que os daré de cuchilladas.

HORTENSIO.

Loco está.

BELARDO.

¿De qué te enfadas?

ENRIQUE.

¡Oh luna, oh cielos amigos!
Ni tú salgas, ni vosotros
Saquéis vuestro aparador
De estrellas, porque mejor
Os las daremos nosotros.
Veránse los ojos bien
De aquel ángel celestial.

HORTENSIO.

No nos estuviera mal
Que durara su desdén.

Clenardo.

CLENARDO.

¿Está en casa el Conde?

ENRIQUE.

Aquí
Á vuestro servicio estoy.

CLENARDO.

Una buena nueva os doy:
Que os llama el Rey.

ENRIQUE.

¿Cómo así?

CLENARDO.

Pienso, según me encomienda
Que yo propio venga acá,
Que alguna encomienda os da.

ENRIQUE.

Vuestra será la encomienda;
Que si de llamarme á mí,
Á vos, Clenardo, os la dió,
En tenerla antes que yo
No os ofrezco nada aquí.
¡Hola! Escuchadme vosotros.

HORTENSIO.

¿Qué mandáis?

ENRIQUE.

En el terrero (Ap. á los criados.)
Esperad.

HORTENSIO.

Yo allí te espero.

BELARDO.

¿Armarémonos nosotros?

ENRIQUE.

Ponéos entrambos bien,
Y no tenga que buscaros.
Ya sabéis dónde he de hallaros.

BELARDO.

Y á ti nosotros también.

ENRIQUE.

¿Qué quiere el Rey, secretario?

CLENARDO.

Pienso que haceros merced.

ENRIQUE.

¡Oh cielos santos, haced (Aparte.)
Que no sea lo contrario!

Vanse.

Dionisia y Celinda.

DIONISIA.

En las determinaciones
De pechos enamorados,
Los consejos son culpados,
Y cansadas las razones.
Yo, Celinda, quiero bien:
Deja de pensar que puedo
Tener á mi padre miedo
Ni al Conde mostrar desdén.
Yo nací para servir
Á Enrique; Enrique es mi dueño:
Todo es viento, es sombra, es sueño,
Cuanto me puedes decir.
Si ha sido mala elección,
Que me disculpes te ruego;
Conque, si el amor es ciego,
Ciegos sus efectos son.

CELINDA.

Señora, el Conde es muy noble;
Pero hay más desigualdad
De aquella á tu calidad,
Que desde la palma al roble.
Si amor es ciego, por eso
Es un lince la razón,
Y siempre la obstinación
Es madre del mal suceso.
¿Qué bien se puede seguir
De que el Conde entre atrevido
Á tu aposento?

DIONISIA.

El marido
Bien puede entrar y salir.

CELINDA.

El marido, ¿quién lo duda?
Pero el Conde no lo es.

DIONISIA.

Es lo que ha de ser después,
Y en lo que ha de ser no hay duda.

CELINDA.

Perdida está Vuestra Alteza.

DIONISIA.

Ganada, Celinda, estoy.

CELINDA.

¡Señora!.....

DIONISIA.

Á fe de quien soy,
Que me quiebras la cabeza.
El Conde ha de entrar aquí:
Á la ventana estarás
Hasta que venga.

CELINDA.

¿Eso más?

DIONISIA.

¿Óyeslo?

CELINDA.

Señora, sí.

DIONISIA.

Pues yo voy sólo á rogar
Al cielo el tiempo apresure,
Y que la vida asegure
De quien me la puede dar.
Estarás bien advertida
Que no haya luz.

CELINDA.

Yo lo haré.

DIONISIA.

Mira que si el Rey lo ve,
Puede costarme la vida.

Vase.

CELINDA.

Nunca, tirano amor, de tus embustes
Resultaron menores desatinos;
Ya no podrás hallar otros caminos
Para que más de veras me disgustes.
¿Que un conde humilde y una reina ajustes?
Enlaza, amor, las hiedras con los pinos;
Mas no enredes los frágiles espinos
Cuando, por niño, de locuras gustes.
Mira, amor, que era el Conde propio centro
Desta alma y calidad, y que es pequeño
Para los brazos de la Infanta bella.
Mas eres vino, amor; que una vez dentro,
Quieres que te obedezcan más que al dueño,
Y echas de casa á quien te puso en ella.

El Rey, el marqués Fabio y Clenardo.

REY.

En fin, ¿dijo que vendría?

CLENARDO.
Á la puerta le dejé.
REY.
¿Vino triste?
CLENARDO.
Antes le hallé
Con una extraña alegría,
Y con la misma ha venido.
REY.
Llamadle, y quedáos allá.

Vase Clenardo.

Mirad, capitán, si está
Alguien por aquí escondido.
FABIO.
Celinda pasa al retrete.
REY.
¿Quieres algo?
CELINDA.
No, señor.
REY.
Pues despeja el corredor.
CELINDA.
Voyme, si te sirvo.
REY.
Vete.
¿Qué hace Dionisia?
CELINDA.
Después
Que te habló fué á su aposento.

Vase.

REY.
No tiene más fundamento
De lo que os digo, Marqués.
Otavio me le ha mandado
Prender.
FABIO.
Pues, sin dar razón,
¡Á un hombre que, en opinión
Del mundo, no está culpado!
¡Á Enrique! ¡Á un hombre leal!
REY.
Marqués, no hay mucha jornada
De aquí á mañana.
FABIO.
Y ¿no es nada
Que á un hombre tan principal
Prendas de aquesta manera?
REY.
Con tal secreto no importa;
Y pues la distancia es corta,
En mi sufrimiento espera.
¿Qué quieres? ¿Qué puedo hacer,
Si dice Octavio que es cosa
Tan secreta y tan forzosa?
FABIO.
Él lo debe de saber;
Mas ¡vive Dios! así ha hecho
Enrique cosa en tu ofensa,
Como yo soy.....
REY.
Marqués, piensa
Que es hombre.
FABIO.
Y de noble pecho.
¡Plegue á Dios que algún traidor.....
REY.
¿Quieres que piense que fuiste
Cómplice en esto?
FABIO.
Si diste
Crédito al primer error,
Dale también al segundo,
Y manda prenderme á mí.

Clenardo.

CLENARDO.
Señor, el Conde está aquí.
FABIO.
Y el que es la lealtad del mundo.

REY.

Á Clenardo.

Ya te he dicho que él me vea,
Y que tú no entres acá.

Va Clenardo á mandar entrar á Enrique; sale éste y habla aparte á Clenardo en la puerta.

ENRIQUE.
Por ver lo que el Rey me da,
Clenardo, el mundo rodea.
Aquí, señor, he llegado,
Como tu hechura, á servirte.

REY.

Á Fabio.

Marqués, no hay más que decirte:
Harás lo que te he mandado.
ENRIQUE.
¡Cómo, señor! ¡Así os vais!
Pues ¿qué esto? ¿Vuestra cara
No merezco ver?

Vase el Rey.

FABIO.
Repara
Un poco.
ENRIQUE.
¡Oh Fabio! ¿Aquí estáis?
¿Sois vos á quien dice el Rey
Que lo que os manda se haga?
FABIO.
Así tus servicios paga:

Del mundo ordinaria ley.

ENRIQUE.

¿Cómo que paga? Pues ¿qué?
¿Qué os manda, ó qué he de hacer yo?
¿Para qué el Rey me llamó,
Y á verme Clenardo fué?
¿En qué puedo al Rey servir?
¿Qué me puede el Rey querer?
¿Qué tengo yo que hacer?
¿Qué tenéis vos que decir?
¿Qué importan aquí las leyes?

FABIO.

No sé más, en tu disgusto,
De que obedecer es justo
De cualquier suerte á los reyes.

ENRIQUE.

¡Yo he deservido á Su Alteza!
¿Qué es esto, Fabio?

FABIO.

No sé.
Callar, Enrique, juré,
Con pena de la cabeza.

ENRIQUE.

Pues sacadme deste enredo,
Que me tenéis encantado.

FABIO.

Sabéis vos que os he estimado
Más que encareceros puedo.
Pechos andan por aquí,
Que no están del todo buenos.

ENRIQUE.

Agora os entiendo menos
Que al principio os entendí.
Yo sé bien vuestra amistad,
Conozco vuestro valor.....

FABIO.

¿Dígolo, en fin?

ENRIQUE.

Sí, señor:
Los prólogos excusad.

FABIO.

Vos sois un gran caballero,
Mentiras no pueden nada:
Con sólo darme la espada
Podéis saber lo que os quiero.

ENRIQUE.

¡La espada yo!

FABIO.

Sí, ¡por Dios!

ENRIQUE.

Acertó desa manera
El Rey, porque no la diera,
Fabio, á quien no fuera vos.
Desde que fuí vuestro amigo,
En serviros procuré
Emplearla, y lo mostré
Delante de algún testigo.
No esté más tiempo ceñida.

Dale el Conde la espada.

Tomadla, que no doy nada
En dar á un hombre la espada
Á quien le diera la vida.

FABIO.

Conde, no me la habéis dado,
Ni vos la podéis rendir;
Que lo que podéis decir
Es que me la habéis trocado.
La mía de vos se fía;

Dale Fabio la suya al Conde.

Que persona tan honrada,
Ni ha de ir preso sin espada,
Ni le ha de faltar la mía.
Por el nombre de prisión
La espada tomo, y os doy
La mía en fe de que estoy
Más preso de obligación.

ENRIQUE.

Vamos adonde mandáis,
Que esperáis, y el Rey espera.

FABIO.

Para que quién sois supiera,
Basta que eso respondáis.
Pues ¿cómo sin preguntarme
Por qué os prendo?... ¡Extraño pecho!

ENRIQUE.

Lo que vos, Fabio, habéis hecho,
No es prenderme, es obligarme.
Y el obligado está preso,
Como yo lo estoy de vos,
Y prisión vuestra, ¡por Dios,
Que ha de tener buen suceso!
Y aunque es propia obligación
Saber por qué me lleváis,
Basta que vos me prendáis
Para saber que hay razón.
Fuera de esto, no me altera
Que el Rey os lo haya mandado;
Que agora no estoy culpado,
Y mañana lo estuviera.
Y como el llevar razón
Hace fácil la pendencia,
Así, Marqués, la inocencia
Hace alegre la prisión.
Sin esto, causa ni ley
Para replicarle hallo;
Ni prende el Rey al vasallo,
Basta que lo quiera el Rey.
Antes yo le debo en eso,
Porque me ha dado ¡por Dios!
Más honra en prenderme vos,
Que pena en tenerme preso.

FABIO.

De todo salís tan bien
Como de vos se esperaba.
Vamos.

ENRIQUE.

Hoy la envidia acaba (Aparte.)
De quitarme todo el bien.

Vanse.

Hortensio y Belardo, con broqueles y espadas.

BELARDO.

¡Gran sueño!

HORTENSIO.

Echóse á dormir.

BELARDO.

No es posible; que tenía
El Conde mucha alegría,
Que el sueño suele impedir.

HORTENSIO.

El alegre, ¿puede estar
Sin dormir?

BELARDO.

Bien puede ser:
Tanto desvela el placer
Como si fuera un pesar.

HORTENSIO.

¿No dijo que aquí vendría?
No debe de ser la hora.

BELARDO.

Á Dios plegue que el aurora
Haga madrugar al día.

HORTENSIO.

Según eso, ¿ya imaginas
Que hasta el alba no vendrá?

BELARDO.

Primero le correrá
La noche al sol las cortinas.

HORTENSIO.

¿Qué cortinas, mentecato?
¿Es el cielo barbería?

BELARDO.

¿No ves que, hablando poesía,
La metáfora retrato?
Mal sabes tú lo que es esto.

HORTENSIO.

Quisiera ¡pese á la dama!
Ser poeta de mi cama,
Y estar en ella hecho un cesto.
¿Hay galeras, hay Argel,
Hay tahona, hay mal casado,
Como servir á un penado
Déstos de azúcar y miel?
Vendrá la bestia á lo obscuro,
Hecho un molde de galanes,
Á besar los mazapanes
De las piedras deste muro;
Y á lo mejor, una dueña,
Más sesga que una borrica,
Verterá una bacinica,
Y él pensará que es la seña;
Y recibiendo el favor
Sobre mucha tela y gasa,
Le llevaremos á casa
Cubierto de agua de olor.

BELARDO.

¡De lo que hacen favores
Aquestos desventurados!
Nueso amo tiene guardados
Claveles, listones, flores,
Plumas, piedras, palos, lienzo,
Guantes viejos, zapatillos,
Estuches, clavos, cuchillos,
Y cosas que me avergüenzo
De decirlas, y aun no quiero,
Por no tocar en su honor.

HORTENSIO.

Sábete que tiene amor
Mil cosas de bohonero.
Quedo. De arriba desciende
Un hombre por una escala.

BELARDO.

No tuvo la noche mala,
Ni en vano el Conde pretende.
¡Pese á mí, que el alegría
No era acaso y sin razón!

Descuélgase Otavio por una escala, embozado.

HORTENSIO.

Ten del postrer escalón.

BELARDO.

Baje derecho Vusía.

En viéndose abajo Otavio, echa mano á la espada.

OTAVIO.

¿Qué gente? ¿Quién va? ¿Quién es?
Ténganse, que haré pedazos
Á quien llegare.

HORTENSIO.

Esos brazos
Nos da á entrambos, ó esos pies.
¿Cómo allá te detenías?
Casi has aguardado al alba,
Que ya con alegre salva
Le da al sol los buenos días.

OTAVIO.

Ninguno se llegue á mí,
Ni procure conocerme.

HORTENSIO.

¿Qué dices?

BELARDO.

Pienso que duerme.

HORTENSIO.

¿Quieres que nos vamos?

OTAVIO.

Sí.

HORTENSIO.

¿No nos habías mandado
Guardar aqueste balcón?

OTAVIO.

Criados del Duque son. (Aparte.)

BELARDO.

Ó está loco ó se ha casado. (Ap. á Hortensio.)

HORTENSIO.

Pues ¿qué hace el casamiento?

BELARDO.

Muda de gusto y lenguaje.

OTAVIO.

¡Oh, pesar de mi linaje!

¿No se van?

BELARDO.

¡Extraño cuento!

Empiézales el Duque á dar de cintarazos.

Paso, señor, ya nos vamos.

HORTENSIO.

Belardo, vamos de aquí.

BELARDO.

¡Bien pagas lo que por ti
Toda la noche velamos!

Vanse Belardo y Hortensio santiguándose.

OTAVIO.

¿Á cuál hombre jamás le ha sucedido
Que, en lugar de galán que fué esperado,
Su dama desdeñosa haya gozado
Con el seguro nombre de marido?
Fábula le parece á mi sentido
Lo que por todos juntos ha pasado.
Todo cobarde, amando, es desdichado,
Y sólo el venturoso es atrevido.
¡Oh obscurísima cuadra! ¡Oh noche fría!
Yo te ofrezco una lámpara de plata,
Agradecido á la ventura mía.
Ni celos temo ya, ni amor me mata;
Venciste, noche, el más alegre día,
Y yo engañé la más hermosa ingrata.

Vase.

El Rey, Fabio y Clenardo.

REY.

Apenas se mostraba en el Oriente
La blanca aurora, cuando me despierta
Este papel del Duque, marqués Fabio,
Que ya tenía desde anoche escrito,
Porque anoche á su tierra se partía.
Extrañas confusiones me ha dejado:
Más dudas que al principio tengo ahora,
Y más temor de algún siniestro caso.

FABIO.

Dame licencia de que lea.

REY.

Toma.

FABIO.

Lee.

«La causa de haber advertido que prendieses al conde Enrique, fué para impedir que anoche no le matasen unos soldados extranjeros, ni que él supiese que le buscaban, porque no los acometiese. Ellos se han ido, temerosos de que han sido descubiertos: bien le puedes dar libertad, y á mí licencia, que me voy á mi tierra á castigar cierto desacato de mis vasallos.—*El duque Otavio.*»

REY.

¿Qué os parece?

FABIO.

Que fué, si es verdad esto,
Remedio impertinente, pues pudiera
Guardarse el Conde, sin que tú lo hicieses
Por medio de alboroto semejante.
Voy, con licencia tuya, por el Conde,
Contento de saber que está inocente,
Y provocado á risa, y aun á enojo,
De ver la necedad del Duque.

REY.

Parte,
Y venga el Conde aquí.

FABIO.

Yo voy.

Vase.

CLENARDO.

Agora
Acabo de entender lo que me cuesta
Haberme desvelado aquesta noche.
¿Preso tenías al Conde?

REY.

Preso estaba.

CLENARDO.

Y ¿ésta fué la ocasión?

REY.

La que has oído.

CLENARDO.

Es el Conde, señor, tal caballero,
Tan discreto, leal, noble, sencillo,
Tan liberal, tan bien intencionado,
Tan poco entremetido y cauteloso,
Tan bienquisto de todos, tan amable,
Tan seguro y tan bueno, finalmente,
Que cuando me mandaste con secreto
Que le llamase, dije que sin duda
Merced le hacías de algún nuevo título.

REY.

Ventura tiene el Conde.

CLENARDO.

Tiene méritos.

REY.

Oigo decir á todos que es un ángel.

CLENARDO.

La voz del pueblo, la de Dios se llama.

REY.

Sí; pero la virtud tiene enemigos:
No tiene mucha, pues que no los tiene.

CLENARDO.

La virtud general vence la envidia,
Y al que es en todo bueno, ámanle todos.

REY.

Mi gracia ha conquistado con tu lengua.

Enrique y Fabio.

ENRIQUE.

Aquí tienes, señor, la hechura tuya.

REY.

Alzaos, Conde, y cubríos.

ENRIQUE.

¿Por qué causa
Ayer me prendes, y hoy cubrir me mandas?

REY.

Levantaos, Almirante.

ENRIQUE.

Tus pies beso
Por merced tan notable.

FABIO.

Justamente
El Conde es digno dese honrado título.

CLENARDO.

Todos, señor, el parabién le damos.

REY.

No os cause admiración haberos preso,
Y haceros hoy merced.

ENRIQUE.

Mi humildad miro.

CLENARDO.

Josef, para ser rey dejó la cárcel.

REY.

Ahora bien, yo tendré de hoy más, Enrique,
En haceros merced cuidado.

ENRIQUE.

Bastan
Tantas mercedes para muchas vidas.

REY.

Vamos, Marqués, y vos también, Clenardo,
Para que despachemos luego á Escocia
Sobre este casamiento de la Infanta.

Vanse el Rey, Fabio y Clenardo.

ENRIQUE.

Engáñase la fortuna,
Ó piensa con este engaño
Del ya recibido daño
Satisfacer parte alguna.
Toda la noche he pasado
Divertido en la ocasión
Desta mi nueva prisión,
Y nunca en lo cierto he dado.
Porque si el Rey me prendiera
Por el concierto que hacía
Con su hija y mujer mía,
Más larga prisión tuviera.
No pregunté la razón,
Porque á los reyes no es justo,
En las cosas de su gusto,
Preguntarles la ocasión.
Como al cielo por qué llueve
No se puede preguntar,
Así el Rey no ha de contar
Lo que á su gusto le mueve.
En cosas del común bien,
Ó justicia en opinión,
Es bien que satisfacción
Los reyes entonces den,
Y ésa de su voluntad;
Que el Rey de nadie depende:
En fin, anoche me prende,
Y hoy me ha dado libertad.
El título de almirante
Es agravio á toda ley,
Pues tanto me quita el Rey
En ocasión semejante.
¡Ah, cruel fortuna mía!
¿Cómo hiciste una quimera
Tan extraña? ¿No pudiera
Aguardar tu furia un día?
¿No pudiera suceder
Hoy esta prisión sin culpa?
Bien, fortuna, te disculpa
Que eres mudable y mujer.

Hortensio y Belardo.

BELARDO.

¡Gracias á Dios, que pareces
Más quïeto y sosegado!

HORTENSIO.

¡Qué bien que me has animado
Para esperarte otras veces!

BELARDO.

¿Así el estarte esperando
Toda la noche al sereno,
Mientras tú en el huerto ajeno
La fruta estabas hurtando,
Nos pagas á cintarazos?
Bajas de gozar la Infanta
Toda una noche, y ¡te espanta
Que te pidamos los brazos!
¡Por Dios, si no te reparo
La punta en el *vade mecum*,
Que con un *Dominus tecum*
Me pasas de claro en claro!
¡Y dejaste allí la escala!
Que no lo hiciera un..... No quiero
Decírtelo.

ENRIQUE.

Majadero,
Vete mucho enhoramala;
Que ni escala me dejé,
Ni la Infanta anoche vi,
Ni cintarazos te dí,
Ni dentro ni fuera hablé.

HORTENSIO.

¿Niegas que no descendiste
Con una escala el balcón,
Y al hablarte, sin razón
De cintarazos nos diste?
Que ¡vive Dios, si no eras,
Que otro galán la ha gozado!

ENRIQUE.

¿Hombre dices que ha bajado?

HORTENSIO.

¿Qué te demudas y alteras?
¡Vive Dios, que descendió,
Y que fué burla de fama,
Pues te ha quitado la dama,

Y muchos palos nos dió!

ENRIQUE.

Que por la Infanta no fué,
Ese es negocio muy cierto.

BELARDO.

No; pero es cierto el concierto
De los palos que llevé;
Que, á saber que tú no eras,
Le hiciéramos mil pedazos.

Dionisia y Celinda.

CELINDA.

Aquí está.

DIONISIA.

Dame esos brazos.
¿Qué te detienes? ¿Qué esperas?
Ya me tiene el ciego amor,
Prenda mía, de tal suerte,
Que he vuelto el rostro á la muerte,
Y atropellado el honor.
¿Cómo estás? Que yo estoy tal
Con la noche que he tenido
Contigo, que no hay sentido
Que no tenga gloria igual.
¡Ay, mi bien! ¿Serán verdades
Todas aquellas razones
Que me dijiste? Ó ¿traiciones
De hombre al fin me persuades?
¿Cumplirás lo prometido?
Mira, amores, cuál estoy,
Pues apenas digna soy
De que seas mi marido.
La mañana maldecía,
Viendo que ya de tus brazos
Tantos amorosos lazos
Con envidia deshacía.
No me atreví, ni era justo
Esperar á que llegase,
Porque un gusto no quitase
Para siempre tanto gusto.
¿De qué me escuchas suspenso?
¿Oféndete el ser quien soy?

ENRIQUE.

Suspenso escuchando estoy,
Porque en lo que dices pienso.
¡Yo, señora, anoche entré
En tu aposento!

DIONISIA.

Si es eso
Por Celinda, este suceso;
Conde, en su presencia fué.
Si miras á tus criados,
Ninguna pena te den.
Tú eres mi esposo, mi bien,
Mis padres, reinos y estados

ENRIQUE.

Señora, no es la ocasión
De mi admiración la gente
Que está presente ó ausente... .

DIONISIA.

Pues ¿qué?

ENRIQUE.

Tus palabras son.
¿Yo anoche te hablé ni vi?
¿Yo anoche estuve en tus brazos?
Harto diferentes lazos
Me puso tu padre á mí.
Preso me tuvo, señora;
Mira que yo no sería
El que gozaste hasta el día,
Pues el Rey me suelta agora.

DIONISIA.

¿Cómo preso?

ENRIQUE.

Aquesto es cierto.

DIONISIA.

Celinda, ¿tú no le abriste?

CELINDA.

Á Enrique.

Luego ¿niegas que viniste
De galas y armas cubierto,
Y que yo te abrí el balcón,
Y entraste en el aposento?
Di también, Conde, que miento.

ENRIQUE.

Celinda, tus celos son.
¡Yo te hablé! ¡Yo entré! ¡Yo vi
Á la Infanta!

DIONISIA.

Esos criados
Lo dirán, pues embozados
Amanecieron allí.

BELARDO.

Verdad es que bajó un hombre;
Pero no se dejó ver.
No pudiera el Conde ser
Quien nos negara su nombre.

DIONISIA.

¿Qué es esto? ¡Que pierdo el seso!
Conde, ¿que no entrastes vos?

ENRIQUE.

No, señora, no, ¡por Dios!
Que esta noche estuve preso.

DIONISIA.

Daré voces como loca.
Al Rey lo diré, villano.

ENRIQUE.

¡Señora!.....

DIONISIA.

Suelta la mano.
Tu muerte será mi boca,
Pues que la tuya lo fué
De su honor y el mío.

ENRIQUE.

Señora,
Oye un poco, escucha agora.

DIONISIA.

¿Qué dices?

ENRIQUE.

Que me burlé.

DIONISIA.

Pesadas burlas, Enrique.
Siendo reina, y tú vasallo,
¡Gozarme, y querer negallo!

ENRIQUE.

Pues ¿quieres que lo publique?
¿Así es razón que te entregues?.....
¿No ves que á gran mal te obligas?

DIONISIA.

No quiero yo que lo digas;
Mas no quiero que lo niegues.

ENRIQUE.

Ahora bien: si gustas deso,
Yo lo diré de tal suerte,
Que tu deshonra y mi muerte
Tengan un mismo suceso.
Á mucho el amor te obliga.
¿Quieres que dé voces?

DIONISIA.

No;
Pero que quien me gozó,
Si lo pregunto, lo diga.
Y este pesar que me has dado,
Me aparta agora de ti.

ENRIQUE.

Pues ¿cómo? ¿Así te vas?

DIONISIA.

Sí,
Que me has, Enrique, enojado.

Vanse la Infanta y Celinda.

BELARDO.

Mal has hecho, ya que vías
Que ella no mira á su honor,
En contradecir, señor,
Que ya gozado la habías;
Que bien podías llegar,
Y decírselo al oído.

HORTENSIO.

No sé si discreto has sido
En tanto disimular;
Pero no dure el mal año
Más que duren sus enojos.
¿Cómo aun no mueves los ojos?
¿Temes, por ventura, el daño
Que de saberse tu bien
Te podría resultar?

BELARDO.

¡Qué notable imaginar!

ENRIQUE.

Esto me estará más bien.
¡Ea, amigos, alto: á España!

BELARDO.

¿Cómo, señor? Vuelve en ti.
¡Gózasla, y déjasla así!
¿No ves que es infame hazaña?
¿Quién no perdiera mil vidas,
Aunque un hombre bajo fuera?

ENRIQUE.

Si yo gozado la hubiera,
Las diera por bien perdidas.
Amigos, otro hombre fué.
¡Triste de mí, que estoy loco!
Ni entré, ni la vi tampoco,
Ni á los balcones llegué.
Prendióme el Rey, y en verdad
Que he estado preso.

BELARDO.

Confieso
Que es un extraño suceso.

ENRIQUE.

Salgamos de la ciudad;
No he de estar un punto aquí.
¡Alto: á embarcar!

HORTENSIO.

¿Dónde iremos?

ENRIQUE.

Á España.

HORTENSIO.

No hagas extremos.

ENRIQUE.

¿Cómo no, si voy sin mí?
No me quejaba con poca
Razón cuando yo decía
Que una desgracia cabía
Entre la taza y la boca.
Mi esperanza dejo al viento,
Pues que la más cierta engaña.
¡Plegue á Dios, aires de España,
Que mudéis mi pensamiento!

ACTO SEGUNDO.

El Rey, Dionisia, Celinda, Clenardo y músicos.

REY.

Á la Infanta.

Si para darte alegría
Mi propia vida bastara,
De mil años la trocara
Por darte contento un día.
¿Es posible que el espejo
En que se miran mis ojos,
Quieran quebrar tus enojos
A un rey, á un padre y á un viejo?
¿Hasta cuándo ha de durar
Tan fiera melancolía,
Que la vida tuya y mía
Quiere de un golpe acabar?
Dos filos tiene esta espada,
Con que las corta á las dos.
¡Ay, Dionisia, quiera Dios
Que acabe la más cansada!

¿No me hablas? ¿No respondes?
¿No son justas mis querellas?
¿En qué cielo las estrellas
De tu alegre rostro escondes?
Siéntate en este jardín.
¡Hola! Esa silla llegad.
¿Cantarán?

DIONISIA.

Sí.

REY.

Pues cantad.

DIONISIA.

Á las honras de mi fin;
Aunque, quien muere sin honra,
Ningunas honras merece.

REY.

Desta enfermedad padece.

DIONISIA.

¿Qué mayor que la deshonra?

REY.

¿Tu deshonra? Loca estás.
Quien da honra, que es el Rey,
¿Está sin honra? ¿Qué ley
Comprehende á un rey jamás?

DIONISIA.

Cantad, ó salíos allá.

REY.

Ya cantan; no te apasiones.

DIONISIA.

Ea, pues, dejad razones.

CELINDA.

Loca está. (Aparte.)

CLENARDO.

Furiosa está. (Aparte.)

MÚSICOS.

Cantan.

Madrugaba entre las rosas
El alba, pidiendo albricias
Á las aves y á las fieras
De que se acercaba el día,
Cuando, viéndose engañada
Del duque Vireno Olimpia,
Á voces dice en la playa
Á la nave fugitiva:
«¡Plegue á Dios que te anegues,
Nave enemiga!
Pero no, que me llevas
Dentro la vida.»

DIONISIA.

¿Esto consientes cantar?

REY.

Pues, hija, ¿en qué te ha ofendido?

DIONISIA.

Gozóla el Duque atrevido,
Y alargó la nave al mar.....
Yo sé muy bien lo que siento;
No es locura, sino engaño.

REY.

¿Qué importa el ajeno daño
Para el propio sentimiento?

DIONISIA.

¿No importa? Luego la ley
De Dios, ¿no lo manda así?
¿Queréis vos quebrarla aquí
No más de porque sois Rey?
¡Oh Duque falso, traidor!
¿Que á Olimpia dejas?

CLENARDO.

Señora,
Deje Vuestra Alteza agora
Ese fabuloso amor.

DIONISIA.

¿Quién os mete, majadero,
En si fué verdad ó no?
Verdad es, pues que soy yo (Aparte.)
La que por el Duque muero.
Yo soy la que un triste día
Á la orilla de la mar,
Viendo á Vireno embarcar,
Con tristes voces decía:
«¡Plegue á Dios que te anegues,
Nave enemiga!.....»

CELINDA.

Aparte á Clenardo.

¿De qué piensas que se queja?

CLENARDO.

Ya sé que del conde Enrique.

CELINDA.

Mucho temo que publique
La razón por qué la deja.

CLENARDO.

Cuatro años ha que falta:
Mucho es durarle el amor.

CELINDA.

Quizá le falta el honor.

CLENARDO.

¡Cómo! ¿Á persona tan alta?

CELINDA.

Como, si aquesto no fuera,
La Infanta menos llorara
Que el Conde allá se casara
Y aquí su mujer trajera.
Todo aqueste sentimiento
Es porque el Conde ha llegado
De España á Irlanda casado.

REY.

Descansa, amiga, un momento;
Deja esa tristeza extraña,
Y procura entretenerte.

DIONISIA.

¡Que se fuese desta suerte
El duque Vireno á España!
Que desde la noche al día
En sus brazos la tuviese,
Que la gozase y se fuese,
Esto, ¿no es alevosía?
«¡Plegue á Dios que te anegues,
Nave enemiga!

Pero no, que me llevas
Dentro la vida.»

REY.

Hija, aquestas son canciones;
No repares tanto en ellas.

CELINDA.

Ella se queja por ellas (Aparte á Clenardo.)
Con disfrazadas razones.
Después que el Conde ha venido
Ha crecido este furor.

CLENARDO.

Bien dices que no es amor,
Pues que no le vence olvido.
Sin duda el Conde gozó
De la Infanta.

CELINDA.

Yo testigo.

CLENARDO.

Pues ¿cómo el fiero enemigo
Huyó á España y la dejó?

CELINDA.

Miedo á su padre tendría.

CLENARDO.

Sí; mas ¿por qué se ha casado?

CELINDA.

Cuatro años ausente ha estado,
Que dél ninguno sabía.
Daba el Rey por ocasión
De su ausencia aquel agravio,
Cuando por el duque Otavio
Le tuvo un hora en prisión;
Y al cabo de aquestos años
Vuelve con una mujer
Y tres hijos, para hacer
Más insufribles sus daños.
El Rey le recibe bien
Porque no sabe su mal;
La Infanta con pena igual
Llora, sin decir por quién.
Dió en esta melancolía,
Y della en este furor.

Fabio.

FABIO.

Aquí está el Conde, señor,
Que besar tus pies querría,
Con su mujer la Condesa;
Y á ti, señora, si das
Licencia.

DIONISIA.

¿Qué aguardo más? (Aparte.)

REY.

Dile, Fabio, que me pesa
Que venga en esta ocasión,
Que está la Infanta indispuesta.

DIONISIA.

Antes lo tendré por fiesta,
Y les darán colación.
¿No es de España esa mujer?

FABIO.

Sí, señora.

DIONISIA.

Pues deseo
Verla, que si yo la veo,
¿Qué me queda ya que ver?

REY.

Diles que entren.

DIONISIA.

Aparte á Celinda.

¡Ay, Celinda!
Hoy será aquí mi locura
Como mi dolor.

CELINDA.

Procura
Que su fuerza no te rinda.
Para grandes penas hizo
El cielo el grande valor.

DIONISIA.

Sí; mas perder el honor,
¿Á qué valor no deshizo?

Enrique, la condesa Isabela y D. Juan, niño, delante, y Hortensio y Belardo.

ENRIQUE.

Déme Vuestra Majestad
Los pies.

ISABELA.

Y á mí Vuestra Alteza.

CLENARDO.

¡Bello rostro!

CELINDA.

¡Gran belleza,
Compostura y gravedad!

REY.

Seáis, Conde, bien venido
Y en hora buena casado;
Que estar tan bien empleado,
No poca ventura ha sido.
¿Cómo venís? ¿Venís bueno?

ENRIQUE.

Á vuestro servicio.

REY.

¿Viene
La Condesa buena?

ENRIQUE.

Tiene
Salud.

DIONISIA.

Más tiene veneno. (Aparte.)

REY.

Dad asiento, por mi vida,
Hija, á la Condesa.

DIONISIA.

Aquí
Se sentará, junto á mí.

ISABELA.

Pues Vuestra Alteza es servida,
Por los méritos del Conde
Tomaré este atrevimiento.

REY.

Tomad vos, Enrique, asiento.

FABIO.

Todo á su valor responde.

CLENARDO.

Toda esta honra merece.

DIONISIA.

Si ha cabido resistencia (Aparte.)
En mi acabada paciencia
Al mal que el tiempo me ofrece,
No debe de ser valor,
Sino que, suspensa el alma,
Tiene el sufrimiento en calma
La grandeza del dolor.
¿Posible es que viendo están
Mis ojos á mi enemiga,
Sin que á voces se lo diga?

ENRIQUE.

Llegaos vos acá, don Juan;
Pedid á Su Majestad
Las manos.

REY.

¿Quién es?

ENRIQUE.

Señor,
Es mi hijo.

REY.

¿Es el mayor?

ENRIQUE.

Por él lo dice su edad;
Que el año de mi partida,
Y el mismo que me casé,
Nació al fin dél.

REY.

Bien se ve
Vuestra imagen esculpida
En su rostro y compostura.

ENRIQUE.

Á lo menos, en él queda
Quien á vuestros nietos pueda
Servir con igual ventura.

DON JUAN.

Al Rey.

Vuestra Majestad, señor,
No se dignará ser dueño
De criado tan pequeño;
Pero ya tengo fiador
En el Conde, mientras llego
Á edad que os pueda servir.

REY.

¿Qué más se puede decir?

ENRIQUE.

Haced lo que os dije luego.

DON JUAN.

Vuestra Alteza, mi señora,
Me dé sus manos Reales.

DIONISIA.

¿En qué penas infernales (Aparte.)
Hay mayor tormento agora?
¡Bonito niño! ¿Tenéis
Más que éste, Condesa?

ISABELA.

Dos
Que os sirvan.....

DIONISIA.

Guárdeoslos Dios.

ISABELA.

Tan finos como el que veis.

DIONISIA.

¿Quiéreos mucho el Conde?

ISABELA.

El dice
Que en su vida quiso bien
Sino es á mí; mas también
Se enoja y se contradice.
Si, como eso me pregunta
Vuestra Alteza, me dijera
Si yo le quería, viera
Toda la fe y lealtad junta
Que en Julia y en Porcia puso
La romana antigüedad;
Y porque es tanta verdad,
Mis alabanzas excusa.
Pero dirá Vuestra Alteza
Que Enrique tiene valor
Para merecer mi amor
Con esta justa firmeza.
Y no querré yo negallo,
Que no pienso que ha tenido
Mujer más noble marido,
Ni Rey más leal vasallo.

DIONISIA.

¡Triste de mí! ¿Por qué gusta (Aparte.)
El Rey que me den veneno?
Basta un trago; pero lleno
Todo el vaso, es cosa injusta.
Entraban por los oídos
Otro tiempo mis enojos;
Pero si entran por los ojos,
¿Cómo serán resistidos?
¡Afuera, mujer; afuera,

Levántase muy furiosa.

Lazo de mi alma estrecho,
De cuatro víboras hecho,
Que mi noble sangre altera!
¡Afuera, deshonra mía,
Con fruto de bendición,
Pues ha sido maldición
De mi esperanza este día!
¡Oh cielo! ¿Cómo adelantas (Aparte.)
Pasos al fin de mi honra,
Y al árbol de mi deshonra
Le vas añadiendo plantas?
¿Faltan más muertes, por dicha?

REY.

El mal le ha dado más fuerte.

ENRIQUE.

Pésame que vengo á verte

En tiempo de tal desdicha.
Ya me habían dicho allá
Que la Infanta padecía
Tan fiera melancolía.

REY.

Á tiempos, Conde, le da.

ENRIQUE.

Tenla, Isabela.

ISABELA.

Sí haré.
¡Ah, mi señora!

DIONISIA.

¡Ah, traidora!
¿Tú me tienes? Pero agora
Tienes..... (Aparte.) Mi bien, si bien fué.
¡Échalos luego!

REY.

¡Hija mía!

FABIO.

De veros muestra dolor.

REY.

Idos, Conde.

ENRIQUE.

Yo, señor,
No pensé que os deservía.

FABIO.

Condesa, vamos de aquí.

DIONISIA.

Váyanse todos.

CLENARDO.

También
Dice que nos vamos.

CELINDA.

Ven,
Clenardo.

CLENARDO.

Yo voy tras ti.

Vanse todos, menos el Rey y la Infanta.

REY.

Hija, ya todos se han ido;
Sosiega un poco.

DIONISIA.

No puedo.
Desta vez le pierdo el miedo.

REY.

¿Á quién?

DIONISIA.

Á mi honor perdido.

REY.

Hija, ¿qué honor puede ser
Éste, de cuya razón
Toma tu mal ocasión?

DIONISIA.

¡Oh padre, honor de mujer!

REY.

Yo pienso tantas quimeras
Deste tu confuso mal,
Que he de hablar lenguaje igual
Si á mi pensamiento esperas.
Porque esta locura tuya
Nunca tiene más rigor
Que cuando tratan de amor;
Luego la ocasión es suya.
Tras eso, el honor perdido
Muestra que alguien te ha engañado,
Que cobarde te ha dejado,
Y te ha gozado atrevido.
Yo cumplo mi obligación
En esto; tú agora puedes
Hacer de suerte que quedes
Con igual satisfacción.
¿Qué te suspendes atenta?
Padre soy: habla, confía;
Pues es tu sangre la mía,
También lo será el afrenta.
Pensé darte en el de Escocia
Marido, á Irlanda señor;
Pero ya el Embajador
Que está allá, no lo negocia,
Porque de tu enfermedad
Se va la fama extendiendo.
¿No hablas?

DIONISIA.

Señor, yo entiendo
Que amor te obliga á piedad.
Yo veo que mi tristeza
Pone tu vida en aprieto,
Y que en padre tan discreto
Puede cargar mi flaqueza.
Mas que yo te pueda hablar
En caso tan insufrible,
Es el mayor imposible
Que puedes imaginar.

REY.

Pues algún medio ha de haber.

DIONISIA.

Celinda.....

Celinda.

CELINDA.

Señora.....

DIONISIA.

Aquí
Trae tinta y pluma. Así
Te quiero satisfacer.

Vase Celinda.

REY.

Como mal pintor has sido,
Que, retratado algún hombre,
Le quiere poner el nombre
Porque no está parecido.
Si eres mis ojos, mal haces
En no ser también mi lengua,
Pues con la tuya mi mengua
Remedias y satisfaces.

Vuelve Celinda.

CELINDA.

Ya tienes papel aquí.

DIONISIA.

Sobre esta almohada escribo.

REY.

Gran sobresalto recibo. (Aparte.)

DIONISIA.

Duélase el cielo de mí. (Aparte.)

Vase Celinda, y asiéntase la Infanta á escribir aparte.

REY.

Cual reo, en tanto que el jüez escribe (Ap.)
La sentencia, esperando estoy la mía:
Tiembla el deseo, y la piedad porfía;
Muere el remedio, y la esperanza vive.
De las vanas quimeras que concibe
Mi loca y engañada fantasía,
Nace un monstruo, que el miedo después cría,
Hasta que el ser de mi dolor recibe.
El de saber el mal es un deseo
Común en los mortales desengaños,
Que, con saber que es mal, mueren por velle.
Y yo le quiero ver, aunque es tan feo;
Que más matan las dudas que los daños,
Y el esperar el mal que el padecelle.

DIONISIA.

Ya escribí. Déjame ir
Antes que abras el papel.

REY.

Ya sé que has escrito en él
Receta para morir.

Dale la Infanta el papel, y vase con licencia.

¡Con qué priesa que se fué!
No menos la tengo yo
De saber lo que escribió.
Dice así: (Lee.) «Yo me casé
Con Enrique de secreto,
Y en secreto me gozó;
Fuése á España, y me dejó,
Padre, sin honra, en efeto.
Como ves, vuelve casado,
Con sus hijos y mujer:
Juzga de qué puede ser
La enfermedad que me ha dado.»
¡Ah de mis criados! ¡Guardas!
¡Gente! ¡Capitán!

Fabio.

FABIO.

Señor.....

REY.

Cielo, ¿para tal rigor (Aparte.)
Mis cansados años guardas?
¡Pierdo el seso!

FABIO.

¿Si le dió (Aparte.)
El mal de la Infanta?

REY.

¡Fabio!

FABIO.

Señor.....

REY.

¡Cómo! ¿Que este agravio (Aparte.)
Sufre el cielo y sufro yo?
¡Capitán!

FABIO.

¿Qué es lo que quieres?

REY.

¡Que alcanzase á la grandeza (Aparte.)
De mi hija la flaqueza
Que á las comunes mujeres!
¡Marqués!

FABIO.

¿Qué es lo que me mandas,
Que no acabas de decillo?

REY.

Error será diferillo.

FABIO.

¿También en los aires andas,
Como la Infanta? ¿Qué tienes?

REY.

Llámame á Enrique.

FABIO.

Yo voy.

REY.

Pues has de advertir que estoy
Penando en tanto que vienes.

Vase Fabio.

REY.

Peligro tiene el más pro*bado* *Vado;*
Quien no teme que el mal le im*pida* *Pida,*
Mientras la suerte le con*vida* *Vida,*
Y goce el bien tan sin cui*dado* *Dado.*
Mas cuanto en más afortuna*do* *Hado*
Fuerza y poder se desco*mida* *Mida,*
Cuán presto adonde más r*esida,* *Es ida*
La gloria vil deste pr*estado* *Estado.*
La honra puede tu estan*darte* *Darte,*
Amor, por quien la rec*atada* *Atada*
Tuvo en el fuego que re*parte,* *Parte.*
Fué la defensa, aunque orde*nada,* *Nada,*
Pues es por ti, sin remedi*arte* *Arte,*
La cuerda, loca; la en*cerrada,* *Errada.*

Enrique y Fabio.

FABIO.

Aquí está el Conde.

ENRIQUE.

¿Qué es lo que me mandas?

REY.

Salte, Fabio, allá fuera, cierra, y guarda
Que no llegue ninguno á este aposento.

FABIO.

Harélo así.

Vase.

ENRIQUE.

¡Qué extrañas prevenciones! (Aparte.)

Señor, ¿en qué te sirvo?

REY.

Escucha.

ENRIQUE.

¡Ay, cielos! (Aparte.)

REY.

Enrique, este papel es una carta
Que del Rey albanés recibo agora:
Contiene en suma una desdicha grande,
Y como amigo, pídeme consejo.
Yo, que no fío de mi ingenio cosas
Tan arduas, y del tuyo estoy contento,
Quiero que me aconsejes lo que pueda
Escribirle en desdicha semejante.

ENRIQUE.

Señor, si el mundo, y otros mil que hubiera,
Pudieran por un hombre gobernarse,
Tú sólo fueras digno de regirlos;
Y espántome que á mí me encargues esto,
Sabiendo mi ignorancia; mas presumo
Que amor te engaña, y mi lealtad te obliga.
Propón el caso, que á las veces suele
Un ignorante dar consejo á un sabio.

REY.

Tiene el Rey albanés, Enrique amigo,
Sólo una hija, como yo á Dionisia;
Pídensela mil príncipes y reyes,
Y ella pone los ojos en un hombre,
Noble por cierto, mas vasallo suyo.
Éste la goza, y con temor del padre,
Huye á otro reino, donde al fin se casa,
Y casado después á Albania vuelve.
Enferma de dolor la Infanta, y dice
Al padre la ocasión; el padre, airado,
No se atreve á matalle por su hija,
Ni se la puede dar, porque es casado.
El caso es grave, y pídeme consejo.
Yo te lo pido á ti. ¿Qué te parece?

ENRIQUE.

Extraño es el suceso, y que pedía
Más ingenio y más tiempo; mas si es fuerza
Obedecerte, digo que, aunque mate
El Rey á ese hombre, no remedia nada,
Pues se queda la Infanta sin remedio,
Y casarle con ella está más puesto
En razón y justicia.

REY.

¿De qué modo,
Siendo casado el hombre?

ENRIQUE.

Dando muerte
Él propio á su mujer, en justa pena
De su delito.

REY.

Pues ¿qué debe, Enrique,
La inocente mujer?

ENRIQUE.

Los grandes daños,
Con los menores atajarse deben;
Menor mal es que esa inocente muera,
Que no que el reino quede destruído,
La Infanta sin remedio, el Rey sin honra.

REY.

¿Y si clama la sangre á Dios, Enrique?

ENRIQUE.

No clamará, que no es de Abel la sangre.

REY.

Todo inocente, la de Abel refresca.

ENRIQUE.

David por Betsabé dió muerte á Urías,
Y no era su mujer, sino su dama.

REY.

Y Natán, ¿qué le dijo después desto?
Y ¿qué lloró David?

ENRIQUE.

Fué su deleite
La causa; y aquí, Rey, la causa es honra.

REY.

La honra solamente á Dios se debe;
Con ofensa de Dios no hay honra, Conde.

ENRIQUE.

También le manda Dios al que recibe
Un bofetón, que ponga el otro lado,
Y en el mundo es deshonra, y es la honra
Vengarse, siendo siempre la venganza
Odiosa á Dios, cuanto apacible al hombre.

REY.

Las leyes en el mundo recibidas,
Si son entre cristianos, no son justas
Cuando con las de Dios no se conforman.

ENRIQUE.

Toda ley es injusta que no pende
De las leyes de Dios, yo lo conozco;
Pero debajo de que no hay remedio,
Y que pedir á Dios milagro agora
Para que lo que fué no sea, no es justo,
Yo, si fuera este Rey, hiciera á este hombre
Que esa mujer matara, y le casara
Con mi hija, y después, del homicidio
Hiciera penitencia conveniente.

REY.

Bien dices, pues que no hay otro remedio.
Mas lee este papel, por vida mía.
Veamos si confirmas lo que has dicho.

ENRIQUE.

Dice así: «Yo me casé

Lee el papel Enrique y vase turbando.

Con Enrique de secreto.....»
Señor, ¿qué es esto? ¿Á qué efeto.....

REY.

Ese hombre el vasallo fué.
Esa letra, ¿no es posible
Que no la conoces tú?

ENRIQUE.

¡Jesús mil veces! ¡Jesú!
¡Caso espantoso y terrible!

REY.

Tú fuiste jüez discreto.

ENRIQUE.

Vuelve á leer.

«En secreto me gozó;
Fuése á España, y me dejó,
Padre, sin honra, en efeto.
Como ves, vuelve casado,
Con sus hijos y mujer.....»
Señor, ¿cómo puede ser?
Mira que te han engañado.

Acaba de leer el papel.

REY.

Enrique, Enrique, este papel ha escrito
Mi hija, y desta causa es el proceso;
Tú el jüez, que, sin verle, sentenciaste
Contra ti lo que has visto; yo no tengo
De buscar más testigos, ni esto es cosa
Que tengo yo de andar en su probanza.
Tú me diste el consejo: parte luego,
Y á la Condesa quitarás la vida,
Para que aquesta noche seas esposo
De la Infanta, mi hija.

ENRIQUE.

¡Señor!.....

REY.

Conde,
No repliques palabra. Tú lo has dicho,
Tú has hecho esto: basta. ¡Ah, marqués Fabio!

Fabio.

FABIO.

Señor.....

REY.

Id con el Conde á su posada
Con cien hombres de guarda que se queden
Á la puerta.

ENRIQUE.

Suplico á Vuestra Alteza
Que, si ha de ser, sin alboroto sea;
Que yo gano en aquesto un bien supremo,
Como se ve tan claro; y pues yo gano,
No será necesario guarda ó gente,
Y el secreto en aquesto es de importancia
Á ti, á la Infanta, á mí y á la Condesa.

REY.

Pues parte, y de su muerte echarás fama
Por alguna ocasión, la que tú quieras;
Y vuelve luego aquí.

ENRIQUE.

Yo vuelvo luego.

Vase el Rey.

FABIO.

¿Qué es esto, Conde?

ENRIQUE.

Mis desdichas, Fabio;
Fabio, mis desventuras. ¡Fabio, muero!
Marqués, mirad qué os digo: Ningún hombre
De cuantos hizo Dios puede haber visto
Fuerza tan lastimosa por su honra,
Por su gusto, su bien y por su casa.
¡Ah, cielos, penetradme con un rayo!
¡Tierra, tu centro y tus entrañas rompe,
Sepulta en ti la más penosa vida
Que fué regida de mortal espíritu!
¿Hay cosa como ésta? ¿Hay tal suceso?
¿Hay fuerza tan extraña y lastimosa?
¡Yo á la Condesa, á un ángel en belleza,
En pura honestidad, en mansedumbre!
¡A aquellos ojos, á aquel blanco pecho!
¡Yo mismo! ¡Yo! ¡Sin culpa! ¡Jesús! ¡Cielos!

FABIO.

No des voces aquí; sal de palacio.

ENRIQUE.

Ven, y sabrás, Marqués, mi desventura.
¡Ay, mi Isabela! ¡Ay, mi querida esposa!
¡Ay, Rey cruel! ¡Ay, *fuerza lastimosa!*

Vanse.

Isabela y Belardo.

ISABELA.

En fin, me quedé sin misa.

BELARDO.

Está malo el capellán.

ISABELA.

¿Si tomó lección don Juan?

BELARDO.

Partes va juntando aprisa:
Muy presto sabrá leer.

ISABELA.

Pena me da, Dios le guarde,
El Conde, porque es muy tarde
Y no ha venido á comer.

BELARDO.

El Marqués vino por él.

ISABELA.

¿Dijo que el Rey le llamaba?

BELARDO.

Sí, señora.

ISABELA.

Y ¿quién estaba,
Cuando le llamó, con él?

BELARDO.

Solo estaba y solo fué.
No tengas pena, señora.

ISABELA.

En mi vida, como agora,
De su ausencia la tomé.
Esta noche no he dormido,
Con mil sueños desvelada.
Una tórtola casada
Soñé que estaba en su nido,
Y que un fiero cazador
Tomó una flecha á su aljaba,
Y con tres hijos la echaba
Del nido. ¡Ay Dios, qué dolor!

Levantéme, y dando abrazos
Á mi Laurencia, sin ver
La ocasión que pudo haber,
Cayóseme de los brazos.
Hice vestir á don Juan,
Y propuse de ir á misa,
Y por más que me doy prisa,
No parece el capellán.
Agora el Conde no viene,
Que nunca suele faltar.

BELARDO.

Albricias me puedes dar.

ISABELA.

¿Cómo?

Enrique y Fabio.

BELARDO.

En los brazos te tiene.

ENRIQUE.

¡Isabela!

ISABELA.

Señor mío,
Mi vida, mi bien, mi Enrique,
¿Cómo haré que os signifique,
Si en lágrimas no la envío,
El alma, el placer que tengo
De veros más que otros días?

ENRIQUE.

Suspended las alegrías,
Mi gloria: mirad que vengo
Del Marqués acompañado.

ISABELA.

Perdonad, señor Marqués,
Que esto es amor.

FABIO.

Justo es.

ISABELA.

¿Sois hoy nuestro convidado?
Que en extremo me holgaría.

FABIO.

Soy tan vuestro servidor,
Que aun pienso que de ese amor
Parte alcanzarme podría.

ISABELA.

Tan divertida quedé
En el Conde, que no os vi.

FABIO.

Con lo mismo que entendí,
Mi señora, os disculpé.

ISABELA.

¿Cómo venís, Conde, en quien
Tengo vida y por quien soy?
¿Cómo estáis, y cómo estoy
En vuestra gracia también?

ENRIQUE.

Aunque ese gusto os resisto,
Mi vida, no le tengáis;
Que mucho porte pagáis
De cartas que no habéis visto.
Si las abrís, yo sé bien
Que os pesará de hacer fiestas
Al sobrescrito; y pues éstas
Es fuerza que hoy os le den,
Salte, Belardo, allá fuera;
Que esa puerta me es forzoso
Que cierre.

Vase Belardo.

ISABELA.

¿Qué es esto, esposo?
¿Cómo habláis desa manera?

ENRIQUE.

Ya la puerta está cerrada.
Fabio, decidle lo que es.

ISABELA.

¿Qué es esto, señor Marqués?
¿Qué es esto? Que estoy turbada.

FABIO.

No sé si de enternecido
Os podré hablar.

ISABELA.

¡Vos lloráis!
Mas ¿qué es? Conde, ¿no me habláis?
¿Qué puede haber sucedido?
¿También vos estáis llorando?
¿Tan fuerte yerba soy yo,
Que lágrimas os sacó
Sólo de estarme mirando?

ENRIQUE.

¡Ay ojos, que éstos adoran!

ISABELA.

Mirad que es vergüenza ver
Con ánimo una mujer
Entre dos hombres que lloran.
Dos arroyos parecéis;
Yo, la yerba que regáis;
Mas, si tanta agua me dais,
Mirad que me anegaréis.

FABIO.

Isabela desdichada,
En triste punto nacida
Debajo de las estrellas
Que influyen mayor desdicha;
Tan hermosa como honrada,
Siendo tú la honra misma,
Que en el sol de tus virtudes
Las demás luces se miran;
Inocente, á quien un rey
Os manda quitar la vida
Al hombre que más te adora,
Y al que más tu bien estima;
Dechado de nobles damas,
Adonde los cielos pintan
Más valores y excelencias
Que en las matronas antiguas;
Española milagrosa,
Que á las romanas imitas,
Y ellas á ti te imitaran
Si fueran después nacidas:
Sabe que el Conde, tu esposo,

Cuando á España se partía,
Amaba, y era adorado
De nuestra infanta Dionisia.
Creció el amor en la ausencia
Con tanta melancolía,
Que ha llegado á ser locura,
Llena de celos y envidia.
Hoy, que te vió con tus hijos,
Nació de aquella visita
Decir á su viejo padre
Una cosa nunca oída;
Porque le ha dicho que el Conde
La gozó, siendo mentira;
Porque el Conde me ha jurado
Tantas cosas, tantas vidas,
Que he conocido que amor
Á lo que dice la obliga,
Con ánimo de gozalle,
Loca, furiosa y rendida.
El Rey, por guardar su honor.....
No sé cómo te lo diga.....
Le ha mandado que te mate
Y se case con su hija.

ISABELA.

¡Jesús, Marqués! ¿Eso es cosa
Tan grande y encarecida?
Pensé yo, Fabio, que el Rey
Al Conde matar quería.
Vivid vos, amado Enrique,
Vivid vos muy largos días;
Que como vos la tengáis,
¿Qué importa esta triste vida?
No lloro yo de pesar;
Lloro de mucha alegría
De que el Conde, mi señor,
En tan alto estado viva.
Mil años gocéis, mi bien,
Vuestra esposa, que os estima
Y procura con razón.....
Reinas es razón que os sirvan.
Vos nacisteis para rey;
Rey sois, y Dios lo permita,
Que vuestros merecimientos
Á cetro y corona aspiran.
Y pues ya sois rey, Enrique,
Mercedes es bien que os pida.
No es bien que me las neguéis
Por dos cosas que os obligan:
La una, que cuando heredan
Los reyes, á sus provincias
Y reinos hacen mercedes
Por grandeza y por justicia;
La otra, porque os casáis;
Que los reyes tales días
Muestran el extremo á todos
De su grandeza excesiva.
Yo tengo de vos, Enrique,
Tres hijos; no es bien que vivan
Con madre tan extranjera,
Con madrastra tan altiva.
El Conde de Barcelona
Es mi padre; aquí está Arsinda,
Un aya que me ha criado
Y vino en mi compañía;
Enviémoslos á España
Con ella, que mejor crían
Abuelos que padres, hijos
De madre muerta ó cautiva.
Haced esto, Enrique amigo,
Si por ventura os obligan
Tantos días de regalo,
Tantas horas de caricias.
Que si Dios me lleva á sí
(Lo que este alma en él confía,
Porque, aunque soy pecadora,
Su santa sangre me anima),
Yo le rogaré por vos,
Por vos, mi prenda querida,
Y por la señora Infanta,
Mujer vuestra y reina mía.

ENRIQUE.

Cesa de matarme hablando;
Basten los rayos que tiras
Con esos ojos, por donde
Mi propia vida destilas;
Que ni para que yo sepa
Tu virtud, Isabel mía,
Ni para darte remedio,
El ver tu humildad me obliga.
Bien sabe Dios que no ha sido
De mí jamás ofendida
La honra del Rey, Condesa,
Aunque la Infanta lo diga.
En esta locura ha dado:
Propúsome el Rey la enigma;
Yo le he dado este consejo.....
Juzgué lo que no sabía.
Dar yo causa de tu muerte
Sólo en mi deshonra estriba,
Matando contigo alguno
De los que en mi casa habitan.
Pero no permita Dios
Que con engaño y malicia
Te quite el Conde la honra,
Ya que te quita la vida.
Esto el Rey por un papel
En este punto me avisa,
Que á la puerta me le dió
Un paje que con él priva.
Pero más quiero, Condesa,
Que los hombres me maldigan,
Que no que, en el cielo mártir,
Sin honra en la tierra vivas.
Los hijos de mis entrañas
Haz cuenta que ya caminan
Á España con sus abuelos,
Donde venganza les pidan;
Que no es justo que en Irlanda
Queden sus santas reliquias
Con un padre que á su madre
Sin razón la vida quita.
Y porque me aguarda el Rey,

Pon en tierra la rodilla,
En tanto que á tu garganta
Pongo esta funesta liga.

ISABELA.

Hazme, señor, un placer;
Por el postrero, bien puedes.

ENRIQUE.

¿Que le tengas puede ser,
Ni el verdugo hacer mercedes?

ISABELA.

Mis hijos me deja ver.

ENRIQUE.

Vaya Fabio, aunque quisiera
Que esto no me enterneciera.....
Pero al fin, martirio agora,
Y sin ángeles, señora,
Descuido del cielo fuera

FABIO.

Llorando voy á traellos.
Esta es *fuerza lastimosa*.

Vase.

ENRIQUE.

Venid, mis ángeles bellos,
Á ver vuestra madre hermosa,
Para que muera con ellos.
Venid para que os halléis
Presentes al sacrificio,
Porque contra mí juréis
En aquel alto jüicio,
Donde pedirme tenéis.
Que yo me quiera excusar
Con huir, no puede ser;
Esta isla cerca el mar,
Guardas hizo el Rey poner;
El Rey la manda matar.
¡Válgame el poder de Dios!
Si yo he de ser su homicida,
Muramos juntos los dos.

ISABELA.

¿Qué es eso, Enrique? ¡Ah, mi vida!
¿El ánimo falta en vos?

ENRIQUE.

No tienes de qué espantarte
Que me falte la osadía,
Isabela, en esta parte;
Que, como eras alma mía,
Fáltame para matarte.
Dame esos brazos mil veces,
Por ver si este bronce duro
Con regalalle enterneces.....
Cuanto más mal te procuro,
Más hermosa me pareces.
¿Qué haré si agora te mato,
Y estando solo? ¡Ay de mí!
Imagino en tu retrato.....
¿Qué hará esta noche sin ti
Este tu marido ingrato?
¿Qué haré? ¡Qué diré de cosas
Tan tiernas, tan amorosas,
Tan tristes, tan desdichadas!
¡Qué me pasarán de espadas
Las entrañas rigurosas!
Perdóname. Vesme aquí
Que te mato....., que te adoro.
Duélete, Isabel, de mí,
Y allá en el celeste coro
Ruega á Dios, ángel, por mí.

ISABELA.

No llores de esa manera,
Que pareces tú el que está
Temiendo la espada fiera.

Fabio con una niña en brazos, y otra y un niño de las manos.

FABIO.

Aquí están tus hijos ya.

ENRIQUE.

¿Queda algún hombre allá fuera?

FABIO.

Ninguno.

ENRIQUE.

¿Cerraste?

FABIO.

Sí.

ISABELA.

Hijos, hoy os llamo aquí
Por testigos de mi intento,
Que quiero hacer testamento:
Bien estáis juntos á mí.
Y sabe Dios que quisiera
Volveros donde os tenía,
Porque cuando yo muriera,
De una vida con la mía
Cuatro almas al cielo diera.
¡Pluguiera á Dios que mi ruego
Oyera, para que luego
Que me mataran aquí,
Salieran almas de mí,
Como centellas de fuego!
Hijos, hoy muero, hoy acaba
Mi vida, no porque fuí
De culpa ni infamia esclava;
La causa es porque nací,
Que para morir bastaba.
Mando á Dios el alma mía,
El cuerpo á la tierra fría,
Que ya le está deseando,
Y estas mis lágrimas mando
Al Conde para algún día;
Al cual suplico me abone,
Y de no le haber servido
Como merece, perdone,
Pues el tiempo breve ha sido,
Y en medio el morir se pone.
Bienes que mandar no tengo;
Soislo vosotros no más;
Y aunque á daros me prevengo,
No os apartaré jamás
De donde á poneros vengo,

Porque es en el alma, adonde
Os llevo y amor esconde.
Perdonad, amores míos,
Del tiempo los desvaríos
Y las desgracias del Conde.
Por manda de testamento,
Que la ley hace tan fuerte,
Os mando (estad, Juan, atento)
Que no le pidáis mi muerte,
Pues vos tenéis sentimiento.
Mirad, que más no ha podido
El Conde: pues fué forzosa,
Poned mi muerte en olvido,
Que esta es *fuerza lastimosa*,
Y basta que fuerza ha sido.

ENRIQUE.

Isabela, bien está.

ISABELA.

Juan, vos sois el padre ya
De vuestros hermanos: creo
Que cumpliréis mi deseo.

DON JUAN.

Señora, ¿adónde se va?

ISABELA.

Hijo querido, á la muerte.

DON JUAN.

Lléveme consigo, madre.

ENRIQUE.

Deja ya de enternecerte.

DON JUAN.

¿Por qué la mata mi padre?

ISABELA.

Por desdichada y por suerte.
No pidáis mi muerte á Dios.

DON JUAN.

Si él la ve, que importará
No se la pedir los dos?

ENRIQUE.

Metedlos, Marqués, allá.

DON JUAN.

¡Ay, padre, triste de vos!

ISABELA.

Besadme, Juan de mi vida,
Vos, Laurencia, y vos, Lisarda,
Huérfana apenas nacida.

ENRIQUE.

Suéltalos.

ISABELA.

Aguarda, aguarda,
Siquiera por despedida.

Lleva los niños Fabio.

ENRIQUE.

Isabela, el llanto muda.

ISABELA.

Ya mi garganta se pone,
Conde, á tu filo desnuda;
Que, pues el sol se me pone,
La noche viene sin duda.
Tener vida no es razón
Después de aquestos abrazos,
Y que dure es confusión,
Sacándome tres pedazos
Tan grandes del corazón.
Ea, ¿de qué estás temblando?
Mas por merced te demando
Que no me enlacen tus ligas;
Si con las manos me ligas,
Será el tránsito más blando.
Ponme las manos, señor;
Salga mi espíritu en ellas.....
Mas detendrále el favor.

ENRIQUE.

Desvía tus manos bellas.
No despiertes mi furor.

ISABELA.

Pues ¿no piensas abrazarme?

ENRIQUE.

Ea, Isabela.....

Fabio.

FABIO.

¿Es ya muerta?

ENRIQUE.

No acierto á determinarme,
Ni el amor tampoco acierta
Á matarla sin matarme.
Llega el brazo, y tiembla el pecho,
Osa el pecho, y tiembla el brazo;
Y cuando llego de hecho,
En vez de apretar el lazo,
La abrazo con lazo estrecho.
¡Ay! ¡Quién no hubiera nacido!

FABIO.

Conde, yo he considerado
Que ser en esto atrevido
No es labor de pecho honrado.

ENRIQUE.

¡Ay, Fabio, remedio os pido!
Que habiéndome de casar,
No es posible sin morir
La Condesa.

FABIO.

Otro lugar
Se puede en esto elegir,
Y á otra mano encomendar.
Venga Isabela conmigo.

ENRIQUE.

¿Dónde?

FABIO.

Yo tengo un criado
Leal y en lugar de amigo:
Vive en un monte apartado.
Y éste, sin otro testigo,
En el mar la puede echar
En un barco, en que un barreno
Se puede dar al entrar,
Y así, poco á poco lleno
De agua, irá al fondo del mar.
Esta será de tu esposa
Muerte y sepultura junta,
Más secreta y más piadosa,

Y di, si el Rey te pregunta,
Que entre su arena reposa.

ENRIQUE.

Bien has dicho, amigo Fabio.

ISABELA.

Piadoso remedio y sabio.

ENRIQUE.

Vete, Isabela, con él;
Sea yo esposo cruel,
No verdugo de tu agravio.
Dirélo al Rey desa suerte.

FABIO.

De mi lealtad conocida
No quiero satisfacerte.

ISABELA.

Adiós, causa de mi vida.

ENRIQUE.

Mejor dirás de tu muerte.

Vanse.

El Rey y Dionisia.

DIONISIA.

Crueldad notable fuera;
Por mi voto, está muy cierto
Que Isabela no muriera.

REY.

Puesto que inocente ha muerto,
Que fué justo considera.
Y pues por tu liviandad
Pagó lo que no debía
La inocente castidad,
Mira tu culpa en la mía,
Y la tuya en mi maldad.
Esto fué razón de estado.

DIONISIA.

Sinrazones fueron todas.

REY.

Con esto libre ha quedado
El Conde para tus bodas,
Aunque no de estar culpado.
Si tuviera posesión,
Matara al Conde y pusiera
Tu libertad en prisión.
Pero viva el Conde, y muera
De mi infamia la ocasión.

DIONISIA.

Si fuí yo, ¿por qué merece
Muerte esa triste española?

REY.

Porque más justo parece
Que viva tu honra sola,
Que es quien más muerte padece.

DIONISIA.

No me puedo consolar.

REY.

Ni yo dejar de buscar
Remedio á mi honor perdido.

DIONISIA.

De tan sangriento marido,
¿Qué menos puedo esperar?

REY.

Que me has enojado advierte.
Los dos somos homicidas:
Tú por culpa, yo por suerte.

DIONISIA.

Mal se lograrán dos vidas
Fundadas sobre una muerte.

REY.

No debes ya de querer
Que dure mucho la mía,
Con tu loco proceder.

Enrique.

ENRIQUE.

Á besar tus pies venía.

REY.

Habla, Conde, á tu mujer.

Vase.

ENRIQUE.

¿Por qué se va el Rey así?
¿Hase enojado conmigo?

DIONISIA.

Porque reprehension le dí
De tu crueldad, enemigo,
Pues fué justo hacerla en ti.
Di, infame Conde, ¿qué hallaste
En mí, que de verme huiste
La noche que me gozaste?
¿Por qué la fe me rompiste,
Y con otra te casaste?
¿Fué mejor hija tercera
De un conde de Barcelona
Que de tu Rey la primera?
¡Dejas la propia corona
Por la nobleza extranjera!
¿No miras lo que has causado?

ENRIQUE.

Miro que soy desdichado;
Miro que no te gocé.

DIONISIA.

¿Qué dices?

ENRIQUE.

Que Dios lo ve,
Y que Dios me ha castigado.

DIONISIA.

Pensé que negar querías.

ENRIQUE.

Ahora bien: muerta Isabela,
¿Qué haré?

DIONISIA.

Pues que tenías
Con tu engañosa cautela
Secas las entrañas mías,
No puedo negar que has sido
Amado como marido,
Y que agora lo has de ser.
Procura, Conde, poner
Á tu Isabela en olvido.

ENRIQUE.

Yo lo haré, señora, así.

DIONISIA.

Vamos á desenojar
Al Rey.

ENRIQUE.

Voy luego.

Vase la Infanta.

¡Ay de mí!
¿Si habrán entrado en la mar?
¿Si estaba la barca allí?
Cielo, sol, estrellas, luna,
Elementos, hombres, aves,
Fieras sin razón alguna;
Mar azul, donde mil naves
Corren tormenta y fortuna,
Esa barquilla que llega
Á vuestra piedad temblando,
Con dos ángeles navega:
Ved que la están barrenando,
Ved que se pierde y se anega.
Cargada va de tesoro:
Indias fué mi amor, que, en fin,
Dél truje esa plata y oro.
Halle Anfïón el delfín
Otra vez, y Europa el toro.
Viva el barco, y no perezca
Aunque dé en Constantinopla:
Luz en lanterna parezca.
Muerte es el viento que sopla;
Á su pesar resplandezca.
No seas, mar, su enemigo.
Madre tierra, dale abrigo.
Viento, déjala correr,
Que no se puede perder
Quien lleva el norte consigo.

Vase.

El duque Otavio, Polibio, Tereo é Isabela.

OTAVIO.

Dentro.

Acosta, acosta, patrón.
¡Rema, perro!

POLIBIO.

Dentro.

El viento es bravo.

OTAVIO.

Dentro.

Llega, aborda, dale un cabo.

ISABELA.

Dentro.

¡Cielo, tus milagros son!

OTAVIO.

Dentro.

Ásela en brazos, Tereo.

TEREO.

Ya la tengo.

OTAVIO.

Dentro.

Caminad
Á la orilla.

ISABELA.

Dentro.

Tu piedad,
Cielo, en mis desdichas veo.

Salen el Duque, Polibio y Tereo, y dos pescadores que traen en brazos á Isabela.

OTAVIO.

¿Tienes vida?

ISABELA.

Vida tengo.

OTAVIO.

Esfuérzate.

ISABELA.

Eso procuro.

OTAVIO.

Ya tienes puerto seguro.

ISABELA.

Basta que á tus manos vengo.

OTAVIO.

¿De dónde eres?

ISABELA.

Española.

OTAVIO.

¡Española, y aquí!

ISABELA.

Sí,
Que de una armada yo fuí
La que se ha librado sola.

OTAVIO.

¿Eres casada?

ISABELA.

No sé;
Que fué mi ventura corta.

OTAVIO.

Dadla qué coma.

ISABELA.

No importa.
Ánimo, señor, tendré.

OTAVIO.

Ser española te abona.
Dónde naciste me di.

ISABELA.

En Cataluña nací.

OTAVIO.

Y ¿en qué ciudad?

ISABELA.
Barcelona.
POLIBIO.
¿Quién duda que es principal?
OTAVIO.
Necio, ¿no se echa de ver?
ISABELA.
Quién eres deseo saber.
OTAVIO.
Desta tierra natural.
ISABELA.
De que me encubras, me agravio,
Tu nombre.
OTAVIO.
Hombre noble soy.
ISABELA.
Pues dime en qué tierra estoy.
OTAVIO.
En tierra del duque Otavio.
ISABELA.
¿Eres tú?
OTAVIO.
Yo soy, que andaba
Pescando en aquesta orilla,
De donde vi tu barquilla,
Que el mar furioso anegaba.
No temas, que en mi poder
Nada te puede faltar.
ISABELA.
Sólo te quiero obligar
Con decir que soy mujer.
La corte del Rey de Irlanda,
¿Está lejos?
OTAVIO.
Cerca está.
ISABELA.
¿Tú piensas volver allá?
OTAVIO.
Cualquiera cosa me manda
Que ir á la corte no sea,
Donde en seis años no entré.
ISABELA.
Antes yo procuraré
Que nadie en ella me vea.
OTAVIO.
Si, para cualquiera cosa
Que intentes, menester fuese
Que en tu servicio ofreciese
La vida, española hermosa,
No dudes de que me inclinas
De tal manera á tus ojos,
Que la ofrezco por despojos
Á sus estrellas divinas.
No soy casado ni tengo
Á quien dar cuenta de mí.
ISABELA.
Ya olvido el bien que perdí,
Pues en ti á cobralle vengo.
Mas tu estado, te prometo.
Tu vida, tu honor también,
No me pueden dar más bien
Que guardarme con secreto.
OTAVIO.
¿Eso te importa?
ISABELA.
La vida
Por lo menos.
OTAVIO.
Pues yo haré
Que aquí tu persona esté
Cuanto quisiere escondida.
ISABELA.
Tu palabra me asegura.
OTAVIO.
Al mismo cielo la doy.
ISABELA.
¿Vamos?
OTAVIO.
Ven.
Perdido voy (Ap. á sus criados.)
Por su divina hermosura.
TEREO.
Pues ¿tan presto estás tan ciego?
OTAVIO.
Todo me siento abrasar.
No sé cómo de la mar
Pudo salir tanto fuego.

ACTO TERCERO.

El Rey, Dionisia y Celinda.

DIONISIA.
Á su culpa corresponde.
Mayor castigo merece.
REY.
En fin, ¿que ya convalece
De su enfermedad el Conde?
DIONISIA.
Larga y peligrosa ha sido
Y llena de confusión,
Mas no para la ocasión
Que de tenella ha tenido.
REY.
Muy como mujer procedes,
Pues vienes á aborrecer
Lo que solías querer,
Cuando ya gozarlo puedes.
Sospecho que quieres mal
Á Enrique.
DIONISIA.
No le aborrezco;
Pero mucho me entristezco
De verle tan desigual.
Que ya que por tu rigor

Á la Condesa dió muerte,
No veo que se divierte
De aquel su pasado amor.
Y no me puede estar bien
Casamiento con un hombre
Que siempre llora su nombre
Y que la adora también.

REY.

Dionisia, si tuyo ha sido
Deste suceso el honor,
Busca marido á tu amor,
Y no á tu gusto marido.
El Conde llora á su esposa.

CELINDA.

Y razón debe tener,
Que fué una santa mujer,
Y por todo extremo hermosa.
Mas dame que venga á estar
Con tu nueva compañía,
Verás que ese mismo día
Ama y comienza á olvidar;
Que cuando más tiernamente
Lloran pasada amistad,
Con cualquiera novedad
Se consuelan fácilmente.

REY.

Á Dionisia.

Hoy, pues el Conde está bueno,
Se desposará contigo.

Clenardo.

CLENARDO.

Parece justo castigo
Del cielo, de enojos lleno.
Rayos son de su venganza.

REY.

¿Qué es eso, Clenardo?

CLENARDO.

El Conde,
Que en todo tan mal responde
Al gusto de tu esperanza,
Acabando de vestirse
Las galas de desposado,
Cuando en el siniestro lado
Quiso la espada ceñirse,
Quedóse suspenso un rato,
Y al fin desta suspensión
Dijo que vía en visión
De su Isabela un retrato;
Y diciendo: «Espera, espera»,
Se comenzó á desnudar,
Y se ha querido matar
Si por nosotros no fuera.

REY.

¡Ah, cielo, que desta suerte
Tu justicia me revela
Que la sangre de Isabela
La pide á Dios de su muerte!
Hija, ¿qué tengo de hacer?

DIONISIA.

Aplacar á Dios con ruegos.

REY.

Todos estuvimos ciegos.

Enrique, en calzas y en jubón, como loco, y dos criados.

ENRIQUE.

Aguarda, aguarda, mujer.
Espera, Isabela hermosa.

REY.

Tenedle, asidle.

ENRIQUE

Dios sabe
Que me es la vida más grave
Que la más pesada cosa.
Ni Sísifo con el canto,
Ni con la rueda Ixïón,
Siente más grave pasión
En el reino del espanto.
¿Qué esperas, muerte? ¿Á quién digo?
Mata ¡oh muerte! un homicida.
Mas déjasme con la vida
Por darme mayor castigo.
Si no sabes quién mató
A la Condesa, yo fuí.

REY.

Hacedle callar.

ENRIQUE.

Y á mí,
Este Rey me lo mandó.

REY.

Conde, quien eso te oyere,
¿Qué juzgará de los dos?

ENRIQUE.

Temed vos que os juzgue Dios
Cuando llamaros quisiere,
Y al mundo no le temáis.
Si para Dios no sois bueno,
Para el mundo yo os condeno,
Por bueno que parezcáis.

DIONISIA.

No está loco en lo que dice.

REY.

¿Cómo no? Su furia espanta.

ENRIQUE.

¡Diz que yo gocé á la Infanta!
Mal me haga Dios si tal hice;
Que la verdad desto es
Que ello estaba concertado,
Estando el cielo nublado,
Entre las dos ó las tres.
Pero púsome en prisión.....
¿Quién pensáis? Aqueste viejo
Con sus barbas de conejo;
Y entretanto un abejón
Se comió el panal de miel.
¿Por qué me prenden á mí,
Que cuando á cogerle fuí,

Sólo el corcho estaba en él?

REY.

Todavía contradice
Tu opinión.

DIONISIA.

Eso me espanta.

ENRIQUE.

¡Diz que yo gocé á la Infanta!
Mal me haga Dios si tal hice.
Algún bellaco embozado,
Que se entró por el balcón,
Viendo en cueros la ocasión,
Quiso acostarse á su lado;
Que yo, por ningún tormento
Que el Rey me pudiera dar,
Si la pudiera gozar,
Negara el atrevimiento.
¡Ay, Dios! Tapadme los ojos,
Tapadme.

CLENARDO.

¿Qué te desvela?

ENRIQUE.

¿No ves cómo está Isabela
Llena de tristes despojos?
¿No la veis, altos los pies,
Cubierta de negro luto,
Con el lastimoso fruto
De mis hijos todos tres?
¿No veis á don Juan llorando,
Á Ricarda y á Laurencia,
Testigos de la sentencia
Que el cielo está pronunciando?
¿No veis aquel tribunal
Cuyas gradas son leones,
Y entre mil santos varones
El Salomón celestial?
¿No veis la sangre que pide
Justicia del caso feo?
¿No veis que el engaño es reo,
Y la ignorancia preside?
¿No veis contra mí fiscal
El que del cielo cayó?
No se excusa morir yo,
Digno soy de pena igual.
Mi conciencia me lo dice:
Maté un angel, una santa.....
Y ¡diz que gocé á la Infanta!
Mal me haga Dios si tal hice.

DIONISIA.

¡Que aqueste fin ha tenido
Tu intento, padre engañado!

REY.

Amor y honor me han forzado,
Y tuya la culpa ha sido.

ENRIQUE.

¡Oh, Isabela! ¡Oh, serafín,
Que hasta el cielo ver no aguardo!
¡Que no hubiera un Mandricardo
Que diera muerte á Zerbín,
Á pesar de mi obediencia
Y de quien me lo mandó!

REY.

Enrique, ¿sabes que yo
Soy rey?

ENRIQUE.

¡Buena impertinencia!
Culebra sois en cautela,
Ésta Eva, yo fuí Adán,
La manzana que me dan
Fué la muerte de Isabela;
De la conciencia el aviso
En mi furia declarada,
Es el ángel con la espada
Que os echa del paraíso;
Mas ¿este mi cuerpo es
El de Adán? Mucho lo dudo;
Que Adán andaba desnudo
De la cabeza á los pies.
Pero mal he conocido
Que en esto soy engañado,
Que Adán, después del pecado,
Quedó de pieles vestido.

REY.

¿Qué me aconsejas en esto,
Causa de todo mi mal?

DIONISIA.

No sé, padre: estoy mortal.

ENRIQUE.

¡Por Dios, Rey, que sois un cesto!
Ya vuestra opinión y fama
Como de ajedrez ha sido;
Que el ser rey habeis perdido,
Todo por guardar la dama.
¿Qué os hizo á vos, mentecato,
Una paloma sin hiel?
Ya vos dijo el Rey de Argel
Que tocaban á rebato.

CLENARDO.

Extraña furia le toma;
Mas tanto amor le combate.

ENRIQUE.

¡Que mi gallina me mate,
Y mis tres pollos me coma!
¡Buenos mis negocios van!
¿Quién tendrá en esto paciencia?
Apelo de la sentencia
Para el señor preste Juan.
Dirálo un jüez de palo.
Término pido y repido;
Mas ¿cómo término pido
Á quien le tuvo tan malo?

REY.

Ahora bien, Dionisia, este hombre
Ha de morir, porque en medio
Deste mal, sólo es remedio
Para su fama y mi nombre.
En este fin se remata
Todo el daño que hemos hecho,
Pues vivo no es de provecho,
Y muerto tu infamia mata.

DIONISIA.

¿Ese es remedio?

REY.
Éste hallo.
ENRIQUE.
¡Eso no, milano fiero!
¡Gallina y pollos primero,
Y agora quieres el gallo!
¡Vive Dios, que he de cantar
Antes que amanezca Dios,
Que me lo mandastes vos,
Aunque seáis para negar!
¿Yo morir, siendo alma en pena?
CLENARDO.
Señor, matarle es crueldad.
REY.
Pues con esta enfermedad,
¿Qué aguardo dél cosa buena?
CLENARDO.
Señor, causa desto ha sido
Que el Conde dos días ha estado
Sin comer, de que ha quedado,
Como ves, desvanecido.
Hazle comer y beber,
Y verás que vuelve en sí.
REY.
Traed de comer aquí.
Denle á Enrique de comer.
ENRIQUE.
¡Ah, perros, que concertáis
Darme veneno comiendo!
Si pensáis que no lo entiendo,
Muy engañados estáis.
No he de comer ¡vive Dios!
Hasta que á Isabela vea.
¡Caramelos y jalea!
¿Quitarme queréis la tos?
Ven acá, Rey embutido,
Herodes entre inocentes,
Remedio de inconvenientes,
Y entre remedios perdido;
Rey de paramento viejo,
Que el rétulo significa
Como caja de botica,
Lleve el diablo tu pellejo,
¿Por qué me echaste en prisión?
¿Quién te engañó, Rey mochuelo?
¿Qué capítulo del duelo
Te dió mi satisfacción?
¿Por qué mandaste cortar
El blanco cuello á Isabela?
¿Con qué azúcar y canela
Se puede agora curar?
Todo el mundo te maldice.
CLENARDO.
Mucho el furor se adelanta.
ENRIQUE.
¡Diz que yo gocé á la Infanta!
Mal me haga Dios si tal hice.
REY.
Llevadle luego de aquí,
Metedle en una prisión.
ENRIQUE.
¿Vos conmigo, Faraón?
¿Vos conmigo? ¿Vos á mí?
¡Afuera, perros villanos!
REY.
Asidle, que está furioso.
CRIADO 1.°
¡Ay, que me ha muerto!
CLENARDO.
Es forzoso
Atalle de pies y manos.
REY.
Llamad la guarda.
ENRIQUE.
Isabela,
Allá te voy á buscar.
REY.
Asidle y hacedle atar.
ENRIQUE.
Alguno habrá que le duela.
CLENARDO.
No hay quien no se atemorice.
CRIADO 2.°
No se ha visto fuerza tanta.
ENRIQUE.
¡Diz que yo gocé á la Infanta!
Mal me haga Dios si tal hice.

Vase Enrique persiguiendo á los criados.

DIONISIA.

Á Clenardo.

Hazle de suerte encerrar,
Que mi infamia no publique.

Vase Clenardo.

Fabio.

FABIO.
¿Dónde va corriendo Enrique?
¿Por qué le mandas matar?
REY.
Fabio, encerrarle he mandado
Porque está loco y publica
Mi infamia.
FABIO.
¡Á buen tiempo aplica
Ese sentimiento honrado!
REY.
¿Cómo?
FABIO.
Como agora llega
Del Conde de Barcelona,
Adonde él viene en persona
Y mil banderas despliega,
Al puerto una fuerte armada,
Llena de gente española,
Cuya entrada y salva sola,
De la primera rociada

Puso el primer fuerte en tierra,
Y á la playa en barcos sale,
Donde de los pies se vale
Tu poca gente de guerra,
Que huyendo la fiera muerte
Con que te amenaza el Conde,
Van enseñando por dónde
Pueden llegar á prenderte.
Si esto es libertad, perdona,
Y procura resistilla;
Que viene media Castilla
En favor de Barcelona.
Fuerte gente toledana
(Porque jamás supo el miedo
Por dónde van á Toledo),
Cordobesa y sevillana
Trae el Conde, porque tiene
Gran deudo al Rey de Castilla.
Ya todos cubren la orilla,
Ya en orden marchando viene.
El niño don Juan, su nieto,
Dicen que es el General,
Á cuyo guión Real
Guardan los demás respeto.
Éste es un negro pendón,
Donde pintada Isabela,
Por el aire al cielo vuela
Á pedir satisfacción.
Mira, señor, qué has de hacer.

REY.

Por puntos crece este daño,
Y para mi desengaño
Basta ser causa mujer.
¿Quién te parece á ti, Fabio,
Que sea mi General?

FABIO.

Pues dura del Conde el mal,
Haz que venga el duque Otavio.

REY.

Ha seis años que no viene
A la corte.

FABIO.

¿Hasle agraviado?

REY.

No.

FABIO.

Pues el Duque es soldado
Y hombre que experiencia tiene.
¿Iréle á llamar?

REY.

Camina,
Y entretanto haré juntar
Gente que camine al mar.

DIONISIA.

Esta es justicia divina.

Vanse.

Otavio é Isabela.

OTAVIO.

¡Que eres, hermosa española,
Del conde Enrique mujer!

ISABELA.

Soy la que solía ser,
Otavio, su mujer sola.
Y pues palabra me has dado
Del secreto prometido,
Y del amor pretendido
Ya quedas desengañado,
Haz de manera que pueda
Volver á mi padre á España,
Pues mi vida en tierra extraña
En tanto peligro queda.

OTAVIO.

Enrique, Isabela hermosa,
Fué competidor conmigo;
Dos años fué mi enemigo
En competencia amorosa;
Y aunque entonces es verdad
Que está en su punto el rigor,
Luego que acaba el amor
Acaba el enemistad.
Y digo que de tu cuento
Sólo á ti misma te diera
Crédito quien conociera
De Enrique el entendimiento.
¿Es posible que, aunque el Rey
Mil muertes le amenazara,
Y que en él la ejecutara,
Ya por fuerza, ya por ley,
Osó entregarte á la muerte
Y dar tus hijos á España?

ISABELA.

No fué suya aquella hazaña,
Mas del rigor de mi suerte;
Aunque no sé si el reinar,
Que es poderosa disculpa,
Fué la ocasión de su culpa.

OTAVIO.

Al fin te mandó matar,
Y debe de estar casado
Con Dionisia injustamente.

ISABELA.

¿Cómo?

OTAVIO.

Porque está inocente
De la culpa que le ha dado.
Y como tú me prometas
Que un secreto callarás,
Quién la ha gozado sabrás.

ISABELA.

No han sido menos secretas
Las cosas que te he fiado.
Unas por otras troquemos.

OTAVIO.

Mil cosas que escritas vemos,
Ó acaso nos han contado,
Imposibles nos parecen.
Pues sábete que yo fuí
Quien la gozó.

ISABELA.

¿Cómo así?

Que mil dudas se me ofrecen.

OTAVIO.

Con una industria amorosa,
En un obscuro aposento
Me dió amor atrevimiento
Y gocé la Infanta hermosa,
Y una sortija la dí
Por el Conde.

ISABELA.

¡Extraño enredo!

OTAVIO.

Y ésta que traigo en el dedo
Me dió también ella á mí.
Cuanto á ella, bien conviene
Hacer al Conde casar;
Cuanto al Conde, no hay dudar
De la inocencia que tiene.
Él fué á España y yo á mi tierra,
Donde seis años he estado,
Que es el tiempo que casado
Della el Conde se destierra.
Discúlpale del error,
Y cúlpale de tu injuria.

ISABELA.

Culparé del Rey la furia
Y disculparé su honor.
De Enrique no digo nada,
Que le he querido de suerte,
Que me pesa, que mi muerte
Fué sin efecto ordenada.
Pero, pues ya estoy sin él,
Déjame, Otavio, gozar
De mis hijos, que es estar
Casi con tres partes dél.
Tres son mis hijos, bien digo,
Tres partes del Conde son;
Una falta al corazón,
Téngala el Conde consigo.
Y pues esto fuerza es
Ó gusto de la fortuna,
Mejor estaré sin una,
Duque, que sin todas tres.
Ese anillo te pidiera
Por consuelo de mi mal,
Si á pedirte merced tal
Mi desdicha se atreviera.
Con él fuera consolada;
Mas si la tienes amor,
No es justo.

OTAVIO.

Si en tu dolor,
Isabela desdichada,
Causa esta prenda consuelo,
Servirte della podrás.

Dale el anillo.

ISABELA.

No puedo pagarte más
Que con obligar al cielo.

OTAVIO.

Polibio.....

Polibio.

POLIBIO.

Señor.....

OTAVIO.

Al puerto
Con esta dama camina,
Y en llegando á la marina,
La entrega á Atilo ó Alberto,
Que en este primer viaje
La pasen á Barcelona,
Regalando su persona;
Y para el matalotaje
Haz que le den mil escudos.

POLIBIO

¿Gozástela? (Aparte á Otavio.)

OTAVIO.

Los criados
Tienen por blasón de honrados
Ser obedientes y mudos.

Á Isabela:

Por secreto no te encargo
A más gente.

ISABELA.

Este hombre basta.

OTAVIO.

Adiós, Isabela casta.

POLIBIO.

Yo llevo un hermoso cargo.

ISABELA.

Adiós, Duque generoso.

POLIBIO.

¡Por Dios, que antes de llegar (Aparte.)
Al puerto, la he de gozar!

Vanse Polibio é Isabela.

OTAVIO.

¡Caso extraño y espantoso!
¿Que de aquel atrevimiento
Haya este mal procedido?
¿Que mía la culpa ha sido,
Y de Isabela el tormento?
¡Ved, á cabo de seis años
Que esto á verdad se reduce,
El fruto que aquí produce
La causa de mis engaños!
Todo engaño y compasión
De una mujer inocente

Fabio.

FABIO.

Aunque no quiera tu gente.....

OTAVIO.

¡Fabio! En aquesta ocasión,

¿Adónde bueno?

FABIO.

Por ti.

OTAVIO.

¿Llámame el Rey por ventura?

FABIO.

Por ventura, y tan segura,
Que albricias te pido.

OTAVIO.

¿Así?
Pues ¿qué me quieres?

FABIO.

Que seas
De una empresa general.

OTAVIO.

¿Traes gente?

FABIO.

El bastón Real,
Sólo para que lo creas.

OTAVIO.

Si es por mi daño, Marqués,
En mi tierra estoy. No quiero
Servirle.

FABIO.

Soy caballero:
Crédito es bien que me des.
Yo hago pleito homenaje
Al cielo y á ti que es cierto
Lo que digo: por el puerto
Recibe de España ultraje
Con navíos que han llegado.

OTAVIO.

Ya la ocasión adivino.

FABIO.

Vamos, que por el camino
Te diré lo que ha pasado.

OTAVIO.

¿Es del conde Enrique hazaña?

FABIO.

Y de Dionisia cautela.

OTAVIO

Peligro corre Isabela (Aparte.)
De no llegar viva á España.

Vanse.

Soldados, con caja y bandera negra, y en ella pintada la imagen de Isabela; el niño D. Juan, armado sobre una sotana negra, con bastón de General; detrás, el Conde de Barcelona.

CONDE.

Aunque justo parece que vengara
La muerte de mi hija como padre,
Y que el bastón de general llevara,
Mejor será que á vos el cargo os cuadre.
Si á mí por viejo la experiencia es clara,
Amor, por el dolor de vuestra madre,
Nieto, os hará mover (que este es mi celo)
Con guerra el mundo y con justicia el cielo.
No llevaron á Troya los de Grecia
Niños tiernos, mas fuertes viejos canos,
Por capitanes; que la guerra precia
Más que de Aquiles las valientes manos.
Roma triunfante y la sagaz Venecia,
Más que los Anibales y Africanos,
Viejos Torcatos, honra de su tierra,
Sacaban de la paz para la guerra.
Confieso que esto es justo; pero creo
Que el no tener jamás causa tan justa
Hizo fiar sus armas y trofeo
Más de la antigua que la edad robusta;
Pero ya que en tan justa causa veo
Viejo el contrario, la defensa injusta,
Quiero que en este niño el mundo vea
Que no las armas, la razón pelea.
Éste es el General, nobles soldados;
Éste es mi nieto y de Isabela hijo.
De su inocencia estáis desengañados,
El Conde por sus cartas os lo dijo.
Pues si vais de razón tan justa armados,
Con justa causa un niño tierno elijo
Por General contra su fiero padre,
Cubierto de la sangre de su madre.

DON JUAN.

Famoso Conde y noble abuelo mío,
Gloria y honor del nombre de Moncada,
Pequeño corazón y grande brío
Rigen este bastón y aquesta espada;
Pero tan grande ya con vos le crío,
Y con la injuria de mi madre amada,
Que dentro de dos días este pecho
Ha de romper como aposento estrecho.
Para asombrar esta cobarde gente
Yo basto solo, fuera de que es justo
Que un inocente vengue á otro inocente:
Del cielo vengador acuerdo y gusto.
Fuera de que soy hombre tan valiente,
Y para casos de honra tan robusto,
Que al Rey cruel desafiar pretendo,
Y con favor de Dios vencerle entiendo.

CONDE.

Besar quiero la boca que eso dice,
Ó con aquestos brazos levantarte,

Toma el niño en brazos.

Porque esta barba blanca te autorice.
Alto estás, mira bien ese estandarte,
Y aquí la historia trágica infelice
Quiero desde mis brazos enseñarte
De tu difunta madre.

DON JUAN.

No, no, abuelo,
No la quiero mirar, bajadme al suelo;
Que pues llorar es fuerza, puesto en alto,
Anegaré con otro mar la tierra.
Vamos á darles el primer asalto:
Veréis qué corazón mi pecho encierra.

CONDE.

Dadme la sangre, de que ya estoy falto.
Á fuego y sangre les publico guerra.

DON JUAN.

Vayan espías á saber qué hace

El Rey.

UN SOLDADO.

Bien dice.

CONDE.

De otra causa nace.

Vanse.

El Rey, Dionisia y Clenardo.

REY.

Perdidos somos.

DIONISIA.

¿Qué remedio pones
En tantas desventuras?

REY.

Vé, Clenardo,
Y trae de la prisión atado al Conde.

CLENARDO.

¿Á qué efecto le quieres, loco y preso?

REY.

Camina á hacer lo que te mando.

CLENARDO.

En todo (Ap.)
Se engaña el Rey.

Vase.

DIONISIA.

¿Qué intentas con Enrique?

REY.

Dársele intento á quien por él me pone
En tanto aprieto.

DIONISIA.

Esa es crueldad notable.

REY.

Pues si Ramón, cual ves, desembarcando
Tanta copia de gente en esta isla,
Desierta de reparo y desarmada,
Ya derriba mil villas y castillos,
Y sin nuestra prisión no se contenta,
¿Qué puedo hacer mejor que darle á Enrique?
Enrique es loco, Enrique es hombre inútil,
Por Enrique esta guerra origen tuvo,
Á Enrique quiere el Conde.

Clenardo y Enrique, atado.

CLENARDO.

Aquí está Enrique.

REY.

Haz luego que le lleven cien soldados
Al fiero catalán, y di que vengue
En el duro homicida de su hija
La sangre de que yo no estoy culpado.
Matándole podrá vengar mi honra.

ENRIQUE.

¡Agora sí que cumples mis deseos,
Piadoso cielo! ¡Agora sí que llega
Otra vez la razón á mi discurso!
Cobré sentido con oir mi muerte,
Y con ver que á las manos de mi hijo
Voy á vengar la sangre de su madre.
Protesto al cielo y á sus santos ángeles,
Á sus inteligencias, á sus luces,
Sol, luna, estrellas, signos y planetas,
Á la tierra, á sus plantas, á sus árboles,
A sus fieras, sus fuentes y sus ríos,
Á las nubes, al aire, á cuantas cosas
En su región tercera se congelan
Desde el granizo hasta el ardiente rayo,
Á las aves parleras y á las mudas,
Al mar furioso y sus nadantes peces,
Al fuego elementar y al que hemos visto,
Á los hombres más altos y comunes
Desde el rey adorado al pastor pobre,
Y desde el más letrado al ignorante;
Que no debo á la Infanta cosa alguna
De su honor, ni fuí yo de ningún modo
Aquel de quien se queja, pues la noche
De su desgracia el Rey me tuvo preso.
Verdad es que confieso que esta muerte
La debo por la muerte de Isabela.

REY.

Llevadle luego.

ENRIQUE.

¡Oh bárbaro enemigo!
Presto verás por ti mayor castigo.

CLENARDO.

Vamos.

Lleva Clenardo á Enrique.

DIONISIA.

¿Á quién no mueve á sentimiento
El desdichado Conde?

REY.

Yo, Dionisia,
Quedo temiendo que inocente muere.
Esta protestación que al cielo hace,
Á la tierra, á las fieras y á los hombres,
Que no ha sido el autor de tu desdicha,
¿Á quién no puede dar cuidado?

DIONISIA.

Á aquellos
Que supieren que Enrique estaba loco;
Que no es tan claro el día como es cierto
Ser el autor de la deshonra mía.

Fabio y Otavio.

FABIO.

Aquí está el duque Otavio.

REY.

¡Amigo Duque!

OTAVIO.

Dé Vuestra Alteza á Otavio sus pies ínclitos.

REY.

¡Tanto tiempo sin veros!

OTAVIO.

No pudiera,
Señor, menos ausencia de la corte
Descansar mis estados, que tenía

Perdidos y empeñados su asistencia.
Esto, y no ser en ella necesario,
De tu servicio me tuvieron lejos;
Pero ofrecida la ocasión agora,
Estados, honra y vida, todo es poco
Para emplear en tu Real servicio.

REY.

Ya sabes el aprieto en que me ha puesto
Del español la armada.

OTAVIO.

Ya he sabido
Del Marqués el agravio y la venganza.
El remedio conviene que sea presto.

REY.

Venid donde sepáis lo que he trazado,
Si no bastare haberle dado á Enrique,
Que es lo que dicen que pretende el Conde.

FABIO.

¿Á Enrique has dado al español?

REY.

Agora
De dar acabo al español á Enrique.

FABIO.

¿Por qué tan gran crueldad has hecho?

REY.

Fabio,
Enrique es la ocasión, Enrique muera.
Fuera de que ya es loco y hombre inútil.

FABIO.

Yo perderé la vida en su defensa.

OTAVIO.

¡Ay, Dionisia! Mirándote, mi herida (Aparte.)
Vierte sangre de nuevo.

DIONISIA.

¿Venís bueno,
Otavio?

OTAVIO.

Á tu servicio. (Ap. á ella. Tan perdido
Como agora seis años.)

DIONISIA.

Sabe el cielo
Que estoy arrepentida de no amaros.

OTAVIO.

Yo no de mi afición. (Aparte. Ni de gozaros.)

Vanse.

Isabela, en hábito de hombre.

ISABELA.

Dejando al traidor dormido,
Que el Duque me dió por guarda,
Y tomando su vestido,
Vengo donde el mar me aguarda,
Con pensamiento atrevido;
Que en esta primera aldea
Dicen (¡quiera Dios que sea!)
Que de una armada de España
Sale gente á la campaña
Y estas riberas pasea.
Forzarme quiso el villano;
Mas como el sueño y el vino
Le retuvieron la mano,
Enfrenó su desatino
La noche, descanso humano.
Pero cuando el alba apenas
Sobre rosas y azucenas
Vertía aljófar, tomé
Su vestido, y caminé
Por estas blancas arenas.
Allá queda con el mío
Y en poder de dos villanos,
Que reirán su desvarío.

Lucindo y Fenicio, con escopetas.

LUCINDO.

Rinde á este cordel las manos,
Ó aqueste irlandés te envío.

ISABELA.

Ten el arcabuz, soldado;
Que no soy hombre de guerra,
Aunque traigo espada al lado.

FENICIO.

Basta ser de aquesta tierra
Y que aquí te hemos hallado.

LUCINDO.

Bien dices, que éste es espía.

Átanla.

ISABELA.

Españoles, no podía
Dar al cielo más bien junto
Que rendiros á este punto
La espada y la vida mía.
Pero ya que os dí la espada
Y he rendido mi persona,
Decidme cúya es la armada.

LUCINDO.

Del Conde de Barcelona.

ISABELA.

¿Quién?

LUCINDO.

Don Ramón de Moncada.

ISABELA.

¡Cielos! ¿Hay ventura igual?

FENICIO.

Aquí viene el General.
Llega, é hinca la rodilla.

Don Juan y el capitán Carlos.

DON JUAN.

En fin se rindió la villa.

CAPITÁN.

Temió tu bando Real.

ISABELA.

¿Qué es esto, cielos, que veo? (Aparte.)
¿No es este niño don Juan?
¡Hijo!..... Mas teneos, deseo,
Que brazos que atados van,
Á mal tiempo los empleo.
Las lágrimas derramadas
Por los ojos, de placer,
Han sido más desmandadas,

Que lo pudieron hacer,
Como no estaban atadas.
Toma estas lágrimas mías,
Nuevo capitán de hazañas,
Que son en mis alegrías
Reliquias de las entrañas
Que habitaste tantos días.
Quiérome disimular
Si lo permite el contento.

FENICIO.

Agora puedes llegar.

DON JUAN.

¿Qué es esto?

LUCINDO.

Aquí te presento,
General de tierra y mar,
Del enemigo esta espía.

DON JUAN.

¿Á qué venías?

ISABELA.

Venía
Bien libre de ver tal bien
Donde no esperaba bien
El mayor bien que tenía.

DON JUAN.

¿Qué hace tu rey?

ISABELA.

No sé,
Porque jamás mi rey fué.

DON JUAN.

¿Qué es lo que tienen pensado
Para defender su estado
Después que á Irlanda llegué?

ISABELA.

Jamás, señor, lo entendí.

CAPITÁN.

Manda que le den tormento.

DON JUAN.

Traed un tormento aquí.

ISABELA.

No es el primero que siento,
Noble General, por ti.

DON JUAN.

¿Por mí dolor has sentido?

ISABELA.

El mayor que puede ser.

DON JUAN.

Yo soy muy agradecido.
Eso deseo saber:
Que me lo digas te pido.

ISABELA.

Á su tiempo lo sabrás.

DON JUAN.

Desatalde.

CAPITÁN.

Aquí le mata
Á tormentos.

DON JUAN.

Necio estás.
Desatadle, que retrata
La cosa que quiero más.

CAPITÁN.

¿Son como tú los soldados?
Porque tendréis buen aliño.

DON JUAN.

Tendrá el Rey pocos cuidados.
Como ve el General niño,
Trae soldados desbarbados.
¿De dónde eres?

ISABELA.

¿No lo ves?
Español soy de nación.

DON JUAN.

¿De dónde?

ISABELA.

Barcelonés.

DON JUAN.

Que te honremos es razón.

ISABELA.

Beso, General, tus pies.
Cree que no soy espía,
Sino un hombre que servía
Al conde Enrique, tu padre.

DON JUAN.

Y ¿conociste á mi madre?

ISABELA.

Sí, señor.

DON JUAN.

¡Ay, madre mía!
¿Dónde ibas?

ISABELA.

Iba á España.

DON JUAN.

Dalde la espada.

ISABELA.

Es hazaña
De tu valor, gran don Juan.

DON JUAN.

De hoy más serás capitán.
Tú mi persona acompaña.

ISABELA.

Siendo tú muy pequeñito
Te acompañé nueve meses.

DON JUAN.

De esa obligación me quito.

ISABELA.

Si las que tienes supieses,
Era proceso infinito.

DON JUAN.

¿Cómo?

ISABELA.

También te he criado,
Aunque no me has conocido.
Mas, pues á tiempo he llegado
Que el amor que te he tenido
Te muestre en ser tu soldado,
Dame para cierto efeto
Licencia.

DON JUAN.

Parte en buen hora.

Vase Isabela.

CAPITÁN.

Que es gallardo te prometo.

DON JUAN.

Su rostro, Carlos, adora
Mi pensamiento secreto.

CAPITÁN.

¿Cómo?

DON JUAN.

Si no fuera muerta
Mi madre, que era jurara
Aquesta sombra encubierta.

CAPITÁN.

Mucho le imita en la cara.

El Conde, Enrique, atado; Clenardo y soldados.

CONDE.

No sé si el de Irlanda acierta.

CLENARDO.

Á Enrique, señor, te envía,
Y suplica que su muerte
Ponga freno á la osadía
De tu gente airada y fuerte.

CONDE.

No poco he puesto á la mía
Viendo presente al traidor,
Que deteniendo la mano.....
Don Juan.....

DON JUAN.

Abuelo y señor,
¿Qué es esto?

CONDE.

Un hombre villano,
Homicida de mi honor;
Un hombre que, por reinar,
Mató la mejor mujer
Que en el mundo pudo hallar;
Un hombre que te dió el ser,
Que te quisiera quitar.
Este es aquel que mató
Tu madre santa y hermosa.

DON JUAN.

Padre, nunca pensé yo
Que hiciérades vos tal cosa.

ENRIQUE.

Hijo, un hombre me forzó.

DON JUAN.

¿Un hombre puede forzar
Á nadie el libre albedrío?

CONDE.

Admira el oirle hablar.

ENRIQUE.

Hombre he nacido, hijo mío,
Y como hombre, pude errar.

DON JUAN.

Mataste mi madre, padre,
¡Por casaros con la Infanta!
¿Qué disculpa habrá que os cuadre,
Siendo tan hermosa y santa,
Como vos sabéis, mi madre?
Arrojástesla en la mar,
Pensando poder lavar
Con tanta agua tal pecado;
Mas lo que sangre ha manchado,
Con sangre se ha de sacar.
Y pues que sangre ha de haber,
De vos la sangre confío,
Que la que se ha de verter
No ha de ser, abuelo mío,
De sangre que me dió ser.

Híncase de rodillas.

Ante el tribunal, abuelo,
De vuestra clemencia justa,
De rodillas por el suelo,
De aquesta sentencia injusta
De parte del Conde apelo.
Mi madre es muerta, señor;
Si mi padre muere así,
Yo moriré de dolor.

ENRIQUE.

Hijo, no ruegues por mí,
Que haces mi culpa mayor.
Matadme, señor; la diestra
Levantad de la ira vuestra.
Yo lo reconozco, yo,
Pues maté á quien engendró
Quien tanto valor os muestra.
Veisnos aquí; ya no apelo,
Porque justicia me falta.
Cortad, cortad sin recelo;
Mi cabeza está más alta,
Y vendrá primero al suelo;
Que deste golpe cortada
Veréis que pasa la espada
Por encima del cabello
De don Juan, sin ofendello,
Porque no es sangre culpada.

CONDE.

Para mi injuria y poder
Bien fué el sagrado importante
Adonde te vengo á ver.
¿Cómo te puedo ofender
Con esta imagen delante?
Como retraído has sido,
Que con un niño en los brazos
Á una torre te has subido:
Tenle bien, que estos abrazos
Te han guardado y defendido.
Contra el plomo, que ya vuela,
Del tiro de mi justicia,
Tu hijo hiciste rodela,
Donde pintó tu malicia
La imagen de mi Isabela.
Y bien fué rodela á prueba
De mi buen nieto el valor,
Yo el cobarde, él el temor,
Que por defensa le lleva.
¿Quién ha visto al lobo fiero,
Porque el pastor no le mate,
Que en brazos lleve al cordero?

¿Quién ha visto que rescate
El que es libre al prisionero?
Mas como, para templar
La ira, es bueno mirar
Su rostro un hombre al espejo,
Porque me he visto, te dejo
De castigar y matar.
Es mi nieto espejo mío,
Tú la guarnición, y tal,
Que si romperte porfío,
Pongo á peligro el cristal,
Y por eso me desvío.

ENRIQUE.

Señor, ¿dónde vas así?
Mátame, yo te ofendí.

Vanse el Conde, Clenardo y los soldados

Hijo, abrázame.

DON JUAN.

Detente;
Que estando mi abuelo ausente,
Queda tu enemigo en mí.

ENRIQUE.

Pues mátame tú también,
Porque mis entrañas abras;
Que no hay muerte que me den
Más fuerte que estas palabras.

CAPITÁN.

El español viene.

DON JUAN.

¿Quién?

CAPITÁN.

El que hiciste capitán.

Isabela.

ISABELA.

Ya tratan, fuerte don Juan,
Los enemigos que ves,
De echarse á tus nobles pies,
Y concertándolo están.
Servirte quieren y honrarte.

DON JUAN.

Carlos.....

CAPITÁN.

Señor.....

DON JUAN.

Oid aparte,
No disgustemos mi abuelo.
Prended mi padre, aunque el cielo
Sabe que el alma me parte;
Mas, por darle confusión,
Téngale ese hombre en prisión,
Que así parece á mi madre,
Porque viéndole mi padre
Conozca su sinrazón.

CAPITÁN.

Como lo mandas lo haré.

Vase D. Juan.

A Isabela:

Soldado, ¿cómo es tu nombre?

ISABELA.

Tomás, señor, me llamé
Después que vi que en un hombre
Faltó la sangre y la fe.

CAPITÁN.

Ese preso has de guardar,
Que el General lo ha mandado:
Tanto te pretende honrar.

ISABELA.

¿Dónde estará bien guardado?

CAPITÁN.

En una nave en la mar.

ISABELA.

Sin cuidado podéis ir;
Que yo le haré llevar luego.

CAPITÁN.

Voyme.

ENRIQUE.

Y yo fuera á morir.
Esto, soldado, te ruego;
Que ya me cansa el vivir.

Vase el capitán.

ISABELA.

¿Quién eres?

ENRIQUE.

Ya ¿no lo ves?
Un hombre á quien la fortuna,
Dando su nave al través,
Desde encima de la luna
Pudo bajar á tus pies.
Un hombre á quien hoy combate
Un enfadoso vivir,
Y pesa que se dilate,
Y porque quiere morir,
No halla un hombre que le mate.
Un hombre, un diamante fuerte
En quien se mella la espada,
Ni hay espada que le acierte;
Que por cosa desechada,
No le conoce la muerte.
Un castigado sin culpa
En un delito famoso,
Y en otro en que no hay disculpa,
Sin castigo y temeroso
De ver que el cielo me culpa;
Que cuando su espada aplique,
Mayor daño me desvela;
En fin, soy el conde Enrique,
Que dió la muerte á Isabela.
¿Qué mas quieres que publique?
Pero tú, español soldado,
Á quien por guarda me han dado,
¿Eres por dicha la sombra
Que de Isabela me asombra?
¿Dónde ese rostro has hurtado?
Ya que en la tragedia muero
De mis mal logrados bienes,
Que vivo cobrar no espero,
Si eres sombra, ¿cómo vienes

Antes del acto postrero?
¿Eres el hijo mayor
Del Conde? ¿Eres mi cuñado?
Habla, que tengo temor
De ver que no me has hablado,
Mirándome con rigor.

ISABELA.

Enrique, el hombre que ha muerto
Á sangre fría algún hombre
Inocente y encubierto,
Siempre trae con su nombre
Viva la imagen del muerto.
Débete de parecer
Que parezco á tu mujer,
Porque tu mismo pecado
Miras siempre retratado
En cuanto aciertas á ver.
Mas ya que conmigo estás,
¿La razón no me dirás
De dar á Isabela muerte?
¿Fué flaca mujer tan fuerte?
¿Hízote ofensa jamás?

ENRIQUE.

Fué santa, llegando á eso.
Sólo un rey pudo forzarme;
Mas yo, llorando el suceso,
Paguéla con no casarme,
Y luego, perdiendo el seso.
Viéndome inútil, me entrega
Al Conde. Yo, por morir
Y no hacer lo que me ruega,
Doy en llorar y en fingir,
Por ver si mi muerte llega.

ISABELA.

¿Que no te has casado?

ENRIQUE.

No.

ISABELA.

Bien has hecho, que yo sé
Que otro á la Infanta gozó.

ENRIQUE.

¿Quién?

ISABELA.

El duque Otavio fué.

ENRIQUE.

Por él lo he pagado yo.
Eso, ¿suénase en la corte?

ISABELA.

Hasta agora no se suena;
Pero quiero que se acorte
Tu peligro y tu cadena,
Y que tu cuello no corte
La espada del Conde airado.
Vete, Enrique desdichado,
Donde el hado te aconseja.

ENRIQUE.

Deja la cadena, deja;
Suelta, piadoso soldado.
Yo agradezco tu piedad,
Y verás, como lo veo
En la tuya y mi verdad,
Que porque morir deseo,
Todos me dan libertad.

ISABELA.

Vete, Conde.

ENRIQUE.

No lo mandes.

ISABELA.

¿No es mejor que libre andes,
Y negociarás mejor?

ENRIQUE.

Desear vida es error
Donde hay trabajos tan grandes.
Cáusame más confusión
Ver que en aquesta ocasión,
Porque á Isabela pareces,
Que me dió vida mil veces,
Tienes de mí compasión.

ISABELA.

¿Que no te irás?

ENRIQUE.

No podré.

ISABELA.

Pues ¿qué has de hacer?

ENRIQUE.

Moriré.

ISABELA.

¿Por qué?

ENRIQUE.

Por pagar mi culpa.

ISABELA.

Ya la pagas.

ENRIQUE.

No hay disculpa.

ISABELA.

Disculpa habrá.

ENRIQUE.

No la sé.

ISABELA.

Dios perdona.

ENRIQUE.

Dios castiga.

ISABELA.

Quien se arrepiente le obliga.

ENRIQUE.

Arrepentido estoy yo.

ISABELA.

Pues vete, Enrique.

ENRIQUE.

Eso no,
Aunque el mundo me persiga.

El Rey, Dionisia, el Conde, D. Juan, Otavio, Fabio, Clenardo, Celinda, damas y soldados.

REY.

Si después de darte al Conde
Quieres más satisfacción,
Tú mismo á mi honor responde.

CONDE.

Sucesos extraños son
Que el tiempo en su pecho esconde.

Á Isabela:

¿Qué hiciste dél?

ISABELA.

Aquí está.

CONDE.

Huélgome que aun vivo estés,
Si mereces vivir ya,
Porque la razón me des,
Que nadie por ti me da,
De haber la Infanta dejado
Después de haberla gozado,
Traidor, y engañarme á mí
En España, pues te dí
La prenda que me has quitado.
¿No era, villano, mejor
Que con la Infanta casaras,
Satisfaciendo su amor,
Que no que á los dos quitaras,
Á uno sangre y á otro honor?
Disculpa tiene conmigo
El Rey; que el Rey pretendió
Reparar su honor contigo;
Pero tú, bárbaro, no,
Que diste á un ángel castigo.

ISABELA.

Aunque á todos os parezca
Nuevo que disculpe á un hombre
Que tan culpado se ofrece
Á vuestros ojos, señores,
No os espantéis que lo haga,
Por grandes obligaciones
Que pienso deciros cuando
Laurel mi frente corone:
Y así, digo que si alguno
Dijere que gozó el Conde
De la Infanta, desde aquí
Le reto y desmiento á voces.
Verdad es que está engañada
Dionisia, cuyos amores
Fueron ciertos con Enrique,
En cuyo gusto conformes,
Concertaron que se viesen
En su aposento una noche,
Donde no acudiendo Enrique,
Porque el Rey le echó en prisiones,
Yo, que con él competía,
Aunque nadie me conoce,
Entré en su aposento obscuro,
Hurtando señas y nombre.
En fin, poniendo en las obras
Lo que quité á las razones,
Le dí un anillo por prenda
De los gozados favores,
Con una piedra en que impresas
Se miran mis armas nobles,
Que son cinco flordelises
Y tres rapantes leones.
Éste que traigo, ella diga
Si es suyo ó le desconoce;

Dale el anillo.

Que no le podrá negar,
Aunque confusa se pone.

REY.

¿Qué dices, Dionisia?

DIONISIA.

Rey,
Pregunta quién es ese hombre,
Que en todo dice verdad.
Hombre, ¿eres plebeyo ó noble?

OTAVIO.

Una palabra, soldado.

ISABELA.

Duque, ¿para qué te encoges?
Bien sabes tú que esto es cierto.

REY.

¿Qué es esto, infames traidores?
¡Tú gozándola, y tú, ingrato,
Entendiendo cuándo y dónde!
¡Por el cielo, que he de hacer.....

OTAVIO.

Paso, señor, no te arrojes;
Y tú, soldado, que guardas
Tan mal la fe siendo noble,
Si luego no te desdices,
Á todos diré tu nombre.

ISABELA.

Diré yo, Otavio, que fuiste,
Para que venganza tome
El Rey, quien gozó su hija,
Entrando por los balcones;
Que no fuí yo, sino tú,
Por más que decirlo estorbes,
Y tuyas son en Irlanda
Estas armas y blasones.

OTAVIO.

Hoy lo confieso, y te pido
Que la cabeza me cortes;
Pero primero me deja
Que á este soldado despoje

REY.

Si mi hija está contenta
Que mi honor contigo cobre,
Mejor será, duque Otavio,
Que con ella te desposes.
No sólo daré mi reino,
Donde mi honor se interpone,
Á un Duque, pero á un hidalgo
Que fuese en extremo pobre.

OTAVIO.

Pues, señor, cuando te dije
Que á Enrique echases prisiones,
Sabe que fué por gozar
De Dionisia aquella noche.
Por esto estuve seis años
Desterrado de tu corte.
Mío es el anillo y armas,
Ó me mates ó perdones.

REY.

¿Qué dices, Dionisia?

DIONISIA.

Digo

Que yo fuí engañada entonces;
Y aunque el Duque merecía
La muerte por sus traiciones,
Le quiero por mi marido,
Pues es mejor que me honres,
Que no que tú y yo quedemos
Sin honra y sin sucesores.

REY.

Dale la mano.

OTAVIO.

Y el alma
Á quien me estima y escoge.

DON JUAN.

Duque, ya estás despachado.

OTAVIO.

¿Qué mandas, General?

DON JUAN.

Oye.
Digo que, pues por tu causa
Á mi madre mató el Conde,
Te reto y te desafío:
El campo y armas escoge.

OTAVIO.

Eres muy niño, don Juan;
Mas si de tus españoles
Alguno sale, aquí estoy.

CONDE.

Ya mis canas te responden.

OTAVIO.

Conde ilustre, ya tus canas
Es razón que se reporten.

DON JUAN.

Por viejo os dejan, abuelo,
Y á mí porque no soy hombre.
¡Pesar de la barba, amén!
Si en ella un peine me ponen,
Yo le meteré en la barba.

ENRIQUE.

Suplícoos que se me otorgue
Campo contra el fiero Duque.
Mi agravio ¡oh Rey! te provoque.
Por éste maté á Isabela;
Esta razón baste y sobre
Para que con él me mate.

OTAVIO.

Eres preso, busca otro hombre.

ISABELA.

Ahora bien, aquí estoy yo.

OTAVIO.

Tú sí, que secretos rompes.
Contigo acepto batalla
En mar, en campaña, en monte.

ISABELA.

No, sino aquí donde estamos.

OTAVIO.

Soy contento. Á punto ponte.
Mas di primero la causa.

ISABELA.

¿Qué más que engañar al Conde?

OTAVIO.

Esa ya la he satisfecho:
Sin causa te descompones.
Marido soy de la Infanta.

ISABELA.

Otras causas hay mayores.

OTAVIO.

Dilas.

ENRIQUE.

Que por tu ocasión
Á Isabela el mundo llore.

OTAVIO.

¿Y si yo diese á Isabela
Viva?

CONDE.

¡Viva!

OTAVIO.

No te asombres.

ISABELA.

Tendrá Enrique libertad,
Quedando todos conformes.

OTAVIO.

¿Quedarálo el Conde?

CONDE.

Digo
Que desde la popa al tope
Cubrirá laurel mis naves,
Y que á España haré que tornen.

OTAVIO.

Pues alto: quedad amigos,
Y á leva en tu armada toquen,
Que esta misma es Isabela.

CONDE.

¿Quién?

OTAVIO.

La que miráis, señores;
Que Fabio en el mar la puso,
Y ella, asiéndose á los bordes
De un barquillo ya anegado,
Vino á la orilla de un bosque,
Por donde entrando yo al río
Con algunos pescadores,
La vi, la saqué y libré.

CONDE.

¡Hija!

ISABELA.

¡Señor!

DON JUAN.

¡Madre!

ISABELA.

¡Amores!

ENRIQUE.

¡Esposa!

ISABELA.

¡Enrique!

FABIO.

Mil años
Los tres vivan y se logren;
Que Fabio os da el parabién.

ENRIQUE.

Mis brazos le reconocen.

REY.

¿Qué rüido y gente es esa?

CELINDA.

Soldados deben de ser,
Que traen una mujer
De aquestas montañas presa.

CONDE.

Ya no hay guerra, todo es paz:
Haced que la dejen luego.

Lucindo y Fenicio, que traen preso á Polibio, en hábito de mujer.

POLIBIO.

Que me deis la muerte os ruego.

LUCINDO.

Anda, que eres pertinaz.

CONDE.

¿Qué es esto?

LUCINDO.

Este gentilhombre,
Que por huir de la guerra
Andaba así por su tierra.

OTAVIO.

¿Es Polibio?

POLIBIO.

Ese es mi nombre.

OTAVIO.

Pues ¿cómo vienes así?

POLIBIO.

La dama que llevé al mar,
Después de muy bien brindar
Y que á mi placer dormí,
Me dió aquesta madrugona.
Yo, por no andar, como Adán,
En el puro cordobán,
Me he vestido de amazona.

ISABELA.

¿Conócesme?

POLIBIO.

Sí, traidora.
Mi vestido es éste.

FABIO.

Ya
Otro mejor te dará
La Condesa, mi señora.

POLIBIO.

¿Qué Condesa?

ENRIQUE.

Mi mujer.

POLIBIO.

Conde y señor, perdonad.

REY.

Volvamos á la ciudad
Con este gusto y placer,
Donde á Celinda con Fabio
Un rico dote daremos.....

CELINDA.

¡Gran favor!

REY.

Y casaremos
Á Dionisia con Otavio.

DIONISIA.

Ya que todo se declara,
De aquella noche parí
Una niña.

CELINDA.

Yo lo vi,
Que es vuestro retrato y cara.

REY.

Esa quiero yo que sea
Para don Juan, y que herede
Á Irlanda.

CONDE.

Todo eso puede
Quien en serviros se emplea.

ISABELA.

¡Conde amado!

ENRIQUE.

¡Amada esposa!

POLIBIO.

Señores, dejadme hablar.

ENRIQUE.

Ya no, porque aquí ha de dar
Fin *La fuerza lastimosa.*

DON JUAN DE CASTRO

(PRIMERA PARTE)

DON JUAN DE CASTRO

(PRIMERA PARTE)

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

A D. JUAN VICENTELO Y TOLEDO

CONDE DE CANTILLANA

Siempre fueron las nueve musas pintadas de los antiguos, así filósofos como poetas, en forma y hábito de damas: y como tales, se aficionan de suerte de los héroes y príncipes marciales, de los galanes bizarros y cortesanos discretos, que, como amor es el primer movimiento de la alabanza, ellas amando escriben, y escribiendo desean agradar lo que aman. Repartieron entre sí las artes liberales, y cupo á las más famosas la historia y la poesía, que todo puede ser uno, aunque haya opiniones contrarias respecto de la verdad y la licencia: cosas en su género distintas; pero pueden usarse iguales, habiendo historia en verso y poesía en prosa. Atentas, finalmente, á las excelentes gracias de que el cielo dotó á Vuesa Señoría, ya en la plaza en el caballo, donde con tantas airosas suertes se lleva tras sí los corazones y los ojos, ya en conversaciones, donde con tanta gala descubre la claridad de su entendimiento, se le aficionan de suerte, que ninguna le deja de mostrar su amor en cuantas ocasiones puede. Las mías, que desde los tiernos pasos de Vuesa Señoría le iban considerando hijo de tales padres, entre otras memorias hoy le dedican esta primera parte de los sucesos de Don Juan de Castro, *historia verdadera con otro nombre, y por la licencia referida, fábula poética; desigual servicio á méritos tan grandes; pero por ser de las ya referidas musas, quedo seguro que Vuesa Señoría le aceptará como príncipe tan heroico, galán tan bizarro* ***cortesano tan discreto. Dios guarde á Vuesa Señoría.***

Su Capellán,

LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

DON JUAN DE CASTRO

(PRIMERA PARTE)

PERSONAS

La Princesa de Galicia.
Rosela, *dama*.
Don Juan de Castro.
Rugero de Moncada.
Roberto, *lacayo*.
Feliciano.
Enrico.
Tibaldo.
Un piloto.
Don Pedro Alarcos, *Príncipe*.
El Rey de Irlanda.
Mauricio.
Un armero.
Faustino, *ermitaño*.
El Duque de Borbón.
El Rey de Sicilia.
Eduardo, *Rey de Inglaterra*.
Clarinda.
Floriana.
Belarda.
Liseno.
Felicio.
Un mayordomo.
Páez.
Feniso.
Alabarderos.
Criados.—Acompañamiento.

ACTO PRIMERO.

La Princesa de Galicia y Rosela.

PRINCESA.

¿Nunca has oído decir
Esto que llaman amor?

ROSELA.

Sé que es un dulce dolor
Y un regalado morir;
Sé que es una obscuridad
Del alma y su lumbre pura,
Y una tema de locura
En que da la voluntad;
Sé que es un alegre lloro
Que ninguna edad reserva,
Un áspid en verde yerba,
Y un veneno en vaso de oro;
Sé que es un traidor leal,
Y en el favor y el desdén
Un mal disfrazado bien,
Y un bien disfrazado mal.
Pero tú, ¿por qué razón
Tienes de amor sentimiento?

PRINCESA.

Pues ¿fáltame entendimiento?

ROSELA.

No; mas fáltate ocasión.
El Príncipe de Galicia
Es tu marido, en edad
Que á ninguna voluntad
Pudiera tener codicia.
Pero debes de querer
Aquel tu primer amor;
Que era el Conde, mi señor,
De extremado parecer.
Mas el haberte casado
Desdice al amor que digo.

PRINCESA.

Escucha, hablaré contigo,
Rosela, pues te he criado.
El Conde de Barcelona
Fué mi marido primero,
De quien tuve sólo un hijo,

Y mil desventuras tengo.
Mirando mis tiernos años
El Rey de Aragón, mi deudo,
Trató con el de Castilla
Mi segundo casamiento.
Pensó el Rey, y pensó bien,
Que fuera acertado empleo
En quien también me igualase
En hijo y en heredero.
El Príncipe de Galicia,
El noble español don Pedro,
Tenía á don Juan de Castro,
Ese gallardo mancebo:
Y así, á los dos nos casaron,
Y de Barcelona vengo,
Como sabes, á Galicia,
Donde las bodas se hicieron.
Contenta estaba yo entonces
De ver que tal caballero
Fuese con tan alta sangre
De mis pensamientos dueño;
Que estos señores, Rosela,
Hasta mi esposo don Pedro,
De la infanta doña Sancha
De Castilla procedieron.
Y con gran razón lo estaba (1)
Viendo que los hijos nuestros
Se criaban como hermanos
Y que, como ves, sin serlo,
En rostros y condiciones
Se parecen en extremo,
Y mucho más en quererse,
Pues son un alma en dos pechos.
Mas ¡ay de mí, que don Juan
En gracia y virtud creciendo,
En donaire, armas y galas,
En gentileza é ingenio,
Con ser mi alnado, Rosela,
Ha sido un rayo, un incendio
Que me ha vuelto el alma Troya,
De día y de noche ardiendo!
Culparásme porque dí
Puerta á tan vil pensamiento;
Pero es espíritu amor,
Y como no tiene cuerpo,
Entra y sale cuando quiere,
Dejando los ojos ciegos,
Porque entrando por los ojos,
No puedan los ojos verlo.
Que resistí, no lo dudes;
Pero su amoroso fuego,
De la misma resistencia
Dicen que recibe aumento.
Miraba que era su padre
Mi esposo, y en conociendo
La fuerza del imposible,
Era mayor el tormento.
Porque si la privación
Suele hacer tales efectos,
Un imposible en mujer
No permite sufrimiento.
Años ha que lo imagino,
Años ha que me defiendo;
Que no ha meses, que no ha días
Que con este amor peleo.
Enfermedad es de cuenta
El haber tenido preso
Este amor desatinado
En la cárcel del silencio.
Candados eché á mis labios,
Grillos á mis pensamientos,
Cadenas á mis sentidos
Y esposas á mis deseos;
Y porque es el apetito
Bestia que no admite freno,
Antojos puse á los ojos,
Que con los suyos me han muerto.
Mas ya que tantas batallas,
Tantos asaltos y encuentros
Han vencido la razón,
Y al amor dado el imperio,
Resuelta vengo, Rosela,
En decirte que le quiero.
Preso he tenido el amor,
Y amor preso todo es yerros.
Semíramis sujetó
Asirios, partos y medos,
Y amó después á su hijo,
Y lo que yo emprendo es menos.
Parte á llamar á don Juan,
Y no respondas, te ruego;
Que amor sus consejos hace
En la sala del remedio.

ROSELA.

Ya que consejo no admites,
Perdonaré tu afición,
Si la justa admiración
De tu afición me permites.
Mira que esto no es consejo,
Sino admirarme no más:
¿Cómo es posible que das
Tal golpe á tan limpio espejo?
La misma naturaleza
Se ofende de tu afición;
Corrida está la razón,
Y afrentada la nobleza.
Don Juan, por más confusión,
Es hijo de tu marido:
Bastante causa de olvido,
Si amor tuviera razón;
Y bastaba ser amigo
De Rugero de Moncada
Para quedar obligada
A volver por ti contigo.
De suerte que este amor fiero
Afrenta y deshonra así
A naturaleza, á ti,
A tu esposo y á Rugero.

PRINCESA.

Licencia para admirarte

(1) Estaba *contenta*.

Te dejé tomar, Rosela,
Sin ver que desta cautela
Pudieras aprovecharte.
Ya es tarde para moverme:
Más que me has dicho sé yo
Desde que el amor me dió
Ocasión para perderme.
Mas advierte que la vida
Y la honra todo es poco
Para un pensamiento loco:
Tengo hasta el alma perdida.
Parte, y dile que le espero
En mi aposento.

ROSELA.

Yo voy.
¿Cómo le hablaré, si soy (Aparte.)
Quien más que el alma le quiero?

Vase.

PRINCESA.

Como madrastra soy del bien que adoro,
Hame engañado, amor, tu confianza,
Pues ya no deja rastro mi esperanza,
Ligera nave por el mar que lloro.
Si lágrimas, si ruegos, si tesoro
Alcanzan más que un justo amor alcanza,
Sobre pórfido y jaspe tu mudanza
Levantará á tu nombre estatuas de oro.
Pero quejarme de su amor no es justo
Hasta saber su voluntad contraria,
Pues nunca he puesto el declararme en obra;
Que si el deudor no paga por su gusto,
Amor es una deuda voluntaria,
Que mientras no se pide, no se cobra.

Vase.

Don Juan y Rugero.

RUGERO.

Debajo de la amistad
Que profesamos los dos,
Te diré, hermano, verdad.

DON JUAN.

Débeslo á mi amor.

RUGERO.

¡Por Dios,
Que la tengo voluntad!

DON JUAN.

Pues ella la ha puesto en mí.

RUGERO.

Agora la quiero más,
Pues hizo elección en ti.

DON JUAN.

Pienso que celoso estás,
Rugero, hablándome ansí.

RUGERO.

Quiérote yo de manera,
Que cuando no la tuviera
Amor cuanto pudo ser,
Porque te supo querer
Sospecho que la quisiera.
Y agora sé la ocasión
Por que el alma la procura.

DON JUAN.

Sus partes bastantes son.

RUGERO.

Yo pensé que su hermosura
Era tenerte afición.
Mil pensamientos me dan
Que al alma diciendo están:
«Rugero, si has de querer,
Quiere bien á esta mujer,
Que quiere bien á don Juan.»

DON JUAN.

Si no supiera, Rugero,
Que es verdadero tu amor,
Pensara que lisonjero
Me pedías por favor
Lo que ni quise ni quiero;
Y así, te suplico aquí
Que sin encarecimiento
(Que es hacerte ofensa á ti)
Trates de mi pensamiento
Como hombre que vive en mí.
No quiero á Rosela bella,
Y así, haré poco en dejalla;
Pero advierte de mí y della
Que por hacer algo en dalla
Me pesa de no querella.
Y así, pues nací obligado
Á querer lo que tú quieres,
Ya la quiero con cuidado
De que lo que quiero esperes
De un pensamiento obligado.
Ya la quiero desde hoy:
Y pues queriéndola estoy,
Darte lo que quiero espero;
Que pues lo que quieres quiero,
Ya lo que quiero te doy.

RUGERO.

De tu liberalidad
Estaba yo satisfecho;
Mas en fe de la amistad,
Por darme prenda del pecho,
Hoy me das tu voluntad.
No me la des, pues con ella
Me das celos en amalla;
Y si amarla tú es perdella,
Más bien haces en negalla,
Que en dármela y en querella.
Ser Alejandro no esperes
Dándome aquesta mujer,
Ni Apeles me consideres,
Porque yo no he de querer
Lo que confiesas que quieres.

DON JUAN.

De querer has de pensar,
Rugero, á Rosela hermosa,
Que la quiero para dar,
Como el que compra una cosa
Que la quiere presentar.

No la quiero para mí,
Pues que nunca la he querido;
Que si la quiero, es por ti,
Porque este amor ha nacido
De tu pensamiento en mí.
Vanas tus sospechas son;
Que á lo que una vez se da
No le queda á un hombre acción,
Y así, Rosela será
Tuya en justa posesión.

Rosela.

ROSELA.

¿Que se trata de Rosela?

DON JUAN.

Para llamarte no más.

ROSELA.

El murmurar siempre vuela.

RUGERO.

Segura, Rosela, estás.

ROSELA.

Tu poco amor me desvela.

RUGERO.

Desvelarte el mucho mío
Está más puesto en razón.

DON JUAN.

¿Qué temes? Habla con brío.

RUGERO.

Calenturas de afición
No vienen jamás sin frío.

DON JUAN.

Oye, Rosela, á Rugero.

ROSELA.

Vengo de priesa á llamarte.

RUGERO.

Yo tan de espacio te quiero,
Que muero por esperarte,
Sabiendo que no te espero.

DON JUAN.

¿Quién me llama?

ROSELA.

La Princesa.

DON JUAN.

Voy.

ROSELA.

Y yo te llevaré.

Vase D. Juan.

RUGERO.

Tente, aunque sigues tu empresa,
Para que razón te dé
De que sin razón te pesa.

ROSELA.

¿No ves que quien es mandado
Ha de volver con cuidado
Con el recado á que viene?

RUGERO.

Cuando el recado pies tiene,
Queda el paje disculpado.

ROSELA.

Conozco que sabe andar;
Su prisa me ha dado indicio
Que no le podré alcanzar;
Pero por ley de mi oficio
Quisiérale yo llevar.

RUGERO.

Ya le llevas en el pecho.
Espera, por Dios, un poco,
Pues le sigues sin provecho;
Mira que me vuelvo loco,
Y que tú lo estás, sospecho.
Haz cuenta que hablas con él,
Pues que me parezco á él,
Aunque en la ventura no,
Y sabrás lo que pasó,
Para que te canses dél.
Has de saber que me ha dado
Licencia para quererte,
Y aborrecerte ha jurado.

ROSELA.

Y yo juro aborrecerte,
De albricias de ese cuidado.
Si de lo que se presenta
Al que lo trae se le da,
Su olvido tu amor me cuenta:
De lo mismo te doy ya,
Pues lo mismo me atormenta.
Que no te canses te pido,
Porque don Juan me ha enseñado
Á olvidarte con su olvido;
Porque si me hubiera amado,
También te hubiera querido.
Y no es justo hacer placer
Á cambio de tal pesar;
Que no has visto tú mujer
Que, por nuevas de olvidar,
Diese albricias de querer.

Vase.

RUGERO.

Detén el paso, voladora arpía,
Que en la mesa del alma te has cebado,
Pues no tiene el desdén el arco armado,
Ni el Hércules de honor te desafía.
Flechas de amor el corazón te envía,
Suspiros de mi pecho enamorado,
Que como tocan en el tuyo helado,
Vuelven con más furor al alma mía.
Si mi amor de mis lágrimas arguyes,
¿Cómo me dejas de la vida incierto,
Y á engaños mis tormentos atribuyes?
Pero llamarte ha sido desconcierto:
Bien sé por qué te vas, bien sé que huyes
Porque sospechas que me dejas muerto.

Vase.

La Princesa y D. Juan.

DON JUAN.

No entiendo lo que me dice

Vuestra Alteza.

PRINCESA.

¿No me entiendes,
Ó de entenderme te ofendes?

DON JUAN.

Eso mi honor contradice,
Donde tengo por blasón
Servirte y obedecerte.

PRINCESA.

Digo que estoy á la muerte.

DON JUAN.

¿De qué mal?

PRINCESA.

De tu afición.

DON JUAN.

Si le han dicho á Vuestra Alteza
Que voy de noche, que rondo,
Que me escriben, que respondo,
Que adoro alguna belleza,
Que se me atreven vasallos
Que pretenden mis deseos,
Que murmuran mis paseos
Hasta los propios caballos,
Que desenvainé la espada,
Que alguna arrogancia dije,
Y esto la enferma y aflige,
Mire que todo esto es nada;
Que, ¡por vida de don Juan!
Que han mentido las espías,
Pues son todas niñerías
Y reventar de galán.

PRINCESA.

¿Finges el sordo?

DON JUAN.

No sé
Qué te han contado de mí.

PRINCESA.

Lo que me cuentan de ti
Agora te lo diré:
Que naturaleza sabia
Te hizo en el mundo solo,
Como está en el cielo Apolo,
Y el fénix raro en Arabia.
Que naciste de una ingrata,
Pues que la heredaste luego,
Con la condición del fuego,
Que tiene hermosura y mata.
Que eres en tus pensamientos
Altivo y lleno de honor,
Y que en tu propio valor
Están tus merecimientos.
Que á la vista y los oídos
Pareces, sembrando amores,
Viento que viene de flores,
Que entra en todos los sentidos.
Que eres sueño que arrebata
El alma en la fantasía,
Y una muerte de sangría
Que durmiendo se desata.
Que con tu dulce mirar,
Amor como lince mira;
Que miras como el que tira,
Que mira para matar.
Y si el cielo se reparte
En cuantas acciones tienes,
Que parece que entretienes
Toda un alma en cada parte.
Esto me cuentan de ti
Los ojos y los oídos;
Esto dicen mis sentidos,
Y á fe que se lo creí.
Vuelve á quererme entender,
Ó vuelve sólo á quererme;
Que basta para entenderme
Considerarme mujer.

DON JUAN.

El Príncipe mi señor
Es tu marido, señora,
Y yo soy tu hijo agora,
Y á quien toca vuestro honor.
Vuelvo por él y por ti,
Y digo que á ti y á él
Debo ser, y soy fiel:
Á él, porque dél nací,
Y á ti porque eres mi madre,
Pues estás en tal lugar,
Y porque debo mirar
Á Dios, á vos y á mi padre.
Si prueba, señora, ha sido,
Habéis probado un diamante;
Si tenéis pecho de amante,
Conmigo le habéis rompido;
Que si el mundo se volviese
Al principio que tenía,
Cada punto fuese un día,
Cada día un mes se hiciese,
Cada mes un año, el año
Un lustro, el lustro una edad,
La edad una eternidad,
Fuera eterno vuestro engaño;
Que si el diluvio á los dos
Solos entonces dejara,
Allí el mundo se acabara
Por no juntarme con vos.

PRINCESA.

Tente y escucha.

DON JUAN.

No puedo.

PRINCESA.

¿Quieres bien?

DON JUAN.

Quiero una dama.

PRINCESA.

¿Cómo se llama?

DON JUAN.

La fama
Que de perder tengo miedo,
No le dé celos hablando
En una cosa tan loca.

PRINCESA.

Sus ojos cierra y su boca
Todo discreto callando.

Calla, y callará esa dama,
Y con un secreto amor
Ni yo perderé mi honor,
Ni tú perderás tu fama.
Llégate á mí, no te aparte
Vergüenza; mujer soy yo:
Un toro Pasife amó,
Y le dió Dédalo el arte.
Menofón gozó á su madre,
Á su hermana Tolomeo,
Y Mirra tuvo deseo
De ser mujer de su padre.
Ningún ejemplo me toca,
Ni eres mi padre ni hermano:
Mira, don Juan, cuán en vano
Fama injusta te provoca.
Seleuco á su hijo dió
Su mujer, viéndole enfermo
De amor: yo, mi bien, no duermo,
Ni sosiego, ni soy yo.
Ni vivo, ni quiero vida
Ni salud ni alma sin ti.
Llégate á mí. ¿Qué hay en mí
Que de ser hombre te olvida?
¿Qué tengo que no te mueva,
Cuando no á gusto, á piedad?

DON JUAN.

Tienes una enfermedad
Agora en el mundo nueva.
Si de ti, que eres mi madre,
Se viene á pegar en mí,
No habrá hijo desde aquí
Que guarde honor á su padre.

Vase.

PRINCESA.

Espera, que me burlaba.
¡Don Juan! ¡Hijo!.....

Rugero.

RUGERO.

¿Qué es aquesto?

PRINCESA.

¡En qué confusión me ha puesto! (Aparte.)

RUGERO.

¿Quién, madre, con vos estaba?

PRINCESA.

¿No le conociste?

RUGERO.

No.

PRINCESA.

Pues aquí estaba don Juan.

RUGERO.

Tiernos vuestros ojos dan
Señal de que pena os dió.
¿Qué fué aquesto, por mi vida!

PRINCESA.

Curiosidad excusada;
Y si esto no importa nada,
La discreción se te olvida.

RUGERO.

Cosas de don Juan, señora,
Y que su nombre posean,
Aunque las estampas sean
De sus pies, que el alma adora,
¿No le importan, madre mía,
Á Rugero de Moncada?
¿Sabéis vos con qué lazada
Amor juntarnos porfía?
Decidme, madre, lo que es,
Y en qué le distes disgusto;
Que él á vos no fuera justo,
Y es muy discreto y cortés.
Los ojos tenéis llorosos:
Lo que confiesan negáis.
Señora, turbada estáis.

PRINCESA.

Viejos, hijo, al fin..... celosos.
Contélo á don Juan aquí.....
¡Mira el descanso que medro,
Que sospecho que don Pedro
Los tiene agora de mí!
No me habla con el gusto
Que solía; heme quejado
Á don Juan, y es tan honrado,
Que sintiendo mi disgusto,
Le va á reñir, sin que fuese
Parte á detenerle aquí.

RUGERO.

¿Por qué no se queja á mí,
Cuando esa ocasión le diese,
Vuestra Alteza, y no á don Juan?

PRINCESA.

Por excusar tus enojos.

RUGERO.

Pues dánmelos en los ojos
Los que á mi hermano le dan.
Y del Príncipe me espanto
Que tenga celos de vos,
Pues que de casados Dios
Os hizo un ejemplo santo.
Pienso que no es la ocasión
Dese disgusto esos celos.

PRINCESA.

Pues ¿cuál?

RUGERO.

Algunos desvelos
De cierta conversación.

PRINCESA.

¿Quiere bien don Pedro?

RUGERO.

Creo,
Si no me engaña la fama,
Que quiere bien una dama.

PRINCESA.

Saber su nombre deseo.

RUGERO.

Yo haré diligencia tal,
Que sepas más que deseas.

PRINCESA.

De don Juan, cuando le veas,

Rugero, encubre mi mal;
Que con este desengaño
Menos tengo que sentir.

RUGERO.

Á buscarle quiero ir:
No resulte en vuestro daño,
Si dais al Príncipe enojos.

PRINCESA.

Yo á llorar, para formar
Con mis lágrimas un mar
Donde se aneguen mis ojos.

Vanse.

Don Juan.

DON JUAN.

Desesperado deseo
De una mujer atrevida,
Voluntad determinada,
Causa de tantas desdichas,
Pensamiento descubierto
Que atropellas honra y vida,
Amor loco despreciado
Que truecas el gusto en ira,
Quédate en paz, que el huir
Del peligro de tu vista
Es el más alto remedio
Que la inocencia imagina;
Que cuando una mujer llora y suspira,
¡Ay de la libertad de quien la mira!
Fértiles y hermosos campos
De lo mejor que en Galicia
Baña el noble mar de España,
Solar de mi casa antigua,
Honor de Castros y Andradas;
Padre ilustre, á quien inclinan
Sus cabezas estos montes
Desde el Ferrol á Castilla;
Ruger de Moncada, en quien
Lo más del alma tenía;
Que quien me parece tanto,
Debe de tener la misma:
Adiós, que me parto huyendo
De un basilisco en la vista,
De un cocodrilo en el llanto,
Y de una mujer fingida;
Que cuando una mujer llora y suspira,
¡Ay de la libertad de quien la mira!
Grandes males me vinieran
De poner las fuerzas mías
Á sus lágrimas ó ruegos,
Que al hombre más grave hechizan;
Y cuando más resistiera,
¡Qué llovieran de mentiras
Sobre mi pecho inocente,
Sobre mis entrañas limpias!
Salgamos de España, en duda;
Que en abreviar la partida
Consiste una gran victoria
Y una divina conquista.
Ningún sabio se ha fiado
De las palabras fingidas
De una mujer, porque hay pocos
Que sus lágrimas resistan;
Que cuando una mujer llora y suspira,
¡Ay de la libertad de quien la mira!

Roberto.

ROBERTO.

El caballo está ensillado,
Y á la huerta le llevé.

DON JUAN.

¿Viéronle?

ROBERTO.

De nadie fué,
Á lo que siento, mirado;
Que como me lo mandaste
Le llevé, señor, en pelo.

DON JUAN.

¿Cuál sacaste?

ROBERTO.

El castañuelo.

DON JUAN.

Pues ¿adónde le ensillaste?

ROBERTO.

Dejéle atado, y volví
Por la silla y por el freno.

DON JUAN.

Éste hasta el mar será bueno;
Naves habrá desde allí.
Mucho, Roberto, he fiado
De ti en el punto á que vengo,
Y es la causa que te tengo
En opinión de hombre honrado.
Mira que no digas nada
Á mis padres ni á mi hermano.

ROBERTO.

¿Que en fin te vas?

DON JUAN.

Pon la mano
Sobre la cruz de la espada.

ROBERTO.

¿Para qué?

DON JUAN.

Para jurar
Que no dirás que me voy,
Hasta que sepas que estoy
De esotra parte del mar.

ROBERTO.

Juro por aquesta cruz,
Y á fe de hidalgo, señor,
Por ella, por su valor,
Por esta divina luz,
Por la bella Estefanía,
Ninfa gallega, más bella
Que una potranca doncella,
Por su amor, por mi hidalguía,
Por las armas que me dan
En paveses, en corazas,
Que son cincuenta almohazas
En el campo de un zaguán,

De no decir tu partida
Á los Príncipes ni á quien
Tu mal estorbe ó tu bien,
Tu bien ó tu mal impida.

DON JUAN.

¿Lloras?

ROBERTO.

Pues ¿he de cantar
Cuando te vas de esa suerte?

DON JUAN.

No pronostiques mi muerte.

ROBERTO.

¿Que al fin te vas á embarcar?

DON JUAN.

No excuso, Roberto amigo,
Esta partida cruel;
Mas porque fuiste fiel
Por tantos años conmigo,
Y tengas de mí memoria,
Toma esta cadena.

ROBERTO.

El cielo
Te guarde, y me dé consuelo
En tan lamentable historia.
Pero espántome de ti,
Que te tuve por discreto,
En tener tan buen conceto.....

DON JUAN.

¿De quién, Roberto?

ROBERTO.

De mí;
Pero debes de querer
Dar en casa algún picón,
Si te mueve la afición
De alguna ingrata mujer;
Pues con avisarme á mí
Que no diga que te vas,
Creo que diciendo estás
Que lo diga desde aquí.
Con esto gente saldrá
Que impida aquesta jornada,
Y dirás que fué forzada
Tu vuelta en llegando acá;
Porque si partir quisieras
Con secreto y con seguro,
Ya que hasta salir del muro,
Señor, menester me hubieras
Para sacarte el caballo,
¿Qué cosa más acertada
Que llevarme á la jornada,
Valiente, hidalgo y vasallo?
¿Qué sé yo, aunque lo juré,
Si el diablo me ha de tentar,
Viendo á tus padres llorar,
Y dónde vas les diré?
¿Tan malo será Roberto
Para cualquiera ocasión?

DON JUAN.

Creo que tienes razón:
Toma el camino del puerto,
Que en mis fortunas te quiero
Por compañero y amigo.

ROBERTO.

Pues Roberto va contigo,
Que es un ejército entero.

DON JUAN.

Adiós, España; adiós, Galicia amada.

ROBERTO.

Adiós, Galicia, hasta que vuelta demos.

DON JUAN.

Adiós, Monforte, Sarria, Andrada y Lemos.

ROBERTO.

Adiós, magostos de castaña asada.

DON JUAN.

Adiós, querida patria, siempre amada.

ROBERTO.

Adiós, nabos, que ya no nos veremos.

DON JUAN.

Adiós, montañas, de nobleza extremos.

ROBERTO.

Adiós, carnero y vaca regalada.

DON JUAN.

Adiós, mujer mudable como luna.

ROBERTO.

Adiós, lunadas que el sentido elevan.

DON JUAN.

Adiós, envidia fiera é importuna.

ROBERTO.

Vino de Ribadavia, otros te beban.

DON JUAN.

Yo voy donde me lleva mi fortuna.

ROBERTO.

Y yo también donde los pies me llevan.

Vanse.

Rugero y Feliciano.

RUGERO.

¡Carta cerrada en mi aposento!

FELICIANO.

Entrando
La vi, señor, del modo que te digo.

RUGERO.

Pues ¿por dónde la echaron?

FELICIANO.

Por la reja.

RUGERO.

Confuso estoy.

FELICIANO.

Abriéndola, es más fácil
Dejar de estarlo, pues sabrás por ella
De qué peligro ó de qué bien te avisa.

RUGERO.

¡Válame Dios! ¿No es de don Juan la letra?
La firma lo confirma. ¡Extraño caso!

Lee.

«Por dejarte, Rugero, hermano mío,
Más segura á Rosela, yo me parto
De España con intento (¡Ay, santos cielos!)
De ir á Jerusalén en romería.

Perdona el no avisártelo primero;
Que porque no lo impidas, no lo hago.
Consuela á nuestros padres. Dios te guarde.»

FELICIANO.

Señor, ¿don Juan es ido?

RUGERO.

¿No lo escuchas?
¡Oh gran dolor! ¡Oh desventura grande!
¡Oh mal consejo! ¡Oh falso amigo mío!
¿Yo era tu alma? ¿Yo, don Juan de Castro?
Mentísteme, don Juan; que si lo fuera,
Yo supiera en tu pecho tu partida.
¡Oh, maldita Rosela! Al cielo ruego
Que no te logres, ni en tu vida tengas
Ventura en cosa que la mano pongas.
¡Maldiga amor el pensamiento mío,
Y el día en que te vi también lo sea!
¡Oh! ¡Nunca yo dijera que la amaba!
Pero verás, don Juan, que el amor mío
Contigo era mayor que con Rosela
En que jamás la miraré á la cara,
Cuanto y más pretendella ni servilla.
¡Triste de mí! ¿Qué haré?

FELICIANO.

Señor, en tanto
Que das voces al viento, don Juan vuela.
Mejor es que á su padre se lo digas.

RUGERO.

Ya será tarde; ya será embarcado,
Pues sabes que el Ferrol está tan cerca.

FELICIANO.

¿Por fuerza en el Ferrol ha de haber nave
Qué esté aprestada, y que la ayude el viento?

RUGERO.

Bien dices. Vamos. Contarélo al Príncipe;
Diréselo á mi madre, que le amaba
Mil veces más que á mí: tú en tanto puedes
Decir á la cruel Rosela el caso,
Que no sentirá menos su partida.

FELICIANO.

Yo la voy á decir tan triste nueva.

RUGERO.

Yo te fuera á seguir, aunque te escondas,
Si el mar dejara rastro por sus ondas.

Vanse.

Enrico, Tibaldo y un piloto.

ENRICO.

¿Hay viento para salir?

PILOTO.

Fresco embate y virazón
Está llamando á partir.

ENRICO.

No perdamos ocasión.

TIBALDO.

El mar comiencen á abrir
Las alas de nuestra nave.

PILOTO.

Hoy, como el cisne suave,
Cortará el agua veloz,
Mientras Neptuno feroz
Cierra los vientos con llave.

TIBALDO.

Bien puede Vueseñoría
Embarcarse cuando quiera.

Don Juan y Roberto.

ROBERTO.

Partir dicen que quería. (Aparte á su amo.)

DON JUAN.

Si sólo á su dueño espera,
Alabo la suerte mía.

ROBERTO.

Señor, aquí está el patrón,
Y aquellos los dueños son.

DON JUAN.

Caballeros, Dios os guarde.

TIBALDO.

Bien vengáis.

DON JUAN.

¿No vengo tarde?

ROBERTO.

Antes á buena ocasión.

DON JUAN.

¿Quién es dueño desta nave?

TIBALDO.

Este caballero inglés
Del Tusón y de la llave.

DON JUAN.

Déme, señor, esos pies;
Que bien parece hombre grave.

ENRICO.

¿Qué me quieres, español?

DON JUAN.

Pasaje, si sois servido.

ENRICO.

¿No hay otro en todo el Ferrol?

DON JUAN.

Hoy dos urcas se han partido,
Dicen que al salir del sol.
Llegué tarde; por quien eres,
Que á Ingalaterra nos pases.

ENRICO.

Ni lo pidas ni lo esperes
Cuando solo te embarcases,
Cuanto más con lo que quieres.

DON JUAN.

Señor, rogádselo vos.

TIBALDO.

Milord, no pasen los dos,
Sino sólo el caballero,
Y quédese el escudero;
Que lo merece, ¡por Dios!

ENRICO.

Ahora bien, pase por ti.

TIBALDO.

Para vos solo hay pasaje.

DON JUAN.

Lleváis un esclavo en mí.

TIBALDO.

Vuélvase el lacayo ó paje.

DON JUAN.

Roberto, quédate aquí:
Ya ves que no puedo más.
Ese caballo, que es bueno,
Á algún francés venderás.

ROBERTO.

¿Que al fin me quedo al sereno?

DON JUAN.

Mañana á la villa irás,
Y contarás mi partida.

ROBERTO.

Primero que me despida,
Déjame hablar este inglés.

DON JUAN.

¿En qué?

ROBERTO.

Veráslo después
De mi lealtad conocida.
Siá, monsiur, una parola. (Ap. á Tibaldo.)

TIBALDO.

¿Qué quieres?

ROBERTO.

En una sola
Digo que tengo un caballo
Que puede el sol envidiallo
Cuando su coche enarbola.

TIBALDO.

Bástele ser español
Para que le envidie el sol.

ROBERTO.

Era la joya estimada
De don Juan, señor de Andrada,
De Puentes de Eume y Ferrol.
De crin es largo, pequeño
De testa, color de hormiga,
De brazo y pierna cenceño,
Corpulento de barriga,
É hidalgo como su dueño.
En lo que es carrera y paso
No le igualó Garcilaso:
La nariz de bravo ahueca,
Que es bisnieto de Babieca
Y pariente del Pegaso.
Cuando relincha, parece
Que habla, y por maravilla
Los tira de trece en trece (1):
Fuerte freno y mejor silla
Su frente y lomo guarnece.
Éste os daré si me dais
Pasaje, y estad muy cierto
De que un tesoro lleváis.

TIBALDO.

¿Está cerca?

ROBERTO.

Está en el puerto.
El de Alejandro embarcáis.
Es linda pieza y de casta;
Ciento en herraduras gasta.
Podéis presentarlo al Rey,
Ó hacer casta, que es de ley,
Y á daros cien potros basta.
Mirad por dónde sois rico.

TIBALDO.

Aguarda. Milord Enrico,
Oid al oído.

ROBERTO.

El cielo (Aparte.)
Va conociendo mi celo.

Á D. Juan:

Que me lleve le suplico.

DON JUAN.

Pues ¿qué le das?

ROBERTO.

El caballo.

DON JUAN.

¿No es mejor venderle?

ROBERTO.

No;
Que á tener para comprallo,
Le comprara y diera yo,
Á fe de hidalgo y vasallo;
Que precio seguirte más
Que si mil mundos me das.

ENRICO.

Venga el caballo, y embarca.

TIBALDO.

Patrón, acosta la barca.

ROBERTO.

¿Voy á la nave?

TIBALDO.

Ya vas.

ROBERTO.

Pues traigo el caballo.

TIBALDO.

Parte.

DON JUAN.

¿Hay tal lealtad?

TIBALDO.

Español,
Tú puedes luego embarcarte.

DON JUAN.

Pues te vas de España, ¡oh sol!
Yo voy al Norte á buscarte.
Neptuno, encoge la rienda;
Vientos, cese la contienda;
Influye templanza, luna:
Don Juan de Castro, fortuna,
En tus manos se encomienda.

V[illegible].

Don Pedro, la Princesa y Rugero.

DON PEDRO.

Nadie me diga que paciencia tenga,
Que el temprano consuelo aumenta el daño,
Sino paterno llanto me prevenga;
Que lo demás conozco que es engaño.
¡Ay, hijo! El mar furioso te detenga,

(1) Tira los *relinchos* de trece en trece.

Y antes que tomes puerto en reino extraño,
Envueltos mis suspiros en sus olas,
Te vuelva á las riberas españolas.

PRINCESA.

¿Qué haré yo ¡triste! que la causa he sido (Ap.)
De tanto mal? ¿Cómo tendré paciencia,
Todo mi bien por mi ocasión perdido,
Para poder sufrir su larga ausencia?
¿Qué soñolientas aguas del olvido
Pondrán á mis memorias resistencia?
Mas ¿qué me aflijo yo, si esta partida
Halló el remedio de acabar mi vida?

RUGERO.

Si el hijo inútil que os dejó la suerte
(Que siempre deja el mal, el bien aparta)
Queréis, pues ni os consuela ni divierte,
Que en seguimiento de su hermano parta,
No habrá Scila feroz, Caribdis fuerte,
Por más que el turbulento mar reparta
Su fuerza entre las dos, que me detenga,
Aunque otra Juno á contrastarme venga.
Veré del Lilibeo y Pusilipo
Las cumbres altas y al Volcán la frente;
Sin temer las sirenas ni el Euripo,
Las sirtes fieras del azul tridente.
Las regiones que el hijo de Filipo
Vió con su armado ejército en Oriente,
Yo solo pasaré, que puedo solo
Pasar, amor desnudo, al otro polo.
Dadme licencia, que si no le topo,
Pondré silencio al sucesor de Anquises;
Veré como otro César el Canopo,
Y la hija del sol como otro Ulises.
Haré que los apólogos de Isopo
Ó de los paladines de las lises
Parezcan con mis fábulas pequeños,
Siendo verdades lo que en ellos sueños.

DON PEDRO.

Doblar, Rugero, al preso las prisiones,
Al enfermo el dolor, la pena al triste,
Son tus vanas promesas y razones,
Con que se aumenta más que se resiste.
Si va don Juan por ásperas regiones,
Por montes que la mar de espumas viste,
Es sólo un rayo de la luz que vemos;
Mas si te fueses, ciegos quedaremos.
Sólo en el nombre tu padrastro he sido;
En lo demás soy padre verdadero.
Don Juan es hombre fuerte y entendido:
Él hará como noble caballero.
Siga su estrella en alta mar perdido,
Y queda tú para mi bien, Rugero;
Que la crianza así el amor acendra,
Que el hijo ajeno con el alma engendra.

Rosela.

ROSELA.

Nuevas, y tristes nuevas, han venido.

DON PEDRO.

¿Más tristes que perderse el bien que adoro?

ROSELA.

Un montañés, señor, las ha traído.

DON PEDRO.

Habla, y aumenta mi cuidado y lloro.

ROSELA.

Don Juan á Ingalaterra se ha partido;
Que el caballero Enrico Lucidoro,
Que vino peregrino á Compostela,
Le dió pasaje, y hacia el Norte vuela.

DON PEDRO.

Ver quiero el mensajero.

PRINCESA.

Y yo contigo.

Vanse los Príncipes.

RUGERO.

Saber quiero lo que es.

ROSELA.

Detente un poco.

RUGERO.

Ya ves cómo por ti perdí un amigo
Tal, que puede el dolor volverme loco.

ROSELA.

¿Sabes cómo resulta en mi castigo,
Y que contigo á furia me provoco! (Cfr. Diablo Cojuelo, ed. El Cast. p. 216, nota 11).

RUGERO.

¿Sabes cómo por ti sin alma quedo!

ROSELA.

¿Sabes cómo sin él vivir no puedo!

RUGERO.

Venganza tomaré en aborrecerte.

ROSELA.

Mejor lo hará el amor que me has tenido.

RUGERO.

En desprecio y en ira se convierte.

ROSELA.

¡Así te vieras de mi amor querido!

RUGERO.

Primero llegue mi temprana muerte,
Y cubra mi memoria eterno olvido.

ROSELA.

¡Ay, almas de hombres! Tornasol parecen: (Ap.)
En un instante quieren y aborrecen.

Vanse.

DON JUAN.

Dentro.

¡Valedme, Virgen santa!
¡Santo Patrón gallego,
Que en el fin de la tierra dais principio
Al límite de España,
Valedme, que me anegan
Pecados, más que el mar y el viento fiero!

Sale en una tabla.

¡Mi ruego al fin oistes!
¡Oh amada tierra mía!
Eres madre, en efecto,
Como el agua madrastra.

Madrastras me persiguen:
¡Ay, quiera Dios que su rigor mitiguen!
La nave desdichada
Queda en la mar, cubierta
Desde la cebadera á la mesana;
Salvéme con ayuda
De María y de Diego,
Que rogaron á Dios me diese vida
Para buscar su gracia.
Mas ¿qué bulto en la arena
Sobre una tabla yace?
Hombre, ¿vives? ¿Respiras?

ROBERTO.

Dentro.

¡Ay, triste! ¿Quién me llama?

DON JUAN.

¡Qué lleno está de arena, espuma y lama!
Hombre, ¿tienes aliento?
Parece que conozco
Su cara.... ¿Eres Roberto?

ROBERTO.

Dentro.

Y tú, ¿quién eres?

DON JUAN.

Yo soy don Juan.

ROBERTO.

¿Qué dices?

DON JUAN.

Lo que oyes.

Sale Roberto con un portamanteo al cuello, lleno de agua.

ROBERTO.

¿Tienes alguna bota, por ventura?

DON JUAN.

Si me pidieras agua,
No poca me ha quedado.
Levántate.

ROBERTO.

Tu nombre me ha alentado.

DON JUAN.

¡Qué buen viaje hicimos!

ROBERTO.

¿Qué tierra es ésta?

DON JUAN.

Extraña.
Sin joyas ni dinero, ¡bueno quedo!
Mas ¿qué es esto que traes?

ROBERTO.

El dinero y las joyas;
Que su virtud aun vale contra el agua.

DON JUAN

Pues ¿cómo en tal peligro
Te acordaste del oro?

ROBERTO.

Tomélo por reliquias.

DON JUAN.

Ya no temo
El verme en tierra extraña.
Mas oye, que el reflujo
Del mar un hombre hasta lo orilla trujo.

ROBERTO.

Ya le arroja en la tierra.

DON JUAN.

Entra por él al agua,
Que puede ser que algún aliento tenga.

ROBERTO.

Aquí me espera.

DON JUAN.

Parte.

Vase Roberto.

Parece el caballero
Por quien me dió pasaje el conde Enrico,
Que muerto en el mar yace.
¡Cielo! Su rostro veo.
Hízonos amistad su buen deseo.

Vuelve Roberto con Tibaldo en hombros.

ROBERTO.

Agora es tiempo, Señor,
De mostrar valor inglés.

DON JUAN.

¿Es Tibaldo?

ROBERTO.

El mismo es.

DON JUAN.

¿Agora falta el valor?
Ánimo.

TIBALDO.

No puedo más.
Muero, español.

ROBERTO.

Él se muere.

DON JUAN.

Pues dile que en Dios espere.

ROBERTO.

¡Pesia tal! ¿Adónde vas?

DON JUAN.

Á buscar un confesor.

ROBERTO.

Y ¿déjasme solo aquí!

DON JUAN.

Pues ¿qué he de hacer?

ROBERTO.

Tenle ansí;
Que yo iré por él, señor.
Pero sospecho que estamos.....

DON JUAN.

¿Adónde?

ROBERTO.

En tierra de moros.

DON JUAN.

¿Cómo?

ROBERTO.

Tiémblanme los poros.
Este dinero escondamos.

DON JUAN.

Trae luego un confesor.

ROBERTO.

¿Qué parroquia ves aquí?
¿Quieres que algún alfaquí
Le ayude á morir, señor?

TIBALDO.

¡Ay, español, no me pesa
De mi muerte!

ROBERTO.

Ya lo sé,
Sino de que en agua fué.

DON JUAN.

¡Oh, qué linda flema es esa!
Tenle tú, é iré por él.

ROBERTO.

¡Par Dios, que has de perdonar!
Si tú le quieres soltar,
Ayúdele San Miguel;
Que apenas puedo tenerme,
Cuanto más á un hombre aguado.

DON JUAN.

El hombre se ha desmayado.

ROBERTO.

Yo apostaré que se duerme.

DON JUAN.

¡Ah, Tibaldo!

TIBALDO.

Esto es morir.
Que debo dos mil ducados
Me aflige.

DON JUAN.

En esos cuidados,
Tibaldo, os puedo servir.
Vamos donde os confeséis,
Que yo los daré por vos.

TIBALDO.

Decid, español, por Dios,
Y de Dios paga tendréis.

DON JUAN.

Tenle.

ROBERTO.

Tu ingenio se agravia.
Por hombre de agua no quiero;
Yo le tuviera, á ser cuero
De vino de Ribadavia.
Déjale morir.

DON JUAN.

¿Tú eres
Cristiano?

ROBERTO.

Y tan bautizado,
Que un mar de agua me han echado.
Mas ¿cómo dices que quieres
Pagar los dos mil ducados,
Si las joyas y el dinero
No lo valen?

DON JUAN.

Darlos quiero,
Y aun se los diera doblados.
Entremos la tierra adentro:
Harémosle confesar,
Si es de cristianos.

ROBERTO.

¡Qué azar
De tan venturoso encuentro!
Mas ya que te has encargado
De las deudas deste inglés,
Págame á mí, pues ya ves
Que fuí en el precio engañado.

DON JUAN

¿En qué precio?

ROBERTO.

Por nadar
En el mar que nos metió,
Un caballo me llevó,
Que ya es caballo de mar.
Si restituyes por él,
Dame trescientos ducados,
Y es de balde.

DON JUAN.

¡Qué cuidados!
Ten de aquí: vamos con él.

ROBERTO.

Estoy mirando si hay cruces
En todas estas montañas.....
Islas parecen extrañas.....
Y si la vista reduces
Al horizonte mayor,
Sólo nieve y montes ves.
Voces oigo: ya no es
Isla desierta, señor.

DON JUAN.

Sigamos hacia el lugar
Donde la voz has oído.

ROBERTO.

Deja ese cuerpo tendido,
Ó déle sepulcro el mar;
Que no es tu padre ó hermano.

DON JUAN.

Conmigo irá.

ROBERTO.

¿Cómo?

DON JUAN.

Á cuestas.

ROBERTO.

Mira estas ásperas cuestas.

DON JUAN.

Á la virtud todo es llano:
De Dios galardón espero.

ROBERTO.

Tu piedad al mundo asombre.
Pero, señor, lleva el hombre,
Que yo llevaré el dinero,
Hasta que un lugar hallemos.

DON JUAN.

Por extrañas desventuras
Comienzan las aventuras
De don Juan de Castro y Lemos.

ACTO SEGUNDO.

Don Juan y Roberto.

DON JUAN.

¿De qué te enojas conmigo?

ROBERTO.

¿No me tengo de enojar?

DON JUAN.

Antes debes alabar
Mi estilo, Roberto amigo.

ROBERTO.

Que has hecho como cristiano,
Don Juan, confesarte quiero;
Pero dar todo el dinero
Ha sido un hecho inhumano.
De sí mismo, ¿no comienza
La caridad?

DON JUAN.

Es verdad;
Pero la necesidad
Te desenoje y te venza;
Que como sabes, el mar
Nos echó en Ingalaterra,
Que de Tibaldo era tierra,
Que le acaban de enterrar.
Llevéle enfermo á su casa;
Murió con dos mil ducados
De deuda.

ROBERTO.

Deudos honrados,
¿No supieron lo que pasa?

DON JUAN.

Ninguno quiso pagar,
Con ver su descomunión.

ROBERTO.

Eso esfuerza mi razón;
Pues ¿quién te pudo obligar?

DON JUAN.

Que aquel hombre no muriese
Descomulgado, y gozase
Tierra santa, y no quedase
Donde vil sustento fuese
De las aves y animales.

ROBERTO.

Lo que sus deudos no hicieron,
¿Te obliga á ti?

DON JUAN.

No quisieron,
Con ser hombres principales;
Y movióme á compasión
Un cristiano caballero:
Fuera de que en Dios espero
Que me dará galardón.

ROBERTO.

Ya que dar dos mil ducados
Te pareció cosa justa,
Digo que no me disgusta
(Pues de Dios serán premiados
Tus cristianos pensamientos)
Que absuelvas su excomunión,
Porque cosas dignas son
De tus heroicos intentos;
Mas lo poco que quedaba,
¿No era bueno para hacer
Bien por nosotros?

DON JUAN.

El ver
Que su mujer le dejaba,
Deudos y gente, sin misas,
Me hizo en misas gastar
Lo que me pudo quedar,
De que ya tarde me avisas.

ROBERTO.

¡Tarde! Pues, tú ¿no sabías
Que habíamos de comer
Los vivos?

DON JUAN.

¿Qué puedo hacer?

ROBERTO.

No comer en treinta días.
¡En responsos de un difunto
Gastabas tú cien ducados,
Que de los dos mil pagados
Quedaban no más!

DON JUAN.

Pregunto,
Roberto: cuando en el mar
Nos vimos, ¿no eran perdidos
Y en sus aguas sumergidos,
Y Dios los quiso librar?

ROBERTO.

Es verdad, y entonces fuí
El ángel que los sacó.

DON JUAN.

Pues si allí Dios me los dió,
¿Qué mucho si á Dios los dí?

ROBERTO.

Ea, tú has perdido el seso,
Ó en esta montaña quieres
Ser ermitaño.

DON JUAN.

Que esperes
En Dios te pido.

ROBERTO.

Confieso
Que es bueno esperar en Dios;
Pero ya se pasa el día
Y no hay qué comer.

DON JUAN.

Confía
Que él nos ayude á los dos.

ROBERTO.

Si venías á ser santo,
¿No me avisaras allá?
Que mi condición no está
Enseñada á sufrir tanto.

¡Que saliese aqueste muerto
Del agua y de mil pecados
Á pescar dos mil ducados!

DON JUAN.

Calla y espera, Roberto.

ROBERTO.

¿Á qué tengo de esperar,
Que de hambre rabio aquí?

DON JUAN.

¿No sientes voces?

ROBERTO.

¿Yo? Sí.

DON JUAN.

¿En qué parte? ¿En qué lugar?

ROBERTO.

¿En qué lugar? En mis tripas,
Que de hambre voces dan.

DON JUAN.

Más tus sentidos serán,
Por el bien que participas
Del que habemos hecho al muerto.

ROBERTO.

El muerto ya no comía;
La parte que me cabía
Tomara en este desierto
En vino, carnero y pan
Y algún jamón de tocino.

DON JUAN.

Gente atraviesa el camino;
Á Londres pienso que van.

ROBERTO.

¡Oh, qué gente tan lucida!
Éstos no han topado muertos.

DON JUAN.

¡Qué de bagajes cubiertos!
¡Qué gente tan bien vestida!
¡Oh, qué gallardas libreas!
¡Qué bellas armas! ¡Qué plumas!
¿Hay tal vista?

ROBERTO.

No presumas
Que pan, vino, carne, veas;
Que no somos tan dichosos.

DON JUAN.

Dellos toman esta senda.

ROBERTO.

Yo tomara una merienda.

DON JUAN.

¡Gallardos hombres!

ROBERTO.

¡Famosos!

El Rey de Irlanda, Mauricio, un armero y criados.

MAURICIO.

Ya está cerca de Londres Vuestra Alteza;
Si quiere prevenir alguna cosa,
Lugar secreto ofrece esta aspereza.

REY DE IRLANDA.

Por ver, Mauricio, la Princesa hermosa,
Clarinda en nombre, en hermosura Elena,
No me detiene esta arboleda umbrosa,
Ni este cristal que en esas piedras suena,
Á quien ayudan tantas varias aves,
Y entre ellas con su llanto Filomena.
¡Dichoso aquel de tantos hombres graves
Como van á estas justas, que merezca
Gozar sus ojos dulces y suaves!

MAURICIO.

La fortuna á tus méritos la ofrezca,
Si ayuda á quien los tiene la fortuna.

REY DE IRLANDA.

Entrar quiero primero que anochezca.

MAURICIO.

No quede atrás de aquesa gente alguna.

Vanse el Rey y los suyos, menos el armero, á quien detiene D. Juan.

DON JUAN.

¡Ce! Caballero, tenéos.

ARMERO.

¿Qué es, señor, lo que mandáis?

DON JUAN.

Que por merced me digáis
El dueño destos trofeos.

ARMERO.

Es, hidalgo, el Rey de Irlanda.

DON JUAN.

¿Á qué vino á Ingalaterra?

ARMERO.

Pues estando en esta tierra,
Y viendo el rumor que anda,
¿No sabéis lo que Eduardo
En todo el mundo pregona?
Vos solo sois la persona
Que lo ignora.

DON JUAN.

Presto aguardo
Daros la satisfacción:
Soy español, y no sé
La lengua bien.

ARMERO.

Yo os diré
Brevemente la ocasión:
Tiene el Rey de Ingalaterra
Una hija hermosa y linda.

DON JUAN.

¿Cómo es su nombre?

ARMERO.

Clarinda,
Luz suya y de aquesta tierra.
De su fama enamorados
Mil reyes, se la han pedido;
Pero sólo ha pretendido
Dar príncipe á sus estados
De mediana calidad
Y de excelente valor;
Y así pregona, señor,
Que á Londres, su gran ciudad,
Acudan los pretendientes,
Donde á quien venza una justa

Darla por esposa gusta.

DON JUAN.

¡Premio y fiestas excelentes!

ARMERO.

Pero advierte que ha de ser
Caballero principal,
Y que de sangre Real
Dos partes ha de tener,
De las cuatro que componen
Un hombre, que la merezca.
Mas porque no me anochezca,
Vuestros deseos perdonen;
Que no puedo detenerme.
Adiós.

DON JUAN.

Él os guarde así.

Vase el armero.

¿Haslo oído?

ROBERTO.

Señor, sí.

DON JUAN.

¡Á qué punto vengo á verme
Sin dinero y sin amparo!
¡Oh, qué gallarda ocasión
Para ensalzar el blasón
De mi nombre ilustre y claro!
¡Ah, Dios! ¡Quién tuviera aquí
Con que pudiera mostrar
Qué valor me pudo dar
La sangre de quién nací!
¡Desdichado caballero!
¡En mi vida tendré honor!

ROBERTO.

Huélgome, ¡por Dios! señor,
Que eches menos el dinero.
¿No fuera bueno tener
Aquellos dos mil ducados?

DON JUAN.

Ellos están bien gastados.

ROBERTO.

Bien, pues que no han de volver.

DON JUAN.

Pero soy hombre, Roberto,
Y caballero, y quisiera
Tener con qué pretendiera
La joya deste concierto,
Por dar honra á toda España,
Á Galicia y á los Castros,
Y que en bronce y alabastros
Escribieran esta hazaña.

ROBERTO.

Quien da, señor, lo que tiene
Antes de su muerte, es bien
Que con un canto le den.

DON JUAN.

Ya es hecho; sufrir conviene:
Ésta, ¿es ermita?

ROBERTO.

¿No ves
La cruz puesta y campanario?

DON JUAN.

Llama.

ROBERTO.

Será necesario.
Padre.....

Faustino.

FAUSTINO.

Dentro.

Deo gracias. ¿Quién es?

ROBERTO.

Échese afuera y verá
Dos hombres que no han comido.

FAUSTINO.

Sale.

Seáis, señor, bien venido.

ROBERTO.

¿Hay vino?

FAUSTINO.

No faltará.

DON JUAN.

Dios os guarde.

FAUSTINO.

¿Qué buscáis?
¿Habéis errado el camino?

ROBERTO.

Habiendo acertado al vino,
¿Para qué lo preguntáis?

FAUSTINO.

Hambre debéis de traer.

DON JUAN.

Quedarme con vos querría
Esta noche.

FAUSTINO.

Ayer tenía
Bien qué daros á comer;
Y la gente que ha pasado
Á las justas es de modo,
Que lo ha consumido todo.

ROBERTO.

¿Ninguna cosa ha quedado?

FAUSTINO.

Pan y vino y fruta habrá.

ROBERTO.

¿Tiene huevos?

FAUSTINO.

No, ¡por Dios!

ROBERTO.

¿Y gallinas?

FAUSTINO.

Había dos;
Pero hurtáronmelas ya.

ROBERTO.

¿No hay algún ganso?

FAUSTINO.

No á fe.

ROBERTO.
Cecina alguna, ¿no tiene?
FAUSTINO.
Con hambre notable viene.
ROBERTO.
No puedo tenerme en pie;
Tocino, ¿no le ha quedado?
FAUSTINO.
De ningún modo quedó.
ROBERTO.
¿Ni un salchichón?
FAUSTINO.
Nunca yo
Vivo aquí tan regalado.

Éntranse.

Sólo por los pasajeros
Tengo á veces lo que digo.
Pondré la mesa, y conmigo
Podrán cenar, caballeros;
Y sobre el pie del altar
Podrán pasar hasta el día.

Pone una mesilla.

ROBERTO.
Mal se pasará, á fe mía,
Hasta el día y sin cenar.
Mire, padre, siempre tenga
Pies de puerco.
FAUSTINO.
¿Para qué?
ROBERTO.
Para que á quien viene á pie
Le dé pie para que venga.
FAUSTINO.
Él me da buenos consejos
Para la gente que pasa.
ROBERTO.
Pies de puerco en una casa
Son como zapatos viejos.
¿Tiene pollino?
FAUSTINO.
Sí tengo.
ROBERTO.
¿No le podremos cortar
Una pierna?
FAUSTINO.
Y ¿podrá andar?
¿No ve que en él voy y vengo
Por sustento á la ciudad?
Caballero, ya está puesta
La mesa; sentarse resta.
No hay más de la voluntad.
Aquí hay fruta, pan y vino.
DON JUAN.
Sentaos primero, señor.
FAUSTINO.
¿Qué tenéis?
DON JUAN.
Cierto dolor.
FAUSTINO.
Vuestro cuidado imagino.

Á Roberto:

¿No aguardáis la bendición?
ROBERTO.
Ya Dios lo tiene bendito;
Demás, que yo no le quito
Su santa jurisdicción.
FAUSTINO.
Comed, caballero.
DON JUAN.
Estoy
Con poco gusto.
FAUSTINO.
¿Por qué?
ROBERTO.
No importa; yo comeré,
Que su sustituto soy.
DON JUAN.
Hállome pobre, y quisiera
En estas justas entrar.
Sacóme el cielo del mar,
Y trújome á la ribera,
Donde por la obligación
De un hidalgo que he enterrado,
Dos mil ducados he dado.
FAUSTINO.
Obras santísimas son.
No estéis triste, antes muy cierto
Que Dios os ha de premiar.
Deste vino os quiero echar,
Que puede dar vida á un muerto.
Tomad, bebed.
DON JUAN.
Bueno está.
FAUSTINO.
El corazón letifica.
ROBERTO.
¡Tomad, si el proverbio aplica!
DON JUAN.
Bebed vos.
FAUSTINO.
Yo bebo ya.
ROBERTO.
Espere, padre, que tiene
Una mosca.
FAUSTINO.
¿Dónde?
ROBERTO.
Aquí,
Y sacarésela ansí.

Bébeselo.

FAUSTINO.
¡Deo gracias! Sediento viene.
ROBERTO.
Por siempre jamás, amén.
DON JUAN.
Tú estás de famoso humor.

ROBERTO.

Como yo coma, señor,
Me hallo en extremo bien.

DON JUAN.

La mesa podéis quitar.

FAUSTINO.

Hijo, muy tarde se hace.
Descansad, dormid. Si os place,
Rezad: veis aquí el altar.

Corre una cortina.

ROBERTO.

Mas ¿qué quiere, que digamos
La doctrina?

DON JUAN.

Reza un poco.

ROBERTO.

Duérmome todo.

DON JUAN.

¿Estás loco?
¿No miras adónde estamos?

ROBERTO.

En rezando yo, señor,
Luego es el sueño conmigo.
Acuéstate, pues.

FAUSTINO.

Amigo,
¿Oye?

ROBERTO.

No me haga rumor.

FAUSTINO.

Si quiere una disciplina,
Aquí se la dejo al lado.

ROBERTO.

¿Tanto piensa que he cenado?
Vaya, padre, á la cocina.

FAUSTINO.

Deo gracias.

ROBERTO.

Muy bueno es dar
Gracias á Dios.....

FAUSTINO.

¿Está loco?

ROBERTO.

Mas cuando ceno tan poco,
Nunca me suelo azotar.

FAUSTINO.

Buenas noches les dé Dios.

Vase.

ROBERTO.

No (1) buena cama, á lo menos.

DON JUAN.

Con los ojos de agua llenos,
Señor, me aparto de vos.
Hacedme aquesta merced,
Que soy pobre y extranjero.
Dormirme un momento quiero.
Ojos, descanso tened.

Échanse y duérmense.

Tibaldo.

TIBALDO.

Por secretos de Dios, que nadie entiende,
Vengo desde el lugar donde resido;
Que un fuego y un deseo el alma enciende
Del inmortal descanso prometido,
Para ayudar lo que don Juan pretende,
Y ser al beneficio agradecido
Que vivo recibí, pues ayudarme
Me puso en la carrera de salvarme.
¿Duermes, don Juan de Castro?

DON JUAN.

¿Quién me llama?

TIBALDO.

Don Juan, despierta.

DON JUAN.

Estoy, estoy despierto.

TIBALDO.

¿Conócesme?

DON JUAN.

No sé; tu ardor me inflama.

TIBALDO.

¿Ya desconoces á Tibaldo muerto?

ROBERTO.

¿Quién tira de la manta de la cama?

DON JUAN.

Despierta un poco; anímame, Roberto.

ROBERTO.

¿Quién es?

DON JUAN.

Oye, que el muerto me ha llamado.

ROBERTO.

Mejor pienso que estoy destotro lado.

DON JUAN.

Mira que está aquí el muerto.

ROBERTO.

¡Lindo cuento!
Di que deje dormir los que están vivos.

DON JUAN.

Despierta, necio.

ROBERTO.

¡Ay, cielos!

TIBALDO.

Oye atento:
De tu virtud los bienes excesivos,
La caridad y generoso intento,
Contra mis deudos míseros y esquivos,
Que usaste con mi cuerpo y alma, agora
En los cambios del cielo se atesora.
Dios te ampara, te premia y galardona.
Aguarda en este puesto, que mañana
Tendrás lo necesario á tu persona.

ROBERTO.

¡Válgame Dios, qué cuerpo ó sombra vana!.....

TIBALDO.

Pretende la Princesa y la corona;

(1) No *da* buena cama.

Sal á esa justa, que esta vega llana
Verá mañana el sol con mil vasallos,
Armas, libreas, galas y caballos.
No desconfíes, que será muy cierto.
Y tú, Roberto, anima tu esperanza,
Y mira que el favor que se hace á un muerto,
De Dios el premio aun en la tierra alcanza.

ROBERTO.

Si os ha ofendido con hablar Roberto,
Su ignorancia mirad.

TIBALDO.

Ten confianza,
Que no se pierde el bien.

ROBERTO.

Por confirmallo,
Me holgara de saber de mi caballo.

TIBALDO.

Ése salió nadando, y algún día
Irás honrado en él.

ROBERTO.

Dios se lo pague.

TIBALDO.

Conde, espera el favor que Dios te envía.

DON JUAN.

No habrá temor que mi esperanza estrague.

TIBALDO.

Si yo te pago así la deuda mía,
También es justo que tu amor me pague;
Que ayudarte ha de ser con un concierto.

ROBERTO.

¡Temerario hablador es este muerto! (Aparte.)

DON JUAN.

¿Qué concierto ha de ser?

TIBALDO.

Que darme tienes
La mitad de las cosas que ganares.

DON JUAN.

Yo las prometo si á ayudarme vienes.

TIBALDO.

Adiós.

DON JUAN.

En él espero que me ampares.

Vase Tibaldo.

ROBERTO.

¿Qué es esto?

DON JUAN.

Ya lo ves.

ROBERTO.

Tú te entretienes
Con tan sutiles sueños y manjares,
Que deben de ser éstas fantasías
Que no comiendo ni durmiendo crías;
Que cuanto á mí, no sé que el vino aguado,
Santo y bendito en santas vinajeras,
Haya en mi entendimiento fabricado
Tan varias ilusiones y quimeras.

DON JUAN.

Roberto, si los dos lo hemos soñado,
Mañana lo verás.

ROBERTO.

Luego ¿lo esperas?

DON JUAN.

Hablar quiero á este monje y divertirme.

ROBERTO.

¿Muéreste?

DON JUAN.

No; mas quiero prevenirme.

Vanse.

El Rey de Irlanda, el Duque de Borbón, el Rey de Sicilia, y detrás Eduardo de Inglaterra, Clarinda, Floriana y acompañamiento.

BORBÓN.

Con justa causa alaban su hermosura.

REY DE SICILIA.

Mayores son las obras que la fama.

REY DE IRLANDA.

¡Dichoso el que tuviere tal ventura,
Caballeros, que goce desta dama!

BORBÓN.

Si yo la llevo á Francia, ¡cuán segura
Fama inmortal mi nombre eterno llama!

REY DE SICILIA.

Y si á Sicilia yo, ¿qué mayor gloria
Me puede dar el tiempo en su memoria?

REY DE IRLANDA.

Si amor me ayuda, pienso honrar á Irlanda
Del soberano rostro de Clarinda,
Hermosa en cuanto Febo ilustra y anda
Del Tajo á la laguna Temerinda;
Que si dicen que amor las fuerzas manda,
¿Quién duda ¡oh reyes! que en la justa os rinda,
En las vuestras estrago eterno haciendo
Por el laurel y palma que pretendo?

EDUARDO.

Éstos, Clarinda, son tus pretendientes;
Quiero decir que son los de más nombre,
Más no te digo porque no te asombre.
Todos pretenden coronar sus frentes.

FLORIANA.

Á Clarinda.

¿Parécete el de Irlanda gentilhombre?

CLARINDA.

Como del más gallardo estoy dudosa,
Detengo el alma y no reparo en cosa.
¿Qué tal será mi dicha, Floriana, (Ap. á ella.)
Si algún príncipe bárbaro y robusto,
Por su fortuna próspera me gana,
Y me casase el Rey contra mi gusto?

FLORIANA.

La tuya no será tan inhumana.
Tú mereces el bien; el cielo es justo.
Hoy comienzan las justas, y hoy sospecho
Que verás tu deseo satisfecho.

EDUARDO.

Vamos, Clarinda, al puesto donde veas

La fiesta más notable que vió Roma
En su dorada edad, y vista seas
De cuanto rey por ti las armas toma.

CLARINDA.

Advierte bien, señor, en quién me empleas.

REY DE IRLANDA.

Ya el sol hermoso en el Oriente asoma.

BORBÓN.

Ya sube á los balcones. ¡Francia viva!

REY DE SICILIA.

¡Sicilia!

REY DE IRLANDA.

¡Irlanda!

CLARINDA.

Hoy he de ser cautiva. (Aparte.)

Vanse.

Don Juan y Faustino.

DON JUAN.

Que ha sido engaño recelo,
Pues con su carro oriental
Discurre el sol por el cielo,
Y en arroyos de cristal
Baja deste monte el hielo,
Y no relincha un caballo,
Ni un hombre de tantos hallo
Como me promete el muerto.

FAUSTINO.

¿Adónde es ido Roberto?

DON JUAN.

Por ese monte á buscallo.

FAUSTINO.

Suspenso estoy con razón.

DON JUAN.

Mal hice en crédito dar,
Faustino, á aquella visión,
Pues la gloria de esperar
Ha de aumentar mi pasión.
Mejor me fuera haber ido
Á la corte disfrazado;
Que de muchos que han venido
Pudiera tomar prestado
Armas, caballo y vestido;
Pues como á alguno llegara
Y le dijera quién soy,
Yo sé que no lo negara;
Carta siendo Castro soy,
Y el sobrescrito es la cara.

FAUSTINO.

El de Castro, ¿es tu apellido?

DON JUAN.

No mira en España el alba
Un hombre más bien nacido.
Yo soy Conde de Villalba.

Roberto.

ROBERTO.

Albricias, señor, te pido.

DON JUAN.

¿Qué has visto?

ROBERTO.

Lengua quisiera
Con que contarlo pudiera.
Basta, que ya la verdad,
El favor y la amistad,
Sólo en los muertos se espera.

DON JUAN.

¿Cómo?

ROBERTO.

Escucha lo que digo:
Yo he visto en negro escuadrón
La gente de aquel tu amigo,
Como suele procesión
De hormigas venir con trigo.
Delante, en presencia extraños,
Traen por el verde suelo
Cien hombres de pocos años
Casacas de terciopelo
Sobre caballos castaños.
Viene un alférez tras ellos,
Rojo de barba y cabellos,
Con una bandera negra;
Pero tan galán, que alegra
Como el sol que luce en ellos.
Luego que aquéste se ve,
Con un morcillo español
Doce escuderos de á pie,
Que el embarcado en Ferrol
Menos de tu gusto fué.
Trae de negro terciopelo
Paramentos hasta el suelo
Sobre tela acuchillados,
De tantas flores sembrados
Como de estrellas el cielo.
Atada trae una espada
Con una liga al arzón,
Y una lustrosa celada,
Todo enlazado el codón
Y la frente en blanco armada.
Detrás treinta acemileros
Con armas, lanzas, vestidos,
Cubiertos con reposteros,
Por donde se ven lucidos
Brillar los blancos aceros.
Reparé en las armas luego
Deste escuadrón, que al sol ciego
Dejaba en el verde llano
Con su luz, y era una mano
Sacando un alma de un fuego.
Ven, señor, pues armas tienes.

FAUSTINO.

Salgámosle á recibir.

DON JUAN.

Con nuevas, Roberto, vienes
Que me importan el vivir.

ROBERTO.

Pues alto. ¿Qué te detienes?

DON JUAN.

Padre, con tu bendición

Me parto á ver esta gente.

FAUSTINO.

Dios te la dé.

DON JUAN.

Cosas son
Del cielo.

FAUSTINO.

Tu vida aumente.
Ya llega el fuerte escuadrón.

DON JUAN.

Por estos riscos abiertos,
De varias plumas cubiertos,
Vienen á usanza de guerra:
¡Paga el cielo acá en la tierra
El hacer bien á los muertos!

Vanse.

Belarda, Liseno y Felicio.

BELARDA.

Deja, por mi fe, el azada;
Verás cubrir los caminos,
Liseno, de gente armada.

LISENO.

Belarda, sus temples finos
Lucen como limpia espada
Subido en aquella peña,
De lejos miré la enseña.
¡Voto al sol! Gallardos van.

BELARDA.

Hoy bajaba un capitán,
Aunque de escuadra pequeña,
Con más colores que el prado.
La ocasión le pregunté
Á un escudero ó soldado.

FELICIO.

Y ¿qué te dijo que fué?

BELARDA.

Que en Londres se han pregonado
Justas, torneos y fiestas.

LISENO.

Y ¿supiste la ocasión?
Que bien serán manifiestas.

BELARDA.

Cosas de los reyes son,
Y en sus consejos dispuestas.
Clarinda de Ingalaterra
Se quiere casar por guerra;
Que debe de adivinar
Que el no acertarse á casar,
La paz del alma destierra.
Y el que la ha de merecer,
Dicen que la ha de ganar;
Pues cuando el tomar mujer
Comienza por tal pesar,
¿Cómo acabará en placer?
Porque el Rey dársela quiere
Al que más valiente fuere.

FELICIO.

Menester ha ser valiente
Quien se casa y se arrepiente.

BELARDA.

Cordura y paciencia espere.
Basta, que aquesa mujer
Como ganso viene á ser;
Que el que más sin estropiezo
Le tirare del pescuezo,
Ése se le ha de comer.

LISENO.

No tiene el Rey heredero,
Y querrá que á Ingalaterra
Gobierne un gran caballero;
Que quien se casa por guerra,
Hará los hijos de acero.
Yo pienso partirme allá.

BELARDA.

Desde ayer dicen que está
La Infanta en un mirador.

FELICIO.

¿Es joya de esgrimidor?

LISENO.

Luego ¿son las fiestas ya?

BELARDA.

Una dicen que fué ayer,
Porque tres las justas son.

FELICIO.

Vámoslas todos á ver.

BELARDA.

¡Que venga tanto escuadrón
Para una flaca mujer!

FELICIO.

Si sólo para ganalla
Es menester el que ves,
Ya, habiendo de conservalla,
Á fe que importa después
Doblado para guardalla.

BELARDA.

Con tres cosas la mujer
Está muy bien defendida:
Con casarse á su placer,
Y el vestido y la comida
Sobrado en casa tener,
Y no darla jamás celos;
Que hay mujer que estos desvelos
A mil venganzas la obligan.

LISENO.

Ellas sus achaques digan,
Y á mí me libren los cielos.
Pero si queréis venir,
Vamos á aprestar en qué.

FELICIO.

Todos habemos de ir.

LISENO.

Pues es cerca, voyme á pie.

FELICIO.

Y yo te quiero seguir.

BELARDA.

¡Qué de rüido se ve
Para casarla!

FELICIO.

Yo sé

Que aunque agora grande ha sido,
Será mayor el rüido
Después que casada esté.

Vanse.

Tocan cajas. El Rey de Irlanda, armado y sin celada, y con una lanza rota.

REY DE IRLANDA.

¡Maldiga el cielo mi cruel fortuna,
Mis fuerzas, mi destreza, mis caballos,
Mis armas, si tuvieron culpa alguna,
Mi espada, mis criados, mis vasallos!
Mis pensamientos vi sobre la luna;
Bien puedo á los abismos derriballos.
Hoy quedo sin honor, hoy rabio, hoy muero.
Perdí á Clarinda: ¿qué remedio espero?

El Duque de Borbón.

BORBÓN.

¡Abriérase la tierra en el instante
Que te perdió Borbón, Clarinda bella!
¡Faltara el sol á tan cobarde amante,
Y el centro obscuro me ocultara en ella!
¿De qué sirvió gallardo y arrogante
Contra el rigor de mi enemiga estrella
«¡Viva Francia!» decir, pues hoy la afrento?
Perdí á Clarinda: ¿qué remedio intento?

El Rey de Sicilia.

REY DE SICILIA.

Vuélvanse fieros áspides las hojas
Del laurel que esperaba mi cabeza,
Clarinda celestial, pues hoy me arrojas,
Como á Luzbel, del sol de tu belleza.
Hoy del valor, fortuna, me despojas,
Que me dieron mis armas y nobleza:
El nombre ilustre de Sicilia ofendo.
Perdí á Clarinda: ¿qué victoria emprendo?

BORBÓN.

Rey de Irlanda.....

REY DE IRLANDA.

Borbón, de Francia gloria.....

BORBÓN.

Príncipe de Sicilia, ¿qué es aquesto?

REY DE SICILIA.

Nuestra común desdicha, y la victoria
De quien nos ha vencido y descompuesto.

REY DE IRLANDA.

De lo que pierdo, pierdo la memoria,
Aunque es gran bien, y sólo siento en esto
La envidia de que un hombre tanto pueda,
Pues victorioso de cien hombres queda.

BORBÓN.

¿Sabe alguno quién es?

REY DE SICILIA.

De ningún modo.

REY DE IRLANDA.

El caballero Negro se apellida,
Por ser vestido y armas negro todo.

REY DE SICILIA.

No vi tanto valor de hombre en mi vida.

BORBÓN.

¿Es español, es alemán, es godo?

REY DE IRLANDA.

Ni sé quién es, ni en qué región resida;
Mas sé muy bien que hazañas tan gentiles
No las hicieron Telamón ni Aquiles.

BORBÓN.

El Rey mandó seguirle.

REY DE SICILIA.

Querrá verle.

REY DE IRLANDA.

Si el rostro iguala al talle, él es gallardo.

BORBÓN.

Pues la Infanta ya debe de quererle.

REY DE SICILIA.

¿Si es español?

REY DE IRLANDA.

Saberlo presto aguardo.

Don Juan, armado; criados, que vienen desarmándole.

DON JUAN.

¿Por qué no habláis, pues me quitáis las armas?
¡Válgame Dios! ¡Ninguno tiene lengua!

REY DE IRLANDA.

Desarmándole vienen sus criados.

DON JUAN.

Poco á poco, señores, menos priesa.
Ya que no hablan, no se vayan luego.
¿Adónde está Tibaldo? Mas ¿qué digo?
¿Cómo pregunto á mudos por un muerto,
Pues ni ellos hablarán, ni él tiene vida!
Mas digo mal, que vida inmortal tiene.
Señores, pues me quitan esta espada,
Denme otra. Buena es ésta. ¿No hay sombrero?
Ya le traen. ¡Qué bueno! ¡Qué á propósito,
Coronado de plumas y de piezas!
Suplícoles también que me den capa.
¡Qué famosos criados! ¿Qué rey puede
Con tal puntualidad, riqueza y gusto,
Servirse de su gente en todo el mundo?
Señales hacen de querer partirse.
Adiós, señores. ¿Volverán mañana?
Dicen que sí. ¿Traeránme otro caballo,
Armas, plumas y galas diferentes?
Con la cabeza muestran que sin falta.
Las colores por señas me han pedido.
Pues hoy salí de negro, sea de blanco.
¿Que sí? Guárdelos Dios: vengan con tiempo,
Que hoy habemos ganado (á Dios la gloria)
El principio no más desta victoria.

Vanse los criados.

BORBÓN.

Aparte á los dos Reyes.

Las armas se han llevado y queda solo.

REY DE SICILIA.

Sin duda quiere solo pasearse,
Por ver á Londres con mayor secreto.

REY DE IRLANDA.

Ya no parece de su gente un hombre.
¿No sabremos quién es?

BORBÓN.

Lleguemos juntos.

REY DE SICILIA.

Y aun la vida era bien quitalle agora.

DON JUAN.

Parece que me miran estos hombres, (Aparte.)
Codiciosos quizás de conocerme,
Y por dicha animados de la noche.
¿Quieren alguna cosa, caballeros?

REY DE IRLANDA.

Saber quién sois.

DON JUAN.

Un hombre.

REY DE SICILIA.

Diga el nombre.

DON JUAN.

El caballero Negro me apellido.

BORBÓN.

¿Qué patria?

DON JUAN.

Todo el mundo.

BORBÓN.

¡Buena patria!

REY DE IRLANDA.

¿Qué nación?

DON JUAN.

La de Adán.

REY DE IRLANDA.

¿Qué padre?

DON JUAN.

El mismo.

REY DE IRLANDA.

¿Á qué vino á estas fiestas?

DON JUAN.

Sólo á vellas.

REY DE IRLANDA.

Diga verdad.

DON JUAN.

Pues si verdad les digo,
Á derribar cobardes, y á llevarme
De camino á Clarinda; que hoy la he visto,
Y pierdo el seso por sus dulces ojos.

REY DE IRLANDA.

¿Ha derribado á muchos?

DON JUAN.

Más de treinta,
Y entre ellos á tres hombres de importancia,
Reyes los dos de Irlanda y de Sicilia,
Y el otro Duque de Nemors en Francia.

BORBÓN.

Creo que no son ellos, que serían
Sus escuderos.

DON JUAN.

Basta, y yo lo creo;
Que tan cobardes hombres no podían
Ser príncipes tan altos.

REY DE SICILIA.

En la lengua
Pareces español.

DON JUAN.

Los españoles,
Por la espada y las obras lo parecen,
Que por la lengua pocos, ó ninguno,
Y por eso la saco de la vaina.

BORBÓN.

¡Muera el villano!

REY DE SICILIA.

¡Muera el arrogante!

DON JUAN.

Agora lo veréis.

Mételos á cuchilladas.

REY DE IRLANDA.

¡Oh fiero monstruo!
Detén la furia.

DON JUAN.

¿Huís? Pues nunca os sigo;
Que no es cuerdo el que aprieta á su enemigo.

Vanse.

Un mayordomo del Rey de Inglaterra, criados y alabarderos.

MAYORDOMO.

¿Aquí decís que armaron sus criados
La negra tienda al caballero Negro?

UN CRIADO.

Aquí la vimos al salir el alba,
Y aquí mudó caballos y aderezos;
Pero ya no parece en todo el campo.

Sale D. Juan.

MAYORDOMO.

Allí va un hombre. ¡Hola! Cualquier que seas,
¿Sabrás decirme hacia qué parte tiene
Su tienda el caballero Negro?

DON JUAN.

Agora
Estaba aquí. Mas ¿quién ó por qué causa
Por él pregunta?

MAYORDOMO.

¿Conocéisle acaso?

DON JUAN.

Como á mí le conozco.

MAYORDOMO.

Caballero,
El Rey me envía en busca suya, y traigo
Un recado amoroso de Clarinda,
En que le manda, y si es bien dicho, ruega,
Que vaya á los saraos aquesta noche,
Porque tiene deseo justamente
De ver su rostro: si sabéis qué parte
Del campo nos lo encubre, estad seguro
Que importa su remedio.

DON JUAN.

Inglés ilustre,

Yo soy el caballero, que he dejado
Mi tienda por buscar un criado mío,
Que en la refriega que esta tarde tuve,
De suerte se metió en los enemigos
Con la espada no más, que temo y pienso
Que me le han muerto.

MAYORDOMO.

Dios le libre y guarde,
Por ser cosa que vos estimáis tanto.
Pero suplícoos que vengáis conmigo;
Que yo haré que le busquen estas guardas.
¿Cómo se llama?

DON JUAN.

Llámase Roberto.

UN ALABARDERO.

¿Qué nación?

DON JUAN.

Español.

EL ALABARDERO.

Perded cuidado.

DON JUAN.

Pues vamos á palacio.

MAYORDOMO.

Yo os prometo
Que ha de valerme albricias el llevaros.

DON JUAN.

Muy bien decís. Tomad esta cadena.

MAYORDOMO.

No lo digo por vos; por el Rey digo.

DON JUAN.

Habéisla de tomar.

MAYORDOMO.

El cielo os guarde.

DON JUAN.

¡Ay, Clarinda, bellísima luz mía, (Aparte.)
Mil años ha que te amo en sólo un día!

Vanse.

Clarinda y Floriana.

FLORIANA.

¿Desta manera te sientes?

CLARINDA.

Desta manera me siento:
Con pinceles de accidentes
Retrato en mi entendimiento
Los ojos de un hombre ausentes.
El aire, la valentía,
Gracia, donaire y destreza,
Gentileza y gallardía
Que suelen en la belleza
Hacer divina armonía,
Todas se juntan en él.

FLORIANA.

Tienes, Clarinda, razón
En apasionarte dél;
Que su mucha perfección
Habla en las almas por él.
¡Plega al cielo que suceda
Lo mismo en tu padre el Rey!

CLARINDA.

Buscarle, tratando queda.

FLORIANA.

Conforme al concierto, es ley
Que te goce el que más pueda;
Y si su nobleza y trato
Conforma con su valor,
Él es de un Héctor retrato.

CLARINDA.

Fuera no tenerle amor
Ser á los cielos ingrato.
Su nobleza considera,
Porque efecto semejante
De no menos causa fuera.

FLORIANA.

Tú, para todos diamante,
¡Eres á sus armas cera!

CLARINDA.

¿Qué quieres? Deben de ser
Estrellas que nos conforman.

Éntranse.

El mayordomo, D. Juan y Roberto.

MAYORDOMO.

Desde aquí la podéis ver.

DON JUAN.

Los ojos al alma informan
Que me tengo de perder.

MAYORDOMO.

Yo voy á hablar á Su Alteza,
Porque os salga á ver.

Vase.

DON JUAN.

Y yo
Adoraré la belleza,
Entretanto, que formó
La hermosa naturaleza,
Formando un ángel del cielo
Por ejemplar y modelo.

ROBERTO.

¿Que ya tan perdido estás?

DON JUAN.

No puedo, Roberto, más:
Ya soy fuego, ya soy hielo.
Este es el primero amor
Que á nadie tuve en mi vida.

ROBERTO.

Disculpa tienes, señor.

Vuelven Clarinda y Floriana.

DON JUAN.

No hay quien hablarla me impida,
Sino es mi propio temor.

ROBERTO.

Señor, de mi parecer, (Aparte á su amo.)
Aprovecha la ocasión.

DON JUAN.

¿Qué engaño podré yo hacer?

ROBERTO.

Los principios de amor son
Engaños de hombre y mujer.
Di que le traes un recado
Del caballero español.

DON JUAN.

Voy.

ROBERTO.

Y yo voy á tu lado.

DON JUAN.

Desvía.

ROBERTO.

Si vas al sol,
Llévame para nublado.

DON JUAN.

Clarinda, cuya hermosura
De polo á polo se extiende,
Cuya fama, aunque procura
Decir lo que en vos entiende,
Queda en vuestra lumbre obscura:
Aquel negro caballero
(Mejor la ventura tenga,
Como en el cielo lo espero),
Mientras á besaros venga
Las manos.....

ROBERTO.

Prosigue. (Aparte á su amo.)

DON JUAN.

¡Muero! (Aparte.)
Á que os las bese me envía,
Y deciros que mañana
Veros y hablaros querría;
Que vuestra luz soberana
Fué rayo en el alma mía.....
Digo, en la de mi señor.

ROBERTO.

Turbado está. (Aparte.)

CLARINDA.

Á gran favor
Tengo el cuidado que tiene;
Mas ¿por qué á verme no viene,
Pues viene á matar de amor? (Aparte.)
Decilde que agravio ha sido,
Habiéndole el Rey llamado,
No haber á verle venido.

FLORIANA.

(Aparte á Clarinda.)

Si el dueño es como el criado,
Dichosa en extremo has sido;
Y suplícote, señora,
Pues te has de casar con él,
Tenga yo marido agora.

CLARINDA.

Si estos son los rayos dél,
Bello sol el alma adora.

FLORIANA.

Es sin duda que será
Más bello el sol que los rayos.
Suspenso viéndote está.

DON JUAN.

¡Qué dulcísimos desmayos (Ap. á Roberto.)
Clarinda á las almas da!

CLARINDA.

Yo prometo, Florïana,
Darte el criado mejor
De mi esposo.

FLORIANA.

Es cosa llana
Que será aquéste.

DON JUAN.

¡Ay, valor (Aparte.)
Del cielo con cifra humana!

CLARINDA.

Caballero.....

DON JUAN.

¡Infanta bella!

CLARINDA.

¿De dónde es el dueño vuestro?

DON JUAN.

La lengua lo dice en ella:
Que soy español os muestro,
Y que los dos somos della.

CLARINDA.

¡Bella patria! Mas deseo
Saber si es noble, aunque creo
Que su riqueza y grandeza
No estuviera sin nobleza,
Ni intentara lo que veo.

DON JUAN.

Aunque de reyes no es hijo,
Es descendiente de reyes.

CLARINDA.

Que dellos desciende, dijo.

DON JUAN.

Y de hombres que han dado leyes
Á los Estados que rijo.....
Que rige, decir quería.

ROBERTO.

¡Qué turbado estás! (Aparte á su amo.)

DON JUAN.

Los fines
De España, su patria y mía,
Su mar, deste mar confines,
Adonde amanece el día,
Son de su padre el estado,
Príncipe y señor de salva,
Y agora, por no heredado,
Sólo Conde de Villalba
Es en Galicia llamado.
Tiene madrastra, por quien
Dejó á España, é hizo bien.
Era Sandoval su madre;
Llaman don Pedro á su padre,
De Castro, y Lemos también,
Y él se apellida don Juan.

FLORIANA.
¡Qué nobles señas te dan!
Pero á mí bien me parece
El mensajero.
CLARINDA.
¿Merece
Tus ojos?
FLORIANA.
Tras él se van.
CLARINDA.
Yo ruego al cielo que sea
Don Juan de aquesta persona.
DON JUAN.
No quiero que el Rey me vea.
Dirásle aquesto, y perdona;
Que verme don Juan desea,
Porque le lleve de ti
Las nuevas que está esperando.
CLARINDA.
Y ¿qué le dirás de mí?
DON JUAN.
Que también matas hablando,
Y que sin alma te vi.
CLARINDA.
Dile que verle deseo,
Y dale esta banda verde,
Que lleve para trofeo.
DON JUAN.
Si con esta empresa os pierde,
Mal de sus hazañas creo;
Pero si ella es esperanza,
Y vuestra, que en fin es justa,
Vos veréis que el premio alcanza.
CLARINDA.
¿Qué color traerá en la justa?
DON JUAN.
Blanco del alma en la lanza.
CLARINDA.
Dalde á don Juan de mi parte
Mil encomiendas.
DON JUAN.
Sí haré.

Vanse D. Juan y Roberto.

CLARINDA.
¡Quién fuera donde éste parte!
FLORIANA.
Si es como éste airoso á pie,
Él es Adonis y Marte.
Mira que me le has de dar.
CLARINDA.
Daréte al mayor amigo
Que tenga.
FLORIANA.
No hay que aguardar
Á otra ocasión, pues contigo (1)
Me puedo agora casar.
¡Bella nación la española?

(1) *Cuando tú, al tiempo que tú.*

El rey Eduardo y el mayordomo.

EDUARDO.
¿Aquí quedó el español?
MAYORDOMO.
Sí, señor.
EDUARDO.
¿Cómo estás sola?
Mas dirás que se fué el sol
Que la virtud acrisola.
CLARINDA.
¿Qué sol dices?
EDUARDO.
El que espero
Dar por luz á Ingalaterra,
El español caballero
Que tanto valor encierra
En el fresno y blanco acero.
CLARINDA.
Un criado suyo hablé;
Que el español no le vi.
MAYORDOMO.
Él te engañó, porque él fué.
EDUARDO.
¡No te quedaras aquí!
MAYORDOMO.
Confieso, señor, que erré.
EDUARDO.
¿Qué te dijo?
CLARINDA.
Su nación
Y su nombre, que sabrás
De espacio.
EDUARDO.
¡Gran discreción!
Por no declararse más
Si no lleva el galardón.
Entra, que tengo que hablarte.
CLARINDA.
Florïana, aquel concierto
Por fuerza habré de quebrarte;
Que si éste es don Juan, te advierto
Que mires en otra parte;
Que pues el mayor amigo
Juré de casar contigo,
Aquel que vino con él
Te toca.
FLORIANA.
¡Engaño cruel! (Ap. á Clarinda.)
¡Mi mala suerte maldigo!
CLARINDA.
Á mí el engaño me salva.
Era el sol, dijo que el alba:
Busca otro nuevo galán,
Porque yo soy de don Juan,
Conde y señor de Villalba.

ACTO TERCERO.

El Rey de Irlanda, Mauricio y criados.

REY DE IRLANDA.

Tarde, Mauricio, has llegado
Con armas, gente y vestidos:
Fin á las fiestas se ha dado,
Con que quedamos vencidos,
Y nuestro honor derribado.
Perdimos las esperanzas
De la hermosa posesión.
Ya no hay que temer mudanzas.

MAURICIO.

Pues ¿cómo ese galardón
De tu pensamiento alcanzas?
¿Ese respeto ha tenido
Eduardo á tu valor?

REY DE IRLANDA.

Lo que digo ha sucedido.

MAURICIO.

Cuéntame el caso, señor.

REY DE IRLANDA.

Dame un rato atento oído.
Vino del fin de la tierra,
Donde el claro mar de España
La torre de Hércules mira,
De Roma un tiempo atalaya.....
Digo, de la tierra misma
Que con su cuerpo consagra
El Apóstol de Dios primo,
Y les dió la roja espada,
Don Juan de Castro, famoso
Conde y señor de Villalba,
Del Príncipe de Galicia
Hijo: así agora le llaman.
Este gallardo mancebo
Entró, Mauricio, en la plaza
Para la justa primera
Con nuevas armas y galas:
Negras y amarillas plumas,
Negra y pajiza casaca,
Negro el caballo, y la gente
Vestida de negras bandas.
Su empresa no fué entendida,
Que era un brazo que sacaba
Del fuego del purgatorio
Un alma con oro y plata.
Dijeron que el brazo algunos,
Á Clarinda retrataba,
El purgatorio al amor,
Y aqueste don Juan el alma.
Otros, con otros sentidos
Del pendón y empresa hablaban,
Hasta que hablaron sus hechos,
Con que hasta la envidia calla.
Las hazañas de aquel día,
Las de Héctor y Aquiles paran,
Porque derribó en el suelo
Cien hombres con veinte lanzas.
Las del segundo, Mauricio,
De las del primero pasan;
Sólo tuvo diferencia
En blancas armas y galas,
Blancas plumas, y cubiertas
De blanca plata bordadas;
El caballo, como un cisne,
Clines hasta el suelo blancas;
Blancos vestidos sus gentes,
Hasta las dagas y espadas;
Sobre una blanca bandera
De oro y colores, pintada
Aquella misma divisa,
Mano, letras, alma y llamas,
Porque las letras decían:
«Esta es la deuda y la paga»;
Y dirálo por Clarinda,
Que le remedia y abrasa.
Lo que pareció galán,
Hasta agora se alabara,
Á no dar más ocasión
Sus peregrinas hazañas.
Llegóse el tercero día,
Y amaneció con el alba
Don Juan, como el mismo sol,
Hasta que salió la Infanta;
Que entonces ni el sol ni él
Tuvieron más luz ni gracia,
Y si tuvieron alguna,
Fué de Clarinda prestada.
Trujo el de España este día
Cubiertas de verde y nácar,
Verdes y encarnadas plumas
Y libreas encarnadas;
Sobre un overo español,
Que cada vez que pisaba
Juraras que sobre fuego
Iba poniendo las plantas;
Sobre un carmesí pendón
Empresa y letras doradas,
Alma, llamas, mano y cifra
De su amor y su esperanza.
Si los dos primeros días
Nos echó de la estacada,
Este tercero, Mauricio,
Con la lanza y con la espada
Nos echó de la ciudad
Y del templo de la fama,
Que ya le pone el laurel;
Y el debido premio aguarda
En palacio, donde queda
Codiciado de la Infanta,
Admirado de los hombres,
Y adorado de las damas.

MAURICIO.

Ventura notable ha sido.

REY DE IRLANDA.

Valor, Mauricio, dirás;

Que le alabo aborrecido,
Pues su virtud puede más
Que la envidia que he tenido.
Aunque yo quedo de suerte,
Que he de procurar su muerte,
Y al reino de Ingalaterra
Á fuego y sangre hacer guerra
Con un ejército fuerte.
La razón no fué vencer
Estas justas.

MAURICIO.

Pues ¿qué ha sido?

REY DE IRLANDA.

Quisímosle acometer
Yo y más de algún ofendido
De que goce esta mujer,
Y á tres tan mal nos trató,
Que una banda que perdí,
Luego á palacio llevó,
Y dijo donde lo oí:
«Ésta en Irlanda se vió.»
Corríme, y sobre picado,
Mauricio, ocasión me ha dado
Á volver con gente aquí.

MAURICIO.

Sospecho, señor, que ahí
Anda el amor disfrazado.
Él te obliga á tal furor.

REY DE IRLANDA.

Entre el honor y el amor
Está la culpa de todo;
Mas yo pienso hacer de modo
Que amor vuelva por mi honor,
Y donde entienda Eduardo
Á quién agravia y ofende.

MAURICIO.

Mal para todos aguardo.
Veamos si se defiende
El bravo español gallardo.

Vanse.

Don Juan y Roberto.

ROBERTO.

Hasta la noche, ¿no puedes
Tener paciencia y prudencia?

DON JUAN.

Hasta la noche es ausencia
Del fin de tantas mercedes.
Haz cuenta que estoy ausente
Mientras no gozo mi bien,
Que bien puede estar también
Ausente un hombre presente;
Que como en todo hay mudanza
Y es la suerte tan ligera,
Ausente está quien espera,
Si lo que espera no alcanza.

ROBERTO.

Pues ¿qué te puede quitar
De aquí á la noche tu bien?

DON JUAN.

Mudarse amor en desdén,
Y el dado de encuentro, azar,
No tomar resolución,
Faltarme en esto la dicha,
Un consejo, una desdicha
Y una mala información.
Yo estoy de manera ciego,
Que juraré que he esperado
Mil siglos verme casado,
Aunque me casasen luego.

ROBERTO.

La mayor muestra de amor
Es atreverse á casar.

DON JUAN.

¿Por qué?

ROBERTO.

Porque es obligar
La libertad y el honor.
Contigo no hay que temer
Sino sólo lo primero.

DON JUAN.

¿Qué es aquesto?

ROBERTO.

Un caballero
Del Rey, que te viene á ver.

El mayordomo y criados, uno con una fuente, y en ella un collar de oro.

MAYORDOMO.

Don Juan de Castro famoso,
Por quien la fama apercibe
Su pluma inmortal, y escribe
Vuestro nombre victorioso,
El Rey, mi señor, me envía
Para daros el trofeo,
Joya y precio del torneo,
Tan vuestro el último día,
Que es este collar de oro
Y diamantes: corto precio,
Porque con vos es desprecio
El precio de más tesoro.
Y en lo que á Clarinda toca,
Dice que un año ha de estar
En la corte al que ha de dar
El sí de su hermosa boca,
En el cual sabrán de vos
Condiciones del concierto.

DON JUAN.

¿Cómo un año? ¡Yo soy muerto!
Pero bien decís, ¡por Dios!
Yo trazaba aqueste día
De doce horas por doce años
En los amorosos daños
Que por Clarinda sentía:
Pues si es un año una hora,
Dentro de una, caballero,
Le diréis al Rey que espero
Á la Infanta, mi señora.

MAYORDOMO.

Esto me mandó decir.

Responded si lo aceptáis,
Y que á su mesa podáis
De maestresala servir.
Con esa ayuda de costa
Podráse pasar la vida,
Siempre en el mal detenida,
Siempre en el bien por la posta.

DON JUAN.

Decid que el collar aceto,
Y que á mi esposa le envío;
Y con este anillo mío,
Diamante de amor perfeto,
Recíbale, y su belleza
Hará que el sol se le rinda,
Si le da su luz Clarinda
Como mi fe la firmeza.

MAYORDOMO.

Con eso les voy á hablar.

Vase, y los criados.

DON JUAN.

¿Hay más mal que padecer?

ROBERTO.

No sé cómo has de poder
De aquí á la noche esperar.

DON JUAN.

Di, Roberto, de aquí á un año,
Di un siglo, di un tiempo eterno
Con el fuego de un infierno
Y el hielo de un desengaño.

ROBERTO.

Señor, pues amor te anima
A estar un año en la corte,
Y á que tu deseo reporte
Joya de tan alta estima,
Hazme un bien, pues cabe en ti
Hacerme tan alto bien,
Pues por ser tuyo también
Cualquiera bien cabe en mí.
Pagarás mi buen deseo,
Si mis servicios no son
Dignos de tu galardón.

DON JUAN.

Ya te escucho, y tu amor creo.

ROBERTO.

Como á tu lado me ven,
Aunque en traje desigual,
Piensan, y no piensan mal,
Que soy muy hombre de bien.
Ninguno sabe que he sido
Más que un honrado criado;
Y el imaginarme honrado
Es verme de ti querido.
Y si lo son mis intentos,
No hablen deudos y amigos;
Que no quiero más testigos
Que mis altos pensamientos.
Conozco, pues, cuáles son,
Pues se me ha puesto en la frente
Servir á Floriana.

DON JUAN.

Tente,
Que es soberbia pretensión.
Mira, loco, que es mujer
De valor.

ROBERTO.

¿En eso estás?
Pues ¿eso es lo que me das
Hoy, cuando te he menester
En tu próspera fortuna?

DON JUAN.

¿Hate mirado?

ROBERTO.

Tantito.

DON JUAN.

Que la sirvas te permito.

ROBERTO.

Pues no digas cosa alguna,
Y dame esos pies mil veces;
Demás, que por merced tanta
Hoy te haré gozar la Infanta,
Cuya hermosura encareces.

DON JUAN.

¿Cómo?

ROBERTO

Finge que de amor
Te ha dado grave accidente;
Diré yo al Rey tiernamente
Que es la causa su rigor.
Él, viendo que á tu salud
Importa darte á Clarinda,
Porque la muerte no rinda
Las fuerzas de tu virtud,
No dudes que hoy ó mañana
La tengas en tu poder.

DON JUAN.

Demonio debes de ser.

ROBERTO.

Ten esta industria por llana.

DON JUAN.

¿Cómo fingiré mi mal?

ROBERTO.

Vete á tu aposento luego,
Y da voces «¡Fuego! ¡Fuego!»
Con ansia y dolor mortal;
Que temiendo que no llegue
Á frenesí tu pasión,
Romperá la condición
Con que á Clarinda te entregue.

DON JUAN.

Considerándolo bien,
Nada se pierde en probar,
Porque al Rey puede obligar
Y á mi Clarinda también.
Voy, Roberto, á mi aposento:
Tú, en tanto, mi mal dirás.

ROBERTO.

Ya por lo menos sabrás
De Clarinda el pensamiento.
Los Reyes vienen aquí.
Para cuanto no es la muerte,

La industria es remedio fuerte.

DON JUAN.

Hoy miro el ejemplo en mí.

Vase.

El rey Eduardo, Floriana y Clarinda.

EDUARDO.

Hizo como discreto caballero.

CLARINDA.

No hay cosa en que no muestre ingenio y arte.

EDUARDO.

Mal llevarás el año del concierto;
Que le tienes amor, ó yo me engaño.

CLARINDA.

Con ojos le miré que te han pedido
Licencia, pues le llamas mi marido.

EDUARDO.

Don Juan merece amor; yo se le tengo:
Será tu esposo y rey de aquestas islas;
Pero conviene que el concierto cumpla,
Y que te sirva en esta corte un año.

CLARINDA.

Roberto ¿no es aquél?

FLORIANA.

Y me parece
Que está, señora, triste y melancólico.

CLARINDA.

Roberto, ¿de qué estás tan pensativo?

ROBERTO.

¿Cómo ha de estar un hombre desdichado?

EDUARDO.

¿Desdichado eres tú? ¿Por qué, Roberto?

ROBERTO.

Como no tengo cosa en esta vida
De más estima que *don Juan de Castro*
(Que le he criado, en fin, y allá en España
En diversos oficios le he servido,
Ya contador, ya mayordomo he sido),
En viéndole afligir ó que se queja
De su poca salud, pierdo el jüicio,
Y más ahora que del suyo temo.

EDUARDO.

¡De su jüicio! ¿Cómo?

ROBERTO.

Oyendo apenas
Que un año le mandabas que esperase,
Á entristecerse comenzó de suerte,
Que á no tenerle en pie su virtud misma,
Pienso que se cayera de su estado.
Pero cuando volvió desta congoja,
Á decir comenzó desta manera:
«Clarinda bella, yo salí de España
Á sólo verte, y en la mar perdido
Anduve en una tabla; tomé puerto
Por milagro en Plemúa, vine á Londres,
Ganéte con mi sangre y con la ajena;
Pensé gozarte luego, y este luego
Se ha vuelto un año. ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!»

CLARINDA.

Roberto, ¿burlas?

EDUARDO.

¿Búrlaste, Roberto?

ROBERTO.

¡Pluguiera á Dios! En su aposento queda
Sobre la cama echado.

EDUARDO.

Á verle vamos.
Clarinda, ven.

CLARINDA.

¡Ay, triste desventura!

Vanse el Rey y Clarinda.

ROBERTO.

Florïana, detente.

FLORIANA.

¿Qué me quieres?

ROBERTO.

Decirte que mis penas consideres.

FLORIANA.

¿Qué penas tienes, Roberto?
¿Penas te afligen agora?

ROBERTO.

Pocas penas son, señora;
Pocas, pues que no me han muerto.

FLORIANA.

Y ¿corre por cuenta mía
Considerarlas?

ROBERTO.

Pues ¿no,
Si quien las penas me dió
Darme el remedio podría?

FLORIANA.

¿Que yo te parezco bien?
No había en ello caído.

ROBERTO.

Amador callado he sido,
Porque es ley de hombre de bien.

FLORIANA.

¿Gran silencio te parece
Tres días ha que que me viste?

ROBERTO.

Años dirás que resiste
Mi amor el mal que padece.

FLORIANA.

¡Años! ¿Cómo puede ser,
Si ayer viste á Ingalaterra?

ROBERTO.

Luego que nací, en mi tierra
Juré, señora, querer
La mujer de más valor:
Si vos sois y vengo á veros,
Desde que juré quereros
Juraré que os tengo amor.

FLORIANA.

¡Extraño argumento has hecho!
Mas ya que tengas amor,
¿Tienes, Roberto, valor
Para igualarte á mi pecho?
¿Eres caballero noble?

ROBERTO.

Mayordomo y secretario

De un Príncipe, ¿es necesario
Más probanza, ó ésta es doble?

FLORIANA.

¡Mayordomo!

ROBERTO.

¡Ya desmayo! (Aparte.)

FLORIANA.

Míralo, Roberto, bien,
Que me ha dicho no sé quién
Que eras de don Juan lacayo,
Y yo siempre te he tenido
Por hombre de buen humor.

ROBERTO.

Eso merece el traidor
Que tan buen amigo ha sido.

FLORIANA.

Oye, español.

ROBERTO.

No hay tratar
De más esperanzas vanas;
Muera amor, toquen campanas,
Hoy le tengo de enterrar.
¡Yo de tu boca escuché
Tal bajeza!

FLORIANA.

Oye, mis ojos.

ROBERTO.

¡Mis ojos!

FLORIANA.

Cesen enojos,
Que soy tuya y lo seré.

ROBERTO.

¿Que soy tuya y lo he de ser?
Sin ser nieve me derrito.

El Rey, Clarinda y D. Juan.

DON JUAN.

Juzgaba el tiempo infinito
La infinidad de mi ser.
No os espantéis que mi amor
A mí me tuviese ajeno;
Que amor es como veneno,
Que el que obra presto es mejor.
Creció la desconfianza
El término del remedio,
Porque habiendo un año en medio
Pudiera cobrar mudanza;
Y sólo haber prometido
Darme esta noche mi bien,
Pudiera cobrar tan bien
Lo que era tan bien perdido.

EDUARDO.

Quien á tantos vencer pudo,
¿No se supo á sí vencer?

CLARINDA.

No dudo vuestro querer,
Mas vuestra firmeza dudo;
Que Jacob supo esperar
Catorce años á Raquel.

DON JUAN.

Tomar el ejemplo en él
Me hizo desconfiar,
Porque si tras siete años
Le pudo engañar Labán,
Tras uno, ¿qué me darán
Sino mayores engaños?
Porque á tener esperanza
De teneros por mujer,
Mil vidas pudieran ser
Cortas para mi esperanza.

EDUARDO.

Esta noche os quiero dar
El premio de tanto amor.

DON JUAN.

La misma, decid, señor,
Me queréis resucitar.

EDUARDO.

Ya mañana, que tendréis
Bendiciones de casado,
Del principio del estado
La posesión tomaréis;
Y yo voy á prevenir
Lo que importa de la mía.

DON JUAN.

Llamaré la noche día
En que tengo de vivir.

CLARINDA.

Guárdeos Dios.

DON JUAN.

Para serviros.

FLORIANA.

Contenta vas. (Aparte á Clarinda.)

CLARINDA.

En extremo.

Vanse el Rey, Clarinda y Floriana.

ROBERTO.

Ya ¿no temes?

DON JUAN.

Ya no temo.

ROBERTO.

¿Qué se han hecho tus suspiros?

DON JUAN.

Fueron por mi bien, Roberto,
Y hánmele traído aquí.

ROBERTO.

¿No me agradeces á mí
El haber roto el concierto?

DON JUAN.

Lo que tuviere de vida
Agradecido estaré.
¿Qué hay de Floriana?

ROBERTO.

Fué
Mi esperanza mal nacida;
No llegó á luz.

DON JUAN.

¿Qué me cuentas?

ROBERTO.

Si digo verdad, señor,
Dice que me tiene amor.

DON JUAN.

Empresa famosa intentas:
No es posible que no eres
Bien nacido; que á los hombres
Levanta ó baja los nombres
La elección de las mujeres.

ROBERTO.

¿Quién como yo bien nacido?.....

DON JUAN.

De ti satisfecho estoy.

ROBERTO.

Mira tú cuánto lo soy,
Pues hasta agora he vivido.

Mauricio.

MAURICIO.

¿Quién es don Juan?

ROBERTO.

¿No lo ve?
¿Cuál puede ser de los dos?

DON JUAN.

El Conde soy.

MAURICIO.

Guárdeos Dios.

DON JUAN.

¿Qué será aquesto? (Aparte á Roberto.)

ROBERTO.

No sé.

MAURICIO.

El Rey de Irlanda me envía
Á daros este papel.

DON JUAN.

Veré lo que dice en él.

ROBERTO.

¿Mas que en él te desafía?

DON JUAN.

Lee.

«Conde: En palacio os alabastes de una banda, que riñendo con vos se me cayó en el suelo, que me la habíades quitado; y para daros á entender que mentís, os quedo esperando con mi capa y espada, desde que recibáis ésta hasta las doce de la noche.—*El Rey de Irlanda.*»

¿En qué parte queda el Rey?

MAURICIO.

Si queréis venir conmigo,
Yo os pondré con él.

DON JUAN.

Yo os digo
Que llega á tiempo el papel;
Que sólo ser español,
Y ser quien soy, me obligara
Á que esta noche dejara
De ver á mi lado el sol.
Mas yo pienso negociar
Tan presto, y de tan buen modo,
Que haya tiempo para todo,
Y vos me podéis guiar;
Que el Rey verá, pues en él
Cabe envidia tan honrada,
Lo que responde mi espada
Á su mentís de papel.
Mis padres, porque mil fieras
Batallas su sangre abonen,
Por orla á sus armas ponen
No bandas, sino banderas;
Y así, á mi blasón honrado
Pienso, en lugar de la banda,
Añadir un Rey de Irlanda,
Al fin del escudo atado.
¡Ah! La banda llevaré,
Que no me acordaba della,
Porque atándole con ella,
Entonces la estimaré.

MAURICIO.

Palabras, español noble,
¿Para qué pueden ser buenas?

DON JUAN.

Porque están de valor llenas,
Que cumplo en obras al doble.

ROBERTO.

¿Cómo palabras? ¿Tú sabes
Quién habla?

DON JUAN.

Calla, Roberto.

ROBERTO.

Cuenta ese tu Rey por muerto,
Cuenta abrasadas sus naves,
Cuenta su tierra acabada
Y su memoria también.

MAURICIO.

La lengua lo dice bien.

ROBERTO.

Y lo cumplirá la espada;
Y pues que va con tu Rey
Á hacer campo el dueño mío,
Al mismo te desafío,
Que es de caballeros ley.

MAURICIO.

Pues ¿eres tú igual conmigo?

ROBERTO.

No, porque siendo mejor,
¿Cómo puede mi valor
Tener igualdad contigo?

MAURICIO.

Ven al campo, español fuerte,
Batallemos dos á dos.

DON JUAN.

¡Ay, Clarinda, plega á Dios (Aparte.)
Que vuelva esta noche á verte!

Vanse.

Rugero y Páez.

RUGERO.

En famosa ocasión llegado habemos;
Notables cosas cuentan de mi hermano.

PÁEZ.

¿Qué hiciera menos del señor de Lemos
El hijo ilustre, el nuevo Cid hispano?

RUGERO.

A cuantos propios ó extranjeros vemos,
Irlandés, español, galo ó britano,
Desde que ayer desembarqué en su tierra,
Oigo decir que es rey de Ingalaterra.

PÁEZ.

Altas hazañas de las justas cuentan:
En fin, dicen que hoy casa con Clarinda.

RUGERO.

Los aparatos que hay lo representan.

PÁEZ.

La dama es bella.

RUGERO.

Por extremo es linda.
Hoy, Páez, su placer y gusto aumentan,
Para que más la envidia se le rinda,
Las nuevas que de España le traemos,
Y el vernos en la tierra que nos vemos.
Somos el Conde y yo, sin ser hermanos,
Tan parecidos, que se engañan todos
Cuantos nos miran: fuera desto, somos
Un alma, un gusto y un entendimiento.
Muriérame sin ver á don Juan, Páez:
Dejé á mis padres en igual tristeza,
Dejé mi patria, vine en busca suya.....
¡Gracias á Dios que con tan alto aumento
De estado, gusto y honra, vengo á hallarle,
Y que por gloria destas cosas todas,
Venga á ser en la noche de sus bodas!

PÁEZ.

Vamos, señor, donde galán te pongas,
Y al desposorio por padrino asistas;
Darás contento al Conde, al Rey y á todos:
Al Conde, por amarte en tanto extremo,
Y á los demás, por ver el gran milagro
Del cielo en haber hecho vuestros rostros
Tan parecidos, que es un rostro mismo.

RUGERO.

Camina, que esta gente que discurre
Todos van á palacio; y pues la noche
Baja con tal velocidad, cubriendo
Con negro manto el resplandor del día,
Presto serán los desposorios.

PÁEZ.

Vamos
Donde te vistas españolas galas.

RUGERO.

¡Qué ventura he tenido!

PÁEZ.

De aquí espero
Que casado saldrás también, Rugero.

Vanse.

El Rey de Irlanda, Feniso y criados, con escopetas

REY DE IRLANDA.

Aquí os habéis de poner,
Y destos olmos salir
En viendo resplandecer
Las armas, y prevenir
El querer acometer:
Y estad de manera atentos,
Que no se le dé lugar
Para que huya.

FENISO.

Los vientos
No pueden tanto volar,
Ni sus mismos pensamientos;
Si él tiene tanto valor
Que viene al campo contigo,
Está seguro, señor,
Que no vuelva sin castigo.

REY DE IRLANDA.

Temo que le impida amor;
Pero tiene tanto brío
En volver por su nación,
Que aceptará el desafío,
Pensando que en su blasón
Pintará mañana el mío.

FENISO.

Gente siento.

REY DE IRLANDA.

Pues ponéos
Donde no os eche de ver.

Ocúltanse Feniso y los criados.

Don Juan, Mauricio y Roberto.

MAURICIO.

Aquí ganarás trofeos,
Español, para ofrecer
Á la luz de tus deseos;
Aquí vencerás agora
Al Rey de Irlanda.

DON JUAN.

Sospecho
Que el valor de España ignora.

MAURICIO.

Ya es el hablar sin provecho;
De infamia es la lengua autora.

REY DE IRLANDA.

¿Es el español?

DON JUAN.

Yo soy,
Por ese nombre, tan bueno
Como tú; pero aunque estoy
De su fama y honra lleno,
También al nombre la doy
Con ser quien soy y quien sabes.

REY DE IRLANDA.

Porque otra vez no te alabes
De victorias que no tienes,
Don Juan, á la muerte vienes.

DON JUAN.

¿Adónde tienes tus naves?

REY DE IRLANDA.

¿Para qué lo has preguntado?

DON JUAN.
Para que traigas contigo
Todo tu ejército armado.
REY DE IRLANDA.
Para tan flaco enemigo
Yo basto, el un brazo atado;
Váyanse aquéstos de aquí,
Que habemos de reñir solos.
ROBERTO.
Vamos al monte.
MAURICIO.
Eso sí,
Pues son de las armas polos.
ROBERTO.
¿Y tú y yo? (Aparte á Mauricio.)
MAURICIO.
Vente tras mí.

Vanse Roberto y Mauricio.

REY DE IRLANDA.
Ya estamos solos, don Juan.
No gozarás de Clarinda,
Aunque á Clarinda te dan.
DON JUAN.
Cuando esta espada te rinda,
Mis brazos por ella irán;
Que he de llevar tu cabeza
¡Por vida de su belleza!
Á la mesa en que hoy la vi,
Diciendo que es jabalí
Que maté en esta maleza.

Sacan las espadas.

Feniso y criados.

FENISO.
¡Date á prisión, arrogante!

Los criados ponen á D. Juan las escopetas al pecho.

DON JUAN.
¿Cómo que me dé á prisión?
Pues ¿hay traición semejante?
REY DE IRLANDA.
Don Juan, no es ésta traición,
Sino ardid de un loco amante:
No gozarás de la Infanta.
DON JUAN.
¿Hase visto maldad tanta?
FENISO.
Dá la espada, ó entrará
Una bala adonde está
El alma que al mundo espanta.
DON JUAN.
La espada no la rendí
En mi vida.
FENISO.
Deja el brío.
DON JUAN.
Mas por no morir ansí
Ni rendilla, en ese río
La arrojaré desde aquí;
Que pues el río acompaña
Con otros muchos al mar,
Y el mar desta tierra extraña
Va á España, él podrá llevar
Desde aquí mi espada á España.
Sin espada estoy, llegad;

La arroja.

La traición ejecutad.
REY DE IRLANDA.
¡Atalde las manos luego!
DON JUAN.
¡Las manos! Primero el fuego
Á los arcabuces dad.
Basta que vaya seguro
Entre sus bocas, ó dadme
La muerte; ya la procuro;
Sin Clarinda voy, matadme.
REY DE IRLANDA.
Mucho en matarte aventuro:
No quiero incitar á España.
Sin atarle, vaya al mar,
Pues tal guarda le acompaña.
DON JUAN.
¿Dónde me queréis llevar
Después desta infame hazaña?
REY DE IRLANDA.
Á Irlanda.
DON JUAN.
¿Por qué razón?
REY DE IRLANDA.
Porque en secreta prisión
Te pienso, don Juan, tener,
Y volver á pretender
Del reino la posesión
Y la belleza divina
De Clarinda, por quien muero:
¡Vaya á las naves!
FENISO.
Camina.
DON JUAN.
¿Tú eres Rey? ¿Tú caballero?
REY DE IRLANDA.
Amor, don Juan, desatina;
Mas ven agora conmigo;
Quizá no haré lo que digo
Si otra cosa me parece.
DON JUAN.
¡Esto y mucho más merece
Quien fía de su enemigo!

Vanse.

Rugero y Páez.

RUGERO.
¿De qué es el alboroto de palacio,
Salir y entrar las guardas y señores?

¿Qué habrá de nuevo en tan pequeño espacio?

PÁEZ.

Por los patios, Rugero, y corredores
Sólo se escucha que don Juan es ido,
Y que los españoles son traidores;
Pues todo el desposorio prevenido,
El Arzobispo aquí, Grandes, Infanta,
Y dadas ya las once, no ha venido.

RUGERO.

¡Que sucediese aquí desdicha tanta!
Pues ¿dónde está?

PÁEZ.

No sé.

RUGERO.

¿Qué gente es ésta?

Tibaldo.

TIBALDO.

Rugero.....

RUGERO.

¿Quién me nombra? ¿Quién me es-
TIBALDO. [panta?
Soy un amigo de don Juan.

RUGERO.

Protesta
Al cielo y á sus ángeles ser cosa
Que su virtud me habla, y doy respuesta.

TIBALDO.

Sí protesto.

RUGERO.

Pues di.

TIBALDO.

Perder su esposa
Puede don Juan en esta desventura,
Si no le ayuda tu amistad famosa.

RUGERO.

¿Adónde es ido en esta coyuntura?

TIBALDO.

Un hombre por traición le lleva preso,
Que adora de Clarinda la hermosura;
Mas para remediar este suceso,
Esta noche con ella te desposa.

RUGERO.

Que me turbas el alma te confieso.
¿Qué haré después, ó qué diré á mi esposa?

TIBALDO.

Podrás fingir un voto ó romería:
Cualquiera dilación será forzosa.
Entra, di que eres él, y en Dios confía.

Vase.

RUGERO.

¿Qué te parece desto?

PÁEZ.

¿Estás sin seso?

RUGERO.

No ha sido en vano la venida mía;
Dios me ha traído porque, estando preso
Don Juan mi hermano, remediarse pueda
La contingencia de tan buen suceso.

PÁEZ.

Luego ¿casarte quieres?

RUGERO.

Si ansí queda
Seguro el reino y la mujer, que el cielo,
Páez, por largos años le conceda.
¿No quieres que lo intente con buen celo?

PÁEZ.

Tú te obligas á cosa bien extraña.

RUGERO.

¿El cielo no me avisa? Pues harélo.
Hoy vuelvo por don Juan y por España.

Vanse.

El rey Eduardo, Clarinda, Floriana y acompañamiento.

CLARINDA.

No aciertas en juzgar tan mal del Conde.

EDUARDO.

¿Qué tengo de juzgar de un hombre bárbaro,
Que á un Rey, Clarinda, trata desta suerte?

CLARINDA.

Que puede haber algún impedimento,
Algún suceso, alguna cosa extraña,
Que á estas horas detenga su persona.

EDUARDO.

No puedo presumir cosa que pueda
Haber, Clarinda, al Conde detenido.

CLARINDA.

La envidia, gran señor, de sus hazañas,
Del precio que le das en hija y reino,
¿No le puede haber hecho algún agravio?
¡Que mis sospechas mientan, quiera el cielo!

EDUARDO.

Bien puede ser; pero partidos todos
Los que por este premio competían,
No sé dónde la envidia quedar pueda.

CLARINDA.

Dondequiera, señor, cabe la envidia.

El Mayordomo.

MAYORDOMO.

Bien te puedo, señor, pedir albricias.

EDUARDO.

¿Vino el Conde?

MAYORDOMO.

Ya vino.

CLARINDA.

¿Dónde queda?

MAYORDOMO.

Él y otro caballero, en este punto
Se apean á la puerta de palacio.

EDUARDO.

La nueva es tal, que por mi cuenta queda
El agradecimiento, Clarinardo.

Salen Rugero y Páez, muy galanes.

PÁEZ.

Á pedirte perdón el Conde viene.

RUGERO.

Perdona, gran señor, el justo enojo
Que tan injusta dilación te ha dado.

EDUARDO.

Álzate, hijo, que tu vista sola
Templar pudiera el justo enojo mío,
Á quien con más razón disculpa debes,
Para que premio por castigo lleves.

RUGERO.

Perdonad, Clarinda bella,
El enojo recibido.

CLARINDA.

Quien la disculpa ha traído,
Sólo servirá por ella:
Manos y brazos os doy.

RUGERO.

Yo las manos y los brazos
Para que sirvan de lazos
Donde tan bien preso estoy.
Hoy con ellos me ataréis,
Porque pueda, estando atado,
Tener el lugar guardado
Para el alma que sabéis.

CLARINDA.

¿Dónde estuvistes?

RUGERO.

Salí
En busca de mis criados,
Que no están bien alojados
Por no estar secreto aquí;
Porque traeros quería
Ciertas joyas de valor
Que el Príncipe, mi señor,
Para esta ocasión tenía;
Y sólo he podido hallar
El caballero que viene
Conmigo.

CLARINDA.

Disculpa tiene, (Al Rey.)
Y perdón le podéis dar.

EDUARDO.

Ya le tengo perdonado,
Que es efecto de mi amor.

RUGERO.

Bien lo merezco, señor,
De mi esposa disculpado.

EDUARDO.

Sentaros podéis en tanto
Que la nueva se publica,
Y vuestras manos aplica
Lazo y matrimonio santo.

Siéntanse.

Las fiestas pueden volver;
Los Grandes haced llamar,
Que luce tras del pesar
Con mayor fuerza el placer.

FLORIANA.

Hablar, español, quisiera (Aparte á Páez.)
Un rato á solas con vos.

PÁEZ.

¡Pluguiera, señora, á Dios
Que tal suerte me cupiera!

FLORIANA.

¿Quién es Roberto, un criado
Del conde don Juan allá?

PÁEZ.

Si es su criado, será
Por fuerza un hidalgo honrado.
Quiero conceder con ella. (Aparte.)

FLORIANA.

Finalmente, ¿es bien nacido?

PÁEZ.

Tal fama siempre ha tenido.
¿Hay alguien que diga della?

FLORIANA.

¿Qué oficio en España hacía?
¿Secretario ó contador?

PÁEZ.

Teniéndole el Conde amor,
De uno y otro le servía.
Mal me haga el cielo si sé (Aparte.)
Por quién ésta me pregunta;
Mas ya la gente se junta
Y del peligro saldré.

Roberto.

ROBERTO.

Famoso rey Eduardo
Que á Ingalaterra gobiernas,
Extendiéndose tu imperio
Á Francia, Escocia y Bohemia,
Haz que se apresten tus naves,
Salgan de presto, den velas
Tras el fiero Rey de Irlanda,
Que preso al Conde te lleva.
Por engaño le ha sacado
Deste río á las riberas,
Diciendo que á un desafío
Sobre cierta banda ó prenda;
Y mientras yo con Mauricio
Á la falda de una sierra
Saqué la espada, y le dí
La paga de su soberbia,
Con gente armada que estaba
Entre aquellas alamedas,
Prendió á don Juan. ¡Ay de mí,
Que les hace viento y vuelan!
Porque conozco en el aire
Y en mi dicha que navegan
Con bonanza, si ya están
Adonde las naves dejan.

RUGERO.

¡Hombre, ¿qué es esto que dices?

ROBERTO.

Roberto soy, ¿no te acuerdas
De mi nombre?

RUGERO.

¿Cómo has dicho,
Roberto, cosas como éstas?

ROBERTO.

Señor, ¿por dónde viniste?
Que al valle, al bosque, á la vega,
Al camino, al monte, al río,
He dado trescientas vueltas
Llamando tu nombre y dando
Mil voces que el viento lleva.
Cuando salieron los hombres
De los olmos, con sospechas
Cogí la margen más alta,
Y escondido en una cueva
Que dos peñas confirmaban,
Tres horas entre sus peñas
Estuve, mientras se fueron
Llenos de infamia y vergüenza.

RUGERO.

Dame mil veces tus brazos.

EDUARDO.

Pues, Conde, ¿por qué me niegas
La traición del irlandés?

RUGERO.

Señor, por no darte pena.

CLARINDA.

¿Que tal peligro ha tenido
Mi vida?

RUGERO.

Clarinda bella,
Los cielos quieren que viva
Para que servirte pueda.

EDUARDO.

No habrá mañana, Clarinda,
Mostrado el sol la cabeza
Sobre los hielos del Norte
Que de su balcón son rejas,
Cuando contra el fiero Arnaldo
Pregone sangrienta guerra,
Y en persona vaya á darle
Paga de traición tan fiera.

RUGERO.

Eso me toca, señor;
Y pues ya seguras quedan
Mis esperanzas casado,
Mañana me da licencia
Para que parta á Plemúa.

EDUARDO.

Después que la Infanta sepa
Que me has dado sucesión,
Será bien que lo conceda.
Goza tu prenda unos días
Mientras la gente se apresta;
Que fiado en tu valor
Te daré, don Juan, la empresa.

RUGERO.

Beso, gran señor, tus manos.
Páez de Ribadeneira.....

PÁEZ.

Señor.....

RUGERO.

Escuchadme aparte.
Grande confusión me cerca.
¿Cómo estaré con la Infanta?

PÁEZ.

Pues ¿cómo no se te acuerda
De lo que aquel hombre dijo,
De que has hecho una promesa,
Cuando esta noche te acuestes,
De no hablar la Infanta bella
Hasta que á Roma visites?

RUGERO.

Ya de la industria me pesa;
Que para estar en la cama
Con una mujer como ésta,
De sólo un perfecto amigo
Fiarse el cielo pudiera.

PÁEZ.

¿Qué harás de aqueste Roberto?

RUGERO.

Esta es confusión muy nueva,
Porque no le vi en Galicia.

PÁEZ.

Esta dama que requiebra
Me ha dicho que es secretario.

RUGERO.

Pues alto: ese nombre tenga;
Que en lo que toca á llevar
La armada que el Rey intenta,
Nadie podrá como yo.

PÁEZ.

Habla á Roberto más cerca.

RUGERO.

Secretario.....

ROBERTO.

Ya me honra (Aparte.)
Porque Florïana crea
Que soy hombre de valor;
Quien sirve á buenos, bien medra.
Aquí, gran señor, estoy.

RUGERO.

Mis vestidos y libreas
Para mis bodas trazad.

ROBERTO.

(Aparte á Rugero.)

No hay cosa, señor, que tengas
Si el muerto no las envía.

RUGERO.

¿Qué muerto?

ROBERTO.

Aquel alma en pena.....

RUGERO.

¿Cuál alma?

ROBERTO.

La de Tibaldo.

RUGERO.

Sí ¡por Dios! ya se me acuerda.

ROBERTO.

¡Vive Dios que he sospechado, (Aparte.)
Mirando este hombre más cerca,
Que no es el conde don Juan,
Y que preso al Conde llevan,
Sino que aquel alma ha hecho

Esta imagen ó quimera,
Porque no pierda á su esposa
Y el reino de Ingalaterra!

RUGERO.

Secretario.....

ROBERTO.

¿Qué me quieres?

RUGERO.

Llégate á mí. ¿De qué tiemblas?

ROBERTO.

Yo te lo diré después.
Él es sin duda. (Aparte.)

RUGERO.

No temas.

ROBERTO.

Señor, ¿dónde está mi amo?

RUGERO.

Calla agora á cuanto veas,
Que soy.....

ROBERTO.

Tente y no lo digas.

FLORIANA.

Señor, aguardando quedan
El Arzobispo y los Grandes.

EDUARDO.

Vamos.

ROBERTO.

La primer comedia
Del conde don Juan de Castro
En este suceso queda:
Aguardad á la segunda,
Que en vuestro nombre comienza.

DON JUAN DE CASTRO

(SEGUNDA PARTE)

DON JUAN DE CASTRO

(SEGUNDA PARTE) [1]

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

á D. Alonso Pus Marín,

RELATOR DEL CONSEJO SUPREMO DE CASTILLA

Envidié siempre los raros y sutiles conceptos de que Vuesamerced adorna algunos versos que por su entretenimiento escribe, aunque también pudiera las demás excelencias de su ingenio, envidiadas de tantos; que si á esto me determinara (aunque habría envidia para todos), no me cupiera un átomo. Hablando de Zenón y los peripatéticos Cicerón en sus Tusculanas, Rem enim, *dijo*, spectari oportere, non verba, *pues fuera de la novedad no les hallaba otra cosa, como afirma él mismo; y ahora pudiera añadir la escuridad, que es como no haber escrito:* Paria sunt non esse scriptum, vel ita scriptum ut intelligi non possit. *En Vuesamerced veo yo la singular claridad, donde el concepto corre libremente á deleitar el entendimiento, sin hacer fuerza la aspereza de la locución á la breve inteligencia: tal conviene á los versos líricos en nuestra lengua, de los cuales he visto muchos de Vuesamerced, horacianos y marcialistas, que cualquiera de los dos pudiera con ellos esmaltar sus epigramas. He loado en Vuesamerced esta parte, como la que tiene en menos, por faltarme atrevimiento para las mayores, y porque es para mí la que más descubre la agudeza y prontitud de su raro espíritu: causa esencial de poner en su protección materia de las musas, porque* à quo removetur genus, removetur et quælibet ejus species. *En señal de mi amor (prenda que Vuesamerced tiene tan conocida), de mi ánimo y obligación, quiero que la* Segunda parte *de las dos comedias de* Don Juan de Castro *se honre del nombre de Vuesamerced como lo está de tan ilustre y excelente apellido, y que pues ya pasó la carrera de los teatros, descanse en quien lo es de cortesía y urbanidad, á quien llamó virtud el Estoico; que si tal vez Vuesamerced no admite algún linaje de gente, conversación ó verso, en la academia de su condición y escuela de su entendimiento, no es ira que excede la templanza de la razón, sino sales latinos dignos de su claro ingenio, porque, como dijo el Filósofo*, irasci in quibus non oportet, et non **irasci in quibus oportet, insipientis est.**

Capellán de Vuesamerced,
LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

(1) Esta comedia, publicada por Lope en la *Parte* 19.ª de las suyas (1623), es sustancialmente la misma que, con el título de *Aventuras de D. Juan de Alarcos*, se imprimió en la *Parte* 25.ª póstuma (Zaragoza, 1647). Apuntamos las variantes de este texto, aunque, en nuestro concepto, no deben achacarse á Lope, sino á algún refundidor desconocido. Algunas son meras erratas de imprenta. Prescindimos de las más evidentes y monstruosas.

DON JUAN DE CASTRO

(SEGUNDA PARTE)

PERSONAS

EDUARDO, *Rey de Inglaterra.*
CLARINDA (*a*).
FLORIANA.
RUGERO.
ROBERTO.
PÁEZ.
EL REY DE IRLANDA.
FRANCELISA.
FENISO.
DON JUAN.
ALEJANDRO.
UN MAYORDOMO.
BELARDO, *labrador* (*b*).
EL PRÍNCIPE DE GALICIA.
DON FÉLIX.
DOS NIÑOS.
ARNESTO.
TIBALDO.
CUATRO HOMBRES ARMADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.
SOLDADOS (*c*).

ACTO PRIMERO.

En un balcón, el rey Eduardo, Clarinda y Floriana; en el tablado, Rugero, Roberto, Páez y soldados.

Tocan cajas (1).

RUGERO.

Parad, hablaré á mi esposa.

PÁEZ.

Ya te mira en su balcón
Como el sol al alba hermosa.

ROBERTO.

Que una sombra, una ilusión, (Aparte.)
Venga á ser tan poderosa,
Y que pueda conducir (2)
Un ejército á morir,
No es de lo que más me espanta;
Que durmiese con la Infanta
No lo he podido sufrir.

RUGERO.

Clarinda (1) bella, hoy ha llegado el día
Que de la hermosa luz de vuestros ojos
Me dividen de Marte los enojos,
Con quien el tierno amor se desafía.
Amor muestra en el campo cobardía,
Los celos le apadrinan con antojos,
Marte lleva de entrambos los despojos,
Y va el honor por la venganza mía (2).
Apartarme de vos parece injusto,
Y ansí, me da el amor la penitencia
De aqueste atrevimiento, en el disgusto.
Mirad cuál voy, y si tendré paciencia,
Pues llevo en vez de paz, descanso y gusto,
Guerra, venganza, amor, celos y ausencia.

(1) Salen soldados, caja y bandera, Ruger de Moncada, detrás Roberto y Páez, el Rey Eduardo, y Lucinda y Floriana en un balcón.
(2) *Mas* que pueda conducir.

(1) *Lucinda*, aquí y en todo lo restante de la comedia.
(2) *Que* va el honor.

(*a*) *Lucinda.*
(*b*) Belardo, *pastor.*
(*c*) La edición de Zaragoza añade dos personajes: *Leonorino* y *un criado.*

CLARINDA.

Guerra, venganza, amor, celos y ausencia
Me deja, esposo, á mí vuestra partida,
Por cambio de la paz y alegre vida
Que á mis ojos causó vuestra presencia.
En vano intenta el alma resistencia,
La hermosa luz de vuestro sol perdida,
Pues ha llegado noche que la impida,
Y acaba la esperanza y la paciencia.
Como la luna soy: mi luz prestada
Era, con vos (1); con la presente vuestra,
Clarinda de mil rayos coronada (2).
La noche contra mí su poder muestra;
Mas para no quedar toda eclipsada,
Tomaré la del sol á falta vuestra.

EDUARDO.

No me espanto del dolor
Que causa toda partida,
Hijos, donde vive amor;
Pero es razón que la impida
La grandeza del valor.
Don Juan parte á la venganza
De una afrenta injusta y fiera,
De que á todos parte alcanza;
Quien su valor (3) considera,
No agravie su confianza.
Vaya en buena hora á la guerra
Del Rey de Irlanda, pues anda
Tan libre por nuestra tierra,
Para que pague en Irlanda
Lo que hizo en Ingalaterra.
Sepan qué dueño le he dado,
Y que ha de ser respetado
Este gallardo español
Desde la cuna del sol
Hasta su sepulcro helado.

RUGERO.

Yo prometo á Vuestra Alteza,
Á fe de español inglés
(Que aquesto es naturaleza,
Y estotro amor), que estos pies
No vuelvan sin su cabeza:
Yo le haré entender quién soy.

EDUARDO.

Vamos, Clarinda, que voy
Satisfecho, que es tan cierto
Lo que dice, que en el puerto
Casi esperándole estoy.

CLARINDA.

Adiós, dulce esposo.

RUGERO.

Adiós,
Mi querida y dulce esposa.

Vanse todos, menos Roberto, Floriana y los soldados.

(1) *De* vos.

(2) ... que con la junta vuestra,
Lucía, de mil rayos coronada.

(3) *Tu* valor.

ROBERTO.

¿No nos hablamos yo y vos?

FLORIANA.

No nos han dejado cosa
Que sentir ni hablar los dos.

ROBERTO.

¿No os parece que es muy justo
Que sientan este disgusto
Dos desposados de un mes?

FLORIANA.

No por cierto, y pienso que es
Todo sentimiento injusto.

ROBERTO.

¿Por qué?

FLORIANA.

Porque el desposado
Pienso que tiene un defeto.

ROBERTO.

¿Defecto?

FLORIANA.

¿Pues no, si ha dado
En estar, siendo discreto,
Más necio que porfiado?

ROBERTO.

No lo entiendo.

FLORIANA.

Pues sabed
Que ha estado siempre en la cama
Con la cara en la pared:
Y no sé yo que quien ama (1)
Hace tan poca merced.
¿De qué se queja de ausente,
Pues que lo estuvo presente?
Que en la cama, de amor nido,
Águilas de Roma han sido,
De espaldas eternamente.

ROBERTO.

Pues ¿no ha gozado á Clarinda?

FLORIANA.

¿Qué es gozado? Ni aun tocado
Una mano.

ROBERTO.

¡Hembra tan linda!

FLORIANA.

Sin tapias está el cercado
Que á los casados alinda,
Porque el matrimonio santo,
Campo franco les concede;
Pero de don Juan me espanto:
Ó lo que quiere no puede,
Ó puede y no quiere tanto.

ROBERTO.

¡Válgame Dios! ¿Qué habrá sido?

FLORIANA.

¿Si es defecto natural,
Aunque él un voto ha fingido?

ROBERTO.

No queráis mayor señal
De ser boto, pues no ha herido.

(1) *Si* quien ama.

FLORIANA.

Á Roma dice que ha de ir
Primero.

ROBERTO.

Bien puede ser.
Don Juan se quiere partir.

FLORIANA.

El cielo os deje volver.

ROBERTO.

No respondo por sentir.

FLORIANA.

Adiós, Roberto.

ROBERTO.

Él os guarde.

Éntrase Floriana.

Ya quedo de todo punto
Desengañado y cobarde.
El alma de aquel difunto
Es General de este alarde.
¡Vive Dios, que está don Juan
Preso, y que Tibaldo viene
En su lugar capitán!
Su cara y su talle tiene.
¡Buenos los soldados van!
Que si en la mar se le antoja,
De las naves nos arroja,
Y todos juntos nos hunde.

Rugero y Páez.

RUGERO.

De esta manera se funde,
Y poned nuestra cruz roja.

PÁEZ.

Así queda bien trazado.
Yo he de poner las veneras
En nuestro pendón cruzado.

ROBERTO.

Parece que hablan de veras (Aparte.)
Él y el que viene á su lado,
Y son fantasmas, ¡por Dios!
Almas son los dos en pena.
Mas, don Juan, vaya por vos;
Que aunque me cuelgue una entena,
He de seguir á los dos.
Del desengaño estoy cierto,
Porque si aquéste hombre fuera,
Y no espíritu de un muerto,
¿Cómo partirse pudiera,
Sin gozar su esposa, al puerto?
¿Cuál hombre tuvo en la cama
Su esposa, y tan bella dama,
Que usó tal descortesía?
Él es alma, y alma fría
No siente de amor la llama.

RUGERO.

Secretario.....

ROBERTO.

Él me ha entendido. (Aparte.)
Ya sabe que he murmurado.

RUGERO.

Cuidado grande he tenido
De veros con tal cuidado.

ROBERTO.

Verdad mi sospecha ha sido. (Aparte.)
¿Cómo me tratas ansí,
Pues aquí, para los dos,
Sabes quién soy, y quién fuí?
Pero duélete, ¡por Dios!
De mi señor y de mí.
Mira que sin duda está
Preso en Irlanda.

RUGERO.

¿Qué haré, (Aparte.)
Que conociéndome va?
Pero yo me embarcaré,
Y en alta mar lo sabrá.

ROBERTO.

Ya sé como no has tocado
Á la Infanta.

RUGERO.

Páez.....

PÁEZ.

Señor....

RUGERO.

(Aparte á Páez.)

Sospecha este hombre me ha dado
Más de que es encantador,
Que no de don Juan criado.

PÁEZ.

Yo le he mirado también,
Y no me parece bien.

RUGERO.

Él sabe cuanto en secreto
Pasé en palacio, en efeto,
De la Princesa en desdén (1).
¿Si es demonio?

PÁEZ.

Esto sospecho.

RUGERO.

Que como por una sombra
Este engaño habemos hecho,
Algún demonio me asombra,
Y teme la cruz del pecho.

PÁEZ.

Pienso que tienes razón.
Mírale agora temblando.

ROBERTO.

No hay que dudar: almas son; (Aparte.)
Sólo en estarme mirando,
Conozco su pretensión.
Pero sean lo que fueren,
La tierra ó la mar alteren,
Yo los tengo de seguir.

PÁEZ.

Pues no le dejemos ir.

(1) *Pasa* en Palacio, en efeto,
De la Princesa *el* desdén.

ROBERTO.

Algo preguntarme quieren. (Aparte.)

RUGERO.

(Aparte á Páez.)

Yo te diré lo que haremos:
Cuando embarcarnos queramos,
En tierra le dejaremos.

PÁEZ.

Marche el ejército, y vamos.

RUGERO.

Ea, soldados, marchemos.

ROBERTO.

¡Que yo vaya entre estos dos! (Aparte.)

PÁEZ.

(Aparte á Rugero.)

Todo el color se le muda (1).

ROBERTO.

¡Qué paso, don Juan, por vos! (2). (Aparte.)

RUGERO.

Él es demonio, sin duda. (Aparte.)

ROBERTO.

Ellas son almas, ¡por Dios! (Aparte.)

Vanse.

El Rey de Irlanda, Francelisa y Feniso.

FRANCELISA.

Apenas vienes, señor,
Y ¿ya tratas de partida?

REY DE IRLANDA.

Vame acabando la vida,
Francelisa, un ciego amor.
Volver quiero á Ingalaterra
Á mi nueva pretensión.

FRANCELISA.

¿Quién es el que esta prisión
Con tanto cuidado encierra?

REY DE IRLANDA.

Un hombre que cautivé
En la mar, cuando venía.

FRANCELISA.

Toda la noche y el día
Suspira.

REY DE IRLANDA.

Él sabe por qué.

FRANCELISA.

Si no me ha engañado, hermano,
La fama, ya se casó
Clarinda, y sospecho yo
Que la pretendes en vano.

REY DE IRLANDA.

Nuevas que pasan el mar
Siempre son, hermana, inciertas;
Que son sus puertos mil puertas
Por donde suelen entrar.

(1) Se *me* muda.
(2) Que *pasó* don Juan por vos.

Juntas de varias naciones
Engendran (1) monstruos iguales.

FRANCELISA.

De sus fiestas principales
Hay aquí mil relaciones.

REY DE IRLANDA.

¿Con quién dicen?

FRANCELISA.

Con don Juan
De Castro, bello español,
Que compite con el sol
En generoso y galán.

REY DE IRLANDA.

¿Ves como es todo mentira?

FRANCELISA.

¿Por qué?

REY DE IRLANDA.

El por qué, yo lo sé.

FRANCELISA.

¿No puedo saber por qué?

REY DE IRLANDA.

De que lo escriban me admira;
Que yo sé bien que don Juan
No está en Londres ni en su tierra,
Ni aun en toda Ingalaterra.

FRANCELISA.

Luego ¿engañado nos han?

REY DE IRLANDA.

Tenlo por cierto, y que yo
Puedo seguro volver
Á pedirla por mujer.

FRANCELISA.

Pues ¿quién las justas venció?

REY DE IRLANDA.

Jüeces apasionados
Y con jirón de españoles (2),
Puestos sobre estanteroles
De teatros entoldados (3),
Dieron el premio á don Juan
Por una ó dos buenas lanzas;
Mas sus vanas esperanzas
Lejos de gozarle están;
Que no puede la razón
Sufrir que viva el engaño.

FRANCELISA.

Admírame el desengaño
De su fama y opinión,
Porque en Irlanda no hay cosa
Más vulgar que su belleza,
Armas, valor, gentileza
Y sangre maravillosa,
Su gala á caballo, á pie,
Peleando, hablando.....; en fin,
Que es un Roldán paladín
El *don Juan de Castro*, sé (4).
Bien dicen que son gigantes

(1) *Engendra*.
(2) Y con *grita* de españoles.
(3) De teatros *en soladas*.
(4) El *otro un Alarcos fué*.

Las famas de lejos vanas,
Y las verdades enanas,
En personas semejantes.

REY DE IRLANDA.

Esto, hermana, es la verdad,
Y que es don Juan generoso;
Pero de fuerte y brioso
Puedes quitar la mitad.
Voy á dar traza en saber
Cuándo me podré partir.

FRANCELISA.

¿Ya me dejas?

REY DE IRLANDA.

No hay vivir
En ausencia, ó no hay querer.

Vase.

FRANCELISA.

Detente, Feniso, un poco.

FENISO.

¿Qué me manda Vuestra Alteza?

FRANCELISA.

¿Que es tan grande la belleza
De Clarinda?

FENISO.

Viene loco.

FRANCELISA.

Bien se le ha echado de ver,
Pues apenas ha llegado,
Cuando vuelve, y confiado
Que la podrá merecer.

FENISO.

Estando ausente don Juan,
Pienso que posible sea,
Porque ella á don Juan desea,
Que es en extremo galán.
Que aunque el Rey su fama cuenta
Desta suerte, y su valor,
Es por celos de su amor,
Que injustamente le afrenta (1);
Que sin duda le venció
Tres veces, y que fué hazaña
Con que á los Castros (2) y á España,
Su padre y su patria honró.

FRANCELISA.

Eso creo yo muy bien.
Pero don Juan, ¿dónde está?

FENISO.

Tu hermano y señor se irá (3)
Donde á Clarinda le den,
Y luego sabrás adónde.

FRANCELISA.

Y agora, ¿no puede ser,
Feniso amigo, saber
Qué tierra á don Juan esconde?

FENISO.

Hablas con los ojos tanto,
Que voy entendiendo dellos
Más que de tu boca.

FRANCELISA.

En ellos
Pudiera ser lengua el llanto.
Y pues que á fiar de ti
Me atrevo igual pensamiento,
Ó estoy sin entendimiento,
Ó todo el amor en mí.
La fama deste don Juan,
Feniso, con vivo fuego
Me abrasa.

FENISO.

El amor es ciego,
Y esa es la razón que dan
Para que quiera sin ver;
Que de todos los sentidos,
Entra amor por los oídos
Con mayor fuerza y poder.

FRANCELISA.

¿Quieres saber cómo es eso,
Y cómo el alma lo siente?
Que se me ha puesto en la frente
Que es don Juan aqueste preso.

FENISO.

¡Don Juan! ¿Cómo?

FRANCELISA.

No hay poder
Saber el cómo, Feniso;
Pues el alma me da aviso,
Bien lo debe de saber.

FENISO.

Por lo mucho que te debo
Y que á tus padres debí,
Te dijera adónde vi
Ese gallardo mancebo,
Si no temiera á tu hermano.

FRANCELISA.

¡Á mi hermano! ¿De qué modo?
Dímelo, Feniso, todo,
Porque ese temor es vano;
Que, fuera de que el secreto
Me importa también á mí (1),
Sabré yo sacarte á ti
Del más peligroso aprieto.

FENISO.

¡Ah, lengua! ¿Por qué te puso
La naturaleza en parte
Que pudieses deslizarte?
Nuestra fábrica compuso..... (2).
¿Qué mucho que te deslices,
Si siempre en húmedo estás?
Pero aun mostrándolo vas
En esto mismo que dices.
Toda tu disculpa es nada,
Porque el cerco de los dientes

(1) *Y dèl ajusta la afrenta.*
(2) *Con que al de Alarcos.*
(3) Tu *hermana, Infanta,* se irá.

(1) Me importa *el honor* á mí.
(2) Aquí es mejor el texto de Zaragoza:

Tan húmeda, aunque con arte
Nuestra fabrica compuso.....

Fueron muros excelentes
Con que estuvieses guardada.
Temblando estoy, y deseo
Decir todo lo que sé.

FRANCELISA.

Mucho me agravia tu fe,
Cosa que en tu amor no creo.
¿Esto no fías de mí?

FENISO.

Señora, yo lo diré;
Que pues á dudar llegué,
Señal de decirlo dí.
Aqueste preso es don Juan,
Preso del Rey por traición;
Si en amor traiciones son,
¿Por qué otro nombre les dan? (1).
Salió al campo á desafío (2)
Con un escudero á pie;
Mandóme el Rey (que esto fué,
No traición, servicio mío)
Que con armado escuadrón
De entre unos olmos saliese,
Y que al español prendiese:
Prendíle al fin á traición.
El escudero y Mauricio
Se fueron á pelear;
Mauricio no ha de tornar
Hasta el día del jüicio,
Porque el gallego infanzón (3)
Con una y con otra herida
Vengó muy bien en su vida
De su señor la traición.

FRANCELISA.

¿Que aquí está don Juan? Y ¡preso!

FENISO.

Preso, como digo, está.
Tu hermano agora se irá:
No te está mal el suceso,
Porque le podrás hablar,
Ver, y casarte con él,
Mientras Arnaldo sin él
La suerte puede obligar.
Y aunque fué su amor terrible,
Cualquiera mujer ausente
Se cura con lo presente,
Y olvida de lo imposible.

FRANCELISA.

¿Cómo aguardar el ausencia
Del Rey?

FENISO.

Porque si lo sabe.....

FRANCELISA.

¿Tienes tú acaso la llave?

FENISO.

Señora, con más paciencia.
¿Quién te dijo que tenía
La llave?

FRANCELISA.

Necio, si á mí
Me dijo que estaba aquí
Don Juan mismo el alma mía,
¿Son efectos della ajenos
Decir que tú la tendrás?
Habiendo dicho lo más,
¿Había de callar lo menos?

FENISO.

Ahora bien: la confianza
De tu ingenio y tu valor,
Y el tenerte tanto amor,
Aqueste imposible alcanza.
Alcaide soy de don Juan:
La llave es ésta; yo sé
Solo el secreto.

FRANCELISA.

Mi fe
Y el amor dándote están
De aquesta merced en prendas
Mil almas. Muestra la llave.

FENISO.

Mira tu honor.

FRANCELISA.

Amor sabe
Lo que ha de hacer.

FENISO.

No le ofendas (1).

FRANCELISA.

Yo sabré mirar por él.
Retírate allí.

FENISO.

Aquí estoy.

FRANCELISA.

Á abrir esta torre voy,
Á hablar un rato con él.

FENISO.

Pues no le digas quién eres.

FRANCELISA.

Que soy tu mujer diré.

Vase.

FENISO.

Poco sé, pues que no sé
Las fuerzas de las mujeres.
¿Qué Sansón no han derribado?
¿Á qué David no han vencido?
¿Qué Salomón no han rendido?
¿Qué Alcides no han engañado?
Pero ya vienen allí.
El Rey la muerte me da.....
Mas ella no lo dirá.
Quiero escucharlos aquí (2).

Escóndese.

(1) *Le* dan.
(2) Á *un* desafío.
(3) Aquí también debe preferirse el texto de Zaragoza. El de la *Parte* 19.ª dice, por errata, *español*, en vez de *infanzón*.

(1) Al honor.
(2)
Abriendo y llamando está:
¡Qué hice, triste de mí!
Pero ya vienen aquí,
Y el Rey la muerte me da.

Don Juan y Francelisa.

DON JUAN.

Pues que ignoro la ocasión,
¿Para qué vienes á verme,
Alumbrarme y defenderme
En esta obscura prisión?
Paréceme que has entrado
No más de como el sol entra
Para alumbrar cuanto encuentra
Y calificar lo helado.
Porque, según tu hermosura,
Sólo puede ser el sol
Efecto en un español (1)
Ausente de su luz pura.
Pintábanle en forma humana
Los indios, y esto conforma
Con tu más que humana forma,
Pues es forma soberana.
Y aunque el sol no suele hablar
Á los presos que entra á ver,
Si sol y ídolo has de ser,
Bien me puedes consolar.
¿Qué dices? ¿Trata mi muerte
El Rey de Irlanda? Que Apolo
Es dios de oráculos sólo,
Y quiero consulta hacerte.
¿Es hoy el fin de mi vida?
¿Acaban con hoy mis daños? (2).

FRANCELISA.

Tú verás á sus engaños
Opuestas las fuerzas mías;
Y si no te he respondido,
Es porque he estado ocupada
En dar tu presencia amada
Á mi más noble sentido.
Confórmaste con mi idea,
Igual eres á tu fama,
Satisfaces quien te ama,
Y alegras quien te desea.
¿No eres tú don Juan de Castro?

DON JUAN.

Aunque como ves estoy,
El mismo, señora, soy,
Que aquesta cadena arrastro.
Yo soy el Conde de Andrada,
Yo soy aquel español
Notorio desde el Ferrol
Y el Sil á la Citia helada (3).
Yo soy..... Mas ¿para qué digo
Que ninguna cosa soy,
Si agora esperando estoy
La espada de mi enemigo?

FRANCELISA.

¿Que tú eres don Juan? (4).

(1) *Efeto de* un español.
(2) ¿Acaban *hoy con mis años?*
(3) Notorio desde *el farol*
Del Sur, á la Citia helada.
(4) *¿Què tienes*, don Juan?

DON JUAN.

No sé.
Tales mis dichas están.

FRANCELISA.

No tengas pena, don Juan.

DON JUAN.

Bien dices, no la tendré;
Y mal en peso (1) levantas
El peso desta cadena,
Porque mal tendrá una pena
Un hombre que tuvo (2) tantas.

FRANCELISA.

Ésta, y muchas que tuvieres,
Te quiero yo remediar.

DON JUAN.

Mucho suele hacer y obrar
La piedad en las mujeres;
Mas ¿no podré yo saber
Quién eres, y cómo sabes
Quién soy?

FRANCELISA.

De quien estas llaves
Me pudo dar soy mujer.

DON JUAN.

Pues ¿qué ocasión te ha movido
Á quererme ver?

FRANCELISA.

No más
De ver que sin causa estás
Aprisionado y rendido,
Y el tener noticia alguna
De tu valor, porque sé
Que la envidia pone el pie
Donde le alza la fortuna.
Y pues no puede faltar
En tu claro entendimiento
Y sangre agradecimiento,
Quiérote en esto obligar;
Que si correspondes bien
Á tan justa obligación,
Trocaremos la prisión
Y la libertad también.
Porque si tu voluntad
La misma sangre confiesa,
Yo gustaré de estar presa
Porque tengas libertad.

DON JUAN.

Pues ¿en qué puedo obligarte,
Tan pobre como me ves?
¿Adónde hallaré interés
Para que pueda pagarte?
Cuando fuera esta cadena
Del oro que Arabia cría,
Era corto premio el día
Que á muerte el Rey me condena

FRANCELISA.

Tan corto, que si pudieras
Toda la arena del mar

(1) Y mal *en eso.*
(2) Que *tiene.*

En oro puro mudar,
De que una cadena hicieras
Con que pudieras ceñir
El mundo y sus elementos,
No eran agradecimientos
Para poderme servir.
Y cuando della colgado,
Por joya el mundo me hicieras (1),
Con su valor no pudieras,
Don Juan, haberme pagado.

DON JUAN.

Si dices que eres mujer
De un alcaide, dama hermosa,
Fuera de oro, ¿qué otra cosa
Te puedo yo prometer?
No pienso yo que en el mundo
Tan mal recibido está
El interés.

FRANCELISA.

Sí será;
Pero yo en otro me fundo.

DON JUAN.

¿De qué hay mayor interés
Que del oro? Pues con oro,
Guardando al cielo el decoro,
Se hace todo lo que ves.
Cleopatra á Antonio mostró
Sólo en oro su grandeza.

FRANCELISA.

Las almas tienen nobleza
Que el oro jamás compró.

DON JUAN.

Pues ¡qué! ¿Quieres proponerme
Que por tu propio valor
Te dueles de mi dolor?

FRANCELISA.

Ya comienzas á entenderme.

DON JUAN.

Pues llegado á que por él
Te quieres doler por mí,
También hay valor (2) en mí
Para pagarte con él.

FRANCELISA.

Agora aciertas mejor;
Que á una mujer principal
Todo interés le está mal
Que no sea interés de amor.

DON JUAN.

Pues ¡cómo! ¿Amor te ha obligado?

FRANCELISA.

Amor, don Juan, me obligó.

DON JUAN.

Pues ¿podré pagarte yo?

FRANCELISA.

Podrás, pues no eres casado.

DON JUAN.

¿Cómo, si tú eres casada?

FRANCELISA.

No soy.

DON JUAN.

Pues ¿qué puedo hacer?

FRANCELISA.

Quererme por tu mujer.

DON JUAN.

Y mujer determinada.
¿Sabes tú quién soy?

FRANCELISA.

Muy bien.

DON JUAN.

¿Sabes quién los Castros son?
¿Sabes mi grande opinión?

FRANCELISA.

Y sé tu valor también.

DON JUAN.

Pues ¿cómo sabes de ti
Que me podrás igualar?

FRANCELISA.

Las almas vengan á estar
Iguales en ti y en mí;
Que lo que es sangre, yo haré,
Para igualar tu persona,
Que te sobre una corona,
Y quizá te la daré.

DON JUAN.

Dadme, señora, esos pies,
Porque ya os he conocido.

FRANCELISA.

Luego ¿ya sabes que pido
De mi amor justo interés?

DON JUAN.

Es tan justo, si sois vos
Quien pienso, que sí seréis.....

Sale Feniso.

FENISO.

Ciegamente procedéis.

FRANCELISA.

¡Cómo!

FENISO.

El Rey viene.

Á D. Juan:

Por Dios,
Éntrate de presto.

FRANCELISA.

Cierra.

Vanse D. Juan y Feniso.

El Rey de Irlanda.

REY DE IRLANDA.

¿Todavía estás aquí?

FRANCELISA.

En tratar me divertí
Sucesos de Ingalaterra.

REY DE IRLANDA.

Yo vengo con poco gusto.

(1) Me *dieras*.
(2) *Dolor*.

FRANCELISA.

¿De qué?

REY DE IRLANDA.

De que cierta fama
Á la defensa nos llama
Desta isla.

FRANCELISA.

¡Caso injusto!
Pues ¿quién te viene á hacer guerra?

REY DE IRLANDA.

No sé más de que en el puerto
Dicen que han visto, y es cierto,
Armada de Ingalaterra.

FRANCELISA.

¡Contra ti! ¿Por qué ocasión? (1).

REY DE IRLANDA.

Si verdad te he de decir,
Tienen razón de acudir (2)
Á una justa obligación.

FRANCELISA.

¿Cómo?

REY DE IRLANDA.

El hombre que está preso
Es *don Juan de Castro* (3).

FRANCELISA.

Pues
Don Juan, ¿qué importa al Inglés?

REY DE IRLANDA.

Que le prendí mal, confieso,
Y el Rey le tiene afición,
Que hacerle heredero trata:
Fuera de que aquella ingrata
Habrá sido la ocasión;
Que con amor, que le tiene,
Al viejo Rey ha incitado
Para librarle, y juntado
La armada, si armada viene.

FRANCELISA.

Pues ¿qué te movió á prender
Aquel bizarro (4) español?

REY DE IRLANDA.

Quitar un águila al sol
Que pudo sus rayos ver.

FRANCELISA.

Mátale aquí.

REY DE IRLANDA.

Tú ¿no entiendes,
Francelisa, que era error
Hacer la causa mayor?

FRANCELISA.

Pues ¿para qué le defiendes?
Entrega á don Juan al Rey
Ó al General de la armada.

REY DE IRLANDA.

Pienso que es cosa acertada.

FRANCELISA.

Pero es yerro á toda ley;
Pues fuera de que dirán
Que ha sido por cobardía,
Queda de tu alevosía
Mal satisfecho don Juan.
Y si ese español después
Y el Inglés te han de hacer daño,
Paréceme que es engaño
Dalle tal hombre al Inglés.

REY DE IRLANDA.

Pues ¿qué he de hacer?

FRANCELISA.

Defenderte.

Alejandro y Feniso.

ALEJANDRO.

¿Con tanto descuido estás? (1).

REY DE IRLANDA.

¿Hay, Alejandro, algo más?

ALEJANDRO.

¡Cómo más!

REY DE IRLANDA.

Prosigue.

ALEJANDRO.

Advierte.
Cuando al puerto, gran señor,
Partí corriendo la posta (2),
Para saber si la fama,
Tantas veces mentirosa,
En la causa lo sería
De tu presente congoja,
Veo en sendas y caminos
Gente que la tierra brota,
Porque pienso que excedían
De los árboles las hojas,
Todos huyendo á tu amparo
Como á centro en quien reposan.
Unos me cercan, señor;
Otros, con manos piadosas,
Me detienen el caballo,
Y cuál de la misma ropa.
«Vuelve, Alejandro, me dicen,
Vuelve al Rey, di que socorra
El mísero reino suyo,
Que ya su descuido nota,
Porque sesenta y tres naves
En aqueste punto abordan (3),
Una belicosa armada
De Ingalaterra y Escocia,
Todos los bordes vestidos (4),
Hasta el corredor de popa,
De damascos y de telas,
Y de la popa á la proa
Coronadas de soldados
Que las gúmenas enroscan.

(1) ¿Por qué *razón?*
(2) *No les falta* de acudir.
(3) *Don Juan de Alarcos.*
(4) Aquel *villano.*

(1) Con *ese* descuido.
(2) *Tomé caballos y postas.*
(3) Porque de sesenta naves
En aqueste punto aborda.
(4) Todos los *verdes* vestidos.

Han hecho fuertes trincheras
Para ocultar sus personas;
Sobre los garceses altos
Los estandartes tremolan (1)
Con los leones de España
Y de Britania las rosas,
Y las flámulas que bajan,
Que casi las aguas tocan,
Desde los penoles altos
De las entenas, se mojan,
Todas con diversas velas (2),
Ya latinas, ya españolas,
Entre mil veneras blancas
Bordadas de cruces rojas.
Jamás fábrica tan bella
Ni máquina tan hermosa
Tuvo en sus hombros Neptuno
Desde el incendio de Troya.
Y más que por General
Desta armada belicosa
Viene el mejor español
Que vió lo mejor de Europa.
Del Príncipe de Galicia
Y doña Elvira de Rojas
Es hijo, y Conde de Andrada;
Don Juan de Castro se nombra.
Dice que viene en venganza
De una injuria vergonzosa
Que le hiciste al mismo en Londres,
Y que esta es la causa sola.»
Hízosele resistencia
Desde el puerto; mas fué poca;
Que como el cielo granizos,
Llueven las naves pelotas.
Tomáronle, en fin, las lanchas
Por unas calas angostas,
Y formando un escuadrón
Vienen marchando á la sorda.
Don Juan, dicen los soldados
Que ha prometido á su esposa
No volver sin tu cabeza,
Y que se han hecho las bodas.
Mira, valeroso Arnaldo,
Lo que á tu remedio importa,
Al bien de tu reino triste
Y al honor de tu corona;
Porque según es la fama
De aqueste español agora,
Sólo el nombre les espanta,
Y del arcabuz (3) se asombran.

REY DE IRLANDA.

Si no dijeras que la gente misma
Te detuvo, Alejandro, y que con lágrimas
Viene á pedirme como á Rey amparo
Contra los enemigos que me cuentas,
Por fábula tuviera lo que dices
Respecto de llamar *don Juan de Castro*
El General de la presente armada.

ALEJANDRO.

Antes si alguna cosa tan vilmente
Hizo acudir á la defensa justa,
Fué el nombre de don Juan.

REY DE IRLANDA.

¿Don Juan de Castro
Viene por General de aquesta armada?
¿Qué dices, Alejandro?

ALEJANDRO.

Lo que oyes.

REY DE IRLANDA.

¿Hasle tú visto?

ALEJANDRO.

No.

REY DE IRLANDA.

Pues no lo creas.

ALEJANDRO.

¿Cómo que no lo crea, si lo dicen
Soldados, gente, fama, naves, armas,
Banderas, estandartes, gallardetes,
Las veneras y cruces de Santiago,
Y el mismo miedo, que es mayor testigo?

REY DE IRLANDA.

Siempre el miedo es testigo mentiroso.
Yo tengo á don Juan preso.

ALEJANDRO.

¿Preso?

REY DE IRLANDA.

Preso.

ALEJANDRO.

¿Adónde?

REY DE IRLANDA.

En esta torre.

ALEJANDRO.

¿De qué modo?

REY DE IRLANDA.

De que le truje yo de Ingalaterra;
Y esa armada la rige el Rey, sin duda,
No de tanta opinión ni buena gente.
Ven conmigo, Alejandro, que en un punto
Verás si salgo á la defensa armado.
Dame las llaves tú de aquesta torre,
Y pon cien hombres de mi guarda en ella;
Aunque no será tanta su ventura,
Que lleguen á alcanzarla con los ojos.
Tú, hermana Francelisa, atiende en tanto
Á amparar las mujeres generosas
Cuyos maridos á servirme fueren.

FRANCELISA.

Haré lo que me mandas; y si acaso
Fueren los hombres pocos, yo me atrevo
Á salir, como bárbara amazona,
Con muchas que tendrán el mismo brío,
A la defensa de la honra y patria.

REY DE IRLANDA.

Guárdete el cielo.

Vanse el Rey y Alejandro.

FRANCELISA.

¡Ay, triste yo, Feniso!

(1) *Tiemblan.*
(2) Todas con diversas *letras.*
(3) *Y de un arcabuz se asombra.*

¿Qué haré en suceso tan confuso?

FENISO.

Darle
Con discreción lugar á la fortuna.

FRANCELISA.

Si vencen los ingleses y se llevan
Al español que como ves adoro,
Gozarále Clarinda.

FENISO.

Pues ¿qué intentas?

FRANCELISA.

Animarme también á defendelle,
Que nunca á las mujeres faltó el ánimo;
Que, con amor, un pájaro en su nido
Con tierno pico á la culebra ofende.

FENISO.

¿Tú podrás defendelle?

FRANCELISA.

Amor me anima.

FENISO.

¿De qué suerte podrás?

FRANCELISA.

Mudado el hábito.

FENISO.

En todo tengo de servirte.

FRANCELISA.

Vamos;
Que no he de ser quien soy, ó ha de ser mío.

FENISO.

¿Qué no podrá mujer?

FRANCELISA.

Añade luego:
Si tiene amor, mientras le dura el fuego.

Vanse.

Soldados con cajas y banderas; Páez, y Rugero con bastón.

RUGERO.

Huyendo van los cobardes.

PÁEZ.

¡Brava entrada!

RUGERO.

¡Gran victoria!

PÁEZ.

Prosigue, señor, no aguardes.

RUGERO.

¿Qué es de la soberbia y gloria
De los contrarios alardes?
¿Dónde está Arnaldo alevoso?

PÁEZ.

Fuiste en llegar tan dichoso
Con la bonanza del mar (1),
Que esto debe de ignorar
Cuando llegas victorioso.

RUGERO.

Pues ¿cómo hasta la ciudad,
Donde tiene corte y vive,
Llego sin dificultad,
Y un hombre no se apercibe
Á tener de sí piedad?
Ó es fuerza de la razón,
Ó debe de estar ausente,
Ó le falta el corazón.

PÁEZ.

Pienso que sacar intente
Al Conde de la prisión.
Con volverle, habrá creído
Que has de volverte á embarcar.

RUGERO.

Engaño cobarde ha sido:
Más pienso que me ha de dar,
Que más tengo prometido.
Sin su cabeza, no creas,
Páez, que de Irlanda salga,
Ó sin que preso le veas.

PÁEZ.

Ya no hay ruego que le valga,
Si la venganza deseas.

RUGERO.

¿Dónde la torre será
En que mi hermano está preso?

PÁEZ.

El muro contemplo ya.

Roberto.

ROBERTO.

Ya no temo mal suceso; (Aparte.)
Aquí el General está (1).
El espíritu cruel
Que en el puerto me dejó,
Porque no fuese con él,
Hoy en el de Irlanda entró,
Digno de palma y laurel.
Bien pensó que no pudiera
Seguirle; pero mi amor,
Que en ser firme persevera,
Halló fuerza en mi valor
Y una barca en la ribera.
Encontré con una nave
Donde, el acogerme incierto (2)
(Pues toda el armada sabe
Que hay bando contra Roberto
Para que mi vida acabe),
Al agua me eché desnudo;
Y nadando, así de un cabo
Que darme la vida pudo.
Trepé, acogióme un esclavo,

(1) En la edición de Zaragoza este verso y el que le precede se ponen en boca de Rugero, y se añaden dos en boca de Páez, de esta suerte:

Huirá en llegar tan dichoso
Por la bonanza del mar.

PÁEZ.

Que esto debe de ignorar
Cuando llegas victorioso.

(1) Aquí el *ejército* está.

(2)
En ella salí del puerto,
Y aborde con una nave
Donde de acogerme incierto.

Vine entre la gente mudo
Hasta que á Irlanda llegamos,
Donde si á don Juan cobramos,
Venga la muerte, no quiero
Vida.

RUGERO.

Este muro primero,
Cubierto de verdes ramos,
Es la señal que me dió
El irlandés, de la torre
Adonde don Juan quedó.

PÁEZ.

Del muro una fuente corre.

RUGERO.

Deso también me advirtió (1).
¿Qué es esto? ¡Válgame el cielo!

PÁEZ.

¿Qué miras?

RUGERO.

Aquel soldado. (Aparte á Páez.)

PÁEZ.

Todo me ha cubierto un hielo.

ROBERTO.

Las dos almas me han mirado. (Aparte.)
Que me conocen recelo.

RUGERO.

¿El demonio no es aquél (Aparte á Páez.)
Que en Ingalaterra vimos?

PÁEZ.

Mira si es cierto ser él,
Pues de allá sin él venimos,
Y aquí nos vemos con él.

ROBERTO.

¿Qué dirán, válgame Dios, (Aparte.)
Aquestas almas de mí?

RUGERO.

¿No le hablaremos los dos?

PÁEZ.

¿Qué puede hacernos aquí?

RUGERO.

¡Qué paso, don Juan, por vos! (Aparte.)
Roberto.....

ROBERTO.

Señor.....

RUGERO.

¿No sabes
Que no gusto verte aquí?

ROBERTO.

¿Por qué?

RUGERO.

Por cosas bien graves,
Que tú las sabrás de mí:
Deja, Roberto, mis naves.
Mira que yo soy cristiano,
Mira que no has de mostrar
En mí tu rigor tirano,
Porque Dios me ha de librar
De tu cautelosa mano.
Señor, ¿cuándo te ofendí?
Si acaso eres tú don Juan,
Quien tanto me quiso á mí,

ROBERTO.

¿Este galardón me dan
Tus obras? ¿Tú hablas ansí? (1).
¡Yo cauteloso, que adoro
Tu sombra! ¿Yo soy tirano?
¿Por qué fuerza ó qué tesoro?
Pues, señor, si eres cristiano,
¿Cuándo fué Roberto moro?
En Dios creo yo también;
Tengo crisma, y sé muy bien
La doctrina que aprendí
En Frades, donde nací (2).
¿Conmigo tanto desdén?
Si es porque fuí tu lacayo
Y tuve aquel pensamiento,
Ya de la empresa desmayo,
Aunque me dió atrevimiento
Darme de tu sol un rayo.
Ya no pienso en Florïana,
Que fué locura, señor.
Mira que es cosa inhumana
Que quepa en tu gran valor
Una venganza tan vana (3).
Mira lo que te he servido
En Sarria, en Monforte, en Lemos,
En tierra y mar padecido.

PÁEZ.

(Aparte á Rugero.)

Engañado nos habemos,
Que este es hombre conocido (4),
Y me acuerdo haberle visto
Con el Conde en el Ferrol,
Por donde fuí tan mal quisto.

Francelisa y Feniso (5).

FRANCELISA.

Á Feniso.

Feniso, si es español,
Un imposible conquisto.
Pero ¿cómo el Rey inglés
Hizo español General?

FENISO.

Español me dicen que es.

FRANCELISA.

Este es el guión Real.

RUGERO.

A Páez.

¿Qué quiere aqueste irlandés?

(1) Deso también *me avisó.*

(1) Tus obras, *allá y aquí.*
(2) *En Puentes de Eume nací.*
(3) *Ingratitud tan villana.*
(4) Que este *hombre he conocido.*
(5) Entre Feniso y Francelisa en hábito de hombre, con espada y daga.

FRANCELISA.

¡Válgame Dios!

FENISO.

(Aparte á Francelisa.)

¿Qué te admira?

FRANCELISA

¿No es éste don Juan?

FENISO.

No sé.

FRANCELISA.

Don Juan es el que nos mira.

RUGERO.

Páez.....

PÁEZ.

Gran señor.....

RUGERO.

¿Por qué
El irlandés se retira?

PÁEZ.

Admírale tu valor;
Que piensa que eres don Juan.

FENISO.

Señora, hablarle es mejor.

FRANCELISA.

Los dos mirándome están.
Muero de espanto y temor.
¿No quedaba preso?

FENISO.

Sí.

FRANCELISA.

Pues ¿cómo está libre aquí?

FENISO.

Habla con aquel soldado.

PÁEZ.

Él no llega, de admirado
Del valor que admira en ti.

FRANCELISA.

Á Roberto.

¡Ah, hidalgo!

ROBERTO.

¿Qué me queréis? (1).

FRANCELISA.

El General Capitán,
¿Quién es?

ROBERTO.

El mismo que veis (2).

FENISO.

¿Cómo se llama?

ROBERTO.

Don Juan.

FRANCELISA.

¡Don Juan!

ROBERTO.

Hablarle podéis;
Aunque no sé ¡por Dios vivo!
Si es fantasma ó ilusión.

FRANCELISA.

Notable temor recibo.

(Aparte á Feniso.)

¿No quedaba en la prisión,
Y con cien guardas cautivo?

FENISO.

Por estos ojos le ví.

FRANCELISA.

Pues ¿cómo está allá y aquí?

FENISO.

Sin duda que hay dos don Juanes
Españoles capitanes.

FRANCELISA.

Y dos fuegos para mí.

FENISO.

Háblale.

FRANCELISA.

Á Rugero.

Dame esos pies.

RUGERO.

Vengas, gallardo irlandés,
Con buena dicha: ¿qué quieres?

FRANCELISA.

Que me escuches, por quien eres;
Lo que soy, sabrás después.
General de Ingalatera,
Famoso *don Juan de Castro*,
Desde Compostela á Londres,
Y desde el Norte al Ocaso;
Tú, por quien bárbaros moros,
Desde el Sil gallego al Tajo,
Desde el Tajo al claro Betis
Y desde el Betis al Dauro..... (1).
No sé ¡por Dios! lo que digo;
No sé ¡por Dios! lo que hablo,
Porque mirándote al rostro,
Del mismo rostro me espanto.
Tiénese en naturaleza
Por espantoso milagro
Ser los rostros diferentes,
Y aquí parecerse tanto.....

RUGERO.

¿No prosigues?

FRANCELISA.

Ya prosigo.

RUGERO.

Páez.....

PÁEZ.

Señor.....

RUGERO.

(Aparte á Páez.)

Contemplando

(1) ¿Qué me *quieres?*
(2) El mismo que *ves.*

(1) La edición de Zaragoza añade este verso:

Tiemblan, temen, lloran, huyen;

y suprime el que dice:

No sé ¡por Dios! lo que digo.

De este irlandés la hermosura,
Habla, rostro, cuerpo y manos,
He pensado que es mujer.

PÁEZ.

Y no te habrás engañado,
Porque yo pienso lo mismo,
Y que es de un ángel retrato.

FRANCELISA.

¿No me escuchas?

RUGERO.

Ya te escucho.

FRANCELISA.

El Rey de Irlanda, mi hermano
(Que soy mujer, español,
Y Francelisa me llamo),
Me contó como tenía (1)
La causa de vuestro agravio
En aquella torre fuerte
Que guardan soldados tantos.
Disculpóse con decir
Que amor está disculpado
Desde el principio del mundo,
Por quien vino tanto daño.
Reñíle el dar ocasión (2)
Á que ese inglés Eduardo
Destruyese nuestras islas,
Siendo amigo tantos años.
Finalmente, persuadido,
Dejó de salir al campo
Con seis mil hombres de á pie
Y más de dos mil caballos,
Y á mi ruego darte quiere,
Este preso..... (Aparte.) ¡Extraño caso!
¡Que hable yo de un hombre ausente,
Y sea el mismo con quien (3) hablo!)
Por lo que adoras, señor,
Si es verdad que estás casado
Con la divina Clarinda,
Y que has dormido en sus brazos,
Que te contentes con esto,
Y no des causa al estrago
Que en los tuyos y en los nuestros
Hará tan sangriento asalto.
Pirro, Jerjes, Ciro, César,
Pompeyo, Alejandro y Dario,
Cuando sin sangre vencieron,
Sus victorias celebraron.
Si puedes vencer sin ella,
Serás bienaventurado.
Si la ciudad entrar quieres,
Cuya cerca estás mirando,
Serás tan mal recibido
Y habrá de costarte tanto
Como Numancia costó
En España á los romanos;
Porque no sólo los hombres
De defenderse han jurado,
Pero las propias mujeres,
Desde diez hasta treinta años,
De las cuales, como ves,
Aqueste traje he tomado;
Soy capitana amazona
En el troyano Escamandro;
Y como al darles (1) tormento,
Hasta que se han desnudado
Corre peligro el delito,
Y luego es cierto el negallo,
Así agora el desnudarse
Del hábito honesto ha dado
Ocasión para morir
Si llegas á ejecutarlo.
Respóndeme.

RUGERO.

Páez.....

PÁEZ.

Señor.....

RUGERO.

Partido hubiera tomado, (Aparte á él.)
Si por partido (2) me dieran
Este celestial milagro.

PÁEZ.

¿Hate parecido bien?

RUGERO.

Estoy de verla admirado,
Turbado de responderla,
Y sin alma de pensarlo.
Los ojos, viéndola, ciegan,
Temen la lengua y las manos,
Ésta el hablar con soberbia,
Y ellas el hacerle daño.
¿Qué me aconsejas que diga?

PÁEZ.

Si tú, como Octavïano
Á Cleopatra, la escucharas,
Excusaras preguntarlo.
Mas ya que su rostro has visto,
Su tierna lengua escuchado,
Ya basilisco en la vista,
Ya cocodrilo en el llanto,
Di que quieres ver al preso,
Y que con él consultando (3),
Te volverás á las naves,
Respecto de ser tu hermano.

FRANCELISA.

¿No respondes?

RUGERO.

Ya respondo.
Dirás, Francelisa, á Arnaldo
Que aceptaré su partido
Si con mi hermano lo trato;
Que es fuerza verme con él.

FRANCELISA.

Luego el español gallardo.
¿Es tu hermano?

(1) *Hoy me contó que tenía.*
(2) *Remite* el dar ocasión.
(3) *Á quien* hablo.

(1) *En* darles.
(2) Si *en el* partido.
(3) *Consultado.*

RUGERO.

Y tan de veras,
Que un alma vive en entrambos.
Somos un cuerpo y un rostro,
Un pensamiento, un retrato,
Una voluntad y un gusto
Y un mismo *don Juan de Castro* (1).
Y en lo que á defensa toca,
Di que quince mil soldados
Que traigo aquí, sólo tienen
Lo que el pie cubre en el campo.
Esas naves son sus casas
Y estos muros sus ganados;
Vuestra hacienda su sustento,
Y sus dineros sus manos.
Y que pues á las mujeres
Se remiten con ser tantos,
No debe de ser el miedo
Menos que ha sido el agravio.
Mas si todas, Francelisa,
Como tú matan mirando,
Arnaldo está defendido;
El partido es excusado,
Porque ya tu gallardía
Está de mi amor triunfando;
Que sólo al amor se rinde
Quien tiene sangre de Castro (2).

FRANCELISA.

¡Por cuánto, ilustre gallego,
Dejaras de ser soldado,
Con tu enemigo y conmigo
Galán, noble y cortesano!
Mas cree que si te precias
De parecerme bizarro,
Que me precio yo de ser
Castro, en cuanto soy y trato (3);
Porque es el cuerpo irlandés
De mis padres heredado;
Pero atrae con el alma (4)
Los pensamientos que traigo,
Las acciones, las potencias;
Que como cuerpo en que ha entrado
Espíritu, en cuanto digo,
Pienso y pretendo, soy Castro.
Iré á llevar la respuesta
Y enviaréte (5) algún regalo,
Porque estoy mirando en ti
El consuelo de mis daños;
Que si dos don Juanes hay (6),
Y el uno me da cuidado,
Yo sé que no hay dos Clarindas
Para que puedan gozarlos.

Vanse Francelisa y Feniso.

(1) *Don Juan de Alarcos.*
(2) Quien tiene sangre de *Alarcos.*
(3) Falta este verso en la edición de Zaragoza.
(4) Pero *de Alarcos* el alma.
(5) *Y á enviarte.*
(6) *Porque si dos Juanes hay.*

RUGERO.

¿Entendístelo?

PÁEZ.

Sospecho,
Si por dicha no me engaño,
Que quiere bien á don Juan.

RUGERO.

Ahora bien: hagamos alto
Mientras la respuesta viene;
Que si ella quiere á mi hermano,
No está lejos de ser mía.

ROBERTO.

¡Extraño y notable caso! (Aparte.)
Ya quiere gozar de estotra,
Y, con Clarinda casado,
Un mes estuvo con ella
En su cama y en sus brazos.
Si es éste espíritu, y quiere
Á cuantos cuerpos topamos,
En los días de mi vida
Vi espíritu tan bellaco.

RUGERO.

Roberto.....

ROBERTO.

Señor.....

RUGERO.

¿Irás
Á ver y hablar á mi hermano?

ROBERTO.

De paz, bien podré.

RUGERO.

Pues ven,
Porque una carta escribamos.
¡Ay, hermosa Francelisa! (Aparte.)

ROBERTO.

Hoy sabré cuál es mi amo (Aparte.) (1).

ACTO SEGUNDO.

El Rey de Irlanda y Francelisa.

REY DE IRLANDA.

¿Cómo dices, Francelisa,
Que al mismo don Juan hablaste?
¿No adviertes que te engañaste?

FRANCELISA.

Remedia este daño aprisa,
Y déjate de saber
Si es don Juan ó no es don Juan,
Pues por partido te dan

(1) Aquí añade dos versos la edición de Zaragoza:

Pase la palabra. ¡Hola,
Soldados: alto; hagan alto!

Que los dos se quieren ver (1).

REY DE IRLANDA.

¡Dos don Juanes!

FRANCELISA.

Y que son
Uno mismo y son hermanos.

REY DE IRLANDA.

¡Por los cielos soberanos,
Que muero de confusión!
Ya sé lo que puede ser,
Que es parecerse dos hombres
Y tener los mismos nombres.

FRANCELISA.

Resuelve lo que has de hacer:
Mira si éstos se han de hablar,
Ó al asalto te apercibe.

REY DE IRLANDA.

No tener gente en que estribe,
Pienso que me ha de obligar.
Con justa causa se alaba,
Y yo lo siento en mi tierra,
Que la presteza en la guerra,
Todo lo que quiere acaba.
Fué con tal velocidad,
Que apenas naves oí,
Cuando ya su gente vi
Dar asalto á mi ciudad.

Feniso.

FENISO.

Un español quiere hablarte
De parte del General.

REY DE IRLANDA.

Entre. ¿Hay confusión igual? (2).

FRANCELISA.

Escucha, Feniso, aparte.

Roberto.

ROBERTO.

Déme los pies Su Alteza (3).

REY DE IRLANDA.

Di, soldado,
Á lo que vienes.

ROBERTO.

Traigo aquesta carta
De nuestro general *don Juan de Castro*,
Para *don Juan de Castro*.

REY DE IRLANDA.

No lo entiendo.

ROBERTO.

Ni yo tampoco.

REY DE IRLANDA.

Dime: ¿cómo traes
De don Juan carta, para don Juan mismo? (4).

(1) Que los dos se quieren *bien*.
(2) Entre: hay confusión y *guerra*.
(3) *Tu* Alteza.
(4) *Carta para don Juan de don Juan mismo*.

ROBERTO.

Porque entre ellos, es sola diferencia
Estar el uno libre, el otro preso,
Y escribírsela al preso el que está libre.

REY DE IRLANDA.

Abrid por esa puerta aquella torre.

FENISO.

Muestra la llave.

REY DE IRLANDA.

Toma.

Vase Feniso.

FRANCELISA.

Oye, soldado.

ROBERTO.

¿En qué te sirvo?

FRANCELISA.

Escucha una palabra.
¿Es verdad que don Juan está casado?

ROBERTO.

Casado está don Juan.

FRANCELISA.

¿Con quién y dónde?

ROBERTO.

El con quién, es Clarinda (1); el dónde, es Lon-
dres.

FRANCELISA.

¿Vístele tú? (2).

ROBERTO.

Con estos mismos ojos.
Mas no la goza, aunque durmió con ella.

FRANCELISA.

¿Por qué razón?

ROBERTO.

Porque primero dice
Que ha de ir á Roma; y es tan bella dama,
Que no sé dónde pudo hallar paciencia.....
Yo sé de mí, que si forzoso fuera
Hacer como él esta jornada á Roma,
Que no buscara mayor gloria.

FRANCELISA.

Hermosa
Debe de ser.

ROBERTO.

Como al abrir la rosa (3).

Don Juan y Feniso.

FENISO.

Aquí está el preso don Juan.

REY DE IRLANDA.

¿Es como éste, Francelisa, (Ap. á ella.)
El que contigo me avisa?

FRANCELISA.

Mil pensamientos me dan

(1) *Lucinda*, en vez de *Clarinda*, como en toda la comedia, aunque algunas veces, por descuido del refundidor, reaparece el nombre antiguo.
(2) *¿Vístelo* tú?
(3) Como *en Abril* la rosa

De que es el que allí dejé.

ROBERTO.

Á don Juan mirando estoy. (Aparte.)
Señor.....

DON JUAN.

¿Quién eres?

ROBERTO.

Yo soy.
Roberto soy: ¿no me ve?

DON JUAN.

¡Roberto, mi grande amigo!

ROBERTO.

¡Don Juan, mi grande (1) señor!
¡Cómo conozco en tu amor
Que estoy hablando contigo!
Éste sí que es mi don Juan.
Déjame atentarte todo.

DON JUAN.

¿Qué me atientas dese modo?

FRANCELISA.

¡Qué alegres los dos están! (Ap. al Rey.)

REY DE IRLANDA.

Sin duda, es este escudero (Ap. á Feniso.)
El que dió muerte á Mauricio.

FENISO.

Aquel amor es indicio.

ROBERTO.

Cosas referirte espero,
Señor, que te han de espantar.

DON JUAN.

¿Cómo?

ROBERTO.

Clarinda es casada.

DON JUAN.

Pues ya no me cuentes nada,
Que ya no hay más que contar.
¡Desdichado fué aquel día
Que al campo salí, Roberto,
De aquesta traición incierto,
Pues perdí la esposa mía!
Mas dime: ¿con quién casó?

ROBERTO.

Con *don Juan de Castro.*

DON JUAN.

¿Quién?

ROBERTO.

Don Juan; que hay otro también.

DON JUAN.

¿Qué dices?

ROBERTO.

Lo que vi yo.

DON JUAN.

¿Tú lo viste?

ROBERTO.

Con mis ojos,
Cuando del campo volví.

DON JUAN.

¡Esto oigo, y vivo! ¡Ay de mí!

(1) M: *gran.*

ROBERTO.

¡Qué he recibido (1) de enojos!
¡Qué desdichas he pasado!
¡Qué afrentas en mar y tierra!

DON JUAN.

Pues ¿cómo en Ingalaterra
De don Juan se han acordado?
¿Quién viene á librarme á mí?

ROBERTO.

Don Juan de Castro.

DON JUAN.

¿Quién dices?

ROBERTO.

Porque no te escandalices,
El mayor mal te encubrí.
Aunque tengo imaginado
Que es el alma del difunto,
Y que en tu propio trasunto
Con Clarinda está casado (2),
Y viene por General
Desta armada.

DON JUAN.

¡Caso extraño!

ROBERTO.

Pero ¡que pueda el engaño
Este mi amor natural! (3).
Que la carta que me dió,
Se me ha olvidado de darte.

DON JUAN.

Muestra.

ROBERTO.

Aquí podrá avisarte.

DON JUAN.

La letra conozco yo;
Y en la firma, dos mil veces
Pongo, Roberto, la boca.

ROBERTO.

Pues ¿qué razón te provoca?

DON JUAN.

Oye.

ROBERTO.

Mucho lo encareces.

DON JUAN.

Lee.

«Viniendo á buscarte á Inglaterra en la noche de tu prisión, y que lo había de ser de tu desposorio, me avisó un caballero, que tomando tu nombre diese la mano á Clarinda, porque no perdieses la ocasión y el reino; hícelo, y fingiendo vengar mi agravio, pedí al Rey naves y gente, y vengo á darte libertad.—*Rugero de Moncada.*»

ROBERTO.

¡Cómo, señor! ¡Que no es sombra!

(1) Que he *padecido.*
(2) *Con Lucinda se ha casado.*
(3) Pero ¿qué puede el engaño
Deste mi amor natural!

DON JUAN.

¿No conociste á Rugero?

ROBERTO.

Conocí ese caballero
Que aquí tu hermano se nombra,
Y es de tu madrastra hijo;
Mas, señor, nunca le hablé.

DON JUAN.

Prodigiosa industria fué
La que Tibaldo le dijo.
¡Grandes bienes me han venido
De solo un bien que hice á un muerto!

ROBERTO.

¿Que éste es tu hermano?

DON JUAN.

Y tan cierto,
Cuanto es de mí conocido.
¡Oh Rugero! ¿Quién pudiera,
Sino tu amor, socorrerme,
Sin esperanza de verme
Libre de prisión tan fiera?
Vuelve, Roberto, y dirás
Que acometa, que no aguarde,
Que mientras fuere más tarde,
Será la defensa más.
No te detengas ansí.

ROBERTO.

Siento el dejarte, señor.

DON JUAN.

Muéstrame en partirte amor.

ROBERTO.

Dios te guarde más que á mí.

Vase.

REY DE IRLANDA.

¿Qué te escribe el General?

DON JUAN.

Que á librarme, el Rey le envía.

REY DE IRLANDA.

Verá la defensa mía
Á sus soberbias igual.

DON JUAN.

Luego ¿entregarme no quieres,
Siendo injusta la prisión?

FRANCELISA.

Mira, hermano, que es razón.

REY DE IRLANDA.

Extrañas sois las mujeres.
Vete, Francelisa, á hacer
Con tus dueñas tu labor;
Que las cosas del honor
No las entiende mujer.
Don Juan, si yo te he de dar,
Ha de ser con un concierto:
Que el General vuelva al puerto
Y que se alargue á la mar (1),
Y que tú has de hacerme á mí
Pleito homenaje seguro
(Porque á Clarinda procuro,
Que tantos años serví)
De no casarte con ella,
De no pretendella más.

DON JUAN.

¡Cercado y soberbio estás!
La fortuna te atropella.

REY DE IRLANDA.

No lo creas; que el valor
La lleva de los cabellos (1).

DON JUAN.

Si tú la tuvieres dellos,
Será laurel de tu honor.

FRANCELISA.

Don Juan, acepta el partido,
Que otras Clarindas habrá.....
Aunque, si casada está,
¿Cómo has de ser su marido?

DON JUAN.

No tengas deso cuidado.
El don Juan que se casó
Es yo mismo, porque yo
Mi poder le tengo dado;
Y no haré el pleito homenaje,
Sólo por ser español,
Por cuanto tesoro el sol
Mira en todo su viaje.

REY DE IRLANDA.

Fué el rey Eduardo, loco
En casar su hija ansí,
Pudiendo dármela á mí,
Con quien no ganara poco.
¿Quién vió á un padre prometer
Su hija hermosa, prudente,
Al que fuese más valiente?

DON JUAN.

Fué discreto proceder,
Porque tuviese valor
El hombre á quien él la diese:
Y quien las historias viese,
No lo tendrá por error
Dalle á su hija un marido
Tan valeroso y tan fuerte (2).

Alejandro.

ALEJANDRO.

¿Qué haces, de aquesta suerte
Vanamente entretenido,

(1) Y que se *aleje* á la mar.

(1) *Es llave* de los cabellos.

(2) Aquí la edición de Zaragoza añade estos versos:

No lo tendrán por error,
Pues dejando las hermanas,
Nos dicen de Josué
Que deste parecer fué,
Las historias soberanas;
Su hija no quiso dar
Menos que á quien le ganó
Una ciudad.

REY DE IRLANDA.

Bien sé yo
Que tú no la has de gozar.
Porque en viéndome vencido,
He de hacer darte la muerte.

Si por tres partes asaltan
El muro los enemigos?

REY DE IRLANDA.

¿Qué importa? Vamos, amigos;
Que si son tres, treinta faltan.
Muramos en la defensa,
No quiero vivir sin honra;
Que no puede haber deshonra
Como consentir la ofensa.
Cierra, Francelisa, el preso,
Su guarda anima y repara.

ALEJANDRO.

Vamos, señor.

Vanse el Rey de Irlanda, Alejandro y Feniso.

DON JUAN.

¿Quién pensara
Tan desdichado suceso?

FRANCELISA.

Ya quedas en mi poder.

DON JUAN.

Y no es novedad ninguna:
Tiéneme el de la fortuna,
Y es la fortuna mujer.

FRANCELISA.

Deseo saber de ti,
Ya que tenéis sólo un ser
Y un rostro y un parecer,
¿Qué pensáis hacer de mí
Tú y aqueste General? (1).
¿Cómo habéis de repartir
Á Clarinda hoy, si el vivir
Con ella ha de ser igual?
Porque si la ley de Dios
Manda que una (2) haya de ser,
Quede (3) yo para mujer
Del que deje (4) de los dos.

DON JUAN.

No me has preguntado mal.

FRANCELISA.

Busco lo que me conviene.

DON JUAN.

Yo pienso que á quedar viene
Sin Clarinda el General.

FRANCELISA.

Y ¿tiene (5) el mismo valor
Que tú?

DON JUAN.

Agora lo verás,
Y mucho me obligarás
En tenelle (6) mucho amor.

El Rey de Irlanda dentro: suenan cajas.

REY DE IRLANDA.

¡Aquí, valientes soldados!

FRANCELISA.

El Rey mi hermano es aquél.

DON JUAN.

Será el asalto cruel (1).
¡Ah, cielos, conmigo airados!
No suelen, si oyendo están
Los caballos la trompeta,
Con boca más inquïeta
Romper la aldaba al zaguán,
Y tirar con más pasión,
Para poder desasilla,
El lebrel de la traílla (2),
De la pihuela el halcón,
Que yo de aquesta cadena
Por quien tu cautivo soy,
Viendo que aquí donde estoy
La voz del asalto suena.

Rugero y Alejandro, ambos dentro.

RUGERO.

¡Aquí, famosos ingleses!
Venceremos de una vez:
Mirad que es don Juan jüez.

DON JUAN.

¡Ah, Rugero! ¡Si me vieses
Estar batallando aquí
Con el alma, que del pecho
Se me salta!.....

ALEJANDRO.

Sin provecho
Muere mucha gente (3) aquí.
¿Para qué, señor, porfías?

FRANCELISA.

Entra en la torre, don Juan;
Que, como ves, cerca están
Tus venturas ó las mías.
Entra, que es obligación
Encerrarte y defenderte.

DON JUAN.

¡Aun quiere mi dura suerte
Que hoy me dobles la prisión!

FRANCELISA.

Cerraré por mi interés: (Aparte.)
Que mientras que no te rinda,
No gozarás de Clarinda.

ALEJANDRO.

Mira que es error.

Éntrase D. Juan.

El Rey de Irlanda, Alejandro y Feniso, con las espadas desnudas.

REY DE IRLANDA.

No es.

(1) Un rostro y un parecer,
Una vida, un no y un sí,
Tú y aqueste General,
¿Cómo habéis de repartir
Á Clarinda, ó el vivir
Con ella ha de ser igual?

(2) *Uno.*
(3) *Quedo.*
(4) *Deja.*
(5) *Si* tiene.
(6) *Tenerle.*

(1) Falta este verso en la edición de Zaragoza.
(2) *En* la trailla.
(3) *Nuestra* gente.

ALEJANDRO.

¡Á don Juan quieres matar!

REY DE IRLANDA.

No matar, llevarle al muro,
Por el que, menos seguro,
Acaban de derribar.
Y al General le diré
Que si dél no se retira,
De la suerte que le mira,
Del muro le arrojaré.

FENISO.

Bien dices.

FRANCELISA.

Advierte, hermano.....

REY DE IRLANDA.

Que no tengo qué advertir.
Ó don Juan ha de morir,
Ó retirarse el villano.

Vanse.

El Rey de Irlanda, Francelisa, Alejandro, Feniso y soldados, al pie de la torre; D. Juan, en lo alto de ella.

DON JUAN.

Rey de Irlanda, y vosotros, caballeros,
Ninguno llegue cerca de la torre,
Ni la pretenda abrir de ningún modo,
Porque con piedras pienso defendella,
De que no tengo aquí pequeña copia;
Que ya entiendo el intento con que viene
Ese cruel, que con traiciones tales
Persigue injustamente mi inocencia.

REY DE IRLANDA.

¿Estás loco, don Juan?

DON JUAN.

Bien lo preguntas;
Que siempre fué de locos tirar piedras.
Guárdate désta, y désta.

ALEJANDRO.

Tente un poco.

DON JUAN.

¿Cómo podré tenerme, si estoy loco?

RUGERO.

Dentro.

¡Aquí, fuertes ingleses; que hoy es día
De ganar honra y fama!

FENISO.

¿Oyes aquello?

FRANCELISA.

En el muro han subido.

ALEJANDRO.

La bandera
De la cruz roja y las veneras blancas,
Encima puso el español Roberto.

FENISO.

Todos le siguen, y los tuyos dejan
Con miserables muertes la muralla.

FRANCELISA.

Huyeron los soldados de la torre,
Y ya vienen buscando aquesta puerta.

Salen de la torre Rugero, Roberto, Páez y soldados ingleses, con espadas desnudas.

RUGERO.

¡Aquí, soldados! ¡Muera el Rey de Irlanda!
¡Viva don Juan de Castro!

PÁEZ.

¡Viva!

ROBERTO.

¡Viva!

REY DE IRLANDA.

¡Muera don Juan, valientes caballeros!

Tocan cajas, y batallan; retíranse el Rey de Irlanda y los suyos: vuelve Rugero.

Rugero abajo, D. Juan en lo alto de la torre.

DON JUAN.

¡Ah, caballero!

RUGERO.

¿Quién es
Quien de lo alto me nombra?

DON JUAN.

Un hombre, un preso, una sombra,
Un español: ¿no le ves? (1).

RUGERO.

¡Válgame el cielo! ¿Es don Juan?

DON JUAN.

El mismo.

RUGERO.

¡Don Juan! ¡Hermano!

DON JUAN.

¡Qué escucho! ¿Si es sueño vano?
¿Quién sois, fuerte capitán?

RUGERO.

Hermano, ¿ya desconoces
Á Rugero de Moncada?

DON JUAN.

Alma de esperar cansada,
Vivid con aquellas voces.
¡Rugero mío!

RUGERO.

¡Señor,
De mi alma deseado!

DON JUAN.

¡Á qué buen tiempo has llegado!
Matarme quiso el traidor;
Con piedras me he defendido.

RUGERO.

¿Cómo estás?

DON JUAN.

Ya ¿no lo ves?
Llenos de hierro los pies,
De que estoy, Rugero, asido;
Que si no, bien sabe el cielo (2)
Que desta torre me echara,
Que sólo que te abrazara.
Fuera en mi muerte consuelo.

(1) ¿No *lo* ves?
(2) Falta este verso en la edición de Zaragoza.

¿Cómo queda mi Clarinda?

RUGERO.

Mucho tenemos que hablar,
Y es tiempo de pelear
Hasta que el traidor se rinda.
De espacio te contaré
Mil cosas, en que mi amor
Conozcas.

DON JUAN.

De tu valor
Está muy cierta mi fe.
Sácame, hermano, de aquí,
Quítame aquesta cadena,
Que no me ha dado más pena
Como después que te vi.

RUGERO.

Espera, hermano, que viene
Aquí un irlandés soldado.

Francelisa de soldado, con la espada desnuda.

FRANCELISA.

Dentro.

La codicia te ha engañado:
Tal fin su esperanza tiene.

Sale.

Vuelvo á ver en lo que está (Aparte.)
El dueño de mis deseos.

RUGERO.

¿Quién va? Soldado, teneos.

FRANCELISA.

¿Quién va? ¿No sabéis quién va?

RUGERO.

Rendid, soldado, la espada:
Mirad que os estará bien.

FRANCELISA.

Decidme primero á quién.

RUGERO.

Á Rugero de Moncada.

FRANCELISA.

¡Válgame Dios! ¿No sois vos
Don Juan de Castro?

RUGERO.

Yo sí;
Mas ya sabéis que está allí,
Y que hay dos.

FRANCELISA.

Ya sé que hay dos.

RUGERO.

Y vos, ¿no sois Francelisa?

FRANCELISA.

Sí, don Juan, que vuestra soy (1),
Y en el peligro en que estoy,
Mi desengaño os avisa.
Ríndome, fuerte Rugero,
Si me mandáis que así os nombre,
Á vos, á don Juan y á un hombre
Que más que á mi vida quiero.
Póngome en vuestro poder,
Ya que victorioso estáis,
Para que me defendáis
Como hombre, pues soy mujer.

RUGERO.

Seréis de mí defendida
Tanto como sois amada,
Que no os negará la espada
Quien os ha dado la vida.
Las armas que me entregáis,
Guardad (1), que no es buen concierto
Que después de haberme muerto,
Con la espada me sirváis.
Decís que á un don Juan queréis:
Mirad cuál es de los dos:
Que está en el decirme: «Vos» (2),
Que me deis vida ó matéis.
El preso que veis allí,
Con Clarinda está casado;
Yo libre, que libre he estado
Hasta aquel punto que os vi.
Mirad, Francelisa bella,
¿Quién os puede más servir?

FRANCELISA.

¿Qué puedo agora decir
Á tal rigor de mi estrella?
La soberbia de mi hermano
Á tal punto me ha traído,
Que á vuestros pies me he rendido,
Y entregado á vuestra mano.
Y pues que ya no soy mía
Y estoy en vuestro poder,
Allá podréis escoger
Donde su traición me envía.

Páez y Roberto, asidos del Rey de Irlanda; otros soldados.

PÁEZ.

Suelta, Roberto, el preso.

ROBERTO.

Suelta, Páez.

PÁEZ.

Yo le prendí.

ROBERTO.

Yo le prendí primero,
Y tú llegaste sin sazón á entrambos.

RUGERO.

¿Qué es esto, Páez?

PÁEZ.

Injurias de Roberto.

RUGERO.

Roberto, ¿qué es aquesto?

ROBERTO.

Iras de Páez.

(1) *De don Juan y vuestra soy.*

(1) *Mirad.*
(2) Que está en *elegirme vos.*

PÁEZ.

Yo he preso al Rey.

ROBERTO.

Yo al Rey primero he preso;
Y si yo le rendí y es prisión mía,
Al arbitrio del Rey y su sentencia
Remito mi justicia.

REY DE IRLANDA.

Caballeros,
Remitildo (1) los dos á mi justicia.
Bien hay, á lo que pienso, honra y provecho
En un Rey preso, para dos soldados.
Todos lo hicisteis valerosamente;
Mi fortuna lo ha hecho mal conmigo.
¿Estás presa también?

FRANCELISA.

¿Eso preguntas?

RUGERO.

Tus soberbias, Arnaldo, te han traído
Al estado en que estás. Romped, soldados,
Aquella torre.

ROBERTO.

Yo seré el primero
Que deshierre los pies del dueño mío.
Bajad, señor, que ya por vos subimos.

DON JUAN.

Entra, Roberto, y estos brazos (2) goza;
Que si me otorga el cielo alguna vida,
Yo premiaré con honra y con provecho
Las hazañas heroicas de tu pecho.

Pasan á la torre Roberto y soldados; D. Juan se entra.

REY DE IRLANDA.

¡Á qué miserable estado
La fortuna me ha traído!
¡Qué vuelta conmigo ha dado!
Pero como dado ha sido,
Quítame el bien que me ha dado.
¡Oh bienes de bien ajenos!
¡Oh suerte, que á tantos buenos
Quitas lo que á malos das!
¿Por qué, en llegando á ser más,
Es fuerza el venir á menos?

FRANCELISA.

No te quejes de la suerte,
Quéjate de tu arrogancia;
Que la verdad es tan fuerte,
Que sola en breve distancia
Pudo á sus plantas ponerte.
Pues no aceptaste el partido,
Dale gracias á tu error:
Que á pies de tal vencedor
Es gloria el quedar vencido (3).

(1) *Remitilde.*
(2) Y *destos* brazos.
(3) Dale gracias á tu error
De haber Arnaldo caído
Á pies de tal vencedor,
Que es gloria quedar vencido.

Don Juan, Roberto y soldados.

DON JUAN.

No me he dejado quitar,
Rugero del alma mía,
La cadena, hasta llegar
Á tus pies.

RUGERO.

Señor, desvía.

DON JUAN.

Con ella te he de abrazar.

RUGERO.

Quitalde aquesta prisión,
Soldados. ¿Qué hacéis así?
Si es cadena de afición (1),
Quitadla; ponedla en mí,
Aunque sus brazos lo son.

DON JUAN.

¡Que vengo á tenerte en ellos!

RUGERO.

¡Que estoy, don Juan, á tus pies!

DON JUAN.

¡Que el hierro me quitas dellos!

RUGERO.

¡Que me le pones después!

DON JUAN.

¡Que tengo vida por ellos!

PÁEZ.

Señores, no es tiempo agora
De enternecerse y parar
Nuestra gente vencedora.

DON JUAN.

Dé Marte al amor lugar.

PÁEZ.

Amor ríe y Marte llora.
No es justo parar aquí;
Que saquean la ciudad.

REY DE IRLANDA.

No tengáis piedad de mí;
Del reino tened piedad,
Pues yo solo causa fuí.

RUGERO.

Ahora bien, Páez, Roberto,
Los dos llevaréis al puerto
Á Arnaldo y á Francelisa,
Con buena guarda y aprisa,
Y por lo más encubierto.
Embarcaldos con recato
En la nave capitana,
Mientras el remedio trato
Desta venganza inhumana,
Aunque al ejército ingrato;
Que bien merecen gozar
Con el saco los despojos
Del trabajo en tierra y mar.

REY DE IRLANDA.

¡Que tanto mal ven mis ojos!

PÁEZ.

Señores, alto: á embarcar.

(1) *Fiel* cadena de afición.

ROBERTO.

Ea, Francelisa bella,
Venid conmigo.

FRANCELISA.

Á mi estrella
Doy gracias por tal ventura.

Llévanse Roberto y Páez al Rey y á Francelisa.

RUGERO.

La gente, don Juan, procura
Tomar la venganza en ella.

Suenan dentro cajas.

Ven, y la ciudad defiende,
Donde presidio pondrás;
Mira que tu hacienda (1) ofende:
No dejes que roben más.
Tú los castiga ó los prende.

DON JUAN.

Echa un bando, muestra enojos....
Pero si son sus despojos,
¿Quién ha de haber que los rinda?

RUGERO.

Tu rostro basta.

DON JUAN.

¡Ay, Clarinda! (Aparte.)
¿Cuándo te verán mis ojos?

Vanse.

Clarinda y Floriana.

FLORIANA.

Deja un poco la tristeza,
Pon á los enojos fin.

CLARINDA.

Las flores deste jardín
La aumentan con su belleza.
El agua de aquestas fuentes,
Florïana, me da enojos,
Porque tienen con mis ojos
Competencia sus corrientes.
No hay cosa más excusada
Para mí que la alegría.

FLORIANA.

¡Plega á Dios que llegue el día (2)
Que goces tu prenda amada!

CLARINDA.

No pienso que aunque llegase,
Le gozara mi deseo,
Por los indicios que veo,
Puesto que el amor me abrase.
Ahora bien: déjame estar,
Que nadie sin causa llora,
Y por dicha el mal mejora,
Dejando al dueño llorar.

FLORIANA.

Si aquello del voto ha sido,
Bella Clarinda, ocasión,
Poner culpa no es razón
Á su desamor y olvido.

CLARINDA.

Pues, Florïana, si fuera
Esa disculpa que toma
Verdad, ¿por qué no fué á Roma
Para que el voto cumpliera?
¿No fuera mejor que fuera
Donde prometido había?

El rey Eduardo.

EDUARDO.

¿Qué César, Clarinda mía,
Tan presto fuera y venciera?
Nuevas de Irlanda he tenido,
Que don Juan su puerto ha entrado,
Y que tiene al Rey cercado.

CLARINDA.

Hecho de su mano ha sido.
No se podía esperar
Menos de su gran valor.

EDUARDO.

Mi reino tendrá señor
Que el mundo puede envidiar.
Arturo de Ingalaterra,
Por sus hazañas, se llama
De los nueve de la fama
Por la virtud de la guerra,
Desde el cual á ningún hombre
El mismo nombre le dan,
Si no es al fuerte don Juan,
Que ha merecido su nombre.
¿No estás contenta de ser
De un nuevo Alejandro esposa?

CLARINDA.

Soy en extremo dichosa
En ser (1) de don Juan mujer.

EDUARDO.

Parece que triste estás.

CLARINDA.

Siento su ausencia.

EDUARDO.

Es razón;
Pero dame el corazón
Que otra cosa sientes más.
¿Hate dicho alguna cosa?

FLORIANA.

Sospechas pienso que tiene.

EDUARDO.

¿De qué?

FLORIANA.

De que don Juan viene.

EDUARDO.

¿Tú eres también melindrosa?

FLORIANA.

Señor, no me ha dicho más.

(1) Tu *hazaña*.
(2) *¡Ay, llegue, señora, el dia.*

(1) *Con* ser.

Un mayordomo.

MAYORDOMO.

Un mensajero ha llegado
Del Conde.

EDUARDO.

Necio has andado.
¿Así tal nueva me das?

MAYORDOMO.

¿Quisieras que te pidiera (1)
Albricias?

EDUARDO.

Á mí, á su esposa
Y al reino.

MAYORDOMO.

Más justa cosa
Es, señor, que yo las diera,
Por la parte que me alcanza.

EDUARDO.

Discretamente procedes (2).
Clarinda, alegrarte puedes:
Ya se acerca tu esperanza.

CLARINDA.

Vamos, señor, á saber
Nuevas de don Juan, mi esposo.

FLORIANA.

Que te alegres es forzoso.

CLARINDA.

Nunca es forzoso el placer (3).

FLORIANA.

¿No te ha causado alboroto?

CLARINDA.

Mal mi pena consideras.

FLORIANA.

Sospecho que le tuvieras
Si hubiera cumplido el voto.
Mas buena esperanza toma.

CLARINDA.

Tuviera la que amor manda,
Si como viene de Irlanda,
Viniera don Juan de Roma.

Vanse.

Don Juan, Rugero, Páez y Roberto.

RUGERO.

Con muy próspero viento (4) hemos venido.

DON JUAN.

En todo ha estado el cielo favorable.

RUGERO.

Tu buena estrella, hermano amado, ha sido.

DON JUAN.

Mejor dijeras tu valor notable.

PÁEZ.

No sé si buen acuerdo habéis tenido
(Y perdonad que desta suerte os hable)
En dejar en el puerto nuestras (1) naves,
Y entre soldados libres presos graves.

DON JUAN.

Bien se puede fiar, Páez, la armada,
Los presos y el honor desta victoria
Del almirante Aurelio, cuya espada
Y fama en guerra y paz es tan notoria.
Mas id delante, y á mi esposa amada
Decid que llego á declarar la historia
De las fingidas bodas de Rugero.

ROBERTO.

Ganarle (2) á Páez las albricias quiero. (Aparte.)

PÁEZ.

Roberto se adelanta. (Aparte.) Dios os guarde.
No llegará primero, si yo puedo. (Aparte.)

Vanse Roberto y Páez.

DON JUAN.

Vuelve á tu cuento, porque voy cobarde,
Rugero amigo, de mi propio miedo.

RUGERO.

¿En qué andaba? (3).

DON JUAN.

En que la misma tarde
Que entraste en Londres.....

RUGERO.

Satisfecho quedo.
Digo que entrando en Londres, me contaron
Tus bodas, que en extremo me agradaron (4);
Mas luego en un instante se alborota
La ciudad, el palacio, el vulgo todo:
Que no pareces dicen.

DON JUAN.

Mira y nota,
Rugero, ¡á qué desdichas me acomodo!

RUGERO.

La nave, pues, de mi esperanza rota,
No pudiéndote hallar de ningún modo,
Ya se anegaba en mar de eterno llanto (5)
Cuando me asombra de una sombra el manto.
Háblame, y dice que me case al punto,
Sosegando á Clarinda y á Eduardo,
Pues soy de tu persona igual trasunto;
Y con esto se envuelve en humo pardo.
Yo, viendo lo mejor de Londres junto,
Casarme intento, y vístome gallardo;
Entro en la sala, y que he tardado digo
Por falta de un criado ó de un amigo (6).
Tiénenme todos por don Juan Hispano;
El Arzobispo llega y nos desposa,
Juntando aquella hermosa y blanca mano
Á mi robusta mano venturosa.
Así, don Juan, el imposible allano;
Mas ¿qué dirás cuando Roberto llega,

(1) *¿Qué fuera* que te pidiera.
(2) *Discreto y noble* procedes.
(3) *¿En qué es forzoso el placer?*
(4) *Con qué* próspero viento.

(1) *Vuestras.*
(2) *Ganalle.*
(3) *¿En qué quedaba?*
(4) *Me alegraron.*
(5) *De tierno llanto.*
(6) Y de un amigo.

Y cuenta que don Juan preso navega?
Pero creyendo que yo soy, detiene
La relación, y traen cena y fiesta,
Donde Rugero el lado hermoso tiene
De tu Clarinda, cuanto hermosa honesta.
Allí, ya con los ojos me detiene (1),
Ya con la mano, ya con la respuesta:
Y á todo, cual si fuera tu retrato,
Muestro vergüenza y tímido recato.
Para las fiestas yo temblando llevo
Á mi esposa bellísima á su cuadra.
Allí fué mi temor extraño y nuevo.....
Pienso que lo que digo no te cuadra (2).

DON JUAN.

Yo te escucho, Rugero, como debo.

RUGERO.

Bien me creerás que la mejor escuadra
De enemigos airados darme pudo
Menos temor que verme ya desnudo.
Mas quédese esto así, que me parece
Que has perdido el color.

DON JUAN.

Prosigue, acaba.

RUGERO.

Clarinda, como á todas (3) acontece,
Junto á la cama con vergüenza estaba.
Yo (que el decirlo agora me enmudece),
De verla desnudar me recataba.
Acostose primero. Estás inquieto:
No digo más.

DON JUAN.

Prosigue.

RUGERO.

Vi, en efeto,
Su cara, que por una colcha de oro
Mostraba, que la hermosa y limpia frente
Del sol me pareció, con el tesoro
Que sale de las minas del Oriente (4).
Yo entonces, ya desnudo, con decoro
Alcé la colcha recatadamente
Por un lado no más, y en aquel lado
Toda la noche estuve retirado.

DON JUAN.

¡Válgame Dios, y qué fingido amigo!
¡Válgame Dios, y qué fingido hermano! (5).

RUGERO.

¿La espada sacas?

DON JUAN.

Para dar castigo
Con ella á un fiero bárbaro tirano.
Defiéndete.

RUGERO.

¡Defensa yo contigo!
¡Don Juan! ¡Hermano!

DON JUAN.

¡Sácala, villano!

RUGERO.

Aunque me mates, la tendré envainada.

DON JUAN.

Eres traidor, y así es cobarde espada.

Hiérele y vase.

RUGERO.

¡Ay, que me has muerto injustamente! Hermano,
Espera, escucha. Fuése. ¡Triste suerte!
Pésame que me tengas por villano,
Que no me pesa de mi injusta muerte.
Seguirte tengo. ¡Oh pensamiento vano!
Que por la sangre que mi pecho vierte
Quiere salir el alma: el alma sea
La que te siga, pues tu bien desea.
¡Yo traidor, mi don Juan! ¡Yo falso amigo!
¡Don Juan! ¡Ya no me escucha! ¿Hay desventura
Como morir con nombre de enemigo
Quien con tanta amistad tu bien procura?
Don Juan, espera; moriré contigo.
Dame siquiera, hermano, sepultura
En este monte. ¡Ay, cielos! Voy muriendo;
Mi inocencia y mi vida os encomiendo.

Vase.

Clarinda y Roberto.

ROBERTO.

¿Que he merecido tus brazos?

CLARINDA.

De albricias de tal suceso,
Obligada me confieso
Á darte dos mil abrazos.
¿Que hoy viene don Juan, Roberto?

ROBERTO.

Hoy, señora, le verás.
¿Qué puedo decirte más
De que viene? (1).

CLARINDA.

¿Cierto?

ROBERTO.

Cierto.

CLARINDA.

¿Dónde le dejaste?

ROBERTO.

Queda
Poniéndose muy galán.

CLARINDA.

No lo ha menester don Juan
Para que agradarme pueda.

ROBERTO.

El Rey, mi señor, es ido

---

(1) Me *entretiene*.
(2) En éste y en los tres versos anteriores, el texto correcto es el de Zaragoza, y por eso le he preferido. En la *Parte* 19.ª leemos:

Para las fiestas yo temblando llevo
Á mi esposa bellísima á su cuadra;
Allí fué mi temor extraño y nuevo:
Pienso que lo que digo no te cuadra.

(3) Como *á otras*.
(4) Que sale de las *nubes* del Oriente.
(5) Y qué *traidor* hermano!

(1) ¿De qué *vive*?

Para recibirle ya.

CLARINDA.

De todo Londres será
Con grande amor recibido.

ROBERTO.

Preso viene el irlandés
Y una muy hermosa hermana:
Aquí viene Florïana,
Voy á besarle los pies.

Floriana.

FLORIANA.

¡Roberto!

ROBERTO.

¡Señora mía!

FLORIANA.

¿Vienes bueno?

ROBERTO.

¿Qué mejor,
Pues merezco ese favor?

FLORIANA.

En fin, ha llegado el día
Que nos volvamos á ver.
¿Cómo en la mar lo has pasado?

ROBERTO.

He sido medio pescado.
Heme pensado perder (1).
Don Juan se embarcó sin mí;
Pero al fin llegué con él.

FLORIANA.

Ya sé que es don Juan cruel.

ROBERTO.

Ya la razón entendí,
Y le tengo disculpado.
¿Qué hay de memorias acá?

FLORIANA.

La que me dejaste está
Muy dueño de mi cuidado.

ROBERTO.

Mi memoria, ¿te obligó
Á cuidado?

FLORIANA.

Y con gran guerra
Me he visto en Ingalaterra,
Que así á la mar te llevó (2).
¿Qué traes de la conquista
Que te pueda agradecer?

ROBERTO.

Gran deseo de volver,
Bella señora, á tu vista,
Y un Rey preso por mi mano,
Que tu esclavo has de llamar.

Don Juan.

DON JUAN.

De otra suerte pensé entrar (Aparte.)
En Londres, traidor hermano.
Nunca en victorioso carro
Entró César ni Pompeyo
Con tanto aplauso plebeyo
Ni tan soberbio y bizarro,
Como yo pensé que entraras
Honrando nuestros roeles;
Mas ya las manos crueles
Y tus dos fingidas caras
Triunfan en infame asiento
De los traidores, con quien
Tendrás la fama también
De tu loco atrevimiento;
Que hacerlo, aunque fué traición,
Pasara secreto en mí;
Pero el decírmelo ansí,
Me puso en obligación.
Al que no sabe la ofensa,
No le toca infamia grave;
Pero con el que la sabe,
Ninguna excepción dispensa.
Clarinda está aquí: no quiero
Mostrarme della agraviado,
Pues ser don Juan ha pensado
El mal nacido Rugero;
Que ella, en fin, está inocente,
Y, muerto el que me ofendió,
Por albricias llego yo
Del mismo don Juan presente.
¿No hay quién me alargue los brazos?

CLARINDA.

¡Señor mío!

DON JUAN.

¡Esposa mía!

CLARINDA.

¡Tan solo!

DON JUAN.

¿Qué compañía
Como estos dulces abrazos?

FLORIANA.

¡Conde ilustre!

DON JUAN.

¡Florïana!

ROBERTO.

¡Amo y señor!

DON JUAN.

¡Mi Roberto!
Tomé postas desde el puerto,
Como es la carrera llana;
Y aun, por la fe de español,
Que tomar alas quisiera,
Si algún Dédalo tuviera
Alas para vuestro sol.
Los amigos dejo atrás.

CLARINDA.

Mi padre va á recibiros,
Y con él muchos suspiros,
Y aun deseos, que son más.

DON JUAN.

De deseos no tratéis
Donde los míos están.

---

(1) Falta este verso en la *Parte* 19.ª, pero está en la edición de Zaragoza.

(2) Que *aquí* á la mar te llevó.

CLARINDA.

¡Vos deseos, mi don Juan!

DON JUAN.

Presto, mi bien, lo veréis;
Que los deseos son cosa
Que tiene cuerpo y se ven.

CLARINDA.

Menos os creo, mi bien,
Y más estoy sospechosa:
Y de deseos no habléis,
Pues que tan mal los cumplís.

DON JUAN.

¡Yo mal! ¿Por qué lo decís?

CLARINDA.

Por lo mismo que sabéis (1);
Que llegada la ocasión,
Diréis luego muy devoto
Que habéis hecho á Roma un voto,
Y que cumplirle es razón.
Con esto, muy apartado,
Sin tocar mano ni pie,
Toda la noche os veré
Sin vuestro lado á mi lado.
Y si esto llamáis deseo,
No digáis que los tenéis;
Mas decid que los ponéis,
Pues que no os gozo y os veo.
¿Cuál mujer se desposó,
Que á su marido ofendiese
De sólo que le dijese
Que os amaba como yo,
Y que en la cama á su lado
Della estuviese tan lejos
Como en la guerra?

DON JUAN.

¡Oh consejos (Aparte.)
De un hombre mal informado!
¡Qué hice, triste de mí,
Que por lo que oyendo estoy,
Yo solo el culpado soy,
Y no á quien la muerte dí!
¡Con qué discreta invención,
Rugero, que más me ama
Que á sí, no ofendió en la cama
De mi honor la obligación!
Basta; que el voto fingido
Fué de mi honor salvaguarda.
¿Qué me detengo? ¿Que aguarda
Conmigo el cielo ofendido?
¿Por qué no desciende un rayo
Que me dé la muerte aquí?
Buscarle quiero..... ¡Ay de mí!
Que ya el último desmayo
Habrá cubierto sus ojos.
Vente, Roberto, conmigo.

ROBERTO.

¿Qué es esto?

DON JUAN.

¡Ay, querido amigo!

(1) Por lo *mucho* que sabéis.

ROBERTO.

¿Agora llanto y enojos!

CLARINDA.

¡Señor! ¡Señor! ¿Por qué os vais?

Vanse D. Juan y Roberto.

No me responde y se fué.

FLORIANA.

¿Qué le dijiste?

CLARINDA.

No sé.

FLORIANA.

¡Buenos, por mi vida, estáis!

CLARINDA.

Hablábamos del deseo,
Y lo del voto le dije.

FLORIANA.

Si la vergüenza le aflige,
Sin él otra vez te veo (1).
Síguele.

CLARINDA.

No habrá lugar,
Según el enojo toma.

FLORIANA.

Yo apostaré que va á Roma,
Para volverte á gozar.

Vanse.

Rugero y Belardo (2).

BELARDO.

Tened ánimo, pues.

RUGERO.

No puedo, amigo;
Tanta es la sangre que mis venas vierten.

BELARDO.

Y ¿ha mucho que os hirieron?

RUGERO.

No me siento,
Pastor, para contarte mi desdicha.
Como he podido, fuí subiendo apenas,
Sustentándome ansí, donde balaban
Las ovejas que llevas por el monte.

BELARDO.

Luego que os vi ¡pardiobre! dejé el hato;
Que me dió el corazón, sólo con veros (3),
Que os faltaba salud. Tened buen ánimo (4),
Pues parecéis honrado caballero;
Que no está lejos mi cabaña pobre,
Donde seréis curado de Marcela,
Una hermana (5) que tengo como un ángel,
Porque tiene virtud maravillosa
Para curar los cabritillos tiernos
Que perniquiebran esas altas peñas

(1) Falta este verso en la *Parte* 19.ª, pero está en la de Zaragoza.
(2) Rugero sustentándose sobre la espada, con un pastor Belardo.
(3) Que me dió el corazón *salto* con veros.
(4) *Haced* buen ánimo.
(5) Una *hija*.

Por subir á rumiar esos quejigos.
¿Qué respondéis?

RUGERO.

Que no será posible.

BELARDO.

Pues asentáos aquí mientras que parto
Á traer un jumento: iré ligero,
Y así os podré llevar á la cabaña (1).

RUGERO.

Aquí me siento, pues.

BELARDO.

El cielo os guarde.
Pues sois hidalgo, no muráis cobarde.

Vase.

RUGERO.

Honra, por lo que siempre sois sangrienta,
Como fino coral os rompéis de ojo:
Cualquiera burla vuestra causa enojo,
Cualquiera enojo vuestro causa afrenta.
Honra, como preñada, os atormenta
Cualquiera vanidad de un loco antojo:
Ejemplo soy y mísero despojo
De vuestra esquiva condición violenta
De mi lealtad me reprehendo y riño:
Que no traten con vos de mí se infiere,
Con ser mi honestidad cándido armiño;
Que porque nadie en su firmeza espere,
Tiene la honra condición de niño,
Que solamente de miralle muere.

Don Juan y Roberto, sin ver á Rugero.

ROBERTO.

¿No dices que aquí quedó?

DON JUAN.

Junto á aquestos olmos altos
Le dejé, Roberto amigo,
Mi nombre infame llamando.
Aquí me dijo: «¡Don Juan,
Amigo, señor, hermano!»
Y aquí le dije: «¡Traidor,
Enemigo fiero, ingrato!»
Y dándole mil heridas,
Me fuí, creyendo mi agravio,
Hasta que, como te he dicho,
Vi en Clarinda el desengaño.

ROBERTO.

¡Ah, señor! ¡Qué mal has hecho,
Pues por no oirle hasta el cabo,
Sin culpa has dado la muerte
Á quien la vida te ha dado!
Si Rugero de Moncada
Á Clarinda dió la mano,
No fué por deshonra tuya,
Sino con intento casto.
Lo del voto fué invención:
Florïana me ha contado
Grandes cosas de secreto
De su vergüenza y recato.

DON JUAN.

No prosigas, que de enojo
Y de cólera me abraso (1).
Sin sentido estoy, Roberto,
De mi locura y engaño.
No volveré con la vida,
Habiéndosela quitado;
No gozaré de Clarinda,
No me verán en sus brazos.
Yo mismo me daré muerte.

ROBERTO.

¿Qué es esto? Detén las manos.
¿Eres gentil, ó quién eres?

DON JUAN.

El hombre más desdichado
Que puso en el mundo el pie.

RUGERO.

La muerte me está llamando.
¡Ay, mi don Juan! ¡Quién te viera,
Para darte el desengaño!
¡Ay, don Juan, hermano mío!

DON JUAN.

No sé quién se está quejando.

ROBERTO.

Don Juan parece que dijo.

DON JUAN.

Al pie de aquellos castaños
Veo un bulto: ¿si es aquél?

RUGERO.

¿Por qué me dejaste, hermano?
Ya que me diste la muerte,
Diera yo el alma en tus brazos
Por darte satisfacción.

ROBERTO.

Él es. ¿En qué estás dudando?

DON JUAN.

¡Hermano del alma mía!

RUGERO.

¿Quién me ha llamado?

DON JUAN.

Un villano,
Un loco, un bárbaro fiero,
Un falso amigo, un ingrato,
Un celoso, un fementido,
Un hombre desatinado,
Un vengativo sin ley,
El triste *don Juan de Castro.*

RUGERO.

¿Vuélvesme á matar, señor?

DON JUAN.

Haberme desengañado
De tu gran lealtad mi esposa,
De tu vergüenza y recato,
En busca tuya me vuelve,
Para lavar con mi llanto
La sangre de esas heridas.

RUGERO.

No llores: dame tus brazos;

(1) Por un jumento, como yo ligero,
En que os podré llevar á mi cabaña.

(1) *Y de corrimiento rabio.*

Que si tu engaño me hirió
(Que eres hombre, y enojado
Diste lugar á la ira),
Ya estoy con oirte sano;
Porque el verte y el saber
Que mi lealtad y buen trato
Te han dado arrepentimiento,
Las heridas me han curado.
El alma, que ya salía,
Me has vuelto al pecho.

DON JUAN.

¡Ay, hermano!
Dame la muerte, ó si no,
Yo satisfaré mi agravio (1).

RUGERO.

Tente. ¿Qué haces?

ROBERTO.

¡Señor!.....
Deja ese intento inhumano,
Vuelve en tu acuerdo.

DON JUAN.

¡Ay, Roberto!

RUGERO.

Allí, entre aquellos peñascos,
Está un pastor, que bajó
Á los ecos de mi llanto.
Llevadme allá, si queréis
Que viva.

DON JUAN.

Con mil abrazos
Te pondré sobre mis hombros.
Ten de aquí, Roberto, y vamos;
Que si muere, ¡vive Dios,
Que ha de contarse de entrambos
Una espantosa tragedia!

ROBERTO.

Ya el pastor desciende al llano.

DON JUAN.

Dios te dé vida, Rugero;
Que, por la cruz de Santiago,
De no vivir si tú mueres.

ROBERTO.

¡Qué dolor!

DON JUAN.

¡Qué triste caso!

ACTO TERCERO.

El Príncipe, D. Félix y acompañamiento.

PRÍNCIPE.

En este triste suceso,
Caballeros de Galicia,
Llega el mal á tanto exceso,
Que parece que es justicia
Perder la vida ó el seso.
Cuando del conde don Juan
Nuevas ni aun señas me dan,
Y Rugero de Moncada
Sigue la misma jornada,
Donde ha tres años que están;
Cuando después de tres años
Que la fama nunca cesa
De darme nuevas de engaños,
Se me muere la Princesa,
¿Quién sufrirá tantos daños?

DON FÉLIX.

Aunque te sobre razón,
Señor, para tanta pena,
Agravias tu discreción,
De tanta experiencia llena,
En no templar tu pasión.
Ni está de peligro agora
La Princesa mi señora.

PRÍNCIPE.

Oblígala á mal tan fiero
El no saber de Rugero,
Que, como sabéis, le adora;
Que, aunque á don Juan quiere bien,
No es, en efecto, su hijo.

DON FÉLIX.

¿Que no sabes dónde estén?

PRÍNCIPE.

Un peregrino me dijo,
Y otro lo afirmó también,
Que él había visto en la guerra
De Irlanda y de Ingalaterra
Á Rugero y á don Juan.

DON FÉLIX.

Señor, si tan cerca están,
Vaya gente de tu tierra,
Que de la verdad se informe.

PRÍNCIPE.

El no quererme escribir
Ha sido delito enorme (1).

DON FÉLIX.

Querrán agora vivir
En un estado conforme,
Y hasta hacer alguna hazaña
Querránse encubrir á España,
Como otros muchos han hecho.

Páez, en hábito de irlandés.

PRÍNCIPE.

Correo es éste, sospecho.

DON FÉLIX.

¡Qué traje y presencia extraña!

PÁEZ.

Déme los pies Vuestra Alteza.

PRÍNCIPE.

¿Es Páez?

PÁEZ.

Yo soy, señor.

---

(1) *Tu* agravio.

(1) *Inorme.*

PRÍNCIPE.

En medio de mi tristeza,
En medio de mi dolor.....

PÁEZ.

¡Señor!.....

PRÍNCIPE.

Cubrid la cabeza.

PÁEZ.

Yo estoy como debo estar.

PRÍNCIPE.

Haz lo que digo.

PÁEZ.

Si honrar
Me pretendes, sin albricias
De las nuevas que codicias,
Albricias me puedes dar.

PRÍNCIPE.

Llegan á ocasión tan fuerte,
Que la Princesa, temiendo
De su Rugero la muerte,
Ó es muerta ó está muriendo.

PÁEZ.

Escucha.

PRÍNCIPE.

Comienza.

PÁEZ.

Advierte.
Con Rugero de Moncada,
Su hijo de la Princesa,
Que Dios guarde tantos años
Como tú mismo deseas,
Salí á buscar una tarde
Con una nave flamenca,
Desde el Ferrol á don Juan
Tu hijo, que presto veas
Con la mayor dignidad
Que tenga rey en la tierra;
Pues sus virtudes y hazañas
No hay cetro que no merezcan.
Propuso Rugero en sí (1)
De dar al mundo una vuelta
Desde Galicia á la China,
Del mar Negro al que se hiela,
De no perdonar peligros,
Citias, Arabias desiertas (2),
Caribdis, Cilas, Euripos,
Hasta verle ó tener nuevas.
Pero en el primer viaje,
En Londres de Ingalaterra
Supimos que se casaba
Con Clarinda, su Princesa.
Mas porque la misma noche
Un Rey de Irlanda concierta
El prenderle (3) con traición
Por la misma competencia,
Vino á ser don Juan Rugero (4),
Y desposóse con ella
Por consejo de una sombra;
Que aun hay sombras que aconsejan.
El cómo destos milagros
Á sólo Dios se reserva,
Que no es justo que los hombres
Á sus secretos se atrevan.
Fingió un voto, por guardarse
De hacer á don Juan ofensa,
Y aprestando diez mil hombres
En treinta naves inglesas,
Diez urcas (1), tres galeones,
Surca el mar y á Londres deja.
Ganó á Irlanda, libró al Conde,
Prendió al Rey, y trujo presa
Á Francelisa, su hermana,
Como el alba hermosa y bella.
Puso en Irlanda presidios,
Donde en mil rojas banderas
Sus seis roeles azules
Dan envidia á las estrellas.
Sanó de ciertas heridas
Rugero..... No es bien que sepas
Quién se las dió ni la causa;
Basta que el remedio entiendas.
Llegaron los dos á Londres;
El Conde gozó á su prenda,
Que te ha dado en estos años
Dos nietos, cuya belleza,
Con los hijos de Latona
Competirá sin soberbia;
Que Enrique es sol, siendo luna
La bellísima Lucela.
Rugero quiso tratar
Con Francelisa que fuera
Su casamiento la paz
De Irlanda y de Ingalaterra;
Y, en medio deste concierto,
Ha enfermado de manera
De una peste ponzoñosa
Y de un género de lepra,
Que aun á entrar adonde está
No hay un hombre que se atreva
Sino es don Juan, cuyo amor
Tiene con él contrayerba.
Por su mano bebe y come;
Cosa que en Londres se cuenta
Por prodigio de amistad
Y de piedad excelencia.
Con esto, no te han escrito;
Mas viendo que persevera
Un mal tan grave, señor,
Quiere el Conde que lo sepas.
Él queda á servicio tuyo
Con su esposa, que desea
Verte y servirte, y por mí
Tus Reales manos besa.
Tus dos nietos, aunque niños,
Se te encomiendan por señas:

(1) Propuso Rugero *ansi*.
(2) Citias, *ni Arabias inciertas*.
(3) *De* prenderle.
(4) *Fingió* ser don Juan Rugero.

(1) Diez *barcas*.

Del Conde son estas cartas,
Para que su firma veas.

PRÍNCIPE.

Mezclado ha venido el bien
Con el mal de mi Rugero,
Que es bien que calles también;
Que á la Princesa no quiero
Que tales nuevas le den.
Lo contrario le dirás,
Y ven para que te vea.

PÁEZ.

Discreta industria me das.

PRÍNCIPE.

No quiero que su mal sea
Para que le aumente más.
Yo responderé á don Juan
Y al Rey con un gran presente.

PÁEZ.

Ese, señor, enviarán
Muy presto; que el Rey, ausente
Agora, esperando están.
Tiene Clarinda aprestados
Paños de seda, brocados,
Joyas, vajillas que exceden
Á las de Midas.

PRÍNCIPE.

No pueden
Tesoros vencer cuidados.
Si ella á quien es corresponde,
Á sólo el Conde me envíe,
Que ha tres años que le esconde.

PÁEZ.

Deja que á tus nietos críe;
Que presto verás al Conde.

Vanse.

Don Juan y Clarinda.

CLARINDA.

No siendo la enfermedad
De Rugero agora nueva,
Ni en vos, mi señor, la prueba (1)
De tanto amor y amistad,
Puesto que sea otro vos
Y más que á vos le queráis,
¿De qué nuevamente estáis
Tan triste?

DON JUAN.

No sé, ¡por Dios!
Y en esto se echa de ver
Que no es tristeza la mía,
Pues que sin causa porfía
Á quererme entristecer.

CLARINDA.

Rugero está, como veis,
Mi bien (2), de la misma suerte.
¿Teméis, mi vida, su muerte,
Ó qué desdicha teméis?

DON JUAN.

La muerte (1) no; que tuviera
Consuelo en ver que acabara
Tanto mal, y que quedara
Libre de pena tan fiera.
Antes, verle padecer
Sin remedio y sin morir,
Ni á mí me deja vivir,
Ni esperanza de placer.
Y haréismele muy notable
Que á vuestro oratorio os vais,
Donde otras veces halláis
Consuelo tan saludable,
Y á la reliquia divina
Del apóstol Santïago,
Del moro español estrago,
Corre, esposa, la cortina,
Y pídele que me ampare
En una grande aflicción.

CLARINDA.

Puesto me has en confusión.

DON JUAN.

Basta que esto te declare.
Parte, mi bien, y el consuelo
Me venga del cielo á mí (2).

CLARINDA.

Yo lo haré, mi esposo, ansí.

Vase.

DON JUAN.

Mi desventura recelo.
Grandes males me amenazan,
Tristes sombras me fatigan,
Voces funestas me obligan,
Que mi fin y muerte trazan.
¿Qué quiere amor de mi amor
En que mi firmeza pruebe,
Pues fuera de mí se atreve
Á prendas de tal valor?
Tres veces que me he dormido
De mi dulce esposa al lado,
Un triste sueño he soñado,
Y una voz trágica oído.
Dice que tendrá Rugero
Salud, si á beber le dan
La sangre, no de don Juan,
Que él se la diera primero (3),
Sino la inocente y pura
De mis dos hijos. ¡Ay, triste!
¿Qué padre no se resiste
Á una sentencia tan dura?
Apelo, cielos airados,
De vuestro grande rigor.
Darle mi sangre es mejor,

(1) Falta este verso en la edición de Zaragoza.
(2) *Muy* bien. En la edición de Zaragoza, este verso y el anterior están puestos en boca de D. Juan.

(1) *Su* muerte.
(2) . . . . . y del cielo
Me venga el consuelo á mí.
(3) Que *ésa* le diera primero.

Si castigáis mis pecados.
Yo me sacaré la mía.....
Pero inocente ha de ser,
Y quien esto quiere hacer,
Sangre injustísima cría.
¡Válgame Dios! ¿Que Rugero
No puede tener salud
Si no le da su virtud
Sangre de un tierno cordero?
Mas dije mal. ¡Ojalá
Que un cordero solo fuera,
Y que el uno de dos diera
Para su remedio ya!
Pero ha de ser de los dos,
Según la voz me ha mostrado.
¡Oh amor, que me has obligado
Á hacer tal ofensa á Dios!
¿Qué bárbaro, qué caribe,
Puesto que un amigo amara,
Dos ángeles degollara (1)
Más que al alma que en él vive?
Perdonad, cielo, que intente
Esta desdicha á que voy,
Pues un sol y luna os doy
Con que alumbréis á Occidente.
No vaya el sol al ocaso,
Ni la luna venga acá;
Sol y luna tendrán ya
Después deste triste caso.

Roberto.

ROBERTO.

Temblando estoy. ¡Ay de mí! (Aparte.)
El vaso traigo, señor,
Que me mandaste.

DON JUAN.

¿Hay dolor
Como el que padezco aquí?
Muestra, Roberto.

ROBERTO.

¿Qué quieres
Hacer con él?

DON JUAN.

Salte afuera.

ROBERTO.

Señor, ¿yo no te sirviera?

DON JUAN.

Allá quiero que me esperes.

ROBERTO.

¿No estás bueno?

DON JUAN.

Bueno estoy.

ROBERTO.

Dios te guarde.

Vase.

DON JUAN.

Ya he quedado
Como el hombre sentenciado;
Que cerca del palo voy.
Parece que en ver el vaso
Vi la soga que me espera;
Que aunque doy muerte tan fiera,
Es muy mayor la que paso.
Correr quiero la cortina.

Córrela, y vense los dos niños en una cama (1).

¡Ay, mis ojos! ¿Qué furor
Es éste, que á tal rigor
Mi paterno amor inclina?
Mucho debo yo á Rugero;
Pero más debo á los dos.
¿Qué decís, Enrique, vos,
Que habéis de morir primero?
Lucela mía y mi luz,
Sabed que os quiero eclipsar;
Vuestra sangre ha de bañar
De aquesta daga la cruz.
Adiós, divinos despojos.....
Temor, mis manos enfrías.
¡Que mato á dos almas mías
Y dos niñas de mis ojos!
¡Adiós, ángeles! ¡Adiós,
Mi vida, Enrique, Lucela,
Amores!..... Ya el alma vuela,
Ya se acompañan los dos.
Cogeré la sangre aquí,
Cubrirélos deste modo;
Aunque en sabiéndose todo,
Me han de dar la muerte á mí.
Echar quiero la cortina.
La sangre llevo á Rugero.

Clarinda.

CLARINDA.

Darte buenas nuevas quiero,
Don Juan.

DON JUAN.

¡Clarinda divina!

CLARINDA.

Nuevas, mi bien, han venido
Que viene el Rey, mi señor.

DON JUAN.

Para aumentar mi dolor. (Aparte.)

CLARINDA.

¿Cómo estáis descolorido?

DON JUAN.

Trújome Roberto aquí

(1) El orden de estos versos está evidentemente trastrocado en la *Parte* 19.ª Debe leerse:

Dos ángeles degollara,
Puesto que un amigo amara
Mas que al alma que en él vive.

En la edición de Zaragoza el pasaje no hace sentido:

Pues ya que á un tiempo amara
Mas que el alma que en él vive.

(1) Corra una cortina y véanse dos niños sobre una cama, con dos camisitas.

Un vaso que voy á dar
Á Rugero, y por mirar,
Mi bien, lo que dentro vi,
Tal fuerza debe de ser
La de aquesta confección,
Que ha entrado hasta el corazón.

CLARINDA.

¿Qué hará quien la ha de beber?

DON JUAN.

Yo os juro que, con mirar
Lo que va dentro del vaso,
Como un doloroso caso
Ha vuelto mis ojos mar.

CLARINDA.

¿Queréis que lo mire yo?

DON JUAN.

No, mi bien, que lloraréis.
Más despacio lo sabréis.

CLARINDA.

Y ¿no agora?

DON JUAN.

Agora no.

CLARINDA.

Id con Dios.

DON JUAN.

El cielo os guarde.

Vase.

Floriana.

FLORIANA.

Señora, el Rey llegó ya (1).

CLARINDA.

El Conde de aquí se va;
Supo que venía tarde.
Pésame de que no fuese
Á recibirle (2).

FLORIANA.

No quiso
Que nadie te diese aviso
Primero que él te le diese.
Ya llega.

Sale el Rey y el acompañamiento.

EDUARDO.

¡Dame esos brazos!

CLARINDA.

¡Déme Vuestra Majestad
Las manos!

EDUARDO.

Gran soledad
Me han hecho allá tus abrazos.
¿Cómo está el Conde?

CLARINDA.

Señor,
Muy á tu servicio está.

(1) *Llega.*
(2) *Á prevenirle.*

EDUARDO.

¿Y Rugero?

CLARINDA.

Dicen ya
Que apenas siente dolor.
Pienso que se va acabando:
No se le ve forma de hombre;
De monstruo le dan el nombre,
Y aun al que le está llorando,
Que es también monstruo de amor,
De piedad y de amistad.

EDUARDO.

Mucho siento esa piedad,
Aunque es cristiano valor.

CLARINDA.

Él le levanta y acuesta;
Pero ningún mal recibe.

EDUARDO.

La caridad que en él vive,
Lo que puede manifiesta.
Sus hijos, ¿adónde están? (1).

CLARINDA.

Están, señor, en la cama;
Que no los levanta el ama
Hasta que quiera don Juan.

EDUARDO.

Tiene razón; que los niños,
Desnudos parecen bien,
Y éstos más, porque se ven
Como dos blancos armiños.
Floriana.....

FLORIANA.

Gran señor.....

EDUARDO.

Corre esa cortina luego.
¿Juegan?

Corre Floriana la cortina.

Los dos niños (2).

FLORIANA.

Sí, señor.

EDUARDO.

¡Qué juego
Para matarme de amor!
¿Estáis bueno, Enrique mío?
Mi Lucela, ¿cómo estáis?
¡Qué fuerte sois! Bien mostráis
De vuestro gran padre el brío.
Mas sois, por padre, español:
Tenéis lo más, no me espanto.
¡Qué Lucela! Nunca tanto
Me dió luz la luz del sol.
Cerrad, y duerman un poco,
Ó traeldes (3) de almorzar.

CLARINDA.

Bien te saben alegrar.

(1) *Tus niños*, ¿adónde están?
(2) Los niños se ven jugando encima de la cama.
(3) *Traeldos.*

LOS NIÑOS.

¡Abuelo!.....

EDUARDO.

Vuélvenme loco.

FLORIANA.

Truhanes del cielo son (1).

Extiende la cortina.

Don Juan; Rugero, ya bueno.

RUGERO.

La vida, hermano, te debo.

DON JUAN.

Á que dirás dos me atrevo,
Cuando sepas la ocasión.

RUGERO.

El Rey está aquí.

EDUARDO.

¡Don Juan!

DON JUAN.

Dale las manos primero
Á Rugero.

EDUARDO.

¿Qué Rugero?

DON JUAN.

Tus ojos te lo dirán.

EDUARDO.

¿Cómo estás desta manera?

RUGERO.

Una pítima (2) me ha dado
Don Juan, que me ha reservado
Toda mi salud primera.

EDUARDO.

¡Milagro, por Dios, extraño!

Á D. Juan:

¿Quién te la dijo?

DON JUAN.

En visión
Tuve una revelación
Del remedio de su daño.
Esta pítima (3) formé
De esmeraldas y zafiros
De unos ojos, que en sus giros
La esfera del sol se ve;
De un topacio de cabellos
Y de un cristal de dos fuentes;
De las perlas de unos dientes
Y del coral de unos cuellos.
¡Mis dos hijos degollé
Por dar salud á un amigo!

EDUARDO.

¿Qué dices!

DON JUAN.

Verdad te digo;
Mas todo entre sueños fué.

CLARINDA.

¡Cómo!

EDUARDO.

Alzad esa cortina.
Tus hijos, vivos están.

DON JUAN.

¡Qué premio á los hombres dan
La fe y la piedad divina!
Rey Eduardo, es sin duda
Que estos hijos degollé,
Porque tres veces soñé
Que en su garganta desnuda
Estaba depositada
De Rugero la salud;
Cuya sangre, tal virtud
Tuvo en su valor guardada,
Que bebió apenas el vaso,
Cuando milagrosamente
Desde los pies á la frente
Quedó sano.

EDUARDO.

¡Extraño caso!
¿Que tú has hecho tal crueldad?

CLARINDA.

Señor, ¿tal crueldad has hecho?

DON JUAN.

Meta la mano en su pecho
Quien sabe qué es amistad.

EDUARDO.

No pienso hablarte en mi vida.
Mis dos nietos le quitad;
Sálgase de la ciudad
El traidor, vil homicida.
Llevad esos niños luego,
Quitádselos de los ojos.

CLARINDA.

Señor, no muestres enojos
En un hombre (1) de amor ciego.

EDUARDO.

Pues ¿tú me ruegas por él,
Que le debieras matar?
¡Acabaldos de quitar!
No los verás más, cruel (2).
Y la hija fementida
Que ruega por él, no crea,
Si vida tener desea,
Que me ha de ver en su vida.
¡No paren los dos aquí!

DON JUAN.

Tú verás con qué paciencia
Hago de tu reino ausencia.

RUGERO.

¡Que esto padezcas por mí!

EDUARDO.

Si un hora tardan de estar
En la mar ó en la ribera,

(1) *Tres aves* del cielo son (*sic!*)
(2) *Epitima.*
(3) *Epitima.*

(1) *Con* un hombre.
(2) No los verás más *con él.*

Doy facultad á cualquiera
De que los pueda matar.

Vase, y el acompañamiento llevándose á los niños.

RUGERO.

Echarme quiero á tus pies
Para pedirte, don Juan,
Por la pena que te dan,
Que aquí la muerte me des.

DON JUAN.

Álzate, amigo Rugero,
Que si treinta hijos tuviera,
Por tu salud los pusiera
En el filo deste acero.
Si durare la crueldad
Del Rey, tierra tengo yo
Donde vivamos, pues dió
Tal pena á tanta amistad.
Vos, discreta esposa mía,
No os espantéis de mi intento,
Pues á mi agradecimiento
Tal favor el cielo envía;
Que pues milagrosamente
Mis hijos resucitó,
Ó mi piedad le agradó,
Ó aquella sangre inocente.

CLARINDA.

Yo, Conde, soy vuestra esposa,
Y no á España, al fin del mundo
Iré por el mar profundo
Á vuestro lado gozosa.
Si vos vuestros hijos dos
Por un amigo matáis,
Mayor ejemplo me dais,
Que no dejarlos por vos.
Con su abuelo quedan bien:
Si le durare el rigor,
Donde fuéredes, señor,
Irá Clarinda también.

DON JUAN.

No menos siempre entendí
De vuestra virtud, esposa.

El Rey de Irlanda y Francelisa.

REY DE IRLANDA.

Sentencia fué rigurosa.

FRANCELISA.

Y sentencia contra mí.

REY DE IRLANDA.

El Rey dicen que os destierra;
La causa tiene disculpa,
Pues el rigor de la culpa
Tan alta amistad encierra.
Yo soy vuestro prisionero;
No os ofrezco el reino mío,
Porque fuera desvarío,
Siendo, como es, de Rugero;
Pero si mientras airado
El Rey se muestra, queréis
Ir á Irlanda, allí tenéis
Ricos vasallos y estado.
Viviréis sin duda alguna
Con grandísimo regalo.

RUGERO.

Á la de don Juan igualo
Tu piedad en mi fortuna.
Pero, con licencia suya,
Te quiero dar libertad,
Si mi liberalidad
Merece una prenda tuya,
Por la cual vendré de España
Luego que deje mi hermano
En su casa.

REY DE IRLANDA.

Bueno y sano,
Rugero, al Conde acompaña;
Que esa prenda y cuanto he sido
Y soy, ofrezco á esos pies,
Y que á besar me los des
Por tanta merced te pido (1).

RUGERO.

Detente, Arnaldo.

DON JUAN.

Tú has hecho
Cosa digna á tu valor,
Por que te cobrara amor,
Si más cupiera en mi pecho.
Vé libre á Irlanda, que irán
Contigo dos capitanes,
Con quien el presidio allanes
De los que en su nombre están;
Que yo propio quiero ser
Quien venga por Francelisa.

Roberto.

ROBERTO.

Partid, señores, aprisa,
Que el Rey os manda prender.
Vuestros hijos ha encerrado,
Á quien por puntos atienta
Las gargantas, dando cuenta
Al Parlamento, al Estado
De los nobles, á la gente
Vulgar, de la historia extraña.

DON JUAN.

Hermosa Clarinda, ¡á España,
Antes que prenderme intente!
Adiós, Arnaldo.

REY DE IRLANDA.

Él os guarde,
Y á España con bien os lleve.

RUGERO.

Francelisa, no se atreve
Á hablar mi pecho cobarde
En tanto amor y tal prisa.

FRANCELISA.

Sólo os diré, mi Rugero,

(1) Por tanta *piedad* te pido.

Que como á mi vida os quiero,
Y que es vuestra Francelisa.

Vanse todos, menos Roberto y Floriana.

ROBERTO.

¿Vais á España, Florïana?

FLORIANA.

Á España, Roberto, voy.

ROBERTO.

Vuestro marinero soy;
Vos mi sol desde mañana,
Mi norte, mi estrella y guía,
Y aguja de marear.

FLORIANA.

Yo á vos os quiero llevar
Por dueño y por prenda mía.

ROBERTO.

Ha dado en hacer favor (Aparte.) (1).
Aquesta necia á Roberto,
Porque tiene por muy cierto
Que soy allá un gran señor.
Por marido me codicia:
Nada de mi humor discrepa.
¡Oh, lo que hará cuando sepa
Que fuí lacayo en Galicia!

Vanse.

El rey Eduardo, Arnesto y criados.

EDUARDO.

¡Al Rey dieron libertad!

ARNESTO.

Y á su hermana juntamente.

EDUARDO.

¡Que con tal velocidad,
Tan secreto y libremente,
Saliesen de la ciudad!

ARNESTO.

Ya se aperciben dos naves
Para que salgan del puerto.

EDUARDO.

¿Qué fué la causa?

ARNESTO.

Ya sabes
Que era bastante el concierto,
Y con juramentos graves;
Que Francelisa ha de ser
De Rugero de Moncada.

EDUARDO.

Arnesto, esa paz jurada
Me ha dado bien que temer;
Que el de Irlanda, mozo inquieto,
Deste reino deseoso,
Me ha de poner en aprieto;
Que en viéndose poderoso
No tendrá á nadie respeto,
Ni ha de mirar á Rugero,
Ni ha de temer á don Juan.

(1) Ha dado *mayor* favor.

ARNESTO.

Pues asegurarte quiero
Que los dos hermanos van
Desenvainando el acero.
Y no les falta razón;
Que fué mucha indiscreción
La que á tus hijos mostraste.

EDUARDO.

Para mi defensa, baste
Mi justicia y mi afición.
Adoro, Arnesto, á mis nietos,
Á quien dió muerte don Juan,
Lleno de vanos respetos;
Porque si buenos están,
Fueron del cielo secretos.
Al cielo y su autor bendito
Gracias y altar le consagro;
Mas en ejemplos que imito,
Aunque agradezco el milagro,
Castigo, Arnesto, el delito.
Á la mira quiero estar
De lo que el de Irlanda intenta,
Que aun hay de por medio el mar.

ARNESTO.

Triste Clarinda se ausenta;
Otro forma con llorar.
Gran señor, míralo bien (1).

EDUARDO.

Ya lo tengo bien mirado;
Mas no es posible que estén
Embarcados.

ARNESTO.

Ni aun pensado
Que tanto enojo te den.
¡Por Dios, que no lo permitas!
Que si los dejas partir,
La vida y honor te quitas.

EDUARDO.

Sería dar que decir,
Si á perdonarlos me incitas.

ARNESTO.

Mira que todos le dan
Mil disculpas á don Juan,
Por ser de un amigo hazaña.
Honra á tus hijos y á España.

EDUARDO.

Tú, ¿no ves lo que dirán?

ARNESTO.

Tu gracia y perdón esperan.

EDUARDO.

Todos me dicen que mueran.

ARNESTO.

Como esas cosas se acaban;
Y yo sé que mil le alaban,
Si algunos le vituperan.

EDUARDO.

Es temprano, y fué muy loco.

ARNESTO.

Tú quitas y pones leyes.

(1) *¡Ah, señor, miradlo bien!*

EDUARDO.

Ahora bien, ésta revoco,
Aunque digan que los reyes
No se han de enojar por poco.

Vanse.

El Rey de Irlanda y Francelisa.

REY DE IRLANDA.

Si estabas desa manera,
¿No fuera, hermana, más justo
Que me dijeras tu gusto?

FRANCELISA.

Justo parece que fuera;
Pero fío de Rugero
Vuelva de España por mí.

REY DE IRLANDA.

¿Dióte la palabra?

FRANCELISA.

Sí.

REY DE IRLANDA.

Hará como caballero;
Y te puedo asegurar,
Como esclavo que fuí suyo (1)
(Pues su hacienda restituyo,
Si el reino le quiero dar),
Que le tengo como á ti.

FRANCELISA.

Mil años te guarde el cielo.
Que se ha embarcado recelo.

REY DE IRLANDA.

¿Si es éste?

FRANCELISA.

Pienso que sí.

Rugero.

RUGERO.

¡Ay Dios, en la orilla están!
¡Rey famoso! ¡Esposa mía!

REY DE IRLANDA.

¡Gran Rugero!

FRANCELISA.

¡Amado esposo!

RUGERO.

Para que no os embarquéis,
Vengo por la playa sólo;
Porque cuando nos dejastes
Con lágrimas en los ojos,
Dando ya velas al viento,
Llegó Arnesto presuroso,
Diciendo que arrepentido
El Rey del injusto enojo,
Venía por sus dos hijos.
Lo mismo dijo Rudolfo,
Y que ya el Rey se acercaba;
Pero apenas le conozco,
Cuando de vuestra partida
Y mi fortuna celoso,
Vengo á daros estas nuevas,
Para que también nosotros
Gocemos de aquestas paces,
Volviendo á palacio todos,
Donde tendrá más firmeza
El tratado desposorio,
Ya que he tenido ventura,
Y quiso el cielo piadoso
Que os hallase en la orilla (1);
Que haber entrado en el golfo
Á imitación de Leandro,
Fuera de la mar despojos.
Ya estarán en la ciudad:
Volvamos, Rey generoso;
Volvamos, esposa mía.

REY DE IRLANDA.

Mostrado ha el Rey de ese modo
Ser padre, cuyo atributo
Ha sido siempre piadoso.
Vamos, que de tu contento
Puedo decir que estoy loco.

FRANCELISA.

Pues ¿yo qué diré, Rugero,
Si por marido te gozo?

RUGERO.

Di que de un furioso Orlando
Has hecho un tierno Medoro (2).

Vanse.

Don Juan.

DON JUAN.

¡Hoy, que tomé posesión
Pacífica de mi Estado;
Hoy, que me llaman señor
Obedientes mis vasallos;
Hoy, que á mi Clarinda he puesto,
No en los reinos conquistados,
Sino en el solar antiguo
De dos príncipes tan altos;
Hoy, que en la cama y la cuadra
Donde nació y la criaron,
Me acuesto á su lado hermoso,
No hay dormir! ¡Extraño caso!
¡Hoy, que dan fin mis desdichas,
Si por dicha no me engaño,
Teniendo mis dulces hijos,
Más parezco desdichado!
¡Hoy, que estoy en propia tierra,
Reino, ciudad y palacio,
Cercado de deudos nobles,
Ingleses y castellanos;
Hoy, que parece que el mar
Á mi nombre está humillando
Las aguas en este puerto,
No hay dormir! ¡Extraño caso!
Asentarme quiero aquí,
Que, de penas y cuidados,
Sin despertar á mi esposa,

(1) Como esclavo que fuí *tuyo*.

(1) Verso incompleto en la *Parte* 19.ª, pero completo en la de Zaragoza.

(2) Faltan este verso y el anterior en la edición de Zaragoza.

De la cama me levanto:
Podrá ser que en esta silla
Venga el sueño más de espacio,
Pues en la cama no quiere
Darme un hora de descanso.
No me engaño....., está más fresco.
Ya con perezoso paso
El sueño baja á mis ojos:
Detente en ellos un rato.

Tibaldo, dentro (1).

TIBALDO.

Ábreme aqueste aposento;
Abre aquí, don Juan de Castro (2).

DON JUAN.

¡Válgame Dios, y cuán poco,
Dulce sueño, habéis durado!
Soñaba que daban voces.
Ven, sueño, otra vez te llamo.

TIBALDO.

Dentro.

¿No quieres abrir aquí?
Abre, don Juan.

DON JUAN.

¡Cielo santo!
Apenas cerré los ojos,
Cuando despierto, obligado
De mil temerosas voces.
Vuelve, sueño, ya te aguardo.

TIBALDO.

Dentro.

¿Háceslo adrede, don Juan?
Abre aquí.

DON JUAN.

Si no me engaño,
Á la puerta me dan voces.

TIBALDO.

¡Estás oyendo y callando!

DON JUAN.

¡Vive Dios, que no era sueño!
Golpes á la puerta han dado.
Mi espada, ¿no estaba aquí?
Aquí está. ¿Qué me acobardo?
Entra, quienquiera que seas
Á tales horas, villano;
Que si me armaste traición,
Agora tendrás el pago.

Toma la espada y abre la puerta.

Tibaldo y cuatro figuras de hombres armados (3).

DON JUAN.

¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?

TIBALDO.

No te turbes. ¿Qué es del ánimo
Para tantas aventuras?

DON JUAN.

No me turbo. ¿Eres Tibaldo?

TIBALDO.

Tibaldo soy.

DON JUAN.

¿Qué me quieres
Á tales horas?

TIBALDO.

Me espanto
Que tal cosa me preguntes.

DON JUAN.

Qué, ¿no es justo preguntarlo? (1).

TIBALDO.

¿No te acuerdas, di, don Juan,
De que los dos concertamos,
Cuando en la ermita del monte,
Al pie de un altar echado,
Te prometí dar mi ayuda,
Que el uno al otro juramos,
Yo de ponerte en el punto
Que vieron entonces tantos,
Con caballos, con vestidos
Negros, blancos y encarnados,
Y tú de que me darías,
De aqueste servicio en pago,
La mitad de la ganancia?
Pues ya, don Juan, que has llegado
Á gozar tu amada esposa,
Y estás con ella en descanso,
Cúmpleme lo prometido
Como caballero honrado.

DON JUAN.

Tibaldo, es mucha verdad,
Y que no he de serte ingrato.
Clarinda.....

Clarinda, dentro.

CLARINDA.

Señor.....

DON JUAN.

Despierta,
Toma una ropa. (Entretanto
Que los dos hacemos cuenta,
Se vestirá.) ¡Extraño caso!

TIBALDO.

¿Qué ganaste lo primero?

DON JUAN.

Un collar de oro, esmaltado
Con cien diamantes.

TIBALDO.

Pues bien.....

DON JUAN.

¿Qué bien? Darte el medio aguardo.

(1) Den golpes dentro, y diga Tibaldo.
(2) *Ábra* aquí don Juan de *Márces*.
(3) Salga Tibaldo con cuatro hombres vestidos de cuatro túnicas negras, con cuatro espadas teñidas.

(1) *Preguntallo*.

TIBALDO.

¿Qué más?

DON JUAN.

Cantidad de joyas,
De cinturas y tocados,
Y vestidos de mi esposa.

TIBALDO.

Mira que no encubras algo.

DON JUAN.

Gané un reino; pero aquéste
Bien sabes que está empeñado
Por la vida de su Rey.
Presto morirá Eduardo (1).

TIBALDO.

¿No ganaste más?

DON JUAN.

Yo no.

TIBALDO.

¿Por qué me tratas engaño?

DON JUAN.

¡Yo engaño!

TIBALDO.

Acuérdate bien.

DON JUAN.

No sé, por el cielo santo,
Que haya ganado otra cosa.

TIBALDO.

Pues ¿cómo te has olvidado
De que ganaste á Clarinda?

DON JUAN.

Es verdad.

TIBALDO.

Pues ¿es buen trato
Que de lo que más estimo
La mitad me hayas negado?

DON JUAN.

Extraño rigor es ése.
¿La mitad de un cuerpo humano?

TIBALDO.

Pues ¿no fué concierto así?

DON JUAN.

¿Qué es lo que pides, Tibaldo?

TIBALDO.

La mitad de lo que es mío,
Ó ¡vive Dios! de tomarlo
De la manera que pueda.

Sale Clarinda

CLARINDA.

¿Qué mandas, esposo amado?

DON JUAN.

¿No te acuerdas que una fiesta
Te dije, estando en tus brazos,
Mis aventuras, Clarinda?

CLARINDA.

¡Ay cielos, qué extraño espanto!

DON JUAN.

Detente. Tibaldo es éste:
Dice que ha llegado el plazo
En que le dé la mitad
Que los dos juntos ganamos,
El prestando y yo sirviendo;
Y pues cumplir lo jurado
Es de caballeros nobles,
Y pleito homenaje hidalgo,
Para darle la mitad
De tu cuerpo.....

Alza la espada.

TIBALDO.

Ten la mano,
Porque sólo aquesto ha sido
Dar más fuerza á este milagro.
Cuando pagaste primero,
Don Juan, los dos mil ducados,
Me mandó el cielo servirte.
Goza á Clarinda mil años,
Que presto verás tus hijos
Con mucho gusto y descanso,
Por el que me diste á mí (1),
Todas mis deudas pagando.
Aquellos vestidos negros,
Y de amarillo bordados,
Significaban el fuego
En que mi espíritu abraso;
Los blancos, que voy al cielo,
Ya limpio y purificado;
Los encarnados y verdes,
Que ya la esperanza acabo;
Y que la tengo de ver
En carne aquel cuerpo humano,
Cuando el día del Jüicio
Salga del sepulcro helado.
Por esta hazaña, don Juan,
Y los fuegos que he pasado,
El Tao de San Antón
Traerán desde hoy más los Castros
En sus armas generosas (2).

DON JUAN.

Aguarda un poco, Tibaldo.

TIBALDO.

No me da licencia el cielo
Para detenerme tanto.

DON JUAN.

Aquí, senado discreto,
Acaba el extraño caso
Del *Hacer bien á los muertos*
Y del gran *Don Juan de Castro* (3).

---

(1) En la edición de Zaragoza este verso está en boca de Tibaldo.

(1) Por el que me *hiciste* á mí.

(2) Aquí la edición de Zaragoza contiene estos tres desatinados é ininteligibles versos:

Y los fuegos que *ha pagado*
El día de San Antón,
Alzara, y más los Alarcos
Con sus armas generosas.

(3) En vez de estos últimos versos tiene el siguiente final la edición de Zaragoza:

Acaba el extraño caso
Al Español sucedido
Que llaman don Juan de Alarcos.

LA DONCELLA TEODOR

COMEDIA FAMOSA

DE

LA DONCELLA TEODOR

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

Don Félix.	Patricio.	Amete.
Padilla.	Daraja.	Leonardo.
Leonelo.	Zayde.	Un pregonero.
Fabio (*de estudiante*).	Un capitán.	El Soldán de Persia.
Julio.	Dos villanos.	Zaro.
El Rey de Orán.	Seresto, *catedrático* (1).	Demetrio.
Celindo.	Irano.	Fenicia.
Jarifa.	Niselo.	Tibaldo.
Teodor.	Lidio.	Beliano.
El maestro Leonardo.	Alimo.	Sinardo.—Lidoro.

ACTO PRIMERO.

Sale D. Félix con una sotanilla de estudiante, vistiéndose, y Padilla, su criado, ayudándole.

FÉLIX.

Dame herreruelo y sombrero
Con esta media sotana.

PADILLA.

Aunque mi inorancia es llana,
Cogerte á las manos quiero.
Apostemos que no sabes
Cuándo ó cómo se llamó
Sotana.

FÉLIX.

¿Importa que yo
Sepa esas cosas?

PADILLA.

Son graves;
Y para tu profesión
No son de poca importancia.

FÉLIX.

¡Lindo humor!

PADILLA.

¡Brava arrogancia!

FÉLIX.

Pues ¿de qué importancia son?

---

(1) *Floresto*, en la comedia.

PADILLA.

Si lo que un hombre se viste
No sabe lo que es, ¿es bien
Llamarse estudiante?

FÉLIX.

¿Á quién
Ese desatino oiste?

PADILLA.

Yo tengo acá mis librillos,
Que tratan curiosidades.

FÉLIX.

Eres flor de habilidades.

PADILLA.

Piensan esos mozalbillos
Que la misma ciencia son,
Y no saben qué es sotana.

FÉLIX.

¿Qué es sotana?

PADILLA.

Sota y Ana.

FÉLIX.

¡Notable difinición!

PADILLA.

Un ama un cura tenía,
Á quien dicen que enseñaba
Los naipes con que jugaba,
Porque no los conocía.
Decíala una mañana:
«Éste es siete, y éste es as.»
Reparó en la sota más,
Y dijo: «Aquésta es sotana.»

FÉLIX.

Á la cuenta, ¿llamarían
Ana al ama?

PADILLA.

Sí, señor.

FÉLIX.

¡Bendiga el cielo tu humor!
¿Desde entonces se dirían
Sotanas estos vestidos?

PADILLA.

¿No lo ves adjetivado?

FÉLIX.

¡Bravo ingenio!

PADILLA.

Sotanado.

FÉLIX.

Dame tus locos sentidos
Para no sentir mi mal,
Y toma mi entendimiento.

PADILLA.

Esto es saber con cimiento.

FÉLIX.

No he visto locura igual.

Entra Leonelo.

LEONELO.

Aun no estará levantado
Don Félix.

FÉLIX.

Mira quién es.

PADILLA.

¿Para qué? ¿Ya no lo ves?

FÉLIX.

¡Leonelo!

LEONELO.

¡Oh, primo amado!
¿Adónde tan de mañana?

FÉLIX.

Á la fe, primo, á lición.

LEONELO.

¿Á lición? ¡Brava afición!

FÉLIX.

Es la lición soberana,
Y merece este cuidado.

LEONELO.

Días ha que le tenéis,
Y en cuanto decís y hacéis,
Un espíritu elevado.
Si vais á lición, no quiero
Impediros; si es lición
De afición, muy cuerdos son
Los que llevan compañero.
Llevadme, que puede ser
Que allá os sea necesario;
Que no hay gusto sin contrario,
Ni sin peligro mujer.

FÉLIX.

Días ha, primo Leonelo,
Que por círculos os hablo,
Que por enigmas os digo
La ciencia de mis cuidados.
Envuelvo mis pensamientos
En jeroglíficos altos,
Juzgándolos por indignos
De nuestro lenguaje humano.
La razón ha sido estar
En lugar tan reservado,
Que pensé que con decirlos
Se quejaran de mi agravio;
Mas ya que me da licencia
El mismo dolor que paso,
Para declararme á quien
Puede ayudarme á pasarlo,
Sabed que esta gran ciudad,
Como en los tiempos pasados,
Tiene encantamentos hoy,
Tiene portentosos casos.
¿No habéis oído decir
De la cueva, y los candados
Que rompió el rey don Rodrigo,
Cuando en alarbes caballos
Vió tanto bonete rojo,
Vió tanto turbante blanco,
Tanta jineta y adarga,
Y tanto alfanje africano?
¿Y de otra cueva también,
Adonde dicen que entraron
Muchos, que en todas las ciencias
Salieron doctos y sabios?
Pues sabed que aquestas cuevas,
Primo, no se han acabado;

Una he descubierto yo,
No quiera Dios por mi daño.

LEONELO.

¡Cueva! ¿Qué decís?

FÉLIX.

No es cueva;
Mas desta suerte la llamo,
Porque cuanto en ella miro
Todo me parece espanto.
Enseña filosofía
Á caballeros y hidalgos,
Griego, latín y otras lenguas,
Junto á San Miguel el alto,
Leonardo de Binis, maestro,
Pienso que alemán, casado
En Toledo con mujer
Tan docta, y que sabe tanto,
Que de los dos ha nacido
Un monstruo, un Fénis tan raro
En discreción y hermosura,
Que pone á la tierra espanto.
Es corto encarecimiento
Decir que es Carmenta ó Safo;
Si hoy vive alguna sibila,
Es en aqueste milagro.
Teodor, Leonelo, es su nombre,
Cuyo ingenio soberano
Será presto conocido
Desde el Aurora al Ocaso.
Entré solamente á oir,
No entré á ver, pero mirando
La hermosura de Teodor,
Vi y oí milagros raros.
Porque esta hermosa doncella,
Cuando á la lección entramos,
Sale también con sus libros
Á su lugar señalado.
Oye, pregunta, responde,
Arguye, y, los ojos bajos,
Lleva las almas al cielo
De su ingenio soberano.
Díjele un día, que á solas
Por ventura nos hallamos,
Que arguyésemos de amor,
Y con argumentos varios
La persuadí que era justo
Amarme, y amarme cuanto
Mi casto amor merecía;
Que no es amor si no es casto.
Persuadióse, conociendo
Que era el matrimonio santo
Fin del blanco deste amor,
Que yo le tomé por blanco;
Mas como no hay sol sin sombra,
Hombre rico sin cuidados,
Virtuoso sin envidia,
Y pretensión sin contrarios,
Ansí no faltó en mi amor;
Que un mancebo de mis años,
De mi facultad y letras,
No menos rico é hidalgo,

La sirve, y pienso que trata
De pedírsela á Leonardo,
De que estoy.....

LEONELO.

No digáis más;
Que os hacéis un notable agravio.
¿Es posible que hombre cuerdo,
En querer bien haya dado
Una tan sabia mujer?

FÉLIX.

Pues ¿es delito?

LEONELO.

Mirando
Que el ingenio y la doctrina
Deben estimarse en tanto,
Justo es amar quien le tiene,
Pero entre doctos y sabios;
Mas que para casamiento,
Cosa que dura los años
Que un hombre tiene de vida,
Tengáis vos por acertado
Llevar á casa mujer
Que, con ingenio tan alto,
Os desprecie y tenga en poco,
Y quiera tener el mando
Que Dios ha puesto en el hombre,
Sin otras cosas que callo,
¿No es desatino y locura?

FÉLIX.

¿Desatino?

LEONELO.

Y muy pesado.
La mujer propria ha de ser
De ingenio humilde y mediano,
No arrogante ni discreta,
Que es insufrible trabajo.
Porque con ingenio humilde
Sujétase al hombre cuanto
Es justo que le obedezca,
Y en cualquier dudoso caso
Veréis que sólo responde:
«Mi marido lo ha mandado;
Esto dijo mi marido»;
Y aunque la hiciesen pedazos,
No la sacarán de aquí;
Mas si pica en lo delgado,
Cuanto dijere el marido
Se ha de hacer por lo contrario.
Si la mujer ha de ser
Para tratar el regalo
Del hombre, basta que sepa
Su lenguaje castellano.
Griega y latina, ¿á qué efeto?
Si á sufrilla no acertamos
Sabiendo sola una lengua,
Que es la propia, ¿no está claro
Que sabiendo cinco ó seis
No podrá sufrirla un mármol?
Gentil discreción, ¡por Dios!
Ver un marido en su estrado
Asentado á Salomón,

Y en la mesa estar hablando
Con Aristóteles griego,
Y tener de noche al lado
Á Licurgo, á Cicerón,
Ó á Tito Livio romano.
No, primo, que la mujer,
No porque boba la alabo,
Ha de ser como la pinta
Nuestro refrán castellano.

FÉLIX.

¿Cómo?

LEONELO.

En la calle señora,
Devota en el templo santo,
Dama en el estrado honesta,
Cabra ligera en el campo,
Cuidadosa en su familia,
Animosa en los trabajos,
Regocijada en la mesa,
Muda en enojos y agravios,
Fregona en casa, en la cama.....
Harto os he dicho, miraldo.

FÉLIX.

Harto, por mi vida, primo,
Pues que me dejáis tan harto.
Vos habéis hecho mujer
Como si fuera de barro;
Habiéndola hecho Dios,
Artífice soberano,
De las costillas del hombre.

LEONELO.

En ellas me den mil palos
Si casare con mujer,
Por un millón de ducados,
Que sepa griego. ¿Yo griego
Siendo español toledano?

FÉLIX.

¿Queréisla ver?

LEONELO.

¿Podré entrar?

FÉLIX.

Sí, pero el cuello quitado,
Como estudiante.

LEONELO.

Padilla.....

PADILLA.

Señor.....

LEONELO.

¿Hay valona acaso?

PADILLA.

Yo te prestaré una mía
Que se lavó habrá dos años,
Como aquel romance dice,
Y que el celebrado Tajo,
Con llamarle cristalino,
Corrió tinta más de cuatro;
Y puesto á secar al sol,
Tardó en secarse otros tantos,
Porque el sol, de asco y vergüenza,
Apartaba dél sus rayos.

FÉLIX.

Bestia, dale alguna mía,
Y á ver aquel ángel vamos.

PADILLA.

Tú verás una mujer
Que adora este mentecato,
Como un turrón de Alicante.

LEONELO.

La difinición aguardo.

PADILLA.

Que sabe y quiebra los dientes;
Dulce, y dura como un canto;
Igual es una pobreta,
Que habla en romance claro;
Pan por pan, vino por vino;
Garbanzos á los garbanzos;
Berza á la que fuere berza,
Y nabo al que fuere nabo.

Vase.

Entran Teodor y Fabio, estudiante.

TEODOR.

Muy lejos, Fabio, te veo
De una honesta voluntad.

FABIO.

Digo, Teodor, que es verdad,
Que todo amor es deseo,
No todo deseo amor;
Porque en el deleite vemos
Todo deseo, y tenemos
Fin el deleite en rigor.
Con el amor juntamente
Se halla el deleite, que alguno
Es fin de amor.

TEODOR.

¡Que importuno!

FABIO.

Todos son generalmente
Los deleites fin, Teodor,
Del deseo, y el deseo,
Común al amor le veo,
Y con lo que no es amor.

TEODOR.

Luego ¿haces que sea especie
De amor el deseo?

FABIO.

Sí,
Como está el ejemplo en mí,
Aunque el tuyo me desprecie.

TEODOR.

La otra que no es amor,
¿Qué nombre tiene?

FABIO.

Apetito.

TEODOR.

¿Qué locuras te permito?
Arguyo ansí.....

FABIO.

Di, Teodor.

TEODOR.

Á amor y apetito diste
Un fin, que es el deleitar;
Luego apetecer y amar,
Una misma cosa hiciste.
Si una misma cosa son
Amor y apetito, di,
¿Cómo de los dos aquí
Haces también distinción?

FABIO.

Verdad es que de cualquiera
Dellos el deleite es fin;
Mas diferéncianse, en fin,
Los dos de aquesta manera:
El fin de amor es lo hermoso,
Y el del apetito no.

TEODOR.

Pues si lo hermoso no amó
El apetito, es forzoso
Que sea de lo que es feo;
Y deleitar sin belleza
Repugna á naturaleza,
Porque claramente veo
Que todo lo feo es malo,
Y bueno todo lo hermoso.
Querer lo bueno es forzoso;
Lo bueno á lo hermoso igualo:
Lo feo á amor contradice;
Que eso es bueno lo que ha sido
Amado y apetecido,
Como Aristóteles dice.

FABIO.

Todo lo que no es hermoso,
Ser feo niego; que hay cosas
Que ni son feas ni hermosas
Y deleitan.

TEODOR.

¿No es forzoso
Ser todo lo hermoso bueno?

FABIO.

Sí.

TEODOR.

Luego malo será
Si no es hermoso, en que ya
Esos contrarios condeno.
Que si puedo desear
Lo malo, y lo deseado
Es lo que es bueno, ya he dado
Que el bien y el mal puedo amar,
Que una misma cosa son
Y que tienen un deseo.

FABIO.

Todo lo que hermoso veo,
Que es bueno es puesto en razón;
Mas no por fuerza ha de ser
Todo lo que es bueno hermoso;
Que tu ingenio milagroso
Quiere, Teodor, entender
Á Aristóteles ansí,
Que de la difinición
Has hecho una conversión
Con el definido aquí.

TEODOR.

Te arguyo, Fabio, á disgusto
En estas cosas de amor.

FABIO.

¿Por qué, divina Teodor?

TEODOR.

Porque no es ciencia á mi gusto.

FABIO.

¿Tan alta filosofía
Te cansa en tan tierna edad?

TEODOR.

Conozco tu voluntad,
Y voy temiendo la mía.
Muda plática, que viene
Don Félix.

FÉLIX.

Con ella está.

Entren D. Félix, Leonelo y Padilla.

FABIO.

No se mira desde acá
Por la raridad que tiene;
Que si el fuego elementar
Terminativo nos fuese,
Y como aquéste se viese
Que nos suele calentar,
Jamás la tierra vería
El sol y estrellas que ve;
Y ansí lo ordenó que esté,
De Dios la sabiduría,
En aquella raridad.

LEONELO.

¡Oh ciencia!

FÉLIX.

¡Oh grandes tesoros!

LEONELO.

¿Qué tratan?

FÉLIX.

De Meteoros.

TEODOR.

Por una dificultad
Arguyo ansí: ¿de qué tiene
Nutrimento tanto fuego,
Pues sin combustible luego
Á cesar su llama viene?
El fuego que está en su esfera,
¿No tiene necesidad
De alimento?

FÉLIX.

Así es verdad;
Que de esa misma manera
El agua, el aire y la tierra
Viven.

TEODOR.

Y yo me sujeto
Á tal maestro.

FÉLIX.

En efeto,
Ese argumento se cierra

Con que Dios le puso allí;
Mas queda que decir luego
Que son esos ojos fuego
Y no se sustenta ansí;
Que puesto que está en su esfera
Y como en propio elemento,
Almas tiene por sustento.

TEODOR.

¿Almas?

FÉLIX.

Sí.

TEODOR.

¿De qué manera?

FÉLIX.

Las almas de los que os ven,
Pues como las abrasáis,
Con lo mismo os sustentáis,
Y Fabio lo sabe bien.

FABIO.

¡Pluguiera á Dios que la mía
Diera sustento á tal fuego!

TEODOR.

¿Cómo me hablas tan ciego?

FÉLIX.

Porque no pensé que había
Más que un alma para ti.

TEODOR.

Y aun de esa no estoy segura;
Mas ten, don Félix, cordura;
Que es mucha licencia aquí.

Salen Patricio y Lidoro, estudiante, y luego Celio y el Maestro.

PATRICIO.

¿Si habemos llegado tarde?

LIDORO.

No, que juntándose van.

MAESTRO.

¿Es tiempo?

CELIO.

Juntos están.

MAESTRO.

El cielo, amigo, os guarde.

PATRICIO.

Y á ti, maestro y señor,
Como habemos menester.

MAESTRO.

Comencemos á leer.

LIDORO.

¿Quién dirá?

MAESTRO.

Diga Teodor.

TEODOR.

La humana generación
Pocas cosas comprehende,
Pues de sí misma no entiende
Las que tan íntimas son.
Y ansí, por dar acertadas
Al alma difiniciones,
No hay que traer opiniones
Filosóficas pasadas.
Aristóteles, que aquí
En él por mejor me fundo,
Primo, capite segundo
De ánima, dice ansí:
¿Qué es alma?

FÉLIX.

¡Qué bien previene!

TEODOR.

Primer acto, y natural
Perfeción, potencia igual,
Que tiene vida, y que tiene
Sus partes como instrumentos:
Esto es, sustancial forma
Que todo el compuesto informa
Donde está, y sus movimientos.
Digo, operación vital
En cuerpo físico puede
Ejercitar, porque quede
La perfección corporal
Por sus órganos distinta.

MAESTRO.

Hablas en común de todas,
Que todas tres acomodas
En difinición sucinta,
Vegetativa, sensible (1),
Racional ó irracional.
Di, Lidoro.

FÉLIX.

¡Ay, dulce enigma!

LIDORO.

Ánima es perfectio prima,
Y del cuerpo natural
Primer acto, que también
La define de este modo
Aristóteles.

LEONELO.

En todo
Es bella.

FÉLIX.

Miralda bien,
Y veréis que la hermosura
Es con el ingenio igual,
Y el ingenio celestial
Con su divina figura.

MAESTRO.

Di, Celio.

CELIO.

Del cuerpo es
Físico-orgánico.....

MAESTRO.

Di.

CELIO.

Acto.

MAESTRO.

¿Qué más?

CELIO.

Vida.

(1) Este verso queda suelto entre dos redondillas, pero no parece que falta nada.

MAESTRO.

Ansí.
Pero añadilde después
Que tiene vida en potencia.
Di tú, don Félix.

FÉLIX.

Sí haré;
Mas pienso que tomaré
Licencia con tu licencia.
Es alma todo aquello que en mí siento
Que me lleve á querer un bien que estima
La razón, que me enseña á que la imprima
Por alma de mi proprio pensamiento.
Es alma este primero movimiento,
Que está donde ama más que donde anima,
Y siendo este alma en mí perfección prima,
Yo vengo á ser el físico instrumento.
Si le dí mis potencias, es notoria
La razón de que es alma hermosa y bella,
Sin cuya luz mi cuerpo queda en calma;
Que si la voluntad y la memoria
Y el mismo entendimiento puse en ella,
Donde están las potencias está el alma.

MAESTRO.

¿Qué tiene aqueso que ver
Con nuestra definición?
Di, Fabio.

FABIO.

Mis celos son.

TEODOR.

Mucho se ha dado á entender.

FABIO.

Si pudiera mirar como en espejo
El alma, cosa tan suprema y rara,
Maestro mío, el alma retratara,
Aunque con mi pincel fuera en bosquejo.
Voy á buscarla, aunque de mí me alejo,
Adonde fuera justo que la hallara;
Mas no la hallando, la razón se para,
Pierdo el discurso y los pinceles dejo.
En esta confusión, en esta calma,
Yo mismo á no saber del alma vengo,
Que para dar á amor truje en la palma.
Pues ¿qué definición della prevengo?
Que si he perdido en un desprecio el alma,
¿Cómo puedo decir lo que no tengo?

MAESTRO.

Basta, que hacéis de la lición donaire.
Ahora bien: atended, que sois mancebos,
Y con ingenios fáciles y dulces
Hacéis de las verdades invenciones:
Licet autem, decir, *juxta Aristotelem*,
Que en buena proporción lo húmedo y cálido
Son causa de la larga vida; adviértase
Que entran también las otras calidades:
Donde estuvieren bien proporcionadas
Y tuviere el calor lugar primero,
La frialdad templare, y lo que es húmedo
Por sequedad esté proporcionado,
El animal tendrá más larga vida;
Pero de aquestas cuatro calidades
Las dos hace importantes Aristóteles:
Los hombres ingeniosos viven poco
Por la gran sequedad y humedad poca,
Que la mucha humedad ciega el ingenio;
Y ansí, los que tuvieren mucha sangre,
Es imposible que ingeniosos sean.

PADILLA.

Con tu licencia, dómine, querría
Sacar dese principio un entimema.

MAESTRO.

Pues, amigo Padilla, ¿qué se ofrece?

PADILLA.

Dar mil gracias á Dios que me haya hecho
El ingenio más alto y exquisito,
Por aquella sentencia de Aristóteles;
Porque si los que tienen poca sangre
Son de divino ingenio, yo soy único;
Que habiéndome azotado seis Cuaresmas,
Apenas remojé la disciplina.

MAESTRO.

Daríaste muy quedo.

PADILLA.

Con licencia,
Quiero ponerte una objeción.

MAESTRO.

Prosigue.

PADILLA.

Tú dices que los hombres ingeniosos,
Por la gran sequedad viven muy poco;
Tú has vivido, maestro, muchos años,
Ergo no puede ser que ingenio tengas.

FÉLIX.

Salte allá fuera, necio.

CELIO.

Aquí está Julio.

Sale Julio, de camino.

MAESTRO.

¡Oh, Julio, muchas veces bien venido!

JULIO.

Dame esos pies, y albricias.

MAESTRO.

¿De qué modo?

JULIO.

De que ya queda concertado todo.

MAESTRO.

Generosos discípulos, hoy cesa
La lección comenzada, que estas cartas
No me darán lugar, á lo que pienso:
Dad todos parabién á Teodor luego,
Que queda de casarse concertada.

FÉLIX.

¡Válame Dios! ¿Qué es esto?

LEONELO.

Tristes nuevas.

LIDORO.

Mil años goces tu querido esposo.

PATRICIO.

Goces, Teodor, tu esposo largos años.

TEODOR.

No sé cómo os responda, porque ha sido

Estando yo tan fuera de pensarlo,
Que aun no tengo primero movimiento.

FÉLIX.

¿Á Teodor has casado?

MAESTRO.

Sí, don Félix;
Que soy su padre, y en la edad que miras,
Y no quiero morir con esta pena.

FÉLIX.

Á la cuenta, no es dentro de Toledo,
Pues Julio viene de camino, y trae
Cartas de los conciertos.

MAESTRO.

Yo he casado
Á mi hija en Valencia.

FÉLIX.

¿Por qué causa?
¿No hay en esta ciudad con quién pudieras?

MAESTRO.

El antigua amistad que tengo á un hombre,
Y la afición á su virtud y letras,
Á casarla me obliga.

FÉLIX.

Y en Toledo,
¿No se hallarán mil hombres virtuosos?

MAESTRO.

Yo he casado mi hija, por mi gusto,
Con un hombre que es casi de mis años:
Las razones que tengo no me toca
Decírtelas á ti.

FÉLIX.

¿Con hombre, dices,
De tus años, y fuera de la patria?
Perdóname, maestro: ¡vive el cielo,
Que este ignorante que me sirve, apenas
Hubiera hecho tanto desatino!

MAESTRO.

Eres mozo, don Félix.

FÉLIX.

Cuando yerran
Los viejos, es negocio temerario:
Bien dicen que aquel día que un discreto
Hace una necedad, vale por todas
Cuantas hacen los necios en mil años;
Pésame de que seas mi maestro.
¡Á Teodor con un viejo!

MAESTRO.

Es catedrático,
Es sabio, es docto, es rico, es cuerdo, es noble,
Y es mi amigo también; y, por tu vida,
Que en negocios ajenos no te metas;
Que en mi casa yo sé lo que me cumple.

FÉLIX.

Yo hablo con amor: perdón te pido.

MAESTRO.

Entra, Teodor. Adiós, hasta mañana,
Discípulos.

FABIO.

Contigo iremos todos.

FÉLIX.

¡Ay, Teodor!

TEODOR.

¿Qué me quieres? ¿Estás loco?

FÉLIX.

¡Casada y más ausente!

TEODOR.

Bien quisiera
Hablarte, mas no puedo; esta partida,
Tú lo verás, me quitará la vida.

Vanse todos: quedan Leonelo, D. Félix y Padilla.

FÉLIX.

Igual me la quita á mí,
Que te pierdo desta suerte;
Que no es vida, sino muerte,
La que me queda sin ti.
En triste punto te vi
Para perderte no más;
Casada, en efeto, estás.
¡Teodor casada! ¿Qué es esto?

LEONELO.

No hables tan descompuesto.

FÉLIX.

Gentil consejo me das.
¿Quién habrá que no se espante
De que éste te case ansí?
Mal haya cuanto aprendí
De un hombre tan inorante.
Yo fuí de amor estudiante,
Que en esta casa aprendía
De amor la filosofía;
Pero el maestro, cruel,
Me ha muerto, en vez del laurel
Que á mi esperanza debía.
Pues ¡plega al cielo, Teodor,
Que si en Toledo quedare,
Que nunca el cielo me ampare!

LEONELO.

¿Qué dices?

FÉLIX.

Que tengo amor.

Tocan dentro una caja.

¿Qué toca aquel atambor?

PADILLA.

Soldados de un capitán,
Que pienso que á Italia van.

FÉLIX.

Adiós, sotana y manteo;
Que me voy tras mi deseo
Con la ocasión que me dan.

LEONELO.

Sin duda, primo, te vuelve
Loco esta pasión: ¿qué haces?

PADILLA.

Los que aman son pertinaces;
Á dejallos te resuelve.

FÉLIX.

Cuantos remedios revuelve
Mi turbado entendimiento,

Son para mayor tormento;
Yo paso á Italia, no hay más.

LEONELO.

¡Á Italia! Pues ¿á qué vas?

FÉLIX.

Á dejar mi pensamiento.

LEONELO.

Pues ¿no hay en Toledo á quién,
Y en mil lugares de España?

FÉLIX.

Padilla, tú me acompaña,
Tú solo conmigo ven.

PADILLA.

Bien haces.

LEONELO.

Míralo bien.

FÉLIX.

Dame capa, espada y plumas.

LEONELO.

¡Que tan presto te resumas
Á una jornada tan loca!

FÉLIX.

Teniendo el mar á la boca,
¿Te espantas de las espumas?

LEONELO.

Primo, si es resolución,
No os quiero yo á vos tan poco,
Que me precie, si estáis loco,
De seso ni de razón;
Iré en aquesta ocasión
Con vos á Italia, á la China.

FÉLIX.

Primo, loco me imagina
Si me quedase en Toledo.
En fin, quedarme no puedo,
Mi estrella á partir me inclina;
Ven conmigo, gastaremos,
Deshaciendo estos engaños,
Por Italia algunos años;
Toda la Francia veremos.
Letras y armas son extremos;
Del uno al otro me paso.
¡Vive el cielo, que me abraso
Si hoy no me parto de aquí!

PADILLA.

Á cierto alférez oí
Que hoy se va el capitán Laso;
Podéis, en su compañía,
Pasar á Italia los dos.

LEONELO.

Muy bien ha dicho, ¡por Dios!

FÉLIX.

Pues adiós, sotana mía,
Cursos de filosofía,
Libros, patria. Alto: á vestir.

LEONELO.

No me quiero despedir
De nadie.

FÉLIX.

Mejor harás.

PADILLA.

Á la heredad di que vas.

FÉLIX.

Yo voy, Padilla, á morir.

LEONELO.

Á ti te lleva el amor
De Teodor, y el tuyo á mí.

FÉLIX.

Salgamos, primo, de aquí,
Que me deshace el furor.
Adiós, hermosa Teodor,
Goza mil años los años
De tu marido.

LEONELO.

¡Qué engaños!
Si son muchos, goce pocos.

PADILLA.

¡Qué linda casa de locos!

FÉLIX.

No hay amor con desengaños.

Éntrense, y salgan Manzor, Rey de Orán, Celindo, su hermano, moros de acompañamiento.

MANZOR.

Mil veces me vuelve á dar
Los brazos.

CELINDO.

Tu humilde hechura
Quieres, Rey invicto, honrar.

MANZOR.

Sólo mi amor te asegura
Que la pretendo aumentar.
¿Cómo en el Asia te ha ido?

CELINDO.

Al gran señor he servido,
Cuya gracia hubiera hallado
Á no ser de ti llamado.

MANZOR.

Obediente, hermano, has sido.
¡Por los cielos soberanos,
Que cuando en el Asia veo,
Entre sus Reyes tiranos,
El uso sangriento y feo
De dar muerte á sus hermanos,
Que quisiera haber nacido
En el Arabia desierta!

CELINDO.

Tú, Rey de Orán, has vivido
Como de Europa á la puerta,
Que luz de tu ingenio ha sido.
El estar cerca de gente
Tan política y humana,
Te ha hecho humilde y prudente,
Porque la nación cristiana
Es en gobierno excelente.
Viven con humanidad
Sujetos á la razón;
Aborrecen la crueldad,
Porque tienen por blasón
Las leyes de la piedad.
Tu hermano soy; bien pudiera

Temer que el llamarme fuera
Asegurar tu corona
De mi bien quista persona,
Con darme la muerte fiera.
Mas, fuera de tu valor,
Este vivir en Orán
Asegura mi temor;
Que sus vecinos te dan
Piadoso ejemplo, señor.
Mas ya que he venido aquí,
¿En qué te sirves de mí?
¿Qué guerra intentas? ¿Qué quieres?

MANZOR.

Celindo, mi hermano eres.
Oye mis intentos.

CELINDO.

Di.

MANZOR.

Yo no tengo sucesor.
Quiero en mi lugar dejarte,
Quiero mostrarte mi amor,
Quiero, Celindo, casarte,
Quiero estimar tu valor.
Escoge de dos sobrinas,
Hijas del Rey, nuestro hermano,
Si amar tu sangre te inclinas.

CELINDO.

Guárdete Alá soberano.

MANZOR.

Son en beldad peregrinas.
Vé, Zayde, por ellas.

ZAYDE.

Ellas
Vienen á ver á su tío.

Salen Jarifa y Daraja, moras.

JARIFA.

¡Celindo!

CELINDO.

¡Sobrinas bellas!
¡Bravos talles, gentil brío!
El cielo se cifra en ellas.

JARIFA.

¿Cómo venís?

CELINDO.

Como quien
Esperaba tanta gloria.

DARAJA.

¿Paréceos África bien?

CELINDO.

Aun tengo della memoria,
Que nací en ella también.
Y cuando sólo tuviera
Vuestra belleza, bastara
Á que bien me pareciera,
Pues una cosa tan rara,
Admiración me pusiera

DARAJA.

Responde, Jarifa.

JARIFA.

¿Yo?
Á ti te toca, Daraja.

MANZOR.

¿Cuál de las dos te agradó?

CELINDO.

Rey y señor, sin ventaja,
El cielo á las dos formó.
No sólo tan de improviso
Osaré á determinarme
En su hermosura y aviso;
Que ha sido rigor forzarme
Á término tan preciso.
Pero por no hacer agravio
Á ninguna de las dos,
No osaré mover el labio.

MANZOR.

Tras ser gallardo, ¡por Dios,
Que eres cortesano y sabio!
Pero habiendo de casarte,
Porque tengas sucesión,
Es fuerza determinarte.

CELINDO.

Pues ponme en otra ocasión;
Ocúpame en otra parte;
Que yo no pienso agraviar
Á mis sobrinas, señor.

DARAJA.

Basta que quiera casar
Á Celindo el Rey.

JARIFA.

¿Mejor
Puede á Celindo emplear?

DARAJA.

Pienso que le da á escoger
Á cuál quiere de las dos,
Y él no se atreve á querer.

JARIFA.

Es cuerdo.

DARAJA.

Es galán.

JARIFA.

¡Por Dios,
Que no debemos de ser
De su gusto; y con decir
Que no nos quiere agraviar,
Hace valor el huir!

CELINDO.

Habiéndome de casar,
Mujer se puede elegir
Con más espacio, señor.

MANZOR.

Quiero tener sucesor
Que dé espanto á Berbería.

CELINDO.

Basta ser tu sangre mía,
Para que tenga valor.

MANZOR.

Aunque el varón sea excelente,
Es la mujer importante.

CELINDO.

Buscarla noble y prudente.

MANZOR.

Zayde.....

ZAYDE.

Señor.....

MANZOR.

No te espante
Que esto con cuidado intente.
Dar un sucesor querría
De extraño valor á Orán.
Mi hermano ya es sangre mía.
Mujeres faltan.

ZAYDE.

No harán;
Que hay muchas en Berbería.
Mas si tú quieres tener
Sucesor que pueda hacer
Cierta tu esperanza sola,
Busca mujer española,
Y toma mi parecer;
Que de una española bella
Y de Celindo, se hará
Sucesión que tiemble della
Toda el África.

MANZOR.

Y ¿habrá
Camino de enviar por ella?

ZAYDE.

Correr las costas de España,
Y cautivar veinte ó treinta,
Si el ánimo no me engaña.

MANZOR.

Zayde, por mi amor intenta
Una tan gloriosa hazaña.

CELINDO.

¿Qué concertáis?

MANZOR.

He tomado
Del Alcaide parecer.

CELINDO.

Y ¿qué dice?

MANZOR.

Que casado
Con española, ha de ser
Mi pensamiento acertado.

CELINDO.

Tiene el Alcaide razón;
Que las españolas son,
Pues todos las apetecen,
Las que en el mundo merecen
Que las tengan afición.

DARAJA.

Tu discreción has mostrado,
Celindo, en ese buen gusto.

JARIFA.

Si de cuantas he tratado
Para lo que fuera justo,
De nación tuviera agrado,
La española fuera sola.

DARAJA.

Confieso que me da envidia
Una mujer española.

JARIFA.

Toda nación me fastidia,
Pero en ésta se acrisola
El bien de naturaleza.

DARAJA.

Gentil aire.

JARIFA.

Gran belleza.

DARAJA.

¡Qué vestido!

JARIFA.

Limpio.

DARAJA.

Justo.

JARIFA.

¡Qué donaire!

DARAJA.

¡Qué buen gusto!

JARIFA.

¡Qué bríol

DARAJA.

¡Qué gentileza!

JARIFA.

Lindo desdén.

DARAJA.

Extremado.

JARIFA.

Famoso melindre y pico.

DARAJA.

Merece ser adorado.

MANZOR.

Si el ejército más rico,
Zayde amigo, que ha pasado
De África á Europa jamás,
Importa darte, no dudes
Que de Orán le llevarás.

ZAYDE.

Aunque á tu grandeza acudes,
Señor, engañado estás;
Que no se ha de hacer con gente.

MANZOR.

Pues ¿cómo?

ZAYDE.

Con discreción
Y silencio conveniente.
Cinco ó seis fragatas son
Necesarias solamente.

MANZOR.

Pues parte, que en ese puerto
Están de esclavos armadas,
Y sea aqueste el concierto:
Que las esclavas honradas,
De valor seguro y cierto,
Te pague con mil cequíes,
Y ciento las ordinarias,
Si es razón que de mí fíes.

ZAYDE.

Yo correré en partes varias.
Aunque á una sola me envíes,
Toda la costa de España.

MANZOR.

Al partir quiero, y es justo,
Hallarme.

CELINDO.

¡Notable hazaña!

ZAYDE.

Por ser cosa de tu gusto,
La fortuna me acompaña.

DARAJA.

No son tus intentos vanos;
Que mil veces los romanos
Y griegos, si verlo quieres,
En historias por mujeres
Surcaron los mares canos.
¡Plega á Dios que traigas tantas,
Que las africanas todas
Sirvan de estériles plantas!

MANZOR.

No se tardarán tus bodas.

DARAJA.

Más que me alegras, me espantas.

CELINDO.

¡Qué fresco embate!

ZAYDE.

¡Qué lindo!

DARAJA.

¿Qué sientes, Jarifa, sola?

JARIFA.

Daraja, á España me rindo.

DARAJA.

¡Oh, Alá, quién fuera española
Para agradar á Celindo!

Váyanse, y salen cajas, soldados y el capitán Laso, y dos Alcaldes villanos dándoles boletas.

CAPITÁN.

Pasen con orden, y una vez, señores.

ALCALDE 1.°

Señores, ¿de qué sirve tomar tantas,
Si han de faltar después para los otros?

SOLDADO 1.°

Francisco Ruiz, barbero, de una boca.
¿De una boca no más? Pues ¡vive Cristo,
Que ha de tener de aquí á la noche cuatro,
Y que han de estar las tres en una pierna.

SOLDADO 2.°

Rodrigo de Moscoso, de dos bocas.
¿Dos solas á un alférez?

SOLDADO 3.°

Juan Gutiérrez,
Junto á la iglesia es mesonero: bueno;
Por lo menos, ya sabe qué son huéspedes.

SOLDADO 2.°

Portillo, el herrador; ya, por lo menos,
La música está cierta.

CAPITÁN.

Honrad mi escuadra.

ALCALDE 2.°

Aquí llevan, señor, estos soldados
Las casas de los hombres más honrados.

Entren D. Félix de soldado, muy galán, y Leonelo y otros guzmanes.

LEONELO.

Vos con el capitán tendréis posada.

FÉLIX.

Yo no pienso dejar mi camarada.

GUZMÁN.

¿Jugaremos un poco?

FÉLIX.

Estos soldados
Previenen ya la caja.

LEONELO.

Yo aseguro
Que llego á Cartagena sin un cuarto.

SOLDADO 1.°

Á ocho.

FÉLIX.

Digo.

CAPITÁN.

No se aflija mucho,
Señor Alcalde; que le doy palabra,
Que de Toledo aquí no hemos tenido
Peor alojamiento.

ALCALDE 2.°

Es corto el pueblo;
Mas ya, para Alicante ó Cartagena,
Pocos pueden hallar mejores que éste.

FÉLIX.

Reparo.

GUZMÁN.

Digo.

FÉLIX.

Azar.

GUZMÁN.

Lleven los diablos
Mis huesos, pues que pongo mi esperanza
En huesos de animal que tiene cuernos.

LEONELO.

Coméos los dados.

GUZMÁN.

Si tuvieran carne.....

SOLDADO 2.°

Esta cadena juego.

LEONELO.

¿Es noble?

SOLDADO 2.°

Tóquela.

Entre Padilla de soldado gracioso.

PADILLA.

Oye, señor, pesar del juego.

FÉLIX.

Déjame,
Bestia: ¿qué quiés?

PADILLA.

Escucha aparte.

FÉLIX.

Calla.

PADILLA.

Oye, y después no digas que Padilla

Tuvo la culpa.

FÉLIX.

¿Ves que estoy jugando?

PADILLA.

Oye cuarenta y cinco mil palabras.

FÉLIX.

Quita cuarenta mil, y dime cinco.

PADILLA.

Por detrás del lugar, junto á unas huertas,
Donde la hambre me llevó incitado,
Como tordo, á las brevas de unas viñas,
Pasar vi un coche en que iban tres mujeres,
Dos hombres á caballo, y otro á pata:
Yo estoy borracho, ó es Teodor la una,
Que debe ir camino de Orihuela,
Al casamiento de su catedrático;
Porque la vi muy bien, y ella, admirada,
Se cubrió con el velo y el sombrero.

FÉLIX.

Borracho, ¿estás en ti? ¡Teodor! ¿Qué dices?

PADILLA.

Que yo la vi, señor.

FÉLIX.

Primo Leonelo,
Dejad el juego.

LEONELO.

¿Qué hay?

FÉLIX.

¿No veis qué dice
Este desatinado? Que en un coche
Pasa junto al lugar Teodor.

LEONELO.

Padilla,
¿Tú la has visto?

PADILLA.

Yo mismo.

LEONELO.

¿Cierto?

PADILLA.

Cierto.

FÉLIX.

Hermano de mi alma, este es el día
En que he de conocer que sois mi sangre;
Yo he de quitarla á aquellos dos, y á treinta,
Y á mil, si fueran.

LEONELO.

¿Cómo?

FÉLIX.

Fácilmente:
Ello ¿no es en camino, y tres no somos,
Libres, soldados y determinados?
Tenemos luego nuestros arcabuces;
Que en estos dos caballos que tenemos,
En dos horas estamos en el reino
De Valencia, seguros de justicia.

LEONELO.

No os quiero replicar; daca las armas.

PADILLA.

Los del cuerpo de guarda se recogen.

GUZMÁN.

En mi vida gané.

SOLDADO 1.°

Déme barato;
Que soy hombre de bien.

SOLDADO 2.°

Soldados, tomen.

SOLDADO 1.°

Vivas mil años.

FÉLIX.

Vé por los caballos.

LEONELO.

Terrible cosa emprendes.

FÉLIX.

Amo, adoro.

LEONELO.

¿Hay pólvora?

PADILLA.

La bota tengo llena.

FÉLIX.

Hoy seré Paris desta nueva Elena.

Vanse.

Salen Floresto, catedrático, y Riselo, Lidio, Irano, discípulos.

FLORESTO.

¿Vengo galán?

RISELO.

Extremado:
Pareces un Cicerón.

FLORESTO.

¡Qué gentil comparación!

RISELO.

Es para un galán letrado.

FLORESTO.

¿No estoy lindo?

LIDIO.

Da una vuelta.

FLORESTO.

Daré mil.

RISELO.

Detente un poco.

IRANO.

El viejo se vuelve loco.

LIDIO.

La escuela queda revuelta
Con nuevas de la venida
De la señora Teodor.

RISELO.

Por mi fe, señor dotor,
Que se ha de dar linda vida;
Mas mire que es toledana,
Moza discreta y briosa,
Y una persona estudiosa,
Y que ya toca en anciana,
Tiene más débiles fuerzas.

FLORESTO.

¡Malas pascuas te dé Dios!
No sois más mozos los dos.

LIDIO.

Bien dice.

IRANO.

Harto bien le esfuerzas;

Que si entre los dos tenemos
Setenta años, claro está
Que algo más mozo será,
Mas poco le llevaremos.

LIDIO.

Conserva de satiriones
Dicen que es cosa extremada.

RISELO.

Basta pisto y almendrada;
Que hay peligro en confecciones.

FLORESTO.

Discípulos, poco á poco,
Que soy un cisne.

IRANO.

En lo blanco.

LIDIO.

Hoy es justo que andes franco.

IRANO.

El viejo se vuelve loco.

RISELO.

Mándanos dar colación.

FLORESTO.

Andáis de pava ruana.
¿No basta que hoy y mañana
No venga nadie á lición?

RISELO.

¿No vendremos á besar
La mano á tu esposa?

FLORESTO.

No;
Basta que la bese yo.

RISELO.

¡Mas que nos ha de culpar
De ignorantes cortesanos!

FLORESTO.

Eso á Francia, porque acá
Hay hombre que se andará
Desde la boca á las manos.
Todo lo que toca á gala,
Yo sé bien cómo ha de ser.

IRANO.

¿Dónde piensas esconder
De noche la martingala?

FLORESTO.

Discípulos, pues conmigo.

Entra Vasco, estudiante.

¿Picarizáis?

VASCO.

Ya ha llegado.

FLORESTO.

¿Teodor?

VASCO.

No, sino un criado.

FLORESTO.

Seré, Alejandro, contigo:
Toma este real de á dos.

VASCO.

Guárdale para papel.

FLORESTO.

¿Tengo que escribir en él?

VASCO.

Mil epigramas, ¡por Dios!

FLORESTO.

¿Cómo?

VASCO.

Á la prisión extraña
Que han hecho mil bandoleros
Á Teodor.

FLORESTO.

¿Burlas?

VASCO.

Tan fieros,
Que ha sido asombro en España.

FLORESTO.

¿Bandoleros á mi esposa?

VASCO.

Y aun dicen que catalanes,
Y que de los más galanes
Es ya huéspeda amorosa.

FLORESTO.

¿Á quién, sino sólo á mí,
Esto puede suceder?
¡Afuera, vano placer,
Pues todo mi bien perdí!
Cubra negro y triste luto
Lo que de vida me queda,
Pues no es posible que pueda
Dar mi esperanza otro fruto.
Vistan luto mis criados,
Mis estudiantes y amigos;
Tenga mi dolor testigos,
Tengan color mis cuidados.
Mi cátedra he de vestir
De luto en pena tan fiera;
Hasta mis libros quisiera
Poderlos dar á teñir.
¿Qué haré, presa mi Teodor?

VASCO.

Leer á Séneca.

FLORESTO.

¡Ah, cielos!
Siempre me dieron recelos
Deste suceso.

IRANO.

¡Ah, señor!

FLORESTO.

Dejadme. ¡Ay, triste suceso!
¡Por darme la muerte estoy!

RISELO.

¿Tú eres sabio?

FLORESTO.

Piedra soy,
Pues que tengo vida y seso.

Vanse.

Salen Zayde y Alí, moros.

ALÍ.

No tiene el reino de Valencia parte

Más peligrosa que este valle y playa.

ZAYDE.

Ya sé de la manera que reparte
El jinete veloz y la atalaya;
Pero bien sabes que la industria y arte,
Donde más fuerzas y defensas haya,
Sale con lo que intenta.

ALÍ.

En esta costa
No hay recodo ni cala más angosta.
Conténtate ¡por Dios! con lo robado.

ZAYDE.

No me agrada mujer de las cautivas.

ALÍ.

Gente desciende del camino al prado.

Salen D. Félix, Leonelo y Padilla, y Teodor con capotillo y sombrero.

FÉLIX.

No llores más, ansí en descanso vivas.

TEODOR.

Llorar, don Félix, por haberte hallado
No era justa razón, pues no me privas
Del honor ni me fuerzas, aunque puedes.
Lloro de ver que en tal peligro quedes.

FÉLIX.

¿Qué peligro, si yo quiero casarme?

TEODOR.

¿El de mi padre y la justicia es poco?

FÉLIX.

En este reino yo sabré guardarme.

TEODOR.

Hazaña ha sido de un amante loco.
Y ¿dónde piensas desde aquí llevarme?

FÉLIX.

De suerte con tu llanto me provoco,
Que si fuera posible, te dejara.

LEONELO.

Aquí, don Félix, un momento para;
Que ¡vive Dios! que vengo fatigado.

PADILLA.

Orilla de la mar será seguro.

FÉLIX.

Este peñasco excelso y elevado,
Para toda ocasión sirve de muro:
¿Dónde dejaste mi caballo atado?

PADILLA.

Á un olmo, cerca de ese arroyo puro;
Hierba y agua le sobra.

FÉLIX.

Aquí te asienta,
Y al mar mi amor y tus desdichas cuenta.

Siéntense.

PADILLA.

Mejor será contar desta pobreza
Los bocados que alivian los cuidados.

FÉLIX.

Come ¡por Dios! y deja la tristeza.

TEODOR.

Sí hiciera, á estar, don Félix, desposados.

FÉLIX.

Prometo á Dios de no mostrar flaqueza,
Ciego de amor, hasta quedar casados.

TEODOR.

Agora comeré contenta.

FÉLIX.

Mira
Que te adoro, mi bien.

ZAYDE.

Dispara.

ALÍ.

Tira.

ZAYDE.

Daos á prisión.

FÉLIX.

¡Ah, cielo, ansí me tratas!

LEONELO.

Cautivos somos.

TEODOR.

Con razón temía.

PADILLA.

¡Ay, mísero Padilla!

ZAYDE.

¡Á las fragatas!

ALÍ.

¡Al mar echa la plancha: boya, cía!

ZAYDE.

¡Bella mujer, por Dios!

FÉLIX.

Á un ángel atas.

ZAYDE.

¡Camina, perra!

TEODOR.

¡Ay, dura estrella mía!

PADILLA.

¿Que voy donde no hay vino ni tocino?
¡Trágueme el mar!

ALÍ.

Camina.

PADILLA.

Ya camino.

ACTO SEGUNDO.

Salen D. Félix, Leonelo y Padilla, de esclavos, y Alí dándolos de palos.

ALÍ.

Camina sin replicar.

FÉLIX.

Advierte.....

ALÍ.

¡Oh, canalla perra!

FÉLIX.

Si ansí nos piensas tratar
Cuando salimos á tierra,
Déjanos, moro, en la mar.

LEONELO.

Aun piedad de hombre no tienes.

PADILLA.

Si la mano no detienes,
¡Vive Dios.....

ALÍ.

¡Perro, ¿tú á mí.....,
Siendo el más ruin?

PADILLA.

¿Quién, yo?

ALÍ.

Sí.

PADILLA.

Pues moro, engañado vienes;
Que de los cuatro que ves,
Tú eres el más ruin.

ALÍ.

No digo
Sino de vosotros tres.

FÉLIX.

Alí, escucha; escucha, amigo;
Oye, y mátame después:
¿Á qué nos sacan del mar?
Dime, ¿quiérennos vender?

ALÍ.

No, que el Rey os quiere hablar.

FÉLIX.

Qué, ¿nos puede el Rey querer?

ALÍ.

El Rey se quiere informar
De la cautiva que halló
Zayde con vosotros.

FÉLIX.

Yo
Le diré mejor quién es.

ALÍ.

Hablaros quiere á los tres;
Esto, perros, me mandó:
No hay sino andar adelante.

PADILLA.

No me ha dejado costilla:
¿Hay desdicha semejante?
¿Quién te trujo á ser, Padilla,
En Orán disciplinante?

ALÍ.

El Rey sale: echaos en tierra.

Salen el rey Manzor, Celindo, Jarifa y Daraja.

CELINDO.

Ya siento la dulce guerra
De sus ojos soberanos.

ALÍ.

Aquí están ya los cristianos.

PADILLA.

Aquí nos pringa ó nos hierra.

MANZOR.

¡Buenos talles!

CELINDO.

De españoles.

DARAJA.

Lástima me da Jarifa.
¡Qué mozos!

JARIFA.

Como dos soles.

PADILLA.

Esta vez entro en la rifa
Y cuelgo de dos penoles.
¡No estuviera yo en Toledo,
Ó vendimiando en Burguillos!
Ya no sólo tengo miedo
De cepo, cadena y grillos,
Sino de cantar el Credo.

MANZOR.

¿Cuál es, decidme, cristianos,
De vosotros el más noble?

FÉLIX.

Hermanos somos los dos.

MANZOR.

Y tú, ¿quién eres?

PADILLA.

Un hombre,
Como ves, deshermanado,
Y que, en fin, vengo de nones.

MANZOR.

¿Eres su criado déstos?

PADILLA.

Ese, señor, es mi nombre.

MANZOR.

¿Cómo es el tuyo?

FÉLIX.

Don Félix.

MANZOR.

Español don Félix, oye:
Mi hermano quiero casar,
Y porque mis sucesores
Sean la mitad alarbes,
Y la mitad españoles,
Quise que Zayde, mi Alcaide,
Hombre que la costa corre
De Europa, desde Alicante
Á Barcelona, mil noches,
Por mucho que los jinetes,
Con el pendón de San Jorge,
Y del mar las atalayas
Con sus fuegos se lo estorben,
Trujese algunas cautivas,
De las cuales, aunque pobre,
La más hermosa y discreta
Fuese su mujer.

FÉLIX.

Conoces,
Como vecino de España,
El valor que en ellos pones.

MANZOR.

Trújome veinte cautivas
Con tal dicha, que las once

Tienen nobleza é ingenio,
Y son en la edad conformes.
Mas la que hallaron contigo
Sobre todas levantóse,
Como entre yerbas humildes,
El mirto con blancas flores.
Agradó luego á Celindo,
Y por extremo agradóme,
Y á mis sobrinas, don Félix,
Las dejó locas de amores.
Mas luego que supo el caso,
Y que entre todas la escogen
Para mujer de mi hermano,
Por tan raras perfeciones,
Sorda y necia se ha fingido,
Con tales gestos y voces,
Que no hay hermosura en ella
Que no deshaga y desdore.
Dime la verdad, cristiano,
Y guárdate no me informes
De cosa que incierta sea,
Porque ¡vive Alá, que asombre
El castigo con que aquí
La justa venganza tome!

FÉLIX.

¡Ay, divina discreción,
Que con tales invenciones
Defiendes tu castidad!
¿Qué diré? ¿Qué haré?

MANZOR.

Disponte
Á decir verdad, cristiano;
Guárdate que no me enojes.
¿Quién es aquesta cautiva?

FÉLIX.

Mi esposa y mujer.

MANZOR.

¿Adónde
Nació?

FÉLIX.

En Toledo, señor.

MANZOR.

¿Padres nobles?

FÉLIX.

Regidores:
Que quien enseña á vivir,
Ansí es razón que se nombre.

MANZOR.

¿Dónde ibas?

FÉLIX.

Iba á Italia,
Con un oficio á la corte
De Nápoles, porque soy
Letrado.

MANZOR.

Y bien, gentilhombre,
¿Ha parido tu mujer?

FÉLIX.

Señor, diez veces ó doce.

MANZOR.

Pues ¿cómo en tan pocos años?

FÉLIX.

Porque casó de catorce.

MANZOR.

No es mala para mi intento.

FÉLIX.

Entiende bien mis razones;
Que su madre es la que digo.

MANZOR.

¿Su madre dices?

FÉLIX.

Turbóme
El resplandor de tu cara,
Porque tienen resplandores,
Como el sol, todos los Reyes:
Que yo la quisiera el doble
Si pariera, porque, en fin,
Tengo un mayorazgo pobre;
Pero es de manera estéril,
Que es pedir hijos á un bronce.

MANZOR.

Eso ha sido culpa tuya.

FÉLIX.

¿Mi culpa?

MANZOR.

Celindo es hombre
Que tendrá della cien hijos,
Si fuera tu esposa un monte;
Dime desto de ser sorda,
Y di verdad.

FÉLIX.

Teodor oye
Algunas veces muy bien,
Habla y discurre con orden;
Mas si le dan pesadumbre,
Aunque trompetas le toquen
Al oído, no hay remedio,
Ni para que el seso cobre;
Y como este cautiverio
Le ha dado tantos dolores,
No es mucho que ya en su vida
Á ser lo que ha sido torne.

MANZOR.

Retírate allí.

FÉLIX.

¡Ay de mí!

MANZOR.

Oye tú, cristiano.

LEONELO.

El cielo
Te guarde.

MANZOR.

¿El nombre?

LEONELO.

Leonelo.

MANZOR.

¿Eres noble?

LEONELO.

Señor, sí.

MANZOR.

¿Qué eres déste?

LEONELO.
Primo hermano.
MANZOR.
¿Quién es Teodor?
LEONELO.
Es su esposa.
MANZOR.
¿Es de sangre generosa?
LEONELO.
De un maestro toledano,
De Griego y Filosofía,
Es hija.
MANZOR.
Y ¿es su mujer,
Sin duda?
LEONELO.
Viniera á ser,
Porque ya Teodor quería;
Pero hasta agora es doncella.
MANZOR.
Pues ¿adónde la llevaba?
LEONELO.
Su padre la desposaba,
Mas contra su gusto della;
Y don Félix la robó
En el camino á su gente,
Y junto al mar, tu valiente
Alcaide nos cautivó.
MANZOR.
¿Qué enfermedades son éstas
Que tiene?
LEONELO.
Yo no lo sé;
Que no es cosa que se ve
En mujeres tan honestas.
MANZOR.
Retírate allí.
FÉLIX.
¿Qué has dicho?
LEONELO.
La verdad.
FÉLIX.
¡Perdido soy!
PADILLA.
¡Mas que agora á hablarle voy!
Esfuerce Dios mi capricho.
MANZOR.
¡Hola, tú!
PADILLA.
¿Qué es lo que mandas?
MANZOR.
En efecto, ¿á aquéstos sirves?
PADILLA.
Son nobles; soy su criado:
Uno es Laso, otro es Manrique,
Linajes que allá en España
Son como acá los Zegríes,
Muzas, Celindos ó Zaydes.
MANZOR.
Cuando á servirlos viniste,
¿Era ya Félix casado
Con Teodor?
PADILLA.
Sí, señor.
MANZOR.
Dime,
¿Cuya hija es esta dama?
PADILLA.
Señor, en Toledo dicen
Que es de la piedra.
MANZOR.
¿Qué piedra?
PADILLA.
En su santa iglesia admiten,
En una cueva de mármol,
Para que en ella se críen,
Los expósitos muchachos,
Que porque nadie adivine
La color, son como medias
Que las echan en el tinte.
MANZOR.
¿Cuánto habrá que se casaron?
PADILLA.
Pienso que este Corpus Christe
Hará dos años ó tres.
MANZOR.
¿Hay hijos?
PADILLA.
Catorce ó quince.
MANZOR.
¿Quince hijos en dos años?
PADILLA.
¿Y eso es razón que te admire?
Es coneja, y á tres meses
Pare, y vuelve á prevenirse.
MANZOR.
¿Qué gracias tiene?
PADILLA.
Notables.
Porque nada como un cisne,
Juega bien á la pelota,
Danza, tañe, canta, esgrime,
Borda, pinta, cose, lava,
Remienda, almidona, escribe,
Zurce, sabe hacer conservas,
Almíbar, cande, alfeñique,
Perejil, huevos mejidos,
Almendradas y papines.
Sabe andar por la maroma,
Echa soletas insignes,
Cuenta, resta, multiplica,
Hace randas y escarpines
Que le vendrán á un poeta,
Aunque de apóstol se pique.
MANZOR.
Dícenme que es sorda.
PADILLA.
¿Quién?
¡Oh, qué lindo! ¿Sorda dices?
Más oye que treinta ciervos.
MANZOR.
¿Buena vista?

PADILLA.
Como un lince.
MANZOR.
¿Dónde Félix la llevaba
Cuando fué presa?
PADILLA.
A decirte
La verdad, á ver al mundo,
Porque ella, con sus latines,
Piensa llegar á ser reina.
MANZOR.
Alí.....
ALÍ.
Señor.....
MANZOR.
No desvíes
Aquestos tres del Palacio,
Ni vuelvan al mar.
JARIFA.
Permite
Que anden con hierro en Orán.
MANZOR.
Pues, Jarifa, tú lo pides.....
JARIFA.
Tengo lástima á cristianos.
MANZOR.
Por ti mando que anden libres.
FÉLIX.
¿Qué dijiste de Teodor?
PADILLA.
Cosas tan notables dije,
Que tengo por cosa cierta
Que en Túnez y Orán obispe.

Llévenlos.

Entra Zayde y Teodor.

ZAYDE.
Aquí te traigo á Teodor.
MANZOR.
De aquí se van sus cristianos.
ZAYDE.
Al Rey le besa las manos.
TEODOR.
Beso tus manos, señor.
MANZOR.
Habla más bajo; que yo
Bien te entiendo.
TEODOR.
¿Si estoy buena?
Buena, porque esta cadena
Es oro, que hierro no.
MANZOR.
¡Alá me valga, Celindo!
¡Qué notable confusión!
CELINDO.
¡Que tenga aquesta pasión
Sujeto y talle tan lindo!
MANZOR.
Hablé con los tres cristianos,
Y todos tres han mentido.
CELINDO.
Miedo de la muerte ha sido:
Dame, cristiana, tus manos.
TEODOR.
¿Si se usan en mi tierra
Guantes? Sí; mucho, señor.
CELINDO.
Cuanto obliga el verla á amor,
Tanto al mismo amor destierra
Solamente oirla hablar.
MANZOR.
¿Es posible que es de veras?
DARAJA.
Si como verte pudieras
Te pudieras escuchar,
Cristiana, huyeras de ti.
TEODOR.
No pienso mudar el traje;
Que no es justo hacer ultraje
Á la ley en que nací.
CELINDO.
Consulta un médico tuyo;
Que diga, pues doctos son,
Si importa á la sucesión
Aqueste defeto suyo.
MANZOR.
Lo sordo poco importara;
Mas si es loca, ¿no ha de ser
El fruto que ha de nacer
Loco?
DARAJA.
Eso es cosa muy clara.
Teodor, mucho tu hermosura
Con esa locura afeas.
TEODOR.
¿Si hay por allá chimeneas?
DARAJA.
¡Qué extraña descompostura!
TEODOR.
Claro está que donde hay frío,
Sus reparos ha de haber.
CELINDO.
¿Quiéresme, Teodor, querer,
En premio del amor mío,
Que al mayor del mundo excede?
TEODOR.
Cuando allá mi padre trate
De querer daros rescate,
Es tan pobre, que no puede.
CELINDO.
No se trata de eso, no;
De que me quieras se trata.
TEODOR.
Si algún fraile me rescata,
Después pagaréle yo,
Ó por corto ó largo plazo.
CELINDO.
¡Triste cosa! Oye por señas;
Veamos si me desdeñas:
¿Quiéresme dar un abrazo?

TEODOR.

¿Medida á mí de vestido?
No hay que tratar, no os canséis;
Yo he de traer el que veis,
Como en mi ley le he traído.

CELINDO.

Defectos notables son;
Ella es un mármol.

TEODOR.

Allá
Pretendí ser monja, y ya
Que entraba en la Religión,
Llevándome de camino,
Lo que veis me sucedió.

CELINDO.

No me canso más.

MANZOR.

Ni yo.

CELINDO.

¡Bello mármol!

MANZOR.

¡Peregrino!

CELINDO.

Ven tú, Daraja, conmigo,
Hablaremos las demás.

DARAJA.

Yo sé que alguna hallarás,
Y sin envidia lo digo,
Que á Teodor hace ventaja.

Váyanse Celindo y Daraja.

JARIFA.

Haz que salga fuera Alí;
Que quiero hablarte.

MANZOR.

¿Tú?

JARIFA.

Sí;
Sin Celindo y sin Daraja.

MANZOR.

Alí, ponte en esa puerta.

JARIFA.

¿Que razón hay, gran señor,
Que trates con tanto error
Una cosa tan incierta?
Das en tener sucesión
De tu hermano, ¿y ésta quieres
Que por extrañas mujeres
Salga á tu imaginación?
¿Y no miras que tu hermano,
Que ayer guerra te movía,
Y que contra ti tenía
La fiera espada en la mano,
En teniendo sucesor
Podrá quitarte la vida?

MANZOR.

¡Buena paga, y merecida,
Jarifa, de tanto amor!
Pero no dices muy mal;
Que este mozo es belicoso,
Y no querrá, poderoso,
Sufrir en el reino igual.
Mas ¿cómo, ya que ha venido,
Podré volverle á enviar?

JARIFA.

Di que le envía á llamar
Selín, á quien ha servido,
Y en saliendo no le den,
Pues bien guardados están,
Jamás entrada en Orán,
En Túnez y en Tremecén.

MANZOR.

Bien dices.

JARIFA.

Por lo que toca
Á sucesión, oye.

MANZOR.

Di.

JARIFA.

Cásame á mí, pues de ti
No menos sangre me toca;
Y pues querrías tener
De españoles sucesión,
Sea español el varón,
No lo sea la mujer.
El remedio está en la mano:
Este Félix es galán,
Hazle Príncipe de Orán;
Que de mí y deste cristiano
No te queda qué temer.

TEODOR.

¡Triste de mí, yo soy muerta!

MANZOR.

Más presumo que se acierta
Por varón que por mujer.
Bien holgara de casarte,
Porque á mí me está más bien,
Porque aseguro también
Mi vida con obligarte.
Gallardo es este cristiano,
Mas no sé si ha de querer.

JARIFA.

¿Por tal reino y tal mujer?
No será tan loco y vano.

MANZOR.

¡Miedo me has puesto en decir
Que Celindo ha de matarme!

JARIFA.

La cristiana da en mirarme;
¿Si nos ha podido oir?

MANZOR.

Necedad ha sido hablar;
Mas pienso que es sorda y loca.

TEODOR.

Loca sí, que me provoca
Á enloquecer tal pesar;
Sorda no, que al fin oí
La sentencia de mi muerte.

MANZOR.

Pues trázalo de esa suerte,
Y habla al cristiano por mí.

JARIFA.

Envíale tú á llamar.

MANZOR.

Vamos, y traerále Alí.

JARIFA.

Eso que has oído aquí,
Teodor, procura callar;
Que te costará la vida.

TEODOR.

Labor sé hacer extremada
De oro, seda matizada.

JARIFA.

¡Qué sorda!

MANZOR.

Es cosa perdida.

Váyanse, y queda Teodor sola.

TEODOR.

¿Qué más perdida cosa,
Que quien por la mudanza de fortuna,
Tan fiera y rigurosa,
Se ve morir sin esperanza alguna?
¡Pluguiera á Dios que fuera
Tan sorda ya, que tanto mal no oyera!
Para poder librarme
De tan fiero é injusto casamiento,
Propuse remediarme
Con arte de mi raro entendimiento:
Fingíme sorda y loca;
Mas cuando excede el mal, la industria es poca.
Terrible cosa ha sido
Mi cautiverio, pero mayor fuera,
Si en el de aquel marido
Para mayores penas estuviera,
Porque no hay Berbería
Como una aborrecida compañía.
Aunque he disimulado,
Porque mi honestidad no se perdiese,
Y un hombre enamorado
Alguna fuerza á mi defensa hiciese,
Contento he recibido
De trocar por don Félix tal marido.
Mas cuando agora veo
Que esta loca mujer enamorada,
Por cumplir su deseo,
Á un viejo temeroso de la espada;
De cualquiera pariente,
Quiere obligar que un desatino intente,
Y que interés podría
De un reino, hacer que Félix se olvidase
De su ley y la mía,
Y que con esta mora se casase,
Pierdo el entendimiento;
Mas ¿cómo cupo en mí tal pensamiento?
¿Soy yo la que en Toledo,
En las escuelas fuí tan celebrada,
Que puse á tantos miedo,
De borla blanca, azul, verde y dorada,
Cuando en mil conclusiones
Vencí sus argumentos y razones?
¿Qué es de lo que he leído
En la lengua latina, hebrea y griega?
¿Qué fortuna ha vencido
Quien á las letras y virtud se llega?
¿Dónde está mi agudeza?
¿Qué es de mi raro ingenio y sutileza?
¿Soy yo la que llamaban
Monstruo español, y á verme mil naciones,
Tierras peregrinaban,
Mares, golfos, provincias y regiones?
¡Fuera, cobarde miedo!
Vencer con arte mi fortuna espero.

Entra D. Félix.

FÉLIX.

El Rey á llamarme envía:
¡Ay, cielos! ¿Qué me querrá?
Mas, ¡ay, amor! aquí está
La divina prenda mía.
¡Teodor!

TEODOR.

¡Félix!

FÉLIX.

¿Sola aquí?

TEODOR.

¡Ay, mi bien! ¿Adónde vas?

FÉLIX.

Á ti voy, que donde estás
Ese es centro para mí.

TEODOR.

Muchas cosas te dijera
Si diese el tiempo lugar.

FÉLIX.

Y yo te quisiera hablar
Si el tiempo lugar me diera.
¡Qué buena loca fingiste!
¡Qué buena sorda, mi bien!

TEODOR.

La vida me dió también
Luego que de aquí te fuiste;
Que pensando que lo era
El viejo Rey temeroso,
Tan mudable, y sospechoso
Que le han de dar muerte fiera,
Con su sobrina han tratado
Á Celindo echar de aquí,
Y como con él á mí,
Que con ella estés casado;
Que de español y africana,
Gran rey esperando están,
Y tú has de serlo de Orán,
Dejando la ley cristiana.
Éste su concierto ha sido;
Mira á lo que llega un viejo,
Pues á cualquiera consejo
Tiene dispuesto el oído.
Hoy te han de hablar.

FÉLIX.

¡Ay de mí!

TEODOR.

No te aflijas.

FÉLIX.

¿Cómo no?

TEODOR.

¿No vivo yo?

FÉLIX.

Sí; mas yo,
¿Cómo viviré sin ti?

TEODOR.

Tú has de decir que serás
Su marido.

FÉLIX.

¿Cómo?

TEODOR.

Espera:
Pero que en tu ley primera
Todo el tiempo vivirás
Que sin hijos estuvieres;
Pero que en su traje moro
Guardarás aquel decoro
De rey.

FÉLIX.

Si probarme quieres,
No sea con desatinos.

TEODOR.

No estamos á tiempo ya
De perder tiempo: oye acá.

FÉLIX.

¡Plega á los cielos divinos.....

TEODOR.

No jures, que yo te creo;
Escucha lo que has de hacer.

FÉLIX.

Pues ¿ha de ser mi mujer
Este demonio que veo?

TEODOR.

Yo quiero fiar de ti
Que entretenerla sabrás,
Fingiendo que enfermo estás.

FÉLIX.

El fin de todo me di.

TEODOR.

Fingiéndote rey de Orán,
Echará luego á su hermano
El Rey, con que está muy llano
Que libre me dejarán:
Tú en forma de rey, ¿quién duda
Que me darás libertad?

FÉLIX.

Dicen que en la adversidad
Todo el ingenio se muda;
El tuyo va en esto errado.

TEODOR.

En la próspera fortuna
Suele haber mudanza alguna,
Que es condición de su estado;
Que el ingenio antes se afila
En las adversas.

FÉLIX.

No sé
Si te crea.

TEODOR.

Pensaré
Que tu valor se aniquila.

FÉLIX.

Pensarás mal; mas si soy
Rey, y te doy libertad,
¿Qué importa la majestad
Quedándome donde estoy?

TEODOR.

Tú eres hombre, y bien podrás,
Saliendo al mar, algún día
Irte á España.

FÉLIX.

Prenda mía,
Ya no puedo hablarte más;
Vete que el Rey viene aquí.

TEODOR.

Adiós, mi Félix.

FÉLIX.

Adiós.

Váyase Teodor.

Entran el Rey, Jarifa, Celindo y Alí.

MANZOR.

¿Juntos estaban los dos?

JARIFA.

¿Tú no los viste?

CELINDO.

Yo, sí.

MANZOR.

Tiénense amor; no me espanto.
Celindo.....

CELINDO.

Señor.....

MANZOR.

Es justo,
Para no darle disgusto
Á Selín, que estimo tanto,
Que le vayas á pedir
Licencia para casarte;
Dile cómo quiero darte
Mi reino, y en paz vivir
Lo que de vida me queda.
No le demos ocasión,
Que estos reinos suyos son,
Á que quitártelos pueda.
Yo tengo escrito, y es bien
Que esta lisonja le hagas;
Con ésta el amor le pagas,
Y das ocasión también
Á que el reino te confirme.

CELINDO.

Gran cordura me parece,
Que á quien por suyo le ofrece,
No dudo que le confirme;
Besaré, señor, las manos
De parte tuya á Selín.

MANZOR.

Gozarás con esto, en fin,

Todos estos reinos llanos;
Dame esos brazos, y parte,
Que las cartas éstas son;
Vuelve á tomar posesión
Del reino que quiero darte,
Y guárdete Alá mil años.

CELINDO.

Y á ti, conforme á tu celo,
Guárdete, Jarifa, el cielo.

JARIFA.

De los peligros y daños
De la tierra y de la mar,
Te libre en este camino.

CELINDO.

No voy contento; imagino
Que se debe de mudar
De este caduco el intento:
Temor y amor le combate,
Cosa que mudable trate
De Jarifa el casamiento.
Mas no, que es puesto en razón
Besar la mano á Selín;
Yo voy, que no pierdo, en fin,
Más que alguna dilación.

Vase.

MANZOR.

Alí.....

ALÍ.

Señor.....

MANZOR.

En saliendo
De Orán mi hermano, haz de modo
Que se avise el reino todo.

ALÍ.

Luego ¿no entrará, volviendo?

MANZOR.

Si él llega allá, bien seguro
Estoy que no vuelve acá;
Que antes de llegar allá,
No se volviese procuro.
Y para aquesto te aviso
Que en Túnez, ni en Tremecén,
Ni en Orán, puerta le den.

ALÍ.

¡Qué mudanzas de improviso!
Ayer á llamarle envía
Para dejarle esta tierra,
Y hoy le aborrece y destierra:
No es hombre quien de hombres fía.

Vase.

MANZOR.

¡Don Félix!

FÉLIX.

¡Gran señor!

MANZOR.

Yo te he llamado
Para saber de ti, si la fortuna
Te quisiese subir á un alto estado,
Y colocarte encima de la luna,
¿Tendrías tú valor de hidalgo honrado,
Con que mostrar, sin resistencia alguna,
Que en la prosperidad el hombre sabio
Se templa más que en su mayor agravio?
Si te vieses, de humilde caballero,
Ser sucesor, y príncipe jurado
De Túnez, Tremecén y Orán, primero
Que aun por sueños te fuese imaginado,
¿Sabrías, ó pacífico ó severo,
Gobernar la grandeza de tu estado?
¿Sabrías ser agradecido amigo
Á quien te diese aqueste bien que digo?
¿Sabrías tú ser rey?

FÉLIX.

Señor supremo,
Muchos pobres soldados Roma tuvo,
Que su imperio rigieron con extremo,
En cuyos hombros felizmente estuvo;
Lo que de mi valor é ingenio temo,
Que en letras solamente se entretuvo,
Es la experiencia; pero, en fin, la ciencia
Alcanza más que el tiempo y la experiencia.
Si yo me viese rey, sin duda creo
Que fuese un Numa, un César, un Trajano,
Y á quien hiciese de su reino empleo
En mi valor con generosa mano,
Daríale la vida que poseo;
Y á no haber sido, como soy, cristiano,
Le labrara mil templos, en que hiciera
Que su memoria idolátrada fuera.
Mas ¿por qué lo preguntas?

MANZOR.

Yo no tengo
Sucesor, ni le espero en estos años;
Á Celindo llamé para casarle,
Que, mezclado con sangre de españoles,
Imaginé gallardo el heredero;
Propósito mudé viendo á Celindo,
Que ya Celindo de mi muerte trata:
Él es ido con cartas engañosas
Al gran señor Selín; daránle muerte.
Los ojos puse luego en mi sobrina,
Hija mayor de mi mayor hermano;
Ella los puso en ti; de su consejo,
Te quiero hacer de Orán y Túnez príncipe,
Y casarte con ella.

FÉLIX.

No prosiga
Tu Majestad, señor; que aunque he leído
Mil historias como éstas, en que puso
Mil cautivos y presos la fortuna,
En reinos, en imperios alemanes,
Griegos y persas, y en la misma muerte
Les dió laureles, cetros y coronas,
No creo que de mí se escriban tales,
Ni que mi estrella, en tanta desventura,
Me tuviese guardado bien tan grande.

JARIFA.

Félix, si el Rey, de Alá inspirado, quiere

Hacerte sucesor de sus estados,
No vuelvas las espaldas á tu dicha,
Pues eres español y caballero;
Ten ánimo y valor; serás mi esposo,
Y rey de Orán y Túnez.

FÉLIX.

¿Yo, Jarifa?
Valor tengo que puede á todo el África,
Y aun al imperio de Alejandro Magno,
Suceder en gobierno; lo que temo
Es que tratéis conmigo, por burlaros,
Una cosa tan fuera de mi dicha.

MANZOR.

Félix, esto es verdad; por tantos reinos
Deja tu ley, tu traje y tus costumbres;
Cásate luego.

FÉLIX.

¿Qué diré, Jarifa?

JARIFA.

Que obedeces al Rey, y que agradeces
Al cielo tanto bien.

FÉLIX.

Pues, señor, digo
Que aquí me tienes.

MANZOR.

Resta que sepamos
Si dejarás tu ley.

FÉLIX.

Tomaré luego
El hábito de moro; la ley mía
Dejaré el día que tuviere hijos;
Que no es justo dejarla hasta tenerlos.

MANZOR.

Agrádame el concierto.

FÉLIX.

Pero advierte
Que me has de hacer un bien.

MANZOR.

Don Félix, pide.

FÉLIX.

Fácil será, señor, á tu grandeza.

MANZOR.

¿Cómo?

FÉLIX.

Que envíes al momento á España
Esta cautiva.

MANZOR.

¿Quién? ¿Teodor?

FÉLIX.

La misma.

MANZOR.

Eso á nosotros nos importa: digo
Que á Cartagena haré que, acompañada,
La lleven mis Alcaides con mil joyas.
De los demás, ¿qué harán?

FÉLIX.

Que aquí se queden,
Porque hablándolos yo se vuelvan moros.

MANZOR.

Pues parte á hablallos, y ese talle ilustre
Viste de telas de oro, seda y grana;
Ponte un gran tulipán en tu cabeza,
Ciñe un dorado alfanje damasquino,
En tanto que de casa y de criados
Adorno tu persona.

FÉLIX.

Guarde el cielo
Tus años.

MANZOR.

Hijo, mira, que agradezcas
Aqueste amor.

FÉLIX.

Aquese nombre basta
Para que mis entrañas te obedezcan.

MANZOR.

Los cielos te den vida y te engrandezcan.

Vase D. Félix.

¿Qué te parece?

JARIFA.

Que si aquéste sabe
Que su esposa Teodor está en España,
Ha de intentar, de tanto amor forzado,
Irse cuando le tengas más seguro
Á tu palabra, y á mi fe perjuro.

MANZOR.

Pues buen remedio: hacer que parta luego
Zayde con ella al Asia, y que la venda,
Si no en Constantinopla, en otra parte,
Y podremos decir que fué cautiva
Al tiempo que pasaba á Cartagena.

Entra Zayde.

JARIFA.

Zayde viene á buen tiempo.

MANZOR.

Escucha, Zayde.

ZAYDE.

Á decirte venía lo que mandas
Hacer destos cautivos que andan libres.

MANZOR.

Los tres ya tienen orden, porque creo
Que han de ser moros; la cautiva al punto
Lleva á Constantinopla, y en su plaza
Haz que se venda.

ZAYDE.

Haré en la mar y tierra
Falta á las cosas del servicio tuyo;
Basta que vaya mi sobrino Amete.

MANZOR.

Basta, aunque aquesto es cosa de importancia.

ZAYDE.

De todo dará Amete buena cuenta.

MANZOR.

Pues vamos, porque quiero despacharte.

ZAYDE.

Ya sabes que te sirvo con cuidado.

JARIFA.

¡Cielos, ya tengo á Félix! Yo no os pido
Á Orán ni á Túnez, sino buen marido.

Vanse.

Salen Leonardo, padre de Teodor, y Floresto, catedrático, el que había de ser su marido, en Valencia.

FLORESTO.

Sabe el cielo si quisiera
De otra suerte recibiros.

LEONARDO.

¡Oh, cobarde á mis suspiros
Y lágrimas, suerte fiera!
No me pude persuadir
Que no estaba aquí Teodor,
Pues me ha forzado el dolor
Á venir, más que á morir;
Es verdad que me dijeron
Su robo, y que recibí
Vuestras cartas, mas creí
Que hasta las firmas mintieron.
¿Qué nuevas tenéis acá
Del traidor que la robó?

FLORESTO.

Mal don Félix la gozó;
Vengado mi honor está.
Camino de Barcelona,
Y queriendo descansar
En las orillas del mar
Que nuestro reino corona,
Fué preso de seis fragatas
De moros de Tremecén.

LEONARDO.

¿Y Teodor también?

FLORESTO.

También.

LEONARDO.

¿Ansí, fortuna, me tratas?

FLORESTO.

Á quien, cual vos, ha leído
Tantos filósofos graves;
Á quien ha visto las naves
Que la fortuna ha rompido;
Á quien sabe, como vos,
La moral Filosofía;
Á quien lee cada día
Estos castigos de Dios,
No tengo que consolar,
Siento vuestro mal y el mío;
Pero ni sé, ni confío,
Que se pueda remediar.

LEONARDO.

Yo, Floresto, muchos años
Las cátedras he leído
Que sabéis, en que he tenido
Del tiempo mil desengaños;
Mas ninguno me ha llegado
Donde aquéste me llegó,
Porque imaginaba yo
Que era lugar reservado.
Pero, pues fortuna ordena
Que me falte tanto bien:
No digo yo á Tremecén,
Por Valencia ó Cartagena,
Pero á Trapisonda iré,
Á la China, á las dos Javas;
Que ni á las tormentas bravas
De la mar temor tendré,
Ni á los peligros mayores
Que en la tierra puede haber.

FLORESTO.

Si vos pensáis emprender,
Y no con fuerzas mejores,
Años y salud, camino
Tan notable, iré con vos.

LEONARDO.

¿Cierto?

FLORESTO.

Y no tengo ¡por Dios!
El buscarla á desatino:
Llevemos para el rescate
Dineros, pero primero,
Como hidalgo y caballero,
Para que verdad os trate,
Palabra me habéis de dar
De que ha de ser mi mujer.

LEONARDO.

Quien os la dió en el placer,
¿No os la dará en el pesar?

FLORESTO.

Pues alto: en nombre de Dios,
Embarquémonos á Orán.

LEONARDO.

Mil pasajes nos darán,
Porque habemos de ir los dos
En forma de mercaderes,
Y llevar sedas y granas.

FLORESTO.

Mar, si tus aguas allanas
Y piadoso huésped eres
Deste amante, yo te ofrezco
Un epigrama latino
En que te llame divino.

LEONARDO.

Pues, dulce mar, si merezco
Que allá me dejes pasar,
Yo te haré versos que excedan
Al gran Virgilio, y que puedan
Tus claras aguas honrar.

Vanse.

Salen Félix, de moro, muy galán, Leonelo, y Padilla, de moro, á lo gracioso.

FÉLIX.

Esto nos conviene ansí.

LEONELO.

Yo, sólo el peligro temo.

PADILLA.

De aquesta vez vuelvo al remo.

FÉLIX.

Fiaros podéis de mí,
Y del ingenio divino
De Teodor, cuya es la traza.

PADILLA.

Grande mal nos amenaza.

LEONELO.

Todo ha de ser desatino.

¿Tú rey de Orán?

FÉLIX.

Ya soy rey;
No tenéis que preguntar.

LEONELO.

¿Cuándo ó cómo has de reinar
Sin agravio de tu ley?

FÉLIX.

Yo hice llevar á España
Á Teodor.

LEONELO.

Moros decían
Que ya de vuelta serían.

PADILLA.

La misma Teodor te engaña.

FÉLIX.

¿Por qué, necio?

PADILLA.

Porque quiso
Salir de cautividad,
Y en teniendo libertad,
Con una carta de aviso
Decir que queda en Toledo,
En Zocodover, comprando
Membrillos, ó vendimiando
En Burguillos.....

FÉLIX.

Habla quedo.

PADILLA.

Y que te escapes si puedes.

FÉLIX.

Yo sé que sabré librarme.

PADILLA.

Teodor pudiera llevarme,
Hiciérame mil mercedes;
Pero ella debe de estar
En la Vega ó las Ventillas,
En la Huerta ó las Vistillas,
Tratando de merendar,
Entre seis estudiantones
De los que su padre enseña,
Que de la más dura peña
Harán turrón de piñones,
Y tú, vestido en Orán
Como moro de comedia,
Y aun, si Dios no lo remedia,
Creyendo en el Alcorán.

FÉLIX.

Eso no, porque primero
Mil muertes pienso sufrir.

LEONELO.

El Rey.

Salen el Rey, Daraja y Jarifa.

MANZOR.

No hay más que decir,
De que por hijo le quiero.

JARIFA.

Gallardamente le están
El turbante y la marlota.

DARAJA.

Ya Leonelo me alborota.

MANZOR.

Guárdete Alá, rey de Orán.

FÉLIX.

Tu hechura dirás, señor.

MANZOR.

¡Hola! Dadnos almohadas:
Notablemente me agradas.

FÉLIX.

Soy de tu sol resplandor.

Siéntense.

MANZOR.

Sentaos, sobrina.

DARAJA.

¿Con quién
Me mandas á mí sentar?

MANZOR.

Leonelo te hará lugar,
Alcaide de Tremecén.

LEONELO.

Beso, gran señor, tus manos:
¿Tanto honor cosa tan baja?

MANZOR.

Porque las deis á Daraja,
Y estéis dos primos hermanos
Casados con mis sobrinas.

DARAJA.

Dichosa mi suerte ha sido.

LEONELO.

¿Posible es que he merecido
Tocar tus manos divinas?

MANZOR.

¡Hola! Una zambra danzad;
Celébrense aquestas bodas.

DARAJA.

Presto me desacomodas.

MANZOR.

No importa: vaya, cantad.

Canten los músicos, y ellas bailan la zambra.

MÚSICOS.

Quien tiene sus esperanzas
En amor,
Tenga siempre á sus mudanzas
Más temor.
Quien tuviere dama hermosa
En competencia,
Si no fuere muy forzosa,
No haga ausencia.
Entre las penas de amor
Y sus desvelos,
El desdén es la menor,
Mayor los celos.
Quien se alaba de su dama
En ocasión,
Eso quita de su fama
Y opinión.

Querer, y hacer dar suspiros,
Es rigor;
Que el amor nos hace tiros
Siendo amor.
La ley de la voluntad
Es la firmeza,
Porque no guardar lealtad
Es gran bajeza,

Entra Zayde.

ZAYDE.
¿Puedo interrumpir tus fiestas?
MANZOR.
¡Oh, Zayde, bien seas venido!
ZAYDE.
Á Teodor dejo en España.
MANZOR.
Dale á Félix ese aviso.
ZAYDE.
Con el parabién del Rey.
FÉLIX.
Alcaide, deste servicio
No me olvidaré jamás.
¿Holgóse Teodor? ¿Qué dijo?
ZAYDE.
Puesto que sintió dejarte,
Y de sus ojos divinos
Tuvo el mar más blancas perlas
Que del celestial rocío,
Al fin, viéndose en la patria,
Con alegre regocijo
Besó la tierra, y trocando
En dos coches el navío,
Con seis esclavas que el Rey
Le dió libres, el camino
Tomó dé la gran Toledo.
FÉLIX.
Mucho puedo, pues resisto
El placer de tanto bien.
Rey de Orán.....
MANZOR.
Querido hijo.....
FÉLIX.
Hoy es día de mercedes;
Hoy, que de tu mano he sido
Puesto en tan alto lugar.....
MANZOR.
Que las hagas te permito.
FÉLIX.
Los Reyes en nuestra tierra,
Cuando el cetro de oro rico
Toman en la mano, y ciñen
El laurel de que hoy me ciño,
Hacen á todos mercedes.
MANZOR.
Pide y haz mercedes.
FÉLIX.
Pido
Sólo quinientos cristianos,
Viejos, mujeres y niños,
Para darles libertad,
De los que tienes cautivos.
MANZOR.
Digo que hoy pasen á España
En esos mismos navíos.
FÉLIX.
Mayor merced me has de hacer;
Que has de embarcarlos tú mismo.
MANZOR.
Por darte contento, voy.
FÉLIX.
Zayde.....
ZAYDE.
Señor.....
FÉLIX.
Este anillo
Te doy, por ser de mi esposa.
ZAYDE.
Y yo por tu amor lo estimo.

Váyanse el Rey y Zayde, y luego Padilla.

FÉLIX.
Vé, Padilla, y mira bien
Si ejecutan lo que digo.
PADILLA.
Tu Majestad esté cierto
Que de mí será servido.
JARIFA.
¿Cuándo, Félix, estos brazos
Te han de merecer?
FÉLIX.
Señora,
Con Leonelo traté agora
Que estos amorosos lazos
Á un tiempo tengan efeto.
DARAJA.
En los que casados son
No hay honesta dilación
Ni es necesario el secreto.
FÉLIX.
Eso en vuestra tierra es;
Pero habemos de guardar
La ley nuestra hasta llegar
Á ser moros; que después
Viviremos por la vuestra.
JARIFA.
Pues ¿qué ley tenéis allá
Cuando os casáis?
FÉLIX.
Claro está
Que es distinta de la vuestra (1).
JARIFA.
¿Cómo?
FÉLIX.
No hay mujer tan rara
Que no tenga algún defeto
En su persona secreto,
Y que á nadie le declara.

(1) Consonante repetido.

Encubrirlos al marido
Se tiene por gran pecado,
Y ansí, aunque se hayan casado,
No puede ser consumido
El matrimonio hasta ver
El marido estos defetos.

JARIFA.

¿Defetos, si son secretos,
Y en una honesta mujer?

FÉLIX.

Oye.

JARIFA.

¡Extraña confusión!

FÉLIX.

Que los hombres no los ven
Porque hay remedio también.

JARIFA.

¿Cómo?

FÉLIX.

Cuando es conjunción,
Muestra cualquiera mujer
Sus defetos á la luna,
Y ella, con vergüenza alguna,
Porque no los puedan ver
Ciega al marido los ojos,
Y cúmplese con la ley.

JARIFA.

¿Dirémosle aquesto al Rey?

DARAJA.

No te dé, Jarifa, enojos;
Que de aquí á la conjunción
No hay mucho.

FÉLIX.

¿Qué te parece
De la invención?

LEONELO.

Que merece
Mil premios esta invención.
Con extraño desatino
El matrimonio dilatas.

Entra Padilla dándole de palos á Alí.

ALÍ.

¡Tente! ¡Mira que me matas!

PADILLA.

Camine, pues.

ALÍ.

Ya camino.

FÉLIX.

¿Qué es esto, Padilla?

PADILLA.

Risa,
Contento, placer, venganza
De este perro.

ALÍ.

¡Tal mudanza!

PADILLA.

Díjele que fuese aprisa
Juntando ciertos cautivos,
Y escóndelos el perrazo.

FÉLIX.

¡Bien, por Dios! Córtale un brazo.

ALÍ.

¡Oh españoles vengativos!
¡Señor, yo los sacaré!

FÉLIX.

Vé luego, ó ponle en un palo.

PADILLA.

Agora la espalda igualo;
De aquí á un poco, le daré
En la barriga otros tantos.

ALÍ.

¿No vive piedad en ti?

PADILLA.

¿Tuvístela tú de mí?

FÉLIX.

¿Juntan muchos?

PADILLA.

Muchos.

FÉLIX.

¿Cuántos?

PADILLA.

Más de doscientos están
En la playa.

FÉLIX.

Alegre estoy.

PADILLA.

Camine el perro.

ALÍ.

Ya voy.

LEONELO.

No queda esclavo en Orán.

FÉLIX.

Señoras, á verlo vamos.

LEONELO.

Licencia á los dos nos dad.

FÉLIX.

La conjunción esperad,
Y adiós.

DARAJA.

¡Muy buenas quedamos!

JARIFA.

¿Tienes, Daraja, defetos
De gran consideración?

DARAJA.

Apenas sé si lo son,
Respeto de estar secretos;
Pero ¡qué tengo de hacer!
Y tú, ¿qué sientes de ti?

JARIFA.

Que como mujer nací,
Seré como otra mujer:
Hagamos una oración.

DARAJA.

La luna es bien que se ruegue.

JARIFA.

¡Oh, plega á Dios que los cieguel
¿Hay tal boda en conjunción?

Vanse.

Salen Celindo, en Constantinopla, y Alimo, moros.

CELINDO.

Vengo á besar al gran señor la mano
Para que en estos reinos me confirme,
Alimo, con las cartas de mi hermano.

ALIMO.

Será tener, Celindo, el reino firme.

CELINDO.

Famosa está la corte.

ALIMO.

El Otomano
Quiere que en esta gran ciudad se afirme,
Porque es Constantinopla la cabeza.

CELINDO.

Admira su hermosura y su riqueza.

ALIMO.

¿Casástete?

CELINDO.

Ya queda concertado,
Aunque de la mujer no estoy contento,
Porque este viejo temeroso ha dado
En que ha de ser espurio el casamiento.

Entran Amete, Teodor y un pregonero vendiéndola.

PREGONERO.

¿Quién compra la cautiva, que es traslado
De un ángel? ¿Quién la compra?

CELINDO.

Escucha atento.

ALIMO.

Bella esclava, ¡por Dios!

CELINDO.

Y ¡cómo bella!

PREGONERO.

Cuatrocientos cequíes dan por ella.

CELINDO.

Alimo, yo conozco esta cristiana.
Teodor..... ¿Eres Teodor?

TEODOR.

Pues ¿quién pudiera
En fortuna vivir tan inhumana,
Celindo amigo, que Teodor no fuera?

CELINDO.

Pues ¿tú en Constantinopla?

TEODOR.

La tirana
Jarifa, para ti sangre tan fiera,
Me ha puesto en tal estado.

CELINDO.

¿De qué suerte?

TEODOR.

Amando á Félix, intentó mi muerte.
Díjole al Rey que tú le matarías
Por serlo, si conmigo te casaba,
Y que para gozar felices días,
Si sucesión pacífica esperaba,
Se aprovechase de las prendas mías,
Pues si á Félix por príncipe juraba,
Tendría más sujeto el heredero
Haciendo rey un pobre caballero.
Los hijos españoles y africanos,
Ó pretender asegurar su vida,
Ó los agüeros que tenéis, tan vanos,
De esa supersticiosa ley fingida,
Hicieron que, estimando á los tiranos,
Por quien estoy adonde veis perdida,
Te desterrase con engaño injusto,
Y los dos se casaron á su gusto.
Luego, fingiendo que me enviaba á España,
Hasta Constantinopla me han traído,
Donde me venden por infame hazaña
De un engañado Rey y un vil marido.
Hasta salir del África te engaña
Tu hermano, que si vuelves atrevido,
Te ha de matar su gente, ó el cristiano,
Que tiene el cetro en la traidora mano.
Este pago me dió, Félix mi esposo,
Español, caballero y de Toledo,
Y á ti Manzor, tu hermano cauteloso:
Tú sin el reino, y yo sin honra quedo.

CELINDO.

¡Por Alá soberano y poderoso;
Que no sé cómo con aliento puedo
Escuchar tal maldad.

ALIMO.

¡Bravo suceso!

CELINDO.

¿Quién tendrá vida, ó por lo menos seso?

TEODOR.

Hazme placer, Celindo, que la nema
Rompas á la vil carta de tu hermano.

CELINDO.

Es para el gran señor.

TEODOR.

¿No es bien que tema
Que le trate traición tan gran tirano?

ALIMO.

Bien dice: abre la carta.

CELINDO.

La suprema
Grandeza me perdone.

TEODOR.

Fuera vano
Todo respeto: ¿ha de intentar tu muerte?

CELINDO.

Abrí la carta, y dice desta suerte:

Lea.

«Ese villano, que dice que es mi hermano, va á darte la muerte con veneno cuando te sirva la copa, que ese es el galardón que te da de haberle criado.»

No me mandéis proseguir,
¡Por Alá! que si la doy,
Que á estas horas muerto estoy,
Y es imposible vivir.
¡Oh fiero hermano cruel!
¡Vive Dios! de hacerte guerra

Y de destruir tu tierra
Desde Tremecen á Argel!
Dame esos brazos, Teodor,
Ó dame, Teodor, los pies.
Amete.....

AMETE.

Señor.....

CELINDO.

Pues es
Infame el Rey, tu señor,
Dile que su carta vi
Con mi engañosa esperanza,
Y que tomaré venganza,
Si Selín me ayuda aquí,
Del agravio que me ha hecho
De Jarifa y del cristiano;
Y porque entienda el villano
Que no le fué de provecho
Hacer vender á su esposa,
Ven conmigo, y te daré
Más que ninguno te dé,
Á quien más parezca hermosa.

AMETE.

Pues tú, ¿para qué la quieres?

CELINDO.

Para darla libertad
Por ejemplo de lealtad
Entre españolas mujeres;
Que por no ofender su esposo,
Sorda y loca se fingió
Cuando la ofrecía yo
Un reino tan poderoso.
Y el villano mal nacido
Que no imitó su valor,
Pagando tan mal su amor,
La ha desterrado y vendido.
Teodor, vé donde quisieres,
Ya eres libre.

TEODOR.

En esos pies
Pondré la boca.

CELINDO.

Aunque estés
Donde tan extraña eres,
Yo sé que tienes valor
Para saberte valer:
Si algo hubieres menester,
En casa del gran señor
Cada día me hallarás.
No hayas miedo que tu esposo
Goce con mucho reposo
Reino y mujer; que verás
Tan presto ejército armado
Contra Orán, con el favor
Del gran señor, que el traidor
No viva un mes coronado.

Váyanse, y quede Teodor.

TEODOR.

El cielo tu vida aumente
Y tus pensamientos guíe,
Y te dé justa venganza
De los tres que te persiguen:
Del Rey de Orán, que mudable
Te quita el reino y admite
Un extraño caballero
Por una mujer que finge;
De don Félix, porque siendo
Cristiano, su ley olvide,
Y de Jarifa, que piensa
Conservar un imposible.
¡Buena quedo, pues pensando
Cómo los conciertos hice
Que Félix me enviara á España
Y que intentara seguirme,
Del África vengo al Asia,
Y de Orán tan presto vine
Á Constantinopla, adonde
No hay mal como verme libre!
Suspiros de mis entrañas,
Puesto que fuego suspire,
Pues bien podéis por el aire,
Como cometas, seguirle,
Id á Félix y decidle
Que fué traidor, y yo mujer y firme.
¿Qué haré; miserable yo!
Entre peñascos y sirtes,
Entre la vida y la muerte,
Entre Scilas y Caribdis?
¡Oh miserable Teodor!
¿Por dónde podrás huirte,
Cuatro mil leguas de España,
Tan desamparada y triste?
¿Á quién diré que me ampare,
Que al instante no me quite
Este honor, que aun entre propios
No hay cosa que más peligre?
¿Á qué casa llegaré?
Vergüenza y temor me impiden.
¡Ay, lágrimas! Pues que veis
Las desdichas que me oprimen,
Id á Félix y decidle
Que fué traidor, y yo mujer y firme.
No quiero entrar en la tierra;
Al mar, honor, quiero irme;
Que en una bárbara corte
No ha de faltar quien os pise.
Más quiero que vuestras aguas
Mis pensamieutos mitiguen,
Que no que algún turco fiero
Esta desventura incite.
¡Ah, Félix! Cuando en Toledo
Tantas veces me dijiste
Que contra toda mudanza
Era tu amor invencible,
Y cuando junto á Valencia,
Como salteador saliste,
Dando al arcabuz amor
Fuego que en las almas vive,
¡Quién dijera que me habías
De dejar porque te dije

Que ser rey de Orán fingieses
Porque nos viésemos libres!
Yo me mataré, don Félix.
¡Mar, en tus ondas recibe
Esta mujer desdichada!
Entretanto, quejas tristes,
Id á Félix y decidle
Que fué traidor, y yo mujer y firme.

ACTO TERCERO.

Una caja de guerra. Dentro, algunos moros. Don Félix y el rey Manzor.

FÉLIX.

Pierde el temor que vuelva á dar cuidado
Á tus reinos Celindo.

MANZOR.

Él parte huyendo,
Y dos veces por ti desbaratado.

FÉLIX.

Bien pienso que su ejército, pudiendo
Llegar á Túnez, fuera recibido
Por amor ó temor.

MANZOR.

Llegué temiendo
Que entraba nuestro ejército vendido:
Pero el quererte tanto ha sido parte
Que mi hermano cruel fuese vencido.
Selín le dió mil hombres en el arte
De la milicia diestros; Berbería
Los demás que en su ejército reparte:
Mas ya que conoció tu valentía,
No hayas miedo que vuelva.

FÉLIX.

Y si volviere,
Será para tu infamia y honra mía.

MANZOR.

Félix, que Alá como á Selín prospere,
¿Cuándo Jarifa ha de tocar tu mano,
Que con tanta razón te adora y quiere?
Mira que como en fin eres cristiano,
No te tengo seguro.

FÉLIX.

Estoy medroso
De vuestro estilo bárbaro africano;
Que habiéndote pedido, como esposo
De Teodor, que á su tierra la enviases,
Estoy de lo contrario temeroso:
No he visto carta suya.

MANZOR.

¡Que pagases
Mi amor con tan ingrato pensamiento,
Y que de un Rey engaño sospechases!
Pues si envié, por sólo tu contento,
Quinientos hombres de una vez á España,
¿Tendré de una mujer avaro intento?

FÉLIX.

Manzor, yo estoy con esta pena extraña,
En tanto que no sepa de mi esposa,
Que no me he de casar te desengaña.

MANZOR.

¿Sus cartas bastarán?

FÉLIX.

Será forzosa
Una carta de España, y de su mano.

MANZOR.

Pues ésa no será dificultosa.

Entran, en hábito de mercaderes, Leonardo y Floresto con Alí.

ALÍ.

El que veis es el Príncipe africano.

LEONARDO.

¿Éste es el que ha vencido tantas guerras?

ALÍ.

Éste es don Félix, español cristiano.

FLORESTO.

¿Que éste es don Félix?

LEONARDO.

Ya se van.

FÉLIX.

No yerras,
Gran señor, en querer asegurarme,
Pues es para tu bien y de tus tierras,
Y aun importa á tu honor desengañarme.

MANZOR.

Confuso estoy. ¡Qué mal consejo tuve!
Vendí á Teodor, mas yo sabré librarme.

Váyanse el Rey, D. Félix y los moros.

LEONARDO.

Mirando á Félix con dolor estuve:
¿Que éste fué mi discípulo? ¿Que á este hombre
Crié, enseñé? No sé cómo detuve
Las lágrimas.

FLORESTO.

Permite que me asombre,
Leonardo, de suceso tan extraño.

ALÍ.

¿Conocéisle en España?

LEONARDO.

Por el nombre;
Mas dime, moro amigo, ó yo me engaño,
Ó trujo una doncella á Orán cautiva:
¿Quién los prendió, para mi eterno daño?

ALÍ.

Decís muy bien.

LEONARDO.

¿Es, por ventura, viva?

ALÍ.

No se puede decir lo que fué della;
Todo este reino en su secreto estriba.

LEONARDO.

Yo daré, por saber desa doncella,

Veinte varas de grana, y de brocado
Seis, y aun diez de labor hermosa y bella.

ALÍ.

Cristiano mercader, si con cuidado
Vienes, porque te importa, por la grana
Y tela fueras hoy de mí avisado;
Pero importa el secreto á la africana
Corona, y á los tres la misma vida.

LEONARDO.

Sólo quiero saber desta cristiana.

ALÍ.

Yo te diré por lo que fué vendida,
Y dónde la hallarás.

LEONARDO.

Pues ven conmigo
Donde las varas de la grana mida.

ALÍ.

Seguidme.

LEONARDO.

Con mil lágrimas te sigo.

Vanse.

Dice dentro Finardo, griego, medio desnudo, que tiene en brazos á Teodor, casi del mismo modo, después de haber fingido una tormenta:

FINARDO.

En tanto mal, en tanta desventura,
Sólo este barco puede ser remedio.

PILOTO.

Ya se rompe la nave.

TEODOR.

¡Oh, Virgen pura!

OTRO.

Mejor fuera alargarse al mar, que en medio
No corriera peligro.

PILOTO.

Ya se rompe.

OTRO.

No hay ya para vivir seguro medio.
Las lágrimas y quejas interrompe,
Teodor, pues, como ves, estás en tierra.

Salgan.

TEODOR.

Si ya de tanta guerra,
De mar, viento y desdichas,
La tierra me da puerto, juntamente
Le pido sepultura.

FINARDO.

Tener en la fortuna tales dichas
Es una venturosa desventura:
¿Qué es del ingenio y ánimo prudente,
Teodor, de que los cielos te dotaron?

TEODOR.

No siento que á tal punto me trujeron,
Pues poco me quitaron,
Respeto que la vida me dejaron;
El daño siento que por mí te hicieron.

FINARDO.

Y yo, por ser por ti, tengo por gloria
La hacienda que he perdido.

TEODOR.

Pues que por mí tan desdichado has sido,
Oye el principio de una nueva historia;
Que, aunque muchos se pierden por mujeres,
Yo quiero que tu daño recuperes.
Cuando, por hallarme sola,
Mujer y desamparada,
De Constantinopla fuí
Al mar, y te hallé en su playa,
Donde, con tantos criados,
En cuatro naves persianas
Tan ricas mercadurías
Cargando, Finardo, estabas;
Y, sólo por ser mujer,
Te doliste de mis ansias,
Y, por ser cristiano griego,
Y yo española y cristiana,
En tu nave me acogiste,
Y por dejarme en Italia,
Porque desde allí pudiese
Venir más segura á España,
Torciendo el camino tuyo
De Persia, ó Grecia, tu patria,
Corriste tantas fortunas,
Pasastes tantas desgracias,
Que, últimamente volviendo
Á Persia, ha triunfado el agua
De tus naves, pues ya quedan
Por su salada campaña
Rendidas, como se ven,
Despues de una gran batalla,
Las banderas enemigas,
Las reliquias de las armas;
Confieso al cielo que tuve,
No porque en mí se acabaran
Las desdichas con la muerte,
Viéndome en medio de tantas,
Gusto en morir, pues por ver
Que había sido la causa
De que perdieses tu hacienda,
Siendo, aunque sin culpa, ingrata.
Mas, ya que tengo esta vida,
Que tanto me aflige y cansa,
Quiero pagarte con ella,
Pues de la nave á la barca,
Y de la barca á la tierra,
Finardo, en hombros me sacas,
Pudiendo sacar mi peso
De diamantes y esmeraldas.
La paga será que en Persia,
Pues gusta el Soldán de esclavas,
Me vendas; que bien sospecho
Que suplas lo que te falta.

FINARDO.

Teodor, si esta gran tormenta,
De que tan turbada escapas,
Eclipsa tu raro ingenio,
Que delires no me espanta.
Son cincuenta mil ducados
Lo que el fiero mar me traga

Con aquella hambrienta boca,
En piedras, telas y granas,
¿Y quieres que, con venderte,
Repare lo que me falta?

TEODOR.

Pues ¿no, si pides por mí
Eso mismo?

FINARDO.

Aunque tú valgas,
Teodor, mucho por ti misma,
Advierte que es arrogancia
No vista en mujer, decir
Que han de dar por una esclava
Tanto precio.

TEODOR.

Si te digo
Razones que persüadan
Al Soldán, y él gusta dello,
¿Serán obras ó palabras?

FINARDO.

¿Qué puedes decir?

TEODOR.

Que soy
Una doncella tan sabia,
Que á todos los de su reino
Haré notable ventaja;
Que para ver la experiencia
Los junte, y verá que es tanta
Mi ciencia, que es corto el precio.

FINARDO.

¿Qué dices?

TEODOR.

Verdades claras.

FINARDO.

El Soldán es hombre sabio,
Y que en Egipto y Arabia
Aprendió todas las ciencias,
Y si tú fueses tan rara,
No dudo de que por ti
Diese una nave de plata;
Pero ¿tu ciencia es infusa?

TEODOR.

Fuera de que soy dotada
De un ingenio peregrino,
He estudiado ciencias varias:
No ha nacido quien me venza,
Finardo, en ciencias humanas.

FINARDO.

Ahora bien, quiero creerte,
Y en fortuna tan extraña
Valerme de lo que dices,
No tanto por mi ganancia,
Cuanto por ver una cosa
Tan peregrina y extraña.

TEODOR.

Pues vamos donde me vistas
De ricas telas bordadas,
Con mil joyas y cadenas,
Que aquí tu crédito basta,
Y porque me estime el Rey;
Que una mujer adornada
Obliga á mayor respeto;
Que pobre es moneda falsa,
Y falsa y pobre y desnuda,
Si no es de noche, no pasa.

Éntrense, y salgan el gran turco Selín, Celindo y turcos.

SELÍN.

¿Á mí guerra hombre que ayer
Me vino á besar la mano?

ZARO.

Ha crecido su poder
Por tu culpa.

SELÍN.

¡Que el persiano
Guerra me procure hacer!
¿Él osa entrar por mi tierra?

CELINDO.

Puesto que tu campo encierra
Gente de tanto valor,
El capitán, gran señor,
Es el que vence la guerra.
Faltas tú, falta persona
Que gobierne.

ZARO.

El capitán
Mucho vence y mucho abona;
Por lo mismo, el Rey de Orán
Te ha vencido en Melïona.

CELINDO.

Zaro, no hablo de ti,
Aunque gobiernas la gente
Del gran señor.

ZARO.

Si de mí
Osas hablar libremente,
También yo respondo ansí;
Que tú contra el Rey de Orán
Llevaste ejército, y eres
Tan valiente capitán;
Y como viles mujeres
Vuelven, y sin honra están.

CELINDO.

Zaro, si en Orán había
Mejor capitán que yo,
No ha sido la culpa mía.

SELÍN.

¿Mejor?

CELINDO.

Tal, que me venció
Cuatro veces en un día.

SELÍN.

Pues ¿quién es?

CELINDO.

No es africano,
Sino un español cristiano,
Caballero de Toledo,
Hombre á quien tuviera miedo,
De sólo verle, el Persiano.
¡Pluguiera á Alá que tuvieras
Tal capitán contra él,

Que yo sé si le vencieras!

SELÍN.

De Túnez, Orán y Argel
Y esas bárbaras riberas,
Celindo, yo soy señor;
Mis alcaides y virreyes,
Sus dueños, que mi valor
Tiene esos vasallos reyes
Por supremo emperador.
Si es tal ese renegado,
Yo enviaré á Zaro por él.

CELINDO.

Es tan gallardo soldado,
Que puedes sólo con él
Tener seguro tu estado.

SELÍN.

Zaro, con cartas irás
Al Rey de Orán luego al punto,
Y este español me traerás.

CELINDO.

Haz cuenta que el mundo junto
Viene en su valor, y aun más.

ZARO.

¿Es porque á ti te ha vencido?
¿Es eso para estimarte?

CELINDO.

Zaro, no es porque lo he sido
De aqueste cristiano Marte,
Ni por verle preferido
Á tu gobierno y valor;
Mas porque servir deseo,
Cuando puedo, al gran señor.

ZARO.

¿Hablas de envidia?

CELINDO.

No creo
Que te hace tanto favor.

ZARO.

¿Quiéresme descomponer
Y poner en mi lugar
Un hombre cristiano ayer,
Pensando que es gobernar
Lo que es saberte vencer.
¡Vive Alá.....

CELINDO.

Yo te he sufrido,
Zaro, el ser tan atrevido
Por el señor que respeto:
¿Qué has hecho tú que, en efeto,
Vuelves del Soldán vencido?

ZARO.

Yo soy.....

SELÍN.

¿Delante de mí?

ZARO.

¡Si no estuvieras aquí....

SELÍN.

¿Quieres que te corten luego
La cabeza?

ZARO.

Envía, te ruego,
Por quien dice.

SELÍN.

Harélo así.
Daos las manos y los brazos.

ZARO.

Yo te obedezco.

CELINDO.

Y yo.

ZARO.

Hacellos
Quisiera en tu cuello lazos.

SELÍN.

Venid conmigo.

CELINDO.

Con ellos,
Afuera te haré pedazos.

Vanse.

Salen el Soldán de Persia, Finardo, Teodor y quien acompañe.

SOLDÁN.

Que la doncella es hermosa
No lo niego, ni desprecio
Lo que compro; mas el precio
Me parece injusta cosa;
Porque decir que es muy sabia,
Basta en lo que puede ser
El límite de mujer,
Porque en lo demás se agravia
El ser perfeto del hombre;
Ni se ha visto que haya sido
De mujer encarecido
Más que por honor del nombre.

TEODOR.

Por tocarme responder,
Invictísimo Soldán,
Por el honor que otros dan
Á este nombre de mujer,
Que no porque yo lo soy,
Á mi dueño impido hablar:
Dadme licencia y lugar.

SOLDÁN.

Licencia y lugar te doy.

TEODOR.

Puesto que al hombre concedo,
Como es razón, la ventaja,
Porque desde su principio
Nuestra cabeza se llama,
No es razón, pues que salimos
De su carne, que nos haga
Desprecios y tenga en poco,
Porque en las letras humanas
Y divinas hay ejemplos
De mujeres celebradas
Por únicas, por insignes
En las letras y las armas.
De las armas no me toca
Decirte ejemplo de tantas
Como admiraron el mundo
En Grecia, España é Italia.

De las letras, ¿quién no sabe
Que Corinea Thebana
Venció á Píndaro, poeta
Que tanto la Grecia alaba,
Cinco veces, y escribió
Siete libros de epigramas?
Tespia igualó con Ovidio;
Erina á Homero se iguala,
Que con años diez y nueve
Tuvo mayor elegancia;
Sapho fué del verso autora
Que ahora sáphico se llama;
Los versos de su marido
Lucano, enmendó Argentaria;
Enseñó Filosofía
Al gran Pericles, Aspasia;
Damófila escribió versos
Dulces á honor de Diana;
Epístolas sentenciosas,
Cornelia con Anastasia;
Astrología leyó
En Alejandría Hipatia;
Femonia halló el verso heroico,
Y el lírico halló Theana;
Escribió contra Teophrastro
Leoncia materias raras,
Y por deidad fué tenida,
Por sus ciencias, Sosipatra;
Cenobia escribió la historia
De Oriente; Delbora sacra
Fué profeta de Israel,
Y en Troya la gran Casandra;
Fué divina en Teología,
En Roma, la inglesa Juana,
Y Sócrates, de Diotima
Aprendió cosas tan altas;
Leyó Areta, muerto Arístipo,
Y al filósofo Pitágoras
Declaró Dana, y á Estacio
Igualó su esposa Claudia.
Plutarco alaba á Targelia,
Y á Telesila Pausanias,
Herodoto alaba á Istrina,
Y San Jerónimo á Fabia;
Á Eustoquia llaman prodigio,
Monstruo del mundo á Constanza,
Nicostrata halló las letras,
Venció Catherina santa
Los sabios en conclusiones.
Todas las sibilas sacras
Fueron mujeres; las artes,
Pintadas en forma humana,
Merecen las de mujeres;
Por ciencia é industrias raras,
Muchas llegaron á reinos,
Y alguna emprendió ser Papa;
Que vemos por experiencia
Que las más necias engañan
Á los más discretos hombres,
Y que sus industrias bastan
Á sacarlos de peligros,
Como, fingiendo su estatua,
Micol al santo David.
Sin esto, es cosa muy llana
Que no saber las mujeres
Más letras que el hombre, es causa
No enviarlas, como al hombre,
Á las escuelas, muchachas;
Que si en Universidades
Entrar mujeres se usara,
Las cátedras fueran suyas;
Pero ellos temen su infamia.
Esto basta que te diga,
Y que haré, pues que te espanta
El precio de mi valor,
Honrado el ser y la patria,
Que en públicas conclusiones,
Rendidas sus fuertes armas,
Todos los sabios de Persia
Me confiesen su ignorancia.

SOLDÁN.

Doncella, el haberte oído
Revolviendo tanta historia,
Me admira, y de tu memoria
No pequeño ejemplo ha sido.
Yo quiero de hoy más tener
En gran lugar las mujeres;
Que pues tú, Teodor, lo eres,
¿Quién no ha de honrarlas, mujer?
¿Los sabios de Persia dices
Qué vencerás?

TEODOR.

Sí, señor.

FINARDO.

Míralo mejor, Teodor.

TEODOR.

Señor, no te escandalices;
Que lo que digo has de ver.

FINARDO.

Temo tu vergüenza, y mía.

SOLDÁN.

¡Que tanta sabiduría
Se encierre en una mujer!
¿Qué sabes para argüir
Con mis sabios, cuya fama
Por el mundo se derrama?

TEODOR.

Presto lo sabré decir:
Las siete artes liberales.

SOLDÁN.

¿Todas?

TEODOR.

Todas.

SOLDÁN.

Pues yo digo
Que mis tesoros contigo
Serán, Teodor, desiguales;
Pero éste el concierto sea
Y mañana se ejecute,
Que en público se dispute,
Donde tu ingenio se vea;
Y que si á cuatro vencieres

De mis sabios, no el laurel
Sólo, aunque te adornes dél
Por honra de las mujeres,
Pero que te dé también
Cien mil ducados.

TEODOR.

Avisa
Tus sabios.

FINARDO.

Teodor.....

TEODOR.

Es risa
Pensar que conmigo estén
Un hora, sin confesar
Mi valor y su ignorancia.

SOLDÁN.

¡Qué temeraria arrogancia!
Váyanlos luego á avisar.

Vase.

FINARDO.

El Soldán se fué corrido:
¿Qué has hecho?

TEODOR.

Allá lo verás.

FINARDO.

Mucho has dicho.

TEODOR.

Yo haré más.

FINARDO.

Pésame de haber venido.

TEODOR.

Yo eternizaré mi nombre.

FINARDO.

¿Cómo, en materia tan grave?

TEODOR.

Porque la mujer que sabe,
Hace gran ventaja al hombre.

Váyanse y salgan Selín, turco, Celindo, D. Félix, Leonelo y Padilla.

SELÍN.

Basta solamente el verte.

FÉLIX.

Dame mil veces tus pies.

SELÍN.

Félix, no estés de esa suerte
Que no quiero yo que estés
Á mis pies, español fuerte.

FÉLIX.

¿Adónde mejor, señor,
Que á los pies de tu valor?

SELÍN.

Prendas de tal capitán,
Yo pienso, Félix, que están
Sobre los brazos mejor.
Tengo tan cierta experiencia
De lo que en servicio mío,
Por la mar, y en mi presencia,
Ha hecho de España el brío,
La espada y la diligencia;
Que nunca de español tuve
Menos que honor y vitoria;
Siempre bien servido estuve.

FÉLIX.

El alto sol de tu gloria
Dora la más baja nube;
Pero ya podría ser
Que te acertase á servir.

SELÍN.

No quererme obedecer
Para dejarte venir,
Conociendo mi poder,
Le perdono al Rey de Orán
Después, Félix, que te vi;
Pues pierde tal capitán.

FÉLIX.

Casarme pensaba allí;
Mas ya, señor, quedarán
Del todo desengañados;
Que allá no pienso volver,
Porque están más obligados
Los reyes á no romper
Su fe, y más con sus criados,
Y él me la ha quebrado á mí.

SELÍN.

¿Cómo?

FÉLIX.

Mi esposa le dí
Porque la enviase á España,
Y él (¡oh, qué bárbara hazaña!),
Que la vendan hizo aquí.

SELÍN.

¿Aquí tu esposa vendieron?

CELINDO.

Señor, aquí la trujeron;
Y yo, por cierta amistad
La compré, y dí libertad.

FÉLIX.

Mis desdichas lo quisieron,
Porque mejor me estuviera
Que aquí vendida quedara,
Pues vendida, pareciera.

SELÍN.

¡Que á prenda en tu honor tan cara
Trataron desa manera!
¡Oh, bárbaro, vil, sin ley!
Mañana nombro un virrey.

FÉLIX.

Pues suplícote que sea
Celindo, porque se vea
Que pago en hacerle rey
La libertad que le dió.

SELÍN.

Pues por ti le nombro.

CELINDÓ.

Y yo
Á tus pies prometo ser
Tierra humilde.

SELÍN.

Quiero hacer

Que sepan dónde quedó,
En tanto que á Persia vas,
Donde el ejército mío,
Español, gobernarás;
Y á ti, Celindo, te envío,
Para que no reine más
Aquel cobarde Manzor.

FÉLIX.

Los dos iremos, señor,
Yo á la Persia, y él á Orán.

CELINDO.

Si, como tú capitán,
Fuera yo gobernador,
Los cargos fueran iguales.

FÉLIX.

Honrar á Jarifa puedes
Como á tu sangre.

CELINDO.

Son tales
Las virtudes con que excedes
Á los que son tus iguales,
Que de tu valor lo creo.

FÉLIX.

Nunca ¡por el Dios que adoro!
La ofendí, ni aun el deseo
Llegó á su honesto decoro,
Más que al alma que no veo.
Casarte puedes con ella;
Hazme este favor á mí.

CELINDO.

Ella es mi sangre, y tan bella,
Que más que te sirvo á ti
Ganaré en honrarme della.

SELÍN.

Félix.....

FÉLIX.

Señor.....

SELÍN.

Sin temor
Parte á Persia; que tu esposa
Yo la buscaré.

FÉLIX.

El amor
Y la deuda más forzosa
Al hombre, que es el honor,
Me obligan al sentimiento.

SELÍN.

Pierde el cuidado.

FÉLIX.

Esto siento.

SELÍN.

¿Quién son los que van contigo?

FÉLIX.

Leonelo es primo y amigo.

SELÍN.

Recibo en verle contento.

LEONELO.

Soy, señor, un peregrino
Que su desdicha acompaño.

SELÍN.

Sois de ser su sangre dino.

LEONELO.

Por propio Rey, aunque extraño,
Señor, á tus pies me inclino.

SELÍN.

Mi bajá te nombra allá,
Que aqueste cargo te doy.

LEONELO.

Tu hechura levantas ya.

SELÍN.

Y tú, ¿quién eres?

PADILLA.

¿Quién soy?

SELÍN.

Hombre que con Félix va,
Por fuerza tendrá valor.

PADILLA.

Yo soy, invicto señor,
Hombre en España; en Castilla,
Bestia de albarda y de silla,
Quiero decir, servidor;
En Toledo soy pasante,
Que del caballo, en efeto,
Siempre pasaba delante;
Soy hidalgo en campo prieto,
Que es lo mismo que estudiante;
En Orán, moro alquilado,
Y aquí seré lo que fuere
Tu gusto.

SELÍN.

Gusto me ha dado.

CELINDO.

Hacerle mercedes quiere.

LEONELO.

Bien puede, que es gran soldado.

SELÍN.

Yo le hago capugí
De mi cortina y serrallo,
Después que volvais aquí.

PADILLA.

¿Capugí?

CELINDO.

No hay más que honrallo.

PADILLA.

¿Es bueno?

LEONELO.

Pienso que sí.

PADILLA.

Aunque yo no sé qué es,
Beso, gran señor, tus pies.
¡Capugí! Turbado estoy:
¿Sabes tú acaso quién soy?

CELINDO.

¿No lo sabes?

PADILLA.

¿No lo ves?

CELINDO.

Es capugí el gran portero
De la cámara y cortina
Del señor.

PADILLA.

Gran bien espero.

SELÍN.

Ahora bien, Félix, camina.

FÉLIX.

Partir á servirte quiero.

SELÍN.

Eso confío de ti.

FÉLIX.

Vamos de aquí.

PADILLA.

Señor, di
¿Qué eres tú?

FÉLIX.

General ya.

PADILLA.

¿Y Leonelo?

LEONELO.

Gran bajá.

PADILLA.

Lindo!

FÉLIX.

¿Y tú?

PADILLA.

Yo, capugí.

Vánse.

Salen Floresto y Leonardo.

FLORESTO.

Venturoso viaje hemos traído
Desde Constantinopla.

LEONARDO.

Más lo fuera
Si de Teodor hubiéramos sabido.

FLORESTO.

Aquí en la Persia alguna nueva espera.

LEONARDO.

Dicen que vino aquí, mas he creído
Que debieron de darle muerte fiera.

FLORESTO.

Es propio del amor en su desvelo
El temor, la sospecha y el recelo.
Pero, dejando aparte nuestra pena,
¿Qué os parece el pregón que en esta corte
Por todas partes se divulga y suena?

LEONARDO.

No poco ha hecho que mi mal reporte.

FLORESTO.

Dicen que el gran Soldán manda y ordena,
Y basta que al honor de Persia importe,
Que hoy se junten sus sabios y letrados
En varias facultades celebrados.
Lo que añade la gente es que esta junta
Es no más de argüir á una doncella
Tan sabia, que en su ingenio el cielo junta
Todas las artes que ha cifrado en ella.
Esta respuesta han dado á mi pregunta,
Y soy de parecer que argüir con ella
Nos será de provecho, pues podremos
Mostrar al Rey lo mucho que sabemos;
Con esto, aficionado, hará de suerte
Que en buscar á Teodor nos dé su ayuda.

LEONARDO.

Decís muy bién.

FLORESTO.

Éste es palacio.

Entran un mayordomo y criados.

MAYORDOMO.

Advierte
Que no se ha de aguardar que el Rey acuda

CRIADO.

¿No está bueno el teatro desta suerte?

MAYORDOMO.

Pienso que viene: esos asientos muda
Tras el bufete; pon á la doncella
La silla, y los asientos cerca della.

Haya un dosel con gradas, unas sillas arriba, un bufete abajo, y otra silla y dos bancos á los lados. Salgan acompañamiento y Finardo, Beliano, filósofo, y dos hijas suyas, Demetria y Fenisa; Tibaldo, otro sabio; Teodor con laurel en la cabeza, y el Soldán; él se asienta arriba, ella detrás del bufete, y los sabios en sus bancos.

SOLDÁN.

Tomad asientos, y daréis principio
Á la cosa más nueva que en el mundo
Debe de haberse visto ni pensado.

BELIANO.

Yo, gran señor, primero que os ofrezca
Mi ingenio, pues mujer nos desafía,
Los de mis hijas presentaros quiero:
Demetria es docta en todas facultades,
Fenisa es rara en lenguas y en historias;
Las dos arguyan, y después nosotros.

TIBALDO.

Yo pudiera ofrecerte prendas mías,
Mas las que te presenta Beliano
Pienso que bastarán; que yo he venido,
Si va á decir verdad, señor, corrido.

LEONARDO.

Floresto, si los ojos y el deseo
No engañan, la que miras es mi hija.

FLORESTO.

¿Teodor es ésta?

LEONARDO.

Sí, Teodor es ésta.

FLORESTO.

¡Oh, belleza divina! No pudiéramos
Hallarla en ocasión de tanta gloria.
¿Qué haremos?

LEONARDO.

Suspender este contento
Hasta saber su fin y pensamiento.

FLORESTO.

Invictísimo Rey, si das licencia
En tales actos á extranjeros doctos,
Los dos á esta doncella generosa
Queremos argüir.

SOLDÁN.

Sentáos, amigos;
Que antes estimo yo que vengan sabios

De tierras extranjeras á la mía,
Mayormente en el acto deste día.

FINARDO.

El general del Turco, tu enemigo,
Recién venido de Constantinopla,
Á tu corte ha llegado disfrazado,
Y, oyendo los pregones de la junta,
La hermosura é ingenio desta dama,
Picado de filósofo, y hallándose
Con otros dos de lo mejor de Europa,
Pide licencia para verte y vella.

SOLDÁN.

Iréle á recibir.

FINARDO.

Señor, ya viene.

Entran D. Félix y Leonelo, y Padilla de sabio, con una ropa y guantes y una gorraza colorada.

FÉLIX.

Guárdete el cielo, gran Soldán de Persia.

SOLDÁN.

Valiente capitán, ¿desta manera?

FÉLIX.

El gran señor, en el lugar de Zaro
Me dió el bastón; yo vine, y con deseo
De ver tu corte, entré secreto en ella,
Oí lo que se dice desta dama,
Y por lo mucho que á las letras debo
Quise de paz venir á verte y verla,
Fuera de que conmigo viene un hombre
De los insignes que conoce el mundo.

SOLDÁN.

Siéntate, General, aquí, á mi lado,
Y él tome entre los sabios digno asiento.

FÉLIX.

Deseo hacerte de Selín amigo.

SOLDÁN.

Y yo solicitar la paz contigo.

BELIANO.

Puesto que el argüir como en escuelas
En forma era razón, señor invicto,
Yo soy de parecer que, porque entiendan
Todos generalmente qué se trata,
Dejemos argumentos y sus términos,
Y esto á sólo preguntas se reduzca.

SOLDÁN.

Paréceme muy bien; que si arguyérades,
Fuérades de muy pocos entendido.

BELIANO.

Levántate, Demetria.

DEMETRIA.

Aunque quisiera
Con debida oración decir tus loores,
Invicto Rey, si el tiempo lugar diera,
Y los desta doncella, que á mayores
Ingenios fuera empresa temeraria,
Enfrenaran mi lengua sus temores,
Y así, con la debida y necesaria
Licencia, le pregunto de qué modo
Crió Dios esta máquina tan varia,
Para que por sus partes diga el todo.

TEODOR.

Crió Dios, hermosa dama,
Como el Génesis lo muestra,
Al principio el cielo, y luego
La tierra; cosas son éstas
Que allí se ven por su orden,
Hasta el día que de hacellas
Descansó Dios; repetillas
Pienso que será molestia.
Divídese en dos regiones
Del universo la esfera:
Celeste y elementar;
No seguiremos en ella
Á Platón, porque no estuvo
Muy cierto en sus conveniencias;
La tierra, pesada y grave,
Ocupó el centro, y tras ella
El agua, á quien sigue el aire
Con notable ligereza;
Luego el fuego.

DEMETRIA.

Pues ¿hay fuego?

TEODOR.

Supuesto que no se vea
Por su grande raridad,
Esta es la opinión más cierta.

DEMETRIA.

¿Qué grandeza tiene el mundo?

TEODOR.

Tiene de ámbito la tierra,
Por la autoridad de Ambrosio,
Por lo que Macrobio cuenta,
Teodosio, Aristenes y otros,
Doscientos mil y cincuenta
Y dos estadios; si bien
Tolomeo diferencia
Mucho dellos, pues los hace
De sólo ciento y ochenta.

DEMETRIA.

¿Con qué movimiento, di,
Se mueven agua, aire y tierra,
Y fuego?

TEODOR.

Recto.

DEMETRIA.

Pues ¿cómo?

TEODOR.

Según su naturaleza:
El fuego y aire hacia arriba,
Y abajo, el agua y la tierra.

DEMETRIA.

¿Y el cielo?

TEODOR.

Ese no es posible
Que rectamente se mueva,
Ni á lo alto, ni á lo bajo,
Ni á mano diestra ó siniestra:
Sólo alrededor se mueve,
Y de moverse no cesa,
Porque las generaciones
Desta manera conserva.

DEMETRIA.

¿Cuánto tiempo ha de moverse?

TEODOR.

El que necesario sea
Para el hombre y duración
Del siglo: esta diferencia
De lo elementar y etéreo
Hizo á muchos que le dieran
Al cielo, como ya sabes,
El nombre de quinta esencia.

DEMETRIA.

Cómo los cuerpos celestes
Circularmente se muevan,
No has dicho.

TEODOR.

Efectivamente
Los mueven inteligencias
Que los filósofos llaman
Motores, y nuestra Iglesia
Angeles.

DEMETRIA.

¿Son animados
Los cielos?

TEODOR.

Falsa sentencia:
No se entiende que son almas
Aquellas inteligencias,
Porque no se puede unir
La naturaleza angélica,
Como el alma con el cuerpo,
Á ninguna otra materia.

DEMETRIA.

¿Qué sigue á los elementos?

TEODOR.

Siete cielos de planetas,
El firmamento, ó la octava,
El cristalino, y la décima,
Que llaman el primer móvil,
Sobre las cuales esferas,
Móviles por movimiento
Local, la fe nos enseña
Que está el claro cielo empíreo
Con luz y quietud eterna,
Para hablar del cual no tengo
Licencia ni suficiencia.

DEMETRIA.

Yo me rindo á tu ingenio soberano.

BELIANO.

Levántate, Fenisa.

SOLDÁN.

¡Rara cosa!

FENICIA.

Tiemblo, y sospecho que la arguyo en vano.
Oye, honesta doncella, sabia, hermosa.

TEODOR.

Hija del sabio y docto Belïano,
Fenisa generosa é ingeniosa,
Ya espero que me arguyas.

FENISA.

Mi argumento
Será con más humilde fundamento.

FÉLIX.

¡Cielos! ¿No es ésta Teodor?
Sí, sin duda. ¡Engaño claro!
Mas no, que lo dice amor.

FENISA.

Oye, aunque tu ingenio raro
Ponga á mi lengua temor:
¿Qué partes ha de tener
Una perfecta mujer?

TEODOR.

Si son exteriores partes,
Y en diez y ocho las repartes,
Desta manera han de ser:
Corta en tres, y larga en tres;
En tres blanca, y en tres roja;
En tres gruesa, y flaca en tres.

FENISA.

Si el decirlas no te enoja,
Decláralas.

TEODOR.

Oye, pues:
De boca, pies y narices
Será corta; en cuerpo, cuello
Y dedos, larga.

FENISA.

¿En qué dices
Que sea roja?

TEODOR.

En el bello
Color de los dos matices
Que las mejillas hermosas
Junta con la nieve y rosas,
Los labios y las encías.

FENISA.

Y ¿en qué parte la querrías
Blanca?

TEODOR.

En tres partes forzosas.

FENISA.

¿Cuáles?

TEODOR.

Dientes, rostro y manos.

FENISA.

Y ¿en qué partes la quisieras
Ancha y gruesa?

TEODOR.

En los dos llanos
Hombros, muñeca y caderas;
Y porque son más lozanos,
Más vivos, más atractivos,
Negra de ojos, con pestañas
Y cejas.

FENISA.

Aunque son vivos,
Mucho en los negros te engañas:
Verdes, son nobles y altivos,
Y azules, color de cielo,
Son bellos en blanco velo.

TEODOR.

No hay cosa determinada
En la hermosura pintada

Del cielo, sin ley del suelo:
Es hermosura armonía
De partes y dulce unión;
Y así, vemos cada día
Hermosura y perfeción,
Sin las partes que decía;
Que de cualquiera color,
Ojos y rostro, en rigor,
Concertadas las facciones,
Hacen raras perfeciones
Y pueden matar de amor.

FENISA.

¿En qué cosas ha de ser
Estrecha?

TEODOR.

Á mí no me toca
Decillas; mas si saber
Quieres en distancia poca
Cuál ha de ser la mujer
Por las partés interiores,
Oye: ha de ser generosa,
Y en las virtudes mayores,
Que es ser casta y vergonzosa,
Merecer eternos loores;
Discreta y bien entendida,
Esto sin ser bachillera;
Laboriosa y recogida,
Muy humilde y verdadera,
Limpia en el cuerpo y la vida,
Callada, mansa y quïeta,
Caritativa, apacible.

FENISA.

Mucho será, si es discreta,
El dejar de ser terrible.

TEODOR.

No será entonces perfeta.

FENISA.

Digo que me rindo á ti.

BELIANO.

¡Que mis hijas se han rendido!
Mas oye, doncella.

TEODOR.

Di.

BELIANO.

Que aunque mi sangre has rendido,
Aun no me has rendido á mí.
¿Cuál es la cosa más fuerte?

TEODOR.

La verdad.

BELIANO.

¿Y la más fiera?

TEODOR.

La muerte.

BELIANO.

¿Cuál buena y mala?

TEODOR.

La lengua es mala y es buena.

BELIANO.

Y ligera.

TEODOR.

El pensamiento,
Que sobre los cielos vuela.

BELIANO.

¿Cuál la joya más preciosa
En la mujer?

TEODOR.

La vergüenza.

BELIANO.

¿Cuál es el sueño mejor?

TEODOR.

El de la buena conciencia.

BELIANO.

¿Cuál es rico?

TEODOR.

Aquel que está
Contento y nada desea.

BELIANO.

¿Cuál es pobre?

TEODOR.

El que de aquello
Que alcanza no se contenta,
Y siempre pretende más.

BELIANO.

¿Cuál es la mayor soberbia?

TEODOR.

El querer un mal nacido
Que por sola su riqueza
Ó los oficios que tiene,
Por príncipe y rey le tengan.

BELIANO.

¿Cuál es el mejor oficio?

TEODOR.

El que su casa gobierna
Sin meterse en los que tocan
Á gobernar las ajenas.

BELIANO.

¿Cuál es el buen ciudadano?

TEODOR.

El que en la paz y la guerra
Sirve á su rey y á su patria
Con las armas y las letras.

BELIANO.

¿Cómo ha de ser un buen rey?

TEODOR.

Como él á Dios se parezca,
No habrá más que desear.

BELIANO.

¿Cómo ha de ser una reina?

TEODOR.

Santa, piadosa, y que para
Hermosos varones y hembras.

BELIANO.

¿Cómo ha de ser un gran sabio?

TEODOR.

Humilde.

BELIANO.

¿Y un gran poeta?

TEODOR.

Envidiado de los otros.

BELIANO.

¿Cuál es la cosa más cierta?

TEODOR.

La muerte.

BELIANO.

¿Y la más dudosa?

TEODOR.

La vida.

BELIANO.

Y ¿cuál la más fea?

TEODOR.

La necedad.

BELIANO.

Y ¿cuál es
La que más presto se llega?

TEODOR.

Al parecer de los hombres,
Es el plazo de una deuda.

BELIANO.

¿Qué es cielo?

TEODOR.

Centro del alma.

BELIANO.

¿Qué es estrella?

TEODOR.

Parte densa
De su orbe.

BELIANO.

¿Qué es el sol?

TEODOR.

Lámpara del cielo excelsa,
Y padre que con el hombre
Todas las cosas engendra.

BELIANO.

¿Qué deleite es el de una hora?

TEODOR.

No conviene á las doncellas,
Y más en públicos actos,
Hablar en esa materia.

BELIANO.

Rendido estoy.

TIBALDO.

Yo no pienso
Rendirme desa manera.
Oye, doncella, á Tibaldo.

FENISA.

¡Qué ingenio!

SOLDÁN.

El alma se eleva.

TIBALDO.

¿Cuál es el miserable caminante
Que en cuatro pies comienza su camino,
Y luego en dos le pone su destino,
Porque con menos va más adelante?
Es en todas sus cosas inconstante,
Y en todas sus posadas peregrino,
Y cuando á la postrera está vecino,
Anda en tres pies, y no es en un instante.
Lleva una imagen dentro de su pecho,
Con tres guardas, y fuera cinco puertas,
Y es de dos cosas muy distintas hecho.
Es un breve reloj de horas inciertas,
Torcido siempre al bien, al mal derecho:
Dime lo que es, y triunfas dél si aciertas.

TEODOR.

El hombre es ese triste peregrino,
Que siendo niño, en cuatro pies camina;
Luego con dos la juventud le inclina
Á proseguir la vida y el camino.
Ya cuando á la vejez está vecino,
Y al báculo arrimado peregrina,
Camina en tres, y tiene por vecina
La muerte, último fin de su destino.
La imagen es el alma, á semejanza
Hecha de Dios; las guardas, las potencias;
El reloj es el tiempo y su mudanza.
El alma y cuerpo son las diferencias;
El cuerpo tierra, el alma cielo alcanza,
Y las virtudes son las diligencias.

TIBALDO.

No tengo más que decir.

SOLDÁN.

Vencerlos tiene.

FÉLIX.

¿Qué espero?

FLORESTO.

Ahora bien, quiero argüir
Contigo por forastero.

FÉLIX.

¿Cómo lo puedo sufrir?

FLORESTO.

Yo, que desdichado he sido,
Doncella, en el casamiento,
Te querría preguntar
Cuál fué en el mundo el primero.
Dirás que el de Eva y Adán;
Dirás bien, que es claro y cierto;
Pero ¿cuándo se casaron?

TEODOR.

Después que á Dios ofendieron.
Vírgenes eran los dos
En el Paraíso bello,
Y en pecado se casaron.

FLORESTO.

Los antiguos, ¿qué sintieron?

TEODOR.

Que Cecopre, Rey de Atenas,
Fué inventor del casamiento.
Númidas, mauros y egipcios,
Persas, indianos y hebreos,
Tenían tantas mujeres
Como hacienda, ó más ó menos.
Los scitas y britanos
Siempre en común las tuvieron;
Los de Arabia eran notables,
Pues de sus costumbres leo
Que toda una parentela,
Aunque fuese de doscientos,
Sólo una mujer tenía,
Y en entrando alguno dellos,
Ponía un palo á la puerta,
Con que nadie entraba dentro.
Los babilonios y asirios
Las compraban, y esto mesmo

Usáis los turcos y moros;
Los etíopes, ¡qué incesto!
Se casaban con sus madres;
Y por costumbre tuvieron
Los de Libia, que la novia,
La noche del casamiento,
Con todos los convidados
Contrayese parentesco.
Todas las doncellas daban
Al rey los penos, primero;
Los lidios, públicamente
Hacían que, con sus cuerpos,
Ganasen ellas sus dotes.

FLORESTO.

¿Cuál es el más triste siervo?

TEODOR.

El que lo es de su mujer.

FLORESTO.

¿Cuál el más forzado preso?

TEODOR.

El hombre que es mal casado.

FLORESTO.

¿Cuál es la infamia entre buenos?

TEODOR.

Aquel que en el matrimonio
La sufre por ningún precio.

FLORESTO.

¿Cuál es el placer de un mes?

TEODOR.

El de dos casados llenos
De amor.

FLORESTO.

¿Cuál noche mejor?

TEODOR.

La que con paz se durmieron.

FLORESTO.

No sé qué diga.

PADILLA.

¿Esto sufres,
Gran Rey del persiano Imperio?

SOLDÁN.

¿Arguye con ignorantes?

PADILLA.

Pues ¿no lo son todos éstos?
Doncella, arguye conmigo;
Pero hagamos un concierto,
Que yo te dé alguna joya,
Ó me la des si te venzo.

TEODOR.

Eso no.

PADILLA.

Pues ¿qué?

TEODOR.

Si tú
Me vences, doctor, yo quiero
En público desnudarme,
Si en el argumento pierdo;
Ó que si yo te ganare,
Tú te quedes.....

PADILLA.

¿Cómo?

TEODOR.

En cueros.

PADILLA.

Soy contento; haz escritura.

SOLDÁN.

¿Para qué? Basta el concierto
Delante del Rey.

TEODOR.

¿Qué dices?

PADILLA.

Que lo aceto.

TEODOR.

Y yo lo aceto.

PADILLA.

Vaya de argumento.

TEODOR.

Vaya.

PADILLA.

Desta manera argumento:
¿Cuál es la sala en que caben
Seis mil hombres por lo menos?

TEODOR.

Salamanca, allá en España.

PADILLA.

Acertóla, ¡por San Pedro!
¿Cuál es la puente en que pace
Ganado blanco y moreno
Espacio de siete leguas?

TEODOR.

Aquel prado en cuyo centro
Pasa el río Guadïana.

PADILLA.

¡Oxte, puto! ¡Yo me pierdo!
¿Cuál es aquel animal
En cuyo famoso pecho
Caben más de diez mil hombres?
(Aquí la cojo y la venzo.)

TEODOR.

El León, ciudad de España

PADILLA.

Acertóla. ¡Malo es esto!
¿Cuál es la villa fundada
Sobre centellas de fuego?

TEODOR.

Madrid, sobre pedernales,
En el reino de Toledo.

PADILLA.

Papósela, ¡por San Blas!
¿Cuál es (aquí la derriengo)
Una puerta que, cerrada,
Entran y salen, sin cuento,
Cuantos quieren cada día?

TEODOR.

La misma que en ese pueblo
Llaman la Puerta Cerrada.

PADILLA.

¡Mal año, malo va esto!
¿Cuál es aquel pasadizo
Entre dos ciudades puesto?

TEODOR.

Es la puente de los barcos

Que tiene los dos extremos
En Sevilla y en Triana.

PADILLA.

¡Vive Cristo, que me hielo!
¿Cuál es la fruta española
En cuya cáscara vemos
Un millón de hombres?

TEODOR.

Granada.

PADILLA.

¡Aderézame estos bledos!

TEODOR.

¿Tienes más que preguntar?

PADILLA.

No.

TEODOR.

Desnúdate.

LEONARDO.

Si un viejo
Basta con su autoridad
Á ponerse de por medio,
Solas dos cosas, doncella,
Quiero decirte.

TEODOR.

Y yo quiero
Que éste ahora se desnude.

PADILLA.

Señor.....

SOLDÁN.

Ese fué el concierto.

PADILLA.

¿No bastará la ropilla,
Camisa y jubón?

TEODOR.

No pienso
Que tú á mí me perdonaras;
Desnúdate.

PADILLA.

¿Y los grigüescos?

LEONARDO.

Oye, doncella, no huyas
Con achaques mi argumento.

TEODOR.

¿Qué me quieres preguntar?

LEONARDO.

Si con tan divino ingenio
Sabes de tu padre ahora,
Y de tu esposo.

TEODOR.

No tengo
Esposo, porque es traidor;
Ni padre, porque está lejos.

FLORESTO.

Esposo y traidor, señora,
Eso no; yo soy Floresto,
Catedrático en Valencia,
De España á buscarte vengo.

FÉLIX.

¡Cómo esposo! ¿Dónde estoy?
¡Fuera, villanos! ¿Qué es esto?
Don Félix Manrique soy,
Caballero de Toledo,
Á quien ella dió la mano.

SOLDÁN.

¿Hay más notable suceso?

LEONELO.

Tiene don Félix razón;
Yo soy su primo Leonelo,
Que fuí con ellos cautivo,
Y viví en Orán con ellos.

PADILLA.

Y yo, ¿soy barro, ó Padilla?
¿No fuí en Orán mahometo,
Capugí en Constantinopla,
Y aquí doctor chichimeco?

SOLDÁN.

Cristianos, dadme á entender,
Si es posible, lo que es esto.

LEONARDO.

Que yo soy padre, señor,
Desta doncella que ha puesto
Tantos sabios á sus pies;
Y que este ilustre mancebo
No es turco, sino su esposo,
Que por notables sucesos
Han venido adonde ves.

SOLDÁN.

Nombradme á mí por juez dellos;
Que, aunque todos seáis tan sabios,
Mis letras y estudios tengo.

FÉLIX.

Señor, á lo que ordenares
Todos estamos sujetos.

SOLDÁN.

Á Demetria, aquesta dama,
Quiero casar con Leonelo;
Á Padilla con Fenisa,
Su padre es cristiano y griego;
Félix case con Teodor;
Y pues obligado quedo
Á cincuenta mil ducados,
En dote se los prometo,
Con que el campo de Selín
Levante de Persia luego,
Y con él me haga amigo.

FÉLIX.

Eso, Príncipe, es lo menos.

SOLDÁN.

Pues dense todos las manos,
Y con joyas y dineros,
En mis navíos á España
Vuelvan con mucho contento.

FÉLIX.

Aquí se acaba, senado,
Con la historia los sucesos
De la doncella Teodor:
Perdonad el corto ingenio.

FIN DE LA COMEDIA DE «LA DONCELLA TEODOR».

LA PRUEBA DE LOS INGENIOS

COMEDIA FAMOSA

DE

LA PRUEBA DE LOS INGENIOS

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

Florela, *dama.*	El Duque de Urbino.	El Duque de Ferrara.
Ricardo.	Mendoza.	Clarindo.
Alejandro.	Lirano.	El Infante de Aragón.
Leonicio.	Finea.	Una criada.
Mario.	Paris, *Príncipe de Urbino.*	Marino.
Camacho.		Un criado.
Laura.	Estacio, *criado.*	Tres alabarderos.

ACTO PRIMERO.

Salen Florela, dama, y Ricardo.

RICARDO.

Yo te he dicho la verdad.

FLORELA.

Y yo estoy desesperada,
Burlada mi honestidad;
Haré del dolor espada,
Y de mi muerte piedad.

RICARDO.

Pues ¿será piedad matarte?

FLORELA.

Pues ¿qué remedio ó qué arte
Podrán dármele mejor
Que matándome el dolor?

RICARDO.

No me atrevo á consolarte.

FLORELA.

Ni tiene mi mal consuelo.

RICARDO.

¿No le puedes olvidar?

FLORELA.

No quiso, Ricardo, el cielo.

RICARDO.

¿Cómo?

FLORELA.

Dejéme engañar.

RICARDO.

Tu desventura recelo:
Nunca me dió tanta cuenta
Alejandro de su amor.
Mal hace: casarse intenta.

FLORELA.

La fama de su valor
Sobredoraba mi afrenta;
Dos mil palabras me dió
De que mi esposo sería.

RICARDO.

Amor la furia templó.

FLORELA.

Si ha sido la culpa mía,
¿De quién me lamento yo?

RICARDO.

Pocos las suelen cumplir
Tras el arrepentimiento
Que al placer suele seguir.

FLORELA.

¿Podré yo su casamiento
De alguna suerte impedir?

RICARDO.

¿Cómo, si se va á Ferrara
Á su nueva pretensión,
Que en el ser duque repara,
Que no es de Laura afición,
Ni la tiene fe tan rara?
El Duque es viejo, y la quiere
Casar, porque, en fin, si muere,
No elija como mujer.

FLORELA.

Qué, ¿sólo va á pretender?

RICARDO.

Así el vulgo lo refiere,
Que es el padre de la fama.

FLORELA.

Dicen que la ferraresa
Es bella y discreta dama.

RICARDO.

De decírtelo me pesa:
Única el mundo la llama.

FLORELA.

¿Tiene buen entendimiento?

RICARDO.

No tiene tu ingenio raro,
Ni tus estudios, mas siento
Que es honestamente claro;
Pero no entiendo tu intento.

FLORELA.

Yo la tengo de ir á ver.

RICARDO.

¿Á qué efecto?

FLORELA.

Á conocer
Una mujer tan hermosa
Y discreta.

RICARDO.

Estás celosa;
Algo quieres revolver.

FLORELA.

Mis diligencias, Ricardo,
No se excusan por mi honor.

RICARDO.

Mal fin del suceso aguardo.

FLORELA.

Temo que le cobre amor;
Que es Alejandro gallardo.

RICARDO.

¿Entre tantos pretendientes
Le ha de escoger?

FLORELA.

Poco sientes
De mi gusto, pues lo dudas.
¡Ay, Ricardo! ¿No me ayudas?

RICARDO.

Sí haré, como no te ausentes.

FLORELA.

Pues si Alejandro se parte
Por heredar á Ferrara,
¿Qué he de hacer?

RICARDO.

Desengañarte,
Que el cielo tu causa ampara,
Y que él sabrá consolarte.
Y pues tanto has estudiado,
Que te llaman la Sibila
De Mantua, y que al más letrado
Tu vivo ingenio aniquila,
Tantas veces laureado
En celebrada poesía,
Natural filosofía
Y aritmética despierta,
En matemática cierta
Y curiosa astrología,
Bien te sabrás consolar,
Divertir y entretener.

FLORELA.

Para dejarle de amar,
Bien me supiera valer
De mi profundo estudiar;
Mas para el perdido honor
No hallo consuelo mayor
Que ir á estorbar que se case

RICARDO.

¿Si él en Ferrara te hallase?

FLORELA.

Que no hay ponerme temor:
Lo que he estudiado me anima
Para no temer la muerte;
Que la ciencia sólo estima
La honra.

RICARDO.

Sí, mas advierte,
Para que en tu honor se imprima,
Que te le quita ausentarte,
Porque será declararte
Y dar á Mantua á entender
Lo que vas á pretender.

FLORELA.

Ya ninguna cosa es parte
Para que deje mi intento:
Quede con honra ó sin honra,
Impídase el casamiento;
Que deshonra por deshonra,
¿Qué mayor que la que siento?
Diré que voy á Loreto
Á cierta promesa.

RICARDO.

Yo
El secreto te prometo.

FLORELA.

Nunca el honor se perdió
Mientras que duró el secreto:
Parte, y mira si es partido.

RICARDO.

Voy, y el cielo te consuele.

FLORELA.

Remedio agora le pido.

RICARDO.

El ingenio hallarle suele,
Y más al valor asido.

Vase.

FLORELA.

Venció Alejandro mi constante pecho;
No hay al primer amor mujer constante,
Y de mi fortaleza, lo importante
Por tierra puso el tiempo á mi despecho.
El alto muro de mi honor deshecho,
Labrado de mil puntas de diamante,
Mandó al alcaide que al amor levante
La puente levadiza al paso estrecho.
Para que la mujer escuche y crea,
Naturaleza al principal sentido,
Que es el oir, con cera le rodea.
¡Oh, mujeres! Si amor no os ha vencido,
¿Qué importa que diamante el pecho sea,
Si es de cera la puerta del oído.

Vase.

Sale Alejandro, y Leonicio y Mario, criados.

ALEJANDRO.

¿Está todo prevenido?

LEONICIO.

Cuando quisieres podrás.

ALEJANDRO.

El secreto importa más
Que haber ó no haber partido,
Y aunque á la noche aguardara,
Fuera bien que no me viera.

LEONICIO.

Quien ama es lince, y no fuera
Posible esconder tu cara.
Es la fábula ovidiana
De Clicie, que el español
Suele llamar flor del sol,
De un amante enigma llana:
Adondequiera que vas,
Florela te va siguiendo.

ALEJANDRO.

Que no me siga pretendo
Desde aqueste punto más.
No aborrezco yo á Florela,
Que la quiero como á mí;
Quéjese del tiempo aquí,
Que es autor desta cautela.
Él ofrece la ocasión
En que tengo de casarme,
Pues habiendo de emplearme,
Diversos sujetos son
Una señora, aunque noble,
A quien yo soy desigual,
Como á la palma triunfal
El rudo y humilde roble;
Ó la bellísima Laura
Que si la fama no miente,
Á la dichosa presente,
La edad antigua restaura;
Y que el que fuere su esposo
Será Duque de Ferrara.

LEONICIO.

Sólo en su gusto repara
Amor, de su amor celoso,
Y nunca de su interés.

ALEJANDRO.

Á mi determinación,
La mayor obligación
La de mi provecho es.
Llore ó no llore Florela,
Oblígueme ó no me obligue,
Sea flor del sol que sigue;
Que el sol que por alto vuela
Se va esta vez á otro mundo,
Y en el antártico mar
Se quiere á Clicie ocultar.

LEONICIO.

Temo su llanto profundo
Mientras antípoda fuere
De tu claro resplandor.

MARIO.

Otro nuevo embajador
De Clarindo hablarte quiere.

ALEJANDRO.

¿Viene en posta?

MARIO.

No le vi,
Señor, correr ni apear:
Como le dejes entrar,
Él te lo dirá por mí.

ALEJANDRO.

¿Qué persona?

MARIO.

De escudero,
Botas altas y librea.

ALEJANDRO.

Di que bien venido sea,
Y que entre.

MARIO.

Entrad, caballero.

Entra Camacho, de camino.

CAMACHO.

Pensará Vuestra Excelencia
Que el segundo embajador
Es persona de valor,
Y es sólo de diligencia.
Yo he corrido por llegar
Á dar ésta, de tal modo,
Que vengo perdido todo.

ALEJANDRO.

Luego iréis á descansar;
Que os juro que, si un instante
Tardáis, no me halláis aquí.

Esta carta dice ansí:

LEONICIO.

¡Buen correo!

MARIO.

¡Hombre importante!

CAMACHO.

Soy muy servidor de quien
Me diese en qué descansar;
Que hombre no puede topar
Siempre caballos de bien.
Y los más deste camino
Estaban desorejados,
De Lanzarote dejados
Cuando de Bretaña vino.
Quejáronse antiguamente
Las partes del cuerpo humano
Del asiento, por villano,
Holgazán é impertinente.
Decían los ojos que eran
Las luces que al hombre guían;
Los dos oídos, que oían,
Y que es bien que los prefieran;
Que hablaba, dijo la lengua,
Aunque á veces, si no hablara,
Yo sé que al dueño excusara
De alguna notable mengua;
Las manos, que trabajaban;
Los pies, que andaban; en fin,
Todos, por bajo y rüin,
Al asiento condenaban.
Decían que se tenía
En sillas de terciopelo,
Y que, sin tocar al suelo,
Siempre en descanso vivía.
Y que engordaba á su costa
De lo que no trabajó;
Y así, Júpiter mandó
Que se inventase la posta,
Donde con golpes extraños
Pasa tan fuerte crujía,
Que trabaja en sólo un día
Cuanto descansa en cien años.

ALEJANDRO.

Yo he leído, y me ha causado
Lo que dice, admiración.

CAMACHO.

Todos tienen pretensión
Al interés deste estado.
Laura es bella; el Duque es viejo;
No hay en Italia, señor,
Quien no procure su amor.
Ñotables Príncipes dejo
En la corte de Ferrara,
Galas que asombran, deseos
Que admiran, fiestas, torneos,
Y grandeza que el sol para.
Mi corto ingenio no emprende
Alabar su calidad,
Porque estamos en edad
Que aun el alabanza ofende;
Pero por ser forasteros,
Bien se pudiera sufrir;
Que aun para esto habemos de ir
Á los reinos extranjeros.
El heredero de Urbino
Metió tan bellos caballos,
Que, á no ser viejo el pintallos,
Y tan trillado el camino,
Te dijera lo que ves,
Tan dicho de tantos modos;
Pero es lo cierto que todos
Andaban en cuatro pies.
Esto dicen por allá,
Aunque el vulgo solamente.

ALEJANDRO.

No lo digas, hombre; tente,
Que pesadumbre me da.
Yo voy, y cuando me vean,
Podrá ser, bien podrá ser,
Que muden de parecer
Los que al de Urbino desean.

CAMACHO.

¿Llevas dinero?

ALEJANDRO.

Sí llevo.

CAMACHO.

Pues cuéntate vencedor;
Que un príncipe gastador,
Franco, y en la corte nuevo,
Todo lo lleva tras sí,
Porque hasta los oficiales
Le bendicen.

ALEJANDRO.

De Reales
Padres y sangre nací.

CAMACHO.

Alabaráte el platero,
El sastre y el mercader,
Á quien has de enriquecer,
Hasta el mismo zapatero;
Los artes te alabarán,
Enriquecerás poetas,
Que tus grandezas secretas
Al mundo publicarán;
Á los pintores, haciendo
Mil retratos celebrados;
Con pleitos á los letrados,
Ó pidiendo ó defendiendo;
En fin, por donde pasares,
Dirán todos: «Aquél es
El de Mantua», y aun después
Que de tus discursos pares;
A los médicos, si acaso
Tienes gota ú otros males,
Que de mocedades tales
Quedan al fondo del vaso;
Y aun á los templos también
Cuando, en entierro famoso,
De mil años victorioso,
Salgas de este mundo, amén.

ALEJANDRO.

Tus discursos y tu humor

Me obligan á preguntarte
Quién eres y de qué parte.

CAMACHO.

Por patria, español, señor;
Por oficio, un escudero
De Clarindo, deudo tuyo:
Valióme el amparo suyo,
Dos años hizo este Enero,
Viniendo yo malparado
De Bolonia, de estudiar,
Donde pudiera tomar
De bachiller borla y grado;
Pero hay tantos, que viniera
Á morir de hambre.

ALEJANDRO.

¿Querrás
Servirme?

CAMACHO.

No sé qué más
Pedir al cielo pudiera
Para las cosas de acá;
Pero allá, Vuestra Excelencia
Pida á Clarindo licencia.

ALEJANDRO.

Bien dices, que voy allá.
Aprestad, que he de partirme
Al punto.

CAMACHO.

Por ir contigo
Dejo el descanso, pues sigo
El de vivir cierto y firme.

ALEJANDRO.

Algo el cansancio restaura.

CAMACHO.

Ya no hay cosa que me duela.

ALEJANDRO.

Si aquí viniere Florela,
Decid que me busque en Laura.

Vanse.

Salen Laura y Finea.

LAURA.

Nadie me puede agradar.

FINEA.

No puedo entender qué sea.

LAURA.

Yo bien lo entiendo, Finea,
Mas no me sé declarar.

FINEA.

¿Es esquiva condición?

LAURA.

No, sino el verme rogada;
Que á ser mujer olvidada,
Luego tuviera afición.
También nace no inclinarme
A nadie que me pretenda,
El ver que no es por la prenda
Ni se funda en sólo amarme;
Que todos vienen aquí
Á ser duques de Ferrara;
Que su deseo repara
Más en mi estado que en mí.

FINEA.

No vas fuera de razón:
No debes imaginar
Que habiéndote de casar
Has de hacer justa elección.
Y será más con tu gusto
Prevenir tu pensamiento,
Para que este casamiento
No venga á ser con disgusto;
Que aunque es verdad que interés
Los trae, tu hermosa vista
Hace mayor la conquista
Que los estados que ves.
¿Qué te parece el de Urbino?

LAURA.

Por todo extremo galán.

FINEA.

Todos la empresa le dan.

LAURA.

Pues yo á ninguno me inclino.
Miro alguno que me cuadre,
Y cáusame mil enojos,
Porque le miro en los ojos
Los estados de mi padre;
Y como ciudades son,
No puedo entrar en el pecho
Tantas murallas.

FINEA.

Sospecho
Que es tierno tu corazón,
Y que de amor se pagara;
La razón es no querer,
Porque no buscan mujer,
Sino estados de Ferrara.

LAURA.

Dices bien; y aunque más vengan,
De toda Italia señores,
Y de justos pretensores
Méritos bastantes tengan,
Yo te juro de no ser
Sino de quien yo supiere
Que, más que ciudades, quiere
El alma de una mujer.
Laura ha de ser la querida,
No la ciudad de Ferrara,
Porque mi vida repara
En que se estime mi vida.

Sale una criada, ó criado.

CRIADA.

Una señora extranjera
Que pasa á una devoción
Á Loreto, y que en razón
De su belleza pudiera
Ser visitada de ti,
Viene á verte y visitarte.

FINEA.

Hoy tienes con qué alegrarte.

LAURA.

Que espero alegre le di.

Sale Florela con acompañamiento de criados.

FLORELA.

Vuestra Excelencia me dé
Sus manos.

LAURA.

Cuando yo fuera
El sol, mis rayos os diera,
De rendido al que se ve
En la belleza divina
De esos ojos.

FLORELA.

Deteneos,
Porque puedan mis deseos
Correr al sol la cortina;
Que si la ponéis en mí,
De vergüenza y de temor,
Ciega al primer resplandor,
Me iré sin decir que os vi.
Escribióse de Faetón
Que á la casa del sol claro
Osó subir, hecho raro
Y temeraria ambición.
Vió columnas de cristal
Sobre basas de esmeraldas;
Vió cúpulas y guirnaldas
De oro, marfil y coral;
Vió una silla de topacio,
Y en ella sentado el sol,
Peregrino girasol
De aquel hermoso palacio.
Dióle el sol el carro de oro,
Discurrió con él el cielo,
Y aunque fué honesto su celo,
Más de honor que de tesoro,
Los caballos, mal regidos,
La mano desconocieron,
Y sus planetas huyeron,
De mayor fuego encendidos.
Cayó en el mar á templar
Su furia, abrasado y ciego;
De quien emprende tal fuego,
Bien es que caiga en el mar.
No de otra suerte atrevida,
Y Faetonisa ambiciosa,
Á la esfera luminosa
De vuestros rayos vestida,
He subido por la fama
De vuestra rara hermosura,
Donde ha visto mi locura
El templo de vuestra llama.
Templad la luz que me dais,
No desconozca el sentido
La mano que la ha regido,
Y vuestros rayos perdáis;
Que en pago de mi rudeza,
Bien sé que no ha de parar
Hasta que caiga en el mar
De mi profunda bajeza.

LAURA.

Conforma á vuestra persona
Vuestro entendimiento tanto,
Que á ser sol, me diera espanto
Ver el laurel que os corona.
Escríbese que adoraba
Á Dafne, mujer altiva,
Y que, á su amor fugitiva,
El viento huyendo igualaba.
Siguióle, y en el alcance
Pidió á su padre Peneo
Que librase su deseo
De aquel amoroso trance.
Fué convertida en laurel,
De cuyas hojas su frente
Coronó el sol, aunque siente
Siempre la historia cruel.
Sol me hacéis, y como os veo
Con tanto laurel divino,
De ese ingenio peregrino
Justo y famoso trofeo,
Temo renovar la historia;
Aunque veros en mi frente,
Al desdén que el alma siente
Sirva de corona y gloria.

FLORELA.

No en vano cantó la fama
Tantos milagros de vos;
Que si discrepáis las dos,
Es porque fénix os llama
No más que de la belleza,
Siéndolo el ingenio tanto,
Que igualmente dais espanto
Y honráis á naturaleza.
Pero ya tendréis cuidado
De saber quién soy.

LAURA.

Sí tengo.

FLORELA.

Una mujer soy que vengo
Á veros porque me ha dado
Vuestra fama este deseo.
No soy señora, aunque soy
Noble, y mi palabra os doy
Que si pretendiera empleo
De mi persona en servir,
Que sólo á vos os sirviera.

LAURA.

¿Sois libre?

FLORELA.

Si no lo fuera
No me atreviera á decir
Que os sirviera con tal gusto.

LAURA.

¿De dónde sois?

FLORELA.

Soy romana.

LAURA.

Y ¿es vuestro nombre?

FLORELA.

Diana.

LAURA.

Si vos queréis, mas no es justo,
Quedar en mi compañía,
Partiremos lo que soy.

FLORELA.

Mil gracias, señora, os doy,
Sólo á serviros venía.
Si os he de decir verdad,
De mi calidad sabréis
Muy presto si vos queréis.

LAURA.

El ingenio es calidad
La mayor para servir.

FLORELA.

En ocasión tan honrada,
Estáis muy necesitada
De quien os sepa escribir.
Yo sé las lenguas que son
Más generales.

LAURA.

Venís
Á tiempo que me infundís
Nueva vida y corazón.
Y tengo á grande ventura
Que á servir os inclinéis
De oficio en que me podéis
En aquesta coyuntura
Escribir y aconsejar.
No sé si os dijo la fama
La campana con que llama
Mi padre el mundo á casar;
Que es con este rico estado,
Tan sonoro, alto y profundo,
Que ha de lo mejor del mundo
Los príncipes convocado.
Con esto se ha permitido
Servirme públicamente,
Y cada cual lo que siente
Dice y escribe atrevido.
Aquí tu gran discreción
Me ha de guiar como estrella,
Para que llegue por ella
Al fin de mi pretensión;
Que es acertar á casarme,
Cosa que el cielo concierta,
Que sin él ninguno acierta.

FLORELA.

Gustas, señora, de honrarme;
Pero también decir puedo
De mí, que en esta ocasión
Mostraré la obligación
Con que en tu servicio quedo.
Ya sé de tu casamiento
La causa, y los que han venido
Me la han dado á que haya sido
Servirte mi pensamiento;
Porque sé que de importarte
Cualquier materia de estado,
De mi estudio y mi cuidado
Puede bien asegurarte.
Seis facultades oí;
En todas tengo laurel.

LAURA.

Una virtud cuentan dél
Que pienso probarla en ti.

FLORELA.

¿Cómo?

LAURA.

Que está reservado
De rayos; y pues lo son
Los de (1) aquesta pretensión,
Ya en amor y ya en cuidado,
Pienso á la sombra del tuyo
Librarme de su rigor.

FLORELA.

Laura, tu nombre es mejor
Al rayo del amor suyo;
Mas cuál fuere su virtud,
Las obras te lo dirán.

FINEA.

Agora en la plaza están,
Donde amor y juventud
Están mostrando su ardor;
Detrás de aquestos cristales
Los puedes ver; que son tales,
Que obligan á justo amor.

LAURA.

Ese no pienso tener
Sino á quien Diana quiera,
Porque ya en su casta esfera
Me pretendo entretener.

FLORELA.

Si desa manera sabes,
Tú me podrás enseñar.

LAURA.

Esto solamente es dar
Á tu voluntad las llaves,
Bella Diana, en la mía.

FLORELA.

Ahora bien, quiero creer
Que soy Diana, por ver
De tu sol la cortesía;
Pues la luz que yo tuviere
Me ha de venir de la tuya.

LAURA.

En que me ha de dar la suya,
Del mismo cielo la espere,
Que hoy en tu ingenio restaura
Mi vida.

FLORELA.

¡Alejandro fiero,
Volveré el mundo primero
Que vos os caséis con Laura!

Vanse.

Salen Paris, hijo del Duque de Urbino, y Estacio, criado.

PARIS.

¿El de Mantua, en fin, llegó?

(1) *Que*, en la primera edición.

ESTACIO.

Y de suerte, que no hay hombre
Que de mirar no se asombre
La grandeza que mostró.

PARIS.

¿Qué hombre?

ESTACIO.

Mozo y galán,
Barbinegro, algo fornido.

PARIS.

¿Muchas galas?

ESTACIO.

No han salido,
Pero mañana saldrán.

PARIS.

¿Qué vestidos de camino?
¿Fué tela, acaso, ó bordado?

ESTACIO.

Oro en blanco y en leonado,
Sobre un azul flor de lino;
Jubones de blanca tela,
Sombreros con trancelines
De diamantes.

PARIS.

No imagines
Que el ser rico me desvela,
Porque sé de Laura ya
Que por su gusto se rige;
Con priesa el Duque le aflige,
Y ella muy despacio está:
El talle me pone miedo.

ESTACIO.

Del Infante de Aragón,
También en esta ocasión
Mayor ponértele puedo,
Que en Nápoles se ha criado,
Y della viene.

PARIS.

Pues di,
¿Don Juan la pretende?

ESTACIO.

Sí,
Que el Rey licencia le ha dado;
Que, como sabes, no hereda
Aunque mueran sus hermanos.

PARIS.

Ya mis pensamientos vanos
Van deshaciendo la rueda:
¡Ríndome á tantos, Estacio!

ESTACIO.

Tantos vienen estos días,
Que han hecho trapicerías
Á las salas de Palacio.

PARIS.

¿Cómo ha entrado el de Aragón?

ESTACIO.

Con cien caballos de España,
Que pudieran en campaña
Formar un fuerte escuadrón.

PARIS.

De oirlo me maravillo.

ESTACIO.

Era una vista lozana
Ver una manta de grana
Y terciopelo amarillo,
Porque á bandas las colores
Iban formando las barras
De Aragón, armas bizarras
De reyes conquistadores.
Las testas, por bizarría,
En un rojo tafetán
Llevan mil plumas de Orán
Con inquieta argentería,
Con tal orden y compás,
Que si alguno relinchaba,
Parece que gobernaba
Á los que vienen detrás;
Que al son de alegres clarines,
Moviendo el paso arrogante,
Á los que llevan delante
Iban poniendo las clines
En las fundas de las colas,
Tan humildes á las riendas,
Que parecían dos sendas
De retamas y amapolas.
Cada caballo español
Llevaba un mozo del diestro,
Más en regirle maestro,
Que Faetón á los del sol,
Pajizo y rojo vestido,
Y el animal obediente
Tanto, que piensa la gente
Que le va hablando al oído.
Varias las colores son
Que las cabezas descubren,
Porque lo demás encubren
Con las bandas de Aragón.
Ya podría suceder
Que como mujeres fuesen,
Cuando sin mantas los viesen;
Que más de alguna mujer,
Quitada la rica manta,
Por dicha descubriría
Una mortal notomía
Que al más animoso espanta.

PARIS.

Gracia has tenido, y me has dado
Consuelo en mi envidia fiera.
¡Que cien caballos hubiera
Comprado, Estacio, ó buscado,
No fuera mucho, mas buenos
Todos!

ESTACIO.

El Duque ha salido.

PARIS.

¿Quién ha de ser escogido?

ESTACIO.

El que mereciere menos.

Salen el Duque de Ferrara, acompañamiento y Clarindo.

DUQUE.

Como creciendo van los pretendientes,

Crece mi confusión y mis cuidados.

PARIS.

Beso tus pies.

DUQUE.

¡Oh Paris generoso!

PARIS.

¿No estás bueno, señor?

DUQUE.

Quien está triste,
¿Cómo puede decir que salud tiene?
Que entre los nombres que escribieron médicos
En las escuelas de la antigua Atenas,
De las enfermedades de los hombres,
La tristeza está cerca del primero.

PARIS.

Las pasiones del ánimo merecen
Nombre de enfermedad, pues comunican
Al cuerpo sus dolores y cuidados,
Alterando el gobierno con que viven
Y causando notables accidentes:
Mas ¿puedo yo saber la causa?

DUQUE.

Puedes.

PARIS.

Siempre me has hecho y haces mil mercedes.

DUQUE.

¿No te parece causa haber la fama
Del casamiento de mi hermosa hija
Conducido á Ferrara tantos príncipes?

PARIS.

¿Por qué, señor? Pues antes entre tantos
Puedes hallar mejor quien la merezca.

DUQUE.

Yo no quiero morir, Paris, malquisto
De los amigos que en Italia tengo;
Laura escoja su gusto, Laura sea
De quien se queje el que pretende á Laura;
En su arbitrio he dejado el casamiento;
Ella se ha de casar.

PARIS.

No sé si aciertas.

DUQUE.

Acierte ó no, la culpa será suya.

PARIS.

En Italia dirán que ha sido tuya.

DUQUE.

¿Qué hace Laura?

CLARINDO.

En el jardín á solas
Con Diana, su sabia secretaria,
De quien jamás se aparta, quedó agora.

DUQUE.

No he visto amor tan grande.

CLARINDO.

Bien merece
Diana el que la muestra mi señora,
Por su hermosura y por su raro ingenio:
Todo el día entre fuentes y laureles,
Sentadas en los pies de aquellos mármoles,
Leen y escriben mil alegres versos,
En que me han dicho que es Diana Apolo,
Y su divino entendimiento solo.

DUQUE.

Llamad á Laura.

CLARINDO.

Voy.

DUQUE.

Si se entretiene
Laura en libros, en versos, en historias
Y en amar á Diana, no me espanto
Que de casarse pierda los deseos,
Comunes á mujer de aquellos años.

PARIS.

Mucho cuentan, señor, desta criada
Que la señora Laura ha recibido.

DUQUE.

Bien lo puedes decir, porque yo estaba
Incrédulo al principio, y con deseo
De saber la verdad; á los más doctos
Hombres de Italia que en mi corte asisten
Hice que un día la arguyesen, y ella
Mostró muy bien, no sólo lo que sabe,
Pero que sabe más que todos ellos.

PARIS.

Oro y laurel merecen sus cabellos.

Sale Laura.

LAURA.

¿Qué manda tu Excelencia?

DUQUE.

Laura mía,
¿Qué hacías, que me matas con tu ausencia?
Huyes de mí como si fuese amante;
Mas haces bien, que en todos cuantos tienes,
Ninguno como yo te quiere y ama.

LAURA.

Beso tus pies; que de tu amor segura,
Y por no le agraviar, huyo de todos.

DUQUE.

Pues hija, no ha de ser de esa manera;
Quítame este cuidado, por tu vida,
Y muera yo sin él.

PARIS.

¡Ay, cielo santo!
Sin duda el Duque quiere darme á Laura.

LAURA.

Señor, yo vivo por tu gusto sólo;
En mí tu voluntad es ley precisa:
¿Á quién me mandas que de todos quiera?

PARIS.

¡Cielos, poned mi nombre entre sus labios!

DUQUE.

Laura, á tu cuenta pongo sus agravios;
Escoge, que á tu gusto estoy resuelto.

LAURA.

Mi padre quiere al Príncipe de Urbino,
Pues que me dice aquesto en su presencia.
Señor.....

DUQUE.

Habla, no temas.

PARIS.

Santo cielo,

Benévolos planetas, ayudadme;
Estrellas que quisisteis, hoy es día
De dolores de un hombre que ama tanto:
Conformadme con Laura, y de secreto
Forzalda; mas no fuerzan las estrellas;
Inclinarla podéis, ¡oh luces bellas!

LAURA.

Señor, tres días me has de dar.

DUQUE.

Tres días
Es término debido á tu vergüenza:
Consulta el almohada estas dos noches,
Y no tengas suspenso tanto Príncipe,
Á Ferrara hecha ejército, y á un viejo
Que te engendró, con pena tan extraña.
Quede en paz con Italia y con España.

Vanse todos, y queda Laura sola.

LAURA.

Menos hizo Lisímaco saliendo
Contra el fiero león en desafío;
Eneas en pasar el negro río,
Y Alcides en matar el monstruo horrendo;
Ulises al gigante obscureciendo;
César en sujetar de Francia el brío,
Y el músico de Tracia en el sombrío
Reino, las puertas de diamante abriendo,
Que quien se determina al casamiento:
Donde la libertad su dueño escoge,
Por el discurso de la vida, á tiento,
El alma sin consulta no se arroje;
Y quien tuviere tanto atrevimiento,
Del mal que le viniere no se enoje.

Entra Florela.

FLORELA.

Hállome tan mal sin ti,
Que dejé el huerto y las flores.

LAURA.

Bien te debo esos amores.

FLORELA.

¿Cómo tan sola y aquí?

LAURA.

Déjame mi padre así
Con la pena que me dió.

FLORELA.

¿Pena? Pues ¿en qué te habló?

LAURA.

Quiere darme un gran disgusto.

FLORELA.

Casarte á tu gusto es justo,
Pero á tu disgusto no.

LAURA.

¡Ay, Diana! ¡Cuántas veces
Me previniste este día!

FLORELA.

¿La justa tristeza mía
Con nuevas tristezas creces?
Mudado color me ofreces.
¿Dónde se han ido las rosas
De tus mejillas hermosas?

LAURA.

Ayudar el corazón,
Que aun siento en la mano el son
De sus alas temerosas.
Díjome mi padre aquí
Que me casase, Diana,
No con la fuerza tirana
Que de la suya temí,
Mas tan presto, que sentí
Que le cansan mis porfías;
Y así, le pedí tres días
Para escoger el que fuese,
Con las que suyas me diese,
Dueño de las prendas mías.
Siento, si verdad te digo,
El hacer esta elección;
Que puedo, por mi afición,
Comprar un grande enemigo;
Pero, tratando contigo,
¿Cuál te parece mejor?
Algo se templa el temor,
Porque con tu entendimiento,
No puede en mi casamiento
Haber desdicha ni error.
¿Querré al Príncipe de Urbino?
¿Parécete más gallardo,
Diana, el francés Leonardo,
Ó el alemán Balduíno?
¿Es el de Aragón más dino?
¿Quieres que al Gonzaga acete,
Ó amor más bien me promete
Con Octavio y con Lisandro,
Ó te parece Alejandro
De más valor que los siete?
Éste, que ya con su nombre
Despertó mi inclinación,
Hoy pasó por el balcón
Muy galán y gentilhombre;
Que esto diga no te asombre:
Pasó el francés y español,
Y éste solo, como sol,
Dejó calor de su fuego,
Porque entre sus ojos luego
Me fuí como mirasol.
¿Qué dices? ¿De qué te has puesto
Tan triste? No es el casarme
Ocasión para olvidarme
De nuestro amor dulce, honesto;
Bien sabes que he presupuesto
Tenerte siempre conmigo:
El día estaré contigo,
Y de la noche el lugar,
Diana, que pueda hurtar
Á mi forzoso enemigo.
¿Lloras? ¡Jesús, tantas veras!
Harásme llorar también.
Ea, mis ojos, mi bien,
Vuelve á mirarme, ¿qué esperas?
Si la fuerza consideras,

No ofendas mi voluntad;
Vivirá nuestra amistad,
Aunque á mi esposo le pese.

FLORELA.

¡Quién hablase, quién pudiese
Tratarte, Laura, verdad!
No siento que has de mudarte,
Ni que para no quererme
Merced y amistad hacerme,
Será tu marido parte;
Pero, pues de declararte
Es imposible mi daño,
Laura, yo te desengaño,
Que hoy verás la muerte mía,
Y sabrás al fin del día
El fin de todo mi engaño.

LAURA.

Puesto me has en confusión:
¿Qué cosa puedes tener
Que no la pueda saber
Mi secreto y afición?
Malas amistades son
Las que se guardan secreto;
Si guardástele, prometo
Que dudas en declararme
Lo que con sólo avisarme
Tendrá venturoso efeto.

FLORELA.

¡Ay Dios, y quién se atreviera!

LAURA.

Diana, cuando trataras
Matar mi padre, en mí hallaras
Quien lo callara, sufriera.

FLORELA.

No sé si lo diga; espera,
Que me tiembla el corazón;
Sosegaré la pasión
Deste primero accidente.

LAURA.

¡Dilo, acaba!

FLORELA.

¿Y si entra gente?

LAURA.

Trocaremos la razón.

FLORELA.

Yo soy, generosa Laura,
A quien prosperen los cielos
Tanto, que la envidia diga
Tus altos merecimientos,
Yo soy.....; mas, ¿cómo, señora,
A decírtelo me atrevo?
Yo soy hombre.

LAURA.

¡Santo Dios!

FLORELA.

¿Ves si fué justo mi miedo?

LAURA.

¿Hombre tú?

FLORELA.

Pues si te alteras,
Laura, á ser mujer me vuelvo;
Advierte que me juraste
Guardar el justo secreto.

LAURA.

No entendí lo que juraba:
En más confusión me has puesto;
Pero pienso que me engañas
Con tu raro entendimiento.

FLORELA.

No engaño, Laura, no engaño,
Ni quieras testigos desto,
Que es la prueba peligrosa.

LAURA.

No te espantes si no puedo
Satisfacer á los ojos,
Viendo tu rostro y cabellos,
Tus acciones mujeriles,
Con los demás movimientos.
Y cuando por los oídos
Dé crédito á lo que veo,
Tan distinto de la vista,
Que altera el entendimiento,
Tampoco te cause espanto
Que no lo pase en silencio;
Que decirme que eres hombre,
Obligándome á creerlo,
También me ha de dar lugar
Para algún recato honesto.

FLORELA.

¿En qué campo estás conmigo,
En qué montaña te fuerzo,
Qué robles te están mirando,
Qué arroyos pasan corriendo?
En tu casa, Laura, estás;
Padres, criados y deudos
Te vengarán de mi agravio:
Mas oye, Laura, el suceso.

LAURA.

Diana, no sé qué diga;
Sé que en los pasados tiempos
Muchas burlas desta suerte
Las fábulas escribieron:
Júpiter tomó la forma
De una ninfa, y discurriendo
Entre el coro de Diana,
Se apartó, siguiendo un ciervo;
El suceso ya le sabes,
Y las dos osas del cielo
Te le dirán cada noche.

FLORELA.

Poco contigo merezco
Si no me escuchas siquiera.

LAURA.

¿Qué puedes decir, si has hecho
Un atrevimiento igual?

FLORELA.

Mas oye el atrevimiento;
Que tiempo habrá de matarme.

LAURA.

¿Que tú eres hombre?..... ¡No puedo
Persuadirme á que eres hombre!

FLORELA.

Laura, en verte dudar, pienso
Que de que sea verdad
No te ha faltado deseo.
Amando una estatua un hombre,
Fué tan importuno al cielo,
Que se la volvió mujer:
Lo mismo tu amor ha hecho.
Si no ha un hora que me amabas,
Y entre esos álamos negros
Dijiste: «Si fueras hombre,
Tú solo fueras mi dueño»,
Y por milagro de amor,
Hombre, como ves, me vuelvo,
¿De qué te enojas, qué quieres?

LAURA.

No me enojo.

FLORELA.

Pues ¿qué?

LAURA.

Temo
Que quien, por ver que la estimo,
De mujer hombre se ha vuelto,
Se vuelva de hombre mujer
La noche del casamiento.

FLORELA.

Laura mía, yo soy hombre:
En mi tierra, sobre celos,
Maté del mismo señor
Á su príncipe heredero.
Yo tenía seis hermanas,
Y el peligro manifiesto
Me obligó á vestirme entre ellas
El traje que agora tengo.
Soy mancebo, como ves;
Entró la justicia dentro,
Y tanto las parecía,
Que jamás me conocieron.
Disimularon mis padres,
Que me contaban por muerto;
Dejé el cabello crecer
Por su gusto y su consejo.
Dos años estuve así,
Como la flor de los griegos,
Aquiles, de quien temía
Venus de Troya el incendio.
No quedó parte de Italia
Donde á buscarme no fueron,
Estando en mi casa yo
Á vista de todo el pueblo.
Yo labraba de oro y seda
En los estrados, haciendo
Compañía á las doncellas,
Y otros oficios diversos.
Yo visitaba las damas,
Yo vi sus hermosos cuerpos,
Sin que de mí se guardasen,
Ya en los baños, ya en los juegos.
Y para encubrir el mío
Tal vez que fuerza me hicieron,
Extraños males fingía;
Pero vine á estar con esto
Tan enseñada á mujer,
Que las acciones y efectos
No puedo trocar en hombre
Cuando de serlo me acuerdo.
Vine á vestirme tan bien,
Que para que echase el resto
Mi desventura conmigo,
Dió en servirme un caballero.
Sufrí músicas de noche,
Sufrí papeles, requiebros
Y todo lo que es sufrible
Cuando hay paredes en medio.
Pero llegando ocasión,
Le fié mi pensamiento,
Pidiéndole que su amor
Trocase en darme remedio.
Sacóme, en fin, de mi casa,
Y anduvo fuera tan necio,
Que para desengañarle
Hubo espadas de por medio.
Yo caminé por Italia
Con este vestido, á efecto
De ir seguro hasta Venecia.
Tratóse tu casamiento;
Vi tus retratos, ¡oh Laura!
Supe tus gracias con ellos;
Trújome amor á servirte;
Diste en mostrármele inmenso.
Fiásteme tu persona
En ocasiones, que creo
Que no debo de ser hombre,
Pues no tuve atrevimiento.
Creció mi amor con el tuyo;
No vivo si no te veo;
No duermo pensando en ti,
Y sueño en ti cuando duermo.
Dícesme que ya te casas;
Cuéntame, Laura, por muerto.....
No puedo más.

LAURA.

¡Caso extraño!
Ya lo que me dices creo.
No puedo agora arrojarme
Á decirte lo que siento:
No llores, que me lastimas;
Que aunque tal delito has hecho
Contra el honor de mi padre,
El amor que tengo puesto
En tu ingenio y en tu talle,
Me obliga á tener suspenso
Por agora mi castigo,
Y aun quizá mi casamiento.

FLORELA.

Dame esos pies.

LAURA.

Tente un poco,
Que ya te miro con miedo;
Ni estaré á solas contigo.

FLORELA.

Que le perderás sospecho.

LAURA.

¿Tu nombre?

FLORELA.

Félix me llamo.

LAURA.

Félix, tres días tenemos
De término; tú, que sabes
Transformaciones y enredos,
¿Qué haremos para impedir
Destos novios el deseo?
Porque si tú no le das.....

FLORELA.

Espera, Laura, te ruego;
Yo haré de suerte que puedas
Dilatar por mucho tiempo
Tus bodas.

LAURA.

¿De qué manera?

FLORELA.

Di, señora, que temiendo
Agraviar Príncipes tantos
De iguales merecimientos,
Por no entregar á las armas
Lo que es amor y sosiego,
Á las letras lo remites,
Y que quien de todos ellos
Me declarare un enigma
Y venciere en argumentos,
Será tu esposo.

LAURA.

Bien dices.
Vamos, que á mi padre temo,
Que anda en este corredor.

FLORELA.

Oye.

LAURA.

¿Qué quieres?

FLORELA.

¿Habemos
De ser amigos?

LAURA.

Pues ¿no?
Pero no sé qué me tengo,
Que no te miran mis ojos
Con satisfacción del pecho.

FLORELA.

Ya entiendo lo que te impide:
Despacio, Laura, hablaremos,
Donde en mi ingenio verás
La prueba de los ingenios.

ACTO SEGUNDO.

Salen el Infante de Aragón y Clarindo.

INFANTE.

Yo tuviera por mejor
Que se hubiera remitido
Á las armas; que, en rigor,
Más caballero he nacido
Que no estudiante y doctor:
Desde aquí, señor Clarindo,
Á los ingenios me rindo
De Urbino y Mantua.

CLARINDO.

¿Por qué?

INFANTE.

Porque nunca á ver llegué
Montes de Helicona y Pindo.
Verdad es que no del todo
Soy lego y rudo ignorante;
Que en las cosas deste modo,
Mejor al hierro del guante
Que á la pluma, me acomodo.
Más señora Laura fuera
Cuando en batalla pusiera
Quien mereciera su mano,
Que no en un papel liviano
Con una obscura quimera.
Tres cosas dice el papel;
Todas tres me hacen temblar.

CLARINDO.

¿Hay más que un enigma en él?

INFANTE.

También se ha de argumentar
Con la secretaria dél.

CLARINDO.

Si es mujer, ¿por qué teméis?

INFANTE.

Nací Infante de Aragón,
Y, por la espada que veis,
Tuviera por más blasón
Quitar á Laura los seis.
Demás, que aquesta Dïana
Dicen que es segundo Apolo
Y divina en ciencia humana;
Y cuando lo fuera sólo
De aquesta esfinge tebana,
Queda más que averiguar;
Que también oigo contar
Que en medio de su jardín
Labra un laberinto, á fin
De que en él se ha de encerrar,
Y que habiendo declarado
La enigma, y también vencido
La que le ha escrito y cifrado,
Que es selva por que ha subido
El sol de aqueste nublado,
También ha de entrarse dentro,
Y hurtando á Theseo el hilo,
Hallar á Laura en su centro.

CLARINDO.

Usar de aquel mismo estilo
Para hacer el mismo encuentro.

INFANTE.

¿Quién ha de saber entrar
Si se labra el laberinto
Como la enigma?

CLARINDO.

Intentar

Remedio.

INFANTE.

Lejos me pinto
De querer y de acertar.
¡Por tu vida, pues que privas
Con el viejo ferrarés,
Clarindo, que le apercibas!
Que no es bien poner los pies
Sobre las frentes altivas.
Dile que parece mal
Que le rija una mujer
En causa tan principal.

CLARINDO.

Poco debes de saber,
Aunque de sangre Real,
De decir al poderoso
Sus faltas.

INFANTE.

Siendo forzoso,
Es oficio del criado.

CLARINDO.

La antigüedad lo ha mostrado
Con ejemplo lastimoso.
El rey Cambises, persiano,
Á su secretario un día
Le dijo, alegre y humano:
«¿Qué dice la tierra mía
De mi ingenio y de mi mano?»
Presapio le respondió:
«Que eres en todo divino:
Sólo Scitia murmuró
Que te sujetas al vino,
Aunque lo defiendo yo.»
El Rey dijo: «Si sospecha
Que por el vino me rijo,
¿Ves? Aquí pongo esta flecha;
Si acierta el pecho á tu hijo
Y va al corazón derecha,
Á los de Scitia dirás
Que se quejan sin razón.»
Y haciéndose un paso atrás,
Pasó al niño el corazón,
Y el del padre mucho más.
«Diles, entonces le dijo,
Dejando el arco, que yo
Por este vino me rijo»,
En que verás que pagó
El consejo con el hijo.

INFANTE.

No á todos tanto provoca
Lo que en las faltas le toca:
También le dijo un privado
A un rey, tuviese cuidado
Con el olor de la boca;
Y él le dijo á su mujer
Que muy poco le debía,
Pues debiéndolo saber
Por fuerza, callado había,
Y ella supo responder
Que pensaba que los hombres
Todos ese olor tenían.

CLARINDO.

De su castidad te asombres.

INFANTE.

Poco tus sospechas fían.

CLARINDO.

Consejos no me los nombres.

INFANTE.

¿Sabes que fuera mejor,
Aunque en esto me es contraria,
Pues tiene tanto valor
La señora secretaria,
Poner en ella mi amor?
Que ya, por su clara fama,
Algún noble pretendiente
Sé yo que la quiere y ama.

CLARINDO.

Bien de sus virtudes siente
Desta peregrina dama.
Y por más aficionarte,
Quiero sus partes contarte:
Mas viene Alejandro aquí.

INFANTE.

Háblame en ella.

CLARINDO.

Oye.

INFANTE.

Di.

CLARINDO.

Pero retírate aparte;
Aunque es mejor, te prometo,
Que en el corredor me esperes.

INFANTE.

Allá aguardo: eres discreto;
Que aun virtudes de mujeres
Se han de tratar con secreto.

Vase el Infante, y salen Alejandro y Camacho.

CAMACHO.

Esta es la copia del papel fijado,
Como te digo, en la primer columna
Del palacio que miras encantado.

ALEJANDRO.

Cayó la de mi próspera fortuna.

CAMACHO.

¿Con un papel no más?

CLARINDO.

¿Qué es el cuidado?

ALEJANDRO.

¡Oh, Clarindo, mudanzas de la Luna,
Á quien parecen tanto las mujeres!

CLARINDO.

Si no le estás sujeto, no te alteres.

ALEJANDRO.

¿Sabes lo que ha firmado con su nombre
Laura en este papel?

CLARINDO.

Todo lo he visto,
Mas no es razón que tu grandeza asombre.

ALEJANDRO.

Ya con la secretaria me enemisto:

Diana dicen que es su casto nombre;
Sus desgracias parezcan á Calixto,
Y plegue al cielo que en su mismo traje
Júpiter otra vez á Arcadia baje.
¿Yo tengo de argüir, yo ser Edipo
Desta esfinge de Tebas, desta enima,
Que á sus énfasis ciegos anticipo?

CAMACHO.

De poco tu Excelencia se lastima:
Lo poco que de letras participo,
Á declararla ó á pagar me anima
Con la cabeza.

ALEJANDRO.

¡Qué gentil despacho!

CLARINDO.

Vuestra Excelencia estime al buen Camacho.

CAMACHO.

En no trayendo un hombre tumba negra,
De larga bayetífera hopalanda,
Parece nuera de discreta suegra,
Y con los picos todo el mundo manda.
¡Oh, cuánto el traje la ignorancia alegra!
Mil parecen gualdrapas en baranda,
Que con mostrar el lodo, y no la ciencia,
Los tiene el vulgo en alta reverencia.
Dame dos días, y si al cabo dellos
La enigma no declaro.....

ALEJANDRO.

¿Á qué te pones?

CAMACHO.

Á que vaya á pacer con lo camellos
Gamarza vil y tallos de gamones.

ALEJANDRO.

Pues véla á ver.

CAMACHO.

Los versos no son bellos,
Llenos están de mil imperfecciones;
Sólo el ser de mujer los pone estima.

ALEJANDRO.

Bien me agradan á mí.

CAMACHO.

Dice la enima;
Soy, no soy; quiero, no quiero;
Engaño con desengaño,
Celos doy, de celos muero,
Es mi remedio mi daño,
Mi vida en mi muerte espero;
Acuérdome de olvidada,
Tengo dicha desdichada,
Camino en mi bien atrás,
Donde soy nada soy más,
Y donde soy más soy nada.

ALEJANDRO.

¿Esto dices, Camacho, que en dos días
Me darás entendido y declarado?

CAMACHO.

Y aun agora ¡por Dios! te lo dijera,
Á no ser porque en poco lo estimaras.
¿No has visto que un letrado algunas veces
Hace que da mil vueltas á los libros,
Porque se tenga al parecer en algo?

ALEJANDRO.

Cuando pudiera ser que se entendiera
Lo que dice esta enigma con que quiere
Probar de Italia los ingenios Laura,
¿Quién vencerá después sus argumentos?
Y cuando en ellos la venciese un hombre,
Cosa que con mujer no es grande prueba,
Le queda por entrar el laberinto
Donde dicen que piensa recogerse
En estando acabado, y que es de forma
Que vence al que hizo Dédalo y en Creta
Tuvo escondido al fiero Minotauro,
Llamado así del Toro y del rey Minos.
Pues aunque yo quisiese, con la industria
Del robador de Fedra y Ariadna,
Hallar á Laura en este laberinto,
¿Cómo es posible habiéndose la fábrica
Hecho toda al contrario y de manera
Que dicen los que miran sus principios
Que es tan obscuro y con tan varias calles,
Que si se pierde en él un caballero,
Morirá sin remedio de sed y hambre,
Andando en él hasta acabar la vida?

CAMACHO.

Mal cumples con el nombre de Alejandro,
Hombre que conquistó los monstruos fieros
Que hoy se ven en la carta de Aristóteles,
Que pone entre sus obras Quinto Curcio.
No digo yo que tú, mas yo me atrevo,
En estando acabado el laberinto,
Con sola una linterna y una bota
Hallar á Laura, aunque naturaleza
Volviese al caos el terrestre globo.

ALEJANDRO.

Bestia, si luz llevar se permitiese,
Cualquiera entrar podría.

CAMACHO.

Pues qué, ¿á obscuras?

ALEJANDRO.

Á obscuras pues, que hay guardas á la puerta
Que han de mirar y desnudar un hombre,
Para ver si la esconde ó lleva cosa
Que pueda sustentarle un solo día.

CAMACHO.

Ahora bien: si el entrar es imposible
Con luz en este obscuro laberinto,
Escúchame un remedio saludable.

ALEJANDRO.

¿Cómo?

CAMACHO.

La autora desto, ¿no es Diana?

ALEJANDRO.

Así es verdad.

CAMACHO.

Pues conquistarla.

ALEJANDRO.

¿Cómo?
¿Qué tesoros humanos aprovechan?

CAMACHO.

Amor, que desatina á las mujeres,
Hará que diga este secreto á un hombre.

Hay un ejemplo en las divinas letras,
Cuando Sansón propuso aquel enigma,
Que viéndose vencer los filisteos,
Á su mujer rogaron en secreto,
Con regalos y amores, le supiese:
Resistióse Sansón, pero vencido,
Dijo el secreto, y lo quedó, aunque fuerte,
Que lo es amor como la misma muerte.
Pues si Sansón le descubrió el secreto,
¿Cuánto mejor Diana á quien la sirva,
Y más si le promete casamiento?

CLARINDO.

No dice mal; que pocas veces callan
Secreto las mujeres. Falta el hombre.

ALEJANDRO.

Bien dices, que ha de ser muy gentilhombre.

CAMACHO.

Si va por gentilhombre y por discreto,
¿Qué más que yo?

ALEJANDRO.

¿Qué dices?

CAMACHO.

Que vestido
Fingiendo ser un título de España,
Pues no soy conocido de ninguno,
Podré servirla aquí, y está seguro
Del ingenio diabólico que tengo,
Que no sólo el secreto que te importa
Le sacaré del pecho, pero el alma
Á fuerza de embelecos y razones.

CLARINDO.

¿Quieres probar lo que este loco dice?
Que sé por experiencia sus enredos.

ALEJANDRO.

Á probarlos estoy determinado;
Pero será forzoso, con vestirle,
Ponerle casa.

CAMACHO.

¡Casa! Impertinencia;
Que yo he de ser tu huésped, y con cuatro
Ó seis pajes, no más, y dos lacayos,
Es acabado el gasto deste príncipe.

ALEJANDRO.

Al pensar que me han dado estas mujeres
Con las burlas de aqueste laberinto,
Quiero pagar, Clarindo, en otras tantas.
Resuélvome á vestirte y darte gente,
El nombre que fingieres conveniente.
En la Corte de España, ¿qué apellido
Es el más general y conocido?

CAMACHO.

Coches es más común, y me parece
Que llamarme don Coche.

ALEJANDRO.

¿Ves, Clarindo,
Como éste es loco?

CAMACHO.

Estábame burlando.

ALEJANDRO.

¿Qué nombre, pues?

CAMACHO.

Don Lucas de Galicia.

ALEJANDRO.

¿Y el título?

CAMACHO.

Marqués de Malafaba.

ALEJANDRO.

La burla está en su punto; ve delante;
Que hoy has de ser marqués y huésped mío.

CAMACHO.

¡Ah, enigma, enigma! ¡Ah, laberinto ciego!
¡Un marqués con enjerto de lacayo!
¿Qué calzas tengo yo de laberinto,
Donde las cuchilladas son las calles,
Y por de dentro dellas no es posible
Hallar sin luz el centro?

ALEJANDRO.

Así restaura
La burla de su amor quien pierde á Laura.

Vanse.

Salen Florela y Laura.

FLORELA.

Con soledad te deseo.

LAURA.

Si yo en la misma no estoy,
No me parece que soy
La que te adoro y te veo.

FLORELA.

Dame, mis ojos, la mano,
Y dime nuevas de mí,
Que desde que vivo en ti
Me las preguntas en vano.
¿Cómo me acoges allá?
¿Qué te dicen los sentidos?

LAURA.

Que ya á los ojos y oídos
Bien de tu gloria les va.

FLORELA.

Si te quejas de las manos,
Dame licencia, mi bien.

LAURA.

¡Ay Dios, las manos detén,
Que son burlas de villanos!

FLORELA.

Yo siempre te hablo de veras.

LAURA.

Félix, mucho me enamoras;
Si mi amor crece por horas,
De mi paciencia, ¿qué esperas?

FLORELA.

Yo no tengo que esperar
Más que licencias de amor,
Para el último favor
Á que te puedo obligar.
¿Tú no has de ser mi mujer?
¿No es casto mi pensamiento?

LAURA.

El honor al casamiento
Nunca anticipa el placer.

Tente en ti, por vida mía,
Y porque me miras tierno,
Y del amor el gobierno
No es ley, sino tiranía,
Hablemos en otra cosa
Que deste amor nos divierta.

FLORELA.

Cierras á mi bien la puerta,
Dejando el alma quejosa;
Mas dime, ¿qué puede haber
Que nos divierta de amor?

LAURA.

Amor de un competidor.

FLORELA.

Luego celos han de ser.
Agudamente dijiste
Que celos de amor divierten,
En tanto que se convierten
Las paces, si algunas viste.
Pero vuelve al mismo instante
El amor á crecer más,
Que es como dar paso atrás
Para correr adelante.
Mas di qué competidor
Da ocasión á tratar dél.

LAURA.

¿Quién? Alejandro.

FLORELA.

¡Ay, cruel
Y siempre ingrato á mi amor!

LAURA.

¿Qué dices?

FLORELA.

Que cómo quieres
Que de Alejandro tratemos.

LAURA.

¿Ya tan presto haces extremos?

FLORELA.

Notables sois las mujeres:
Nunca habláis con quien amáis,
Como de un hora paséis,
Que de celos no tratéis
Y el gusto en pesar volváis.
¿Para qué puede ser bueno
Alejandro entre los dos?
Y para mí, que ¡por Dios!
Que es como darme veneno.
Abrásame el corazón
Sólo el nombre de un ingrato,
Que con tan injusto trato
Pagó mi honor y afición.

LAURA.

No te enojes, Félix mío;
Que darte yo por momentos
Cuenta aun de los pensamientos
Que de mí propia no fío,
No es agraviar, mas servir
Lo que te debo querer.
Alejandro, desde ayer,
Me procura persuadir
Aquesta noche le hable
Por el terrero.

FLORELA.

¡No más!
En esas dudas estás;
Tú serás presto mudable.
¿Tú hablar Alejandro, un hombre
En quien siempre me hablas bien?
¿Tú darme celos con quien
Aun aborrezco su nombre?
Bien digo yo que el amor
No es firme entre desiguales;
Que en desigualdades tales
Se corre mucho el valor.
Pusiste los pensamientos
En quien te vino á servir,
Y que no puede seguir
Tus altos merecimientos.
Y como escuchas tratar
De bodas á tus iguales,
De darme celos te vales
Para obligarme á olvidar.
¡Triste de mí, que te amé
Siendo un caballero pobre,
Pues no ha de haber de quien cobre
Los réditos de mi fe!
Mañana serás ajena,
Llevaráste el alma allá;
Dejarásme, claro está,
Lleno de tormento y pena.
¡Loco de mí, que arrojé
En el mar de tu mudanza,
Mis sentidos, mi esperanza,
Y desde el alma á la fe!
¡Bien viviré yo sin ti
Enseñado á tus regalos,
Para perdidos tan malos,
Que han de ser veneno en mí!
Habla, Laura desleal,
Al duque Alejandro, y mira
Que algunas veces la ira
Da fuerzas al desigual.
Pero bastaráme á mí
Matarte dándome muerte:
Sangre es amor; quien la vierte,
Arroja el amor de sí.

LAURA.

¡Félix, Félix, amor mío!
Mira, mi bien, que he callado
Porque celoso me has dado
Mil gustos con ese brío.
Vuelve esos tiernos ojuelos,
Porque nunca están los hombres
Más lindos y gentilhombres
Que cuando rabian de celos.
¡Ea, que me enojaré!

FLORELA.

En tu vida me verás.

LAURA.

Si hablare en el Duque más.....

FLORELA.

Suelta, Laura, suéltame.

Reventaré si no lloro.
De aquí á un rato me hallarás
En esas fuentes, si vas
Á ver con qué amor te adoro.

LAURA.

Aquí conmigo restaura
Nuestra amistad.

FLORELA.

No lo intentes.

LAURA.

Pues yo iré. Dime á qué fuentes.

FLORELA.

Á las de mis ojos, Laura;
Que el corazón en que estás,
Hecho esclavo diligente,
Irá por agua á la fuente
De los celos que me das.

Vase Florela.

LAURA.

¿Hay alguna mujer que más confusa
Viva en amor que yo? ¿Qué hechizo extraño
Me lleva, por los pasos de mi daño,
Adonde el mismo amor no siente excusa?
Parece que el espejo de Medusa
Convierte mi razón en este engaño;
Pues amo diestra en tanto desengaño,
Sin duda que el amor es ciencia infusa.
Ya me parece que es mujer hermosa
Esto que adoro, ya que un hombre veo,
Ya me siento contenta y ya quejosa.
Pero, pues ya lo quiero, bien me empleo;
Que el alma puede amar cualquiera cosa
Si deja aparte el natural deseo.

Entra Finea.

FINEA.

En el cristal desta fuente,
Como extendido papel,
Con la pluma de un clavel,
Deja que escriba y asiente
Por la cosa en ciencia humana
Más rara que ser podría:
«Aquí estuvo Laura un día
Un momento sin Diana.»

LAURA.

Las cosas que me han tenido
Estos días tan sin mí,
Y decirte prometí,
Me han dispuesto y reducido.
Finea, si este secreto
No guardas, tu muerte es cierta.

FINEA.

Ser antes mil veces muerta
Que traidora, te prometo.

LAURA.

Yo quiero á mi secretaria
Diana, más que á mujer.

FINEA.

Pues es la igualdad del ser
Á diverso amor contraria,
Dame licencia, y diré
Que he sospechado que es hombre.

LAURA.

Bien has hecho; no te asombre
Mi flaqueza.

FINEA.

Á mí, ¿por qué?
Él tiene tanta hermosura
Y divino entendimiento,
Que obliga.

LAURA.

Escucha mi intento,
Así Dios te dé ventura:
Félix dice que se llama,
Y me ha contado su historia,
Digna de eterna memoria
En el templo de la fama.
Yo le he creído, y después,
Viéndole tan recatado,
Más que sospecha me ha dado
Que no es lo que dice que es.
Mi honestidad, obligada
Á su heroico nacimiento,
Detiene el dar á mi intento
Esta enigma declarada.
Tú, que no puedes perder
Ni la autoridad ni el nombre,
Finge amarle; que si es hombre,
Yo quiero ser su mujer.

FINEA.

¡Buen concierto!

LAURA.

Pues ¿no es bueno?
Y la ignorancia te salva.

FINEA.

Pues me mandas hacer salva
Donde sospechas veneno.

LAURA.

¿Qué te puede suceder
Sólo de burlas?

FINEA.

¡Si vieras
Qué presto llegan las veras,
Supieras, Laura, temer!
Pero yo, por agradarte,
Sin que pierda de quien soy,
Mi fe, señora, te doy
De amarle y desengañarte.

LAURA.

Pues voyle á buscar, Finea;
Que ha rato que estoy sin él.

FINEA.

¡Extraño amor!

LAURA.

Fuera dél,
Ninguno el alma desea.

Vase Laura.

FINEA.

De la alta empresa reprehendo y riño

Mi temerario y loco atrevimiento;
Mas bien puedo alabar mi pensamiento,
Si de victoria igual laurel me ciño.
Pintan á amor por los principios niño;
Crece, y se atreve á la región del viento,
Y es atreverse á amar un casto intento,
Pasar por el carbón cándido armiño.
El verde ramo encubre al pajarillo
La liga que después le tiene quedo;
Que la busque mi honor me maravillo,
Que es acercarse á un hombre tan sin miedo,
Burlarse con los filos de un cuchillo,
Que al descuido menor se corta el dedo.

Vase.

Salen el de Urbino y Estacio.

PARIS.
Haré el papel mil pedazos.
ESTACIO.
No desconfíes tan presto.
PARIS.
Si éste es proceder honesto,
Mida Alejandro sus brazos.
¡Oh, el Príncipe de Aragón!
¿Yo enigmas, y yo arguir?
ESTACIO.
Yo pienso que es divertir
Esta heroica pretensión.
Cuando un capitán de Marte
Rehusa alguna batalla,
Su contraria, por no dalla,
Divierte por otra parte.
Laura no quiere llegar
Sus bodas á ejecución,
Y con aquesta invención
No quiere más de ocupar
Para que os vais de cansados
Y ella elija al de su gusto.
PARIS.
Todo me ha dado disgusto,
Todo aumenta mis cuidados.
¿No miras el laberinto
Que prueba de ingenios llama?
¿Dónde ha de estar esta dama,
Y dónde monstruo la pinto?
¿Es posible que ha de ser
Tan difícil?
ESTACIO.
Yo no creo
Que ha de faltar un Theseo.
PARIS.
Mas ya le debe de haber;
Que ella dará la invención
De la entrada á quien desea,
Como cuentan de Medea,
Amando al bello Jasón.
Mas ¿qué gente viene aquí?
ESTACIO.
Nobles que á las fiestas vienen.

Entra Camacho, en hábito de caballero, con dos lacayos delante, y dos pajes detrás, Marino y Mendoza.

CAMACHO.
¿Tienen damas?
MARINO.
Damas tienen.
CAMACHO.
¿Hanme visto?
MARINO.
Señor, sí.
CAMACHO.
Pues aplicaré el antojo
Damas hay. A la vista, para ver.
PARIS.
¿Quién puede ser?
ESTACIO.
Un hombre falto de un ojo.
CAMACHO.
¡Hola! ¿Qué dicen de mí
Las damas deste lugar?
MENDOZA.
No te acaban de alabar.
CAMACHO.
¿Por mi vida?
MENDOZA.
Señor, sí;
Pero tan rendidas vienen,
Que nos cansan con preguntas.
CAMACHO.
¿Todas juntas?
MENDOZA.
Todas juntas.
CAMACHO.
Pues ¡hola! dejaldas, penen.
MARINO.
No nos podemos librar
De billetes y recados.
CAMACHO.
Pajes.....
MENDOZA.
Señor.....
CAMACHO.
¿Tan cansados
Os traen?
MARINO.
No dan lugar
A las cosas que convienen
A tu servicio.
CAMACHO.
Y ¿son bellas?
MARINO.
Hermosas son muchas dellas.
CAMACHO.
Pues ¡hola! dejaldas, penen.
MARINO.
Dos viejas matusalenas,
De dos mozuelas tempranas
Te quieren ser trujamanas.
CAMACHO.
¿Echan ojo á las cadenas?

MARINO.

Todo es amor que te tienen.

CAMACHO.

¿No más de amor, por mi vida?

MARINO.

No hay dama que más te pida.

CAMACHO.

Pues ¡hola! dejaldas, penen.

ESTÁCIO.

El Príncipe mi señor,
Á saber quién es, me envía,
Este señor.

MARINO.

Bien podría
Saberlo de su valor,
Pues sólo verle bastaba;
Mas si saberlo codicia,
Es don Lucas de Galicia,
Marqués de la Malafaba.

ESTACIO.

¿Á qué ha venido?

MARINO.

Á servir
Á la señora Diana,
Secretaria, más que humana,
De Laura.

ESTACIO.

Voylo á decir.

PARIS.

No tienes qué me contar,
Estacio, todo lo sé;
Y en oyéndolo, pensé
Que éste me ha de remediar.

ESTACIO.

¿Cómo?

PARIS.

Si le cobra amor
Diana, como á marido,
El secreto va perdido
Del laberinto mayor;
Y haciendo amistad con él,
Éste della lo sabrá,
Y después me lo dirá.

ESTACIO.

Háblale.

PARIS.

Ya parto á él.
Beso á Vuestra Señoría
Las manos.

CAMACHO.

¿Quién es, Marino?

MARINO.

Es el Príncipe de Urbino.

CAMACHO.

Como no le conocía
Á Vuestra Excelencia, y soy
Atribulado de vista,
No he pagado á letra vista
La obligación en que estoy;
Hanme perdido estos pajes
El mejor antojo.

PARIS.

Creo
El buen ánimo y deseo:
¿Usa España destos trajes?

CAMACHO.

España no tiene cosa
En vestir que permanezca;
Lo que ayer muy bien parezca,
Mañana es cosa enfadosa.
Un galán, y á martingala,
Guardó sus viejos sombreros
Por cuarenta años enteros
En un desván de una sala;
Y sacándolos un día
Á vista de hombres prudentes,
Eran todos diferentes.

PARIS.

¡Qué española fantasía!

CAMACHO.

Mostraron que habían tenido,
Por la variedad, belleza,
Como la naturaleza
No hace rostro parecido.

PARIS.

¿Qué hay en la corte de España?

CAMACHO.

Muchos hombres y mujeres;
¡Hola!

MARINO.

Señor.....

CAMACHO.

Lerdo eres.

PARIS.

¡Lindo humor!

ESTACIO.

Es cosa extraña:
El español giribiza,
Como dice nuestra Italia.

CAMACHO.

¿Como echaron tanta algalia,
Sabiendo lo que oloriza,
En esta cuera, Mendoza?

MENDOZA.

Para levantar de punto
El ámbar, que todo junto
De menos fragancia goza.

CAMACHO.

La algalia no ha de exceder,
Que es olor de gente baja,
Que es como hablar de ventaja
Con sabios un bachiller.
Es un pobre entre señores;
La algalia, aunque sea discreto,
Siempre ha de estar con respeto
Ante el ámbar, rey de olores:
Despedid á la guantera.

PARIS.

¿Hay español tan notable?

ESTACIO.

Como él á Diana hable,
No dudo que bien le quiera;

Que es caprichosa también
Y muy amiga de extremos.

PARIS.

Los que en este español vemos,
Mueven á quererle bien.
En fin, ¿que Vueseñoría
Deja la Corte muy buena?

CAMACHO.

Sí, señor, aunque con pena.

PARIS.

¿De qué?

CAMACHO.

De la ausencia mía,
Que en extremo se ha sentido.

PARIS.

Y tienen mucha razón.
¿Qué título, qué blasón
Goza su noble apellido?
¿De qué discretas costumbres
Harto el ingenio le alaba?

CAMACHO.

Marqués de la Malafaba.

PARIS.

¿Dónde cae?

CAMACHO.

En las legumbres.

PARIS.

¿Cómo se viene á casar
Á Italia Vueseñoría?

CAMACHO.

Por un retrato que un día
Vi, queriéndome acostar;
Que cuando un hombre se acuesta,
Toma mucho de memoria;
Y así, vengo á ver la gloria
De la verdad manifiesta.
Andan, en fin, los contratos,
Y todo en buen punto está;
Que los príncipes, allá
Casámonos por retratos.

PARIS.

Qué ¿ya sabe deste amor?

CAMACHO.

Crié, para sólo esto,
Un embajador.

ESTACIO.

¡Qué presto
Te ha dado el cielo favor!

PARIS.

Casaráse con Diana,
No lo dudes.

ESTACIO.

Hazte amigo.

PARIS.

Hoy ha de comer conmigo
Vusía.

CAMACHO.

De buena gana.
¡Hola! Al de Mantua decid
Que con el de Urbino como,
Y sabed del mayordomo
Qué nuevas hay de Madrid;
Que ha días que no he tenido
Una epístola tan sola.

PARIS.

La gravedad española.

CAMACHO.

Mis caballos, ¿han venido?

MENDOZA.

Solamente el alazán.

PARIS.

Adonde tenéis los míos,
No importa.

CAMACHO.

Saben mis bríos,
Que soy en ellos galán.

PARIS.

Caballos hay, y dineros.
Venga Vusía.

CAMACHO.

Ya voy.
Al Duque decid que hoy,
Y á los demás caballeros,
No me aguarden á comer;
Que el de Urbino me dió agrado,
Porque es bien morigerado
Y de galán proceder.

PARIS.

No sé ¡por Dios! qué me arguya.

CAMACHO.

¡Hola!

MARINO.

Señor....

CAMACHO.

Di que beba
Por mi salud, en la nueva;
Que yo beberé á la suya.

Vanse.

Entran Finea y Florela.

FLORELA.

Pues ¿tú me dices amores?

FINEA.

¿No te los dice también
Mi señora Laura?

FLORELA.

¿Quién?

FINEA.

Laura.

FLORELA.

¿Á mí?

FINEA.

Mucho mayores;
Pues siendo ansí, no te espantes
De que te requiebre yo.

FLORELA.

(Sin duda, á solas nos vió,
Locos y necios amantes:)
Pues ¿qué piensas tú de mí?
¿No sabes que soy mujer?

FINEA.

¿Y amarte no puede ser
Por mujer?

FLORELA.

Mal.

FINEA.

¿Cómo ansí?

FLORELA.

Porque tú no alcanzarás
Lo que es platónico amor.

FINEA.

Basta que sepa el rigor
De que tú ignorante estás,
Habiendo estudiado tanto,
Pues Pasiphae un toro amó,
Cipariso un ciervo, y dió
Á toda la Persia espanto
Jerjes, poniendo su amor
En un plátano; un caballo
Semíramis quiso, y callo
Otras muchas por su honor.
Peces y árboles amaron
Muchos, y estatuas también;
Querer á una mujer bien,
¿Qué decretos lo vedaron?

FLORELA.

Y ¿qué más tiene rigor
Querer mujer á mujer
Que un hombre á otro hombre?

FINEA.

El saber
Que es casto y lícito amor.

FLORELA.

Yo, Finea, castigara
Mujer que quiere á mujer,
Y más cuando acierto á ver
Tocar la mano y la cara.
Vete en buen hora, Finea;
Ama un hombre.

FINEA.

Para mí,
Yo sé lo que quiero en ti
Y lo que el alma desea.

FLORELA.

Ya te digo que me dejes.

FINEA.

Paga este amor.

FLORELA.

Tengo amor
Á Laura, y Laura es mejor.

FINEA.

Es verdad.

FLORELA.

Pues no te quejes.

FINEA.

Si yo quiero imaginar
Que eres hombre, ¿no podré?

FLORELA.

Algo has visto: ¿qué diré?

FINEA.

Yo te tengo de buscar
Esta noche en tu aposento;
Tus gracias veré, ¿qué dudas?
Y pues las pintan desnudas,
Perdona mi atrevimiento.
Dame esa mano, Diana,
Que no soy Júpiter yo.

Entra Laura.

LAURA.

Digo mil veces que no.
Vuélvele el papel, Silvana.

FLORELA.

¿Qué papel?

LAURA.

No, nada.

FLORELA.

Di,
¿Qué papel?

LAURA.

Ya le dejé.

FLORELA.

¿Fué de Alejandro?

LAURA.

Sí fué;
Pero no le recibí.

FLORELA.

¡Muerto soy!

LAURA.

¿Qué fué?

FINEA.

Desmayo.

LAURA.

Tenle esa mano.

FLORELA.

¡Ay!

LAURA.

¡Mi bien!

FINEA.

Luego en diciéndole quién,
Fué como pasarle un rayo.
Perdida está de color.

LAURA.

Luego podremos hablar.

FINEA.

Comencéla á requebrar,
Y tratóme con rigor.

LAURA.

Luego ¿no has sabido nada?

FINEA.

Cierto hidalgo pobre había,
Cuya casa no tenía
Ropa ni hacienda sobrada;
Y viniéndose acostar,
Halló dentro seis ladrones,
Á quien dijo estas razones:
«¿De noche andáis á buscar
Lo que yo no hallé de día?
Locos sois.» Lo mismo digo:
Si Diana está contigo,
Que un punto no se desvía;

Si te quiere que te adora,
Y no sabes si es mujer
Ni hombre, ¿qué ha de saber
Quien no ha que la quiere un hora?
Mas pues está desmayada,
Ensánchale el corazón,
Si con aquesta ocasión
Verle los pechos te agrada.

LAURA.

Bien dices: yo la desnudo.

FLORELA.

¡Ay, Dios!

FINEA.

Quedo, que volvió.

LAURA.

¡Mi bien!

FLORELA.

¿Quien mi mal causó,
Que soy su bien decir pudo?

LAURA.

Vé, Finea, á ver qué hace
Mi padre.

FINEA.

Á mirarlo voy.

LAURA.

Félix mío, sola estoy.

FLORELA.

Bien sé, Laura, de qué nace
Esto que conmigo has hecho;
Dios te lo perdone, Laura,
Porque ya la vital aura
Desamparar quiso el pecho.
¿Qué es lo que quieres de mí?
Y de Alejandro, ¿qué quieres?
Volvamos á ser mujeres
Si en ser hombre te ofendí.
Mentí, Laura; yo he mentido;
Yo soy mujer; ¿no me ves
Desde el cabello á los pies
Tan mujer como el vestido?
Si te dije que hombre fuí,
Fué sólo por engañarte.

LAURA.

Félix, mi bien, no soy parte
Para persuadirme á mí.
Cualquiera cosa que seas,
Eres mi luz y mi sol.

Salen el Duque de Ferrara y el Infante de Aragón.

DUQUE.

Alábanme el español.

INFANTE.

Pues hoy quiero que le veas.

DUQUE.

Dicen que es humor notable.

INFANTE.

Huésped de Alejandro es.

DUQUE.

¿Es Laura?

INFANTE.

Beso tus pies.

LAURA.

¿Dasme licencia que hable?

DUQUE.

Al Infante, es gran razón.

LAURA.

Y aquí estoy para serviros.

FLORELA.

Oye, Laura, en mis suspiros
Los celos del corazón.

LAURA.

Calla, Félix, que éste ha sido
Lance forzoso.

FLORELA.

¿Y si fuera
Alejandro?

LAURA.

Luego huyera.

DUQUE.

Pues á ocasión has venido
Que Laura se deja ver,
Aquí te puedes sentar.

Siéntense.

INFANTE.

Ojos, en otro lugar
Hoy vuestra vida ha de ser.
Mirad á Diana, en quien
Desde hoy pretendo emplearos;
La fama su ingenio alaba.

Sale una criada.

CRIADA.

A besar viene tus pies
Un español.

DUQUE.

Y ¿quién es?

CRIADA.

Marqués de la Malafaba.

DUQUE.

Sin duda, Infante, es el hombre
Cuyo humor me han alabado.
No dejes, Laura, el estrado,
Si esquivas acaso el nombre;
Que dicen que es peregrino
Y pretensor de Diana.

Entra Camacho y criados.

CAMACHO.

Porque he sido esta mañana
Huésped del Duque de Urbino,
No besé, como debía,
Los pies de Vuestra Excelencia.

LAURA.

¡Buen novio!

INFANTE.

¡Gentil presencia!

DUQUE.

Sea Vuestra Señoría

Muchas veces bien venido.
¡Hola, sillas!

CAMACHO.

Dondequiera
Estaré bien.

FLORELA.

¿Quién creyera
Que éste me hubiera querido?

CAMACHO.

Á la señora Duquesa
Beso la mano.

LAURA.

Aquí estoy
Para serviros.

FLORELA.

Que soy
Quien ama, mucho me pesa.

CAMACHO.

¿Es la señora Diana,
La que llaman la divina,
La musa, la peregrina,
La sibila en forma humana?

FLORELA.

Soy Diana, y sólo esclava
Del Gran Duque y mi señora.

CAMACHO.

Desafío desde agora
La fama que en vos hablaba:
Sois más bella y más gentil.
En España oí de vos
Dos cosas.

FLORELA.

Y ¿son las dos?

CAMACHO.

Divino ingenio sutil
Y peregrina belleza.
Sólo á veros pasé el mar,
Porque tengo humor de amar
Monstruos de naturaleza;
Si viviera Elena agora,
Fuera á Troya sólo á vella.

INFANTE.

Viene á casarse con ella,
Que ya por fama la adora.
Suplico á Vuestra Excelencia
Dé lugar á sus servicios.

DUQUE.

Con muchos buenos oficios
De amistad y diligencia.

INFANTE.

Pienso que ha de entretener
Las bodas el personaje.

CAMACHO.

¡Hola! ¿Está cerca algún paje?

MARINO.

Sí, señor.

CAMACHO.

Haced traer
El presente que he traído
Á Su Excelencia de España.

INFANTE.

¿Es alguna cosa extraña?

CAMACHO.

Una rica fuente ha sido
De jaspe y mármol; mas viene
En cajas; después podréis.....

DUQUE.

Muy bien el gusto sabéis
De quien en flores le tiene.
Honrará nuestro jardín.

CAMACHO.

Es una cosa extremada.

DUQUE.

¿Qué historia?

CAMACHO.

La celebrada
De Roma y del mundo; en fin,
La mujer más casta y necia.

FLORELA.

¿Necia y casta puede ser?

CAMACHO.

Vos lo debéis de saber,
Pues ya sabéis que es Lucrecia:
Su muerte alabo, si fuera
Antes que fuera forzada.

FLORELA.

Si fué con sangre lavada,
Más que pierde recupera.

CAMACHO.

Con vos, que seréis tan presto
Prueba de ingenios, señora,
No es bien que dispute agora,
Que ya he visto el cartel puesto.
La fuente es esta figura
Matándose, y de manera
Que la de Roma tuviera
Menos acción y hermosura.

DUQUE.

Cenar conmigo tenéis,
Que gusto mucho de vos:
Si queréis, después las dos
Licencia también tenéis
Para que os entretengáis
Con el Marqués.

LAURA.

¡Gran merced!

CAMACHO.

Por muy vuestro me tened.

DUQUE.

Señor Infante, no os vais;
Gozad también de la cena
Del huésped.

INFANTE.

Mucho lo estimo.

DUQUE.

Venid á mi lado, primo,
Que habéis de aliviar mi pena.

CAMACHO.

Honráis, señor, vuestra hechura.

Vanse todos, y quedan Laura y Florela.

LAURA.

¿Estás ya desenojado?

FLORELA.

Ninguna acción me ha quedado
De libre con tu hermosura.
Si me vuelvo á ser mujer,
Soy Diana, tu criada,
Y, por criada, obligada
Á callar y á obedecer.
Si quiero usar de ser hombre,
Como en efeto lo soy,
La libertad que te doy,
De libre me quita el nombre.
Haz, Laura, tu voluntad;
El Duque, tu padre, cena;
Habla á Alejandro, que pena
Por conquistar tu ciudad;
Que yo me sabré morir.

LAURA.

El ronda el balcón del muro:
Mi Félix, si estar seguro
Está puesto en no le oir,
Vé tú, y finge que eres yo,
Y di á Alejandro tu gusto.

FLORELA.

Parece que el cielo justo
Por boca de Laura habló.
Ocasión se me ha ofrecido
Para que á Laura aborrezca.
Mi Laura, no te parezca
Que celoso y necio he sido;
Aunque nunca vi celoso
Sin que estuviese muy necio;
Que lo que te estimo y precio
Me tiene siempre envidioso.
Vamos á hablarle las dos,
No deje el Duque la mesa
Y te llame.

LAURA.

¿Al fin te pesa
De ser hombre?

FLORELA.

No, ¡por Dios!
Porque has de ser mi mujer.

LAURA.

Él es hombre; ¿qué le miro?

FLORELA.

Porque no lo soy suspiro,
Que ya lo quisiera ser.

Sale Alejandro, de noche, con rodela y espada.

ALEJANDRO.

Aquí quiero ver, amor,
Si es legítimo tu imperio,
Ó si eres señor tirano
De las almas y los cuerpos.
Á mis ciegas pretensiones
Voy mudando pensamientos,
Por ver si pudiese alguno
Hallar de Laura el deseo;
Mas parecen maldiciones
De Florela, á quien desprecio,
Estando tan obligado
Á las muchas que le debo.
Pues que por ningún camino
Hallo el que busca mi intento,
En los desdenes de Laura,
Por quien Apolo parezco.
Después de obscuros enigmas
Y temidos argumentos,
Probar los ingenios quiere
En un laberinto nuevo.
Menguando va mi esperanza;
La fábrica va creciendo,
Porque en estando acabado,
Dicen que ha de entrarse dentro.
Mas ¡ay, Dios! en los balcones
Hacen señas; su voz siento.
¡Animo, turbados pasos!

Florela y Laura, á la ventana.

FLORELA.

Que es Alejandro sospecho.

LAURA.

Háblale, pues, que te doy
Licencia.

FLORELA.

Los pies te beso;
Mas guárdame el corredor.

LAURA.

Mi fama en tus manos dejo.

Vase.

FLORELA.

Laura me ha dejado sola.
¡Ah, galán, el del terrero!
¿Sois vos el duque Alejandro?

ALEJANDRO.

Soy un Alejandro vuestro,
Que más que daros el mundo
De quien él se llamó dueño,
Estimo el alma que os doy.

FLORELA.

Las palabras agradezco,
No las obras, porque sé
Cuán pocas obras os debo.

ALEJANDRO.

Debéisme pocas, señora,
Porque probáis mis deseos
En probar mi ingenio corto
Con laberintos de enredos.
¡Ojalá, como á Jasón,
Me mandáredes traeros
Las hespéridas manzanas,
Venciendo toros de fuego!
¡Ojalá.....

FLORELA.

No os alarguéis:
¿No sois vos el lisonjero

Que amaba á Florela en Mantua?

ALEJANDRO.

¿Yo á Florela?

FLORELA.

¡Lindo extremo!
¿Que luego no la engañastes
Con palabra y juramento
De ser su esposo?

ALEJANDRO.

¿A Florela?
Miente, Laura, el caballero
Que porque me despreciéis
Eso os dice.

FLORELA.

¡Ah, santos cielos!
¡Quién pudiera agora hablar!
Yo tengo lo que merezco.
¿Diré quién soy? Mas destruyo
La máquina que pretendo;
Que en desengañando á Laura
De que soy mujer, sospecho
Que ha de entregarse á Alejandro.

ALEJANDRO.

Gente viene: luego vuelvo.

Sale Camacho con linterna y broquel.

CAMACHO.

Dejado me han los criados;
Perdido me han el respeto
Los lacayos y los pajes
Como soy príncipe nuevo.
Cenó el Duque por la posta,
Durmióse muy á lo viejo,
Fuése el Infante y dejóme
De la manera que vengo;
Que á no pedir luz prestada,
Cual la blanca luna á Febo,
Soy Fortuna en la escalera,
Y rodando vengo al suelo.
Aquí me dijo mi amo
Que repasaba requiebros
Mientras el Duque cenaba.

ALEJANDRO.

¿Con luz, gentil majadero?
Cúbrala, y pase de largo,
Ó matarésela.

CAMACHO.

Quedo;
Que aunque seáis Señoría,
Me habéis de tener respeto.

ALEJANDRO.

Diga quién es, ó por Dios,
Que la linterna y sombrero
Le he de echar de un cintarazo
Desotra parte del huerto!

CAMACHO.

Yo soy el marqués don Lucas,
Y si la linterna dejo,
La tajante desensordo,
Y la capa me revuelvo,
Los bigotes me levanto
Y pillo cólera, puedo
Hacer pasar sus narices
Desotra parte del huerto.

ALEJANDRO.

¿Es Camacho?

CAMACHO.

¿Es Alejandro?

ALEJANDRO.

Loco, ¿adónde vas, qué es esto?

CAMACHO.

El engaño está en su punto.
¡Oh, qué historias!

ALEJANDRO.

Habla quedo;
Que está Laura en el balcón.

CAMACHO.

¿Laura?

ALEJANDRO.

Y Diana sospecho.

CAMACHO.

Diana, espérame aquí.
¡Ah de las rejas del cielo!
¿Está la luna en su carro,
Ó es ida al indio hemisferio?

FLORELA.

¿Quién es?

CAMACHO.

El marqués don Lucas.

FLORELA.

Temprano venís; no quiero
Hablaros para tan poco;
Salir á las tres me ofrezco;
Pero quiero agradecer
Vuestro cuidado.

CAMACHO.

Ya espero
Favores de vuestra mano.

FLORELA.

Este papel y este lienzo:
Responded, porque me ha dicho
Laura que sois muy discreto.

CAMACHO.

Ella os dijo la verdad.

FLORELA.

Adiós.

CAMACHO.

Escuchad.

FLORELA.

No puedo.

ALEJANDRO.

¿Fuése?

CAMACHO.

Ya se fué Diana.

ALEJANDRO.

¿Y Laura?

CAMACHO.

Ya estaba dentro.

ALEJANDRO.

¿Qué te dió?

CAMACHO.

Lienzo y papel.

ALEJANDRO.
Mucho alcanzas.
CAMACHO.
Más merezco.
ALEJANDRO.
Lee, pues que tienes luz.
CAMACHO.
¿Aquí?
ALEJANDRO.
¿Qué importa?
CAMACHO.
Comienzo.

Lee el papel.

«*A quien quiero, no me quiere,*
Y á quien me quiere, no quiero.»
ALEJANDRO.
Pasa adelante.
CAMACHO.
No hay más.
ALEJANDRO.
¿No hay más?
CAMACHO.
No, que todo es menos.
¡Válate Dios el papel!
ALEJANDRO.
¿Entiéndesle?
CAMACHO.
Bien le entiendo:
Toda esta casa es enigmas,
Laberinto y embelecos;
Dice que me quiere bien,
Pero que yo no la quiero,
Y que por mí deja á muchos.
ALEJANDRO.
¡Linda bestia!
CAMACHO.
¿Es mal acuerdo
Que las cosas de mi daño
Las entienda en mi provecho?
Pues mira si necio soy,
Que en el laberinto espero
Meter sustento de un mes
Con una invención que tengo;
Y yesca, eslabón y piedra,
Para que encendamos fuego.
ALEJANDRO.
¿Cómo?
CAMACHO.
Duque, dí á entender
Que una fuente le presento,
Todas las piezas en cajas,
Y él la quiere poner dentro
Del jardín del laberinto,
Y yo en ellas poner pienso
Muy lindas botas de vino,
Jamones cocidos, quesos,
Bizcocho y conservas ricas.
ALEJANDRO.
¡Extraña invención!
CAMACHO.
No creo
Que aunque dentro nos perdamos
Nos falte en un mes sustento.
ALEJANDRO.
Los brazos te quiero dar.
CAMACHO.
Hachas vienen.
ALEJANDRO.
Huye presto.
CAMACHO.
Tuya ha de ser Laura, y mía
La prueba de los ingenios.

ACTO TERCERO.

Salen el de Urbino y Estacio.

PARIS.
Cuéntame, Estacio, la forma
Del laberinto que han hecho.
ESTACIO.
Según la guarda me informa,
Todo lo que no es el techo,
Con el de Creta conforma.
Y el techo le han puesto á efeto
De que las calles estén
Obscuras.
PARIS.
Yo te prometo
Que luz los ingenios den
Al abismo más secreto;
Mas píntame de qué suerte
Es esta fábrica fuerte.
ESTACIO.
Mientras salen argüir,
Lo que dél puedo decir
Es esto.....
PARIS.
Prosigue.
ESTACIO.
Advierte.
En medio de los jardines,
No solamente atrevidos
Á los pensiles hibleos,
Mas á los campos elíseos,
Aqueste Dédalo nuevo,
Que quiere, desvanecido,
Llevar ícaros al sol
Con el artificio mismo,
De quinientos pies de largo
Ha fundado el laberinto,
Que, aunque es círculo, con esto
Queda lo demás medido.
Desde la circunferencia

Al centro de este edificio,
Hay tantas calles diversas
Y tantos arcos descritos,
Que él parece un astrolabio,
Y ellas coronas del limbo,
Aunque no van como en él
Estos círculos seguidos,
Que muchas á la mitad
Vuelven por el mismo sitio,
Dando en un lugar mil vueltas
Con admirable artificio.
Quiébrase por tantas partes
Cualquier calle, que me dijo
Lauso, oficial, que ha labrado
Paredes, puertas y nichos,
Que en distancia de cincuenta
Pasos, puede andar perdido
Un hombre un mes sin hallar
Salida, entrada ni tino.
Cuando piensa el que camina
Por este lazo prolijo
Como el nudo gordïano
Que pintaron los antiguos,
Y que del magno Alejandro
No respetara los filos,
Que llega al fin que pretende,
Está un paso del principio.
Presumo que, aunque llevara
Luz, ó estuviera rompido
Con claraboyas el techo,
Como estaba el del rey Minos,
También se perdiera un hombre;
Porque con haberle visto
Y fabricado este Lauso,
Dice que una tarde quiso
Probar su ingenio en dos calles,
Y que, cansado y rendido
De andar en él hasta el alba,
Le hallaron porque dió gritos.
En medio desta quimera,
En el centro deste abismo,
Laura ha labrado un palacio,
Aunque de madera, rico
Por estar cubierto de oro
Del pavimento á los frisos.
Allí ha de estar con su padre
Siete días, que en mil siglos
No le han de hallar, cuanto más
En término tan preciso.
Allí el monstruo de hermosura,
Como el de Creta de vicio,
Ha de esperar sus amantes;
Que todos van á peligro
De perder la vida en él,
Por querer, locos y altivos,
Probar sus altos ingenios
En hallar cierto camino
Á los palacios de Laura,
Más que de Circe y Calipso.
Yo, cuando fuera Arquimedes,
El que aquella esfera hizo
Que el movimiento del cielo
Imitaba al tiempo mismo,
No me atreviera á buscarla,
Ni aunque llevara los hilos
Del otro dichoso griego,
Digno de estatuas y libros.

PARIS.

Mucho me desanimas; pero advierte
Que viene ya su padre al acto nuevo,
Y los doctores de la misma suerte.

ESTACIO.

Nuevo es el nombre.

PARIS.

Á dársele me atrevo;
Que ya el amor los Príncipes convierte
En pretensores del laurel de Febo.

ESTACIO.

Diana viene honrada de sus hojas.

PARIS.

El verde alegran las mejillas rojas.

Haya música de chirimías, y vayan entrando Alejandro, el Infante, el Duque, dos maceros, Laura, Finea y Florela, con un laurel, y siéntese Florela detrás de una mesa, y salga también Camacho.

FLORELA.

Excusando oraciones que pudieran
Causar fastidio, Duque generoso,
Príncipes nobles, aunque justas eran,
Y debido decoro á un acto honroso,
Y porque cortas alabanzas fueran
Las de mi ingenio, en mar tan espacioso,
Daré principio al acto presupuesto
Con pediros perdón.

ALEJANDRO.

Cielos, ¿qué es esto?

CAMACHO.

¿De qué te admiras?

ALEJANDRO.

Ésta no es Diana.

CAMACHO.

Pues ¿quién, señor?

ALEJANDRO.

¡Ay, español, Florela!
La que llaman Sibila mantüana:
Fuerte es amor; cuando otros duermen, vela.

CAMACHO.

Calla, que ya te mira.

ALEJANDRO.

Es cosa llana:
La máquina que ves, toda es cautela
Para estorbar de Laura el casamiento.

CAMACHO.

Ya vuelve á hablar.

ALEJANDRO.

¡Extraño fingimiento!

FLORELA.

Pues como viese Laura, mi señora,
Tan altos, tan iguales pretendientes,
Por no agraviar la luz que ilustra y dora
De Italia los dos polos eminentes;

Por excusar las armas, quiso agora
Remitir á las letras excelentes
Esta contienda bélica, y que todos
Su vivo ingenio prueben de tres modos.
Propúsose un enigma, y hanse dado
Declaraciones; mas quien sólo acierta,
Queda para las bodas reservado,
Que publicarle en ellas se concierta.
Yo tengo este lugar mal ocupado
Para argüir, que es la primera puerta
Del laberinto; pero ya le tengo,
Y tal cual soy, á responderos vengo.
Sustento que las mujeres
Son aptas y son perfectas
Para el gobierno y las armas,
Lo mismo para las ciencias.

ALEJANDRO.

Con licencia, excelso Duque,
De Vuestra Excelencia, y vuestra,
Generosos caballeros,
Damas discretas y bellas,
Aunque de argüir así
Dios sabe lo que me pesa,
Digo, famosa Diana,
Que es la mujer imperfecta
Criatura, y que jamás
Quiso la naturaleza
Producirla ni engendrarla;
Luego si la admite apenas
Para acciones animales,
Y solamente aumentan
Número al mundo, ¿quién duda
Que no la dió para ciencias
Aptitud ni habilidad,
Porque son puras materias,
Y que tienen, como es cierto,
Superior naturaleza?

FLORELA.

El antecedente niego,
Porque como ella pretenda
Conservar la especie, es llano,
Por forzosa consecuencia,
Que así la generación
De la mujer, pues sin ella
No se puede conservar.

ALEJANDRO.

Contra.

DUQUE.

Raro ingenio muestra.

ALEJANDRO.

La naturaleza, siempre
Lo que es más perfecto intenta
Producir, como Aristóteles
Dice en lo de cielo y tierra,

Capítulo quinto, libro segundo; y en lo de juventud y vejez, capítulo segundo, libro segundo; y en lo de generación de los animales, capítulo catorce.

La mujer, en nuestra especie
Humana es más imperfecta;
Luego nunca lo pretende
Producir naturaleza.

FLORELA.

Niego la menor, y niego
Que más imperfecta sea.

ALEJANDRO.

¡Prueba!

FLORELA.

¡Niego!

ALEJANDRO.

Lo primero,
Con las muchas experiencias
Que hemos visto; lo segundo,
Con autoridad expresa

De Aristóteles, en el libro segundo de la generación de los animales:

Hombre ocasionado llama
Á la mujer, con que muestra
Que así acaso la produce;
Pero no porque ella tenga
Intención determinada
Del que produce ó engendra.

Y la misma doctrina dice en el libro séptimo y cuarto de los Políticos.

FLORELA.

Á la doctrina que allí
El gran filósofo enseña,
Respondo con el Doctor
Angélico en la primera

Parte, en la cuestión noventa y dos, en el artículo primero.

Y al argumento también
Que su imperfección sustenta,
Distingo y digo que puede
Llamarla el hombre imperfecta
Por respeto de la causa
Particular, porque intenta,
Como el que produce es hombre,
Que su virtud apetezca
Conservarse y hacer hombre;
Y así, por ser menos fuerza
La de su temperamento,
Ó disposición diversa,
Ó correr aires australes,
Mujer entonces engendra;
Que en lo de generación
Esto el filósofo enseña.
Mas en orden á la causa
Que á nuestra naturaleza
Común es universal,
La mujer no es imperfecta
Criatura, ni ocasionada,
Mas perfectísima y bella.
Con intención principal
Naturaleza conserva
Sus obras, y es imposible
Que sin las mujeres pueda.
Cuando Dios á Adán crió,

Para darle compañera
Dijo: «No es bueno que el hombre
Esté solo», y dióle á Eva.
Porque fué como decir:
«No está del hombre perfecta
La especie sin la mujer,
Que es necesaria materia.»

ALEJANDRO.

Tres argumentos de aquí,
Curiosos, sacar pudiera,
De la igualdad de las almas,
Cuál parte en el cuerpo sea
La primera que se forma,
Y la aptitud á las ciencias;
Mas yo me rindo, señora.

INFANTE.

Pues yo, con licencia vuestra,
Á la réplica respondo.
Dijistes, Diana, que eran
Por algún camino sólo
Las de vuestro ser perfectas
Con la causa universal;
Mas no decís por qué sea
Más imperfecta que el hombre,
Y si serlo me confiesan,
Arguyo así: La mujer
Es más que el hombre imperfecta;
El hombre más imperfecto
No es hábil para las ciencias;
Luego menos la mujer.

FLORELA.

Niego la mayor, y atenta
A que arguyáis, español,
En menos vulgar materia,
Digo que un hombre no es
Más que otro imperfecto, y queda
Probado con que las almas
Son iguales.

INFANTE.

Contra, adviertan:
El alma, naturalmente,
Es forma de la materia
Del cuerpo, y ha de medirse
Á su perfección por fuerza,
Pues hay almas cuyos cuerpos
Tienen partes más dispuestas,
Más igual temperamento;
Luego serán más perfectas.
Que fuese el alma de Adán
Más noble que la de Eva,
Y perfecta, porque tuvo
Proporción, correspondencia
É igualdad á más perfecto
Cuerpo, el gran Doctor lo enseña

En el segundo de las sentencias, distinción veinte y una, cuestión segunda, artículo primero.

FLORELA.

Distinguiendo la mayor:
Si hacer sentido os contenta
Que el alma no dice orden
Sino á materia dispuesta,
Concedo; pero si quiere
Decir que de tal manera
La dice al cuerpo, que toda
En su perfección dependa
De aquella organización,
Niego.

INFANTE.

Pruebo.

FLORELA.

Oiré la prueba.

INFANTE.

Orden tan determinada
Dice el alma á la materia
Del cuerpo en número, y no
Á otro, que haciendo cuenta
Que cuando engendrada fuistes,
Dios infundiros quisiera
Del duque Alejandro el alma,
Había de ser potencia
De particular milagro,
Ó vuestro padre pudiera
También engendrar al Duque,
Según de naturaleza
El orden.

FLORELA.

Es gran verdad,
Que al instante que se engendra
El cuerpo, de suerte el alma
Dice orden á él, que fuera
Milagro raro; mas niego
Que inferir de ahí se pueda
La perfección esencial;
Que aunque el alma es verdad cierta
Se cría en orden á cuerpo
Determinado, y no sea
En común á otros, vemos
Que desta suerte ó de aquélla,
De un temperamento ó de otro,
No toca á más noble esencia;
Porque eso es accidental,
Como el filósofo enseña,
Y en este punto al Doctor
Angélico, las escuelas
Se dividen, y esto pruebo,
Porque en la cuestión tercera
Del tercero cuodlibeto,
Dice por sentencia expresa
Que los individuos todos,
Como de una especie sean,
Tienen igual perfección;
De donde probado queda
Que más que el hombre imperfecto
No es la mujer imperfecta,
Antes, accidentalmente,
Más perfecta por más bella,
Y de cuerpo más hermoso.

CAMACHO.

Bendiga el cielo tus letras,
Desde la A á la Pe,

Y desde la Cu á la Zeda.
¡Mal año para Platón!

PARIS.

Oid, con vuestra licencia,
Un argumento más llano:
Vos decís, Diana bella,
Que con igual intención
Produce naturaleza
Lo perfecto é imperfecto:
¿Cuál es la cosa primera
Que en nuestro cuerpo se forma?

FLORELA.

Quisiéraos dar por respuesta
De Hipócrates la opinión;
Pero es más justo que tenga
La de Aristóteles, pues
Quiere que el corazón sea
En quien el calor acaba,
De la suerte que comienza
La arterial sangre que cría
Y la que en su cuerpo aumenta;
Y otras cosas de esta traza,
Porque son cuestiones médicas,

Hallaréis en el segundo libro de la generación de los animales, capítulo primero.

PARIS.

Dijistes ser más perfectos
Los cuerpos con más dispuestas
Partes, y que así las almas,
Aunque esto accidental sea;
Luego mujer que no tiene
Temperamento á las ciencias
Dispuesto, no puede ser
Que ella hábil sea para ellas.

FLORELA.

¡Oh, qué presto os arrojáis!
¿Sabéis vos, Paris, cuál sea
El mejor temperamento
Para la gran excelencia
Del ingenio?

PARIS.

Sí.

FLORELA.

¿Cuál es?
Para que sus partes sepa.

PARIS.

El melancólico.

FLORELA.

Niego.

PARIS.

Pruebo: sea la experiencia
Que Aristóteles confirma
Lo primero, sesión treinta
De los problemas, pues dice
Que filósofos, poetas
Y artífices excelentes,
Como Lisandro de Grecia,
Sócrates, Platón, Empédocles,
Fueron la misma tristeza.
Los viejos son más prudentes,
En ellos vemos que reina
Mas melancólico humor;
Luego es el de más esencia.

CAMACHO.

Con eso estoy yo tan triste.
Pero replicar quisiera,
Con probar que si los sabios
Son los de mayor tristeza,
Los que no tienen dineros
Tendrán notable excelencia.

FLORELA.

Mayor y menor concedo,
Paris, y la consecuencia
Niego, porque el ser prudentes,
La experiencia se lo enseña.
Sequedad, melancolía,
Acompañan la grandeza
Del ingenio, aunque Galeno
Estas partes diferencia:
Melancolía, con cólera
Y sangre pura, gobiernan
Los ingenios altamente;
Y estas dos vemos que reinan
En millones de mujeres;
Pero Aristóteles cierra
Mi réplica, con decir
Que quien tiene carnes tiernas,
Y dulce la complexión,
Ése es natural que tenga
Ingenio más superior;
Pues siendo cierta sentencia,
El temperamento tierno
De las mujeres os muestra
Que las más hábiles son
Para las divinas ciencias.

CAMACHO.

Altamente ha respondido:
Nadie arguya, ni se meta
En contradecir verdades
Tan bien probadas y ciertas;
Y si no, desenvolved
Las antiguas y modernas
Historias, ó ya en Textor,
En Estobeo y en Séneca,
Y veréis si las mujeres
Son en la paz y en la guerra,
Y en el gobierno, famosas,
Como Délbora, profeta
Que rigió al pueblo de Dios;
Tomiris, á Scitia y Persia;
Cenobia, á Siria, y Valasca,
Con tal valor á Bohemia;
Candaces rigió á Etiopía;
Á la antigua Italia, Helerna;
Amalasunta á los godos,
Y á Egipto Cleopatria bella.
Pues ciencias, ¿quién supo más
Que las musas, que Minerva,
Que las Sibilas, que Aspasia,
Manto, Casandra y Targelia?
Hoy vive, en honra de España,

Juliana, barcelonesa,
Que en París, públicamente,
Enseña todas las ciencias;
De catorce años, y menos,
Imprimió libros, que dejan
Los filósofos y sabios
Sin respuestas y sin lenguas.
¿De cuál hombre se ha contado
Que, suelto de la leonera,
Del Duque un hijo le quite
Una mujer en Florencia,
Que le llevaba en la boca?
Mirad la hermosa Condesa
De Castilla en la prisión,
Para que se fuese della
El conde Fernán González;
Mirad aquella gallega
Lo que en la Coruña hizo,
Con una espada y rodela,
En tiempo del rey don Sancho;
Pero alabar su grandeza
Es proceso en infinito:
Sólo digo en su defensa,
Que con las armas que traigo,
Á quien las llame imperfectas
Le reto de sol á sol;
Pero esto es cosa muy vieja,
Y habrá caballo y lancita,
Y alborotar la comedia;
Pero si alguno quisiere
Buscarme, voyme á la vega,
Donde si me hallaren bien,
Á sombras de una alameda,
Y si no, estaré en mi casa,
Si es mediodía, en la mesa,
Y si es de noche, en la cama;
¡Tanto la cólera ciega!

DUQUE.

Tenelde, no le dejéis.

LAURA.

Ya no es posible que vuelva.

DUQUE.

Caballeros, esto es dicho;
Laura al laberinto se entra
Conmigo y con dos criadas;
Probad la tercera prueba.

Vanse todos, y quédase Alejandro solo.

ALEJANDRO.

¿Por quién lo que por mí pasar pudiera?
¿Quién fuera sino yo tan desdichado?
Á Florela, que en Mantua había dejado,
Hallo en Ferrara contra mí tan fiera;
Laura me mata; ¡oh, nunca yo la viera!
Florela me persigue, y se ha vengado,
Pues con el laberinto fabricado,
Entretener mi pretensión espera.
Como un hambriento Tántalo me pinto,
Á la boca la fruta hermosa y bella,
Mil leguas della, y del cristal distinto.
Yo he entrado donde el tiempo me atropella,
Porque si es toda el alma laberinto,
¿Cómo podrán salir cuidados della?

Sale Camacho.

CAMACHO.

Algo el enojo perdido,
Vuelvo á buscar á Alejandro,
Que, más ciego que Leandro,
Va por alta mar perdido.
¿No sales á acompañar
Al Duque?

ALEJANDRO.

Estoy de manera,
Que hoy á Mantua me volviera
Si amor me diera lugar;
Que aquesta mujer, ó arpía,
Venga contra su decoro,
Para que Laura, que adoro,
Ya no lo pueda ser mía.

CAMACHO.

Todo lo tengo entendido;
Mas esa misma razón
Esfuerza tu pretensión.

ALEJANDRO.

Estoy por Laura perdido,
Y aunque mil vidas perdiera
Por el interés de entrar.....

CAMACHO.

Las guardas hacen llamar.

ALEJANDRO.

El Duque á la puerta espera.

CAMACHO.

Sí, porque Laura y Diana,
Y alguna gente, aunque poca,
Entran con luz.

ALEJANDRO.

Hoy me toca
La empresa.

CAMACHO.

La empresa es llana,
Porque en la plaza primera,
Donde hay luz, puestas están
Las cajas, que te darán
La traza que el premio espera.
Jaspes y mármoles dije
Que eran todos, mas no he dado
Las llaves, con el cuidado
De que es la luz que te rije,
Porque en cualquiera hallarás
Yesca, piedra y eslabón,
Pan, vino, queso, jamón
Y trescientas cosas más.
No hay más de llegar y abrir,
Sacar yesca y encender,
Y con llevar de comer,
Seguramente partir.

ALEJANDRO.

Ventura fué que mandase
Meter el Duque la fuente

En lugar tan conveniente
Para cuando yo llegase;
Pero por mayor tendría
Que entrases tú por tu parte,
Para que viniendo á hallarte,
Fueses en mi compañía.

CAMACHO.

¿Yo, señor? Pues ¿quiero yo,
Por dicha, á Laura?

ALEJANDRO.

Mi gusto,
¿No es más que Laura?

CAMACHO.

Es muy justo.
Pero ¿si llego?

ALEJANDRO.

Eso no;
Que con una luz iremos
Luego que allí la acendamos,
Y en sintiendo que llegamos,
La senda dividiremos:
Tú echarás por otra parte;
Yo al palacio llegaré.

CAMACHO.

Soy español; ¿qué podré,
Justo ó injusto, negarte?
Camina.

ALEJANDRO.

Delante voy.

CAMACHO.

Si en el laberinto quedo,
Escriba alguno á Toledo
Que hecho carne momia estoy.

Vanse.

Salen Laura, Florela y el Duque de Ferrara; Lirano y Finea, criados.

FLORELA.

No pienso pasar de aquí
Hasta que Vuestra Excelencia
Me conceda esta licencia.

DUQUE.

Luego ¿temes?

FLORELA.

Señor, sí;
Y con mi consentimiento
No entrarán aquí las cajas.

DUQUE.

Reconociendo ventajas
A tu raro entendimiento,
Digo que rompa Lirano
Cualquiera dellas, y mire
Lo que hay dentro.

FLORELA.

Aunque te admire
Este pensamiento vano,
Manda traer una aquí.

DUQUE.

Traella así como está,
Que, rota, nos mostrará
Si hay jaspe ó traición allí.

FLORELA.

Todo el incendio de Troya
Fué no mirar, pues pudiera,
El caballo de madera
Haciendo una claraboya
Que descubriera en el vientre
Los griegos, pues vieron luego
Parir un monstruo de fuego.

DUQUE.

¿Temes que lo mismo encuentre?
¿No ves que aquel español,
Marqués de la Malafaba,
Me la presentó?

FLORELA.

No acaba
De admirarse el mismo sol
De agudezas españolas:
Eso me ha puesto en cuidado.

LIRANO.

Esta es la caja.

LAURA.

He pensado
Que, pues dos personas solas
La pueden traer, señor,
No es mármol.

DUQUE.

Será esta pieza,
De alguna estatua cabeza.

LAURA.

Entera fuera mejor.

FLORELA.

Romped esa cerradura.

LIRANO.

De dos puñadas se abrió.

FLORELA.

¿Es jaspe?

FINEA.

Señora, no.

FLORELA.

¿Juzgas que ha sido cordura?

LIRANO.

Ésta es yesca y eslabón.

FINEA.

Esto es cera y pedernal.

DUQUE.

¿Quién imaginara tal?

LIRANO.

Ésta es bota.

FINEA.

Éste es jamón.

LIRANO.

Cajas hay.

FINEA.

Son de conserva.

FLORELA.

Luz y qué comer, ¿no es nada?

LAURA.

¡Rara industria!

DUQUE.

¡Y desdichada!

LAURA.

¡Que divina contrayerba
Te dió en ese ingenio el cielo!

DUQUE.

Todas las haré romper:
Si es fuente, no ha de correr
En agravio de tu celo.

Vanse el Duque y los criados.

LAURA.

Enojado parte el Duque
Para deshacer la fuente.

FLORELA.

¡Qué hermoso mármol luciente,
Verde jaspe ó blanco estoque!
¡Ay, Laura, con qué temor
Ya cerca del fin me pinto!

LAURA.

¿Qué temes?

FLORELA.

Que al laberinto
Ha de hallar entrada amor;
Que amor es grande arquitecto.

LAURA.

Aunque fuese tan dichoso,
Tan sutil, tan ingenioso,
Tan solícito y secreto,
Félix de mi corazón,
Algunos destos señores,
No querrán nuestros amores
Dar lugar á su afición.
Tuya seré como fin,
Ó la vida perderé.

FLORELA.

Mira que me moriré
Cuando te apartes de mí;
Mira que he puesto en tus ojos
El aliento desta vida;
De sus niñas está asida;
Honra, Laura, tus despojos.
Si tantas almas tuviera,
Cada pestaña en sus puntas
Ensartara un alma, y juntas,
Guarda á tus ojos hiciera.
Mira, Laura, que esto ha sido,
Hasta agora, entretenerte;
Si alguno llegare á verte,
Que no le admitas te pido.

LAURA.

Fía, amores, de mi amor.

FLORELA.

Mira, dulce vida mía,
Que el amor nunca se fía
Sino de igual ó mayor.

LAURA.

Ni el tuyo es igual al mío,
Ni mayor le puede haber.

FLORELA.

¿Que eres mía?

LAURA.

Tu mujer.

FLORELA.

Pues de esa palabra fío.

LAURA.

Vé, por tus ojos, y mira
Que no quede por abrir
Caja alguna.

FLORELA.

Y á morir
Sin verte.

Vase Florela.

Sale Finea.

FINEA.

¡Tu amor me admira!
¿Aun en medio del camino
Del laberinto te paras?
Mira que hay industrias raras,
Y que tu boda adivino.
Deja de amar, si es posible,
Aqueste fénix ó Félix.

LAURA.

Nunca por los campos de Elis
Anduvo Apolo visible
Con más ingenio y belleza;
Mas ¿cómo no me contaste
Lo que con mi bien pasaste?

FINEA.

Aun no pasé la corteza;
Pero, en fin, yo me atreví,
Laura, á llegar á su cama,
Y aunque temiendo la llama,
La colcha de seda así.

LAURA.

¿Cómo, cómo? por tu vida.

FINEA.

¿No digo que extraña estás?
Que así la colcha.

LAURA.

Y ¿qué más?
¿Qué más?

FINEA.

Que después de asida
Me sintió, y dijo: «¿Es mi Laura?
Es el Minotauro hermoso
Del laberinto amoroso?»
«No soy sino niña taura»,
Medrosa le respondí,
Y hacia los pies me llegué.

LAURA.

¿No eres más necia?

FINEA.

¿Por qué,
Si su nieve y nácar vi?

LAURA.

En este juego que ves,
Puesto que es Félix figura,
Mi brújula no procura
Conocella por los pies.
Mas, dime más, dime más:

¿Qué tocaste?

FINEA.

¡Extraña eres!
¿Que brujulee no quieres,
Y preguntándome estás?
Muy diferentes se ven
Los pies de sota ó caballo.

LAURA.

El Duque llama.

FINEA.

Yo callo
Por haberte allá más bien.

LAURA.

Sí; mas dime sólo esto:
¿Puedo querer?

FINEA.

Puede ser.

LAURA.

Si es figura de mujer,
No quiero envidar el resto.

Vase.

Salen el Infante de Aragón y un criado.

CRIADO.

En fin, señor, ¿que vienes á la prueba?

INFANTE.

Hoy he de entrar en este laberinto,
Que, como dicen, los ingenios prueba.

CRIADO.

¿Qué te dijo el filósofo Jacinto?

INFANTE.

Una industria notable, en que al deseo,
Señor de lauro le imagino y pinto.
¿No has oído que en Creta entró Teseo
Poniendo un hilo? Pues yo llevo el mismo.

CRIADO

En tal industria su ignorancia veo;
Que de la guarda el ciego barbarismo,
Á un rey no piensa respetar, de modo
Que antes de entrar en este obscuro abismo
Han de tentarle y desnudarle todo.

INFANTE.

Pues aunque me desnude, mire y vea
En el mismo lugar que le acomodo,
Le ha de ver y no verle.

CRIADO.

Cuando sea
Verle y no verle compatible cosa,
No será mucho que la industria crea.

INFANTE.

La industria es muy segura y muy curiosa:
Mírame este jubón, cuyas trencillas
Con fuerte seda, en invención costosa,
Sin cortallas jamás ni dividillas,
Dan vuelta al cuerpo y mangas de tal modo,
Que en tirando y queriendo desasillas,
De tal suerte las traigo y acomodo,
Que se convierten una sola trenza,
Y queda el hilo en un ovillo todo.

CRIADO.

¡Oh notable invención! Entra, comienza;
Seguro vas de no perderte: llama.

INFANTE.

Hoy quiere amor que la contienda venza.

CRIADO.

¿Qué varas son?

INFANTE.

Doscientas.

CRIADO.

Ya la fama
Te apercibe el laurel.

INFANTE.

Las guardas vienen.

Salen tres guardas con arcabuces.

GUARDA 1.ª

Ya llega un pretendiente desta dama.

GUARDA 2.º

¿Quién va?

INFANTE.

El Infante de Aragón.

GUARDA 3.ª

¿Qué manda
Vuestra Alteza?

INFANTE.

Probar esta aventura.

GUARDA 1.º

¿Sabe el concierto?

INFANTE.

Sí.

GUARDA 1.º

Pues entra, Aurelio,
Y en esa cuadra atentamente mira,
Con los demás, si lleva alguna cosa
Contra las leyes deste laberinto.

INFANTE.

Bien sé que he de venir libre de todo.

GUARDA 3.º

Perdone Vuestra Alteza.

INFANTE.

Amor me guíe.

Entra el Infante.

Salen Alejandro y Camacho.

CAMACHO.

Ya se guarda la puerta, llegar puedes.

ALEJANDRO.

¡Ah de la guarda!

GUARDA 1.º

¡Oh príncipe Alejandro!
¡Oh gran Duque de Mantua!

ALEJANDRO.

La alta empresa
De la señora Laura me ha traído
Á peligro de amor tan conocido.

CAMACHO.

¡Guardas!

GUARDA 1.°
¿Quién es?
CAMACHO.
Yo soy, ¿no me conoces?
GUARDA 1.°
¿Quién es Vueseñoría?
CAMACHO.
Soy don Lucas
De Galicia.
GUARDA 2.°
¿El Marqués?
CAMACHO.
El mismo.
GUARDA 2.°
Y ¿quiere
Probar Vueseñoría esta aventura?
CAMACHO.
¿Fáltame á mí valor, fáltame ingenio?
Pues sabed que una vez allá en España
Fuimos con lazos á cazar perdices;
Pusimos treinta y nueve en un repecho,
Y el último, que estaba medio roto,
Era un lacillo vil, á mal le echaron;
Mas yo volví por él, y dije: «Amigos,
Pongamos á esta parte, aunque es inútil,
Este lacillo, porque ser podría
Que en él cayese alguna.» Finalmente,
Puesto el lacito aparte, nos partimos,
Y al puesto alegres á las dos volvimos;
Mas quiso la fortuna que no hallásemos
Una perdiz en treinta y nueve lazos.
Acordéme yo entonces del lacillo,
Y dije: «Vamos juntos; por ventura
Habrá caído alguna en él.» Llegamos,
Y en el lacillo ni una pluma hallamos.
GUARDA 1.°
Vueseñoría es Príncipe discreto;
Entre, que aun ser podría que cayese
En el lacillo la perdiz.
CAMACHO.
Yo entro.
¡Oh cajas, socorredme, que metida
La llave llevo por los mismo dedos
De los pies, para abriros! ¡Dadme lumbre,
Dadme bota y jamón sin pesadumbre!

Entra Camacho.

Salen el de Urbino y Estacio.

ESTACIO.
¡Detente, por tu vida!
PARIS.
No me tengas:
Pues ¿no sabes que voy á entrar seguro,
Cuando éste fuere el babilonio muro?
ESTACIO.
Señor, en tan obscuro laberinto
Y con tanto peligro de la vida,
¿Quieres entrar así? ¿Qué industria llevas?
PARIS.
La mayor que sospecho que es posible
Que pueda hallar, Estacio, ingenio humano;
Pues yo sé que en oyéndola me animes
Á la entrada que temes.
ESTACIO.
¿De qué modo?
PARIS.
¿Ves esta espada que ceñida traigo?
ESTACIO.
Veo la espada que ceñida traes.
PARIS.
Sácola de la vaina.
ESTACIO.
¡Lindo acero!
PARIS.
Pues mira de qué suerte está labrada,
Que desde el puño hasta la punta corre
Una canal secreta por de dentro,
Y en ella va encajada una candela.
El pomo es hueco, que con un tornillo
Se encaja fácilmente, y dentro llevo
Yesca, eslabón y piedra, de manera
Que puedo encender fuego cuando quiera.
ESTACIO.
¡Notable espada, é invención famosa!
Pero después que lleves luz, ¿no sabes
Que con ella también errar podrías,
Y acabada la vela hallarte á obscuras?
PARIS.
Por eso tengo ya también sabida
La invención con que se entra hasta el palacio.
ESTACIO.
¿No la puedo saber?
PARIS.
Escucha, Estacio:
La autora deste obscuro laberinto
Ha puesto nueve letras en tres calles
Que son principio de otras seis, de suerte
Que aunque viese las letras con la lumbre,
Si no sé de la forma que conciertan,
Es imposible que al palacio llegue,
Que cada calle muestra nueve entradas,
Y sólo por las letras se conoce
Cuál es aquella que al palacio guía.
ESTACIO.
¡Extraña sutileza! Dí las letras.
PARIS.
Dos aes, una equis, ene y erre,
Una de y una ele y una o.
ESTACIO.
Y todas,
¿Qué dicen juntas?
PARIS.
Júntalas si puedes.
ESTACIO.
Dos aes y una equis y una ene
No dicen nada, porque están trocadas.
PARIS.
Así es verdad; mas como en los candados
De letras sólo el que su nombre sabe
Le puede abrir, así este nombre es llave.

ESTACIO.

Dile, ¡por vida mía!

PARIS.

Es Alejandro,
Porque puestas las letras en concierto.
Éste pueden decir, y no otro alguno.

ESTACIO.

¿Quién te dijo las letras?

PARIS.

El dinero.
Un escultor, Estacio, me las dijo,
Porque son de madera, aunque doradas,
Y casi de una vara cada una.
Tomé las letras, procuré juntallas,
Y estudiélas de suerte, que he topado
El nombre de Alejandro.

ESTACIO.

¡Extraño ingenio!

PARIS.

Mayor ha sido el atinar que llegan
Hasta el palacio, y que el camino enseñan.

ESTACIO.

Entra seguro, ingenio milagroso,
Y Dios te dé la dicha que mereces.

PARIS.

¿Qué ingenio grande has visto venturoso?

ESTACIO.

¡Guardas!

GUARDA 1.°

Señor.....

ESTACIO.

El Príncipe de Urbino
Viene á probar este mortal camino.

GUARDA 2.°

Entre Vuestra Excelencia á ese aposento,
Donde por ley precisa ha de ser visto.

PARIS.

Estacio, adiós.

ESTACIO.

La fama en ti restaura
Un nuevo Alcides.

PARIS.

Moriré por Laura.

Vanse todos.

Sale Alejandro, perdido en el laberinto.

ALEJANDRO.

¿Adónde, pies atrevidos,
De un loco español guiados,
Por pasos tan mal contados
Vais ciegamente perdidos?
Las cajas de la fingida
Fuente de mármol busqué,
Y como no las hallé,
Hallé la ocasión perdida.
Pero pensando que acaso
Algo estaba más adentro,
Sin luz por las calles entro,
Y algunas revueltas paso;
Poco á poco me enredé,
Tanto, que el tino perdí
Cuando volver pretendí
Á la plaza que dejé.
Ya como á ciego me guía
La propia imaginación:
¡Hoy se acaba, y con razón,
La mísera vida mía!
¡Ay, ingeniosa Florela,
Por qué estilo tan extraño
Te has vengado de mi engaño!
¡Mal entendí tu cautela!
¿Dónde estoy? ¡Válgame el cielo!
¿Si atrás ó adelante voy?
¿Si al fin ó al principio estoy?
Pero en vano me desvelo,
Que aquí tengo de morir.
¡Oh lumbre, del cielo adorno!
Atrás parece que torno:
¿Por dónde tengo de ir?

Entra Camacho, perdido.

CAMACHO.

Basta, que lo que temía
Me ha venido á suceder;
¿Quién me mandó á mí tener
Tan temeraria osadía?
Las cajas mandó quitar,
Sin duda, el Duque de allí,
Y á buscarlas, ¡ay de mí!
Quise adelante pasar;
Pero apenas dí dos vueltas,
Cuando al quererme volver,
Me sentí desvanecer
En mil tornos y revueltas.
Perdido voy, y más siento
Que de hambre voy perdido.
¡Yo mismo mi muerte he sido!

ALEJANDRO.

Voces parece que siento.

CAMACHO.

Adán respondió que fué
Mujer la que le engañó:
¿Qué respuesta daré yo,
Que por una bota entré?
¡Pobre Camacho! ¿Estas son
Respuestas de un hombre honrado?
¡Ved qué mujer me ha engañado:
Una bota y un jamón!
Mas perdonen sus placeres;
Que hay tiempos en que alborota
Más un jamón y una bota,
Que cuatrocientas mujeres.

ALEJANDRO.

Torno á decir que he sentido
Gente. ¿Si al palacio llego?

CAMACHO.

¡Cielos! Yo sólo estoy ciego,
Que el oir no le he perdido;
Mas ¿si llegase al palacio?
Que, á la fe, que suena gente.

ALEJANDRO.

Digo que cerca se siente:
Pies turbados, id despacio,
No demos en otra calle
Que de la voz nos aleje.

CAMACHO.

Nadie hasta su fin se queje:
¿Cosa que el palacio halle?
Al atrevido el amor,
Y al osado la fortuna.

ALEJANDRO.

Laura, con piedad alguna,
Hace este alegre rumor;
Tendrá lástima de mí,
Y al fin se querrá casar.

CAMACHO.

Laura debe de guiar
Á los que llegan aquí.
¿Cosa que fuese Camacho
Duque de Ferrara hoy?

ALEJANDRO.

Á la voz más cerca voy.

CAMACHO.

¡Oh amor, desnudo y muchacho,
Guíame ¡Mas estás ciego.
Mi bien, ¿sois vos?

ALEJANDRO.

Vida mía,
Tu luz mis tinieblas guía.

Abrázanse los dos.

CAMACHO.

Mi gloria, á tus brazos llego.

ALEJANDRO.

¿Quién eres?

CAMACHO.

Don Lucas soy.
¿Y tú?

ALEJANDRO.

Alejandro, borracho.

CAMACHO.

¡Qué hermosa Laura!

ALEJANDRO.

Camacho,
Por ti desta suerte estoy.

CAMACHO.

¿Y yo estoy en la posada?
¿En qué hostería me ves?

ALEJANDRO.

¿Y las cajas?

CAMACHO.

Si después
Esa tu dama burlada
Las hizo quitar de allí,
¿Qué culpa le tengo yo?

ALEJANDRO.

Quien de allí no se volvió,
¿Por qué se queja de ti?
Pero tú, ¿para qué entraste?

CAMACHO.

Por buscarte.

ALEJANDRO.

¿Qué he de hacer?

CAMACHO.

¿Tienes algo que comer?

ALEJANDRO.

Lo que en las cajas guardaste.

CAMACHO.

¡Que yo entrase en laberintos!
¿Adónde mi seso está?
¿Faltábame por allá
Deste peligro distintos?
¿No es laberinto el gobierno
Del sustento de una casa?
Y un pleito civil que pasa
De ser temporal á eterno,
¿No es laberinto?

ALEJANDRO.

Detente,
No hagas discursos tan largos.
Cuando quisiera ser Argos
Desta vaca impertinente,
Envidio los ojos bellos
De la cola del pavón.

CAMACHO.

Justa fué mi perdición;
Yo mismo, de los cabellos
Truje mi desdicha á mí
Por tomar oficio ajeno;
Si por Laura me condeno,
¿Cuándo la amé ni la vi?
Escriben de un leñador,
Que al tiempo de la vendimia
Se fué á comer, y una jimia
Bajó á mirar su labor.
Tomó el hacha; á dos ó tres
Golpes pretendió quitar
Las cuñas, y en su lugar,
Dicen que puso los pies;
De manera que al cerrarse
El leño, presa quedó:
Tal vengo á quedarlo yo,
Bien puede el dueño vengarse.

ALEJANDRO.

Mejor, Camacho, pareces
Á un astrólogo engañado,
Pues de cierto y desdichado
El mismo nombre mereces.
Dijo que en breve distancia,
En un pilar que hecho habían
Los de Madrid, beberían
Caballos del Rey de Francia;
Mas haciéndole azotar,
Vino el Rey á Madrid preso,
Y sus caballos, por eso,
Bebieron en el pilar.
Fué el hombre, y al Rey contó
El pronóstico y castigo,
Á quien el Rey dijo: «Amigo,
Verdad fué, preso estoy yo,

Y tú con justa opinión;
Pues pronosticaste así,
Los azotes para ti,
Y para mí la prisión.»

CAMACHO.

Luego aquí me azotarán,
Y á ti vendrán á prenderte.

ALEJANDRO.

Ten por más cierta la muerte.

CAMACHO.

Oye.

ALEJANDRO.

¿Cómo?

CAMACHO.

Voces dan.

Sale el Infante, perdido.

INFANTE.

¿Puede haber más desventura
Que haber hasta aquí llegado
Con las trenzas, que me ha dado
Más ánimo que ventura,
Y al revolver una calle
Quebrárseme, y no poder
Hallar el cabo ni ver
Remedio para cobralle?
Pues volver, ¿cómo ha de ser?

ALEJANDRO.

Digo que es gente.

INFANTE.

¡Ay de mí!
¿Cómo he de salir de aquí?

CAMACHO.

Voz parece de mujer.

INFANTE.

¿Hay dicha como la mía?
Cerca del palacio estoy,
Pues oigo hablar: allá voy.

ALEJANDRO.

Camacho, allá te desvía
Y déjame á mí llegar.
¡Mi bien!

INFANTE.

¡Luz de aquestos ojos!

ALEJANDRO.

¡Oh, qué he pasado de enojos
Hasta que te vine hallar!

CAMACHO.

Lleguemos juntos los dos:
¿Todo ha de ser para ti?

INFANTE.

¿Qué es aquesto? ¿Es hombre?

ALEJANDRO.

Sí,
Y pienso que lo sois vos.

INFANTE.

Hombre soy.

ALEJANDRO.

¿Quién?

INFANTE.

El Infante.

CAMACHO.

Yo tengo gentil despacho.

ALEJANDRO.

Yo Alejandro.

CAMACHO.

Y yo Camacho,
Amador extravagante.

ALEJANDRO.

¿Dónde vais?

INFANTE.

Perdido voy.

ALEJANDRO.

Aquí habemos de morir.

INFANTE.

Luego ¿no podéis salir?

ALEJANDRO.

Yo por dar voces estoy.

INFANTE.

Démoslas, y por vencidos
A socorrernos vendrán.

CAMACHO.

Señores, ¿por dónde van
Al mesón de los perdidos?

ALEJANDRO.

¡Laura, Laura, yo me doy
Por vencido, ven por mí!

INFANTE.

¡Yo también, Laura, perdí;
Ven por mí, que ya lo estoy!

CAMACHO.

¡Laura, estas vidas restaura!

ALEJANDRO.

¡Ah, Laura, por los dos ven!

CAMACHO.

¡Y por Camacho también!

INFANTE.

¡Laura!

ALEJANDRO.

¡Laura!

CAMACHO.

¡Laura!

ALEJANDRO.

¡Laura!

Salen el Duque, Florela, Laura, Lirano y Finea.

DUQUE.

Paréceme imposible que ninguno
Pueda hallar el palacio.

LAURA.

¡Extraña prueba
De los ingenios!

FLORELA.

Puede ser que alguno,
Por el valor del galardón se atreva.

DUQUE.

Los cielos con deseos importuno,
Que al blanco de tu bien, Laura, los lleva,
Para que alguno de los tres acierte,
Pues, por si te merece y por quererte.

FLORELA.

¿Qué diré yo, con el temor que tengo
De perder tu hermosura?

LAURA.

Está seguro,
Félix, de que los canso y entretengo;
En tanto, amores de tu bien procuro.

LIRANO.

Pasos y voces dan.

Entre con una luz pequeña el de Urbino.

PARIS.

Yo soy, que vengo
Por este mar de obscuridad al muro
De la torre de Laura: luces bellas,
Adiós, que no lo sois donde hay estrellas.
¿Qué me miráis? Yo soy, Paris me nombro,
Y más honrado Paris que el Troyano;
Duque de Urbino soy.

DUQUE.

¡Extraño asombro!

LAURA.

¿Quién te dió luz?

PARIS.

Tu rostro soberano.

LAURA.

¿No te miraron?

PARIS.

De la planta al hombro,
Y hasta las rayas de la propia mano;
Pero en el hueco acero de esta espada
Truje la luz, cubierta en cera hilada;
Este pomo es la caja en que han venido
La piedra y yesca, porque él fué el acero
Que me dió las centellas, della herido,
Y vi las letras, que entendí primero:
Alejandro es el nombre que he seguido.
Laura es mi esposa.

LAURA.

Espera un poco.

PARIS.

Espero.

Dentro, Alejandro, el Infante y Camacho.

FLORELA.

Terribles voces dan.

Dentro.

ALEJANDRO.

¡Ah, Laura!

INFANTE.

¡Laura!

CAMACHO.

¿Adónde estás, hermosa Minotaura?

DUQUE.

Gente es perdida: vé, Lirano, luego,
Y tú, Finea; pues que ya no importa,
Dad luz, dad paso al laberinto ciego.

LIRANO.

La voz muestra que están distancia corta.

PARIS.

Como Leandro, á vuestra torre llego;
Ni el agua ni la muerte me reporta;
Las fuerzas del ingenio me han traído.

Salen Alejandro, el Infante y Camacho.

ALEJANDRO.

Yo digo que me he dado por vencido.

INFANTE.

Lo mismo confieso yo.

PARIS.

Perdido habéis, caballeros,
Porque primero he llegado.

ALEJANDRO.

Paris, lo mismo confieso.

INFANTE.

Pues con luz nos han traído,
¿Quién ha de quitar el premio
Á quien como vos le gana?

DUQUE.

Sois nobles y sois discretos.
Dé Laura la mano á Paris.

ALEJANDRO.

Y que se gocen deseo
Mil años Paris y Laura.

PARIS.

Dame, pues hoy la merezco,
Laura, esa nieve con alma.

LAURA.

Paris, detente.

PARIS.

¿Á qué efeto?

LAURA.

Estoy casada.

PARIS.

¿Casada?

CAMACHO.

Aderézame esos bledos.
También esto es laberinto.

DUQUE.

¿Qué dices? Que ¡vive el cielo,
Que aquestas manos caducas.....

LAURA.

Detente.

DUQUE.

Dásela presto.

LAURA.

Señor, ¿cómo puede ser?
¿No ves que marido tengo?

DUQUE.

¿Dónde?

LAURA.

Aquí.

PARIS.

¿Quién de vosotros
Es este vil caballero?
Que desde aquí.....

ALEJANDRO.

Paso, Paris.

CAMACHO.
Paris, ó nones, teneos,
Mirad que el marqués don Lucas
Es quien está de por medio.
PARIS.
Digo que es traidor cualquiera
Que haya hecho el casamiento.
ALEJANDRO.
Yo, por lo menos, no soy.
INFANTE.
Pues si no sois vos, yo menos.
PARIS.
Luego ¿este español ha sido?
Pues villano.....
CAMACHO.
Quedo, quedo;
Que si á mí me quiere Laura,
Será porque lo merezco,
Pero no porque en mi vida
Le he dicho malo ni bueno.
Déme esa mano Vusía.
PARIS.
Mataré, traidor, primero
Cien mil españoles.
CAMACHO.
¡Hola!
Que soy Marqués como censo.
PARIS.
¿Qué es como censo?
CAMACHO.
Al quitar,
Porque Alejandro me ha hecho.
DUQUE.
Habla, Laura, di quién es.
LAURA.
Es la secretaria.
DUQUE.
¡Ay, cielos!
LAURA.
Diana, señor, es hombre,
Y un generoso mancebo.
DUQUE.
¿Hombre eres, Diana?
FLORELA.
Yo.....
DUQUE.
Qué, ¿te turbas?
CAMACHO.
¡Bueno es esto!
Hola, secretaria macho;
Publicad vuestro secreto;
Que nos tenéis muy confusos.
ALEJANDRO.
Laura engañada, ya es tiempo
Que diga yo la verdad:
Da la mano á Paris luego,
Que Diana es mi mujer,
Y todos estos enredos
Han sido para estorbar
Conmigo tu casamiento;
Ésta es Florela de Mantua.
LAURA.
Félix, ¿qué dices?
FLORELA.
Que dejo
El Félix y el ser Diana,
Y que á Florela me vuelvo.
Perdona, Laura, que amor,
Combatido de los celos,
Hace tales invenciones,
Dignas de prosas y versos;
Con ésta gané á Alejandro,
Con ésta al Infante ruego
Apadrine nuestras bodas.
LAURA.
Paris, perdonad; que creo
Que un ingenio de mujer
Es prueba de mil ingenios.
CAMACHO.
Agora entiendo la enigma.
¿No eres tú misma?
FLORELA.
No niego
Que soy y no soy, cual dice,
Y quiero lo que no quiero;
Era Félix, no era Félix,
Con lo demás que ya dejo,
Pues, en fin, queda tan claro
Á tales entendimientos.
CAMACHO.
En fin, ¿ya sois de Alejandro?
FLORELA.
Marqués, no puede ser menos.
El Duque os dará á Finea.
DUQUE.
Con mucho gusto.
CAMACHO.
¡Buen trueco!
DUQUE.
Dale la mano al Marqués.
CAMACHO.
Ya que la mano os entrego,
Ya que sois mi matrimonio,
Advertid que éste que tengo
Es marquesado de anillo,
Y que á Alejandro le debo,
Que de sólo un estornudo
Me hizo marqués de viento.
FINEA.
De cualquier suerte me agradas.
CAMACHO.
Por muchos años y buenos;
Que después sabréis mis faltas,
Para que acabe con esto
El laberinto de amor
Y *Prueba de los ingenios.*

FIN DE «LA PRUEBA DE LOS INGENIOS».

EL MÁRMOL DE FELISARDO

COMEDIA FAMOSA

DE

EL MÁRMOL DE FELISARDO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

Jacinto, *pastor.*	Flérida, *pastora.*	Músicos.
Elisa, *dama.*	Príncipe Primislao.	Doristeo, *padre de Elisa.*
Finea, *criada.*	Rey de Gelanda.	Aurelio, *capitán.*
Felisardo, *Príncipe.*	Almirante.	Tiberia y Rolilda.
Tristán, *capigorrón.*	Ergasto.	

ACTO PRIMERO.

Salen Jacinto y Elisa, asidas las manos de un papel.

JACINTO.

Devolvértele prometo;
No le rompas; quedo, paso.

ELISA.

Necio estás.

JACINTO.

¿Has visto acaso
Algún celoso discreto?

ELISA.

Tú estás á serlo obligado
Por ser yo cortés contigo.

JACINTO.

Licencia tiene un amigo
De ser una vez pesado.

ELISA.

Antes es su obligación
El no hacer descortesía.

JACINTO.

Quien de mi fe desconfía,
Comete á mi fe traición.
Yo puedo ver el papel
Por tu amigo y por leal;
Que nada me está tan mal
Como ver lo que hay en él.
Yo te guardaré secreto
Si fuera conjuración
De Roma contra Nerón.

ELISA.

Suelta.

JACINTO.

Perderé el respeto
Á esas manos, que he temido
Como diez rayos del cielo,
Que aunque parecen de hielo,
Tienen el fuego escondido.

Rómpese el papel; queda cada uno con su parte en la mano.

ELISA.

¿Rompióse?

JACINTO.

Sí rompería,
Aunque excusándolo yo,

Porque mi fuego venció
Á la nieve que él tenía.

ELISA.

¡Qué locura!

JACINTO.

Las razones
Casi todas te cupieron;
En mi agravio se partieron
Estos guardados renglones;
Pero mal mi pecho sabe
Que están de mi muerte llenos,
Pues cuando me quepan menos,
La mejor parte me cabe.
Perdonad, que he de leellos,
No me excusa el mismo amor,
Porque me dice el temor
Que viene mi muerte en ellos.
Mas dame esotra mitad,
Ansí los cielos te den
Vida, y vengaráste bien
De mi loca libertad.
Dame todo el vaso entero
Deste veneno cruel;
Muera de una vez con él,
Pues ves que de tantas muero.

ELISA.

Antes quisiera rogarte
Que esotra mitad me dieras,
Porque obligarme pudieras
Y pudiera perdonarte.

JACINTO.

Más fácil te podré dar
La mitad del sol del cielo,
El medio viento en su vuelo,
Y en su centro el medio mar;
La mitad del fénix sólo
Y de las fijas estrellas;
La mitad de las centellas
Del fuego que hay sobre el polo;
La mitad de los mayores
Montes que á la vista ofreces,
De las aves, de los peces,
Arenas, plantas y flores.

ELISA.

Pues lee.

JACINTO.

Eso quiero hacer.

ELISA.

Y ¿qué has de entender ansí?

JACINTO.

Aquí dice: «Ayer te vi.»

ELISA.

Pues bien ¿no me pudo ver?

JACINTO.

¿Verte pudo?

ELISA.

¿Qué te debo
De que me haya visto un hombre?

JACINTO.

No más de ser ese nombre
En esos labios tan nuevo.

ELISA.

Antes si los hombres son
De nuestra materia y forma,
Si su ser el mío informa
Y es quien nos da perfeción,
Nombre de tanto provecho
Á ser escrito provoca
En los ojos y en la boca,
En el alma y en el pecho.

JACINTO.

Déjame leer.

ELISA.

Prosigue.

JACINTO.

«Muero por ti.»

ELISA.

Y ¿eso es mucho,
Pues de tu boca lo escucho?

JACINTO.

No es mucho la suya obligue,
Basta que muera por ti.

ELISA.

¿Qué quieres que le haga yo?

JACINTO.

Que le des vida.

ELISA.

Eso no.

JACINTO.

Y que me mates á mí.

ELISA.

¿Hay más?

JACINTO.

«Hablarte deseo»,
Dice en aqueste renglón.

ELISA.

Tendráme el hombre afición.

JACINTO.

¿Qué dices?

ELISA.

Que se lo creo.

JACINTO.

Mas ¿qué me canso, cruel,
En ablandar una roca?
Que más se lee en tu boca
Que en todo junto el papel.
Bien sé que éste es Felisardo,
Este estudiante que pasa
En nuestra aldea; en tu casa
Le vi entrar ayer gallardo,
Y con el Alcalde habló,
Con quien pretende amistad.
El hombre de la ciudad
¿Quién duda que te agradó?
Yo aunque hidalgo en esta aldea (1),
Con padre rico y honrado,
No estoy tan bién doctrinado
Que algo rústico no sea.

(1) *Y aunque hidalgo en esta aldea* (Parte 6.ª). Cito siempre esta Parte por la 2.ª edición de Madrid, 1614, en que se corrigieron algunas erratas de la primera, aunque quedaron otras muchas.

No te habré escrito papel
Que aun tenga margen cortada,
Que como es alma cifrada,
Sin margen no cabe en él.
No te habré dicho razones
Llenas de filaterías,
Porque en las sencillas mías
No pueden caber traiciones.
No habré hecho más finezas
Que decir que tuyo soy,
Aunque las mujeres hoy
No gustáis destas firmezas;
Que más queréis que el amante
Os traiga en duda la fe,
Que no que seguro esté
Donde ninguno le espante.
Yo he dicho lo que he sentido
De mi desdicha importuna,
Y tú, como la fortuna,
Has hecho lo que has querido.
Mi padre y el tuyo, Elisa,
De casarnos han tratado;
Ese estudiante ha llegado
Á impedirnos tan aprisa,
Que no quiero defenderme;
Basta este medio papel
Para saber que hay en él
Medio para no perderme.

Vase Jacinto.

ELISA.

¡Mas que te has de arrepentir!
Furioso va, tiene celos,
Que no han hecho mal los cielos,
Que tanto iguale al morir.

Sale Finea.

FINEA.

Vuelve á esta gente los ojos,
Y los pasos á la fuente,
Ansí Dios tu vida aumente,
Y perderás mil enojos;
Que á coger agua descienden,
Llenos de verbena y rosas,
Mil aldeanas hermosas
Y algunos que las pretenden,
Con música y regocijo,
Detrás de quien viene aquel
Que te dió, Elisa, el papel
Y del Rey dicen que es hijo,
Que aquí le tiene á estudiar,
Aunque otros del Almirante.

ELISA.

¿Del Rey aquel estudiante?

FINEA.

Helo oído murmurar;
Que pienso que el uno dellos
Le hubo en sus mocedades.

ELISA.

¡Qué presto te persüades!

FINEA.

No importa; él viene con ellos,
Y es de tan buena presencia,
En duda de esta verdad,
Que muestra la majestad
Que pasa de la excelencia.

ELISA.

Mejor es que no le vea,
Porque si es de sangre Real,
¿Cómo podrá ser igual
La que me ha dado una aldea?
Fuera deso, ayer decía
Mi padre que sospechaba
Que este mancebo aguardaba
Una grande prelacía,
Pienso que mitra ó capelo,
Y que es nacido altamente:
¿Cómo quieres tú que intente
Amor con este desvelo?
Á quien yo no sé quién es,
Y sé que ha de ser ajeno.....

FINEA.

No lo apruebo ni condeno.
¿Qué es del papel?

ELISA.

¿No le ves?

FINEA.

¿Roto?

ELISA.

Sí.

FINEA.

¿Por qué?

ELISA.

Jacinto,
De celoso le rompió,
Y en la mitad que llevó,
Con ser tan breve y sucinto,
Vió que era de Felisardo.

FINEA.

¿Celoso estaba?

ELISA.

Y perdido
De suerte, que no ha querido
Satisfacción.

FINEA.

Es gallardo.
Ya bajan los labradores,
Y Felisardo tras ellos.

ELISA.

Sin velle quisiera vellos.

FINEA.

Aquí hay ramas, y aquí hay flores.

Salen dos ó tres labradores, y algunas aldeanas con cantarillas, como que van por agua, cantando, y Felisardo detrás, con báculo, vestido de estudiante, y Tristán, capigorrón, criado suyo.

Bailan.

MÚSICOS.

No corráis, ventecillos,
Con tanta prisa,

Porque al son de las aguas
Duerme mi niña.

ERGASTO.

Mientras que baila Danteo
Y cantan Arsindo y Fabio,
Oye, Flérida, un agravio.

FLÉRIDA.

Satisfacerte deseo.

ERGASTO.

No es poco querer oillos,
Que es menester gran paciencia;
Pero, en fin, ¿me dan licencia?

FLÉRIDA.

¿Tantos son?

ERGASTO.

Tiemblo en decillos.

Bailan.

MÚSICOS.

No corráis, ventecillos,
Con tanta prisa,
Porque al son de las aguas
Duerme la niña.

FELISARDO.

Allí está Elisa, Tristán.

TRISTÁN.

Ya, señor, á Elisa veo,
Y aun aquella á quien deseo
Decir que soy su galán.

FELISARDO.

¿Quiéresla?

TRISTÁN.

Los pajarillos
Desta selva lo han cantado,
Y aun los grillos deste prado
Saben que traigo sus grillos.

Bailan.

MÚSICOS.

No corráis, ventecillos,
Con tanta prisa,
Porque al son de las aguas
Duerme la niña.

ELISA.

¡Notable presencia tiene!
¿Qué querrá significar
Tenerle en este lugar?

FINEA.

Lo que al secreto conviene.

ELISA.

Si fuera mi igual, Finea,
No me desagrada el hombre.

FINEA.

Todo lo iguala este nombre
De amor, alto ó bajo sea.

FELISARDO.

Los labradores se van.

TRISTÁN.

Elisa se queda allí.

FELISARDO.

¿Osaré quedarme?

TRISTÁN.

Sí.

FELISARDO.

Y ¿osaré hablarla, Tristán?

ERGASTO.

¿Qué hay que hacer después de henchi-
[llos?

FLÉRIDA.

Cargallos. Y ¿aun esto más?

FELISARDO.

¿Abrazos?

ERGASTO.

Sí.

FLÉRIDA.

¿Qué me darás?

ERGASTO.

Unos dorados zarcillos.

Bailan.

MÚSICOS.

No corráis, ventecillos,
Con tanta prisa,
Porque al son de las aguas
Duerme la niña.

Vanse.

Quedan Elisa, Finea, Felisardo y Tristán.

ELISA.

¿No es, Finea, atrevimiento
Quedarme aquí?

FINEA.

No, señora.

ELISA.

Y si éste quisiese agora
Decirme su pensamiento,
¿Qué tengo de responder?

FINEA.

¿Quien tanto sabe pregunta?

FELISARDO.

Celestial fuerza nos junta
¡Oh bellísima mujer!
A los dos secretamente,
Pues no te vas ni me voy,
Y donde temblando estoy,
Tienes el mismo accidente.
¿Llegaré, Tristán?

TRISTÁN.

Pues ¿no?

FELISARDO.

¿Cómo podré?

TRISTÁN.

Con los pies,
Que á cuatro pasos que des
Podrás llegar como yo.

FELISARDO.

¿No haremos una invención?

TRISTÁN.
¿Qué invención?
FELISARDO.
Ésa te pido.
TRISTÁN.
Di que aquí se te ha perdido
Un papel de tu lición.
FELISARDO.
¿Habéis, por ventura, hallado
Un papel que aquí perdí?
ELISA.
¿Era de importancia?
FELISARDO.
Sí,
Y de no poco cuidado,
Porque fué de una lición
Que amor me manda estudiar,
Y sus letras estampar
En papel del corazón.
Falta me hace, y sospecho
Que le habéis, señora, hallado.
TRISTÁN.
Ella diga, ¿no ha topado
Con el papel de mi pecho,
Que era de marca mayor?
FINEA.
No viene con buena traza,
Porque no hay marca en la estraza;
Marcado dirá mejor.
ELISA.
No he visto lo que buscáis.
FELISARDO.
Luego ¿también negaréis
Que mi alma hallado habéis,
Si la perdí donde estáis?
ELISA.
¿Aquí el alma habéis perdido?
FELISARDO.
Con la libertad mayor
Que ha sujetado el amor
Desde que nació el olvido.
Yo os prometo que acertó
El que no me deja ver
La corte, si fué temer
Que allá me perdiese yo,
Pues á parte me han traído,
Donde con más libertad
Estudio en la soledad
De aqueste monte escondido,
En que por lo menos vi
Una esfinge, como en Tebas,
Que con enigmas tan nuevas
Ha estudiado contra mí.
Los filósofos que hacían
Vida por las soledades,
Huyendo de las ciudades,
En que la virtud perdían,
¿Qué estudiaran cuando vieran
Esta sirena sin mar,
Sino era mar el amar,
Para que en la mar la vieran?
Mas pues la Filosofía
De la admiración nació,
La que el veros me causó
Llamaré la ciencia mía;
Que si Astrología fuera,
Mejor hubiera acertado,
Pues sois el cielo cifrado
Donde sus estrellas viera.
Viera el sol, viera su lumbre,
Sus polos, norte y luceros,
Y de todo el cielo, en veros,
La celestial pesadumbre.
Si estudiara Teología,
Por vos á Dios conociera;
Que en vuestra hermosura viera
Rayos del sol que la cría.
Pues Música, que, en efeto,
Es un arte liberal,
La armonía celestial
Se cifra en vuestro sujeto.
Mas no sé si habéis de ser
Libro de mi profesión;
Que en mujer la condición
Es difícil de entender.
ELISA.
Si gastáis ese lenguaje
Con mi ignorancia, estad cierto
Que es dar voces en desierto;
Por eso, decid que baje
El instrumento la prima
Dese ingenio cortesano;
Que mal podrá el que es villano
Levantarse á tanta estima.
Si á responderos me obligo,
Bajadla para templarme;
No queráis, por entonarme,
Romper las cuerdas conmigo;
Aunque quitar la ocasión
Será más discreto acuerdo,
No porque siento que pierdo
Con vos alguna opinión,
Mas porque hay ojos que miran
Y no juzgan bien del bien,
Y porque hay lenguas también
Que al honor sus flechas tiran.
FELISARDO.
Pues ¿qué podrán presumir
De verme con vos?
ELISA.
Saber
Que sois hombre y yo mujer,
Que os lo pudiera decir.
Sano sois para estudiante.
FELISARDO.
Pues ¿no pueden tratar dos
Cosa en que se sirva á Dios?
ELISA.
Tened, no paséis delante.
¡Oh, qué gracia!
FELISARDO.
¿De qué modo?

ELISA.

Siendo vos tan principal,
Que esperáis ser Cardenal,
Según dice el pueblo todo,
¿Queréis que piense el que os mira
Que tratamos casamiento?

FELISARDO.

¿Qué importa ese pensamiento
Siendo fábula y mentira?

ELISA.

No hay para qué lo neguéis;
Que el hábito os significa
De la Iglesia.

FELISARDO.

Eso me aplica
Un hombre que no sabéis;
Pero ¿no estará en mi mano,
De mi estado la elección?
¿Veis vos en mí perfección
Para Cardenal romano?
¿Qué casa me conocéis?
No tengo apenas criado
Más lucido y más honrado,
Que Tristán, y es el que veis.
Que os engañaron creed.

TRISTÁN.

Que no tiene ojos de cura.

FELISARDO.

Verdad dice, y que segura
Me podéis hacer merced;
Que aunque dicen que nací
De honrado padre, ¡por Dios,
Que sé quién es como vos,
Ni que en mi vida le ví!
Desde la primera cuna
Me llevaron á una aldea;
Mas cualquiera que yo sea,
Vos tenéis mi igual fortuna.
Yo sé que nuestras estrellas
De trino aspecto se miran,
Y que de veros se admiran
Harto más hermosa que ellas.
Del estudio me han traído
Á este lugar, sea quien fuere:
¿Qué responderéis si os diere
Palabra y fe de marido?

ELISA.

Parece que me mentís
Con la boca cuando habláis,
Pero en los ojos mostráis
Que alguna verdad decís;
Y no me quiero agraviar
Que no merezco ese amor;
Mas que es justo mi temor,
¿Cómo lo podéis negar?
Si amanecéis algún día
Hijo de un Rey ó Almirante,
¿No veis, señor estudiante,
Que vendré á quedar muy fría?
Haráos el Rey Cardenal,
Y gozaréisos la renta,
Y á mí, si el golpe me afrenta,
Me dejaréis la señal.
Pues más vale llevar palma
Que rendirse á vuestro amor;
Que hace un golpe del honor
Cardenales en el alma.

FELISARDO.

¿Hay mayor desdicha mía
Que aquesta bárbara gente
De mí estas fábulas cuente?

TRISTÁN.

Eso tratan todo el día,
Y aun á mí me ha preguntado
El padre de esta señora,
Si te has de poner agora
El sombrero colorado,
Y si eres hijo del Rey,
Habido en su mocedad;
Y si algo desto es verdad,
Mira, señor, que no es ley
Que ansí trates de casarte;
Que aunque de un hidalgo es hija
Elisa, es bien que te rija
La razón para estimarte;
Que en duda de ser quien eres,
Aun eres muy desigual,
Y es cosa que te está mal
Andar á engañar mujeres.

FELISARDO.

Bestia, yo no sé quién soy,
Y Elisa es muy hijadalgo;
Aunque me aventure en algo,
Más recibo que la doy;
Si de padre conocido
Es hija, y yo no le tengo,
¿Á quién engaño si vengo
Á ser de Elisa marido?

TRISTÁN.

Quien te ha dado tantos años
Nombre honroso y te sustenta,
No recibirá á su cuenta
Ni casamientos ni engaños;
Y aunque tu palabra des,
Cuando venga un poderoso
Á ser tu padre, es forzoso
Que se la rompas después.
Dila si te quiere hablar
Lisamente, si no, adiós,
Ó déjame con las dos,
Que yo sabré negociar.
Señoras, este señor
Es oro, aunque por labrar;
No le podemos gastar
Hasta saber su valor;
En imprimiéndole el sello,
Por las armas y blasón
Sabrán quién es y quién son
Los que pudieron hacello;
Entretanto, aunque les diga
Que las tiene voluntad,
Sepan que es menor de edad

Y que á ninguna se obliga.

FELISARDO.

Señora, este necio es loco;
Tráigole como le veis,
Por donde conoceréis
Que yo y él valemos poco.
Fiad del amor que os muestro;
Que aunque dos mil veces fuera
Rey, otras tantas os diera
Fe de ser marido vuestro.
Esto os juro al cielo, y voto
Solemnemente le hago,
Como no me deis mal pago,
De que eternamente roto
El juramento se vea.

FINEA.

Señora, ¿qué oyes aquí?

ELISA.

¡Ay, que estoy fuera de mí!
No sé qué siento, Finea.

FINEA.

¿Qué tienes?

ELISA.

Estoy rendida,
Quiero volar y no puedo,
Que, como pájaro, quedo
La pluma á la liga asida;
Hazme fuerza.

FINEA.

¿De qué suerte?

ELISA.

Muéveme, que estoy helada,
Y me dejáis á la muerte.

FINEA.

¿Qué tengo de responder?

FELISARDO.

¿Así pagáis este amor?

FINEA.

Dile que le harás favor.

ELISA.

Venidme esta noche á ver.

FELISARDO.

¿Por qué parte?

ELISA.

Por la huerta.

TRISTÁN.

Y yo, señora, ¿iré allá?

FINEA.

¿No está claro?

TRISTÁN.

Claro está.
Muerto quedo.

FINEA.

Y yo voy muerta.

FELISARDO.

Seguiros quiero.

ELISA.

En buen hora.

TRISTÁN.

Mira que me has de querer.

FINEA.

Haré lo que viere hacer.

Vanse.

Quedan Tristán y Finea.

TRISTÁN.

Delante van: oye agora.

FINEA.

¿Qué quieres?

TRISTÁN.

Confirmación
Desta amistad.

FINEA.

¿Con qué lazo?

TRISTÁN.

Con abrazo.

FINEA.

No hay abrazo.

TRISTÁN.

¡Oh, qué donosa canción!
Pues suélome yo morir
En haciéndome rabiar.

FINEA.

Y yo me suelo enfadar
En llegándome á pedir.

TRISTÁN.

Ya estoy muerto, ¿no me ve?

FINEA.

Ya le veo, y no está muerto.

TRISTÁN.

Qué, ¿no lo tiene por cierto?

FINEA.

No, por mi vida.

TRISTÁN.

¿No á fe?

FINEA.

Mire que me voy.

TRISTÁN.

Yo quiero
Hablarte esta noche.

FINEA.

Ven
Con tu amo.

TRISTÁN.

Allí también
Templar tu desdén espero;
Que en aquel silencio santo
Mejor se trata de amores.

FINEA.

Es capa de pecadores.

TRISTÁN.

Y de pecadoras manto.

Vanse.

Salen el Rey de Gelanda y el Almirante.

REY.

Qué, ¿presume el de Escocia tomar puerto?

ALMIRANTE.

Dicen que emprende su famosa armada
Con tal soberbia, al cielo descubierto,

Echar el ferro y levantar la espada.
Dando mil bordes por el mar incierto,
Como suele tal vez selva agostada,
De los desnudos árboles, se muestra
Amenazando la defensa nuestra.
Amenazan las velas los sutiles
Vientos, las jarcias dejan los soldados;
Ulises, marinero, vuelto Aquiles,
Repara de las naves los costados.
Responden á los versos y esmeriles
Con fuerte voz los montes espantados,
Y por besar la tierra, ardientes balas
Dánle (1) de fuego ligereza y alas.
Resplandeciendo sobre el alto borde
De la famosa nave capitana,
El Conde mira el escuadrón concorde
De la escocesa gente y la bretana.
Hasta que el campo con hileras borde,
Sucediendo una fresca tramontana,
Conviene que le ataje el que tú quieras
Que ocupe nuestras playas y riberas;
Que si una vez el pie pone en Gelanda,
¿Cómo remediarás la interna guerra?
Elige un hombre que le impida, y manda
Salir todo hombre á defender la tierra.
Dejen la cama regalada y blanda
Muchos ociosos que tu corte encierra,
Porque la planta ponga en tierra apenas,
Cuando halle tantos hombres como arenas.

REY.

¿Quién, como vos, podrá con experiencia
Y natural valor poner delante
Mayor defensa, fuerzas y prudencia,
Al bárbaro escocés, noble Almirante?
Tomad la empresa y armas en mi ausencia;
Que para que él os tiemble y se espante,
Basta que sepa que esas nobles canas
Son de mi fuerza foso y barbacanas.

Sale el príncipe Primislao.

PRIMISLAO.

¿El Conde en nuestra playa? ¿El Conde ha sido
Tan atrevido que á miralla llegue?

ALMIRANTE.

El Príncipe las nuevas ha sabido;
No es mucho que la cólera le ciegue.

PRIMISLAO.

Á tu Alteza, señor, licencia pido;
Que la pienso tomar cuando la niegue,
Para tomar las armas contra el Conde.

REY.

Tu valor pide y mi piedad responde.
Bien sé que es fuero, Primislao, que vayas
Á castigar su atrevimiento loco,
Y que del mar los límites y rayas
No pase el que tus armas tuvo en poco;
Mas como quiera, hijo, que no hayas
Visto la guerra, en el peligro toco,
Pues siendo solo un sol que tengo, advierte
Que me le puede anochecer la muerte.
Á no estar impedido, fuera justo
Que yo fuera el primero desta empresa,
Mas siendo ansí, que vaya, cual yo gusto,
El Almirante, en cuyos hombros pesa.

PRIMISLAO.

Donde se ofrece un mozo tan robusto,
Hijo de tu valor, y que profesa
Las armas en teórica, no espere
Si en práctica las pone cuando quiere.
Y no es razón que vaya el Almirante,
Que, ya cansado, descansar debría;
El Conde es mozo; al Conde semejante
Parece que es agora la edad mía.
Dame licencia, y llevaré delante
Todo cuanto valor Gelanda cría;
Que es la vista del Rey imán que llama
Á la voz milagrosa de la fama.

REY.

¿Tú no ves que te falta la experiencia?

PRIMISLAO.

Qué, ¿enseñados los reyes, señor, nacen?
Algún principio ha de tener la ciencia,
Todas las cosas comenzando se hacen.

ALMIRANTE.

Aunque es justo fiar de tu prudencia,
Y tus altas razones satisfacen,
Por ser solo heredero, no consiente
La piedad paternal el verte ausente.

PRIMISLAO.

¿Quién os mete, Almirante, á vos en esto?

ALMIRANTE.

El bien del reino y la lealtad jurada,
De cuya parte que no vais protesto,
Y quiero defenderos la jornada.

PRIMISLAO.

Habréisme con mi padre descompuesto;
Y ¡por la cruz, que toco, desta espada,
Á quien me impida contra quien la tomo,
Se la atraviese de la punta al pomo!

Vase.

REY.

Espera, hijo.

ALMIRANTE.

Gran señor, espera.

REY.

Tenedle.

ALMIRANTE.

No me atrevo.

REY.

¡Extraño caso!

ALMIRANTE.

¡Raro valor!

REY.

El daño considera,
Y en oyendo la guerra, alarga el paso.

ALMIRANTE.

Temo el peligro.

REY.

Tu temor me altera.

(1) *Dalle* (Parte 6.ª)

ALMIRANTE.

Nace el temor del fuego en que me abraso.
Al Príncipe crié.

REY.

Yo soy su padre.

ALMIRANTE.

No hay obediencia que enfrenar le cuadre.

REY.

Cartas del Papa tengo, en que me envía
Para mi natural hijo el capelo,
Y que fuese á besarle el pie querría,
En obediencia de mi justo celo.

ALMIRANTE.

Yerras en tu opinión, y de la mía,
Hasta que te haya concedido el cielo
Del Príncipe legítimo dos nietos,
Teme de la fortuna los efetos.
Tu hijo natural es Felisardo,
Criado con secreto, y pretendiendo
Que tenga por la Iglesia el bien que aguardo,
Hasta la suma dignidad subiendo,
Que si faltase el príncipe Clenardo,
Que no lo quiera Dios.....

REY.

De oir me ofendo
Tales recelos; Almirante, calla.

ALMIRANTE.

¿Qué harás si en sacras órdenes se halla?

REY.

Déjate de pensar que el cielo sea
Tan airado conmigo; ven, que quiero
Que este capelo y título posea.

ALMIRANTE.

Vuelva, señor, el Príncipe primero;
Cásale, y deja que Gelanda vea
Hijos de tu legítimo heredero,
Antes que al natural á Roma envíes.

REY.

Ya estoy resuelto, y más no me porfíes.

Vanse.

Salen Felisardo y Tristán, en hábito de noche.

FELISARDO.

¿Cómo me está el cuello?

TRISTÁN.

Bien.

FELISARDO.

¡Ay, triste, y cuánto deseo
Que estos hábitos me den.

TRISTÁN.

De tus palabras lo creo,
Y de tus obras también.
¡Por Dios, que tengo pensado
Que mueres por ser casado!

FELISARDO.

Mi inclinación voy siguiendo.

TRISTÁN.

Que te emborrachan entiendo
Los ojos que te han brindado.
¿Sabes lo que dejas?

FELISARDO.

Sí (1).

TRISTÁN.

Dejemos las dignidades,
Y tratemos de humildades:
Un pobre clérigo mira
Que del mundo se retira
Á estas santas soledades.
Ponle en su estudio, en su mesa,
Con sus libros, sus bodigos,
Su ama, su harina, su artesa,
Sus feligreses amigos,
Su ballesta y su dehesa,
Sus pollos, sus palominos,
Dos ó tres suertes de vinos,
Un discante y un rocín,
Un puerco, de quien al fin
Goza hermosos intestinos.
Y advierte en la chimenea,
Entoldada de solomos
Que el humo cura y pasea,
Los capones, los palomos,
Frutas, conservas, jalea,
Sin mil cosas que no cuento,
Y todo aqueste contento,
Cantando y sirviendo á Dios,
Y advierte luego de dos
El más llano casamiento;
Que aunque á Dios sirven también,
No es con aqueste descanso:
Donde no hay hijos, no hay bien;
Si los hay, ganado es manso.
Diles que durmiendo estén;
Allí llora el pequeñuelo;
Allí el otro pide pan;
Allí el otro se va al cielo,
Aunque los que ansí se van
No dejan poco consuelo.
Verás que la hijuela tierna,
Por mirar, se desgobierna,
Un mozo, entre pollo y gallo;
Vino el padre á remediallo;
Saltó, quebróse una pierna.
Fuése el hijo por el mundo,
Vienen nuevas que es picaño;
Y has de hacer cuenta que tundo
Sólo por defuera el paño,
Que no llego á lo profundo.
¿Pues qué si el casado tiene
Mujer celosa? de un bronce
Tener alma le conviene:
«¿Dónde fuistes á las once?
¡Ved á las horas que viene!
«¡La tal, la cual, la bellaca,
La afeitada, sucia y flaca!
Yo sabré lo que he de hacer»;
Que ni al dormir ni al comer,
La furia un momento aplaca.

(1) Verso suelto.

«¡Ay, mi dote! ¡Dalde cabo!
¡Jugad, gastad, eso quiero!
¿Qué trujistes vos? Ni un clavo»;
Porque el dote es el dinero
Con que se compra un esclavo.
¡Ea, señor.....

FELISARDO.

Calla, Tristán,
Que estás loco.

TRISTÁN.

¡Tristán (1)
Que pienso ser sacristán.
Santa cosa es cuando dos
Se quieren y en paz están,
Pero vese pocas veces.

FELISARDO.

Eres necio, y lo pareces;
Á Elisa palabra he dado,
Y seré un santo casado.

TRISTÁN.

¡Y como que resplandeces!
Deja que te ponga el cebo,
Mal entendido mancebo,
Y verás qué sierpe crías.

FELISARDO.

Luego ¿no te casarías
Con Finea?

TRISTÁN.

¿Qué la debo?

FELISARDO.

Débesla el haber entrado
Mil noches á este jardín,
Adonde la has requebrado.

TRISTÁN.

No sentenciara un rocín
Mejor sentencia que has dado;
Pero quedo, que han salido.

Salen Elisa y Finea, su criada.

ELISA.

¡Mi bien!

FELISARDO.

¡Mi Elisa!

FINEA.

¡Tristán!

TRISTÁN.

¡Finea!

ELISA.

¿Cómo has venido?

Salen por otra parte Jacinto y Doristeo, alcalde.

JACINTO.

Aquí dirán los ojos si he mentido (2).

(1) Verso incompleto, cuyo final no pudo ser *Tristán*, sino: *no por Dios* ó cosa parecida, pero seguramente terminado en *os*.

(2) Este verso ni consta ni hace sentido, pero como en él se contienen los consonantes *dirán* y *mentido*, es evidente que faltan las palabras necesarias para hacer los dos versos que completan la quintilla.

FELISARDO.

Siéntate, señora, aquí,
Que tengo mucho que hablarte.

DORISTEO.

Nunca, Jacinto, creí
Lo que veo.

ELISA.

En esta parte
Te sienta.

TRISTÁN.

Y tú junto á mí.

DORISTEO.

¿Mi hija y un hombre? ¡Ay, cielos!
¿Dentro en mi casa?

JACINTO.

¿Dirás
Ahora que son mis celos?

DORISTEO.

No te espantes, que jamás
Tuve de mi amor recelos.
¿Quién es el hombre?

JACINTO.

¿Estás ciego?
Felisardo el estudiante,
Que á poner á tu honor fuego
Nos trujo aquí el Almirante.

FELISARDO.

Ninguna cosa te niego;
Porque si no sé quién soy,
No hay fuerza de amor, no hay ley
Que me obligue.

ELISA.

Pues yo doy (1)
En que eres hijo del Rey.

FELISARDO.

Y en esa opinión estoy;
Y ¡pluguiera á Dios lo fuera,
Porque en nobleza pudiera
Igualar á esa hermosura!

DORISTEO.

¿Adónde hay honra segura?
Mi sufrimiento, ¿qué espera?

JACINTO.

¡Detente, que si es este hombre
El que dicen, no haces bien!

DORISTEO.

¿Qué sangre habrá que me asombre?
¿No soy hidalgo?

JACINTO.

Él también,
Pero es diferente el nombre.
Es cosa muy desigual
Tu sangre de la Real.

DORISTEO.

¡Pluguiera á Dios que éste fuera
Un hombre vil!

JACINTO.

¡Tente, espera!

(1) *Soy* (Parte 6.ª)

ELISA.

Mi bien, ¿pagarásme mal?

FELISARDO.

¡Plega á los cielos, adorada Elisa
De aquestos ojos, que su luz me falte,
Y en tierna juventud me sobresalte
La triste nueva del morir precisa;
Ó que en las blancas olas que el mar frisa,
Desde estas peñas mi caballo salte
Conmigo en tierra, con mi sangre esmalte
La verde yerba que su planta pisa;
Páseme el pecho la cobarde espada
Del más bajo villano, que por dicha
Me mate en brazos de un profundo sueño;
No tenga dicha mientras viva, en nada,
Ni me pueda jamás faltar desdicha,
Si no fuere tu esposo y tú mi dueño!

ELISA.

¡Pues si yo te olvidare eternamente,
Ni dejare de estar agradecida,
Caiga desta montaña combatida
Del mar, en el rigor de su corriente;
Mi bien se acabe y mi dolor se aumente,
Pierda á las manos de un traidor la vida,
Sin honra y sepultura conocida,
En tierra extraña, entre extranjera gente;
Ni el sol, viviendo, con su luz me alumbre,
Y me falten jamás envidia y celos,
Del más seguro amor mayor empeño,
Ni para mí su natural costumbre
Guarden los elementos y los cielos,
Si no fuere tu esposa y tú mi dueño!

DORISTEO.

Di ahora que mi paciencia,
Jacinto, haga resistencia
Á tanta desenvoltura.

JACINTO.

¿De qué sirve la cordura,
Los años y la experiencia?

DORISTEO.

El honor nunca se obliga
Á sufrir.

JACINTO.

¡Detén la espada!

DORISTEO.

No sufriré: que prosiga.

FINEA.

Y él, ¿no me dice á mí nada?

TRISTÁN.

¿Cómo que no?..... Escuche.

FINEA.

Diga.

TRISTÁN.

¡Denme de noche por detrás un tajo,
Que sin serlo, me hagan de corona;
Háganme dos gigantes la mamona,
Y muérdame un alano del zancajo;
Sirva en una campana de badajo,
Tocando desde vísperas á nona;
Baile con Holofernes la chacona,
Y guarde un melonar hecho espantajo;
Pónganme á palos blando como breva;
Seda por Navidad, paño en estío;
Traiga, sin heredar, eterno luto;
Cásenme por un virgo que otro deba;
Beba siempre caliente y coma frío,
Si no fueres mi Porcia y yo tu Bruto!

FINEA.

¡Tope mil sombras y ánimas en pena
De noche, si por agua fuere al río;
Aráñenme seis gatos de un judío;
Contra mí se conjure una colmena;
Si comiere algún huevo en nido ó cena,
Casi dentro en la boca diga pío;
Con mil pulgas combata en desafío,
Y arrástreme un lebrel por la melena;
Piérdaseme la ropa si lavare,
Hálleme un zapatillo en el menudo,
Persíganme las chinches y los piojos;
Quémeseme el arroz si lo guisare,
Góceme un sordo y quiera bien á un mudo,
Si no eres el candil de aquestos ojos!

DORISTEO.

Ya no tengo sufrimiento.
Déjame llegar.

JACINTO.

¿Qué intentas?

Llega á ellos Doristeo, y levántanse.

DORISTEO.

Estudiante en mi tormento,
Pasante de mis afrentas,
Extranjero de mi intento,
¿Qué te debe el honor mío,
Que tan atrevidamente
Has hecho este desvarío?

FELISARDO.

Noble alcalde, escucha, tente;
Satisfacerte confío.
Mira quién soy.

DORISTEO.

No lo sé.

FELISARDO.

Basta que sepas que soy
Tu yerno.

DORISTEO.

¿Cuándo ó por qué?

FELISARDO.

Porque de esposo le doy
Á Elisa palabra y fe.

DORISTEO.

¿De esposo?

FELISARDO.

De esposo digo.

DORISTEO.

¿Y si eres mi desigual?

FELISARDO.

Digo que á serlo me obligo
Aunque la sangre Real
Me desiguale contigo.

DORISTEO.

Templado me has, si no es eso

Engaño.

FELISARDO.

Verdad confieso.

DORISTEO.

¿Es esto ansí?

ELISA.

Sí, señor,
Y que ha guardado mi honor.

DORISTEO.

¿Tu honor? ¡Extraño suceso!

FELISARDO.

Ese vil que te ha traído
Pudiera haberlo excusado.

JACINTO.

Amor, Felisardo, ha sido
Quien mis pasos ha guiado.
Perdón de mis celos pido;
Que mis padres concertaron
De los dos el casamiento.
Si tus venturas llegaron
Á mayor merecimiento,
Y tanto bien me quitaron,
No debo ser reprendido
Por buscar el desengaño.

FELISARDO.

Yo soy de Elisa marido,
Y como tal la acompaño,
Y en esta ocasión la pido.

DORISTEO.

¿No eres de la Iglesia?

FELISARDO.

No.

DORISTEO.

¿Quién es tu padre?

FELISARDO.

Algún hombre
Que su nombre me encubrió.

DORISTEO.

Luego ¿no sabes su nombre?

FELISARDO.

¿Ése es tu yerno, ó soy yo?

DORISTEO.

Tú eres.

FELISARDO.

Pues ¿qué preguntas?
No basta ser quien yo soy,
Ya que conmigo te juntas?

DORISTEO.

Á obscuras, mancebo, estoy
Entre esperanzas difuntas.
Soy viejo, no tengo fuerzas
Contra ti; si tú eres noble,
De tu nobleza no tuerzas.

FELISARDO.

No habrá rigor que me doble
La piedad con que me esfuerzas.
¿Qué haré por ti, en que tú veas
Que no te engaño?

DORISTEO.

Salirte
De aquí si mi bien deseas.

FELISARDO.

Con mi mujer, no es pedirte
Más de que el suceso creas;
Que, en efecto, es mi mujer.

DORISTEO.

Eso no se puede hacer
En cas de un hidalgo honrado.

FELISARDO.

Alcalde, yo estoy armado
De amor, de armas, de poder.
Tengo esta boca de fuego
Y mil de amor en el alma.
Déjame llevar, te ruego,
Mi esposa.

DORISTEO.

¡Qué honrosa palma
Para un noble!

FELISARDO.

Amor es ciego.

DORISTEO.

¿Qué haré, Jacinto?

JACINTO.

Aunque tienes,
Felisardo, esas pistolas,
De que ahora armado vienes,
Oye dos razones solas,
Si á razones te detienes.

FELISARDO.

No hay razones: esto es hecho.

JACINTO.

Vete al Rey.

DORISTEO.

Al Rey me iré.

FELISARDO.

¡Fuera, ó pasaréte el pecho!

TRISTÁN.

Ven, Finea: á fe, que fué
La pistola de provecho.

DORISTEO.

Hija, ¿ansí un padre se deja?

ELISA.

Señor, voy con mi marido.

Vanse.

Quedan Doristeo y Jacinto.

DORISTEO.

De ti formo mayor queja.

JACINTO.

Por el jardín han salido.

DORISTEO.

Tarde el honor me aconseja:
¿De qué sirven en las puertas
Tantos paveses y lanzas,
De orín y polvo cubiertas?
¡Ay, honradas esperanzas,
Á manos del tiempo muertas,
Mal podrá un viejo alcanzallos!

JACINTO.

Mal, aunque esas lanzas quiebres.

DORISTEO.

¿De qué sirven los caballos

Atados á los pesebres,
Rompiendo en piedras los callos?
¡Ah, tiempo, cuánto consumes!

JACINTO.

¿Hablas conmigo, presumes
Que me toca tu defensa

DORISTEO.

Haces á mi honor ofensa.

JACINTO.

Pues bien, ¿en qué te resumes?
Que á todo ayudarte quiero.

DORISTEO.

Ir al Rey es lo mejor,
Pues del Rey justicia espero,
Aunque me agradó el valor
De aquel noble caballero.

JACINTO.

¿Por qué?

DORISTEO.

Porque la llevó
Consigo, y no la dejó,
Ya que le tocó su amparo.

JACINTO.

Cuanto dices, está claro
Que es de malicia.

DORISTEO.

Eso no;
No es bien que culpa le den.
No he visto cobarde amante
Como éste. Vamos.

JACINTO.

Ven.
Bizarro es el estudiante,
Pienso que es hombre de bien.

Vanse.

Salen el Rey, el Almirante y Aurelio.

REY.

¿Adónde habrá consuelo á mal tan grande?

ARMIRANTE.

Bien te dije, señor, el triste día
Que de aquí salió el Príncipe, que hicieras
Fuerza por detenelle.

REY.

¡Ay, hijo mío!
¡Ay, Primislao!

ALMIRANTE.

Señor, los Reales pechos,
Para grandes fortunas y desdichas
Hizo el cielo tan grandes.

REY.

Dime, Aurelio,
El triste caso, porque tus palabras
Me sirvan de sangrías, que con ellas
Irá saliendo el alma poco á poco.

ALMIRANTE.

Justo dolor.

REY.

Tan justo, que estoy loco.

AURELIO.

Á vista de nuestra playa
La fuerte armada de Escocia
Tenía el conde Leonardo,
Como Agamenón en Troya;
Selva de árboles desnudos,
Á quien Octubre despoja;
Ó vario (1), enojado río
Con la corriente furiosa,
Jugando las claras aguas,
Con las más seguras boyas,
Como si hubiera surgido
El capitán de la flota.
Desde las antenas altas,
Blancas, azules y rojas,
Banderas y gallardetes
Beben el agua espumosa.
En los dorados fanales,
De día sirven de antorchas;
El sol, quebrando en sus vidrios,
Reverberaba en las ondas.
Las bordes cubren soldados,
Como de aves chilladoras
Las torres cuando en el mar
Febo sus caballos moja.
Andando las gruesas naves,
Destas islas belicosas
Salen con bandas á tierra
Cuatro compañías solas;
Pero en viendo que ya llega
La fama de la persona
Del príncipe Primislao,
Seis más á la playa arrojan.
Vuelan los remos ligeros,
El agua salada azotan;
Llegan á tierra atrevidos,
Puerto entre dos riscos toman.
Ya retumban las trompetas,
Ya la gente se alborota,
Ya viene el mancebo fuerte
Solo á morir por la posta.
Ya parecen los caballos,
Ya las banderas asoman,
Ya se ven los coseletes
Y resplandecen las golas.
El ánimo de la empresa
Hace que la gente en tropa
Llegue á resistir la playa,
Como Horacio al puente en Roma.
Sobre un caballo gallardo,
Que de la clin á la cola
Cubren paramentos verdes,
Llenos de palmas de aljófar,
La gente el Príncipe anima,
Y va ordenando se pongan
En varios sitios las mangas
Por ver si la entrada estorban;
Pero antes de acometer,
Una bala rigurosa
Le dió, señor, por los pechos,
Y, sin lograr la victoria,

(1) *Ubario* (Parte 6.ª)

Desmaya el cuerpo gallardo;
El bastón honrado afloja,
Cae de la silla al suelo,
Vueltas en nieve las rosas.
Corre el caballo sin dueño,
Mide la playa arenosa,
Acude tropel de gente,
Éste se espanta, aquél llora.
Cayó un miedo en todos luego,
Como del cielo la sombra
Cuando se transpone el sol
Y sale la opuesta aurora.
Cogiéronle en un pavés,
Y con tan famosa pompa,
Los arcabuces atrás,
Banderas y cajas roncas,
Le traen como le ves,
Todos con mortal congoja,
Porque el Conde mandó luego
Recoger su gente toda;
Que á sus mismos enemigos
Tragedia tan lastimosa
Puso freno y dió temor:
Dios le haya dado la gloria.

Traigan al Príncipe en hombros, con cajas roncas y banderas arrastrando, con acompañamiento de soldados, los arcabuces atrás y las coces adelante.

REY.

Duró mi vida para ver tu muerte.

ALMIRANTE.

Señor, llamar conviene á Felisardo.

REY.

Daráme su venida mas tristeza;
Suspended por agora su venida.

ALMIRANTE.

No hay cosa menos cierta que la vida.

Dan vuelta por el teatro con el Príncipe, y vanse entrando.

ACTO SEGUNDO.

Salen Doristeo y Felisardo.

DORISTEO.

Cuando no se conociera
La grandeza de tu pecho,
De la que conmigo has hecho,
Felisardo, se entendiera.
Ya no he menester saber
Quién eres; dame esos brazos,
Serán prendas de los lazos
Que las almas han de hacer.
El haberme detenido
Que no vaya á hablar al Rey,
Ha sido una hidalga ley
De hombre tan bien nacido.
Seas quien fueres, di de hoy más
Que eres mi hijo.

FELISARDO.

Señor,
Hijo soy de tu valor,
Hoy el que tienes me das.
Hoy me engendras, hoy podré
Decir que de ti nací;
Padre tengo, pues de ti
El ser que tengo heredé.
Ya no seré murmurado
De quien no sabe quién soy,
Pues, engendrándome hoy,
Quedo de tal padre honrado.
Fábulas deben de ser,
Que ya lo que dicen sea,
Pues en una pobre aldea
Tal vida vengo á tener.
Mi señor el Almirante
Me manda asistir aquí;
Eso que dicen de mí
No os altere ni os espante.
Que todo es clara mentira;
Que no soy, ni puedo ser
Hijo suyo.

DORISTEO.

El proceder
De tu nobleza me admira.
Y dices bien, que si el hombre
Por sí no merece honor,
El heredado valor
No le dará fama y nombre.
Conozco de que por ti
Sólo estimación pretendes,
Que de buen padre desciendes
Y que hay gran valor en ti.
Hay muchos que por sí solos,
No hay abismo que más baje,
Y précianse que el linaje
Se lleve (1) sobre los polos.
Mira qué bien me parece,
Que me pesara que fueras
Quien dicen, pues no pudieras
Ser más que por ti mereces.
El que es bueno, de sí nace,
La virtud es la nobleza;
Que la heredada grandeza
No es la que á los hombres hace.
Mil reyes hizo el valor
De un alto aunque humilde pecho,
Y mil reyes ha deshecho
La indignidad deste honor.
Ansí te quiero y estimo,
Mas mira que este capelo
Me da pesadumbre.

FELISARDO.

El cielo
Es á quien la frente arrimo.

(1) Acaso *se eleve*.

Éste cubre mi cabeza,
Éste me ampara, que ya
Diverso estado me da,
Más gusto y menos grandeza.
Bien sé que aquí se decía,
Mas yo estoy determinado
En la elección deste estado
Por la hermosa prenda mía.
Elisa es ya mi mujer.

DORISTEO.

Y ¿dónde está?, que deseo
Verla.

FELISARDO.

¿Has de hacer lo que creo
De tu valor?

DORISTEO.

Quiero hacer
Lo que á ti te diere gusto,
Siendo servicio de Dios.

FELISARDO.

Pues cásanos á los dos,
Que es su servicio, y es justo.

DORISTEO.

Ese es mi propio deseo.

Sale Tristán.

FELISARDO.

Tristán.....

TRISTÁN.

Señor.....

FELISARDO.

Di á mi Elisa
Que salga.

TRISTÁN.

Yo voy.

FELISARDO.

Aprisa.

Vase Tristán.

¡Ay, mi padre Doristeo,
Dios quiera que os pueda yo
Servir y honrar algún día!

Salen Elisa y Tristán.

ELISA.

¡Padre y señor!

DORISTEO.

Hija mía,
No tengas vergüenza, no;
Alza del suelo.

ELISA.

Primero,
Me da esas manos de amor.

DORISTEO.

No hay perdón no habiendo error;
Felisardo es caballero.
Tú has escogido muy bien,
Alabo tu entendimiento;
Confírmese el casamiento,
Y abrazaos los dos también.
Vaya á la iglesia Tristán
Y traiga quien os despose.

TRISTÁN.

Voy.

FELISARDO.

Parte, para que repose

Vase Tristán.

El alma; hoy, mi bien, os dan
Esta mano mis deseos.

ELISA.

Y los míos estos brazos.

DORISTEO.

Y yo confirmo los lazos
De tan dichosos empleos.

ELISA.

Ya que soy vuestra, señor,
¿No sabré quién sois?

FELISARDO.

Mi vida,
¿Qué cosa habrá que le pida
Vuestro deseo á mi amor,
Que con el mío no cuadre?
¡Mas vive Dios en el cielo!
Que no conozco en el suelo
Padre á quien tenga por padre.
Hoy nos hemos concertado
El vuestro y yo, y me engendró
En su voluntad, y yo
Quedo por hijo adoptado;
No digo más, ni sé más.

DORISTEO.

Hija, lo que importa dijo;
Soy tu padre, y él mi hijo,
Con quien hoy casada estás:
No hay qué averiguar en esto.

Sale Tristán.

TRISTÁN.

¡Extraño caso, por Dios!
¿Qué hacéis, señores, los dos
Con tal descuido en tal puesto?

FELISARDO.

Pues ¿qué hay, Tristán?

TRISTÁN.

Hay que apenas
Pude á la iglesia llegar,
Cuando vi de este lugar
Las calles de gente llenas;
No gente como de aldea,
Sino la más principal
Que vi en mi vida.

DORISTEO.

¿Qué mal
Resulta de que lo sea?
Serán, por dicha, extranjeros
De los que á la corte van.

TRISTÁN.

Mas de los que en ella están
Conocidos caballeros,
Entre los cuales venía
Mi señor el Almirante,

Aunque no era semejante
El hábito y su alegría;
Que trae luto, y muy contento
Pregunta por Felisardo.

FELISARDO.

¿Por Felisardo?

DORISTEO.

¿Qué aguardo?

FELISARDO.

Señor, espera un momento:
Sepamos lo que es primero.

DORISTEO.

¿Qué hay que saber? Vé delante,
Que sin duda el Almirante
Es tu padre verdadero,
Y sabiendo que has dejado
Tan santo camino y justo,
Casándote á su disgusto,
Viene á ofenderme enojado:
Échate, hijo, á sus pies.

ELISA.

¡Triste de mí! Señor mío,
¿Cómo es esto?

FELISARDO.

Es desvarío
Ir sin saber lo que es.
Elisa mía, estad cierta
Que he de ser vuestro marido.

TRISTÁN.

Ya suena cerca el rüido.

FELISARDO.

Tan cerca, que es á la puerta.

DORISTEO.

¡Ay, pobre viejo!

FELISARDO.

Señor,
Tened ánimo.

Entran el Almirante y acompañamiento, y pónense de rodillas delante de Felisardo.

AURELIO.

Aquí está.

ALMIRANTE.

Príncipe, los pies me da.

ELISA.

Temblando estoy de temor.

ALMIRANTE.

Soy, señor, el Almirante,
Soy vuestro vasallo.

FELISARDO.

¡Ay, cielo!
Pues ¡vos, señor, por el suelo!
¿Quién vió humildad semejante?
Echaréme á vuestros pies.

ALMIRANTE.

Alzaos, que sois heredero
De Gelanda, que el primero
Ya de los cielos lo es.
Murió Primislao, señor,
Hijo legítimo al Rey,
Y hereda por vuestra ley
Vuestro natural valor;
Que aunque no lo habéis sabido,
Sois su hijo natural
Del Rey.

DORISTEO.

Su Alteza Real
Me dé sus pies, sus pies pido.

FELISARDO.

Padre vos sois, y seréis
Mi padre; alzaos, no temáis.

DORISTEO.

Señor, si tan alto estáis,
¿Tanto humillaros podréis?

FELISARDO.

Padre mío, oid aparte. (Aparte.)

DORISTEO.

Aparte será por fuerza.
¿Quién me aparta, quién me fuerza
Para que de vos me aparte?

FELISARDO.

¿De qué lloras?

DORISTEO.

De tener
Un Rey yerno, siendo yo
Un hombre que no entendió
Que lo pudiérades ser.
Suelen en los casamientos
Los yernos siempre engañar,
Y después venirse á hallar
Sus humildes nacimientos,
Y yo ¡triste! estoy quejoso
De que me habéis engañado,
Aunque humilde os he casado,
Y os hallo Rey poderoso.

FELISARDO.

¿De suerte, que está el engaño
En tanto bien?

DORISTEO.

Yo sospecho
Que será vuestro provecho
Causa de todo mi daño.
Ya de verme hablar murmuran;
Id con Dios, Rey y señor,
Que de la fe de mi amor
Bien creo que os aseguran
Estas lágrimas que veis.
¡Qué poco tiempo, ay de mí,
Os gocé en mi casa!

FELISARDO.

Aquí,
Padre y señor, me tenéis.
Yo no podré hablar á Elisa,
De quien los tiernos enojos,
La mano y lienzo en los ojos,
Bastantemente me avisa,
Y pésame que mi bien
Le dé tanto sobresalto,
Y que para bien tan alto
Con lágrimas me le den.
Id á la corte con ella,
Y avisaréisme en llegando.

DORISTEO.
No está vuestro bien llorando
Elisa, aunque hay llanto en ella.
FELISARDO.
Pues ¿qué llora?
DORISTEO.
El veros muerto
Para los dos.
FELISARDO.
Vivo estoy;
Forzado, padre, me voy,
Pero cumpliré el concierto.
Quédate, Tristán, aquí
Hasta que mudes de traje.
TRISTÁN.
¿Qué diré á Elisa?
FELISARDO.
Que baje
Á verme partir, y di
Que es el alma desta vida.
TRISTÁN.
No sé cómo tengo seso
En tan dichoso suceso.
¿Quieres que esos pies te mida
Á besos con esta boca?
Rey, Príncipe, Emperador,
Monarca.
FELISARDO.
Ahora es mejor
El silencio.
TRISTÁN.
Amor provoca
Á dar saltos de alegría.
Vamos de aquí, caballeros.
AURELIO.
Su Alteza desea veros,
Y os espera á mediodía.
En carroza no podéis.
FELISARDO.
Vengan caballos.
AURELIO.
¡Caballos,
Hola!
ALMIRANTE.
Honrad vuestros vasallos.
FELISARDO.
Vos, primo, honrarme podéis.

Vanse.

Quedan Tristán, Elisa, Doristeo y Finea.

TRISTÁN.
«Vos, primo, honrarme podéis.»
¡Qué presto se le encajó
El ser rey! ¡Qué presto habló
Con la gravedad que veis!
Apenas al Almirante
Oyó decir el suceso,
Cuando se quedó más tieso
Que si comiera el montante.
Deja, Elisa, de llorar,
Y baja á verle partir.
ELISA.
Mejor partiera á morir.
TRISTÁN.
De su bien, ¿tienes pesar?
ELISA.
Señor, ¿qué tengo de hacer?
DORISTEO.
Allá quiere que te lleve.
ELISA.
Pues ¿qué es lo que ya le mueve?
DORISTEO.
Dice que eres su mujer.
ELISA.
¿Su mujer?
DORISTEO.
Allá hablaremos.
Venle á ver.
ELISA.
Muriendo voy.

Vanse los dos.

FINEA.
Y yo, Tristán, ¿cómo estoy
Contigo? ¡Lindos extremos!

Hace del grave Tristán.

¡Oh, qué linda gravedad,
El sombrero á lo discreto!
TRISTÁN.
Note que soy, en efeto,
Algo desta Majestad.
FINEA.
¿Tú, picarón, pues por dónde?
TRISTÁN.
¡Hola, que te haré azotar!
Señoría has de llamar
Á Tristán.
FINEA.
¿Quién eres?
TRISTÁN.
Conde.
FINEA.
¿Conde de qué?
TRISTÁN.
Soylo agora
Como en Italia los dan.
Llámome el conde Tristán.
FINEA.
Y yo, ¿qué soy?
TRISTÁN.
Gran señora.
FINEA.
Sí, porque soy tu mujer.
¿Tendré don?
TRISTÁN.
Quiero que sea
Tu nombre doña Finea.
FINEA.
Hasme hecho un gran placer.
»Déme vuestra señoría,

La mano, conde y señor.

TRISTÁN.

»Doña Finea, mi amor,
Salir á caza querría.
»Pongan la carroza luego.
(Di con melindre, enfadada,
Que piensas que estás preñada.)

FINEA.

»¡Ay, conde, dejadme os ruego,
»Que tengo ciertos antojos,
Y pienso que hay mayorazgo!

TRISTÁN.

»Daré ¡por Dios! en hallazgo
Las dos niñas destos ojos.
»¡Hola, saquen la literal
(Agora dice un criado
Que hay un macho mal domado,
Que de su sombra se altera,
Y yo digo que en la silla
Te lleven cuatro lacayos;
Tú finge algunos desmayos,
Y la color amarilla,
Y pide á la conservera
Una jalea.)

FINEA.

Tristán,
Desvaneciéndote van
Las burlas de esta manera,
Que has de perder el jüicio.

TRISTÁN.

Eso merezco yo bien
Por hacer condesa á quien
No agradece el beneficio.
»Déjeme vueseñoría.

FINEA.

Pues ¿deso te has enfadado?

TRISTÁN.

»Voy á ver si me han sacado
El potro que ver quería,
»Y á decir al secretario
Que escriba al embajador.

FINEA.

»Dadme la mano, señor.

TRISTÁN.

Bracero habrá de ordinario:
»Tened en lo grave cuenta.

FINEA.

Presto veréis lo que pasa.

TRISTÁN.

Entrad, condesa sin casa.

FINEA.

Entremos, conde sin renta.

Vanse de la mano.

Salen el Rey y Leonardo con un Secretario.

REY.

No me sucederá, si yo pudiere,
Que sí podré, mientras piadoso el cielo
Esta justa intención favoreciere.

SECRETARIO.

Será de tu vejez mayor consuelo
Que puede darte pensamiento humano,
Y digno intento de su justo celo.
Es sujeto divino y soberano,
Drusila para el Príncipe.

REY.

¿Hasla visto?

SECRETARIO.

Por su recogimiento, fuera en vano;
Pero ser con su padre tan bienquisto,
Me dió en su casa entrada, y al fin vila
Con más luces que el polo de Calixto.

REY.

Pues goce Felisardo de Drusila
Primero que la muerte se adelante,
Que tan apriesa la guadaña afila.

SECRETARIO.

Bien merece su padre, el Almirante,
Que tu hijo le des para su yerno.

REY.

Es de mi sangre y de mi reino Atlante.
Ha cargado en sus hombros el gobierno
De aquestas islas con su espada y pluma.

SECRETARIO.

Señor, ya viene el Príncipe.

REY.

Estoy tierno.
No hay vida que la muerte no consuma.

Salen el Príncipe, el Almirante, Aurelio y acompañamiento.

FELISARDO.

Su Alteza me dé los pies.

REY.

Ya con los brazos te aguardo:
Tu padre soy, Felisardo.
Reino, Felisardo es
Vuestro señor natural.
¿Recibísle?

TODOS.

Sí, señor.

REY.

Templado me has el amor
Que yo juzgaba inmortal.
¿Juráisle por heredero
Destas islas?

TODOS.

Sí juramos.

REY.

¿Daisle obediencia?

TODOS.

Sí damos.

REY.

Almirante, hablaros quiero.
Quede Felisardo aquí;
Aposentadle en la casa
Que he prevenido.

Vanse el Rey y el Almirante.

FELISARDO.

¿Si pasa
Esto que pasa, por mí?

¿Si estoy dispuesto? Sí, estoy.
Ojos, ¿veis? ¿Oís? oídos.
Sí, responden los sentidos,
Alto: crédito les doy.
¿Yo soy rey? ¡Extraño caso,
Que ayer no supe quién era!
¿Qué fuego en su misma esfera
Sube con más veloz paso?

AURELIO.

Todos te dan parabién
Deste supremo lugar.

FELISARDO.

Paramal me pueden dar
Después que perdí mi bien,
Que era mi Elisa.

Entra Tristán á lo cortesano.

TRISTÁN.

Eso sí,
Que ha un hora que te pregono;
Después que estás en tu trono,
Ya no te acuerdas de mí.
Pues yo sé cuándo Tristán
Era el más breve cocina,
Tras sumiller de cortina.

FELISARDO.

Tú vienes ¡por Dios! galán:
Mira que me descompones,
Y me privas con tu humor
De hacerte bien.

TRISTÁN.

Ya, señor,
Que te humilles ó te entones,
Siempre para mí serás
Aquel mismo Felisardo;
Pero ¿no vengo gallardo?

FELISARDO.

Mira que en Palacio estás.

TRISTÁN.

Solía yo ser gorrón,
Y en gorra me convertí,
Pues á fe que hay pluma aquí
Del gallo de la Pasión.
Las calzas están al uso,
Sino que jurarte puedo
Que, para entrar en Toledo,
El rey Vamba se las puso.
Pues para mí ámbar es
Todo el coleto unas flores;
Que ya usamos los señores
El ámbar por el envés.
Finea me hizo el cuello.

FELISARDO.

Necio, ¿eso mientas aquí?

TRISTÁN.

Luego ¿al mentarla mentí?
Traigo aquí de su cabello,
Para medalla, un favor.

FELISARDO.

Costarte tiene, Tristán,
La honra, en dar en truhán.

TRISTÁN.

Yo sigo en esto mi humor.

FELISARDO.

Deja el cabello, ó cordón,
Porque sospechas no engendres.

TRISTÁN.

¡Por Dios, que tiene mil liendres¡
Y ella dice que almas son
Que prende con el cabello.

FELISARDO.

¿Quieres callar?

AURELIO.

Salte fuera.

FELISARDO.

No le habléis desa manera,
Que temo, amigo, el perdello.

TRISTÁN.

¡Oh, qué lindas gravedades!
¡Vive Dios, más precio un no
Y un tú de otro como yo,
Que todas tus majestades!
En mi vida comí más
Que por un hombre.

AURELIO.

Detente.

TRISTÁN.

Quita allá tu reino y gente.

FELISARDO.

Tenelde.

AURELIO.

¿Por qué te vas?

TRISTÁN.

Porque más precio un bonete
Con cuatro dedos de grasa,
Que unos fideos de masa
Puede guisar quien le apriete,
Que su Gelanda y Holanda
Y si todo el mundo fuera.
Á Dios, mi señora, queda,
Que me vuelvo á mi Pelanda.

SECRETARIO.

No te desnudes.

FELISARDO.

Tristán,
Sin duda has perdido el seso.

TRISTÁN.

De ver tu bien, te confieso
Que estos remusgos (1) me dan;
Pero yo me tendré fuerte.
Mas di, ¿cómo no me has dado,
De un reino que te has hallado,
Siquiera una almena?

FELISARDO.

Advierte
Que, hasta heredar, no poseo

TRISTÁN.

Dame un cortijo, un corral.

(1) *Romulgos* (Parte 6.ª)

Entran Doristeo y Elisa en traje de paje.

DORISTEO.
Déme su Alteza Real
Los pies.
FELISARDO.
¿Quién es?
DORISTEO.
Doristeo.
FELISARDO.
¡Oh, amigo! ¿Á qué bueno vienes?
¿Hay en qué hacerte merced?
Dame esos brazos.
DORISTEO.
Creed
Que de todos vuestros bienes
Tan alegre está mi aldea,
Como vuestro huésped fué,
Que quien esta nueva os dé
Quiere que yo mismo sea.
Recibid el parabién
En su nombre, y acordaos
De quien sabéis.
FELISARDO.
Levantaos.
DORISTEO.
Y advertid, señor, también
Que os quiero un favor pedir.
FELISARDO.
Conozco, padre, tu celo.
DORISTEO.
Dos hijos me ha dado el cielo,
Y el uno os viene á servir,
Y, á ser el otro varón,
Creed que lo mismo hiciera;
Pero, aunque es mujer, espera
Serviros, si hay ocasión.
Creo que vistes á Elisa,
Que deste nombre se llama.
FELISARDO.
Ya la vi, padre, y su fama
De su gran valor me avisa
Que debo estimalla en mucho;
Mas llégate, padre, aquí.
¿Éste es hombre?
DORISTEO.
Señor, sí.
FELISARDO.
¿Hombre?
DORISTEO.
Sí, señor.
FELISARDO.
¿Qué escucho?
DORISTEO.
No es ésta Elisa, señor;
Elisa queda en su casa.
FELISARDO.
¿Qué me dices?
DORISTEO.
Lo que pasa.
FELISARDO.
¿Que no es ella?
DORISTEO.
Es ciego amor.
FELISARDO.
Pues ¿quién es?
DORISTEO.
Celio, su hermano.
FELISARDO.
¿Hay tal cosa?
DORISTEO.
Verdad digo.
FELISARDO.
Y ¿á qué viene?
DORISTEO.
Á estar contigo.
Besa á Su Alteza la mano.
ELISA.
Dadme los pies, gran señor.
FELISARDO.
Tristán.....
TRISTÁN.
¿Qué quieres?
FELISARDO.
¿No ves
Á Elisa?
TRISTÁN.
¿Quién dices que es?
FELISARDO.
Su hermano.
TRISTÁN.
Llama á un doctor
Que entienda de hembras y machos,
Y, haciendo cala y pesquisa,
Sabrás si es Celio ó Elisa.
DORISTEO.
Llevóme Dios dos muchachos
Que eran harto briosos.
FELISARDO.
¡Qué hermanos tan parecidos!
TRISTÁN.
Si son de un parto nacidos,
No es mucho.
FELISARDO.
¡Ay, ojos hermosos!
¿Esto es posible? Ahora bien,
Dejadme aquí, caballeros.
AURELIO.
Vamos.
DORISTEO.
¿Volveré yo á veros?
FELISARDO.
Padre, á todas horas ven;
Que no habrá puerta cerrada
Para ti, aunque esté durmiendo.
DORISTEO.
El rapaz os recomiendo.

Vase Doristeo.

FELISARDO.
Y yo, á vuestra Elisa amada;

Decilde quién soy, quién fuí,
Y que presto la veré.
¿Fuése el viejo?

TRISTÁN.

Ya se fué.

FELISARDO.

Celio.....

ELISA.

Señor.....

FELISARDO.

Llega aquí.

ELISA.

¿Qué mandas?

FELISARDO.

¿Cómo quedó
Tu hermana?

ELISA.

Llorando.

FELISARDO.

¿Dónde?

ELISA.

Aquí en la corte.

TRISTÁN.

Responde
Que en la corte.

FELISARDO.

¿Ya llegó?

ELISA.

Juntos vinimos los dos.

FELISARDO.

Y tan juntos, que sospecho
Que estáis juntos en un pecho.
¡Ah, mi Elisa!

ELISA.

Bien, ¡por Dios!
Desvía, que soy su hermano.

FELISARDO.

Tristán, no puedo creer
Que este paje no es mujer.

ELISA.

De que soy hombre es muy llano.

TRISTÁN.

Antes, si es muy llano, es cierto
Que es mujer vuesamerced.

FELISARDO.

Ojos, si escucháis, creed
Que sois los que me habéis muerto.
Mira, Elisa, que te adoro;
Solos estamos, ¿qué aguardas?

ELISA.

¿Cómo, Felisardo, guardas
Tan mal tu Real decoro?
Advierte que soy su hermano,
Y que amor te hace creer
Que sea un hombre mujer.

TRISTÁN.

Mujer (1)
Parece en pie, rostro y mano;
Mas dalo al diablo, señor;
Que es peligroso querer
Saber si es hombre ó mujer.

ELISA.

Hombre soy: fuera rumor;
Que me voy amohinando
Y me volveré á mi aldea.

FELISARDO.

¿Es posible que no sea
Elisa?

TRISTÁN.

Ya estoy pensando
Cómo lo puedes saber:
¿No es paje?

FELISARDO.

Sí.

TRISTÁN.

Pues mandar
Que le vengan á azotar:
Sabrás si es hombre ó mujer.

ELISA.

Yo daré mejor remedio.

TRISTÁN.

¿Cómo?

ELISA.

Que una mujer diga
Si lo soy.

TRISTÁN.

Y no se obliga
Menos que al más cierto medio.

FELISARDO.

¿No dices que está en la corte
Elisa? Llévame allá.

ELISA.

Sí haré, que á eso vine acá,
Y á que des, señor, un corte
En el remedio de Elisa.

FELISARDO.

¿Cuándo iré?

ELISA.

Luego.

FELISARDO.

Ahora bien,
Sea esta noche.

ELISA.

También
El ir de noche me avisa.
Yo iré, y la hablarás conmigo.

Sale el Almirante.

FELISARDO.

No me puedo consolar.

ALMIRANTE.

¿Puedo á Vuestra Alteza hablar?

FELISARDO.

Almirante, primo amigo,
¿Quién como vos?

ALMIRANTE.

Bien pudieras,
Que bien lo puedo decir,
Otro título añadir,

(1) Le sobran sílabas.

Si á lo que vengo supieras.

FELISARDO.

¿Cómo título?

ALMIRANTE.

El de suegro,
Que Su Majestad me ha dado.
Ya, señor, estás casado.

FELISARDO.

De que os honre el Rey me alegro.
¿Hija tenéis?

ALMIRANTE.

Sí, señor.

FELISARDO.

¿Cómo se llama?

ALMIRANTE.

Drusila,
Que en hermosura aniquila
Todo el antiguo valor.

FELISARDO.

¿Cuándo quiere el Rey que sea?

ALMIRANTE.

Luego al punto.

FELISARDO.

La razón,
Desear tu sucesión.

ELISA.

¿Á esto vine de mi aldea?
¡Muerta soy!

FELISARDO.

Tristán.....

TRISTÁN.

Señor.....

FELISARDO.

¿Qué tiene ese pajecillo?

Desmáyase Elisa.

TRISTÁN.

Desmayóse. ¡Qué amarillo
Se ha puesto! ¡Extraño dolor!
Con algo de este coleto
Podrá, señor, repararse.

FELISARDO.

¿Cómo?

TRISTÁN.

En olor y quebrarse,
Parece alcorza en efeto.

FELISARDO.

Llévale adentro, que ya
Tengo la causa sabida.

TRISTÁN.

¡Hola, Celio! ¿Tienes vida?

ELISA.

Poca.

TRISTÁN.

Agonizando está.
¿Podrás levantarte?

ELISA.

Sí.

TRISTÁN.

Porque vayas por tus pies
Y este pesar no me des
De que yo te lleve á ti.

ELISA.

Vamos, que tengo que hablarte.

TRISTÁN.

Sin duda que es ésta Elisa.

FELISARDO.

¿Que quiere el Rey con tal prisa
Casarme?

ALMIRANTE.

Quiere casarte.

FELISARDO.

Por el respeto que digo,
No pienso que podrá ser.

ALMIRANTE.

Señor.....

FELISARDO.

Será menester
Hablar de espacio conmigo.

ALMIRANTE.

¡Cómo! ¡Ay, triste! ¿Estás, por dicha,
Impedido?

FELISARDO.

He sospechado
Que no soy para casado.

ALMIRANTE.

¡Cielos, extraña desdicha!
Mira bien que el fundamento
De heredar es en razón;
Príncipe, es la sucesión,
Y de tu padre el intento,
Porque tú eres natural,
Y de estas islas es ley,
Que podrán elegir rey
De heredero transversal.

FELISARDO.

Vos no me habéis entendido:
Pensé de la Iglesia ser,
Y de no admitir mujer,
Hay voto; estoy impedido.

ALMIRANTE.

No, señor, porque podrá
Dispensar el Papa en esto.

FELISARDO.

Y ¿vendrá presto?

ALMIRANTE.

Muy presto.

FELISARDO.

¿Qué tanto?

ALMIRANTE.

En un mes vendrá.

FELISARDO.

Decírselo al Rey procura

ALMIRANTE.

Ven conmigo.

FELISARDO.

¡Oh, quién pudiese,
Dulce Elisa, aunque muriese,
Dilatar tu desventura!

Vanse.

Sale Jacinto.

JACINTO.

Medirá de un ave el vuelo,
Y el rastro que por el mar
Puede la nave dejar,
Ó la cometa en el cielo,
De un hombre loco el rigor,
De una mujer el fingir,
El que supiere medir
Los pasos de un loco amor.
Elisa, tu soledad,
¿Qué pecho habrá que la crea?
Pues me traes desde mi aldea
Á la confusa ciudad.
Altas y doradas puertas,
De mármol blanco adornadas,
Para la verdad cerradas,
Para la lisonja abiertas,
Sólo amor tuvo poder
Para que por vos entrara,
Y en vuestros muros buscara
Los ojos de una mujer
Bella cuanto pudo el cielo,
Más mudable que la luna,
De mis sucesos fortuna,
De mis esperanzas vuelo.
Trájola su padre aquí,
Corrido de haber querido
Darla á quien su muerte ha sido,
Para quitármela á mí.
Mas condolidos los cielos
De mi amor en la ocasión
Que llegó la ejecución,
Dieron venganza á mis celos.
Conocióse que su esposo
Era un rey; fuése, y quedaron
Tales, que el mal que intentaron
Siguieron, y fué forzoso
Que yo su fortuna siga,
Por ver si quiere querer
Ser de un hidalgo mujer,
Más que de un príncipe amiga.

Entra Tristán y un criado detrás.

TRISTÁN.

¡Hola!

CRIADO.

Señor.....

TRISTÁN.

Decid presto
Que se vista el capellán.

JACINTO.

¡Válgame Dios! ¿No es Tristán
Éste tan grave y compuesto?
¿Hay tal cosa? Y ¡como muda
El Palacio y la asistencia
Del Rey!

TRISTÁN.

No tengo paciencia.
Decidle al sastre que acuda
Con el vestido de caza,
Ó mudaré de oficial.

JACINTO.

Llegó hasta el cetro Real
Desde la vil almohaza.
Hablarle me estará bien.

TRISTÁN.

El platero, ¿no acabó
Los botones?

CRIADO.

Señor, no.

TRISTÁN.

Vuestra es la culpa también.
Mas qué, ¿no le habéis llevado
El ámbar?

CRIADO.

Aun no le ha hecho
El guantero.

TRISTÁN.

¿Estoy derecho?

CRIADO.

Sí, señor.

TRISTÁN.

¿Voy bien trazado?

CRIADO.

¿Quién como Vueseñoría?

JACINTO.

Señoría, estoy aquí.

TRISTÁN.

¿Preguntan damas por mí?
¿Qué dicen, por vida mía?

CRIADO.

Que eres, señor, un Narciso.

TRISTÁN.

¡Bueno! (1).

CRIADO.

Y que les lleves allá.

TRISTÁN.

¿Quién más lastimada está?

CRIADO.

Una que hoy hablarte quiso.

TRISTÁN.

¿Cómo ha nombre esa mujer?

CRIADO.

Doña Julia.

TRISTÁN.

No lo intente;
Que Julio será caliente.

CRIADO.

Otra vino á verte ayer;
Pero es gorda en gran manera,
Y nunca arriba llegó.

TRISTÁN.

¿Por qué?

CRIADO.

Porque se sentó
Diez veces en la escalera.

TRISTÁN.

Ponla otra vez en la grúa,

(1) Sobra esta línea.

Y entrará por la ventana,
Y tu pondráste mañana
El vestidillo de rua.

JACINTO.

Guarde Dios Vueseñoría.

TRISTÁN.

¡Oh, Jacinto!

JACINTO.

Aquel lugar,
Parabién le envía á dar
Conmigo.....

TRISTÁN.

¡Por vida mía!

JACINTO.

Del estado tan debido
Á su valor.

TRISTÁN.

Paseaos
Conmigo un poco; igualaos,
Que á servicio lo he tenido.
¿Cómo está el cura?

JACINTO.

Muy bueno.

TRISTÁN.

¿Y el barbero?

JACINTO.

Hase casado.

TRISTÁN.

¿Con quién?

JACINTO.

Con la del letrado.

TRISTÁN.

¿De qué murió?

JACINTO.

De un sereno.

TRISTÁN.

Al ajedrez todavía
Jugarán el sacristán
Y el boticario.

JACINTO.

No están
Corrientes.

TRISTÁN.

¡Por vida mía!

JACINTO.

Riñeron sobre el llevar
El sábado unos menudos.

TRISTÁN.

¡Hola! Dadle cien escudos;
Y adiós, que voy á ruar.

CRIADO.

¿En qué has de ir?

TRISTÁN.

Saca el frisón.

CRIADO.

Con gualdrapa, caballero,
Persona deste dinero,
Que aun hoy no me dió ración;
Que esto es desvanecimiento
De verse en aqueste trono.

JACINTO.

Digo, señor, que os perdono.

CRIADO.

Pues adiós.

JACINTO.

¡Extraño cuento!
¿Hay semejante locura?
¡Cuál debe de estar el dueño!

Entra Elisa con una carta en la mano.

ELISA.

Mi esperanza ha sido un sueño.
¡Ay de mi corta ventura!
Saliéndome va á los ojos
El dejar de ser mujer,
Pues sólo he venido á ser
Testigo de mis despojos.
¿Quién me trujo de la aldea,
Donde estuviera más lejos
Del fuego, cuyos reflejos
Quieren que su Troya sea?
El Príncipe, obedeciendo
Al Rey, se quiere casar;
Si no lo puedo estorbar,
Loca de mí, ¿qué pretendo?
¿Qué intento causan ¡oh cielos!
Con mis quejas vuestras luces?
¡Oh amor, que siempre reduces
Tus esperanzas á celos!
Llamóme el Príncipe, y dióme
Este papel que llevase;
Pretendiendo que me helase,
Engañóse y abrasóme;
Que me conoce, sin duda,
Y quiere desengañarme:
Ó quiere amor engañarme,
Ó el cielo sus cursos muda.

JACINTO.

¿No es ésta Elisa?

ELISA.

¡Ay de mí!
Jacinto es éste: ¿qué haré?

JACINTO.

Detente, mujer sin fe.

ELISA.

¿Qué dices? ¿Estás en ti?

JACINTO.

No, porque si en mí estuviera,
Nunca yo en ti me buscara,
Porque como en mí me hallara,
De ti olvidarme pudiera.
Detén el paso, y advierte
En lo que los dos andamos,
Pues de paso en paso vamos,
Tú á tu infamia, y yo á mi muerte.
¿Qué traje es éste que alcanza
Tu mudanza tan aprisa?
Mas ¿cuándo, mudable Elisa,
Toda no fuiste mudanza?
En hombre te has convertido;
Sin duda fué por poder

Resistir más que mujer
La desdicha á que has venido.
Vuelve conmigo al aldea;
Vuelve, vuelve por tu honor;
Conmigo estarás mejor
Que con quien tu honor afea.
¿Á qué engaño te provocas?
Ya es rey tu esposo; ¿qué quieres?
Pero amando, las mujeres
Todas sois reinas y locas.

ELISA.

Hombre, ¿sabes quién yo soy?

JACINTO.

No hay cosa, Elisa, tan cierta;
Eres la esperanza muerta
De aquel por quien vivo estoy;
Eres un inquieto mar,
Alterado de los vientos;
Eres torre con cimientos
De arena en frágil lugar,
Y eres de reloj saeta,
Que pareces siempre estable;
Eres veleta mudable,
Eres ligero cometa,
Eres jardín que recrea
Y en un punto hiela al Norte,
La fábrica de la corte
Y la risa de tu aldea;
Eres, que no puede ser
Un continuo movimiento,
Un loco en el pensamiento,
Y, finalmente, mujer.

ELISA.

¿Quieres que te diga yo
Quién eres tú?

JACINTO.

Bien podrás.

ELISA.

Eres un corto compás
Que á medirme no alcanzó.
Tu alma es plomo, y que sea
Pesada se ha conocido
En que yo pólvora he sido
Que te sacó de tu aldea.
Eres hidalgo aldeano
Que entre villanos nació,
Donde primero aprendió
Que á ser bueno, el ser villano;
Eres cazador que erró
El ave que haber no esperes,
Y que para honrarte quieres
La caza que otro mató;
Eres ciego, y ciego entiendo
Que te has de quedar llorando,
Pues quieres ganar rezando
Lo que no mereces viendo.
Esto y muchas cosas eres:
Y, finalmente, eres hombre,
De cuyo engañoso nombre
Aprendemos las mujeres.

JACINTO.

¡Mira que me pagas mal
El grande amor que me debes!

ELISA.

¡Mira tú que á entrar te atreves
En un palacio Real,
Donde soy paje del Rey!
Mira que obligas mi furia
Á tu injuria, que es la injuria
De amor, recibida ley.

JACINTO.

¿Qué injuria puedes hacerme?

ELISA.

Decir quién eres, ¿qué importa?

JACINTO.

El paso, mi bien, reporta.

ELISA.

¿Cómo? En tu vida has de verme.

JACINTO.

¡Elisa, Elisa!

ELISA.

Villano,
Celio soy, Celio es mi nombre.

JACINTO.

¡Ah, mujer!

ELISA.

Hombre, y muy hombre.

JACINTO.

El viento conquisto en vano,
Pues yo diré al Rey quién eres,
Y que á Felisardo tratas.
¡Oh palmas al dueño ingratas!
¡Oh siempre ingratas mujeres!

Vanse.

Salen el Rey y el Almirante.

REY.

En tanto variar, ¿quién no conoce
Que el Príncipe, Almirante, se desvía
De mi obediencia por alguna causa?

ALMIRANTE.

Confuso estoy, y ansí verdad te digo,
Corrido que dilate el casamiento:
Mira, señor, que por ventura quiere
Mujer más alta.

REY.

¿Adónde piensa hallarla?

ALMIRANTE.

En Francia, en Inglaterra ó en Hungría.

REY.

¿No merece Drusila el mayor príncipe,
Aunque tenga el imperio de Alemania?

ALMIRANTE.

Por ser mi hija perderá Drusila.

REY.

No es posible, Almirante, que pretenda
Más alto casamiento Felisardo,
Si no es que de otra causa más secreta
Nace el disgusto que le da el casarle;

Si está impedido, el encubrillo yerra,
Porque ya la dispensa del Pontífice
Ha dicho que no importa.

Sale Aurelio.

AURELIO.

Aquí ha llegado
Un hombre del aldea en que vivía
El Príncipe.

REY.

¿Qué quiere?

AURELIO.

Tu licencia,
Que dice que en secreto quiere hablarte.

REY.

¿En secreto?

AURELIO.

Esto dice.

REY.

Dile que entre.

Sale Jacinto.

JACINTO.

Dame tus pies.

REY.

Levántate: ¿qué quieres?

JACINTO.

Hablarte á solas.

REY.

Salte afuera, Aurelio,
Que el Almirante es de mi Estado y alma.

JACINTO.

Señor, confuso estás de que no quiera
Tomar estado el Príncipe tu hijo.

REY.

¿Sabes tú la ocasión?

JACINTO.

Sí, señor.

REY.

Teófilo,
¿Qué podrá ser?

ALMIRANTE.

Que lo sospechas creo.

REY.

¿Por qué excusa casarse Felisardo?

JACINTO.

Porque ya está casado de secreto.

REY.

¿Con quién, ó cómo?

JACINTO.

Estando en el aldea,
Palabra á una mujer dió, hija de algo,
Que es hija del alcaide Doristeo.

REY.

¿Cómo se llama?

JACINTO.

Elisa.

REY.

Pues ¿qué importa
La palabra de un hombre que ignoraba
El estado en que Dios le ha puesto agora?

JACINTO.

Ni aunque fueran iguales, no era válido.

REY.

¿Por qué?

JACINTO.

Porque primero fué mi esposa
Por concierto del suyo y de mi padre,
Y él la sacó por fuerza de su casa,
Poniéndole á su viejo suegro al pecho
Una pistola, y otra á mí, un villano
Que en todo le ha servido de alcahuete
Y se llama Tristán.

REY.

¿Cómo que el Príncipe
Repare en eso para obedecerme?
Pues ¿hay más de casarte á ti con ella,
Y cumplirá con lo que está obligado?
¿Quiéresla tú?

JACINTO.

Pues vengo á lo que has visto,
¿Quién duda que la quiero y la deseo?

REY.

Teófilo.....

ALMIRANTE.

Señor.....

REY.

Prended á Elisa.

ALMIRANTE.

¿Está en su aldea?

JACINTO.

No, sino en Palacio.

REY.

¿En Palacio?

JACINTO.

Sí, señor, que aquí la tiene (1).
¿Cómo se ha de casar?

REY.

¿Esa es la causa?
¿Por eso pone Felisardo excusas?
Búsquese en mi Palacio.

JACINTO.

Fácilmente
Podrás hallarla.

REY.

¿Cómo?

JACINTO.

¿Has visto un paje
Bello de rostro, y de presencia airoso,
Que anda siempre con él? Esa es Elisa.

REY.

Qué, ¿la trae consigo en ese hábito?

ALMIRANTE.

No me engañaba yo cuando decía
Que las causas que daba no eran ciertas.

REY.

Préndase luego, y llévese á una torre,
Esa mujer que tanto mal me causa.
¿Cómo que siendo mi mayor deseo
En esta poca vida que me queda,

(1) No es verso.

Casar mi hijo, una mujer lo estorbe?
¡Matadla, muera luego!

ALMIRANTE.

Ven conmigo,
Y enseñarásme esa mujer ó paje.

Vase el Almirante.

REY.

¡Qué desdichado he sido en hijos, cielos!
¡Ya que llevastes lo mejor, dejadme
Que goce libre lo que vale menos:
Vea yo sucesión de Felisardo,
Que ya es el alma de mi corta vida!

Sale Felisardo.

FELISARDO.

Que llamabas me dijo el Almirante,
Y mi nombre en tu boca lo confirma.

REY.

Hablábamos los dos de las excusas
Que pones en casarte.

FELISARDO.

Son bastantes.

REY.

¿Cómo, si se ha sabido que las pones
Para vivir con libertad, tratando
Cosas de mi deshonra y de tu gusto?

FELISARDO.

Señor, ¿qué dices?

REY.

La verdad te digo:
Y el hombre de tus prendas, Felisardo,
No sólo está obligado á la obediencia
De un padre como yo, pero al ejemplo:
Si no quieres casarte, no te cases;
Pero tratar mujeres que lo estorben,
No es cosa de sufrirlo yo ni el reino;
Y por él y por mí te certifico
Que mientras no te cases con Drusila
Ó con otra mujer que sea tan buena,
La primera que trates ó que quieras
Será tu destrucción, porque sin duda
Daré mi reino al más cercano deudo;
Que tú eres natural, y yo querría
Casarme con tu madre, pues hoy vive,
El día que también tú te casases.
Quédate á Dios, y piensa lo que ganas
Si te duele, por dicha, lo que pierdes.

Vase el Rey.

FELISARDO.

Señor..... No quiso oirme, ni pudiera
Hablarle; aunque pudiera, estoy turbado.
¿Quién le ha dicho que yo sin orden vivo,
Habiendo procedido tan secreto
En el amor de Elisa? Mas ¿qué gente
Viene tan alterada? ¿Si me quiere
Prender el Rey? Mas yo, ¿qué causa he dado?
¡Poco ayuda á la dicha el desdichado!

Salen el Almirante con la guarda y Aurelio, y traigan á Elisa presa.

ELISA.

¿Dónde me lleváis ansí?

ALMIRANTE.

Calla, y no preguntes nada.

ELISA.

Señor, ¿en qué os ofendí?
La carta me dió cerrada,
Y cerrada se la dí.

ALMIRANTE.

¿Qué carta?

ELISA.

La que me dió
Felisardo.

ALMIRANTE.

¿Para quién?

ELISA.

Para Drusila.

AURELIO.

Entendió
Que esa es la causa.

ALMIRANTE.

¡Oh, qué bien!

AURELIO.

Luego ¿á Drusila escribió?

ALMIRANTE.

Eso dice.

ELISA.

Esto confieso;
Del Príncipe fuí mandado.

FELISARDO.

¡Apartaos fuera! ¿Qué es eso?

ELISA.

Porque aquel papel he dado,
Como ves, me llevan preso.

FELISARDO.

Pues ¿á mi paje, Almirante?
Soltalde.

ALMIRANTE.

Mándalo el Rey.

FELISARDO.

Pues ¿esa es causa bastante?
Prenderme es más justa ley;
Que ese paje está ignorante.

ALMIRANTE.

Esto ha mandado Su Alteza;
Metedle en la fortaleza.

FELISARDO.

Y á mí también.

ALMIRANTE.

¡Señor, tente!

FELISARDO.

¡No lo pague el inocente;
Córtenme á mí la cabeza!

ALMIRANTE.

No tengo orden da otra cosa.

FELISARDO.

Vaya el paje, y yo hablaré

Al Rey.

ALMIRANTE.

La causa es forzosa.

Métenle al paje, que es Elisa.

FELISARDO.

¿Cómo?

ALMIRANTE.

El Rey sabe, y yo sé,
Que ésta es una dama hermosa,
Y que la gozas ansí,
Y ella te impide el casarte.

FELISARDO.

Salíos todos de aquí.

Vanse todos.

ALMIRANTE.

Pesado me ha de enojarte.

FELISARDO.

¡Ay, cielo, engañado fuí!
¡Ay, Elisa! ¿Por qué has hecho
Esta invención, y negado
Que eres alma de mi pecho?
Tristán.....

Sale Tristán.

TRISTÁN.

¿De qué te has turbado,
Lleno de mortal despecho?

FELISARDO.

Á Elisa han preso.

TRISTÁN.

¿Quién dijo
Que era el paje Elisa?

FELISARDO.

Tú (1)
Habrás sido.

TRISTÁN.

¿Yo? ¡Oh, que bien!

FELISARDO.

¿Mi llanto engendra tu risa?

TRISTÁN.

Pero la mano detén,
Que ¡vive Dios, que no he sido!

FELISARDO.

Créolo, que no lo hiciera
Hombre que hubiera comido
Mi pan.

TRISTÁN.

¿Tanto el Rey se altera
De que á Elisa hayas querido?

FELISARDO.

Tanto, que dice que el día
Que quiera yo á otra mujer
Fuera de la propia mía,
Los reinos he de perder;
Y vencerá si porfía.

TRISTÁN.

¿Quiéreste fiar de mí,
Y contaré lo que sé?

FELISARDO.

¡Ay, Tristán! ¿Qué harás por mí?

TRISTÁN.

Un remedio te daré
Con que el Rey te ruegue á ti
Que hables y quieras á Elisa.

FELISARDO.

Sola Elisa es mi mujer.

TRISTÁN.

¿El Rey, señor, no te avisa
Que mujer no has de querer,
Ó Bradamante ó Marfisa?

FELISARDO.

Eso dice.

TRISTÁN.

Pues advierte:
¿No has visto en esos jardines,
Sobre una fuente que vierte
Cristal en vez de jazmines,
Dos ninfas de bronce fuerte,
Y una de mármol encima?

FELISARDO.

Sí, amigo.

TRISTÁN.

Pues da en querella:
Á ésta sirve, adora, estima,
Di que es la cosa más bella
Que tu pensamiento anima;
Hasta que te finjas tal
De mortal melancolía,
Que vengas á estar mortal,
Y deja á la industria mía
El remedio de tu mal.

FELISARDO.

¿Un mármol quieres que quiera?

TRISTÁN.

Un mármol has de querer.

FELISARDO.

Pues ¿cómo de esa manera
Será Elisa mi mujer?

TRISTÁN.

¿No ves que es todo quimera?
Es un aviso gallardo.

FELISARDO.

Ahora bien, el fin aguardo,
Que el fin todo lo declara.

TRISTÁN.

Ven y verás en qué para
El Mármol de Felisardo.

---

(1) Falta la rima: Tal vez Lope escribió:

¿Quién dijo
Que era el paje Elisa, quién?
FELISARDO.
Tú habrás sido.
TRISTÁN.
¿Yo? ¡Oh, qué bien! etc.

Así queda bien la quintilla.

ACTO TERCERO.

Salen el Rey, el Almirante y Aurelio, Tristán y Felisardo.

REY.

¿Puede haber más desventura?
¡Suceso extraño!

AURELIO.

¡Y qué extraño!

REY.

Basta que mi vida dura,
Para acrecentar mi daño.

AURELIO.

Señor, remedio procura;
Contra la melancolía,
La música es gran remedio.

REY.

¿Podrá su dulce armonía
Ponerse al mal de por medio?

AURELIO.

Los espíritus desvía,
Y, pues tiene este poder,
Podrá contra la tristeza.

REY.

Llamad quien lo sepa hacer.

TRISTÁN.

Quiébrase el Rey la cabeza.

AURELIO.

Aquí hay gente de placer.

REY.

Cantad algo, allegad sillas.
Hablad, hijo de mis ojos,
Que á todos nos maravillas
De ver con cuántos enojos
La vista á la tierra humillas;

Entran los músicos.

Alza los ojos del suelo.

AURELIO.

Aquí hay quien baile y cante.

FELISARDO.

Ya para mí no hay consuelo.

AURELIO.

Llamen un representante.

REY.

Bien dices.

AURELIO.

Venga Florelo.

Templan los músicos.

FELISARDO.

Acabad ya de templar.

REY.

No templéis, que se amohina.

TRISTÁN.

Quien templar puede escuchar,
Sufrirá una melecina.

AURELIO.

Ya comienzan á cantar.

Cantan.

MÚSICOS.

Ardiéndose estaba Troya,
Torres, cimientos y almenas;
Que el fuego de amor á veces
Abrasa también las piedras.

FELISARDO.

¡Y cómo si las abrasa!
Pero por mi vida pasa
Esa verdad de otro modo.

REY.

¿Qué modo?

FELISARDO.

Abrásome todo:
Ven, mármol frío de brasa,
Mármol mío, mármol bello,
Mármol liso, blanco, hermoso,
Del escultor cifra y sello,
Que sois todo milagroso
Desde la punta al cabello.
¿Qué piedra sois, que abrasáis?
¿Sois pedernal, que encerráis
En vuestras entrañas fuego?

REY.

Hijo, que escuches te ruego.

FELISARDO.

¿Un mármol sois y quemáis?

TRISTÁN.

Mira, señor, que no hay fuego
En el pedernal, que luego
Que le toca el eslabón,
Se enciende al aire.

FELISARDO.

Esas son
Mis quejas.

REY.

Que oigas te ruego.

FELISARDO.

Tocan á las carnes bellas
Deste mármol mis suspiros,
Y salen luego centellas,
Porque al golpe de mis tiros
Se enciende el aire con ellas;
Y como es aire abrasado
Éste que respira en mí,
Muero en fuego transformado,
Y arrojándole de sí,
Quédase el mármol helado.

REY.

¿Qué mármol es éste, cielos?

ALMIRANTE.

No hay quien lo entienda, señor:
¡Que de cristales y hielos
Componga un mármol amor
Para que me abrase en celos!

AURELIO.

Calla, señor, y reposa.

MÚSICO.
Oye una letra famosa
Con sonajas y pandero.
REY.
Sólo que le alegréis quiero.

Cantan.

MÚSICOS.
No se pretende otra cosa,
Ni habrá cosa que no mande
Quien fuere en el dar cortés,
Que al golpe del interés
No hay mármol que no se ablande.
FELISARDO.
¿Cómo ablandar? ¡Vive el cielo,
Que diera yo al mármol mío
Más oro que tiene el suelo!
Pero como es mármol frío,
Todo lo convierte en hielo;
En cosa no me da gusto.
AURELIO.
Entren á representar,
Que le da el cantar disgusto.
MÚSICO.
Ya Florelo quiere entrar.
FELISARDO.
¡Duro mármol, tiempo injusto!

Sale Florelo con ropa de loa.

FLORELO.
Pintaba la antigüedad
Á Saturno que comía
Sus hijos, dando á entender
Su moral filosofía
Que todo lo acaba el tiempo,
Pues si son hijos los días
De los años, unos y otros
Se los va comiendo aprisa.
La antigua Troya abrasada,
De que apenas hay cenizas;
Los siete montes de Roma,
De Sagunto las reliquias,
Confirman esta verdad,
Porque del tiempo la ira
Ásperos montes consume,
Altos mármoles derriba.
FELISARDO.
¡Vos mentís como villano;
Que el mármol que yo conquisto
Ofenderá el tiempo en vano!
ALMIRANTE.
Tan gran locura no he visto.
REY.
Tenedle.
AURELIO.
Detén la mano:
Salte allá fuera, Florelo.
FLORELO.
Para mi loa en tragedia.
FELISARDO.
¿Tú mi mármol por el suelo?
FLORELO.
¡Gran señor!
REY.
No haya comedia.
FELISARDO.
Matarélo, ¡vive el cielo!
REY.
Furioso está; asidle bien,
Y llevadle á su aposento;
Vengan médicos también.
FELISARDO.
Á mi mármol, ¡lindo cuento!
Aunque mil golpes le den.

Llévenle el Almirante y Aurelio.

REY.
Tristán, no vayas tú allá.
TRISTÁN.
¿Por qué, señor?
REY.
Ven acá;
Que tengo que hablarte un poco.
TRISTÁN.
Está el Príncipe más loco
Si no me ve.
REY.
Bien está.
Dime qué es esto.
TRISTÁN.
Señor.....
REY.
Vil alcahuete, traidor,
¿Qué le han dado á Felisardo?
TRISTÁN.
¿Esto es servir? ¿Esto aguardo
Por premio?
REY.
Pues ¿qué mejor?
TRISTÁN.
¡Ah, corte! Bien me lo dijo
Mi madre: «Guárdate, hijo,
De estar cerca de los reyes,
Que están más vivas las leyes;
No hay corte como un cortijo.»
¡No fuera yo labrador!
REY.
Denle tormento al villano.
TRISTÁN.
Sin él lo diré, señor;
Con potro, y vara en la mano,
Soy maldito picador.
REY.
Di presto.
TRISTÁN.
Como has mandado
Al Príncipe que no quiera
Mujer de ningún estado,
Y él está en la edad primera,

Potrancón y desbocado.
Empezóse á entristecer,
Dió, en efecto, en ver correr
El agua de aquella fuente
Del jardín.....

Salen el Almirante y Aurelio.

ALMIRANTE.

Ya el accidente
Rindió su fuerza al poder
De una píctima divina,
Y sobre la cama queda,
Aunque echada la cortina.

REY.

Deja que Tristán proceda,
Que es la mejor medicina.

ALMIRANTE.

¿Sabe Tristán la ocasión?

REY.

Prosigue.

TRISTÁN.

Con la pasión,
Señor, de no ver mujer,
Que el quererte obedecer
Fué daño, aunque fué razón,
Vió aquel mármol blanco y liso,
Que en el agua de la taza
Se mira como Narciso;
Comenzó á alabar la traza
Con más afición que aviso.
Contempló los bellos pechos,
Como dos manzanas hechos;
La garganta torneada,
Y del pie y la mano helada
Todos los hermosos trechos,
Y dijo: «Pues no consiente
Mi padre que ame mujer,
Blanco mármol desta fuente,
Desde hoy os quiero querer
Y no ser inobediente.»
Veníamos cada día
Al jardín, que yo pensaba
Que del mármol burla hacía,
Y ¡quién pensara que amara
Un hombre una piedra fría!
Dió en pasearla y hacer
Lo que por una mujer:
Enviábala recados
Conmigo; mas, aunque honrados,
Nunca quiso responder.
De noche, cantar la hacía,
Mil letras la componía;
Ella todo lo escuchaba
Queda, y más queda se estaba,
Pero jamás respondía.
Como vió el pobre señor
Que era tan mal empleado
Aquel imposible amor,
Y que era el mármol helado
Todo desdén y rigor,
No porque si le tomaba
Una mano, se enfadaba,
Que á cuanto decía y hacía
Un mismo rostro le hacía
Y de una manera estaba,
Mas porque vió el imposible,
Y desto, señor, procede
Esta tristeza terrible.

REY.

¿Hay tan gran maldad?

ALMIRANTE.

Bien se puede remediar.

REY.

¿Cómo es posible? (1).

ALMIRANTE.

Trayendo damas con quien
Le quites el pensamiento
Del mármol que quiere bien,
Porque todo será viento
Cuando presentes estén,
Porque del ser á no ser
Hay diferencia infinita.

REY.

Y ¿es honesto proceder
Para un Rey que al cielo imita,
Dejar al cielo ofender?

ALMIRANTE.

Señor, por salvar la vida
De un Príncipe, aunque es ofensa,
Te podrá ser permitida;
Que en esto la ley dispensa
Y es en común recibida.
Que aunque no se ha de hacer bien
De donde resulta mal,
Por evitarle también
Se permite, siendo tal,
Que ningún medio le den.

REY.

Traigan damas.

ALMIRANTE.

Vé, Tristán;
Llama al Príncipe.

TRISTÁN.

Ya voy.

Vase Tristán.

ALMIRANTE.

Solo, señor, le hallarán.

---

(1) El texto de esta quintilla está evidentemente estragado y sobra una línea que debe de ser intercalación. Puede corregirse leyendo así:

Mas porque vió el imposible,
Y desto, señor, procede
Esta tristeza terrible.
REY.
¿Hay tal maldad?
ALMIRANTE.
Bien se puede
Remediar.
REY.
¿Cómo es posible?

REY.

Lleno de congoja estoy.

ALMIRANTE.

Ya por las mujeres van.

REY.

¡Que pudiese la obediencia
Hacer que se retirase
Desta común pestilencia,
Y para un mármol no hallase
En su valor resistencia!
Mujeres le han de traer.
¿Hay peste en la tierna edad
Como el nombre de mujer?

ALMIRANTE.

Si miras tu mocedad,
Bien le podrás defender.
Nunca los viejos creemos
Que por esto hemos pasado;
Condenamos lo que vemos,
Porque habemos olvidado
Lo que hacer ya no podemos.

REY.

Que tienes razón confieso.

Salen Felisardo y Tristán.

TRISTÁN.

Aquí viene, y sosegado
De aquel amoroso exceso.

REY.

Felisardo, ¿has descansado?

TRISTÁN.

Es, como le tienes preso.....
Déjale hablar, ver y oir.

REY.

¿Cómo estás? ¿No me respondes?
¿Qué tienes? ¿Quieres salir
Por la ciudad? Dime adónde.
Fiestas haré prevenir.
Alégrate, que esa edad
Y gentileza no es bien
Que viva en tal soledad;
Si quieres damas, también
Hay damas en la ciudad.

AURELIO.

Y aun aquí las hay, señor.

Entran Tiberia y Rosilda.

REY.

Entren: habladle, alegradle,
Hacelde todas favor.

TRISTÁN.

Todas le cansan en balde.

REY.

Hablad en cosas de amor.

TIBERIA.

Háble me á mí Vuestra Alteza.

ROSILDA.

¡Ea, deje la tristeza!
Déme esa mano, que quiero
Besarla.

AURELIO.

Habla.

REY.

¿Qué espero?
Aun no mueve la cabeza.

AURELIO.

Tiberia, haced mil amores.

TIBERIA.

¿No merezco más favor,
Haciéndoos tantos favores?

AURELIO.

Rosilda lo hará mejor.

TRISTÁN.

Vengan, si hay otras mejores;
Que esos mazos (1) de batán
Ningún contento le dan.

TIBERIA.

¿Á mi Rey?.....

FELISARDO.

¡Ah, gente fiera!

Vase Felisardo.

REY.

Fuése. ¿Qué es esto, Tristán?

Vanse las damas.

TRISTÁN.

Sálganse aquéstas de aquí;
La mano tienen pesada
Para echar huevos.

REY.

Pues di,
¿Contra esta figura helada,
Hay remedio?

TRISTÁN.

Señor, sí.

REY.

¿Cuál, si no es rogar al cielo
Que, como á Pigmaleón,
Dé al mármol alma?

TRISTÁN.

Recelo
La causa desta ocasión
Que ahora encendió su hielo.

REY.

¿Cómo?

TRISTÁN.

Al reloj que se nombra
De sol, si noche le asombra,
Ni señala dos ni tres;
Ansí, entre aquéstas que ves
Está el Príncipe á la sombra.
Haz sacar de la prisión
A Elisa, sol, luz y fuego
Deste reloj de afición;
Que yo aseguro que luego
Te diga las cuántas son.

(1) *Mozos* (Parte 6.ª)

REY.
Pues ¿Elisa será parte?
ALMIRANTE.
Si es una mujer que quiso,
¿Quién duda que no le aparte
Deste error?
REY.
¡Discreto aviso!
¿Qué albricias tengo de darte?
ALMIRANTE.
Voy por ella.

Vanse los dos.

REY.
Traelda presto.
Tú vuelve por Felisardo,
Aurelio.
AURELIO.
Señor.....
REY.
¿Qué es esto?
AURELIO.
Que en esto remedio aguardo
Ver el Príncipe compuesto;
Y estando loco, dirás
El propuesto casamiento,
Pues persuadirle podrás,
En cobrando entendimiento,
Á lo que le importa más;
Que es bellísima Drusila,
Aunque á su comparación
Entren Elena y Camila.
REY.
Soy la misma confusión
Entre Caribdis y Cila.

Salen el Almirante y Elisa.

ALMIRANTE.
Señor, Elisa está aquí.
REY.
Elisa, ¿hante ya contado
Lo que pasa?
ELISA.
Señor, sí.
REY.
Y ¿podrá tu amor pasado
Volver al Príncipe en sí?
ELISA.
Si es pasado, no, señor,
Porque nunca, á su verdad,
Si pasa vuelve el amor;
Que es amor como la edad,
Que nunca vuelve á su flor.
REY.
¿Y si hay reliquias?
ELISA.
Podría
Ser un viento mi presencia,
Y que con la vista mía,
Al fuego muerto en ausencia
Sople la ceniza fría.
REY.
¿Cuánto os quisisteis?
ELISA.
Tres meses.
REY.
Pocos son.
ELISA.
Si tú supieses
Lo que en tres meses pasó.....
REY.
¿Hasle obligado?
ELISA.
Eso no.
REY.
Quisiera que tú pudieses
Quitarle del pensamiento
Este mármol.
ELISA.
No podré;
Que si la mujer es viento,
Y él es mármol en la fe,
¿Cómo ha de hacer movimiento?
REY.
Ya voy conociendo en ti
Que le has de volver el seso.
ELISA.
Cuando él vuelva á estar en sí,
De mí, señor, te confieso
Que estaré fuera de mí.
REY.
Yo te casaré muy bien,
Y con hombre que también
Dice que tú le has querido,
Y que de ser tu marido
Le daban el parabién.
ELISA.
Yo no he tenido, ni aguardo
Otro ninguno en el mundo,
Sino sólo á Felisardo.
REY.
¡Qué bien mi remedio fundo!
Ya mi esperanza acobardo.
AURELIO.
¿Cómo?
REY.
Porque mal podrá
Curar una loca á un loco.
AURELIO.
¿Loca está?
REY.
De amor lo está.
ELISA.
Por quien lo estoy todo es poco.
AURELIO.
El Príncipe viene ya.

Salen Felisardo y Tristán.

FELISARDO.
Y qué, ¿la mandó traer?

TRISTÁN.

¡Oh, qué lindo! Vuelve á ver
Si es aquélla que está allí.

FELISARDO.

Disimula.

REY.

Llega, sí,
Que eres su propia mujer.

ELISA.

¿Conócesme? No responde.
¡Ah, mi bien, mi muerte es cierta!
Si es verme estar presa adonde
Ya pensaste que era muerta,
¡Ea, luz, tu sol me esconde!
¡Ay, Felisardo, ay de mí!
¡Ah, mi señor, vuelve en ti!

REY.

¿No la habla?

AURELIO.

No, señor.

REY.

¿En qué me traes, embaidor?

TRISTÁN.

Pues ¿qué me culpas á mí?
¿Quieres que un hombre, en presencia
De un padre, tome licencia
Para hablar á una mujer?

REY.

Bien dice: yo quiero hacer
De los dos un rato ausencia.
Dejad solos á los tres.

Vanse, y quedan Felisardo, Tristán y Elisa.

ELISA.

¿Es posible, ingrato mío,
Que este galardón me des,
Que me muestres tal desvío,
Que con tal rigor estés?
¿Es esto lo que he sufrido
Por ti? ¿Es esto haber venido
Á dejar mi propio ser?
¿Ó el no parecer mujer
Puso el temor en olvido?
Cuando yo te conocí,
¿Supe yo que eras rey? No,
Pues que quise sólo á ti;
Pero ya no diré yo
Que tú me quisiste á mí.
Eras un pobre estudiante,
Cuya pobreza es al doble
En hábito semejante;
Era yo una mujer noble,
Y con hacienda bastante.
Quise sólo tu persona,
Y aunque temí tu corona,
No era corona Real;
Pero siempre viene el mal
Donde menos se pregona.
No digo yo que por ti
Un hombre hidalgo perdí;
Mas cuando por mí perdieras
Un reino, menos hicieras,
Pues el del alma te di.
Tres ciudades te entregué
En sus potencias rendidas;
Muros de honor te allané,
Ofreciéndote mil vidas
Las almenas de mi fe.
Huir quiero de tu nombre;
Que ya no hay mal que temer
Ni desdicha que le asombre,
Cuando llega una mujer
Á que no la estime un hombre.

FELISARDO.

Quedo, luz de aquestos ojos;
Alarga esos bellos brazos,
No duren más los enojos;
Haz nuevos modos de lazos
En tus rendidos despojos.
No ha sido el callar desdén,
Sino el gustar de escucharte;
Que oir que quejas le den
Quien ama, en cualquiera parte,
Es de amores mayor bien.
Todo lo que te han contado
Deste mármol, es fingido;
Todo Tristán lo ha trazado;
Ser loco, concierto ha sido,
Y aun por ti casi lo he estado.
Mira por dónde este fiero
Padre viene á ser tercero
Para que te hable y vea.

TRISTÁN.

¿Para qué gastáis jalea
En si te quiero ó no quiero?
Es boba Elisa, y no entiende
Elisa que Felisardo
Sólo gozarla pretende.

ELISA.

Lo que con los brazos tardo,
Sólo el temor lo defiende.
Eres destas niñas sol,
Deste pensamiento el alba,
Desta nave y mar farol.

FELISARDO.

Yo soy en firmeza palma.

ELISA.

Yo el juramento español.

FELISARDO.

Yo no te pienso dejar
Por mil reinos.

ELISA.

Por mil muertes
No me podrán apartar.

FELISARDO.

No son las rocas tan fuertes
Entre las olas del mar.
¡Ay, Elisa! ¿Cómo haremos
Contra este padre?

ELISA.

¡Ay, Tristán!

¿Cómo aplacarle podremos?

TRISTÁN.

¡Qué presto que á mí se van
Con lagrimillas y extremos!
¿Qué me darán para el día
Que á gusto del Rey los case?

FELISARDO.

Yo mi vida.

ELISA.

Yo la mía.

TRISTÁN.

¡Que siempre entre amantes pase
Esta necia cortesía!
Luego dice el amador
Al tercero, por favor,
Que le dará vida y alma,
Y nunca pone en la palma
Oro y plata, que es mejor.

FELISARDO.

¿Que interés es tu gobierno?

TRISTÁN.

¿Yo como vidas? ¿Soy parca?
¿Ó las almas? ¿Soy infierno?

FELISARDO.

Cuanto aqueste reino abarca
Es tuyo, ¡por Dios eterno!

TRISTÁN.

Si va á decir la verdad,
Deseo ser señoría
De alguna villa ó ciudad.

FELISARDO.

Tú lo eres desde este día.

TRISTÁN.

Alto título me dad.

FELISARDO.

Conde eres.

TRISTÁN.

¿Conde? ¿De adónde?

FELISARDO.

En heredando, te alcanza
El lugar que ahora se esconde.

TRISTÁN.

¿Conde de buena esperanza?
Nunca vi tan verde conde.
Al fin soy conde alcacel,
Conde alfalfa y toronjil,
Verdolaga y verdebel;
Soy conde de perejil.
¡Qué condado tan cruel!
Tendré mi renta en carnero,
Y más, que ha de ser cocido.

FELISARDO.

Tendrás este reino entero.

TRISTÁN.

Ahora bien, abre el oído
Á lo que advertirte quiero.

FELISARDO.

¿Cómo?

TRISTÁN.

Á Elisa ha de llevar
Su padre para casar,
Y casarse ha de fingir,
Y el Rey ha de presumir
Que es en su mismo lugar.
El Príncipe, prosiguiendo
Su locura, irá diciendo
Á voces que ha de casarse
Con el mármol, ó matarse.

FELISARDO.

¿Á qué efecto?

TRISTÁN.

Yo me entiendo.

ELISA.

Mira, Tristán.....

TRISTÁN.

No hay mirar;
En no queriendo hacer esto,
Adiós.

FELISARDO.

No hay sino callar.
Elisa, el Rey viene.

TRISTÁN.

Y presto (1)
Su padre voy á llamar.

Vase Tristán.

Salen el Almirante, Aurelio y el Rey.

REY.

Pienso que está sosegado.

AURELIO.

Habrá el sentido cobrado.

FELISARDO.

Vete de mis ojos luego,
Traidor, que está mi sosiego
En lo que está concertado;
Vete, y no pares aquí;
Que quien nació para mí,
Bien entiende lo que digo.

ELISA.

El rigor que usas conmigo,
Yo mismo lo merecí,
Porque yo acepté el concierto.

REY.

Más loco está.

FELISARDO.

Ya te advierto,
Elisa, lo que has de hacer. (Aparte.)
Quitad de aquí esta mujer.
¿No veis todos que me ha muerto?

REY.

Hijo, sosiégate un poco.

FELISARDO.

¿Cómo me he de sosegar
Mientras al mármol no toco?

REY.

En el mármol vuelve á hablar

FELISARDO.

Estoy por mi mármol loco.
¿No miráis que habrá ocasión

(1) *Y yo con esto* (Parte 6.ª)

De mi concierto, ignorantes?
Andáis á tiento en razón
De no haber sido bastantes
Para saber mi intención.

AURELIO.

Señor, sólo se pretende
Que vuelvas á estar en ti.

FELISARDO.

Esto, traidores, me ofende;
Que he venido á estar ansí
Porque ninguno me entiende.

AURELIO.

Si ninguno te entendió,
Declara, señor, conmigo
Lo que sientes.

FELISARDO.

Eso no;
Que si lo que siento digo,
Sabréis tanto como yo.
Mármol, ¿cuándo será el día
Que nos casemos los dos?

REY.

Ved la tema en que porfía.

FELISARDO.

¡Ay, Elisa, plega á Dios (Aparte.)
Se cumpla la intención mía!

REY.

Elisa, ¿que no pudiste
Volverle con tu memoria
Al estado en que le viste?

ELISA.

Refiriéndole esa historia,
Le vi más furioso y triste.
La tema nueva en que ha dado,
Es decir que le has quitado
Que con el mármol se case.

REY.

¡Oh, que mal fuego le abrase,
Que tanto mal me ha causado!
¡Plega al cielo que el verjel,
Flores, plantas, yerbas, rosas,
Y todo cuanto hay en él,
Hasta esas ninfas hermosas,
Abrase fuego cruel!
¿Posible es que un hombre puede
Amar un mármol?

ALMIRANTE.

Señor,
Si crédito se concede
Á las historias de amor,
La naturaleza excede:
Semíramis, siendo tal,
Á un caballo se rindió;
Pasife á otro animal,
Jerjes una planta amó,
Y el cónsul Crispo un moral;
Á su sombra amó Narciso,
Á un ciervo amó Cipariso,
Porcio á una imagen de Elena,
Antonio amó una murena,
Y Suevio una yegua quiso;
Juno, Alcides, Pigmaleón,
Á tres mármoles amaron;
Á un ateniense, en razón
Que con un mármol le hallaron,
Castigó su religión:
Según esto, ¿qué te admira
¿Que ame el Príncipe una piedra?

REY.

Mi estrella me mueve á ira.

FELISARDO.

Presto veréis lo que medra
Tristán de aquesta mentira;
Que yo os prometo que, al fin,
Con el mármol del jardín
Ha de engañar á otro Adán;
Que más de dos temerán
Los rayos del Serafín.

AURELIO.

¡Qué locuras tan notables!
Perdido está, no hay remedio.

FELISARDO.

Liso es que casarme entables;
Con este mármol no hay medio.

REY.

¡Ah, sucesos miserables!
¡Un hijo muerto, otro loco!

FELISARDO.

¡A qué furia me provoco! (Aparte.)
Calla, Elisa, que yo haré
Que venga á besarte el pie
Quien mi mármol tiene en poco.

Salen Tristán, Doristeo y Jacinto.

AURELIO.

Tristán viene.

REY.

Siempre viene
Con invenciones.

TRISTÁN.

Aparte
Quiere, porque le conviene,
El padre de Elisa hablarte.

REY.

Licencia en público tiene.

DORISTEO.

Aunque de venir aquí
Tiemblo, señor, como ves,
Por el valor que hay en ti,
Pido, arrojado á tus pies,
Que atento me escuches.

REY.

Di.

DORISTEO.

Habiendo la edad mejor
Desde la verde primera,
Rey de Gelanda Clenardo,
Que el alto cielo engrandezca,
Gastado en seguir las armas
Contra la gente escocesa,
Que mal estaba á tus islas

Por antiguas competencias,
Vine á tu corte, y mostrando
En tu Consejo de guerra
Heridas y memoriales,
Y más heridas que letras,
En satisfacción me diste
El alcaldía y tenencia
De Miralmar, que el mar baña,
Fuerza en una pobre aldea.
Fuí á servilla y á servirte,
Y hallé una dama francesa,
De tu Almirante y de ti,
Á lo que pienso, parienta,
Viuda del conde Otavio,
En esta aldea, y con ella
Me casé, porque soy noble
Por la sangre y por la guerra.
Tuvo dos hijos de un parto,
Uno varón, otro hembra,
Que le costaron la vida,
Y á mí la presente afrenta.
Pareciéronse los dos
Tanto, que yo mismo apenas
Diferenciaba sus rostros
En esta edad, que aun es tierna.
Á Elisa, que está presente,
Me pidió con grandes fuerzas
Este mancebo que miras,
Noble con iguales prendas.
Concertámonos los padres,
Mas lo que padres conciertan,
Fácilmente de los hijos
Deshace la inobediencia.
El príncipe Felisardo
Estudiaba en esta aldea,
Sin que supiera ninguno
Sus padres ni su ascendencia;
Que lo más que se decía,
Era que su hijo era
Del Almirante, á quien daba
Crédito aquella presencia.
Los ojos puso en Elisa,
Y, entrando por una puerta,
Que bien las llamaron falsas,
Castamente habló con ella.
Dióle infinitas palabras
(Que palabras poco cuestan)
De que su esposo sería;
Todas el viento las lleva.
Supe que hablaban, y entré
Á verlo por unas yedras;
Quejéme con voz de padre,
Pero respondió á mis quejas
Que estaba con su mujer,
Y que no era de la Iglesia.
Quise proseguir mi enojo,
Pero, la capa revuelta,
Sacó del izquierdo lado
Una pistola tudesca,
Poniéndomela á los pechos
Si esforzaba el detenerla;
Que para matarme á mí,
Menos el plomo pudiera
Que el yerro que Elisa hizo
En darle aquella licencia.
Llevósela, porque yo,
Mal con esta caña seca
Y estas manos arrugadas
Pude intentar la defensa;
Que el caballo más feroz,
Que más corre, para y vuela,
No se levanta del prado,
Viejo, aunque haya mil trompetas.
Pues Jacinto, aunque mancebo,
No pudo hacer resistencia,
Que el fuego alcanza de lejos,
Y la espada desde cerca.
Después me habló Felisardo
Para casarse con ella,
Y al darse las manos (mira
Lo que los cielos rodean),
El Almirante y mil Grandes
Con voces alegres entran,
Llamándole tu heredero,
Y por la posta le llevan.
Yo ¡triste! llevé mis hijos
Tras él, y pensando que era
Elisa Celio, le truje,
Engañado dél y della,
En el hábito que ves,
Á servirte; mas no quiera
Dios que á mi Rey cause enojos
Ni engaño, aunque afrenta sea.
Dámela, señor, que quiero
Casarla, pues si lo queda,
Podrá mejor Felisardo
Casarse con quien desea.

REY.

Contento he recibido de escucharte
Y de saber quién eres, noble viejo,
Y así me ofrezco á cuanto pueda honrarte,
Á la buena elección de tu consejo;
Respondo que Jacinto goce á Elisa,
Que nunca á verse dos dañó el espejo;
Ejecútalo, amigo, y con la prisa
Que me importa que Elisa esté casada,
Y de la ejecución luego me avisa,
Y por pagar las deudas de tu espada
Y lo que en esto Felisardo debe,
En treinta mil ducados va dotada,
Y á ti de renta, mientras vivas, nueve.

DORISTEO.

Beso tus Reales pies.

REY.

El yerno tuyo
Sucederá en tu oficio.

DORISTEO.

Que la lleve
Me da licencia.

JACINTO.

Ahora restituyo,
Claro señor, mi honor, y la grandeza

Dese tu generoso pecho arguyo.
Elisa mía, alegra la belleza,
Que para hacer tan celestial pintura,
Al cielo dió el pincel naturaleza;
Que aunque tu entendimiento y hermosura
Merecían un Príncipe tan alto,
Estaba para mí tan gran ventura;
Conozco que de méritos soy falto.
Mas ¿qué no suple amor?

FELISARDO.

¿Qué es esto, cielos?
Parece que le ha dado un sobresalto.

ELISA.

Digo que pierdas todos los desvelos
Que has tenido de mí, pues que soy tuya.

FELISARDO.

Quedo, por Dios, que me deshago en celos.

JACINTO.

Pues vamos donde aquesto se concluya.

FELISARDO.

Tristán, ¿qué es lo que has hecho?, que es [mi daño.

TRISTÁN.

Calla, que aun no han cantado el Aleluya.

REY.

Idos todos con Dios.

FELISARDO.

Por todo el pecho
Siento, Tristán, una mortal congoja.

DORISTEO.

Guárdete el cielo.

FELISARDO.

Una traición sospecho.

Vanse Jacinto, Doristeo y Elisa.

AURELIO.

¿Qué es lo que agora al Príncipe le enoja?

TRISTÁN.

Esto del mármol dice todavía.

AURELIO.

Poco espacio del accidente afloja (1).

REY.

Todos los medios que Tristán decía
Han sido sin provecho.

TRISTÁN.

Antes han sido
De gran provecho con la industria mía,
Porque el haber, señor, aquí venido
Elisa, le ha templado el acidente.

AURELIO.

Pues ¿cómo ahora vuelve á estar perdido?

TRISTÁN.

Porque otras cosas nuevas dice y siente,
Y son nuevos remedios necesarios.

REY.

Yo he topado con médico excelente.

TRISTÁN.

Pues ¿cuánto va que los remedios varios
De Hipócrates, Galeno y Avicena,
Con tanta confusión de letuarios,
No le podrán librar de aquesta pena
Mejor que yo?

REY.

Pues ¿cómo no has podido?

TRISTÁN.

¿Sana el doctor con una vez que ordena?
Haz lo que yo dijere aquí al oído,
No lo oiga Felisardo, y apostemos
Que vuelve á estar en su primer sentido.

REY.

Un loco cura á otro.

TRISTÁN.

Bien sabemos
Que hacer la tema que los locos quieren,
Sosiega muchas veces los extremos.
De un loco las historias nos refieren,
Que dijo que era gallo y que cantaba,
Tema en que muchos que la imitan mueren,
Y como nadie crédito le daba,
El hombre perecía en mal tan fiero,
Hasta que un hombre que en lo cierto estaba,
Dijo que era verdad, y á un gallinero
Llevó á este loco y le dejó encerrado,
Donde el sentido le volvió primero,
Porque después de haber dos días cantado,
Salió de las gallinas sucio y feo,
Muerto de hambre y de su tema honrado.

ALMIRANTE.

Satisfaciendo un loco su deseo,
No dudes de que templa su porfía.

REY.

Digo, Almirante, que en la cura creo.

TRISTÁN.

Otro loco ¿no dijo que tenía
Un cascabel metido en la cabeza,
Y se daba á entender que le tañía,
Hasta que de un barbero la agudeza,
Haciéndole una herida, en sangre envuelto
Le sacó el cascabel?

AURELIO.

Sepa Su Alteza
Que debe de saber que está resuelto
Felisardo en casarse.

REY.

¿De qué suerte?

AURELIO.

Con ese mármol.

TRISTÁN.

En Elisa vuelto.

REY.

Si en eso estaba el remediar su muerte,
Trate Tristán el modo de casarse.

ALMIRANTE.

Fuerte remedio quiere un mal tan fuerte.

TRISTÁN.

Yo me atrevo, señor, á contentalle:
Venid conmigo, vestiré la diosa,
Que vestida tendrá gracioso talle;
Será madrina tu Drusila hermosa,
Y veréis que tras deste casamiento

(1) Verso corto.

Discurre, come y bebe y que reposa.

REY.

Almirante, á Drusila en un momento
Haréis vestir.

ALMIRANTE.

Yo voy.

Vase el Almirante.

REY.

¡Ah, Felisardo,
Hoy es el día de mayor contento;
Hoy con tu mármol desposarte aguardo!

FELISARDO.

Dame tus pies, ¡oh padre de mi vida!

TRISTÁN.

¿Ves si le templa?

REY.

¡Ay, cielo! ¿En qué me tardo?
Vamos á ver tu diosa, que vestida
Está de ricas telas de colores.

FELISARDO.

No hay otro bien que á tu grandeza pida.

TRISTÁN.

¿No ves ya las señales?

REY.

¿Qué mayores?

TRISTÁN.

Si esta vez salgo bien destas quimeras,
Ó á mí me dan el lauro de embaidores,
Ó lo pongo á pagar en las galeras.

Vanse.

Salen Doristeo y Jacinto.

JACINTO.

¿Qué me dices?

DORISTEO.

¿No lo entiendes?

JACINTO.

Pues ¿dónde á Elisa has dejado?

DORISTEO.

Con Elisa te han burlado
Las esperanzas que ofendes,
Porque no es Elisa aquella
Que en poder del Rey hallaste.

JACINTO.

Pues ¿quién?

DORISTEO.

Aunque pensaste
Que te casabas con ella.

JACINTO.

¿Celio aquél?

DORISTEO.

Celio su hermano,
Que por sacarle de allí,
Casar á Elisa fingí,
Con temor del Rey tirano.

JACINTO.

¿Llamásteme con traición?

DORISTEO.

No, sino con ley de amigo,
Para librarme contigo
De un Rey.

JACINTO.

¡Extraña invención!
Diréle al Rey la verdad.

DORISTEO.

¿Qué importa? En salvo caminan
Celio y Elisa.

JACINTO.

Adivinan
Mi enojo.

DORISTEO.

Tu verde edad
No te da lugar de ver
Que no es buena para ti
Mujer que viste y que vi
Que otro la llamó mujer;
Que aunque la tengo por casta,
Y ser bien nacida sobra,
La sospecha de la obra
Para aborrecella basta.

JACINTO.

¿Díceslo de veras?

DORISTEO.

Digo
Que en cosa que me es tan cara,
Nunca yo desengañara
Aunque no fuera mi amigo.

JACINTO.

¿Que eso temes?

DORISTEO.

Hombre soy.

JACINTO.

¿Dónde la enviaste?

DORISTEO.

A Escocia,
Mientras acá se negocia
Que temple el Rey su furor (1),
Que ha de ser Reina en Gelanda
O entrar en un monasterio.

JACINTO.

Del rey Leonardo el imperio,
El mar con la tierra manda;
Yo haré que corra en el mar,
Y que la maten haré.

DORISTEO.

Vé, camina, que yo sé
Que no la podrá alcanzar.

JACINTO.

Yo sé que la alcanzarán.
Voyme.

DORISTEO.

Tente.

JACINTO.

¡Industria rara!

DORISTEO.

Voy á ver en lo que para
Lo que me ha dicho Tristán.

Vanse.

(1) Falta la rima.

Salen el Rey, el Almirante y Drusila con otras damas, y acompañamiento, y Felisardo de boda.

DRUSILA.
Digo que es notable cosa.
ALMIRANTE.
Dicen que es gran medicina.
DRUSILA.
Basta que soy la madrina,
Donde pensé ser la esposa.
ALMIRANTE.
Con esto, dice Tristán
Que estará el Príncipe cuerdo.
DRUSILA.
De otros ejemplos me acuerdo,
Que las historias nos dan.
ALMIRANTE.
Cúrele en esto ó no cure,
Tú has de ser Reina; y ¡es poco
Bien que el Príncipe esté loco!
DRUSILA.
Dure el reino lo que dure.
Con grande alegría viene
Adonde el mármol está.
ALMIRANTE.
Tristán le ha vestido ya,
Y en una mesa le tiene.
DRUSILA.
¡Qué gracioso casamiento!
¿Si dice después que quiere
Dormir con él?
ALMIRANTE.
Cuanto hiciere
Es de poco fundamento.
Sólo aquí se ha pretendido
De que el Príncipe sosiegue.
FELISARDO.
¿Qué aguardamos?
REY.
Á que llegue
Tristán.
AURELIO.
Por la novia es ido.
ALMIRANTE.
¿Quién habrá visto casar
Con un hombre un mármol?
AURELIO.
Creo
Que conozco en su deseo
Que no se quiere engañar;
Que mármol habían de ser
Cuantas mujeres se casan,
Ansí por lo que ellas pasan,
Como por no responder.
ALMIRANTE.
Si se sosiega con esto,
Haré que á Drusila quiera.

Sale Tristán.

TRISTÁN.
Ya doña Mármol espera
Á su marido en el puesto.
Llegue Vuestra Majestad,
Y correré la cortina.

Corre Tristán la cortina, detrás de la cual está Elisa vestida ricamente, el rostro velado con un velo, y las manos como figura de mármol, sin moverse.

FELISARDO.
¡Oh bella imagen divina,
La hermosa mano me dad!
AURELIO.
Ya toma su mano helada.
FELISARDO.
Padre, ¿es aquésta mi esposa?
REY.
Sí, Príncipe, que es la cosa
Que más tengo deseada.
FELISARDO.
¿Juras que me la darás
Por mujer?
REY.
Digo que juro
Que es tu mujer.
FELISARDO.
No procuro
Otro bien.

Salen Jacinto y Doristeo.

DORISTEO.
¿Adónde vas?
Detente, Jacinto.
JACINTO.
Al Rey
Tengo de contar el caso,
Y ha de saber.....
DORISTEO.
¡Tente, paso!
JACINTO.
Si esto es razón, si esto es ley.
FELISARDO.
En fin, ¿que yo estoy casado
Con la que veis?
REY.
Yo lo firmo,
Y digo que la confirmo
Por heredera en mi Estado.
FELISARDO.
¿Vosotros no la juráis
Por vuestra señora y Reina?
ALMIRANTE.
Digo que en Gelanda reina,
Digo que los dos reináis.
FELISARDO.
Decid que la Reina viva.
TODOS.
¡Viva!
FELISARDO.
Tú, señora, di
Si has de ser mi esposa.
ELISA.
Sí.

ALMIRANTE.

¡Gran prodigio!

REY.

¡Muerte esquiva!

ALMIRANTE.

¿Habló el mármol?

FELISARDO.

Señor, sí,
Que este mármol es Elisa.

REY.

¡Oh, traidor!

FELISARDO.

Mi amor te avisa
De que es digna de mi amor;
Es mi mujer, y ha de ser
Reina en Gelanda, que vengo
Con diez mil hombres que tengo
Debajo de mi poder;
Que mientras esto he fingido,
Con cartas los he llamado.

REY.

Digo que he sido engañado.

ALMIRANTE.

Digo que engañado he sido.

REY.

¿Qué haré, Almirante?

ALMIRANTE.

¡Callar,
Que siento la gente fuera!

Dicen dentro:

TODOS.

¡Dadnos la Reina!

AURELIO.

Ya esperan
La Reina, que le has de dar.

REY.

¿Qué has hecho, Tristán?

TRISTÁN.

¡Señor,
Lo que nadie supo hacer!

REY.

¿Cómo?

TRISTÁN.

Hacer una mujer
De un mármol.

ALMIRANTE.

Deja el rigor,
Y muestra que estás contento.

REY.

Dame esos brazos, Elisa,
Pues que ya esta paz te avisa
Que gusto del casamiento.

ELISA.

Tu esclava soy.

DORISTEO.

Aquí está
Su padre.

REY.

Ya, Doristeo,
Se ha cumplido tu deseo.

JACINTO.

Reina, el parabién te da
Jacinto, que conocía
Tu valor; pero el amor
Pensó igualar tu valor.

REY.

Mostrad todos alegría.
Quédese Jacinto aquí,
De Felisardo copero;
Tristán será compañero.

TRISTÁN.

Siempre dese oficio fuí.

REY.

Su mayordomo mayor
Doristeo sea, y daremos,
Aunque no le conocemos
Más que por fama y valor,
Á Celio, hermano de Elisa,
Á Drusila.

ALMIRANTE.

Es Celio (1)
Tan noble, que ya deseo
Besar la tierra que pisa.

CELIO.

Si esto merezco, ¿qué aguardo?

FELISARDO.

¡Venid, Mármol del jardín!
Y aquí el poeta da fin
Al *Mármol de Felisardo.*

FIN DE LA COMEDIA DE «EL MÁRMOL DE FELISARDO».

(1) Falta la rima.

LA POBREZA ESTIMADA

LA POBREZA ESTIMADA

PERSONAS

DOROTEA, *dama.*
RISELA, *su prima.*
ISABEL, *esclava.*
LEONIDO, *hidalgo.*
TANCREDO, *criado suyo.*
RICARDO, *caballero.*
CELIO, *criado.*
JULIO, *criado.*
FELISARDO, *amigo de Leonido.*
AURELIO, *viejo.*
AUDALLA, *Rey de Argel.*
ZULEMA.
LIMAMI.
ALIMO.
ELIZBEY.
ARNAUTO.
RIBERA, *soldado.*
DON FRANCISCO, *capitán.*
ROSADO, *alférez.*
UNA MUJER.
UN PREGONERO.
UN PÍCARO.
CUATRO SALTEADORES.
MOROS.
SOLDADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

ACTO PRIMERO.

Isabel y Tancredo.

TANCREDO.

No me niegues, Isabel,
Que tu ama no ha entendido
Lo que la quiere Leonido,
Y que no repara en él;
Que, aunque esclava, honrada eres,
Y me quieres bien también,
Y no sé que el querer bien
Sea afrenta en las mujeres;
Que el no querer y engañar
Debe de ser más delito.

ISABEL.

Necio estás.

TANCREDO.

Mi dueño imito.

ISABEL.

Lo malo no es de imitar.

TANCREDO.

¿Quieres que te quiera bien?

ISABEL.

Sí quiero.

TANCREDO.

Pues si Leonido
Quiere más que hombre ha querido,
Debo imitarle también.

ISABEL.

Mira, Tancredo: en mujer
Es gran daño la ocasión,
Que es fácil su condición
Para inclinarse á querer.
La que es cuerda, sabe huílla,
Y del peligro se guarda.

TANCREDO.

Ya tu retórica tarda.
¿Á qué piensas reducilla?

ISABEL.

Á que, viendo Dorotea
Que la ocasión suele hacer
Á la más cuerda mujer
Que más arrojada sea,
Guardase de la ocasión.

TANCREDO.

¿Tan poco fía de sí?

ISABEL.

Lo que yo fié de mí
Cuando escuché tu razón.
Que se guarde una doncella
De padre y madre guardada,
Como la fruta cercada
Que es imposible cogella,
No me causa admiración;
Mas guardarse ella á sí propia,
Muestra una divina copia
De entendimiento y razón.
Eso de las pomas de oro
Y el vellocino dorado
Fué de mil fieras guardado,
Y fué inviolable tesoro;
Mas como vino Jasón,
Rindiólo todo Medea,
Porque en ejemplo se vea
La fuerza de la ocasión.
Mi ama, pues, no guardada
De padre que está cautivo,
Muestra valor excesivo
Siendo por sí sola honrada.

TANCREDO.

Bien hablas de la ocasión,
Que es grande peligro en ellas:
Fidias puso á las doncellas
Por guarda un fuerte dragón.
Es animal de gran vista,
Símbolo de vigilancia,
Aunque de poca importancia
Cuando el fuerte la conquista.
Y pues que sabes tan bien
Que á la ocasión poderosa
No se le resiste cosa
De ocasión á su desdén,
Háblala en Leonido, y di
Que estará mejor guardada
Con un hidalgo casada,
Que no de sí ni de ti.
Si su padre está cautivo,
¿Qué cosa habrá que le cuadre
Como dar á nuevo padre
Ese cuidado excesivo?
Si de Fidias la intención
Fué guardar á Palas bella,
Hoy Leonido á sus pies della
Puede servir de dragón.
¿Qué Jasón habrá que intente
Su mal, mientras no se abrasa?
Que, en fin, un marido en casa
Más verá que un padre ausente.
Si yo, Isabel, te dijera
Que á Dorotea allanaras,
Y que á Leonido entregaras
Lo que lícito no fuera,
Pudieras reprehenderme;
Mas dalle padre y marido
Á Dorotea, no ha sido
Ni ofendella ni ofenderme.

ISABEL.

Digo que me persüades
Y á que lo intente me animas,
Y estimo el ver que la estimas
Con tan honradas verdades;
Que, aunque esclava, ya otras veces
Te he dicho mi nacimiento.

TANCREDO.

Por él y tu entendimiento
Ser reina, Isabel, mereces.

ISABEL.

No lo dudes que pudiera
Serlo, pues de rey nací.

TANCREDO.

Algunas veces te oí
Hablar en esa quimera;
Pero entiendo que son leyes
De esclavos hacerse altivos,
Porque siempre los cautivos
Os fingís hijos de reyes.
Y eso aparte, ¿cómo, di,
Le darás este papel?

ISABEL.

Haré del ladrón fiel
Diciendo que es para mí,
Ó buscaré la invención
Que mejor me pareciere.

TANCREDO.

Pues sabe que darte quiere
Leonido para un jubón.

ISABEL.

Bien conforma esa presea
Al oficio de los dos:
Démele, y guárdeme Dios
Que de la justicia sea.
Pero vete, que ella sale.
Esta noche te hablaré.

TANCREDO.

¿Irás á la fuente?

ISABEL.

Iré
Si algún achaque me vale.

Vase Tancredo.

Dorotea.

DOROTEA.

¿Con quién hablabas aquí?

ISABEL.

Con una vecina hablaba.

DOROTEA.

¿Que mujer contigo estaba,
Isabel?

ISABEL.

Señora, sí:
Bien me lo puedes creer.

DOROTEA.

Pues ¿de qué te has alterado?

ISABEL.

De pensar que has escuchado
Lo que dijo la mujer.

DOROTEA.

¿Era cosa sospechosa?

ISABEL.

Flaqueza suya.

DOROTEA.

¿Qué fué?

ISABEL.

Otra vez te lo diré,
Que ahora estoy vergonzosa

DOROTEA.

No lo digas, si no es
Conforme á mi honestidad.
¿Qué hay de nuevo en la ciudad?

ISABEL.

El ver que tan sola estés;
Que se tiene á novedad
Que vivan con tal clausura
Necesidad y hermosura,
Que no sufren soledad.

DOROTEA.

Donde tú vas, no me espanto
Que, como es gente ignorante,
En plática semejante
Á mi honor se atreva tanto.
La honestidad recogida
Contra la necesidad,
Es la cierta honestidad,
Que no por fuerza oprimida.
¿Qué te dijo la mujer?

ISABEL.

¿No me mandaste callar?

DOROTEA.

Y ¿quién se sabrá guardar
Del deseo de saber?
Bien dices; no me lo digas.
¿Llevaste aquella labor?

ISABEL.

Leonarda estaba mejor,
Y estima cuánto la obligas.
Dice que si en casa estás.....

DOROTEA.

¿Quiéresme hacer un placer?

ISABEL.

Servicio.

DOROTEA.

Aquella mujer,
¿Qué te dijo?

ISABEL.

¿En eso das?

DOROTEA.

Si verdad te digo, muero
Por sabello.

ISABEL.

Este papel
Me daba, y dijo que dél
Era dueño el caballero
Que el domingo.....

DOROTEA.

No más, loca.
Quítale allá.

ISABEL.

Tú no tienes
La culpa.

DOROTEA.

¡Qué necia vienes!
Rásgale, y calla la boca.

ISABEL.

Pues papel que un hombre honrado
Le escribe á aquella mujer,
¿No le pudieras leer?

DOROTEA.

¿Suyo?

ISABEL.

Sí.

DOROTEA.

¡Cuento extremado!
Muestra, que papel de amores
Ajeno, leerse puede.

ISABEL.

Toma.

DOROTEA.

Mi término excede. (Aparte.)
Saliéndome van colores.

Lee.

«No creo que servir un hijodalgo una dama de vuestros méritos con santo deseo del sacramento del matrimonio.....»

¡Jesús, qué devoto amante!
Toma allá.

ISABEL.

¿Qué te amohina?

DOROTEA.

Creo que de la doctrina
Sacó papel semejante.
¡Sacramento y matrimonio!

ISABEL.

Para ti fuera extremado,
Pues en hipócrita has dado.

DOROTEA.

Eso es mayor testimonio;
Que si lo fuera, ¿no ves
Que ese papel me agradara?

ISABEL.

Pues, por vida de tu cara,
Que le leas.

DOROTEA.

Muestra, pues.

Lee.

«Es negocio de tanto escándalo, que apenas os dejéis ver, cuanto más hablar. Pues por vida de esos ojos, que son todo el regalo de los míos.....»

Aquí jugó del vocablo.

ISABEL.

Sí; pero no lo sacó

De la doctrina.

DOROTEA.

Esto no,
Si no es doctrina del diablo.
Tómale allá, que es lascivo.

ISABEL.

Ya es santo, ya es amoroso.....
Todo lo vuelve enfadoso
Tu estragado gusto esquivo;
Que no hay buen manjar sin gana,
Ni á la gran hambre mal pan;
Que yo sé bien que el galán
Escribe á la cortesana.

DOROTEA.

Otro capítulo quiero
Leer, por ver en qué para.

ISABEL.

¿Quiéreslo?

DOROTEA.

Sí.

ISABEL.

Y lo jurara.

DOROTEA.

¡Qué gracia de caballero!

ISABEL.

¿Sabes que te ha sucedido
Como al que del plato toma
Fruta, que la vista coma
Como primero sentido?
Escoge la más madura,
Y va la dura dejando;
Mas cuando se va acabando,
También se come la dura.

DOROTEA.

Oye, verás lo que dice.

ISABEL.

Ya sé que lo has de leer;
Que eso estima la mujer
Que al principio contradice.

DOROTEA.

Lee.

«Que me debe vuestro rigor más honrado acogimiento, y que no sería malo un marido hidalgo, adonde falta un padre cautivo.»

¡Ay, Isabel! ¿Cómo es esto?
¿Es, por dicha, para mí?

ISABEL.

Señora.....

DOROTEA.

Di presto.

ISABEL.

Sí.

DOROTEA.

¡En qué confusión me has puesto!
Este papel, ¿es de un hombre
Que anda por mí divertido?

ISABEL.

Señora, sí, y que es Leonido,
Á lo que pienso, su nombre.
No aquel rico que pasea
Esta calle muy galán
En un caballo alazán
Con seis pajes de librea,
Sino aquel que tiene sólo
Un gentilhombre de espada,
Que pasea la estacada
Á pie, más bello que Apolo.

DOROTEA.

¿Cómo tomaste el papel?

ISABEL.

Deseando tu remedio,
Por verte, señora, en medio
De tanto daño cruel.
Para tu mucha hermosura
Tu recogimiento basta;
Que la que es por fama casta,
Esa la tiene segura.
Pero tu necesidad
Por grande enemigo tiene
Tu recogimiento, y viene
Á ofender tu calidad.
Cásate, que, en fin, casada,
De todo estarás segura.

DOROTEA.

Lo que ese hidalgo procura
No niego que es cosa honrada.
Ni del papel ni de ti
Ni dél me quiero enojar;
Antes hoy le quiero hablar.

ISABEL.

¿Hablarle?

DOROTEA.

Digo que sí.

ISABEL.

¿Cuándo ó cómo te has mudado?

DOROTEA.

Ahora me he persuadido
Que no ha de estar, sin marido,
Del vulgo mi honor guardado.
¡Bien me has sabido engañar!
Rompiste más que el acero
Con un papel tierno: hoy quiero
Á su hidalgo dueño hablar;
Mas di, ¿parécete á ti
Hombre que me estará bien?

ISABEL.

Ya te doy el parabién
Sólo en verte hablar así;
Que si en el mundo ha nacido
Á tus méritos igual,
Es este hidalgo.

DOROTEA.

Si es tal,
Yo tengo, Isabel, marido.
Cuanto á su talle, ya estoy
Satisfecha, si es quien pienso;
Lo que es á su amor inmenso,
Algo inclinándome voy.
Su nacimiento es honrado.....

Sólo una cosa le temo.

ISABEL.

Que es gentilhombre en extremo,
Bien nacido y bien criado,
Es sin duda; y si esto es,
¿Cuál otro miedo te queda?

DOROTEA.

Suele tener esa rueda
Cierta fealdad en los pies.

ISABEL.

¿Presumes que es jugador?
¿Que es malquisto? ¿Que es valiente,
De los que llama la gente
Matachines del honor?
¿Piensas que es loco ó avaro,
Ó gastador en extremo?

DOROTEA.

Qué, ¿no entiendes lo que temo?
Pues no es este sol tan claro.

ISABEL.

¿Que trata alguna mujer,
Que la tiene obligación?

DOROTEA.

¡Que necia estás!

ISABEL.

Con razón,
Si me haces desvanecer.

DOROTEA.

¿No puede ser ese hombre
Pobre é hidalgo?

ISABEL.

Confieso
Que no he reparado en eso,
Con ser anejo á su nombre.
¡Válgate Dios por faltilla!
¡En verdad que no era nada!

DOROTEA.

El gentilhombre de espada,
¿No te ha dicho la cartilla?

ISABEL.

El ser hidalgo es el diablo,
Para que sospecha cobre,
Que parece que ser pobre
Anda con este vocablo.
Luego le verás asido
Como si fuese su hermano:
«Hidalgo honrado es fulano,
Y aunque es pobre es bien nacido.»
¿No sabes que el rey Fernando
Al Cid una vez pedía,
Que de fronteras venía
Gran riqueza publicando,
Que diese al de Ordóñez algo,
Y que proseguía luego:
«Que sabed, Cid, que don Diego,
Aunque pobre, es buen hidalgo»?

DOROTEA.

Reir me has hecho, en efeto.
¿Pobre será?

ISABEL.

¿Qué lo dudas?
Pero de estado no mudas,
Que es un notable secreto.
Mudar estado es casar;
Tú no, por pobre, empobreces.

DOROTEA.

Si tan buen aire me ofreces,
Habréme de resfriar.

ISABEL.

También puedo yo engañarme;
Que sus galas no proceden
De pobreza.

DOROTEA.

También pueden
Sus galas asegurarme;
Que son gallardas y honestas.

ISABEL.

¡Bueno! Es más limpio que el sol.

DOROTEA.

Si no es como el caracol,
Que trae cuanto tiene á cuestas.

ISABEL.

Él trae su calza y su cuera
De ámbar, cadena y cintillo.

DOROTEA.

¿Fino todo?

ISABEL.

De martillo.

DOROTEA.

¿Haslo tocado?

ISABEL.

Pudiera.

DOROTEA.

Mira que hay pobre afeitado,
Que engaña como mujer.

ISABEL.

Bien puede Leonido ser
Pobre; pero es pobre honrado.
Él viene de noche aquí
Con su calzón de color,
Zapato blanco y olor,
Media azul ó carmesí,
Plumita, garzota, airones.....
En fin, bien puede haber sido
Este hombre niño movido;
Mas con todas sus facciones.....
¡Ay, á la puerta han llamado!

DOROTEA.

Pues parte, y mira quién es.

Vase Isabel.

La virtud y el interés
Hoy en acuerdo han entrado;
Mas como pueda vivir,
La virtud ha de vencer.

Ricardo, Isabel, Celio y Julio.

ISABEL.

Bien podéis la casa ver.

RICARDO.

Sólo os pretendo servir.

¿Es esta dama su dueño?

DOROTEA.

¿Qué es lo que mandáis, señor?

RICARDO.

Háseme huído un azor
De las manos como sueño,
Y dicen que ha entrado aquí.
Si el buscarle os causa enfado,
Volveréme.

DOROTEA.

¿Aquí se ha entrado?

JULIO.

Sí, señora; yo lo vi.

DOROTEA.

¿Por dónde?

JULIO.

Por la azotea.

DOROTEA.

Mandalde, señor, buscar.

RICARDO.

Si dais licencia y lugar.....

DOROTEA.

Que muy en buen hora sea.

RICARDO.

Estos criados irán.

DOROTEA.

Vaya esta esclava con ellos.

RICARDO.

Bien decís, aunque fiar dellos
En otra parte podrán.

DOROTEA.

Y en ésta mucho mejor,
Pues aunque vuestros no fueran,
No hallaran en qué pudieran
Hurtar cosa de valor.

CELIO.

Venga, hermana.

ISABEL.

Vaya, hermano.

JULIO.

¿Cómo se llama?

ISABEL.

Mi nombre.

JULIO.

Dígame algo que me asombre.

ISABEL.

Toque, y daréle de llano.

CELIO.

Pellizcalda en la escalera.

JULIO.

Es un oro la esclavilla.

Vanse Isabel, Celio y Julio.

DOROTEA.

Que entrase me maravilla,
Que hay una red por defuera.

RICARDO.

Mucho siento que haya entrado,
Si os ha causado disgusto.

DOROTEA.

Ya que de serviros gusto,
Lo doy por bien empleado;
Que una simple palomilla
Que allí me puede haber muerto,
No era tesoro encubierto
Si á tan vil presa se humilla.

RICARDO.

Si la ha muerto, ¡vive Dios
De cortarle la cabeza,
Si no usáis de la nobleza
Que os dió el cielo, con los dos!
Que como el azor culpado,
Á vos me lanzó el amor
Por presa de más valor
Que el cielo á esta tierra ha dado.
En el vuelo que he traído,
Parezco azor de Noruega;
Que voy temiendo que llega
La noche de vuestro olvido.
Mas ¿cómo, si vuelo ciego,
Puedo acertar á seguiros
En aire de mis suspiros
Que se exhalan de mi fuego?
Que el aleto (1) más gentil
Que la India á España ha dado,
Se quedara atrás cansado
En vuestro vuelo sutil.
Á buscar vengo un perdido,
Ciego y loco; halladme vos.

CELIO.

Dentro.

¡Huchohó!

DOROTEA.

¡Ay, Dios,
Y qué descuidada he sido!
Suplícoos que os vais de aquí.
Que ya sé lo que buscáis.

RICARDO.

¿Desto sólo os azoráis?
Pues no busco azor aquí;
Que soy, señora, un galán
Que más virtud que hermosura
De vuestra casa procura.

JULIO.

Dentro.

¿Si se entró en este desván?

RICARDO.

De vuestro merecimiento
Estoy, señora, informado;
Que hasta agora he deseado
Deciros mi pensamiento.
Heredé tanta riqueza,
Que sólo en decir Ricardo,
En competencia acobardo
A la mayor gentileza.
Sé que sois pobre, y que está

(1) Especie de halcón.

Aurelio, vuestro buen padre,
Cautivo, y que vuestra madre
Deste dolor murió ya;
Y que nunca ha sido oída
De la fama en altas cumbres
Tal santidad de costumbres,
Ni tal limpieza de vida.
Esto sólo he menester,
Que es virtud y gentileza;
El pobre busque riqueza,
Y el rico honrada mujer.
Nacistes para ser dueño
De un mundo; y así, soy loco
En ofreceros tan poco,
Que sois grande, y soy pequeño;
Pero lo que puedo os doy.

DOROTEA.

Tenéisme tan obligada,
Que no os digo, de turbada,
De la suerte que lo estoy;
Que como los casamientos
Bien por terceros se tratan,
Aquí agora se dilatan
Mis justos atrevimientos.
Yo estoy muy agradecida
Del ofrecimiento hecho,
Que de vuestro noble pecho
Dió muestra tan conocida.
Y para daros respuesta,
Sólo hasta mañana os pido
De término.

RICARDO.

Largo ha sido
Por lo que al alma le cuesta,
Y corto por la merced
Que espero dese valor.
Basta, que he hallado el azor
Que osó romper vuestra red;
Pero si en vos se perdió,
¿Adónde hallarse podía?
Cansaros no es cortesía.
¡Hola, Julio!

JULIO.

Dentro.

¡Huchohó!

DOROTEA.

Bien disimula.

RICARDO.

Desea
Que acierte á hallarse el perdido.

JULIO.

Dentro.

Sin duda que se ha salido
Por la misma chimenea.

ISABEL.

Dentro.

¿Era brujo, por ventura?

RICARDO.

Celio..... Julio.....

JULIO.

Dentro.

Señor.....

RICARDO.

¡Hola!

Isabel, Julio y Celio.

DOROTEA.

¿Cómo así me dejas sola?

ISABEL.

Si sola no, más segura.
¿No estaba Ricardo aquí?

RICARDO.

Á Dorotea.

En fin, ¿que mañana vuelvo?

DOROTEA.

Hasta entonces no resuelvo
Lo que pienso hacer de mí.

RICARDO.

¡Oh noche larga y pesada!
Por verte de luz vestida,
Diera diez años de vida.

CELIO.

Mas ¿qué dice la pasada? (Aparte.)

JULIO.

¿Cómo has negociado? (Aparte á su amo.)

RICARDO.

Bien,
Si no se me trueca en mal.

JULIO.

¿No es hermosa?

RICARDO.

Celestial,
Y más con menos desdén.

Vanse Ricardo, Julio y Celio.

ISABEL.

¿Qué sientes de la invención
Deste galán halconero?

DOROTEA.

Que no ha sido muy grosero
Para rico fanfarrón.
Hoy, sin duda, la ventura
Debe de estar muy ociosa.

ISABEL.

No suele en mujer hermosa
Durar gran tiempo segura.

DOROTEA.

Y el cielo debe de estar
De gracia.

ISABEL.

Con dos sentidos
Hablas.

DOROTEA.

Hoy llueve maridos.

ISABEL.

¿Quiérese aquéste casar?
Hay algunos ricos déstos,
Que entran con esa añagaza,
Y fundan toda su traza
En pensamientos honestos.
Sí, ¡que eres bobilla tú!
¡Engáñante dese modo!
Mas ¿qué respondiste á todo?

DOROTEA.

No me lo mientes, ¡Jesú!

ISABEL.

Pues ¿de qué contento parte?

DOROTEA.

Espera resolución;
Pero tengo inclinación
Á aquel pobre Durandarte.

ISABEL.

Que me maten, si su talle
No es autor de esos antojos.

DOROTEA.

Téngole más en los ojos,
Mas no para desealle.
Vé, por tu vida, y prevén
Que esta noche me hable aquí.

ISABEL.

Harélo, señora, así.

DOROTEA.

Ya le voy queriendo bien;
Aunque aqueste caballero
Es hombre de gran valor.

ISABEL.

No me espanto; es niño Amor,
Y derríbale el dinero.

Vanse.

Leonido y Tancredo.

LEONIDO.

En fin, ¿que con ese engaño,
Tancredo, tendrá el papel?

TANCREDO.

Este es el punto que dél
Sabe tu amoroso daño.
Pero no habrá sierpe herida
Y del labrador pisada,
Cuando esté desengañada,
Más soberbia y desabrida.

LEONIDO.

Como eso suele vencer
Largo amor, fuerte paciencia.

TANCREDO.

Es mayor la resistencia.

LEONIDO.

¿No es mujer?

TANCREDO.

Sí que es mujer.

LEONIDO.

Pues bien, ¿de qué se formó?
¿De qué pórfido, qué mármol?
¿De qué metal ó qué árbol?
¿No es de carne como yo?
¿No ha de amar por fuerza, amada?

TANCREDO.

Mientras que no quiere bien,
Tiene por guarda un desdén
Y una virtud siempre armada.

LEONIDO.

¿Qué Argos dormir se ha visto?
Cuanto más, que su intención
Está muy puesta en razón:
Virtud con virtud conquisto.
Este es buen medio, que esotro,
Ya yo entiendo que es cansarse,
Y así vendrán á labrarse
Como un diamante con otro.
¿Posible es que ha de enojar
Á una mujer sólo el ser
De un hombre hidalgo mujer?

Isabel, con manto.

ISABEL.

Albricias me puedes dar.

LEONIDO.

¡Oh, mi Isabel, bien venida!
¡Oh, alba de aquel lucero
Por quien ver el sol espero
En la noche de mi vida!
De tus cabellos hablando
Estábamos yo y Tancredo.
Si es que albricias darte puedo,
¿De qué son? Yo te las mando.
¿Ha recibido el papel
Aquel jüez riguroso?
¿Ha respondido quejoso?
¿Hale rasgado cruel?
¿Qué hay dél? ¿Qué hay de mí? ¿Qué hay della?
¿He de morir ó vivir?

ISABEL.

Esta noche puedes ir,
Mi señor, á hablar con ella.
En la ventana te aguarda
Á las diez.

TANCREDO.

¡Famoso hechizo!

LEONIDO.

Efecto notable hizo.
¡Ay, diez! ¡Ay, noche! Ya tarda.
Toma este anillo, Isabel,
Y este abrazo.

TANCREDO.

Aqueso no.

LEONIDO.

¿Cómo?

TANCREDO.

Darésele yo,
Y holgaréme más con él.

ISABEL.

Licencia, señor Leonido;
Que es ya tarde.

LEONIDO.

Adiós.

ISABEL.

Adiós.

TANCREDO.

Y diga, ¿iremos los dos?

ISABEL.

Ó mataréle.

TANCREDO.

Eso pido.

Vase Isabel.

LEONIDO.

Esto es hecho; vente á armar.

TANCREDO.

Felisardo viene: espera.

LEONIDO.

¡Así la noche viniera,
Y el sol se fuera á acostar!

Felisardo.

¿Dónde bueno?

FELISARDO.

En busca tuya.

LEONIDO.

¿Hay algo nuevo?

FELISARDO.

Y tan nuevo,
Que del enojo que llevo,
No hay amigo que no huya.

LEONIDO.

Felisardo, si has perdido,
Yo no estoy para esos duelos;
Si vienes con mal de celos,
Yo con placer de marido.
Dame licencia, y adiós.
¿Serán, por dicha, las diez?

TANCREDO.

Ni aun las seis.

FELISARDO.

Oye esta vez,
Que nos importa á los dos.

LEONIDO.

¿Cómo?

FELISARDO.

¿Es ese casamiento
Con Dorotea?

LEONIDO.

Pues ¿quién
Puede enriquecer tan bien
Mi esperanza de contento?
Resueltamente la he escrito
Que para mujer la adoro:
Debajo deste decoro
La pretendo y solicito.
Á las diez la voy á hablar;
Mi mujer será á las diez.

FELISARDO.

Tanto diez, alguna vez
Habrá de salirte azar.
Y pues debo, cuanto á ser
Tu amigo, desengañarte,
Oye, que quiero informarte
Desa tu honrada mujer.

LEONIDO.

¿Qué dices?

FELISARDO.

¿Quién la pasea
Habrá dos meses?

LEONIDO.

Ricardo,
Rico mancebo y gallardo,
Que como yo la desea.

FELISARDO.

Él y sus criados, hoy
Salieron públicamente
De su casa.

LEONIDO.

Oye, detente.
¡Confuso en extremo estoy!
Pero no, no puede ser.
En aquel fuerte cerrado,
¿Ricardo ha entrado?

FELISARDO.

Y rondado
Puerta y calle á su placer.

LEONIDO.

¡En aquella torre fuerte,
Con el terrapleno y foso
De su desdén victorioso
Contra el amor y la muerte,
Donde más fuertes que en Flandes,
Ó cuando á Celanda apliques,
Tiene de dunas y diques
Fortificaciones grandes!
Tiene inclusas contra el mar,
Tiros, ingenios, defensas
Contra amorosas ofensas,
Y fuegos para arrojar;
Cuerpos de guarda del suyo,
Plazas de armas y soldados
Viejos, sin viejo guardados,
Que á más valor lo atribuyo.
En fin, es inexpugnable,
Porque desde el caballero
De su valor verdadero,
No yerra tiro notable.

FELISARDO.

Leonido, esa torre y foso,
Terrapleno, duna y dique,
Ese Ambers, ese Mastrique,
Esa inclusa en mar furioso,
Tiro, ingenios y defensas,
Cuerpo de guarda y soldados,
Plaza de armas, donde armados
Velan los Argos que piensas,
Ese fuerte caballero,
En el suelo ha derribado
Otro caballero, armado
De solamente dinero.

No te canses, que ¡por Dios!
Que le vi salir de allá.

LEONIDO.

¿Soñástelo?

FELISARDO.

¡Bien está!
Él salió, y aun otros dos.

LEONIDO.

Piérdome. ¡Triste de mí!
¡Que era su virtud fingida!
Necesidad atrevida,
¿Qué no podrás?

FELISARDO.

Eso sí.
Di que fué necesidad,
Y no que no puede ser.

LEONIDO.

Tal estoy, que he de saber
Lo que ya sé que es verdad.
Tú mismo, esta noche, quiero
Vengas conmigo á su casa.

FELISARDO.

Pues tú verás si no pasa
Este fuerte aventurero.
Y que me maten á mí
Si no te quieren vender
Decentada la mujer,
Por pobre.

LEONIDO.

¿Por pobre?

FELISARDO.

Sí.
Compras con necesidad,
Y fiado, que es adonde
Gana el mercader, que esconde
Lo mejor y la verdad.
Abre los ojos de un palmo
Para ver toda la vida;
Que no es el casarse herida
Que se cura con ensalmo.
Infórmate bien primero,
No te engañe el mercader;
Que en mohatra de mujer
Se pierde todo el dinero.

LEONIDO.

Estoy como suele estar
Aquel por quien ha pasado
Hora menguada.

TANCREDO.

Ha menguado
Tu bien.

LEONIDO.

Creció mi pesar.
Ya me espantaba ¡por Dios!
Que se me rindiese así.
¿Vístele, en fin?

FELISARDO.

Sí, resí:
Á Ricardo y otros dos.

LEONIDO.

Por dicha, trata casarse.

FELISARDO.

Pues ¡allá dentro con ella!.....
No es buen casar de doncella
Entre los novios tratarse.

FELISARDO.

¡Oh, casa sin padre, al fin!
¡Oh, pobre viejo cautivo!

TANCREDO.

Si hemos de ir, ¿qué te apercibo?

LEONIDO.

¿Es Ricardo espadachín?

FELISARDO.

Que ya el tiempo se pasó
De los bravos macabeos.....

LEONIDO.

¿Cómo es eso?

FELISARDO.

Y los trofeos
Que al templo con armas dió.

LEONIDO.

¿Es mal nacido Ricardo?

FELISARDO.

Por cierto que te mintieron.
Su abuelo y padre lo fueron,
Que él es un mozo gallardo.
Es confeso y confesado
Por boca de San Benito,
Un santo en la iglesia escrito,
Donde también es guardado.

LEONIDO.

¿Qué me cuentas?

FELISARDO.

Lo que es llano.
¡Oh santa y noble pobreza!

LEONIDO.

¡Oh poderosa riqueza,
Que me ganas por la mano!
Y aunque al dolor se atribuya,
Digo que, por tanta gloria,
Trocara mi ejecutoria
Por la rica infamia suya:
No por lo que toca á Dios,
Sino por lo temporal.

FELISARDO.

Si sientes bien, no hables mal.
Bien estáis así los dos;
Que por la que un siglo leas
Contra él, fiscal gran sentencia,
Diera el otro con su herencia
Mil cargas de Doroteas.

LEONIDO.

Anda, que aquel no tener
Pienso que es mayor bajeza,
Porque la naturaleza,
¿Cómo puede agravio hacer?
Son hidalguías molestas
Cuando no hay plata que sobre;
Que hasta una cruz, cuando es pobre,
Dicen que se lleva á cuestas.
Los sacerdotes no pueden
Sin patrimonio ordenarse,

Ni estas armas deben darse
Á los que tan pobres queden.

FELISARDO.

No hay mayor caballería
Que portarse un hombre bien.

LEONIDO.

Di que á un hidalgo le den
Dineros sobre hidalguía.

FELISARDO.

¿El competidor alabas?
¡Bueno estás! Vamos, que es tarde.

LEONIDO.

Dinero, no seas cobarde,
Que cuanto quieres acabas.

Vanse.

Dorotea, Risela é Isabel.

RISELA.

¿Que me envíes á llamar
No quieres que estime tanto?

DOROTEA.

¿Tan esquiva soy?

RISELA.

Me espanto
De que me aciertes á hablar.....

DOROTEA.

Hazte más cruces. ¡Jesú,
Qué de melindres!

RISELA.

Que ya
No pienso que Aurelio está
Tan cautivo como tú.
¿Tienes carta? ¿Sabes dél?

DOROTEA.

¿Tan aprisa las querías?
¿Suelen ir en cuatro días
Cartas de Valencia á Argel?

RISELA.

Es tan amargo su estado
Y tu soledad, que creo
Que las lleva tu deseo,
Y las vuelve su cuidado.
Pues ¿qué es lo que me querías,
Si de mi tío no sabes?

DOROTEA.

Prima, entregarte las llaves
De todas las cosas mías.
Hoy es el día que el cielo
Remedia mi soledad.

RISELA.

Ya lo adivino, en verdad,
Si tiene tu igual el suelo.

DOROTEA.

Oye, si lo has entendido,
Que dos casamientos son.

RISELA.

Ya pido definición.

DOROTEA.

Y yo consejo te pido.
Hidalgo y pobre es el uno:
No ha un hora que me informé.

RISELA.

¿Tiene buen talle?

DOROTEA.

No sé,
Que no he mirado á ninguno.

RISELA.

¿Quién podrá mejor juzgar
Que tú, si estás sin pasión?
Vaya la definición
Del que debes de estimar.
Hasme la capa arrojado
Dese pobre, por cegarme:
¡Bravo golpe quieres darme!

DOROTEA.

Grande, pero no pesado.
Es un rico mal nacido
El otro que me pretende.

RISELA.

Uno es tesoro de duende,
Y otro, labrador vestido.
Si rica fueras, sospecho
Que supiera aconsejarte;
Pero pobre, á un pobre darte
Es darte honor sin provecho.
Pues darte al rico, en ofensa
De tu sangre y calidad,
La misma necesidad
Se levanta á la defensa.
Letrados has menester
Que digan lo que te cuadre;
Aunque mejor que tu padre,
Ninguno lo puede ser.
Escríbele lo que pasa.

DOROTEA.

Y entretanto, ¿no podría
Mudarse la fantasía
Ó el amor desta á otra casa?

RISELA.

No hayas miedo; que eres tal
Y de tal fama en Valencia,
Que aun no pudiera el ausencia
Engendrar mudanza igual.
Sábelos entretener,
Míralos, habla, regala,
Todo aquesto con la gala
Que tú lo sabes hacer;
Que un amante entretenido,
Tras la esperanza se va,
Como el pez que asido está,
Río abajo y siempre asido.

DOROTEA.

Esta noche has de quedarte
Conmigo á cierto suceso.

RISELA.

Esta y muchas, que por eso
Me das de tus cosas parte.

DOROTEA.

Entra, y vamos al balcón,
Que hay cierta sombra en la calle.

RISELA.

No parece de mal talle.

ISABEL.

Leonido y Tancredo son.

Éntranse.

Leonido, Felisardo y Tancredo, de noche, bien puestos de armas y galas.

LEONIDO.

¿Estaban en el portal?

FELISARDO.

Así me lo pareció;
Que pudiera llegar yo
Y hablarla desde el umbral.
Pero guardad esta esquina
Mientras por la llave miro.

TANCREDO.

Mete por ella un suspiro
Que la despierte.

Ricardo, Julio y Celio, de noche, bien puestos.

RICARDO.

Camina,
Y llega sin alboroto.

JULIO.

Tomada la calle está,
Y en el locutorio ya
Cierto cofrade devoto.

RICARDO.

¡Válgame Dios! Tal mujer,
¡Y habla de noche! Mirad
Si es la puerta.

CELIO.

¿Qué?

RICARDO.

Llegad.

CELIO.

Y eso, ¿es tan fácil de hacer?

RICARDO.

¿Y es hazaña muy distinta
Del valor de un hombre honrado?

CELIO.

¿Tú no ves que me han parado
Un hombre, y dos á la pinta?

RICARDO.

¿No estamos tres?

CELIO.

¡Gran tropel!

JULIO.

Oye hasta ver lo que pasa.

CELIO.

De ser la casa, es la casa;
Mas no le ha venido el niel.

FELISARDO.

¡Ce, Leonido!

LEONIDO.

¿Qué hay?

FELISARDO.

Tres hombres.

LEONIDO.

Ricardo debe de ser.

FELISARDO.

Cúbrete bien, hasta ver
Ó sus señas ó sus nombres.

Dorotea, Risela é Isabel, á una ventana. Leonido, Felisardo, Tancredo, Ricardo, Julio y Celio, en la calle, tres en un lado y tres en otro.

LEONIDO.

Aparte á los que están con él.

Ya se ha puesto á la ventana.

TANCREDO.

Alquilada puede ser
Si el torneo sale á ver.

LEONIDO.

Pues que le abra, cosa es llana.

DOROTEA.

A su prima.

No es posible que es Leonido,
Ni tanta gente trujera.

LEONIDO.

A Dorotea.

Leonido, señora, espera
El sí de ser tu marido.

DOROTEA.

¿Cómo podremos hablar,
Con la gente que traéis,
Mientras que no la apartéis?

LEONIDO.

Aparte á Felisardo.

Estos me manda apartar.

FELISARDO.

¿Piensa que vienen contigo?

LEONIDO.

¿No lo ves?

FELISARDO.

Pues no sé yo
Cómo ha de ser.

LEONIDO.

¿Cómo no?
¡Ah, hidalgos!

RICARDO.

¿Quién es?

LEONIDO.

Amigo.

RICARDO.

Diga adelante.

LEONIDO.

Querría
En esta ventana hablar.

RICARDO.

Eso ¿qué puede estorbar
Lo que pretendo en la mía?

LEONIDO.

¿Cuál es?

RICARDO.

Esta de aquí enfrente.

LEONIDO.

A Dorotea.

Señora, por vuestro honor
Pierdo aquí de mi valor
Y nos escucha esta gente.
Lo que hablamos es honrado,
Y ellos están divertidos;
Cuando llegue á sus oídos,
No os puede causar cuidado.
¿Qué respondéis? que ya espero.

DOROTEA.

Que esta tarde ¡oh invención!
Entró buscando un halcón
En mi casa un caballero.....
Finalmente, me pidió
Que me casase con él;
Que haciendo el halcón papel,
Lo que escribistes me habló.
De los dos me informé luego,
Cuyas partes desiguales
Son tales y no son tales:
Yo ni concedo ni niego.
Mañana á mi padre escribo,
Y desto cuenta le doy:
De quien él me diere, soy
Cautiva, como él cautivo.
Si hasta venir la respuesta
Os diere gusto esperar,
Si lo que se ha de estimar
Es por lo mismo que cuesta,
Aquí estoy la misma yo.

LEONIDO.

¿Qué le escribís que tenemos?
¿Que no quepa en dos extremos
Vuestra virtud?

DOROTEA.

Eso no.
No me mandéis que os lo diga.
Sólo os suplico que os vais,
Y que escándalo no hagáis
Que mi opinión contradiga;
Que esta noche sólo os digo
Que inclinación me debéis.

LEONIDO.

Razón, señora, tenéis;
Ni os culpo ni os contradigo.
Esperaré que de Argel
Y de la remota China,
De la Libia que camina
El Troglodita cruel,
Venga mi bien ó mi mal,
No años de esos temores,
Pero mil siglos mayores
Que el tiempo, y tiempo inmortal;
Sólo os pido que seáis
Piadosa de vuestra vista.

DOROTEA.

Quien tan humilde conquista,
Lo merece. En fin, ¿os vais?

LEONIDO.

Ya me voy. ¿No me avisáis?
¡Que aquéste se quede aquí! (Ap.)

Vanse Leonido, Felisardo y Tancredo, mirando á lo valiente á los otros tres.

Dorotea y Risela, en la ventana; Ricardo, Julio y Celio, en la calle.

RISELA.

¿Fuése ya el hidalgo?

DOROTEA.

Sí.

RISELA.

Vamos.

RICARDO.

Paso: no os entráis.

DOROTEA.

¿Quién es?

RICARDO.

Aquel cazador
Que tuvo tan mala traza,
Que le ha espantado la caza
El otro competidor.
Ya sé lo que pasa todo.

DOROTEA.

Yo os lo dijera, á ignorallo.

RICARDO.

Si ese es vuestro gusto, callo.

DOROTEA.

No supe hallar otro modo.
Si os está bien esperar,
Aquel cautivo es mi dueño.

RICARDO.

Mi bien se convierte en sueño,
Y más pasando la mar;
Pero si escribís quién soy,
Seguro estoy que me elija.

DOROTEA.

Ansí no es bien que os aflija
La resolución que os doy;
Y más, que la adelantáis,
Pues el término corría.

RICARDO.

Tardábase mucho el día.

DOROTEA.

Yo me entro.

RICARDO.

En efecto, ¿os vais?
Dadme, señora, un favor,
Con que aquesta noche duerma
Un alma de amor enferma.

RISELA.

No duerma quien tiene amor.

DOROTEA.

A no estar mi prima aquí,
Creo que esta cinta os diera.

RICARDO.

Prima del cielo, oye, espera;
Prima, duélete de mí.

RISELA.

Dásela, acaba.

DOROTEA.

Tomad,
Y agradecédselo á ella.

Éntrase.

RICARDO.

¡Oh prima, hermosa y más bella
Que fué la misma beldad!
¡Oh prima, neblí! ¡Oh mi prima
De la vihuela de Apolo!

Éntrase Risela.

Leonido.

LEONIDO.

Al puesto me vuelvo solo; (Ap.)
Tanto el amor me lastima
Acompañado de celos.

RICARDO.

¿Quién va?

LEONIDO.

Un hombre.

RICARDO.

Pase, pues.

JULIO.

Aparte á Ricardo.

Éste es uno de los tres.

RICARDO.

¡Muera, y mueran mis recelos!

Riñen.

LEONIDO.

¡Oh perros! ¡Todos á uno,
Y denantes tan cobardes!

CELIO.

Dale por detrás, no aguardes.

LEONIDO.

¡Ay!

JULIO.

Huye.

LEONIDO.

Espéreme alguno.

Vanse Ricardo y los suyos.

Tancredo y Felisardo, metiendo mano.

FELISARDO.

¿Eres tú?

LEONIDO.

Yo soy, y herido.

TANCREDO.

¿Dónde?

LEONIDO.

Por detrás me han dado.
Seguillos es excusado.

FELISARDO.

¡Cómo no! ¿Por dónde han ido?

LEONIDO.

¡Ah, vil Ricardo! No esperes
Ni tu infame espada aguarde;
Que en sólo verte cobarde
He conocido quién eres.

ACTO SEGUNDO.

Aurelio.

AURELIO.

¡Oh libertad preciosa,
Que el oro de la tierra
Es precio vil para poder comprarte!
¡Oh virtud generosa,
Descanso de la guerra,
Que á la naturaleza ha dado el arte!
¡Oh siempre en toda parte
Diosa adorada y santa,
Á la salud querida
Igual y parecida,
Pues cuando falta, la que hace es tanta,
Que vuelve á un hombre loco,
Y cuando sobra más se tiene en poco!
¿Qué mucho que llorara
Atado á un palo infame,
Creso que tuvo tanta copia de oro,
Ó que con triste cara
(Que ansí es bien que se llame)
Bayaceto infamara su tesoro,
Si á quien el turco y moro
Por señor adoraba,
Y el más feroz cristiano
Temblaba de su mano,
En una jaula de madera estaba,
De donde cada día
En su caballo un bárbaro subía?
Lloró el francés soberbio
Que el águila de España
Se le trujo en las uñas en Pavía;
Que el más precioso nervio,
Que del reino acompaña
El cuerpo y toda humana monarquía,
Es libertad, que cría
La paz, letras y leyes.
Un pájaro la llora
De la noche al aurora,

Los animales cuanto más los reyes;
Y el pez más pequeñuelo,
Mientras vive en la red se queja al cielo.
Por libertad dejaban
Los reyes sus imperios,
Los sabios sus haciendas y regalos;
Que, en efecto, llamaban
Del alma cautiverios
Las cortes en quien viven tantos malos.
Pues qué, si tantos palos,
Si tanta sed y hambre,
Si tantos bofetones,
Si tan feas razones
Con que se acorta la vital estambre,
En un Argel sufrieran,
¿Qué hicieran, qué dijeran, que sintieran?
Si calabozos, baños,
Mazmorras y sagenas
Vieran en Susa, Trípol y Biserta,
Hierros, prisiones, daños,
No hicieran de sus penas
Comparación con nuestra vida muerta,
Cama y comida incierta,
El vestido un jaleco,
El trabajo en la tierra,
Un hacha, un remo en guerra,
El agua hedionda, el pan bizcocho y seco;
Y aun esto poco fuera,
Si otras memorias de dolor no hubiera.
¡Ay, carta mía! ¡Ay, carta
De mi querida hija!
¡Ay, si estuviera yo de donde vienes!
¡Pártase el alma, parta,
Y el deseo la rija,
Á ver en tantos males tantos bienes!
No hay letra en cuantas tienes,
Que al alma no le cueste
Mil suspiros bañados
En llanto y mil cuidados.
¿Cuál será el daño si el descanso es este?
¡Ay dulce y cara España!
¡Ay mar de Argel que á mi Valencia baña!

Audalla.

AUDALLA.

Aurelio....

AURELIO.

Mi buen señor.....

AUDALLA.

¿Qué lloras?

AURELIO.

Mi libertad.
No porque siento el rigor
De aquesta cautividad
Con tu presencia y favor;
Pero al fin aquella prenda
No es mucho que el hielo encienda
De la nieve destas canas
En las playas africanas,
Á quien su llanto encomienda.

AUDALLA.

Aurelio, haberte estimado
Para mi amigo y gobierno,
La libertad te ha quitado
Cuando más piadoso y tierno
Me ha tenido tu cuidado.
¿Cómo te puedo dejar,
Si apenas sé gobernar
Mi familia sin tu acuerdo?

AURELIO.

¿De suerte, señor, que pierdo
Por lo que vengo á ganar?
No hay desdicha cual la mía,
Pues me quita mi remedio
Lo que dármele podría,
Haciendo otro mar en medio
De Valencia y Berbería.
Afligíos, tristes canas,
Volad, esperanzas vanas,
Y decilde á Dorotea
Que no os acoja ni crea
Por pesadas y livianas.

AUDALLA.

Si Dorotea te aflige
(Quiero decir, no tenella),
Siendo el alma que te rige,
Envía, Aurelio, por ella,
Como otras veces te dije.
Muestra esa mano, ésta toma,
Que ¡por Alá y por Mahoma,
De casalla con Zulema
Mi hijo!

AURELIO.

¡Graciosa tema!

AUDALLA.

Deja ese alfaquí de Roma
Con todos sus embarazos,
Venga Dorotea á Argel,
Goce Zulema sus brazos.

AURELIO.

Otro mayor habla en él,
Que es el que pone estos lazos.
No es sólo el mal del cautivo
El estar sin libertad;
Si ese favor no recibo
Es por la dificultad
De la ley santa en que vivo.
Venir aquí Dorotea
Es imposible.

AUDALLA.

No sea;
Sigue tu ley y tu Dios,
Que él sabe cuál de las dos
Es más razón que se crea.

AURELIO.

Pues hablas de casamiento,
Como á señor quiero darte
Parte del que ahora intento,
Y como á viejo informarte
De todo mi pensamiento,
Que he menester tu consejo.

AUDALLA.

Como amigo y como á viejo,
Pedirle, Aurelio, podrás;
Que el que mira juega más,
Y vese el hombre en su espejo.

AURELIO.

En Valencia á Dorotea
Dos casamientos le salen,
Que cada cual la desea.
Lo que son y lo que valen
Aquí está.

AUDALLA.

¿Quieres que lea?

AURELIO.

Sí, pues lo sabes tan bien.

AUDALLA.

Siempre al Rey parece bien
Saber las lenguas que trata.
En fin, ¿casarse dilata
Hasta que sepa con quién?

AURELIO.

Pide consejo y licencia.

AUDALLA.

Bien hace, porque tu ausencia
Mejor pasará casada.
¿Es su letra?

AURELIO.

Sí.

AUDALLA.

¡Extremada!
La fecha dice: «En Valencia.»
Los cristianos escribís
Al revés del moro; en todo
De nuestra ley diferís.

AURELIO.

El vuestro es bárbaro modo; (Aparte)
Pero tal como vivís.

AUDALLA.

¿Por qué arriba ponéis cruz?

AURELIO.

Porque para todo es luz
Que alumbra al hombre más ciego.

AUDALLA.

Y ¿quién te trujo este pliego?

AURELIO.

Un mercader andaluz.

Lee.

«Cuidados de tu remedio,
Padre, otras veces te escribo;
Pero esta vez solamente
De los que importan al mío.
Doyte cuenta como á padre,
Consejo y licencia pido
Para casarme, cansada
De aguardar tantos peligros;
Que mejor que tú podrá
Guardar mi honor mi marido,
Estando libre en Valencia,
Que no tú en Argel cautivo.
Dos á un tiempo se me ofrecen,
No buscados ni adquiridos
En las ventanas las noches,
Ni en la iglesia los domingos;
No con galas, que no tengo,
Ni con requiebros que digo,
Ni con visitas que hago,
Ni con billetes que escribo;
Porque mejor las doncellas
Hallan remedio y maridos
Encerradas en su casa,
Entre la labor y el libro.
Las señas dellos son éstas:
El alma y cuerpo les pinto,
Respondiendo como Apeles
Lo que en el convite dijo.
Es el uno hidalgo y pobre,
De sus cuatro abuelos limpio,
Y tanto, que lo es también
De entendimiento y vestido.
Es galán por todo extremo,
Es bien hablado y bienquisto;
Que se conocen los hombres
Á veces por los amigos.
Ha estudiado en su niñez,
De que sabe unos principios,
Que el hombre que no los tiene,
No puede ser entendido.
Nunca le he visto á caballo,
Por dos cosas que me han dicho,
Y son porque no le tiene,
Y por no perder el juicio.
No juega, porque no sabe,
Que no por pobre, que he visto
Mil que son pobres y juegan
Más que los que son más ricos.
No se acompaña de mozos
Valientes ni distraídos;
Que amigos de poco seso
Destruyen á los amigos.
El otro es rico y mancebo,
Heredado y mal nacido,
Cofrade de San Andrés,
Devoto de San Benito.
Es gallardo, humilde, alegre,
Galán, vistoso, pulido,
Hombre de á caballo airoso
Y de á pie de gentil brío;
Liberal con los extraños,
Y con los propios propicio,
Gran justador, y que armado
Parece un César invicto.
Deséanle muchos nobles,
Y que es la causa averiguo
Desear lo que no tienen,
Y dar descanso á sus hijos.
Este mozo es hombre cuerdo,
Y aunque en la sangre ofendido,
De Adán descendemos todos;
Mírale con los oídos.
Ahora de aquestos dos

Escoge y piensa el más digno
Que pueda darme hijos pobres,
Ó que te dé nietos ricos.
En Valencia, diez de Marzo,
Año de sesenta y cinco,
Sobre los mil y quinientos
Del nacimiento de Cristo.»

AUDALLA.

Ahora envidio más lo que deseas.

AURELIO.

No es necia.

AUDALLA.

Es una Safo, una Sibila.

AURELIO.

¿Qué me aconsejas? ¿Cuál de aquéstos quieres
Que le escriba que elija por marido?

AUDALLA.

Oye lo que no entiendo de la carta,
Y luego te diré lo que te importa.
Lo que toca al principio está bien dicho,
En razón de ser justo el casamiento;
Que una dondella, Aurelio, hermosa y pobre,
Con padre ausente, mal podrá guardarse.
La descripción me agrada de los novios,
Y aunque consejo pide, te aconseja.
. . . . . (1).

AURELIO.

Cuando, por quebrantar la ley que toma
Moro, gentil, hebreo ú otro alguno,
La Inquisición de España le castiga,
Y al cristiano también si da en hereje,
Échanle al cuello un hábito que tiene
Las armas de un discípulo de Cristo,
Que son un aspa, cruz en que fué muerto;
Éste es aquel Andrés que allí refiere.
El hábito también tiene aquel nombre
Del otro santo; la razón es larga,
Y atribúyenla muchos á costumbre.

AUDALLA.

Ya lo entiendo; mas di: ¿qué significa
Decirte, cuando habla del segundo,
Que le puedes mirar con los oídos?
Los oídos no miran, sino escuchan.

AURELIO.

Como ese es rico y mal nacido, dice
Que escuche su dinero, y que á su sangre
Cierre los ojos. Tú ¿qué me aconsejas?

AUDALLA.

Si lo has de hacer, dirélo; si no, Aurelio,
La autoridad de Rey, señor y viejo,
No la estimes en poco.

AURELIO.

Rey invicto,
Á quien el Gran Señor por tantos méritos
Te dió en gobierno á Argel, por Dios te juro
De tomar el consejo que me dieres,
Y hacer que Dorotea le ejecute.

(1) Aquí han de faltar unos versos en los cuales diría Audalla qué era lo que no entendía de la carta de Dorotea.

AUDALLA.

Pues mira, dala al pobre bien nacido,
Que te ha de dar, Aurelio, honrados nietos;
Que al fin cuando morimos todo sobra,
Y nadie lleva más de la mortaja.
Es la nobleza un sol de las costumbres,
Es honra de la vida, gloria y crédito,
Es santa inclinación, es puerto y norte
Del bien obrar, es condición legítima.
El mal nacido finge las costumbres;
En el hidalgo viven naturales.
No vendas por dinero á Dorotea;
Que es infamia y deshonra de los padres,
Y nunca de dos sangres diferentes
Genízaro se vió menos que bárbaro.

AURELIO.

Aconsejado me has como filósofo.

AUDALLA.

¿Piensas tú que ignoramos la política,
Y que no hay en arábigo Aristóteles?
Por materia de estado te aconsejo,
Y por el Dios que adoro te conjuro,
Como señor te mando, y como amigo
Te ruego que la des á ese hombre hidalgo.

AURELIO.

Tú ¿no ves que mi hija es pobre?

AUDALLA.

Basta
Que tenga compañía que la honre.

AURELIO.

No hay honra allá en España sin dineros.

AUDALLA.

No es posible que allá sean tan bárbaros.

AURELIO.

Quien tiene, tiene deudos; quien no, deudas.

AUDALLA.

Quien no tiene nobleza vive esclavo,
Y cuando alcanza estima es á su costa,
Y no le honran á él, sino al dinero.

AURELIO.

El virtuoso es noble entre cristianos.

AUDALLA.

Y entre moros también es santo y noble.

AURELIO.

Mil reyes comenzaron por esclavos,
Y esclavos han venido á ser mil reyes.
De un hombre hemos nacido.

AUDALLA.

Ya lo entiendo;
Pero de tres que el mundo dividieron,
Dios bendijo los dos, maldijo el uno.

AURELIO.

¿Con la Escritura acotas?

AUDALLA.

Luego ¿dudas
Que no la lee el moro?

AURELIO.

Si la sabes,
Mira el valor de los hebreos, mira
El libro de los Reyes y Jüeces.

AUDALLA.

Antes que á vuestro Cristo maltratasen,
Tuvieron gran valor; mas mira ahora
Que son esclavos del cristiano y turco.

AURELIO.

Luego ¿conoces el valor de Cristo?

AUDALLA.

Y le adoro también como á profeta,
Y á su Madre Santísima; que el moro
Confiesa en vuestra fe muchos artículos.
Mas dejemos la ley (que no consiente
Disputa la que yo profeso, Aurelio),
Y por las de nobleza te aconsejo
Des tu hija al pobre.

AURELIO.

Ansí lo haré sin duda,
Por no degenerar de mis abuelos.

AUDALLA.

Dile que el Rey de Argel, cuando la escribas,
Te dió el consejo, porque bien te quiere;
Que si viviera ahora aquella hija
Que tantas veces he llorado en vano,
Y entiendo que en España está cautiva,
La diera á un pobre noble y bien nacido,
Y no á un rico villano; y porque creas
Que la nobleza viene á casos prósperos,
Mira que yo nací pobre en extremo,
Y que en mis mocedades fuí soldado:
Serví en Persia á Selin, hízome alférez,
Fuí Azapo y Belerbei, que es hombre de armas,
Y últimamente á Argel por Rey me envía.

AURELIO.

¿Al pobre al fin me mandas que la entregue?

AUDALLA.

Y te quiero notar la misma carta.

AURELIO.

Beso tus pies.

AUDALLA.

Bien puedes, que un consejo
En más se ha de estimar que mil mercedes.

AURELIO.

Hoy va nave á Valencia.

AUDALLA.

Enviarla puedes.

Vanse.

Dorotea é Isabel.

DOROTEA.

¿Que ya está convalecido
De la herida aquel galán?

ISABEL.

Todos, señora, le dan
Parabienes á Leonido.

DOROTEA.

¿No se sabe quién le hirió?

ISABEL.

No lo ha querido decir.

DOROTEA.

Sin duda debió de huir,
Que en las espaldas le dió.

ISABEL.

Antes dicen que eran tres,
Y uno le dió por detrás,
Y esto se presume más
Porque es honrado.

DOROTEA.

Si es,
Dejarse un hombre matar
Es lo más que puede ser;
Pero la espalda volver
No se puede disculpar.

ISABEL.

Á bellacos en cuadrilla
Huir la cara, ¿es deshonra?

DOROTEA.

En hombre que tiene honra,
No es infamia, es maravilla.

ISABEL.

¿No es mejor jugar los pies
Donde no valen las manos,
Y conocer los villanos
Para buscarlos después?
Hombre verás que en cuadrilla
Muy armado y fanfarrón,
Á media noche es león,
Y á cuanto encuentra acuchilla;
Pero cógele apartado,
Y verásle sin consejo
Más humilde que un conejo,
Y más que una liebre helado.

DOROTEA.

Yo entiendo poco del duelo,
Ni obligaciones de Malta;
Pero no cayera en falta
Si hombre me volviera el cielo.
De noche solo anduviera;
Si cuadrilla me afrentara,
No conocido, callara,
Y conocido, riñera.
Á bellacos fanfarrones
Dejara desvanecer;
Mas después había de ver
Las obras y las razones.
Sufrir de noche cuadrilla
Muy de cuerdos dicen que es:
Con dos riñera, que á tres
Fuera tomando la orilla,
Que quien, cuando muchos son,
Entra en medio y se aventura,
Es mártir de su locura
Y hereje de su opinión.

ISABEL.

Divinamente está dicho.
¡Qué varonil presupuesto!
Tuvo Leonido sobre esto
Desesperado capricho.
Riñó solo, y si no fuera
En Valencia, que es hoy día
Reina de la cirugía,
En su tierna edad muriera.

DOROTEA.

Ya no hubiera que escoger:
Sólo Ricardo quedara.

ISABEL.

En extremo me pesara,
Y que fueras su mujer;
Que no sé qué se murmura
De su herida.

DOROTEA.

Yo muy tarde
La supe.

ISABEL.

Ansí Dios te guarde,
Que tu deshonra procura.

DOROTEA.

No lo creas; mas no puedo,
Pues ya á mi padre escribí,
Dar sin su licencia el sí.

Tancredo.

ISABEL.

¿Quién es?

TANCREDO.

Tu esclavo Tancredo.

DOROTEA.

Tancredo, ¿qué hay de Leonido?

TANCREDO.

Que ha visto el rostro á la muerte;
Mas, gracias á Dios, que á verte
Viene ya convalecido.
Licencia pide: ¿entrará?

DOROTEA.

Allega una silla aquí.

TANCREDO.

Con *silla* dijiste *sí*,
Y el eco ha sonado allá.
El entra: trátale bien,
Que ha menester tu regalo.

Leonido, de color, con una banda á lo convaleciente.

LEONIDO.

¡Tanto mal, señora, á un malo!
¡Tanto descuido y desdén,
Tanta falta de memoria,
Tanta esquividad y olvido!
¿Posible es que os he reñido
En día de tanta gloria?
Perdonad mi atrevimiento,
Que en esto á un niño me igualo,
Pues me enternezco y regalo
Cuando más el vuestro siento;
Y siéntome aquí, que estoy
Más flaco de haberos visto,
Que no del mal que resisto,
Bien habrá tres meses, hoy.
¿Cómo estáis?

DOROTEA.

Muy deseosa
De vuestra salud y vista.

LEONIDO.

Yo del fin desta conquista
Tan heroica y peligrosa;
Que es un gran competidor
La riqueza de Ricardo,
Y que ha de tener aguardo
De Argel sentencia en favor.
Si vuestro padre viviera
En Valencia, libre y rico,
La victoria que le aplico
Mas de mi parte estuviera;
Mas cautivo y pobre, creo
Que le ha de cegar el oro.

DOROTEA.

No estraga el noble decoro
El estado en que le veo;
Y si es discreto, creed
Que hará la elección de vos.

LEONIDO.

Á ninguno de los dos
Entiendo que hacéis merced:
¡Tan esquiva os hizo el cielo,
Ó á lo menos tal cordura
Ha puesto en vuestra hermosura,
Y en vuestro amor tanto hielo!

DOROTEA.

Isabel.....

ISABEL.

Señora.. ..

DOROTEA.

Escucha: (Ap. á ella.)
Jamás he visto á Leonido
De tan buen talle. ¿Qué ha sido?
¿No tengo razón?

ISABEL.

Y mucha.
Habrále purificado
El crisol de aquesta herida.

DOROTEA.

Aquella sangre encendida
La del corazón me ha helado.

ISABEL.

Qué, ¿te ha parecido bien?

DOROTEA.

En extremo.

ISABEL.

Amor se entabla.
Ha regalado la habla
Con la enfermedad también.
Toda mujer es piadosa;
Por lo tierno te ha cogido.

LEONIDO.

Tancredo.....

TANCREDO.

Señor.....

LEONIDO.

Aparte á Tancredo.

¿Qué ha sido?
¿Estar mi bien tan hermosa?

TANCREDO.

La privación destos días;
Que deseado el amor,
Parece al gusto mejor.

Ricardo y Celio.

RICARDO.

Dentro.

Entra ó llama.

CELIO.

Dentro.

¿Entrar porfías?

Salen Ricardo, Celio y Julio.

RICARDO.

Perdonad, que sin licencia
(Que aquí no pensaba hallaros)
He osado entrar.

DOROTEA.

Perdonaros,
Si no es razón es paciencia.
Tomad, señor, esta silla.

RICARDO.

Vos seáis bien levantado;
Que á todos nos ha pesado
Vuestro mal.

LEONIDO.

No es maravilla.

Tuércese Leonido.

RICARDO.

¿Tenéis ya salud?

LEONIDO.

Sí tengo,
A pesar de quien le pesa.

RICARDO.

Razón equívoca es esa.

LEONIDO.

Ya con muchas bocas vengo,
Y aun se mueren en los labios
Razones más atrevidas,
Porque suelen las heridas
Ser bocas de los agravios.

RICARDO.

¿Con quién habláis?

LEONIDO.

Con aquel
Que las espaldas me hirió,
Cuando las suyas mostró
A los que fueron tras él.

RICARDO.

¿Vos, señora, cómo estáis?

DOROTEA.

A vuestro servicio, buena.

RICARDO.

Parece que alguna pena
De haberme visto mostráis.

DOROTEA.

¿Venís vos también herido?

RICARDO.

De vuestra mano, señora.

DOROTEA.

Que la que yo tengo ahora
No es vuestra, que es de Leonido.

RICARDO.

¡Pluguiera á Dios me la diera
Otro enemigo aquel día!

LEONIDO.

No fuera como la mía;
Pero en las espaldas fuera.

RICARDO.

¿Qué hay de Argel? ¿No han respondido?

DOROTEA.

Por horas respuesta aguardo.

ISABEL.

Temeroso está Ricardo. (Aparte á su ama.)

DOROTEA.

Y despechado Leonido.
Quiérole favorecer;
Que, sin duda, éste le hirió.

ISABEL.

No lo hagas.....

DOROTEA.

¿Cómo no?

ISABEL.

Si no has de ser su mujer.

DOROTEA.

Leonido, digo.....

ISABEL.

Eso sí, (Ap. á su ama.)
Que lo seas ó no seas.

DOROTEA.

De hoy más es bien que lo creas, (Ap. á Isabel.)
Que el alma lo dice ansí.
Leonido, ¿cómo calláis?

LEONIDO.

Por no decir lo que siento.

DOROTEA.

¿Hay sangre en la herida?

LEONIDO.

A tiento
La verdad adiviná is.

DOROTEA.

Reñir con tres es valor,
Pero valor muy costoso.
¿Que hay del brazo?

RICARDO.

¡Oh venturoso, (Ap.)
Herido y sano amador!

LEONIDO.

Bueno está; que aquesta banda
Es de la espada disculpa.

DOROTEA.

No tiene la espada culpa,
Que tal corazón la manda.

RICARDO.

¡Ay de mí! (Ap.) Celio..... (Aparte á él.)

CELIO.

Señor.....

RICARDO.

Dame otra herida.

CELIO.

¿Á qué efeto?

RICARDO.

Á efeto que te prometo
Que la trueque á tal favor.

DOROTEA.

Dadme esa banda, Leonido,
Si no la habéis menester.

LEONIDO.

¿Es querer favorecer
Mi herida?

RICARDO.

¡Dichoso herido! (Aparte.)

DOROTEA.

Ponérmela quiero al cuello.

LEONIDO.

Había de ser de diamantes.

RICARDO.

¿Hay requiebros semejantes? (Aparte.)
Ahogarme puede un cabello.
¡Qué bien la banda os está!
¿Queréis que aquí la rifemos?

DOROTEA.

¡Jesús!

RICARDO.

¿De qué hacéis extremos?

DOROTEA.

No es juego; veras son ya.

RICARDO.

Feriádmela.

DOROTEA.

¡Linda cosa!

RICARDO.

Collar y cintura bella
De diamantes doy por ella.

LEONIDO.

¡Qué necedad tan donosa!
Como el vender y comprar
Fué en vuestra casa primero
Que el blasón de caballero,
No lo podéis olvidar.
Esa banda en mi poder
Poco valor atesora;
Pero el pecho en que está ahora
No es tienda para vender;
Y si yo tuviera espada,
Allá fuera ser pudiera
Que las espaldas os viera,
Como vos mi cara honrada;
Que entonces, con más recelo
Que dueña de toca y faldas,
Me sajaste las espaldas,
Oficio de vuestro abuelo.
Aquella herida, aunque brava,
No fué herir ni fué blasón,
Sino hurtar sangre á traición,
Para honrar la que os faltaba.
Heridas con tal violencia
Daldas en buen hora, daldas;
Que heridas por las espaldas
Es como hablar en ausencia.
Y este agravio, pensar puedo
Que fué de otras manos hecho;
Que aun por la espalda, sospecho
Que me tuviérades miedo.

RICARDO.

Que habléis ó no sin espada,
Á un mismo fin se endereza;
Que en efecto, la pobreza
Fué siempre desvergonzada.
Que hidalgo seáis no sé;
Pero cuando lo seáis,
Ni con hablar lo mostráis,
Ni en vuestro talle se ve.
¿Son las cartas de nobleza
De solar y hechos notorios
Libelos infamatorios
Contra la naturaleza?
Al que es vil, ¿recibe el cielo
Descargo de que es hidalgo?
¿Estima la muerte en algo
Al más hidalgo del suelo?
Son las hojas de que fundo
La más noble ejecutoria,
Cédulas de vanagloria
Que da firmadas el mundo.
Yo soy de mis obras hijo;
Mis padres fueron honrados,
Tengo amigos y criados,
De quien me acompaño y rijo.
Si la noche que os hirieron
Las espaldas les mostráis,
En la cara que les dais,
En esa la herida os dieron.
¡Gran blasón de marquesotes
El decir que fué sajía!
Si en espalda no hay sangría,
Debieron de ser azotes.
Pero tan hinchado os siento
De hidalgo hasta en el decir,
Que no os debió de salir
Sangre entonces, sino viento.
Vuestras palabras lo son,
Y el no os haber castigado
Es que la casa he mirado,
Y á mi propia obligación;
Pero acá fuera os aguardo,
Y veréis si tengo miedo.

LEONIDO.

Dame esa espada, Tancredo.

DOROTEA.

¡Leonido! ¡Señor Ricardo!
Pues ¿cómo aquí?

RICARDO.

Afrenta mía
Es matarte, desdichado.

LEONIDO.

Sí; que no está un afrentado

Sin afrenta ningún día.

RICARDO.

¡Matalde!

LEONIDO.

¡Fuera!

DOROTEA.

Detente.
¿En mi casa esta deshonra?

RICARDO.

Por la opinión de tu honra,
Vive aquéste injustamente.
Sal acá fuera, arrogante.

LEONIDO.

Espérame, mal nacido.

RICARDO.

¡Mientes!

LEONIDO.

Ya estás desmentido;
Pero recibe este guante.

RICARDO.

Criados, vamos con él,
Si acaban de predicar;
Que me le debe de dar
Para que pida por él.

Toma el guante, vase y siguenle Celio y Julio.

DOROTEA.

¡Esto, Leonido, os debía
Mi amor y mi buen deseo!

LEONIDO.

Ahora mi culpa veo.
Perdonad, señora mía;
Que el primero movimiento
No se puede resistir.

DOROTEA.

Ni de los dos concluir
El tratado casamiento.

Felisardo.

FELISARDO.

¿Hay alguna novedad?

LEONIDO.

¡Siempre á buen tiempo te ofreces!
Como Santelmo apareces
Después de la tempestad.

FELISARDO.

¿Salió Ricardo de aquí?

LEONIDO.

¿Va muy furioso?

FELISARDO.

Jurando
Que ha de matar.....

LEONIDO.

¿Dice cuándo?

FELISARDO.

Quién y cuándo no entendí.

DOROTEA.

Han hecho estos caballeros
En mi casa esta locura
Con mucha descompostura,
Malas palabras y fieros.

FELISARDO.

La cólera ciega mucho.
Que templéis la vuestra os ruego,
Señora, con este pliego.

DOROTEA.

¿Es de Argel?

FELISARDO.

De Argel.

DOROTEA.

Qué escucho?

FELISARDO.

Á Denia llegó un navío,
Con viento airado y contrario,
De un redentor trinitario,
Y dióla á un pariente mío,
Que aquí me la despachó.

DOROTEA.

¡Oh letras de mi cautivo!
¡Á buen tiempo las recibo!

LEONIDO.

¡Ay, Tancredo! ¿Si soy yo?

TANCREDO.

¿Qué me mandas si lo eres?

LEONIDO.

Hasta el corazón te doy.

ISABEL.

¿Y á mí?

LEONIDO.

Pobre, Isabel, soy;
Tocas, guantes y alfileres.
Felisardo, tú has traído
Mi vida ó mi muerte.

FELISARDO.

Creo
Que á tu esperanza y deseo
Traigo el remedio, Leonido.

LEONIDO.

Señora, ¿queréis que yo
La lea?

DOROTEA.

Y yo, ¿no sabré?

LEONIDO.

No sé si sufrir podré
La dilación.

DOROTEA.

¿Por qué no?

LEONIDO.

Mostrad, por Dios: si es veneno,
Dejádmele á mí tomar,
Porque si me ha de matar,
No venga de brazo ajeno.

Lee.

«Al Rey de Argel, mi señor,
Hija, tu carta he leído,
Para pedirle consejo,
Que es cuerdo, viejo y amigo.
Y habiendo mirado bien,

Con libre seso y arbitrio,
Las partes y calidades.....»
¡Cielo, mi remedio os pido!
¿Osaré pasar de aquí?

FELISARDO.

Á vuelo mira lo escrito,
Como quien, juntos los naipes,
Mira si la suerte vino.

LEONIDO.

Lee.

«Las partes y calidades
De esos dos mancebos, dijo.....»
¿Qué dijo ¡cielos! leerélo?
¡Ved á qué tiempo he venido!
¡Que pleito de dos cristianos
Pase en tribunal morisco!
¡Oh moro, de mi remedio
El instrumento divino,
Di que goce á Dorotea
El pobre hidalgo Leonido;
Ansí reines desde Argel
Hasta los remotos indios,
Ansí tus helados huesos,
Engastados de oro fino,
Cuelguen de la imán preciosa
En el aire sostenidos.

FELISARDO.

Lee, acaba. ¿Dijo, en fin.....

LEONIDO.

«¡Que *no* se la diese al rico!»
¡*No* dice! ¡Mira, Tancredo!

TANCREDO.

Ya lo veo, ya lo he visto.

ISABEL.

¡Qué loco está!

TANCREDO.

Lee.

«Sino á aquel
Pobre, hidalgo y bien nacido,
Que me de nietos con sangre,
Que no los quiero vacíos.»

LEONIDO.

¡Oh moro discreto y sabio,
..... (1)
Moro filósofo y noble,
Moro hermoso, moro lindo!
Cuando tengas el tormento,
Temple el cielo tu martirio,
Por este santo consejo
Y piedad de tu cautivo.
Si la lengua de Trajano,
Porque siempre verdad dijo,
Quedó fresca siendo muerto,
De ti se cuente lo mismo.
¡Oh morito de mis ojos,
Tu ingenio alabo y bendigo,
Beso desde aquí tus manos,
Y á tus alfombras me inclino!

DOROTEA.

¿Habéisnos de dar lugar
Que hablemos?

LEONIDO.

Perdón os pido;
Que no puede celebrarse
Tal bien, teniendo jüicio.
Ya sois mía, ya soy vuestro:
Aquí *esposa* viene escrito.

DOROTEA.

Al cielo, á mi padre, al Rey
Se lo agradezco infinito:
Veis aquí, señor, mi mano.

LEONIDO.

Yo con la mía confirmo
Mi fe, mis deseos, mis obras,
Y soy vuestro esclavo indigno.

FELISARDO.

Y yo el parabién os doy.

TANCREDO.

Tancredo, señor, lo mismo.

ISABEL.

Y vuestra Isabel, á quien
Pagaréis mal lo servido
Si no le dais á Tancredo.

LEONIDO.

Tancredo, escucha.

TANCREDO.

Di.

LEONIDO.

Digo
Que aunque ésta es mora, los moros
Son nobles, son bien nacidos,
Mayormente los de Argel,
Más sabios que los antiguos.

TANCREDO.

¿Qué pleito me han sentenciado,
Que siendo yo un hombre limpio
Me quieres mezclar con ellos?
Si el Rey dijera lo mismo,
Nunca diera á Dorotea
Á hombre pobre, sino al rico.

LEONIDO.

Bien dices. Vamos de aquí.
Venga clérigo y testigos.

DOROTEA.

¿Qué hará con esto Ricardo?

LEONIDO.

Matar á traición moriscos.

Vanse.

Grita de desembarcación, y salen Zulema, Alimo, Limami, Arnauto, Elizbey y otros moros.

ZULEMA.

No he tenido, ¡por Alá!
Argel, tan grande deseo
De verte.

(1) Falta un verso.

ARNAUTO.

En él estás ya.

ZULEMA.

¡Gracias á Alá que le veo
Y que en él mi gente está!

ELIZBEY.

¿Miedo has tenido?

ZULEMA.

Y amor;
Que el deseo y el temor
Más aprisa me han traído.
Hoy la cruz blanca he temido,
Y de su espada el furor,
Y á Celinda he deseado
Como quien ya no pensó
Volverla á ver.

ALIMO.

El cuidado
Que Malta esta vez te dió,
Yo sé que tú se le has dado.

ZULEMA.

¡Pluguiera á Alá que en la tierra
Volver la espalda á la guerra
Se usara como en la mar,
Sin ser deshonra el mostrar
El miedo que el alma encierra!
Si á un hombre dos acometen,
No ha de huir, ni hay ocasión
De quien al honrado exceten;
Que ha de hacer buen corazón,
Si mil muertes le prometen.
Que bien pudieran gritalle
Á un hombre por una calle,
Huyendo de su enemigo:
«Del mar el mayor castigo
Es cansarse en alcanzalle.»

ARNAUTO.

En el mar no es cobardía
Huir una galeota
De una galera á porfía.

ZULEMA.

Ni meterla en Argel rota
Por un cañón de crujía.
Al fin estamos acá.

ALIMO.

Tu padre el Rey viene ya.

ELIZBEY.

Sin duda estaba en su quinta.

ALIMO.

Todo el viaje le pinta.

Audalla y acompañamiento.

ZULEMA.

¡Oh padre, guárdete Alá!

AUDALLA.

Desde esa torre te vi,
Y la señal de tus gavias,
Mi Zulema, conocí.

ZULEMA.

Favorécesme y agravias,
Señor, en venir ansí.

AUDALLA.

¿Qué nuevas traes de Alara?

ZULEMA.

Por ventura me costara
Ir en su busca la vida.

AUDALLA.

Está de mi alma asida.

ZULEMA.

Escucha atento, y repara.
Con Alimo y Arnaúto,
Elizbey, Limami y otros,
Las márgenes de Valencia,
De Denia á Tortosa corro:
Vi á Córcega y á Cerdeña,
Y de españoles y corzos
Tres barcas y tres tartanas
Con cuarenta esclavos tomo.
Cuando las torres hacían
Humos, riendo nosotros,
Mirábamos desde el agua
Los caballos perezosos.
Como no era mi intención
Robar, la derrota pongo
Á la fuerza de Tabarca,
De esclavos puerto dichoso.
Lomelinos genoveses
Son sus dueños, de quien cobro
Rescate de mis cautivos,
Y allí se los dejo y torno.
Á Limami pongo en tierra
Junto á Valencia, animoso,
En el valle de Sagó;
Y cuando se puso Apolo
(Iba en traje de cristiano),
Entró en ella; y por el modo
De la instrucción que me diste,
Hizo información de todo.
Era muerto el caballero
Que robó del barco solo
Tu hija y mi hermana Alara,
De seis años, con diez moros.
Por el nombre Castelví
Y cruz de Malta, le informo:
De suerte que hallé esta nueva,
Y no del precioso robo;
Aunque algunos me dijeron
Que en su almoneda (que es como
Decir nosotros vender
Bienes de muerto en el zoco)
Fué vendida una doncella.
Su nombre y su casa ignoro,
Y ansí me vuelvo á la mar,
Trayendo á la espalda en corso
Dos galeras de cruz blanca.
Doy remos, velas desdoblo;
Que temo más estas cruces
Que mil estandartes rojos.

AUDALLA.

¡Que no quiera Alá que halle
Nuevas de mi bien perdido!

ZULEMA.

No te canses en buscalle;
Descanse ya tu sentido
De pretendelle y lloralle,
Y vamos á descansar
De tanto peligro y mar,
Señor, si nos das licencia.

AUDALLA.

¡Cuánto me cuestas, Valencia!

ZULEMA.

Á Celinda quiero hablar.

Vanse.

Ricardo, Celio y Julio.

RICARDO.

¿Cartas decís que han venido?

CELIO.

Dame albricias, que esto es cierto.

RICARDO.

Si soy vivo; que si muerto,
Dártelas debe Leonido.

JULIO.

¿Cómo es posible, señor,
Que no te escoja su padre?
¿Qué hay en ti que no le cuadre,
De honra, hacienda y valor?
De que serás preferido
No debes duda poner.

RICARDO.

¡Ay, Julio, que esta mujer
Se inclina más á Leonido!

JULIO.

El gusto del padre importa
Más que lo que ayer pasó.

RICARDO.

¡Que no le matara yo!

CELIO.

Calla, el enojo reporta.
¿Qué mayor muerte que ver
Que gozas de Dorotea?
Que no es posible que sea
De un pobre y loco mujer.
Ríete de su pobreza;
Honra esta casa.

RICARDO.

Bien dices.
Cuélguense aquí mis tapices,
Viértase aquí mi riqueza.
Haya carroza, haya silla
En que Dorotea salga;
Que aquella pobreza hidalga
Al mismo suelo se humilla.
Cuando en mi cama bordada
Durmiendo con ella esté,
Ó cuando esta mano dé
Á su mano delicada,
Y vamos juntos á misa,
Me acordaré del hidalgo.
Verá entonces lo que valgo,
Y le mataré con risa;
Que es su vida tan incierta
Y con tal descortesía,
Que puede ser que algún día
Le dé limosna á mi puerta.
Esta es la de Dorotea.
Llama ahí.

CELIO.

Llamando.

¿Quién está acá?

Isabel, asomándose á una ventana.

ISABEL.

¿Quién llama? ¿Quién va?

CELIO.

Sí va.

ISABEL.

¿Es pobre? Dios le provea.

RICARDO.

No es sino rico, ¡por Dios!
Isabel, Ricardo es.

Asómase á la ventana Tancredo.

TANCREDO.

¡Hola, hermano! Ya es después.

RICARDO.

Burlándose están los dos:
Cartas de Argel han venido.

ISABEL.

Por el ánima, Tancredo, (Ap. á él.)
De mi confesor, que he miedo
Que no le sienta Leonido.

TANCREDO.

Pues déjame hablar con él. (Ap. á Isabel.)
Señor, las cartas vinieron,
Y un decreto nos trujeron
De los chupeques de Argel.

RICARDO.

¿Qué es chupeque, Julio?

JULIO.

Perro
En arábigo lenguaje.

RICARDO.

Pues ¿qué decretaron, paje?

TANCREDO.

Vuestro forzoso destierro.
Escogieron á Leonido,
Que anoche se desposó,
Y doy fe que le vi yo
Con la paloma en el nido.

RICARDO.

¡Ay de mí! ¿Que se ha casado?

TANCREDO.

Esto es lo que pasa: adiós.

ISABEL.

Adiós, hidalgo.

Éntranse Isabel y Tancredo.

CELIO.

Los dos

Sus pobrezas han juntado.

JULIO.

Cuando no haya qué comer,
Ni de qué, me lo dirán.

CELIO.

Contentos ahora están.

JULIO.

Aun corre sangre el placer.
Sábete que el casamiento
Quita á amor las cataratas.

CELIO.

¿Qué es, mi señor, lo que tratas
Con el cielo, pico al viento?

RICARDO.

¡Ay de mí, que soy muerto!
Muerto soy: Celio, Julio,
Venció el vencido, el vencedor perece.
Matóme Dorotea,
Ó matóme su padre,
Que ya debe de ser bárbaro y moro,
Pues que dió tal sentencia.
Pues tal sentencia ha dado
(Así lo dijo el paje),
Sentencia fué de perro.
Mas ¿qué pudo de Argel venir á España?

CELIO.

¿Voces das en la calle?

RICARDO.

No es tiempo ya que mis agravios calle.
No en balde estaba tímido,
Suspenso y melancólico;
No en balde en sueños una sombra pálida
Me dijo con voz trémula
Este suceso trágico.

JULIO.

Á Celio.

Mas ¿que se vuelve de dolor frenético?

RICARDO.

¡Oh corazón astrólogo!
Ya se ha cumplido el término.
Cierto salió el pronóstico.

CELIO.

Á Julio.

Parece que habla en récipes.

JULIO.

¿Cómo, señor? ¿Ansí se pierde el ánimo,
Cuando es razón mostralle?

RICARDO.

No es tiempo ya que mis agravios calle.
¡Ay, tesoros espléndidos!
¡Qué de empresas difíciles
Os parecieron con el oro fáciles!
Quitar la clava á Hércules,
El rayo al mismo Júpiter,
Coger el sol, el viento, en él los pájaros
Juzgastes facilísimo,
Haciéndome fantástico
Y pretensor legítimo
De la hermosura angélica,
Que goza un pobre rico, alegre y próspero.

CELIO.

Á Julio.

De aquí quiero llevalle.

RICARDO.

No es tiempo ya que mis agravios calle.
Id, esperanzas frágiles,
Mal empleadas lágrimas,
Á Dorotea, de mi pena incrédula:
Bañad su alegre tálamo,
Decid que sois de un mísero
Que ayer fué rico y fuerte, hoy pusilánime.

CELIO.

Pon á las quejas límite.

RICARDO.

Calla, ignorante, bárbaro.

CELIO.

¿Por eso estás colérico?
¿Es honra dar escándalo
Á la calle y la casa?

RICARDO.

Calla, rústico.

JULIO.

Salgamos de la calle.

RICARDO.

No es tiempo ya que mis agravios calle.

ACTO TERCERO.

Dorotea y Leonido.

DOROTEA.

Si con mi sangre pudiera,
Y ofreciéndote mi vida,
Pedirte que esta partida
Después de mi muerte fuera,
No dudes que restaurara
Por un instante mi pena,
Y el alma, del cuerpo ajena,
Por lo menos descansara.
Mira que no es buen acuerdo
Irte ansí desesperado.

LEONIDO.

Ya, Dorotea, he pensado
Lo que gano y lo que pierdo.
La dura necesidad
Que paso, y pasar te veo,
Deste mi injusto deseo
Quitó la dificultad.
Un año habrá que casado

Contigo estoy: sabe Dios
Lo que nos cuesta á los dos
De pesadumbre y cuidado.
Eras más pobre que yo,
Cosa que nunca entendí:
Juntámonos, pues, ansí,
Que honra y amor nos forzó.
Á los principios vivimos
Conforme á nuestra nobleza,
Gastando aquella pobreza
Que por entonces tuvimos.
Luego la necesidad
Su vil cara nos mostró;
Que mozo (1), nunca vi yo
En ella tanta fealdad.
Comenzaste á entristecerte,
Comencélo yo á sentir;
Que no te poder servir
No era vida, sino muerte.
Ya el amor andaba flaco,
Puesto que en el alma ardía,
Porque, en efecto, se enfría
Venus sin Ceres y Baco.
Ya el criado no me hablaba;
Que más afrenta el criado
Á un hombre necesitado,
Y si hablaba, murmuraba.
Desta tristeza, tú puedes
Ver si es bien que pena tome;
Que en casa que no se come,
Lloran hasta las paredes.
Vendí joyas y vestidos,
Y á los tuyos me atreví;
Que cuando se llega aquí,
Ya están los gustos rendidos.
Como sabes he quedado:
Soy hidalgo, y en razón
De mi esquiva condición,
No acierto á pedir prestado.
Soy maldito notador
De billetes de pedir:
Vivir del juego, es vivir
Muy á costa del honor.
Hacer mohatras, sí hiciera;
Pero ¿de qué he de pagar?
Hidalgo, ¿dónde he de hallar
Quien darme esos lances quiera?
Pues servir, no tengo á quién,
Ni sé lisonjas decir,
Ni ya conoce el servir
Los que son hombres de bien.
No porque falta el valor
En los señores de ahora;
Mas porque es mayor señora
La avaricia que el señor.
Estar un hombre casado
En brazos de su mujer,
Y pedir para comer
Por la mañana el criado
Y entrarse por el resquicio
De la puerta aprisa el día,
Yo sé á quien le parecía
La trompeta del Jüicio.
Pues ¡levantarse á buscallo,
Y al deudo y amigo ver,
Y sin pedirlo volver!.....
Más lo encarezco si callo.
Tener hoy, y no mañana,
El ordinario sustento,
Es dar al entendimiento
Una enfadosa terciana.
Por esto, mi bien, me voy
Donde pueda procurar
Con qué os poder sustentar:
¡Tan pobre he nacido y soy!
Despedid ese criado,
Y quedaos con Isabel,
Mientras el tiempo cruel
Pone en razón nuestro estado.
Sustentaos de esa labor
Como antes del casamiento.

DOROTEA.

No sé cómo el sufrimiento
Resiste vuestro rigor.
No os vais, mi bien, que cosiendo
Y labrando noche y día,
Yo os sustentaré.

LEONIDO.

¡Alma mía,
Mirad que de eso me ofendo!
No tengáis por hombre honrado
Aquel que viene á comer
Lo que busca su mujer,
Bien labrado, ó mal buscado.
Mirad que entra mucho el día,
Y me verán ir á pie.

DOROTEA.

¿Que á pie vais?

LEONIDO.

Medir podré
Á pies la desdicha mía.

DOROTEA.

Pasos tan desesperados
Dan más culpa á vuestra ausencia.

LEONIDO.

Sí, mi bien, porque en Valencia
Van á pie los justiciados.

DOROTEA.

Gran consuelo de los dos
Fuera á caballo partir,
Pues pudiera yo decir
Que otro os llevaba, y no vos.

LEONIDO.

Tomad, mi esposa, este escudo
De dos que anoche busqué.

DOROTEA.

De paciencia me le dé
Quien darme la causa pudo.
Llevalde, no seáis extraño,
Que más os importa á vos.

(1) Soltero.

LEONIDO.

De paciencia sí, que aun dos
Son pocos para mi daño.
No porfiéis.

DOROTEA.

No, mi bien.
¿No veis que es crueldad?

LEONIDO.

Callad:
Partid la prosperidad,
Como el trabajo también.
No os encargo que en mi ausencia
Miréis por mi honor: yo sé,
De lo que por vos pasé,
Vuestra honrada resistencia.
La doncella que no ha sido
Con su galán atrevida,
Después por toda la vida
Hace seguro el marido.
Adiós, amores.

DOROTEA.

Adiós,
Dueño mío.

LEONIDO.

Adiós. ¡Ah, cielo!

DOROTEA.

¿Dónde vais?

LEONIDO.

No sé.

DOROTEA.

Recelo
Que lo sabéis.

LEONIDO.

Como vos.

DOROTEA.

Dios os me traiga con bien,
Y os dé por allá ventura.

LEONIDO.

¡Qué dolor!

DOROTEA.

¡Qué desventura!

LEONIDO.

¡Adiós, alma!

DOROTEA.

¡Adiós, mi bien!
Oid.

LEONIDO.

¿Qué queréis?

DOROTEA.

¿Por dónde
Vais, ó por qué puerta salís?

LEONIDO.

Por la de Cuart.

Vase.

DOROTEA.

¡Que os partís!
¡Que os vais, mi bien! ¡No responde!

Vase.

Ricardo, Julio y Celio.

RICARDO.

No he visto peor mujer.

JULIO.

¿Tampoco aquésta te agrada?

RICARDO.

Si una noche tanto enfada,
No pienso volverla á ver.

CELIO.

Tienes el gusto estragado;
Que ¡par Dios! que es como un oro.

JULIO.

Siempre juzgan manso el toro
Los que están en el tablado.

RICARDO.

¡Qué comparación tan necia!
Resuélvome en que es demonio.

JULIO.

Aun bien, que no es matrimonio.

CELIO.

Aparte á Julio.

No entiende lo que desprecia.

RICARDO.

Si hay penas en el infierno
De tener mujer al lado
Quien de otra está enamorado,
Él es un tormento eterno.
¡Qué necio se acuesta un hombre
En los brazos de una fea,
Con el alma en Dorotea!

JULIO.

Aparte á Celio.

Aun no se le olvida el nombre.

RICARDO.

Decid: ¿por qué una mujer,
Que de otro está enamorada,
No siente el verse gozada
De quien no acierta á querer?

JULIO.

¡Qué! ¿No sabes en qué estriba?

RICARDO.

Ni su razón apercibo.

JULIO.

En no tocarle lo activo,
Sino la parte pasiva.
En cualquier cosa que informa
Su autor (que es harta miseria),
No se cansa la materia,
Sino el que imprime la forma.

RICARDO.

Finalmente, yo no veo
Remedio para mi amor.

JULIO.

El ausencia es el mejor.

RICARDO.

Ese temo, y le deseo.

Pues no me cura mujer,
Mi amor es, Celio, inmortal.

CELIO.

Si amor mal pagado es mal,
No hay mal que lo pueda ser.

JULIO.

Busquemos una hechicera.

RICARDO.

¿Sabrá desapasionarme?

JULIO.

Pues ¿no? Con darte un adarme
De infernal adormidera.
Yo sé un récipe.

RICARDO.

Á ver, di.

JULIO.

De seso de Orlando un poco,
De los discursos de un loco,
De las barbas del Sofí,
De la espuma del Pegaso
Con un diente de Holofernes,
Destilados en un viernes,
Y cada mañana un vaso.
Después, con polvos del mar
Y humo de nieve quemada,
Con los aires de Granada
Y el cerco de Gibraltar,
Untarse muy bien el pecho,
Da al celebro gran virtud.

RICARDO.

¡Tal te venga la salud,
Como la receta has hecho!
¿No fuera mejor buscar
Una gentil alcahueta,
Principio de la receta
Del amar y del gozar,
Y ofreciéndola dinero,
Pues tan pobre está, vencella?

JULIO.

¿Que está pobre?

RICARDO.

Hasta vendella
Su hacienda aquel escudero.

JULIO.

No supo la desdichada
Conocerte.

RICARDO.

Mucho erró.
¡Cuál la regalara yo!

Tancredo.

TANCREDO.

¡Paga, por mi vida, honrada! (Para sí.)
Quien sirve á pobre, ¿qué espera?

JULIO.

El criado es de Leonido.

RICARDO.

Pues, gentilhombre, ¿qué ha sido?
¿Dónde vais de esa manera?

TANCREDO.

Salió la necesidad
De madre en cas de Leonido,
Y llevósele perdido,
Huyendo de la ciudad.
Llamóme luego mi ama,
Y con éste que me dió,
Treinta meses me pagó
De mala mesa y peor cama.
Pero ya en culparla dudo;
Que á tal extremo ha llegado,
Que no sé adónde ha buscado
Este desdichado escudo.
Y aun en alto cadahalso
Me saquen á ajusticiar
Si yo le osare trocar.

RICARDO.

¿Cómo?

TANCREDO.

Que aun pienso que es falso.

RICARDO.

Mostrad. ¿Qué queréis por él?

TANCREDO.

Perderé los tres cuartillos.

RICARDO.

¿Tomaréislos amarillos,
Y de más valor que es él?

TANCREDO.

¿Qué me dais?

RICARDO.

Seis veces más.
Veis aquí estos tres doblones.

TANCREDO.

En obligación me pones.

RICARDO.

Álzate, tente. ¿Dó vas?

TANCREDO.

¡No te hubiera yo servido,
Y no al hidalgo pelón!

RICARDO.

Si quieres, á la ocasión
Mejor del mundo has venido.

TANCREDO.

Beso mil veces tus pies;
Tu esclavo seré.

RICARDO.

Hoy, Tancredo,
Hoy pienso que vivir puedo
Como tu favor me des.
Pues eres ya mi criado,
Y en la casa que has servido
Puedes ser ladrón fingido
Y enemigo disfrazado,
Mi desventura te duela.

TANCREDO.

Tu remedio está en mi mano.
El paso te ofrezco llano
Para cualquiera cautela.
La esclava me quiere bien,
Puesto que no la he gozado;
Que para el fin deseado
Podrá ayudarnos también.
La mujer es pobre y sola:

Caerá con facilidad;
Que está la necesidad
Con los pies sobre una bola.
Dicen que tiene á los lados
Hurtos, riquezas, tesoros,
Libros hebreos y moros,
Traiciones, gustos y estados;
Y que un viento de ocasión
La sopla con tanta fuerza,
Que como la bola tuerza,
Cae en cualquiera traición.
Sé tu amor, sé tu deseo,
Y su pobreza y su casa:
Presto verás lo que pasa
Y que en servirte me empleo.

RICARDO.

Amigos, médico hallé,
Remedio, salud y vida.
Ya no hay que busque ó que pida:
El escudero se fué,
Y Dorotea quedó.
Tancredo es ya mi criado.

JULIO.

Agradécele el cuidado
Con que la vida te dió;
Que acá le regalaremos
Lo que toca á nuestra parte.

RICARDO.

¡Hoy te rindes, baluarte
De inaccesibles extremos!

TANCREDO.

Decirlo puedes.

RICARDO.

Bien puedo.

TANCREDO.

Ven, y por sus rejas pasa.

RICARDO.

Tancredo, manda mi casa;
Manda mi casa, Tancredo.

Vanse.

Soldados, con caja y bandera, en tropa para embarcarse; D. Francisco, de capitán.

CAPITÁN.

¡Ea, señores soldados,
Alto; á embarcar, á embarcar!

SOLDADO 1.°

¿Comprastes pan, Escobar?

SOLDADO 2.°

Y dos gambetes salados.

SOLDADO 1.°

¡Buen vino va en la galera!

SOLDADO 2.°

En eso no hay que gastemos
El poco argen que tenemos.

SOLDADO 1.°

¿Lleva la Fraila Ribera?

SOLDADO 3.°

Con su servicio del diablo
Se embarca el pobre señor.

SOLDADO 2.°

Callar en diciendo amor.

SOLDADO 3.°

Aborrezco su vocablo.

CAPITÁN.

Caminen, pues: ¡ea, caminen!

SOLDADO 1.°

Entrarán, que no es ganado.

CAPITÁN.

Entrad vos: ¿qué hacéis parado?

SOLDADO 3.°

Aguardo que me encaminen.

CAPITÁN.

¡Hola! Haced que esté el sargento
Alerta, no se nos vayan;
Porque en viendo el mar desmayan,
Y se irán de ciento en ciento.

Ribera, con una mujercilla y un pícaro, con bagajes y una guitarra.

RIBERA.

Haga pucheros ahora
Si le parece, probada.

CAPITÁN.

¡Hola! ¿Qué es eso?

RIBERA.

No es nada.

CAPITÁN.

¿Va allá también la señora?

RIBERA.

Si va ó no, á Dios daremos
La cuenta, que acá no somos
De los que atientan los lomos;
Cara á cara acometemos.
Si hombre es flaco, ¿dónde ha de ir
Con las cosas no excusadas?
¿Ha de ir á las arrumbadas?

CAPITÁN.

Héchome ha ¡por Dios! reir.
La recámara me agrada.

RIBERA

Al pícaro.

Lleva la guitarra encima,
Y no le quiebres la prima,
Que llevarás tabalada.

LA MUJER.

¡Ay, ay, y qué mar tan grande!

RIBERA.

¿Qué te espantas, socarrona,
Si en tu golfo de Narbona
No hay ganapán que no ande?

CAPITÁN.

¡Alto! Á la mar, á la mar.
¡Ea, soldados!.....

SOLDADO 4.°

La fruta
Compré.

SOLDADO 5.°
¿Pagaste la fruta? (1).
SOLDADO 4.°
Allá quedó Salazar.

Van pasando soldados, arcabuces y armas.

CAPITÁN.
¡Buena es la gente, y no toda
Bisoña! aunque al fin, de España,
En un hora á la campaña,
Hielo y frío se acomoda.
¿De dónde sois? (A uno.)
SOLDADO 6.°
De Getafe.
CAPITÁN.
¡Buen soldado!
SOLDADO 6.°
De Madrid
Está dos leguas.
CAPITÁN.
Decid
Que os den buen puesto al vïaje.
¿Vos, compadre?
SOLDADO 7.°
De la Mancha;
Y máteme un esmeril
Antes que espere otro Abril,
Cuando no llueve y se ensancha.

Leonido y el alférez Rosado.

ALFÉREZ.
Mirad que tengo entendido
Que nos embarcan á Orán.
LEONIDO.
Donde vos vais y otros van,
Iré, ganado ó perdido.
Yo estoy tan desesperado,
Que el mayor mal me está bien.
CAPITÁN.
¿Es camarada también?
ALFÉREZ.
Es muy hidalgo soldado,
Señor capitán, Leonido,
Y es amigo de Valencia.
CAPITÁN.
Muestra en su talle y presencia
Que justamente lo ha sido.
Mi mesa tenga de hoy más,
Y de mi escuadra se nombre.
LEONIDO.
Dadme esos pies.
ALFÉREZ.
Y es muy hombre.
LEONIDO.
No lo fuí menos jamás.
Huyendo de una mujer
Salgo de España: mirad
¡Qué valor y calidad!
CAPITÁN.
Y ¿qué mayor puede ser?
Traiga aquesos mosqueteros
De guardia, sargento, y vamos.
LEONIDO.
Ya, esposa, en la mar estamos. (Ap.)
¿Si podré volver á veros?
¡Ay, dulce señora mía!
¡Ay, Valencia! ¡Ay, Cartagena!
ALFÉREZ.
Parece que lleváis pena.
LEONIDO.
Ya os lo contaré algún día.

Vanse.

Dorotea é Isabel.

ISABEL.
Aquestos cuatro reales
Me dieron por la labor.
DOROTEA.
Haré dos partes iguales,
Que la tiene tu señor
Como bienes gananciales.
Dos misas di con los dos,
Para que le guarde Dios.
¡Rogad por él, almas santas,
Pues que ya lágrimas tantas
Todas las dirijo á vos!
ISABEL.
Tu virtud, señora, es tal,
Tu vida tan limpia y sana,
Que te ha de dar nombre igual
De Penélope cristiana,
Tipo de amor conyugal.
¡Qué ventura de Leonido,
Ya que desdichado ha sido
En no poder sustentarte!
DOROTEA.
Por eso de mí se parte
Desesperado y corrido.
¡Con qué lágrimas bañaba
Ojos y cama aquel día
Que estrechamente pasaba!
Que sola la falta mía
Pena y confusión le daba.
Con verme tan afligida,
Aun no estoy arrepentida,
Ni deste arrepentimiento
Aun primero movimiento
Podré tener en mi vida.

Tancredo.

TANCREDO.
Como de casa, en efeto,
Aunque della me han echado,
Vengo, á servirte sujeto,
Y sin licencia me he entrado.

(1) ¿Habría aquí otra palabra menos decente en lugar de *fruta*?

DOROTEA.

Has hecho como discreto.
Pues, Tancredo, ¿cómo va?

TANCREDO.

Bien, gracias á Dios, señora,
Que hallé mi remedio ya.

DOROTEA.

Y ¿con quién estás ahora?

TANCREDO.

Con el que más bien me está;
Estoy con un caballero
Genovés.

DOROTEA.

Con extranjero,
Por ventura medrarás.

TANCREDO.

Y tanto, que yo no más
Soy llave de su dinero.
Viendo la necesidad
Que pasáis, os he traído
Esta poca cantidad,
Por lo que á vos y á Leonido
Debí de amor y amistad.
Tomad, que en esta bolsilla
Va más alma que dinero;
Y bien podéis recibilla,
Que es deuda, sin lo que os quiero,
Que debo restituilla.
Siempre, con lo que tuviere,
Acudiré de este modo
Si mi señor no viniere.

DOROTEA.

Muestras ser hidalgo en todo.
¡Gran nombre tu fama adquiere!
¡Oh ejemplo de gran lealtad!
¡Criado reconocido!
¡Oh luz de fidelidad,
Obligado, agradecido,
Y dechado de amistad!
Tomarlo quiero, que empieza
Á darle mi obligación
Lugar sobre la cabeza,
Más porque tenga ocasión
Tu virtud que mi pobreza;
Que no querer dar lugar
Á lo que en esto mereces,
Pudiera el cielo culpar;
Otro Nicolás pareces
En la bolsa y en el dar.
No eres siervo lisonjero,
Que al señor presta dinero
Codiciando su riqueza;
Que quien da á tanta pobreza,
Es liberal verdadero.
Si á tomarla me he atrevido,
Es porque puedo pensar
Que te ha enviado Leonido.

TANCREDO.

Deja, señora, de honrar
Hombre que tu hechura ha sido.
¡Pluguiera á Dios que tuviera
Un mundo pequeño ahí!
Un paje me aguarda fuera,
De quien no me despedí;
Mientras me despido, espera.

Vase.

ISABEL.

Notable lealtad ha sido.
¡Mira si tenelle amor
De balde ha sido!

DOROTEA.

Has querido
Al hombre de más valor
De todos los que han servido,
Al más honrado y leal.

ISABEL.

Cuenta el dinero, señora;
Consuele el son nuestro mal.

DOROTEA.

¡Qué de escudos!

ISABEL.

Suena ahora,
¡Oh campana celestial!

DOROTEA.

El pensamiento me ha dado
Si este mozo los ha hurtado.

ISABEL.

No le ofendas de ese modo.

DOROTEA.

¿Si son falsos?

ISABEL.

¿Eso y todo?

DOROTEA.

¿Si por ventura ha jugado?
Un papelillo está aquí.

ISABEL.

¡Papelillo! Aguarda, á ver
No sea el aforro.

DOROTEA.

¡Ah, sí!
Cédula debe de ser
De cómo los recibí.

Lee.

«Leonido, tu esposo, te ha dejado por pobre; ahora echarás de ver que mintió el moro en despreciar el marido rico, y que, en efecto, fué consejo de enemigo. Sírvete de eso, y pide lo que hubieres menester en su ausencia, porque él te goce y yo lo pague.—*Ricardo.*»

¡Válame Dios! ¡Vil Tancredo,
Vil hombre, criado vil!

ISABEL.

¡Oh perro! ¡Tan fiero enredo!

DOROTEA.

La industria ha sido sutil.

Tancredo.

TANCREDO.

Leyó el papel; entrar puedo. (Ap.)
Ya, señora, se fué el paje.

DOROTEA.

Ruin hombre, de ruin linaje,
Desleal, fiero, atrevido.
¿Este es el pan que has comido?
¿Á tu señor tanto ultraje?
Toma, vil, tu bolsa allá,
Y el veneno en taza de oro;
Que aquese papel, que ya
Osó ofender mi decoro,
Cual áspid en yerba está.
Mi necesidad discreta
Por otros pasos camina;
Que es medicina imperfeta
Que dentro, en la medicina,
Me dé á comer la receta.
Vuélvase el oro á su centro:
Di que resisto su encuentro,
Que no es dado ni prestado;
Debe de ser alquilado,
Pues tiene cédula dentro.
Era esta bolsa campana,
Lengua el papel que traía;
¡Mira si tu culpa es llana,
Pues tocándola diría
Que fuí deshonesta y vana!
Á bolsa que sabe hablar
Echalle los cerraderos,
Y á quien sabe disfamar,
Mostralle honrados aceros.
Yo os haré, infame, matar.
Salid fuera, y al hebreo
El dinero en que vendido
Habéis por delito feo
Á vuestro señor Leonido,
Le volved para su empleo;
Que no os faltará un saúco.

TANCREDO.

¡Señora!.....

DOROTEA.

¿Que no te vas?

ISABEL.

Vete, infame. ¡Qué trabuco!
Deja, y verás, si habla más,
Que la cara le machuco.

TANCREDO.

Isabel, ¿tú á mí?

ISABEL.

Alcahuete,
Ya no soy la que solía.

DOROTEA.

Vete, traidor; Judas, vete.

TANCREDO.

¡Pequé!

DOROTEA.

Cierra, Isabel mía.

ISABEL.

¿Tú cristiano? Perro Hamete.

Vanse.

Leonido, nadando en el mar, asido á una tabla.

LEONIDO.

¡Valedme, Virgen bella,
Más pura que los ángeles!
Estrella de la mar, ¡valedme ahora!
Virgen que del Milagro
Os llaman en Valencia,
¡Sacadme á tierra, á tierra, á tierra, á tierra!
Yo colgaré esta tabla,
Y en ella pondré escrito
Este milagro vuestro.

Sale á la playa.

Sin duda que estoy libre.
Toda es aquesta orilla arena y algas.
Las cosas veo distintas,
Jardines hay aquí, huertas y quintas.
Lugar es grande aquéste.....
Las casas son extrañas,
Torres y chapiteles diferentes.....
No veo en ellas cruces.
¿Adónde estoy, Dios mío!
Madre de los perdidos pecadores,
¿Adónde mis pecados
Me han traído perdido?
Á Orán dijo el alférez
Que el capitán venía:
¿Si éste es Orán? Mas ¡ojalá que fuese!
¡Ay, esposa querida!
Ya se parte de mí tu media vida.
Sentarme quiero un rato,
Cubierto destos árboles,
Solo, mojado, hambriento, flaco y triste,
Mientras que veo gente.
¡Ay, mísero Leonido!

Audalla, con arco, flechas y alfanje, sin ver á Leonido

Moro es aquéste. ¡En tierra estoy de moros! (Ap.)
Quiero ver lo que hace;
Que sale desta huerta,
Y á la playa se inclina.
Honrado aspecto tiene;
Sin duda es principal. Ventura ha sido.
Del cielo fué clemencia
Aprender el arábigo en Valencia.

AUDALLA.

Deste fresco jardín salgo á la playa (Para sí.)
Del mar azul, porque en sus claras ondas
Limpio mi cuerpo y descansado vaya.
¡Oh soledad! Ahora es bien que escondas
Mis cuidados en ti, gente y disgusto,
Y que con dulces ecos me respondas.
No siempre los palacios causan gusto;
Los pinos verdes, más que los dorados,
Objetos son del ver más sano y justo.

Dejo la cama rica y los estrados,
Con las alfombras de oro y tornasoles,
Y los lienzos del ámbar perfumados;
Las granas que nos venden españoles,
El trasportín de raso y la almohada
Labrada de colores y de soles.
Este fresco jardín tal vez me agrada,
Los paramentos de la verde hiedra
De quien está su casa coronada,
El madroño que crece entre la piedra,
Donde el oso peludo se embriaga,
La verde palma que casada medra,
El agudo ciprés que al cielo amaga,
Y el bajo y salutífero romero
Contra toda hinchazón, dolor y llaga,
Y en el Julio abrasado ó fresco Enero
Miro la cabra asida del tomillo,
Y colgado del pámpano al cordero;
Tañer su ruda flauta el pastorcillo,
Y buscando los pechos de la cabra,
Retozar á la tarde el cabritillo.
Baja de aquella amarga cornicabra,
Haciéndose pedazos, una fuente
Que me murmura sin decir palabra,
Y por aquestas guijas blandamente,
Jaspes tornasolados y pizarras,
Piensa que aumenta el mar con su corriente.
Yo, sentado á la sombra destas parras,
Estoyla oyendo, y canto las canciones
De las sierras Bermejas y Alpujarras,
Cuando puso Fernando sus pendones
En el Alhambra de Granada hermosa,
Y el Rey Chico lloró tales razones.
De aquí corto el jazmín, violeta y rosa,
Cojo la roja guinda ó verde pera,
La cermeña amarilla y olorosa.
Pero la soledad de la ribera
Ya me obliga á bañar: guardadme el arco,
Y mataré, volviendo, alguna fiera;
Que si á la isla con el sol me embarco,
De aves del cielo y liebres de la tierra
Suelo colmar la voluntad y el barco.
Dejemos el alfanje, pues no hay guerra.
Hurta la yerba ya, la ropa estafa,
Tanto en sus hojas y frescura encierra.
Aquí pongo el turbante y la almalafa,
Que basta que me quede esta camisa
De cándida y bruñida sinabafa.
De estotra parte el agua con su risa
Me está llamando.

LEONIDO.

Alfanje y flechas tomo. (Aparte.)
¡Ah, moro, date preso, y date aprisa!

AUDALLA.

¿Quién eres, di, visión? Y ¿dónde y cómo
Viniste aquí?

LEONIDO.

Pues ríndete primero,
Ó asentaréte de la punta al pomo.

AUDALLA.

Mira que soy honrado prisionero.

LEONIDO.

Seas quien fueres.

AUDALLA.

Yo me rindo; basta.
¿Quién eres?

LEONIDO.

Español y caballero.

AUDALLA.

Basta español; que de su espada y asta,
Pues hasta Argel llegáis ansí desnudos,
Tengo noticia.

LEONIDO.

¡Argel! ¡Oh esposa casta!

AUDALLA.

Dime, por Dios, pues no soléis ser mudos
¿Cómo en mi propia tierra me cautivas?
Pues no somos tan bárbaros y rudos.

LEONIDO.

Moro, necesidad.

AUDALLA.

¡Fuerzas altivas!
¿Sólo vienes á Argel á prender hombres?
¿Cómo es tu nombre que inmortal recibas?

LEONIDO.

En Argel te dijeran bien los nombres
De mi esposa y de mí, que el padre suyo
Está cautivo en él.

AUDALLA.

¿Qué?

LEONIDO.

No te asombres.

AUDALLA.

¿Cautivo está en Argel el suegro tuyo?

LEONIDO.

El Rey le tiene; Aurelio es su apellido.

AUDALLA.

Conózcole, y por ti, que es noble arguyo.

LEONIDO.

Aconsejóle un moro que á Leonido,
Un pobre que soy yo, su hija diese,
Y no á un rico, porque era mal nacido.
Caséme, ¡ay triste! y como no pudiese
Sustentar mi familia, al fin del año
Pobreza me forzó que me partiese.
Pasaba á Italia, aunque, si no me engaño,
Un capitán de infantería española
Me llevaba á lugar de mayor daño.
Corrió tormenta, y mi persona sola
Escapó donde ves, triste y perplejo,
Con una tabla entre una y otra ola.

AUDALLA.

¿Que eres tú aquel por quien le dije al viejo
Que diese, aunque eras pobre, á Dorotea?
¡Mal haya yo que dí tan buen consejo!

LEONIDO.

¿Eres el Rey?

AUDALLA.

¿Quién quieres ya que sea?

LEONIDO.

Toma, señor, tus armas y vestido.

AUDALLA.

Será porque tu hidalgo pecho crea.
¿Qué quieres por mí?

LEONIDO.

En trueco sólo pido
Mi viejo suegro.

AUDALLA.

El viejo y tu rescate.
Mas di, ¿dónde mi lengua has aprendido?

LEONIDO.

Cualquier cristiano que en los pueblos trate
De moriscos del reino de Valencia,
La aprende como yo.

AUDALLA.

Con este embate
Nos iremos á Argel, y la presencia
De Aurelio gozarás, y de mi casa
Como señor y dueño, sin licencia.

LEONIDO.

Tu esclavo soy.

AUDALLA.

Por esta acequia pasa.

Vanse.

Ricardo, Tancredo, Julio y Celio en la calle.

TANCREDO.

Lo que no puede interés,
¿Quién lo basta á derribar?

RICARDO.

Que allí no tenga lugar,
Novedad extraña es.

JULIO.

Sabe, señor, que hay mujer
Que es flamenca en el rendir,
Que el hombre no ha de decir
Que con su gusto ha de ser.
Fuérzala, que muchas nacen
Tan duras de los talones,
Que si no es con encontrones,
Jamás cosa buena hacen.
Hay mujer que no ejecuta
Con palabras ni regalos;
Que es nogal, que á puros palos
Rinde á su dueño la fruta.

RICARDO.

Pues, Tancredo, ¿de qué suerte,
Si me atreviese á forzalla,
Podré entrar?

TANCREDO.

Será obligalla
Á que procure tu muerte.
Aunque por lo que es su honor,
No dudes que ha de callar;
Que Lucrecia en porfiar,
Lo será en callar mejor.

RICARDO.

Ello es muy tarde; un enredo
Para la puerta buscad.

TANCREDO.

Las espadas desnudad,
Como que herís á Tancredo,
Y en abriéndome entraéis.

Hacen lo dicho. Tancredo grita.

¡Oh, perros! Pues ¡tres á mí!

RICARDO.

¡Muera, muera!

TANCREDO.

Gritando.

¡Ayuda aquí!

RICARDO.

No digas tres; di que seis.

TANCREDO.

Gritando.

¡Ah, señora Dorotea!
¡Ah, Isabel! ¡Jesús! ¡Ay, triste!

Vanse.

Dorotea é Isabel.

DOROTEA.

¿La voz de Tancredo oiste?

ISABEL.

Y ¿qué dudas de que sea?

TANCREDO.

Dentro.

¡Abrid, que me matan!

DOROTEA.

Corre,
Que aunque es traidor, fué criado
De Leonido.

Isabel va y abre la puerta, y sale Tancredo.

ISABEL.

Entra, cuitado.

TANCREDO.

Entrando.

Algún ángel me socorre.

RICARDO.

Dentro.

Quedáos vosotros aquí.

DOROTEA.

¿Estás muy herido?

TANCREDO.

Muerto.

DOROTEA.

Daca esa luz.

JULIO.

Dentro.

Ello es cierto.
¡Qué bien se ha trazado ansí!

Salen Ricardo, Julio y Celio.

DOROTEA.

¿Adónde tienes la herida?

RICARDO.

Yo soy, señora, el herido.

DOROTEA.

¡Oh, vil Ricardo, atrevido,
Y de mi honor homicida!
Con vanas industrias sales
Á conquistar mi desdén;
Que para matar mi bien,
Siempre de heridas te vales.
¡Mira tú cuáles heridas
Son las que á mi honra das!
Las que aciertas, por detrás,
Y las que yerras, fingidas.

RICARDO.

Señora, escucha.

DOROTEA.

¡Oh traidor!

Á Isabel:

Descuelga aquellas espadas.

ISABEL.

Voy por ellas.

Vase.

RICARDO.

¡Que te agradas
De mi muerte y tu rigor!
¡Ah, mi bien!

DOROTEA.

¡Ay, infame y vil!

Vuelve Isabel con dos espadas.

ISABEL.

Toma, señora.

RICARDO.

¿Qué quieres?

DOROTEA.

Que conozcas las mujeres
En acto más varonil.
Sacude, Isabel; echemos
Estos cobardes de casa.

RICARDO.

¿Hay tal cosa? ¡Que esto pasa!

TANCREDO.

¿Qué haremos?

ISABEL.

¡Fuera!

CELIO.

¿Qué haremos?

Emprenden las dos á cuchilladas con los cuatro.

JULIO.

Defiéndete, que ¡por Dios!
Que las juegan lindamente.

RICARDO.

Tente, Dorotea, tente.

DOROTEA.

Déjame con estos dos.

RICARDO.

Mira que te puedo herir.

DOROTEA.

Es tu espada muy cobarde.

CELIO.

Huye, que, ansí Dios me guarde,
Que no se puede sufrir.

Huyen todos.

ISABEL.

Ya los podemos dejar.

DOROTEA.

Bien huyen.

ISABEL.

Su infamia es cierta.

DOROTEA.

Pues cierra, Isabel, la puerta,
Y vámonos á acostar.

ISABEL.

¡Hermosamente acuchillas!

DOROTEA.

Y tú en extremo me agradas.

ISABEL.

Entra.

DOROTEA.

Cuelga estas espadas.
Donde están las almohadillas.

Vanse.

Aurelio y Leonido.

LEONIDO.

Hízolo el moro honrado con extremo.

AURELIO.

Si puede haber, Leonido, en pecho moro
Entrañas de cristiano, aquél las tiene.
¿No ves qué honradamente nos envía?

LEONIDO.

Veo que del consejo que te ha dado
Ha resultado todo el bien que has visto.
Traerte libre es el mayor de todos;
Fuera del gran rescate prometido,
Cuando venga Zulema de Biserta.

AURELIO.

¡Con qué lágrimas tristes ha sentido
Nuestra partida!

LEONIDO.

Tuve á gran ventura
Que estuviese aprestada aquella nave;
Que no quiero regalos entre moros,
Sino necesidad entre cristianos.

Mil escudos me dió para el camino,
Y con Zulema me promete cosas
Que por ser tan extrañas no las creo.

AURELIO.

Si hay verdad entre bárbaros, no dudes
Que está en Audalla. ¡Oh mi querida patria!
¿Es posible que pudo mi desdicha
Vencerse así, trayéndome á gozarte?
Ahora, gran Señor, pon justo límite
. . . . . (1).
En los brazos del ángel que me espera;
Pero sospecho que en llegando á ellos,
Como en otro Jordán, me tornen mozo.

LEONIDO.

Ya, señor, se acabaron tus trabajos;
Ya quiere el cielo que descanses libre
De cautiverio de tan largos años.
Estas son las campañas fertilísimas
Del reino de Valencia; este camino
Nos llevará á poner mañana en ella.

Cuatro salteadores.

SALTEADOR 1.°

Si hacen cortesía, no dispares.

SALTEADOR 2.°

¡Hola! ¿Qué digo?

LEONIDO.

Mi señor, escucha.

AURELIO.

¡Ay, Leonido! ¿Con esto nos recibe
Nuestra patria cruel?

SALTEADOR 3.°

Ríndanse presto.

LEONIDO.

Un padre é hijo peregrinos somos,
Que de cautivos en Argel venimos.

SALTEADOR 4.°

Suelta la espada.

SALTEADOR 1.°

Espérate, Ruperto.
No le quites aquí más que las armas;
Que en nuestro rancho los desnudaremos.

AURELIO.

¡Pobre viejo! ¿Que aun esto te faltaba?

LEONIDO.

Amigos, desnudadnos en buena hora,
Y reservad las vidas; á lo menos
La de este honrado viejo, que es mi padre.

AURELIO.

Amigos, si piedad no os enternece
De dos cautivos que en Argel pasaron
Tan miserable y trabajosa vida,
Guardad, así la vuestra guarde el cielo,
La deste honrado mozo, que es mi hijo.

SALTEADOR 2.°

Caminen donde digo, y manifiesten
El plus de argén.

LEONIDO.

¿Qué han de traer cautivos?

SALTEADOR 3.°

Gofredo, destos pobres peregrinos
Se ha de quemar la ropa como tela
Para que salga el oro entretejido.

AURELIO.

¡Ay, triste Aurelio!

LEONIDO.

¡Ay, mísero Leonido!

Llévanlos.

Ricardo, Tancredo, Celio y Julio.

RICARDO.

¿Que tiene tanta pobreza?

TANCREDO.

Hoy supe de una vecina
La referida fineza.

RICARDO.

¡Tanto ayuno y disciplina,
Tan flaca naturaleza!

TANCREDO.

Digo, señor, que contaba
Que sin comer se pasaba
Algunas veces dos días.

RICARDO.

Come las entrañas mías,
Ave de Sísifo brava.
¿Por qué te matas así?
Ya no quiero pedir nada,
Quiere tú pedirme á mí,
Que por sustentarte honrada,
Ya te sustentas de ti.
¡Que te adore y que le sobre
Á los perros de mi casa!
¡Que vida en viéndote cobre,
Y que con mi mano escasa
Te deje vivir tan pobre!
¡Oh fiera crueldad no vista!
Ya, mi bien, no te conquista
Amor, sino obligación;
Ya pido á tu condición
Que de nuevo se resista.
Ya tu santidad, señora,
Mucho más que tu hermosura,
Me deleita y enamora.
Que vivas no más procura
Éste que tu vida adora.
Dineros me sobran; toma.

TANCREDO.

Hablas, señor, como honrado;
Pero no se ablanda y doma.

RICARDO.

El darle me da cuidado,
Siquiera para que coma.
Si de un real de su labor
Da el medio á un pobre, yo puedo
Con ella partir mejor.

JULIO.

Ya es tarde, y dice Tancredo
Que no está en casa, señor;
Que al Remedio fué á rezar.

(1) Parece que falta un verso.

Vámosla al campo á esperar,
Que es de noche, y miedo ó fuerza
Causarán que el rigor tuerza
Con que te suele matar.

RICARDO.

Julio, ya estoy muy trocado;
Su virtud estimo sola;
Aquí la historia ha cesado
Desta Lucrecia española
Y este Tarquino afrentado.
No más amor; antes creo
Que si viese en esta calle
Alguno con mal deseo,
Fuese mejor á matalle,
Que por mi agravio el más feo.
Lo que quiero agora hacer
Es en este umbral poner
Este lienzo con dinero,
Que ya solamente quiero
Remediar esta mujer.
Cierta invención viene aquí
Para que lo tome luego.
Vosotros venid tras mí.

CELIO.

Hoy está santo, ayer ciego. (Ap. á Julio.)
Si ha de ser mañana así.....

JULIO.

Celio, dale cantonada,
Y volveremos por ello.

CELIO.

Calla.

RICARDO.

¿Qué es eso?

JULIO.

No es nada.

TANCREDO.

Si aquéstos piensan cogello, (Aparte.)
Tomada está la posada.

Vanse.

Dorotea é Isabel con mantos.

DOROTEA.

Muy tarde habemos venido.
¿Cosa que la vecindad.
Lo tenga por liviandad
En ausencia de Leonido?
Abre esa puerta, Isabel,
Que más de las siete son.

ISABEL.

Es muy larga la estación,
Y está el camino cruel.
¡Ay, señora!

DOROTEA.

¿Qué hay?

ISABEL.

Un lienzo
Con dinero en los umbrales.

DOROTEA.

Á pensar lo que es comienzo.

ISABEL.

Como á Francisco, reales.

DOROTEA.

Que lo pienses me avergüenzo.
Demonio es éste, sin duda.

ISABEL.

Otro papel.

DOROTEA.

Muestra á ver,
Que á verle la luna ayuda.
La letra es ésta de ayer;
Treta ni letra no muda.

Lee.

«Cierta persona de la Iglesia, que sabe vuestra vida y necesidad, os envía ese dinero; seguramente lo podéis tomar, pues es como limosna.»

Basta, que da en limosnero
Nuestro amador tosco y rudo.
¿Cómo, amor, siendo desnudo,
Ya dais limosna y dinero?
¡No ha sido mala la treta!
Ven conmigo.

ISABEL.

¿Dónde vas?

DOROTEA.

Adonde presto verás
Que soy honrada y discreta.

Vanse.

Julio.

JULIO.

Fingiendo cierta invención,
De Ricardo me escapé.
¡Qué bien á Celio hurtaré
El lienzo y la bendición!
¡Puertas de mi alma y vida!
¡Vive Dios, que lo han cogido!
Aquel bellaco ha venido
Con la treta desta herida.
Pero allí viene; no ha hecho.
Otro el venturoso ha sido.

Celio.

CELIO.

Milagro escaparme ha sido. (Para sí.)
Que llego á tiempo sospecho.
Á Julio le he de negar
Que no vine ni le vi.

JULIO.

Ya no hay pájaros ahí.
Todos echamos azar.

CELIO.

¡Ah, traidor, que lo has cogido!

JULIO.

Otro ha venido primero

Tancredo.

TANCREDO.

Codicia de aquel dinero, (Para sí.)
Sin aliento me ha traído
Á estos umbrales, más reales
Que de la casa real;
Que no hay más real umbral
Que el que da tantos reales.

CELIO.

¿Qué le digo? ¿Está cabal?

TANCREDO.

¡Oh ladrones! Bien sabía
Que corristeis á porfía
Al palio de aqueste umbral.
Envióme mi señor
Á ver si lo habéis tomado.

Ricardo.

RICARDO.

¡Que los tres me hayan dejado! (Aparte.)
¿Hay desvergüenza mayor?
Sin duda han venido aquí
Para coger el dinero.

JULIO.

¿Quién va?

RICARDO.

Un hombre; un caballero.

CELIO.

¿Si es éste Ricardo? (Aparte á Tancredo)

TANCREDO.

Sí.

JULIO.

Señor, ¿eres tú?

RICARDO.

Yo soy.
¿Qué hacéis aquí?

JULIO.

Yo á buscarte
Vine.

CELIO.

Yo vine á aguardarte.

TANCREDO.

Pues yo aguardándote estoy.

RICARDO.

Sin duda me he convertido
En dinero é interés,
Que éste pienso que los tres
Á buscar habéis venido.

JULIO.

Tancredo dijo que tú
Le enviabas á sabello.

TANCREDO.

No debí bien de entendello.

RICARDO.

¿Yo á ti, Tancredo? ¡Jesú!

Dorotea é Isabel con un pregonero.

ISABEL.

Dad, hermano, otro pregón.

PREGONERO.

Pregonando.

Cualquiera que haya perdido
Cierto dinero.....

RICARDO.

¿Si ha sido (Aparte.)
El de mi nueva invención?

PREGONERO.

Vengan las señas y hallazgo;
Que yo le pondré con quien
Lo tiene.

RICARDO.

¡Ce, hombre de bien!

DOROTEA.

Á Isabel:

Éste es nuestro mayorazgo.

RICARDO.

Yo he perdido ese dinero.

ISABEL.

¿Cuánto es?

RICARDO.

Quinientos reales
Y un papel.

ISABEL.

¡Buenas señales!

DOROTEA.

Dádsele ansí.

PREGONERO.

Todo entero.

DOROTEA.

Decid que el hallazgo os dé
Para vos.

RICARDO.

Tomalde vos.
¡Ce, señora! Ella es, ¡por Dios!

Éntranse en casa Dorotea é Isabel.

Fuése; entróse. Al fin se fué.
¿Hay valor más invencible?
Tomad, amigo.

PREGONERO.

Señor,
Ya os conozco.

RICARDO.

Y yo mejor
Este divino imposible.

PREGONERO.

Si algo fuere menester,
Allí en el Encante estoy.

Vase.

RICARDO.

No poco encantado voy
Del valor desta mujer.
¿Hay tan heroica matrona?

Aurelio y Leonido muy rotos.

LEONIDO.

Aquí vive Dorotea.

AURELIO.

Ven por donde no nos vea,
Ni nos conozca persona.

RICARDO.

¿Quién va allá?

AURELIO.

Van dos cautivos
Que ladrones han robado.

RICARDO.

¡Á buen puerto habéis llegado!

AURELIO.

No es malo, llegando vivos.

LEONIDO.

Éste, señor, es Ricardo. (Ap. á Aurelio.)
¿Qué hace á mi puerta? ¡Ay de mí!

AURELIO.

Hijo, si él ha entrado aquí,
Vengarte y vengarme aguardo.
Mataré á mi hija, en vez
De dalle el primer abrazo,
Haciendo á su cuello un lazo
Del cordel de mi vejez.

LEONIDO.

¡Ah, traidora! ¡Así guardaste
El casto amor prometido!
Necesidad te ha vencido.

RICARDO.

Llegándose á la ventana de casa de Dorotea.

Tú, que el alma me robaste,
Fiera esquiva, Dorotea,
Darás causa á mi remedio;
Que yo pondré tierra en medio,
Y aun cielo, que cielo sea.
¿Que en ausencia de tu esposo,
Dinero no te ha vencido,
Y en los tiempos que te ha sido
Para el sustento forzoso?
¿Que toda mi diligencia
Ha sido en balde, enemiga,
Ni mi presencia te obliga,
Ni de Leonido la ausencia?
Mas ¿qué me quejo de ti,
Santa, honrada, casta, hermosa,
Pues has sido poderosa
Que hoy vuelva á vivir en mí?
Echéte aqueste dinero
Sólo para que comieses,
Y ¡que tan honrada fueses,
Que le has dado al pregonero!
Pues no ha de volver conmigo.
Cautivos, tomá ese lienzo;
Que desde agora comienzo
A ser de pobres amigo.
Goce mi renta mi hermana,
Y á un monasterio me voy.

Vase.

JULIO.

Á Celio:

Síguele.

CELIO.

Sin seso estoy.

TANCREDO.

¿Estás contenta, inhumana?

Vanse Tancredo, Celio y Julio.

LEONIDO.

¡Oh padre, dadme esos brazos!

AURELIO.

¡Ay, vida del alma mía!
Quien con tal valor porfía,
Déme infinitos abrazos.
Llama; toca.

LEONIDO.

Llamando.

¡Ah, Dorotea!

DOROTEA.

Dentro.

Ricardo, vete en buen hora.

LEONIDO.

No es Ricardo, mi señora.

DOROTEA.

Él ó quienquiera que sea.

LEONIDO.

No desconozcas mi voz.
Mi vida, yo soy Leonido.

AURELIO.

Todo me has enternecido.

LEONIDO.

Pudiera á un tigre feroz.

DOROTEA.

Dentro.

Traidor, la voz de Esaú
Y las manos de Jacob.

LEONIDO.

Mas la paciencia de Job.
¡Mi bien!

DOROTEA.

Dentro.

¡Señor! ¿Eres tú?

LEONIDO.

Yo soy.

DOROTEA.

Dentro.

¡Sin duda que es él!

Abre.

Salen Dorotea é Isabel.

¡Ay, triste!

LEONIDO.

No te espantes.

ISABEL.

¿Hay visiones semejantes?

LEONIDO.

No tiembles; vuelve, Isabel.
Yo soy, que ciertos ladrones
Me han robado, esposa mía.

DOROTEA.

Ya te conozco.

AURELIO.

Desvía,
Aunque en buen lugar te pones.
Déjame, pues fuí primero,
Que goce lo que he engendrado.

DOROTEA.

¡Ay Dios!

AURELIO.

¿De qué te has turbado?
Tu padre soy verdadero.
No soy sombra ni fingido.
Toma estos brazos bañados
En lágrimas.

Abrázanse.

Zulema y otros ocho moros con cofrecillos.

ZULEMA.

Bien guiados
Del cautivo habemos sido.
Aquí vive Dorotea.

ISABEL.

Gente viene; recordad
Que á salir de la ciudad
Madrugan.

LEONIDO.

Quien fuere sea.

DOROTEA.

Ponte esta ropa, señor.

AURELIO.

No te desnudes.

DOROTEA.

Es justo.

ISABEL.

Y tú aquésta.

LEONIDO.

Por tu gusto,
Aunque así estaba mejor.

ZULEMA.

Gente hay aquí; llegar quiero,
Pues traigo salvoconduto.

LEONIDO.

Sin duda es éste el tributo
Del rescate.

ZULEMA.

¡Ah, caballero!
¿Vive Dorotea aquí?

AURELIO.

Ya con el alba te veo.
¡Zulema!

ZULEMA.

¡Aurelio!

AURELIO.

No creo
Tanto bien.

DOROTEA.

¿Qué es esto? di.

LEONIDO.

Mi esposa, del Rey de Argel,
Que he cautivado, el rescate.

AURELIO.

Deja que después se trate.

DOROTEA.

¿Tú al Rey?

LEONIDO.

Yo al Rey, que por él
Me dió á tu padre.

ZULEMA.

Y aquí,
Señora, te envía un presente,
Obligado eternamente
Á tu marido y á ti.
Caro le costó el consejo,
Aunque fué bien empleado,
De haberte á un pobre entregado;
Las causas aquí las dejo.
Su hijo soy, y me envía
Á que en pago del presente
(Que de una prenda que siente
Haberla perdido un día,
Le han dicho que eres el dueño),
Si la tienes, se la des,
Que no es poco el interés,
Aunque el servicio pequeño.
Diez mil ducados en oro
Te traigo, y otros diez mil
En joyas, por la gentil
Prenda cristiana de un moro,
Y esto fuera del rescate,
Que aparte traigo á Leonido.

DOROTEA.

¿Qué prenda, decidme, ha sido,
Porque de dárosla trate?

ZULEMA.

Una esclava, que cautiva
Tenéis en vuestro poder,
Que es su hija.

ISABEL.

¿Puede ser
Que tanta gloria reciba?
¡Zulema!

ZULEMA.

¿Sois vos, señora?

ISABEL.

Aunque niña, no he perdido
Tu memoria.

DOROTEA.

Di, Leonido,

¿Sueño, velo ó duermo agora?
¡Padre, marido y hacienda,
Y padre para Isabel!

ISABEL.

Éste es mi nombre; por él
El Rey lo que soy entienda.
Soy cristiana.

ZULEMA.

Ya él lo sabe.
Entra y sabrás su intención,
Que á tu fe tiene afición.

ISABEL.

Sólo en ella verdad cabe.

ZULEMA.

Cristianos queremos ser;
No lo oigan éstos aquí.
Regalo te traigo á ti,
Muestras de amor y poder.

AURELIO.

Entra, Zulema, y descansa.

LEONIDO.

¿Dónde está tu galeota?

ZULEMA.

Bien puedes llamarla flota;
Trescientos remeros cansa.
Salvoconduto he traído,
Con esclavos rescatados.

AURELIO.

Todos sean bien llegados,
Y tú en buen hora venido.
Entra, que ésta es tu posada.

LEONIDO.

Acabe con tu venida
La riqueza mal nacida
Y *la pobreza estimada*.

LA LEY EJECUTADA

LA LEY EJECUTADA

PERSONAS

El Rey de Hungría.	El Duque Otavio.	Flora.
La Reina de Polonia.	El Conde Lucindo.	Un criado.
Eduardo.	Fabricio.	Un labrador.
Federico.	Arnesto.	Guardas.
Lisarda.	Un Capitán.	Soldados.
Blanca.	Clarín.	Acompañamiento.

ACTO PRIMERO.

El duque Otavio y un criado.

OTAVIO.

Nunca tuve mejor suerte
En pretensiones de amor.

CRIADO.

Echa por aquí, señor;
Que pueden reconocerte,
Y si sabe el Rey quién eres,
Te ha de prender ó matar.

OTAVIO.

¿No era mejor esperar,
Que no parecer mujeres?

CRIADO.

El huir no es cobardía
Adonde importa el secreto.

Vanse.

Federico y Clarín.

CLARÍN.

Huyendo van, en efeto;
Por lo secreto sería.

FEDERICO.

No parecen hombres bajos.

CLARÍN.

Si los alcanzo, ¡por Dios,
Que reparto entre los dos
Dos reveses y dos tajos!
Bravo olor llevaba el uno.

FEDERICO.

Ese olor me da cuidado.

CLARÍN.

Nunca el bueno me le ha dado.

FEDERICO.

¿Que no conociste á alguno?

CLARÍN.

Andan por nuestra princesa
Tantos de secreto aquí
Bebiendo el aire (aunque á mí
Me parece que es empresa
En que gastan tiempo en vano),
Que no sé quién puede ser.
El Rey mandó ayer prender
Al duque Otavio y Albano;
Que pienso que tiene gusto
Que el conde Lucindo sea
Su yerno.

FEDERICO.

Si él lo desea,
Será, Clarín, lo más justo.
De suerte que éste sería
El Duque.

CLARÍN.

No sé, ¡por Dios!

Pretendientes son los dos
De la Princesa ó de Hungría.
¿Es el reino ó la hermosura
Lo que á tantos enloquece?

FEDERICO.

La hermosura lo merece.

CLARÍN.

Notable fué tu ventura
Si pudieras igualar
Con ella el merecimiento.

FEDERICO.

No me falta atrevimiento.

CLARÍN.

Ni te ha faltado lugar,
Pues en ser Blanca, tu hermana,
La dama que quiere más,
Cuanto quisieres tendrás.

FEDERICO.

Todo es esperanza vana,
Todo mayores desvelos,
Todo más pena y cuidado,
Porque no hay más triste estado
Que el de amar y tener celos.
Es celos una pasión (1)
Que al más cuerdo desatina,
Y de amor, deidad divina,
Adúltera sucesión.
Son celos unas escuchas
Y solicitudes locas,
Que para verdades pocas
Hacen diligencias muchas.
Son celos haber creído
Una sombra é ilusión,
Que del sol de la razón
Forma el interior sentido.
Son celos cierto temor
Tan delgado y tan sutil,
Que, si no fuera tan vil,
Pudiera llamarse amor.
Son celos cierta violencia
Que hace el crédito á la fama,
Fuego que esconde la llama
Con humo de la paciencia.
Son cuerpo del pensamiento
Que no le tuvo jamás,
Pasos que amor vuelve atrás
Para correr por el viento.
Son principio de mudanza
Y fin de la obligación,
Son ajena estimación
Y propia desconfianza.
Son, finalmente, un rigor
Que, amando, obliga á tenellos,
Pues ni amor está sin ellos,
Ni ellos están sin amor.

CLARÍN.

Mas breves son por acá
Esas cifras y desvelos.

FEDERICO.

Pues ¿cómo entiendes los celos?

CLARÍN.

La definición que da
Quien ama gente posible.....
Ya entiendes....., gente tratable,
De esfera comunicable,
Que no de cierto imposible,
Es sospechar y avivar,
Llegar y reconocer
Si fué pronto en el saber,
Si fué fácil en hablar;
Y, mentiras ó verdades,
Sin oir satisfacciones,
Darle cuatro mojicones,
Y luego hacer amistades.
Mas mira que viene el alba,
El sobrescrito del sol,
Á cuyo hermoso arrebol
Hacen los pájaros salva;
Y que pierdes ocasión
Para ver en el jardín
Á la Princesa, que en fin
Sale á poner confusión
En las flores, pues las dora
Antes de saber las flores
Á quién deben sus colores,
Y cuál es dellas la aurora.
Ven, para que más honesto
Entres á vella.

FEDERICO.

No sé
Cómo á mi firmeza y fe
Estar, y á morir dispuesto.
Si aquí soy un caballero
Á quien el Rey quiere bien,
Sin que otro nombre me den,
¿Qué premio, Clarín, espero
De tanto amor, si mañana
Lisarda se ha de casar,
Con que por fuerza ha de dar
Fin á mi esperanza vana?
Sin esto, la ley de Hungría
Tan cruel, que no perdona
Á la misma Real persona,
¿Cómo aceptará la mía?
Manda que si algún delito
Entre dos se prueba y sabe,
Siendo de materia grave,
Y que conste por lo escrito
Que el uno y otro es culpado,
Muera el que la causa dió,
Y después, quien le ayudó,
Sólo salga desterrado.
Pues siendo yo desigual,
Y provocando á Lisarda,
¿Qué castigo no me aguarda
Fuera de ser desleal?

CLARÍN.

Déjate agora de leyes,

(1) Este trozo, en que se describe y define lo que son celos, está ingerido en la refundición de *Lo cierto por lo dudoso* que hizo D. Vicente Rodríguez de Arellano.

Y más si hay amor en ellas;
Que bien pueden deshacellas,
Como las hacen, los reyes.

FEDERICO.

Esta fiera ley de Hungría
Jamás, Clarín, se ha quebrado.

CLARÍN.

Advierte que al sol dorado
Previene ventana el día
Para ver este teatro
Lleno de tantas figuras.

FEDERICO.

Las luces están seguras,
Aun no habrán dado las cuatro.
Pero, pues suele bajar
Lisarda al amanecer,
Vamos; que la pienso ver,
Si no la pudiere hablar.

CLARÍN.

¿Iré yo contigo?

FEDERICO.

Sí,
Pues que licencia te han dado.

CLARÍN.

Mi vergüenza me ha costado
Hacerme bufón por ti.

Vanse.

Arnesto y el conde Lucindo.

ARNESTO.

Aunque el Rey os tiene preso,
Pues andar por la ciudad
No es prisión, que es libertad,
Esperad feliz suceso;
Que de los que aquí le han dado
Memoriales, en su pecho
En primer lugar sospecho
Que estáis, Conde, designado.
Seréis príncipe de Hungría,
Á lo que imagino yo,
Según lo que á mí me habló
En secreto cierto día.
Y ansí, desde agora os ruego
Que no os olvidéis de mí.

LUCINDO.

Si vos me animáis ansí,
Bien puedo pensar que llego
En las alas de mi amor
Al sol de tanta hermosura;
Que el reino, aunque se asegura,
No tiene tanto valor.

ARNESTO.

También es bueno llegar,
Conde, á reinar en Hungría;
Que la hermosura es un día,
Y siempre dura el reinar.
Yo no sé vuestra intención,
Pero sé que sois discreto.

LUCINDO.

El duque Otavio, en efeto,
Asiste en su pretensión.

ARNESTO.

Dícenme que anda embozado,
Y el Rey le quiere prender;
Pero, pues á amanecer
Viene, como sol dorado,
Á estas flores la Princesa,
Yo os quiero solo dejar.

LUCINDO.

Por vos me han dejado entrar
Á dar principio á mi empresa.
Satisfaré al jardinero
Y á vos, si algo llego á ser,
Lo que os podéis prometer
De un honrado caballero.

ARNESTO.

El cielo os dé su favor.

Vase.

LUCINDO.

¡Oh, si fuese mi ventura
Tan grande, que en tu hermosura
Hallase lugar mi amor!
Hiedras, encubridme aquí,
Pues tan de veras amáis,
Que estos muros abrazáis,
Donde firmes siempre os vi.
Pero no me encubráis, no,
Pues al duque Otavio veo,
Que con el mismo deseo
Y el mismo favor entró.
Si Arnesto le dió lugar,
¡Vive Dios, que fué traidor!

Otavio.

OTAVIO.

Inciertos pasos de amor, (Para sí.)
¿Dónde me queréis llevar?
Dejad tan necia porfía;
Mirad que es gran desconcierto
Andar de noche encubierto,
Y descubierto de día.
Mucho se tarda Lisarda:
Puede ser que, habiendo gente,
No salga el sol, si su oriente,
Quien le mira, le acobarda.
¿Qué es esto? ¡Viven los cielos,
Que el conde Lucindo está
En el jardín! ¿Quién podrá
Sufrir tan injustos celos?
Paréceme que es mejor
Irme que dar á entender
Que á Lisarda vengo á ver,
Y á que sospeche mi amor,
Ya que no es posible hablar.

LUCINDO.

¡Ah, señor Duque!

OTAVIO.

Quisiera

No responderos; no puedo.
¿Hay cosa que se os ofrezca,
Conde, en que pueda serviros?

LUCINDO.

Suplicaros que no sea
Vuestra presencia ocasión
Para que, viéndoos Su Alteza,
No baje al campo este día.

OTAVIO.

Lo mismo ¡por Dios! quisiera
Suplicaros; que sospecho
Que por vos de venir deja
Á estas huertas, como suele.

LUCINDO.

Si hay alguno que merezca
Que por él venga, soy yo.

OTAVIO.

Pues engáñase quien piensa
Que como yo la merece.

LUCINDO.

Ya es esa mucha soberbia.

OTAVIO.

Yo respondo con la espada;
Que palabras no son buenas
Más que para ser palabras.

LUCINDO.

Ansí lo serán las vuestras.

Sacan las espadas.

Federico.

FEDERICO.

Caballeros, pues, ¡aquí!.....

LUCINDO.

Federico, tu presencia
Sólo detenerme puede.

OTAVIO.

La misma Otavio respeta.
Oye, sabrás la ocasión.

FEDERICO.

Ya lo he sabido, y quisiera
Que no lo entendiera el Rey.

LUCINDO.

¿Qué importa que el Rey lo entienda?

FEDERICO.

Conde, menos confianza.

LUCINDO.

En mí puede ser discreta.

FEDERICO.

Sí; mas no lo digáis vos.

OTAVIO.

Y aunque no lo diga, es necia.

FEDERICO.

Lisarda y Blanca han venido.

LUCINDO.

Hacedme placer que sepa
Lisarda de vos, que el Conde
Verla y hablarla desea.

OTAVIO.

Lo mismo podéis decirle;
Y á quien le diere licencia,
Que goce su buena suerte.

FEDERICO.

Pues retiráos, que ellas llegan.

Retíranse Lucindo y Otavio.

Lisarda y Blanca.

LISARDA.

Parabién, Blanca, te doy
De la venida del Conde.

BLANCA.

Mi poca dicha responde
Que más desdichada soy;
Que si viene por tu Alteza,
Antes me ha de dar enojos
Verle servir á mis ojos
Tu peregrina belleza.
Enojos dije, por ser
El lenguaje de los celos,
Indignos de mis recelos.

LISARDA.

¿Puedo yo culpa tener,
Blanca, de tu pretensión?

BLANCA.

Ahora bien, haz ejercicio
Por el jardín.

LISARDA.

¿No es indicio
De amor y de obligación
Asegurarte de mí?

BLANCA.

No, señora; que procura
Desconfiar tu hermosura
Cuanto aseguro de ti.
Federico viene á hablarte.

LISARDA.

Federico, ¿cómo vienes
Tan triste?

FEDERICO.

No sé.

LISARDA.

¿Qué tienes?

FEDERICO.

Vuelve el rostro á aquella parte,
Y verás que hoy entendí
Por qué les llamaron celos
Á los cielos; pues recelos
Que se han de entender por mí,
Yo sólo puedo llamarlos
Celos, señora, pues vengo
Á ver que de vos los tengo,
Y sin poder remediarlos.
Ellos te piden, en fin,
Que al uno licencia des,
Para que el otro después
Deje envidioso el jardín.

LISARDA.

Los dos desterrara yo;
Pero, por cierto respeto,

Llama al Conde.

BLANCA.

¡Qué discreto
Acuerdo!

LISARDA.

Bien te agradó

FEDERICO.

Otavio, bien podéis iros.

OTAVIO.

Ya lo sabía y temía.

FEDERICO.

Apelad, Otavio, á amor.

Vase Otavio.

Lucindo.

LUCINDO.

¡Victoria por mis suspiros! (Aparte.)
Aunque la desconfianza
Desmaya la pretensión,
Alientan el corazón
Los aires de la esperanza.
Señora, quien hoy alcanza
Á veros, no viene preso;
Que mejorar de suceso
Es favor de la fortuna,
Pues no esperando ninguna,
La tuvo con tanto exceso.
Mis esperanzas perdidas
Hoy se han cobrado con veros,
Cuando de pensar perderos
Estaban tan ofendidas.
¡Oh, quién tuviera mil vidas
Que daros por los favores
Que hoy les dais á mis temores!
Porque vuestros pies pudieran,
Cuando á este jardín vinieran,
Pisar almas como flores.
Á mi secreto deseo,
De estarlo culpa le doy,
Pues cuando público estoy,
Tan dichosamente os veo:
Dicha que apenas la creo;
Y estáme bien no creer
Que os veo, por no tener
En esperanza perdida
Ventura tan atrevida,
Que esa me puede perder.

LISARDA.

Lucindo, vuestra prisión
No fué crueldad, sino celos;
Que ya sabéis los desvelos
Del Rey en esta ocasión.
No se sabe condición
Que como la suya sea:
Tanto en la crueldad se emplea,
Que tiene preso á su hermano,
Siendo suplicarle en vano
Que le destierre ó le vea.
Mayor dicha habéis tenido
En la prisión, pues podéis
Ver á Blanca, á quien debéis
Amor tan bien merecido;
Y yo de mi parte os pido
Que la estiméis, pues es dina
De igual amor.

LUCINDO.

Ya se inclina
Mi dicha á serme tirana,
Porque no hay firmeza humana
Sin contradicción divina.
¡Vos, señora, intercedéis
Por Blanca! Pues ¡qué será
De vida que el alma os da,
Si á Blanca darla queréis?
Mas mirad que no intentéis
Tal crueldad, que mis recelos
Harán que corra los velos
Del temor para quejarme.

FEDERICO.

Aparte á Blanca.

No puedo, hermana, ayudarme
Del amor contra los celos,
Porque es de suerte el temor,
Que vence tantos favores.

BLANCA.

Yo conozco sus rigores.
Llamar al Conde es mejor:
Hablaréle yo en su amor,
Y tú á Lisarda dirás
Tus celos.

FEDERICO.

Vida me das.

BLANCA.

Seas, Lucindo, bien venido.

LUCINDO.

Grande mi descuido ha sido,
Pero la disculpa es más.
Dadme perdón, si es razón
Pedille, Blanca, quien ama,
Viendo en ocasión la dama
Que puede darle ocasión.

BLANCA.

Tan justas disculpas son,
Que quien menos os quisiera,
Por disculpa las tuviera.

LISARDA.

Á Federico.

¿De qué estás tan enojado?

FEDERICO.

De la ocasión que me has dado,
Cuando excusarse pudiera.

LISARDA.

¿Cómo la pude excusar?

FEDERICO.

Pasando á hacer tu ejercicio;
Que el detenerte es indicio
De que le quisiste hablar.

Mas está lleno de azar
Este jardín.

LISARDA.

Es error;
De encuentro dirás mejor,
Pues encontrando con él,
Ser cortés, y no cruel,
No son señales de amor.
Blanca le tiene afición,
Y yo haré que le entretenga.

FEDERICO.

Y ¿no es mejor que él no venga
Adonde te dé ocasión?

LISARDA.

Cobardes tus celos son.

FEDERICO.

Antes son tan atrevidos,
Que llegan á tus oídos;
Porque, si cobardes fueran,
Nunca en la lengua estuvieran,
Sino en el alma escondidos.

LISARDA.

Ya es muy tarde. Este papel
Amorosa te escribía:
Lo que me debes querría
Que conocieses en él.

FEDERICO.

Pondré toda el alma en él,
Porque no es digna la boca.

LISARDA.

De suerte amor me provoca,
Mi bien, á descomponerme,
Que pienso que has de tenerme
Por atrevida ó por loca.
Vamos, Blanca.

BLANCA.

Conde, adiós.

LUCINDO.

El cielo os haga dichosa.

Vanse Lisarda y Blanca.

FEDERICO.

¿Queréis, Lucindo, otra cosa?

LUCINDO.

Hablar despacio con vos.

FEDERICO.

Pues vamos juntos los dos.

LUCINDO.

Federico, yo he de ser
Rey, Lisarda mi mujer;
Que lo merecéis es cierto;
Pero á la vista del puerto
Se puede un hombre perder.

Vanse.

El Rey, Fabricio, Clarín.

REY.

¿Cuyo es ese memorial?

FABRICIO.

Es, gran señor, de tu hermano.

REY.

No lo tomara, á saberlo.

FABRICIO.

No pide en él Eduardo
Su libertad.

REY.

Pues ¿qué pide?

FABRICIO.

Que tengas mucho cuidado
En honrar á Federico.

REY.

Necio acuerdo, pues le amo
Como hijo, y por lo mismo
Le reputan mis vasallos.

FABRICIO.

También que cases á Blanca.

REY.

¡Á Blanca! ¿Qué nuevos casos
Le obligan? Confuso estoy.

FABRICIO.

Pienso que le han obligado
Los deseos que ellos tienen
De su libertad, rogando
Blanca á Lisarda, él á ti.

REY.

Sí, pero no es caso extraño
Que niegue el aborrecido
Á quien le aborrece tanto.

FABRICIO.

Eres su hermano, y presume,
Por dicha, que ha sido engaño
La causa de su prisión.

REY.

¿Y ese otro papel?

FABRICIO.

Es largo,
Porque es del reino.

REY.

¿Qué pide?

FABRICIO.

Dice, señor, que ha dos años
Que alargas el casamiento
De Lisarda.

REY.

Y otros tantos
Que ella no admite á ninguno,
Y que me trae engañado.

CLARÍN.

Aun no llega mi papel.

REY.

Clarín, ¿tú pretendes algo?

CLARÍN.

¿No quieres que algo pretenda,
Si salgo y entro en Palacio?
¿Hay hombre que en esas losas,
Sepulturas dese patio,
Ponga el pie, que no pretenda?
Pues oye un prodigio raro:
Que, como á las cuerpos muertos
Tienen las losas debajo,
En Palacio andan sobre ellas,

Aunque vivos, enterrados.
No hay hombre que no presuma
Que oficios, honras y cargos
Le debe el Rey más que á todos,
Y anda quejoso de agravios.
Cuando de panes y peces
Hizo Dios aquel milagro,
Hubo quien dijo: «Señor,
Cinco mil están sentados;
Ya ve vuestra Majestad
Que cuando los repartamos,
No cabe á un átomo solo
Entre tantos convidados.»
Lo mismo sucede á un rey:
Dos mil pretendientes vamos,
Cinco cargos, dos oficios:
Pues ¿qué ha de haber para tantos?

REY.

¿No sabes que no se puede
Mezclar divino y humano?
Muy necio vienes, Clarín.

CLARÍN.

¡Ah sí! No te cause espanto;
Que ando entre muchos aquí,
Y aprendo así lo que es malo.

REY.

¿Pégase la necedad?

CLARÍN.

Es sarna de cortesanos.

REY.

¿Que es, en fin, lo que pretendes?

CLARÍN.

Una comisión, un palo,
Con alguna novedad,
Para casos ordinarios.

REY.

¿De qué suerte?

CLARÍN.

Contra necios
Que murmuran de los sabios,
Y de aquellas mismas culpas
De que ellos son murmurados.
Contra los que fingen nuevas,
Gente baldía, que echando
En corrillos lo que inventan,
Quieren vengar los agravios.
Contra quien fía, porfía
Y desafía; que cuantos
No huyen de estas tres cosas,
Son majaderos frisados.
Contra los que casan pobres;
Que no habiendo algún resguardo,
¿Qué hará un hombre no pudiendo,
Y una mujer ayunando?
Si él no trae, y ella no come,
Es más que la palma llano
Que algún cristiano ha de haber
Que tenga piedad de entrambos.
La mujer es guante de ámbar,
Que huelen bien á su amo
Solos los primeros días;
Después, al que traen al lado.
Contra los que, no teniendo
De hacienda treinta ducados,
Traen vestidos de á doscientos,
Dios sabe el cómo y el cuándo.
Contra los que no respetan
Á los poderosos y altos,
Diciendo Dios que se guarden
De no venir á sus manos.
Contra curiosos vecinos,
Que siempre están murmurando;
Y porque es breve la vida,
Contra relojes de cuartos.
Finalmente, porque creo,
Invicto Rey, que te canso,
Contra temáticos hombres
Que hablan y viven despacio.

REY.

Serás malquisto, Clarín.

CLARÍN.

No seré, porque llegando
Á ejecutalles las penas,
Perdonaré á los culpados.

REY.

Denle á Clarín mil escudos
Por lo que ha estado pensando
Este necio memorial.

CLARÍN.

Dios te dé tantos vasallos
Como, viviendo en su tierra,
Desdichas tiene un hidalgo.
¡Plegue al cielo, gran señor,
Que vivas cuatro mil años!
Pero tasarte la vida
Parece de pecho ingrato.

Vase el Rey.

FABRICIO.

El Rey es ido, Clarín.
Si este dinero te pago,
¿Qué me darás?

CLARÍN.

¿Ya te pagas?

FABRICIO.

Yo me daré por pagado,
Después de estar muy contento,
Si me dices sin engaño
En qué entiende Federico.

CLARÍN.

En servir al Rey.

FABRICIO.

No hablo
De los servicios del Rey.

CLARÍN.

Está el pobre embarazado,
Como no sabe quién es.
Vos que al Rey se le habéis dado,
¿Es hijo vuestro por dicha?

FABRICIO.

Á mí me le dió Eduardo

Para que le diese al Rey.

CLARÍN.

De sus pensamientos altos
Presumo su nacimiento.

FABRICIO.

¿Qué hace de noche?

CLARÍN.

En cenando,
Con un broquel y una espada,
Y tal vez un fuerte casco,
Sale á ver si hay algo fresco.

FABRICIO.

¿No hay de asiento algún cuidado?

CLARÍN.

Días ha que anda de mezcla.

FABRICIO.

Ven por esos mil ducados.

Vase.

CLARÍN.

¡Mil ducados! ¡Vive Dios,
Que compro treinta caballos,
Y que si hallara el de Troya,
Que me atreviera á comprallo!
Coche será lo de menos;
Pero, pues yo no le hallo
Cuando prestado le pido,
¡Vive Dios, de no prestallo!
¡Ea, gente de mi gremio
De hoy más, don Clarín me llamo!
¡Andújar! Oro *me fecit.*
¡Hola, llamad los lacayos!

Vase.

Federico y Arnesto.

FEDERICO.

Fiado en nuestra amistad,
Sea ó no sea discreto,
Os he dicho mi secreto.

ARNESTO.

Conociendo mi lealtad,
Ninguno habrá que condene
Esa justa confianza.

FEDERICO.

La puerta de mi esperanza,
Sola vuestra llave tiene.
Y fuera desto, sin vos,
¿Cómo me puedo atrever?

ARNESTO.

¡Determinada mujer!
Temeroso estoy, ¡por Dios!
¿Es posible que la puerta
Que decís os quiere abrir?

FEDERICO.

Amor, hacer y decir
Sólo en el mundo concierta.
Ya que habéis visto el papel,
¿Qué podéis dudar?

ARNESTO.

Ya veo
Rendida á un loco deseo
Tanta majestad en él.

FEDERICO.

Á la puerta habéis de estar
Para avisarme advertido,
Si el eco de algún rüido
Os diere qué sospechar;
Que ya sabéis cuán sangrienta
Es del Rey la condición.

ARNESTO.

Llegada la posesión
De lo que Lisarda intenta,
Que es notable atrevimiento,
¿Qué pensáis hacer?

FEDERICO.

Amor
No teme humano rigor;
Pero estadme un rato atento.
Yo fuí, generoso Arnesto,
Un hombre que no llegó
Á saber quién fué su padre;
Que no hay confusión mayor.
Verdad es que por la mía
Conozco su condición;
Que sin valor, no pudiera
Comunicarme valor.
Quedamos yo y Blanca, hermanos,
Como á la disposición
Del cielo quedan las aves
Á quien el nido faltó.
Criónos por hijos suyos
Fabricio, Gobernador
De Hungría, en buenas costumbres,
Hasta edad de discreción.
Enseñóme á mí las armas;
Noble maestro me dió
Para las espadas negras,
De la blanca imitación.
De la escarcela á la gola
Doradas armas vistió,
Coronando buenas plumas
La celada ó morrïón.
El arcabuz en la mano,
Á disparar me enseñó
El plomo ardiente á las fieras
Por el cañón tronador.
Tal vez que subiese armado
En el gallardo bridón,
Que adornaban negras clines
Cintas de verde color,
Puesta en el ristre la lanza,
En la tela me mostró
Á perder para las veras
En las burlas el temor.
No se olvidó de las letras:
Ya supe lo que bastó
Para no ser ignorante,
Como otros muchos lo son.
Blanca, labores y danzas,
Como mujer, aprendió,
Virtudes y cortesías,

De los palacios temor.
Con esto y buenos consejos,
El Rey contento nos dió,
Diciendo que éramos hijos
De un caballero español
Que, viniendo por la mar,
En este puerto murió,
Que es menos mal, aunque el golfo
Es sepultura mayor.
Á la sombra de Lisarda
Creció Blanca, y crecí yo
Á la del Rey, que me ha puesto
En el lugar en que estoy.
Aquí viene, como suele,
Á dármele la ocasión
De ver y hablar á Lisarda,
Creciendo juntos los dos.
Aquel monstruo mal nacido
De la que en la mar nació,
Que todo lo ve y es ciego,
Y, siendo tirano, es dios,
Con tal violencia de estrellas
Nuestras almas enlazó,
Que hablábamos por los ojos,
Y era la vista la voz.
Yo, Arnesto, no me atrevía
Más que á morir, y llegó
Más que á suspiros mi pecho,
Más que á lágrimas mi amor.
Pero una alegre mañana
Que la Princesa bajó
Á ser del jardín aurora
Y del cristal resplandor,
Dió aljófares á las perlas,
Vista al agua, al viento son,
Voz al ave, oro á los lirios,
Y á los claveles color,
Amor, privanza y mi hermana
Me dieron licencia, y voy
Á ver cómo amanecía,
Sin que lo supiese, el sol.
No le pesó, porque luego
De dos cielos apartó
Velo de plata, que puso
Mi libertad en prisión.
Pidióme que me acercase;
Pero de un helado ardor
Sentía cubrirme el alma:
Sus potencias desmayó.
Mas tomando amor en brazos
La voluntad, despertó
Al entendimiento, y pudo
Perder, hablando, el temor.
Favorecióme Lisarda
De manera, que venció
La grana de las mejillas
La más encarnada flor.
Desde este dichoso día,
Arnesto, supe quién soy;
Porque quien Lisarda estima,
Ya tiene inmenso valor.

Hoy me ha escrito este papel
Tan loco, de quien te doy
Parte como á la mitad
De mi propio corazón.
No quiero que me aconsejes,
Puesto que el caso es atroz;
Que no recibe consejos
Amorosa obstinación.
Yo quiero morir, yo quiero
Sólo decir que tocó
Mi mano su nieve viva:
¡Qué celestial posesión!
La noche apresuró el paso;
Llegó su curso veloz
Á la mitad del imperio
Del silencio y confusión.
Mas teme que le amanezca
Más presto, y tiene razón;
Que donde Lisarda es día,
Pareciera noche el sol.

ARNESTO.

Como me habéis prevenido
De que no he de aconsejaros,
Quiero sólo acompañaros
Lisonjero y atrevido;
Que en esto os pienso pagar
El confiaros de mí.

FEDERICO.

Mi casa es ésta, y aquí
Nos podremos disfrazar.

Llama.

Clarín.....

Clarín.

CLARÍN.

Señor.....

FEDERICO.

El cuidado
Te agradezco: danos presto
Armas á los dos.

CLARÍN.

¿Qué es esto?
¿Andas hoy desafiado?
¿Qué tienes?

FEDERICO.

Menos saber,
Y más servir.

CLARÍN.

¿Qué armas quieres?

FEDERICO.

Á Arnesto.

Pide tú las que quisieres.

ARNESTO.

Clarín las puede traer
Á su gusto y elección.

CLARÍN.

Para de noche, no siento

Que haya como un aposento
Armas de más perfección.
El que de noche no sale,
Tiene la testa segura,
Porque de la noche obscura
Todo delito se vale.
Pero en pasos que no hay luz
Y hay lo que llaman esquina,
Llevad una culebrina,
Cuanto más un arcabuz;
Que ya no se usa reñir
En el campo en desafío.

FEDERICO.

¡Qué consejo!

CLARÍN.

Como mío,
Que trato sólo en vivir.

ARNESTO.

Luego ¿no irás con nosotros?

CLARÍN.

No me llevaréis los dos,
Y si fuere, ¡vive Dios,
Que no me alcancen seis potros!

ARNESTO.

Ora bien, en vuestras armas
Iré á escoger lo mejor.

CLARÍN.

Si me lleva mi señor,
En vano, Arnesto, te armas.

ARNESTO.

¿Eres diestro?

CLARÍN.

Singular.

ARNESTO.

Pues ven.

CLARÍN.

Tengo á qué acudir.....
Mas comenzad á reñir,
Que luego os iré á buscar.

Vanse.

El Rey, Lisarda y Blanca.

REY.

No me dejan negocios recogerme;
Mal el cuidado duerme.

LISARDA.

¿Qué aprovecha, señor, la cama blanda,
Ni el envolverse en la flamenca holanda,
Al cuidado de un Rey en su gobierno?

REY.

Sísifo lleva en su tormento eterno
Un gran peñasco, para justo asombro
De los reyes, al hombro;
Y no pintan su pena sin misterio
Para la carga del augusto imperio.
¡Jeroglífico triste!
Si bien en ti consiste,
Lisarda, la más parte del cuidado;
Que en viéndote en estado,
Todo será süave.
Has cercado con llave
Tu voluntad á todos,
Y todos te pretenden.

LISARDA.

Varios modos
Para servirte intento;
Pero, como aborrezco el casamiento,
Ninguno me contenta.

REY.

El duque Otavio por su parte intenta
Suceder en el reino por tu mano.
Lucindo hace lo mismo.

LISARDA.

Todo es vano.....
Respecto del amor de Federico, (Ap. á Blanca.)
Á quien el alma aplico.
¿Si habrá venido ya?

BLANCA.

Lisarda, advierte (Ap. á Lisarda.)
Que puedes desa suerte
Dar sospechas al Rey del amor tuyo,
Si bien la causa del efecto arguyo.

LISARDA.

Dame, señor, tu mano y tu licencia.

REY.

Duerme, Lisarda mía;
Que para mí no hay noche, todo es día.

LISARDA.

Pues vence tu inquietud con tu prudencia.

REY.

Cuando tomes estado,
Por el descanso trocaré el cuidado.

Vanse Lisarda y Blanca.

Fabricio.

FABRICIO.

Dicen que me ha llamado Vuestra Alteza,
Y á tan extrañas horas, he pensado
Que gran causa le obliga.

REY.

Una tristeza
Mortal, Fabricio, me consume el pecho,
Para que no hay remedio de provecho,
Nacida de Lisarda,
Cuya elección para casarse aguarda
Por ventura mi muerte.
Quiero prender á Otavio, y desta suerte
A cuantos con secreto y medios locos
Su casamiento intentan.

FABRICIO.

No son pocos.

REY.

Dícenme, Federico, que no hay hombre
Que sepa dónde vive, y se presume
Que se ha mudado el nombre.

FABRICIO.

Si toda tu tristeza se resume
En que se prenda á Otavio, yo te digo
Que nos le ha de vender el más amigo.

REY.

Si te digo verdad, más me contenta
Lucindo; quiero que no estorbe Otavio
Lo que para mi agravio
Con tal secreto y confianza intenta.
Para esto á tales horas te he llamado.

FABRICIO.

Pierde, señor, la pena y el cuidado;
Que á Otavio buscaré, y antes del día
Le tendrás en prisión, porque yo creo
Que le lleva de noche su deseo
Á los balcones de Palacio.

REY.

Parte;
Que yo sabré, como es razón, premiarte.

Vanse.

Otavio y un criado.

CRIADO.

Aun no está el Rey recogido.

OTAVIO.

Todo Palacio está en vela;
Presumo que soy la causa.

CRIADO.

Bien puede ser que lo seas.

OTAVIO.

¿Qué quieren saber de mí?

CRIADO.

Lo que por ventura intentas.

OTAVIO.

El competidor lo causa.

CRIADO.

Yo temo que el Rey te prenda.

OTAVIO.

Yo diré que á Celia sirvo,
Y que vengo á hablar con ella.

CRIADO.

Con celos dirás mejor.

OTAVIO.

Gente viene, y viene cerca.

CRIADO.

Pues aquí nos escondamos,
Y á la noche te encomienda.

OTAVIO.

En su obscuridad me fío.

Vanse.

Federico y Arnesto.

FEDERICO.

Dice el papel que á la puerta
Ha de estar Blanca, mi hermana.

ARNESTO.

Pues seguramente llega.

Sale Blanca.

BLANCA.

¿Es Federico?

FEDERICO.

Yo soy.

BLANCA.

Seguros estamos; entra.

FEDERICO.

¡Jesús!

BLANCA.

¿Tropezaste?

FEDERICO.

Sí.

BLANCA.

En tu ventura tropiezas.

Entranse en el jardín Federico y Blanca.

ARNESTO.

Entró Federico. ¡Ah, cielos!
¿Habrá, Lisarda, quien crea
Tal desatino de amor?
Blanca, sin duda, era aquélla:
Es Federico su hermano,
Y no es razón que me atreva
Á pedirle, pues le sirvo,
Lo que otro amigo pudiera.
Gente viene; aquí me escondo.

Retírase.

Otavio y su criado.

OTAVIO.

Ó finjo, ó mis ojos sueñan,
Ó mis celos me enloquecen,
Ó mis locuras me ciegan,
Ó entró un hombre en el jardín.

CRIADO.

Ni sueñes, ni te enloquezcas,
Ni te ciegues, que es sin duda.

OTAVIO.

¡Vive Dios, que la Princesa
Hace favor á Lucindo,
Y que viene á hablar con ella!
Daré voces, que las oiga
El Rey por aquestas rejas.

CRIADO.

Quedo, que viene gran gente.

OTAVIO.

Venga el Rey, el mundo venga.

CRIADO.

¿No es mejor irte?

OTAVIO.

¿Qué es irme?
¿Qué importa que el Rey me vea?

ARNESTO.

Mucha gente, y bien armada, (Para sí.)
A la muralla se acerca.
Éste es el Gobernador.
Seguro mi amigo queda:
Yo me voy, veré qué pasa,
Y después daré la vuelta.

Vase.

Fabricio, un capitán y soldados.

FABRICIO.
Reconoceldos.
CAPITÁN.
¿Quién va?
OTAVIO.
Quien ya su nombre no niega.
CAPITÁN.
Pues ¿quién es?
OTAVIO.
El duque Otavio.
CAPITÁN.
Ya tienes lo que deseas. (Ap. á Fabricio.)
FABRICIO.
¿Cómo?
CAPITÁN.
Al Duque.
FABRICIO.
¡Gran ventura! (Ap.)
El Rey me manda que os prenda.
OTAVIO.
No debe de ser á mí,
Sino á quien por esa puerta
Osa entrar en su palacio
FABRICIO.
Por esa ni sale ni entra
Otra que su Real persona.
OTAVIO.
Pues si os engaño, rompelda;
Que dentro, el conde Lucindo
Habla ó goza á la Princesa.
FABRICIO.
¿Estáis loco?
OTAVIO.
Yo lo he visto,
Y no está lejos la prueba.
FABRICIO.
¡Extraña ilusión de celos!
OTAVIO.
No son celos ni quimeras,
Sino verdades.
CRIADO.
Señor,
Llegando el Duque á estas rejas
A hablar con Celia no más,
Que ya sabéis que es su deuda,
Vió entrar al conde Lucindo;
Y yo, puesto que no sea
De tanto crédito, he visto
Lo mismo.

FABRICIO.

Aparte al capitán.

¿Qué haré, que pueda,
Entre tanta confusión,
Ser más honor de Su Alteza?
¿Llamaré al Rey, capitán?
CAPITÁN.
Mejor es que no lo sepa
Primero que entres, señor,
Y con tus ojos lo veas.
FABRICIO.
Romped las puertas, romped.
CAPITÁN.
Abierta estaba la puerta.
FABRICIO.
Entrad dentro, capitán,
Porque temo que yo pueda
Dejar de matar al conde.

Entra el capitán en el jardín.

¡Que yo este gobierno tenga (Aparte.)
En tan notable ocasión!
¿Quién puede ser que no tema
La ira de un rey tan loco?
OTAVIO.
Quien quiere bien y halla abierta
La puerta y la voluntad.

El capitán Federico, embozado.

CAPITÁN.
Salid, Conde, salid fuera.
FABRICIO.
¡Vive el cielo, que es verdad!
CAPITÁN.
Ocupando aquellas piedras
De la fuente del jardín,
Lucindo con la Princesa
En conversación estaba.
FABRICIO.
Conde, ¿son hazañas estas
De vuestras obligaciones?
FEDERICO.
No soy, Fabricio, quien piensas.
FABRICIO.
Pues ¿quién eres?
FEDERICO.
Federico.
FABRICIO
¡Federico!
FEDERICO.
¿Qué te alteras?
¿No es dicha haberme criado,
Aunque mis padres no sepas?
FABRICIO.
Con tan altos pensamientos,
¿Qué mucho que el seso pierdas,
Si ya perdiste la vida?
FEDERICO.
Perdiera mil que tuviera.
FABRICIO.
¡Oh, nunca yo te criara!
FEDERICO.
¿De mi ventura te pesa?
OTAVIO.
¿Que no es el conde Lucindo?
CRIADO.
¿No lo ves?

FABRICIO.
¿Quién me dijera
Que yo había de criar
Á un traidor?
FEDERICO.
¿De qué te quejas?
¿Es bajeza amar á un ángel?
FABRICIO.
Más siento que no lo sientas.
Llevalde, y sépalo el Rey.
OTAVIO.
¡Pluguiera á Dios que yo fuera!
FEDERICO.
Lisarda, ser traza tuya (Aparte.)
Convierte en gloria la pena.

ACTO SEGUNDO.

Lucindo y Arnesto.

LUCINDO.
¿Cómo ejecutar la ley?
ARNESTO.
Esto dice, esto porfía.
LUCINDO.
Tan bárbara tiranía,
¿Cabe en el pecho de un rey?
ARNESTO.
La prueba, Conde, aperciben.
Muerto de pena y disgusto,
Quiere parecer tan justo
Como de Seleuco escriben.
LUCINDO.
Antes no, pues queda vivo,
Si su hija matar piensa.
ARNESTO.
Disfraza vengar la ofensa,
Sangriento y ejecutivo,
Con la observación severa
De la ley en sangre propia.
LUCINDO.
¿En qué Citia, en qué Etiopia
Tan fiero bárbaro hubiera?
Pero ¿quién imaginara
Que Federico era aquél,
Por quien Lisarda cruel
Tantos príncipes dejara?
¡Federico! ¿Hay cosa igual?
ARNESTO.
En los bienes de fortuna
No le dió parte ninguna
La influencia celestial;
Que es hombre que el Rey crió
Sin saber su nacimiento,
Ni tener más fundamento,
Que su privanza le dió;
Pero en bienes naturales
Disculpa Lisarda tiene
LUCINDO.
Si por esos bienes viene
Federico á tantos males,
No sé si debo envidiar
La ventura que ha tenido.
ARNESTO.
Dichosa desdicha ha sido.
La vida le ha de costar,
Pues está la ley tan clara,
Y él provoca á la Princesa;
Que en toda amorosa empresa,
Fundamento en que repara,
Siempre es el hombre el primero.
LUCINDO.
Claro está que él le daría
La causa.
ARNESTO.
El reino quería
Oponerse al rigor fiero,
Y pedir á su señora,
Pues no hay otro sucesor;
Y el Rey, con mayor rigor,
Dice que no sabe agora
Quién de los dos es culpado.
Mas en caso de tener
Lisarda culpa, ha de ser
Federico el desterrado,
Y ella la que ha de morir.
LUCINDO.
Si éste un hombre bajo fuera,
Cuyo padre se supiera,
No se pudiera admitir
Ni al reino ni al casamiento;
Pero siendo un hombre obscuro,
La disculpa le aseguro
En fe de su pensamiento.
Bien se puede presumir
Cuán altamente nació
Quien á imaginar llegó
Que le pudiera admitir
Una princesa de Hungría.
Y no sabiendo quién es,
Lo que no es sabrá después
Que llegue á tal monarquía.
Los reyes no dan nobleza,
Pues da la nobleza el Rey;
Que no es ley la que no es ley
Conforme á naturaleza.
ARNESTO.
Él viene: por Dios te ruego
Que le ruegues por piedad
De noble, que esta crueldad
No ejecute á sangre y fuego;
Que me va la vida á mí
En que Federico viva.
LUCINDO.
Si en mi ruego, Arnesto, estriba,

Aunque pretendiente fuí,
Olvidando la venganza,
Hoy quiero ser su abogado.

ARNESTO.

Hoy con tu nobleza has dado
Vida á mi muerta esperanza.

El Rey y Fabricio.

REY.

¿Cómo tiene mi hermano atrevimiento
Para escribirme á mí? Yo ¿no he mandado
Que apenas haya luz en su aposento?

FABRICIO.

La piedad del suceso lo ha causado.

REY.

¡Á Federico abona, á Federico!

FABRICIO.

No será Federico su cuidado,
Que á la Princesa con razón le aplico,
Que en fin es hija tuya y su sobrina;
Y que no le condenes te suplico.

REY.

Antes le viene bien, pues determina
Quitarme el reino, y dice que no hereda
Mujer cuya opinión le desatina.
Si Lisarda es culpada, él solo queda
Absoluto señor, siga su intento
Cuando salir de las prisiones pueda;
Que yo no puedo hacer un casamiento
Tan bajo, contra ley tan conocida.

FABRICIO.

Piedad debe de ser su pensamiento.

REY.

Tú, que me diste el bárbaro homicida,
Fabricio, de mi honor, culpa tu engaño.

LUCINDO.

Guarden los cielos, gran señor, tu vida.

REY.

¡Oh Lucindo, qué venganza
Del Conde se te ha ofrecido!

LUCINDO.

Del pesar que has recibido,
La mayor parte me alcanza.
Pero quédame esperanza
Que has de mirarlo mejor;
Que el absoluto señor
Derogar puede las leyes;
Que no las hacen los reyes
Para las culpas de amor.
Federico, aunque es tan grave
El delito cometido,
Una firma en blanco ha sido,
Pues de quién es no se sabe.
Será medio más suave
Que escribas menos severo
En el papel: «Caballero
Noble Federico es»;
Que quien le viere después
No sabrá quién fué primero.

REY.

Bien te finges abogado,
Conde, de quien es forzoso
Que estés con razón quejoso,
Pues un reino te ha quitado.
Si Federico es culpado,
Yo escribiré en el papel:
«La sentencia que hay en él
Justa ejecución aguarda,
Ó por ventura en Lisarda;
Que no hay justicia cruel.»
Ven, Fabricio, que hoy Hungría
Verá con justa razón
Que hay en ley ejecución
De la propia sangre mía.

LUCINDO.

También ves que es cosa impía
Observar leyes sangrientas.

REY.

Conde, en vano me atormentas.

LUCINDO.

El buen juez es el buen rey.
Tiembla el rigor de la ley.

REY.

Tarde su remedio intentas.

Vanse el Rey y Fabricio.

LUCINDO.

No dirás que no he cumplido
Con lo que debo á quien soy.

ARNESTO.

Satisfecho, Conde, estoy,
Cuanto del Rey ofendido.
Hoy la esperanza he perdido
De cierto bien.

LUCINDO.

Pues advierte
Que el Rey agora está fuerte,
Y no la tengas perdida;
Que si hasta la muerte es vida,
Aun no ha llegado su muerte.
Yo sólo el reino perdí;
Á Lisarda, Arnesto, no,
Que el desengaño me dió
Las armas con que vencí.
Blanca se pierde por mí:
A Blanca pienso querer;
Que si amor se ha de vencer,
Es infamar los remedios
Buscar yerbas, poner medios,
Sino amor de otra mujer.

ARNESTO.

¿Blanca te quiere?

LUCINDO.

Eso es cierto.

ARNESTO.

¡Ay de mí! ¿Qué es lo que escucho? (Ap.)

LUCINDO.

Y no te parezca mucho,
Ya que de su amor te advierto,
Porque á mayor desconcierto
Obliga cosa tan fea,

Sea amor ó no lo sea;
Que es muy fina necedad
Conquistar la voluntad
Que en otro gusto se emplea.

Vanse.

Clarín y dos guardas.

GUARDA 1.°

No ha sido favor pequeño
No haceros más resistencia.

CLARÍN.

Yo tengo del Rey licencia
Para servir á mi dueño.

GUARDA 2.°

En no constando, Clarín,
Por escrito, no hay tratar
De poderle ver ni hablar.

CLARÍN.

¿Yo no?

GUARDA 1.°

No.

CLARÍN.

¿Yo miento, en fin?

GUARDA 2.°

No digo tal; pero es justo
Hacer nuestro oficio bien.

CLARÍN.

Y aun dos cédulas también
Saqué por sólo mi gusto.
Tomad vos ésta del Rey,
Y vos ésta de Fabricio.

Saca dos papeles doblados, con dinero dentro.

GUARDA 1.°

¡Cómo pesa!

CLARÍN.

Es claro indicio
De que no quebráis la ley.

GUARDA 2.°

¿Para qué las doblas tanto?

CLARÍN.

Porque son las letras dobles.
Ceded y haced como nobles.

GUARDA 1.°

De que lo dudes me espanto.
¡Vive Dios, que son doblones (Aparte.)
Los désta! Aquélla será
La del Rey.

CLARÍN.

No os pesará
De entender bien las razones.

GUARDA 2.°

Oro es cuanto hay aquí. (Aparte.)
Aquélla debe de ser
La del Rey.

GUARDA 1.°

¿Qué puedo hacer? (Aparte.)
¿Puédeme valer á mí
Más oro aquesta prisión?
Habla, Clarín, que obedezco
Al Rey.

GUARDA 2.°

Yo lo mismo ofrezco
Por mi parte; que es razón
Obedecer á Fabricio,
Que en lugar del Rey está

CLARÍN.

Yo sé que el Rey lo tendrá,
Guardas, por justo servicio.

GUARDA 1.°

No pienso decirle nada (Aparte.)
Del oro á mi compañero.

GUARDA 2.°

Encubrirle el oro quiero,
Que será burla extremada,
Porque él debe de tener
La cédula verdadera.

GUARDA 1.°

Pues éste no considera (Aparte.)
Lo que Clarín puede hacer,
Sin duda alguna que tiene
La cédula de Fabricio.
Habla, Clarín, que el indicio
Lo muestra.

CLARÍN.

Mi dueño viene

GUARDA 1.°

Pues á la puerta nos vamos.

Vanse los guardas.

CLARÍN.

¡Oh metal digno de honor,
Amarillo de temor
De que tantos te buscamos!
¡Oh divina criatura,
Hijo del sol en efeto!
¿Cómo puede haber secreto
Donde entra tu lumbre pura?
¡Oro ilustre, para quien
No hay guardas en fuertes muros;
Piedras y diamantes puros
Rendidas parias te den!
El cielo tu copia aumente,
Donde más fino has nacido,
Oro valiente, vencido
De la virtud solamente.

Federico.

FEDERICO.

¿Aquí, Clarín? ¡Cosa extraña!
Dícenme que el Rey te dió
Licencia.

CLARÍN.

Y la puerta abrió,
Si fuera dura montaña,
Porque es Rey sin resistencia.

FEDERICO.

¿Por quién dices?

CLARÍN.

Por el oro,

Que su divino tesoro
Es rayo en furia y violencia.

FEDERICO.

Agradezco tu lealtad,
Y si yo muero, está cierto
Que me heredarás.

CLARÍN.

No acierto
Á agradecer tu piedad
En materia que no toca
La estimación de tu vida;
Que si ésta llega perdida,
Á lo mismo me provoca.

FEDERICO.

Pongo en duda el morir yo
Para más violenta muerte;
Pues viniéndome á tomar
La confesión, como suelen,
Hoy me han mostrado, Clarín,
La de Lisarda, y advierte
Que se confiesa culpada,
Y que temerariamente
Dice que me ha provocado;
En lo que se ve que quiere
Morir porque viva yo.

CLARÍN.

¡Qué dices!

FEDERICO.

Que quiere hacerse
La causa deste delito
Contra su amor, pues le pierde
Juntamente con la vida.

CLARÍN.

¿Cómo puede agradecerse
Ni alabarse amor tan grande?
Hablen luego de mujeres
Villanas lenguas de tantas
Que niegan lo que les deben.
¡Oh linaje bien nacido!
¡Cuán justo fué que os hiciesen
De la costilla del hombre
Para ser firmes y fuertes!
Si os hicieran de la carne,
Fuera vuestra carne leve;
Pero del hueso, es forzoso
Ser fuertes hasta la muerte.
Aquí ninguna me escucha:
No es lisonja; pero pueden
Vencer montes en constancia:
Tal es el valor que tienen.
Si se enojan cuando aman,
Sufren, callan y padecen;
Un hombre luego se rinde
En viendo cuatro desdenes.
Amando son liberales,
Y en los peligros como éste
Tienen en poco la vida.

FEDERICO.

¡Que Lisarda se condene
Por darme la vida á mí!
¿Qué haré, Clarín? que me encienden
Amor y agradecimiento.
¡Ay duras, injustas leyes!
¿Cuál fué el bárbaro que dijo,
Clarín, que un ángel muriese?
Pero no será verdad;
Que yo pienso hacer de suerte,
Que me den crédito á mí.

CLARÍN.

¡Ah, señor, si yo pudiese
Verla!

FEDERICO.

No será posible:
Guardas el castillo tiene.

CLARÍN.

Disfrazado quiero ir
Á decirla que tú quieres
Matarte si ella prosigue
En decir que te destierren
Y que la quiten la vida;
Pues cuantos vivir te vieren
Te han de culpar de cruel.

FEDERICO.

Digo que dije mil veces
Que yo la culpa tenía.

CLARÍN.

Pues no es menester que lleguen
Al castillo ni á las guardas;
Que si los dos juntamente
Decís una misma cosa,
La ley, el Rey y los jueces
Se han de ver en confusión.

FEDERICO.

Gente siento. Clarín, vete,
No te hallen aquí conmigo.

CLARÍN.

Señor, ya que pude verte,
¿No he de ser de algún provecho?

FEDERICO.

Di á Lisarda, si la vieres,
Que no me quite la vida
Con tormentos tan crueles;
Que yo soy hombre, y es justo
Que muera. Y á Blanca puedes
Dar aquellas pobres joyas
De mis malogrados bienes;
Que, aunque privado, no tengo
Otras riquezas que herede,
Porque lo he sido de un Rey
Que en crueldad bárbara excede
Domicianos y Ezzelinos,
Fálaris, Claudios y Jerjes.
Que ponga al fuego ¡ay de mí!
Mis papeles; que papeles
Son los mayores testigos
Que los desdichados tienen.
Y que le diga á Lisarda.....
Ya vienen; vete.

CLARÍN.

¡Que lleguen
Á este punto tus desdichas!

FEDERICO.

Ya no tienen más que intenten.

Vase Clarín.

El capitán.

CAPITÁN.

Viendo Su Alteza, Federico, ahora
La confesión que has hecho
Y ha dado la Princesa, mi señora,
En furia ardiendo y en rencor el pecho,
Manda que os junten en presencia suya,
Para que con las leyes se concluya.

FEDERICO.

¿Qué se ha de concluir? Yo soy culpado.

CAPITÁN.

El amor, Federico, te ha engañado.
Deja á Lisarda que se culpe, y mira
Que es del Rey hija, y templará su ira.
No morirá Lisarda.

FEDERICO.

En esa duda
Quiere mi amor y mi lealtad que acuda
Á mis obligaciones.
¿Ella ha de oir de mí tales razones?
¿Yo tengo de culpalla?

CAPITÁN.

No digo que la culpes; pero calla.

FEDERICO.

Ni callar, capitán; que si dos hombres,
Que celebró la antigüedad sus nombres,
El uno por el otro, siendo amigos,
No habiendo más testigos,
Se culpaban, queriendo (1)
Morir á manos del cruel tirano,
Cuya amistad templó su airada mano,
Yo, que un ángel adoro,
¿Cómo podré faltar á su decoro?
¿Cómo podré querer que sus agravios
Ejecuten mis labios?

CAPITÁN.

¡Qué necia obstinación!

FEDERICO.

Yo haré de suerte
Que en remediar mi vida esté mi muerte.

Vanse.

El Rey, Lucindo, Arnesto, Otavio, Fabricio, Clarín y acompañamiento.

FABRICIO.

Aquí están los que han jurado
En aquesta información.
El Conde, en su pretensión,
Por ninguno se ha mostrado.
Clarín dice solamente
Que armas esa noche dió
Á Federico.

CLARÍN.

Si yo
Estuve de todo ausente,
¿Qué quieres, señor, que diga?

REY.

Si en un tormento estuvieras,
Mejor pienso que dijeras
Lo que la verdad te obliga.

CLARÍN.

¿Tormento agora tenemos?
¿Ese rigor contra mí?

FABRICIO.

De los dos que están aquí,
Mejor la verdad sabremos,
Porque dice el duque Otavio,
Con quien contesta Fineo,
Que le trujo su deseo
Á ver su celoso agravio;
Pero que nunca pensó
Que era Lucindo el que entraba.

OTAVIO.

Cerca del jardín estaba
Cuando Fabricio llegó.
No es mucho que me engañase.

LUCINDO.

Si Federico se viera,
Era justo que yo fuera
Quien esta traición pagase.

OTAVIO.

Yo he confesado mi engaño.

LUCINDO.

¿Para qué buscas, señor,
Contra quien movió este amor
Más prueba ni desengaño?
¿No entró dentro el capitán?
¿No huyó Lisarda, y fué preso
Federico, en cuyo exceso
Los dos la culpa se dan?
Pues ¿de qué sirven testigos?

FABRICIO.

Señor, mándalos juntar,
Si ejemplo te pueden dar
Aquellos griegos amigos.
Óyelos juntos, si tienes
Corazón para sufrir,
Que cada cual á morir
Te pide que le condenes;
Que su determinación
Mudará á diverso efeto
De tu presencia el respeto.

REY.

Tienes, Fabricio, razón.
Vengan los dos, que yo tengo
Valor contra todo amor;
Porque bien sabe mi honor
Que á ser su defensa vengo.

Vase Fabricio.

Pintaba la antigüedad
La justicia en la balanza,
Que parte en el cielo alcanza
Por su divina igualdad.

(1) Verso suelto entre consonantes.

Y aquel estrellado peso,
Que iguala noches y días,
Muestra que en las ansias mías
No hay un átomo de exceso.
No haya miedo que el amor
La ley de la patria tuerza,
Porque la justicia esfuerza
Lo que enflaquece el temor.

Fabricio, el capitán, Lisarda, Blanca y Federico.

CAPITÁN.

Ya está Federico aquí.

FABRICIO.

Y aquí Lisarda también.

LISARDA.

Si aquí mis ojos le ven,
¿Qué puede haber contra mí?

BLANCA.

Señora, templa el amor. (Ap. á Lisarda.)

LISARDA.

¡Oh, qué bien me has avisado!
Que un instrumento templado
Obliga á cantar mejor.
No hayas miedo que disuene
Al amor de Federico,
Si al amor del alma aplico
Las consonancias que tiene.

BLANCA.

Mira que le quitarás
La vida con más rigor.
Di que te obligó su amor.

LISARDA.

Mi amor me obligó no más.
Déjame, Blanca; no seas
Con tu hermano tan cruel.

BLANCA.

Antes yo vuelvo por él,
Contra lo que tú deseas;
Que si él pretende morir
Porque tú vivas, señora,
No hay mayor crueldad agora
Que condenarle á vivir.

REY.

Toma, Fabricio, tu asiento.
Prosigue en lo que has de hacer.

FABRICIO.

Sí; que aunque juez vengo á ser,
Soy culpado en el tormento.
Llega, Federico, aquí.
Y vos, señora, llegad.

LISARDA.

No ha llegado la crueldad
Al rigor que siento en mí.

FEDERICO.

Ojos, que mirando estáis (Aparte.)
La causa de mis enojos,
Llorad, pues que fuistes, ojos,
Para amar lo que miráis.
Si es tener piedad de mí
Morir yo por su valor,
Deba Lisarda á mi amor
Lo que quiere para sí;
Y no se diga que he sido
De ser ingrato culpado,
Ya que he sido desdichado
En no haberla merecido.
Muestre aquí mi firme amor
Que la respeta y adora.

FABRICIO.

¿Conoces esta señora,
Federico?

FEDERICO.

Sí, señor.

FABRICIO.

¿Es la misma que has jurado
En la confesión que has hecho?

FEDERICO.

La misma que de mi pecho,
Fabricio, al papel traslado.
Cuanto allí la lengua habló
Es fe del alma que veis.

FABRICIO.

Vos, señora, ¿conocéis
Á Federico?

LISARDA.

Pues ¿no?

FABRICIO.

¿Es el mismo que dijistes
En lo que habéis confesado?

LISARDA.

Pues ¿puedo haberme engañado?

FABRICIO.

Suelen á veces los tristes
Formar imaginaciones
Que por verdaderas tienen.

LISARDA.

Cuando á tales tiempos vienen,
No niegan obligaciones;
Que en principales mujeres,
Amor sin tristezas anda.

FABRICIO.

Federico, el Rey me manda
Que te pregunte quién eres.

FEDERICO.

¡Vive Dios que no lo sé!
Dilo tú, que me has criado;
Que yo, que lo he deseado,
Lo que pienso te diré.
Un día me dije á mí:
«¿Quién eres? que estoy en calma.»
Y sentí que dijo el alma:
«Necio, ¿no lo ves en ti?
¿Para qué pregunta agora
Su principio y nacimiento
El que tuvo pensamiento
De amar á tan gran señora?
Que como el sol que conquista
Puede un águila mirar,
No la pudieras amar
Con menos ilustre vista.»

FABRICIO.

Á ti y á Blanca me dió

Un caballero perdido
En el mar.

FEDERICO.

Su hijo he sido;
Pero en las mudanzas no.

FABRICIO.

¿Cómo te dió la Princesa
Lugar á amarla?

FEDERICO.

No fué
La culpa suya.

FABRICIO.

¿Por qué?

FEDERICO.

Porque fué mía la empresa.
Yo solicité su amor,
Yo sus ojos, yo su pecho,
Temeroso y satisfecho
De su divino valor.
Vila tan hermosa un día
Por la reja de un jardín,
Que hacía un blanco jazmín
Á su cielo celosía,
Que la dije mil amores,
Y ella por loco me oyó.

LISARDA.

Mientes.

FABRICIO.

¿Cómo?

LISARDA.

Porque yo
Le obligué con mis favores
Á tener atrevimiento
Para mirarme y hablarme;
Que Federico, de amarme
Nunca tuvo pensamiento
Hasta que yo le obligué.

FEDERICO.

Señora, ¿por qué te ofendes
Contra la verdad que entiendes?
Hombre fuí; yo te miré,
Yo te provoqué á mirarme.

LISARDA.

No hay tal; porque no tuvieras
Tal libertad, si no vieras
Por los ojos declararme.
Con ellos te habló mil veces
Mi amorosa voluntad,
Y yo sé que esta verdad
Hoy satisface á los jueces;
Porque siendo yo quien soy,
Y tú un hombre desigual,
Siempre á tu señor leal,
En cuya presencia estoy,
No pudieras atreverte,
Si yo no te provocara.

FEDERICO.

Pues ¿qué probanza más clara
Que verte excusar mi muerte?
Rey, Fabricio, caballeros,
¡Vive Dios, que la incité,
Y un año con esta fe
Hice mis ojos terceros!
Después la hablé, la escribí,
La engañé, la requebré,
Compuse versos, lloré,
Y mil desdenes sufrí.
Ella sabe que mil veces
Quiso mandarme matar;
Blanca lo pudo estorbar:
Esta es la verdad, jüeces;
Y que si se enterneció,
Fué porque, viendo tan fuerte
Desdén, enfermé, y la muerte
Á visitarme llegó.
Aquí no pudo, vencida,
Dejar de amarme Lisarda;
Y como entonces.....

LISARDA.

Aguarda,
Que solicitas mi muerte,
Y se te ve claramente;
Oye aparte.

FEDERICO.

¿Qué me quieres?

Aparte los dos.

LISARDA.

Hoy, Federico, pues eres
Tan firme, noble y valiente,
Haz una cosa por mí.

FEDERICO.

No la puede haber, señora,
Que te niegue quien te adora,
Si quiere morir por ti;
¿Qué me mandas?

LISARDA.

Que me des
Las prendas que de mí tienes.

FEDERICO.

Aquí tengo tu retrato,
Causa de mi dulce muerte,
Con el papel que me enviaste,
Mi bien, para que te viese
La noche que me prendieron.

LISARDA.

Muestra.

FEDERICO.

¿Para qué los quieres?

LISARDA.

Para que no te los hallen,
Mis ojos, cuando te lleven
Donde dices que deseas,
Pues ya tus ruegos me vencen;
Queriendo morir así,
Tú verás, si por mí mueres,
Cuán presto muero por ti.
Rey cruel, fieros jüeces,
Si queréis averiguar
Cuál de los dos culpa tiene,
Estos testigos lo digan.

FEDERICO.

Señora, ¿qué es lo que emprendes?

FABRICIO.

Este es un retrato.

REY.

¿Cuyo?

FABRICIO.

De Lisarda será....., y este
Es un papel de su mano.

FEDERICO.

Mataréme si le lees;
Suelta, Fabricio, el papel.

FABRICIO.

Si el Rey que le dé quisiere.....

LISARDA.

Aunque él quiera yo no quiero.

REY.

¿Hay tan gran traición?

LISARDA.

Leelde.

FABRICIO.

Lee.

«Federico, mi señor y mi esposo, las ansias de acercarme á tus brazos han llegado á extremo tan imposible á mi sufrimiento, que quiero esta noche verte y hablarte en el jardín. Blanca estará á la puerta; no te acobarde el temor de mi padre ni el pensar que eres desleal, pues yo soy tu mujer, y lo he de ser, aunque le pese.»

LISARDA.

¿Podéisme agora negar
Que yo le he dado ocasión?

REY.

No hay que hacer información
Ni queda qué averiguar;
Que te quisiera matar
Está cierto, monstruo fiero,
Mas, porque un verdugo espero
Que lo puede hacer mejor,
No me permite mi honor
Que infame tan noble acero.
Salgan Blanca y Federico
De la corte desterrados,
Que pues fueron incitados,
Esta pena les aplico,
Y al cielo, infames, suplico
Que el castigo que yo os doy
Tengáis de sus manos hoy.
Ven, Fabricio; trae contigo
Á ese mortal enemigo,

Á Arnesto.

De quien fuí lo que no soy.

Vanse el Rey, Fabricio, Otavio, Lucindo y el acompañamiento.

ARNESTO.

Á Lisarda.

Temblando os vengo á decir
Que en este aposento entréis,
Donde pienso que hallaréis
Con lo que habéis de morir
Y lo que al alma conviene.

LISARDA.

Federico, ya mostré
Mi amor, mi lealtad, mi fe;
Ya el fin de mi vida viene,
Pero este consuelo tiene,
Que es la esperanza de verte,
Si aquí no puedo tenerte,
En región más extendida,
Donde es eterna la vida
Y no se teme la muerte.
Yo cumplí la obligación
De mi noble nacimiento;
Porque tú vivas, no siento
Mi muerte en esta ocasión.
Acuérdate, que es razón,
Del amor que te he tenido,
Y muéstrate agradecido
En la piedad, no el dolor;
Que bien sé que no es mi amor
Para que le venza olvido.
No respondas ni me hables;
Que podrá ser que me quites
El ánimo si permites
Acciones tan miserables.
Historias serán notables
Al mundo, por larga edad,
Mi firmeza y la crueldad
Del Rey, pues por una ley
No dejara de ser rey,
Y lo fuera en la piedad.
Tú, Blanca, dame los brazos,
Y no me hables tampoco;
Que ansí á sentir me provoco
Lo tierno de tus abrazos.
Serán de mi cuello lazos,
Matarme podrás con ellos;
Los males, hablando en ellos,
Aumentan más sus dolores,
Porque los hace menores
El callar y padecellos.
Tú, Clarín, con Dios te queda.

CLARÍN.

Sí, pero tengo de hablar,
Que tú no me has de mandar
Que tenga la lengua queda;
Hablar tengo cuanto pueda,
Y llorar hasta caer.

LISARDA.

Federico, adiós.

Vanse ella y Arnesto.

CLARÍN.

¿Vencer
Puede el callar tus enojos?

FEDERICO.

Para llorar son mis ojos,

Que ya no son para ver.
Pues corazón he tenido,
Mi bien, para penas tantas,
Si es posible que soy hombre,
Habráme faltado el alma.
¿De qué tigre soy nacido?
¿En qué rigurosa Hircania
Me dió á la luz de los cielos,
Ó en qué desiertos de Arabia?
Callé, porque cuando amor
Tragedia tan desdichada
Representa en actos tristes,
Las lágrimas son palabras.
¿Dónde se vió igual firmeza,
Tanto amor, tanta constancia?
¡Mujer nacida altamente!.....
¡Sangre real!..... Esto basta.
Ojos, ¿qué pensáis hacer?
¿Adónde iréis, cuando os falta
La luz, el alma, la vida
De mi señora Lisarda?
¿Qué estarán haciendo agora?
¡Ay, que el alma me traspasan
Imaginaciones tristes!
¿Si la matan? ¿Si me matan?
¡Vive el cielo que antepuesto
El fiero cuchillo pasan
Por su cuello, que he sentido
El dolor en la garganta!
¡Ay, alabastro divino!
Si la crueldad os esmalta
Desos hermosos rubíes.....
¡Ay!

LISARDA.

Dentro.

¡Ay!

BLANCA.

Arnesto vuelve, calla.

Arnesto.

ARNESTO.

En viendo á Lisarda muerta,
El Rey, Federico, manda
Que salgáis los dos de aquí.

FEDERICO.

¡Muerta! ¿Hay crueldad tan extraña?

ARNESTO.

Vuelve los ojos, si puedes
En tal compasión mirarla.

FEDERICO.

¡Ay, dulce señora mía!
¡Ay, mi esposa! ¡Ay, mi Lisarda!

ARNESTO.

Detente.

FEDERICO.

Déjame, Arnesto,
Si está expirando, abrazarla;
Que podrá ser que la infunda
La mía, al partirse, el alma;
Pero no querrá la herida.....
¡Oh Rey cruel! Vamos, Blanca,
Que voy ciego, que voy loco,
Y si de aquí no me sacan,
Mataré al tirano fiero.

BLANCA.

Mira que te oyen las guardas;
Ven por aquí.

CLARÍN.

Ven, señor;
Que de aquesta ley tirana
Te vengará presto el cielo.

FEDERICO.

¿Cómo, vida, no te acabas,
Pues se ha partido de ti
El alma que te animaba?
¿Hay rosas en nieve puras
De un almendro deshojadas,
Como aquella sangre ¡ay cielos!
En el marfil de su cara?
Déjame verla otra vez.

CLARÍN.

Mira que puede ser causa,
Señor, de mayor desdicha.

FEDERICO.

¡Mayor que muerta Lisarda,
Mi bien, mi luz, mis amores,
Mi señora y mi esperanza!
No mi esperanza, que ya
Toda esperanza me falta.
Adiós, mi bien, para siempre;
No te parezca que tarda
Mi vida en irte á buscar:
Aguarda, Lisarda, aguarda.

ACTO TERCERO.

Fabricio y Lisarda, en hábito de hombre.

LISARDA.

Sólo por ti tengo vida.

FABRICIO.

Yo pude engañar las guardas
Con aquel paño sangriento
Que te puse en la garganta,
Advirtiendo que callases,
Hasta verte aquí encerrada
En estos lugares míos,
Que yacen en las entrañas
De estos montes, habitando
Entre sus chozas y casas
El tesoro de tu vida;
Que como los tiempos pasan,

Ellos traen el remedio
De las mayores desgracias;
Que porque no lo entendiera
Tu padre, que me mandaba
Ejecutar el rigor,
Ley que pudo derogalla,
Un entierro fingí, y tal,
Que al más ilustre monarca
Deja absorto cuando llega
Á dilatarle la fama.

LISARDA.

¿No ha de saber Federico
Que vivo?

FABRICIO.

¿Agora me tratas
De Federico?

LISARDA.

¿Ya olvidas
El amor y la crianza?

FABRICIO.

No, señora, pero temo
Las locuras de quien ama;
Fía de mí; que no pueden
Cuantas cosas hay criadas
Igualarse con su amor.
Pero el temor me acobarda
De que el Rey piensa que ya
Fué la ley ejecutada,
Y si lo contrario sabe,
En defensa de su patria,
Á ti, á Federico, á mí,
Pidiendo á Nerón la espada,
Nos ha de quitar la vida,
Que en él no puede ser larga.

LISARDA.

Obedezco á la fortuna.

FABRICIO.

Es discrecion, si está airada,
Que á la mayor tempestad
Sucede mayor bonanza;
Sosiega, yo volveré
Á verte, que el Rey me aguarda.

Vase.

Flora.

FLORA.

Bien es que tu nombre sea,
Lucindo, del sol, pues todo
Resplandece de otro modo
Después que estás en la aldea.
Los campos producen flores,
Las plantas frutas suaves,
Y son las parleras aves
Poetas de sus amores.
No hay aquí manso arroyuelo
Que en mil perlas no se envuelva;
El soto, el prado y la selva,
Como eres luz, vuelves cielo.
Luz hermosa, ¿de qué estás
Triste? Que el sol no merece
Padecer, que si él padece,
El mundo lo estará más
Que á la confusión primera,
Porque ya montes y prados
Quieren, de tus pies pisados,
Tenerte por primavera,

LISARDA.

Flora, de estos campos flor,
Yo vivo con gusto aquí,
Si bien por desdicha fuí,
Como me ves, labrador.
Y como memorias son
Del alma eterno castigo,
Tiene más fuerza conmigo
Que el valor y la razón.
Éstas me tienen de suerte,
Que soy mi propio homicida,
Aborreciendo la vida,
Solicitando mi muerte;
Y aunque es verdad que Fabricio,
De aquesta tierra señor,
Mostró en hacerme favor
De padre piadoso oficio,
No puede cosa ninguna
Causar en mi mal mudanza,
Porque mi muerta esperanza
Se ha rendido á mi fortuna.
Sólo de tu compañía
Siente alivio mi dolor;
Que no es poco en su rigor
Querer tener alegría.

FLORA.

Lucindo, si me quisieras
Como te quiero, sin duda
Que amor los afectos muda,
Y que contento estuvieras.
No te quiero dar pesar
Con este mi necio amor;
Que aborrecido, es mejor
Morir, sufrir y callar.

Un labrador.

LABRADOR.

¿Está por acá Lucindo?

LISARDA.

Aquí estoy, Silvio, y agora
Más alegre, pues te veo.

LABRADOR.

Fuí á la ciudad á las cosas
Que me encomendaste ayer,
Que para servirte, sobra
Saber yo tu voluntad:
Á fe que hay nuevas famosas.

LISARDA.

¿Cómo?

LABRADOR.

Todo es prevenciones
De guerra, cajas sonoras
Rompen los aires, las armas

Resplandeciendo lustrosas;
Todo es plumas, todo es galas;
Ya no hay hombre que se ponga
Luto por Lisarda muerta,
Si bien lo sienten y lloran.
Es la causa, según dicen,
Que la Reina de Polonia
Con grande ejército marcha,
De naciones belicosas,
Contra Hungría, porque el Rey,
Viendo que el reino le toca
Por la más cercana deuda,
Otros sucesores nombra.
El valiente Federico,
Que, aun muerta, á Lisarda adora,
Dicen que por su venganza
Á la guerra la provoca,
Y viene por general
De esta gallarda amazona,
Con voces que el viento y ellas
En las banderas tremolan.
Mas, como curan los tiempos
Las pasiones amorosas,
Toda la corte murmura
Que la sirve y enamora.
Puede ser que sea mentira,
Y que él la diga lisonjas
Porque ella le ha de vengar,
Que no porque en la memoria
No tenga viva la sangre
Que aquella ilustre señora
Vertió por darle la vida,
Con hazaña tan heroica.

LISARDA.

Que Federico sea ingrato
Á obligación tan forzosa
No me parece posible,
Puesto, Silvio, que le abona
El ser ya Lisarda muerta;
Que si es cosa tan notoria
Que un vivo ausente se olvida,
Un muerto menos importa.
Yo, para decir verdad,
En esta corteza tosca
Vivo con mucho disgusto,
Porque el alma generosa
Me levanta el pensamiento
Á igualarla con las obras.
Quedáos con Dios, que las cajas
Dentro del alma me tocan.
Yo me parto á ser soldado,
Por vengar á mi señora
Del general Federico.

FLORA.

¿Qué dices?

LISARDA.

Que no te pongas
Delante; que ¡vive Dios,
Que si me detienes, Flora,
Que el rostro de una puñada,
Y aun el corazón, te rompa!

LABRADOR.

Déjale, Flora, que presto
Aquella soberbia loca
Mudará cuando al lugar
Vuelva con las piernas rotas.

LISARDA.

¡Venganza, cielos, venganza
De Lisarda!

FLORA.

¡Qué furiosas
Voces que va dando!

LISARDA.

Escucha,
Silvio: si vuelve á esas chozas
Fabricio, el que aquí me puso,
Decid que lástima y honra
É ingratitud me llevaron
Á la guerra de Polonia.

LABRADOR.

Yo lo diré de esa suerte.

LISARDA.

¡Ya Federico con otra!
¡Venganza, cielos, venganza!

Vase.

FLORA.

Rompiendo va cuanto topa.

Vanse.

Federico y Clarín.

FEDERICO.

El hábito de soldado,
Apenas el rostro enjuto,
Me obliga á quitarme el luto.

CLARÍN.

Justamente te ha obligado.
¿Hasta cuándo ha de durar
Esta tristeza, señor?
Mira que es necio el amor
Que no se puede gozar.
Aunque mil cartas le escribas,
No te puede responder,
Ni vivo la puedes ver.

FEDERICO.

Están las memorias vivas.

CLARÍN.

Eso es falta de valor,
Que no es agradecimiento.

FEDERICO.

¡Ay Dios! ¡Qué necio argumento,
Debiéndole tanto amor!

CLARÍN.

Que la quieras está bien;
Pero, si la has de vengar,
El saber disimular
Es lo que importa también.

FEDERICO.

¿No ves que murió por mí?

CLARÍN.

Confieso; mas no es valor
Ni disimular, señor,
Estando la Reina aquí,
Que tanto amor te ha mostrado.

FEDERICO.

Ya me procuro esforzar;
Mas no me quieren dejar
Memorias del bien pasado.
Imagino las crueles
Manos segando las venas
Que aquel cuello de azucenas
Coronaron de claveles.

CLARÍN.

Dejemos ya las poesías.
Remedia con la hermosura
De la Reina esa locura,
Que si en quererla porfías,
Olvidarás á Lisarda.
Ya viene la Reina aquí;
Mírala bien, vuelve en ti,
Que ¡vive Dios! que es gallarda.
Que se estima con razón
Y con extremo excesivo
Más un pajarillo vivo
Que muerto el más lindo halcón.
¡Muertos! ¡Guarda! Gente fría,
¿Para qué puede ser buena?
¿Qué muerto no ha dado pena?
¿Qué vivo no da alegría?

Vase.

La Reina de Polonia.

REINA.

Pues, Federico, ¿ha crecido
Tu tristeza el verte ya
Tan cerca de donde está
Muerta quien nunca lo ha sido
En tu memoria? Que olvido
No puede cubrir memoria
De tan lastimosa historia,
Ni es posible que la olvides,
Si fuerza á los tiempos pides
Para obscurecer su gloria.
Ellos pasarán, y en ti
Podrá ser (que no lo creo)
Que den puerta á algún deseo,
No quiero decir de mí,
Si darte honor ofrecí
Cuando viniste á pedirme
Que tu venganza confirme;
Que mal se puede olvidar
Quien sólo se va á vengar
De enamorado y de firme.
Dicen que en este lugar
Tiene preso el Rey de Hungría
Á su hermano, y yo querría
Por fuerza de armas entrar;
Que si le puedo librar,
Comenzaré bien mi empresa;
Y yo sé que no te pesa,
Porque me dicen que ha sido
El que te ha favorecido
Por gusto de la Princesa.

FEDERICO.

Señora, mis pensamientos,
Como sabéis, fueron altos,
Aunque de méritos faltos
Para tan altos intentos.
Mas vuestros merecimientos
Me obligaron á pensar
En olvidar, que ya es dar
Fin á una cosa querida;
Porque quien piensa que olvida,
No está lejos de olvidar.
Yo presumo que olvidé,
Si bien no la obligación,
Porque no fuera razón
Vivo amor con muerta fe.
Siempre en el alma tendré
Su imagen para ofreceros.
Daos prisa, sin ofenderos,
Á borrármela del alma;
Que yo, para daros palma,
Me daré prisa á quereros.
Es verdad que voy llegando
Donde Lisarda murió;
Mas por eso os digo yo
Que aquí os voy acompañando,
Para que yo pueda, cuando
Llegasen esas memorias
De tan sangrientas historias,
Presumirlas como ajenas;
Que bien pueden tales penas
Rendirse á tan altas glorias.
En aquesta fortaleza
Tiene á Eduardo aquel Rey
Que de tan bárbara ley
Ejecutó la fiereza.
Será piedad y grandeza
Que vos le deis libertad;
Que si á él por la crueldad
Todos desean la muerte,
Á vos, Reina, de otra suerte,
La vida por la piedad.

REINA.

Siendo ya muerta Lisarda,
Federico, mi valor
Dice que te tenga amor,
Y el mismo amor me acobarda.
El tiempo que más se tarda
Es de los males paciencia.
Yo quiero hacer resistencia
Á lo que tan poco dura;
Que de una muerta hermosura
Es fácil la competencia.
Haz, Federico, también
Que acometan la ciudad;
Que quiero dar libertad
Á un hombre que quieres bien,
Para que á mí me la den

Por dicha algunos cuidados,
No sé yo si bien pagados;
Pero dicen atrevidos
Que, no siendo agradecidos,
Basta ser bien empledos.

Vase.

Clarín.

CLARÍN.

Desde que llegó Isabela
Á hablarte, embozada aguarda
Una mujer tan gallarda,
Que pienso (si no es cautela
Y de la guerra invención,
Como suele acontecer)
Que podrás entretener
Y divertir tu pasión.
Yo, á lo menos, me desvelo
En que no lo sientas tanto.

FEDERICO.

De tus cuidados me espanto.

CLARÍN.

Por lo menos es buen celo;
Y está seguro de mí
Que si traerte pudiera
Á la reina Elena, fuera
Á Troya, á Grecia por ti.
Háblala, que no es razón
Dejarte morir.

FEDERICO.

No sé
Cómo á mi firmeza y fe
Pueda hacer tan gran traición.

CLARÍN.

¿Qué traición? Anda, que ya
No es firmeza, que es locura.
Enfermo estás, ponte en cura.

FEDERICO.

¿Cómo, si el alma lo está?

CLARÍN.

Cuando enferma un gran señor,
No viene un médico sólo;
Vienen mil, y el mismo Apolo,
Que dicen que fué doctor.
Probando las medicinas,
Alguna suele acertar;
Que mal te puedes curar
Si á tomarla no te inclinas.
Recipe, dice un doctor,
Para males de *mulieres*,
Otras *mulieres*, si quieres
Curar amor con amor.
En una tienda se ven
Mil vestidos; sin proballos,
Nadie puede, con mirallos,
Saber cuál le viene bien.
Júpiter, viendo arrogantes
Los hombres, dió un buen remedio,
Que fué partirlos por medio.

FEDERICO.

¡Qué necio estás!

CLARÍN.

No te espantes.
Dicen que de cada uno
Sacó una mujer.

FEDERICO.

¿Y bien?

CLARÍN.

Y como medios estén,
Y no está entero ninguno,
Buscando van su mitad,
Y de una en otra más bella,
Porque hasta topar con ella
No para la voluntad.
Ya entra; paciencia; no seas
Descortés, que yo me voy.

FEDERICO.

¡En qué confusión estoy!

CLARÍN.

Nunca en mayores te veas.

Vase.

Lisarda, tapada.

LISARDA.

¿Podré hablaros?

FEDERICO.

Bien podéis,
Y decid qué os ha traído.

LISARDA.

Presto sabréis lo que ha sido.

FEDERICO.

Decildo, y no os acerquéis.

LISARDA.

¿Tenéis temor á Isabela?

FEDERICO.

No, porque es señora mía.

LISARDA.

¿Qué teméis?

FEDERICO.

Que ser podría
Vuestra venida cautela.
Si es aviso, descubríos;
Y si es amor, perdonad;
Que estoy tan sin libertad,
Que aun los ojos no son míos.

LISARDA.

Mentís.

FEDERICO.

Pues ¿de esa manera
Con un general habláis?

LISARDA.

Y tan general, que estáis
General para cualquiera.
Pero no habéis dicho mal
En que libertad os falta,
Dándola á prenda tan alta,
De quien ya sois general.
¿Estáis muy enamorado?

FEDERICO.

Sí lo estoy, y estoy ausente.

LISARDA.

De lo que tenéis presente
Poco tiempo habéis faltado.

FEDERICO.

¿Cerca de un año os parece
Poco?

LISARDA.

¿Un año? Ni un instante.

FEDERICO.

Bien decís, porque delante
De mis ojos resplandece
Como el sol divino y claro.

LISARDA.

¿La Reina?

FEDERICO.

Cansada estáis.

LISARDA.

Pues yo en que á la Reina amáis,
Para no amaros, reparo,
Que me parecéis muy bien,
Pero por ella muy mal,
Que siendo su general,
Seréis su amante también,
Porque es en extremo hermosa,
Y ya es fama que ella os ama.

FEDERICO.

No deis crédito á la fama,
Que es mujer y es mentirosa.
Yo quiero bien á una muerta;
Y esto es verdad, y que estoy
Tan triste, que porque voy
Á vengarla con fe cierta,
No me he quitado la vida.

LISARDA.

¿Conmigo disimuláis?
Yo sé que á la Reina amáis.

FEDERICO.

Dejadme, si sois servida;
Que aun para no ver mujer,
No os pido que os descubráis.

LISARDA.

Pues porque celos me dais,
Por fuerza me habéis de ver.

Descúbrese.

FEDERICO.

¡Válgame el cielo! ¿Qué veo?
Señora, ¿de dónde vienes?
¿Cómo dejas las estrellas
Que en tus plantas resplandecen?
Detente, señora mía,
Que, aunque me huelgo de verte,
Falta el ánimo á las fuerzas,
Y el corazón desfallece.
Y cuando te viera viva
Después de un año de ausente,
Como aquí muerta, de triste,
Desmayárame de alegre.
Tú sabes mi sentimiento,
Las lágrimas que me debes,
Y que á quitarme la vida
Me vi dispuesto mil veces.
Fuí á Polonia por vengarte,
Y no porque yo tuviese
Deseos de la hermosura
Que dices que me enloquece.
Verdad es que ser pudiera,
Si no vinieras á verme,
Que diera su amor lugar;
Pero fuera honestamente
En materia de casarme,
Que no lo haré si tú quieres.

LISARDA.

¡Casarte, traidor!

FEDERICO.

Señora,
No entendí que era ofenderte;
Que de casarse los vivos
Nunca los muertos se ofenden.

LISARDA.

¿Piensas que en el otro mundo
No hay amor? Pues no lo pienses.
Amor hay y celos hay.

FEDERICO.

En dos partes diferentes
Tu alma dividida está,
Si es que dividirse puede:
En el cielo, en que hay amor,
Pues dices que me le tienes;
Y en el infierno, en que hay celos,
Que fueron demonios siempre.
¿Quieres tú que no me case?

LISARDA.

Quiero que llores mi muerte
Un año cabal, que es cosa
Que á los muertos se concede.
Dentro dél no has de casarte,
Porque no es razón; y advierte
Que antes del año no es honra
Que las cenizas se afrenten.
No has de hablar con Isabela
De amor, aunque ella se inquiete,
Sino en la guerra no más,
Hasta que mi sangre vengues.

FEDERICO.

Pues yo te doy la palabra.

LISARDA.

Para que no me la quiebres,
Enviaré mi sombra aquí,
Que te acompañe y te cerque
En figura de soldado.

FEDERICO.

¿De soldado? No lo intentes;
Que andaré siempre temblando.

LISARDA.

Pues yo quiero que me tiembles.

FEDERICO.

Haz lo que fueres servida.

LISARDA.

Para que no te desveles,

Traerá mi rostro el soldado,
Que quiero que le respetes.

FEDERICO.

Sin la palabra, soy hombre
Que la palabra que diere
Sabré cumplir.

LISARDA.

No se fían
Los vivos, estando ausentes,
Y ¿quieres tú que los muertos,
Que olvida tiempo tan breve,
No se olviden? Federico,
Si el ejemplo te desmiente,
¿Qué hijo da vida al padre?
¿Qué marido hay que se acuerde
De la mujer que perdió?

FEDERICO.

Yo, que seré eternamente
Tu esposo, luz de mis ojos.

LISARDA.

Éste más ánimo tiene (Aparte.)
Mientra más me va tratando:
Irme es bien, no se me llegue;
Que si una vez vuelve en sí
Y á los brazos se me atreve,
Hallará cuerpo con alma,
Y cuerpos nadie los teme.
Adiós, Federico, aguarda
Que venga el soldado.

Vase.

FEDERICO.

Fuése.
¡Qué temeraria ilusión!
En mi vida pensé verme
Con el valor que he tenido.

Clarín.

CLARÍN.

¡Lindamente te entretienes!
Basta, que eres como algunos
Que gran castidad prometen,
Y en llegando la ocasión,
Aun en la purga se aduermen.
¿Era hermosa? ¿Qué la has dicho?
¿No me respondes? ¿Qué tienes?

FEDERICO

No puedo volver en mí.

CLARÍN.

Ya te entiendo.

FEDERICO.

No me entiendes.

CLARÍN.

¿Quieres decir que era fea?

FEDERICO.

Era un ángel.

CLARÍN.

Engrandeces
Su fealdad por ironía:
Los años cuarenta y nueve,
Perigallos todo el rostro,
Tres medias muelas y un diente,
Sus cejas en relación,
Azafranadas las sienes,
Desguarnecidos los ojos
Y hasta el cogote la frente.
¿Á eso vino la embozada?
Háblame. ¿Qué te suspendes?
¿Hate hechizado? ¿Qué miras?

FEDERICO.

Estoy mirando si vuelve.

CLARÍN.

No osará, que ¡vive Dios.....

FEDERICO.

Sí osará, Clarín, si quiere.

CLARÍN.

¿Cómo osar?

FEDERICO.

Era Lisarda.

CLARÍN.

¿Qué Lisarda?

FEDERICO.

Á reprehenderme
Los amores de Isabela,
La muerta Lisarda viene.

CLARÍN.

¡San Juan! ¡San Jorge! ayudadme;
Que el corazón me estremeces.

FEDERICO.

Vino Lisarda, y me dijo
Que era ingrato, que era aleve
Y que era traición é infamia
Que quisiese disponerme
Á casarme antes de un año.....

CLARÍN.

¿Sueñas? Presumo que duermes.

FEDERICO.

Y que enviaría su sombra
En la forma de un valiente
Soldado que me guardase.

CLARÍN.

Ya, Federico, no pueden
Llegar á más tus tristezas;
Loco estás; mira que pierdes
Mucho de tu honor ansí.

FEDERICO.

Allá lo verás.

CLARÍN.

No dejes
Tan alta prenda, señor,
Por una cosa tan leve.

La Reina y acompañamiento.

REINA.

Al tiempo que la gente prevenida
Para el asalto, Federico, estaba,
Se entregó la ciudad, mal defendida,
Matando al capitán que la guardaba.
Goza Eduardo libertad y vida,

Á quien Blanca, tu hermana, acompañaba,
De que por tu contento estoy contenta;
¿Qué esperanza en su dicha no se alienta?

FEDERICO.

¿Podrélos ver, señora?

Salen Eduardo y Blanca.

EDUARDO.

¡Ah, caballero,
Á quien los hados prósperos previenen
El cetro que en tus manos ver espero!
Mis lágrimas apenas se detienen,
Mirando en tu valor lo que más quiero;
Perdone Blanca.

BLANCA.

No se llame culpa
Ningún amor que la razón disculpa.

FEDERICO.

Verte ha sido, señor, tan gran deseo
De quien tu libertad en tanto estima,
Que el bien de verte, como ya te veo,
El pecho alienta, el corazón anima.

EDUARDO.

¡Plegue al cielo, Isabel, que por trofeo
Te dé aquel monstruo, á quien tu planta oprima
La indomable cerviz, y que tu gloria
Le deba á Federico la victoria!

FEDERICO.

Á Eduardo.

¿Quieres oirme una palabra aparte?

EDUARDO.

Ya escucho.

FEDERICO.

Aparte á Eduardo.

¿Quién soy yo? Porque Fabricio
Me dijo que tú solo serás parte
Para hacerme tan alto beneficio.

EDUARDO.

Con Isabela puedes igualarte;
No quieras de quién eres más indicio;
Camina á la ciudad, que este secreto
Decirte cuando vuelvas te prometo.

Vanse todos, menos Clarín.

CLARÍN.

Notable temor me ha dado
Ver á Federico loco.
Quien tuviere el seso en poco,
Ni es valiente ni es honrado:
Valiente, pues le faltó
Valor para consolarse;
Ni honrado, pues á faltarse
Á su valor se atrevió.

Lisarda, de soldado.

LISARDA.

Soldado.....

CLARÍN.

¿Quién es?

LISARDA.

Yo soy.
¿Habéis visto al General?

CLARÍN.

¡Santo Dios! Estoy mortal;
Muerto estoy, sin alma estoy.
No era locura el decir
Que á Lisarda visto había.
¿Si es sueño? ¿Si es fantasía?
¿Cómo, después de morir,
Andan por aquí los muertos?
Toda la sangre me altera.

LISARDA.

Clarín, ¿qué temes? Espera;
Los espíritus cubiertos
De aqueste mortal vestido,
¿Cómo pueden espantar?

CLARÍN.

Dame, espíritu, lugar
Para cobrar el sentido.

LISARDA.

Acércate á mí, no temas.

CLARÍN.

¡No temas!

LISARDA.

Daca la mano.

CLARÍN.

¡La mano! Espíritu vano,
No te llegues, que me quemas.
¡Señor, señor!

Federico.

FEDERICO.

¿Qué es aquesto?

CLARÍN.

No es nada; allá lo verás.

FEDERICO.

¿Tienes seso? Voces das
Como loco descompuesto.

CLARÍN.

En justa razón me fundo.

FEDERICO.

¿Qué causa, Clarín, te ha dado?

CLARÍN.

Vuelve y mira ese soldado,
Que viene del otro mundo.

FEDERICO.

¡Válgame Dios!

LISARDA.

No temáis;
Lisarda con vos me envía.

FEDERICO.

El mismo rostro tenía.

LISARDA.

¿Qué teméis? ¿Qué os espantáis?

¿En qué visión ha venido?
¿No es esta la mesma cara
De Lisarda?

FEDERICO.

Cosa es clara.

LISARDA.

¿Hay más que en este vestido
Diferencia de su ser?

FEDERICO.

No, señor.

LISARDA.

Pues esta espada,
¿Á qué soldado no agrada,
Y qué mal os puede hacer?
Estas plumas que ves pardas,
¿Son fuego?

CLARÍN.

Tiene razón,
Y los muertos, muertos son.
Habla á Lisarda. ¿Qué aguardas?
Llega animoso.

FEDERICO.

No puedo,
Aunque quiero.

CLARÍN.

¿Cómo no?
No temas, que aquí estoy yo,
Que estoy temblando de miedo.

FEDERICO.

Y ¿cómo os llamáis, soldado?

LISARDA.

Lisardo.

FEDERICO.

Pues tú, Clarín,
Le acomoda, porque, en fin,
Ha de andar siempre á tu lado.

CLARÍN.

¿Cómo á mi lado?

LISARDA.

Una sombra,
Soldado, ¿qué puede hacer?

CLARÍN.

Nada, siendo de mujer;
Mas, siendo de hombre, me asombra.

FEDERICO.

Dale tu lado, que voy
Á hacer la gente marchar.

Vase.

CLARÍN.

Yo, ¿qué lado le he de dar?

LISARDA.

¿De qué tembláis? Sombra soy.

CLARÍN.

Del estar muerta me alcanza
El temor en que me veo.

LISARDA.

Estoy viva á mi deseo, (Aparte.)
Y estoy muerta á mi esperanza.

Vanse.

El Rey, Fabricio y Lucindo.

REY.

¿Que esto ha pasado?

FABRICIO.

Tan arrogante viene.

LUCINDO.

Á Federico
Agradezca el valor.

REY.

Pondré cuidado,
Más que el que desde agora significo.

LUCINDO.

Á vengarse de ti determinado,
Justa disculpa que al amor aplico,
Pidió á Isabela gente, y ella viene
Con la esperanza que del reino tiene.
Al principio traía retratada
Á Lisarda, señor, en su bandera,
Sobre un estrado negro degollada,
Y en un cielo esta letra: *¿Quién espera?*
Mas luego que á Isabela enamorada
De su gentil persona considera,
Quita á Lisarda, y por empresa ha puesto
Una corona y estas letras: *Presto.*

REY.

Presto, luego y aprisa, que la tiene.

ARNESTO.

Por lo menos, señor, eso imagina.

FABRICIO.

Resistir á este mozo te conviene;
Á vencer ó morir te determina.

LUCINDO.

Libre á Eduardo ya en su campo tiene.

REY.

La ambición de los dos me desatina:
Ya confirmó de su prisión la culpa,
Muchas escriben que el reinar disculpa.
Tú me has de suceder, y no Eduardo
Ni la reina Isabela, que lo intenta.
Toma luego un bastón, Conde gallardo,
Y la batalla al húngaro presenta.

LUCINDO.

Esa licencia solamente aguardo.

FABRICIO.

No saber de Lisarda me atormenta; (Aparte.)
Que por haber huído de mi tierra,
Callar es fuerza y permitir la guerra.

Vanse.

La Reina y Federico.

REINA.

Tu tibieza me acobarda;
No sé qué piense de ti.

FEDERICO.

¿Qué puedes pensar de mí?

REINA.

Que estás pensando en Lisarda.

FEDERICO.

No pueden memorias muertas

Borrar esperanzas vivas.

REINA.

Siéntate, y dime, ansí vivas,
Cómo este olvido conciertas;
Que ya no puedo creer
Que tú no tengas amor.

FEDERICO.

Señora, á tu gran valor,
¿Cómo me puedo atrever?

REINA.

Mucho esa respuesta siento;
Que á quien ocasión le han dado,
Aun no ha menester cuidado,
Cuanto más atrevimiento.

FEDERICO.

Estoy mirando la sombra; (Aparte.)
Que ésta no debe de vella,
Sino yo solo: por ella
Todo me aflige y asombra.

REINA.

¿Qué dices?

FEDERICO.

Que esta tristeza
Tiene diferente causa.

REINA.

Pues dime de qué se causa;
Porque si es de mi grandeza,
El día que una mujer
Tiene á un hombre voluntad,
Aunque haya desigualdad,
Se transforma y muda el ser.

FEDERICO.

No puedo hablarte, señora.

REINA.

¿Quién te lo impide? ¿Qué tienes?

FEDERICO.

Un gran temor.

REINA.

¿Cómo vienes
Con esa mudanza ahora?

FEDERICO.

No me aprietes, por tu vida.

REINA.

¿Dónde miras de esa suerte?
¿Qué escuchas? ¿Qué te divierte?
¡Toda la color perdida!
¿Es por dicha aquel soldado,
Que luego que le miré,
Solos nos dejó y se fué?

FEDERICO.

Ese es todo mi cuidado.

REINA.

Si es mujer (que lo parece
En la hermosura y el talle),
No le des celos, que es dalle
Lo que él á mi amor ofrece.
Dime toda la verdad.

FEDERICO.

¿Óyenos alguien?

REINA.

Ninguno.

FEDERICO.

No quiero ser importuno
Ni ingrato á tu voluntad.
Ésta es sombra de Lisarda,
Que se anda siempre tras mí.

REINA.

¿De la muerta?

FEDERICO.

Sí; que aquí
Me amedrenta y acobarda.

REINA.

No más; ya entiendo tu engaño;
No te aflijas desa suerte;
Yo dejaré de quererte
Con más fácil desengaño.
Yo soy mujer que sabré
Á mis fuertes escuadrones,
Como á todas mis pasiones,
Poner debajo del pie.
Que no te canses, te pido,
En fingir engaño igual;
Yo te quise general,
Que no te quiero marido.
Lo menos en esta acción
De lo que soy significo,
Y ansí, desde hoy, Federico,
Puedes dejar el bastón;
Que yo sabré gobernar
Mi gente mucho mejor
Que he gobernado mi amor,
Pues no te supe agradar.

Vase.

FEDERICO.

No sé qué tengo de hacer
En confusión tan extraña.

Clarín.

CLARÍN.

¿Vino por acá el soldado?

FEDERICO.

Apenas de mí se aparta.
Vióle Isabela, y yo dije
De mis tristezas la causa.

CLARÍN.

¿Descubrístele quién era?

FEDERICO.

Dije todo lo que pasa.

CLARÍN.

¿Qué respondió?

FEDERICO.

Que era achaque,
Y que era cosa muy clara
Que era el soldado mujer,
Y no sombra de Lisarda.

CLARÍN.

¡Vive Dios, que para sombra,
Que ha comido lo que basta
Para un cuerpo! que esta noche

La convidaba á mi cama,
Y que no ha sido posible.....
Pero escucha, si te agrada,
Una notable agudeza.

FEDERICO.

¿Cómo?

CLARÍN.

La sombra se causa,
No de alma, sino de cuerpo,
Que es un espíritu de alma;
Pues si esta sombra hace sombra,
De que es cuerpo desengaña,
Que á ser alma, no la hiciera;
Luego es cuerpo y no fantasma.

FEDERICO.

Tienes razón. ¡Vive el cielo,
Que es bajeza y aun infamia
De un soldado como yo
Tener miedo á sombras vanas!
Hoy lo tengo de saber.

CLARÍN.

Ella viene.

FEDERICO.

Ahí te aparta.

Vase Clarín.

Lisarda, de soldado.

FEDERICO.

No dirás, por lo que has visto,
Que no respeto á Lisarda.
¿No escuchaste de qué suerte
Hablé á Isabela?

LISARDA.

No basta
Hablar bien.

FEDERICO.

Pues ¿qué más quieres?

LISARDA.

Que no te llegues á hablarla.

FEDERICO.

Con sola una condición
Te doy, sombra, la palabra.

LISARDA.

¿Qué condición?

FEDERICO.

Que me abraces.

LISARDA.

Detente. ¿Aun mi sombra abrazas?

FEDERICO.

Dime, ¿cómo tienes cuerpo?
Tú eres traidor, tú me engañas.
Hoy morirás, hechicero.

LISARDA.

Escucha, detén la daga.
Carlos soy, que no soy sombra.

FEDERICO.

¿Qué Carlos?

LISARDA.

Carlos de Irlanda.
Hijo soy del Rey de Hungría,
De quien pretendes venganza.
Desdichas me han puesto ansí;
Que, muriendo quien las causa,
Me ha desterrado quien soy,
Dándome al reino esperaza.

FEDERICO.

Mientes, que Carlos murió
En los brazos de su ama,
Con que de Hungría quedó
Por heredera Lisarda.

LISARDA.

El ama fingió mi muerte,
Y me echó en una montaña,
Dando al Rey un hijo suyo
Que es el muerto de quien hablas;
Porque los cielos quisieron
Desta suerte castigarla.
Infórmate en esa aldea
Si es verdad que en ella estaba
Guardando algunas ovejas.

FEDERICO.

Pues ¿qué te obligó á dejallas?

LISARDA.

Ver que ya Lisarda es muerta
Y que al reinar aspirabas,
Quitándome la corona.

FEDERICO.

Tanto parece á su hermana, (Aparte.)
Con tal extremo, que aun dudo;
Pienso que es ella que me habla.
Esta duda solamente,
Y verte fingir fantasma,
Me obliga á creerte; y yo
Le debo tanto á tu hermana,
Que he de ponerte en el reino
Sin jurisdicción tirana.

LISARDA.

Si tú me pones en él
Yo me casaré con Blanca.

FEDERICO.

Pues esa palabra tomo.

LISARDA.

Ven donde la Reina aguarda.

Vase.

Clarín.

CLARÍN.

¿Qué te ha dicho?

FEDERICO.

Grandes cosas.

CLARÍN.

¿Es cuerpo?

FEDERICO.

Cuerpo sin alma.

CLARÍN.

¿Sentístelo bien?

FEDERICO.

Y ¡cómo!

CLARÍN.

¿Cuerpo con sus zarandajas?

FEDERICO.
Digo que sí.
CLARÍN.
¡Pesia tal,
Que anoche.....
FEDERICO.
Camina y calla.

Vanse.

El Rey, Fabricio, Lucindo, Arnesto y acompañamiento.

REY.
Cesen las cajas, no toquen
Mientras que de paces tratan.
LUCINDO.
Si la Reina las acepta,
Contradice su ignorancia.
ARNESTO.
Por vuestro interés, Lucindo,
No es bien dejar de aceptallas.
LUCINDO.
No porque soy sucesor
Del reino quiero las armas,
Sino porque es gran bajeza,
Antes de llegar, dejallas.
FABRICIO.
Conde, el Rey acierta en esto;
Que aventurar vidas tantas
No es victoria generosa,
Y es justa piedad guardallas.
LUCINDO.
Fabricio, tales consejos
Bien pienso yo que se hallan
En los libros de las leyes
Que andan ya señaladas.
Dejad al Rey la justicia
Con el honor de sus armas.
FABRICIO.
Yo las sé como las leyes.
REY.
No más, que es mi gusto, y basta.
LUCINDO.
Basta, pues vos lo queréis.
ARNESTO.
Y cuando el Rey no alcanzara
Victoria, el reino eligiera
Señor de su sangre y casa.

Federico, la Reina, Blanca, Eduardo, Clarín y acompañamiento; Lisarda, retirada, aun de soldado.

FEDERICO.
El Rey, señora, os espera.
ARNESTO.
¡Bella mujer!
FABRICIO.
¡Gentil dama!
REINA.
Dadme las manos.
REY.
Los brazos,
Hermosa Reina, os aguardan.
REINA.
Dad licencia á Federico
Para que lo mesmo haga.
REY.
Por vos, señora, los doy
Á Federico y á Blanca.
REINA.
Eduardo, vuestro hermano,
Ha de tener vuestra gracia
Antes que nos concertemos.
REY.
Ya tiernamente le abraza
Quien le perdona por vos.
EDUARDO.
No le pide quien no agravia.
Yo nunca quitaros quise
El reino, pues le heredaba
Lisarda.
REY.
¡Ay, tristes memorias!
Que si ella estaba casada.....
EDUARDO.
Con mi hijo de secreto.
Ser traidor fué ignorancia.
REY.
Pues ¿quién era vuestro hijo?
EDUARDO.
Federico; que á él y á Blanca
Me dejó de aqueste nombre
Una señora de España.
REY.
Si yo lo hubiera sabido,
Mi desdicha se excusara,
Pues no quebrara la ley
Casándole con Lisarda.
Ahora, Reina, ¿qué intentas?
REINA.
El reino, con justa causa,
Si me casas con tu hijo.....
REY.
¡Hijo tengo! ¿Quién te engaña?
REINA.
Carlos, que el muerto no era
Carlos; que quien le criaba
Te dió el suyo, porque el tuyo,
Pastor vivió en las montañas.
REY.
Eso no puede saberse.
LISARDA.
En mirándole la cara,
Dirás que es Carlos, señor,
Que es la de su propia hermana.
REY.
¿Adónde está?
REINA.
Carlos, llega.
LISARDA.
Llego á tus pies.
REY.
¡Cosa extraña!

Habla y rostro suyos son,
En su cara se retratan.

LISARDA.

Señor, da el Conde á Isabela,
Porque goce Ernesto á Blanca.

FABRICIO.

Pues ¿qué das á Federico?

REY.

Si viviera mi Lisarda,
¡Qué dicha fuera la mía!

FABRICIO.

Cuando mandaste matalla
Fingí su muerte, y la puse
Entre esos montes que baña
El mar.

REY.

¡Que mi hija vive!
Pues vayan luego á llamarla;
Que quisiera darle un reino.

FABRICIO.

Ha sido tal mi desgracia,
Que se fué, y ni saber della
Ni ha sido posible hallarla.

LISARDA.

Yo sé dónde está, señor.

REY.

¡Tú, Carlos! ¿Venturas tantas,
Todas, tantas en un día!
¿Dónde está?

LISARDA.

Contigo habla.

REY.

Pues ¿quién es?

LISARDA.

Yo.

REY.

¡Tú! ¿Qué dices?

LISARDA.

Yo soy, que por lo que amaba
Á Federico, de celos,
Hice invenciones tan raras.

CLARÍN.

¿Hay mayores embelecos?
Ya eres hembra, ya eres alma,
Ya eres hombre, ya mujer,
Ya eres Carlos, ya Lisarda.

FEDERICO.

¿Podré creer tanto bien?

LISARDA.

Podrás, y suplir mi falta
Dando á Lucindo la Reina
Porque goce Arnesto á Blanca.

REY.

Parece baile, que truecan
Los puntos con las mudanzas.

FEDERICO.

Y con esto se da fin
Á *La Ley ejecutada.*

EL LLEGAR EN OCASIÓN

COMEDIA FAMOSA

DE

EL LLEGAR EN OCASIÓN

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

Marqués de Ferrara.	Fenisa, *criada.*	Lidonio. }
Fabio, *su criado.*	Tirso, *villano.*	Trebacio. } *Salteadores.*
Tancredo, *criado.*	Federico.	Doristo. }
Laura, *dama.*	Otavio, *galán.*	Sirena, *labradora.*
Diana, *hermana del Marqués.*	Estacio, *su criado.*	Un Alcaide.

ACTO PRIMERO.

Salen el Marqués de Ferrara, y Fabio, su criado.

MARQUÉS.

Así van del mundo, Fabio,
Las cosas.

FABIO.

Contento estás.

MARQUÉS.

La mudanza espera el sabio;
Que pocas veces verás
Gran bien sin ajeno agravio.
Cuando un reino se arruina,
Otro á las nubes confina
Y hasta el sol llegar intenta,
Porque un Estado se aumenta
Con lo que el otro declina.
Hereda el mancebo tierno
Al viejo avaro, que está
Por ventura en el infierno;
La guerra la paz nos da,
Como el verano al invierno.
Si no hubiera noche escura,
No fuera tan claro el día;
No hay, Fabio, cosa segura.

FABIO.

¡Qué moral filosofía!

MARQUÉS.

Mejor dirás: ¡qué ventura!
Ves aquí mi alma llena
De deseos, reducida
Á tal gloria, en tanta pena,
Porque, como ves, mi vida
Nace de la muerte (1) ajena.

FABIO.

¿Tanto estimas un deseo,
Posesión de una mujer?

MARQUÉS.

Tanto le estimo, que creo
Que basta sólo á tener
La esperanza en que me veo.
Amaba Laura á Rugero,
Su esposo y su amor primero;
No la pude conquistar,
Mas muerto, pude esperar
El bien por quien vivo y muero.

(1) *Suerte*, en la Parte 6.ª

FABIO.

Mucho fué, siendo quien eres,
Resistirse como es fama.

MARQUÉS.

Si hay dueño de sus placeres,
Fácilmente á quien las ama
Se resisten las mujeres.
Mientras la querida esposa
Tiene al lado á su marido,
Es al galán desdeñosa.

FABIO.

De haberlo en ausencia sido,
Fué Penélope famosa;
Sin duda que al afición
De un galán, es de importancia
La falsedad.....

MARQUÉS.

Y es razón,
Cuanto va de la abundancia
Del gusto á la privación.
La que está alegre y contenta
Del marido ó del amante,
Resístese á quien intenta
Servirla, porque adelante,
Ó teme el gusto ó la afrenta.
Mas la que no tiene á quién
Hacer agravio ó disgusto,
Ni tener gusto también,
A quien pretende su gusto
Corresponde presto y bien.
Muerto Rugero, sospecho
Que Laura me ha de querer.

FABIO.

¿Y todo el llanto que ha hecho?

MARQUÉS.

Los ojos de una mujer
Lloran sin saberlo el pecho.
Mañana tendrá alegría.

Sale Tancredo, criado del Marqués.

TANCREDO.

Déme Vuesa Señoría
Los pies.

MARQUÉS.

¡Oh, amigo Tancredo!
¿Puedo darte albricias? ¿Puedo
Decir que Laura es ya mía?

TANCREDO.

Puedes, que bien las merezco.

MARQUÉS.

Yo te las mando, y mi Estado,
Por cierto premio te ofrezco.

TANCREDO.

Laura se ha partido.

MARQUÉS.

Has dado
Su punto al mal que padezco.
¿Buenas nuevas son ausencia?

TANCREDO.

De la suerte que se parte,
Me has de escuchar con paciencia,
Si el partirse ha de ser parte
De dar á verla licencia.
Esta mañana salió
De Ferrara con el alba;
Todo el campo se alegró,
Las aves le hicieron salva,
Á quien su sol despertó
El del cielo, coronado
De luz, salió por un monte
Antes del tiempo ordenado;
Resplandeció el horizonte,
De tanto fuego abrasado.
De los dos soles, no sé
Cuál dió luz al otro; en fin,
Á Castilguillermo fué
Vertiendo perla y jazmín
Como en el alba se ve.
Hazaña tuya sin duda,
Pues ya el vestido y la cara,
Tristeza y semblante muda;
¿Quién de su beldad pensara
Que saliera tan desnuda?
Vestida de labradora,
Competía con la aurora
En colores y hermosura,
Para caminar segura
De las malicias de ahora.
Verde y bien justo sayuelo,
Ajironado de grana,
Con fajas de terciopelo;
La saya, algo corta y llana,
Del puro color del cielo.
El pie, que á veces mostraba
Sobre blanca zapatilla,
Chinela negra apretaba,
Que, desechada, pedilla
Pudiera Amor para aljaba.
Sombrero largo de falda,
Que un cordón negro ceñía
Á manera de guirnalda,
Que en su frente parecía
De zafiro ó de esmeralda.
Era azul el rebociño,
No aforrado en blanco armiño,
Sino en dorado tabí,
Que pienso que envuelto allí
Andaba Amor cuando niño.
Desta suerte, y dos criados
Iban sirviendo de guía,
De mi encuentro descuidados;
Caminé en su compañía
Más alegres que enojados.
Y de lance en lance, hablé
Con Laura, señor, en ti,
Hasta el castillo llegué.
¿Creerás que entré?

MARQUÉS.

¿Entraste?

TANCREDO.

Sí.

MARQUÉS.

¿Cómo?

TANCREDO.

Yo te lo diré.
De Laura traigo licencia
Para que, cuando quisieres,
La veas.

MARQUÉS.

¡Qué diferencia!

TANCREDO.

Á los muertos, las mujeres
Nunca les guardan ausencia.

FABIO.

Ni aun á los vivos.

MARQUÉS.

Alguna
Le habrá sabido guardar.

FABIO.

No lo pensé de ninguna;
Mas el que la pudo hallar,
Cante su buena fortuna.

MARQUÉS.

Ahora bien, desde hoy te quedo
Muy obligado, Tancredo;
Á mi tesorero pide
Doscientos escudos.

TANCREDO.

Mide
Tu valor el cielo.

MARQUÉS.

Hoy puedo,
Fabio, partirme, á tener
Algún consuelo, pues muda
Laura el rigor.

FABIO.

Podrá ser:
Consolóse ya la viuda.

TANCREDO.

¡Qué quieres, Fabio, es mujer!

FABIO.

¿Cuándo partirás?

MARQUÉS.

Al punto.

FABIO.

Si irás solo te pregunto.

MARQUÉS.

No, Fabio, iremos los tres,
Á ver si un vivo Marqués
Vence un marido difunto.

LAURA.

Vanse.

Salen Laura, dama, y Fenisa, su criada.

Para llegar hasta aquí,
Bueno fué el disfraz, Fenisa.

FENISA.

Vestido te has bien aprisa.

LAURA.

Que así me viesen temí;
Que este traje, aunque no es
De viuda, es bien que sea
Desta suerte para aldea.

FENISA.

Y es bueno para el Marqués.
Ya te entiendo; por tu vida,
Tú le debes de esperar.

LAURA.

¿Era yo roca en el mar,
De su furor combatida?
¿Era yo, Fenisa, río?
¿No pude volverme atrás?
¿Qué sirve que adore más
Memorias de un cuerpo frío?
Mientras vivió mi Rugero,
Yo me resistí al Marqués.
¿Qué tengo de hacer después
Que en mi vida verle espero?
Cuando el Marqués me decía
Que me amaba, yo pensaba
Que si el Marqués me amaba,
Mi Rugero me quería.
Y imaginando en su honor,
Resistía su deseo,
Y aun algunas veces creo
Que le agradecí su amor.
Muchas nobles perseveran
En su amor y en no querer;
Mas no creas que hay mujer
Que le pese que la quieran;
Que cuando al que la merece
Mayores desdenes haga,
Si bien querida no paga,
Por lo menos agradece.
Dante, poeta extremado,
Dijo de amor, y sé yo
Que es verdad: «no perdonó
De amor á ningún amado.»
No porque amase al Marqués
Mientras vivió mi Rugero;
Mas yo pienso que le quiero,
Ó agradecimiento es.

FENISA.

Á la fe, señora mía,
Como estabas enseñada
Á tener, siendo casada,
Tu ya muerta compañía,
Echas menos los amores,
Los regalos y caricias,
Y suplir algo codicias
De los pasados favores.
No te suena ya el «mi vida»
Tan apriesa en las orejas;
Desta soledad te quejas
Piadosa y enternecida.
Estas memorias, que son
Quien lastimarte podían,
Esos recados te envían
Desde la imaginación.
No te quiero aconsejar,
Pues estás determinada.

LAURA.

Fenisa, el Marqués me agrada;
Al Marqués pienso agradar.

FENISA.

Resolución de mujer
Es bala de artillería,
Es muerte de apoplejía,
Es de una torre caer;
Es sentencia de rigor,
Con «ejecútese luego»;
Es echar pólvora al fuego,
Y poner freno al amor.

LAURA.

No creo que yerras mucho
Respecto de ser quien es;
Sólo abonarme al Marqués,
De buena gana te escucho.
Él es gallardo, Fenisa,
Y señor, que al fin es oro
De mi yerro.

FENISA.

Tu decoro
Mi justa disculpa avisa.

LAURA.

Mira si están los criados
De mi labranza y hacienda
En casa, para que entienda
En domésticos cuidados,
Que me diviertan un poco,
No del muerto, mas del vivo.

FENISA.

Gusto en oirle recibo.

Sale Tirso, villano.

TIRSO.

Estoy de contento loco.
¡Señora Laura es venida!

FENISA.

Tirso está aquí.

LAURA.

Tirso hermano.....

TIRSO.

Dame á besar esa mano,
De blanca nieve vestida,
Que ¡pardiez! de mejor gana
Y devoción te la bese
Que si de un obispo huese.
¿Estás buena?

LAURA.

Buena y sana.

TIRSO.

Apenas decir oí
«Señora Laura ha llegado»,
Cuando, soltando el arado,
Los dos bueyes desuncí,
Y las coyundas revueltas,
Al prado los envié;
Huélgense bien, á la he,
Que llevan las frentes sueltas.
Seas mil veces, señora,
Bien venida á nuestra aldea,
Aunque me pesa que sea
Por esta ocasión ahora.
Téngale Dios á señor
En buen poso, que en verdad
Que sentí su soledad
Con tanta huerza de amor,
Que en tres días no comí
Sino carne, fruta y pan,
Y que el vino que nos dan,
Puramente lo bebí,
Respeto de que servía
De agua el llanto de los ojos;
Mas cesen ya los enojos
Y amanezca el claro día,
Pues vos venís al aldea;
Y en efeto, guárdeos Dios,
Que no hay pena que con vos
Gloria y contento no sea.
Por el camino miré
Que los árboles tenían
Nuevas hojas, que vestían
Desde la copa hasta el pie.
Á la risa del cristal
Del agua de algunas fuentes,
Volví el rostro, y entre dientes,
«Laura, Laura celestial»,
Oi que al correr decían
Por las arenas suaves,
Y que, cantando las aves,
«Bien venida», respondían.
Las flores que el cielo ataba
En cerdas blancas y rojas,
Se asomaban por sus hojas
Para ver si las pisaban.
Retozaban los corderos,
Y tras mí venir querían;
¡Pardiez, todos me decían
Estos dichosos agüeros!
Tórnote á besar las manos
Y los pies; y aun si me dieras
Licencia.....

FENISA.

No quieras (1)
Hacer como los villanos;
Conténtate con los pies.

TIRSO.

Debes, Fenisa, de estar
Celosa de oirme hablar;
Pues yo te hablaré después,
Y serás tan bien venida
En buen hora á nuesa aldea.

FENISA.

¿No se ve que me desea
Tirso?

TIRSO.

Sí ve, por tu vida;
Que á solas te contaré
Los quillotros que he pasado
Después que no has estampado

(1) Verso corto.

En estos prados el pie.
No se ha visto una sartén,
Cuando de sacarle acaban
Los torreznos, que chillaban,
Con más silencio y desdén;
No se ha visto una espetera
Quedar más escura toda
El día que sirve á boda
Y andan los platos afuera,
Como yo me vi sin ti.
Ni una caldera se vió
Mas enlutada que yo
Desde que aquí no te vi.

FENISA.

¿Piensas tú que yo no sé
Que quieres bien á Sirena?

TIRSO.

Si algún tiempo me dió pena,
Fué cuando no te miré.
Mas ya no la puedo ver,
Aunque se muera por mí,
Porque después que te vi
Estoy dado á Locifer.

Sale Sirena, labradora.

SIRENA.

Dame mil veces, señora,
Esos pies.

LAURA.

¡Oh, mi Sirena!
¿Estás buena?

SIRENA.

Estaré buena,
Y alegre, viéndote ahora.
Tenga Dios á mi señor,
Harto le habemos llorado;
Buena viuda has quedado,
No se parece el dolor;
Mas con el gusto de verte
Se me olvida de decirte
Que puedes apercebirte,
Aunque sé que has de ofenderte,
Á recebir al Marqués:
Perdona, y á punto ponte,
Porque á cazar á este monte
Vinieron él y otros tres.
Supo que estabas aquí,
Y el pésame quiere darte.

LAURA.

Disgusto me has dado en parte.

SIRENA.

¿Es porque te coge ansí?
Anda, que muy bien estás,
Que es propio traje de aldea.

LAURA.

No es razón que el Marqués crea
Que esto no lo siento más.
¿Podré tomar un monjil?

SIRENA.

No es posible, que entra ya.

Salen el Marqués, y Fabio y Tancredo, sus criados.

MARQUÉS.

Qué, ¿Laura en su hacienda está?

FABIO.

Aquí está.

MARQUÉS.

¡Oh, Laura gentil!

LAURA.

Corrida estoy que me vea
Vueseñoría en tal traje.

MARQUÉS.

No hace al dolor el traje,
Ni al amor, cuando amor sea;
Que vos sois recién llegada,
Y ésta es aldea.

LAURA.

Ya no;
Pues Vueseñoría llegó,
Ya está en corte transformada.

MARQUÉS.

Mucho, señora, me honrastes:
Por eso, Laura, sospecho
Que estaba primero hecho,
Pues vos primero llegastes.
De Ferrara vine aquí
Á entretenerme cazando;
Que anda una garza volando,
Y remontada de mí.
Querría probar un lance;
No sé si saldré con él,
Porque ha sido tan cruel,
Que no hay halcón que la alcance.
Supe que hoy á vuestra hacienda
Llegastes, y por vecino,
No porque así de camino
Serviros menos entienda,
El pésame quiero daros;
El luto me perdonad,
Que, á ser esto en la ciudad,
No entrara sin él á hablaros.
Mucho me ha consolado
El veros sin él también,
Así porque no me den
Culpa de haberos hablado
En el traje que he venido,
Como porque me consuela
Ver que ya menos os duela
Vuestro difunto marido.
Téngale Dios en su gloria,
Que, cierto, fué un caballero
De grandes partes; no quiero
Traérosle á la memoria,
Sino que me deis licencia
Para que desde el castillo
Os regale, con sencillo
Pecho, mientras esta ausencia
Os desacomoda aquí
Del regalo de Ferrara;
Vecino soy, cosa es clara
Que debéis honrarme ansí.

Al Alcaide avisaré
Que den á vuestros criados
Puerta franca, y mis estados,
Yo mismo á esos pies pondré;
Que me debo mucho honrar
De vecina como vos.

LAURA.

Respondo que os guarde Dios,
Que apenas acierto á hablar;
Y, pues que sois mi señor,
¿Para qué os hacéis vecino?
Vasalla soy, y me inclino
Á esos pies.

MARQUÉS.

Tanto favor,
Tanta humildad..... Detenéos.

LAURA.

Eso os debo.

MARQUÉS.

Hacéisme agravio.
Desvía esa gente, Fabio.

FABIO.

No descubras tus deseos.
Habla á Fenisa.

MARQUÉS.

Bien dices.
Fenisa.....

FENISA.

Señor.....

MARQUÉS.

Advierte
(Ya tú sabes de la suerte
Que mi tierno amor te avisa)
Que quiero (1) á Laura.

FENISA.

Ya sé
Toda la historia, y sin duda,
Que está tierna la viuda.

MARQUÉS.

¿Por tu vida?

FENISA.

Y por mi fe.

MARQUÉS.

Luego ¿bien te atreverás
Á decirle que la quiero
Ver esta noche?

FENISA.

Y espero
Que ella lo agradezca más.
Espérame aquí un instante.

MARQUÉS.

Guíe tus pasos amor.

FENISA.

Laura, el Marqués mi señor,
Ese tu inmortal amante,
Esta noche quiere verte.

LAURA.

¿Cómo?

(1) *Que* yo *quiero*, dice la Parte 6.ª, pero sobra el *yo* para el verso.

FENISA.

Bien has preguntado;
Vuelvo á entender el recado.

LAURA.

Yo aguardo para entenderte.

MARQUÉS.

¿Tan presto vuelves, Fenisa?

FENISA.

Dije que verla querías
Esta noche, por mil días
Que amor de tu fe la avisa,
Y quiere de ti saber
Que cómo verla pretendes.

MARQUÉS.

¿Cómo? Pues ¿tú no lo entiendes?

FENISA.

Ella lo quiere entender;
Que, cuanto á mí, bien sé yo,
Por muy tonta que nací,
Que la verás, y ella á ti,
De la manera que vió
Mi padre á mi madre el día
Que á nueve meses de aquél
Nació mi hermano Miguel.

MARQUÉS.

Pues dile que eso querría.

FENISA.

Decláralo un poco más.

MARQUÉS.

Verla en mis brazos.

FENISA.

Ansí.
Luego ¿ella ha de estar allí?

MARQUÉS.

Eso mismo le dirás.

FENISA.

Ello no es con mal deseo,
Ni fuerza le habéis de hacer.

MARQUÉS.

Sólo la quiero ofrecer
Los ojos con que la veo.

FENISA.

Cierto que es gran devoción;
¿Hacéisla Santa Lucía?

MARQUÉS.

Tras los ojos, la querría
Ofrecer el corazón.

FENISA.

Eso no es tan santo ya:
Aguárdame un poco aquí.

LAURA.

¿Le hablaste?

FENISA.

Señora, sí,
Y todo entendido está.

LAURA.

¿Cómo?

FENISA.

Que te quiere ver
Como tu esposo te vía.

LAURA.
Ése conmigo dormía.
FENISA.
Eso debe de querer.
LAURA.
¡Ay, Fenisa, fuerte caso!
FENISA.
Antes tierno por extremo.
¿Qué temes?
LAURA.
Mi honra temo,
Y que este es el primer paso.
FENISA.
Bien dices, que por un punto
Toda una media se va;
Mas ya, ¿qué se le dará
De honras del mundo al difunto?
Estos lazos, desatados
Quedan cuando uno se muere;
Si le quieres, y él te quiere,
Dan fin á tantos cuidados;
Que si le pareces bien,
Hacerte ha luego Marquesa
De Ferrara.
LAURA.
No me pesa
De mi pasado desdén;
Que viendo que honrada fuí
Cuando marido tenía,
Me ha de estimar, si algún día
Quisiere honrarme de sí.
Parte, y di que, por mi honor,
Finja que vuelve á Ferrara,
Que la noche es algo clara,
Aunque el frío es con rigor;
Y que vuelva, que á las diez
Hallará franca la puerta
Y la del alma.
FENISA.
Concierta
Amor el bien de una vez.
Yo voy, y diré que luego
Se vaya, por esta gente.
LAURA.
Bien harás.
FENISA.
¡Qué impertinente,
Qué necia, qué honor tan ciego!
Por cierto, Vueseñoría
Hace mal en querer bien
A este insufrible desdén.
MARQUÉS.
¿Qué es esto, Fenisa mía?
FENISA.
¿Que responde que no quiere?
MARQUÉS.
¡Muerto soy!
FENISA.
Mal la conoces.
MARQUÉS.
¡Ay, cruel mujer!
FENISA.
No des voces,
Que Laura por ti se muere;
Dice que finjas volver
Á Ferrara, por la gente
De caza, pues brevemente
La puedes volver á ver;
Que las noches claras son,
Aunque hay un poco de hielo.
MARQUÉS.
¡Salió el sol, abrióse el cielo!
Estos cien doblones son
No más de albricias ahora;
La paga espera después.
FENISA.
Pues adiós, señor Marqués.
MARQUÉS.
Di, Fenisa, á tu señora,
Que aquí tengo de cenar.
FENISA.
Ya sé, que ha de ser posada,
Cama, pesebre y cebada.
MARQUÉS.
Ahora bien, quiérola hablar.
Laura, por no hallarme bueno,
Quiero volverme á Ferrara.
¿Qué mandas?
LAURA.
Que, pues ampara,
De tantas virtudes lleno,
Vueseñoría, señor,
Sus vasallos tanto, acuda
Á aquesta pobre viuda,
Pues que lo debe á mi amor.
MARQUÉS.
Yo os juro que en mí tengáis
El marido que os faltó.
Fabio.....
FABIO.
Señor.....
MARQUÉS.
Porque yo
Vuelva, quiero que finjáis
Que damos vuelta á Ferrara.
FABIO.
¡Bueno vas!
MARQUÉS.
Contento voy.
FABIO.
Leyendo el suceso estoy
En las letras de tu cara.

Vanse el Marqués y criados.

LAURA.
¿Qué os parece del Marqués?
SIRENA.
Que es un ángel en su trato.
TIRSO.
Es de su padre un retrato.
SIRENA.
¿Cuál retrato? Él mismo es.

TIRSO.

¡Pardiez, que mucho me pesa
Que no se quedase aquí!
¡Oh, cuál eras, voto á mí!....

LAURA.

¿Para qué?

TIRSO.

Para marquesa.

LAURA.

¿No ves que soy desigual?

TIRSO.

Por eso igualar procura
Su calidad tu hermosura.

FENISA.

Á fe que no dices mal.

LAURA.

¿Hay en casa algún regalo,
Sirena?

SIRENA.

Pollos habrá,
Y un capón que no estará,
Aunque hoy le cenases, malo;
Tórtolas tengo cebadas,
Que asadas matan la lumbre;
No me diera pesadumbre
(Y perdona, si te enfada)
Que aquí cenara el Marqués.

LAURA.

¡Jesús! ¿En cas de víudas?

SIRENA.

¿Es mal hecho?

LAURA.

¿Eso dudas,
Y estándolo yo de un mes?
Huéspedes tendré mañana
Que son deudos de mi esposo.
Tirso.....

TIRSO.

Señora.....

LAURA.

Es forzoso,
Aunque está de nieve cana
La tierra, que luego vayas,
Y antes del amanecer
Me traigas, pues no ha de haber
Las guardas en atalayas,
Cuatro ó seis conejos antes
Que amanezca.

TIRSO.

Nieve y hielo
Tienen encogido el suelo;
Pero si son importantes,
Aunque amanezca escarchado
Como un árbol, no vendré
Sin ellos.

LAURA.

Yo te daré
Para un capote aforrado.

Vase Tirso.

FENISA.

Ya es ido.

LAURA.

Pues á Sirena
Bien se le puede fiar:
El Marqués ha de cenar
Conmigo.

SIRENA.

Yo haré una cena
Que todos los cocineros
La puedan venir á ver.

LAURA.

Con gran secreto ha de ser.

SIRENA.

Ya entiendo.

LAURA.

¡Ah, tiempos ligeros,
Qué mudanza hacéis en mí
De desdenes semejantes!

FENISA.

Pues, señora, no te espantes,
Que á muchos sucede así.

Vanse.

Salen, de camino, Otavio, galán, y Estacio, su criado; Lidonio, Trebacio y Doristo, salteadores, con escopetas.

OTAVIO.

La buena conversación
Hace olvidar el camino.

DORISTO.

Bien Apuleyo divino
Lo dijo en cierta ocasión,
Porque oyendo al compañero
Ciertos cuentos de unas viejas,
Como iba á pie, en sus consejas
Dijo que iba caballero.
Diga Lidonio otro cuento,
Con que se llegue al lugar.

OTAVIO.

Bien se puede adelantar
Estacio.

ESTACIO.

Iré con el viento
Á prevenir la comida.

OTAVIO.

Prevén para todos ya;
Que bien convidar podrá
La voluntad ofrecida.

TREBACIO.

Afición os he cobrado.

LIDONIO.

Si queréis darme atención,
Irá el cuento

DORISTO.

Y es razón,
Pues que silencio os han dado.

LIDONIO.

Yendo á Roma á cierto pleito
Que aun ahora está indeciso,
Mirando sus templos altos,

Pirámides y obeliscos,
Vi cierta mujer, señores,
De tanto donaire y brío,
Que pudo llevar mi alma,
Aunque fué mi basilisco.
Seguíla, supe su casa,
Cuya calle, puesto en limpio,
Midieron mis pies dos meses,
Y los ojos su edificio.
Tuve medios para hablalla,
Fingiéndome su vecino,
Con una vieja su amiga,
Á imitación de Calisto.
Ésta, con rosario largo
Y el cuerpo flaco vestido
De un reverendo monjil
Y blancas tocas de lino,
Aunque era urraca en el cuerpo,
Y aunque era en el rostro jimio,
Negoció su voluntad,
Porque era tal su artificio,
Que hiciera cuajar la mar
Y volver atrás los ríos,
Aunque en público trataba
De disciplina y cilicio.
Vímonos yo y la casada,
Y de manera nos vimos,
Que en seis meses que allí estuve
No acabamos de ser vistos.
Con esto vine á tener
Tales celos del marido,
Que imaginarle á su lado
Era quitarme el jüicio.
Estábamos una tarde
En dos sillas divertidos,
Cuando él llegó, y á la puerta
Se puso encubierto á oirnos.
Yo comencé, muy celoso,
Á decir: «Por Dios bendito,
Que no sé cómo sufrís
Este forzoso enemigo!
Otros maridos se ven,
Con ser discretos y lindos,
De muchas mujeres feas
En extremo aborrecidos,
Y vos queréis una bestia
Más que la del laberinto,
Que es medio toro y medio hombre,
Y es un camello vestido.
Es tan feo como necio,
Y tan necio que ha venido (1),
Á su mesma necedad
Igualándose á sí mismo.»
Él abrió la puerta entonces,
Y sin alterarse dijo:
«Hombre, trata tus negocios,
No te metas en los míos.»
Quedéme helado, y sacando
La espada, al umbral camino
Para defenderme dél;
Mas cuando la puerta miro,
Veo que el hombre se iba,
Sólo con haberme dicho
Que dejase sus negocios
Y que tratase los míos.

OTAVIO.

¡Vive Dios que es extremado
El cuento, y que era discreto
El hombre!

LIDONIO.

Fuése en efeto,
Y dejóme escarmentado,
Porque nunca más volví.
Diga Doristeo su cuento.

DORISTEO.

¿Tócame?

LIDONIO.

Sí.

DORISTEO.

Estáme atento,
Que comienzo y digo ansí:
Un cierto napolitano
Casó, para su desgracia,
Con una dama traviesa
Que era de casta de cabras.
Martirizábase toda
Con mudas, aceites y aguas,
Y por momentos tenía
Todo el Gran Turco en la cara.
Calzábase cuidadosa,
Que aunque es limpieza en las damas,
La honra, que todo es puntos,
Nunca mira en los que calza.
Gastaba el pobre señor
La hacienda en costosas galas,
Y hacíale porquerizo
De un coche en que siempre andaba.
Deste afeite y deste coche,
Destas galas y otras causas,
Nació el seguirla el marido,
Nació entender su desgracia.
Y como todos no sean
Inclinados á las armas,
Y esto de sangre en la honra
Hace mayores las causas,
Fuése á quejar á su suegro,
Y con honestas palabras,
De su deshonesta hija
Le dijo por consolarla:
«Hijo, dejalda unos días,
Que es en efecto muchacha;
Andando el tiempo, creed
Que volverá por su fama;
Que lo mismo pasé yo
Con su madre, que Dios haya;
Mas llegada á la vejez,
Os juro que fué una santa,
Y ansí, espero que la imite
Cuando llegue á tener canas.»

(1) Parece que debe leerse *vencido* y no *venido*.

OTAVIO.

¡Gentil consuelo le dió!
¡Oh, con qué gusto se pasa
El camino en estos cuentos!
Otro, por mi vida, vaya.

LIDONIO.

¿Es tiempo?

TREBACIO.

Sí.

DORISTO.

¡Muera! (1).

OTAVIO.

¿Qué es aquesto? ¡Cosa extraña!
¿Quién ha de morir, señores?
¿Á quién las pistolas calan?

LIDONIO.

Saque luego lo que lleva;
Que los tres que le acompañan
No son mercaderes.

OTAVIO.

¿No?
Pues ¿quién?

LIDONIO.

Gente de la hampa.
Caminando como ha visto,
Nos fingimos gente honrada
Hasta ver nuestra ocasión:
Rinda la espada y la capa.

OTAVIO.

La vida os quiero pedir,
Por lo que le toca al alma;
Por lo demás, todo es vuestro,
La capa es ésta y la espada.

DORISTO.

Quite la ropilla luego.

OTAVIO.

Quisiera, para quitarla,
Fueran los botones de oro.

DORISTO.

La cortesía le valga
Para que el jubón le quede
Y lo que es botas y calzas;
Que el calzón se ha de quitar.

OTAVIO.

Tomad el oro y la plata
Que llevo en las faltriqueras.

TREBACIO.

Digo que no quiero nada,
Sino sólo los calzones.

OTAVIO.

¿Hay semejante desgracia?
Ya, señores, me los quito.

TREBACIO.

Gente viene; allí le aparta.

LIDONIO.

Saquémosle del camino.

OTAVIO.

La vida sólo os encarga
La voluntad que os tenía.

(1) Falta otro *muera* para completar el verso.

DORISTO.

Vaya sin hablar palabra.

Vanse.

Salen el Marqués, de noche, y Fabio.

MARQUÉS.

Tardado habemos.

FABIO.

Discreción ha sido
Para que de ninguno seas notado (1),
Que eres aquí de todos conocido.

MARQUÉS.

Ya la noche, su manto arrebozado,
Pasea aquellas ninfas que en estrellas
Mudó el trágico fin de amor airado;
Ya la pálida luna va con ellas
Á esconderse, por ser tan nueva ahora;
Ansí fueran también sus luces bellas.
Paréceme que pasa de la hora
Del concierto de Laura. Mas ¡ay cielo!
¡Que te he de hablar, dulcísima señora!

FABIO.

Llama, señor, porque penetra el hielo.
¿No ves que las estrellas centellean
Y se convierte en pura escarcha el suelo?

MARQUÉS.

Recorre estas esquinas, no nos vean.

Sale Tancredo.

TANCREDO.

¡Oh, si pudiese ya ser tan dichoso
Que alcanzase al Marqués antes del sueño!

FABIO.

¿Quién va?

TANCREDO.

¿Quién lo pregunta?

FABIO.

Quien no quiere
Que pase nadie desta esquina.

TANCREDO.

Puedo
Pasar, y pasaré, Fabio.

FABIO.

¡Tancredo!

MARQUÉS.

¿Quién dices que es?

FABIO.

Tancredo.

MARQUÉS.

¿Qué es aquesto? (2).
¿Cómo vienes así?

TANCREDO.

Señor, ¿tú eres?

MARQUÉS.

Yo soy, que vengo á lo que sabes.

TANCREDO.

Creo

(1) Falta una sílaba.
(2) *Esto* en la Parte 6.ª, pero el verso exige *aquesto*.

Que el cielo ha permitido que te halle.

MARQUÉS.

¿Qué es lo que dices?

TANCREDO.

Que caballos tomes
Y vuelvas á Ferrara, donde ahora
Ha descubierto Lidonio con sus armas
Un escuadrón de gente conjurada
Contra tu vida, que nos guarde el cielo.
De no partir, á gran peligro pones
Tu autoridad, tu casa y el remedio
Que dará tu presencia.

MARQUÉS.

¡Extraño caso!
Quédate, Fabio, y di que no me esperen,
Y camina tras mí.

FABIO.

Luego te sigo.

MARQUÉS.

Yo les daré de su maldad castigo.

Vanse el Marqués y Tancredo, y queda Fabio; llama, y salen Laura y Fenisa.

FABIO.

¡Ha de casa!

LAURA.

¿Quién es?

FABIO.

Fabio, señora.

LAURA.

Pues ¿cómo, Fabio, desa suerte llegas?

FABIO.

No es posible, señora, detenerme;
El Marqués, mi señor, vuelve á Ferrara
Porque le va no menos que la vida;
Dice que le perdones y te acuestes.
Cena y acuéstate, Laura, y adiós.

Vase Fabio.

FENISA.

¡Bueno!

LAURA.

Quedado nos habemos al sereno.
Cena, acuéstate, Laura. ¡Extraño caso!
¿Término es éste de hombre que ha nacido
Con sus obligaciones?

FENISA.

¿Por ventura
Le dió algún mal tan de repente y grave,
Que le obligó á perder, como lo creo,
Esta ocasión?

LAURA.

Pues tenlo por sin duda;
Que quien la pierde, tarde y mal la cobra.
Vierte ese baño, y sus olores y aguas,
Quita esa mesa, ven á desnudarme;
Que estoy corrida, y aun estoy de suerte,
Que quisiera matarme.

FENISA.

Razón tienes
De estar triste, mas no desesperada.

Sale Sirena.

SIRENA.

¿Vino el Marqués?

FENISA.

Mas ya el Marqués se ha ido.

SIRENA.

Pues ¿cómo, ó de qué suerte?

LAURA.

Son señores;
Mueren hasta tener lo que desean,
Y desprécianlo luego que lo tienen:
Bien hayan las que quieren sus iguales,
Y aun las que quieren hombres tan humildes,
Que les estén sujetos como esclavos,
Y que siempre las miren como indignos.

SIRENA.

Por la cena me pesa, y por el baño,
Y porque ya pensé que algún parlero
De aquellos de palacio me cupiera,
Para tener un rato á lo discreto:
¡Valga el diablo al Marqués y su linaje!
¿Para eso estoy yo llena de humo,
Y Tirso por los montes vuelto nieve?

LAURA.

¡Qué mal paga el Marqués lo que me debe!

Dice Otavio dentro:

OTAVIO.

¡Mísero de mí! ¿Qué haré?
Y con noche tan helada,
Que ni puedo hallar posada,
Ni quien albergue me dé.
Sin duda que en este suelo
Me hallará difunto el día.

LAURA.

¿Quién llora?

SIRENA.

¡Ay, señora mía!
Algún hombre que está al hielo.

LAURA.

¡Con qué lástima se queja!

FENISA.

Diente con diente está dando.

LAURA.

No sé qué estaba pensando.....
Pero no, morir le deja.
Basta ser hombre no más;
Ya los aborrezco.

OTAVIO.

¡Ay, cielo,
Templa el rigor de tu hielo,
Pues que tan airado estás!
Mira que la ira es fuego,
Y tú estás airado y frío.

LAURA.

Á resistirme porfío,
Y piedad me rinde luego.
Sal, por tu vida, con lumbre,

Y mira quién es.

FENISA.

Ya voy.

Vase Fenisa.

SIRENA.

Lástima me ha dado.

LAURA.

Estoy,
Sirena, con pesadumbre;
Que si no, yo le acogiera
Y esta noche le amparara.

Vuelve Fenisa.

FENISA.

Bien dice esa buena cara
Que eres noble, amigo; espera.
¡Ay, señora, qué dolor!
Un caballero robado
Á nuestra puerta ha llegado.

LAURA.

¿Es robado ó robador?

FENISA.

No, por tu vida, que en él
Se conoce la verdad;
Caminaba á la ciudad,
Y cierta escuadra cruel
En camisa le ha dejado.

LAURA.

Algún pícaro será,
Que, porque desnudo está,
Fingirá que le han robado.

FENISA.

Si lo fuera, no tuviera
La camisa tan costosa,
Tan delgada y olorosa,
Ni tan delicada fuera.

LAURA.

¿Que buena camisa tiene?

FENISA.

Beber se puede la holanda.

LAURA.

Alguno á engañarnos anda;
Cerrar las puertas conviene.

FENISA.

¡Ay, señora, que le vi
Las lágrimas en la cara!

LAURA.

Métele en casa, y repara
Que no pase por aquí.

FENISA.

Por allá le meteré
En la cocina, señora.

LAURA.

Espera, y podrás ahora,
Ya que las flores gasté,
Y los olores que sabes,
Bañar á ese gentilhombre.

FENISA.

Bien puedes dalle ese nombre.

Vase Fenisa.

LAURA.

No suenes mucho las llaves.

SIRENA.

¿Quién nos dijera que el baño
Curioso para el Marqués,
Viniera á lavar los pies
De un caminante picaño?
¡Á fe que se emplea bien!

LAURA.

Ya por lo menos se emplea;
Sea este triste el que sea,
Este regalo le den;
Que ansí suele la fortuna
Anochecer piadosa,
Si amanece rigurosa.

SIRENA.

No es tan mudable la luna.

LAURA.

No pensábamos tener
Hombre aquesta noche en casa.

Vuelve á salir Fenisa.

FENISA.

Amargamente lo pasa;
Ya trueca el llanto en placer.

LAURA.

Pues Fenisa, ¿qué hay del hombre?

FENISA.

Saquéle presto del baño
Porque no le hiciera daño.

LAURA.

¿Qué talle?

FENISA.

Es muy gentilhombre;
En una sábana queda
Envuelto.

LAURA.

¿Qué haremos dél?

FENISA.

Vestirle y hablar con él.

LAURA.

¿Vestirle? ¿De qué?

FENISA.

De seda;
Que de tu esposo hay aquí
En un cofre dos vestidos.

LAURA.

¿Has perdido los sentidos?

FENISA.

¿No es esto limosna?

LAURA.

Sí.

FENISA.

Pues hagámosle este bien;
Que él lo pagará algún día.

LAURA.

Corre, vístele.

FENISA.

Á fe mía,
Que el hombre es hombre de bien.

Vase Fenisa.

SIRENA.

Paréceme que es error
Vestirle, pues acostarle,
Arroparle y calentarle,
Fuera, señora, mejor.
¿Hay hombre más venturoso?

LAURA.

Mejor, vestido estará,
Que quiero hablarle.

SIRENA.

Y será
Darle de cenar forzoso.

LAURA.

Si él es hombre bien nacido,
Á mi mesa le pondré.

SIRENA.

Eso le falta, á la he,
Que es bien ganarse un perdido.
¡Miren por donde se mete!
Hombre que no sé quién es,
Á la cena del Marqués!

LAURA.

La ocasión es alcahuete
Que suele hacer en un hora
Más que pueden en mil días
Diligencias y porfías.

Sale Fenisa.

FENISA.

Ya está vestido, señora.

LAURA.

¿Tan presto?

FENISA.

Ha echado de ver
Que es para darle á cenar.

LAURA.

¿Qué te atreves á juzgar?

FENISA.

No más de que soy mujer.

LAURA.

Del hombre trato.

FENISA.

Eso digo
Porque tan galán le vi,
Que como él me quiera á mí
Está acabado conmigo.
Y cree que pueden dalle
Tal nombre, y le ha merecido
Quien con ajeno vestido
Tiene tan gallardo talle.

LAURA.

Deseos me das, Fenisa,
De verle.

FENISA.

Yo voy por él.

Vase Fenisa.

LAURA.

¡Cruel fué el Marqués!

SIRENA.

¡Cruel!
Todo su amor era risa.

LAURA.

Sólo quiso despertarme
El deseo que me deja.

Salen Fenisa y Otavio, muy galán.

OTAVIO.

Si ha sido justa mi queja,
Ya no es posible quejarme.
Bien haya aquella fortuna
Que me desnudó y robó,
Supuesto que me dejó
Sin esperanza ninguna;
Pues si no me desnudara,
No me vistiera el placer,
Laura, de venir á ver
El sol desa hermosa cara.
Ansí me ha dicho esa dama
Que os llamáis, y así era bien
Que mis trabajos estén
Seguros con vuestra rama;
Que si preserva el laurel
De rayos con más piedad,
Hoy los de mi tempestad
No me ofenderán con él.
Dadme, os suplico, señora,
Esos pies; que aun no sabía
Que á tal imagen venía
Desde mi tormento ahora.
Mas ¿quién, si no esa hermosura,
Me diera tanto consuelo,
Porque conozca que el cielo
Me trujo á su lumbre pura?

LAURA.

Alzá, os suplico, señor;
Que si tuve antes de veros
Dolor, ya de conoceros
Le tengo mucho mayor,
Que obliga vuestra persona
Á más piedad que encarezco;
Y así, esta casa os ofrezco,
Que la voluntad abona.
Por ser pobre, y desta aldea.
Mal empleada fué en vos
Esta desgracia por Dios.

OTAVIO.

Antes le ruego que vea
Tales desgracias por mí
Siempre que caminos haga.

LAURA.

No es necio. (Aparte.)

OTAVIO.

Pues que las paga,
Bella Laura, luego ansí,
Hoy su jornalero he sido,
Que el día que he trabajado
Á la noche me ha pagado.

LAURA.

Él parece bien nacido.

¡Qué bien habla!

FENISA.

Por extremo.

LAURA.

¡Qué bien criado y cortés!

FENISA.

No lo fué tanto el Marqués.

LAURA.

¡Por mi vida, que me temo.....

FENISA.

Aquella imaginación
Del esperado contento,
Te pone en el pensamiento
Remedios de tu pasión;
Disponte á lo que quisieres,
Libre estás, tu esclava soy.

OTAVIO.

¡Ay, cielos! ¿Adónde estoy?

LAURA.

Parece que las mujeres
Estamos más obligadas
En este estado, Fenisa.

FENISA.

Mil cosas parecen risa,
Y están bien imaginadas.
¿Qué piensas que á una mujer
Quita la fama y honor?

LAURA.

Rendirse á un hombre.

FENISA.

Es error.

LAURA.

Pues ¿qué?

FENISA.

Dilatar el placer (1).

LAURA.

Antes es honra.

FENISA.

No es,
Pues nace de dilatalle,
Que el galán pasee la calle
Una semana ó un mes;
Y si es, por ventura, un año,
Ya toda la vecindad
Murmura su liviandad
Primero que venga el daño.
La mujer que brevemente
A su amor se determina,
No lo siente la vecina,
Ni lo murmura el pariente.
No hay discreción, como luego
Que se determina el mal,
Ejecutalle.

OTAVIO.

¡Qué igual
Ingenio y rostro! ¿Estoy ciego?
¡Para mi mal vine aquí!
Ya mi frío y desnudez
Tomara, amor es jüez,
Mejor que morir ansí.

LAURA.

¿Qué calidad es la vuestra?

OTAVIO.

Caballero soy, señora;
Mas ¿qué os diré, si ello ahora
Por sí mismo no lo muestra?

LAURA.

Mas paréceme locura
Deteneros en hablar,
Si dejaros descansar
Es cortesía y cordura.
¿Cómo es vuestro nombre?

OTAVIO.

Otavio.

LAURA.

Vamos, cenarás conmigo.

OTAVIO.

Bésoos los pies. ¡Cielo amigo,
De vuestra piedad me agravio!
Muriera en el campo al hielo,
Y no de un sol abrasado,
Pues era mejor helado,
Que entre mil rayos del cielo.

FENISA.

¿Contigo cena?

LAURA.

¡Qué quieres!
¿Cómo lo puedo excusar?
No hay tal puerta como entrar
Por piedad á las mujeres.

FENISA.

Según eso, es tu intención
Que á dormir también se quede.

LAURA.

No sé, ¡por Dios! Mucho puede
El llegar en ocasión.

ACTO SEGUNDO.

Salen el Marqués, Fabio y Tancredo, sus criados, y sacan preso á Federico.

MARQUÉS.

No es esta la virtud que prometía,
Federico, tu noble casamiento,
Que en luz con las estrellas competía;
No es digno de tus obras este intento.
Quisiste en la inocente sangre mía
Manchar tu mano, y fué tu pensamiento,
Porque á no estar ausente de Ferrara,
La vida que me debe me quitara.
Bien pagas, Federico, la crianza
Que debes á mi casa justamente:
Puse en tus esperanzas mi esperanza,
¡Que mal se juzga el alma por la frente!
Pero, pues te engañó la confianza

(1) Verso largo. Quedará bien, suprimiendo el *pues*.

De la soberbia de tu sangre ardiente,
Yo haré sacarla donde quede fría,
Porque se temple la alterada mía.

FEDERICO.

No la codicia de mi corta vida,
De loca mocedad aconsejada,
Me obliga humilde á que piedad te pida,
Con los ejemplos de la edad pasada.
Mirando mi delito de homicida
Al espejo del filo de tu espada,
Quisiera anticiparme al golpe duro;
Mas la grandeza de tu amor procuro.
Por ella solamente te suplico,
Príncipe heroico, adviertas mis engaños;
Que por piedad, de mil laureles rico
Quedarás entre propios y entre extraños.

MARQUÉS.

Grandes son tus maldades, Federico;
Mas reducidas á tus pocos años
Y á los malos consejos que te han dado,
Á tu perdón me tienen obligado.
No morirás, mas tu prisión no puedo
Excusar por agora.

FEDERICO.

El cielo santo,
Á quien en deuda de la enmienda quedo,
Te pague, excelso Príncipe, bien tanto.

MARQUÉS.

Á la torre del Águila, Tancredo,
Á Federico lleva.

FEDERICO.

Dios te guarde;
Yo llegué presto, y mi fortuna tarde.

Lleva Tancredo á Federico preso.

MARQUÉS.

¡Oh, cuánto, Fabio, le debo
Á Laura en esta ocasión!
Será humilde galardón
Si toda el alma le llevo.
Porque á no darme licencia
Que aquesta noche la hablara,
Con que hice de Ferrara
Esta venturosa ausencia,
Presumo que fuera muerto
Á manos de los traidores.

FABIO.

Hoy de los vanos amores
Se acredita el desconcierto;
De hoy más, á cualquier señor
Que algún enemigo tenga,
No dudo que le convenga
Tratar en cosas de amor.

MARQUÉS.

Mil ejemplos visto habemos
Del bien que de amor resulta.

FABIO.

De cuantos males oculta,
No es mucho que un bien saquemos.
Pintóle una vez un sabio
Á amor en forma de abeja.

MARQUÉS.

El jeroglífico deja
Confuso mi ingenio, Fabio.

FABIO.

Todas las obras de amor,
Hasta la menor palabra,
Es como la miel, que labra
De la esperanza ó la flor;
Pero cuando pica, es tal
El dolor, que hasta que pasa
El tiempo, la carne abrasa:
Mira si es amor igual.

Sale Tancredo.

TANCREDO.

Ya queda en la torre puesto.

MARQUÉS.

De Laura estamos tratando;
Que á veces, estando amando,
Resulta algún buen suceso.

TANCREDO.

Bien puedes decirlo ansí,
Pues el ir á ver á Laura
Tu vida y honor restaura.

MARQUÉS.

¿Volveremos?

TANCREDO.

Señor, sí.
Porque bien podrás llegar
Al punto de amanecer;
Que aquí ya no has de poder
Esta noche descansar.
Y cuando llegues de día,
Que vas á caza dirás,
Y en el castillo estarás.

FABIO.

La noche en extremo es fría;
Mejor será que sosiegues;
No se va Laura de allí;
Que si una vez dijo «sí»,
Lo dirá siempre que llegues.

MARQUÉS.

¡Ay, Fabio, cuántas mudanzas
Suele hacer un pensamiento,
Y qué presto lleva el viento
Las mejores esperanzas!
¡Qué tarde la suele hallar
El que pierde la ocasión,
Porque las mujeres son
De la condición del mar!
Gozar su bonanza quiero;
Que si aguardo su rigor,
Tarde gozará mi amor
Del bien que de Laura espero.
Haz que se aperciba un coche;
Que mejor de noche iré,
Pues siempre de amores fué
Secreta capa la noche.

FABIO.

Señor, todos los amantes

Tienen colérico humor.

MARQUÉS.

Siendo su centro el favor,
De que burle no te espantes.
Hiele el cielo, caiga escarcha;
Que en esta guerra amorosa,
Hasta la paz victoriosa
Por esos pasos se marcha.
No perdamos la ocasión,
Porque en un instante, Fabio,
Se trueca el gusto en agravio,
Y la lealtad en traición.

Vanse.

Salen Laura y Fenisa.

LAURA.

Ya que por mi mala suerte,
Que sin duda estrella ha sido,
Fenisa, la que ha podido
Ser en mi daño tan fuerte,
Vino este mancebo aquí,
Que ya de mi vida es dueño,
¿Qué puedo hacer?

FENISA.

¿Esto es sueño?

LAURA.

Mil veces pienso que sí,
Y que engañada no estás;
Que sueño debe de ser
Lo que pudo suceder
En una noche no más.

FENISA.

Cuéntame lo que ha pasado;
Que yo luego me dormí.

LAURA.

¿Deseas saberlo?

FENISA.

Sí.

LAURA.

Oye; pero ten cuidado.

FENISA.

Todos duermen, que aun el día
No está declarado bien.

LAURA.

¿Duerme Sirena?

FENISA.

También.

LAURA.

Pues oye, Fenisa mía.
Cenamos Otavio y yo,
Digo Otavio, el rayo fuerte
Que en la tempestad de anoche
Cayó en mi casa á encenderme,
De la manera que viste,
Con palabras tan corteses,
Con razones tan hidalgas,
Con donaires tan alegres,
Que hasta su talle y su rostro
Me cautivaron de suerte
Las tres potencias del alma,
Que con nosotras se mueven,
Que se entra por los oídos
De su lengua el fuego ardiente,
Y por los ojos bebía
De mi deshonra la nieve:
Tal pienso que estaba Elisa
Oyendo al troyano huésped
Las desventuras de Troya;
Que amor ansí engaña siempre.
Alzóse la mesa, y fuimos
Á una cuadra, donde en breve
Tú y yo le hicimos la cama,
Y le rogué que durmiese.
Fuíme, Fenisa, á la mía,
Desnudéme y acostéme;
Dejásteme ya sin luz;
No me dormí fácilmente,
Porque la imaginación
Todo el discurso me ofrece
Del Marqués y deste Otavio.
Recé un poco y persignéme;
Dormí, en fin, tras mil discursos;
Que las ocasiones suelen,
En soledades iguales,
Á mil cosas atreverse.
Soñé que estaba en un prado,
Á la margen de una fuente
Que sus cabellos de plata
Trocaba de cintas verdes,
Y que un mancebo gallardo,
De en medio de su corriente
Salía desnudo á asirme,
Y yo á intentar defenderme.
Desperté en esta contienda,
No sé cómo te lo cuente,
Y vide mi mano asida,
Y á Otavio diciendo: «¿Duermes?»
Respondí: «¡Válgame Dios!
Visión extraña, ¿quién eres?»
Y él me respondió: «¿Quién soy?
No te alborotes, detente;
No soy visión, ni tal pienses;
Tiéntame.» ¡Ay, triste! Tentéle,
Y vi que estaba en camisa.
Hablé recio y enfadéme.
«Salte, le dije, de aquí;
¿Qué atrevimiento es aquéste?»
«¡Ay! me respondió temblando,
Laura mía, no te alteres;
Amor me ha traído aquí.»
Respondíle entonces: «¡Mientes!
No ha dos horas que me viste;
Viciosamente me quieres.»
Replicóme: «El amor, dicen
Que con arco y flechas hiere;
Eso fué en el tiempo antiguo,
Cuando era simple la gente;
Mas después que se inventó
La pólvora, Laura, crece
El número que enamora,

Las almas con ella enciende.
Con arcabuz me tiró
Al punto que vine á verte:
¿Qué espacio tuve de hablarte,
Si me han muerto de repente?»
Reíme de aquel donaire,
Y él, como reir me viese,
Atrevióse hasta abrazarme;
Dí un grito, mas no muy fuerte.
Él, porque no diese más
Y á socorrerme vinieses,
Tapóme toda la boca,
Y así, me quejé entre dientes.

FENISA.

¿Con la mano?

LAURA.

¡Ay no, Fenisa!
Necia estás, que no lo entiendes.
Bebí entonces sus palabras,
Veneno pienso que tienen;
Allegóse en esto el alba,
Y díjele que se fuese,
Mas, como si piedra fuera,
Ó mi esposo llanamente,
Vitorioso, aunque rendido,
Seguro y contento duerme,
De haberme robado el alma,
Si con el honor se pierde.

FENISA.

Extraño suceso ha sido,
¿Quieres que entre á despertalle?

LAURA.

Que ya estuviera en la calle
Fuera mejor prevenido.

FENISA.

¿Por qué no le echaste luego?

LAURA.

Por detener el ladrón.
Que ha robado mi opinión,
Honra, paz, vida y sosiego;
Que mientras en casa está,
Aun pienso que tengo honor.

FENISA.

Á la fe, porque, en rigor,
Contento el verle te da.
Presto cobraste afición
Á un extraño; fácil eres.

LAURA.

Esto puede con mujeres
El llegar en ocasión.

FENISA.

Pues di, ¿qué habemos de hacer
Si no le habemos de echar?

LAURA.

Temo que se ha de alabar
Si libre se acierta á ver;
Que es natural de Ferrara,
Y por toda la ciudad
Se sabrá mi liviandad.

FENISA.

¿Ahora tu honor repara
En que se podrá saber?
¿Cómo anoche no lo vías?

LAURA.

Son diferentes los días,
Échase en ellos de ver.
Era de noche, y á obscuras.

FENISA.

Disculpado está tu honor,
Como solía un pintor
Hacer hermosas figuras,
É hijos feos tenía,
Porque decía que á obscuras
Los formaba, y las pinturas
Á la claridad del día.

LAURA.

Si aquéste se queda aquí
Por algún tiempo escondido,
¿No puede ser mi marido?

FENISA.

Pues ¿él habla en eso?

LAURA.

Sí.

FENISA.

¿Dice quién es?

LAURA.

Caballero
Dice que es.

FENISA.

Si lo decía
Cuando acostarse quería,
No te creas de ligero;
Que entonces hombre hallarás
Que te diga que es el Rey,
Y aun el Gran Turco.

LAURA.

La ley
De mi honor me obliga más.
Él se ha de quedar aquí
Mientras hago información
De quién és, y si es razón
Que me case, harélo ansí,
Con que queden remediados
Mi honra y mi libertad.

FENISA.

Mientras van á la ciudad
Vivirás con mil cuidados;
Mas quiero darte un buen medio.

LAURA.

¿Cómo?

FENISA.

Pues tienes pastores,
Cúbrele entre labradores
Del campo.

LAURA.

¡Gentil remedio!

FENISA.

¿Qué, malo? Ponle un gabán,
Y dirán que es labrador.

LAURA.

¿No habrá remedio mejor?
Pero, dime, ¿qué dirán

Los demás que no le han visto?

FENISA.

Harémosles entender
Que le acabaron de ver.

LAURA.

La risa apenas resisto.
Parte, y dile este concierto,
Y hazle vestir de villano.

FENISA.

Voy.

Vase Fenisa.

LAURA.

¡Ay, amor inhumano!
¡Ay, basilisco encubierto!
¡Oh, qué fingido tesoro
Estaba la estimación,
Y cómo tus gustos son
Arsénico envuelto en oro!

Sale Tirso con arcabuz y unas alforjas, y puesto un papahigo cerrado, y las manos metidas en el capote.

TIRSO.

¡Pesar de los convidados
Y de quien los trujo acá!
Cuando de una vara está
La nieve sobre los prados;
Cuando moscas blancas andan
Rellociendo como espejos,
Ir á caza de conejos
Toda la noche me manda.
¡Voto al sol, que vengo bueno!
Hecho instrumento los dientes
De mil sones diferentes,
Y el pecho de viento lleno.
Pues es verdad que habrá lumbre
Ni aun persona levantada;
Sirena estará acostada,
Como tiene de costumbre;
Fenisa, con su señora
Dormirá hasta mediodía;
Ved qué desgracia la mía,
No tengo de vida un hora.
¿Con qué tomaré calor?
Si la bodega estuviera
Abierta, yo no pidiera
Otra chimenea mejor.

LAURA.

Tirso.....

TIRSO.

¿Quién es?

LAURA.

¿No me ves?

TIRSO.

Vengo armado con tal frío.

LAURA.

¡Qué buen cazador envío!

TIRSO.

Apenas siento los pies.

¿Es la señora?

LAURA.

Sí soy.

¿Traes la caza?

TIRSO.

¿Era traza
De enviar un hombre á caza
De la manera que estoy?

LAURA.

Pues ¿qué ha sucedido allá?

TIRSO.

Por lo menos, no habrá sido
Lo que allá me ha socedido
Lo que ha socedido acá.

LAURA.

¡Ay, triste, si ha visto á Otavio!
Pues ¿qué hay acá?

TIRSO.

Lumbre, cama
Y cena; allá, nieve y rama;
Que, á no ser hombre tan sabio,
Me hubiera della colgado
Y hecho Jueves Santo el monte.

LAURA.

Pues alto: á la lumbre ponte;
Que ya se habrán levantado.
¡Mala noche habrás tenido!

TIRSO.

¡Mala la dé Dios, amén,
Á los convidados!

LAURA.

Ven;
Que lumbre habrán encendido.
¿Traes conejos?

TIRSO.

Ya fuí
Rodeando el encinar,
Para poderlos tirar,
Cuando la mañana vi.
Yo les dije que saliesen,
Que mi ama me enviaba;
De rodillas les rogaba
Que á la puerta se pusiesen.
Pero ninguno salió;
Sólo uno ¡oh mala pieza!
Sacó un poco la cabeza
Y aquesto me respondió:
«Majadero cazador,
Vuélvete, y di á tu ama
Que aun estamos en la cama,
Y que ese es mucho rigor.»
Yo le dije, desde lejos:
«Aunque hace frío, podéis
Levantaros, pues tenéis
Todos ropas de pellejos.»
«Las ropas de levantar,
Dijo, que el cielo nos dió,
Nos vienen cortas, y yo
No me quiero resfriar.»
Quise entonces sacodillo,
Y por más que porfié,

De atrevido no basté
Á levantar el gatillo.
Luego que ellos conocieron
Que se declaraba el día
Y que tirar no podía,
De los vivares salieron,
Y volviéndome las ancas,
Decían: «Hidalgos somos»,
Mostrando al fin de los lomos
Unas cedulillas blancas.
Desvergüenzas tan notorias
Me hicieron luego volver,
Porque debían de ser
Las cartas ejecutorias.

LAURA.

Tú has hecho linda jornada.

TIRSO.

Harto más linda la hiciera
Si en la cama me estuviera,
Envuelto en una frazada.
Téngame aqueste arcabuz;
Que me voy á calentar,
Que ya veo relumbrar
De la chimenea la luz.

Dale el arcabuz.

LAURA.

Ya le tengo.

TIRSO.

También tenga
Estas alforjas.

LAURA.

Camina;
Di á Silvia que á la cocina
Á darte de almorzar venga.

TIRSO.

¿No habrá de vino una gota?

LAURA.

Allá lo sabrás mejor.

TIRSO.

¡Oh, mal haya el cazador
Que anda en el campo sin bota!

Vase Tirso, y salen Fenisa y Otavio, con gabán de labrador.

FENISA.

Aquí viene Otavio ya
Con el traje que le ves.

OTAVIO.

Si anoche besé tus pies,
Más puesto en razón está,
Bella Laura, que hoy los bese;
Que no fué tanta piedad
Que en igual necesidad
Tu amparo me socorriese,
Como hoy haberme mandado
Que aquí me quede contigo,
Pues es amor buen testigo
Que mayor vida me has dado.
Ayer el cuerpo muriera
De hielo y frío no más;
Pero el alma, donde estás,
Hoy en tu ausencia perdiera.
Menos mal traje perdido
Y de ladrones robado,
Que de tu vista abrasado
Y de tu piedad vencido.
Agora fué menester
Tu amparo, que anoche no;
Que el frío pudiera yo
Con el calor defender.
Pero el fuego que me abrasa
No se templara, sospecho,
Sin la merced que me has hecho
De que me quede en tu casa.

LAURA.

¡Qué bien lo sabes decir!
¿Á quién no podrá engañar
Ese tu compuesto hablar
Y ese amoroso fingir?
Esa natural blancura
Que el cielo puso en tus labios,
Fué de engañar hombres sabios
Y de experiencia y cordura;
Que no es mucho una mujer
Simple, como estaba yo.

OTAVIO.

Ya Fenisa me contó
Lo que me mandas hacer.
Y no digo en el vestido
Que me mandas que aquí esté,
Pero á los montes iré
Tras el ganado perdido.
No me espantarán los cielos
En este traje villano,
Ni con sol en el verano,
Ni en el invierno con hielos.
Vendré cuando tú me mandes
Á templar las ansias mías,
Aunque los más cortos días
Me parezcan años grandes.
Á los árboles y fuentes
Sólo contaré mi bien,
Mas no, Laura, cuando estén
Otros pastores presentes.
Tú serás el sol que allá
Á mis ojos amanezca,
¡Plega á Dios que me anochezca
El mismo volviendo acá!
No habrá peñasco tan firme
Que compita con mi fe,
Y todo el tiempo que fué
Procuraré persuadirme.
De manera amor restaura
Mis fuerzas con tu belleza,
Que en materia de firmeza
Seré tu Petrarca, Laura.
En ningún tiempo dirás
Que no te he querido bien,
Y fálteme el cielo, amén,
Si te faltare jamás.

LAURA.

Otavio, que ayer te vi,
Y no ayer menos que ayer,
Pues de noche vino á ser,
Aunque fué sol para mí,
¿Qué fuerza de rigurosa
Estrella, por varios casos,
Trujo á mi sala tus pasos
En noche tan temerosa?
Mas ¿qué te pregunto á ti?
Que si las estrellas fueron
Las que esas fuerzas me hicieron,
Á mi fortuna seguí.
No estarás tan mal aquí,
Aunque en este pobre traje,
Pues no recibes ultraje
En tu honor, siendo por mí.
Los días te serán graves,
Pasaráslos con cuidado,
Mas las noches á mi lado
Con el regalo que sabes.
Hasta que anochezca irás
Con este pobre vestido;
Que en habiendo anochecido
No serás villano más.
Si, como anoche decías,
Conmigo quieres casarte,
El tiempo sabrá enseñarte
En qué has de pasar los días.
Darás á mi amor aumento;
Que no hay amorosa historia
Que no resulte en más gloria
Como llegue á casamiento.
Mas dime, por vida mía,
¿Eres caballero?

OTAVIO.

Soy,
Palabra, Laura, te doy,
Menos que ayer te decía.

LAURA.

¿Quién eres?

OTAVIO.

Un estudiante
Pobre, que limosna pido;
Que si vieras mi vestido,
Lo vieras bien semejante
Al oficio que tomé.

LAURA.

Pues ¿tan pobre te robaron?
Tú mientes.

OTAVIO.

Imaginaron
Que algo en las ropas guardé.
¿No has oído que un señor
Dijo que vestir quería
Cuantos en su tierra había
(¡Buen arbitrio, aunque rigor!),
Y que al dalles los vestidos
Con los rotos se quedó,
Adonde dicen que halló
Seis mil escudos cosidos?

LAURA.

Pues ¿cómo, Otavio, traías
Una camisa tan buena?

OTAVIO.

Para engañarte, sirena,
Si por ventura me vías.

LAURA.

Fenisa, perdida soy;
Este estudiante engañoso
Me ha engañado.

FENISA.

Ya es forzoso
Disimular.

LAURA.

¡Loca estoy!

OTAVIO.

Probar quiero á darle pena, (Aparte.)
Ya que en casa me he quedado.

Sale Sirena.

SIRENA.

No sin causa has madrugado.

LAURA.

¿Por qué lo dices, Sirena?

SIRENA.

Porque te viene á buscar
Un gallardo cazador.

LAURA.

¿Es Tirso?

SIRENA.

Tirso de amor,
Viudas se anda á cazar.

LAURA.

Había de ser el Marqués.

SIRENA.

El mismo.

LAURA.

¡Ay, triste de mí!

OTAVIO.

¿Marqués, señora, está aquí?

LAURA.

¿No lo escuchas?

OTAVIO.

Y ¿quién es?

LAURA.

No menos que el de Ferrara.

SIRENA.

¿Quién es este labrador?

FENISA.

¿No conocéis al pastor
Que trujo aquella piara
El otro invierno?

SIRENA.

Yo no.

FENISA.

¿No conoces á Pascual?

SIRENA.

Si yo no le miro mal,
Y anoche no me engañó (1),

(1) *Y esta noche no me engaño.*

Paréceme éste al picaño
Que anoche en casa durmió,
Aunque la cama dejó
Más limpia y clara que el baño.

FENISA.

Ése, apenas vió el aurora,
Cuando nos dió madrugón.

SIRENA.

Era pobre socarrón.

OTAVIO.

¿Eso tenemos agora?
¿Señoría te visita?

LAURA.

Sírveme, y tiéneme amor,
Y en forma de cazador,
Como ves, me solicita.
Mientras vivió mi marido,
Apenas le quise hablar;
Pero tuviera lugar
Como no hubieras venido.
Ganaste la bendición
Á un hombre tan noble y sabio;
Mira lo que puede, Otavio,
El llegar en ocasión.

OTAVIO.

Sí. Mas ¿qué piensas hacer?

LAURA.

Dejarle entrar.

OTAVIO.

¿Cómo entrar?

LAURA.

Pues ¿quién lo puede estorbar?

OTAVIO.

Quien tu marido ha de ser.

LAURA.

No puede ser mi marido
Hombre tan bajo y grosero.

OTAVIO.

Mira que soy caballero;
Que ha sido todo fingido.

LAURA.

Mientras llega información
De tu vida, entre el Marqués,
Pues tú mismo has de ver que es
No más de conversación.

OTAVIO.

¡Pesar de la dicha mía,
Que tan presto me faltó!

FENISA.

El Marqués, señora, entró.

OTAVIO.

Laura, ten suerte.

LAURA.

Confía.

Salen el Marqués, y Fabio y Tancredo, sus criados, de caza, con escopetas.

MARQUÉS.

¡Laura mía!

LAURA.

¡Gran señor!

MARQUÉS.

Quejosa estarás de mí.

LAURA.

Á lo menos, presumí
Que era fingido tu amor.

MARQUÉS.

Débote, Laura, la vida,
Pues que por venir á verte
No me dió anoche la muerte
Un rebelado homicida.
Volví á sosegar mi casa;
Tengo á Federico preso.

LAURA.

Disculpado estás con eso.

MARQUÉS.

Toda la ciudad se abrasa
Si por la posta no llego.

LAURA.

Perdiste grande ocasión,
Pero fué justa razón
Acudir al mayor fuego.

MARQUÉS.

Ahora pienso tomar
Á la ocasión del cabello;
Dilatallo no es perdello.

LAURA.

No sé si ha de haber lugar.

MARQUÉS.

Á la noche, ¿cómo puede
Faltarte?

LAURA.

Á la noche ven,
Si no es mi dicha también
Que algún conjurado quede.
Y ahora, por vida mía,
Que te finjas ir á caza (1).

FABIO.

Nunca he tenido lugar
De hablarte, Fenisa mía.

TANCREDO.

¡Ah, mi señora Sirena!
¡Cómo! ¿Vuélvesme la cara?

OTAVIO.

¡Bien, por mi fe! ¿Quién pensara
En tal gloria tanta pena?
Pero ¿qué es lo que me ha dado
Esta hechicera mujer,
Que me siento en otro ser
Desde anoche transformado?
Peregriné con Ulises,
Dí con Circe. ¿Dónde estoy?

MARQUÉS.

Yo vendré, á fe de quien soy
En el punto que me avises.

FABIO.

Eres, Fenisa, mi amor.

FENISA.

Anda, que eres lisonjero.

(1) Falta la rima. Tal vez escribió Lope: *Que finjas ir á cazar.*

TANCREDO.

Mucho, Sirena, te quiero.

SIRENA.

¡Oh, cortesano hablador!
¿Piensas tú, amigo Tancredo,
Que á tus mentiras me ajusto?

OTAVIO.

Cada uno halló su gusto.
¡Bueno, por mi vida, quedo!
¡Maldiga el cielo el instante
Que esta jornada intenté!
Sin duda que anoche entré
En el mesón de Atalante.
¿Qué encantamentos son éstos?

LAURA.

Vueseñoría se vaya,
Y á la noche, en atalaya
Se ponga en diversos puestos;
Que yo le saldré avisar.

OTAVIO.

¡Cuerpo del sol con la casa!
Donde tal palacio pasa
No quiero más esperar.
¡Ah, muesama!

LAURA.

¿Qué hay, amigo?

OTAVIO.

Ya no lo quiero ser vueso;
Que ha salido el tiro avieso
Y hay poderoso enemigo.
Cuando á serviros entré
No imaginé que otro había.

LAURA.

¿No ves que Su Señoría
Está aquí?

OTAVIO.

Ya yo lo sé;
Y más, que quiero esta vez
Que juzgue este pleito mío.

LAURA.

Otavio, ¿tal desvarío?

MARQUÉS.

Ea, yo seré el jüez.

OTAVIO.

No tenéis que repricar,
¡Pardiez! que me tengo de ir,
Y yo lo sabré cumplir,
Pues que lo supe jurar.
Pagadme, sino es que os debo,
Que poco debe de ser,
Porque deudas de mujer
(Yo á decírselo me atrevo),
Según tengo ya perdidas
Las esperanzas pasadas,
Que suelen estar pagadas
Primero que son debidas.

MARQUÉS.

El pleito quiero saber.
¿Por qué este pastor se va?

LAURA.

Loco de celos está.

MARQUÉS.

De oirle tengo placer.

OTAVIO.

Pues no le tengáis.

MARQUÉS.

¿Por qué?

OTAVIO.

Porque no sabéis quién son
Las mujeres y ocasión,
Si yo en ocasión llegué.
Ahora bien, de cuento va,
Pues que juzgarlo tenéis;
Que como vos lo juzguéis,
Seguro mi pleito está.
Sabed, Dios enhorabuena,
Que yo perdido llegué,
No sé si os diga que fué
Antes ó después de cena,
Á esta casa, donde fuí,
Por perdido, reparado
Para guardar el ganado:
¡Qué mal ganado escogí!
No os le tengo de nombrar
Por haceros cortesía,
Que diz que sois señoría
Y os podréis alborotar.
Prometiéronme que yo
Solo su pastor sería,
Y apenas ha entrado el día,
Cuando otro pastor entró.
Yo no guardo bien ganado
Cuando otro, claro lo digo,
Entra á la parte conmigo,
Porque soy villano honrado.
Juzgad si tengo razón
Para que en casa no esté;
Que si en ocasión llegué,
No salgo sin ocasión.

MARQUÉS.

¿Tenéis algo que alegar?
Que debo á la parte oir.

LAURA.

Lo que yo puedo decir
Es que se pudo engañar.
Y, pues Vuesaseñoría
Gusta de oir mis villanos,
Hoy en sus ilustres manos
Pongo la justicia mía,
Y digo que no hay pastor
Para el ganado que tiene,
Porque éste que agora viene
No ha de recibir favor;
Que le voy entreteniendo,
Y él mismo será testigo.

MARQUÉS.

No tenéis justicia, amigo,
Y la de Laura defiendo.
Quedáos en casa, y tomad
Este anillo por el cuento;
Que me habéis dado contento.

OTAVIO.

Y él á mí pena, en verdad.
Ahora bien, pues me asegura
Que solo tengo de ser,
Quiérome quedar á ver
En qué para mi ventura.

MARQUÉS.

Laura, aquestas escopetas,
Y los perros, y este traje,
Se dirige á que no ultraje
Mi amor tus puertas secretas.
Yo voy al castillo, y voy
Después al monte á cazar,
Adonde quisiera hallar,
Por ver que en tu gusto estoy,
Un rico venado de oro,
Con los cuernos de diamantes,
Paciendo perlas bastantes
Á hinchir el mar indio y moro;
Pero, pues no puede ser,
Yo vendré en él transformado.

OTAVIO.

Y no seréis mal venado,
Á lo que vengo á entender;
Que debéis de ser muy rico,
Pues estos anillos dais.

LAURA.

Que no os canséis, y volváis
Temprano, sólo os suplico.

TANCREDO.

Vamos, Fabio.

FABIO.

Adiós, Fenisa.
Ven, Tancredo.

TANCREDO.

Adiós, Sirena.

Vanse el Marqués y criados.

LAURA.

Estarás con mucha pena.

OTAVIO.

Estarás con mucha risa.

LAURA.

Id vosotras, porque luego
La comida prevengáis.

SIRENA.

¿Que ya de hablaros tratáis?
Guárdate, que amor es ciego,
Y cortesanos es gente
Que siempre se alzan ganando.

FENISA.

Y tú, ¿no estabas hablando
Con el otro impertinente?

SIRENA.

Allí te diré de espacio
Lo que me dijo.

FENISA.

Y yo á ti.

SIRENA.

Mi Tirso me agrada á mí,
Que no gente de palacio.

Vanse Fenisa y Sirena.

LAURA.

No te me pongas sereno,
Ni falsamente me mires,
Ni te quejes, ni suspires,
De bajos antojos lleno.
Ya te deseaba á solas,
Para decirte en los brazos,
Que me tienes en más lazos
Que en el mar se mueven olas.
¿Aun callas, aun no te allegas?

OTAVIO.

¿Qué tengo, Laura, de hablar?
Hoy me quieres degollar,
Pues hoy los ojos me ciegas.
¡Hoy que me has hecho villano,
Hallo en tu casa un Marqués!

LAURA.

Otavio, todo esto es
Querer regalarte en vano.
¡Pese á mi pecho inconstante!
¿Qué te cuesto de tormento,
Que haces tanto sentimiento
De ver aquí un loco amante?
¿Qué años te cuesto de pena?
¿Qué papeles, qué paseos
Debo á tus locos deseos?
¿Qué noche de nieve llena?
¿Qué torneos en Ferrara
Has hecho, Otavio, por mí?
Dime, ¿qué lágrimas vi
Que te bañasen la cara?
¿Qué hacienda tienes perdida?
¿Qué mercader te ha fiado
Los vestidos que me has dado?
¿Qué sortijas, qué vajillas (1),
Cintura, coral, manillas,
Y cadenas al platero?
¿En qué enfermedad primero
Me has servido de rodillas?
Di, ¿qué diamantes al tope
Me cuelgan de las orejas,
Para formar tantas quejas
Tu amor, de que un hombre tope?
¿Qué lacayos has sacado
Vestidos de mi color?
¿Qué bravo competidor
Has muerto ó acuchillado?
¿En qué plaza, con rejones,
De mi ventana delante,
Hiciste suerte importante,
Que á darme quejas te pones?
Tus caballos están vivos
Y tus dineros guardados;
Yo no he visto tus criados
Ni tus blasones altivos.
Empedrada está mi calle,

(1) Falta la rima, que debía ser en *ida*.

No falta piedra del suelo;
Acuérdate bien, que en pelo
Vino á verme tu buen talle.
Tuviste oloroso baño,
Buen vestido, mejor cena,
Y si fué la noche buena,
Tú lo sabes, por mi daño.
Pues yo, ¿qué te debo, Otavio?
¿Qué te debe á quien te quejas?
Vete á Dios, que si me dejas
No ha sido mucho el agravio.

OTAVIO.

¿Enojado te has?

LAURA.

Tras esto,
¿Qué calidad es la tuya,
Que aun quieres que della arguya
La bajeza en que te he puesto?
Un miserable estudiante
Que anda á engañar viudas bobas,
Pues tras la hacienda, les robas
Cosa que es más importante.
Vete con Dios.

OTAVIO.

En llegando
Á ofender la calidad,
Diréte, Laura, verdad.

LAURA.

Siempre me estás engañando.
Dime, ¿eres hombre de bien?

OTAVIO.

Soy caballero, ¡por Dios!

Sale Tirso.

TIRSO.

Señora, ya son las dos;
Á comer, si quieres, ven.

Hacen que no le han oído ni visto.

¿Qué es esto? ¿No me dijeron
Que estaba con el Marqués?

OTAVIO.

Mi calidad ésta es;
Mis sospechas te mintieron
Con ánimo de probarte.
No hice por ti torneos,
No papeles, no paseos,
Con que pudiera obligarte;
No te vestí, ni te dí
Joyas, ni toros maté;
No bravos acuchillé,
Ni lloré, Laura, por ti.
Trújome aquí mi fortuna,
Como quien sale del mar,
Como á templo, como altar,
Y como á hermosa coluna
Donde pusiese la tabla
De aquel pasado rigor.

TIRSO.

¿Quién es este labrador (Aparte.)
Que tan perfilado habla?

OTAVIO.

Pero advierte, Laura amada,
Que aquel da vestido y oro,
Acuchilla al bravo toro,
Que sin nada desto agrada.
Deja enojos, vesme aquí.
¿Quiéresme abrazar?

LAURA.

No sé.

OTAVIO.

Bien podrás.

LAURA.

Y bien podré;
Que ya lo mejor perdí.

Abrázanse.

TIRSO.

¡Oste, puto! ¡Voto á san,
Que mi ama le abrazó!
No huí para tanto yo,
Y habrá el día de San Juan
Diez años que estoy en casa.

LAURA.

Tirso nos vió.

OTAVIO.

Vete, pues.

TIRSO.

Dijéronme que el Marqués,
Que á cazar al monte pasa,
Estaba, señora, aquí,
Y hallo un poco de sayal.

LAURA.

¿No conoces á Pascual?

TIRSO.

¿Yo? Ni en mi vida le vi.

LAURA.

Pues él te dirá quién es;
Que voy á saber si acaso
Viene de espacio, ó de paso,
Al monte el señor Marqués.
Adiós, Pascual.

Vase Laura.

OTAVIO.

Dios la guarde,
Nuesama, y también á vos,
Buen Tirso.

TIRSO.

Guárdele Dios;
Que á fe que, aunque viene tarde,
Que no ha negociado mal.

OTAVIO.

¿Si sabe aquéste mi historia?

TIRSO.

Yo tengo flaca memoria:
Dígame, señor Pascual,
¿Ha mucho que vive en casa?

OTAVIO.

Como habéis amanecido
Helado, y habéis bebido

En la bodega sin tasa,
Habéis el tino perdido,
Si habiendo con el ganado
Diez años los dos andado,
Aun no me habéis conocido.

TIRSO.

¿Diez años?

OTAVIO.

¿Eso dudáis?
Y porque señas os dé,
De mi salario os presté,
Bien creo que os acordáis,
Veinte reales, que en verdad
Que los he bien menester
Si me los podéis volver;
Que tengo necesidad.

TIRSO.

Cuanto á haberos conocido,
Pase, aunque no ha pasado;
Pero hubiera perdonado
Las señas que habéis traído.
Puede ser que por tomar
Calor del frío que tuve,
Que si en la bodega estuve
No lo tengo de negar,
Haya tomado algún lobo
Y no esté como es razón.

OTAVIO.

Negar la deuda es traición;
Quedarse con ella es robo.

TIRSO.

Digo que yo os pagaré
Si Fenisa lo dijere.

OTAVIO.

Esperadme aquí.

TIRSO.

¿Que espere?
Digo que yo esperaré.

Vase Otavio.

Alguna yerba encantada
Pisé esta noche en la sierra,
Ó alguna rabiosa perra,
De los lobos mordiscada,
Ha dormido en mis vestidos,
Pues se ve tan claramente,
Que en no conocer la gente
Perdí los cinco sentidos.

Sale Fenisa.

FENISA.

¿Está Pascual por acá?

TIRSO.

¿Qué Pascual?

FENISA.

¿Quién ha de ser?
Di que se venga á comer.

TIRSO.

Mi mal declarado está;
Sin duda que estoy sin seso:
Di, Fenisa que Dios guarde,
Pascual, ¿estaba ayer tarde
En casa?

FENISA.

¡Qué bueno es eso!
Diez años ha que Pascual
Desta casa no ha salido.

TIRSO.

Alto: yo estoy sin sentido,
Del campo traje este mal;
Ó la mandrágora vi,
Ó algún pastor me echó sueño
Con dormidera ó beleño,
Ó alguna adelfa comí.
Luego ¿tú también sabrás
Que veinte reales le debo
Á Pascual?

FENISA.

Pues ¿no?

TIRSO.

No bebo
En toda mi vida más.

FENISA.

Harto se queja el cuitado
Que no le quieres pagar.

TIRSO.

¿Quiéresmelos tú prestar
Sobre mi macho el manchado?

FENISA.

Y sin prenda los daré,
Porque no riñáis los dos.

TIRSO.

Pidiómelos, y ¡por Dios,
Que ni los vi, ni lo sé!
Y juraré que en mi vida
No he visto aqueste Pascual.

FENISA.

Negar parece muy mal,
Tirso, deuda tan debida.

TIRSO.

Tan bebida, dirás bien.
¡Cosas pasan por el hombre,
Que harán que el diablo se asombre!

Llora.

FENISA.

No llores; conmigo ven;
Que yo haré que, por agora,
No te pida ese dinero.

TIRSO.

Hablalde vos; que yo quiero
Pescudárselo á señora.

FENISA.

Entre amigos cual los dos,
Pendencias parecen mal.

TIRSO.

¡Si yo conozco á Pascual,
Mala pascua me dé Dios!

Vanse.

Salen Federico, preso, y Diana, hermana del Marqués.

FEDERICO.

De la merced recibida
No tengo, Dïana hermosa,
Y para mi bien nacida,
Que ofreceros otra cosa,
Después de daros la vida.
¡En esta noche, y mañana
De mi prisión, quién pudiera,
Sino tan bella Dïana,
Dar luz que al sol excediera
La más templada mañana!
No quise yo ser tirano
De Ferrara, ni matar
Quise al Marqués, vuestro hermano;
Mi agravio quise vengar,
Aunque me ha salido en vano.
Su primo soy, y estad cierta
Que, á no ser la causa justa,
Aunque á Ferrara encubierta,
No intentara cosa injusta
Siendo mi lealtad tan cierta.
Y pues me habéis obligado
Con decir que me daréis
Libertad, lo que he callado
Por mi honor, hoy lo sabréis,
Pues yo no estoy agraviado.
Mi casa el Marqués entró,
Y de Camila, mi hermana.....
No digo más.

DIANA.

Cuando yo
Vi aquesta prisión tirana,
En el alma me pesó.
Algo informada venía
De que ofendido os había
Mi hermano; pero estad cierto
Que, si os quisiera haber muerto,
Poder y ocasión tenía.
Él sabe que está culpado;
Su primo sois; yo he de hacer
Por dónde quede obligado,
Y Camila venga á ser
La señora del Estado.
Pero también es razón
Que la palabra cumpláis,
Pues os vais de la prisión.

FEDERICO.

La libertad que me dais,
Cadenas del alma son;
Que no por temor la quiero
Del Marqués, ni por huir
La muerte en rigor tan fiero;
La palabra he de cumplir,
Por la fe de caballero.
Quiérola porque, en efeto,
Negocia el libre mejor
Que el preso, y porque el sujeto
No halla amigo con valor
Ni es en su casa discreto.
Pasarme quiero á Florencia,
Ó á Roma, hasta concertar
Esta amistad.

DIANA.

Y es prudencia:
Dios me dé para esperar,
Como firmeza, paciencia,
Y el cielo vaya con vos.

FEDERICO.

No será esperanza vana.

DIANA.

Amor nos junte á los dos.

FEDERICO.

Adiós, querida Dïana.

DIANA.

Dulce Federico, adiós.

Vanse.

Salen el Marqués, Tancredo y Fabio, sus criados.

MARQUÉS.

Jamás me pareció tan largo el día,
Con ser tan corto en el obscuro invierno;
Jurara que parado el sol se había.

FABIO.

Es condición de todos los deseos,
Mayormente de amor.

TANCREDO.

¿Cómo le pintan
Niño al amor, si es hombre tan colérico?

FABIO.

Antes es la pintura semejante,
Más en eso que en todos sus efetos:
¿No has visto un niño que desea una cosa,
Arrojar de las manos cuanto tiene,
Llorar, gemir y suspirar?

MARQUÉS.

Bien dice.

FABIO.

Pues tales son, Tancredo, los amantes:
Coléricos arrojan otros gustos,
La hacienda, el tiempo y el honor que pierden,
Si luego no les dan lo que desean.

MARQUÉS.

La noche obscura, con su negra sombra,
Tiene oprimido juntamente el día;
Todo parece que en silencio vive.
Llamad á esas ventanas.

FABIO.

Ya responden
Antes de haber llamado.

MARQUÉS.

Es el cuidado,
Que responden primero que he llegado.

Sale Fenisa en lo alto.

FENISA.

¿Es el Marqués?

MARQUÉS.

Yo soy.

FENISA.

¡Ay, señor mío,

Á qué mal tiempo vienes!

MARQUÉS.

¿De qué suerte?

FENISA.

Acaba de apearse Feliciano,
Primo de mi señora, y primo hermano.

MARQUÉS.

¡Oh, mal haya mi suerte! Di, Fenisa,
¿Ha de cenar aquí?

FENISA.

¡Gracia tienes!
Y dormir esta noche; y aun sospecho
Que no se irá mañana.

MARQUÉS.

¿Hay tal desdicha?
Anoche por mis deudos perdí á Laura,
Y hoy por los suyos; pero advierte y dile
Que, aunque esté con su primo, quiero verla
Detrás de alguna puerta, silla ó paño.

FENISA.

Eso podrás hacer, y no otra cosa:
Voy á hacer que te abran; entra quedo.

Vase.

MARQUÉS.

Quien pierde la ocasión, tarde la cobra.
Pensé que era mentira y fingimiento
De la burla de anoche, mas pues abre,
Verdad debe de ser.

FABIO.

No se atreviera
Laura á burlarte.

TANCREDO.

Ya han abierto.

MARQUÉS.

Entremos;
Aunque tan poco en esto se aventura,
Veré la causa por que pierdo á Laura.

Vanse.

Salen Laura y Otavio, muy galán, de camino.

OTAVIO.

¿De qué ingenio como el tuyo
Saliera tal invención?

LAURA.

Perdió el Marqués la ocasión
Por culpa ó descuido suyo.
Ya no tiene que intentar,
Tuya soy, mi gusto estimo;
Finge, Otavio, ser mi primo,
Y volveráse á acostar.

OTAVIO.

Ya siento la puerta.

LAURA.

Él es.

OTAVIO.

Estas dos sillas tomemos,
Porque de espaldas estemos
Cuando acechare el Marqués.

Salen el Marqués y Fenisa.

FENISA.

Entra quedo y ponte aquí,
Porque los oigas hablar.

MARQUÉS.

Furioso estoy de pesar,
Divina ocasión perdí.

FENISA.

Dices verdad; mas ¡qué quieres!
Éste llegó en ocasión.

MARQUÉS.

Éste fué mi perdición.

FENISA.

Son cátedra las mujeres
Con tantos opositores,
Que nunca se desocupa.

MARQUÉS.

¡Que éste me quita y ocupa
Tanto bien, tantos favores!

OTAVIO.

Esto me mandó tratar,
Y creo que os está bien.

LAURA.

Es muy apriesa también,
Y daré que murmurar.

MARQUÉS.

¿Qué tratan?

FENISA.

Un casamiento.

MARQUÉS.

¿Eso más? ¿Quieres que haga
Que le maten?

FENISA.

¡Qué bien paga
Á Laura el buen pensamiento
Con eso Vueseñoría!

OTAVIO.

El Marqués, Laura, murmura
De lo que hablamos.

LAURA.

Procura
Disimular.

OTAVIO.

Prima mía,
Don Juan es gran caballero;
En galas y talle, un sol.

LAURA.

Sí, pero en ser español.....

OTAVIO.

¿Ya es malo?

LAURA.

¿No es extranjero?

OTAVIO.

¿Qué importa?

LAURA.

¿Es cosa de risa
Llevarme á España?

OTAVIO.

No hará.

MARQUÉS.
Que la lleve á España está
Tratando, ¡por Dios! Fenisa.
¡Oh, cruel casamentero!
¡Vive Dios, que he de matalle!
OTAVIO.
Si es tan rico y de buen talle,
¿Qué importa ser extranjero?
¡Ay, Laura, cuán sin recelos
Piensas que hablamos los dos,
Y á las espaldas, ¡por Dios!
Me están abrasando celos.
LAURA.
Calla, que tú eres mi bien,
Y esto, del Marqués donaire.
OTAVIO.
Destos donaires, el aire
Es peste y mata también.

Sale Tirso.

TIRSO.
Señora, ven á cenar.
FENISA.
Retírate, que los llaman
Á cenar.
MARQUÉS.
Todos los que aman
Son locos.
FENISA.
Locos de atar.
MARQUÉS.
En fin, ¿me voy?
FENISA.
¿No lo ves?
Mañana será ocasión.
MARQUÉS.
Si todas como ésta son,
¡Ay de mí!

Vase el Marqués.

LAURA.
¿Fuése el Marqués?
FENISA.
Ya se fué.
LAURA.
Pues vé á cerrar.
FENISA.
Voy.

Vase Fenisa.

LAURA.
¿Qué hay, Tirso?
TIRSO.
Estoy mirando
Dónde he visto, cómo ó cuándo,
En qué parte ó qué lugar,
El primo de su mercé.
OTAVIO.
Siempre me conoces mal.
TIRSO.
Jurara que era Pascual,
El que denantes hablé.
OTAVIO.
¿Aun no se ha, Tirso, pasado
Aquello de la bodega?
TIRSO.
Sin duda el diablo me ciega;
Debo de estar hechizado.
Mas por sí ó por no, aun llevo
Sospechas de mi delito:
¿Queréisme hacer un escrito
Que ningún dinero os debo?
OTAVIO.
Tirso, vos estáis perdido;
Dormidlo, y volved en vos.
Prima, vamos, que ¡por Dios,
Que estoy cansado y dormido!
Que anda el caballo muy mal,
Y he madrugado también.
LAURA.
Vamos á cenar, mi bien.

Danse las manos.

TIRSO.
¿Mi bien, y primo, y Pascual?
Yo os voto al sol que no es vino.
Ojo: las manos se dan;
Mejor decirle podrán
Que de dónde acá nos vino.
LAURA.
¿Casarémonos, Otavio?
TIRSO.
¿Otavio y Pascual?
OTAVIO.
Señora,
Hablaste sin tiempo ahora;
Era hacer al tiempo agravio;
Mis brazos te son leales.
TIRSO.
¿Primo, Pascual y mi bien?
¡Mala pedrada me den
Si os diere los veinte reales!

ACTO TERCERO.

Salen el Marqués, Tancredo y Fabio.

MARQUÉS.
Di á Laura que estoy aquí.
FABIO.
Anda con este pariente
Remisa é impertinente.

MARQUÉS.

En fuerte punto nací.
Pues ¿hasta cuándo ha de estar,
Fabio, en su casa este primo?

FABIO.

Yo, señor, harto me animo
Á querer disimular;
Mas ¡vive Dios, que sospecho,
Solamente por el nombre,
Que es aqueste gentilhombre
Primo del alma y del pecho!
Es una cosa tan vieja
Tratar de primo entre damas,
Que, si lo crees, no amas,
Ni ella, pues por él te deja.
Hay mujer que á cuantos habla,
Todos sus parientes son,
Porque es disimulación
Con que su negocio entabla.
Y alguna fué cosa mía
De treinta primos al mes.

MARQUÉS.

¡Bien, por vida del Marqués;
Á primo salió por día!
Mal hace Laura, si es primo
Fingido, en tratarme así;
Que la quiero más que á mí,
Y más que á mi honor la estimo.

FABIO.

Averígualo mejor,
Y no pierdas tiempo aquí.

Sale Laura.

MARQUÉS.

¿Viene Laura?

TANCREDO.

Señor, sí.

LAURA.

Marqués, mi señor..... (1).

MARQUÉS.

Enojado estoy contigo.

LAURA.

En el rostro se te ve.

MARQUÉS.

Mal me tratas.

LAURA.

¿Yo? ¿Por qué?

MARQUÉS.

No tratas verdad conmigo,
Pues como es éste tu primo
De los que se conjuraron
Y matarme procuraron,
Y porque tu vida estimo,
Á quien me quita la mía
Le has encubierto en tu casa.

LAURA.

¿Quién te lo ha dicho?

MARQUÉS.

Esto pasa.

(1) Verso incompleto.

LAURA.

Gran señor, no lo sabía.
¡Maldita la sangre sea
Que tiene mía el traidor!
Que vuestra vida, señor,
¿Quién como yo la desea?
Yo misma te le entregara (1).

MARQUÉS.

¿Ya se ha ido?

LAURA.

Fué á Ferrara.

FABIO.

¡Notable invención ha sido!

MARQUÉS.

Luego ¿yo te podré ver?

LAURA.

Cuando quisieres podrás.

FABIO.

Señor, no la aprietes más;
Que ella le querrá esconder.

MARQUÉS.

Si no fuera tu pariente,
Yo le hiciera castigar.

LAURA.

Si yo le quise amparar,
Fué porque estaba inocente.

MARQUÉS.

Esta noche verte quiero.

LAURA.

Y yo esta noche te aguardo.

TANCREDO.

¡Enredo ha sido gallardo!

MARQUÉS.

Adiós.

LAURA.

Á las diez te espero.

FABIO.

¡Que se escapase el traidor!

TANCREDO.

Ahora le echan de aquí.

MARQUÉS.

Ya no hay excusa.

FABIO.

Es ansí.

MARQUÉS.

Todo es ardides de amor.

Vanse el Marqués y criados.

LAURA.

¡Ay de mí, perdida quedo!
Fenisa, Fenisa amiga.....

Sale Fenisa.

FENISA.

Señora.....

LAURA.

Cuando te diga
Que muero entre amor y miedo.....
Á ninguna como á mí

(1) Falta un verso á esta redondilla.

Vino tan bien la canción.

FENISA.

¿De qué es tanta confusión?

LAURA.

Hoy vida y honor perdí.
¿En qué traje quedó Otavio?

FENISA.

En el de villano está.

LAURA.

Llámale, Fenisa, acá.

FENISA.

Que no me digas, me agravio,
La causa de tanta pena;
Mas ya Otavio viene á verte.

Sale Otavio, de villano.

LAURA.

Dulce ocasión de mi muerte,
Más que de la muerte ajena,
Salte luego de mi casa.

OTAVIO.

Dime, Laura, ¿qué es aquesto?
¿Quién desa suerte te ha puesto?

LAURA.

¡Qué mal sabes lo que pasa!
Aquí ha venido el Marqués,
Para matarte, á buscarte.
Díjele, por remediarte,
Que eres ido: vete, pues,
Antes que vuelva furioso.

OTAVIO.

¿Que me vaya? ¿Estás en ti?

LAURA.

Pues ¿podré yo, Otavio, aquí
Defenderte?

OTAVIO.

Soy tu esposo,
Que ésta es la mayor defensa.

LAURA.

Que no hay respeto á estas cosas.

OTAVIO.

¡Ay, cómo sois peligrosas
Más en el bien que en la ofensa!
¿Ya te rendiste al Marqués?
¿Ya te he cansado, enemiga?

LAURA.

Luego ¿quieres que te diga
Más claramente lo que es?

OTAVIO.

¿Qué puede ser, Laura ingrata,
Sino mudanza del ser
Y liviandad de mujer
Que lo que ayer quiso mata?

LAURA.

¡Oh, qué bien! Pues si tú vienes
Huyendo aquí de Ferrara,
Siendo allá cosa tan clara
La culpa, Otavio, que tienes
Como cómplice en la muerte
Del Marqués, ¿es liviandad
Decir que con brevedad
Vayas, Otavio, á esconderte?

OTAVIO.

¿Yo en la muerte del Marqués?

LAURA.

¿Niégaslo, habiendo venido,
Otavio, en camisa, huído,
Á estas puertas?

OTAVIO.

Todo es
Invención, Laura mudable,
Para que el Marqués aquí
Entre y te goce sin mí.

LAURA.

¿Invención? ¡Caso notable!
Pues ¡cómo! ¿Perder mi honor,
Que me le llevas contigo,
Es invención?

OTAVIO.

Yo te digo,
Laura, que no es muerto amor.
Que cierto fué arrepentirte
Tras breve determinarte;
Loca fuiste en arrojarte,
Y fácil en persuadirte.
No fué amor, que fué ocasión,
Y aunque de ocasiones nace,
Cuando más presto las hace,
Ciertas las mudanzas son.
Si te canso y darle quieres
Lugar al Marqués, no sea
Con testimonio, ni crea
Que hay este nombre en mujeres.
Mira que si me das nombre
De traidor, irá la fama
Donde el cuchillo y la llama
Ó me consuma ó me asombre.
Salga de tu casa yo
Con nombre de hombre honrado,
No de traidor conjurado,
Pues que no lo he sido.

LAURA.

¿No?

OTAVIO.

No, Laura.

FENISA.

Mira, señora,
Que el Marqués te engañaría.

OTAVIO.

Luego ¿él dijo, Laura mía,
Esto que me has dicho ahora?

LAURA.

Del propio Marqués lo sé;
Yo por tu vida lo digo.

OTAVIO.

Siempre escucha al enemigo,
Pero nunca le des fe.
Por sólo echarme de aquí
Se ha valido dese engaño.

LAURA.

No te hará su engaño daño.

¿Tú estás libre?

OTAVIO.

Mi bien, sí.

LAURA.

Pues pensemos de qué modo
No venga á casa el Marqués,
Porque le dije después,
Dándole crédito á todo,
Que era mi primo partido,
Y él me dijo que vendría,
Pues ya estaba sola.

OTAVIO.

¿Había
Tu amor perdido el sentido?

LAURA.

¡Qué quieres! Turbéme toda,
Y porque no te buscase
Lo dije.

OTAVIO.

¿Qué me matase
No era mejor?

LAURA.

Acomoda,
Otavio, un remedio aquí,
Y deja los sentimientos.

OTAVIO.

Dueño de mis pensamientos,
Pues todos están en ti,
Dame alguno que á los dos
Nos pueda valer.

LAURA.

No sé
Qué pensamiento te dé.
Pero quédate con Dios;
Que siento gente á la puerta.

FENISA.

Algún recado será.

LAURA.

Piensa el remedio.

Vanse Laura y Fenisa.

OTAVIO.

No habrá
Remedio á mi muerte cierta.
Alma, ¿estoy encantado, estoy perdido?
¿Tengo sentido? Ya no hay sentimiento.
¿Esto es gloria ó tormento? Fué tormento,
¿Qué será el fin? Lo que el principio ha sido.
¿Por dónde á tales pasos he venido?
Por un placer que ha de llevar el viento.
¿Aguardaré? No sé: ¡cobarde intento!
¿Dejaré el bien? No. ¿Querré querido?
¿Quieres que tema que un laurel se doble?
Sí, porque fué muy blanda en el rendirse,
Y más valiera en defenderse un roble.
Mi corazón no quiere persuadirse
Que mientras es querido un hombre noble,
Es terrible bajeza arrepentirse.

Sale Tirso.

TIRSO.

Yo volveré como un viento,
Por verte, Sirena mía.
¡Pascual!

OTAVIO.

Tirso, quien solía
Vivir más libre y contento.
Soy un hombre mal pagado
De la fe que me han debido.

TIRSO.

Si dineros no he tenido,
Ya estoy, Pascual, disculpado.
Fenisa me los prestaba
Y luego se arrepintió.

OTAVIO.

De otras deudas hablo yo,
Por quien es el alma esclava.

TIRSO.

¡Pardiez, que yo no os entiendo!
Ayer hecho primo os vi,
Y que llegastes aquí
Estaban todos diciendo,
Y ahora os veo Pascual,
Como estábades primero.
¿Sois gramático hechicero?
Si lo sois, no me hagáis mal,
Pues ya sabéis que si muero
Huérfana queda mi burra.

OTAVIO.

Por más que el alma discurra (Aparte.)
No hallo el remedio que espero.

TIRSO.

Á fe que aquéste, sin duda (Aparte.)
Que me quiere conjurar.

OTAVIO.

El Marqués me ha de matar.

TIRSO.

¡Que no hay un hombre que acuda!

OTAVIO.

Acaba, imaginación,
Dame un engaño ó enredo.

TIRSO.

Cayéndome estoy de miedo.

OTAVIO.

Ya he topado una invención.

TIRSO.

¿Á quién dice que ha topado?

Sale Estacio, criado de Otavio.

ESTACIO.

Por las señas que he traído,
Aquí dicen que perdido
Llegó, habiéndole robado,
Y que en esta casa está.

OTAVIO.

Este es Estacio, ¡ay de mí!
¿Cómo ó por dónde entró aquí?
Mas no me conocerá.

ESTACIO.

Sin duda que le he topado.
¡Señor mío!

OTAVIO.

¿Quién es?

ESTACIO.

Yo.

TIRSO.

Algún diablo conjuró
Y debe de haber llegado.
Á decirlo voy á Laura.

Vase Tirso.

OTAVIO.

¡Estacio amigo!

ESTACIO.

Señor,
Témplese en ti mi dolor,
Mi muerte y vida restaura.
Dame tus brazos, tus manos,
Tus pies. ¿Cómo estás ansí?
Que después que me perdí,
Vi los ladrones tiranos
Con tus vestidos en venta,
Sospeché el mal y callé;
Pero al camino torné
Como quien morir intenta.
Y no dudes que el dolor
Me deshiciera y matara,
Si entonces no me contara
Que te vió vivo un pastor.
Díjome como venías
Desnudo á esta aldea, y luego
Me enseñó de amor el fuego
La tiniebla en que vivías.
Hoy, acaso, me asomé
Á este portal y te vi.

OTAVIO.

¿Que me conociste ansí?

ESTACIO.

¿Tan mudado estás?

OTAVIO.

No sé.

Salen Tirso, Laura y Fenisa, acechando.

TIRSO.

Entra quedito y verás
Que habla el demonio con él.

LAURA.

Bestia, aquél es hombre.

TIRSO.

¿Aquél?

ESTACIO.

Pues, señor, ¿no me dirás
Qué piensas hacer aquí?
¿No miras que en la ciudad
Morirán de soledad
Tus nobles padres sin ti?

LAURA.

Quedo, que éste es su criado.

FENISA.

Ahora sabrás quién es.

ESTACIO.

Menester será que des
Consuelo á tanto cuidado
Y al Senador mi señor.

FENISA.

Senador llamó á su padre.

OTAVIO.

Solamente de mi madre,
Estacio, tengo dolor.
No podré salir de aquí,
Que estoy en una aventura,
Y el fin que el alma procura
Me manda vivir ansí.
Querría en casa esconderte,
Y no sé cómo ha de ser.

ESTACIO.

Que yo me sabré esconder
En el abismo por verte.

OTAVIO.

Pues en aquel aposento
Te puedes ahora entrar,
Que es donde yo puedo estar;
Que yo iré dentro un momento
Á referirte mi historia,
Que te has de quedar sin seso.

ESTACIO.

Yo voy.

Vase Estacio.

LAURA.

¡Extraño suceso!

TIRSO.

¿Veis como estáis sin memoria?
¿Veis cómo le conjuró,
Y tan quedito se fué?

LAURA.

Fenisa, calla.

FENISA.

Sí haré.

LAURA.

Otavio.....

OTAVIO.

¿Quién llama?

LAURA.

Yo.
¿De qué tan triste?

OTAVIO.

Buscando
Remedio al daño que espero;
En tu pensamiento muero,
Y habré de morir callando.

LAURA.

¿No has hallado algún remedio
De los que ofrece el amor?

OTAVIO.

Es grande el competidor,
Mi bien, que está de por medio.
No sé qué tengo de hacer.

LAURA.
Confesar, aunque te asombre,
Que en industria hace al hombre
Gran ventaja la mujer.
OTAVIO.
¿Cuándo no fué celebrado
Vuestro ingenio en invenciones?
Pero ¿qué remedio pones
Al mal que se acerca airado?
FENISA.
El Marqués vuelve á llamar.
LAURA.
Decid todos que caí.
FENISA.
¿Quieres este estrado?
LAURA.
Sí.
OTAVIO.
¿Adónde tengo de estar?
LAURA.
Donde veas que te guardo,
Otavio, la fe debida.
OTAVIO.
Duélate, Laura, mi vida.

Vase Otavio.

FENISA.
Señora, en abrir me tardo,
Y otra vez vuelve á llamar.
LAURA.
Salíos todos de aquí.
FENISA.
¿Quieres que le abra?
LAURA.
Sí.
TIRSO.
¿En qué tienen de parar
Tantos enredos, señora?
LAURA.
Vete, Tirso, con Fenisa.
TIRSO.
Temblando estoy.
LAURA.
Vete aprisa.
FENISA.
¿Voy á abrir?
LAURA.
Abre á la hora.
TIRSO.
El diablo trujo á esta casa
Este demonio ó Pascual;
Ya es mi bien y ya es mi mal.
¿Es juego de pasa pasa?

Vanse Fenisa y Tirso.

Siéntase Laura en unas almohadas de estrado, y finge estar desmayada. Sale Federico, embozado, y luego descúbrese.

FEDERICO.
Puesto que ha sido, hermosa labradora,
Cualquiera que tú seas, caso grave
El llegar á tus puertas á tal hora,
Y atrevido llamar, á quien no sabe
Quién es el hombre que á tu casa viene,
Haz cuenta que eres puerto y yo la nave.
Un caballero soy, á quien previene
La muerte este tirano de Ferrara.
Mas ¿para qué te digo quién me tiene,
Fortuna, mis desdichas? ¿Duerme? Duerme.
Ya todos sus sentidos para, para.
¿Qué dijo? Escucha, vuelve á responderme.

Salen el Marqués y Fabio.

MARQUÉS.
La puerta estaba abierta y pude entrarme.
FEDERICO.
¿No quieres escucharme ni entenderme?
Mira que está en tu mano remediarme.
FABIO.
Un hombre habla con Laura rebozado.
MARQUÉS.
Verdad, ¡por Dios! No acabo de admirarme.
FABIO.
¿Cómo la puerta abierta se han dejado?
¿Si es hombre sospechoso?
FEDERICO.
¡Ay de mí, triste,
Los hombres que me siguen han entrado!
Quiero, mujer, pues no me respondiste,
Entrarme por tu casa y esconderme.

Vase.

MARQUÉS.
Fuése sin que le vieses; mal hiciste.
FABIO.
Dejóme tan suspenso, que á no verme,
No me pude atrever; mas si está en casa,
¿Qué importa?
MARQUÉS.
Llama á Laura.
FABIO.
Laura duerme.
MARQUÉS.
Despiértala, y sepamos lo que pasa.
FABIO.
No duerme.
MARQUÉS.
¿Cómo no?
FABIO.
Como no siente;
Helada está.
MARQUÉS.
Pues como el sol que abrasa.
FABIO.
Desmayo fué, sin duda.
MARQUÉS.
¡Qué accidente
Tan notable! ¡Fenisa! ¡Hola, criados!
Llama de presto, Fabio, alguna gente.

¡Oh rayos soberanos eclipsados!
¡Muerto soy, Fabio!

Salen Fenisa, Tirso, Otavio y Sirena.

FENISA.
Gran señor, ¿qué es esto?
MARQUÉS.
¿Dónde estábades todos ocupados?
¿Cómo á Laura dejastes?
FENISA.
Pues ¿tan presto
Tiene algún accidente mi señora?
OTAVIO.
¡Triste de mí; mi bello sol se ha puesto!
TIRSO.
Pues, señora, ¿no estaba buena ahora?
SIRENA.
Cuido yo que está difunta y fría.
OTAVIO.
En otro mundo amaneció su aurora.
MARQUÉS.
Traed agua de presto.
OTAVIO.
¡Ah, Laura mía!
Si mueres, moriré.
MARQUÉS.
¿Qué dice este hombre?
OTAVIO.
Dije que si ella muere, moriría.
TIRSO.
Pascual, ¿qué hemos de hacer?
OTAVIO.
Nadie me nombre
Pascual si muere Laura.

Vuelve en sí Laura.

FABIO.
Ya recuerda.
OTAVIO.
Si se detiene más, digo mi nombre.
LAURA.
¿Quién está aquí?
MARQUÉS.
Yo soy, mi bien.
FENISA.
Si es cuerda
Laura, no dudes que esto es todo engaño.
OTAVIO.
De lo que concertamos se me acuerda.
LAURA.
¡Ay, Marqués mi señor, qué caso extraño,
Esperándoos aquí, me ha sucedido!
MARQUÉS.
¡Bien he sentido por los dos el daño!
¡Ah, Laura celestial! ¿Qué habéis tenido?
LAURA.
Aguardándoos estaba en este estrado,
Cuando veo.....
MARQUÉS.
¿Qué vistes?
LAURA.
Mi marido,
Que todo en tiernas lágrimas bañado,
Me dijo que cumpliese ciertas cosas
Que haciendo testamento se ha olvidado.
Yo, por ser las palabras tan piadosas,
Y la figura al fin de un hombre muerto,
Perdí el sentido.
MARQUÉS.
Bien se ve en tus rosas.
Yo vi tu esposo.
LAURA.
¿Tú, señor?
MARQUÉS.
Tan cierto
Como te veo á ti.
TIRSO.
Pascual, ¿qué es esto?
¿Si entró aqueste difunto por el huerto?
OTAVIO.
No sé, ¡por Dios! ¡Temblando estoy!
LAURA.
Por esto
Te ruego que esta noche te recojas,
Que en gran tristeza el corazón me ha puesto;
Mañana pasarán estas congojas;
Yo te doy la palabra de servirte.
MARQUÉS.
Vuelve la sangre á tus mejillas rojas,
Que no es esta ocasión para decirte
Mi tierno amor; lugar habrá mañana.
Quédate adiós.
LAURA.
Con esto puedes irte.
MARQUÉS.
Yo vi aquí el difunto, cosa es llana.
FABIO.
Y yo también, ¡por Dios! Vámonos presto.
MARQUÉS.
¡Qué mal se logra mi esperanza vana!
Entre vivos y muertos estoy puesto.
FABIO.
Manda que Laura á la ciudad se vuelva.
MARQUÉS.
Á que luego se vuelva estoy dispuesto,
Ó que mi amor dejalla se resuelva.

Vase el Marqués y sus criados.

TIRSO.
Sirena, yo me voy á la cocina.
¿Tienes alguna manta en que me envuelva?
SIRENA.
Yo tengo una patena de Marina
Que tiene muchos santos engastados.
TIRSO.
Pues pónmela, que el alma se me fina,
Y dime una oración contra finados.

Vanse Tirso y Sirena. Quedan Laura y Otavio.

OTAVIO.
Ya se me arrancaba el alma

Por hablarte en soledad.
¿Esto es fingido ó verdad?

LAURA.

Bien puedes darme la palma,
Otavio, desta invención.

OTAVIO.

Pues ¿cómo ha sido fingido,
Si dice que á tu marido
Vió el Marqués?

LAURA.

Tiene razón.
Porque estando yo fingiendo
En mi estrado aquel cruel
Desmayo, para que dél
Resulte lo que estás viendo,
Y pensando en que diría
Que mi difunto marido
Me habló visible y vestido
Como en la tierra vivía,
Por esa puerta se entró
Un hombre, á quien el Marqués
Tenía preso, y pienso que es
El que matarle intentó.
Éste me estaba diciendo
Que en mi casa le acogiese,
Y como el Marqués le viese
Por las espaldas y huyendo,
Fué fácil de persuadir
Que mi marido sería,
Viéndome ya helada y fría.

OTAVIO.

¡Oh, cuánto sabéis fingir!
Ríndase el hombre más sabio
Al ingenio de mujer,
Mayormente para hacer
Á uno gusto y á otro agravio.
Pero advierte, prenda mía,
Que estas invenciones son
Para poner dilación
En mi desdicha en un día.
Si el Marqués viene mañana
Y porfía en tu promesa,
¿Qué has de hacer?

LAURA.

Saldrá su empresa,
Como su esperanza, vana;
Que si me aprieta, ha de hacer
Que me disponga á casarme
Contigo.

OTAVIO.

Querrás honrarme.
Pero ¿cómo puede ser,
Siendo yo un hombre tan vil?

LAURA.

¿Cómo puede ser, amor,
Un hijo de un senador
Y persona tan servil?

OTAVIO.

¡Ay, triste! ¿Si acaso oyó (Aparte.)
Lo que traté con Estacio?
Ahora bien, con más espacio
Lo trataremos tú y yo.
Ven ahora á descansar;
Que si esto guía mi suerte,
Ni el Marqués ni el mundo es fuerte
Para podello estorbar.

LAURA.

Fenisa, esas puertas cierra.

FENISA.

De mi cuidado las fía.

LAURA.

¡Qué bien dije que tenía
Á mi marido en la tierra,
Y que me habló, pues te tengo,
Otavio, en mi casa ahora!

OTAVIO.

Dichoso fuí yo, señora,
Si á ser tu marido vengo.

Vanse.

Sale Federico.

FEDERICO.

Como una cosa loca y sin sentido,
Por esta casa grande, al fin de Laura,
Ando de aposento en aposento;
Éste me ha parecido el más escuro,
Donde pienso aguardar que á la mañana
Persüada mejor á estas mujeres
Á mi remedio, ó por lo menos tengan
Piedad de mí, con darme alguna guía
Que por el monte, hasta salir, me lleve
Al primero lugar donde no tenga
Jurisdicción este cruel tirano.
Ahora están, sin duda, al primer sueño,
Y darán voces, que siempre son sus armas (1),
Y obligaránme á hacer un desatino.
¡Terrible escuridad! Atentar quiero
Si tiene este aposento alguna parte
Donde pueda pasar tan triste noche.

Sale Estacio.

ESTACIO.

Hablar oí: sin duda viene Otavio,
Que después que me dió cuenta de todo
Cuanto en aquesta casa le ha pasado,
No ha vuelto á verme. ¡Otavio!

FEDERICO.

¡Ah, cielos!
Aquí suena una voz, y llama á Otavio.
Quiero estar más atento á lo que dice,
Y responder como que soy quien llama.

ESTACIO.

¿Eres tú?

FEDERICO.

¿No lo ves?

ESTACIO.

Ya me afligía
En esta obscuridad.

FEDERICO.

Pues ten paciencia.

(1) Sobra el *y* para el verso.

Mas ¿quién eres también? que estoy dudoso.

ESTACIO.

Estacio, tu criado.

FEDERICO.

Ansí, ya entiendo.

ESTACIO.

Después que me contaste este suceso,
No me puedo valer de risa.

FEDERICO.

Es cosa
De gran donaire.

ESTACIO.

Gran ventura ha sido
Robarte los ladrones el vestido.

FEDERICO.

Eso fué lo mejor.

ESTACIO.

Venir desnudo
Movió, sin duda, esta viuda hermosa
Para que te acogiese.

FEDERICO.

Es muy piadosa.

ESTACIO.

No fué poca piedad, pues te ha hecho
Dueño de su persona y de su hacienda;
Mas eso del Marqués es fuerte cosa.

FEDERICO.

No puedo dar sin el Marqués un paso.
Pues ¿qué es lo del Marqués, amigo Estacio?

ESTACIO.

¿No me dijiste que el Marqués amaba
Esta Laura, que estaba en el castillo
Con achaque de andar el monte á caza,
Y que venía á verla por momentos?

FEDERICO.

¡Ay triste, que el Marqués viene á esta casa,
Y que ésta es Laura! ¡Á buen sagrado vine!
Estacio, verdad es que el Marqués viene
Con ese intento aquí; pero no importa,
Que á mí me quiere Laura.

ESTACIO.

Ansí lo creo.

FEDERICO.

La puerta siento abrir; aquí me aparto.

ESTACIO.

Pues apártate allí si temes algo.

Apártase á un lado.

Sale Otavio.

OTAVIO.

Estacio.....

ESTACIO.

¿Llamas?

OTAVIO.

¿No me escuchas? (1).
Aquí viene tu cena.

ESTACIO.

Y á buen tiempo.

(1) Verso incompleto.

FEDERICO.

Cena dice que trae, y sabe el cielo
Si la tomara yo, que desde el alba
No he probado otra cosa que desdichas.

OTAVIO.

Llégate, pues.

ESTACIO.

¿Por dónde?

FEDERICO.

Llegar quiero
Y tomar lo que trae, y esconderme.

Toma la toalla Federico, y vase.

OTAVIO.

En fin, Estacio, dió el Marqués la vuelta
Como con Laura concertó, y entonces
Fingió Laura un desmayo.

ESTACIO.

Gracia tienes.
Dame la cena, y luego muy de espacio
Me dirás esos cuentos; que con hambre
Ninguno escucha bien, aunque sea música.

OTAVIO.

¡Que la cena te dé! Pues ¿no la tienes?

ESTACIO.

¿La cena he de tener? ¿Hásmela dado?

OTAVIO.

¿Cómo que no, si ahora de mis manos
La acabas de tomar?

ESTACIO.

¿Yo cena ahora?

OTAVIO.

No, sino el alba.

ESTACIO.

¡Vive Dios eterno,
Que no he tomado tal!

OTAVIO.

¿Qué es lo que dices?

ESTACIO.

Que no he visto la cena.

OTAVIO.

Yo traía
Una toalla aquí, donde venía.

ESTACIO.

Habrásete caído.

OTAVIO.

No lo dudo,
Imaginando yo que la tomabas.
Pásate al aposento de allí enfrente,
Y yo traeré una luz.

ESTACIO.

Pues yo me paso,
Y me paso de hambre.

OTAVIO.

¡Extraño caso!

Vanse.

Salen el Marqués y Tancredo.

MARQUÉS.

No me pudiera venir

Nueva que sintiera tanto;
De aquella cruel me espanto.

TANCREDO.

No lo pensaba decir;
Mas, viendo que has de sabello,
No me pareció razón.

MARQUÉS.

¿Que le sacó de prisión?

TANCREDO.

Es tu hermana, y pudo hacello;
Que le fiaron las llaves,
Y después buscaron modos
Con que asegurar á todos.

MARQUÉS.

La causa, Tancredo, sabes,
Y pues la encubres, sin duda
Es mayor mal para mí.

TANCREDO.

La causa también oí.

MARQUÉS.

El amor desta viuda
Me tiene en esta ocasión,
Por ausentarme de allá
En este punto.

TANCREDO.

No está
Lejos de ser afición.
Ansí todos lo murmuran,
Y que está con él casada.

MARQUÉS.

Camila estará vengada,
Todos mi muerte procuran.
¿Con mi hermana Federico,
Hombre que quiso matarme?
Mal he sabido vengarme.

TANCREDO.

Que lo mires te suplico
Con la piedad que es razón,
Pues que el honor le quitaste.

MARQUÉS.

No más, Tancredo, eso baste,
Que muchas licencias son.

TANCREDO.

No fuera yo tu criado,
Ni honrado vasallo fuera,
Señor, si no te dijera
Á lo que estás obligado.
Camila es tu prima hermana,
Y hermana de Federico;
Si no es rico, tú eres rico.

MARQUÉS.

Será su esperanza vana.
Laura ha de salir de aquí,
Ya estas cosas van de veras;
No quiero andar en quimeras
Ni que se burle de mí.
Laura es mi vasalla, y yo
Soy su señor; pues me ha dado
La palabra, no he forzado
Á Laura; ella se forzó.
¿No viene Fabio?

TANCREDO.

Ya viene.

Sale Fabio.

FABIO.

Á Laura, señor, hablé,
Y decirte no podré
La pena y ansia que tiene.
Salió, como es de mañana,
De la cama, como sale
El sol, á quien no se iguale
Ninguna hermosura humana.
Sólo el faldellín traía,
Y un reboçiño que en breve
Tiempo mostró alguna nieve
Que en pecho y garganta había.
Hoy ha de ser desdichada,
Que se ha levantado hermosa;
Oyó mi razón forzosa,
Aunque la escuchó forzada,
Y dice que no es posible
Irse á Ferrara tan presto.

MARQUÉS.

¿Cómo que no? ¡Bueno es esto!
¿Laura conmigo imposible?
Yo tengo la culpa; llama,
Rompe esas puertas, que ya
Las fuerzas conocerá
De un poderoso que ama.
Yo le..... ¡vive Dios! á Laura,
Que ha de ver mi necio amor
Trocado en mucho rigor.

TANCREDO.

Tu pérdida se restaura,
Y deja de andar perdido.

Salen Laura y Fenisa.

LAURA.

¿Qué es esto, señor Marqués?

MARQUÉS.

Laura, Laura, aquesto es
Querer y no ser querido.
Un coche traen aquí:
Hoy te has de partir al punto;
Que no quiero que el difunto
Vuelva otra noche por ti.
Esto es sin réplica, Laura,
Que es enojo y soy quien soy.

LAURA.

Á tus pies humilde estoy.

MARQUÉS.

¡Que seas mi aliento y aura,
Que seas mis ojos mismos,
Que vivas por alma en ellos,
Que un punto que esté sin ellos
Viva en escuros abismos,
Y que me trates ansí!

Salen Otavio y Tirso.

OTAVIO.

¿Laura dices que se va?

TIRSO.
¿No lo ves? Á punto está.
OTAVIO.
¿El Marqués la lleva?
TIRSO.
Sí,
Que ya está el coche á la puerta.
OTAVIO.
¡Cielos, mostrad el cuidado
De un ingenio enamorado,
Cuando la desdicha es cierta.
Guárdate, Tirso, de mí;
¿No ves cómo me mordió
Aquel perro que pasó?
TIRSO.
¿Qué perro, que no le ví?
OTAVIO.
¿No ves aquel perro negro
Que va huyendo y rabiando?
TIRSO.
En grandes desdichas ando.
OTAVIO.
Pero por morir me alegro.
TIRSO.
¿Qué perro, Pascual?
OTAVIO.
¡Ay, triste!
¡Ay, qué terrible dolor!
TIRSO.
¡Que rabia Pascual, señor!
OTAVIO.
Causa de mi rabia fuiste.

Llégase Otavio á Laura, y hace que la muerde.

FABIO.
Á Laura asió.
OTAVIO.
¡Laura mía!

Dice Otavio á Laura aparte:

Di que de haberte tocado
Rabias también.
LAURA.
Ya ha empezado
Á tiempo la rabia mía;
Que no miento.
OTAVIO.
Rabia, pues.
MARQUÉS.
Desvíate dél, señora.

Llora Laura.

LAURA.
¡Ay, triste de mí!
FENISA.
Ya llora.
MARQUÉS.
¿Rabias, Laura?
FABIO.
¿No lo ves?
MARQUÉS.
Esto sólo me faltaba.
¿Quién trujo aquí este pastor?
FENISA.
Del campo vino, señor,
Donde el ganado guardaba,
Y allá le habrá sucedido:
Guárdese Vueseñoría.
OTAVIO.
Finge rabiar, Laura mía. (Aparte.)
LAURA.
Ya rabio, que no es fingido.
¿Dónde hallaste la invención?
OTAVIO.
Viéndote llevar ansí,
Me la dió el amor aquí
Por breve resolución.
TIRSO.
Guárdese, señor, no llegue;
Mire que le morderán.
MARQUÉS.
Rabiando los dos están;
Temo que el amor me ciegue,
Y rabie también con ellos.
FABIO.
Guárdete Dios; ¿estás loco?
MARQUÉS.
Si Laura muere, esto es poco.
FENISA.
Señor, desvíese dellos.
MARQUÉS.
¡Oh pastor, maldito seas!
¿No te murieras allá?
TIRSO.
No llegue, guárdese acá.
TANCREDO.
Pienso que morir deseas;
Ven adonde libre estés,
Y procúrala curar.
MARQUÉS.
¿Habrá alguno en el lugar
Que la cure?
TIRSO.
Y más de tres.
MARQUÉS.
¿Quién?
TIRSO.
El sacristán, señor,
Que conjura los nublados.
OTAVIO.
¡Oh, cómo estáis descuidados!
Llamad á un saludador.
FENISA.
Hasta que salgas de aquí,
Temo tu vida.
MARQUÉS.
Pues vamos;
Que si hoy todos no rabiamos,
Yo solo rabio, ¡ay de mí!

Vase el Marqués y criados.

FENISA.

Vé, Tirso, á la iglesia luego:
Trae agua bendita.

TIRSO.

¿En qué?

FENISA.

En un vaso.

TIRSO.

Yo traeré
Agua que mate este fuego.
¿Por dónde entró en esta casa
Este Pascual nigromante?

FENISA.

Camina.

TIRSO.

Vé tú delante.

FENISA.

¡Qué flema, y Laura se abrasa!

TIRSO.

Después que éste en casa entró
Hay mil difuntos, mil cuentos,
Hablan por los aposentos,
Y aun he visto sombras yo;
Hay brujas, hay mil traiciones,
Hay primos, y es muy sin duda
Que en casa de una viuda
Son las más malas visiones.
¡Ya sólo rabiar faltaba!
Doy gracias, Fenisa, á Dios;
Que ya con rabiar los dos
Toda la pena se acaba.

Vase.

FENISA.

Ya se fué.

OTAVIO.

Ya estoy cansado
De rabiar.

LAURA.

Y yo también.

OTAVIO.

Fenisa, asientos nos den.

FENISA.

¡Qué bien le habéis engañado!
En estas sillas podéis
De la rabia descansar.

OTAVIO.

¿Cómo te fué de rabiar?
¡Oh celos, cuanto sabéis!

LAURA.

Bien, pues que libre me veo.

OTAVIO.

Tráeme, Fenisa, á beber;
Que bien lo habré menester
Para templar el deseo.

FENISA.

Ya voy.

LAURA.

Trae alguna caja.

Vase Fenisa.

OTAVIO.

¿Qué ha de ser, Laura, de mí?
Que si aquéste vuelve aquí,
Haz cuenta que un rayo baja.

LAURA.

¿Si nos podremos casar
Sin que se enoje el Marqués?
¿Este es remedio?

OTAVIO.

No lo es,
Pues en fin se ha de enojar;
Pero si se puede hacer
De suerte que no se agravie,
Será gran bien.

Vuelve Fenisa con una caja de conservas, y vino en un vaso.

FENISA.

Aunque rabie,
Le quiero dar de beber:
Ten tú la caja, señora,
Y él tenga el vaso,

LAURA.

Sí haré.

OTAVIO.

Yo comeré y beberé.

Sale Tirso con un caldero é hisopo.

TIRSO.

¡Á fe, que he de ver agora
Si rabian! ¿Quién tal pensara?
Sentados beben los dos;
Desa manera, ¡por Dios,
Que yo también me rabiara!

OTAVIO.

Tirso nos ha visto.

LAURA.

Ya,
¿Qué importa? Nadie me agravia;
Todo ha de entrar en la rabia.

TIRSO.

Pues, Pascual, ¿cómo le va?
¿Está ya más consolado?
¿No será ya menester
El hisopo?

OTAVIO.

Quise ver
Si estaba muy lastimado,
Y en aquesta copa vi
Que fué de burlas mi mal.

TIRSO.

Y ¿en vino, señor Pascual,
Se ven los que rabian?

OTAVIO.

Sí,

TIRSO.

En agua pensaba yo;
Mas ¿qué más rabia que ver
El agua, yendo á beber?

OTAVIO.

Con vino nadie rabió.
Suele el agua dar dolores,
Suele matar; mas el vino
Fué siempre un licor divino
Para no rabiar de amores.

FENISA.

Mete ese caldero allá.

TIRSO.

Ya sé que no es menester.

OTAVIO.

El mal me quiere volver.

TIRSO.

Si viene el Marqués, sí hará.

OTAVIO.

¿Esas malicias usáis?

TIRSO.

¿Sabéis qué veo?

OTAVIO.

¿Qué veis?

TIRSO.

Que rabiáis cuando queréis,
Y cuando no, no rabiáis.

Vase Tirso.

OTAVIO.

Concertemos, Laura mía,
Salir de una vez, no más,
De tanto mal; que si estás
Dudosa, este mismo día
Sabrás que tengo valor
Para igualarme á tu estado.

LAURA.

Ya sé que tiene el Senado
De tu sangre un Senador.

OTAVIO.

¿Tú lo sabes?

LAURA.

Yo lo sé.

OTAVIO.

Ya no es tiempo de negar,
Porque no pueda tocar
Mayor firmeza tu fe.
Laura, yo soy bien nacido;
Si fías de lo que soy,
Palabra y mano te doy
De que seré tu marido;
Mas con una condición,
Que hayas de salir de aquí
Antes que el Marqués por ti
Vuelva con loca afición.
Yo te llevaré á Ferrara
Á mis padres, que después
Le pedirán al Marqués
Nuestro perdón.

LAURA.

Cosa es clara,
Otavio, que si te adoro
Iré contigo á la muerte:
Ven, y tracemos de suerte
Que mi seda, plata y oro,
No se pierda por lo menos.

OTAVIO.

Aunque no soy pobre, es justo.

FENISA.

Quien camina con su gusto,
Lleva cofres de oro llenos.

OTAVIO.

Tu honrada solicitud
Satisfaré.

FENISA.

Ven, señor,
No venga el saludador.

OTAVIO.

En Laura está mi salud.

Vanse.

Sale Federico.

FEDERICO.

Ya salgo de la noche en que he vivido,
Á partirme de aquí determinado,
Ansí por muchas voces que he sentido,
Que han puesto mi tormento en más cuidado,
Como por ver que ya se habrán partido
Deste castillo los que me han buscado:
Hablar quiero á esta Laura, aunque no sabe
Que en su casa durmió huésped tan grave.
De mucho me ha servido aquel criado
Que á obscuras me informó de sus sucesos,
Y que el Marqués, de Laura enamorado,
Preso de amor, se olvida de sus presos,
Que nunca huyó de un poderoso airado,
Con mil agravios en el alma impresos.
Más juzgara del mal en que yo muero:
Lá puerta abrieron, embozarme quiero.

Sale Otavio.

OTAVIO.

Muéstrame, Estacio, aquí tu amor agora,
Que habemos concertado irnos huyendo
Del Marqués riguroso, que enamora
Con el poder, y no..... ¿Qué estoy diciendo?
¿En esta casa nuevo huésped mora?
¿Hombre en este aposento?

FEDERICO.

Estoy temiendo
El descubrirme: soy pastor, amigo.
¿Ya me desconociste?

OTAVIO.

¿Habláis conmigo?

FEDERICO.

¿No eres de casa?

OTAVIO.

¡Nunca yo lo fuera!
De casa soy.

FEDERICO.

Pues yo soy el que tiene
Aquí escondido Laura; ¿qué te altera?

Aquí lo que es el día me entretiene.
No alborotes la casa.

OTAVIO.

¡Ah, cielo!

FEDERICO.

Espera;
Dile que venga aquí, que si ella viene,
Muy bien sabe quién soy; esto es quimera.

OTAVIO.

¡El corazón y el alma se me altera!
Á fe, señor hidalgo, que es nuesama
Bestia de lindo porte y buen contento;
Tendrá, á la cuenta, pues á vos os ama,
Un galán, como vos, cada aposento.

FEDERICO.

Como es, amigo, tan bizarra dama,
No hay hombre noble que no beba el viento
Por merecerla; aquí también he oído
Que está un Otavio, como yo, escondido.

OTAVIO.

Ese Otavio conozco, y le decía
No ha mucho, Laura, que ha de ser su esposo.
Mas yo no lo sé ya.

FEDERICO.

Yo no querría
Ser conocido.

OTAVIO.

Ya será forzoso.
¡Oh, infame Laura, deshonesta arpía!
¿Y dese Otavio no vivís celoso?

FEDERICO.

Cuando sepas quién soy, sabrás mi intento.

OTAVIO.

¿Diréis que no tratáis de casamiento?

FEDERICO.

Es otra la razón que aquí me esconde.

OTAVIO.

¿Será sólo gozarla?

FEDERICO.

Es diferente.
Gran gente suena en casa; voyme adonde
Pueda estar escondido desta gente.

OTAVIO.

Este aposento, que al jardín responde,
Será para esconderos conveniente.

FEDERICO.

Allá me voy.

OTAVIO.

Y yo á morir me quedo.

FEDERICO.

Cualquiera sombra ó luz me causa miedo.

Vase Federico.

OTAVIO.

¿Quién estará seguro de mudanza?
¿Quién de lealtad, aunque en presencia sea?
¿Quién de quien nunca sus agravios vea?
¿Quién puso en la mujer toda esperanza?
Si es fuerza amar, amar sin confianza
Ataja el mal que el crédito rodea;
Ame quien es amado, mas no crea
Que nunca el daño al desengaño alcanza.
Es esfera de tantos movimientos,
Que ni la experiencia ni las artes
Han reducido su mudanza á nombre;
Que son de la mujer los pensamientos,
Como un espejo que, quebrado en partes,
En cada parte puede verse un hombre.

Vase.

Salen el Marqués, Laura, Fenisa, Fabio, Tirso, Sirena y un Alcaide del castillo.

ALCAIDE.

Tienen estas palabras tanta fuerza,
Que á nadie las he dicho que al instante
No perdiese el furor, y muchas veces
En mal de corazón se ven milagros.

MARQUÉS.

Alcaide, si le hacen, yo os prometo
Mejorar el oficio; que en Ferrara
Queda á vuestra elección el que quisiéredes.

LAURA.

¡Triste de mí, Fenisa, que ha tardado
Otavio! ¡Yo soy muerta!

ALCAIDE.

Laura, escucha.

LAURA.

¿Qué me quieres decir?

ALCAIDE.

Oye al oído.

TIRSO.

También sospecho yo que estoy mordido.

ALCAIDE.

Laura está buena ya.

FENISA.

Vueseñoría
Mande que á todos los de casa toque,
Que estamos sospechosos desta rabia.

MARQUÉS.

Alcaide amigo, saludad á todos.

SIRENA.

Á mí, señor, primero,

TIRSO.

Pues primero
Me ha de decir á mí, que me ha mordido
De una oreja Pascual.

ALCAIDE.

Llega, Sirena.

LAURA.

Y mientras, vaya Tirso, y de una parra
Traiga unos verdes pámpanos, que aquéstos
Son los pelos del perro de su rabia.

TIRSO.

¿Agravióme?

SIRENA.

Laura á nadie agravia.

Sale Otavio.

OTAVIO.

Si puede un hombre que viene,

Noble Marqués de Ferrara,
Á morir, tener licencia
De hablar algunas palabras;
Si se concede lugar
Al que en el cordel las habla,
Y atentos le escuchan todos,
Óyeme, y luego me mata.

MARQUÉS.

¡Caso extraño! ¿No es aquéste,
Laura, el villano que rabia?

OTAVIO.

Sí soy, el que rabio soy,
Pero es distinta la casta
Del perro que me ha mordido;
Como es amor ciego, andaba
Siempre á su lado, que celos
Para rabiar, celos bastan;
Perros de amor ciegos son,
Y ellos me muerden y abrasan.

LAURA.

¿Qué dice Otavio, Fenisa?

FENISA.

Alguna invención que traza.

MARQUÉS.

Sosiégate, labrador;
Que me parece que tratas
De otra rabia y de otra pena.

OTAVIO.

Pues digo que es celos, basta.
Pero no soy labrador;
Que este gabán, que te engaña,
Me quito aquí, porque veas
Descubierta toda el alma.

Quítase el gabán, y queda de galán, y prosigue:

Vesme aquí vuelto en mi ser;
Otavio, señor, me llaman;
Hijo de Patricio soy,
Tu Senador de Ferrara.

LAURA.

¿Para qué se ha descubierto?

FENISA.

Otavio es discreto: calla;
Que esto será la invención.

MARQUÉS.

Di adelante. ¡Cosa extraña!

OTAVIO.

Robado de unos ladrones,
Llegué desnudo á esta casa
La noche que no pudiste
Entrar á verte con Laura.
Como llegué en ocasión
Que Laura te deseaba.....

LAURA.

¡Ay, triste, todo lo dice!

FENISA.

¿No ves que es la invención? Calla.

OTAVIO.

Y que en la imaginación
De tus gustos llena estaba,
Y después que en breve tiempo
Sucedieron cosas largas,
Yo fuí su dueño, y por mí
Con tales burlas te trata,
Que todo ha sido mentira
Y entretener tu esperanza.

LAURA.

Fenisa, ¿qué dice este hombre?

FENISA.

Si es la invención, ¿qué te enfada?
Aguarda, callando, el fin.

OTAVIO.

Finalmente, esta mañana
Le dí la mano de esposo
Y á Ferrara la llevaba;
Pero cuando entré á buscar
Un criado que me aguarda,
En esta casa escondido,
Con mi pistola y sus armas,
Hallé que Laura tenía
Otro en otra misma cuadra,
Que trataba como á mí.

LAURA.

¿Qué es esto, Fenisa?

FENISA.

Calla;
¿No ves que todo es mentira?

OTAVIO.

Preguntéle qué aguardaba,
Y díjome lo que digo.
Yo, con los celos y ansias
De ver que dos hombres tenga
Laura el día que se casa
Conmigo, determinéme
De que el filo de tu espada
Hiciese fin esta vida,
Contándote lo que pasa.

MARQUÉS.

Laura, ¿qué es esto, tú tienes
Estos hombres en tu casa?

LAURA.

¿Qué le diré, Otavio, ahora?
Que no me dijiste nada.

OTAVIO.

¿Qué has de decir, Laura injusta,
En una ocasión tan llana?

LAURA.

Pues si no me has prevenido,
Erraré en la invención.

OTAVIO.

¡Falsa,
La invención ha sido tuya,
Que aquesta es la historia clara!
Manda, Marqués generoso,
Buscar el hombre.

MARQUÉS.

¿Qué aguardas,
Fabio, que no vas por él?

ALCAIDE.

Vamos todos.

Van por él Fabio y el Alcaide.

MARQUÉS.
Dime, Laura,
¡Has pagado bien mi amor!
LAURA.
Otavio, dime en qué para
Esta invención, porque yo
Responda, que estoy turbada.
OTAVIO.
La respuesta que me pides
Será mi muerte y tu infamia.
LAURA.
¿Hablas de veras?
OTAVIO.
Pues ¡no!
LAURA.
¿Loco estás?
OTAVIO.
Antes lo estaba.

Salen Fabio y Estacio.

FABIO.
Este hombre hemos hallado.
MARQUÉS.
¿Es éste el hombre?
OTAVIO.
Señor,
Éste no, que es mi criado.
ESTACIO.
¿Cómo con tanto rigor
De donde estoy me han sacado?
OTAVIO.
No tengas miedo.
MARQUÉS.
Traed
El hombre que dice Otavio.

Va Fabio por él.

LAURA.
Señor, hacedme merced
De escucharme.
MARQUÉS.
En tanto agravio,
Laura, silencio tened.
LAURA.
¿No veis que aquesto es maldad?

Sale Fabio y saca á Federico.

FABIO.
¡Salid de presto!
FEDERICO.
Escuchad,
Y que me oigáis os suplico.
MARQUÉS.
¡Cielos! ¿Quién es?
FEDERICO.
Federico.
MARQUÉS.
¿Qué Federico? Esperad.
TANCREDO.
Tu primo, el que estaba preso.
MARQUÉS.
¿Eres tú?
FEDERICO.
Yo soy, señor;
Que temiendo algún suceso
De tu crueldad y rigor,
Que este temor te confieso,
De mi esposa y de tu hermana
La libertad recibí.
MARQUÉS.
¡Cómo! ¿Tu esposa Diana?
FEDERICO.
¿No la merezco?
MARQUÉS.
No, y sí:
No, por la culpa inhumana
De haber mi muerte intentado;
Y sí, porque eres mi primo.
Pero ¿cómo aquí has llegado?
FEDERICO.
La vida, que ya no estimo,
Me dió este incierto sagrado.
En esta casa me entré
Cuando de tu gente huí,
Y porque esta dama hallé
Desmayada, me escondí
Donde primero topé.
Allí, en efecto, he vivido
Y de milagro he comido;
Que el cielo á los inocentes
Ampara.
LAURA.
¿Ves cómo mientes,
Otavio, en lo que has fingido?
Éste es el hombre que entró
Cuando el desmayo fingí,
Que por las espaldas vió
El Marqués.
OTAVIO.
Todo es ansí,
Mi loco amor me engañó;
Mas, pues que somos los tres
En la ofensa del Marqués
Culpados, para que acierte
Mejor á darnos la muerte,
Echémonos á sus pies.
LAURA.
Si conviene á tu grandeza
Usar rigor, aquí estoy.
MARQUÉS.
Hoy verás mi gran nobleza.
OTAVIO.
Yo, que el más culpado soy,
Pongo á tus pies mi cabeza.
FEDERICO.
Bien sabes, y es cosa llana,
Gran señor, que ya tu hermana
Es mía, y que sin honor,
Matarme será mejor

Que obscurecer tal Dïana.
Tú, que mi honor me has quitado,
Juzga si es justo tener
Tal primo ni tal cuñado.

MARQUÉS.

Primo, que lo habéis de ser,
Mucho me habéis obligado;
Y en señal de que os estimo,
Os abrazo y llamo primo.

FEDERICO.

Por esclavo me tened.

MARQUÉS.

Á todos haré merced.

LAURA.

Y yo á pedirlas me animo.

MARQUÉS.

Laura, yo no quiero ir
Contra el gusto de los cielos;
Hoy Camila ha de vivir,
Hoy han de morir mis celos
Y tu amor ha de morir.
Éstos dos solos serán
Á quien corte la cabeza,
Pues que culpados están;
Otavio tiene nobleza,
Ésa los cielos te dan.
Camila será mi esposa,
Y mi bella hermana sea
De Federico.

FEDERICO.

¡Qué cosa
Más heroica! Yo te vea
Rey del mundo.

MARQUÉS.

Laura hermosa,
Dad luego la mano á Otavio.

TIRSO.

¿En esto paró, Pascual,
La rabia?

OTAVIO.

Sí, Tirso hermano.

TIRSO.

Á fe que no danza mal
Con el gabán el villano.
Suplícoos que, pues estáis
Casado, me perdonéis
Los veinte reales, pues vais
Adonde tantos tendréis.

OTAVIO.

Antes quiero que sepáis
Que habéis de ir conmigo allá,
Y con Sirena casado.

MARQUÉS.

Sin premio Fenisa está,
Y pues á mí me ha obligado,
La mano, Fabio, le da;
Que yo os doy, pues es razón,
Esta aldea, monte y prado.

FENISA.

Obras de tu mano son.

OTAVIO.

Y aquí se acaba, senado,
El llegar en ocasión.

FIN.

LA DISCRETA ENAMORADA

LA DISCRETA ENAMORADA

PERSONAS

Belisa, *viuda.*	Hernando, *criado.*	Finardo, *gentilhombre.*
Fenisa, *su hija.*	Leonardo, *criado.*	Fulminato, *criado.*
El capitán Bernardo.	Gerarda, *dama.*	Liseo.
Lucindo, *su hijo.*	Doristeo, *gentilhombre.*	Fabio.—Criados.

ACTO PRIMERO.

Belisa y Fenisa, tapadas.

BELISA.

Baja los ojos al suelo,
Porque sólo has de mirar
La tierra que has de pisar.

FENISA.

¡Qué! ¿No he de mirar al cielo?

BELISA.

No repliques, bachillera.

FENISA.

Pues ¿no quieres que me asombre?
Crió Dios derecho al hombre
Porque el cielo ver pudiera;
Y de su poder sagrado
Fué advertencia singular,
Para que viese el lugar
Para donde fué criado.
Los animales, que el cielo
Para la tierra crió,
Miren el suelo; mas yo,
¿Por qué he de mirar al suelo?

BELISA.

Mirar al cielo podrás
Con sólo el entendimiento;
Que un honesto pensamiento
Mira la tierra no más.
La vergüenza en la doncella
Es un tesoro divino:
Con ella á mil bienes vino,
Y á dos mil males sin ella.
Cuando quieras contemplar
En el cielo, en tu aposento,
Con mucho recogimiento,
Tendrás, Fenisa, lugar.
Desde allí contemplarás
De su grandeza el proceso.

FENISA.

No soy monja, ni profeso
Las lecciones que me das;
Y si para atormentarme
Me trujiste al jubileo,
Más cumplieras tu deseo
Pudiendo en casa encerrarme.
Dejárasme con diez llaves.

BELISA.

¿Extremos haces agora?

FENISA.

Pues ¿no he de sentir, señora,
Que por momentos me acabes?
¡Con mis ojos vas riñendo!
¿En qué te dan ocasión?

BELISA.

Por ser santa la estación,
Voy tus ojos componiendo.
Y no recibas enojo;
Que doncellas y hermosuras
Son como las criaturas,
Que suelen morirse de ojo.
Hay mancebete en Madrid

Que, si te mira al soslayo,
Hará el efecto del rayo.

FENISA.

El efecto me decid.

BELISA.

Abrasarte el corazón,
Dejando sano el vestido.

FENISA.

Ya sabes tú que no he sido
De tan tierna condición.

BELISA.

Decía tu abuela honrada
Que una doncella altanera
Era en la calle una fiera
De cazadores cercada.
Piérdese cuando la alaban,
Ríndese cuando suspiran;
Que cuantos ojos la miran,
Con tantas flechas la clavan.

FENISA.

Pues ¿cuándo se ha de casar
Una mujer nunca vista?

BELISA.

Eso no ha de ser conquista,
Que es imposible acertar.

FENISA.

Pues ¿qué ha de ser?

BELISA.

Buena fama
De virtud y de nobleza.

FENISA.

Donde falta la riqueza
Mucho la hermosura llama,
Que ya no quieren los hombres
Sola virtud.

BELISA.

Pues ¿qué?

FENISA.

Hacienda.

Lucindo, Gerarda y Hernando, que se quedan á un lado de la calle, distantes de Belisa y Fenisa.

GERARDA.

Á Lucindo.

¿Que soy tu querida prenda?

LUCINDO.

Á Gerarda.

Así es razón que te nombres.

GERARDA.

Galán de palabras vienes.

LUCINDO.

Ando al uso.

FENISA.

Éste es Lucindo. (Aparte.)

GERARDA.

Luego ¿préciaste de lindo?

LUCINDO.

¿De lindo? Donaire tienes.
Préciome de hombre.

FENISA.

¡Ay de mí! (Aparte.)
Locamente imaginé
Poner en hombre la fe,
Que con el alma le dí,
No habiendo nacido dél
La pretensión de mi amor.

GERARDA.

Para un amante hablador
Soy en las tretas cruel;
Que conmigo no hay chacota,
Por vida del gusto mío.

LUCINDO.

De tus locuras me río.

GERARDA.

¡Qué gato de algalia azota!
Por su vida, que no saque,
Con arrobas de rigor,
Un adarme de mi amor.

LUCINDO.

Tu rigor mi amor aplaque;
Que alabarte una mujer
Que pasaba junto á ti,
No habiendo malicia en mí,
¿Qué delito puede ser?
Y ya te dije que tú
Eras mi querida prenda.

GERARDA.

Vaya á poner esa tienda
Á las Indias del Perú.
Todas esas niñerías
De cuentas y de espejuelos,
Para bobas son anzuelos;
No conmigo argenterías.
Oro macizo de amor
Me han de dar, no plomo, á mí.

FENISA.

¡Que á quien no sabe de mí (Aparte.)
Amase con tal rigor!
¡Que no me conozca este hombre,
Y que me muera por él!

Doristeo, Finardo, Belisa y Fenisa, á un lado; Lucindo, Gerarda y Hernando, al otro.

FINARDO.

Á Doristeo.

Por aquí la vi con él.

DORISTEO.

Y ¿es galán?

FINARDO.

Es gentilhombre.

DORISTEO.

¿Si son éstos?

FINARDO.

Éstos son.

GERARDA.

¿Ve aquel mancebo que viene?

LUCINDO.

Sí veo.

GERARDA.

Pues aquél tiene
De mis veras posesión.
Cuanto te dije, es fingido;
Cuanto te quise, es burlando.
Voyme, que me está aguardando.

Pásase á Doristeo.

LUCINDO.

¿Qué haré?

HERNANDO.

Mosquetazo ha sido.

LUCINDO.

¿Quitaréle la mujer? (Aparte á Hernando.)
¿Acuchillaréle, Hernando?

HERNANDO.

¿Quiéresla?

LUCINDO.

Estoyme abrasando.

HERNANDO.

Agua será menester.
¡Que nadie merezca amor
Sino es las libres mujeres!

GERARDA.

Á Doristeo.

Digo que mis ojos eres.

DORISTEO.

Templando vas mi rigor.
Como acompañarte vi
Este galán majadero,
Preciado de caballero,
Notable enojo sentí;
Mas en ver que le has dejado,
Brazos y gracias te doy.
. . . . . (1).

GERARDA.

Ven conmigo.

DORISTEO.

¿Adónde?

GERARDA.

Al Prado.

Vanse Gerarda, Doristeo y Finardo.

Belisa y Fenisa á un lado; Lucindo y Hernando, al otro.

LUCINDO.

¿Fuéronse?

HERNANDO.

Con mucha prisa.
No te aflijas, que es martelo.

(1) Falta un verso para la redondilla.

LUCINDO.

¿Quién es aquélla?

HERNANDO.

Recelo
Que está vecina Fenisa;
Pero tiene una giganta
Por madre, que es emprender
Á Irlanda.

FENISA.

Nunca mujer (Aparte.)
Se puso á locura tanta.
¡Á un hombre que no me ha visto,
Ni se acuerda si nací,
Quiero bien!

LUCINDO.

Nunca la vi.

FENISA.

¡Qué mal mi inquietud resisto! (Aparte.)
¿Cómo le daré ocasión
Para que el rostro me vea?
Amor mil cosas rodea.....
Todas sin remedio son.

HERNANDO.

Si vieres esta doncella,
Te doy palabra, señor,
Que olvides tu loco amor,
Porque es sabia, honesta y bella;
Aunque no sé qué he pensado
De tu padre.....

LUCINDO.

¿De mi padre?

HERNANDO.

Pero quizá con su madre
Casarse tiene pensado,
Y aun es mas puesto en razón.

LUCINDO.

¿Casarse mi padre agora?

HERNANDO.

Habla y mira á esta señora,
Que es de rara perfección.

LUCINDO.

Llevóme el alma Gerarda;
Celos me tienen sin mí.
¿Qué quieres que mire aquí?

HERNANDO.

Esta hermosura gallarda.

LUCINDO.

No hay vista en hombre celoso;
Todo le parece mal.

FENISA.

Ya he pensado traza igual (Aparte.)
Á mi designio amoroso.
Pasaré junto á Lucindo,
Dejaré el lienzo caer,
Y al dármele, podrá ser
Mire el alma que le rindo;
Que si á los ojos me mira,
Verá toda el alma en ellos.

HERNANDO.

Mira aquellos ojos bellos,
Donde amor, de amor suspira.

BELISA.

Vámonos, hija; que es hora
De recogernos á casa.

HERNANDO.

Ya junto á nosotros pasa;
Mira su belleza ahora.

Pasan Felisa y Benisa, y ésta deja caer el lienzo.

LUCINDO.

Un ángel me ha parecido.

HERNANDO.

El lienzo se le cayó.

LUCINDO.

Quedo; darésele yo.

Alza el lienzo, y se dirige á las damas.

Que volváis el rostro os pido.

FENISA.

¿Qué es, señor, lo que mandáis?

LUCINDO.

Este lienzo se os cayó.

FENISA.

¿Á mí? Sospecho que no.
Pero esperad.

Desenfáldase toda, y descúbrese.

LUCINDO.

¿Qué buscáis?

FENISA.

Si tengo en la manga el mío.

BELISA.

¿Qué es eso?

FENISA.

En ésta no está.

BELISA.

¿Qué es eso?

FENISA.

El lienzo me da.

BELISA.

Pues ¿es tuyo?

LUCINDO.

¡Gentil bríol (Aparte.)

FENISA.

Eso es lo que ando mirando.
En ésta no está tampoco.

HERNANDO.

Volver puede un hombre loco (Aparte.)
Aquel mirar suave y blando.

FENISA.

Miraré las faldriqueras.

BELISA.

Acaba.

FENISA.

Ya me doy prisa.
No está aquí.

BELISA.

Vamos, Fenisa.

FENISA.

Ni en estotra está.

BELISA.

¿Qué esperas?

FENISA.

¿Tiene unas randas?

LUCINDO.

Sí tiene.

FENISA.

¿Y encaje?

LUCINDO.

¿No lo miráis?

BELISA.

Despacio en la calle estáis,
Donde todo el mundo viene.

FENISA.

Pues ¿quiere vuesa merced
Que lleve lo que no es mío?

LUCINDO.

Señora, de vos le fío.

FENISA.

Hacéisme mucha merced.
¿Tiene un poco descosido
De una randa?

LUCINDO.

Sí, sospecho.

FENISA.

¿Á qué lado?

BELISA.

Es sin provecho.

LUCINDO.

De vos sospecho que ha sido.

BELISA.

Señor, dejadnos pasar.
Poned el lienzo en la pila
Del agua bendita.

FENISA.

Afila, (Aparte.)
Amor, tu flecha al tirar.

BELISA.

Vamos.

FENISA.

Yo voy.

Hace que se va, y luego vuelve.

HERNANDO.

¿No es hermosa?

LUCINDO.

Celos, ¿por qué me cegáis?

FENISA.

Volviendo.

¡Ah, señor!

LUCINDO.

¿Qué me mandáis?

FENISA.

Advertiros de una cosa:
Si de aqueste lienzo acaso
Parece más cierto dueño,

Que mi palabra os empeño
(Iba á decir que me abraso) (Aparte.)
Que no sé cierto si es mío,
Diréis que vivo en la calle
De los Jardines.....

HERNANDO.

¡Qué talle! (Aparte.)
¡Qué gracia! ¡Qué rico brío!

FENISA.

Enfrente del capitán
Bernardo Lucindo.

LUCINDO.

El mismo
Es mi padre.

FENISA.

¡Ay, dulce abismo (Aparte.)
Donde abrasándome están!

BELISA.

¿Estás loca?

FENISA.

Ya me voy;
Que aqueste hidalgo decía
Que es mi vecino.

BELISA.

¡Porfía!
Vamos.

FENISA.

¡Qué perdida estoy! (Aparte.)

Vanse las dos.

HERNANDO.

¿Qué te parece?

LUCINDO.

Que es bella,
Cortés, discreta y gallarda;
Mas quiero bien á Gerarda,
Y vase el alma tras ella.
Celos es suelo traidor,
Resbaladizo de suerte,
Que hará caer al más fuerte
En los lodos del amor.
Terrible cosa es mirar
Una mujer desdeñosa
Hablar otro hombre celosa,
Cuando se quiere vengar.
Aunque mi amor fuera poco,
Que poco debe de ser,
Ver tan libre una mujer
Bastaba á volverme loco.

HERNANDO.

Mujeres libres, señor,
Son siempre las más queridas,
Y aun iba á decir perdidas,
Pues han perdido el honor.
Llora la mujer honrada
El siempre injusto desdén
Del hombre que quiere bien;
Y á él no se le da nada,
Porque sabe que ha de estar
Pudriéndose en su aposento;
Pero cuando el pensamiento
Se pone aquí, no hay burlar;
Que apenas con los enojos
Sacarás de casa el pie,
Cuando consolada esté
Con mil hombres á tus ojos.

LUCINDO.

Por eso el amor no dura
En libres, sino en honradas.

HERNANDO.

Cuelgan de celos y espadas
Hombres de poca cordura,
Quiero decir poca edad.
Ya espero verte algún día
Lejos de aquesta porfía
Y cerca desta verdad.

LUCINDO.

Hartas causas me retiran.

HERNANDO.

Una mujer libre y loca
Es como mona, que coca
Á los niños que la miran;
Pero cuando llega el hombre
Que tiene gobierno y palo,
Espúlgale con regalo,
Y no hay voz que no le asombre.
Á los mozos sin consejo
Las mujeres hacen cocos,
Porque son niños y locos;
No al hombre maduro y viejo.
Ya te ha visto en los anzuelos;
Y aunque no puede sacarte,
Alarga cuerda, con darte
Celos, celos y más celos.

LUCINDO.

¿Qué he de hacer?

HERNANDO.

Buscar, señor,
Una bella contracifra.

LUCINDO.

Luego ¿el amor se descifra?

HERNANDO.

Sí.

LUCINDO.

¿Con qué?

HERNANDO.

Con otro amor.

LUCINDO.

No tratemos de eso agora;
Vamos á ver en qué para.

HERNANDO.

¿Ves como es cosa muy clara
Que con celos te enamora?
¡Qué bien, Lucindo, un discreto
Cañas de pescar las llama!
Pescan honra, hacienda y fama,
Aunque cañas en efeto.
¿No te afrentas que una cosa
Que á todo viento blandea,
Para derribarte sea
Enemiga poderosa?

Á tu hacienda pone cebo,
De celos hace sedal;
Pues ¿cabe que en hilo igual
Cuelgue un discreto mancebo?
Lo que aquel sabio decía
Por las leyes, muy mejor
Por la mujer y el amor
Agora decir podía.
Son como telas de araña,
Pescan moscas, débil gente;
Mas no el animal valiente,
Que las rompe y desmaraña.
Afréntate de que yo
Te enseño el vivir.

LUCINDO.

No seas
Pesado: mientras me veas
Donde el amor me enlazó,
De aquella tela de araña
Soy mosca.

HERNANDO.

¡Y qué mosca..... tel!

LUCINDO.

Ya soy pez simple y fïel
Del cebo de aquella caña.
Vamos; volveréla á ver;
Que me ha picado en el dedo
Del corazón.

HERNANDO.

Tengo miedo,
Que algo te ha de suceder.

LUCINDO.

Á ver vuelvo mis enojos.

HERNANDO.

¡Jesús! ¡Qué necios desvelos!

LUCINDO.

Dióme pimienta de celos;
Voy á beber por los ojos.

Vanse.

Belisa y Fenisa.

BELISA.

¿Haste quitado tu manto?

FENISA.

Quitado, señora, está.

BELISA.

Pues toma ese manto allá.

FENISA.

De tu cólera me espanto.
¡Válgame Dios! ¿Qué te hago?
Con cualquier cosa te ofendo.

BELISA.

¿Tú piensas que no te entiendo?
Yo tengo mi justo pago.
Si yo te cerrase en casa,
Pocas veces me darías
Estos disgustos.

FENISA.

Los días
Que esto por milagro pasa,
Que al fin son de un jubileo,
Tan caros me han de costar,
Que te tengo de rogar
Que me encierres.

BELISA.

No lo creo.

FENISA.

¿De qué te quejas de mí,
Que siempre me andas riñendo?

BELISA.

De tu libertad me ofendo.

FENISA.

¿Libertad?

BELISA.

¿Yo no lo vi?

FENISA.

¿Qué mancebo me pasea
Déstos que van dando el talle?
¿Qué guijas desde la calle
Me arroja, porque le vea?
¿Qué seña me has visto hacer
En la iglesia? ¿Quién me sigue
Que á estar celosa te obligue?
¿Qué vieja me vino á ver?
¿Qué billetes me has hallado
Con palabras deshonestas?
¿Qué pluma para respuestas,
Qué tintero me has quebrado?
¿Qué cinta, que no sea tuya
Ó comprada por tu mano?
¿Qué chapín, qué toca?

BELISA.

En vano
Quieres que mi honor te arguya.
No me quejo de que sea
Verdadera la ocasión.

FENISA.

Pues ¿qué es esto?

BELISA.

Prevención.
Mi honor el tuyo desea.
Querría que te guardases
Deso mismo que me adviertes,
Y que á esas puertas más fuertes
Nuevos candados echases.

FENISA.

Tanto me podrás guardar..... (Aparte.)

BELISA.

¿Qué dices?

FENISA.

Que haré tu gusto;
Pero cáusame disgusto
Tanto gruñir y encerrar.
¿Fuiste santa, por tu vida,
En tu tierna edad?

BELISA.

Fuí ejemplo,
En casa, en calle y en templo,
De una mujer recogida.
Los ojos tuve con llave.

FENISA.

¿Cómo te casaste?

BELISA.

El cielo
Vió mi virtud y mi celo;
Que el cielo todo lo sabe.

FENISA.

Mi tía me dijo á mí
Que hacías mil oraciones,
Y andabas por estaciones.

BELISA.

¿Yo para casarme?

FENISA.

Sí;
Y mil viernes ayunabas,
Á un padre del yermo igual;
Y haciendo esto, es señal
Que casarte deseabas.

BELISA.

Nunca tal imaginé.
Miente, por tu vida y mía;
Que antes monja ser quería,
Y sin gusto me casé.

FENISA.

Pues ¿cómo fuiste celosa
De mi padre, que Dios haya?

BELISA.

Porque no había joya ó saya,
Plata en casa, ni otra cosa,
Que no diese á cierta dama.
Hacía aquel sentimiento
Por vosotras.

FENISA.

Golpes siento.

BELISA.

Mira, Fenisa, quién llama.

Llégase Fenisa á mirar por la reja.

FENISA.

Por entre la reja vi
El capitán tu vecino.

BELISA.

Ya lo que quiere adivino.

FENISA.

¿Ya lo sabes? ¿Cómo ansí?

BELISA.

Ha días que da en mirarme.
Creo que me quiere bien;
Yo le he mostrado desdén,
Y querrá en bodas hablarme.
Y por tu vida, Fenisa,
Que no me estuviese mal;
Que es un hombre principal.

FENISA.

Perdona, madre, esta risa.

BELISA.

¿De qué te ríes?

FENISA.

De ver
La santidad que tendrías
Cuando más moza serías,
Que ejemplo debió de ser
En casa, en calle y en templo.
De llamar el capitán,
¿Esos barruntos te dan?
Tomar quiero el buen ejemplo.

BELISA.

Loca, es un hombre muy rico,
Y esta casa está sin hombre:
Seráte padre en el nombre.

FENISA.

Que me escuches te suplico.
¿Es para guardarme á mí?

BELISA.

No es otra mi prevención
Que ver en casa un varón
Que te guarde y honre á ti.

FENISA.

Pues cásame á mí primero,
Y guárdeme mi marido.

BELISA.

Cuando se hubiera ofrecido,
Lo hiciera, y hacerlo espero.

FENISA.

Yo en los términos te arguyo.

BELISA.

Éste guardará tu honor.

FENISA.

¿No me guardara mejor
Mi marido que no el tuyo?

BELISA.

Hijo tiene, y ser podría
Concertar esto también.

FENISA.

¡Ay, mi Lucindo y mi bien! (Aparte.)
¡Quién viese tan dulce día!

El capitán Bernardo, muy galán, con su gorra de plumas, espada y daga, como capitán á lo antiguo; Fulminato y otro criado.

CAPITÁN.

Como en salirse tardaban,
La licencia no aguardé,
Porque en eso imaginé,
Señoras, que me la daban,
Fuera de que el ser vecino
Desde que vine de Flandes,
Me alienta á cosas más grandes.

BELISA.

(Lo que me quiere imagino.) (Aparte.)
Agravio se nos hiciera
Si vuestra merced no entrara,
Y en esta casa mandara
Como si en la suya fuera.
Llega esas sillas, Fenisa.

Siéntase el Capitán.

CAPITÁN.

Vosotros salíos allá.

Á sus criados, que se van.

BELISA.

Pena, Fenisa, me da (Aparte á ella.)
Que me cogiese de prisa.
¿Está bien puesta esta toca?

FENISA.

Nunca mejor te la vi.

BELISA.

¿Tengo alegre el rostro?

FENISA.

Sí.

BELISA.

¿Parécete que provoca?.....

FENISA.

Sí, madre.

BELISA.

¿Á qué?

FENISA.

Á devoción.

BELISA.

¡Maldita seas, amén!
Nunca me has querido bien.

FENISA.

¡Oh santas de privación! (Aparte.)
Cuando no pueden comer,
Les pesa de ver con dientes
Á las otras. ¿Que esto intentes?
No me espanto; eres mujer.

BELISA.

Hoy me descuidé en ponerme
Un poquito de salud.

FENISA.

No tengas tanta inquietud.

BELISA.

¿Cómo?

FENISA.

Tu galán se duerme.

BELISA.

Ahora bien, voy á sentarme.

FENISA.

La vergüenza de su amor
Te dará, madre, color.

Siéntase Belisa.

BELISA.

Ya, señor, podéis hablarme.

CAPITÁN.

Belisa, el ser vecino (que, en efeto,
Me obliga á reparar en vuestra casa),
De su virtud me ha dado buen conceto.
Veo tarde y mañana cuanto pasa;
Tras esto, sé de coro su nobleza,
Como suele informarse quien se casa;
Y como la virtud y la belleza
Sean despertadores del sentido,
Aunque duerme la edad con más pereza,
Yo me he animado á daros un marido
Tal como yo, que tengo menos años
De los que habréis, de verme, conocido;
Sino que esto de andar reinos extraños
Con las armas, dormir en la campaña,
Caminos, velas, militares daños,
Correr la posta á Flandes desde España,
Consumen la robusta gallardía
Que los floridos años acompaña.
Dios haya á Carlos quinto, que decía
Que la posta y la mar le envejecieron,
Cuando apenas cuarenta y seis cumplía.
Yo nací el año de sesenta, y fueron
El Duque y la Duquesa mis padrinos,
Cuyas Albas tal luz á España dieron.
Heme hallado en jornadas y caminos,
Que si fuera de bronce me acabaran.
En fin, señoras, somos hoy vecinos.
Mucho los viejos una casa amparan;
Los mozos son polilla de la hacienda,
Que unos á andar comienzan, y otros paran.
Mi edad no es bien vuestra virtud ofenda,
Que estoy muy ágil, fuerte, como y duermo,
Y sé á un caballo gobernar la rienda.
Yo pienso que en mi vida he estado enfermo;
Sólo mano enemiga me ha sangrado,
Y un desafío público en Palermo.
Ese hijuelo que tengo es bien criado,
Mañana le darán una bandera,
Y un hábito le tengo negociado:
No dará pesadumbre.

FENISA.

¡Á Dios pluguiera (Aparte.)
Que ya estuviera en casa!

CAPITÁN.

Finalmente,
Se irá Lucindo por momentos fuera.
Suplícoos, pues, Belisa, humildemente
Que me deis á Fenisa vuestra hija,
Que yo pienso dotarla honestamente,
Para que ella gobierne, mande y rija
La poca hacienda que ganó mi espada;
Si no es que mi cansada edad le aflija,
Que muy presto verá que no es cansada.

BELISA.

¡Á mi hija, Capitán,
Me pide vuestra merced!

CAPITÁN.

Y tendré á mucha merced
Si esas manos me la dan.

FENISA.

¡Triste de mí! ¿Qué es aquesto? (Aparte.)
Pensé que á mi madre amaba,
Y que ya Lucindo estaba
Á mi remedio dispuesto.
Sueño fué mi fantasía
Es una ocasión tal alta,
Pues la gloria que me falta,
Soñaba yo que tenía.

BELISA.

Pensé que vuestro deseo
Á quererme se inclinaba.

CAPITÁN.

No, Belisa.

BELISA.

Alegre estaba.....

Y lo estoy de lo que veo.
Hija, ya ves su intención.

FENISA.

(La fe que tuve en mi bien (Aparte.)
Me hizo tener también
Alegre mi corazón.
Mas como era fe engañada
Del sueño que imaginé,
Fe falsa y fingida fué,
Fe traidora y fe burlada,
Fe de un sueño que dormía;
Y si soñada ha de ser,
Yo juro de no creer
Más á la fe.) Madre mía, (Aparte á ella.)
Pensé que fuérades vos
La novia del Capitán.

BELISA.

Lejos sus intentos van,
Y estoy corrida, por Dios.

FENISA.

¡Ay, sueño de mi aficiónl (Aparte)
¡Qué bien, pues que me engañé
Por vuestras burlas, diré
Que los sueños sueños son!

BELISA.

Fenisa, aunque estoy corrida
De haber pensado casarme,
No lo estoy de imaginarme
De tu verde edad vencida.
Discreta eres; procura
Persuadirte á lo que ves.

FENISA.

Si á tu edad vence interés,
Á mi edad vence hermosura.
Los viejos, que habéis gozado
Vuestros años, atendéis
Á lo que gozar podéis
Con avariento cuidado.
Queréis regalo, dinero,
Descanso y ociosidad,
Y envidiando nuestra edad,
Esto pretendéis primero.
Desobedecerte fuera
Cosa indigna á mi virtud;
Pero fáltame salud.
El término considera,
Y pídele por un mes,
Mientras se concierta todo.

BELISA.

Yo lo sabré hacer de modo
Que muchas gracias me des.

Llégase á hablar al Capitán.

FENISA.

Discreta he sido en decir (Aparte.)
Que este casamiento aceto,
Pues de mi amor el efeto
Puedo por él conseguir;
Que si luego le negara
Y con disgusto se fuera,
Tarde á mi Lucindo viera,
Tarde á mi Lucindo hablara.
Con entrar su padre aquí,
Habrá comunicación.

Hablan á solas el Capitán y Belisa.

CAPITÁN.

Todas esas cosas son
De gran gusto para mí.
El término acepto, y digo
Que un mes la quiero esperar.
Pero déjamela hablar.

FENISA.

¡Qué notable intento sigo! (Aparte.)

CAPITÁN.

Nunca desa discreción,
En Madrid tan celebrada,
Salió, mi Fenisa amada,
Más cuerda resolución.
Tu virtud he confirmado;
Que no apetecer tu edad
Muestra bien la calidad
De ese pensamiento honrado.
Seré de hoy más, pues me honra
Tanto el saber que te igualo,
Un padre de tu regalo
Y un alcaide de tu honra.
Y dándome Dios salud,
Esta misma barba anciana
Servirá de barbacana
Al fuerte de tu virtud.
Y si esta nieve no trata
Bien el juvenil decoro,
Juntando á tus hebras de oro
Estos cabellos de plata,
Supliré en regalo y galas
Los defectos de la edad.

FENISA.

Con tu honor y calidad,
Señor, mis años igualas.
Deja la humildad aquí,
Pues ya soy tuya.

CAPITÁN.

¿Soy tuya
Dijiste?

FENISA.

Sí, ya no es suya
Quien se ha de llamar de ti.

CAPITÁN.

¿Otro favor? ¡Pesia tal!
¡No fuera en Flandes aquesto,
Para que se echara el resto
Con un festín general!
Torneo había de haber,
Por vida del Capitán;
Y si licencia me dan,
En Madrid le pienso hacer.

FENISA.

Suplícoos, por vida mía,
La corte no alborotéis.

CAPITÁN.

Haré lo que me mandéis,
Dulce esposa y prenda mía;
Mas si no fuera por vos.....

FENISA.

Un poco tengo que hablaros.

CAPITÁN.

Yo mucho que regalaros.

FENISA.

Mil años os guarde Dios.
Yo no sabía que era vuestro hijo (Aparte á él.)
Lucindo, un caballero que solía
Entrar en vuestra casa algunas veces.
Mi madre me lo dijo cuando entrábades;
Y pues es vuestro hijo y vos mi esposo,
Que lo seréis, si Dios fuere servido,
Y me diere salud para gozaros.....

CAPITÁN.

¡Qué palabras tan dulces! Por Dios vivo,
Que el sol de aquella boca de claveles
La nieve de las canas me derrite.

FENISA.

Digo, señor, que importará atajarle
La loca pretensión con que me sirve.

CAPITÁN.

¿Mi hijo os sirve?

FENISA.

Si el servirme fuera
Con la cordura y cortesía lícita
Á una mujer de mis iguales prendas,
No me quejara con melindres vanos;
Que nunca me precié de gusto hipócrita.

CAPITÁN.

Pues ¿cómo os sirve?

FENISA.

Con papeles locos,
Por manos de terceros, que á mi casa
Vienen con mil achaques é invenciones,
Echando mis amigas por terceras;
Y en todo aquesto, ni por pensamiento
Se le acuerda tratar de casamiento.

CAPITÁN.

Es loco el mozo: perdonalde, os ruego;
Que yo saldré fiador que no os enoje
De aquí adelante.

FENISA.

Pues que ya es mi hijo,
Os suplico, señor, que cuerdamente
Le digáis que me quejo deste agravio,
Y fíolo de vos, pues sois tan sabio.

CAPITÁN.

Dejadme ese cuidado. El cielo os guarde.
Belisa, yo le he dicho á mi Fenisa
Que pienso regalarla, y que no quiero
Vida por otra cosa: á Dios te queda,
Que yo volveré á verte; pero advierte
Que me has de dar licencia para verte.

BELISA.

Guárdete el cielo.

Vase el Capitán.

BELISA.

Gran ventura ha sido,
Fenisa, la que el cielo nos ha dado.

FENISA.

¿Estás contenta?

BELISA.

¿No lo ves?

FENISA.

Sospecho
Que disimulas el pesar que tienes.

BELISA.

¿Cómo?

FENISA.

Porque quisieras tú casarte.

BELISA.

Malicia tuya. Ven.

FENISA.

¡Ay, mi Lucindo! (Aparte.)
Si no me entiendes con aqueste enredo,
No eres discreto ni en Madrid nacido;
Mas si me entiendes, y á buscarme vienes,
Tú naciste en Madrid, discreción tienes.

Vanse.

Lucindo y Hernando.

LUCINDO.

Aun no sale aquel galán.

HERNANDO.

¿Qué es salir? Está despacio.

LUCINDO.

Mis celos no me le dan.

HERNANDO.

Es esta casa un palacio;
Mostrándosele estarán.
En sólo ver niñerías
Hay dos semanas enteras.
Andarán las galerías.....
Mejor esté yo en galeras,
Que la sirviera dos días.

LUCINDO.

Si en galeras de Gerarda
Anda al remo este dichoso
Que agora en salir se tarda,
No sé yo cuál envidioso
Á la ribera le aguarda.
¡Ay de mí, Hernando, que quiero
Una mujer diestra, astuta,
De amor vano y lisonjero,
Despejada y resoluta,
Y con un alma de acero!

HERNANDO.

Que el amor cause afición
Está muy puesto en razón;
Pero que el ser muy querido
Descuido engendre y olvido,
Efectos bastardos son.

LUCINDO.

Él sale, y ella se ha puesto

Á la ventana.

HERNANDO.

Querrá
Verle galán y dispuesto.

Doristeo, que sale con Finardo de casa de Gerarda, la cual se asoma á su ventana.

GERARDA.

Lucindo en la calle está. (Aparte.)

LUCINDO.

¡Tantas desdichas! ¿Qué es esto?

DORISTEO.

¿No es gallarda?

FINARDO.

Es extremada.
¡Qué discreta y qué cortés!

DORISTEO.

Todo en su talle me agrada.

FINARDO.

¿Si es éste Lucindo? (Aparte á Doristeo.)

DORISTEO.

Él es.

FINARDO.

¿Si viene á sacar la espada?

DORISTEO.

Venga á lo que más quisiere;
Yo sé que es aborrecido.

GERARDA.

Celoso está; desespere; (Aparte.)
Que por desdenes y olvido
Yo sé lo que un hombre quiere.
Mas para picarle más,
Quiero hablar con Doristeo,
A quien no quise jamás;
Que por abreviar rodeo,
Y por saltar vuelvo atrás.
¡Ah, caballero!

LUCINDO.

¿Es á mí?

GERARDA.

No os llamo, señor, á vos.

DORISTEO.

¿Y á mí, señora?

GERARDA.

Á vos, sí.

LUCINDO.

¿No ves aquello?

HERNANDO.

¡Por Dios, (Aparte á Lucindo.)
Que es infamia estar aquí!

LUCINDO.

Buscaremos invención
Para que entienda que vengo
Aquí con otra ocasión.

GERARDA.

A Doristeo.

Salir esta noche tengo;
Acompañarme es razón.

DORISTEO.

¿Dónde iréis?

GERARDA.

Pienso que al Prado.
Venid por mí.

DORISTEO.

Yo vendré.

LUCINDO.

Ir al Prado han concertado.

HERNANDO.

Tú fueras mejor, á fe.
Tus mismos celos te han dado.

DORISTEO.

¿Qué me mandáis más?

GERARDA.

Serviros.

DORISTEO.

Adiós.

FINARDO.

¿No nos quiere nada?

DORISTEO.

¿Puedo irme?

FINARDO.

Podéis iros.

Vanse Doristeo y Finardo.

Lucindo y Hernando, en la calle; Gerarda, en la ventana.

LUCINDO.

¡Que no he sacado la espada,
Haciéndome tantos tiros!
Pues ¡vive Dios, que he de darte
Celos, por ver si con celos
Puedo á quererme obligarte,
Ya que no quieren los cielos
Que pueda amando obligarte!

HERNANDO.

¿Cómo se los piensas dar?

LUCINDO.

Quiero esta noche llevar
Al Prado alguna mujer,
Adonde me pueda ver,
Hablar, requebrar y amar.

HERNANDO.

Y ¿á quién ha de ser?

LUCINDO.

No sé.

HERNANDO.

Hallarla será imposible.

LUCINDO.

No importa. Yo te pondré
Un manto.....

HERNANDO.

Doña Terrible
Me podrás llamar.

LUCINDO.

Sí haré.

HERNANDO.

¿Estás loco?

LUCINDO.

Pues ¿qué importa?

HERNANDO.

¿No importa, si topo acaso
Gente de palabras corta?

LUCINDO.

Saldré yo muy presto al paso.
Hernando, la voz reporta.
Llega, y habla esa mujer.
Pregunta si vió unas damas.

HERNANDO.

Bien dices; déjame hacer.
Pues no agradas porque amas,
Celos serán menester.
¡Ah, mi señora Gerarda!

GERARDA.

¿Eres tú, Hernando?

HERNANDO.

Yo soy.

GERARDA.

Tengo que hacer.

HERNANDO.

Oye, aguarda.

GERARDA.

¡Por ti en la ventana estoy!

HERNANDO.

Eres discreta y gallarda.

GERARDA.

¿Qué quieres?

HERNANDO.

Saber querría
En qué casas destas vive
Cierta doña Estefanía,
Porque un loco no me prive
De la ración deste día;
Que me la mandó seguir,
Y la perdí por mirarte.

GERARDA.

¡Oh, qué gracioso fingir!
Dígale á su Durandarte
Que me suelo yo reir
De tretillas tan groseras.
¡Ah, mi señor Beltenebros! (Á Lucindo.)
¿Para qué son las quimeras?
Trueque celos en requiebros;
Lléguese, hablemos de veras.
¿De qué se finge valiente,
Si está de verme temblando?
Muestre el pulso; ¿á ver la frente?
¡Jesús, que se está abrasando!
¡Qué temerario accidente!
¡Hola, lleva á aquel celoso
Dos tragos de agua de azar!

HERNANDO.

Macacao. (Aparte.)

GERARDA.

¡Cuento donoso!
¿Él me viene á amartelar?

LUCINDO.

Corrido estoy.

HERNANDO.

Yo furioso.
¿Conoces algún poeta?

LUCINDO.

¿Para qué?

HERNANDO.

Para enviar
Una sátira en receta
Á esta bruja, ó hazle dar
Una hermosa cantaleta;
Haya pandorga esta noche;
Yo compraré los cencerros,
Aunque hasta el alba trasnoche;
Haya sábanas y entierros,
Campanillas, hacha y coche.
¡Vive Dios!.....

LUCINDO.

Calla, ignorante.
¡Ah, mi bien; ah, mi Gerarda!

GERARDA.

¿Llamas?

Vase.

LUCINDO.

¿Quítaste delante?
¿Adónde te vas? Aguarda,
Oye la voz de tu amante.
¿Para que es matarme ansí?

HERNANDO.

¿Vive Estefanía aquí?

LUCINDO.

¿Quieres callar, bestia?

HERNANDO.

No.
Por aquí pienso que entró.

LUCINDO.

¡Mi bien, duélete de mí!

HERNANDO.

Tu padre.

LUCINDO.

¡Válgame el cielo!

El Capitán.

CAPITÁN.

Todo hoy ando en busca tuya.

LUCINDO.

Lo que me quieres recelo;
Que no es mucho que lo arguya
De mi inquietud y desvelo.
Pero advierte, padre mío,
Que querer una mujer
No es en mi edad desvarío,
Antes señal de querer
Generoso talle y brío.
Si es porque no es muy honrada.....

CAPITÁN.

¿Cómo que honrada no es?
Lengua en escorpión bañada,
¿Mereces besar sus pies,
Ni aun tierra dellos pisada?

LUCINDO.

Estoy con enojo ahora

De mil celos que me ha dado,
Con un hombre ó dos que adora.

CAPITÁN.

¿Qué dices de hombre adorado,
Y tan principal señora?
Pero diráslo por mí,
Á quien debe de adorar.

LUCINDO.

¿Que también te quiere á ti?

CAPITÁN.

¿No la merezco agradar?

LUCINDO.

Sí, señor.

CAPITÁN.

¿Mascas el sí?

LUCINDO.

Pésame que hables con ella,
Que es mujer que á veinte trata.

CAPITÁN.

¡Tu lengua pones en ella,
Porque de celos te mata,
Siendo tan noble doncella!
¡Vive Dios, que si no fuera
Por no dejar de casarme,
Que una estocada te diera!

LUCINDO.

¿Casarte? Eso sí es matarme.
Padre, señor, considera.....

CAPITÁN.

¿Qué debo considerar?

LUCINDO.

Que es una mujer de amores.

CAPITÁN.

Dado me ha que sospechar..... (Aparte.)
Pero póneme temores
Por estorbarme el casar.
Como el que con los espejos
Puestos al sol da en los ojos
Al que viene desde lejos,
Quiere el necio darme enojos
Con estos vanos consejos.
Mas quiero volverla á hablar
Y decirle esta respuesta,
Que me ha dado que pensar.

Vase.

HERNANDO.

¿Qué te parece?

LUCINDO.

Por esta
Mujer hoy me he de matar.
Rompe esas puertas.

HERNANDO.

Aguarda.

LUCINDO.

Sal aquí, infame Gerarda.

HERNANDO.

Con más tiento; espera un poco.

Gerarda.

GERARDA.

¡Golpes en mi casa, loco!

LUCINDO.

¿Qué respeto me acobarda,
Que no te quito la vida?

GERARDA.

¡Daguita! ¡Oh, qué lindo cuento!

LUCINDO.

¿Tú con mi padre, fingida,
Has tratado casamiento?

GERARDA.

La tracilla es escogida.
Si para volver acá
Buscas embustes, Lucindo,
Ese, ¿en qué razón está?

LUCINDO.

¿Por qué en mirarte me rindo?
¿Por qué no te mato ya?
¿No viste á mi padre aquí?
Pues él me ha dicho, cruel,
Que para matarme á mí,
Quieres casarte con él.

GERARDA.

¿Yo, que en mi vida le vi?
¿Dióle la industria este necio
Para tener ocasión
De hablarme?

HERNANDO.

Menos desprecio;
Que no es aquesto invención,
Sino verdad.

GERARDA.

No hablar recio.

HERNANDO.

¿Por qué no? Con la verdad
Hable bajo la mentira,
La verdad con libertad.

GERARDA.

Tu desvergüenza me admira.

LUCINDO.

Y á mí tu temeridad.
¿Cuándo viste al padre mío?
¿Dónde te habló?

GERARDA.

¿Qué es aquesto?
¿Hay más loco desvarío?

LUCINDO.

¿Posible es que has descompuesto
Sus canas con ese brío?
Demonios sois las mujeres.

GERARDA.

¡Muy ángeles son los hombres!
Lucindo, ¿para qué quieres
Disfrazar con estos nombres,
Que por mis desdenes mueres?
¿Qué padre es este? ¿No adviertes
Que entiendo tus invenciones?

LUCINDO.

¡Plegue á Dios tan mal aciertes

En casarte, ya que pones
Mi vida entre tantas muertes,
Que te viva dos mil años
El viejo por quien me dejas
En tantas penas y daños,
Y á quien por ojos y orejas
Le has dado hechizos y engaños!
¡Plegue á Dios..... Mas ¿qué inhumanas
Maldiciones puedo hacer
Más que verte las mañanas,
Como sierra, amanecer
Con la nieve de sus canas?
¿Qué más que ver un anciano
Á tu lado hermoso y tierno,
De tu belleza tirano?
¡Qué gentil hielo en invierno,
Y qué espantajo en verano!
Adiós, madrastra cruel;
Que presto, estando con él,
Te pesará el ver en vano
Que te bese yo la mano,
Y que tú la boca á él.
¡Jesús, qué mala elección!

GERARDA.

Hernando, ¿es esto de veras,
Ó vuestras quimeras son?

HERNANDO.

¡Ojalá fueran quimeras!

GERARDA.

Ya entiendo vuestra intención.
Oísteisme concertar
Ir al Prado aquesta noche,
Y queréismelo estorbar.
Pues ¡por Dios, que ha de haber coche
Y quien nos venga á cantar!
Piquen, por hacerme gusto,
En casa de Estefanía.

LUCINDO.

¡Mataréte!

GERARDA.

¡Ay Dios, qué susto!

Vase.

HERNANDO.

Entróse.

LUCINDO.

¿Cerraste, arpía?
¡Mal haya amor tan injusto!
Abre esta puerta, mi bien.

Á Hernando:

Acecha por esta llave
Si sus criadas se ven.

HERNANDO.

¡Qué bien engañarte sabe!

LUCINDO.

¡Matarme sabe también!

HERNANDO.

Al viejo ha desvanecido
Para darte más enojos.

LUCINDO.

Liviano en extremo ha sido;
Mas ¿qué no podrán tus ojos,
Dulce Argel de mi sentido?

Capitán.

CAPITÁN.

¿Estáste aquí todavía?

LUCINDO.

Pues ¿eso, señor, te espanta?
Si con la mujer que adoro,
En esos años te casas,
¿Es mucho que me despida
Destas puertas y ventanas,
Si mañana han de ser tuyas,
Y hoy su dueño me llamaban?

CAPITÁN.

Pienso que te has vuelto loco.
Dijísteme mil infamias
De aquel ángel de Fenisa,
Hija de Belisa honrada;
Voylas á hablar, y por poco
Saliera, traidor, sin cara;
Que caída de vergüenza,
No era menester cortarla.
Yo tengo mujer más noble
Que tu madre.

LUCINDO.

¿De quién hablas?

CAPITÁN.

De Fenisa.

LUCINDO.

Pues, señor,
Fenisa es doncella, y basta;
Que la que yo te decía,
Es Gerarda, cortesana,
Que vive en este balcón,

CAPITÁN.

¿Qué tiene que ver Gerarda
Con Fenisa?

LUCINDO.

Yo, señor,
En aquesta calle estaba
Cuando me reprehendiste
De que amaba aquella dama.

CAPITÁN.

Otro enredo habrás pensado
Con aquella buena cara
De tu criado.

HERNANDO.

¿Yo enredo?
Siempre piensas que te engañan;
Propia condición de viejos.

CAPITÁN.

Niega, Lucindo, que amas
Á Fenisa.

LUCINDO.

¿Yo, señor?

CAPITÁN.

Luego ¿tampoco la cansas

Con papeles y alcahuetas?
Pues en este punto acaba
De decirme que antenoche,
Por aquella reja baja,
Enfrente de tu aposento,
Muy tierno llegaste á hablarla.

LUCINDO.

¡Yo papeles! ¿Yo alcahuetas?
¿Yo por rejas ni ventanas?
Hernando.....

CAPITÁN.

¡Qué buen testigo!
Falsos ojos, lengua falsa,
Falsa la cara y la boca,
Falso el pecho y falsa el alma.
Pues mira lo que te aviso:
¡Vive el cielo, que si pasas
Por su puerta, ni la miras,
Ni por la reja la llamas,
Que para siempre jamás
Has de salir de mi casa!

LUCINDO.

Escúchame.

CAPITÁN.

¿Para qué?

LUCINDO.

Escúchame una palabra.

CAPITÁN.

¿Qué palabra?

LUCINDO.

Que le digas
Que si ha de ser mi madrastra,
No comience antes de serlo,
Pues aun agora lo tratas,
Á hacerme tan malas obras.

CAPITÁN.

Quita, necio.

LUCINDO.

Advierte.....

CAPITÁN.

¡Guarda!

Vase.

LUCINDO.

¿Qué es esto, triste de mí?
¡Testimonios me levanta
Antes que su rostro vea!

HERNANDO.

¿No es aquésta aquella dama
Que te miró tiernamente
Cuando el lienzo de las randas?

LUCINDO.

La misma.

HERNANDO.

Pues que me maten
Si no es enredo que traza,
Enamorada de ti.

LUCINDO.

¿Qué me cuentas?

HERNANDO.

Lo que pasa.
Yo leí cuatro renglones
En sus ojos, de una carta
Que al darte el lienzo escribió
Á tu ausente pecho y alma.
Dejóle caer adrede,
Si la vista no me engaña,
Y lo que á tu padre dice
De que la escribes y cansas,
Es decirte que la escribas,
Y que por las rejas bajas
Vengas á hablarla de noche.

LUCINDO.

Cosas me dices extrañas.

HERNANDO.

¿Qué se pierde en que las pruebes?

LUCINDO.

No se pierde, Hernando, nada;
Que esa doncella podría,
Con su bellísima cara,
Con su rico entendimiento,
Con su voluntad esclava,
Desamartelarme el pecho,
Despicarme de Gerarda.
Vámosla á hablar esta noche;
Que si es verdad que me llama
Con esa industria que dices,
Es la cosa más gallarda
Que ha sucedido en el mundo.

HERNANDO.

Mucho importa enamoralla,
Así por dejar del todo
Esta fementida ingrata,
Como porque nos perdemos
Si el viejo otra vez se casa.
Y si se quiere casar,
¿Qué cosa más acertada
Que con Belisa, su madre
Desta bellísima dama?

LUCINDO.

Si me quiere, Hernando mío,
Te mando ropilla y calzas.

HERNANDO.

Bien puedes dármelas luego.

LUCINDO.

Pues con discreción tan alta
Supo engañar á dos viejos
De edad y experiencia tanta;
Y enamorada de quien
Apenas le vió la cara,
Ha dicho su pensamiento,
Y se le ha entendido el alma,
Bien la podemos llamar
La discreta enamorada.

ACTO SEGUNDO.

Doristeo y Finardo en hábito de noche; Gerarda con rebociño y sombrero; Liseo y Fabio.

DORISTEO.
Notable frescura.
FINARDO.
Extraña.
GERARDA.
Mucho de sus fuentes gusto.
DORISTEO.
No hay sitio de tanto gusto,
Gerarda bella, en España.
GERARDA.
¡Qué lindas tazas!
DORISTEO.
Famosas.
GERARDA.
Con perlas brindando están.
DORISTEO.
¡Qué liberales que dan
Sus aguas claras y hermosas!
¿Haste holgado de venir?
GERARDA.
Basta venir á tu lado.
DORISTEO.
Sentémonos.
FINARDO.
Todo es Prado.
DORISTEO.
Así se suele decir.
¿Templaron vuesas mercedes?
LISEO.
La prima se me bajó.
GERARDA.
Subilla.
DORISTEO.
Eso digo yo.
FABIO.
¿Comienzo?
DORISTEO.
Empezar podéis.
FABIO.
¿Qué diremos?
DORISTEO.
La de Lope,
Por vida del buen Liseo.
LISEO.
La del suspiro y deseo.
FINARDO.
Á fe que hay bien donde tope.
MÚSICOS.

Tocan y cantan.

Cuando tan hermosa os miro,
De amor suspiro,
Y cuando no os veo,
Suspira por mí el deseo.
Cuando mis ojos os ven,
Van á gozar tanto bien;
Mas como por su desdén
De los vuestros me retiro,
De amor suspiro;
Y cuando no os veo,
Suspira por mí el deseo.

Lucindo y Hernando.

LUCINDO.
Dijeron que llevarían (Ap. á Hernando.)
Quien cantase.
HERNANDO.
Ellos serán,
Pues aquí cantando están.
LUCINDO.
Ni cantan mal ni porfían.
HERNANDO.
Cesaron, como las aves,
Luego que alguno se acerca.
LUCINDO.
Llega y míralos más cerca.
HERNANDO.
Plegue á Dios, señor, que acabes
De ser necio.
LUCINDO.
Si no es hora
Para hablar con mi Fenisa,
¿Qué importa, pues todo es risa?
HERNANDO.
Celos ríen, y amor llora.
Yo paso, á lo caballero,
Por delante; espera aquí.
LUCINDO.
Yo aguardo.

Pasa Hernando embozado por delante de los sentados, y vuélvese adonde quedó su amo.

FINARDO.
¿Qué mira ansí
Este necio majadero?
DORISTEO.
Algo debe de buscar
Que de casa se le fué.
GERARDA.
Canta solo.
LISEO.
Cantaré.
GERARDA.
Sí; pero no has de templar.
HERNANDO.
En la voz la conocí. (Aparte á su amo.)
LUCINDO.
Luego ¿es Gerarda?
HERNANDO.
Sin duda.

LUCINDO.

¡Ay!

HERNANDO.

¿Es menester ayuda?

LUCINDO.

Y el otro, ¿es su galán?

HERNANDO.

Sí.

LUCINDO.

¡Triste de mí!

HERNANDO.

¿Qué tenemos?
¿Date, por ventura, el parto?

LUCINDO.

Mientras más de ti me aparto,
Más me acerco.

HERNANDO.

Sin extremos;
Que te podrá conocer.

LUCINDO.

¿Está en su regazo?

HERNANDO.

¡Y cómo!

LUCINDO.

Celos por los ojos tomo,
Y el alma comienza á arder.
¡Oh veneno, que desalmas
La vida con tus enojos,
Siendo la copa los ojos
Donde le beben las almas!
¡Nunca yo viniera acá!

HERNANDO.

Vámonos de aquí, señor.
¿No es aquel ángel mejor,
Que esperándonos está?

LUCINDO.

¿Cuál ángel?

HERNANDO.

Fenisa bella.

LUCINDO.

No estoy para hablar agora
Con ángeles.

HERNANDO.

Si te adora,
¿No será justo querella?

LUCINDO.

Esa peligro no corre;
Que como es amor primero,
Estará, como otra Hero,
Aguardándome en la torre;
Pero ésta que está en los brazos
Deste venturoso amante,
Si me descuido un instante,
Haráme el alma pedazos.
¿Traes el manto?

HERNANDO.

Pues ¿no?

LUCINDO.

Póntele.

HERNANDO.

Gran mal recelo.

LUCINDO.

Haz saya del herreruelo.

HERNANDO.

¡Yo mujer! ¡Tu dama yo!

LUCINDO.

Á esos árboles te vé,
Y de mujer te disfraza.

HERNANDO.

Voy; mas temo que esta traza.....

LUCINDO.

Vé, majadero.

HERNANDO.

Yo iré;
Mas defenderme te toca,
Y si hacerlo no quisieres,
No te espantes si me vieres
Con la barriga á la boca.

Vase.

Lucindo, en pie y lejos de Gerarda; Doristeo, Finardo Liseo y Fabio, sentados.

LUCINDO.

¡Qué mal se cura amor con invenciones!
¡Qué vano error sobresanar la herida,
Si en las muertas cenizas escondida
La viva lumbre al corazón le pones!
Celos, desdenes, iras, sinrazones,
Tienen el alma alguna vez dormida;
Mas ¿qué letargo habrá que no despida
La fuerza de celosas prevenciones?
¡Oh cielos! Con razón os han llamado
Mosquitos del amor, de amor desvelos:
El humo de su fuego os ha engendrado.
¿Qué importa que se duerma un hombre,
[¡oh cielos!
De pesadumbres del amor cansado,
Si con sus voces le despiertan celos?

Hernando, con un manto puesto y la capa por saya; Lucindo; y en el proscenio Gerarda, Doristeo, Finardo, Fabio y Liseo.

HERNANDO.

¿Vengo bien? (Aparte á Lucindo.)

LUCINDO.

Vienes tan bien,
Que espero que bien me vaya.

HERNANDO.

¿Qué te parece la saya?

LUCINDO.

Muy bien.

HERNANDO.

¿Y el manto?

LUCINDO.

También.

HERNANDO.

¿No voy muy apetecible?

LUCINDO.

Vamos.

HERNANDO.

¿Llevo malos bai-

LUCINDO.

Llega.

HERNANDO.

En notables trabajos
Me pone tu amor terrible.

Acércanse á los otros cinco.

DORISTEO.

Un galán con cierta dama
Hacia donde estamos viene.

GERARDA.

¡Gentil brío y arte tiene!
Á fe que es ropa de fama.

DORISTEO.

¿Cómo?

GERARDA.

Dióme el buen olor.

DORISTEO.

Tomó pastilla al salir.

FINARDO.

Pastilla y Prado es decir
Que es dama.....

DORISTEO.

¿De qué?

FINARDO.

De amor.

DORISTEO.

Á tu lado toma asiento.

GERARDA.

¡Qué de golpe se ha asentado!

FINARDO.

Debe de tener pesado
Lo que es el quinto elemento.

LUCINDO.

A Hernando.

Bella doña Estefanía,
¿Qué os parece esta frescura?

HERNANDO.

Con voz de mujer.

Fué mucha descompostura
Venir aquí sin mi tía;
Pero el mucho amor que os tengo
A más me puede obligar.

LUCINDO.

Señores, ¿quieren cantar?

HERNANDO.

Con voz de mujer.

¿Déjanlo porque yo vengo?

GERARDA.

Lucindo es éste. ¡Ay de mí! (Aparte.)
Verdad, sin duda, sería
Que aquella dama quería,
Por quien preguntar le vi.
Celos que pensé fingidos
Me han salido verdaderos.
¡Ay, amores lisonjeros,
De engaño y traición vestidos!
Entendídome ha la letra,
Herido me ha por el filo,
Vengóse del mismo estilo.

HERNANDO.

Ya se altera é inquïeta: (Aparte á Lucindo.)
¿Qué te parece el jarabe?

LUCINDO.

Que hace su operación.

GERARDA.

¡Qué bien sabe dar pasión! (Aparte.)
¡Qué mal el tomarla sabe!
Por vida de Doristeo,
Que un poco de agua traigáis.

DORISTEO.

Y traeré con qué bebáis,
Que regalaros deseo.
Entretenéos aquí
Mientras voy por colación.

GERARDA.

Que vais solo no es razón.

FINARDO.

¿Acompañaréle?

GERARDA.

Sí;
Que aquí quedan los amigos.

FINARDO.

Pues vamos.

DORISTEO.

Venid.

FINARDO.

Adiós.

Vanse Doristeo y Finardo.

GERARDA.

Muérome porque las dos (Aparte.)
Quedásemos sin testigos.

LISEO.

¿Queréis que cantemos?

GERARDA.

No.
Antes merced recibiera
En quedar sola.

FABIO.

Algo espera. (Ap. á Liseo.)

LISEO.

Lindamente los echó.

FABIO.

Pues no estorbemos, Liseo.

LISEO.

Fabio, venid por aquí.

Vanse los músicos.

GERARDA.

¡Ah, mi señora!

HERNANDO.

Con voz femenil.

¿Es á mí?

GERARDA.

Veros y hablaros deseo.

HERNANDO.

¡Verme y hablarme! ¿Por qué?

GERARDA.

Porque soy vuestra vecina.

HERNANDO.

¡Jesús, qué extraña mohina!

GERARDA.

¿Desto sólo os enfadé?

HERNANDO.

Hace notable calor;
Vamos, Lucindo, de aquí.

LUCINDO.

Mi bien, enfaldarse ansí
Parece mucho rigor.
Descubríos á esa dama,
Pues Dios os dió tal belleza,
Y esa hermosa gentileza
Tiene en la corte tal fama.
Descubrid los ojos bellos,
Den envidia y den amor.

HERNANDO.

No estoy agora de humor,
Ni está enjuto el llanto en ellos;
Que los traéis hechos mar
De celos desa Gerarda,
Que me dicen que es gallarda.

LUCINDO.

¿Gerarda os los puede dar?
No sé de qué los tenéis.
¡Plegue á Dios que si la quiero,
Que para el mal de que muero
Nunca remedio me deis!
¡Plegue á Dios que si la estimo,
Nunca merezca estos brazos,
Ni á mis amorosos lazos
Den vuestros muros arrimo!
¡Plegue á Dios que si la amare,
Nunca mi ventura poca
Goce de esa dulce boca,
Ni por mi bien se declare!
¡Plegue á Dios que si la viere,
Jamás me vea con vos,
Ni nos casemos los dos!

GERARDA.

¡Que esto sufra! ¡Que esto espere! (Aparte.)

HERNANDO.

¡Ay, Dios, qué de maldiciones!

GERARDA.

Todas vengan sobre mí, (Aparte.)
Si más te sufriere aquí,
Traidor, tantas sinrazones.

HERNANDO.

Dícenme que vais allá,
Y estoy muy descolorida.

LUCINDO.

Pues tomad color, mi vida;
Que á vos os adoro ya.

GERARDA.

No será, infame, en mis días.

Embiste á Hernando.

LUCINDO.

¿Cómo ansí te has descompuesto?

HERNANDO.

¡A Estefanía! ¿Qué es esto?

GERARDA.

Y á cuarenta Estefanías.

LUCINDO.

Déjala, Gerarda.

HERNANDO.

¡Ay, cielo!
¡Á una mujer como yo!

GERARDA.

¡Matarla tengo!

LUCINDO.

Eso no:
Huye.

HERNANDO.

Mi muerte recelo.

Vase.

GERARDA.

¿Qué mujer es ésta, perro?

LUCINDO.

Una mujer que me adora;
Y eso que tú has hecho agora
Ha sido un notable yerro;
Que es señora principal,
Y te ha de costar la vida.

GERARDA.

¿Puede ser ya más perdida,
Que viéndome en tanto mal?
Déjame pasar.

LUCINDO.

Detente;
Que á quien me aborrece á mí,
Nunca licencia le dí
De hablarme tan libremente.

GERARDA.

¿Yo te aborrezco, mi bien?

LUCINDO.

¿Tu bien soy?

GERARDA.

¡Ay, prenda mía!
Cuanto te dije fingía,
Y cuanto hablaba también.
Aborrezco á Doristeo,
Sólo te adoro, Lucindo:
De nuevo el alma te rindo.

LUCINDO.

¡Cielos! ¿Qué es esto que veo?

GERARDA.

En prenda de que tú eres
Mi verdad, vente conmigo.

LUCINDO.

Mucho os alienta el castigo;
Como bestias sois, mujeres.
Ahora bien: ya se acabó,
Yo adoro en Estefanía.

GERARDA.

¿Por qué me dejas, luz mía?

LUCINDO.
Porque tu noche llegó.
GERARDA.
Ven conmigo hasta mi casa.
LUCINDO.
No hay remedio.
GERARDA.
¡Que esto veo!
LUCINDO.
Presto vendrá Doristeo,
Que es el que agora te abrasa.
GERARDA.

De rodillas.

De rodillas, mi señor,
Que vayas quiero pedirte,
Porque allá quiero decirte
La causa deste rigor.
Celos, por tu vida, han sido.
No seas tirano, ven;
Ven, Lucindo; ven, mi bien.
LUCINDO.
¿En efecto me has querido?
GERARDA.
Siempre te quise, mis ojos.
LUCINDO.
Yo haré que sangre te cueste.....

Hernando, ya en su traje.

HERNANDO.
¿Qué sacrificio es aquéste?
LUCINDO.
El haberme dado enojos.
HERNANDO.
Si Lucindo quiere hacer
Una venganza gallarda,
Y Gerarda el golpe aguarda,
El ángel vengo yo á ser.
¿Qué es esto, señor?
LUCINDO.
¡Oh Hernando!
Seas mil veces bien venido.
HERNANDO.
Dos horas ando perdido,
Todo este Prado buscando;
Que en casa han echado menos
Á esta dama.
LUCINDO.
Otra sería.
HERNANDO.
¿Luego no es Estefanía?
LUCINDO.
Ha habido rayos y truenos.
HERNANDO.
¿Es Gerarda?
LUCINDO.
¿No lo ves?
HERNANDO.
Déjala, ¡triste de mí!
Que te ponen culpa á ti.
LUCINDO.
Gerarda, hablemos después.
GERARDA.
Oye.
LUCINDO.
No hay remedio.
GERARDA.
Aguarda.
HERNANDO.
Grande valor has tenido. (Aparte á Lucindo.)
LUCINDO.
El saber que soy querido
Me ha despicado, Gerarda.

Vanse los dos.

Doristeo y Finardo.

DORISTEO.
Desgracia ha sido ¡por Dios!
El no haber ya tienda abierta.
FINARDO.
Quebrada queda una puerta.
GERARDA.
Cansado os habéis los dos.
DORISTEO.
¿Sola estabas?
GERARDA.
Sola estaba.
DORISTEO.
Los músicos.....
GERARDA.
Libres son.
FINARDO.
¡Que no hubiese colación!
¡Y en el verano se alaba
Madrid, para quien trasnoche
Sin cotas ni sin broqueles,
Que tiene nieve y pasteles,
Vino y dulce á media noche!
GERARDA.
Tarde llegará el favor;
Que no estoy buena.
DORISTEO.
Sospecho
Que este fresco mal te ha hecho.
GERARDA.
Mas me ha dañado el calor.

DORISTEO.

Á Finardo.

¿Entiendes de estrellas?
FINARDO.
Sé
Que el carro ha de estar allí
Para amanecer.
DORISTEO.
¡Ah, sí!
Pues ya muy alto se ve.
Vamos, y descansarás.

¡Qué amigos!

FINARDO.

Pocos hay buenos.

GERARDA.

Cuando tú me quieres menos, (Aparte.)
Lucindo, te quiero más.

Vanse.

Lucindo y Hernando.

HERNANDO.

Tan consolado vienes, que presumo
Que no te acuerdas ya de aquella loca.

LUCINDO.

No lo digas de burlas.

HERNANDO.

¿Quién ha hecho
Milagro tan notable en tu sentido?

LUCINDO.

La confianza de que soy querido.
¡Bendiga el cielo la invención, la traza,
La hora, el movimiento, el manto, el Prado,
Los celos, los disgustos!

HERNANDO.

Y ¿no dices
Que bendiga también á Estefanía?
Pues en verdad, que aun traigo las señales
De algunos mojicones de Gerarda.

LUCINDO.

La ventana han abierto; espera, aguarda.

Fenisa, en la ventana.

FENISA.

¡Ah, caballero!

LUCINDO.

¿Quién llama?

FENISA.

Llegad quedo. Una mujer.

HERNANDO.

Fenisa debe de ser,
Que habrá dejado la cama.

FENISA.

Vuestro nombre me decid
Antes que os empiece á hablar.

LUCINDO.

Á Hernando.

Mira no echemos azar.

HERNANDO.

Todos duermen en Madrid,
Hasta el viejo Arias Gonzalo.

LUCINDO.

Lucindo, señora, soy,
Que de vos quejoso estoy,
Si esta queja no es regalo.
¿Sabéis que del capitán
Bernardo soy hijo?

FENISA.

Sí.

LUCINDO.

¿Sabéis que en mi vida os vi?
¿Cómo soy vuestro galán?
¡Yo, Fenisa, os solicito!
¡Yo os escribo mil papeles!
¡Yo á estas rejas y verjeles
La casta defensa os quito!
¡Yo os desvelo con paseos,
Y terceras os envío!

FENISA.

No os enfaden, señor mío,
Mis amorosos rodeos.
Ni me habéis solicitado,
Ni habéis cansado mis rejas,
Ni son verdades mis quejas,
Supuesto que me he quejado.
Jamás escrito me habéis,
Ni por vos nadie me habló;
En lo que esto se fundó,
Pues venís, vos lo entendéis.
No halló mi recogimiento
Cómo decir mi pasión;
Amor me dió la invención,
Y vos el atrevimiento.
Vuestro padre me ha pedido;
Mas yo nací para vos,
Si algún día quiere Dios
Que os merezca por marido.
Y el hacerle mi tercero
No os parezca desatino;
Que es cuerdo, viejo y vecino,
Y os quiere como yo os quiero.
Este camino busqué
Para que sepáis mi amor;
Sólo os suplico, señor,
Que agradezcáis tanta fe.
Y si mi hacienda y mi talle,
Puesto que más merecéis,
Os obligaren.....

LUCINDO.

No echéis
Mas favores en la calle.
Sembrarla de almas quisiera
En esta buena fortuna,
Porque palabra ninguna
Menos que en alma cayera.
Á mi ventura agradezco
Saber, mi bien, que os agrado;
Que bien sé que no he llegado
A pensar que lo merezco.
El día, mi bien, que os vi
De aquel santo jubileo,
Despertastes el deseo;
Nunca más con él dormí.
Mi poco merecimiento,
Que entendiese me impedía
Lo que mi padre decía,
Y era justo pensamiento;
Mas viéndole porfiar,
Vine á ver lo que ya veo.

FENISA.

Conocéis mi buen deseo.

LUCINDO.

El conocerle es pagar;
Que tras el conocimiento
De una deuda, pagar sobra.
Pero si se pone en obra
De mi padre el casamiento,
¿Qué tal vendré yo á quedar?

FENISA.

No creáis que ellos lo puedan;
Que los dos que los heredan
Son los que se han de casar.
Mal conocéis lo sutil
De una rendida mujer.

LUCINDO.

Discreta debéis de ser
Y de ánimo varonil:
Bien se ha visto en la invención.

FENISA.

Pues hasta agora no es nada.

LUCINDO.

La discreta enamorada
Llamaros será razón.

FENISA.

Perdóneme vuestro padre,
Que dél me pienso valer
Para daros á entender
Lo que no quiere mi madre.
Cuanto deciros quisiere,
Será quejarme de vos,
Y verémonos los dos
Por donde posible fuere.
Cuando os riña estad atento,
Que son recaudos que os doy.

LUCINDO.

Digo, señora, que estoy
En el mismo pensamiento.

FENISA.

Así sabréis lo que pasa
Desta puerta adentro vos,
Casándonos á los dos
Cuando él piensa que se casa;
Que ya estaremos casados
El día que se descubra.

LUCINDO.

Quiera el amor que se encubra
El fin de nuestros cuidados.
Y dad orden cómo os vea,
Pues no os falta discreción.

FENISA.

He pensado otra invención
Para que el remedio sea:
Y es que diré á vuestro padre
Que os envíe á que toméis
Mi bendición, y vendréis
Sin que se enoje mi madre.
Pero tratadme verdad,
Ó desengañadme aquí.

LUCINDO.

El alma, señora, os dí
Por fe de mi voluntad.
Preguntadle allá si os quiero.

HERNANDO.

Señor, advertid que al alba
Hacen las calandrias salva,
Y está muy alto el lucero.
En cas deste mercader
Una codorniz cantó,
Con que á tu amor avisó
De que quiere amanecer.

FENISA.

Vete, mi amor, que amanece;
No me eche menos mi madre.

LUCINDO.

Pide licencia á mi padre
Para verte.

HERNANDO.

La luz crece.

LUCINDO.

Dame alguna prenda tuya
Con que me vaya á acostar.

FENISA.

A mí me quisiera dar.

HERNANDO.

Dile, señor, que concluya.

FENISA.

Echa un listón.

Truécame esa cinta.

LUCINDO.

¿A qué?

FENISA.

A deseos.

HERNANDO.

¡Bueno está!

LUCINDO.

Todos los tienes allá.

FENISA.

Adiós.

Retírase.

LUCINDO.

¿Fuése?

HERNANDO.

Ya se fué.

LUCINDO.

¡Gran ventura!

HERNANDO.

Di que estás
Enamorado.

LUCINDO.

Pues ¿no?

HERNANDO.

¿Y Gerarda?

LUCINDO.

Ya pasó.

HERNANDO.

¿Cómo?

LUCINDO.

Lo que oyendo estás.

Es bella, es noble, es gallarda.

HERNANDO.

¡Brava cólera española!

LUCINDO.

Más precio esta cinta sola
Que mil almas de Gerarda.

Vanse.

Doristeo y Gerarda.

DORISTEO.

¿Para qué es tanto desdén,
Sino decirme verdad?
Hombre soy, y hombre de bien;
Háblame con libertad:
¿Quieres á Lucindo bien?

GERARDA.

Pensé que no le quería,
Y anoche.....

DORISTEO.

Pasa adelante.

GERARDA.

Quiso la desdicha mía
Que fuese un desdén bastante
Á encender nieve tan fría.
¿No viste aquella mujer
Que se sentó junto á mí?

DORISTEO.

Lucindo debió de ser
El que la trujo.

GERARDA.

Es ansí.

DORISTEO.

Eso me basta saber.
¡Ay, Gerarda, cuánto pueden
Unos celos!

GERARDA.

Muerta estoy.
En fuerza al amor exceden;
No hay desdén, mi fe te doy,
De que triunfando no queden.
Estudiado parecía
Lo que Lucindo decía
Y lo que ella preguntaba;
Supe al fin que se llamaba
Esta dama Estefanía,
Y que es mujer principal;
Que un criado, á un rayo igual,
Vino á decir que en su casa
La echaron menos.

DORISTEO.

¡Que pasa
Por mí una desdicha igual!
Pero es dicha: ¿cómo dices
Que esa dama se llamaba?

GERARDA.

¿Hay de qué te escandalices?

DORISTEO.

Pensando en el nombre estaba
De esa mujer que maldices.

GERARDA.

Estefanía decía.

DORISTEO.

¿Estefanía?

GERARDA.

Esto pasa.

DORISTEO.

¡Buena venganza sería,
Si porque he entrado en tu casa,
Diese Lucindo en la mía!

GERARDA.

¿Cómo?

DORISTEO.

Una hermana que tengo,
Estefanía se llama.

GERARDA.

Ella es.

DORISTEO.

¿Cómo detengo
La defensa de mi fama,
Y del traidor no me vengo?

GERARDA.

Él la sirve, porque un día
Dijo que se vengaría
Deste agravio.

DORISTEO.

Y lo cumplió;
Porque anoche me contó
Que fué al Prado Estefanía.
¡Alto: mi honor es perdido!
Vete en buen hora, Gerarda ....

GERARDA.

Más que quisiera he sabido.

DORISTEO.

Que si mi deshonra aguarda,
Hoy ha de ser su marido.

GERARDA.

¡Su marido! Mayor daño
Es el que me viene agora.

DORISTEO.

Pues ¿hay otro desengaño?

GERARDA.

¡Bien vivirá quien le adora,
Si le casas!

DORISTEO.

¡Caso extraño! (Aparte.)
Pues ¿puede ser de otra suerte?

GERARDA.

Dame primero la muerte.

DORISTEO.

Vete de aquí.

GERARDA.

Yéndose.

¡Nunca hablara!

DORISTEO.

¡Con mi hermana! ¿Quién pensara
Una venganza tan fuerte?
Buscar á Finardo quiero,
Para que á Lucindo saque

Donde, pues es caballero,
Ó saquemos el acero,
Ó casándose me aplaque.
Hoy muere si no se casa.
¡Oh, vil hermana! ¿Esto pasa?
Mas justa ley me condena;
Que no anda bien en la ajena
Quien ha de guardar su casa.

Vanse.

Belisa, el Capitán, Fenisa y Fulminato.

FENISA.

Hacedme aqueste placer,
Para mayor regocijo:
Que vea yo vuestro hijo,
Pues su madre vengo á ser.

CAPITÁN.

Digo que tenéis razón.

FENISA.

Pues todo queda tan llano,
Venga á besarme la mano
Y á tomar mi bendición.

BELISA.

Ya sois dueño desta casa;
Venga vuestro hijo acá.

CAPITÁN.

Digo que á veros vendrá;
Que ya sabe lo que pasa.
Fulminato.....

FULMINATO.

Señor.....

CAPITÁN.

Corre,
Llama al alférez mi hijo.

FULMINATO.

Voy.

Vase.

FENISA.

Que le llamasen dijo: (Aparte.)
Todo el cielo me socorre.
Hoy te verán estos ojos
En esta casa, mi bien.

CAPITÁN.

Aunque le muestre desdén, (Aparte.)
Me ha dado el llamarle enojos.
Es galán, mozo y discreto,
Y dirá acaso entre sí
Que no le caso, y que á mí
Me caso, viejo en efeto.
¿Quién duda que le parezca
Mejor, y que le dé pena
Ver que á mi edad se condena
Donde sin gusto padezca?
Fuera de eso, es mal consejo
Que venir aquí le mande;
Que á vista de un hijo grande,
Parece un hombre más viejo.
Ya comienzo á estar celoso;
No entrará otra vez acá.

Lucindo y Fulminato.

FULMINATO.

Aquí el alférez está.

LUCINDO.

¡Cielos, que fuí tan dichoso! (Aparte.)
Aquí mis ojos están.
Señor.....

CAPITÁN.

De enojo estoy lleno. (Aparte.)
Para danzar eras bueno.

LUCINDO.

¿Cómo?

CAPITÁN.

Eres cierto y galán.

LUCINDO.

¿No me mandaste venir?

CAPITÁN.

Besa la mano á tu madre.

LUCINDO.

Yo voy.

CAPITÁN.

¡Qué presto!.....

LUCINDO.

Mi padre.....

FENISA.

Ya me comienzo á reir. (Aparte.)

LUCINDO.

Como á madre que sois mía,
Me manda ¡oh bien soberano!
Que os bese esa hermosa mano.

CAPITÁN.

¡Qué superflua cortesía!
La mano basta decir;
¿Para qué es decir hermosa?

LUCINDO.

Quiere mi boca dichosa
Este epíteto añadir.

FENISA.

Hablan ansí los discretos.

BELISA.

¿De eso recibís disgusto?

CAPITÁN.

Levántate, que no gusto
Que beses con epitetos.

BELISA.

Dejalde, no seáis extraño;
Bese la mano á su madre.

LUCINDO.

Señor, siendo vos mi padre,
No resulta en vuestro daño.

CAPITÁN.

No me llames padre aquí.

LUCINDO.

Llamo madre á una señora
Tan moza, y ¡á vos agora
Os pesa que os llame ansí!

CAPITÁN.

Adonde la edad no sobre,

Padre, dulces letras son;
Mas á un viejo, no es razón,
No siendo ermitaño ó pobre.
Acaba, besa la mano.

FENISA.

¡Que me veo en tanto bien! (Aparte.)

LUCINDO.

Dadme esa mano, por quien
De mano esta suerte gano.
Ten, mi vida, este papel. (Aparte á ella.)

Métele un papel en la mano.

FENISA.

Ya le tengo. (Aparte.)

LUCINDO.

Y dadme aquí
Vuestra bendición; que en mí
Tendréis un hijo fiel.

CAPITÁN.

¡Hijo fiel! Mas qué, ¿quiere
Comprar algún regimiento?

LUCINDO.

¡Qué gloria en los labios siento! (Aparte.)

FENISA.

Dios te bendiga y prospere;
Dios te dé mujer que sea
Tal como la has menester;
En efecto, venga á ser
Como tu madre desea.
Dios te dé lo que á este punto
Tienes en el corazón;
Quien te da su bendición,
Todo el bien te diera junto.
Dios te haga, y sí serás,
Tan obediente á mi gusto,
Que jamás me des disgusto,
Y que á nadie quieras más.
Dios te haga tan modesto,
Que queriendo estos envites,
Á tu señor padre quites
Esta pesadumbre presto.

Señala en el pecho.

Y te dé tanto sentido
En querer y obedecer,
Que te pueda yo tener
Como en lugar de marido.

CAPITÁN.

¿Qué libro matrimonial
Te enseñó esas bendiciones?
Acaba, abrevia razones.

FENISA.

Celos tiene. (Aparte.)

LUCINDO.

¿Hay cosa igual? (Aparte.)

FENISA.

Una palabra, madre de mis ojos.

Habla aparte Fenisa con su madre, y el Capitán con Lucindo.

BELISA.

¿Qué quieres?

FENISA.

¿Ves este papel?

BELISA.

Sí veo.

FENISA.

Pues es memoria de vestidos míos,
Que el Capitán me ha dado; yo querría
Leerle, y no quisiera que él lo viese,
Porque no me tuviese por tan loca,
Que pensase que estimo en más las galas
Que no el marido: por tu vida, madre,
Que le entretengas.

BELISA.

Que me place.

FENISA.

Aparte.

¡Ay, cielo!
¡Qué industria hallé para leer agora
El papel que me dió Lucindo al tiempo
Que me besó la mano, por si es cosa
Que importa darle luego la respuesta!

BELISA.

Al Capitán.

Escuchadme á esta parte dos palabras.

FENISA.

Lee.

«Mi bien, mi padre tiene concertado,
De celos de que has dicho que te quiero,
Enviarme á Portugal; remedia, amores,
Esta locura, ó cuéntame por muerto:
Esto escribí, sabiendo que venía
Á besarte la mano: á Dios te queda,
Y quiera el mismo que gozarte pueda.»
¿Hay desdicha semejante? (Aparte.)
¿Hay celos con tal locura?
Así Dios me dé ventura,
Que he de hablarte aquí delante.
Lucindo, el papel leí; (Aparte á Lucindo.)
No me haga el cielo este mal,
Que vayas á Portugal,
Ni que una hora estés sin mí;
Y si dicen que mejor
Vive en él su desvarío,
Vive en mí, Lucindo mío,
Que soy Portugal de amor.

LUCINDO.

¡Ay, Dios, quién pudiera hablarte!
¡Quién abrazarte pudiera!

FENISA.

Yo sabré hacer de manera
Que me abraces.

LUCINDO.

¿En qué parte?

FENISA.

Fingir quiero que caí;
Tú me irás á levantar,
Y me podrás abrazar.

LUCINDO.

Tropieza.

FENISA.

Caigo, ¡ay de mí!

Cae; Lucindo la abraza para levantarla.

CAPITÁN.

¿Qué es aquesto?

LUCINDO.

Tropezó
Mi señora madre aquí,
Y yo levántola ansí.

CAPITÁN.

Y levántola ansí yo.

Sepáralos.

Salte de aquí noramala.

LUCINDO.

Pues cayendo, es cortesía.....

BELISA.

¿Haste hecho mal, hija mía?

CAPITÁN.

Despeja luego la sala.

LUCINDO.

Yo me iré.

CAPITÁN.

Vete al momento.

LUCINDO.

¿Ansí me arrojas?

CAPITÁN.

Camina.

LUCINDO.

¡Ay, mi Fenisa divina! (Aparte.)
¡Ay, divino entendimiento!
¡Ay, discreción extremada!
Por vos se puede entender
Lo que puede una mujer
Discreta y enamorada.

Vase.

FENISA.

No tengo mal ninguno, por tu vida.

CAPITÁN.

Así lo creo yo.

FENISA.

¿Fuése mi hijo?

CAPITÁN.

Tu hijo se fué ya.

FENISA.

Mil males tengo.

BELISA.

¿Quieres verle? Beatriz, ¡hola, ven presto!

FENISA.

No quiero, por tu vida.

CAPITÁN.

Aquel grosero
Debió de daros causa á la caída.
No ha de estar en mi casa un punto solo,
Ni entrar en ésta mientras tengo vida.

BELISA.

¡Qué poco amor tenéis á vuestro hijo!
Que os prometo que es gentil mancebo,
Y que le miro yo con tales ojos,
Que si en mis mocedades me cogiera,
Holgara de tenerle por marido.

FENISA.

Asíte la ocasión por el copete. (Aparte.)

CAPITÁN.

¿Este loco os agrada?

FENISA.

Escucha, madre.

BELISA.

Como sois capitán, la casa es guerra.
Todo es escucha.

CAPITÁN.

Tal me la dan celos.

FENISA.

Aparte á su madre.

El papel que te dije, no es vestidos,
Ni me le dió Bernardo.

BELISA.

¿Qué me cuentas?

FENISA.

Lucindo me le dió.

BELISA.

Pues ¿qué te escribe?

FENISA.

Una cosa que á risa ha de moverte.

BELISA.

No me tengas suspensa.

FENISA.

Al fin, me dice
Que se quiere casar.

BELISA.

¿Con quién?

FENISA.

Contigo.

BELISA.

¡Conmigo! ¿Qué me cuentas?

FENISA.

Lo que pasa.
Dice que le pareces en extremo,
Y que esa gravedad, esa cordura
Le agrada más que yo á su padre agrado.
Dice más: que con este casamiento
Se juntan las haciendas, de manera
Que los hijos de entrambos quedan ricos.
Si supieras leer, mil cosas vieras;
Mas dice que le pidas que no trate
Enviarle á Portugal; que antes le mate.

BELISA.

¿Qué es ir á Portugal? Hija, las hijas
Cuerdas y honradas, todo el gusto suyo

Ponen en sólo dársele á sus padres:
Ya sabes que soy moza, y que en efeto
Estaré más honrada con marido,
Y marido que, así te logres, hija,
Que me lleva los ojos en mirándole.
¡Qué cortés! ¡Qué galán! ¡Qué lindo talle!

FENISA.

Si esto pasa, ¿qué hará quien mandar puede?

BELISA.

¿Qué dices?

FENISA.

Que le estorbes la partida.

BELISA.

¡Partida! ¿Qué partida? Haz que esta noche
Me venga á hablar Lucindo de secreto.

FENISA.

Vete, y déjame hablar con mi marido.

BELISA.

Aparte.

¡Que me cogió á descuido! Mas no importa;
Ponerme quiero menos largas tocas;
Consultaré el espejo. ¡Ay, mi Lucindo!
Si tú me quieres, cuanto soy te rindo.

Vase.

CAPITÁN.

Milagro, Fenisa, fué,
Dejarnos solos Belisa;
Y pues que nadie nos ve,
Dame, gallarda Fenisa,
Tus manos.

FENISA.

¡Bien, por mi fe!
Mucho os preciáis de galán.

CAPITÁN.

Si celos enojo dan,
Dame la mano de amigos.

FENISA.

No me atrevo sin testigos.

CAPITÁN.

Presentes, señora, están
Celos, amor y deseo.

FENISA.

Con justos celos, señor,
De vuestro Lucindo os veo.

CAPITÁN.

¿Prosigue en tenerte amor?

FENISA.

Y aun me cansa.

CAPITÁN.

Yo lo creo.

FENISA.

Anoche sentí rüido
Á la reja, y dióme un miedo,
Que me privó de sentido.
Levántome como puedo,
Sin luz no acierto el vestido,
Topo el manteo en efeto,
Salgo á la reja, y en ella.....
¿De qué estáis tan inquïeto?

CAPITÁN.

Es cólera, esposa bella,
De ese rapaz indiscreto.

FENISA.

Y entre la reja y ventana
Hallo en lo hueco un papel.

CAPITÁN.

Eso ya es cosa inhumana;
Hoy seré un león con él.

FENISA.

Ser padre os dará cuartana.
Sosegaos.

CAPITÁN.

No puede ser.
Yo le tengo de buscar.

Vase.

FENISA.

¡Qué bien le he dado á entender
Dónde el papel ha de hallar!
Que le quiero responder,
Para que quede advertido
Que con mi madre he trazado
Que diga que es su marido,
Para que quede estorbado
El camino prevenido.
Que mi madre hará por él
Que se impida la tormenta
Desta partida cruel;
Porque si mi bien se ausenta,
Todo se pierde con él.

Vase.

Hernando y Lucindo.

HERNANDO.

¿Que todo eso ha pasado?

LUCINDO.

Si me vieras
De rodillas, Hernando, á mi Fenisa,
Que era imagen bellísima dijeras.

HERNANDO.

No lo dudes, muriérame de risa.

LUCINDO.

Si á Tántalo en el agua consideras,
Verás que ya le tengo por divisa;
Porque si aquél, ni fruta ni agua toca,
Yo vi su boca, y no llegué á su boca.

HERNANDO.

¿No te bastó la mano?

LUCINDO.

Templó el fuego
Arrimando la nieve de su mano,
Porque salió á la boca el alma luego,
Hecha un volcán de amor, por agua en vano.
¿Qué me dirás cuando á la boca llego?

HERNANDO.

¿Mordístela?

LUCINDO.

No sé; ¿mármol indiano,
Cristal de roca, quieres que mordiese?
¿No basta, si es imagen, que la bese?

HERNANDO.

Tu padre.

LUCINDO.

Calla, y déjale que pase.

El Capitán.

CAPITÁN.

¡Qué cabizbajo en viéndome te pones!
Como si no me vieses.

LUCINDO.

Si pensase
Que contigo ese crédito tenía,
No á Portugal, hasta el Japón me iría.

CAPITÁN.

Pues no te admires, que peor le tienes.
¿No te avisé que es mi mujer Fenisa?

LUCINDO.

¿No me mandaste tú que le besase
La mano como á madre? ¿Es, por ventura,
Porque llamé su blanca mano hermosa?

CAPITÁN.

Hermosa entonces, y ahora hermosa y blanca.
¡Qué lindo bellacón te vas haciendo!

LUCINDO.

Cosas te enfadan de tan poco tomo,
Que es ponerte á la sombra de un cabello.
¡Válgame Dios! ¿En qué te ofendo tanto?

CAPITÁN.

¿No es nada, si Fenisa me ha contado
Que anoche hiciste en su ventana ruido,
Y que entre el suelo della y de la reja
Le pusiste un papel?

LUCINDO.

¿Yo?

CAPITÁN.

Tú, villano.

LUCINDO.

Pues di que te le dé; que si mi letra
Tuviere ese papel.....

CAPITÁN.

Detente un poco;
Que si es ajena, mayor mal sería.

LUCINDO.

Hernando..... (Aparte á él.)

HERNANDO.

Señor.....

LUCINDO.

¿Oyes?

HERNANDO.

Ya lo entiendo.
Sin duda que papel quiere escribirte,
Y que te avisa que á buscar le vayas
Entre la reja y la ventana.

CAPITÁN.

Escucha;
Que pasa alguna gente, y no querría
Se dijese en Madrid mi casamiento.

Hablan bajo.

Doristeo y Finardo.

DORISTEO.

Hablando está con su padre.

FINARDO.

Pues apártale, que importa.

DORISTEO.

Á Lucindo.

Una palabra os quisiera.

LUCINDO.

Estoy con mi padre agora;
Pero sepamos lo que es
Buscarme con tanta cólera;
Que después habrá lugar

Á su padre.

De responderos á solas.

Apártase á hablar con Doristeo (1).

CAPITÁN.

¿Qué quieren éstos, Hernando?

HERNANDO.

Amigos son.

CAPITÁN.

Serán cosas
Del juego.

HERNANDO.

Así lo sospecho.

CAPITÁN.

Nunca dél resultan pocas.

DORISTEO.

Á Lucindo.

Sin tener obligación,
Ni conoceros (que sobra
Para no guardar la cara
Que un hidalgo no os conozca),
Puse en Gerarda los ojos,

LUCINDO.

Si es esa la queja sola,
Yo os doy desde aquí á Gerarda.

DORISTEO.

No es esa.

LUCINDO.

Pues ¿cómo? ¿Hay otra?

DORISTEO.

Otra tan grande, que creo
Que sólo el ver me reporta

(1) *Lucindo*, dice por equivocación el texto.

Aquí vuestro anciano padre.

LUCINDO.

Engaños son de esa loca.

DORISTEO.

Vos, de picado de ver
Que á vuestro amor me anteponga,
Habéis pensado vengaros
Quitándome á mí la honra.
Servido habéis á mi hermana;
Y ella, mal sabia y bien moza,
Fué anoche con vos al Prado.

LUCINDO.

¡Extraña invención de historia!
Ni conozco á vuestra hermana,
Ni trato vuestra deshonra,
Ni sé ¡por Dios! vuestra casa.

FINARDO.

La tercera es sospechosa.
¡Vive Dios, que os ha engañado!

DORISTEO.

¿Cómo engañado, si nombra
Á Estefanía, mi hermana,
De un indiano muerto esposa?

LUCINDO.

Ya entiendo todo el engaño.
La dama, señor, fué otra,
Con quien me pienso casar;
Que porque aquesta celosa
Por el nombre no supiese
Quién era antes de las bodas,
La puse el nombre primero
Que me vino á la memoria,
Que lo mismo fuera Inés,
Francisca, Juana ó Antonia.
Esto es la verdad, ¡por Dios!

DORISTEO.

Pues siendo verdad notoria,
Para satisfacción mía,
Aunque decirlo vos sobra,
Holgaré que me digáis
El nombre de esa señora.

LUCINDO.

Porque habéis de ver muy presto
Que conmigo se desposa,
Fenisa, señor, se llama.
Ésta quiero, ella me adora;
La calle de los Jardines
Es la esfera donde posa,
Y yo soy vecino suyo.
Recelo mi padre toma,
Y yo querría dejarle;
Dadme licencia.

DORISTEO.

Estas cosas
Hace el honor. Perdonad.
Mil años gocéis la novia.

Vase Lucindo.

CAPITÁN.

¿Dónde va aquél?

HERNANDO.

No sé.

CAPITÁN.

¿Si es desafío?

HERNANDO.

Habla esos hombres.

CAPITÁN.

¡Ah, señores! Creo,
Si no me engaña de mi sangre el brío,
Que de reñir los dos tenéis deseo.
Sabed que aquel hidalgo es hijo mío;
Y pues va solo, y dos con armas veo,
Yo iré con él, y dos á dos podremos
Probar los corazones que tenemos.
Soldados fuimos ya los dos en Flandes;
Fuí capitán, y él fué mi alférez: vamos.

FINARDO.

Los dos irán á que servir los mandes,
Que es bien que de soldados te sirvamos.
De hoy más serán, señor, amigos grandes;
Que, aunque por unos celos le buscamos,
Él nos aseguró que no servía
La dama que éste hidalgo presumía.
Ya sabemos quién es á quien pasea,
Y Fenisa nos dijo que se llama.

CAPITÁN.

¿Cómo? ¡Fenisa!

FINARDO.

En fin, como desea
Casarse, y que á ésta sola adora y ama.

CAPITÁN.

Antes su muerte á vuestras plantas vea.

DORISTEO.

¿Mandáisnos otra cosa?

CAPITÁN.

Que esa dama
Tengáis por mujer mía, que no suya.

DORISTEO.

El cobarde mintió. (Aparte á Finardo.)

FINARDO.

La culpa es tuya.

DORISTEO.

¡Vive el cielo, que sirve á Estefanía!

FINARDO.

Disimula y busquémosle.

DORISTEO.

El soldado
Se fué de aquí de pura cobardía.

FINARDO.

¡Que éste es hijo de un padre tan honrado!

Vanse Doristeo y Finardo.

CAPITÁN.

¡Que sirva este traidor la esposa mía,
Con quien casarme tengo concertado,
Y que se alabe que ha de ser su esposa!

HERNANDO.

¿Posible es que lo dijo? ¡Extraña cosa!

CAPITÁN.

Alto: ponle su ropa en la maleta.
No ha de quedar aquí ni sólo un día;

Camine á Portugal.

HERNANDO.

No fué discreta (Aparte.)
La industria de Lucindo.

CAPITÁN.

¿Hay tal porfía?
De noche por las rejas la inquïeta;
Besó su mano, y dijo: «Madre mía»,
Y quizá dijo «esposa» entre los labios.
No se pueden sufrir tantos agravios.
Notifícale luego la partida,
Cálzate botas.

HERNANDO.

Cásate primero.

CAPITÁN.

No quiero dar lugar á que lo impida;
Que sirva al Rey, y no á Fenisa, quiero.
No ha de entrar en Madrid más en mi vida.

HERNANDO.

Que templarás aquese enojo espero.

CAPITÁN.

Daréte ¡vive Dios! con la de Juanes.
¡Oh, qué lindo soy yo para truhanes!

ACTO TERCERO.

Lucindo, con capa con oro y plumas, y Hernando.

LUCINDO.

¡Que mi padre les contó
Que era su esposa, y no mía!

HERNANDO.

¡Que siendo yo Estefanía,
Ande en estos cuentos yo!

LUCINDO.

El nombre ha dado á entender
Que es su hermana, á Doristeo.

HERNANDO.

Tan ciego á tu padre veo,
Que te ha de echar á perder.
Pienso que van á buscarte;
Que de Fenisa el amor,
Dirán que ha sido temor
Y término de escaparte.
¿Para qué se lo decías?

LUCINDO.

Para asegurar un hombre,
No entendiendo que aquel nombre
Se le acordara en sus días.

HERNANDO.

¿Piensas ir á Portugal?

LUCINDO.

¿Cómo, si mi bien me avisa
De que su madre Belisa
Ha de remediar mi mal?

HERNANDO.

¿Fuiste á la reja?

LUCINDO.

Pues ¿no?

HERNANDO.

Y ¿hallaste el papel?

LUCINDO.

Estaba
Donde á mi padre avisaba,
Cuando á mi padre engañó.
Halléle, al fin, en la reja;
Leíle, y dice que luego
Me finja de amores ciego
De su madre.

HERNANDO.

¿De la vieja?

LUCINDO.

De la misma.

HERNANDO.

¡Extraño caso!

LUCINDO.

Pues más me ha mandado hacer.

HERNANDO.

¿Y es?

LUCINDO.

Pedirla por mujer.

HERNANDO.

¿Por mujer?

LUCINDO.

Habla más paso;
Que ha de salir al balcón
Y acaso te puede oir.

HERNANDO.

Sólo pudiera impedir
Tu partida esta invención.
¡Discreta mujer!

LUCINDO.

Notable.

HERNANDO.

Y ¿piensas con ella hablar?

LUCINDO.

Tú has de estar en mi lugar
Para que contigo hable.
Fíngete Lucindo; y yo,
Mientras hablas á Belisa,
Estaré con mi Fenisa,
Que así el papel me avisó.

HERNANDO.

¿Qué hablaré?

LUCINDO.

Cosas de amor.

HERNANDO.

Mucho sabe esta doncella;
Mil veces pienso si es ella.....

LUCINDO.

¿Quién?

HERNANDO.

La doncella Teodor.

LUCINDO.

Hoy quiero probar tu seso.
Veamos cómo requiebras

Esta vieja.

HERNANDO.

Hoy me celebras
Por único.

LUCINDO.

Yo confieso
Que por inferior me nombre
Á tu ingenio, si la engañas.

HERNANDO.

Mis telas son telarañas.
¿Qué importa ser gentilhombre
Si faltan galas?

LUCINDO.

Pues bien.....

HERNANDO.

Dame esa capa con oro.

LUCINDO.

Diérate, Hernando, un tesoro.
Toma el sombrero también.

HERNANDO.

Tú podrás ponerte el mío.

Cambian de capa y sombrero.

LUCINDO.

Á fe que quedo galán.

HERNANDO.

¡Ah, Lucindo, cómo dan
Los vestidos talle y brío!

LUCINDO.

Quedo: al balcón han salido.

Fenisa y Belisa, que salen á una reja alta.

BELISA.

Dame, Fenisa, lugar;
Que quiero á Lucindo hablar.

FENISA.

¿De qué sabes que ha venido?

BELISA.

Veo dos hombres parados
Mirando nuestro balcón.

FENISA.

Bien conoces; ellos son,
Que hacen señas embozados.
Voyme, y Dios te dé ventura.....
Mas dame licencia un poco
De hablar á Hernando.

BELISA.

Es un loco.

FENISA.

Agrádame su locura,
Y téngole que decir
Un recado al Capitán.

BELISA.

Vé á esotra reja.

Retírase Fenisa.

HERNANDO.

Ya están
Donde nos pueden oir.

LUCINDO.

Fenisa se fué de allí.

HERNANDO.

Su madre la despidió.

BELISA.

¿Sois Lucindo?

HERNANDO.

No soy yo,
Después que vivís en mí;
Pero soy el que os adora
Con el alma que le dais,
Pues mi humildad levantáis
Á vuestro valor, señora.
¿No va bueno? (Ap. á Lucindo.)

LUCINDO.

¡Pesia tal,
Que hablas con gran discreción!

HERNANDO.

Estoy hecho un Cicerón.

BELISA.

Puesto que parece mal,
Lucindo, que una mujer
Que en fin de Fenisa es madre,
La case con vuestro padre
Y á vos os venga á querer,
Que en efecto sois su hijo;
Llegado á que me queráis,
Yo confieso que me dais
Un juvenil regocijo.
¿Es posible que os agrado
Y que os parezco tan bien?

Fenisa, que sale á otra reja; Belisa, en la primera reja; Lucindo y Hernando, en la calle.

FENISA.

En voz baja.

¡Ce, Lucindo!

LUCINDO.

¿Quién es?

FENISA.

Quien
El alma y vida te ha dado.
Llega, mientras entretiene
Á la loca de mi madre
Tu criado.

HERNANDO.

Si mi padre,
Como viejo, á querer viene
La tierna edad de Fenisa,
Yo, como mozo, os adoro
Por ese grave decoro.

FENISA.

Muriéndome estoy de risa.

HERNANDO.

Esas tocas reverendas,
Ese estupendo monjil,
Ese pecho varonil,

Testigo de tantas prendas;
Ese chapín enlutado,
Que del pie los puntos sabe,
Que pisa el suelo, más grave
Que un frisón recién herrado;
Esa bien compuesta voz,
Ese olor, de amor espuela,
Que es azúcar y canela
De aquestas tocas de arroz;
Esos antojos al lado
Para cubrir los de enfrente;
Ese manto, en que consiente
Ser el amor manteado;
Esa encarnada nariz,
Donde amor destila y saca
Ámbar, mirra y tacamaca,
Más que el Arabia feliz;
En fin, tocas, pies, frisón,
Nariz, monjil, manto, antojos,
Voz, chapín, son á mis ojos
Selvas de varia lición.

LUCINDO.

¿Escuchástelo?

FENISA.

Sospecho
Que ha de entender el engaño.

LUCINDO.

En que yerre está mi daño,
Y en que acierte mi provecho,
Pero dime, prenda mía,
¿Qué ha de ser de nuestro amor,
Si de ti con tal rigor
Este padre me desvía?
No te descuides, mi bien;
Que apresura mi partida.

FENISA.

No tengas pena, mi vida,
Ni esos miedos te la den;
Que mi madre, loca y vana,
Está por tu amor de modo,
Que pondrá remedio en todo.

LUCINDO.

Sí, mas la boda cercana
Me amenaza, como ves;
Y si él se llega á casar,
¿Cómo podrás remediar
Mi ausencia y muerte después?
Á la fe, que aunque es tan cierto
Que eres discreta y sutil,
Que no halles modo entre mil
Para dar la vida á un muerto.

FENISA.

Si soy tuya, si nací
Para ti sola, y si estoy
Cierta que como yo soy
Tuya, tú lo eres de mí,
Da traza cómo salgamos
Destos padres enemigos;
Hacienda tienes y amigos,
Adonde quisieres vamos.
Discreta y enamorada
Me sueles, Lucindo, hacer,
Mas ya sólo quiero ser
Mujer y determinada.

LUCINDO.

Si tienes resolución
De que te saque de aquí,
Ánimo me sobra á mí
Para igual ejecución.
Esta noche, gloria mía,
Joyas y vestidos coge,
Y aunque tu madre se enoje,
Te sacaré á mediodía;
Que no temo de mi padre
El mal que me pueda hacer.

FENISA.

Si voy á ser tu mujer,
Máteme después mi madre.

BELISA.

¿Que tiene determinado
Enviarte á Portugal?

HERNANDO.

No he visto locura igual
Como en la que el viejo ha dado.
Dice que adoro á Fenisa,
Que la sirvo y solicito,
Que el sueño y quietud le quito,
Y sigo en saliendo á misa;
Y de celos me destierra.

BELISA.

Mi bien, y ¿queréisla vos?

HERNANDO.

¡Yo á Fenisa! ¡Plegue á Dios
Que aquí me trague la tierra,
Que me maten seis villanos
En su heredad ó su aldea,
Porque no hay muerte que sea
Más infame que sus manos;
Plegue á Dios que un arcabuz
Probándole me traspase,
Ó que una espada me pase
Desde la punta á la cruz,
Si en mi vida tuve intento
De amalla ni pretendella,
Ni jamás hablé con ella
De amor ni de casamiento!

LUCINDO.

Muy bien lo puede jurar.

BELISA.

Satisfecha estoy, mi bien.

HERNANDO.

Dejando aquesto también,
¿Tienes algo que me dar?
Porque en dándome un enojo,
Ó en jurando alguna cosa,
Me da una hambre espantosa;
Soy preñada con antojo.

BELISA.

¿Gana tienes de comer?

HERNANDO.

Rabio, ¡por Dios!

BELISA.

Todo es malo
Cuanto hay en casa; un regalo
Mañana te quiero hacer.
¿Qué conserva comes bien?
Que soy en dulces notable;
De guindas es razonable,
Y de perada también.
Duraznos es extremada.
¿Qué conserva haré?

HERNANDO.

Un menudo
Con su perejil; que dudo
Que la haya tal, bien lavada.

BELISA.

¿Deso gustas? Pues hallaste
La limpieza, la sazón
Y el buen gusto.

HERNANDO.

Cosas son
En que el tuyo conformaste.
Envíamele mañana.

LUCINDO.

¿Hay villano tan grosero?

BELISA.

¡Qué menudo hacerte espero!

HERNANDO.

No será peor la gana.

BELISA.

¿Menudo comes?

HERNANDO.

No pudo
Ponerse ese gusto en duda,
Porque quien sirve á viuda
Se obliga á comer menudo.

LUCINDO.

Gente pasa. ¡Ce!

BELISA.

¿Quién llama?

HERNANDO.

Hernandillo, mi criado,
Que allá con Fenisa ha hablado.

BELISA.

¡Lindo pícaro!

HERNANDO.

De fama.
Díceme que pasa gente.
Adiós.

BELISA.

Él, mi bien, os guarde.

LUCINDO.

Pues pasa gente y es tarde,
Adiós.

FENISA.

¡Ay, mi gloria ausente!
¡Qué bien que la has divertido!

HERNANDO.

Famosamente la hablé.

LUCINDO.

Ven tras mí. Pero ¿qué fué
Aquello que le has pedido?

HERNANDO.

Un menudo.

LUCINDO.

Y ¿eso pudo
Pedir tu lengua, grosero?

HERNANDO.

Tú negocias por entero,
Yo negocio por menudo.

Vanse.

Doristeo y Gerarda.

GERARDA.

Sosiega el pecho celoso;
Que yo sabré si es verdad.

DORISTEO.

Sospecho que, temeroso
De alguna temeridad,
Á que obliga un caso honroso,
Dijo que el nombre fingía,
Y fué á tiento Estefanía,
Porque su padre, en mi daño,
Me dijo por desengaño
Cómo á Fenisa servía.

GERARDA.

El padre acaso pensó
Que á Fenisa amabas.....

DORISTEO.

¿Yo?

GERARDA.

Y para en paz os poner,
Dijo que era su mujer.

DORISTEO.

No lo entiendo.

GERARDA.

¿Cómo no?
Si pensó que la cuestión
Era por Fenisa allí,
¿No fué sutil invención
Hacerla su mujer?

DORISTEO.

Sí,
Tienes, Gerarda, razón;
Pero mi celoso honor
Aun quiere desto más prueba.

GERARDA.

También la pide mi amor.

DORISTEO.

Esta sospecha me lleva
De un temor á otro mayor.

GERARDA.

¿Quieres que los dos sepamos
Si es verdad que ama á Fenisa?

DORISTEO.

Sí quiero.

GERARDA.

Á su casa vamos.

DORISTEO.

¿Cuál ignorancia te avisa
Que si le quiere digamos?

GERARDA.
¿Digo yo que sea ansí? (1).
DORISTEO.
Pues ¿cómo?
GERARDA.
Yo entrare huyendo (1).
DORISTEO.
¿De quién has de huir?
GERARDA.
De ti (1),
Que eres mi esposo diciendo (1).
Sacarás la daga.....
DORISTEO.
Bien.
GERARDA.
Pondrános en paz su gente;
Quedaréme allí también,
Donde á Fenisa le cuente
Que quiero á Lucindo bien,
Y que por él me matabas;
Que te llame, y en secreto
Te diga lo que dudabas.
DORISTEO.
¡Gentil industria, en efeto,
De mujer!
GERARDA.
¿Su ingenio alabas?
DORISTEO.
¡Oh mujeres!
GERARDA.
Y españolas.....
DORISTEO.
Camina.
GERARDA.
Si estamos solas,
Ella dirá la verdad.
DORISTEO.
Mujeres con voluntad
Son como la mar con olas.

Vanse.

El Capitán, Fenisa y Belisa.

CAPITÁN.
Si supiera vuestro intento,
No le echara de mi casa.
BELISA.
Yo os he dicho lo que pasa.
CAPITÁN.
Huélgome del casamiento;
Daros quiero el parabién.
BELISA.
Si mi bien camino va,
El paramal me dará
Quien me ha dado el parabién.
CAPITÁN.
Si yo estuviera avisado
De que Lucindo os quería
(Que en opinión le tenía
De hombre menos asentado),
Yo propio tratara aquí,
Belisa, del casamiento;
Que es dar á mi bien aumento
Que nos troquemos ansí.
Casado con quien es madre
De mi bien, como confío
De vos misma, el hijo mío
Vengo yo á tener por padre;
Y Fenisa, mi mujer
Y vuestra hija, tendrá
Padre en Lucindo; y dará
Á todo el mundo placer
La discreción del trocar
Las edades por los gustos.
BELISA.
Dado me habéis mil disgustos
En pretenderle ausentar;
Y no os descuidéis en ir
Donde el camino estorbéis.
FENISA.
Gran rigor usado habéis.
CAPITÁN.
No me supe resistir.
FENISA.
¿Fué celos, por vida mía,
Del destierro la ocasión?
CAPITÁN.
Celos de su vida son,
Que una cierta Estefanía
Le trae de manera ciego,
Que le han querido matar
Dos hombres deste lugar,
Y le matan si no llego.
BELISA.
Pues ¿quiere á alguna mujer?
FENISA.
¿Qué es lo que escucho? ¡Ay de mí! (Ap.)
CAPITÁN.
Así entonces lo entendí;
Mentira debe de ser.
No me acordé que le amáis.
Perdonad, que por él voy.

Vase.

BELISA.
Confusa, Fenisa, estoy.
FENISA.
Mi pensamiento imitáis.
BELISA.
Si tiene alguna mujer,
¡Buen lance habemos echado!
FENISA.
Á ti poco te ha burlado, (Aparte.)
Si burla te quiso hacer;
Pero á mí, que me engañó
Fingiendo amarme de veras.....
BELISA.
¿Qué dices?
FENISA.
Que no creyeras

(1) Una cuarteta entre quintillas. No es rara esta irregularidad.

Lo que este viejo contó;
Que con los celos que tiene
Finge dos mil desatinos.

BELISA.

¡Por qué notables caminos
Á darnos enojo viene!
Gente se nos entra acá.

FENISA.

Dejóse abierta la puerta.

BELISA.

¡Bien hará lo que concierta,
Si otra mujer tiene ya!

Gerarda huyendo de Doristeo, la daga desnuda.

GERARDA.

¡Favor, señores! Socorredme presto;
Que me mata este bárbaro tirano.

DORISTEO.

¿Quién te ha de dar favor, infame adúltera?

BELISA.

Tened, señor; no la matéis os ruego.

FENISA.

Paso, señor; ¿por qué le dais la muerte?

GERARDA.

¡Yo adúltera, señor!

BELISA.

Tened la mano,
Respetad esas tocas norabuena.

DORISTEO.

Si no mirara esa presencia noble,
De vuestra calidad notorio indicio,
El corazón le hubiera atravesado.

GERARDA.

Y matáraste en él, que en él te tengo.

DORISTEO.

¡Ahora amores, falsa, vil, perjura!
¡Ahora hechicerías! ¡Vive el cielo.....

FENISA.

Acabad, si queréis; que venís loco,
Y algún demonio revestido en celos
Os debe de mover la lengua y manos.

BELISA.

Á Doristeo.

No habéis de estar aquí, por vida mía.
Venid, que os quiero hablar en mi aposento;
Descansaréis de vuestro mal conmigo.

DORISTEO.

Yo os quiero obedecer, y referirle,
Aunque traiga mi infamia á la memoria.

BELISA.

Pues con mi hija quedará esta dama.
¿Que nombre tiene?

DORISTEO.

Estefanía se llama.

Vanse Belisa y Doristeo.

FENISA.

De gran peligro os ha librado el cielo.

GERARDA.

¡Ay, señora, que estoy temblando toda!
¿Dónde me podré ir?

FENISA.

No tengáis miedo.
Contadme vuestro mal.

GERARDA.

Si haré, si puedo.
Yo soy, gallarda señora,
Una mujer desdichada;
Aunque esto ya lo sabéis,
Pues los veis en mi desgracia.
Nací en Burgos, ciudad noble,
Y mis padres, que Dios haya,
Me trajeron á la corte,
Niña, en los brazos del ama.
Criáronme con regalo,
Y de mi talle ó mis galas
Rendido el hombre que veis,
Me pide con grandes ansias.
Casáronme á mi disgusto;
En fin, sobre estar casada
De la manera que digo,
Carga el peso desta infamia.
Vime, sin gusto con él,
Mil veces determinada
Para quitarme la vida.

FENISA.

No digáis tal.

GERARDA.

Esto pasa.

FENISA.

Pues ¿por desdicha ninguna
Dice una mujer cristiana
Que se ha de quitar la vida?

GERARDA.

Señora, experiencia os falta.
No sabéis lo que es tener
En la mesa y en la cama
Un enemigo de día,
Y de noche una fantasma.
Mas mi desesperación
Fué en este medio templada
Con la vista de un mancebo,
Soldado y sol dado al alma.
Era un alférez galán,
Por quien por puntos les daba
Á las niñas de mis ojos
Alferecía sin causa;
Que en la mala compañía
Del marido que me daban,
Pensé que con un alférez
Pudiera sufrir las faltas.
Pagóme la voluntad,
Y con obras y palabras
Marchamos diez y seis meses,
Llevándose amor las armas.
Mas como en marchando amor
Toca la envidia las cajas,
Oyó el bando mi marido
Y los tiros á su fama.

Comenzó á tener sospechas;
Puso un espantajo en casa,
Para que el pájaro huyese
Que al hortelano burlaba.
Busqué medios por vecinos,
Hubo puertas y ventanas,
Porque cuando quieren dos,
Fácilmente se baraja.
Mas para abreviar, señora,
Con mi amor y mi esperanza,
No ha faltado quien me ha dicho
Que el ver mi marido en arma
Hizo á Lucindo mudar
(Que así el alférez se llama)
El alma y el pensamiento,
Adonde agora se casa
Con una Fenisa, dicen,
Á quien de discreta alaban;
Que quien la alaba de hermosa,
Dicen que á su rostro agravia.
He perdido tanto el seso,
Que he salido de mi casa,
Y buscado de tal suerte
Este ingrato que me agravia,
Que hoy, como veis, mi marido
Me ha topado disfrazada;
Que pensaba hallarle aquí,
Que aquí vive quien me mata.
¿Conocéis en esta calle
Esta dama, hermosa dama?
¿Sabéis quién es, por ventura,
La que mis desdichas causa?
Que ya que de mi marido
Tomé puerto en vuestra casa,
Tras el remedio del cuerpo,
De vos espero el del alma.

FENISA.

¿Que Lucindo os quiere bien?

GERARDA.

¿Conocéisle?

FENISA.

¡Á Dios pluguiera
Que ni yo le conociera,
Ni él á mí!

GERARDA.

¡Ni vos también!
¡Cosa que á tiento haya dado
Con la causa de mi mal!

FENISA.

El vuestro no ha sido igual
Al mal que me habéis causado.
Yo soy Fenisa, ¡ay de mí!
Engañada de ese ingrato,
Que no sabiendo su trato,
Mucho del alma le dí.
Yo soy con quien de secreto
Su casamiento trató,
Porque no pensaba yo
Tanto mal en tal sujeto.
Pero pues á tiempo estoy,
Y mi honor salvo, creed
Que agradezco la merced,
Y que de mano le doy.
Hoy con su padre me caso
Por sólo hacerle pesar;
Que le tengo de abrasar
Con el fuego en que me abraso.
Y pues que vos le queréis,
Gozadle por largos años.

GERARDA.

¿Que vos me hacéis tantos daños,
Y que vos muerto me habéis?
¿Que vos os llamáis Fenisa?

FENISA.

Estad segura que ya
Lucindo vuestro será.

GERARDA.

Mi desengaño os avisa.
Es el hombre más traidor,
Más mudable y lisonjero
Que ha visto el mundo.

FENISA.

No quiero
Más desengaños, amor.
Adios, gustos atrevidos.
¿Vuestro nombre?

GERARDA.

Estefanía.

FENISA.

Bien su padre me decía:
No eran sus celos fingidos.
Ya sabía vuestro nombre,
Ya sé todo lo que pasa.

GERARDA.

No admitáis en vuestra casa,
Pues que sois cuerda, tal hombre;
Mirad que os ha de quitar
El honor.

FENISA.

Perded el miedo.

GERARDA.

Ya, señora, que me puedo
De mi marido librar,
Dadme licencia; que quiero
Irme en casa de una hermana.

FENISA.

¿Querréis verme?

GERARDA.

Cosa es llana.
Ser muy vuestra amiga espero.
¿Hay puerta falsa?

FENISA.

Sí habrá,
Si por Lucindo salís.

GERARDA.

¡Qué bien, señora, decís!
Adiós.

FENISA.

Presto, que os verá.

GERARDA.

Famosamente he sabido (Aparte yéndose.)
De Lucindo el pensamiento,

Y su gusto y casamiento
Por notable estilo impido.
¡Bella mujer, lindo talle!
Muriéndome voy de celos.
Guardad á Lucindo, cielos;
Que he de matarle en la calle.

Vase.

FENISA.

Salga del alma aquel violento rayo
Que la dejó como ceniza fría,
Porque parezca la esperanza mía
Palma sobre las nieves de Moncayo.
Ya estaba en flor, cuando en mitad de Mayo
El cielo derribó su lozanía;
Que cuando muda el tiempo, basta un día
Para que su verdor trueque en desmayo.
No más gustos de amor, que son engaños
Que llevan la razón por los cabellos;
No sufra el alma tan injustos daños.
No quiero bienes ya, por no perdellos;
Mas ¿cómo olvidaré con desengaños,
Si dicen que se aumenta amor con ellos?

Lucindo.

LUCINDO.

Con la determinación,
Bella Fenisa, de ser
En tan dichosa ocasión
Tu esposo, y tú mi mujer,
Que nombres seguros son,
He tenido atrevimiento
De llegar á tu aposento,
Y dejo un coche en la calle,
Que de ese gallardo talle
Viene á ser alojamiento.
Ven, sin poner dilación,
Al coche, fénix divina,
Porque en aquesta ocasión
Te quiero hacer Proserpina
Deste abrasado Plutón.
¿Qué te suspendes? ¿Qué miras?

FENISA.

¿No quieres que me suspenda?
¿Qué dices? ¿Burlas? ¿Deliras?
¿Con quién hablas?

LUCINDO.

Dulce prenda
Del alma, ¿á qué blanco tiras?
¿Hay alguien con quien cumplir?
¿No es hora ya de salir,
Como anoche concerté?

FENISA.

¿Con quién el concierto fué?
Eso me vuelve á decir.

LUCINDO.

¿No me hablaste anoche?

FENISA.

Sí.

LUCINDO.

Lo que concertamos di.

FENISA.

Que te cases con mi madre,
Pues yo lo estoy con tu padre.

LUCINDO.

¿Con tu madre? Eso fingí.

FENISA.

Ya no puede ser fingido.
Testigos hay que has tratado
Ser de mi madre marido.

LUCINDO.

Luego ¿tú me has engañado?

FENISA.

El engaño tuyo ha sido.
De mí no hay qué pretender;
Que soy mujer de tu padre,
Y mi madre es tu mujer.

LUCINDO.

¿Cómo mi mujer tu madre?
Demonio debes de ser.
¿No te acuerdas que tú fuiste
La que primero me quiso?
Tercero á mi padre hiciste,
Mi padre me dió el aviso,
Y te hablé donde quisiste.
En orden á nuestro intento
Fingimos el casamiento.
¿Qué me dices de tu madre?

FENISA.

Yo soy mujer de tu padre,
Esto es verdad y esto siento.
Si mi madre no te agrada,
Más señora, más honrada
Que tu dama Estefanía,
Vete á buscarla y porfía;
Que es dulce la fruta hurtada.
Mas guarda, que su marido
Te busca.

LUCINDO.

En lo que has hablado,
Celosa te he conocido.
Sin duda te han engañado
Con ese nombre fingido.
Mi lacayo Hernando fué
Una noche Estefanía,
Que así al Prado le llevé.
No dilates, fénix mía,
El galardón de mi fe;
Que si he visto á Estefanía,
La vida me quite el cielo,
Fálteme el sol, falte el día,
Sepúlteme vivo el suelo,
Y pierda tu luz, luz mía.
Mira que te han engañado,
Porque Hernando, disfrazado,
Ha sido la Estefanía.

FENISA.

Conozco tu alevosía;
Tarde, Lucindo, has llegado.
Y no me hagas perder

El respeto; que has de ser
Antes de un hora mi padre;
Que al marido de mi madre
Debo por padre tener.

LUCINDO.

¿Qué dices?

FENISA.

Lo que has oído.

LUCINDO.

¿Tienes seso?

FENISA.

El que te falta.

LUCINDO.

Ó tú ó yo le hemos perdido.

FENISA.

Eso sí, da voces, salta;
Que ya vendrá mi marido.

LUCINDO.

¡Válgame Dios!

FENISA.

Válga, pues.

LUCINDO.

¿Mataréme?

FENISA.

Necedad.

LUCINDO.

Pues ¿qué haré?

FENISA.

Casarte.

LUCINDO.

¿Ves
Cómo fué mi amor verdad,
Y tu liviandad lo es?
¿Ves cómo vine por ti
Y que como hombre cumplí
Lo que anoche concerté?
¿Ves cómo mujer te hallé,
Y no mujer para mí?
¿Ves cómo es bien empleado
Todo cuanto mal decimos
De vosotras? ¿Ves que he estado,
Conforme el concierto hicimos,
Prevenido y confiado?
Pues ¡plegue á Dios que te veas,
Y tan presto, arrepentida,
Que tú mi venganza seas!
Que en lo que toca á mi vida,
Será lo que tú deseas.
Goza á mi padre, que es padre,
Y es mejor que yo, en efeto,
Puesto que menos te cuadre;
Que yo seré tan discreto,
Que la mujer trueque en madre;
Que pues mi padre me envía
Á Portugal, porque tal
Delito en quererte hacía,
Me pasaré á Portugal
Por la libertad, que es mía.

Vase.

FENISA.

¡Ay Dios! Detente señor..... (1),
Pero no, que es cauteloso (1);
Vaya esta vez el traidor (1).

Hernando.

HERNANDO.

Oye, escucha.

FENISA.

¿Qué haces señas? (1)

HERNANDO.

¡Tan tibia en esta ocasión! (1)
¿Cómo ese rigor me enseñas? (1).
¿No vino Lucindo aquí,
Según me dijo, por ti?

FENISA.

Ya estamos desconcertados.

HERNANDO.

¿Cómo?

FENISA.

Hay amores casados;
No era bueno para mí.
¿Quién es una Estefanía
Á quien Lucindo quería?

HERNANDO.

¿Hasta acá llega el enredo?

FENISA.

¿Qué enredo?

HERNANDO.

Decirte puedo
Que fuí yo esa dama un día.

FENISA.

¿Tú esa dama?

HERNANDO.

Disfrazado
Con un manto, estuve al lado
De cierta dama. En efeto,
Dí celos; y esto secreto,
No sepa que lo he contado.
Que mi señor la quería
Antes que os viese; y después
Os juro, señora mía,
Que un tigre á sus ojos es,
Aunque se cansa y porfía;
Que anda perdida y celosa.

FENISA.

Sin duda me han engañado.

HERNANDO.

Yo sé que no hay otra cosa
Que le dé en Madrid cuidado
Sino vos, Fenisa hermosa.
Mas ¿qué le diré?

FENISA.

No sé;
Que viene mi madre aquí.
Huye.

HERNANDO.

Por allí me iré.

Vase.

(1) Seis versos de dos quintillas incompletas.

Belisa.

BELISA.
Ya, Fenisa, despedí
Aquel hombre.
FENISA.
Y ¿cómo fué?
BELISA.
No sé si podré, de risa,
Contarte lo que ha pasado.
FENISA.
De todo, madre, me avisa.
BELISA.
De verte se ha enamorado.
FENISA.
¿Tan presto?
BELISA.
Escucha, Fenisa:
Que te quiere por mujer.
FENISA.
¿Siendo casado?
BELISA.
Es enredo
Que esta mujer quiso hacer.
FENISA.
Que son celos tengo miedo.
BELISA.
Celos debieron de ser.
Contóme que concertaron
Que se hiciese su marido,
Porque los dos sospecharon,
Él que su hermana ha servido,
Y ella que aquí le engañaron.....
FENISA.
¿Á quién?
BELISA.
Á Lucindo.
FENISA.
¡Bien!
¿Que de Lucindo son celos?
BELISA.
Y á mí me los dan también.
FENISA.
Pusieron en paz los celos
Su verdad y mi desdén.
Perdí gallarda ocasión (Aparte.)
De gozarle á mi contento;
Mas no faltará invención.
Hoy será mi casamiento
En casa y con bendición.
Madre, no estés divertida.
Después que esta cautelosa
Mujer, falsa y atrevida,
Vino sin vida, celosa,
Para quitarnos la vida,
Ha estado Lucindo aquí
Y me ha dicho que te adora.
BELISA.
¿Es cierto?
FENISA.
Esto pasa ansí.
Pero díceme, señora,
Que hablando á su padre en ti
Le halla muy desabrido
En que sea tu marido,
Y que es forzoso, en efeto,
El casaros de secreto.
BELISA.
Siempre lo tuve entendido.
No quisiera el Capitán
Que su hijo se casara,
Porque murmurar podrán
Que el viejo goce esa cara,
Y que á Lucindo me dan.
Pues mi marido ha de ser.
FENISA.
Él dice que en tu aposento
Te quiere esta noche ver.
BELISA.
¿Qué sientes de eso?
FENISA.
¿Qué siento?
Que allí serás su mujer.
BELISA.
Trázalo, pues anochece.
FENISA.
Vete á prevenir, y calla.
BELISA.
Mi ventura me enloquece;
Por no darte qué envidialla,
No digo lo que me ofrece.
Voy á perfumarlo todo
Y que esté con grande aseo.
FENISA.
Hazlo, madre, de ese modo.

Vase Belisa.

¡Qué bien mis bodas rodeo,
Y el nuevo engaño acomodo!

El Capitán.

CAPITÁN.
¿Es mi Fenisa?
FENISA.
Soy quien te desea.
¿Adónde está Lucindo? que mi madre
Ya quiere efectuar el casamiento.
CAPITÁN.
¿Qué casamiento?
FENISA.
El suyo con el mío.
CAPITÁN.
Bien dice, y no aguardemos á más términos;
Que ya los dos tenemos corta vida.
FENISA.
Yo estoy, señor, también desengañada
De que no era Lucindo el que venía
De noche á mi ventana.
CAPITÁN.
¿Qué me cuentas?

FENISA.

Hoy supe que era un cierto amigo suyo;
Y así, quiero que vayas á buscarle
Y le digas que ronde aquesta noche
La puerta desta casa con Hernando;
Porque anoche á las diez, por la ventana
Del huerto entró el amigo que te digo,
Y á la puerta llamó de mi aposento.
Levantéme, pensando que mi madre
Venía á visitarme, y si no cierro,
No dudes que sucede una desgracia.

CAPITÁN.

¿Hay maldad semejante? ¡Vive el cielo,
Que he de ser yo quien ronde!

FENISA.

No, mis ojos;
Que en ese tiempo habéis de estar conmigo.

CAPITÁN.

¿Adónde?

FENISA.

En mi aposento, de secreto.

CAPITÁN.

Dadme esas manos.

FENISA.

Advertid que quiero
Que vengáis muy galán y rebozado,
Y que os hagáis la barba; que no gusto
De verla de esa hechura, que, en efeto,
Pareceréis mejor más atusado.

CAPITÁN.

Quien para tanta gloria se previene,
No dudéis que vendrá galán del todo.
La barba haré cortar á vuestro gusto,
Pues hacerse la barba es muy de novios;
Y yo lo he de ser vuestro.

FENISA.

Ya es muy tarde;
Hablad á vuestro hijo.

CAPITÁN.

El cielo os guarde.

Vanse.

Lucindo y Hernando.

LUCINDO.

Arrepintióse.

HERNANDO.

¿Qué dices?

LUCINDO.

Lo que oyes.

HERNANDO.

No lo creas.

LUCINDO.

Ni tú mudanzas que veas.

HERNANDO.

Son retóricos matices
Para encarecerme el bien.
¿Hasla por dicha gozado?
Que te veo muy mirlado.

LUCINDO.

Y aun muerto me ves también.

HERNANDO.

¿Hablas de veras?

LUCINDO.

Llegué
Para sacalla de allí,
Y de manera la vi,
Que dando voces bajé.
Volví el coche, y los amigos
Se volvieron á su casa.

HERNANDO.

Pues ella toda se abrasa,
Y estos ojos son testigos.....

LUCINDO.

¿Cómo?

HERNANDO.

De celos crueles.

LUCINDO.

Pues ¿de quién?

HERNANDO.

De Estefanía.

LUCINDO.

¡Que esto dure todavía!
No me aflijas, como sueles;
Que todo nace de amor.

HERNANDO.

Tu padre.

LUCINDO.

No importa nada.

Capitán.

CAPITÁN.

Bien aprestas la jornada.

LUCINDO.

Mañana me voy, señor.

CAPITÁN.

¡Bueno es eso! Estás casado
Con Belisa y vaste luego.

LUCINDO.

Eso ha sido burla y juego.

CAPITÁN.

Yo sé que tomas estado;
Pero que sea ó no sea,
Ya te quedarás aquí.

LUCINDO.

¿Por qué?

CAPITÁN.

Porque ya entendí
Quién á Fenisa desea,
Y aun es grande amigo tuyo.

LUCINDO.

También te habrán engañado.

CAPITÁN.

Ya Fenisa me ha contado
Que fué todo engaño suyo.
Dice que anoche pasó
Por la pared de la huerta
Cierta persona incierta,
Y á su aposento llegó:
Llamó, salió á abrir, y viendo
El engaño, cerró.

LUCINDO.

Extraño
Hubiera sido el engaño.

CAPITÁN.

Dió voces, y fuése huyendo.
Hame dicho que te diga
Rondes esta noche allí.
¿Haráslo ansí?

LUCINDO.

Señor, sí:
Mandármelo tú me obliga.

CAPITÁN.

Pues yo vengo muy de prisa.
Ármate, y guárdete Dios.

Vase.

LUCINDO.

Hoy nos casamos los dos.

HERNANDO.

¿Cómo?

LUCINDO.

Ya entiendo á Fenisa:
Quiere que entre á su aposento
Por el huerto.

HERNANDO.

Dices bien;
Y que ella estará también
Allí con el mismo intento.
Mas los celos la han picado;
Hoy se cumplen tus deseos.

LUCINDO.

¡Por qué notables rodeos
Á mi remedio he llegado!
Vente á armar, porque has de entrar
Al huerto y guardar la puerta.

HERNANDO.

Beatriz es dama encubierta;
Pero allá la pienso hallar.

Vanse.

Doristeo y Finardo.

FINARDO.

Yo no sé si le llame desengaño
El que de vuestra hermana habéis tenido,
Pues veo que resulta en vuestro daño,
Viniendo de Fenisa tan rendido.

DORISTEO.

Hizo Gerarda aquel enredo extraño.
Entré fingiendo que era su marido;
Pero en viendo á Fenisa, quedé luego
Ciego del rayo de su ardiente fuego.
Estuve con su madre en su aposento;
Y si verdad os digo, dije el caso,
Y pedíle á Fenisa en casamiento.

FINARDO.

Estas son sus ventanas; hablad paso.

DORISTEO.

¡Ay, divino y dichoso alojamiento
De la décima musa del Parnaso,
De la mujer más bella, y fénix solo
Que en su giro veloz ha visto Apolo!

FINARDO.

Y qué, ¿os pensáis casar?

DORISTEO.

Si ella me quiere.

FINARDO.

¿Es gente principal?

DORISTEO.

De virtud tanta,
Que la doncella á las demás prefiere,
Y la madre, Finardo, es una santa.

FINARDO.

¿Qué hacienda tiene?

DORISTEO.

Sea la que fuere,
Virtud en dote á todos se adelanta.
De su recogimiento y virtud quiero
Hacer, Finardo, el dote verdadero.

El Capitán, con barba diferente, muy hecha, en hábito de noche; Fulminato.

CAPITÁN.

Á Fulminato.

Ya puedes volverte á casa.

FINARDO.

Gente pasa. (Aparte á Doristeo.)

DORISTEO.

Y encubierta.

FINARDO.

Creo que para á la puerta,
Que de la puerta no pasa.

FULMINATO.

¿Mandas que te aguarde aquí,
Ó que llame otros criados?

CAPITÁN.

No, que aquellos embozados
Vienen á guardarme á mí.
Entro: vuélvete.

FULMINATO.

¿Quién son?

CAPITÁN.

Lucindo y Hernando.

Éntrase.

FULMINATO.

Quiero
Hablarlos.

FINARDO.

Entró.

DORISTEO.

¿Qué espero?

FINARDO.

¡Gran virtud! ¡Gran religión!

FULMINATO.

¿Es menester compañía?

FINARDO.

Pase adelante, galán.

FULMINATO.

Perdonen....

DORISTEO.

Perdón le dan.

FULMINATO.

Que por otros los tenía.

Vase.

DORISTEO.

¡Corrido estoy, vive Dios!

FINARDO.

¡Qué gran dote es la virtud!

DORISTEO.

Tal les dé Dios la salud.

FINARDO.

Pues quedo.

DORISTEO.

¿Cómo?

FINARDO.

Otros dos.

Lucindo y Hernando.

LUCINDO.

Pies, en mi amor os tened (1).

DORISTEO.

¿Echó escala?

FINARDO.

Y suben ya (1).

DORISTEO.

¿Qué casa es ésta?

FINARDO.

No sé.
Que es fuerza es lo más seguro,
Pues por la puerta y el muro
Tanto enemigo se ve.

DORISTEO.

¿Suben los dos?

FINARDO.

Así pasa.

DORISTEO.

Muchas mujeres habrá.

FINARDO.

Pues más gente viene ya;
Que aun no está llena la casa.

Gerarda, en hábito de hombre.

GERARDA.

Por ver si aquel mi enemigo (Aparte.)
Viene á rondar por aquí,
Salgo de mi casa ansí,
Con mi amor y sin testigo.
No creo que me he engañado;
Él y su Hernando serán
Los que en esta esquina están.
¡Á qué buen tiempo he llegado!
¿Eres tú, cruel?

DORISTEO.

¿Quién va?

GERARDA.

Yo soy, Lucindo.

DORISTEO.

¿Quién?

GERARDA.

Yo.

DORISTEO.

¿Es Gerarda?

GERARDA.

Tuya, no;
De Doristeo soy ya.

DORISTEO.

Yo soy ese Doristeo.

GERARDA.

¡Tú! Pues ¿qué buscas aquí?

DORISTEO.

Á ti te busco.

GERARDA.

¡Tú á mí!

FINARDO.

Con un mismo intento os veo:
Tú por Fenisa venías,
Y tú por Lucindo vienes.

DORISTEO.

Es sin duda.

GERARDA.

Razón tienes.

DORISTEO.

Hoy habemos sido espías;
Mas mira ¡qué casa aquésta!
Tres hombres tienen allá.

GERARDA.

¿Tres hombres?

FINARDO.

Y aun treinta habrá.

GERARDA.

¡Á fe que es Fenisa honesta!
Llama con una invención,
Para que quién son sepamos.

FINARDO.

Fuego, que hay fuego digamos.

DORISTEO.

Y no con poca razón.

FINARDO.

Á voces.

¡Fuego, fuego!

DORISTEO.

¡Fuego!

GERARDA.

¡Fuego!

BELISA.

Dentro.

¡Fuego en mi casa! ¡Ah, criados!

(1) Dos versos sueltos entre dos redondillas: deben de faltar otros dos.

DORISTEO.

¡Fuego!

BELISA.

Dentro.

¡Ah, vecinos honrados!
¡Fenisa, levanta luego!

FENISA.

Dentro.

¡Fuego, madre!

DORISTEO.

¡Que se abrasa
La casa!

LUCINDO.

Dentro.

¡Luces de presto!

El Capitán, Belisa, Lucindo y Fenisa; Hernando, con una hacha encendida.

CAPITÁN.

¿Fuego en la casa?

BELISA.

¿Qué es esto?

LUCINDO.

¿Fuego en casa?

FENISA.

¿Fuego en casa?

HERNANDO.

¿Dónde, señor, está el fuego?

GERARDA.

Entre vosotros está;
Pero nadie lo verá,
Estando el honor tan ciego.
¡Dentro de una casa honrada
De una mujer como vos,
Hay dos hombres!

DORISTEO.

¿Cómo dos?
Y aun tres.

HERNANDO.

¡Hermosa empanada!

BELISA.

Yo con mi marido estoy.

CAPITÁN.

Y yo estoy con mi mujer.

BELISA.

Otro pensé yo tener.

CAPITÁN.

De otra que aborrezco soy.

BELISA.

¿Cómo es aquesto, Fenisa?

FENISA.

Con Lucindo me he casado.

BELISA.

Pues ¿cómo me has engañado?
Mas ya lo dice tu risa.

CAPITÁN.

Di, Lucindo, ¿á un padre noble
Los buenos hijos engañan?

LUCINDO.

Señor, yo adoro á Fenisa,
Y ella, como ves, me paga.
Cuanto contigo trató
Son enredos que buscaba
Para casarse conmigo;
Los que presentes se hallan,
Aunque mis contrarios sean,
Juzguen, señor, nuestra causa.
¿No es mejor que el padre mío,
Con esta señora honrada,
Que es madre de mi mujer,
Se case, pues que se igualan
En méritos y en edad,
Y que, como nuestras almas,
Los dos juntemos los pechos?
Habla, y perdona, Gerarda.

GERARDA.

Aunque celosa venía,
La razón, Lucindo, es tanta,
Que con los dos asesores
Que á este pleito me acompañan,
Digo que tu padre sea
De Belisa, y que esta dama
Te goce, amén, muchos años

DORISTEO.

La sentencia está bien dada,
Y yo la confirmo.

FINARDO.

Y yo.

LUCINDO.

Dame esa mano.

FENISA.

Y el alma.

CAPITÁN.

Dadme vos también la vuestra.

BELISA.

Dais honra y remedio á entrambas.

HERNANDO.

Para tan viejo rocín, (Aparte.)
Cualquiera silla le basta.

GERARDA.

Los dos me acompañaréis.

DORISTEO.

Llevarémoste á tu casa.

CAPITÁN.

Hernando, avisa en la mía
Que allá cenan estas damas.

HERNANDO.

Para en uno sois, ¡por Dios!

LUCINDO.

Si es para muchos la farsa,
Mi amor lo diga, y dé fin
La Discreta enamorada.

EL HALCÓN DE FEDERICO

EL HALCÓN DE FEDERICO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

á Sebastián Jaime,

CIUDADANO DE VALENCIA

Tanto más dijo Plinio que era torpe la ingratitud, cuanto más honesta la causa del agradecimiento: no he tenido con qué mostrarle al beneficio que recibí de Vm. cuando llegué á Valencia á acompañar al Excmo. Sr. Conde de Lemos, que venía de gobernar á Nápoles; pues ya de la aspereza del camino, ya de la inclemencia del tiempo, en que reinaba aquella estrella que Ovidio llamó proterva:

Et micet Icarij stella proterva canis;

Codro malsana, Mantuano morbosa, perdí la salud, que con el cuidado y regalos de Vm., después de la piadosa mano del Cielo, recuperé brevemente. Hace ventaja esa ilustrísima ciudad á todas las de Europa en honrar, amparar y regalar los forasteros; es madre de la cortesía, de la gentileza y de la piedad, pues á los que no conocen, y de quien por ventura no esperan reconocimiento, hacen tan singulares bienes y mercedes. ¿Qué castellano, ó de otra cualquiera nación, ha llegado á Valencia, que en ella no hallase más tierno, más amoroso, más regalado acogimiento que en su misma casa? Adórnala el Cielo de cuanto puede desear la imaginación humana: sus ingenios son divinos; sus soldados, valerosos; sus caballeros, gallardos; sus damas, bellísimas; su religión y fidelidad, la mayor que se conoce; y su Gobierno tan excelente, que ha dejado atrás las Repúblicas platónicas, donde con el ejemplo de la mixtión de los agudos y graves con que la música forma tan suave concento y armonía, alaba en un reino ó ciudad la junta maravillosa de la fortaleza y de la templanza. Desconsolado estuviera de parecer ingrato, si no dijera lo que

debo á esa ciudad generosa, y entre algunas personas della á Vm.; pero quiero que advierta que también le pareció á Cicerón, que no sólo había de ser agradecido el que recibía el beneficio, verum etiam is, cui potestas accipiendi fuit.

Esta comedia sale á luz con el nombre de Vm., para que tenga el amparo que le deseo; recíbala en su protección, como á mí en su casa; que si, por opinión de Casiodoro, ninguno entiende lo que recibe, si no se acuerda de haberlo recebido, yo, por lo menos, que lo confieso, no lo ignoro, y espero en mayores cosas mostrarme agradecido. Dios guarde á Vm. como deseo.

LOPE DE VEGA CARPIO.

EL HALCÓN DE FEDERICO

FIGURAS DE LA COMEDIA

FEDERICO, *caballero.*
FABIO. } *Criados.*
FELICIANO. }
LUDOVICO. } *Caballeros.*
CAMILO. }
JULIA, *dama.*
CELIA, *mujer de Camilo.*
PEROTE, *loco.*
LIDIO, *criado.*
CLAVELA.
RISELO.
AURELIANO.
EL CAPITÁN RUTILIO.
SOLDADOS, CAJA Y BANDERA.
UN ALCALDE VILLANO.
ELIANO, CELIO, *hermanos suyos.*
CÉSAR, *su hijo.*
UN CASERO LABRADOR.

REPRESENTÓLA RIQUELME

ACTO PRIMERO.

Federico, caballero; Fabio, criado.

FABIO.

El premio de más galán
Te han dado en este torneo.

FEDERICO.

Podré decir que al deseo,
Fabio, ese premio le dan;
Que como yo no lo estoy,
Y tanto deseo ser
Quien pueda bien parecer
A los ojos de quien soy,
Quien de galán me ha premiado,
Por donde aquel ángel veo,
Me ha visto, Fabio, el deseo
De agradar á quien no agrado;
Que los ojos, cuya calma
Del justo temor desdice,
Son cédulas donde dice
Sus pensamientos el alma.
¿Qué me dieron?

FABIO.

Una pluma
De diamantes.

FEDERICO.

Bien hicieron;
Que en pluma y diamantes dieron
De todo mi mal la suma.
Pluma son mis esperanzas,
Que lleva el viento inconstante,
Y mis firmezas, diamante
Al rigor de sus mudanzas.
Pluma son mis prevenciones,
Que vuelan sin galardón,
Y diamante el corazón
Que sufre tantas pasiones.
Pluma son mis diligencias
Contra un ingrato desdén,
Y diamante el pecho en quien
Caben tan largas paciencias.
Pluma es el loco volar
De aquesta imposible empresa,
Y diamante lo que pesa
El peso de mi pesar.

FABIO.

El seso se te ha olvidado,
Que debieras hacer pluma
Con que escribieras la suma
De lo mucho que has gastado.
Vuelve, por tu vida, en ti,

Y con pluma de un diamante
Escribe que un loco amante
Á perderse vuela ansí.
Señor, en ninguna cosa
Conoce á lo que has llegado,
Como en que muestre un criado
Libertad tan rigurosa.
Yo he propuesto hablarte claro:
Si te ofendo, á amor castiga;
Que él me manda que te diga
Los daños en que reparo.
Toda Florencia murmura
Tus gastos desatinados,
Nacidos de los cuidados
Desta imposible hermosura.
Repórtate, y considera
Que desta hacienda gastada,
Á Celia no alcanza nada
Cuando menester la hubiera.
Ella es casada, y su esposo
Tan rico, que no hay dos hombres
En Florencia, con los nombres
De rico y de venturoso,
Que los tengan con más causa.

FEDERICO.

La ventura, bien le viene,
Pues de quien la mayor tiene,
Tantas desdichas me causa.
La riqueza, sabe Dios
Que no le envidio.

FABIO.

Eso creo,
Porque antes tienes deseo
De ser pobre.

FEDERICO.

Celia, en vos
Toda mi riqueza estriba.
Oro fué vuestra cabeza:
De esa frente la belleza,
Plata blanca, limpia, altiva.
Esos ojos, piedras son,
Que preciosas hacen tiros;
¿Quién ha visto con zafiros
Dar veneno al corazón?
Rubíes y perlas bellas
Son esos dientes y boca,
Ambar, el aire que toca,
Como en blanco azahar, en ellas.
Pues quien tiene en su belleza
Perlas, piedras, plata y oro,
Sin duda tiene el tesoro
De la más alta riqueza.

FABIO.

Si fuera tuya, es verdad;
Pero es casada, y ajena,
Porque la riqueza es buena,
Gozada con libertad,
Pero ¿qué se me da á mí
Del jardín de mi vecino?

FEDERICO.

Eres necio.

FABIO.

Eso imagino.

FEDERICO.

Pues es sin duda.

FABIO.

Es ansí.

FEDERICO.

La estimación de una cosa,
El conquistarla ha de ser;
Que la fruta y la mujer,
La hurtada es la más sabrosa.
Si el oro que te he contado
De Celia, tuviera yo,
Del bien que nunca me dió,
Fabio, estuviera cansado.
No ha dicho la antigüedad
En cuanto tengo leídas,
Á la fábula de Midas
Cosa que tenga igualdad.
Todo aquello que tocaba,
En oro se convertía,
Oro comía y bebía,
Y hasta en oro se acostaba.
Lo mismo deben de ser
Los gustos de los casados,
Pues estando en casa atados,
Cuanto tocan es mujer.

FABIO.

En mi vida, Federico,
Cosa tan aguda oí.

FEDERICO.

Vé por la pluma, y aquí
Me deja.

FABIO.

Oye te suplico.

FEDERICO.

No hay que oir; tú has de llevarle
Á Celia.

FABIO.

¿Vendrán, señor?

FEDERICO.

¿Quién?

FABIO.

El sastre y bordador,
Á quien fuera mejor darle;
Porque quinientos ducados
Que debes entre los dos.....

FEDERICO.

Camina, Fabio, ¡por Dios!
Deja esos necios cuidados.

FABIO.

No te quiero replicar.

Vase Fabio.

FEDERICO.

Tráeme á casa la respuesta.

Sale Julia, dama.

JULIA.

¿Podréte hablar?

FEDERICO.

Poco cuesta,
Julia, oir; comienza á hablar,
Y plega á Dios que aproveche.

JULIA.

Cruel Federico airado,
¿Qué montes te han engendrado?
¿Qué tigres te dieron leche?

FEDERICO.

¿Ya comienzas por ahí?

JULIA.

¿Ya el principio no te agrada?

FEDERICO.

Ni me puede agradar nada,
Julia, de ti.

JULIA.

¿Cómo ansí?

FEDERICO.

El cómo, porque estoy loco,
Y el ansí, porque estoy ciego;
Julia, todo soy de fuego,
¡Ay de las cosas que toco!

JULIA.

Mucho en pensar me desvelo,
Si es lo que dices ansí,
Cómo tanto fuego en mí
Pueda convertirse en hielo.

FEDERICO.

Antes muy conforme estoy
Á los extremos que llego,
Porque para mí soy fuego,
Y para ti hielo soy.
Consúmeme todo el día
Amor, que es rayo del cielo,
Y después parezco hielo,
Porque la ceniza es fría.

JULIA.

Si yo acabase conmigo
De aborrecer tu desdén,
No quería mayor bien
Que en venganza tu castigo.
Pero como estoy tan (1) loca,
Lo que era venganza en ti
Viene á ser castigo en mí,
Y en las entrañas me toca.

FEDERICO.

¿Por qué me quieres?

JULIA.

No sé.

FEDERICO.

¿No lo sabes? Yo tampoco.

JULIA.

Tú, ¿por qué quieres?

FEDERICO.

Por loco.

JULIA.

Pues yo lo mismo seré.
Mas sin duda es la ocasión
Que quiero, porque he querido
Á quien me ha correspondido,
Y dúrame esta pasión.

FEDERICO.

Si quisiste á quien te amaba,
Aborrece á quien te olvida;
Que esta es razón conocida
Y que todo el mundo alaba.

JULIA.

¿Cómo no la consideras,
Pues quieres quien te aborrece?

FEDERICO.

Porque por eso merece
Que la quiera con más veras.
Celia nunca me ha querido;
Que si querido me hubiera,
Y me olvidara, yo hiciera
Contrahierba de su olvido.

JULIA.

Pues si te digo verdad,
Yo te quiero porque veo
Que te mata otro deseo,
Y enciende tu voluntad.

FEDERICO.

Eso no es amor, que es celos
Y envidia.

JULIA.

Bien puede ser,
Porque hicieron la mujer
Llena de envidia los cielos.
Mejor libre me pareces
Que cuando rendido estás;
En fin, yo te quiero más
Después que tu me aborreces.
Y dame que me quisieras;
Que á fe que me despicara
De suerte, que no te hablara
Si dos mil almas me dieras.
Quédate, que el gran dolor
Me ha hecho decirte más
De lo justo, porque estás
Lejos de tenerme amor.
Mas mira que la mujer
Es peligroso enemigo.

FEDERICO.

¿Qué puedes tú hacer conmigo,
Más que dejar de querer?

JULIA.

Si de quererte dejara,
Luego no te persiguiera;
Quien persigue y persevera,
Amor secreto declara.
Y mientras te tengo amor,
Te tengo de perseguir.

FEDERICO.

¿Qué podrás hacer?

JULIA.

Decir
Á Celia que eres traidor.

FEDERICO.

¡Ojalá que tú la hablases

(1) *Es Tristán loca*, dice disparatadamente la primera edición.

Y tu pasión la dijeses,
Quejas de mi amor le dieses,
Y el que tengo le contases!
¡Ojalá que á Celia hermosa
Le dijeses que la quiero,
Porque no hay tan buen tercero
Como una mujer celosa!
¡Ojalá que por delito
Dijeses que te aborrezco,
Y que lo que yo merezco
Viese en tus ojos escrito!
Por ventura podría ser
Despertases á quien duerme.

JULIA.

Mal sabes tú conocerme,
Ni entiendes lo que es mujer.
Yo lo trazaré de modo,
Que sin saber que te quiero,
Te pinte un bajo escudero
De vil pensamiento en todo.
Y, finalmente, has de ver,
Ya que soy aborrecida,
Que no hay víbora ofendida
Como lengua de mujer.

Vase.

FEDERICO.

Amo quien me aborrece, aborreciendo
Á quien me quiere; adoro á mi enemigo;
Huyo de quien me va siguiendo, y sigo
La misma sombra que de mí va huyendo.
Muero por quien por otro está muriendo,
Y á quien me da su vida á muerte obligo;
Á quien me sigue con lealtad, persigo,
Y á quien jamás me paga estoy sirviendo.
Así por este mar de amor navego,
Con hielo abraso, y nieve, en fin, me enciende,
Donde sigo mi error, la razón niego;
Que cuando amor lo que es razón pretende,
Ya no es amor, que amor es niño y ciego;
Cual ciego mira, y como niño entiende.

Vase Federico.

Salen Celia y Camilo, su marido, de camino, y Feliciano.

CELIA.

¿Qué tienes allá que hacer?

CAMILO.

Voy, hermosa Celia mía,
Á la heredad por un día;
Luego no pienso volver.

CELIA.

¿Sabes cómo cuenta amor
El tiempo de las ausencias?

CAMILO.

Conozco sus experiencias.

CELIA.

Yo las entiendo mejor.
Amor ausente, Camilo,
Cuenta desta suerte un día,
Porque en su contaduría
Tengo aprendido el estilo:
Un instante un día es,
Un cuarto de hora es semana.

CAMILO.

¡Buena cuenta!

CELIA.

Cuenta es llana;
Y una hora entera es un mes.
Que un día es un año, advierte;
Una semana, una edad;
Un mes, una eternidad.

CAMILO.

¿Y un año?

CELIA.

Nada, es la muerte;
Porque si llega el rigor
Á un año, y el que ama siente,
Ó ha de morirse el ausente,
Ó quitársele el amor.

CAMILO.

Pues ¿tras un año de ausencia,
No hay amor?

CELIA.

No.

CAMILO.

¿De qué suerte?

CELIA.

Ha de haber olvido ó muerte:
Muerte, porque no hay paciencia;
Olvido, porque en un año,
Si es que el ausente vivió,
Es indicio que olvidó
Y que no sintió su daño.

CAMILO.

¡Pues, mi bien, venir dos días
Antes que el año se acabe,
Si es el término que sabe
Amor en sus niñerías!
Mas ¿cómo estuvo diez años
Penélope, y no olvidó
Su esposo?

CELIA.

Porque fingió
Un poeta esos engaños;
Que no debió de querer
Pintar en esa ocasión
Cómo las mujeres son,
Sino cómo habían de ser.

CAMILO.

Luego ¿si yo me ausentase
Un año, cierto sería
Tu olvido?

CELIA.

Antes moriría
Que en ausencia te olvidase.
Mas no se burle ninguno
Que ame, á la ausencia de un año,
Que es término muy extraño,
Muy áspero é importuno.

En un año, todo el cielo
Muda cuanto engendra y cría;
La noche se iguala al día,
El calor se trueca en hielo;
Los árboles se desnudan,
Ríos y fuentes se secan,
Las condiciones se truecan,
Los pensamientos se mudan.
Un día es toda la vida,
Mira tú qué será un año,
Donde nos lleva el engaño
Á la muerte de corrida.
El alba es la primavera,
El verano el mediodía;
Tarde el otoño, y la fría
Noche, el invierno que espera.
Mira tú lo que es amar,
Y mira lo que es sufrir.

CAMILO.

Tú que lo habrás de sentir
Celia, lo habrás de mirar.
Por un año á Roma voy.

CELIA.

¡Válgame el cielo!

CAMILO.

Detente;
Que es burla.

CELIA.

¡Extraño accidente!

CAMILO.

¿Qué tienes?

CELIA.

Temblando estoy.

CAMILO.

Mi bien, probarte quería.....

CELIA.

¡Extrañas burlas, Camilo!

CAMILO.

¿Ya no sabes tú mi estilo?

CELIA.

¿Dónde vas, por vida mía?

CAMILO.

Aquel campo que está junto
Á nuestra heredad, me venden;
Á eso voy.

CELIA.

Lo que pretenden
De llevarte allá pregunto.

CAMILO.

Que le vea y concertalle;
Esto es verdad: queda adiós.

CELIA.

Vamos los dos.

CAMILO.

Á los dos
No querrán, mi Celia, dalle
Por lo que á mí me le dan;
Que han de entender, y lo creo,
Que le tenemos deseo.

CELIA.

Ahora bien, tú vas galán;
¡Plega á Dios que sea por bien!

CAMILO.

¿Agora celos?

CELIA.

Pues ¿cuándo
Mejor, que al irte apartando
De los ojos que te ven?

CAMILO.

Lidio, ¿está el caballo á punto?

LIDIO.

Sacando piedras está
Porque á la heredad no va.

CAMILO.

Adiós, mi bien.

Vase Camilo.

CELIA.

¡Triste punto!
Feliciano.....

FELICIANO.

Mi señora.....

CELIA.

Oye cerca.

FELICIANO.

¿Qué me mandas?

CELIA.

Estoy.....

FELICIANO.

Mas qué, ¿en celos andas?

CELIA.

Diómelos Camilo ahora
Más que en mi vida.

FELICIANO.

¿Por qué?

CELIA.

Dice que va á la heredad.

FELICIANO.

En eso dice verdad.

CELIA.

¿Sábeslo tú?

FELICIANO.

Yo lo sé.

CELIA.

¿Va, sin duda, á concertar
Este campo?

FELICIANO.

Hoy lo han tratado.

CELIA.

Siempre de ti me he fiado.

FELICIANO.

De mí te puedes fiar.

CELIA.

Hazme un placer.

FELICIANO.

Un servicio
Has de decir.

CELIA.

Un caballo
Toma.

FELICIANO.

Si acaso le hallo;

Que allá van Lidio y Fabricio.

CELIA.

Sea de casa ó de fuera,
Tú has de seguir á Camilo,
Mas con tan discreto estilo,
Que no te conozca.

FELICIANO.

Espera.
En un campo, ¿de qué modo?
Dame un recado, é iré
Público.

CELIA.

¿Qué te daré?

FELICIANO.

Piénsalo, y míralo todo;
Que celos imaginados
Para dar tantas molestias,
Por los que tienen las bestias
Es bien que vayan pensados.

CELIA.

Las reliquias se olvidó,
Que hoy en la cama las vi.

FELICIANO.

Bien.

CELIA.

Llévaselas, y di
Que se las envío yo,
Porque sé su devoción.

FELICIANO.

Ese es achaque extremado.

CELIA.

Mira si va acompañado,
O si hay mujeres, quién son.

FELICIANO.

¿Mujeres había de haber?

CELIA.

¿No es hombre?

FELICIANO.

No, que quien ama,
Apenas hombre se llama
Para ninguna mujer.
Voy por las reliquias luego.

CELIA.

Sobre el almohada están;
Que aun ellas celos me dan.

FELICIANO.

Que te declares te ruego.

CELIA.

Pienso que las ha dejado
De industria.

FELICIANO.

¡Qué pensamiento
Tan malo!

CELIA.

Es del mal que siento.

FELICIANO.

Aquí te aguarda un recado
De Federico; que entraba
Á decírtelo, y tus celos
Me lo olvidaron.

CELIA.

¡Los cielos
Le destruyan. Vete, acaba.

Vase Feliciano.

Sale Fabio.

FABIO.

Después de besar tus manos
Federico, Celia hermosa,
Centro en que sólo reposa
De mil pensamientos vanos,
Dice que en aquel torneo
Que con tu presencia honraste,
Donde de nuevo abrasaste
En tus ojos su deseo,
El premio de más galán
Le enviaron los jüeces,
Favor que tú le mereces
Y que á ti misma le dan.
Y ansí, señora, te envía
Esta pluma de diamantes,

En una cajita.

Á tu rigor semejantes
Y á su firmeza y porfía.
Porque es bien que se te dé,
Cuando ningún premio alcanza,
En la pluma, su esperanza,
Y en los diamantes, su fe.
Y porque es tan semejante,
Dice que en obedecerte
Será pluma, y en quererte
Dice que será diamante.

CELIA.

Por ser precio de torneo,
Á quien debo cortesía,
La tomo, y de la porfía
Me espanto de su deseo.
Y podrásle responder,
Fabio, que aquestos diamantes
Y pluma, muy semejantes
Á los dos nos han de ser.
Que como poder labrar
Con los puntos de una pluma
Algún diamante, es, en suma,
Imposible de acabar,
Así podrá mi dureza
Ablandarse á su porfía,
Porque esta dureza es mía
Si es suya aquella firmeza.
No porque le quiero mal,
Esto yo se lo confieso,
Mas porque siento en exceso
Que tenga esperanza igual.
Que soy noble, estoy casada
Con quien sabes; no he de hacer
Cosa en que pueda ofender,
Junto de quien soy, en nada.

Con esta resolución,
Si Federico me quiere,
Dile que á otro mundo espere
Deste su amor galardón;
Que allá me podrá gozar,
Como el Petrarca decía
De Laura.

FABIO.

¿Á tanta porfía
Tan justo desengañar?
Todo lo tiene entendido;
No puede más.

CELIA.

¡Caso extraño!

FABIO.

Él quiere con este engaño
Desengañado y perdido.
Ama, señora, de suerte,
Que yo y cuantos le tratamos,
Como enfermedad amamos,
Que se pega cuando es fuerte.
Aman todos los criados,
Los caballos, los azores,
Los perros, los cazadores,
Los pájaros enjaulados.
El papagayo decía
«Celia» ayer; todo se abrasa,
Que en diciéndole: «¿Quién pasa?»
«Celia», dice todo el día.
Es cosa que se ha pegado
Hasta en los mismos vecinos.

CELIA.

Péganse los desatinos
De ese amor desatinado:
Que si un triste suele hacer
Triste al otro que le mira,
Y un airado mueve á ira,
Podrá un loco enloquecer.
Vete con Dios, y dirás
Que cuando el loco de casa
(Ya le conoces, pues pasa
Siempre por la vuestra y mía)
Cobre seso, podrá ser
Que él me ablande y yo le quiera.

Vase ella.

FABIO.

El suyo cobrar quisiera,
Que le habrá bien menester,
Sin meterse en curar locos.
¡Extraña resolución!
¡Oh, amor, y qué cuerdos son
Los que huyen de ti, y son pocos!

Sale Perote, loco, con sayo largo de colores.

PEROTE.

¿Siempre me han de estar picando?
¿Soy yo bestia como ellos?

FABIO.

Perote, de tus cabellos
Aquí estábamos tratando.

PEROTE.

Créolo, que aquestos pajes
Me dan lindo repelón.

FABIO.

¿Dónde vas?

PEROTE.

Voy á lición;
Desvíate, no me atajes.

FABIO.

¿Á lición?

PEROTE.

Paso del ba,
Y ando.....

FABIO.

¿Adónde?

PEROTE.

En ban, ben, bin.

FABIO.

Qué, ¿vas á la escuela, en fin?

PEROTE.

Sí, tío; soy grande ya.

FABIO.

¿No me conoces?

PEROTE.

Pues ¡no!
¿No estáis vos con Federico,
Aquel mentecato rico,
Casi, casi como yo?

FABIO.

¿Mentecato?

PEROTE.

Pues ¿no es
Mentecato el que ha gastado
La riqueza que ha heredado,
En cuatro meses ó tres?

FABIO.

¡Qué bien dicen que los locos
Dicen siempre la verdad!

PEROTE.

Preguntaldo á la ciudad,
Que á fe que lo nieguen pocos.

FABIO.

¿Cómo no le vas á ver?

PEROTE.

¿Hay allá qué merendar?

FABIO.

Pues ¡no!

PEROTE.

¿Queréisme llevar?

FABIO.

Yo sé que le harás placer;
Que estima de aquesta casa
Hasta un perro.

PEROTE.

Vamos, vamos.

FABIO.

¡Qué lindo trueco llevamos
Para un alma que se abrasa!

PEROTE.

Antes vos lo entendéis poco,

Porque está puesto en razón
Que los que tan locos son
Vayan á ver al más loco.

Vanse.

Salen Camilo y Ludovico, caballero amigo suyo.

CAMILO.

Tengo por caso imposible
Que saliera de otra suerte.

LUDOVICO.

¡Bravos celos!

CAMILO.

No es la muerte,
Ludovico, más terrible.
Siempre quise á Celia bien,
Mas después que en esto ha dado,
No estoy tan enamorado.

LUDOVICO.

Pocos habrá que lo estén
Si los aprietan ansí,
Porque tanta privación
Trae deseos, que son
Los que os han traído aquí.

CAMILO.

Celos de propia mujer,
¿Cuándo no fueron cansados?

LUDOVICO.

Es porque gustos casados
Son hoy lo mismo que ayer.
Y es otro divertimiento
El de la familia y casa,
Que acorta, modera y tasa
De amor cualquiera contento.
Yerra quien los pide, en fin,
En casamiento ó sin él,
Porque el amor es Abel,
Y los celos son Caín.
Hermanos son, en rigor;
Mas ¿qué importa que lo sean,
Si la muerte se desean?
Y al fin, celos mata amor.
En fin, vos, como el que está
Preso, de noche salís.

CAMILO.

¡Dichoso vos, que vivís
Libre!

LUDOVICO.

Cautivo soy ya,
Que no sé á quién tengo amor.
Esa es mayor libertad,
Porque está la voluntad
Á su gusto en lo mejor;
Que lo mejor es aquello
Que un hombre á su gusto elige:
Vamos donde ayer os dije.

CAMILO.

Colgada está de un cabello
La espada de este tirano
Sobre mi cabeza. ¡Ah, celos!
¿Cuándo librarán los cielos
Mi vida de vuestra mano?
¿Es hermosa esa mujer
Donde me queréis llevar?

LUDOVICO.

No hay más bien que desear,
Ni en Florencia hay más que ver.
Vila en cierta tienda obscura,
Donde taparse intentaba;
Mas no de suerte envainaba
La espada de la hermosura,
Que no dejase por donde
Pudiese herir y matar.
Quise el intérprete hablar
Que por su merced responde,
Y dióme buena razón
De la esperanza y la casa.

CAMILO.

¡Qué vida un mancebo pasa!

LUDOVICO.

¿Es envidia?

CAMILO.

Envidias son.

LUDOVICO.

Nadie está alegre en su estado;
Muy buen estado tenéis.

CAMILO.

Poco de celos sabéis.

LUDOVICO.

¿Si es éste vuestro criado?

Sale Feliciano.

CAMILO.

Á Feliciano parece.

FELICIANO.

¡Qué bien hice en sospechar
Que aquí te había de hallar!

CAMILO.

¿Búscasme á mí? ¿Qué se ofrece?

FELICIANO.

Mi señora, en gran secreto,
Que te siga me mandó;
Que tu jornada le dió,
Á la heredad, mal conceto.
En seguirte obedecí,
Camilo, su mandamiento,
Y en descubrirte su intento,
Lo que te debo cumplí.
No es esto poca lealtad,
Sino justa obligación,
Porque los criados son
Correos de la amistad.
De los casados estriba
La paz entre los criados;
Que quien sirve á los casados,
Tal vez de su paz les priva.
Yo no puedo allá volver:
Acá me puedes mandar.

CAMILO.

¿Qué puede un criado errar?
¿Qué sabe lo que ha de hace:
Los criados entendidos

Dan á sus dueños honor,
Y obligan con su valor
A serles agradecidos.
Vienes á buena ocasión,
Que te habremos menester.

LUDOVICO.

Quien tan bien sabe entender
Lo que los servicios son,
En todo andará acertado,
Será de provecho en todo.

FELICIANO.

Yo sé, Ludovico, el modo
De hacer su oficio el criado,
Y huélgome de que en mí
Cayese aqueste secreto.

CAMILO.

Gratificarte prometo
Lo que has dicho y hecho aquí.
Vamos donde sin prisiones
Una hora tengamos buena;
Que me cansa la cadena
De tantas obligaciones.
¿Siempre he de estar preso allí?
¿De qué sirve la riqueza
Que tengo?

LUDOVICO.

La gentileza
Y los verdes años di,
Que son los que mueven más.

CAMILO.

¿Dónde vive esa mujer?
Que quiero darme á entender
Que estoy libre.

LUDOVICO.

Libre estás.

CAMILO.

No me nombres en todo hoy,
Feliciano, á mi mujer,
Aunque la debo querer
Y quiero, á fe de quien soy,
Mas porque quiero pensar
Que estoy libre.

FELICIANO.

Harélo ansí.

LUDOVICO.

Venid los dos por aquí.
¡Oh, si tuviese lugar!

CAMILO.

Si estos pasos me costara
Celia, mucho la quisiera.

LUDOVICO.

¿Qué te cansa?

CAMILO.

Que á cualquiera
Tiempo topo con su cara.

Vanse.

Salen Federico, Fabio y el loco.

FEDERICO.

¡Linda respuesta, por Dios!

PEROTE.

¿Tan mal os ha parecido?
Pues ¡por Dios, que no he podido
Casarme agora con vos
Sin traer del santo Papa
Dispensación!

FEDERICO.

¿De qué suerte?

PEROTE.

Somos parientes.

FABIO.

Advierte
Que Celia, señor, se escapa
Con decir que tiene estado
A que no ha de hacer ofensa.

FEDERICO.

Lo que es justo, Fabio, piensa.

PEROTE.

Vos estáis muy bien pensado.
Ea, venga la merienda.

FEDERICO.

¡Qué visita tan igual
A la calidad del mal!

PEROTE.

Vayan por algo á la tienda;
Que en casa ya sé que ha días
Que no tenéis qué comer.

FEDERICO.

Públicas deben de ser,
Fabio, las locuras mías.

FABIO

¿En eso piensas agora?
Pues ¿hay fábula en Florencia
Como tu amor?

PEROTE.

Ten paciencia;
Que la paciencia mejora
Con la esperanza del bien
La desventura del mal.

FEDERICO.

¡Qué buen loco!

FABIO.

No le hay tal
En el mundo.

PEROTE.

Erráis también;
Porque yo os digo que hay tantos,
Que hierve el mundo de locos,
Y son los cuerdos tan pocos,
Que se puede saber cuántos:
Sólo en un palmo de tierra
He visto dos locos.

FEDERICO.

¿Dos?

PEROTE.

Sí, dos digo.

FEDERICO.

¿Quién?

PEROTE.

Yo y vos.

FEDERICO.

Acierta, ¡por Dios!

FABIO.

No yerras;
Éste fué un grande estudiante,
Según ayer entendí.

PEROTE.

De estudiar me puse ansí,
No como vos de ignorante.

FEDERICO.

¿En efecto hay gran locura
En el mundo?

PEROTE.

Eso es forzoso,
Y es argumento curioso
De lo que en los hombres dura,
Lo que os diré.

FEDERICO.

Dilo á ver.

PEROTE.

El mundo, ¿no es rueda?

FEDERICO.

Sí.

PEROTE.

Yo siempre rodar le vi:
Redondo debe de ser.
Y es sin duda que se infiere
Que es rueda, y aun de navaja,
Pues rodando, sube y baja
Á las personas que quiere.
Pues si los que en él estamos
Siempre andamos en su rueda,
¿Qué cabeza habrá que pueda
Sufrirlos?

FEDERICO.

Con eso andamos
Faltos de seso los más.

PEROTE.

¡Bravas vueltas dió con vos!

FEDERICO.

No digas tú con los dos,
Que conmigo cuerdo estás;
Que si el necio no lo es
En conociendo su error,
Si eres loco, yo mayor,
Porque lo niego después.

PEROTE.

Cuatro cosas hizo un día
Sus columnas la locura.

FEDERICO.

¿Qué son?

PEROTE.

Amor y hermosura,
Valentía y poesía.
Un hombre que en lindo toca,
Digo, si se precia dello,
Es loco del pie al cabello,
Más que la mujer más loca.
El que ama y quiere bien,
Si en vuestro ejemplo reparo,
Ese es un loco tan claro,
Que cuantos quieren le ven.
El valiente ha de ser loco;
Que si es cuerdo y el fin siente,
¿Cómo puede ser valiente?
Y así, el que es cuerdo lo es poco.
Poetas, ¿qué os diré yo?

FEDERICO.

Pues ¿son locos?

PEROTE.

¿No es locura
Decir que el seso se apura
En lo que el otro escribió,
Sino sólo escribir mal?
Porque bien lo saben pocos,
Y aun éstos también son locos
Si les falta el natural.

FEDERICO.

Yo escribo, Perote amigo,
Enseñado de mi amor,
Sin más arte que el dolor
Del imposible que sigo.

PEROTE.

Para ser poeta, hermano,
Muy poco habréis menester,
Porque no es más de leer
Al poeta más cercano,
Y hurtalle hasta las razones;
Llamar al agua cristal,
Á los madroños coral,
Concetos á las razones:
Para decir que amanece,
Contar que el alba salía,
Y que al sol un cuello hacía
De círculos doce ó trece,
Y otros cien mil disparates,
Y alabar una mujer,
Haciéndola mercader
De joyas y de alpargates;
Y haciendo, si os inquieta
Envidia, un soneto ó dos
Á quien no sabe si Dios
Os hizo bestia ó poeta.
Que con tanto lo seréis
Entre amigos y vecinos,
Laureado con pepinos
Hasta que el mundo canséis,
Y en la última partida
Restituyáis con verdad
A la misma necedad
Lo que le hurtastes en vida.

FEDERICO.

Yo quedo bien enseñado;
Y pues ya sabes mi mal,
Y eres hombre del caudal
Que en tu razón has mostrado,
Te quiero pedir consejo:
¿Dejaré mi pretensión?

PEROTE.

¿Á quién esta sinrazón,
Que sirve al alma de espejo,
Quién le puede aconsejar?

¿Vos amáis?

FEDERICO.

Amo esta fiera.

PEROTE.

¿Qué os dice?

FEDERICO.

Que no la quiera.

PEROTE.

¿Cierto?

FEDERICO.

Sí.

PEROTE.

¿No la queréis? (1).

FEDERICO.

Moriréme.

PEROTE.

Veis ahí
Cómo no asienta el consejo.

FEDERICO.

La razón hiciste espejo
Del alma agora.

PEROTE.

Es ansí.

FEDERICO.

Pues Celia es ya mi razón,
Luego es espejo del alma.

PEROTE.

No es alma lo que desalma,
Que las que animan lo son.
Pero, pues estáis perdido
Y habéis de querer por fuerza
Este envite, á que os esfuerza,
No la razón, el sentido,
Querelda y tened firmeza;
Que es mujer y no es montaña.

FEDERICO.

Responde á mi ruego extraña.

PEROTE.

Mal conocéis su flaqueza
Y lo que el tiempo derriba.

FEDERICO.

¿Conquistaré su afición?

PEROTE.

Sí.

FEDERICO.

¿Con qué?

PEROTE.

Con un halcón.

FABIO.

Ya de sentido le priva
La furia.

FEDERICO.

Ya estás perdido.
¿Con un halcón?

PEROTE.

Sí, que es ave
Que lleva el vuelo suave
Por los vientos esparcido;
Y pues vos sois cazador,
Entended esto que os digo.

FEDERICO.

¿Ha de ser algún amigo?

FABIO.

No, dineros es mejor.

PEROTE.

Ni es amigo, ni dinero.

FEDERICO.

Pues ¿qué ha de ser?

PEROTE.

Un halcón.

FEDERICO.

¿De los que pájaros son?

PEROTE.

De los mismos.

FEDERICO.

¡Qué grosero!
Pues, bestia, ¿cómo ha de ser
Que un ave pueda cazar
Una mujer?

PEROTE.

De estudiar
He venido á enloquecer,
Una ciencia que solía
Decirme algún buen suceso.

FABIO.

¿No te dijo lo del seso?

PEROTE.

Nunca supe en cosa mía;
Que en sus cosas nadie es sabio.

FEDERICO.

Este no parece loco.

PEROTE.

Las propias míranse poco;
De mi descuido me agravio.

FABIO.

En ninguna cosa veo
Que tú estás loco, y más que él,
Sino en ponerte con él
Á tratar de tu deseo.

FEDERICO.

Tales los amantes son.
Ahora bien, tu astrología
Dice que á la garza mía
Alcance con un halcón;
Y yo digo que me obligo,
Cuando sea verdad eso,
Á volverte el seso.

PEROTE.

¿El seso?

FEDERICO.

Sí.

PEROTE.

¿Sí?

FEDERICO.

Y otra vez lo digo.

PEROTE.

¿Cumpliréislo?

FEDERICO.

Sí, ¡por Dios!

(1) Falta la rima.

Vé, y dale de merendar;
Muestra que voy á pasear.

PEROTE.

Vámonos juntos los dos.

FEDERICO.

No, no; merienda primero.

PEROTE.

Acordaos de aquel halcón.

FEDERICO.

Sin duda esta posesión
Se ha de alcanzar con dinero.

Vanse.

Salen Julia, Camilo y Ludovico.

LUDOVICO.

Oye aparte.

JULIA.

Ya lo entiendo.

LUDOVICO.

Es Camilo, Julia, un hombre,
Fuera de ser gentilhombre,
Que ya su talle estás viendo,
El más rico de Florencia,
Y un hombre muy liberal.

JULIA.

No me parece muy mal;
Agrádame su presencia.
Y viene á buena ocasión,
Que habrá en el alma lugar,
Porque procuro sacar
Un hombre del corazón.

LUDOVICO.

¡Cómo! ¿No te trata bien?

JULIA.

Antes me trata tan mal,
Que estoy de celos mortal
Y de desprecios también.

LUDOVICO.

Sobre los celos desprecios,
No lo sufras.

JULIA.

No podré.

LUDOVICO.

Tener con desprecios fe,
Julia, es condición de necios.

JULIA.

¿Camilo querráme á mí?

LUDOVICO.

Si Camilo, Julia, fuera
Libre, mucho te quisiera.

JULIA.

Pues, ¡cómo! ¿Es casado?

LUDOVICO.

Sí.

JULIA.

Vete luego de mi casa,
Ludovico.

LUDOVICO.

Escucha, advierte.....

JULIA.

¿Qué he de escuchar? ¿De qué suerte?

LUDOVICO.

Como eso en el mundo pasa.
Amor tiene dos maneras
De gozarse: una es el gusto,
Y otra el interés.

JULIA.

No es justo
Que hables más.

LUDOVICO.

¿De qué te alteras?
Haz, Julia, como discreta,
Uno mande y otro elija;
Que amor es estrella fija,
Y el interés es cometa.
Párate con el amor
Que podrás gozar después,
Porque imite el interés
De la cometa el furor.

JULIA.

Este mozo, Ludovico,
Casado, rico y galán,
Será de los que se van
Más que de manos, de pico.
En los mármoles, mañana,
Se alabará que llegó,
Vió, pidió, gozó y dejó,
César de mujer liviana.
Llévale luego de aquí.

LUDOVICO.

Óyele siquiera.

JULIA.

Llegue.

LUDOVICO.

¡Aun no quiere que la ruegue!

CAMILO.

¿Por quién la ruegas?

LUDOVICO.

Por ti.

CAMILO.

¿No estaba la puerta llana?
¿Hay algún gigante en ella?

JULIA.

¿Queréis vos pasar por ella
Como por cosa liviana?

CAMILO.

¿Cómo, si os quiero servir,
Y no vengo más de á veros?

JULIA.

¡Quién supiera conoceros
Para enseñarse á mentir!
Andad, Camilo, con Dios;
Que no estoy bien con casados.

CAMILO.

Con los ojos engañados
Me habéis mirado, ¡por Dios!
¿Yo casado?

JULIA.

Luego ¿no?

CAMILO.

¿Huelen los casados?

JULIA.

Sí.

LUDOVICO.

Ya no hay que negar aquí:
La verdad me preguntó,
Y díjele la verdad.

JULIA.

Sé vuestro nombre y estado,
Y los dos me han obligado
Á no haceros amistad.
El nombre, porque es de un hombre
Que tiene cierta mujer
Que infierno debe de ser,
Aunque es del cielo su nombre.
Celia se llama, ¡ay de de mí!
Á quien un hombre que adoro
Quiere tanto, que hoy le lloro
Por muerto, que hoy le perdí.

LUDOVICO.

Calla, necia, y no prosigas;
Que celos te han engañado.

Quedo á ella:

Muy necia, Julia, has estado;
Haz por donde te desdigas.
Que este Camilo es aquél
Que es desta Celia marido.

CAMILO.

Hablando se están de oído.
¡Ay, desventura cruel!
¡Muerto soy, Celia me ha muerto,
Fingidos sus celos son!
¿Hombre á Celia?

JULIA.

Esa razón
Me advierte.

LUDOVICO.

Desta te advierto.

JULIA.

Burlaros quise, Camilo,
No hurtéis color á la cara;
Bien os conozco.

LUDOVICO.

Repara
En que es ordinario estilo,
Camilo, de las mujeres.

CAMILO.

Ansí, Julia, lo he pensado;
Sé con quién estoy casado,
Como tú sabes quién eres.
No tratemos desto más;
Que ni tu galán cualquiera
La vista en el sol pusiera,
Ni éste se eclipsa jamás.
Vámonos á entretener;
Que mi libertad es poca.

LUDOVICO.

Mucho te fuiste de boca;
Eres, Julia, al fin, mujer.

JULIA.

Salgamos á aquel jardín,
Hablemos cosas de gusto.

CAMILO.

No sé yo si mi disgusto
Sin mi muerte tendrá fin.
Quejábame de los celos
De Celia. ¡Cuánto mejor
Fuera agradecer su amor!
¡Castigado me han los cielos!
¡Oh, terribles desvaríos!
¡Pena irreparable y brava!
De los suyos me quejaba,
Ya me quejo de los míos.
¿Quién será el hombre ¡ay de mí!
Que tiene á Celia afición?
¿Si le habrá dado ocasión?

LUDOVICO.

¿Qué estará hablando entre sí?

CAMILO.

Mas siguiendo voluntad
Á esta mujer, yo sabré
Quién, y cómo, y cuándo fué.
¡Válame Dios! ¿Si es verdad?

LUDOVICO.

¿No vienes?

CAMILO.

Estoy pensando
Qué le daré.

LUDOVICO.

¿Traes dinero?

CAMILO.

Darle esta cadena quiero.

LUDOVICO.

¿La cadena? ¿estás burlando?

Hace que le quiere dar una cadena y ellos se espantan.

CAMILO.

No burlo, que me contenta
El donaire: es como un oro;
Que puesto que á Celia adoro,
Es de otra tela esta cuenta.

JULIA.

Mostrando va gran placer:
Esto es sin duda, Camilo.

LUDOVICO.

Ó sabe bien, por su estilo,
Que tiene honrada mujer.

ACTO SEGUNDO.

Salen Celia y Feliciano.

CELIA.

¿Qué tienes?

FELICIANO.

Yo no lo sé.

CELIA.

¿Gran mal?

FELICIANO.

Extraña tristeza.

CELIA.

¿Es del alma?

FELICIANO.

Ansí se ve,
Porque á ser de la cabeza,
Ya no se tuviera en pie.

CELIA.

¡Maldiga Dios la heredad,
No dé para siempre fruto,
Si de aquesta soledad
Me vino este amargo luto!

FELICIANO.

No fué sino la ciudad.

CELIA.

¿Qué dices?

FELICIANO.

Que es cosa extraña
Ver la tristeza que tiene.

CELIA.

Gran soledad la acompaña,
Y á veces á tanta viene,
Que el rostro en lágrimas baña.
Qué ¿no sabes la ocasión?

FELICIANO.

Aquí me hicieras reir
Á no ser tal mi pasión.
¿Yo á ti te puedo decir
Cosas que del alma son?
Si tú que estás á su lado
Las noches que algún casado
Suele juzgar por eternas,
Y cuyas caricias tiernas
Pueden haberle obligado,
No penetras la ocasión
De tanta melancolía,
¿Parécete que es razón
Que sepa, señora mía,
De Camilo el corazón?

CELIA.

Si tú, que fuiste con él,
No sabes su mal cruel,
Yo, que por dicha le ofendo,
¿Qué te espantas si no entiendo
Esta novedad en él?
Ya con amor y con ruego,
Y algunas veces con llanto,
Tan tierna á sus brazos llego,
Que se enterneciera un canto
Y que se templara un fuego.
Mas ni porque llore y ruegue,
Porque me aparte ó me allegue,
Ó me enoje ó me enternezca,
¿Es posible que merezca
Sino sólo que lo niegue?
Tal vez, en su pecho tierno
Cogiendo el fruto de amor,
Me muestra un amor eterno;
Mas luego vuelve el furor
Como furia del infierno.
Y arrojándome de sí
Quedo sin él y sin mí,
Donde le oigo unos suspiros
Tales, que parecen tiros
De su pecho contra mí.
Y aunque no puedo entendellos
Ni de raíz los arranco
Para ver la causa en ellos,
Á fe, que no yerra el blanco;
Que da en el alma con ellos.

FELICIANO.

Pues ¿qué imaginas?

CELIA.

Presumo
Que le tiene ciego el humo
De algún pensamiento vil
Contra mi honor, tan sutil,
Que me deshago y consumo.

FELICIANO.

¿Cómo, de celos de ti?

CELIA.

Eso presumo, ¡ay de mí!
Y no entiendo la ocasión;
Que vive en mi corazón,
Y le quiero más que á mí.
Es muy ordinaria cosa
Cuando se tuerce la cara
De una amistad amorosa,
Pensar en lo que repara
Y por qué vive quejosa.
Y así, yo tengo pensado
Cuánto, desde que nací,
Puedo haber imaginado
Hasta que su esposa fuí,
Y un pensamiento no he hallado;
Pues después que me casé,
Si no es haberme servido
Federico, yo no sé
Qué pueda haberle ofendido.
Y esto, ¿por qué culpa fué?
¿Puedo yo quitar á un hombre
Que no me quiera?

FELICIANO.

No creas
Que eso le espante y asombre;
Mira, señora, que afeas
La claridad de tu nombre.

CELIA.

Como tan público ha sido
Que en saraos y en torneos
Tanta hacienda ha despendido,
Pueden haber sus deseos
Á su noticia venido.
Porque si fué Federico
Caballero noble y rico,
Y ya está en humilde estado
Por lo que por mí ha gastado.....

FELICIANO.

Que me escuches te suplico:

¿Qué importa que un loco intente,
Engañado de su amor,
Ser fábula de la gente,
Para presumirse error
De tu virtud excelente?

CELIA.

Está el mundo de manera,
Feliciano, que á cualquiera
Le parecerá que un mozo
Que hace en su hacienda destrozo
Y en su opinión persevera,
No gasta sin ocasión,
Ni sirve sin esperanza;
Y si esta mala opinión
También á Camilo alcanza,
Esa fué mi perdición.
Y si esto le tiene ansí,
Hoy me despido de mí,
Hoy mis galas me desnudo,
Hoy, Feliciano, me mudo
De todo aquel ser que fuí.
No me verá más Florencia:
Será de esclava mi traje.

FELICIANO.

Oye, espera, ten paciencia;
Baja la voz.

CELIA.

¿Que la baje?
Falta á mi mal resistencia.

FELICIANO.

¿Por qué quieres de esa suerte
Dar ocasión á su muerte?

CELIA.

Porque él me la da á la mía.

FELICIANO.

¡Gran mal comienza este día!
Vuelve, señora, y advierte.....

CELIA.

¿Qué quieres?

FELICIANO.

Si me fiara
De ti, yo te remediara.

CELIA.

¿Sabes algo de mi mal?
Que en ser mujer principal,
Aunque soy mujer, repara.

FELICIANO.

Dame palabra de hacer
Con secreto y discreción
Lo que fuere menester
Para impedir tu pasión,
Y aquí podrías saber.....

CELIA.

Feliciano, ¡plega al cielo.....

FELICIANO.

No jures.

CELIA.

Que se abra el suelo,
Y viva me trague en sí!

FELICIANO.

No jures.

CELIA.

Sí, contra mí.

FELICIANO.

Basta; conozco tu celo.
Sabe, pues, que tu marido
No salió de la ciudad,
Ni á vuestra heredad ha ido.

CELIA.

Luego ¿no fué á la heredad?

FELICIANO.

Fué, de un amigo inducido,
Á ver una bella dama
Que es la gala de Florencia.

CELIA.

¿Hablóla?

FELICIANO.

No, que te ama.

CELIA.

¿Cómo no? Quien finge ausencia,
Gusto en posesión, desama.

FELICIANO.

Antes no; pero he creído
Que esta dama es de interés,
Y si interés le ha movido
Y sabe cuán rico es
Mi señor y tu marido,
Querrále, Celia, coger,
Y para poderlo hacer
Hará lo que suelen muchas.

CELIA.

¿Hechizos?

FELICIANO.

Como lo escuchas.

CELIA.

Hechizos deben de ser.

FELICIANO.

Las más destas piensan dallos
Para amar y amartelallos:
Fíanse de otras como ellas
Que las engañan á ellas,
Y danlos para matallos.
Si vieses sus boberías,
Palabras en consonantes,
Hierbas, piedras, tropelías
Y otras cosas semejantes,
Compasión dellas tendrías.
Pues si Astrólogo se ofrece,
Allí la consulta pasa:
Si quiere, si da, si ofrece,
Si á otra, si vendrá á casa,
Ó si se estará en sus trece.
Eligen toda invención
Contra ignorantes.

CELIA.

Has dado
Luz por donde mi pasión
He visto.

FELICIANO.

Lo que has jurado
Cumple.

CELIA.

Harélo, que es razón;
Pero has de llevarme allá.

FELICIANO.

La casa te enseñaré
Donde ésta señora está.
Camilo viene.

CELIA.

¿Qué haré?

FELICIANO.

Disimular.

CELIA.

¿Quién podrá?

Salen Camilo, criados, Clavela y Lidio.

CAMILO.

¡Quitádmele de delante,
No parezca más aquí!

CLAVELA.

¿Hay frenesí semejante?

CELIA.

¿De qué viene, Lidio, ansí?

LIDIO.

No hay cosa que más me espante:
Porque César se llegó
Alegrarle, se enfadó
De la manera que ves.

CELIA.

¡Ah, traidor, ya sé lo que es!
Mas ¿por qué le culpo yo?
¿Á su hijo, un ángel bello,
Arroja ansí de sus ojos?

CLAVELA.

Ni quiere hablallo, ni vello.

CAMILO.

¿Si me da tantos enojos
Pensallo, qué hará creello?
¿Si es mi hijo? Mas ¡ay triste!
¿Por qué lo debo dudar?

CELIA.

Mi señor, ¿en qué consiste
No dejaros regalar
De César?

CAMILO.

La causa fuiste.

CELIA.

¿No me habláis?

CAMILO.

¿Si puede ser
Que en esta noble mujer
Haya cabido mi ofensa?
Quien con celos ama y piensa,
El seso quiere perder.
¿Qué pienso, pues? ¿Qué imagino?
¿Qué espíritu me infundió
El primero desatino?
Si Celia no me ofendió,
¿Por qué mi ofensa adivino?

CELIA.

Á César, que de diez años
Pudiera espada ceñir,
Con mil regalos extraños
Solíades vos pedir
Para los brazos.

CAMILO.

¡Qué engaños!
¡Déjenme todos aquí!

CELIA.

¿Yo también he de dejaros?

CAMILO.

Vos, pues.

CELIA.

¿Yo?

CAMILO.

Digo que sí.

CELIA.

¿También yo vengo á enojaros?

CLAVELA.

Él está fuera de sí.

CELIA.

Mas si vuestro hijo os cansa,
¿Qué mucho que os canse yo?

CLAVELA.

En su tristeza descansa
Ya del furor que le dió;
No viendo á César, se amansa.
Licencia os quiero pedir,
Mi señor, para salir
De casa un rato esta tarde.

CAMILO.

Id con Dios.

CELIA.

El cielo os guarde.

CAMILO.

Y todos se pueden ir.

CELIA.

Dejalde solo.

CLAVELA.

Sí haremos.

CELIA.

Venid conmigo; que Dios
Remediará el mal que vemos.

FELICIANO.

Iremos solos los dos.

CELIA.

Solos, Feliciano, iremos.

Vanse todos.

Queda Camilo solo.

CAMILO.

Celos bastardos de amor,
Locos, que formáis de sueños
Imaginaciones vanas;
Ciegos, que andáis siempre á tiento;
Fantasmas en noche obscura,
Sospechas para el deseo,
Dudas para la memoria,
Del alma tormento eterno;
Desconfianzas que llaman
Hijas del entendimiento;

Enredos donde se acaba
El ovillo de Teseo;
Bastardos, locos, mortales,
Imaginaciones, miedos,
Fantasmas, sospechas, dudas,
Desconfianzas, enredos,
¿Cómo, si sois infierno, injustos celos,
Sólo una letra os falta para cielos?
Encubridores del mal,
Ladrones del honor cierto,
Que encubrís lo que sentís,
Y hurtais el crédito ajeno;
Moneda falsa que hace
Á la honra el pensamiento;
Juanelos de un artificio
Que lleva la infamia al seso;
Polilla del corazón,
Correos del pensamiento,
Astrólogos del agravio,
Arquitectos del silencio,
Mirad que muero, y que saber deseo
Lo que me ha de matar, si á verlo llego.
Siento decir mi dolor,
Callo lo que voy sintiendo,
Sufro el temor que me mata,
Aunque digo lo que temo;
Desengaño á quien engaño,
Creo el daño que no veo,
Dudo la verdad que miro,
Confirmo el mal que sospecho;
Persigo mi propio gusto,
Niego lo mismo que creo,
Adoro mi perdición,
Aborrezco mi remedio;
Siento, callo, sufro, digo,
Desengaño, engaño, creo,
Dudo, confirmo, persigo,
Niego, adoro y aborrezco,
Y cuando llego á ver lo que deseo,
Tiemblo del daño y al temor me vuelvo.

Sale Perote, loco.

PEROTE.

Á la fe, con vos me envían,
Que dicen que loco estáis.
Huélgome que en cuerdo dais,
Que así los locos se crían.
Sabe que el mundo ha llegado
A estado, que tengo en poco
El que no parece loco
Para vivir descansado.
Si vos queréis descansar,
Creedme, y perded el seso;
Que con seso yo os confieso
Que tenéis bien qué llorar.
Dos filósofos había
Que viendo lo que pasaba,
Heráclito lo lloraba,
Demócrito lo reía.
Escoged de aquestos dos;
Si sois cuerdo, lloraréis,
Si sois loco, reiréis.
Hablad, ¡mal os haga Dios!
Que aunque loco no soy necio,
Que hablando os he de cansar.

CAMILO.

Tengo mucho en qué pensar,
Cosas que en el alma precio.
Mas, pues ya corre la fama
Que estoy loco, y tú lo estás,
Hoy quiero estimarte en más,
De hoy más mi amigo te llama.
Hablemos tú y yo de veras
En cosas de gran primor.

PEROTE.

¿Qué cosas?

CAMILO.

Cosas de amor.

PEROTE.

Amor es todo quimera.
Pues que si escapáis de ahí,
Y dais por ventura en celos,
No han hecho cosas los cielos
Más extraña.

CAMILO.

¿Cómo ansí?

PEROTE.

Sabed que cuenta un poeta
Que celos antiguamente
Era una parte excelente
Del cielo, estrella ó cometa.
Ésta, viendo que nacía
Tan legítima de amor,
Comenzó á tener valor
Y á preciarse de hidalguía.
Mas Júpiter, enojado
De que al amor, que era Dios,
Se atreviese, y que los dos
Fuesen reyes de un Estado,
Arrojóla de los cielos,
Y á la tierra castigó,
Y en afrenta, la trocó
De cielos el nombre en celos.

CAMILO.

Siempre de tu entendimiento,
Perote, aunque estabas loco,
Estimé el valor.

PEROTE.

No es poco.
¿Qué tenéis?

CAMILO.

Siento y no siento.

PEROTE.

Pues quejaos, y no os quejéis.

CAMILO.

Tú, ¿qué hicieras si quisieras?

PEROTE.

No me metiera en quimeras,
Como vos quizás lo hacéis,
Sino gozara el deleite
Que da amor, con más cordura,

Porque amor es hermosura
Que nunca le falta afeite

CAMILO.

¿Y si no fuera en tu mano
Sino estar della celoso?

PEROTE.

Fuera con silencio honroso,
Por el camino más llano,
Inquiriendo la verdad;
Si hallara lo cierto, huyera;
Y si lo incierto supiera,
Doblara la voluntad.

CAMILO.

Quien pide consejo á un loco
No está cuerdo.

PEROTE.

Sois un necio;
Que un loco no tiene precio
En la materia que toco.
Cuando hacéis una escritura,
¿No llamáis un escribano?
¿No os sangra el que es cirujano?
Y el que es médico, ¿no os cura?
Pues siendo locura amor,
No acertáis, Camilo, poco,
En pedir consejo á un loco,
Que ese es el mejor doctor.

CAMILO.

De tu perdido sentido
Fío el silencio en mi mal,
Porque con un cuerdo igual
Nunca me hubiera atrevido;
Que tú, con las variedades
De tus locos pensamientos,
No dirás de mis tormentos
Las confesadas verdades.
Celoso estoy.

PEROTE.

Tenéis mal
Que os pondrá en notable aprieto.
Tres cosas dijo un discreto
Que eran congoja mortal:
La primera, mareado
Verse un hombre y afligirse;
La segunda, arrepentirse
Después de haberse casado,
Y la tercera y mayor,
Tener celos.

CAMILO.

Dijo bien;
Que no hay congojas que den
Más insufrible dolor.
Pero, en fin, ¿tú me aconsejas
Que el desengaño procure?

PEROTE.

¿No es mejor, que no que dure
La sospecha con las quejas?

CAMILO.

¿Cómo lo tengo de ver?

PEROTE.

Siguiendo con gran secreto
Esa mujer, si el discreto
Sigue jamás la mujer.
Mas vos, porque loco estáis,
Y amor es todo locura,
Seguilda, que por ventura
Veréis lo que procuráis.
Pero guardáos de ver
Algún fuerte desengaño
De que os resulte más daño.

CAMILO.

¿Qué mayor mal puede ser?
Quédate, Perote, adiós;
Que me he burlado contigo.

PEROTE.

Hablado os he como amigo,
Lo demás sabeldo vos.

CAMILO.

¿Yo había de estar celoso?

PEROTE.

No, que un rico y gentilhombre
De vuestra opinión y nombre,
No puede estar sospechoso.
Dadme, si tenéis ahí,
Un real por aquel consejo,
Pues algún letrado viejo
No os diera el que agora os di.

CAMILO.

Toma, que me has hecho gusto.

PEROTE.

¡Plega á Dios que le tengáis!
Que me parece que andáis
Estos días con disgusto.

CAMILO.

Calla, ignorante.

PEROTE.

Ya callo.
Bien puede ser que no estéis
Celoso, mas parecéis
Celoso.

CAMILO.

¿En qué?

PEROTE.

En el negallo.

Vanse.

Sale Federico, y Fabio y Riselo, criados.

FEDERICO.

¿Qué dices, Fabio? Mira que estás loco.

FABIO.

Digo, señor, que entró en su misma casa.

FEDERICO.

¿Celia en casa de Julia?

FABIO.

¿No la ha visto
Riselo como yo?

FEDERICO.

Dime, Riselo,
¿Tú conoces á Celia?

RISELO.

Desde el día

Que comenzaste á hacer por ella fiestas,
No sólo tus criados, á quien toca
De tu desdicha tan notable parte,
Mas la conocen en Florencia todos.

FEDERICO.

Y ¿entró en casa de Julia?

RISELO.

Entró sin duda.

FEDERICO.

Pues ¿qué tiene con Julia?

FABIO.

Por ventura,
Rendida á tu justicia, que no hay piedra
A la continuación del agua firme,
Te quiere, y quiere hacerte gusto en todo;
Y porque, como Julia te ha querido,
Puede temer que á Julia vuelvas luego,
Cosa que la costumbre puede en muchos,
Querrá informarse della del estado
En que agora tu amor está con ella.

FEDERICO.

Dice verdad, ¡por Dios! no es otra cosa:
Toma este anillo, y en llegando á casa
Ponte, Fabio, el vestido que ayer traje.
¿Hay ventura tan grande? ¿Hay tanta dicha?
¡Cielos, tierra, aves, hombres, animales,
Piedras, árboles, mar, vencí una fiera,
Vencí una tierra incógnita á los hombres,
Cacé un ave famosa, cogí una águila,
Una piedra ablandé, y un árbol duro!
Ya el mar furioso en que anegaba el alma
Está en bonanza; déme amor la palma.

FABIO.

Entra, que bien podrás; que si, cual pienso,
Viene dispuesta para amarte Celia,
Holgaráse en extremo que á sus ojos
Des á entender que aborreciste á Julia.

FEDERICO.

Temblando llego; no sé si me atreva
A pasar desta sala.

FABIO.

Entra, cobarde;
Que cuando Celia en su compuesto estrado,
Cercada de criadas y de dueñas,
Estuviera tan grave como suele,
Entonces el respeto fuera justo;
Mas agora que viene rebozada,
Dejado el aparato y la vergüenza,
A visitar una mujer de amores,
Amores vendrán bien, porque las cosas
Sólo se estiman del lugar que tienen.
La barba es en el hombre tan honrada,
Que para hacerle la mayor afrenta
Le decimos que miente por la barba,
Y después que el barbero se la quita,
Vemos echarla al muladar primero.
No está Celia en la cara de Camilo,
Sino quitada ya de su respeto,
Y casi echada al muladar de Julia.

FEDERICO.

Ánimo pones á mis pies turbados.

FABIO.

No dices mal; que todos los que aman
En ellos tienen el entendimiento.

FEDERICO.

Ya estoy, Fabio, mirando su aposento.

FABIO.

Clavela está en aquesto.

FEDERICO.

Verdad dices;
Que como fué conversación de amores,
Dejaron á Clavela fuera.

Sale Clavela.

CLAVELA.

¡Fabio!

FABIO.

Clavela de mis ojos, ¿qué es aquesto?

CLAVELA.

No sé, Fabio, ¡por vida de los tuyos!
Aquí ha venido Celia disfrazada;
Enseñónos la casa Feliciano,
Y en llegando dejónos á la puerta.

FABIO.

¿De cuándo acá tiene amistad con Julia?

CLAVELA.

Ni sé que la tuviese, ni imagino
Qué le puede mover á visitarla.

FABIO.

Habla con Federico.

CLAVELA.

Señor mío.....

FEDERICO.

Alba del sol que adoro, estrella clara
Que al mundo vienes anunciando el día,
¿Qué quiere Celia aquí?

CLAVELA.

Si no lo sabes,
Te aseguro que yo no te lo diga;
Sólo sé que de Celia, mi señora,
Jamás creyera liviandad tan grande.

FEDERICO.

¿Seré yo causa desto por ventura?

CLAVELA.

Bien puede ser que tú la causa seas.

FEDERICO.

¿Quiéreme Celia bien?

CLAVELA.

Yo lo deseo,
Que tengo á Fabio amor: si no es mintiendo
No te puedo decir más de que tienes
A Celia aquí, si á ver á Celia vienes.

FEDERICO.

¿Qué han hecho? ¿Qué han hablado?

CLAVELA.

Lo que he visto
Son muchas voces que las dos han dado.

FEDERICO.

¿Voces, Clavela?

CLAVELA.

Tan extrañas voces,

Que mujeres comunes parecían,
Porque nunca las nobles hablan recio.

FEDERICO.

Fabio, sin duda que la infame Julia
Ha dicho á Celia algunas libertades;
Son los celos que tiene.

FABIO.

No lo dudes.

FEDERICO.

Las dos tienen amor, y las dos celos.

FABIO.

Y las dos salen.

FEDERICO.

¡Socorredme, cielos!

Salen Celia y Julia.

JULIA.

De tu mucha libertad
Quedaré con justa queja.

CELIA.

Yo haré, si el honor me deja,
Echarte de la ciudad.
Al Duque me quejaré
Que me quitas lo que adoro.

JULIA.

Tu calidad, ni tu oro,
Tengo en lo que pisa el pie.
Vete con Dios, que ni entiendo
Por qué te quejas de mí,
Ni en mi vida te ofendí;
Que á nadie en mi casa ofendo.

FEDERICO.

¿Qué es esto?

CELIA.

¿Y aun esto más?

FEDERICO.

Celia bella, si en mi vida
Fué Julia de mí querida,
Julia, á quien riñendo estás,
Hoy me la quiten los cielos.

CELIA.

Eso, ¿qué me importa á mí?

FEDERICO.

Con celos hablas ansí.

CELIA.

Verdad es que hablo con celos.

FEDERICO.

Pues, mi bien, si no te adoro
Y más que á todo te estimo;
Si las piedras no lastimo
Con las lágrimas que lloro,
Nunca en tu gracia me vea.

CELIA.

No entiendo esos desatinos.

FEDERICO.

Pues, mi bien, ¿por qué caminos
Haré que tu miedo crea
Que no tienes qué celar?

CELIA.

Sí tengo, pues he venido
Donde sé que me ha ofendido
Quien me debiera estimar.

FEDERICO.

Si ofensa jamás supiera
Que venir aquí te hacía,
Aun agora, Celia mía,
Destos umbrales huyera.

JULIA.

¿Yo amor á ningún nacido?
¿Yo rendirme ni querer
Á nadie?

CELIA.

Bien puede ser
Que á ninguno hayas querido.
El querrás que á ti te quiera,
Porque su hacienda te dé.

JULIA.

¿Yo su hacienda? ¿Para qué?
Poco ese interés me altera;
Yo tengo en mi calidad
Más que tú en la tuya tienes.

FEDERICO.

Señora, engañada vienes,
No te han dicho la verdad.
Más ha de un año ¡por Dios!
Que una joya no le he dado.

CELIA.

Que no es eso mi cuidado;
El que es sabemos las dos.
Pues aunque estés muy preciada,
Julia, de que eres hermosa,
Yo sé que ha sido otra cosa
Por lo que soy desdichada.
Cuando de hechizos se vale
Una mujer, y los obra,
Poca hermosura le sobra
Y ya de ser moza sale.

JULIA.

¿Yo hechizos? ¡Qué lindo engaño!
Mis hechizos son mis prendas;
Que, aunque tú no las entiendas,
Hacen un efecto extraño.
Ésta que ves, y el agrado
Con que yo lo sobredoro,
No tienen las Indias oro
Para que fuese comprado.

FEDERICO.

¿Yo hechizado, mi señora?
Es porque he venido aquí,
Por Julia no, por vos sí,
Que sois á quien sólo adora
El alma que ya buscáis,
Gloriosa de que tratéis
De estimarla en lo que hacéis,
Que en lo que hacéis la estimáis.

CELIA.

¡Donaire tiene este hombre!

FEDERICO.

Bésoos por esa merced
Las manos.

CELIA.

Allá os tened;

Que apenas sé vuestro nombre.

FEDERICO.

¿Tanto pueden unos celos?

CELIA.

Estos que traigo son justos.

FEDERICO.

Cesen los celos injustos,
Luz de amor, sol de los cielos.

CELIA.

Clavela, ven por aquí.

FEDERICO.

Señora, aguardad un poco.

CELIA.

Sin duda este hombre es loco.

Vase Celia con Clavela.

FEDERICO.

Julia, ¿qué has dicho de mí?

JULIA.

¿Yo de ti?

FEDERICO.

Sí, tú, celosa.
Julia, tanto mal me ha hecho,
Que celos en vuestro pecho,
No es víbora tan furiosa.
Tomaré de ti venganza,
Yo te quitaré la vida.

JULIA.

¿Á qué viento sube asida
Esa tu loca esperanza?
¿Cosa que piense el deseo,
Que, como á niño, te engaña,
Que el de Celia te acompaña?

FEDERICO.

Julia, lo que he visto creo.

JULIA.

¿Qué has visto?

FEDERICO.

Que vino aquí
Á pedirte Celia celos.

JULIA.

¿Y por quién son sus desvelos?

FEDERICO.

¿No está claro que por mí?

JULIA.

¿Por ti? ¡Qué gracioso engaño!

FEDERICO.

Pues ¿de quién los ha pedido?

JULIA.

De Camilo, su marido.

FEDERICO.

¡Desdichado desengaño!
Pues ¿cuándo ó cómo te vió?

JULIA.

Cuándo ó cómo, esto es verdad,
Y que de su voluntad
Soy la ley y el dueño yo.
Luego ¿de ti imaginabas
Que Celia celos pedía?

FEDERICO.

¡Oh, falsa esperanza mía,
Hoy nacistes y hoy te acabas!
¡Qué efímera la flor trueca
Más presto, y muda su ser,
Pues sale al amanecer,
Y al ponerse el sol se seca!
¡Ay, Fabio, cuán engañados
Vinimos los dos aquí!
No eran los celos por mí;
Celos son, Fabio, casados.
¡Oh, Julia, plega á los cielos
Que de mi fuego te abrases,
Que aquesta noche te cases
Y mañana tengas celos!
¿Adónde, sino en tu casa,
Tanto mal me sucediera?

JULIA.

Salte, Federico, afuera
Si te hielo y ella abrasa;
Que ni á ti ni á cosas tuyas
Quiero ver jamás en ella;
Sirve á Celia, que es muy bella,
Adora las prendas suyas;
Que la que la tiene en más
Es con quien yo me regalo,
Que al alma misma la igualo,
Donde ha un mes que ya no estás.
Mi gusto he puesto en Camilo.

FEDERICO.

Si piensas que me amartelas,
Tarde, Julia, te desvelas;
Ese es muy trillado estilo.
Cuando, aunque fuiste mujer,
Á Celia, Julia, quisieras,
Pienso que celos me dieras,
Cosa que no puede ser;
Mas de querer á Camilo,
Antes me vengas de ti.

JULIA.

¡Pues para mí, que nací,
Federico, orilla el Nilo,
Tus martelos, tus desprecios!
¡Hombres conmigo burlando!
Sabios sois todos dejando,
Que amando todos sois necios.
Vete con Dios.

FEDERICO.

Ya me voy
Á seguir el sol que adoro.

JULIA.

Todos esos rayos de oro
Pisa el sol, de quien yo soy,
Y me los pone á los pies:
Mira tú quién vale más.

FEDERICO.

¿Niegas que celosa estás?

JULIA.

De ti bien libre me ves.
¿Tú á mí celos, que eres hoy
Lo que más mal me parece?
De que Celia te aborrece
Bien certificada estoy;

Y cuando bien te quisiera,
Viendo que te aborrecía,
¿Qué celos tener podía?

FEDERICO.

Julia, que eres hechicera.

JULIA.

Federico, si lo mides
Con verte desengañado,
Verdad es, pues que te he dado
Hechizos con que me olvides.
Los que tomé para mí
Son los ojos de Camilo,
Que es hechizo cuyo estilo
Me lleva el alma tras sí.
Déjala que se le dé
En los ojos el pesar.

FEDERICO.

Julia, quiérote dejar,
Puesto que ya te dejé.

JULIA.

La que te dejó yo fuí.

FEDERICO.

Lo que has visto quiero más.

JULIA.

Eso no lo gozarás.

FEDERICO.

Ni tú gozarás de mí.

Vase Federico con sus criados.

JULIA.

Abrasando me quedo, aunque lo niego;
El daño en el silencio multiplico;
Por los ojos del alma significo,
Que, pues amor lo ve, verálo un ciego.
Turbada mariposa, á la luz llego,
Mis alas son la leña que le aplico;
Adoro, aunque desprecio, á Federico;
Muérome, y finjo, vitupero y ruego.
¿De qué sirve fingir ira y despecho,
Si cuando con la lengua me adelanto
Muestran los ojos el dolor deshecho?
Que da, cuando es como el que abrasa tanto,
Este fuego que cubre en vano el pecho,
Humo á los ojos que provoca á llanto.

Camilo solo.

CAMILO.

De aquesta casa salió,
Y con Clavela la vi.
¡Cielos, Julia vive aquí,
En casa de Julia entró!
¿Á qué ó cómo en una casa
Donde se trata de amor?
Hoy mi locura es mayor,
Todo el infierno me abrasa.
¡Celia en cas de Julia! ¿á qué?
¿Esta es amistad honrada
De una mujer que estimada
De toda Florencia fué?
¡En cas de una cortesana
Celia! ¡Mi temor es cierto!
¡Sin honra estoy, yo soy muerto!
¡Oh mujer falsa y liviana!
¿Qué tengo ya que inquirir?
¿Qué tengo ya que buscar?
¿Qué procuro preguntar?
Ya, ¿qué me pueden decir?
Aquí mis ojos la vieron
Sin criado de mi casa;
Julia de celos se abrasa,
Sin duda amistad hicieron,
Y goza á Celia el galán,
Y ella sirve de tercera;
Que por interés cualquiera,
Honra y gusto venderán.
Mas, ¡ay de mí, que de allá
Salen hombres! ¡Hombres son!
Cerraos, ojos; que es visión
Que al honor espanto da.

Federico, Riselo y Fabio.

FEDERICO.

Del enojo que me ha dado
Tomaré venganza presto.

FABIO.

Procede, señor, en esto
Más cuerdo y menos airado.

FEDERICO.

¿Irán lejos?

RISELO.

Ya estarán
Al cabo de aquesta calle.

Vase Federico.

FABIO.

Tiene Clavela buen talle.

RISELO.

En fin, ¿eres su galán?

FABIO.

Como á mi vida la quiero,
Y ella me muestra afición.

RISELO.

Más justos amores son
Que los deste majadero.
¿Dónde va agora tras ella?

FABIO.

Á deshonralla no más,
Porque no acierta jamás,
Sino sólo en ofendella.
Toda Florencia ha cansado
Con fiestas y con torneos,
Y tan públicos deseos,
Riselo, causan enfado.
¿Él está pobre?

RISELO.

Y tan pobre,
Que la casa ha despedido.

FABIO.

Pues gasta más atrevido

Que al que más hacienda sobre.
Ya de todo lo que viste,
Pajes, lacayos, libreas,
Joyas, galas y preseas,
No hay más de lo que se viste.

RISELO.

¡Par Dios, Fabio, yo querría
Dejarlo al anochecer,
Para no aguardar á ver
De tanta miseria el día!
Él no tiene qué gastar;
Lástima te tengo á ti.

FABIO.

Diez años que le serví
Me han obligado á esperar.
Donde quisiere me lleve,
Que con el alma no estrague,
Ya que en su vida me pague,
Conocerá que me debe.
Sigámosle, ¡por tu vida!
No diga que le dejamos.

RISELO.

Por esta calle atajamos.

Vanse Riselo y Fabio.

CAMILO.

¿Qué hacéis, honra? Estoy perdida.
¿Qué haremos? Tomar venganza.
¿Cómo? Matad la ocasión.
¿Con qué causa ó qué razón?
Basta la afrenta. No alcanza;
Que matar una mujer
Por un delito secreto,
Es deshonrarse, en efeto,
Y honor y patria perder.
¿Qué me aconsejáis? No sé.
¿No veis que vendo mi honor?
Preguntádselo al dolor,
Que él os dirá lo que ve.
El dolor es excesivo,
Y el consejo lo será,
Y, según me duele ya,
Sólo por vengarme vivo.
Bien dijo un emperador,
Y después dél muchos reyes
Que confirmaron sus leyes,
Que el mío es justo dolor.
Pues si es justo, mataré
Justamente á quien me agravia;
La resolución no es sabia,
Mas me deshonró, ¿qué haré?
¿Quitaréme á mí la vida?
No, que no soy el culpado,
Ni hay tan miserable estado
Que obligue á serme homicida.
Pues algo se ha de perder,
Ahora bien, el seso sea,
Porque quien sin él me vea,
Piense lo que puede ser.
Cumpliré con quien murmura
Mi mal, y también conmigo,
Pues no sentiré el castigo
Que mi deshonra procura.
La primera señal sea
Que arrojemos el vestido,
Pues que cubrir no ha podido
Del honor mancha tan fea.
Vaya, pues, también la espada,
Pues que no puede vengar
Mis agravios, sin dejar
Mayor mancha ensangrentada.
Sólo el sombrero dejemos,
Ya que el dolor se descubra,
Porque, como á Midas, cubra
La deshonra que tenemos.
¡Ah, Celia, que sin razón
Me has hecho tan dura afrenta,
Si el mundo ha puesto á mi cuenta
Cosas de tu obligación!
No te doy muerte, pues basta
Matar mi seso, en que estriba
Que, honrado ó sin honra viva,
Si pienso que no eres casta.
Con esto, muerte recibes,
Aunque tu vida consiento,
Pues mato mi entendimiento,
Adonde pienso que vives.

Vase.

Salen Celia, Clavela, Feliciano, Lidio y Aureliano.

CELIA.

Dícenme que tú puedes, Aureliano,
Remediar á Camilo, mi marido,
Y desta enfermedad volverle sano.
Por Dios, si puedes, tanto bien te pido;
Que de la paga te aseguro tanta,
Cuanto es el daño de mi honor perdido.

AURELIANO.

¿Qué tiene?

CELIA.

De la cama se levanta
Tan triste, y con silencio tan notable,
Que á mí me mata, y los demás espanta.
Amaba á César, que es rapaz amable,
Y huye agora dél como si fuera
Un áspid.

AURELIANO.

Deja que le vea y hable.

CELIA.

Cualquiera cosa con rigor le altera,
No hay sombra que no diga que es gigante.

AURELIANO.

Melancolía pertinaz y fiera.

CELIA.

Hay en Florencia una mujer bastante
Á mudar, como Circe, en piedras hombres,
Y á Calipso y Medea semejante.
Ésta le ha dado hechizos; no te asombres,
Su condición sabiendo y su riqueza,
Que de Camilo son públicos nombres.

Vió, por su mal, Camilo su belleza.

AURELIANO.

Pues si es hermosa, ¿qué mayor hechizo?
Que amor también se sube á la cabeza.

CELIA.

Sin duda no es amor, es bebedizo;
Que amor no puede hacer tales efetos.

AURELIANO.

Como esas, veces el amor los hizo.

CELIA.

No en los hombres casados y discretos,
Sino en mancebos libres.

AURELIANO.

En fin, ¿quieres
Probar desta mi ciencia los secretos?

CELIA.

Yo sé la condición de las mujeres.

Sale Ludovico.

LUDOVICO.

Manda, Celia desdichada,
Recoger á tu marido;
Vaya Feliciano presto,
Corran Claridoro y Lidio;
Que ya su melancolía
Dió al través con su jüicio
En el mar de la tristeza,
Que tantos cubre de olvido.
Por las calles de Florencia
Viene tu amado Camilo
Dando voces y arrojando,
Como loco, los vestidos.
No le he podido tener,
Ni han bastado sus amigos,
Que con igual sentimiento
Lloran su daño conmigo.

CELIA.

¡Ay, desdichada mujer
Sobre cuantas han nacido!
¡Hoy pierdo todo mi bien!
Presto, Feliciano y Lidio;
Presto, amigo.

FELICIANO.

No te mates;
Que ya Camilo ha venido.

Camilo, desatinado.

CAMILO.

¡Afuera digo, cobardes!
¡Afuera digo, enemigos!

CELIA.

¡Camilo del alma mía!

CAMILO.

¿Quién eres tú, basilisco?

CELIA.

Celia soy.

CAMILO.

¡Celia! ¡Oh cruel,
Tú sola mi muerte has sido;
Tú, que hiciste mis sospechas
Verdades con tus delitos!
¡Afuera, afuera digo,
Que soy mis celos y el infierno mismo!

LUDOVICO.

¡Ah, Camilo! ¿No conoces
Á tu amigo Ludovico?

CAMILO.

Vete luego de mis ojos;
Que tu fuiste por quien vino
La nueva de mis infamias
Á mis honrados oídos.

CLAVELA.

Señor, escucha á Clavela.

CAMILO.

El cielo te dé el castigo
Que las terceras merecen.

CLAVELA.

¿Yo tercera?

CAMILO.

Yo lo he visto.

CELIA.

Llega, Aureliano.

AURELIANO.

Señor,
Vuelve á tomar tu vestido;
Sosiega, y sabrás tu mal
Mientras el remedio aplico.

CAMILO.

Demonios, ¿qué me queréis?
No tiene el honor perdido
Más remedio que perder
El seso, por no sentirlo;
Si le he perdido, dejadme
Mientras con mi sangre escribo
En el papel de mi infamia
Al cielo el agravio mío.
¡Afuera, afuera digo,
Que soy mis celos y el infierno mismo!

CELIA.

¡Ay, Ludovico, una Julia,
Una fiera, un cocodrilo,
Que llora para matar
Y da, como Circe, hechizos,
Le ha puesto desta manera!

LUDOVICO.

Más desventura imagino;
Celos tuyos me parecen.

CAMILO.

¿Cómo es eso? ¡Hola, quedito!
Nadie diga que son celos;
Mas hay ciegos desvaríos;
Si es infamia confesarlos,
¿Qué pena será sufrillos?
Yo moriré deste mal.

LUDOVICO.

Traigan, señora, á su hijo.

CAMILO.

¡No le traigan, no le nombren,
Que no es posible que es mío!

AURELIANO.

Esta locura es mortal,

Ningún remedio imagino;
Hazle, señora, llevar
Á la cama.

CAMILO.

¿Dónde dijo?

CELIA.

Á la cama, mi señor;
Que estáis enfermo.

CAMILO.

Confío
Que será la sepultura.

CELIA.

¡Ay, mi querido Camilo!

CAMILO.

No me toques, Feliciano.

FELICIANO.

Ea, señor, ven conmigo.

LUDOVICO.

Camilo, ten más respeto
Á tu honor.

CAMILO.

Ya está perdido.

LUDOVICO.

Perdido, ¿de qué manera?

CAMILO.

Tú lo sabes.

LUDOVICO.

Si permito
Que digas esa razón,
Es porque estás sin jüicio;
Celia es ejemplo en Florencia
De virtud y de honor limpio.

CAMILO.

Sí, que también hay ejemplos
De deshonras de maridos.
¡Afuera, afuera digo,
Que soy mis celos y el infierno mismo!

ACTO TERCERO.

Sale una compañía de soldados alojándose en una aldea, y detrás el capitán Rutilio, y Riselo, aquel criado de Federico, hecho alférez, y con ellos un Alcalde labrador.

ALCALDE.

Desde allí tomarán boletas todos.

RUTILIO.

Entren con orden, vayan poco á poco.

RISELO.

¡Ah! Señores soldados, sin dar voces.

SOLDADO 1.°

Ya sabe el seor Alférez que me tocan
Á mí cuatro boletas.

RISELO.

Más cuarenta:
Conténtese con dos.

RUTILIO.

Entren, acaben.

RISELO.

¿Echaste el bando?

CAJA.

Ya le tengo echado.

Vanse los soldados, caja, y bandera; quédanse el Alférez, Alcalde y Capitán.

RUTILIO.

¿Qué casas son aquéllas, cuya puerta
Armas doradas tiene en mármol blanco?

ALFÉREZ.

Aquélla es la mejor de nuestra aldea,
Aunque está fuera del lugar un poco.
Vive en ella, señor, una gallarda
Viuda de aquel noble de Florencia
Que habrá como dos años murió loco.

RUTILIO.

Conózcola muy bien, y sé el suceso;
Celia se llama, y es mujer hermosa,
Y debe de ser rico casamiento.

ALCALDE.

El casamiento fuera noble y rico,
Y de los más notables de Florencia,
Si no tuviera hijo que ha heredado
Más de cien mil ducados.

RUTILIO.

Entretanto
Que el hijo crece, es bueno el casamiento.

ALCALDE.

El hijo tiene ya diez y seis años,
Que lo dejó su padre de catorce;
Habrá dos años que murió. Ha (1) venido
Á vivir en su hacienda, por librarse
De deudos y de locos pretendientes.

RUTILIO.

Señaladme esa casa por posada.

ALCALDE.

Si no es por estar lejos, en ninguna
Podéis estar mejor.

RISELO.

Aquélla enfrente
De los olmos que baña aquel arroyo
Parece razonable: pues ya tiene
El señor capitán dónde alojarse,
En aquélla estaré.

ALCALDE.

La casa es buena,
Pero podría ser que no tuviésedes
Regalo en ella, porque en ella vive
Un noble caballero de Florencia,
Que por gastos que ha hecho, y disparates,
Se ha retirado allí tan pobre y solo,
Que vive de sembrar un huertecillo
Y enviar á Florencia la verdura,
Y alguna fruta al tiempo que madura.

---

(1) *Y hase venido.*

RISELO.

¿Llámase Federico acaso?

ALCALDE.

El mismo.

RISELO.

¡Válame Dios! Qué, ¿vino á tanto daño?

ALCALDE.

No lo dudéis, á tanto daño vino.

RISELO.

Pues ¿no tiene parientes?

ALCALDE.

Deudos tiene,
Mas los deudos son buenos para un día;
Que en pasando los dos tuercen el rostro.

RISELO.

¿No tuvo amigos?

ALCALDE.

Sí, cuando era rico.
Pero ¿quién tiene amigos cuando es pobre?

RISELO.

Qué, ¿no tiene otro oficio?

ALCALDE.

Éste que os digo,
Y un halcón que de muchos le ha quedado,
Con que se va á cazar algunos días;
Y es tan bueno el halcón, que el mismo Duque
Por él le ofrece mil escudos de oro,
Con que podría remediar mil cosas,
Y no le quiere dar, tanto le quiere.

RISELO.

Yo conozco ese pájaro y al dueño,
Al tiempo que á criarle comenzaba;
No excuso de ir á ver á Federico,
Si el señor capitán me da licencia.

RUTILIO.

Vaya el señor alférez en buen hora;
Que yo con el alcalde alojar quiero
Esta gente, que viene fatigada.

RISELO.

¡Ay, deleites del mundo! ¡Ay, pasatiempo!
¡Fiáis, y ejecutáis al mejor tiempo!

Vanse.

Sale Federico en hábito de labrador, y un casero.

FEDERICO.

¿Vendióse bien la hortaliza?

CASERO.

La berza se vendió bien.

FEDERICO.

¿Y la lechuga?

CASERO.

También.

FEDERICO.

¿Qué compraste?

CASERO.

La tomiza
Y un serón.

FEDERICO.

¿Cuánto os costó?

CASERO.

Todo llegó á cuatro reales,
Pero no los tiene tales
Su merced.

FEDERICO.

¿Cuánto os sobró?

CASERO.

Dos reales y medio creo.

FEDERICO.

Pues id por carne y por pan;
Que ya los dientes están
Con razonable deseo;
Y no me pesa por mí
Tanto como de ese halcón.

CASERO.

Yo le traeré corazón.

FEDERICO.

Venid presto.

CASERO.

Harélo ansí.

Vase el casero.

FEDERICO.

Tierra que con mis lágrimas regada,
Arada con suspiros de mi pecho,
Das fruto amargo de mis ojos hecho,
Á mi esperanza, en flor del tiempo helada.
Casa de verdes plantas coronada,
Cuyas ramas os hacen sombra y techo,
Corrientes aguas de cristal deshecho
Sobre pizarras de color morada.
Ya os vió paredes mi creciente luna,
Cubiertas de brocados de tres altos,
Donde agora la hiedra me importuna.
¡Oh, verdes campos, de esperanzas faltos,
No os espantéis; que suele la fortuna
Subir los bajos y bajar los altos!

Sale Fabio vestido de labrador.

FABIO.

¿Acuérdaste por ventura,
Federico, de Riselo?

FEDERICO.

Acuérdome deste suelo,
Fabio, y de aquesta verdura,
Donde cultivando vivo
Este rústico jardín,
Con la esperanza del fin,
Que es la que tiene el cautivo;
Porque si no es con la muerte,
Ya no espero libertad.

FABIO.

Señor, cuando en la ciudad
Vivíamos de otra suerte;
Cuando en caballo español
Con veinte pajes salías,
Que parar á verte hacías
Con envidia los del sol;
Cuando con galas famosas

Ocupaban tus libreas
Los ojos de muchas feas,
Las almas de mil hermosas,
Entre los muchos criados
Que en tu servicio tenías,
Fué Riselo algunos días
De los más nobles y honrados.

FEDERICO.

Riselo, ¿un paje de espada?

FABIO.

El mismo.

FEDERICO.

Pues ¿qué hay?

FABIO.

En viendo
Tu pobreza, fué siguiendo
Del Duque entonces la armada;
Y ha sido tan buen soldado,
Que hoy está alférez aquí.

FEDERICO.

No me vea, Fabio, ansí.

FABIO.

No importa; que es muy honrado.

FEDERICO.

Dame aquella capa vieja;
Que, en fin, estaré mejor.

Sale Riselo.

RISELO.

De que os escondéis, señor,
Forma mi amor justa queja;
Tan criado vuestro soy
Como cuando fuisteis rico.
Dadme esos pies os suplico.

FEDERICO.

Riselo, encogido estoy
De verme desta manera,
Y contento en verte ansí;
Siempre lo pensé de ti.

RISELO.

Dióme, señor, su bandera
Rutilio, que hoy alojó
Su gente en aquesta aldea.

FEDERICO.

En tal hidalgo, se emplea
Muy bien el cargo que os dió.
¡Ah, Riselo, veis aquí
En los dos un alto ejemplo!
De pobre á rico os contemplo,
Y de rico á pobre á mí.
Mirad cuánto me excedéis,
Pues yo bajé y vos subís;
Vos con espada venís,
Y con azadón me veis;
Vos con venablo en la mano,
Yo cultivando la tierra;
Vos con oficio de guerra,
Y yo de humilde hortelano;
Vos ganado y yo perdido,
Yo sin honra y vos honrado;
Vos soldado y yo quebrado,
Yo desnudo y vos vestido;
Vos con plumas de esperanzas
De una justa pretensión,
Y yo con las de un halcón
Que me enseña sus mudanzas;
Y esto no por la fortuna,
Que sola virtud ha sido,
Por haberla vos tenido
Y no tener yo ninguna.

RISELO.

Señor, si por mercader,
Si por hacienda en la mar
Os pudiérades quejar
Del tiempo y de su poder,
No fuera la queja honrosa;
Pero siendo por amor,
Sin razón está, señor,
Vuestra fortuna quejosa.
Ni habéis hasta agora hilado,
Como el Tebano varón,
Ni habéis, como Salomón,
Por mujer idolatrado.
Vuestra hacienda fué no más,
Señor, lo que habéis perdido,
No, cual Camilo, el sentido,
Que no le cobró jamás.
Aquí me dicen que vive
Celia, ya viuda dél.

FEDERICO.

Aquí vive la cruel,
Que de vida el cielo prive;
Aquí, para más tormento
Del alma que no la vía,
Se vino, Riselo, el día
De su mayor sentimiento;
Dicen que por no gastar
La hacienda que el hijo tiene,
Aunque otros dicen que viene
No se queriendo casar;
Que sus deudos la fatigan
Y mil nobles pretendientes.

RISELO.

En fin, sus ojos presentes,
A nuevos daños te obligan.

FEDERICO.

Huyo como de una fiera,
No voy jamás donde está:
Cuando ella á la iglesia va,
Ya estoy de la iglesia fuera.
Si hay fiesta, yo no la veo
Por no ver quien me ha causado
Tanto mal.

RISELO.

Qué ¿no ha mudado
Ella el rigor, tú el deseo?

FEDERICO.

Pues con haber ocasión
De su hijo, que entra aquí,
No ha preguntado por mí.

RISELO.

¡Temeraria condición!

FEDERICO.

César viene los más días,
Á un halcón aficionado
Que tengo, y aunque le he hablado
Como á niño en cosas mías,
No sé si enseñado viene
De Celia, que no me trata
Más que del halcón, que mata
Cuanto la campaña tiene.
Á esto viene por momentos;
Pero fuera del halcón,
No me ha dicho una razón.

RISELO.

Descansa tus pensamientos;
Desecha ya la esperanza
Que te tiene en tal dolor;
Que no es bien que viva amor
En tanta desconfianza.
Y porque tengo que hacer
En alojar á mi gente,
Y no tengo aquí presente
Lo que quisiera tener,
Toma estos cincuenta escudos
Que en esta bolsilla van,
Que de corridos, están
De mi atrevimiento mudos;
Mas sé tu necesidad
Y tu sabes mi deseo.

FEDERICO.

Recíbolos, porque creo
Esa hidalga voluntad,
Y quiera Dios que algún día
Le pague á tan buen criado
Cumplimiento tan honrado
Y tan noble cortesía:
Quédate á comer aquí.

RISELO.

No puedo, Dios me es testigo.

FEDERICO.

Come, Riselo, conmigo.

RISELO.

Eso no, que te serví.

FEDERICO.

En eso estás engañado;
Que no hay gusto en el señor
Como ver que tal valor
Haya tenido el criado,
Que después de algunos años
Pueda sentarle á su mesa.

RISELO.

De que no puedo me pesa;
Que estos hombres son extraños
Y se quejan si no acudo.
Adiós.

Vase.

FEDERICO.

Riselo, él te guarde.

FABIO.

Rico estás.

FEDERICO.

Estoy cobarde.

FABIO.

¿Qué has de hacer de tanto escudo?

FEDERICO.

Dártelos luego.

FABIO.

¿Tú á mí?

FEDERICO.

Sí, Fabio, que no he podido
Darte siquiera un vestido
Después que estamos aquí;
Y pues más te has de perder
Mientras más estés conmigo,
Vete, acomódate, amigo,
Adonde puedas valer;
Que yo lloraré tu ausencia
Como sola compañía
Que en mis desdichas tenía:
¡Qué tengo de hacer, paciencia!
No es justo tenerte aquí.

FABIO.

Guarda el dinero, señor;
Que me pesa que mi amor
Pagues con dinero ansí.

FEDERICO.

Fabio, bien veo que es poco;
Pero ¿cuándo tendré más?
Pues si aquí perdido estás,
¿No soy en tenerte un loco?
Vete, remédiate, Fabio.

FABIO.

Guarda, señor, tu dinero,
Y á un amor tan verdadero
No le hagas tanto agravio;
Que si mi sangre te fuera
De provecho, la sacara,
Y por dicha te dejara
Cuando muy rico te viera;
Pero pobre, aunque me echases
Por fuerza, no hay que tratar.

FEDERICO.

Quiérote, Fabio, abrazar.

FABIO.

Antes que adelante pases,
Trata de lo que has de hacer
Del dinero.

FEDERICO.

Nunca he dado
Á César nada.

FABIO.

Has pensado
Cosa que no es menester.

FEDERICO.

¿Cómo no? Pues ¿qué dirá
Su madre? Vé, Fabio, luego
Á Florencia.....

FABIO.

¿Aún estás ciego?

FEDERICO.

Y compra una joya allá

Que demos á César.

FABIO.

¡Bueno!
¿Estás loco?

FEDERICO.

Esto es razón.

FABIO.

Esa hidalga condición
En tal miseria, condeno;
Déjate de hacer agora,
Que no tienes qué comer,
Lo que solías hacer.

FEDERICO.

Fabio, el tiempo se mejora;
Este dinero traerá
Otro dinero.

FABIO.

No creas
Que si le gastas le veas,
Porque nunca volverá;
Paga dos deudas que tienes.

FEDERICO.

La tuya es poco el dinero.

FABIO.

Que pagues á Alberto quiero;
Que le secrestan sus bienes
Por tu ocasión.

FEDERICO.

¡Ah, mi Fabio,
Hablas como amigo en todo!

FABIO.

Federico, deste modo
Satisfaces á tu agravio;
Muestra que el hombre de bien
Se conoce en el pagar.

FEDERICO.

Paga, que obliga á prestar,
Porque otra vez te lo den.

FABIO.

Voy.

FEDERICO.

Vivas, Fabio, mil años

Vase Fabio.

Sale César, hijo de Celia.

CÉSAR.

¿Qué hay, Federico; no iremos
Á caza?

FEDERICO.

Ocasión tenemos;
Que unos pájaros extraños
Cubren aquesta campaña
Desde ayer.

CÉSAR.

¿Qué hay del halcón?

FEDERICO.

No le han dado el corazón;
Gentilhombre le acompaña:
Vamos á verle volar.

CÉSAR.

No ha visto tal ave el viento;
Ir puede, por su elemento,
De la otra parte del mar.
¡Qué plumas! ¡Qué señorío!
¡Qué majestad tiene en sí!

FEDERICO.

Cuanto él vale y tiene en mí,
César, título de mío,
Á vuestro servicio está.

CÉSAR.

Bésoos las manos, señor;
Que de vuestro gran valor
Estoy satisfecho ya.
El halcón es vuestro gusto;
Que mi madre me ha contado
Que éste solo os ha quedado,
Y quitárosle no es justo,
De muchos que habéis tenido
En tiempo más venturoso.

FEDERICO.

Fuí rico; no estoy quejoso
De haber mi hacienda perdido,
Porque fué por ocasión
Que no pude arrepentirme;
Como Luzbel estoy firme,
César, en mi pretensión.
¿Cómo se halla estos días
La señora Celia?

CÉSAR.

Bien,
Aunque la aquejan también
Algunas melancolías;
Yo la aconsejo que vamos
Á Florencia, y no aprovecha;
Que tiene alguna sospecha
De que los dos nos perdamos,
Ella tomando marido
Y yo buscando mujer.

FEDERICO.

Lo primero es de temer,
Pues en vuestro daño ha sido;
Lo segundo aun es temprano.

CÉSAR.

Vamos á ver el halcón.

FEDERICO.

Mostráisle mucha afición.

CÉSAR.

Quiero llevarle en la mano.

FEDERICO.

Ya os digo que vuestro es.

CÉSAR.

Señor, no os he de quitar
Vuestro gusto, ni obligar
Me puede á tanto interés;
Sé que el Médicis famoso
Mil escudos os ha dado,
Y aunque yo estoy heredado,
Tener paciencia es forzoso
Mientras que pupilo soy.

FEDERICO.

Pues, César, aquí tenéis
El halcón si le queréis,
Porque de gracia os le doy.

CÉSAR.

Sois pobre, que yo lo sé;
Mil escudos son dinero.

FEDERICO.

No importa; dárosle quiero.

CÉSAR.

¡Jesús! No le tomaré;
Mas ¡por mi vida, que es bello,
Y que siempre pienso en él.

FEDERICO.

Tomalde y servíos dél.

CÉSAR.

Señor, no tengo de hacello;
Vamos á volar un ave.

FEDERICO.

Cuervos hay: vamos.

CÉSAR.

No hay cosa
En mi gusto más hermosa,
Más alegre, más suave;
Muriéndome estoy por él
Y no me atrevo á tomalle,
Porque no tengo qué dalle
Que se iguale al precio dél.
¡Ay, quién tuviera su hacienda!

FEDERICO.

¿No vamos?

CÉSAR.

Ya voy con vos.

FEDERICO.

Y yo muriendo, ¡por Dios!
Porque eres de Celia prenda.

Vanse.

Salen Celia, el capitán Rutilio, Clavela y Feliciano.

RUTILIO.

No he pagado mal, ¡por Dios!
Mi señora, el hospedaje.

CELIA.

Moneda de ese linaje
La dan nobles como vos;
Que pagar en voluntad
Es cosa puesta en razón
Donde sirve la afición
Y recibe la amistad.

RUTILIO.

Si la voluntad, señora,
Es alma, en esa he pagado.

CELIA.

Sois galán y sois soldado.

RUTILIO.

Soy un hombre que os adora.

CELIA.

Quedo, señor Capitán,
Que os oirán esos criados,
Que están mejor enseñados,
Y á los dos murmurarán;
No paséis la cortesía
De huésped, que soy viuda.

RUTILIO.

Eso me quitó la duda
Que de ofenderos tenía;
Que no pensé que era estado
Para escrúpulos como éstos,
Mas pensamientos dispuestos
Para que os diesen cuidado.

CELIA.

Cuando murió mi marido
Murieron todos con él.

RUTILIO.

Si yo viviera por él
No hubiera en balde nacido.
¡Dichoso el alojamiento,
La guerra y la pretensión
Del Duque, pues fué ocasión
Del bien que de veros siento!
Capitán de infantería
Vine aquí por daros muestra,
Mas ¡por Dios, que por la vuestra
Dejara mi compañía!

CELIA.

Ya he jurado no tenella
Ni, vivo César, es justo.

RUTILIO.

Si vos tuviérades gusto
Yo intentara merecella.

CELIA.

No me conquistéis ansí;
Que quiere la voluntad
Más blandura y amistad.

RUTILIO.

Señora, ¿en qué os ofendí?

CELIA.

Las mujeres, Capitán,
No son ciudad, muro ó fuerza
Que se conquistan por fuerza;
Que de voluntad se dan.
No hay mujer, por más que sea,
Que no se rinda á partido,
Ni es soldado el atrevido
Que fuerza el bien que desea.
Id en buen hora, y volved
Desta famosa jornada;
Que me hallaréis obligada,
Si agora me hacéis merced;
Pero no para ocasión
De que llevéis esperanza,
Que habéis de ver en bonanza
El mar de mi condición.
De mi hijo es cuanto tengo;
Ya es hombre, muy pobre soy.

RUTILIO.

Á obedeceros me voy;
¿Qué me daréis mientras vengo?

CELIA.

Licencia para que os vais.

RUTILIO.

Cruel sois.

CELIA.

No, soy piadosa.

RUTILIO.

Dios os guarde.

CELIA.

¡Extraña cosa!

RUTILIO.

Mal los huéspedes tratáis.

Vase Rutilio.

CELIA.

¿Qué te parece, Clavela,
De un hombre tan arrojado?

CLAVELA.

Que quiere como soldado,
Ni aguarda ni se desvela;
Hoy te vió, y hoy te mostró
Tan liso su pensamiento,
Que te pidió casamiento.

CELIA.

Casamiento me pidió;
Mas, vivo César, no creas
Que el mismo Duque bastase,
Clavela, á que me casase.

CLAVELA.

Mal tu mocedad empleas.

CELIA.

¿Adónde está César?

CLAVELA.

Fué
Á cazar con Federico.

CELIA.

Por más que se lo suplico
Que ese pesar no me dé,
No hay orden con el rapaz.

CLAVELA.

Quiere tanto aquel halcón,
Que es locura su afición.

CELIA.

No habemos de estar en paz.

Sale César.

CÉSAR.

Haz, Clavela, por tu vida,
Que me aperciban la cama;
Lidio, á Feliciano llama;
Desnúdame tú, Leonida.
¡Válame Dios, malo vengo!

CELIA.

Luz del alma que os adora,
¿Qué tenéis?

CÉSAR.

No sé, señora;
Tengo aquello que no tengo;
No ando bueno aquestos días.

CELIA.

Hijo de mi corazón,
Mirad que esas cosas son
Contra las entrañas mías.
La hacienda que vos tenéis,
Si no la tenéis tan vuestra
Es por vuestra edad.

CLAVELA.

No muestra,
Señora, que le entendéis.

CELIA.

¡Jesús, qué pulso, ay de mí!

CÉSAR.

Madre, no entiende mi mal.

CELIA.

¿Qué tienes?

CÉSAR.

Estoy mortal.

CLAVELA.

¡Mas que heredó el frenesí
Del padre que le engendró!

CELIA.

Feliciano.....

FELICIANO.

Mi señora.....

CELIA.

¿No veis cómo viene agora
César?

FELICIANO.

No le he visto yo.

CELIA.

Dejáisle solo y al sol.
¡Gentil traza de criados!

FELICIANO.

Allá le llevan cuidados
De aquel halcón español,
En casa de Federico.

CELIA.

Llama al doctor; tú desnuda
Á César.

CÉSAR.

No pongo en duda
Mi vida.

CELIA.

No te replico,
Por no decir que ese día
Seré homicida de mí.

CLAVELA.

Su padre lo dijo ansí,
Mas cumplió lo que decía.

Vanse.

Salen Perote y Federico.

FEDERICO.

¿Ya no viene por acá?

PEROTE.

Estáis pobre: ¡qué quereis!

FEDERICO.

¿Eso es amistad?

PEROTE.

¿No veis
Que se usa en el mundo ya?

Si un cuerdo vemos huir
De quien no tiene qué dar,
Un loco, ¿qué ha de esperar?

FEDERICO.

No tienes más que decir.

PEROTE.

Siempre á los locos veréis
Entre los grandes señores;
Convites, bodas, amores,
Vos nada desto tenéis.
En entierro, en vuestra vida
Veréis músico ni loco;
Es gente que llora poco,
Sólo al placer se convida.
Y cuando os pusiera Dios
En el estado pasado,
Sólo os sobra el ser honrado;
Que loco, ¿quién como vos?

FEDERICO.

Muy cuerdo estás.

PEROTE.

Desde el día
Que Camilo enloqueció,
Parece que me dejó
El buen seso que tenía,
Ó que yo el mío le dí
Y me purgué de mi mal.

FEDERICO.

¿Tú has visto locura igual?

PEROTE.

¿Cuál?

FEDERICO.

Cual la vuestra.

FEROTE.

Es ansí.
Y aun sospecho que es mayor;
Que morirse de un agravio
Es hazaña de hombre sabio.

FEDERICO.

¿Qué más agravio que amor
Cuando no es agradecido?

PEROTE.

Pues ¿cómo no os habéis muerto?

FEDERICO.

Ya lo estoy; que en este huerto
Me he enterrado, y tierra he sido.

PEROTE.

Toda mi vida lo oí.

FEDERICO.

¿Qué oiste?

PEROTE.

Que al perro muerto
Le echan al huerto.

FEDERICO.

Eso es cierto,
Y á mí me sucede ansí.
Cultivo estas verdes plantas,
Que no tienen tantas hojas
Como yo tengo congojas.

PEROTE.

¿Que tenéis congojas tantas?
Luego no se os ha quitado
La locura de querer
Esta bendita mujer.

FEDERICO.

Hoy estoy con más cuidado.

PEROTE.

Pues no le tiene de vos,
Que sólo en su niño adora;
Y más tan pobre.

FEDERICO.

Si agora
Quisiese darme, ¡por Dios!.....

PEROTE.

¿Qué os ha de dar?

FEDERICO.

Á sí propia.

PEROTE.

Eso, Dios no más lo hace.

Sale Fabio.

FEDERICO.

Cuerdo loco.

FABIO.

¿De qué nace
¡Cielos! cosa tan impropia?
¡Celia en nuestra pobre casa!

FEDERICO.

¿Qué dices?

FABIO.

Esto que ves;
No hay albricias que me des.

FEDERICO.

Míralo bien.

FABIO.

¿Esto pasa?

PEROTE.

Pues ¡hola! no paro aquí;
Que no quiero que me vea.

FEDERICO.

Vete, pues.

PEROTE.

Para bien sea.

Vase Perote.

FEDERICO.

No hay mayor bien para mí.

FABIO.

Ella y Clavela, señor,
Salieron en dos pollinos,
Que cubría de dos finos
Tapetes turca labor.
Y atravesando esa arada
Con Feliciano, que á pie
Venía, las encontré,
Una y otra disfrazada.
Pero Celia tan hermosa,
Tan rica, tan bien vestida;
No viuda, sino vida,
De toda vista dichosa;

Con brío tan español,
Que, aunque sean desatinos,
No en caballos, en pollinos
Hoy sacó su carro el sol.
Hablé, en fin, con Feliciano,
Que es amigo, y me contó
Que viene á verte.

FEDERICO.

¿Que yo
Merecí de aquella mano
Tanta piedad, tal favor?
¡Quién tuviera mil brocados
Que tender por esos prados,
Y arroyos de agua de olor!
¡Quién esta casa colgara
De mil telas de Milán!

FABIO.

Advierte que cerca están;
Y, fuera desto, repara
En que ha de comer aquí;
Que es tarde para volver.

FEDERICO.

¿Aquí, Fabio, ha de comer?

FABIO.

¿Qué te turbas?

FEDERICO.

¡Ay de mí,
Que no tengo qué le dar!
¡Oh inmensa pobreza mía!
No sucediera este día
Cuando tuve qué gastar!
Llámame, Fabio, al casero.

FABIO.

Él viene aquí.

Sale el casero.

FEDERICO.

¿Leridano,
Para un huésped que ya espero,
¿Hay gallina, hay pollo alguno?

CASERO.

Ayer los llevé á vender;
Si el huésped viniera ayer,
¡No fuera de casa ayuno;
Pero hoy, ¡por Dios, que aun apenas
Tengo pan!

FEDERICO.

¡Válame Dios!
¿No tienes un real ó dos?

CASERO.

Tuvistes las manos llenas
Y deshicísteos dellos;
Nunca el que es buen mercader,
Por si los ha menester,
Se queda un hora sin ellos.
Y cuando dinero hubiera,
En la plaza no se hallara.....

FEDERICO.

Mi desdicha se declara.
Mi sangre ¡por Dios! le diera,
Y el alma.

CASERO.

Ya desatina;
Dile tú que el alma guarde.

FABIO.

Si fuera alma de cobarde,
Era darle una gallina.

FEDERICO.

¿Que no hay un ave? ¡Qué grave
Pena de mi afrenta siento!

FABIO.

Señor, dale el pensamiento;
Que todos dicen que es ave.

FEDERICO.

Si mi pensamiento fuera
El fénix, yo le matara,
Al fuego de amor le asara,
Y sin duda se le diera.
Mas yo tengo qué le dar;
Esperad los dos aquí.

Vase Federico.

FABIO.

¿Dónde va corriendo ansí?

CASERO.

Mas ¿si se quiere matar?

FABIO.

No lo creas, que es cristiano;
Y esta dama no es caribe
Que de comer hombres vive.

Salen Celia, Clavela y Feliciano; ellas con capotillos y sombreros.

CELIA.

Vé delante, Feliciano.

FELICIANO.

¿Está Federico aquí?

FABIO.

Luego, señora, vendrá.

CELIA.

¡Qué buena la casa está!

FABIO.

Por vos, señora, está ansí.

CELIA.

¡Que á tanta necesidad
Ha venido hombre tan rico!

CLAVELA.

Ya viene aquí Federico.

FEDERICO.

Amor, ¿qué teméis? Entrad.

CELIA.

¡Federico!

FEDERICO.

¡Celia hermosa!
¿En la choza de un pastor
Á un rústico labrador,
Celia, visita una diosa?
¿Vos en aquesta pobreza?

CELIA.

¿Qué galas son éstas?

FEDERICO.

Creo
Que son hijas de un deseo
Que mató vuestra belleza.

CELIA.

¡Notable traje traéis!

FEDERICO.

Hace penitencia amor
De aquel mi pasado error.

CELIA.

¡Bueno estáis!

FEDERICO.

Vos lo sabéis.

CELIA.

Quiéroos decir á qué vengo.

FEDERICO.

Primero habéis de comer.

CELIA.

No me puedo detener.

FEDERICO.

¿Por qué?

CELIA.

Cierto enfermo tengo,
Que vos le podéis sanar.

FEDERICO.

¿Enfermo y que está en mi mano?
Contadle, Celia, por sano
Si sangre me ha de costar.

CELIA.

César enfermo ha caído,
Y sin decir la ocasión,
Tiene muerto el corazón,
Y casi está sin sentido.
Tantos regalos le he hecho,
Que me ha dicho la verdad.
Yo, fiada en la lealtad
Y nobleza de ese pecho,
Su remedio le ofrecí,
Que me dice que está en vos.

FEDERICO.

¿En mí, Celia?

CELIA.

Sí, ¡por Dios!

FEDERICO.

Pues responded vos por mí.

CELIA.

Bien sé que os he de quitar
Vuestro gusto, pues ha sido
Lo que sólo habéis querido
De vuestra hacienda guardar,
Y que aunque estáis en pobreza,
Por amarlo en tanto grado,
Federico, habéis negado
Lo que yo pido á Su Alteza.
Pero yo os le pagaré,
Porque muere de afición
Mi César, de vuestro halcón,
Con quien vida le daré.

FEDERICO.

¡Triste de mí!

CELIA.

¿Habéis sentido
Que os le pida?

FEDERICO.

¡Ay, desdichado,
En desventuras criado,
Y para afrentas nacido!

CELIA.

¡Jesús! Federico, basta;
No entendí daros enojos.

FEDERICO.

Sacadme el alma y los ojos,
Celia virtuosa y casta;
Quitadme luego la vida.

CELIA.

Más fié de vuestro amor.
¡Buena venganza, señor,
Ser de un ángel homicida!
Que si yo no os he querido,
Fué porque he sido casada,
Y, como noble, obligada
Al honor de mi marido.
Pero un ángel, ¿qué os ha hecho?
Que morirá de pesar.

FEDERICO.

¿Qué tardo ¡ay de mí! en mostrar
La nobleza de mi pecho?
Fabio me dijo que aquí
Habíades de comer,
Y, ¡por Dios, que desde ayer
No lo ha habido para mí.
Un pollo, alguna gallina
Pedí al casero; no había
Cosa, y yo, señora mía
(Que quien ama desatina),
Por haceros sacrificio
De mi propio corazón,
Fuí donde estaba el halcón,
De mi noble amor indicio,
Y asiéndole de los pies,
Le segué el cuello.

CLAVELA.

¡Qué hazaña
De un hombre noble!

FELICIANO.

¡Qué extraña!

CELIA.

Harto para mí lo es.

Sale Lidio.

LIDIO.

¿Está mi señora aquí?

CELIA.

¿Qué hay, Lidio?

LIDIO.

César me envía
Á decir, señora mía,
Que te llegues luego allí.

CELIA.

¿Qué tiene?

LIDIO.

Un ansia mortal
De que le den el halcón.

CELIA.

Yo vine á mala ocasión.
¡Quién pensara cosa igual!

LIDIO.

Tras esto, se han apeado,
De Florencia, en casa agora,
Tus dos hermanos, señora.

FABIO.

Si enviara Celia un criado,
Si ella no viniera aquí,
Llevara vivo el halcón.

CELIA.

¡Ah, Federico, en razón
Pongo el quejarme de tí!
Por ti perdí mi marido,
Y mi hijo he de perder.

FEDERICO.

Señora, ¿qué puedo hacer,
Si desdichado he nacido?

CELIA.

La mía, que á tu pobreza
Dió causa, lo es de mi llanto;
Que aunque me has costado tanto,
Bien conozco tu nobleza.

Vanse Celia y sus criados.

FEDERICO.

¡Maldiga el cielo la mano
Que tal hazaña intentó!

FABIO.

No te aflijas.

FEDERICO.

¿Cómo no?

FABIO.

El hecho ha sido romano
Si no acertaste con él,
Que basta para dar gloria
Á tu nobleza y memoria.

FEDERICO.

¡Con qué fortuna cruel
Me anega en su mar el tiempo!
Ya son, Fabio, mis cuidados
Servicios de desdichados,
Que nunca llegan á tiempo.
Maté mi querido halcón,
Que mil escudos valía,
Que corazones comía
Y era todo corazón,
Por darle muchos en uno
Y por mostrar que mi amor
Compite con mi valor,
Y con mi valor ninguno;
Y hame salido tan bien,
Que el servicio que le he hecho
Ha sido encender su pecho
En mayor ira y desdén.
¿Qué haré, Fabio? que estoy loco.

FABIO.

Resistir á tu fortuna
Con paciencia, si hay alguna.

FEDERICO.

Todo mi mal fuera poco
Si este servicio acertara.
Vámonos, Fabio, á regar
La huerta de mi pesar
Con lágrimas de mi cara.

FABIO.

¡Pobre halcón! Más de tus daños
Consuelan otros mayores.
Ansí pagan los señores
Servicios de muchos años.

Vanse.

Salen Eliano y Lelio, hermanos de Celia, mancebos.

ELIANO.

¿Que en fin es muerto mi sobrino?

LELIO.

Al punto
Que oyó decir á su afligida madre
Que había el noble Federico muerto
Á aquel halcón, rindió su alma al cielo,
Y desmayado se quedó en sus brazos,
Como la flor del labrador pisada,
Al calor excesivo del estío.

ELIANO.

Bien ha imitado César á su padre.

LELIO.

En la melancolía, hasta la muerte
Le ha parecido.

ELIANO.

No era el casamiento
Que los dos le traíamos tan justo,
Como agora parece, muerto César.

LELIO.

Ya no pienso, Elïano, tratar nada;
Con el niño volvamos á Florencia;
Que la muerte de un hijo no permite
Tratar tan presto bodas á su madre.

ELIANO.

Ella viene afligida, razón tiene;
¡Con qué valor en tal desdicha viene!

Salen Celia y Clavela.

CELIA.

Clavela, ya yo sabía
Que César era mortal;
Lo que siento de mi mal
Es ver la desdicha mía.
Perdí mi amado Camilo
Por un loco frenesí,
Y á César también perdí,
Clavela, del mismo estilo.

¡Maldito sea el halcón
Que tanto mal me ha causado!

ELIANO.

Siento, Celia, tu cuidado
Con entrañable afición;
Que de César mi sobrino
No siento tanto la muerte;
Que un ángel, de aquella suerte,
Aumenta el coro divino.
Y aunque en medio del pesar
No es bien tratar del placer,
Pues remedio has de tener,
Del remedio he de tratar:
Ya no tienes herederos,
Y tienes cien mil ducados.

CELIA.

Siempre os tuve por pesados,
Y agora por muy ligeros.
Dejadme, que estoy de suerte,
Que si me apretáis ansí,
Daré en otro frenesí,
Con que se acerque mi muerte.

El capitán Rutilio y el alférez Riselo.

RUTILIO.

De desgracia tan notable,
¿Qué pésame dárseos puede
Que para el dolor no quede
Más corto cuando más hable?
Ya estábamos de partida,
Y la gente en orden puesta,
Cuando nueva tan funesta
Llegó desta muerte y vida;
Muerte para los que pierden
Este angel, y vida á él.

Salen Federico y Fabio.

FABIO.

Mira que es cosa cruel
Dar ocasión que se acuerden.

FEDERICO.

Pues ¿cómo puede faltar
En desdicha semejante,
Siendo, aunque estaba ignorante,
La ocasión deste pesar?
Pues hoy, ni aquí, ni en Florencia,
Ni en el mundo, hay á quien pese
Tanto que esto sucediese,
Y por mi poca prudencia.

RISELO.

Aquí el señor capitán
Rutilio viene á ofrecer,
Aunque no era menester
Donde sus deudos están,
Celia, cincuenta soldados,
Que con militar decencia
Lleven el cuerpo á Florencia,
Adonde están sus pasados.

FEDERICO.

Y yo, Federico triste,
Dueño del hermoso halcón
Que dió á César la afición
En que su muerte consiste,
Ya que no puedo ofreceros
Criados, guarda, soldados,
Unos ojos enseñados
Siempre á llorar y á ofenderos,
Os doy, para que los cierren
Desdicha é ingratitud,
Y el pecho para ataúd,
Adonde á César entierren.

ELIANO.

Pudiérades, Federico,
Excusar venir aquí.

FEDERICO.

Señores, viniendo ansí
Mi desdicha significo.

LELIO.

Dice muy bien Elïano,
Que habéis por dos veces sido
Por quien mi hermana ha perdido
Su remedio.

CELIA.

Quedo, hermano;
No se trate desto aquí.

ELIANO.

¿Cómo no se ha de tratar
Siendo autor deste pesar
Y el pasado frenesí?
Que por sus celos, Camilo
Vino á tanta desventura.

FEDERICO.

Ya saben esa locura
En Florencia de otro estilo;
Que Celia hizo prender
Á Julia por hechicera,
Que yo, cuando la quisiera,
¿Qué agravio le pude hacer?
Y aunque no se le probó
Que le hubiese dado nada,
Al fin salió desterrada
Y Celia honrada quedó;
De la cual digo, en presencia
De cuantos estáis aquí,
Que en mi vida vi ni oí
Tan honrada resistencia,
Que no es Lucrecia más casta
Ni Penelope más cuerda.

RUTILIO.

¿Qué honor puede haber que pierda,
Si ser vuestra hermana basta?
Mas si de satisfacción
Tenéis, señores, deseo,
Por el dolor con que os veo,
Lo que él hizo del halcón
Haré agora de su cuello.

RISELO.

Quedo, señor Capitán;

Que hombres presentes están
Que no os dejarán hacello.

RUTILIO.

Alférez, pues ¿vos conmigo?

RISELO.

Mi capitán sois; no hay duda
De que es justo que os acuda
Por cabeza y por amigo;
Mas si sois mi capitán,
Y yo soy vuestro soldado,
De Federico criado
Soy y he comido su pan.

FEDERICO.

Riselo, si tú no hubieras
Tan apriesa respondido,
Mis obras hubieran sido
Respuesta.

RUTILIO.

Cuando tuvieras
Para igualarme valor,
Te pidiera el cumplimiento
De esa palabra.

FEDERICO.

¡Qué intento!
¡Qué acuerdo!

FABIO.

¡Tente, señor!

Todos desnuden las espadas.

CELIA.

Caballeros, si mi suerte
Causa tantos desvaríos,
Y hoy quiere poner por mí
Vuestras vidas á peligro,
Diré lo que no pensaba;
Que me escuchéis os suplico.

RUTILIO.

Tú sólo impedir pudieras
Mi furia.

FEDERICO.

Paso, Rutilio;
Que aunque no tengo cien hombres,
Soy un hombre bien nacido.

CELIA.

Diez años ha, caballeros,
Que me sirve Federico
Con tan limpia voluntad
Como todos habéis visto;
Por mí ha perdido su hacienda,
Yo por su causa á Camilo,
Porque la muerte de César
Antes por mi culpa ha sido.
Fuí á pedirle aquel halcón
Por dar salud á mi hijo;
No tuvo entonces qué darme,
Que darme de comer quiso.
Mató el halcón, que valía
Mil escudos; hecho digno
De un caballero tan noble.
Y así, agradecida, digo
Que habiendo de ser forzoso
Casarme, es hoy mi marido
Y le doy cien mil ducados
De dote.

ELIANO.

Muy bien ha dicho.

CELIA.

Y yo lo confirmo todo.

FEDERICO.

¡Tanto bien, cielos divinos!

CELIA.

Abrazalde, Capitán.

RUTILIO.

Digo, señora, que ha sido
Hecho de heroica mujer,
Y digno de ser escrito.
Dadme esa mano.

FEDERICO.

Yo soy
Vuestro amigo.

PEROTE.

No he venido
¡Par Dios! á mala ocasión,
Federico.

FEDERICO.

¿Qué hay, amigo?

PEROTE.

¿Acordáisos de que un día
Tuvisteis por desatino
El deciros que un halcón
Que tuviese el vuelo altivo
Á Celia os alcanzaría?

FEDERICO.

Digo que licencia pido
Á Celia para una cosa.

CELIA.

Yo os la doy, esposo mío.

FEDERICO.

Quiero dar seis mil ducados
Desta suerte repartidos.

CELIA.

Como no deis más, los doy,
Que os conozco ya los bríos.

FEDERICO.

Doy al alférez Riselo,
Mi amigo y criado antiguo,
Mil ducados por cincuenta
Que me dió estando perdido;
Otros mil le doy á Fabio,
Porque pobre como rico,
Me sirvió de una manera;
Y á vos, mi señora, pido
Le deis á Clavela, á quien
Doy otros mil.

CELIA.

Ya he tenido,
Federico, ese deseo.

FEDERICO.

Á un loco tan entendido
Doy otros mil, que el dinero

Bastará á darle jüicio;
De los dos mil que me quedan,
En Florencia, á vuestro hijo
Haré labrar un sepulcro,
Y en un mármol esculpido
Del artífice mejor,
Vos y yo, el halcón y el niño.

CELIA.

Soy contenta.

CLAVELA.

Tus pies beso.

CELIA.

Y los dos lo consentimos.

FEDERICO.

Aquí, senado, se acaba
El Halcón de Federico.

FIN.

EL ANZUELO DE FENISA

EL ANZUELO DE FENISA

PERSONAS

Camilo.	Dinarda.	Orozco.
Albano.	Bernardo.	Don Félix.
Fenisa.	Fabio.	Donato.
Celia.	Osorio, *capitán*.	Liseo.
Lucindo.	Campuzano.	Estacio.
Tristán.	Triviño.	Un escudero.

ACTO PRIMERO.

Camilo y Albano.

CAMILO.

«Que estoy celoso, y voy leyendo en ellas»,
Acaba aquel soneto castellano.

ALBANO.

¿Dónde vais á matarme, plantas bellas?

CAMILO.

¿En la arena del mar miras, Albano,
Las estampas que deja tu Fenisa?

ALBANO.

Por ellas sigo su desdén en vano,
Por besar el arena donde pisa.
Temo que el mar deshaga las señales,
Excediendo sus márgenes aprisa.

CAMILO.

¿Letras escribe con los pies?

ALBANO.

Y tales,
Que leyendo la historia de mis celos,
Aprendo penas á la causa iguales.
No han hecho furia ni rigor los cielos,
Para castigo de la humana vida,
Que sufran compararse á sus desvelos.

CAMILO.

Que tenga celos y que celos pida
Un hombre que se emplea en gran sujeto,
Disculpa me parece conocida;
Porque quien ama, teme; y en efeto,
El temor de quien ama es una cosa
Que engendra en lo más firme mal conceto;
Pero querer una mujer famosa
En engañar y en no querer ninguno,
Supuesto que confieso que es hermosa,
No tiene igual con desatino alguno;
Que no se llaman celos las traiciones.
Uno ha de amar, y tener celos de uno;
Mas ¡donde una mujer forma escuadrones
De tantos hombres, que con menos gente
Alejandro venció dos mil naciones!
Donde hay un galán dentro y otro enfrente,
Doce de á pie, cuarenta de á caballo,
Tal en la posesión, tal pretendiente,
Vergüenza es ésta, y más que no lo hallo
Aun en los animales, pues sabemos
Que viven cien gallinas con un gallo;
Que glorioso levanta los extremos,
El pardo gamo entre cincuenta gamas,
De las puntas que nunca ofender vemos.
Albano, deste género de damas
Huye la bolsa, pon en salvo el oro;
Que es lo demás andarte por las ramas.

ALBANO.

¡Qué manso que parece siempre el toro
Al que está en la ventana! y al letrado,
¡Qué cobarde el flamenco y tibio el moro!

El escribir un libro concertado,
¡Qué fácil le parece al ignorante,
Y el llevar una cátedra al soldado!
¡Qué fácil le parece al estudiante
El conducir la nave al Occidente,
La religión al mercader tratante!
¡Qué fácil el hablar un presidente,
Un rey, un duque á un labrador grosero,
Y el olvidar á quien de amor no siente!
Amor no es calidad, gusto ni fuero;
Amor no es honra ni es mercadería;
Amor no es regidor ni caballero;
Amor es consonancia y armonía
Que hacen el deseo y la hermosura,
Con que se aumenta cuanto el cielo cría.
Si yo quisiera un bronce, una pintura,
Un ave, un árbol, cosa diferente
De mi naturaleza, era locura;
Pero ¿que amar una mujer intente,
Juzgas á desatino?

CAMILO.

¡Qué respuesta
Tan hija de tu amor impertinente!

ALBANO.

Mas ¿qué me dices tú que fuera honesta,
Dándome con Platón, cuyo aforismo
Ya me fastidia y con razón molesta?
Los que, siendo de amor único abismo,
Dicen que se ha de amar el alma sola,
Y que es amor pagalle con el mismo,
Un casto fuego dicen que acrisola
Sus sentidos amando, y en secreto
Hacen su media noche á la española.
Nerón no confesaba hombre perfeto;
Pero decía que en gozar su gusto,
Cuál era descompuesto y cuál discreto.
Si amor es gusto, el que yo tengo es justo.
Ama tú por allá dificultades;
Que no quiero su bien por su disgusto.

CAMILO.

Las virtudes, Albano, y calidades
De una mujer son justo fundamento
De amor, que no las locas liviandades.
No hay en toda Sicilia (estáme atento),
Cuanto más en Palermo, donde estamos,
Mujer de más humilde pensamiento.
Al puerto, á la ciudad, al monte vamos;
Allí hallaremos quien sus tretas diga,
Más que arenas el mar y el bosque ramos.

ALBANO.

Lo mismo que te cansa á mí me obliga.
Aquella libertad me rinde y mata,
Y el ver que deje amor é interés siga.
Una mujer que quiere y se recata
De ofender el galán con pensamientos,
Aunque la den un Potosí de plata,
Allá puede tratar de casamientos;
Que amor ha de ser fina picardía,
Poca seguridad, menos contentos.
No ha de estar el amor sin compañía,
Digo sin competencia y sin disgustos;
Que por la noche es tan hermoso el día.

CAMILO.

Á fe que habéis hallado vuestro gusto.
Si eso es amor, Fenisa es alto objeto.
Digo que améis, y que el amarla es justo.

ALBANO.

Esotro es amor bobo, éste discreto.

Fenisa y Celia, con mantos.

CELIA.

Admirada, y con razón,
Fenisa, de tu venida,
Muestro tanta confusión.

FENISA.

Sospecho que se te olvida,
Celia.....

CELIA.

¿Qué?

FENISA.

Mi condición.

CELIA.

No sé qué tenga que ver
Con venir á la Aduana,
No siendo tú mercader;
Pues no eres tú muy liviana,
Aunque eres libre mujer.

FENISA.

Eso te ha de dar aviso
De que sin causa no vengo.

CELIA

¿Es amor?

FENISA.

¡Tan de improviso!
Pero yo, ¿cuándo le tengo
Si me adorase Narciso?
Desde el primero que amé,
Y que á olvidar me enseñó,
Tan diestra en no amar quedé,
Que de uno que me burló,
En los demás me vengué.
Notablemente se arroja
Una mujer á querer,
Cuando un gusto se le antoja;
Pero más á aborrecer
Cuando se cansa y se enoja.
Según corre entre los hombres
Esto de amar con engaño,
De mi desdén no te asombres:
Basta al cuerdo un desengaño.
¿Qué es amor? No me lo nombres.
No porque yo no perciba
Sus regalos y su bien;
Pero no es razón que viva
Quien nació libre también,
De un hombre libre cautiva.
Yo he dado en esta flaqueza
De burlar cuantos engaña
Esto que llaman belleza.

CAMILO.

Celia sola la acompaña. (Aparte á Albano.)

ALBANO.

¿Celia?

CAMILO.

No más.

ALBANO.

¡Linda pieza!
¡Extraña imaginación
Es venir á la aduana
Deste puerto!

CAMILO.

Cosas son
De su condición liviana.

ALBANO.

Conozco su condición.
Palermo es famoso puerto
Del extranjero, y de trato.
Algún lance ha descubierto.

CAMILO.

Ella es de Circe un retrato.
De que te ha visto, te advierto.

ALBANO.

Hablalla será mejor.

A Fenisa.

¿Dónde bueno?

FENISA.

Á ver el mar;
Que me agrada su furor.

ALBANO.

Todo te suele agradar
Cuanto carece de amor.
Este desdén de las ondas,
Esta perpetua contienda
Te agrada..... Mas no respondas;
Por lo que tiene de hacienda,
Pienso que su margen rondas.
¿En qué rico forastero,
En qué mercader famoso,
En qué extraño marinero,
Echas el anzuelo hermoso
Para buscar su dinero?
¿Qué es lo que buscas aquí,
En el puerto deste mar?

FENISA.

Seguro estarás de mí
Que no te vengo á buscar.

ALBANO.

Yo vengo á buscarte á ti.

FENISA.

¿Qué me quieres?

ALBANO.

Sólo verte,
Para alivio de una vida
Que has condenado á la muerte.

FENISA.

¿Llamarásme tú homicida?

ALBANO.

No es poco bien conocerte.

FENISA.

Albano, si no has sabido
Esta condición que el cielo
Me ha dado, que oigas te pido,
Porque cese tu desvelo
De competir con mi olvido.
Yo tuve en mi nacimiento
Una estrella, que me obliga
Á que en este mar violento
Peces busque, peces siga,
Como otros, aves del viento.
¿No has visto que un gran señor
Va por los valles y cerros,
Despeñado cazador,
Ya con aves, ya con perros,
Sin temer nieve ó calor?
Pues eso mesmo hay en mí;
Pero apliquéme á pescar,
Y á eso vengo por aquí;
Tiendo la red en el mar,
Que es la estrella en que nací.
Ojos y lengua son cebo
Del anzuelo deste amor;
Si pica y es bobo y nuevo,
Doyle cuerda, y del favor
Asido un año le llevo.
Si es ladino y está diestro,
Aunque caiga, vuelve al mar,
Porque ofendida me muestro
Que, si no ha de aprovechar,
Ocupe el anzuelo nuestro.
Si yo viese la hermosura
Mayor que naturaleza
Ha dado á mortal criatura;
Si viese más gentileza,
Más tierno amor, más blandura;
Si viese por mí llorar;
Si me viese eternizar
Más que Laura y que Beatriz;
Si viese un mozo infeliz
De mis balcones colgar;
Si viese que por Fenisa
Píramo se pasa el pecho,
Y á Leandro ya en camisa,
Mientras no viese provecho,
Todo era cosa de risa.

CAMILO.

¿Oístelo?

ALBANO.

Ya lo oí.
Escucha, Fenisa.

FENISA.

Di.

ALBANO.

Si hubiese quien te llorase,
Te amase..... y te regalase.....
¿Tendríasle amor?

FENISA.

Eso sí.

ALBANO.

¿Con qué te contentarás
Para prueba deste amor?

FENISA.

Necio por extremo estás.

¿Quiéresme entender mejor?

ALBANO.

Sí.

FENISA.

Pues declárome más.
Quien tiene un jardín, ¿qué hace?
Riega, regala, cultiva
La yerba ó árbol que nace,
Para que después reciba
El fruto que satisface.
Quien tiene un caballo hermoso,
Asiste á verle comer,
De su estancia cuidadoso;
Hasta el herrar quiere ver,
De sus estampas curioso.
Mira el freno y el bocado
Que lengua y boca no ofenda,
Tráele bien enjaezado,
Y por puntos le encomienda
Al solícito criado.
Bozales le manda hacer,
Y rizar y componer
De bandas de bizarría;
Y todo esto para un día
En que le quiere correr.
¿Hasme entendido?

ALBANO.

Bien creo
Que te entiendo.

FENISA.

Pues ¿qué aguardas
Á conocer mi deseo?

Hablan bajo Albano y Fenisa.

Lucindo y Tristán.

LUCINDO.

Á Tristán.

¿Has contentado las guardas?

TRISTÁN.

Que quedan contentas creo.
Toda la ropa está fuera,
No queda cosa en la nave.

LUCINDO.

¡Oh, Sicilia!

TRISTÁN.

¿Qué te altera?

LUCINDO.

¡Qué bien, tras tanto mar, sabe,
Tristán, la verde ribera!

TRISTÁN.

Diráslo por las mujeres
Que pasean por la playa.

LUCINDO.

¡Qué mal conocerme quieres!
No hayas miedo tú que vaya
Por el mar de sus placeres
Esta nave de mi edad,
Aunque bonanza prometa;
Porque no hay seguridad
En la mujer más perfeta,
De mudanza ó libertad.
Advierte que no te digo
Perfecta en virtud.

TRISTÁN.

Pues ¿qué?

LUCINDO.

En amar.

TRISTÁN.

Á amor bendigo.
¡Plega á Dios que no te dé
De esa libertad castigo!

LUCINDO.

Si mi padre aquí me envía
Desde Valencia, Tristán,
Con esta mercadería,
Y mis deudos, que allá están,
Con hacienda suya ó mía;
Si de lo que he de vender
Tengo de cargar de trigo,
¿Por qué me nombras mujer,
Que es el mayor enemigo
Del trato del mercader?
Ni el fiar ni el porfiar,
Ni el alzarse, ni el quebrar,
Ni el no pagar los señores,
Ni el morirse los deudores,
Ni la inclemencia del mar,
Igualan á que se arroje
Un mercader á querer,
Ni hay pirata que despoje
Como una hermosa mujer
Que entre los brazos le coge.

TRISTÁN.

¡Plega al cielo que te dure
Tan alto conocimiento!

ALBANO.

A Fenisa.

En fin, ¿dices que procure
Regalarte?

FENISA.

Ese es mi intento,
Porque el amor se asegure;
Que no puede amor durar
Sin fundamento y estribo.

ALBANO.

Y ¿qué es el estribo?

FENISA.

El dar,
Porque es, no habiendo dativo,
Cantar mal y porfiar.

ALBANO.

Voy á tratar de tu gusto;
Dame esta noche licencia.

FENISA.

Si me regalas, ¿no es justo?

Vase retirando Albano.

ALBANO.

A Camilo.

Perdiendo voy la paciencia.

CAMILO.

Yo siento vuestro disgusto.
¿Pensáis regalarla?

ALBANO.

Sí;
Que estoy muriendo por ella.

CAMILO.

¿No os desapasiona aquí
Verla interesable?

ALBANO.

Es bella,
Y más me amartela ansí;
Este interés y desdén
Me obliga á ver si la venzo.

Vanse Albano y Camilo.

FENISA.

El hombre parece bien. (Aparte á Celia.)

CELIA.

Pues llega á hablarle.

FENISA.

Comienzo.
¿Fuéronse?

CELIA.

Ya no se ven.

FENISA.

¿Parécete pez el hombre
Que me será de provecho?

CELIA.

Llega, y pregunta su nombre.

FENISA.

¡Por mi vida, que es bien hecho!

A Lucindo.

Dios os guarde, gentilhombre.

LUCINDO.

Y á vos os dé un rico esposo,
Si sois libre; y si tenéis
Marido, pues fué dichoso
En ser vuestro, le gocéis
Sin pensamiento celoso.
¿Qué es lo que queréis de mí?

FENISA.

¿Cuándo llegastes aquí?

LUCINDO.

Hoy vi la tierra y la aurora
Juntas, pero el sol agora;
Que hasta veros no le vi.

FENISA.

Con poética licencia
Me habéis hecho vuestro sol.

LUCINDO.

Diómela vuestra presencia.

FENISA.

¿Qué nación?

LUCINDO.

Soy español.

FENISA.

¿De qué parte?

LUCINDO.

De Valencia.

FENISA.

Si fuérades de Toledo,
Tenía qué preguntaros.

LUCINDO.

Sólo de Valencia puedo.....

Hablan bajo Lucindo y Fenisa.

TRISTÁN.

A Celia.

¿Puedo yo también hablaros?

CELIA.

Bien puede, estándose quedo.

TRISTÁN.

Va de quedo, y digo ansí:
¿Quién es aquesta su ama?

CELIA.

Una dama.

TRISTÁN.

¿Dama?

CELIA.

Sí.

TRISTÁN.

Y ¿de qué manera es dama?

CELIA.

¿Eso me pregunta á mí?

TRISTÁN.

Pues ¿está mal preguntado?

CELIA.

¿Cómo es él hombre?

TRISTÁN.

Formado
De cuatro elementos soy,
Tengo alma y cuerpo, y estoy
De potencias adornado;
Diferénciome á mujer
En las barbas y el valor.
No me mande proceder,
Sino advierta que en rigor
Dama es oficio, y no es ser.
Doncellas suelen decir
Á muchas, sin advertir
Que se han de diferenciar;
Que hay doncellas de casar,
Y doncellas de servir;
Y así, dama ha de tener
Su diferencia forzosa.

CELIA.

Por lo menos es mujer
Discreta, gallarda, hermosa,
Y de honrado proceder.

TRISTÁN.

Y ¿qué busca por aquí?

CELIA.

Nuevas de un perdido hermano.

TRISTÁN.

Peligro correis ansí.

CELIA.

¿Peligro?

TRISTÁN.

Luego ¿no es llano?

CELIA.

¿No es tierra segura?

TRISTÁN.

Sí;
Pero el mar, que estos altivos
Peñascos quiere exceder
Y sus límites nativos,
Sin duda os quiere prender
Por pescados fugitivos.

CELIA.

¡Lindo bellaco!

TRISTÁN.

¿Yo lindo?

CELIA.

¿Tú conmigo españolizas?

FENISA.

A Lucindo.

Digo, mi bien, que me rindo.

LUCINDO.

Esta humildad solemnizas.

FENISA.

Dime tu nombre.

LUCINDO.

Lucindo.

FENISA.

Si nombre de luz tenías,
¿Qué mucho que me encendieses?

LUCINDO.

Las desconfianzas mías
Querría que conocieses.

FENISA.

Español, ¿tú desconfías?

LUCINDO.

Pues ¿no ha de desconfiar
Un forastero?

FENISA.

No sé.....
¡Nunca yo viniera al mar,
Pues otro en su playa hallé,
Donde me pienso anegar!

LUCINDO.

¿Que te he parecido bien?

FENISA.

No sé cómo te encarezcan
Estos mis ojos tan bien
Ese talle, sin que crezcan
Las aguas del mar que ven.
Pero ¿qué digo? No más.
Loca estoy. Hombre, ¿qué es esto?
¡Jesús! ¿Qué hechizos me das?

LUCINDO.

¡Tan presto!

FENISA.

¡Ay, Dios! Véte presto:
Mas, espera; ¿adónde vas?

LUCINDO.

Á la posada; es forzoso.

FENISA.

Si por mis deudos no fuera,
Dulce español generoso,
En mi casa te la diera,
Como en el alma es forzoso;
Pero bien podrás entrar
Con decir que de mi hermano
Sabes nuevas.

LUCINDO.

¿Que hay lugar?

FENISA.

Sígueme.

LUCINDO.

Dame esa mano,
Que te la quiero besar.

FENISA.

Espera; á Celia hablaré,
Para que avisada esté.

LUCINDO.

Y yo á este criado mío.

FENISA.

Celia.....

CELIA.

Señora.....

FENISA.

Confío (Aparte á Celia.)
Que lo que buscaba hallé.
No ha venido forastero
Á Sicilia en muchos años,
Mercader ó caballero,
Donde puedan mis engaños
Pescar tan lindo dinero.
Una nave trae cargada
De paños, medias y rasos.

CELIA.

¿Hate dicho la posada?

FENISA.

Ya la sé.

CELIA.

¡Dichosos pasos,
Y tarde bien empleada!
Y ¿qué modo de hombre es él?
¿Es novicio moscatel
Ó discreto vergonzoso?
¿Procede á lo generoso?

FENISA.

Cayó como mosca en miel;
Díjele cuatro dulzuras,
Encarecíle su talle,
Y está mortal.

CELIA.

¿Qué procuras?

FENISA.

El cuerpo en cueros dejalle,
Y el alma con mataduras;
Tápate y vamos de aquí,
Porque nos venga siguiendo.

Vanse las dos.

TRISTÁN.

¿Eso te ha pasado?

LUCINDO.

Sí.

TRISTÁN.

¿Qué mujer es?

LUCINDO.

No lo entiendo.

TRISTÁN.

Mas ¿que se burla de ti?

LUCINDO.

¡De mí! Pues ¿qué me ha tomado?

TRISTÁN.

¿Qué piensas tú que es mirar
Y hablar tierno y regalado?
Escrituras de pagar
Lo que se hubiere gozado.
Y para que no te asombre
Esta mi nueva opinión,
Advierte que hablando un hombre
Con las mujeres que son
Deste trato y deste nombre,
Los ojos están diciendo:
«Sepan cuantos ésta vieren,
Que nos estamos rindiendo
Á pagar cuanto quisieren
Los que nos están vendiendo.
Y renunciamos las leyes
Que al discreto dan los reyes,
Y al galán por su decoro;
Mas no sé si las de Toro;
Que donde hay labranza, hay bueyes.
Solamente mientras trata,
La de la *non numerata*
Pecunia, queda en su fuerza.»

LUCINDO.

Aquí, Tristán, ¿quién me fuerza,
Quién me obliga, quién me mata?
Si dije que iría tras ella,
Fué porque la vi tan bella;
Pero también puede ser
Una principal mujer
Y alguna ilustre doncella.

TRISTÁN.

Doncella é ilustre no;
Que mujer que tiene lustre,
Con alguno se le dió.

LUCINDO.

Pues siendo una dama ilustre,
¿Qué pierdo en servirla yo?

TRISTÁN.

¡Dama ilustre junto al mar!

LUCINDO.

¿No pudo salir á ver?

TRISTÁN.

Pudo salir á pescar;
Buscona debe de ser:
Mas ¿qué te ha de rebuscar?

LUCINDO.

Ahora bien, ¿qué puede hacer
Esta mujer, si es mujer
Que busca?

TRISTÁN.

Notable daño,
Porque de su falso engaño
Todo se puede creer.

LUCINDO.

¿Es tomarme mi dinero?

TRISTÁN.

Y eso, ¿es poco?

LUCINDO.

No he vendido,
Puesto que vender espero
Lo que á Sicilia he traído.

TRISTÁN.

Tú eres lindo majadero.
¿No se lo darás después?

LUCINDO.

No la veré después.

TRISTÁN.

Vamos;
Que apenas mueve los pies
Para que no la perdamos.
Pero temo que la des
El dinerillo que llevas.

LUCINDO.

Guarda tú la bolsa allá.

TRISTÁN.

Muestra; pero no te atrevas
Á dar la cadena.

LUCINDO.

Está
Con llave y con guardas nuevas.

TRISTÁN.

¡Quítatela, por mi vida!

LUCINDO.

Toma; guárdala también.

TRISTÁN.

No te enfades que te pida
Esas dos sortijas.

LUCINDO.

Bien.

TRISTÁN.

Es esa piedra escogida;
Que el decir que los amantes
Tiran por las calles piedras,
Es por piedras semejantes;
Que una piedra, tales hiedras
Son á consumir bastantes.

LUCINDO.

Eso se suele entender
Porque locos suelen ser.

TRISTÁN.

Otro sentido has de dalle.
Diamantes echa en la calle

Quien sirve una vil mujer.

LUCINDO.

Sin diamantes ni dinero
Y sin cadena voy.

TRISTÁN.

Vamos;
Que si mar la considero,
Con causa nos desnudamos
Para pasarla primero.

Vanse.

Dinarda, de camino, en hábito de hombre; Bernardo y Fabio.

DINARDA.

Parece que escupe el mar
Muchachos á la ribera.

BERNARDO.

La tierra sé que me espera,
La tierra quiero besar.

FABIO.

Es madre la tierra, en fin,
Y como madre sustenta.

DINARDA.

¡Qué temeraria tormenta!

BERNARDO.

No te faltara un delfín,
En quien hallaras ventura,
Que te sacara del mar,
Como al otro por cantar,
Á ti por tanta hermosura.

DINARDA.

¿Qué habemos de hacer los tres,
Ya que á Sicilia llegamos,
Sin dineros y sin amos?

BERNARDO.

Servir.

DINARDA.

¿Servir?

BERNARDO.

Servir, pues.

DINARDA.

Yo pienso hacerme soldado,
Y sueldo de rey tirar.

FABIO.

Yo no me pienso soldar,
Porque nunca fuí quebrado;
Pero si hay un capitán
Le llevaré la jineta.

BERNARDO.

¡Por Dios, que es cosa sujeta!

FABIO.

Cuantos nacieron lo están.

BERNARDO.

¿Cuantos nacieron?

FABIO.

Sí.

BERNARDO.

¿Cómo?

FABIO.

El rey sirve de ser rey,
De hacer justicia, dar ley;
El señor, de mayordomo,
De camarero, de ser
Gentilhombre ó de la boca,
Ó el oficio que le toca
Á su pesar ó placer;
El prelado, de acudir
Á su iglesia diligente,
Al gobierno el presidente,
El oidor también á oir.
El alguacil á prender,
El alcalde á castigar,
El que es letrado á abogar,
Á defender ú ofender;
Al proceso el escribano,
Al enfermo el que es doctor,
El oficial al señor,
Y al hidalgo el que es villano;
La casada á su marido,
Á su padre la doncella,
Y el padre la sirve á ella
En la comida y vestido.
Mas ¿de qué sirve alargarse?
¿Quién hay que no sirva aquí
En darse á comer á sí,
En vestirse y desnudarse?
Diógenes con ventaja
Solamente no sirvió;
Pero dicen que vivió
Metido en una tinaja.

BERNARDO.

Verdad es que á sí ó alguno,
Todos sirven; mas quisiera
Que entre los tres no sirviera
Ninguno, Fabio, á ninguno.
Los tres somos españoles,
Que en saliendo de su tierra,
Ó sea en paz ó sea en guerra,
Se hacen príncipes y soles.
Hagamos lo mismo acá,
Y pues de España venimos,
Parezcamos lo que fuimos.

DINARDA.

Bien dice.

FABIO.

Bien dicho está.
Oid: echemos los tres
Suertes quién será el señor,
Y al que saliere, en rigor
Sirvan los dos.

DINARDA.

Justo es.

BERNARDO.

Añadirémosle un don,
Diremos que es caballero,
Y aunque con poco dinero,
Tendrá mucha presunción.
Acudirá á los soldados,
Acompañará al Virrey,
Darále ventaja el Rey
Y las pagas de criados,

Con que alguna principal
Mujer de Sicilia venga,
Donde por ventura tenga
Ventura á español igual.
¿Qué os parece?

DINARDA.

Que pareces
Hombre de Toledo, en fin.

BERNARDO.

¿No es mejor que un amo ruin?

DINARDA.

Digo que sí treinta veces;
Porque, en efecto, es servir
Á un bellaco mentecato,
Que á tres horas tire un plato.

FABIO.

Sí; pero habéis de advertir
Que en entrando en la posada,
Juntos hemos de comer;
Porque señor no ha de haber
Si está la puerta cerrada.

DINARDA.

Bien dicho.

BERNARDO.

Pues va de suerte.
Tres reales tengo aquí.

FABIO.

¿Son de España todos?

BERNARDO.

Sí.

DINARDA.

Pues bien, ¿de qué nos advierte?

BERNARDO.

Ponlos en este sombrero.
El uno es real castellano,
El segundo valenciano,
Y de Navarra el tercero;
Quien sacare el de Castilla,
Ese es rey.

FABIO.

Meto la mano.
Yo he sacado el valenciano.

BERNARDO.

Perdiste.

FABIO.

No es maravilla.

BERNARDO.

Saca tú.

DINARDA.

Saco.

FABIO.

El que queda
Me toca.

DINARDA.

Y ser dueño á mí.

FABIO.

¿Es el de Castilla?

DINARDA.

Sí.

FABIO.

El premio se te conceda.

BERNARDO.

Sea en buen hora el señor.

FABIO.

Bien está empleado en ti;
Que aunque me cayera á mí,
No fuera el gusto mayor.

BERNARDO.

Por muchos años y buenos
Seas dueño de los dos.

DINARDA.

Para serviros ¡por Dios!
Puedo decir á lo menos.

FABIO.

Con mil razones la suerte
Cayó en tu gentil persona.

DINARDA.

Quita el gentil, y perdona.

BERNARDO.

Va de nombre.

DINARDA.

Venga.

BERNARDO.

Advierte;
Haste de llamar don Juan.

DINARDA.

¿De qué?

BERNARDO.

Escoge.

DINARDA.

Escoger quiero;
Que no seré yo el primero.

FABIO.

Famoso nombre es Guzmán.

DINARDA.

Tómasele ya quienquiera.

FABIO.

Será Mendoza.

DINARDA.

Peor;
Que no hay morisco aguador
Que no se enmendoce.

BERNARDO.

Espera.
¿Quieres Sandoval ó Rojas,
Manrique, Zúñiga, Lara,
Cárdenas, Enríquez?

DINARDA.

Para;
Todo el calendario arrojas.
El Lara escojo no más:
Don Juan de Lara es mi nombre.

BERNARDO.

¡Por Dios, que vas gentilhombre!

DINARDA.

¿Habéis de venir detrás?

BERNARDO.

Pues ¿eso dudas?

DINARDA.

Aquí
Se ve la industria española.

¡Hola, pajes!

BERNARDO.

¡Señor!.....

DINARDA.

¡Hola!

FABIO.

¡Señor!.....

DINARDA.

Venid por aquí.

Vanse.

Fenisa, Celia, Lucindo y Tristán.

FENISA.

Siéntate, por vida mía.

LUCINDO.

¿No ves que es tarde, mi bien?

FENISA.

Lo que en mí es amor, también
En ti ha de ser cortesía.

LUCINDO.

Alégrame tanto el ver
Tu casa tan bien compuesta,
Que esto tengo por más fiesta
Que sentarme.

FENISA.

Hazme un placer:
Que lo que te diere gusto
Lo lleves á tu posada.

LUCINDO.

No me dará gusto nada
Con partido tan injusto.
¡Qué bella Cleopatra!

FENISA.

Bella,
Porque amando se mató;
Que ya por ti hiciera yo
Lo que por Antonio ella.

LUCINDO.

¡Qué bello Narciso!

FENISA.

¡Ay, Dios!
No te mires como él;
Y si has de ser tan cruel,
Parezcámonos los dos,
Tú en decir amores tales,
Y yo en ser eco á tu llanto.
¿Ríeste?

LUCINDO.

De oir me espanto
Que con Narciso me iguales.
Yo soy, Fenisa, más hombre,
Que lindo, robusto y fuerte.
¡Oh, qué Porcia!.....

FENISA.

De su muerte
No quiere amor que me asombre;
Que las brasas, los enojos
Con que muere, de amor loca,
Si le entraron por la boca,
Me entran á mí por los ojos.

LUCINDO.

¿Es éste Adonis?

FENISA.

Así
Te imagino yo, viniendo
De caza.

LUCINDO.

¿Qué estás diciendo?
Que parezco al jabalí.
Y lo que aquí cierto es,
Es que eres Venus hermosa,
Por cuya sangre la rosa
Nació de tus blancos pies.
Aquí está la griega Elena.

FENISA.

Y el mismo Paris en ti.

LUCINDO.

¡Buena cama!

FENISA.

Limpia sí,
Y por tu esperanza buena.
Mas ¿cómo se me olvidó
Regalarte?.....

LUCINDO.

Deja agora
Regalos.

FENISA.

Celia.....

CELIA.

Señora.....

FENISA.

Éste ¿es mentecato? (Aparte á Celia.)

CELIA.

No.

FENISA.

Pues ¿qué sientes?

CELIA.

Que es discreto.

FENISA.

¿En qué lo has visto?

CELIA.

En que ya
Viene sin cadena acá.

FENISA.

No lo advertí, te prometo.
Quedo; sin cadena viene.
Él es bellaco.

CELIA.

Y ¡qué tal!
Lo que intentas saldrá mal.

FENISA.

¿Por qué?

CELIA.

Gran defensa tiene.

FENISA.

Engañar, Celia, un cuitado
Barbitonto, boquinecio,
No fuera hazaña de precio
Ni digna de humor taimado;
Pasmar un ingenio agudo
Es lo que se ha de estimar.

¿Cadena sabe guardar?

CELIA.

Y que se la pesques dudo.

FENISA.

Estudiar con más cuidado;
Que engañar á un cauteloso
Es pleito dificultoso
Que hace estudiar al letrado.
Ábreme esa librería
De engaños, trazas y enredos.

LUCINDO.

¿Qué temes? (Aparte á Tristán.)

TRISTÁN.

Tengo mil miedos
A tu humor y cortesía.
¡Guarda, que te ha de engañar.

LUCINDO.

¿En qué, pues tienes el oro?

FENISA.

Circe, tu deidad imploro. (Aparte.)

CELIA.

¿El cebo quieres gastar?

FENISA.

Vé por el primer anzuelo.

Alto:

Traigan aquí colación.

Vase Celia.

Siéntate, amores.

LUCINDO.

Que son (Ap. á Tristán.)
Términos nobles recelo.
¿Qué he de perder en sentarme?

Siéntase en dos sillas.

TRISTÁN.

¿Ya te asientas? (Aparte á su amo.)

LUCINDO.

Calla, loco.

FENISA.

Háblame, mi vida, un poco;
Que está en tu mano alegrarme.

LUCINDO.

¿Qué te diré?

FENISA.

Que me quieres,
Aunque mientas.

LUCINDO.

No estoy muerto;
Mas bien te quiero, por cierto.

FENISA.

¿Por cierto? ¡Oh, qué lindo eres!
¿Qué es *por cierto*? ¿Tú eres, di,
Español?

LUCINDO.

Pues ¿no lo ves?

FENISA.

El *por cierto* no lo es;
El talle y la lengua sí.
Yo aseguro que en mil años
No ha pasado otro *por cierto*
Á Italia.

LUCINDO.

Que soy, te advierto,
Nuevo por reinos extraños.

FENISA.

Bien pareces de Valencia.

LUCINDO.

Somos muy tiernos allá.

FENISA.

El *por cierto* lo dirá.
Jura luego *en mi conciencia*,
Y queriendo encarecer
Lo que á darte gusto cuadre,
Di, *por vida de mi madre*,
Que bien será menester.
Vesme estar desatinada,
Y cuando desto te advierto,
¡Me respondes un *por cierto*
Envuelto en agua rosada!
No, español, yo no te agrado,
Ó tú quieres bien allá,
Y ausencia pena te da.
Oye: ¿estás enamorado?
Por mis ojos, por los tuyos,
Por los de amor, aunque ciegos,
Que te muevas á mis ruegos
Y me encarezcas los suyos.
¿Son negros, garzos ó azules?
¿Qué pelo, qué humor, qué talle?
¿Pensaste agora en su calle?
Ea, no lo disimules;
En Valencia estás agora.
¿Qué hay nuevo en Valencia? Diga.

TRISTÁN.

¡Oh socarrona! (Aparte.)

LUCINDO.

Mi amiga,
Toda Valencia os adora.
Esto hay de nuevo; y si allá
Algún gusto me entretuvo,
Hasta veros vida tuvo,
Y porque os vi, muerto está.
Una mujer me quería
Dar á su madre por suegra,
Entre blanca y pelinegra,
Y el ingenio argentería.
Enviámonos las almas
En papeles cuatro meses,
Con requiebros portugueses,
Trayendo este amor en palmas.
Vila en una huerta un día,
Más cerca, menos hermosa;
Habléla, y la hallé enfadosa;
Toquéla, y estaba fría.
Salí con menos pasión;
Y ofreciéndose esta ausencia,
No dejé cosa en Valencia,
Fuera de la obligación.

FENISA.

¡Ay de mí! ¡Cómo era cierto!
¿Que hombre que á mí me agradase,
Otra amase, y me tratase
Con traición?

LUCINDO.

Oye.

FENISA.

Hasme muerto.

LUCINDO.

¿Lloras? El lienzo desvía.

TRISTÁN.

¿Hay semejante bellaca? (Aparte.)

LUCINDO.

El sol de esas nieblas saca,
Regalada prenda mía.
No me des esos enojos.

FENISA.

Á fe que tiene él acá
Prendas que trujo de allá.

LUCINDO.

Tormento me dan tus ojos,
Verdades me hacen decir,
Mil jarros de agua me dan.

FENISA.

¿Dónde las prendas están?

TRISTÁN.

¿Hay tan notable fingir?

FENISA.

Á fe que era la cadena,
Por eso se la quitó;
No lloro sin causa yo.

LUCINDO.

¿La cadena te dió pena?

TRISTÁN.

Él se ablanda: ¡vive Dios, (Aparte.)
Que la cadena se anega!

LUCINDO.

Oye, mi vida, y sosiega.

TRISTÁN.

Cadena, volved por vos. (Aparte.)

LUCINDO.

Como no traigo dinero,
Hasta vender, la envié
Con Tristán.....

TRISTÁN.

Yo la llevé
En casa de un caballero.

FENISA.

Y ¿qué dinero te dió?

TRISTÁN.

No estaba en casa, y dejéla.

FENISA.

El picarón me desvela; (Aparte.)
Pero déstos pesco yo.
¿El dinero te ha faltado?
Celia.....

CELIA.

Dentro.

Señora.....

FENISA.

¿No vienes?

Sale Celia con dos criados, con una conserva, paño al hombro, taza y salva.

CELIA.

Aquí la conserva tienes.

FENISA.

Come, mi vida, un bocado.
Vé, Celia, y sácame aquí
El escritorio pequeño.

Vase Celia.

Melindres come, mi dueño,
Del alma que vive en ti;
Come, que ya eres señor
Desta casa.

TRISTÁN.

¡Qué criados (Aparte.)
Tan bien puestos, tan honrados!

LUCINDO.

Tristán..... (Aparte á su criado.)

TRISTÁN.

Señor.....

LUCINDO.

Grande error
Es no creer que esta dama
Es persona principal.

TRISTÁN.

Hasta agora pensé mal
De sus obras y su fama;
Digo que pido perdón.

FENISA.

¿No bebes?

LUCINDO.

Denme á beber.

TRISTÁN.

Necio has estado en comer. (Ap. á su amo.)

LUCINDO.

Calla, que ha sido invención;
Que el bocado que cogí
Le guardé en el lienzo.

TRISTÁN.

Bien.

LUCINDO.

Y luego fingí también
Que le comí.

TRISTÁN.

¿Bebes?

LUCINDO.

Sí.

TRISTÁN.

No bebas.

LUCINDO.

¿Qué puede haber
En el vino?

TRISTÁN.

Mucho mal.

FENISA.

No ha comido. ¿Hay cosa igual? (Aparte.)
Demonio debe de ser.

LUCINDO.

Agua bebo.

FENISA.

Agua le dén.

LUCINDO.

En agua no habrá sospecha. (Aparte.)

FENISA.

Éste mi engaño sospecha, (Aparte.)
Y hele de engañar más bien.

Celia, con un escritorio pequeño y criados.

CELIA.

Ya el escritorio está aquí.

FENISA.

Llégamele luego acá.

CELIA.

¿Tienes la llave?

FENISA.

Aquí está;
Que en la manga la metí.

LUCINDO.

¿Qué tienes ahí?

FENISA.

Estos días
Muy desproveído está;
Bagatelas son, que allá
Soléis llamar niñerías.
Estos son guantes: bien puedes
Tomar estos cuatro pares.

LUCINDO.

¿Son de ámbar?

FENISA.

Sí; no repares.

LUCINDO.

Hácesme dos mil mercedes.

FENISA.

Pastillas has menester;
No son limpias las posadas;
Seis docenas extremadas
Me envió una monja ayer.
Toma, en ese papel van.
¿Qué tengo yo más que darte?

LUCINDO.

¿Con qué puedo yo pagarte?
Perdidos vamos, Tristán. (Aparte á él.)

TRISTÁN.

En extraña confusión
Te ha puesto aquesta mujer.

FENISA.

Medias solía tener
De Nápoles.

LUCINDO.

Buenas son.

FENISA.

Tristán.....

TRISTÁN.

Señora.....

FENISA.

Aquí van
Dos pares.

TRISTÁN.

Guárdete Dios.

FENISA.

También las hay para vos;
Tomad.

LUCINDO.

¿Qué es esto, Tristán? (Aparte á él.)

TRISTÁN.

¿Qué ha de ser? Indias cifradas
En escritorios de amor.

LUCINDO.

Hácesnos tanto favor,
Que están las manos turbadas.

FENISA.

Toma este bolsillo.

LUCINDO.

Beso
Tus manos. Escucha.

FENISA.

Di.

LUCINDO.

Dineros suenan aquí,
Y lo mismo dice el peso.

FENISA.

Cien escudos hallarás
Mientras no tienes dinero
Y por lo que yo te quiero,
Que vayas pidiendo más;
Que cuando muchos te sobren,
Me los pagarás, si quieres.

LUCINDO.

Hija de Alejandro eres.

TRISTÁN.

Yo te juro que se cobren.

Liseo, Estacio y un escudero.

ESCUDERO.

¿Qué pez es éste? (Aparte á un criado.)

LISEO.

No sé.

ESTACIO.

Un mercader valenciano.

LISEO.

Ganando va por la mano.

CELIA.

Perderáse por el pie.

ESTACIO.

Pues que Fenisa le fía,
Hipotecado tendrá.

LUCINDO.

Mi señora, tarde es ya,
Y también la hacienda mía
Quiere un poco de cuidado.

FENISA.

El cielo vaya contigo.
¿Haste de acordar, amigo,
Del alma que me has llevado?

LUCINDO.

Cadenas de obligaciones
Me acordarán mi ventura,
Pues sin las de tu hermosura,
En las que llevo me pones.
Pienso que sabrá pagarte,
Aunque si esta nave fuera
De oro puro, no pudiera
Deste bien mínima parte.
¡Ojalá fueran sus jarcias
Cuerdas de perlas de Oriente (1),
. . . . . .
. . . . . .
El corredor de su popa
Fuera de diamantes hecho,
De historias varias el techo,
Del pincel mejor de Europa;
Y para arrastrar en faldas
De tu ropa ricas telas,
Fueran brocado sus velas,
Sus árboles de esmeraldas,
La jarela de cadenas,
Los trinquetes y mesanas
De rubíes como granas,
Y de coral las entenas!
Ésta te diera en presente,
Y en la mitad del fogón
Pusiera mi corazón,
Porque ardiera eternamente.

FENISA.

Guárdeteme Dios mil años.
¡Hola! Acompañalde todos.

LUCINDO.

¿Qué es esto? (Aparte á Tristán.)

TRISTÁN.

Notables modos.....

LUCINDO.

¿De qué?

TRISTÁN.

De amor ó de engaños.

LUCINDO.

Yo presumo que es amor;
Que amor en obras se ve.

TRISTÁN.

En el fin te lo diré,
Que allá se sabrá mejor.

Vanse Lucindo, Tristán, el escudero y los criados.

CELIA.

Á mucho te has atrevido.

FENISA.

Ésta es ganancia segura.

CELIA.

Así Dios me dé ventura,
Que pienso que te ha entendido.

FENISA.

Pues ¿qué gusto puede haber
Como avisar y engañar?

(1) Dos versos sueltos entre redondillas.

El capitán Osorio, Dinarda, en hábito de hombre, Bernardo y Fabio.

OSORIO.

¿Puedo entrar?

FENISA.

Puedes entrar.

OSORIO.

Un huésped traigo á comer.

DINARDA.

Vuesamerced, mi señora,
Me tenga por su criado.

FENISA.

Seáis, señor, bien llegado.
¿Es de España?

OSORIO.

Y llega agora.

FENISA.

¿Caballero?

OSORIO.

¿No lo ves?

FENISA.

¿El nombre?

OSORIO.

Don Juan de Lara.

FENISA.

Buena cara.

OSORIO.

Linda cara.

DINARDA.

Partí de España habrá un mes,
Llegué á Sicilia en el día
De mi vida más dichoso,
Pues veo ese rostro hermoso.

FENISA.

Estimo la cortesía.
¿Á qué venís?

DINARDA.

Á servir
Al Rey con los alimentos
De padre y madre avarientos,
Hasta quererse morir.

FENISA.

Dios los despache á su cielo.

DINARDA.

Pajes....

BERNARDO.

Señor.....

DINARDA.

Responded.

FABIO.

Amén.

DINARDA.

Notable merced
Me hiciera.

FENISA.

¡Gentil mozuelo! (Aparte.)

DINARDA.

Llegué á un corro de soldados,
Hallé al señor capitán,
Que es de mi tierra, y que están

Deudos con deudas casados;
Ofrecióme su posada,
Y para mayor favor
Me trujo aquí.

FENISA.

Obliga á amor
Ver vuestra persona honrada;
No hay cartas más afectivas,
Para que el favor se halle,
Que la buena cara y talle.

OSORIO.

Comamos, Celia, ansí vivas.

CELIA.

Ya está todo prevenido.

BERNARDO.

Fabio..... (Aparte á su compañero.)

FABIO.

¿Qué?

BERNARDO.

Ya la picaña
Se inclina al humor de España.

FABIO.

Hablándose están de oído.

BERNARDO.

En entrándose, me llego.

FABIO.

¿Á quién?

BERNARDO.

Á la Francisquina.

FABIO.

Mas ¿qué tenemos mohina?

BERNARDO.

Aqueso niego y reniego;
Que está la mujer por mía
Desde que el umbral pisé.

OSORIO.

A Fenisa.

¿Ya me dais celos?

FENISA.

¿De qué?
Vos me enseñáis cortesía.

OSORIO.

Vamos, que yo gusto mucho
Que honréis al señor don Juan.

DINARDA.

Tiernas las hembras están. (Aparte.)

FENISA.

Escucha, Celia. (Aparte á ella.)

CELIA.

Ya escucho.

FENISA.

¡Notable español!

CELIA.

Gallardo.

FENISA.

En mi vida tuve amor,
Pero ya fuera mejor
No haberle visto.

CELIA.

Eso aguardo.

FENISA.

De Sevilla dice que es.

CELIA.

Es gente en extremo airosa.

FENISA.

Fuera de la cara hermosa,
Me matan piernas y pies.

CELIA.

Tienes lindo gusto.

FENISA.

El mío
Este despejo procura;
Que del hombre la hermosura
Consiste en piernas y brío.

OSORIO.

Venid, don Juan, á comer.

DINARDA.

Pajes.....

BERNARDO.

Señor.....

DINARDA.

¡Bueno va! (Ap. á los pajes.)

BERNARDO.

¿Pica?

DINARDA.

Picada está ya.....,
Aunque fué sin alfiler.

ACTO SEGUNDO.

Lucindo y Tristán.

LUCINDO.

No te congoje, Tristán,
Que entre y salga quien quisiere;
Parientes suyos serán.

TRISTÁN.

Por mí, sea lo que fuere
Este español capitán.
Bien sé que en un mes y más
Que ninguna cosa das,
Y mil regalos recibes;
Seguro de engaños vives,
Pero de amor no lo estás.
Quien no da no tiene acción
Á pedir celos, ni hacer
De agravios demostración;
Sólo el dar en la mujer
Alcanza jurisdicción.
Ése al injusto adulterio
Del trato noble y sencillo
Puede llamar vituperio,

Porque tiene horca y cuchillo
Con su mero y mixto imperio.
Mas has de advertir también
Que la vas queriendo bien;
Y aunque no te cuesta nada,
¡Bueno quedas, si se enfada
Y te trata con desdén!
Que por ver que la desvía
De tu gusto otro interés
Que enriquecerla porfía,
Lo que no has dado en un mes,
Vendrás á darle en un día.

LUCINDO.

No pienso yo que Fenisa,
Tristán, por otro me deje;
Que eso de interés es risa.

TRISTÁN.

Amor, obstinado hereje,
Las mismas verdades pisa.
El que en mujer se confía,
Lejos está de discreto.

LUCINDO.

No ha sido la culpa mía;
Es la hermosura, en efeto,
Una breve tiranía.
Todos los sabios de Grecia,
Que vieran que una mujer
Cuanto es interés desprecia
Con hidalgo proceder,
Y que no es fea ni es necia;
Diógenes ó Timón,
Que jamás trató con gente,
Que vieran tanta afición,
Se rindieran tiernamente
Por amor ú obligación.
Yo me resistí unos días;
Mas viendo tantas verdades,
Rendí mis vanas porfías.

TRISTÁN.

Con razón me persüades.

LUCINDO.

Venció las sospechas mías.

TRISTÁN.

Al principio fué el error.

LUCINDO.

No le pude hacer mayor
Que no retirarme luego.

TRISTÁN.

Estando cerca del fuego,
Era forzoso el calor.

LUCINDO.

Si con la razón se mide,
No lo será que te asombre;
Que ¿cómo, hasta que le olvide,
Ha de retirarse un hombre
De una mujer que no pide?
Digo, que si á mí me hicieren
Regalos, mientras me dieren
Y de pedirme se extrañen,
Doy licencia que me engañen
Cuantas mujeres quisieren.

TRISTÁN.

No reprehendo el entrar
En su casa, pues no hay dar
El valor de un alfiler.....

LUCINDO.

Pues ¿qué dices?

TRISTÁN.

El querer.

LUCINDO.

No lo he podido excusar.
Es bellísima, Tristán,
Y es justo que consideres
Partes que en el alma están.
La hermosura en las mujeres
Es gracia que á todos dan.
El villano y el señor
Ven la hermosura exterior;
La más cuerda ó la más loca,
Para cualquiera se toca,
Pues ha de verla en rigor.
Sola una vez la hermosura
Goza el que llevó la palma;
Lo que es nuevo, poco dura,
Lo que es secreto es el alma;
Ésta el amor asegura.
Esta se muestra en el trato,
Déste nace mi afición;
Ya no hay amar con recato;
Que tras tanta obligación
Fuera bajeza de ingrato.
Yo la adoro, por que sé
Que es verdadero su amor.
Ya por esta puerta entré:
De interés competidor
No es bien que celoso esté.
Este español capitán
Y otros que entran en su casa,
Ninguna pena me dan,
Porque es cosa que no pasa
De conversación, Tristán,
Fuera de que yo he venido,
Y me iré cuando quisiere,
Gustoso y entretenido,
Adonde verla no espere,
Y el ausencia cause olvido.
Contaré en Valencia el cuento
Á los amigos y damas
Con grande gusto y contento.....

TRISTÁN.

Con razón cuento le llamas.

LUCINDO.

¿Llamaron?

TRISTÁN.

Sí.

LUCINDO.

Gente siento.

Celia, con manto; el escudero con un tabaque cubierto con un tafetán.

CELIA.

¡Qué descuidado estarás

Desta visita!

LUCINDO.

Jamás,
Celia, lo estoy de tu dueño.

CELIA.

Allá nos quitas el sueño,
Y acá sin memoria estás;
Mas qué, ¿agora te levantas?

LUCINDO.

No duermen los mercaderes
Tanto, y más con penas tantas.

CELIA.

¿Penas, si adorado eres?

LUCINDO.

¿De que las tenga te espantas?

CELIA.

Quisiera, para un presente
Que traigo, hallarte acostado;
Y este viejo impertinente
Tan tarde se ha levantado,
Como ya ni ve ni siente,
Que á mediodía he venido.

ESCUDERO.

Siempre me culpas á mí
De tu descuido y olvido.

LUCINDO.

¿Qué traes, mi Celia, aquí?

CELIA.

Seis camisas he traído.
Mira ¡qué flamenca holanda!
Pues no pienses que esto es randa;
Todo es fina cadeneta
De la aguja más perfeta
Y de la mano más blanda.

LUCINDO.

De la limpieza lo arguyo.

CELIA.

Éste es corazón.

LUCINDO.

Y ¿cuyo?

CELIA.

De quien te le tiene dado;
Que más puntas que ha labrado,
Le quedan pasando el suyo.
Mandóme que te vistiese
La mejor, y te dijese
Que ¡ojalá que ella pudiera
Servirte de camarera!
Y que un abrazo te diese.

LUCINDO.

Ése te daré yo agora,
Y á aquella tan gran señora
Iré á llevarle después
Mil besos, para los pies
De donde nace la aurora.
Trae, Tristán, esa pieza
De tela, que Celia lleve
Á su celestial belleza;
Que es encarnada, y su nieve
Tendrá mayor sutileza.

TRISTÁN.

Ya voy.

CELIA.

Detente, Tristán,
Que sé que me matarán
Si la llevo.

LUCINDO.

¡Cosa extraña!
Mucho Fenisa se engaña,
Porque cuantos aman dan.
Y esto no fuera interés,
Que fuera señal de amor.

CELIA.

Este es su gusto: después
Podrás reñirla mejor,
Cuando en sus brazos estés.

LUCINDO.

Ya que ella es de condición
Tan esquiva, tú bien puedes
Tomar en esta ocasión
Estos escudos.

CELIA.

Mercedes
Como de tus manos son.
No los he de recibir.

LUCINDO.

Pues aquí no lo verán.

ESCUDERO.

Las paredes lo dirán,
Que todas saben oir.

LUCINDO.

¡Notable mujer, Tristán!

TRISTÁN.

Pintar en el viento quiero,
Y un monte soberbio entero
De átomos del sol hacer,
Pues he visto una mujer
Enemiga de dinero.
Antes pensé que la mano,
Un letrado, un alguacil,
Un médico, un escribano,
Un barbero, un cirujano,
Huyera al darle dinero,
Que una dueña quintañona
Y un reverendo escudero.

LUCINDO.

Todo Fenisa lo abona;
Con justa causa la quiero.
Dile, Celia, que esta tarde
La iré á ver, y que me aguarde
Con el deseo que estoy.

CELIA.

Á pedir albricias voy.

LUCINDO.

El cielo, Celia, te guarde.
Pero ¿qué miras?

CELIA.

Tu cama.
Me mandó mirar mi ama
Si señal se puede ver
De haber dormido mujer.

LUCINDO.

¿Celos?

CELIA.

Tienes mala fama.
También para que mirase
Las sábanas y almohadas,
Porque de allá te enviase
Unas de aljófar labradas.

LUCINDO.

¡Grande amor!

CELIA.

Por celos pase;
Que está ya que es compasión
Con tanta cara la triste.

LUCINDO.

Conozco mi obligación.
Adiós.

CELIA.

Adiós.

TRISTÁN.

Tú naciste
De pies.

LUCINDO.

Mis venturas son.

Vanse.

Albano y Camilo.

CAMILO.

¿De qué os hacéis tantas cruces?

ALBANO.

¿No me tengo de espantar?
¿Á qué más pueden llegar
Unos bríos andaluces?

CAMILO.

Luego ¿dáis en que es mujer?

ALBANO.

Si no es mujer, estoy loco.

CAMILO.

No será mucho.

ALBANO.

No es poco,
Si ya no hay más que perder.

CAMILO.

Vos ¿no veis que es desatino
Ver un mancebo y decir
Que es mujer?

ALBANO.

¿Quién puede ver
La fuerza de su destino?
En la más bella ciudad
Que mira el sol en Europa,
Pues todo el oro que cría
Es para hacerle corona;
En la gran puerta de España,
Pues abriéndola dos flotas,
Entra por ella el gobierno
Universal para todas;
En Sevilla, y en la calle
Baños de la Reina mora,
Nació Dinarda, Camilo,
Tú juzgarás si es hermosa;
Que yo desde que la vi
Juzgaba que della sola
Hiciera Zéuxis de Elena
La estampa maravillosa.
Servíla, y después de un año
De paseos y de rondas,
Papeles y diligencias
De terceras cautelosas,
Rindióse sólo á escribirme;
Que si dijera otra cosa,
Á mi verdad y á su sangre
Haría ofensa notoria.
Todo aqueste amor fué en letras
Que á letra vista se cobran;
Mas no se pagó ninguna,
Aunque se aceptaron todas.
No hay destino tan dichoso
Que no corte é interrompa
El acelerado rayo
De una estrella rigurosa.
Tiene el Duque de Medina
(Ya entenderás que es Sidonia)
Junto á su casa en Sevilla
Un corredor de pelota.
Como era todo en un barrio,
Frecuentaba á todas horas
Su juego, ó viendo ó jugando;
Que va esta edad por la posta.
Tiene aqueste corredor,
No enfrente, sino en la popa,
Las armas de los Guzmanes,
Y sobre el timbre y las hojas,
Que con diversos penachos
Cercan el escudo y orlas,
Al gran don Alfonso Pérez
De Guzmán, que el Bueno nombran,
Sobre el muro de Tarifa,
Que al moro la daga arroja
Para que mate á su hijo
(¡Divina hazaña española!),
Y debajo de las armas
Aquella sierpe espantosa
Que mató en África, haciendo
La hazaña de Hércules corta.
Entra por la boca el asta,
Sale por las duras conchas
El hierro bañado en sangre,
Ciñe el escudo la cola.
Estas armas, timbre y sierpe,
Que aquesta pared adornan,
Un día estaba mirando
Grande juventud ociosa,
Porque acabado un partido,
Y desde una parte á otra
Peloteándose andaban,
Por ser la tarde lluviosa.
Dió un caballero á la sierpe
Un pelotazo en la boca,
Y dijo: «En África había
Una contienda dudosa

Sobre quién mató esta sierpe;
Pero sepan desde agora
Que yo la he muerto, pues hay
Testigos desta pelota.»
Respondí, aunque era de burlas,
Por la afición que me toca
A la casa de Medina:
«Cuando el moro hurtó la honra
En África á don Alonso,
Desta sierpe venenosa
La boca le mandó abrir;
Faltó la lengua; mas dióla
Don Alonso; y así el moro
Perdió el crédito y la joya.»
«Miraré yo si la tiene»,
Me replicó. Yo, la cólera
Revuelta, asíle del brazo
Y dije: «Lo dicho sobra;
Que el Guzmán que tiene allí
La daga, si hurtáis su gloria,
Os la tirará á los pechos.»
¡Mira qué ocasión tan loca!
Era su mayor amigo
Un hermano de la diosa
Que idolatraban mis ojos,
Pues fuí de los suyos Troya.
Llegó, y dijo: «Si esta sierpe
Saliera echando ponzoña
De donde la veis pintada,
Alguno que aquí blasona
Huyera, mientras mi primo
La despedazaba, y rota,
Honrara también sus armas
Como al Guzmán de Sidonia.»
Respondí, sin reparar
En amor ni en otra cosa:
«Pues veamos quién la mata,
Quién huye ó quién se alborota;
Que yo quiero ser la sierpe
De Guzmán, aunque Mendoza.»
Dije, y alzando la pala,
Antes de sacar la hoja,
Le dí con ella en los pechos;
Y como si la persona
Del propio Guzmán saliera
Á la defensa forzosa,
Despejan el corredor,
Donde tras esta deshonra
Salieron heridos tres,
Y yo con justa victoria.
Mis padres, deudos y amigos,
Por excusar la discordia
Que ya en todos engendraba,
Por discreto acuerdo toman
Que me pasase á Sicilia,
Y por cartas me acomodan
Con el de Feria, virrey
De aquestas islas famosas,
Donde la ausencia y el tiempo,
Que cuanto quieren transforman,
Mudándome de Dinarda,
De Fenisa me enamoran,
En cuya casa hoy he visto
Este español, esta sombra,
Que si no es ella, una estampa
Las hizo. Esta fué mi historia.

CAMILO.

Oid, que salen los dos.
No paséis más adelante.

Fenisa, Dinarda, Bernardo y Fabio.

FENISA.

Á Dinarda.

¿No quieres tú que me espante
De tu desdén?

DINARDA.

No, ¡por Dios!
Sino estar agradecida
Á la lealtad que he mostrado
Al Capitán.

FENISA.

Tú has vengado
Muchos de quien fuí homicida.
Mas mira que pensaré
Que es miedo, y que no es lealtad.

DINARDA.

Sabe amor que esto es verdad.
Con él en tu casa entré;
El me trujo, él te ha servido.
¿No ves tú que no es razón
Que haga tan vil traición
Á un hombre tan bien nacido?
Si solo y por mí te viera,
¡Ay, Dios, cuán bien me empleara!
¡Qué de veces te abrazara!
¡Qué de amores te dijera!
Mi ventura no lo quiso,
Sino que en este accidente
Fuesen tus ojos la fuente,
Y yo su loco Narciso.
Tántalo soy; ya me toca
El morir y enloquecer,
Pues no te puedo beber,
Teniendo el agua á la boca.

FENISA.

Bien puedes tú con secreto
Ser dueño de quien te adora.

DINARDA.

No me lo mandes, señora;
Que soy noble te prometo.
Osorio me trujo aquí;
Débole amor y dinero.

FENISA.

Pagarte esas deudas quiero.

Hablan bajo.

CAMILO.

¿Es ella, en efeto?

ALBANO.

Sí.

CAMILO.

Pues ¿cómo tratan de amor
Dos mujeres? ¡Loco estáis!
Mas ¿por qué no os informáis
Destos dos pajes mejor?

ALBANO.

Aguardad, por vida mía.
¡Ah, hidalgo!

FABIO.

¿Decite á me?

ALBANO.

Á vos digo, si podré
Hablaros en cortesía.

FABIO.

Di grazia, patron; ¿che cosa
Mi volete?

ALBANO.

Estoy sin seso. (Aparte.)

FABIO.

Parlate, signore, adesso.

ALBANO.

¡Ay, bella Dinarda hermosa! (Aparte.)
¿Quién es este caballero?

FABIO.

¿Questo gentiluomo?

ALBANO.

Sí.

FABIO.

Il signor Ruggiero.

ALBANO.

¡Ah! ¿Sí?
¿Su nombre propio es Rugero?
Pues ¿de dónde es?

FABIO.

Veneziano,
Benchè venuto di Roma.

ALBANO.

¿No es español?

CAMILO.

¡Qué ira toma! (Aparte.)

FABIO.

¡Guarda! ¿Spagnuolo marrano?
¡Cancaro che venga a tutti
Li traditori spagnuoli,
Furfanti, ladri, mariuoli,
Asassini per tre scuti!

ALBANO.

Camilo, ¡cosa inhumana!
¡Por Dios, que me vuelvo loco!

FABIO.

Aspetta di grazia un poco,
La canzone siciliana:

Se tutta la Sicilia
Fosse macarrone,
Il faro di Messina
Vino moscatello,
Il monte Mongibello
Formaggio grattato,
E tutto lo spagnuolo
Fossino ammazzato,
¡Come trionfaria
Lo siciliano!

CAMILO.

Basta, que ya el pajecillo
Os da la vaya.

ALBANO.

Aguardad;
Que él me dirá la verdad.

FABIO.

Apenas puedo sufrillo. (Aparte á Bernardo.)

BERNARDO.

Disimula, Fabio, un poco,
No conozcan á Dinardo.

FABIO.

Muero de risa, Bernardo.
¿Hablo bien?

BERNARDO.

Vuélvesle loco.

ALBANO.

Piglia este escudo, fanciullo,
Y dime.....

FABIO.

¿Che vuoi di me?

ALBANO.

Esta, ¿es mujer?

FABIO.

¿Come? ¿Che?
¿Volete pigliar trastullo?
¿Donna lo signore mio?
¡Oimè! ¿Che diavolo è questo?

ALBANO.

Yo sé que de hombre se ha puesto.

FABIO.

No mi fastidiar, ¡per Dio!
Ne mi faccia intrar in colera.
¡Femmina far lo signore!

BERNARDO.

¿Femmina?

FABIO.

Sí.

BERNARDO.

¡Uh traditore!
Tace per tua vita e tollera.

CAMILO.

Necio andáis.

ALBANO.

¿Cómo?

CAMILO.

¡Por Dios.....

ALBANO.

En vuestra malicia he dado.

CAMILO.

Que pienso que han sospechado
Alguna fealdad de vos!

ALBANO.

Pues ¿preguntar si es mujer
Os parece sospechoso?

CAMILO.

Que nos vamos es forzoso.

ALBANO.
Y forzoso enloquecer.
CAMILO.
Hablad después á Fenisa;
Que nadie os dirá mejor
Si es hombre ó mujer.
ALBANO.
¡Oh amor!.....

Vanse Albano y Camilo.

FABIO.
Muriéndome estoy de risa.
BERNARDO.
¿Fuéronse?
FABIO.
Los dos se van.
BERNARDO.
Pues yo sé, Fabio, que quedo
Con más malicia que miedo.
FABIO.
¿Qué sospechas te la dan?
BERNARDO.
De que Dinardo es mujer.
FABIO.
Eso me parece á mí,
Aunque nunca me atreví
A procurallo saber;
Fuera de que está Fenisa
Loca por él.
BERNARDO.
Es verdad;
Aunque la dificultad
Con que la trata, me avisa.
FABIO.
Luego el respeto que tiene
Al Capitán, ¿es fingido?
BERNARDO.
Pienso que todo lo ha sido,
Y que de otra causa viene.
FABIO.
Desde hoy emprendo saber
Si es mujer.
BERNARDO.
Y yo, ¡por Dios!
FABIO.
Pues comencemos los dos
Desde agora á pretender.

FENISA.

Á Dinarda.

En fin, don Juan, ¿te resuelves
Á no pagar este amor?
DINARDA.
Conociendo mi valor,
Fenisa, ¿á probarme vuelves?
Haz una cosa: da traza
Que este capitán se ausente,
Pues tú podrás fácilmente
Esto, ó mudarle la plaza;
Y en su ausencia te prometo
Corresponder á tu amor.
FENISA.
Pues, mi bien, de tu valor
Fío, y la palabra aceto.

Celia.

CELIA.
Aquí está Lucindo.
FENISA.
¿Quién?
CELIA.
El mercader de Valencia.
FENISA.
Dame, mis ojos, licencia.
DINARDA.
Licencia tienes, mi bien.

Vanse Fenisa y Celia.

Bernardo y Fabio, retirados.

DINARDA.
Siguiendo un loco pensamiento vine
Desde Sevilla hasta Sicilia, cielos:
De vergüenza y honor rompí los velos;
Que no hay cosa que amor no desatine.
Mas ¿qué le sirve al alma que camine
Entre tantas congojas y desvelos,
Si sacándome amor, me vuelven celos,
Y no sé de los dos á cuál me incline?
Aquí le hallé, con nuevo pensamiento
El alma, el gusto en otro amor extraño,
Con que mudó mi desatino intento.
No más perjura fe, no más engaño;
Que es para heridas de un amor violento
Divina contrayerba el desengaño.

Lucindo y Tristán.

LUCINDO.
¿No le dió Celia mi recaudo?
TRISTÁN.
Pienso
Que tiene algunos huéspedes Fenisa.
LUCINDO.
¿Es caballo de Troya aquesta casa,
Que siempre está preñada de armas y hombres?
TRISTÁN.
Pues ¿cuál audiencia pública, Lucindo,
Iguala al patio de una cortesana?
Aquí tiene sus horas, y aquí juzga.
Verás los abogados y terceros,
Los solicitadores y escribanos,
Que le envían papeles de procesos,
Sobornos de regalos y presentes,
Pleitos en vista, pleitos en revista.
Á unos despacha y á otros entretiene,
Como tienen favor ó traen dineros.
LUCINDO.
¿Quién es este español que tan solícito
Frecuenta aquesta casa?

TRISTÁN.

Este es..... Sospecho
Que es el del alma.

LUCINDO.

Y yo ¿qué soy?

TRISTÁN.

Del cuerpo.

LUCINDO.

Donaire tienes. Si Fenisa vive
En el cuidado que la ves conmigo,
Si le cuesto regalos y dineros,
¿Cuál otro puede haber que sea del alma?

TRISTÁN.

¡Qué chapetón estás en estas Indias!
¿No sabes tú que hay almas en que caben
Más de dos y de tres y de trescientos?
Cuando ves escribir treinta papeles
Una buena señora á treinta amantes,
Cuando ves que otros tantos la visitan,
Cuando ves que á uno pide el coche, á otro
La basquiña, á cuál tiene dentro en casa,
Á cual habla en la reja, á cual de noche,
¿Has de pensar que es alma edificada
A la traza de un grande monesterio
En que hay su dormitorio con sus celdas,
Que de una puerta adentro caben todas?

LUCINDO.

Á Dinarda.

Hablaros, caballero, he deseado.

DINARDA.

No menos yo, que os soy aficionado.
Mas si es de celos de Fenisa, os pido
No los tengáis de mí, porque á su casa
Me ha traído cuidado diferente.
¿Cuándo os volvéis á España?

LUCINDO.

Yo he pensado
Que por todo este mes, porque á mi gusto
He despachado cuanto della truje.
Mas tiéneme cautivo el desta dama.

DINARDA.

Con vos me pienso ir hasta Valencia,
Aunque soy de Sevilla; porque quiero
Ir á la corte y pretender en ella
La remuneración de mis servicios
Primero que á mi patria vuelva.

BERNARDO.

Á Tristán.

Diga,
Señor lacayo, ¿es español acaso?

TRISTÁN.

Y ellos, ¿qué son, señores pajarotes?

FABIO.

Noi altri siamo certi gentiluomini,
Venuti adesso adesso di Venezia.
Dica di grazia, e non montar in collera,
Come si chiama in Spagna quella lira
Con che fanno ai caballi chiquichiqui.

TRISTÁN.

Llámase el diablo que te lleve.

BERNARDO.

¿Deso
No más se corre un hombre tan discreto?

TRISTÁN.

¿No saben qué han de hacer, señores pajes?
Tener respeto á un hombre de mi término.

FABIO.

Sopra la mia parola, siate sano.

TRISTÁN.

No entiendo de parola; háganse afuera;
Que les daré en mi lengua cuatro coces.

FABIO.

Bene dice, ¡per Dio! la è una bestia.

LUCINDO.

A Dinarda.

Pues tendré á gran merced que nos hablemos

DINARDA.

Adonde digo estoy.

LUCINDO.

Iré á buscaros.

BERNARDO.

Fabio, don Juan se va.

FABIO.

Señor lacayo,
Á rivederci a l'altro mondo.

TRISTÁN.

¡Pícaro!
Caballero soy yo.

FABIO.

Mi racommando.

DINARDA.

Pajes.....

BERNARDO.

Señor.....

DINARDA.

Hacia Palacio vamos.

BERNARDO.

¿Qué hay de Fenisa? (Aparte á Dinarda.)

DINARDA.

Amores y promesas.

FABIO.

¿No te da nada?

DINARDA.

Ya se va trazando.

BERNARDO.

¿Parécete mujer? (Aparte á Fabio.)

FABIO.

Probarlo puedo;
Mas es probar cuchillo con el dedo.

Vanse Dinarda, Bernardo y Fabio.

Celia.

CELIA.

Mi señora te suplica,

Lucindo, que la perdones;
Que por ciertas ocasiones
Que aquí no te significa,
No puede salir á verte.

LUCINDO.

Ya, Celia, me dió á entender
Que no es posible querer
La mujer que se divierte.
Está muy entretenida;
Es lindo don Juan de Lara.
Habrá picado en la cara:
Ahí, Celia, estará perdida.
Conozco su condición:
Toda mujer que profesa
Esta cólera francesa,
No es firme de corazón.
¡Bueno quedaré yo agora,
Que su amor loco en exceso
Me ha puesto!

CELIA.

No digas eso,
Lucindo, de mi señora;
Que eres la vida por quien
Recibe aliento vital,
Y aunque el verte le esté mal,
Ella lo dirá más bien.

Vase.

LUCINDO.

Escucha.

TRISTÁN.

Enojada fué.

LUCINDO.

¿Qué le dije?

TRISTÁN.

Ha sido error
Llamar fingido su amor.

Éntranse Lucindo y Tristán tras Celia.

Lucindo y Tristán.

LUCINDO.

Viendo salir á Fenisa.

¿Qué es esto, Tristán?

TRISTÁN.

No sé.

Sale Fenisa, de luto, con una carta en la mano, y Celia sigue á su ama.

LUCINDO.

¡Luto vos, señora mía!
¿Qué toca es ésa y qué llanto?

FENISA.

Para no afligiros tanto,
No veros, mi bien, quería;
Mas como allá dentro oí
Ofender mi justo amor,
Estimo tanto mi honor,
Que á defenderle salí.

Vos sois la vida que vivo,
Vos los ojos con que veo,
El gusto con que deseo
El que de veros recibo.
Sois el aire que alimenta
Las olas del corazón,
Vos sois la respiración
Que para vivir me alienta.
Sois el nervimiento mío,
Sois la fe de mi verdad,
La ley de mi voluntad,
El alma de mi albedrío.
Y pues en tanto dolor
Os hablo tan tiernamente,
Creed que no es accidente,
Sino verdadero amor.

LUCINDO.

Fenisa y fénix, en quien
Se abrasa el alma que os dí
Para renovarse en mí,
¿Qué es lo que tenéis, mi bien?
¿Qué os puede haber sucedido,
Dulce prenda destos ojos,
Que en nubes de agua y de enojos
Vuestro sol tiene escondido?
¿Qué luto es éste que enluta
Tu resplandeciente esfera?
¿Qué ocasión en ti tan fiera
Su sentimiento ejecuta?
¡Vos eclipsada, mi sol!
¿Vos con cerco de agua y llanto?
¡Que dure mi vida tanto!

FENISA.

¡Ay, mi adorado español!
Si queja podéis tener,
Es que estando vos presente
Me pueda ajeno accidente
Afligir y entristecer.
Mas si sabéis la ocasión,
Pienso que disculparéis
Estas lágrimas que veis,
Porque, en fin, de sangre son.

LUCINDO.

¿Cómo de sangre?

FENISA.

Pues ya
Todo saberlo queréis,
En esta carta veréis
La causa y quién me la da.

LUCINDO.

Lee.

«Hermana mía, y la postrera vez que podré llamaros hermana: Á mí me han sentenciado á muerte en vista y revista. La parte, por ruegos del Príncipe de Butera, perdona por 2.000 ducados. No tengo humano remedio de pagarlos; si allá hubiere alguno, vuestra sangre soy, y anduve en las entrañas mismas donde anduviste. De Mecina, etc.—*Camilo Fénix.*»

¡Extraña carta!

CELIA.

¡Ay de mí,
Que se cayó desmayada!

TRISTÁN.

La carta es tierna.

LUCINDO.

¡Mi amada
Fenisa!

TRISTÁN.

¿No hay agua?

CELIA.

Sí.

LUCINDO.

Pero no vayas por ella,
Que están mis ojos presentes;
Que es vergüenza de otras fuentes
Que de las suyas traella.
Coge aquí, Celia, aunque tanto
Dolor tiene el pecho lleno,
Que podrá darle veneno
Una dracma de mi llanto.
¡Ah, mi bien! ¿Vivís? Mas ¿quién
Preguntara tal error?
Vivir yo es señal mayor,
Porque vos viváis también.
Volved en vos, que habrá medio
Para ese mal.

FENISA.

¡Ay, mi hermano!

LUCINDO.

¿Habla?

TRISTÁN.

Sí.

LUCINDO.

Amor soberano
De tu piedad fué remedio.
León fué mi sentimiento,
Que la muerta gloria mía
Volvió á la vida, que había
Llegado al último aliento.
¿Qué puedo yo hacer por vos
Y ese desdichado hermano?

FENISA.

Todo remedio es en vano.

LUCINDO.

Busquémoselo los dos.

FENISA.

El que en esto puede haber
Es que, pues habéis vendido
La hacienda que habéis traído,
Según dijisteis ayer,
Sobre mis joyas y hacienda
Me prestéis dos mil ducados;
Que estos rigores pasados.....

LUCINDO.

No tratéis, mi bien, de prenda;
Que no es pequeño el amor
Y obligación que yo os debo.

FENISA.

Herrarme queréis de nuevo,
Tenéis español valor.

LUCINDO.

Pero advertid, gloria mía,
Que un mercader sin dinero
Es como amor sin tercero,
Es como sin luz el día.
Habéisme de prometer
Pagar en breve; que ya
Mi partida cerca está,
Y será echarme á perder.....

FENISA.

Luego que salga mi hermano,
Unas casas venderemos
Que cerca de aquí tenemos,
Y os pagare de mi mano.
Pero tomad, por mi vida,
Mis joyas: yo gusto desto.

LUCINDO.

Tristán, parte á casa presto,
Y en el arca guarnecida
Un gato hallarás, que tiene
En oro dos mil ducados.
Esta es la llave.

CELIA.

¡Qué honrados
Pensamientos!

FENISA.

Al fin viene
De tierra, ejemplo en el mundo
En hacer bien y amistad.

LUCINDO.

Más debo á tu voluntad.

FENISA.

Débesme un amor profundo.

LUCINDO.

¿No vas, Tristán?

TRISTÁN.

Sí, señor.

LUCINDO.

Pues ¿qué miras?

TRISTÁN.

Aparte á su amo.

¿Estás loco?

LUCINDO.

Déjame ser noble un poco,
Y no ingrato á tanto amor;
Yo conozco esta mujer,
Y yo lo sabré cobrar.

TRISTÁN.

Las joyas puedes tomar.

LUCINDO.

Cuando fuere menester.

FENISA.

¿Qué os dice Tristán?

LUCINDO.

Querría
Que vuestras joyas tomara;
Es mercader, y repara

En prendas.

FENISA.

¡Por vida mía!.....

Vase Tristán.

LUCINDO.

Por vida vuestra, mi bien,
Que basta un cabello en prenda
De más oro, y nadie entienda
Que otra quiero que me den.
Las almas, ¿tienen valor?

FENISA.

¿Qué mayor?

LUCINDO.

Si se celebra
Que de cada sutil hebra
Cuelga mil almas amor,
¿Qué más prenda que un cabello
Donde mil almas están?
Mas voy á ver si Tristán
Yerra ó acierta con ello,
Para que lo traiga al punto.

FENISA.

Vente hoy á comer conmigo,
Bizarro español.

LUCINDO.

Yo digo
Que vendré.

FENISA.

Y contigo junto
Vendrá todo el bien que tengo.
Ven, mi señor, y encamina
Este dinero á Mecina.

LUCINDO.

Espérame, que ya vengo.

Vase.

FENISA.

¿Fuése?

CELIA.

La escalera abajo.

FENISA.

Mamóla su señoría.

CELIA.

Mientras vemos luz es día:
No hagas fiestas y habla bajo;
Que se puede arrepentir
De aquí á la posada el hombre;
Mas ¿á quién hay que no asombre
Tu artificioso vivir?

FENISA.

Calla, que es cosa de risa;
Como eso pescar verás.
No se ha de olvidar jamás
Del *anzuelo de Fenisa*.
Quedo, que llaman.

CELIA.

¿Quién sube?

FENISA.

Mira si maulla aquel gato.

Tristán.

TRISTÁN.

Para no mostrarme ingrato,
Ni un instante me detuve;
Aquí viene aquel dinero.

FENISA.

Muestra, á ver; escudos son;
Tristán, pilla este doblón,
Y dile á aquel caballero
Que venga luego á comer;
Que le aguardo agradecida,
Y vuélvete, por mi vida,
Que tengo un poco que hacer.

TRISTÁN.

De lo prestado barato..... (Aparte.)
¡Oh, qué mal indicio es!
Este ratón al revés
Nos ha cogido este gato.

Vase.

FENISA.

¿Bajóse?

CELIA.

Iba murmurando.

FENISA.

También murmuran los ríos,
Y de oir y ver sus bríos
Se están los peces holgando.
¿Será gran descompostura
Besar este gato?

CELIA.

No;
Que es de algalia, y pienso yo
Que de su aliento asegura.

FENISA.

Ves aquí, Celia, á Lucindo
Besado en forma de gato.

CELIA.

¿No hay mujer que sin recato
Quiere y besa á un perro lindo?
Pues ¿por qué no besarás
Un gato que es como un oro?

FENISA.

Yo lo diera á quien adoro.

CELIA.

No lo digas; loca estás.

FENISA.

Quiero á don Juan, que me pierdo.

CELIA.

Llama á este gato don Juan.

FENISA.

¿Llaman?

CELIA.

Sí, llamando están.

FENISA.

Pues con dinero me acuerdo

De amor, gran mal me apercibo.
Guarda este Lucindo en pelo.

CELIA.

Voy.

FENISA.

Cierra bien; que recelo
Del alma de oro que es vivo.

Vase Celia.

El Capitán.

CAPITÁN.

Después que vives ya tan recogida,
Fenisa, que á tu puerta y tu ventana
Apenas hay un hombre que resida
Un hora de la tarde ó la mañana;
Después que has dado en reducir tu vida
Al estilo y manera valenciana,
Ni admites juego ni conversa quieres:
¡Qué bien medran con esto las mujeres!
Solía yo ser tu galán de esquina,
El bravo de tu puerta y el matante,
El que echaba los hombres en cecina,
Y de tu encantamiento era el gigante.
Ya duermes, como tímida gallina,
Debajo de las alas de tu amante,
Y antes que el sol acabe su carrera
No hay una mosca de tu puerta afuera.
Estás enamorada, que parece
Cosa imposible en condición tan loca.
¿Qué luto es éste y qué desdén que ofrece
Tu vista y el silencio de tu boca?
¿Es don Juan, por ventura, el que merece
Volver en agua tu cristal de roca?
Dame parte de todo como amigo.

FENISA.

Bien tengo, Capitán, que hablar contigo.
Siempre al favor de tu española espada
En Sicilia viví, gallardo Osorio;
Siempre, con libertad ó enamorada,
Mi pecho te mostré claro y notorio.

CAPITÁN.

Mira que traigo aquí una camarada,
No para alfeñicarse en locutorio,
Sino para provecho de tu casa.

FENISA.

Pues suban todos, y hasta el dueño abrasa.

CAPITÁN.

¡Oh, soldados! ¿Que digo? Ya hay licencia.

Campuzano, Triviño y Orozco.

CAMPUZANO.

Beso á vuesamerced las manos.

TRIVIÑO.

Todos
Nos remitimos hoy á su elocuencia.

FENISA.

¿Españoles? Haránse de los godos. (Aparte.)

OROZCO.

¿Hay sillas?

FENISA.

Celia.....

CAMPUZANO.

Bueno en mi conciencia.

Celia.

FENISA.

¿Guardaste aquello? (Aparte á Celia.)

CELIA.

Está cuarenta codos
Debajo de la tierra.

FENISA.

Bien has hecho.

CELIA.

¿Qué chusma es ésta? ¿Es gente de provecho?

FENISA.

Soldados y españoles, plumas, galas,
Palabras, remoquetes, bernardinas,
Arrogancias, bravatas y obras malas.

TRIVIÑO.

Siempre me agradan estas francisquinas.

OROZCO.

¡Que siempre en agua de fregar resbalas!

TRIVIÑO.

Vos sois poeta; allá cosas divinas.....

OROZCO.

No sé, á fe de soldado, desta seta;
Verdad es que en España fuí poeta.

CAMPUZANO.

Y ¿érades vos de aquellos impecables,
Cuyos versos destila en alambique
La culta musa?

OROZCO.

Fuí de los palpables,
Imitador de Laso y de Manrique.

CAPITÁN.

Juguemos.

TRIVIÑO.

Vengan dados.

CAPITÁN.

Aparte á Fenisa.

Como entables
Juego en tu casa, y español se pique,
Habrá día que valga cien ducados,
Y doscientos es poco.

CAMPUZANO.

Traigan dados.

Van llegando un bufete; mete un escudero en una salvilla los dados, y comienzan á echar.

Tristán.

TRISTÁN.

Á Fenisa.

¿Puédote hablar?

FENISA.

¿Qué me quieres?

TRISTÁN.
Mi señor queda á la puerta.
FENISA.
¿Qué quiere?
TRISTÁN.
Comer, si acierta.
¡Graciosas sois las mujeres!
¿No le convidaste?
FENISA.
¿Yo?
TRISTÁN.
Luego ¿olvidaste, señora,
El concierto?
FENISA.
Pues ¿ya es hora?
TRISTÁN.
¿Cómo es hora? La una dió.
FENISA.
¿La una?
TRISTÁN.
¡Bien, por mi vida!
¡Tras el gato falsos tratos!
Pues cuando bajan los gatos,
Suelen sacar la comida.
CAMPUZANO.
Más á trece.
TRIVIÑO.
Digo aquí.
CAMPUZANO.
Aquesto más.
TRIVIÑO.
Topo y tengo.
TRISTÁN.
Yo no topo á lo que vengo.
No lo habrá dicho por mí.
TRIVIÑO.
Nueve, y diez, y trece.
CAMPUZANO.
Bien.
OROZCO.
Esto le corre detrás.
TRISTÁN.
Si corriera el gato más,
No le alcanzaran tan bien.
FENISA.
Dile, Tristán, á tu dueño
Que han venido estos soldados,
Todos hidalgos honrados,
Con mi enojo, y no pequeño;
Que me perdone, y me vea
Á la tarde.
TRISTÁN.
No hay en casa
Cosa que comer, y pasa
La hora.
FENISA.
Dios le provea.
TRISTÁN.
¡Dios le provea! Pues ¿llega
Á puerta de algún convento?
FENISA.
Véte, Tristán.
CAMPUZANO.
Más.
TRISTÁN.
Reviento.
¡Ah, juventud loca y ciega!
FENISA.
¿Oyes?
TRISTÁN.
¿Qué?
FENISA.
Di que se venga
Esta tarde á merendar;
Que le quiero regalar.
TRISTÁN.
Para purgar se prevenga;
Que á fe que en esta respuesta
No llevo mal testimonio.
FENISA.
Mira que hay aquí un demonio.
OROZCO.
La mitad me debéis désta.
TRISTÁN.
Yo le llevo gentil lazo. (Aparte.)
Aunque discreto, cayó.
El lindo gato le dió;
Mas ella lindo gatazo.

Vase.

CAMPUZANO.
No juego más.
FENISA.
¿Quién ganó,
Para darle el parabién?
OROZCO.
Para qué barato os den
Mis manos y os sirva, yo.
CAPITÁN.
¿Tienes que comer?
FENISA.
No falta.
OROZCO.
Celia, tomad esto vos.
CAPITÁN.
¿Hay criados?
FENISA.
Aquí hay dos.
CAPITÁN.
Vayan Cosmillo y Peralta
Y traigan cuatro capones,
Seis perdices, tres conejos.
TRIVIÑO.
¿Y vino?
CAPITÁN.
Cuatro pellejos.
CAMPUZANO.
¿Fruta?
CAPITÁN.
Peras y melones.

FENISA.

Echa una pastilla aquí.

CAPITÁN.

No habéis visto la limpieza
De Fenisa.

OROZCO.

Desta pieza
Ya lo demás presumí.

CAPITÁN.

Venid, y veréis su aseo,
Su pintura, estrado y cama.

TRIVIÑO.

¡Por Dios, que es bizarra dama!

OROZCO.

Días ha que la deseo. (Ap. á Osorio.)
Hablalda.

CAPITÁN.

Tened paciencia.

OROZCO.

No es posible que repose.

CELIA.

Á su ama.

¿Qué hay de Lucindo?

FENISA.

Quedóse
Á la luna de Valencia.

Vanse.

Lucindo y Tristán.

LUCINDO.

Pasaré con esta daga
Tu pecho.

TRISTÁN.

Pues yo, señor,
¿Qué culpa tengo, en rigor?
¿Qué quieres tú que le haga?
¿Qué tengo de responder,
Si estaban cuatro soldados
Coseletes?

LUCINDO.

¿Cómo? ¿Armados?

TRISTÁN.

Yo los vi resplandecer.
Antes dije mil lisonjas,
Viendo en dagas y en lanzones
Más hierro por guarniciones
Que á un locutorio de monjas.
Llega tú, llama y pregunta.
Quizá el gato te dirá:
«Hacia aquel desván está.»

LUCINDO.

Llevo la color difunta.
¡Ah, mujer! Sospechas llevo
Que me has engañado.

TRISTÁN.

Pasa
De engaño. Es robo.

LUCINDO.

Llamando.

¡Ah de casa!

Celia, asomándose á una ventana.

CELIA.

Pues ¿qué tenemos de nuevo?

LUCINDO.

Celia ó infierno, ¿qué es esto
Que hace tu ama conmigo?

CELIA.

Pues ¿de qué se queja, amigo,
Que viene tan descompuesto?
¡Jesús! ¿Infierno soy yo?

LUCINDO.

Llámame, Celia, ese cielo.
Quizá me engaña el recelo
Que otras veces me engañó.

CELIA.

Está comiendo: no creo
Que podrá salirte á hablar.

LUCINDO.

¡Es buen modo de burlar
Esto que á mis ojos veo!
¿No era el convidado yo?

Fenisa, á la ventana.

FENISA.

¿Con quién habla? ¿Qué es aquesto?

LUCINDO.

¡Mi vida!

FENISA.

¿Quién es?

LUCINDO.

¿Tan presto
De quién soy se te olvidó?

FENISA.

Soy algo corta de vista.

LUCINDO.

Pues no se te echa de ver;
Más que lince sueles ser
Sin que un muro te resista.
¿Por qué tu vista condenas
Más que á tus ojos ingratos,
Pues es tal, que hasta los gatos
Ves en las arcas ajenas?
Y cuando fueres tan corta
De vista, ¿no ha conocido
Mi voz, Fenisa, tu oído?

FENISA.

Esa, Lucindo, reporta,
Y ven esta noche acá;
Que agora fué un accidente
El estar aquí esta gente.
Y no te espantes si está;
Porque, como te pedí
El dinero que ya sabes
Para ocasiones tan graves,

Y me dijiste que sí,
Y Tristán no le ha traído,
Válgome de lo que puedo.

LUCINDO.

Agora me deja el miedo
Desocupado el sentido.
Tristán, ¿que no se lo diste?

TRISTÁN.

¿Cómo no? ¡Qué lindo cuento!
Y lo metió en su aposento
Celia.

LUCINDO.

Pues ¿qué es esto? ¡Ay, triste!

FENISA.

¿Mandas otra cosa?

LUCINDO.

Escucha:
Quede difinido aquí
Cómo el dinero te dí.

FENISA.

Tuvieras razón, y mucha,
Si tú me le hubieras dado.

Éntrase.

LUCINDO.

Tristán, habla.

TRISTÁN.

Fuése ya.

LUCINDO.

¿Qué he de hacer?

TRISTÁN.

Que entres allá;
Que yo me pondré á tu lado.
Todos españoles son,
Y todos te han de ayudar.

LUCINDO.

Las puertas quiero quebrar.

Llaman recio.

TRISTÁN.

Tienes enojo y razón.

Osorio, Campuzano, Orozco y Triviño, con las espadas desnudas.

CAPITÁN.

¿Quién es el descomedido
Que, estando aquí honrada gente,
Llama temerariamente?

LUCINDO.

Yo, caballeros, no he sido.

CAPITÁN.

Pues ¿quién?

LUCINDO.

Un paje, sospecho,
Que cuatro platos traía.

CAPITÁN.

¿Platos?

LUCINDO.

Sí.

CAMPUZANO.

¿De quién sería?

CAPITÁN.

De algún galán de provecho,
Y como sintió el rüido,
Se volvió.

CAMPUZANO.

Discreto fué.

OROZCO.

Vamos á comer; que á fe
Que fuera bien recibido.

Vanse los soldados.

LUCINDO.

Con lindo anzuelo, con famoso estilo,
Con ser un pez tan diestro, me ha burlado.
¡Qué bien que vuelvo á España despachado!
¡Qué bien me ha herido por el mismo filo!
¡Ah, llanto del famoso cocodrilo!
Mi oído blandamente regalado,
Á tus manos llegué, como engañadc
Peregrino de amor que pasa el Nilo.
Dadme, cielos, venganza del anzuelo;
Desta mujer cruel quebrad la caña,
Que es su artificio destrucción del suelo.
Mirad que con sus lágrimas engaña,
Mirad que vuelvo, en tanto desconsuelo,
Lleno de amor y sin dinero á España.

Vase.

TRISTÁN.

Adiós, Sicilia; adiós, enredo isleño;
Adiós, Palermo, puerto y franca puerta
Á las naciones deste mundo abierta,
En quien tanta codicia rompe el sueño.
Adiós, famoso gato, aunque pequeño.
Vivo os quedáis, nuestra esperanza es muerta.
Pues no volvéis á España, cosa es cierta
Que no se muda el gato con el dueño.
Adiós, Fenisa; adiós, gato del gato;
Adiós, cabo de Gata, cuyo espejo
Puede servir de ejemplo y de recato.
Pero permita Dios que tu pellejo
Antes de un mes, por tu bellaco trato,
Sirva de gato á un avariento viejo.

ACTO TERCERO.

Dinarda y Bernardo.

DINARDA.

Pues ¿cómo vienes ansí?

BERNARDO.

Estoy malo.

DINARDA.

¿Tú? ¿De qué?

BERNARDO.

No sé.

DINARDA.

¿Cómo que no sé?

BERNARDO.

Ni sé el mal, ni sé de mí.

DINARDA.

¿Hate probado la tierra?

BERNARDO.

Más el cielo me ha probado.
¡Ay, qué dolor que me ha dado!
¡Qué fuego mi pecho encierra!
¡Ay, ay! ¡Jesús, qué accidente!
Tócame este pulso.

DINARDA.

Muestra.

BERNARDO.

Si es tanta la amistad nuestra,
Ponme la mano en la frente.

DINARDA.

Ni el pulso, Bernardo, tiene
Movimiento extraordinario,
Ni más de aquel necesario
Calor á la frente viene.

BERNARDO.

Tócame el rostro.

DINARDA.

Ni en él
Tienes muestras de calor.

BERNARDO.

¡Ay, qué terrible dolor!
¡Ay, que dolor tan cruel!

DINARDA.

¿Dónde?

BERNARDO.

Al pecho se ha bajado;
Saltos me da el corazón.

DINARDA.

Extraños dolores son.

BERNARDO.

De extraña causa me han dado.
Ponme la mano, así vivas,
Sobre el corazón.

DINARDA.

Sí haré.
Mas di al dolor que se esté
Quedo.

BERNARDO.

Su accidente avivas.
¿No sientes que el corazón
Te dice la causa dél?

DINARDA.

Yo no siento nada en él.
Estos sus efectos son.

BERNARDO.

¿No te dice nada?

DINARDA.

Nada.

BERNARDO.

¿Ni que eres tú quien le mueve?

DINARDA.

¿Yo?

BERNARDO.

Tú, pues.

DINARDA.

¿Cosa que lleve.....

BERNARDO.

Quedo, quedo. ¿Esto te enfada?

DINARDA.

Luego ¿no me ha de enfadar
Que me tengas por mujer?

Fabio.

FABIO.

¿Soy por acá menester?

BERNARDO.

Sí, porque quiere negar.

FABIO.

¿Por qué niegas lo que ya
Sabemos los dos?

DINARDA.

¡Por Dios,
Que es concierto de los dos!

FABIO.

Así concertado está;
Que sólo esperando estaba
Que te defendieses dél.

DINARDA.

¡Infames!

FABIO.

No seas cruel;
Deja invenciones, acaba.

BERNARDÓ.

Desde que entraste en la nave,
Echamos todos de ver
Que eras mujer.

DINARDA.

¿Yo mujer?

BERNARDO.

Tú, pues.

DINARDA.

¿Yo?

BERNARDO.

Fabio lo sabe.

DINARDA.

Fabio, ¿qué has visto de mí?

FABIO.

Lo que no he visto.

DINARDA.

¡Villano!
Si pongo á la espada mano.....

BERNARDO.

Detente.

DINARDA.

¿Forzáisme aquí?

BERNARDO.

Somos muy mozos los dos
Para viejos de Susana.

DINARDA.

¡Yo Susana!

FABIO.

Cosa es llana
En cuanto á mujer, ¡por Dios!
Que de lo que es la inocencia
Era testimonio en ti.

BERNARDO.

¿Llaman?

FABIO.

Sospecho que sí.

BERNARDO.

Perdí la ocasión.

FABIO.

Paciencia.

Fenisa y Celia.

FENISA.

¿Nunca he de ver yo tu casa?

DINARDA.

¡Oh Fenisa! ¡Oh mi señora!
¡Oh amiga Celia! ¡Oh aurora
Del sol que el alma me abrasa!
¿En esta humilde posada
Tanto bien?

FENISA.

¿Adónde está
El Capitán?

DINARDA.

Salió ya.

FENISA.

Vengo, mi español, cansada
De comprar cosas que son
Forzosas á las mujeres.

DINARDA.

¿Quieres descansar, y quieres,
Por mi vida, colación?

FENISA.

La que tomara de ti,
En la caja de esa boca
La estoy mirando.

DINARDA.

Era poca
Para servirte de mí
El azúcar de Canaria,
Ni cuanto labran Valencia
Y Lisboa.

BERNARDO.

Una advertencia (Ap. á Fabio.)
Nos ha de ser necesaria.
Ésta, ¿no ha venido aquí?
Pues calla, y déjala hacer.

FENISA.

Deja, don Juan, de ofrecer,
Pues es al revés en ti;
Que lo ordinario es besar
Y no ofrecer, y tu ofreces
Y no besas.

DINARDA.

Cuantas veces,
Fenisa, voy á intentar
Besar la imagen que amor
En su demanda me enseña,
Luego me aparta y despeña
Este siempre necio honor.
Pero ¿quieres, por mi vida,
Ver mi aposento y estancia,
Donde no hay paños de Francia,
Ni cama de oro vestida,
Escritorios alemanes
Ni portugueses olores,
Sino los deseos mayores
Y los gustos más galanes?

FENISA.

Recíbolo á más amor
Que si viera de Venecia
El tesoro, ó el que precia
Florencia de su señor.
Ni el Aranjüez de España
Viera con más alegría.

DINARDA.

Entra, dulce prenda mía.

Vanse Dinarda y Fenisa.

BERNARDO.

¿Van juntos? (Aparte á Fabio.)

FABIO.

Sí.

BERNARDO.

¡Cosa extraña!
Ello es engaño sin duda,
Pues requebrándose van.

FABIO.

Por los indicios que dan,
Bernardo, de intento muda.

BERNARDO.

Mudaréle donde sé
De cierta ciencia que quiero
Una mujer, y primero
De experiencia lo sabré.

FABIO.

Mas ¿que me quieres hurtar
El pensamiento, y que quieres
Á Celia?

BERNARDO.

Mi amigo eres;
Y aunque me puedo enojar,
Soy, Fabio, de parecer
Que los dos la conquistemos;
Que yo sé que no seremos
Muchos para una mujer.

Cógenla en medio.

FABIO.

Celia.....

BERNARDO.

Celia.....

CELIA.

¿Qué queréis?

FABIO.

Yo te quiero.

BERNARDO.

Yo te adoro.

FABIO.

Yo me derrito.

BERNARDO.

Yo lloro.

CELIA.

¿Por tan libre me tenéis?

BERNARDO.

Antes honrarte queremos.

CELIA.

Los medios son bien honrosos.

BERNARDO.

Somos extremos viciosos,
Y nuestra virtud te hacemos.

Albano y Camilo.

ALBANO.

Aquí Fenisa entró.

CAMILO.

Pues aquí vive
El capitán Osorio, camarada
De ese don Juan.

ALBANO.

Sus pajes son aquéstos.

CAMILO.

Y Celia aquélla.

ALBANO.

¡Oh Celia! ¡En esta casa!

CELIA.

¿Parécete milagro?

ALBANO.

Dejo á Osorio
Cuatro calles de aquésta, y no fué mucho
Tener á novedad que estéis en ella.

CELIA.

Eso del Capitán es cosa antigua.
Las mujeres, Albano, y deste gusto,
Pican en novedades por momentos.

ALBANO.

Pues ¿que soldado vive aquí?

CELIA.

¡Oh, qué gracia!
Vive la gentileza, la hermosura,
La perla más preciosa que ha pasado
De España á Italia; vive el mismo Adonis,
De quien agora mi señora es Venus.
Vive don Juan de Lara.

CAMILO.

¿Qué os parece? (Ap. á Albano.)
¿Será agora mujer don Juan de Lara?

ALBANO.

Celia, espera por Dios; escucha, Celia.
¿Fenisa con don Juan?

CELIA.

Deja los celos
Del Capitán, que nunca amó Fenisa,
Y cree que don Juan la tiene loca.

ALBANO.

¡Fenisa y don Juan dices que se hablan!
Y ¿los has visto juntos?

CELIA.

Yo lo digo,
Y aun tú lo puedes ver.

ALBANO.

¡Válgame el cielo!

CAMILO.

Albano, si en las cosas que se dudan
No habemos de dar crédito á los ojos,
¿Qué probanza nos queda más segura?
Dejad aqueste loco pensamiento;
Que don Juan no es Dinarda, vuestra dama,
Ni lo ha de ser por fuerza.

ALBANO.

Agora digo
Que no es milagro en la naturaleza
La extraña diferencia de los rostros.
Yo estoy desengañado.

CELIA.

Mira, Albano,
Si mandas otra cosa.

ALBANO.

Dios te guarde.

CELIA.

Mi señora me llama.

BERNARDO.

Y á nosotros
Don Juan.

FABIO.

Hoy, Celia, has de quedar por mía.

BERNARDO.

Y de los dos.

CELIA.

¡Qué tierna me han hallado!

BERNARDO.

Bien caben muchas bestias en un prado.

Vanse Celia, Bernardo y Fabio.

CAMILO.

¿Resta de averiguar alguna cosa
En razón de si aqueste caballero
Es hombre, y hombre que Fenisa adora?

ALBANO.

Á lo menos, Camilo, me ha servido
Este retrato de Dinarda bella
De alborotarme el alma de tal modo,
Que ha borrado la estampa de Fenisa.

Vanse Albano y Camilo.

Albano y Camilo, en la calle.

CAMILO.

No de otra suerte que la sombra huye
Al resplandor del sol, ó la mentira
Cuando se prueba la verdad gloriosa,
Huyó Fenisa, que era amor fingido,
Á la luz del retrato de Dinarda,
Y quedastes, Albano, de su engaño
Libre: piedad que le debéis al cielo,
Porque desde el primero movimiento
De sus divinos tornos, hasta el último
Que han dado sus esferas celestiales,
No se ha visto mujer tan engañosa.

ALBANO.

Viendo venir gente.

Forasteros son éstos.

CAMILO.

Y españoles.

ALBANO.

Á la cuenta, no ha mucho que salieron
Del mar.

CAMILO.

De almacenar su hacienda vienen.

ALBANO.

Vamos de aquí.

CAMILO.

¡Qué buenos talles tienen!

Vanse.

Lucindo, Tristán, D. Félix y Donato.

DON FÉLIX.

El amistad de un camino
Tan largo, y haber hallado
En vos pecho tan honrado
Y entendimiento divino,
Lucindo, no me permite
Ni dejaros, ni dejar
De daros parte y lugar
Adonde á nadie se admite,
Que es lo que un alma atesora.
Lo que en la nave encubrí
Desde Vinaroz aquí,
Quiero que sepáis agora.....
Retírate allá, Donato.

LUCINDO.

Desvíate allá, Tristán.

DON FÉLIX.

Leyes del mundo, que van
Donde quiere el tiempo ingrato,
Lucindo, mi edad mejor
En su sazón han cortado,
Como suele el tosco arado
Llevar de paso la flor.
Yo vengo á matar un hombre
Á Sicilia.

LUCINDO.

Habéisme honrado
En no haberme despreciado
Por la humildad de mi nombre;
Que siendo don Félix vos,
Caballero sevillano,
Yo mercader valenciano,
Tan desiguales los dos,
Debo estimar con razón
Que me tratéis como amigo.

DON FÉLIX.

Bien veréis en lo que os digo
Si os he dado el corazón.

LUCINDO.

Para que no presumáis
Que no estimo esa merced,
Que os quiero pagar creed,
Aunque de mi amor lo estáis.
¿Vos á Sicilia venís
Á matar un hombre?

DON FÉLIX.

Vengo
Á matar un hombre, y tengo
Razón.

LUCINDO.

Muy bien advertís.
Yo vengo á tomar venganza
De una mujer, y también
Tengo razón.

DON FÉLIX.

Si de quien
Hizo de vos confianza,
Lucindo, tenerse puede,
Mirad si puedo ayudaros.

LUCINDO.

Querría el caso contaros,
Si el tiempo lugar concede.
Yo vine á Palermo, habrá
Dos meses, y una mujer
Fingió quererme.

DON FÉLIX.

¿Querer
Saben?

LUCINDO.

Olvídanlo ya.
Regalóme, fingió estar
Enamorada de mí;
Que el anzuelo en que caí,
Pudiera entonces pescar
Al más severo Catón,
Al más recatado estilo;
Porque es aquí un cocodrilo
Que llora y mata á traición.
Es entre dama y señora,
Entre cortesana y grave,
Que sabe engañar, y sabe
Ser firme hasta que enamora.
De allí abajo no hay amor,
Porque á quien ha de querer,
Ó ha de ser otra mujer,
Ó tratalla con rigor.
El anzuelo con que pesca,
Es regalar al que coge,
Para que después se arroje.

DON FÉLIX.

¡Linda treta!

LUCINDO.

Linda y fresca.
Halléla en su casa un día
Con más luto que una mula
Canóniga.....

DON FÉLIX.

¡Cuánto adula
Una falsa cortesía!

LUCINDO.

Dióme una carta, de suerte
Que vi en ella que quedaba

Preso su hermano, y que estaba,
Félix, sentenciado á muerte;
Mas que por dos mil ducados
La parte perdonaría.
Esto fué porque sabía,
Ó de mí ó de mis criados,
Que yo tenía el dinero
De lo que había vendido.
No vi este gato fingido,
Y dísele verdadero,
Porque con joyas y prendas
Me quería asegurar;
Mas no las quiso tomar.

DON FÉLIX.

Necedad.

LUCINDO.

Muy bien enmiendas.
De allí adelante se fué
Secando, y no poco á poco;
Yo á su reja y puerta loco
Algunas noches pasé.
Negó el dinero; entendí
Cobrarlo, y era sacar
Una sortija del mar.
Cuando el imposible vi,
Volvíme á Valencia, donde
No fuí muy bien recibido,
De donde agora he venido
Para ver si corresponde
La venganza al pensamiento;
Que esta hacienda que registro,
No es más de porque al registro
Acuda este lobo hambriento.
Cuanto saqué de la nave,
Y metí en el aduana,
Fué ostentación tan liviana,
Que apenas en ella cabe,
Y no vale cien escudos.

DON FÉLIX.

Así mi desdicha fuera;
Que como hacienda perdiera,
Ella y yo fuéramos mudos.

LUCINDO.

¿Es honra?

DON FÉLIX.

No es menos prenda.

LUCINDO.

Sí; pero habéis de saber
Que en cualquiera mercader
Es honra también la hacienda.
Tras el caudal, si se pierde,
Va el crédito, pues perdido.....

Hablan bajo.

Fenisa y Celia.

CELIA.

Pues ¿no me dirás qué ha sido?

FENISA.

Nadie, Celia, me lo acuerde.
Nadie me nombre á don Juan.
El que le abriere mi puerta,
No la verá más abierta.

CELIA.

¡Jesús! ¿Lucindo y Tristán?

FENISA.

¡Válame Dios! ¿No era ido?

CELIA.

Fuése y ha vuelto.

FENISA.

¿Á qué viene?

CELIA.

Vino á ese trato que tiene.
¿Si te habrá puesto en olvido?

FENISA.

Los hombres, Celia, no olvidan
Adonde los tratan mal;
Que es condición natural
Porfiar donde despiden.
Si de don Juan no viniera
Tan mohina, aquí le hablara.

CELIA.

Pues ¿qué fué aquesto?

FENISA.

«Repara,
Mira, advierte, considera,
Lo que dirá el Capitán.....»;
Y tras esto, me ha rogado
Que diga que me ha gozado.

CELIA.

Los dos mirándote están.

LUCINDO.

¡Ay, don Félix! Ésta es (Ap. á D. Félix.)
La causa de mis enojos.

FENISA.

Á Lucindo.

¿Sabes algo destos ojos?
¿Qué es lo que en sus niñas ves?

LUCINDO.

Sé que esas niñas lo son
De manera en la mudanza,
Que dan menos esperanza
Después de la posesión.

FENISA.

Suelen los recién venidos
Abrazar los bien hallados.

LUCINDO.

Bien venidos tan cansados
Siempre son mal recibidos.
Pagástete de tu mano,
No fiando de la mía
En la mayor niñería
Que pudo un pecho liviano.
Sabe Dios que no sentí
Perder, Fenisa, el dinero,
Mas ver mi amor verdadero,
Y verle fingido en ti;
Que con dar vuelta á Valencia,
Adonde hay padres honrados,
Traigo treinta mil ducados.

FENISA.

Tienes tú poca paciencia.
Yo sólo quise probarte.
Confieso que recibí
El dinero, y me escondí
En la mira de adorarte.
Gusté de escuchar tus quejas,
Porque oyendo sus extremos,
Porque no nos arrojemos
Tienen las ventanas rejas.
El día que te partiste,
Con Celia envié á llamarte.
Acababas de embarcarte.
¡Qué buena noche me diste!
¡Qué lágrimas me costó
Haber querido, y querer
Probarte!

DON FÉLIX.

¡Astuta mujer! (Aparte.)

LUCINDO.

Desta suerte me engañó. (Aparte.)

FENISA.

No sé cómo te refiero
Aquel dolor desigual.
Solamente en tanto mal
Me consoló tu dinero.
Aquella prenda tomaba
En las manos, y decía
Cosas que quien las oía
Enternecida quedaba.

LUCINDO.

¿Es posible, mi señora,
Que merecí con mi ausencia
Lágrimas tuyas? Paciencia.
Necio fuí, súpelo agora.
¡Vive Dios, que si en la mar
Esa nueva me llegara,
Que á las aguas me arrojara,
Y te volviera á buscar!
En la calle estás, mi bien:
No es justo tenerte aquí.
Si tú me quieres así,
Yo te quiero así también.
Patria y padres, perdonad;
No ha de volver del dinero
Á Valencia escudo entero;
¿Entero? Ni la mitad.
Vé, Fenisa, á la aduana,
Infórmate si he traído
Hacienda, y por Dios te pido,
De esa beldad soberana,
Que en vendiéndola te entregues
En la plata y en el oro,
Pues me basta por tesoro
Que mirarte no me niegues.
¿Podréte agora abrazar?

FENISA.

Agora y siempre, mi bien.

LUCINDO.

Vete con Dios, y prevén
Para esta noche lugar;
Que voy con aqueste hidalgo
En casa de un mercader,
Que merced me quiere hacer,
Por él, no por lo que valgo,
De que á cambio se me den
Tres mil ducados, en tanto
Que vendo.....

FENISA.

De ti me espanto.
¿No era yo buena, mi bien,
Para negociar las cosas
De tu gusto?

LUCINDO.

Pues ¿tendrías
Quién me los diese?

FENISA.

Estos días
Ciertas doncellas hermosas
Á un capitán han hablado
Que tiene ciertos escudos,
Que están suspensos y mudos
Sin provecho y con cuidado.
Á cambio te los darán.
¿Para qué son?

LUCINDO.

Para trigo;
Que hay falta allá.

FENISA.

Espera, amigo;
Que éstas te acomodarán.

LUCINDO.

De aquesta mercadería
Que traigo, hay agora acá,
Y si la vendo, será
Con poca ganancia mía.
Si aguardo un mes, ganaré
La mitad por medio, y quiero,
Tomando aqueste dinero,
Aunque pierda, pues podré
Desquitallo en la ganancia,
Fletar la nave.

FENISA.

Harás bien,
Y yo haré que te le den.
Pero ¿será de importancia
El resguardo de tu hacienda?

LUCINDO.

Del almacén en que está
Daré las llaves.

FENISA.

Será,
Lucindo, bastante prenda.

LUCINDO.

Para tener más lugar
De estar contigo, no quiero
Vender tan presto, y espero
Que te sabré regalar.

FENISA.

Harto regalo me ofreces
Con verte, dulce bien mío.

¿Pagarásme?

LUCINDO.

Yo confío
Pagarte como mereces.

FENISA.

Advierte que han de querer
Treinta por ciento.

LUCINDO.

Eso es cosa
Cruel.

FENISA.

Pues será forzosa.

LUCINDO.

No es razón.

FENISA.

Esto ha de ser.

LUCINDO.

Tú negocia que sean veinte,
Por vida de aquesos ojos.
Mas no quiero darte enojos,
Mi alma; que pasa gente.
Yo te iré á ver esta tarde.
Habla á Fenisa, Tristán.

Lucindo habla con D. Félix.

FENISA.

¡Tristán, qué bueno y galán!

TRISTÁN.

Señora, el cielo te guarde.

FENISA.

Ya, como ricos venís,
Hablaréis por petición.

TRISTÁN.

Otra ha sido la ocasión.

FENISA.

Ya sé lo que presumís.

TRISTÁN.

¡Ojalá presunción fuera!
No es sino pura verdad.
¡Mal haya la voluntad
Que en quererte persevera!
Habiéndole tú engañado,
Viene este tonto á querer
Á la más falsa mujer.

FENISA.

¡Tristán!

TRISTÁN.

Estoy enojado.
¡Si vieras al moscatel
En la mar, lleno de fuego,
Por hallar algún sosiego
Querer arrojarse en él!
¡Si le vieras en Valencia
Llorar hasta que juntó
Tanta hacienda y se embarcó!.....
Pensé perder la paciencia.

FENISA.

¿Trae mucha?

TRISTÁN.

Trae casi nada:
Treinta mil ducados son.

FENISA.

Probar quise su afición.
Su hacienda tengo guardada.

TRISTÁN.

Ahora bien, gaste su hacienda,
Vaya á tu casa esta vez,
Dé á sus padres tal vejez,
Cumpla bien con su encomienda;
Que con no volver á España
Con él, habré yo cumplido.

FENISA.

Tristán, no me has conocido.

TRISTÁN.

Conozco quién es la caña
Adonde prendió el anzuelo
Que aquel gato nos pescó.

FENISA.

¡Qué vestido te hice yo
De un famoso terciopelo,
Con mil pasamanos de oro,
Que por irte le perdiste!

TRISTÁN.

¿Vestido ¡por Dios! me hiciste?

FENISA.

¡Qué linda cosa!

TRISTÁN.

Eso ignoro:
Pues tentado de galán,
Yo te llevaré este loco,
Que no ha de valerte poco.

FENISA.

Si me le llevas, Tristán,
El vestido y cien ducados
Son tuyos.

TRISTÁN.

Beso tus pies.

FENISA.

Adiós.

CELIA.

Adiós.

LUCINDO.

Á D. Félix.

Ésta es
La ocasión de mis cuidados.

FENISA.

Mira, mi bien, que te espero.

LUCINDO.

Haz el dinero traer.

FENISA.

Pues advierte que ha de ser
Treinta por ciento el dinero.

LUCINDO.

Como quisieres.

CELIA.

¿Á quién (Ap. á Fenisa.)
Lo piensas pedir?

FENISA.

Á mí;
Que los dos mil tengo allí:

Los mil haré que me den
Sobre joyas y vestidos.
Treinta por ciento, ¿es ganancia,
Dime, de poca importancia?
Y éste pierde los sentidos
Por mí, y si vende, es muy llano
Que me ha de dar cuanto tenga.

CELIA.

Guarda, señora, no venga
Con intento más villano;
Que los hombres suelen ser
Astutos en la venganza.

FENISA.

Al que dellos más alcanza
Le engaña cualquier mujer.
Vamos por el aduana,
Y en el registro veré
Su hacienda, para que esté
Segura.

CELIA.

Esa prenda es llana,
Porque del libro sabrás,
Y el registro, lo que trae.

Vanse las dos.

DON FÉLIX.

Si en el engaño no cae,
Lindo gatazo le das.

LUCINDO.

Que ella me le diese á mí
Es lo que agora deseo.

DON FÉLIX.

Que se va trazando creo
Para que suceda así.

El capitán Osorio y Dinarda.

OSORIO.

No hay para qué satisfacerme en nada;
Yo sé que sois honrado caballero.

LUCINDO.

Gente es ésta. Volved á la posada
Mientras que solicito este dinero.
Y si habéis de matar por propia espada
Ese que os ofendió, deciros quiero
Más seguro camino.

DON FÉLIX.

Yo quisiera
Que con secreto mi venganza fuera.

Vanse D. Félix, Lucindo y los criados.

DINARDA.

Que estuviese Fenisa en mi aposento
No niego, Capitán; pero es muy llano
Que os vino á ver.

OSORIO.

Yo sé su pensamiento,
Y sé también su proceder liviano.
Encarcelar al sol, prender el viento,
Me pareció más fácil que el tirano
Pecho desta mujer rendirse á un hombre,
Si es cosa justa que mujer la nombre.
Con esto ha conservado el artificio
De pescar las haciendas extranjeras;
Porque ese amor en gente de ese oficio
Derriba por el suelo sus quimeras;
Mas como el más espléndido edificio,
Que inmortal á los tiempos consideras,
Está sujeto al rayo, tú lo fuiste,
Que con su libertad en tierra diste.
Ella te adora, yo lo sé: ¿qué dudas?

DINARDA.

Y ¿oféndote, por dicha, en que me adore?

OSORIO.

Están las piedras, del milagro, mudas;
Que lo es muy grande que te busque y llore.
Mas si á quien tantos desnudó desnudas,
No dudes que tu ingenio se mejore,
Por haber engañado al mismo engaño,
Al mismo enredo, astucia, traza y daño.
Corrido de las burlas que me ha hecho
Y á tantos, al fin hombres, y extranjeros,
Quiero que pruebes á vengar mi pecho,
Solamente en materia de dineros.

DINARDA.

Si para alguna cosa de provecho
Fuere, don Juan, mi vida y sus aceros,
Ordena, manda, corta, pon y quita;
Que tú me obligas y un agravio incita.

OSORIO.

¿Agravio á ti?

DINARDA.

Después sabrás el cuento.

OSORIO.

Mira: ninguna cosa estas mujeres
Buscan ni intentan, más que el casamiento.
Toca esta tecla, si engañarlas quieres:
Debe de ser la causa el escarmiento
De sus livianos gustos y placeres;
Y cuando aquesto no les dé codicia,
El librarse también de la justicia.
Fuera desto, el temor que al tiempo tienen,
Viendo que ya se acaba la hermosura,
Y que si á verse con arrugas vienen,
No tienen cama ó posesión segura.
Muchos verás que así las entretienen,
Diciendo que hoy, mañana, y por ventura
En algunos es flor. ¿Hasme entendido?

DINARDA.

¿Tú quieres que me finja su marido?

OSORIO.

Déjame hacer; verás el fin que llevo.

Vanse.

Dinarda y Osorio en casa de Fenisa.

DINARDA.

Poco á poco á su casa hemos llegado.

OSORIO.

Tú serás de su Troya Sinón nuevo.

Salen Fenisa y Celia.

FENISA.

Todo el dinero tengo ya contado.

CELIA.

Paréceme, Fenisa, extraño cebo
Del anzuelo de amor tanto ducado.

FENISA.

¿No ves que me informé de los que tiene?
Llámame al Capitán.

CELIA.

Él mismo viene.

FENISA.

Á buscarte enviaba. (Aparte al Capitán.)

OSORIO.

¿En qué te sirvo?

FENISA.

Cierto dinero doy á cambio á un hombre,
Codiciosa de ver tanta ganancia;
Y porque espero otra mayor, querría
Que dijeses que es tuyo, y que es hacienda
De unas doncellas.

OSORIO.

¿No te dan resguardo?

FENISA.

Danme cincuenta cajas, por lo menos,
De paños y de sedas de Valencia,
Y cien pipas de aceite registradas.
Desto tendré las llaves y el seguro
De las guardas del Rey; que sin mi orden
No se dará á su dueño ni á otro alguno.

OSORIO.

Paréceme muy bien.

FENISA.

¿Cómo no llegas,
Don Juan?

OSORIO.

Porque está agora vergonzoso
De cierta pretensión.

FENISA.

Malicias tuyas.

OSORIO.

¿Cómo malicias? ¡Vive Dios, que quise,
Sabiendo que has estado en su aposento,
Pasarle el pecho con aquesta daga,
Y que me dijo que le perdonase,
Porque si alguna cosa te había dicho,
Era con sólo intento de casarse!
Yo, viendo la ocasión de tu remedio,
Y que con él casada, si te lleva
Á España, allá serás lo que quisieres,
Quiero perder de mi derecho y gusto
Porque te ganes tú; que por ventura,
Si voy á pretender como sospecho,
Te acordarás que tu remedio he hecho.

FENISA.

¡Ay, Capitán! ¿Engáñasme?

OSORIO.

No creas
Que en mi vida engañé mujer ninguna.

FENISA.

¡Ay, español, cómo conozco agora
La verdad española y el buen trato!
Si se efectúa, os doy el mismo día
Dos cadenas que valgan mil ducados.

OSORIO.

Yo le he dicho á don Juan que estás muy rica.

FENISA.

No engañas á don Juan; porque si digo
Verdad, puedo esta noche darle en dote
Catorce mil ducados como uno.

Tristán.

TRISTÁN.

Lucindo, mi señor, queda esperando
Con los de la aduana.

FENISA.

Osorio, vamos.
Tú, Celia, dile á Estacio y á Fabricio
Carguen ese dinero y que me sigan.

OSORIO.

Despediréme de don Juan.

FENISA.

Pues dile
Que es alma desta vida

DINARDA.

Al capitán.

¿Qué se ha hecho?

OSORIO.

Á un negocio forzoso los dos vamos.
Está loca Fenisa, y me promete
Mil ducados, don Juan, en dos cadenas.....
Quédate por aquí.

DINARDA.

Guárdete el cielo.

TRISTÁN.

Aparte.

¡Oh, qué bien se concierta! Agora es tiempo,
Fortuna, de tu paso diligente.
¡Por Dios, que va á mamarla dulcemente!

Vanse todos menos Dinarda.

DINARDA.

Perdidos pasos doy, gastando al viento
Suspiros, llantos, locas diligencias:
Ya no me queda en qué probar paciencias,
Que todo lo venció mi sufrimiento.
Si amor es un continuo pensamiento,
¿Qué mucho que le rompan mil ausencias?
Pues querer que me quieran por violencias,
Ni es ley de amor ni generoso intento.
Mudóse Albano: ¡oh tiempos miserables!
Y ¡blasonan los hombres que adoramos,
Que sus firmezas son incontrastables!
Mujeres sin disculpa nos mudamos;

Los hombres no, porque si son mudables,
Dicen que es por la causa que les damos.

Albano.

ALBANO.

Mucho me huelgo de hallaros,
Don Juan, solo en este puesto.

DINARDA.

Y yo de veros y hablaros;
Que también vengo dispuesto
Á informarme y á informaros.

ALBANO.

¡Válame Dios! ¿Que éste sea (Aparte.)
Don Juan, y que no es Dinarda,
Quién ha de haber que lo crea?

DINARDA.

Mucho el temor me acobarda, (Aparte.)
Que conocerme desea.
Pues téngolo de negar,
Si aquí supiese morir.—
Ya que me venís á hablar,
Ó comenzad á decir,
Ó comenzad á escuchar.

ALBANO.

Cuando en esta casa entrastes,
Sabíades mi intención:
¿Por qué vos después llegastes?

DINARDA.

Eso está en el corazón,
Que vos siempre me negastes.
Y sólo Dios lo sabría;
Porque un hombre al fin mudable,
Tendrá dos mil cada día.

ALBANO.

¡Jesús! Que mire, que hable, (Aparte.)
Es la misma prenda mía.
Pero Celia me ha contado
Que de Fenisa ha gozado,
Y esto no pudiera ser
Siendo este don Juan mujer,
Como lo tengo soñado.
Quiérome disimular.—
Vuestros criados hablé
Cuando me quise informar.

DINARDA.

Pues bien, ¿á qué efecto fué?

ALBANO.

Á efecto de preguntar
Vuestra patria y vuestro nombre;
Y burláronse de mí.

DINARDA.

Son pajes.

ALBANO.

No porque asombre
El veros venir aquí
Tan gallardo y gentilhombre,
Que deso no estoy celoso;
Más para sólo saber
Si sois hombre generoso,
Porque con esta mujer
Procedáis más cauteloso.

DINARDA.

¡Qué gracia en eso tenéis!
¿De cautelas me advertís?
Sin duda que las sabéis.

ALBANO.

Vos, ¿para qué la servís?

DINARDA.

Vos, ¿para qué la queréis?

ALBANO.

Yo por sólo entretener
La ausencia de una mujer
De quien desdichas me apartan,
Que eternamente se hartan
De verme morir y arder.

DINARDA.

¿Vos queréis mujer ausente?

ALBANO.

Quiero una mujer que adoro,
Tan bella, que no consiente
Que se le compare el oro,
Ni el mismo sol en Oriente.
Como á imagen la tenía
En el altar del respeto,
Donde el alma le ofrecía;
Cuyo retrato os prometo
Hace en vos la ausencia mía.
Y de colores de amor
En la tabla del deseo
Os hizo con tal primor,
Que parece que la veo,
Aunque la cubre el temor

DINARDA.

Quisiera saber quién era,
Para escribirle ese engaño
Que vuestra fe vitupera,
Porque viendo el desengaño,
Ausente os aborreciera.
Que á una piedra mueve á risa
Que aquí finjáis adorar
Á quien vuestro olvido pisa,
Y me vengáis á matar
Por los celos de Fenisa.
Pues, Albano, estad atento
Á lo que os voy á decir
De este antiguo pensamiento:
Ni tengo que competir,
Ni vuestros engaños siento.
Deste que agora tenéis,
Os digo que no intentéis
Entrar desde hoy en su casa,
Porque Fenisa se casa.

ALBANO.

¿Con quién?

DINARDA

Allá lo sabréis.
Y ¿qué sirve preguntar
Con quién se casa esta dama?
Amando en otro lugar,
¿No veis que en eso se infama
La que estaba en el altar?

ALBANO.

Oid.

DINARDA.

¿Yo cuentos ajenos?

ALBANO.

¡Ay, ojos de engaños llenos! (Aparte.)
¿Con quién se casa?

DINARDA.

Conmigo.

ALBANO.

¿Con vos?

DINARDA.

Sí, conmigo digo.

ALBANO.

Por muchos años y buenos.

Vase Dinarda.

ALBANO.

Acabóse. Ya, ¿qué intento?
¡Por Dios, que me vuelve loco
Tan extraño pensamiento!
Ya mi desengaño toco,
Ya con la verdad consiento;
Ya me parece que es ella,
Ya me parece que no;
Mas lo que saco de vella
Es que en mí resucitó
Cuanto he pasado por ella.

Vase.

Camilo y Albano, en la calle.

CAMILO.

En vuestra busca he venido
Por la ciudad descompuesto,
Y á gran ventura he tenido
Hallaros en este puesto.

ALBANO.

Quedo, Camilo. ¿Qué ha sido?

CAMILO.

Un hombre medio embozado,
Y español recién llegado,
Solícito preguntaba
Adónde Albano posaba,
Entre uno y otro soldado.
Llegué y díjeselo, y luego
Le pregunté qué os quería.
Mostró algún desasosiego,
Y dijo que volvería,
Sin que bastase mi ruego.
Seguíle, y en su posada
Pregunté quién era.

ALBANO.

¿Y bien?

CAMILO.

Ninguno me dijo nada.
Fuí á la mar; que fué también
Una advertencia extremada,
Y una nave valenciana
Hallé que había surgido,
Pienso que ayer de mañana,
Y que aquésta había traído
Cierta gente sevillana.

ALBANO.

¿Sevillana dijo?

CAMILO.

Sí,
Pues don Félix está aquí,
El hermano de Dinarda,
De alguna traición te guarda.

Hablan bajo.

Lucindo y Tristán.

LUCINDO.

Altamente la cogí.

TRISTÁN.

Divinamente cayó.

LUCINDO.

¿Está en la nave el dinero?

TRISTÁN.

Nuestra gente le embarcó.

LUCINDO.

Pues si hace viento, ¿qué espero?

TRISTÁN.

Lo mismo te digo yo.
Esta tiene mil valientes,
Que, descubierto el engaño,
Importa hallarnos ausentes.

LUCINDO.

¡Quién se hallara al desengaño!

TRISTÁN.

Ni lo digas ni lo intentes.
Conozco que fuera justo
Alquilar una ventana
Para mirar con tal gusto
Esta Circe cortesana
Rabiar de puro disgusto;
Pero, el peligro advertido,
Cójanos en alta mar,
Lucindo, aqueste rüido.

LUCINDO.

Tristán, ¡cuál ha de quedar!

TRISTÁN.

Notable gatazo ha sido.
Todos tenemos anzuelo.
¡Hola, pícara gallarda!
Quédate adiós.

LUCINDO.

Reparando en Albano y Camilo.

¡Qué recelo
Me ha dado esta gente!

TRISTÁN.

Aguarda.
No es nada.

LUCINDO.

Dad viento, cielo,
A la nave con que trato;
Que de fama y tiempo ingrato

Mayor opinión espero,
Que Jasón por su cordero,
Por este notable gato.
Cese la famosa historia
Del vellocino que frisa
Con la más alta memoria;
Que el anzuelo de Fenisa
Me ha dado mayor victoria.

Vase.

Tristán; Albano y Camilo, retirados.

TRISTÁN.

¡Cielos, dad viento á la nave
En que me vuelvo á Valencia,
Para que en ella me alabe
Que pude vencer la ciencia
De la mujer que más sabe!
Cien ducados y un vestido
Hoy á Fenisa he cogido;
Mi amo tres mil ducados,
Que, los dos mil rescatados,
Mil por la ganancia han sido.
Quédate en paz, pescadora
De bolsas, anzuelo extraño
De gatos, áspid que llora:
Mamaste tu mismo engaño,
Circe de enredos autora.
Ya no será de importancia
Poner cebo á la ganancia,
Llorar, mover y fingir;
Que ojos que nos vieren ir,
No nos verán más en Francia.

Vase.

CAMILO.

Bien me parece, y sería
Cuerda cosa ir á la mar.

ALBANO.

De esa nave en que venía
Me quiero luego informar
Antes que se cierre el día;
Que no faltará algún hombre
Que sepa también el nombre,
Y las señas me dirán.

CAMILO.

Agravios, ¿qué no podrán?
Lo que intenta, no te asombre,
Porque escribe el ofendido
En mármol, y el que ofendió
En agua.

ALBANO.

Pues he sabido
Que viene, no seré yo
Quien viva con tanto olvido.

CAMILO.

Bien haces, porque en efeto,
El que agravia, ni de un muro
Ni del lugar más secreto,
Aun no ha de vivir seguro
De sí mismo, si es discreto.

Vanse.

Fenisa y Celia.

CELIA.

Contenta vienes.

FENISA.

No estuve
En mi vida más contenta.
La suerte, á mi bien atenta,
Sobre su rueda me sube.
He vuelto un hombre á mi casa
Que la puede enriquecer;
Y seré de otro mujer,
Que por lo menos me abrasa.

CELIA.

Seguro queda el dinero
Que á Lucindo agora has dado.

FENISA.

¡Con qué astucia le he engañado!
Él es lindo majadero.
¿Hay hombre tan mentecato?
¿Estas bestias cría España?

CELIA.

Es toda España montaña
Bárbara en ingenio y trato.
¡Mira tú qué policía,
Pues de plata que le ofrece
La India, á Italia enriquece,
Á Francia y á Berbería!
¿Qué nación sustenta el mundo
Donde no corra por ley
Plata y armas de su rey?

FENISA.

¡Qué bien mis negocios fundo!
Treinta por ciento; y tras esto,
Lo que queda que pescar.
Déstos querría yo hallar.

CELIA.

Pocos hallarás tan presto.

FENISA.

Las llaves del almacén
He puesto en el escritorio.
¿Adónde, Celia, fué Osorio?

CELIA.

Fué por don Juan.

FENISA.

¡Ay, mi bien!

Bernardo.

BERNARDO.

Déme vuestra señoría,
Como á su paje, la mano.

FENISA.

¡Amigo Bernardo, hermano!.....

BERNARDO.

Goces de tal compañía
Más de mil años, amén.

FENISA.

Toma este anillo, Bernardo,
Por el español gallardo
Que es dueño tuyo y mi bien.
Mira que el diamante vale
Cuarenta escudos y más.

BERNARDO.

Cuando me mandes, verás
Que hay quien su firmeza iguale.

Fabio.

FABIO.

Della vostra signoria
Bacio le mani e li piedi,
E voglio chieder mercedi.

FENISA.

¡Oh, Fabio!

FABIO.

¡Oh padrona mia!
Un secolo e più, signora,
Godiate il vostro consorte,
Contenta sin a la morte,
E dopo de morta ancora.
Mai abbiate gelosia,
E Dio vi done figliuoli,
Maschi, belli et ispagnuoli.

FENISA.

El cielo hacerlo podría.
Toma esta joya, mi Fabio;
Que esa lengua me consuela.

FABIO.

¡Oh padroncina mia bella!

FENISA.

¡Oh paje discreto y sabio!

Osorio.

OSORIO.

Á decirte que le esperes
Me envía el señor don Juan.

FENISA.

¡Oh famoso Capitán,
Que mi padre y dueño eres!
Esta vuelta de cadena
En mi nombre has de traer.

OSORIO.

No era menester prender
Á quien tu amor encadena;
Mas ya que tan liberal
El cielo te fabricó,
Traeréla en tu nombre yo,
Á un esclavo tuyo igual.
Esto es gran favor, es mucho.

FABIO.

¡Vedete che ca me doglio!
Non lo voglio, non lo voglio;
Ma intratemelo in capuccio.

Dinarda.

DINARDA.

Perdona si me he tardado.

FENISA.

Seas, mi bien, bien venido.

DINARDA.

Quien viene á ser tu marido,
Al mayor bien ha llegado.

FENISA.

¿Qué te podría yo dar
Por esa palabra, amores?

DINARDA.

Muchas perlas, muchas flores
Desa boca y dese azar.

FENISA.

Toma este rico diamante
Para señal de mi fe.

DINARDA.

Pues señal de prisión fué,
Sea él grillo y yo el amante.

FENISA.

En cambio de un gran palacio
Hoy te da el alma Fenisa.

FABIO.

¡Por Dios, que reparte aprisa (Aparte.)
Lo que ha pescado despacio!

Albano y Camilo.

ALBANO.

Después de que por mil años
Goces, hermosa Fenisa,
Al señor don Juan de Lara,
Honra y valor de Sevilla,
Sabe que llegando al mar
Para saber si venía
Cierto don Félix, por quien
Traigo en peligro la vida,
Vi una nave valenciana
Que con su zaloma y grita
Izaba las blancas velas,
Que ya el manso viento hería,
Y que un hombre en una barca,
Abordándola, decía:
«Albano, Albano, esa carta
Daréis mañana á Fenisa.»
En esto, un hombre en la playa,
Que á mi lado la tenía,
Me la dió, y volviendo el rostro
Á la nave que se iba,
Dije: «Yo se la daré.»
Y entonces, con mucha risa,
Él y un amigo ó criado
Suben por el borde arriba.
La nave, izando el trinquete,
Se alejó de las orillas,
Porque el viento refrescaba,
Hasta perderse de vista.
Yo no aguardé, cuidadoso
De saber lo que sería,
Á mañana: esta es la carta.

FENISA.

La color tengo perdida. (Aparte.)

Abre, Osorio.

OSORIO.

Dice ansí:

Lee.

«Si bien te acuerdas, arpía,
Con artificioso anzuelo,
Luto y lágrimas fingidas,
Dos mil ducados pescaste.....»

FENISA.

¡Ah, Lucindo!

DINARDA.

¿Qué suspiras?

FENISA.

¡Válgame Dios! ¿Qué es aquesto?

OSORIO.

Lee.

«Mas la industria, vengativa,
Supo cobrar su dinero.»

FENISA.

¿Cómo?

OSORIO.

Lee.

«Una caja tenía,
Para poder engañarte,
Seis varas de paño encima.
Las pipas todas son agua,
Porque la primera pipa
Tiene diez libras de aceite;
No harás poco si te libras.
Tres mil ducados me diste;
Pues dos mil te dí, enemiga,
No es mucho que mil que quedan
Por este cambio me sirvan;
Que si tú á treinta por ciento
De tu ganancia querías,
De mentiras cobrarás,
Pues has vendido mentiras.»

FENISA.

No leas; que si supiera
Volar, ó hubiera en Sicilia
Encantadores.....

ALBANO.

Detente.

FENISA.

Déjame.

CAMILO.

En vano porfías.
Ya la nave en alta mar,
Todas las velas tendidas,
Camina con viento en popa.

FENISA.

¡Santo Dios!

CAMILO.

¿Qué te santiguas?

FENISA.

Soy mujer; no os espantéis
Que esto piense y que esto diga.
Perdona, amado don Juan;
Que para la hacienda mía
No importan tres mil ducados.

DINARDA.

Mi bien, como no te aflijas,
Yo no tengo mucha pena.

Don Félix y Donato, embozados; dos soldados.

DON FÉLIX.

Siguiendo á los dos venía,
Y en esta casa se entraron.

SOLDADO 1.°

Aquí hay gente.

DON FÉLIX.

Á Donato.

Aquí te arrima.

CELIA.

En la boda hay embozados.

DON FÉLIX.

Vuesas mercedes prosigan;
Que toda es gente de paz.

ALBANO.

Antes parece enemiga.
Desembócense, ó ¡por Dios,
Que los eche con más prisa
Que entraron!

DON FÉLIX.

Un hombre soy

Desembózase.

Que he venido hasta Sicilia
En busca vuestra.

ALBANO.

¿Es don Félix?

DON FÉLIX.

Y sin traición os querría
Hablar en el campo á solas.

CAMILO.

Este es campo.

OSORIO.

Ya me obligan.....

DINARDA.

Ténganse, que estoy en medio.
Díganme la causa, y dicha,
Yo los pondré en la campaña.

ALBANO.

Don Félix tuvo en Sevilla
Una cuestión, de la cual
Sacó dos ó tres heridas.

OSORIO.

¿No es más?

ALBANO.

Si es más, no lo sé;
Él, que lo sabe, él lo diga.

DON FÉLIX.

Aunque es verdad que en los pechos
Me pusistes aquel día
La pala, que no es agravio
Tengo por cuarenta firmas.
No vengo por esa parte:
Más pesa la ofensa mía;
Que con la espada en la mano
No hay hombre que agravios pida.
Yo le cobré con reñir;
Si me hirieron, fué desdicha,
Porque llegó vuestra espada
Como pudiera la mía.

ALBANO.

Pues ¿qué pedís?

DON FÉLIX.

Á mi hermana;
Y sin ella ó sin la vida
De quien me la trujo aquí,
No he de volver á Sevilla.

ALBANO.

Yo no tengo vuestra hermana.

DINARDA.

Si la enemistad antigua
Cesa, y las manos os dais,
Y por esposa la estima
Albano, como es razón,
Yo haré que venga ella misma
Á confirmar estas paces.

DON FÉLIX.

Esta es mi mano.

ALBANO.

Y la mía.

DINARDA.

Pues sabed que soy Dinarda.

FENISA.

¡Don Juan! ¡Mi esposo!

ALBANO.

Desvía;
Que mi mujer no es tu esposo.

FENISA.

¡Don Juan!

DINARDA.

¿Qué don Juan, Fenisa?
Mujer soy.

FENISA.

Pues, Capitán,
Será razón y justicia
Que me vuelvan lo que he dado.
Dame mi cadena.

OSORIO.

Mira
Si hay algún bravo que venga,
Y en el campo me la pida.

FENISA.

Bernardo, dame el diamante.

BERNARDO.

¿Qué diamante?

FENISA.

Tú, enemiga,
Dame el que te dí.

DINARDA.

No creo
Que tú tengas cosa fina.

FENISA.

Fabio, vuélveme la joya.

FABIO.

Vattene in forca e t'impicca.

CAMILO.

Aquí se acaba, senado,
El Anzuelo de Fenisa.

EL SERVIR CON MALA ESTRELLA

EL SERVIR CON MALA ESTRELLA

PERSONAS

Rugero de Valoes.	El rey D. Alfonso VIII (1).	Doraicel, *Rey moro.*
Turín, *su lacayo.*	Doña Sancha.	Don Íñigo.
Don Tello.	Doña Hipólita.	Un Secretario.
Don Ramiro.	Doña Clara.	Soldados.
Don Fortunio de Rojas.	Doña Marcela.	Criados.
Nuño Alfonso.	Don Fernando.	Músicos.
Doña Blanca.	Zelima, *esclava.*	Moros.—Acompañamiento.

ACTO PRIMERO.

Rugero y Turín, de camino, á lo francés.

RUGERO.

¿No te agrada la ciudad?

TURÍN.

Por todo extremo me agrada:
De río y muro cercada,
Muestra heroica majestad;
Y, de cuanto he visto en ella,
Este alcázar suntüoso
Me ha parecido famoso.

RUGERO.

España, Turín, es bella.

TURÍN.

Notable hermosura encierra.

RUGERO.

Bien nuestra Francia igualara,
Si el Moro no le ocupara
Tan fértil parte de tierra;
Aunque sus heroicos reyes
Poco á poco se la quitan.
Ya la guerra solicitan,
Ya la paz con santas leyes;
De los cuales no ha tenido
Hombre como Alfonso España.

TURÍN.

Así por la tierra extraña
Es estimado y querido.

RUGERO.

Coronóse Emperador,
Título en sus reyes nuevo.

TURÍN.

Si lo ha merecido, apruebo
El premio de su valor.
¿Á qué ocasión ha venido
Á Toledo? ¿No es León
Su asiento?

RUGERO.

Y con gran razón,
Pues para el Moro lo ha sido.
Mas después que aquel famoso
Alcaide suyo se fué
Á Jerusalén, en fe
De su valor generoso,
Á Nuño Alonso eligió,
Caballero castellano,

(1) Es realmente el VII, según la vulgar cronología, pero Lope, como otros autores antiguos, cuenta entre los reyes de Castilla á D. Alfonso I *el Batallador*, rey de Aragón y marido de D.ª Urraca.

Cuya belicosa mano
Tantas batallas venció,
  Que desde Alejandro acá,
Ninguno, Turín, como él
Se puso el verde laurel
Que en las victorias se da.
  Éste por Toledo entró
Triunfando, como solían
Los romanos que volvían
(Á quien igualó y venció)
  De alguna insigne victoria;
Y el triunfo tan grande ha sido,
Que el mismo Rey ha venido
Á ver envidiar su gloria.

TURÍN.

¿Á quién venció?

RUGERO.

Á dos ó tres
Reyes del Andalucía,
Cuyas cabezas traía,
Y el Rey envió después
  Á las moras sus mujeres.
Trujo africanos pendones,
Preseas, armas, municiones,
Cautivos.....

TURÍN.

¡Qué español eres!

RUGERO.

  De mil castillos y villas;
Y esto no es ser español,
Si no es que, de oir que el sol
Tiene luz, te maravillas;
  Que soy francés, y es nación
Que en guerra y paz no ha tenido
Qué envidiar á las que han sido
De mayor estimación.

TURÍN.

  Como vienes á servir
Al Rey de España, querrás
Alabar sus hijos más
De lo que puedo sufrir.
  No es mal principio, señor,
La lisonja para entrar
Al alma de un rey.

RUGERO.

Tratar
De la virtud y valor
  De un capitán como Nuño,
No es hacer lisonja al Rey;
Que los hombres de mi ley,
Con esta lengua que empuño,
  Que es de acero, han de servir
Á su rey de otra manera;
No con lengua lisonjera,
No con hablar ni fingir.

TURÍN.

Él sale: ¿iréme?

RUGERO.

¿Por qué?
Apártate allí, y espera.

El Rey y Nuño Alfonso.

REY.

  Vuelve, Nuño, á la frontera,
Y Dios victoria te dé.

NUÑO.

  Para serville y servirte
Solamente la deseo.

REY.

Que vuelven los moros creo,
Con ánimo de seguirte.

NUÑO.

  Deben de querer vengar
De sus reyes africanos
La muerte.

RUGERO.

Al Rey.

Dame esas manos,
Si las merezco besar,
  Por la afición con que vengo.

REY.

¿Quién eres?

RUGERO.

De aquesta carta
Lo sabrás.

REY.

Á Nuño.

Allí te aparta

RUGERO.

Á extraña ventura tengo (Aparte á Nuño.)
  Haberos, don Nuño, visto;
Que en Francia es vuestra opinión
Notable.

NUÑO.

Mercedes son
De amigos que allá conquisto,
  Que me honran en ausencia.

REY.

Del Rey es la carta. (Para sí.)

RUGERO.

Aparte
Quiero, Nuño Alfonso, hablarte.

REY.

¡Buen talle! ¡Gentil presencia! (Para sí.)

Lee mirándole.

«Rugero de Valoes, mi pariente, aficionado de sus heroicos hechos de Vuestra Majestad, me ha pedido licencia para servirle, y yo por lo mismo se la he dado; á quien suplico estime su voluntad por sus méritos y por mi intercesión; que para la guerra es un gran soldado, y para la paz un discreto consejero, etc. — *El Rey.*»

REY.

Rugero.....

RUGERO.

Señor.....

REY.

Si fuera
En mi voluntad dudosa
La del Rey, hoy la tuviera
Por segura.

RUGERO.

Es justa cosa
Que honres quien servirte espera.

REY.

Álzate del suelo..... y (1)
Puedes, Rugero, estar cierto
Que haré por honrarte aquí,
Ya que así me has descubierto
Los deseos que hay en ti,
Cuanto los míos podrán.
El Alcaide de Toledo,
De quien ya dicho te habrán
Que es del Africano miedo,
Es general capitán
De mis cristianas banderas;
Si quieres irte con él,
Podrás honrar sus fronteras;
Que piensa el Moro cruel
Bañar las verdes riberas
Del Tajo en sangre, atrevido.
Mas si por venir cansado
Quieres la paz, siempre ha sido
El más heroico soldado
Al plático preferido.
Conmigo podrás quedarte
En un Consejo de guerra,
Hasta que por otra parte
Vaya á hacer temblar su tierra
El león de mi estandarte.

RUGERO.

Para servirte, señor,
No me ha cansado el camino;
Que no se cansa el amor.
Ir con Nuño determino,
Y á sombra de su valor,
Cuando sea la jornada;
Que á la fama de su espada
Tal afición he cobrado,
Que estimo más que á su lado
Vaya mi persona honrada,
Que si Rey de Francia fuera,
De donde á servirte vengo.

NUÑO.

Si me honráis desa manera,
Dejaré el cargo que tengo,
Tomaré vuestra bandera,
Y daros he mi bastón.

RUGERO.

Nuño, yo os tengo afición.
Los cumplimientos dejemos;
Que allá en Francia bien sabemos
Vuestra virtud y opinión.
Yo iré por soldado vuestro.

NUÑO.

Descansad hoy.

RUGERO.

Mal pagáis,
Alcaide, el amor que os muestro.

NUÑO.

Si acompañarme gustáis,
Confírmese el amor nuestro;
Que sólo con el valor
Dese brazo heroico espero
Que he de volver vencedor.

REY.

¿Pártese también Rugero?

NUÑO.

Hoy me acompaña, señor.

REY.

Estimo su pensamiento.
Vamos, Nuño Alfonso, á ver
La gente.

Vanse el Rey y Nuño.

RUGERO.

¿Qué sientes?

TURÍN.

Siento
Que darás á conocer
Presto al español tu intento.
Nuño me agrada.

RUGERO.

¿Sabías
Su valor?

TURÍN.

Tratar oí
En Francia dél muchos días.

Doña Hipólita, D.ª Blanca, D.ª Marcela y D.ª Clara.

DOÑA BLANCA.

Luego ¿ya se parte?

DOÑA HIPÓLITA.

Sí.

DOÑA BLANCA.

¡Qué propias venturas mías!

DOÑA HIPÓLITA.

Dirá Blanca que le pesa
De que se parta Fernando.

DOÑA MARCELA.

No es poco si lo confiesa.

RUGERO.

Las damas son, que tratando (Ap. á Turín.)
Vienen, Turín, de la empresa.

TURÍN.

¡Bellas hembras!

RUGERO.

Son tan bellas,

(1) La edición que seguimos dice:

Álzate del suelo, y dime.

Que merecen ser estrellas.
Envidia el sol las tres solas.

TURÍN.

Lo que tienen de españolas
Luce por extremo en ellas.
No hay brío como el de España.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Vase Fortunio?

DOÑA BLANCA.

También
Á Nuño Alfonso acompaña.

RUGERO.

Todas éstas quieren bien
Á los dueños de esta hazaña,
Porque muestran sentimiento
De su partida.

DOÑA BLANCA.

Allí está
Un soldado.

RUGERO.

Atrevimiento
Hablarlas, Turín, será. (Aparte á él.)

TURÍN.

Antes justo pensamiento.

RUGERO.

No me atrevo.

DOÑA HIPÓLITA.

Hablar quisiera
Con este hidalgo.

DOÑA BLANCA.

Ese paje
Puedes llamar.

TURÍN.

Habla. (Aparte á su amo.)

RUGERO.

Espera.

TURÍN.

Habla ¡pese á mi linaje!

RUGERO.

¿No ves que es del sol la esfera?
¿No ves que puedo caer
De sus rayos abrasado?

DOÑA HIPÓLITA.

Á Turín.

¡Ah, escudero!

RUGERO.

¡Oh gran placer! (Ap. á Turín.)
¡Vive Dios que te ha llamado!
Llega.

TURÍN.

¡Á mí! No puede ser.
¿Qué tenemos, saber quiero,
Por escudero?

RUGERO.

Escudero
Es en Castilla un hidalgo.

TURÍN.

Límpiome y compongo y salgo.

RUGERO.

Llega, habla; aquí te espero.

TURÍN.

El cielo, hermosas señoras,
Os guarde. ¿Qué me mandáis?

DOÑA MARCELA.

¿Es extranjero?

DOÑA BLANCA.

¿Eso ignoras?

TURÍN.

Soles, que al cielo le dais
En un día tres auroras,
Á que me mandéis espero.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Quién es este caballero?

TURÍN.

Es deudo del Rey francés.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Su nombre?

TURÍN.

Rugero es.

DOÑA BLANCA.

Y ¿vos quién sois, escudero?

TURÍN.

Un hombre, á quien engañó
El diablo á entrar en palacio,
Que acaso le acompañó.

DOÑA CLARA.

¿Viene á la Corte despacio?

TURÍN.

Hoy por la posta llegó,
Y hoy también se ha de volver.

DOÑA CLARA.

¿Á qué ha venido?

TURÍN.

Á servir.

DOÑA BLANCA.

Soldado debe de ser.

TURÍN.

Si no hay más que me decir,
Voyme, que tengo que hacer.

DOÑA BLANCA.

Esperad. ¿De qué os cansáis?

TURÍN.

De verme hablando en razón;
Porque si bien lo miráis,
No tengo yo condición
Para el lugar donde estáis.
Afligíjome de hablar grave.

DOÑA MARCELA.

El hombre es de humor: bien sabe.

DOÑA HIPÓLITA.

¡Buen talle tiene el francés!
¿Deudo del Rey decís que es?

TURÍN.

Y de su Consejo y llave.

Don Fernando, D. Fortunio, D. Ramiro y D. Tello, de soldados.

DON FERNANDO.

Hoy, por ser nuestra partida,

De hablaros nos da licencia.

DON FORTUNIO.

El principio de la ausencia
Es como el fin de la vida.

DON RAMIRO.

Hoy es día de favor:
Bien le merecen soldados.

DON TELLO.

Y más si van alistados
Para la guerra de amor.

DOÑA BLANCA.

¡Qué lisonjeros venís!

DOÑA CLARA.

¡Qué vanagloria mostráis!

DOÑA HIPÓLITA.

¡Qué poca pena lleváis!

DOÑA MARCELA.

¡Qué descuidados partís!

DON FORTUNIO.

Yo de sentir ya no siento.

DON FERNANDO.

Yo sé que parto sin mí.

DON RAMIRO.

Yo sé que me quedo aquí.

DON TELLO.

Y yo que mi muerte intento.

DON FERNANDO.

Hacednos algún favor.

DON FORTUNIO.

Honrad quien os va á servir.

DOÑA BLANCA.

Lo que amor suele decir,
Suele cumplir el honor.
Doy este anillo á Fernando.

DOÑA CLARA.

Yo á Fortunio este listón.

RUGERO.

¿Qué es aquello? (Aparte á Turín.)

TURÍN.

Prendas son,
Con que los están honrando.

DOÑA MARCELA.

Doy á Ramiro esta flor.

DOÑA HIPÓLITA.

Pena me da el extranjero. (Aparte.)
Quiero hablalle. ¡Ah, caballero!

RUGERO.

¿Dicen á mí?

TURÍN.

Sí, señor.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Vais á la guerra?

RUGERO.

Querría,
Si vos licencia me dais.

DOÑA HIPÓLITA.

Pues, para que allá tengáis
Alguna memoria mía,
Esta banda os quiero dar.

RUGERO.

Bésoos las manos, señora,
Pues que quisisteis agora
Mi pecho y mi cuello honrar;
Y os juro en satisfacción
Lo que ganare traeros
Como á templo, y ofreceros
Mi fe con el corazón.

DON TELLO.

¿Qué es esto? Pues ¿no merezco (Aparte.)
Prenda de Hipólita yo?
¡Á un extranjero la dió!

RUGERO.

Lo más que puedo os ofrezco.

DOÑA HIPÓLITA.

Ya estáis en obligación
De estimar mi voluntad.

RUGERO.

No responde mi humildad
Hasta mejor ocasión.

DOÑA BLANCA.

Vamos, que es mucha licencia.

DON FORTUNIO.

De acompañaros la pido.

Vanse las damas, y quedan, de los caballeros, D. Tello y Rugero, y Turín.

DON TELLO.

¿Parécete, amor, que ha sido (Aparte.)
Poco peligro una ausencia?
Mas por no darme desvelos
Los celos anticipaste.

TURÍN.

¿Prenda en efecto alcanzaste? (Ap. á su amo.)

RUGERO.

Sí, mas de color de celos;
Que el hidalgo que está allí
Deste azul celoso está,
Porque me ha mirado ya
Como envidioso de mí.

TURÍN.

Descolorido se ha puesto.
Hablarte quiere.

RUGERO.

Ganemos
Por la mano, y la tendremos
Si aquí se aventura el resto.

Llégase á D. Tello.

La licencia de extranjero
Á preguntaros me obliga,
Caballero.....

DON TELLO.

¡Ay, enemiga, (Aparte.)
Mal me pagas, bien te quiero!

RUGERO.

¿Cómo se llama la dama
Que aquesta banda me dió?

DON TELLO.

La que á ese cielo os llevó,
Doña Hipólita se llama.

RUGERO.

¿Qué calidad?

DON TELLO.

La que basta
Para ser de un rey mujer.

RUGERO.

Esto quería saber.

DON TELLÓ.

¡Lindo humor el francés gasta! (Aparte.)

RUGERO.

Turín.....

TURÍN.

Señor.....

RUGERO.

Ven conmigo;
Que hay mucho que hacer.

TURÍN.

Aparte á su amo.

No queda
Con gusto.

Vanse Rugero y Turín.

DON TELLO.

Cuando no pueda
Tan verdadero testigo
De tu deslealtad vencerme,
Yo le quitaré la prenda
Donde todo el mundo entienda
Que nadie puede ofenderme.
¡Oh francés, plegue á los cielos
Que te mate el primer moro,
Pues la esperanza que adoro
Por ti se convierte en celos!

Vase.

Doña Sancha y Zelima.

DOÑA SANCHA.

Con celos del Rey, Zelima,
Me ha sacado de palacio
Mi hermano, sin darme espacio:
Tanto nuestro honor estima.
No quiere de ningún modo
Confiar la resistencia
De su furia á mi prudencia.

ZELIMA.

Acierta, señora, en todo;
Porque pudiendo igualar
Al mismo Alfonso, es razón
No desdorar la opinión
En la malicia vulgar.
Y ¿cómo lo lleva el Rey?

DOÑA SANCHA.

Muestra en la pena el valor.

ZELIMA.

Tirano rey es amor,
Que á reyes no guarda ley.

DOÑA SANCHA.

Tú, ¿qué hicieras si te amara
En tu tierra un gran señor?

ZELIMA.

Rogara, Sancha, al honor
Que del poder me librara.

DOÑA SANCHA.

¿Y si en alguna partida
Vieras unos ojos graves
Con dos lágrimas suaves?

ZELIMA.

Temiera perder la vida:
Y era discreción temer;
Porque lágrimas es mar
Donde se suele anegar
La piedad de la mujer.

DOÑA SANCHA.

Luego, si yo la tuviese,
¿Tendría alguna disculpa?

ZELIMA.

Quien al amor puso culpa,
Si la elección justa fuese,
Ni amó ni tuvo sentido,
Ni razón ni entendimiento.

DOÑA SANCHA.

Pues sea mi sentimiento
En tu disculpa admitido.
Yo quiero al Rey. No dirás
Que hay otro mejor que el Rey.
Si la elección justa es ley
De amor, no hay que elegir más.
Demás que yo no buscara
Á Alfonso para querer
Lo que no pudiera ser
Para que no me casara.
Amé, porque fué accidente
Que de mirarle nació;
Que quien amado no amó,
No puede decir que siente.
Amar al Rey es del mundo
Precepto en primer lugar;
Servirle tras el amar,
Es mandamiento segundo.
Pues darle lo que ha de ser
Para su gusto y su intento,
Es tercero mandamiento;
Y el cuarto es no le ofender.
Mas, no pasando adelante,
Más obligan los preceptos
Á los nobles y discretos
Que al ciego vulgo ignorante.
Amo, sirvo y quiero el gusto
De Alfonso, huyendo ofendelle;
Porque serville y querelle
Es un precepto muy justo.

ZELIMA.

Y ¿qué espera tu memoria
De guardar por justa ley
Los mandamientos del Rey?

DOÑA SANCHA.

Espero gozar su gloria.

ZELIMA.

¿Ya estás en eso?

DOÑA SANCHA.

¿Qué quieres,
Si soy mártir de su amor?

ZELIMA.

¿Y tu honor, si es el honor
El freno de las mujeres?

DOÑA SANCHA.

Mi honor demonio sería,
Que como al Rey no sirviese,
Ni sus preceptos cumpliese,
Su cielo me quitaría.
Mas yo le sabré vencer.

ZELIMA.

No te quiero aconsejar;
Que dicen que es abreviar
La infamia de una mujer.
Sólo te suplico y ruego
Mires que es tu hermano un hombre
Que pondrá, en honor del nombre,
Á su misma sangre fuego.

DOÑA SANCHA.

¿Es mi marido mi hermano?
¿Por qué le toca mi honor?

ZELIMA.

Poner en razón á amor
Es coger el aire en vano.
Pisadas siento.

DOÑA SANCHA.

¡Ay, Zelima,
Un hombre se ha entrado acá!

El Rey.

REY.

¿Qué es lo que amor no podrá (Para sí.)
Si á tal locura me anima?

DOÑA SANCHA.

¡Señor!.....

REY.

¡Mi bien!

DOÑA SANCHA.

¿Cómo ansí?

REY.

Hasta la calle he llegado
En un coche, y embozado:
Ciego de mi amor salí;
Que quien en tanta afición
En tales cosas no cae,
Vendados los ojos trae
Y embozada la razón.
¿Dónde está tu hermano?

DOÑA SANCHA.

Ayer
Trataba de ir á la guerra;
Mas la que en el alma encierra
Más guerra debe de ser.
Tratar quiere con mi tío
Que me vuelva á la montaña.

REY.

Si al poder, Sancha, acompaña
Tan ciego amor como el mío,
¿Quién le tendrá de esconderte?

ZELIMA.

Tu hermano viene.

DOÑA SANCHA.

¡Ay de mí!

REY.

¿Qué haré?

DOÑA SANCHA.

Esconderte.

REY.

¿Yo?

DOÑA SANCHA.

Sí.

REY.

¿No es mejor matarle?

DOÑA SANCHA.

Advierte
Que destruyes cuanto soy,
Y que esconderte es muy justo.

REY.

¿Yo esconderme?

DOÑA SANCHA.

Hazme este gusto.

REY.

Ya ¿no sabrá que aquí estoy?
Nunca los reyes se esconden.

DOÑA SANCHA.

El sol lo es más, y le ciega
Cualquiera nube que llega.

ZELIMA.

Ya llama, y no le responden.

REY.

El sol ó el Rey, imagina
Que no es posible.

DOÑA SANCHA.

Mas son
Imágenes, que es razón
Que tal vez tengan cortina.

DON TELLO.

Dentro:

¿No hay un escudero aquí?
¿No hay un paje que responda?

DOÑA SANCHA.

Vuestra Majestad se esconda

REY.

Escondido estoy ansí.

Quédase inmóvil.

Sale D. Tello.

DON TELLO.

¡Válgame el cielo! ¿Qué veo? (Aparte.)
¿No es el Rey? ¿Qué dudo, ya
Que tan declarada está
Mi deshonra y su deseo?
¿Qué haré? ¿Hablaréle? Mas él
Ni me mira ni se mueve,
Porque no quiere que pruebe

Á quejarme dél con él.
¿Hay más notable pintura
De la majestad de un rey?
Divina y humana ley
De mi espada le asegura.
Y puesto que me ha ofendido,
Yo confieso que me ha honrado,
Pues de quien soy se ha fiado
En no haberse defendido;
Que es, quitándome el honor,
No quererse defender,
Confianza de su ser
Y abono de mi valor.
¡Qué bien me ha dado á entender
Que es quien es, sólo en callar!
¿Tendré licencia de hablar,
Pues no la tengo de hacer?
Mejor, pues es justa ley,
Será hablar; mas con recato.
¿Quién trajo á casa el retrato,
Hermana, del señor Rey?
¿Véndese aquesta figura?
Cierto que es muy parecida,
Y que no he visto en mi vida
Tan extremada pintura.
Pero yo, Sancha, quisiera
Que el pintor que la ha pintado,
Como está en la guerra armado,
En el lienzo le pusiera;
Que son lustrosas y bellas
Las armas reales y adorno,
Y otra vez á decir torno
Que parece mal sin ellas.
Los que le vieren galán
En casa de una mujer
Por casar, que él lo ha de ser,
Ó que lo ha sido, dirán.
Con el bastón y la espada,
Como está ahora en la guerra,
Que entra el Moro por su tierra,
Será pintura extremada;
No en nuestra casa, no así.....

Vuelve el Rey las espaldas y vase.

Fuése; la espalda volvió,
Porque al honor le llegó
Ver este respeto en mí.
Así del león se cuenta
Que huye si no le ven,
Y aunque mil muertes le den,
Mientras le ven no se ausenta.
¿Qué es esto, Sancha? ¿Á qué efeto
Te visita el Rey á ti?
¿Trújete, por dicha, aquí
Para perderme el respeto?
Pues ¡vive Dios.....

DOÑA SANCHA.

Ten la daga;
Que no soy culpada yo.
Ya se fué quien te ofendió,
De quien te debe te paga.
Si haces, al que es ofensor,
Pintura, por no atreverte
Al poder del que ves fuerte,
Siendo el rayo de tu honor,
Á mí, que soy la pintura,
Porque soy flaca mujer,
¿Hácesme viva, por ver
Que está la espalda segura!
Pues, Tello, también soy yo
Sangre del Rey de Navarra;
La misma cadena y barra
De padre y madre me honró.
No culpes mi honesto celo;
Y si tu honor turbio corre,
De remediarle, socorre
La fuente, no el arroyuelo.
No me des la culpa á mí,
Porque si el Rey aquí entró,
No soy quien le busco yo,
Que él viene á buscarme á mí.

Vanse D.ª Sancha y Zelima.

DON TELLO.

¡Esto me obliga á sufrir
Aquel inmenso poder!
Pues algo tengo de hacer;
No ha de ser todo decir.
Cerrarla quiero en la torre
Desta casa, pues es fuerte,
Mientras la mía ó su muerte
Intento..... Mal me socorre.
¡Bien me va de amor y honor!
Por Hipólita dejé
De ir á la guerra, que fué
Celos de su poco amor.
No quise, pues al francés
Dió el favor que me debía,
Poner á peligro un día
La vida sin interés.
Y en materia de mi honor
Veo mi deshonra llana
Con doña Sancha mi hermana,
Y á Alfonso loco de amor.
Pues yo pienso hacer de suerte,
Como cosa aborrecida,
Que pierda una infame vida,
Y gane una honrosa muerte.

Vase.

El Rey y D.ª Hipólita.

REY.

No supe qué responder;
Que al hombre de más valor
Siempre obliga á enmudecer,
Hacer ofensa al honor
Del hombre por la mujer.
Rey, Hipólita, me vi;
Y con ver que no ofendí

Su esposo, sino su hermano,
No fué, en viéndole, en mi mano
Dejar de temerme á mí.

DOÑA HIPÓLITA.

No te dé pena la suya;
Considera tu valor,
Para que por él se arguya
El caso del deshonor
Que causa la ofensa tuya.
La que ella tiene, es razón
Que sientas.

REY.

Al corazón
Me llega su sentimiento,
Y tengo en el pensamiento
De Tello la condición.
Sospecho que ha de llegar
Á más cólera con ella.

DOÑA HIPÓLITA.

Él te sabrá respetar.

REY.

Mucho el honor atropella,
Y me tiene con pesar.
Vé y escríbela un papel,
Y dile, Hipólita, en él
Que me cuente lo que pasa,
Porque el alma se me abrasa
Hasta ver respuesta dél.

DOÑA HIPÓLITA.

Á hacer lo que mandas voy.

REY.

Camina.

DOÑA HIPÓLITA.

Tu esclava soy.

Vase.

REY.

¡Por Dios, que diera á Toledo
Por no estar con este miedo
Que de su peligro estoy!

Don Fernando.

DON FERNANDO.

Bien puede Tu Majestad,
Invicto rey don Alfonso,
Alto Emperador de España,
Fénix de dos santos godos,
Prevenir grandes mercedes
Á los pechos valerosos
De los fuertes castellanos
Que han vencido á tantos moros.
Al Rey de Córdoba ha muerto,
Lanza á lanza, Nuño Alfonso,
Y al de Sevilla, Rugero,
Aquel francés valeroso,
Que hoy ha mostrado en el campo
Ser rama del noble tronco
De los doce paladines
Que traen la fama en sus hombros.
Es el hombre más valiente
Que ha visto el dorado Apolo
En cuantos círculos hace
Por el estrellado globo.
Si te dijere la envidia
Contra sus hechos famosos
Alguna cosa, no creas
Las entrañas de este monstruo;
Que él solo ha muerto más vidas
Que el labrador presuroso
Derriba espigas al suelo
En el abrasado Agosto.
Yo estuve, Alfonso, á su lado,
Yo le vi con estos ojos
Entre las blancas adargas,
Y entre los alfanjes corvos,
Echar á rodar turbantes
Como en el Septiembre airoso
Suele derribar el cierzo
Las secas hojas del olmo.
Quitóle tantas banderas,
Armas, trofeos, despojos,
Que puede entoldar con ellos
El templo más suntüoso.
De los demás no te digo,
Señor, los hechos heroicos,
Porque con los de Rugero
Todos me parecen pocos.
Nuño viene; que estas cajas
Y sus pífanos sonoros
Vienen pidiéndote albricias.

REY.

Aquí, Fernando, me pongo
Á esperar al general
Y ejército victorioso,
Á quien ofrecer quisiera
Montañas de plata y oro.

Don Tello, que se queda retirado.

DON TELLO.

Aunque á la guerra no fuí, (Aparte.)
Por los celos de Rugero,
Entrar con el campo quiero,
Y del Rey vengarme así;
Que pues él me dió á entender
Que no hablaba ni sentía,
Que no le he visto querría
También hacelle entender.
Á Sancha dejo encerrada
En la torre, de manera,
Que puesto que Alfonso quiera,
No pueda ser conquistada.
La gente viene: con ella
Al Rey besaré los pies,
Á despecho del francés
Que mi valor atropella;
Que cuando llegue ocasión,
Yo le quitaré la prenda,
Para que Hipólita entienda
Que vuelvo por mi opinión.

Tocan, y salen soldados en orden; Nuño Alfonso, con bastón; Rugero, D. Fortunio, D. Ramiro y Turín: don Tello se une á ellos.

NUÑO.

Dame, heroico señor, esos pies ínclitos.

REY.

¡Oh generoso Nuño! ¡Oh noble alcaide!
¡Oh victorioso capitán insigne,
Tan digno de añadir tu nombre claro
Á los famosos nueve que honra el mundo!
¿Qué os puedo dar por tan heroicos hechos?

NUÑO.

Ninguno, gran señor, como serviros,
Que es la palma mayor de mis deseos.

REY.

Añadid, Nuño Alfonso, á vuestras armas
La cabeza del moro Rey de Córdoba,
Y el título de Conde á vuestra casa,
Con la villa de Mora y sus aldeas.

NUÑO.

Sois, en efecto, Emperador de España.

DON FERNANDO.

Aunque os besé los pies, Rey soberano,
No os pedí las albricias, tan debidas
Al justo celo del servicio mío.

REY.

¡Oh Fernando de Zúñiga famoso!
Mi Mayordomo os hago, y juntamente
Quiero que os den de renta por dos vidas
Diez mil maravedís todos los años.

DON FORTUNIO.

Aunque, como merece la grandeza
De vuestro nombre, mi humildad no puede
Serviros, gran señor, los pies os pido,
Y os suplico aceptéis mi buen deseo.

REY.

¡Oh Fortunio de Rojas! Desde ahora
Mi Justicia mayor os constituyo,
Y Canciller mayor de España os hago.

DON FORTUNIO.

Quien á los buenos sirve, presto medra.

DON TELLO.

Dadme á besar esas heroicas manos,
Alfonso generoso, y á las mías
Agradeced el ánimo, que sólo
Merece el premio que á las obras falta,
Puesto que humilde á majestad tan alta.

REY.

Tello, á ninguno de todos
Cuantos vienen de la empresa,
Aunque entre el que más profesa
Ser reliquia de los godos,
Conoceré obligación
Como la que os he tenido.
¿Cómo en la guerra os ha ido?

DON TELLO.

¡Terrible imaginación! (Aparte.)
Señor, no me fué muy bien,
Pues que vuelvo á vuestros ojos
Sin la honra..... de los despojos
Que en los presentes se ven.
Pero he sido acometido
De un hombre tan poderoso,
Que ha sido justo y forzoso
Volver como veis vestido.
Pero de cualquiera suerte
He de hacer mi obligación.

REY.

Tello, haced buen corazón
Cuando la ocasión es fuerte.

DON TELLO.

Fuerte es, señor, la pintura,
Que jamás me pudo hablar.

REY.

Si os enseñaba á callar,
Que lo aprendáis es cordura.
De mi cámara sois ya;
Mi llave, don Tello, os doy,
Porque entréis adonde estoy.

DON TELLO.

Bésoos los pies.

REY.

Bueno está.
Y pues mi llave tomáis,
Entraréis donde yo esté;
Que es bien que licencia os dé,
Aunque vos no me la dais.

DON TELLO.

Si el Rey á todos prefiere,
Al Rey, ¿quién se la ha de dar,
Pues se la puede tomar
De entrar adonde quisiere?

REY.

Los que á los reyes provocan,
Mejor es que los igualen
Al sol, pues entran y salen
Sin manchar en lo que tocan.
Id con Dios.

TURÍN.

Á Rugero.

¿Qué tardas? Llega,
Para que premio te dé.

RUGERO.

Ya no tiene qué, porque
Todo cuanto tiene entrega.
De sus manos liberales
Mil cosas, Turín, oí;
Pero ya las veo aquí
Á sus grandezas iguales.

TURÍN.

Si á los que ves galardona,
Que apenas han muerto un moro,
Para ti no habrá tesoro
En su española corona.
Llega, que el quererte bien
Me martiriza el deseo.

RUGERO.

Rugero soy.

REY.

Ya lo veo,

Y en tu persona también.
Á Héctor, al Rey de Tebas,
Á Aquiles, á Scipïon,
Y al famoso Paladión,
Vencer tus hazañas pruebas.
¡Oh valeroso Rugero,
Cómo has mostrado el valor
De Francia!

RUGERO.

Invicto señor,
Más mi humildad considero
Cuanto más me encarecéis.

REY.

Honor de Francia y de España
Te ha de llamar esta hazaña.

RUGERO.

Vuestra hechura engrandecéis.

REY.

Todos queréis descansar:
Id norabuena, soldados.

Vanse todos, menos Rugero y Turín.

RUGERO.

No quedamos mal pagados.

TURÍN.

Ya comienzas á medrar.

RUGERO.

¡Válgame Dios! ¿Qué sería
No darme en esta ocasión
Alfonso aquel galardón
Con que á los demás envía?

TURÍN.

Debe de ser porque quiere
De otra manera premiarte
Que á los otros: tiempo y parte
Podrá ser que el Rey espere;
Que habiéndoles preferido,
Parece justa razón
Que lo sea en galardón
El que mejor le ha servido.

RUGERO.

Cordura de Alfonso fué:
No hay sino esperar callando,
Porque servir murmurando
Sólo en gente vil se ve.
Yo sé que me ha de premiar:
No demos causa á decir
Que no comienzo á servir,
Y comienzo á murmurar.
Ya sabes que he prometido
Á la que mi cuello honró
De aquel cielo azul que dió
Luz y gloria á mi sentido,
Lo que en la guerra ganase:
Pues parte, y los treinta moros
Viste de azul.

TURÍN.

¿Qué tesoros
Me has dado que á España pase,
Que vistes á treinta galgos?
¿No se están vestidos?

RUGERO.

No:
Azul la banda me dió;
Sepan aquestos hidalgos
Que es de Hipólita color.

TURÍN.

Parecerá confradía.
De otra color ¿no sería
Más agradable y mejor?

RUGERO.

¿Qué color como los cielos?
Aunque aquí de celos fué.

TURÍN.

¡Moros y azules! ¿Por qué?

RUGERO.

Porque son moros los celos.

TURÍN.

Mala propiedad tendrán:
Celos lo averiguan todo;
Y el moro de ningún modo
Disputa de su Alcorán.

RUGERO.

Celos es falta de fe,
Y así moros los hacía.

Don Ramiro.

DON RAMIRO.

El Rey, Rugero, me envía.....

RUGERO.

A Turín.

¿Ves cómo no me engañé?

DON RAMIRO.

Á decirte que le esperes,
Que á solas te quiere hablar.

RUGERO.

Aquí espero, aquí hay lugar.

Vase D. Ramiro.

¿Qué dices?

TURÍN.

Discreto eres.

RUGERO.

¿Ves cómo á solas quería
Premiarme el Rey?

TURÍN.

Es prudente.

RUGERO.

Echó de ver que á su gente
Causar envidia podría,
Y toma discreto acuerdo.
Parte, y darás un recado
Á Hipólita, con cuidado
De que le parezcas cuerdo,
Mientras hablo á Alfonso aquí.

TURÍN.

Voy.

RUGERO.

Camina; que el Rey viene.

Di que treinta esclavos tiene;
Pero comienza por mí.

Vase Turín.

El Rey.

REY.

Rugero, á los discretos caballeros
Y valerosos como tú, es muy justo
Elegir para puestos y lugares
Tan altos, como ahora te apercibo.

RUGERO.

Mil veces, gran señor, por tantas honras
Y tan grandes mercedes, tus pies beso.
En cualquiera lugar que tú me pongas,
Te servirá mi voluntad de suerte,
Que no llames á engaño tu deseo,
Supuesto que los méritos me faltan;
Mas como en hacer hombres de la tierra
Parezcan más á Dios que en otra cosa
Los reyes, tú podrás de nada hacerme,
Y yo confesaré que soy tu hechura.

REY.

Yo, Rugero, te fío mi alma propia,
Toda mi calidad, mis pensamientos;
No tengo que decir ni exagerarte
Si te digo que quiero y que me quiere
Una mujer que en sangre me ha igualado,
Y que en dones del cielo me ha excedido.
Tiene un honrado hermano, y tan honrado,
Que lleva á mal que el sol se la visite.
Quise verla en su casa, y hoy me ha visto
Entrar en ella; fuíme sin hablarle,
Escribíla, y responde estos renglones.....
Este papel responde, en que me dice
Que la tiene encerrada en una torre.
Si desto me ha pesado, ten por cierto
Que le dijera bien su desatino,
Si no fueran los reyes un espejo
En que toman ejemplo sus vasallos.
No dudes que la torre conquistara
Mejor que las fronteras de los moros;
Pero, pues es razón que considere
Que me miran los cielos y los hombres,
Sólo pretendo hablarla de secreto.
Prevén tus armas para aquesta noche,
Que es cuando quiero que conmigo vayas,
Y algún criado tuyo, como sea
Extranjero también. ¿Hasme entendido?

RUGERO.

Agradezco, señor, tantos favores,
Tantas mercedes y honras. Bien entiendo
El lugar que me das, y juntamente
El estado que tienen tus deseos.
Yo vendré, como dices, prevenido,
Ésta, y la noche que salir gustares;
Tú serás general y yo el ejército:
Aventura esta vida, como sueles,
Á la victoria dulce desa dama.

REY.

Pues alto: quede así; guarda el secreto,
Y guárdente los cielos.

RUGERO.

Y tu vida
Aumenten y prosperen largos años.

Vase el Rey.

Turín.

TURÍN.

Aquí esperaba que se fuese Alfonso.
Llegué á buen tiempo; hablé con doña Hipólita,
Y dice que te espera en esas rejas,
Que quiere darte el parabién.

RUGERO.

¿Qué dices?

TURÍN.

Que está loca de ver que vienes bueno
Y con tanta opinión desta jornada;
Muestra adorarte en todo cuanto dice,
Y me dió esta cadena por albricias.

RUGERO.

Conócese el amor, Turín, en dádivas.

TURÍN.

Eso quisiera yo que me dijeras.
¿Qué te ha dado, Rugero, el Rey?

RUGERO.

Estuvo
Prometiendo, diciendo, honrando..... y todo
Para en decir que aquesta noche quiere
Que á unos amores suyos le acompañe.

TURÍN.

¡Qué! ¿No te ha dado nada?

RUGERO.

Lo que digo.

TURÍN.

Pues que pretende, gran lugar espera.

RUGERO.

No es posible otra cosa, porque creo
Que á ninguno en su corte estima tanto.

TURÍN.

Más quisiera que fuera ahora dándote
Un poco, y otro poco; y, por lo menos,
Que hiciera fundamento al edificio;
Que quien comienza á dar, á dar se enseña:
Y un discreto que á un rey servía en Francia,
Decía que tomar del Rey se debe,
Ó mucho, ó poco, ó siempre estar quejoso.

RUGERO.

Servir por interés es cosa infame:
Vamos á hablar á Hipólita, y advierte
Que has de ir conmigo y con el Rey.

TURÍN.

Bien creo
Que te sabrá pagar el castellano.

RUGERO.

Obligar con servir es buena estrella.

TURÍN.

Guárdete el cielo de servir sin ella.

ACTO SEGUNDO.

Don Tello y D. Fernando.

DON TELLO.

Como á mi deudo y pariente,
Os doy cuenta deste caso.

DON FERNANDO.

¿Qué sentís?

DON TELLO.

Que hablemos paso,
Como ha de callar quien siente.
No da licencia el dolor
Á que se cure el enfermo;
Que yo, Fernando, no duermo,
De los que me da mi honor:
Por honor, sufren las leyes
Matar la propia mujer.

DON FERNANDO.

No hay honor para vencer
Lo que se debe á los reyes.

DON TELLO.

Pasa de lo que es razón.

DON FERNANDO.

¿No decís que la pusistes
En la torre?

DON TELLO.

Sí.

DON FERNANDO.

Ya hicistes
Vuestra justa obligación:
Si llega el poder, y sube
Donde el tesoro ponéis,
Disculpa, Tello, tenéis.....
Ó encerradla en una nube.
¿No os habéis quejado?

DON TELLO.

Sí.

DON FERNANDO.

Pues ¿qué dice?

DON TELLO.

Que la casa
Con Rugero; y esto pasa
Delante dél y de mí.

DON FERNANDO.

Por ventura puede ser.

DON TELLO.

Pues ¿cómo? ¿Vos me engañáis?
¿Ó acaso me consoláis
De lo que vengo á perder?
¿No veis que sé yo que adora
En Hipólita Rugero?

DON FERNANDO.

Daros un remedio quiero.

DON TELLO.

Pues ¿habrá remedio ahora?

DON FERNANDO.

Yo le quiero al Rey pedir
Por mujer á vuestra hermana;
Si la niega, es cosa llana
Que la debe de servir;
Si responde que la tiene
Á Rugero prometida,
Por los filos de la herida
La justa venganza os viene,
Porque diciendo que está
Con vuestra hermana casado,
Á Hipólita os ha dejado,
Por quien tanta pena os da,
Que luego la pediréis
Al Rey, pues no es de Rugero;
Con que de los tres espero
Que con un tiro os venguéis:
Del Rey, porque ha de quitar
Á su privado su dama;
De Rugero, pues lo que ama,
Por fuerza lo ha de dejar,
Y de Hipólita mejor,
Que se case ó no se case
Rugero, porque se abrase
De celos como de amor.
Si no se casa, con celos,
Porque la sospecha es llana
De que adora en vuestra hermana;
Y si se la dan los cielos,
Con venir á ser mujer
De quien tiene aborrecido,
Que sois vos.

DON TELLO.

Tengo entendido,
Ó vos me dais á entender,
Que no estáis bien con Rugero.

DON FERNANDO.

Porque os quiere mal á vos,
Estoy mal con él.

DON TELLO.

¡Por Dios,
Que de envidia y celos muero!
Fuera de que está en razón
Aborrecer quien ha sido
Por quien me ha puesto en olvido
La que me tuvo afición,
Sin la ofensa que me ha hecho
En ser la capa que cubre
El amor del Rey.

DON FERNANDO.

Descubre
La falsedad de su pecho.

Turín.

¿No es éste aquel francesillo (Ap. á D. Tello.)
Que le sirve?

DON TELLO.

El mismo es.

TURÍN.

Para sí.

Aquí estará.

DON FERNANDO.

¿Qué hay, francés?

TURÍN.

Lo que hay, no puedo decillo;
Lo que no hay, sí dijera
Si alguien me lo preguntara.

DON TELLO.

Lo que hay, cosa es tan clara,
Que ¡ojalá que no lo fuera!
¿Qué es lo que no hay?

TURÍN.

Dinero
Ni verdad.

DON TELLO.

Ya la verdad
Se fué al cielo.

DON FERNANDO.

Y la amistad.
Dicen que se fué primero.

TURÍN.

Y el dinero, que no es cosa
Que en el cielo pueda estar,
¿Dónde está?

DON FERNANDO.

Debe de estar
En aquella arca famosa
Que llaman de la Fortuna,
Donde dicen que hay tres llaves.

TURÍN.

Por dicha, ¿los dueños sabes?
¿Conoces quién tenga una?

DON FERNANDO.

La industria una llave tiene,
Y otra la pluma.

TURÍN.

¿La pluma?
Pero todo es uno.

DON FERNANDO.

En suma,
Á ser la tercera viene,
Y aun primera en parte alguna,
La espada.

TURÍN.

¿Que pluma, espada
É industria, della dorada,
Llaves son de la fortuna?

DON FERNANDO.

Á la pluma se remite
La ciencia; la espada encierra
Todo el poder de la guerra,
Leyes ponga ó leyes quite;
La industria para subir
Es, y para pelear
Por la tierra, por la mar,
Y también para servir
Sirve la industria; y consigo
Lleva la eterna asistencia,
La prudencia y la paciencia,
Y otras cosas que no digo.

TURÍN.

Lisonja y adulación,
Diligencia y falsedad,
Dirás bien.

DON TELLO.

Dices verdad;
Mas esas cosas no son
Buen camino de servir.

TURÍN.

Moral filósofo estás,
Pero yo os dijera más
Si lo pudiera decir;
Y sí podré, pues sabéis
Que industria, pluma y espada,
Si no hay estrella, son nada,
Como el ejemplo tenéis.
Industria no le ha faltado
Á Rugero, mi señor;
Su pluma es ciencia, y favor
Pudiera haber conquistado,
Pues quien tiene entendimiento
Tendrá industria; pues la espada.....
Tanta hazaña celebrada
Os dan notorio argumento.
Pues con aquestas tres llaves,
No sólo de la fortuna
Puede abrir llave ninguna,
Y con servicios tan graves;
Pero parece que es ley
Del merecimiento ya
No hallar premio, pues está
Pobre, y en gracia del Rey.
Tres llaves tiene gallardas;
Pero pienso en parte alguna
Que al arca de la fortuna
Le ha mudado el Rey las guardas.

DON TELLO.

¿Pobre Rugero?

TURÍN.

Y ¡qué tanto!

DON TELLO.

¿No tiene ayudas de costa?

TURÍN.

Las del Rey van por la posta,
Que no paran: no me espanto;
Mas buenas ayudas son
De costa tantos criados,
Que cuesta muchos ducados
El dar á todos ración.

DON FERNANDO.

¿No tiene gajes del Rey?

TURÍN.

No, sino grajos; que ya,
Si es que el pobre muerto está,
Comérsele es justa ley.

DON FERNANDO.

Eres discreto, Turín:
Porque enemigos no cobre,

Á tu señor haces pobre.

DON TELLO.

¡Qué cuerdo!

DON FERNADDO.

Francés al fin.
Quédate con Dios.

TURÍN.

Yo creo
Que esto sabéis como yo.

DON TELLO.

Á D. Fernando.

¿Hablaréis al Rey?

DON FERNANDO.

Pues ¿no?
Saber su intento deseo.

Vanse los dos caballeros.

Doña Hipólita.

DOÑA HIPÓLITA.

Verte á solas deseaba.

TURÍN.

No puede una dama hacer
Mayor favor.

DOÑA HIPÓLITA.

Desde ayer
Con esta congoja estaba;
Dime luego, ¿cómo ha sido
Esta mudanza en Rugero?

TURÍN.

Gastóse todo el dinero
Que de Francia hemos traído,
Hasta joyas y cadenas,
Porque el Rey no da un cuatrín,
Y el gasto ordinario, al fin,
Vacia las arcas más llenas.
Con esto Rugero quiere
Menos casa, y aun no alcanza.

DOÑA HIPÓLITA.

Que no digo esa mudanza.

TURÍN.

¿Qué puede haber que te altere?

DOÑA HIPÓLITA.

¿No es mudanza pretender
Casarse, ó estar casado
Con doña Sancha?

TURÍN.

¿No has dado
En lo que esto puede ser?

DOÑA HIPÓLITA.

Pues ¿qué puede ser?

TURÍN.

Cubierta
De las cartas del amor
Del Rey.

DOÑA HIPÓLITA.

Tú eres un traidor,
Y él quien mi suerte concierta.
Yo sé que tú le acompañas
Todas las noches.

TURÍN.

Verdad;
Pero él á Su Majestad,
Porque en lo demás te engañas.

DOÑA HIPÓLITA.

Arremete á él.

¿Cómo engaño? ¡El cielo vive,
Que te tengo de matar!
La verdad me has de contar,
Si la habla ó si la escribe,
Y cómo tiene tratado
Este casamiento.

TURÍN.

Advierte
Que estoy, señora, de suerte,
Con las noches que he pasado,
Hielos, escarchas y nieves,
Mal comer, peor dormir
(Que trae siempre el servir
Largas penas, premios breves),
Que con un soplo no más
Me echarás donde quisieres.

DOÑA HIPÓLITA.

Tú ¿sabes qué son mujeres
Y celos?

TURÍN.

¡Celosa estás
De que quiera á Sancha el Rey,
Y de que esté en cinta ya!

DOÑA HIPÓLITA.

Cinta que cordel será
De mi cuello á toda ley.
Quiérense Rugero y Sancha,
Y ¡al Rey culpas!

TURÍN.

Del Rey es.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Que está en cinta?

TURÍN.

En cinta, pues;
Que Sancha es ancha, y ensancha.

DOÑA HIPÓLITA.

Mientes, Turín. ¡Muerta soy! (Aparte.)
Todos dicen que se casa
Rugero con ella.

TURÍN.

Y pasa
Lo que digo; que hombre soy
Que la verdad te dijera.
Por Tello es todo el engaño.

DOÑA HIPÓLITA.

¡Ay, Dios, quién un desengaño
Tan importante creyera!
Si Rugero acompañara
Al Rey, Rugero no fuera

Pobre.

TURÍN.

Si Rugero naciera (1)
Con buena dicha, medrara.

DOÑA HIPÓLITA.

Quiero creerte.

TURÍN.

Bien puedes.

DOÑA HIPÓLITA.

Toma esta joya que vendas;
Mas también quiero que entiendas.....

TURÍN.

Hácesnos dos mil mercedes.

DOÑA HIPÓLITA.

Que no has de decir que yo
Te la he dado, porque ansí
Podré acudirte.

TURÍN.

De mí
Todo el mundo se fió.
Guárdete el cielo, y te dé
Deste bien el contracambio,
Que á fe que lo das á cambio
Para cuando rico esté;
Que no es posible que ya
El Rey no le dé á Rugero
Lo que de un príncipe espero,
Pues tan obligado está.

DOÑA HIPÓLITA.

Él y el Rey vienen aquí.
Háblame después, y adiós.

Vase.

El Rey, Rugero y criados.

RUGERO.

En esto hablamos los dos, (Aparte al Rey.)
Y esto te ruega por mí;
Porque si el parto se acerca
Y Tello presente está,
¿Quién duda que lo verá,
Pues la guarda, vela y cerca?

REY.

¿Cómo le echaré de aquí?

RUGERO.

Dale un cargo en la frontera,
Con que honradamente muera,
Pues que le tratas así.

REY.

¡Buen consejo! Pero ¿cuándo,
Rugero, no me aconsejas
Bien?

RUGERO.

Deso son mis quejas; (Aparte.)
Que siempre estoy obligando
A quien jamás me hace bien.

REY.

¿Qué dices?

RUGERO.

Que si él se va,
Segura Sancha podrá
Parir, y vivir también.

TURÍN.

¿No hay para mí bien ninguno?

REY.

¿Es Turín aquél

TURÍN.

Señor,
Tu esclavo soy.

REY.

Tu valor
No halla igual en precio alguno.
Álzate, Turín, del suelo,
Muy amigos somos ya.

TURÍN.

Quien á vuestros pies está,
Ya tiene en la tierra un cielo.

REY.

Malas noches te hemos dado.
Castilla es fría, aunque menos
Que la Vieja.

TURÍN.

Yo, á lo menos,
Sirviéndote, no he pensado
Que haya frío ni calor.

REY.

La media capa, Turín,
Del español San Martín
No ha sido poco favor.

TURÍN.

Donde vos, señor, estáis,
¿Qué capa faltarme puede,
Aunque en mil hielos me quede?
Que vos vestís y amparáis,
Á la imitación del cielo,
Cuantos os piden favor.

REY.

Estimo tu buen humor.

TURÍN.

Con los favores me hielo. (Aparte.)
¡Válgate Dios por el Rey!
Por acá, ni por allá,
Ninguna cosa nos da.
¿Si es acaso de otra ley?
¿Soy algún diablo? ¿Á quién trato?
¿Á quién sirvo? Mas contemplo
Aquél de lealtad ejemplo,
Aquél de un príncipe ingrato.

Un Secretario, con papeles.

SECRETARIO.

Aquí están ya las libranzas.

REY.

Muestra, si son pocas.

SECRETARIO.

Seis.

Firmalas el Rey.

RUGERO.

Vil fundamento tenéis (Aparte.)

(1) No consta el verso.

En viendo el mundo, esperanzas.
Como las almas el cielo
Por centro en la tierra tienen,
Son violentas cuantas vienen
Á estar en bienes del suelo.

Don Tello y D. Fernando.

DON FERNANDO.
¿Qué hace el Rey?
RUGERO.
¡Oh caballeros!
Ya lo veis: firmando está.
DON TELLO.
Si es de mercedes que os da,
Que os debe y que puede haceros,
Quiéroos dar el parabién.
RUGERO.
Tello, no lo sé, ¡por Dios!
Mas por serviros á vos,
Quiera Dios que algo me den.
DON FERNANDO.
Esto ya sabe á cuñado. (Ap. á D. Tello.)
DON TELLO.
¡Ojalá que verdad fuera!

REY.

Al Secretario.

Vete.

Vase el Secretario.

REY.
¿Qué hay, Rugero?
RUGERO.
Espera.
Tello y Fernando han entrado.
REY.
¿Queréis algo?
DON FERNANDO.
Hablarte quiero.
REY.
¿Importa á solas?
DON FERNANDO.
No importa.
REY.
Pues di, y el prólogo acorta;
Que ya te escucho y espero.
DON FERNANDO.
Tello me ha dado á su hermana
Por mujer, con tu licencia.
¿Fuí breve?
REY.
Y tu diligencia
Fué tan breve como llana.

Á D. Tello:

¿Tú se la das?
DON TELLO.
Sí, señor.
REY.
¿No has oído que la he dado
Á Rugero?
DON TELLO.
No he mirado
Tan despacio su valor.
REY.
Pues tiénele.
DON TELLO.
Yo sospecho
Que le debe de tener;
Mas no se ha echado de ver
En la merced que le has hecho.
TURÍN.
Agora el Rey, provocado, (Ap. á su amo.)
Te da un título.
REY.
Si ha sido
Entre muchos elegido,
Eso es haberle pagado.
TURÍN.
Tampoco te ha dado nada.
RUGERO.
Pasó notable ocasión.
TURÍN.
Conoce la obligación,
Y está la deuda entrampada.
DON TELLO.
En fin, ¡que mi hermana das
Á un extranjero!
REY.
Rugero
Es más propio que extranjero,
Porque es mi amigo, que es más.
TURÍN.
Notables honras te hace, (Ap. á su amo.)
Pero no te da un cuatrín.
RUGERO.
No sé qué piense, Turín:
De alguna desdicha nace.
DON TELLO.
Señor, pues que ya has casado
Á Rugero, que servía
Á Hipólita, bien sería
Casar también su cuñado.
Yo quiero á Hipólita bien.
Ésta por mujer te pido.

REY.

Á un criado.

Llamalda.

Vase el criado.

Don Ramiro.

DON RAMIRO.
Porque en olvido,
Señor, por un rato estén
Los cuidados de tu imperio
Y la paz de tus vasallos,
Ven á ver treinta caballos,
La cifra del reino iberio.

Éstos te envía Zarquén,
Rey de Granada.

REY.

¡Presente
De Rey!

DON RAMIRO.

Ven á ver su gente;
Que es ver arribar también
Tanta del gallardo moro,
Tanta luz, adarga y plumas,
Tantas cargas, tantas sumas
De granas, de plata y oro,
Que te causará alegría.

REY.

Luego iré: tengo que hacer.
Pero hasme dado el placer
Con mucha descortesía.

DON RAMIRO.

¿En qué de mí te ofendiste?
Porque la disculpa intente.

REY.

En que de tan buen presente
Albricias no me pediste.
Doyte, Ramiro, dos potros,
Los mejores de los treinta.
Fernando y Tello.....

TURÍN.

Ten cuenta (Ap. á su amo.)
Si se acuerda de nosotros.

REY.

Otros dos escogeréis.

DON TELLO.

Esos pies, señor, te pido.

TURÍN.

Otros dos ha repartido. (Ap. á su amo.)
Mas ¿qué te da?.....

RUGERO.

¿Cuántos?

TURÍN.

Seis.

REY.

Rugero.....

RUGERO.

Señor.....

REY.

¿No sabes
Como te he casado?

RUGERO.

¿Á mí?

REY.

Á ti, pues.

RUGERO.

Siendo por ti,
Que del alma tienes llaves,
No tengo qué responder.

TURÍN.

Á tanto favor yo callo: (Ap. á su amo.)
Esperabas un caballo,
Y hate dado una mujer.
Mas por favor no lo cuentes,
Porque es, aunque algo te ha dado,
La cosa de más cuidado,
Y que á tu costa sustentes.

RUGERO.

¿Podré yo saber con quién?

REY.

Con doña Sancha.

RUGERO.

Es favor
Como tuyo.

DON FERNANDO.

De tu honor (Ap. á D. Tello.)
Quedas satisfecho bien.

REY.

Estos dos vienen fingidos. (Ap. á Rugero.)
No te alteres.

RUGERO.

Ya lo veo. (Aparte.)
Hoy cumplen un gran deseo
Todos mis sumos sentidos.

Doña Hipólita.

DON RAMIRO.

Aquí está Hipólita.

REY.

A D.ª Hipólita.

¿Quieres
Saber mi grande cuidado?

DOÑA HIPÓLITA.

Sí, señor.

REY.

Yo te he casado.

DOÑA HIPÓLITA.

Muestras, gran señor, quién eres.

REY.

No lo he tenido á disgusto,
Por ser quien te quiere bien.

DOÑA HIPÓLITA.

Mis padres gracias te den,
Alfonso César augusto,
Y en su nombre yo y Rugero,
Que tal merced recibimos.....

REY.

¿Cómo?

DOÑA HIPÓLITA.

Pues que merecimos
Tal merced.

DON TELLO.

Mi muerte espero. (Aparte.)

REY.

Yo te he dado á Tello.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Á quién?

REY.

Á Tello; que no sabía
Que Rugero te servía,
Y Tello te quiere bien.

TURÍN.
¿Qué es esto? (Ap. á su amo.)
RUGERO.
¡Yo soy perdido!
REY.
¡Ay, honra, siempre tirana! (Aparte.)
DON TELLO.
Señor, ¿diré ya á mi hermana
Que es Rugero su marido?
DOÑA HIPÓLITA.
Luego ¿á Rugero has casado?
REY.
Ignorancia fué mi error.
Escucha, Tello.
DON TELLO.
Señor.....
TURÍN.
Marea se ha levantado. (Aparte.)
REY.
Mientras se tratan aquí
Estos nuevos casamientos,
Y mientras sus pensamientos
Hipólita pone en ti,
Quiero que con embajada
Vayas al moro.
DON TELLO.
Yo iré
Á servirte.
REY.
Hoy te daré
Orden. Pártete á Granada;
Que las treguas me están bien.
Venid conmigo los dos.
DON FERNANDO.
¿Qué te ha dicho? (Ap. á D. Tello.)
DON TELLO.
¡Plegue á Dios,
Fernando, que no me den
Otra esposa diferente!
REY.
Ramiro, á ver los caballos
Vamos.
DON RAMIRO.
Pueden envidiallos
Los que el sol saca en Oriente.

Vanse el Rey, D. Tello, D. Fernando, D. Ramiro y los criados.

DOÑA HIPÓLITA.
¿Podrá el alma, á quien le toca,
Hablar en esta ocasión?
¿Tendrá palabras mi boca
Y discurso mi razón,
En esta ocasión tan loca?
¿Podrán mis ojos llorando
Mostrar su agravio, Rugero,
Ó será mejor callando
Probar á decir que muero,
Que suspirando ni hablando?
Es propio á un quejoso pecho
Dar en rostro á quien le agravia
Con lo que por él ha hecho;
Yo seré en esto más sabia,
Pues ha de ser sin provecho.
Porque decirte que has sido
Cruel, desagradecido
Á mis obras y á mi nombre,
Con decirme que eres hombre,
Queda todo respondido.
Rugero, yo te creí.....
Extranjero al fin, Rugero.
Si me engaño, veslo aquí;
Pero ¿cómo un extranjero
Fuera propio para mí?
La queja de tu desdén,
Con que más mi pecho abrasas
Cuando más te quise bien,
Es que ya que tú te casas,
Á mí me cases también.
Pero ¡qué mal lo has trazado,
Aunque el amor te provoca,
Pues con Sancha te has casado,
Y por taparme la boca,
Me casas con tu cuñado!
No pudo en tu falso pecho
Caber mayor osadía,
Que es tenerme á mi despecho
Donde vea cada día
El agravio que me has hecho.
Pero el cielo, á quien provoco,
¡Con un rayo haga pedazos
Mi vida, extranjero loco,
Antes que mire en tus brazos
Á tu mujer!
RUGERO.
Tente un poco.
DOÑA HIPÓLITA.
¿Para qué puede ser bueno?
RUGERO.
Para que, ya que me has dado
Este vaso de veneno,
No muera el pecho culpado,
Ya que de ponzoña lleno.
DOÑA HIPÓLITA.
Pues ¿qué puedes tú decirme
Que pueda satisfacerme?
RUGERO.
Que he sido en amarte firme.
DOÑA HIPÓLITA.
Si es vergüenza de ofenderme,
¿Para qué sirve advertirme?
RUGERO.
Á Tello quiere engañar
El Rey, que goza de Sancha.
DOÑA HIPÓLITA.
Y á ti te quiere casar.
¡Oh, qué conciencia tan ancha!
¡Bien te podrán murmurar!
RUGERO.
Luego ¿piensas que lo trata

De veras el Rey?

DOÑA HIPÓLITA.

Si á mí
Me casa, digo, me mata,
¿Qué bien me ha de hacer sin ti
El engaño que dilata?

RUGERO.

No hayas, Hipólita, miedo
Que Tello te goce.

DOÑA HIPÓLITA.

Es llano;
Porque asegurarte puedo
Que no le daré la mano
Por lo que vale Toledo.

RUGERO.

Espera, espera.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Qué quieres?

RUGERO.

Que escuches.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Qué quieres? (1).

RUGERO.

Que escuches.

DOÑA HIPÓLITA.

Suéltame.

RUGERO.

Aguarda,
Que no es razón que te alteres.

DOÑA HIPÓLITA.

Celos, es mal que acobarda
Fuertemente las mujeres.
No me verás en tu vida.

RUGERO.

Ni será mi vida más.

Vase D.ª Hipólita.

TURÍN.

¿Qué es esto?

RUGERO.

Una despedida
Sin causa, un «no me verás»
De una mujer ofendida.

TURÍN.

Es fallo de su sentencia
No me verás; pero pasa
Con pocas horas de ausencia.

RUGERO.

Ella piensa que me casa
El Rey con Sancha: ¡paciencia!
¡Que esto, al cabo de servir
Con tal lealtad y cuidado,
Vengo á medrar!

TURÍN.

No hay decir
Que hasta ahora no has medrado;
Porque vengo á presumir
Que son aquellas libranzas,
Que firmó el Rey, para ti.

(1) Verso falto.

RUGERO.

Turín, si á librarme alcanzas
De servir, diré que vi
Libranza en mis esperanzas.
Libre me quisiera ver
De una carga tan pesada.

TURÍN.

No sé cómo pueda ser.
Pues nunca te ha dado nada,
Algún bien te quiere hacer.

RUGERO.

Vamos, y no me atormentes,
Porque de mil excelentes
Señores oigo decir,
Suele la merced venir
Cuando el alma está en los dientes.

Vanse.

Doña Sancha y Zelima.

ZELIMA.

Estudié nigromancía,
Come te he dicho, en Granada.

DOÑA SANCHA.

No creo, Zelima, nada.
. . . . . (1).

ZELIMA.

Yo, aunque mora, destas ciencias
Nunca fío mis verdades;
Pero en tus adversidades
Pueden servir de advertencias.
Digo que será mujer
La que has de parir.

DOÑA SANCHA.

Ya en eso
Pronosticas mal suceso.

ZELIMA.

Que me engañe, podrá ser;
Mas ser mujer no era nada,
Sino que he venido á hallar
Que España la ha de llamar
La mujer más desdichada.

DOÑA SANCHA.

¡Válgame el cielo! ¡Qué pena!
Pues, de un Rey del mayor nombre,
¿Saldrá cosa dese nombre?
¿Será mala ó será buena?
El alma tengo turbada.
¿Eso dices que ha de ser?
¿No le basta ser mujer,
Sino la más desdichada?

ZELIMA.

¿Cómo tenías pensado
Llamar al varón?

DOÑA SANCHA.

Pensé
Llamarle Alfonso; mas fué
Mi pensamiento engañado.
Pero si es hembra, la quiero

(1) Falta un verso.

Llamar.....

ZELIMA.

¿Cómo?

DOÑA SANCHA.

Estefanía.

ZELIMA.

Bien puedes desde este día,
Aunque lo contrario espero,
Tener por cierto que España
La llamará *Estefanía*
La desdichada.

DOÑA SANCHA.

Podría
Tu ciencia, que siempre engaña,
Ser falsa, y trocarse en esto.

ZELIMA.

Yo pienso que es falsedad;
Pero si digo verdad,
Lo podremos ver en esto:
Por mi ciencia hallo que intentas
Dar veneno á Tello.....

DOÑA SANCHA.

¡Ay, cielos!

ZELIMA.

Por librarte de sus celos,
Fuertes palabras y afrentas.
Pues si es verdad que intención
Tienes de matar tu hermano,
No es mi pronóstico vano:
Verdades pienso que son.

DOÑA SANCHA.

Nuevamente me has turbado:
Adivinaste mi intento.
No ha sido sin fundamento
Lo demás que me has contado.

Llora.

¿Que yo tengo en mis entrañas
Tan desdichada hermosura?

ZELIMA.

No es esta ciencia segura;
Sin causa los ojos bañas.
Mira que se puede errar
En un punto, en un segundo,
Más cielo que todo el mundo,
Y que es milagro acertar.

DOÑA SANCHA.

Tarde me consuelas.

ZELIMA.

Mira,
Señora, que entra tu hermano.

DOÑA SANCHA.

Que me dijeras tan llano
Mi pensamiento, me admira.

Don Tello.

DON TELLO.

Dos cosas traigo, Sancha, que decirte,
Y una que yo he de hacer.

DOÑA SANCHA.

Vendrás, don Tello,
Con alguna invención de las que sueles.

DON TELLO.

El Rey quiere casarte con Rugero
De Valoes, un hombre cuyos méritos
Te habrá dicho su fama; que la fama
Es como el sol: por todas partes entra,
Y á tu recogimiento habrá llegado.
Á mí me quiere dar á doña Hipólita;
Pero quiere primero que á Granada
Lleve al moro Zarquén una embajada.
Las dos cosas te he dicho; la tercera,
Que yo he de hacer, es que llevarte quiero
Conmigo, por el gusto de Rugero.
Apercíbete, Sancha, porque vamos
Los dos á ver la cïudad más bella
Que cubre el sol en cuantos climas anda:
Que no me atrevo, mientras tratan desto,
Sola á dejarte. ¿No respondes nada?

DOÑA SANCHA.

Pues ¿cómo á mí me llevas á Granada?
¿Quién ha visto jamás que embajadores
Á extraños reinos sus hermanas lleven?
¿Qué tengo yo que ver con tu embajada?
Y si es temor del nuevo casamiento,
De que yo estoy segura, pues apenas
Puedo decir que este Rugero he visto,
¿Qué licencia tendrá de entrar á verme
Si yo no se la doy? Advierte, hermano,
Que las mujeres que por sí no viven
Con el recato de su honor que es justo,
Menos por celos le tendrán; y pienso
Que apretallas sin causa, es destruíllas;
Que la desconfianza da licencia,
Y la seguridad causa prudencia.

DON TELLO.

Yo no tengo de andar contigo á pruebas.
Estoy cansado de guardar esquinas
Y de ver rebozados á esta puerta
Reyes..... No digo sin razón que reyes;
Que como mueve el corazón la sangre
Cuando uno ve los padres que no ha visto,
Así los reyes mueven á respeto
Cuando un hombre los ve sin conocellos.
Puede ser que Rugero pueda tanto
Con el Emperador, que le acompañe;
Y que Rugero por amor merezca
Que le guarde esta calle mientras habla.
No es bueno para nada, donde hay honra,
Que sea el Rey el que entre ó el que guarde.
No has de quedar aquí, no me atormentes,
Sino mira que soy tu hermano y padre.

DOÑA SANCHA.

No quiero replicarte, ya que el cielo
Te me dió por marido. Vé y ordena
Que salgamos de noche; que no es justo
Que sepa nadie el desatino que haces.

DON TELLO.

Con sólo obedecer me satisfaces.

Vase.

DOÑA SANCHA.

Ésta es locura ya. Pues si lo digo
Al Rey, ha de matarle con infamia
Desta casa, Zelima, y de mi honra.
Hazme un veneno, y démosle la muerte.

ZELIMA.

Míralo bien.

DOÑA SANCHA.

Si ya en mi estrella viste
Primero esta desdicha, ¿qué me adviertes?

ZELIMA.

Yo haré lo que me mandas.

DOÑA SANCHA.

No te espantes
Que esto intente quien es tan desdichada,
Que en sus mismas entrañas este día
Lleva á la desdichada Estefanía.

Vanse.

Doña Hipólita y D.ª Marcela.

DOÑA MARCELA.

Yo soy deste parecer.
Finge querer bien á Tello,
Y traerás con un cabello
Á Rugero á tu poder,
Sea ó no sea culpado.
Pica siempre al que desea;
Que no hay ganancia que sea
Como jugar de picado.

DOÑA HIPÓLITA.

Eso podría dañar,
Marcela amiga, á mi intento;
Que tratando casamiento,
¿Para qué es bueno picar?

DOÑA MARCELA.

Picar es querer decir
Que apuntes con otro amor;
Que no se afrenta el honor
De picar, sino de herir.
Las heridas de la honra
Son las ofensas; los celos
Son picar y dar desvelos,
Cosa que á nadie deshonra.
Créeme, que yo lo sé
De experiencia con Ramiro.

DOÑA HIPÓLITA.

Hoy tengo de hacerle un tiro.

DOÑA MARCELA.

Tello es éste.

DOÑA HIPÓLITA.

¡Bien, á fe!

Don Tello.

DON TELLO.

¿Sabes ya como me ha dado
El Rey palabra este día,
Señora, que has de ser mía?

DOÑA HIPÓLITA.

Conoció el Rey mi cuidado.
Estimo que me acompañe
De tu valor.

DON TELLO.

Mil prisiones
Al alma que estimas, pones;
Mas da licencia que extrañe
Este nuevo proceder,
Con que me has hecho favor.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Por qué, si es justo el amor
En mujer que es tu mujer?

Rugero y Turín.

RUGERO.

¿Habla con ella? (Aparte á Turín.)

TURÍN.

Pues ¿no?

RUGERO.

Mira que está allí Marcela.

TURÍN.

Amor confiado vuela:
Tú juegas y miro yo.

RUGERO.

Pasa de conversación,
Y llega á burla pesada,
Porque á los ojos traslada
Su alegría el corazón.

TURÍN.

Estorba: que el estorbar
Es gran venganza de amor.

RUGERO.

Á D. Tello.

Si puede un competidor,
Cuando tiene que envidiar,
Dar parabién á un dichoso,
Yo os le doy.

DON TELLO.

Si yo lo soy,
Las gracias, Rugero, os doy
De llamarme venturoso.

DOÑA HIPÓLITA.

Ya, Rugero, que es por gusto
Del Rey mi esposo don Tello
(Que bien debéis de sabello,
Pues que lo tenéis por justo),
Esa banda azul que os dí
Cuando por gala os hablé,
Quiero que á Tello se dé,
Y que la traiga por mí.
Quitáosla luego del cuello.

RUGERO.

Tráigola tan bien asida
Con él, que si no es rompida,
No podré dalla á don Tello.
Pero no la querrá él.

DON TELLO.

Sí quiero, y es justa cosa,
Porque prenda de mi esposa
Me toca quitarla dél.

Esto excusaréis con dalla,
Pues sin causa la tenéis;
Y cuando no me la deis,
Me será fuerza el quitalla.

RUGERO.

De vuestras manos confío
La fuerza que es menester
Para poderla romper;
Pero aqueste cuello es mío.

DON TELLO.

Rugero, en aquel lugar
Que Alejandro el lazo halló,
«Tanto monta, respondió,
Cortar como desatar».

RUGERO.

Alejandro habéis de ser
Para poderlo cumplir;
Mas dicen que del decir
Hay gran jornada al hacer.

DON TELLO.

Toledo tiene un castillo
Que llaman de San Cervantes,
Para casos semejantes,
Adonde sabré cumplillo.
¿Sabéisle por dicha?

RUGERO.

Sí.

DON TELLO.

Allí podéis esperarme
Si queréis desenojarme
Y saber lo que hay en mí.

Vase.

RUGERO.

Dadme licencia.

DOÑA HIPÓLITA.

No quiero.

RUGERO.

Mirad que se fué.

DOÑA HIPÓLITA.

¿Qué importa?

RUGERO.

Quiero ver si el lazo corta
Que me atastes vos primero.

DOÑA HIPÓLITA.

Yo no quiero que salgáis.

RUGERO.

¿Por qué, si me aborrecéis?
Mas ya sé yo qué teméis.

DOÑA HIPÓLITA.

Yo, ¿qué temo?

RUGERO.

Lo que amáis.

DOÑA HIPÓLITA.

Bien decís, porque es á vos.

RUGERO.

¿Á mí me amáis?

DOÑA HIPÓLITA.

¿No lo veis?

RUGERO.

Que mate á Tello teméis,
Y engañáisme. ¡Bien, por Dios!
Soltadme, que estar asido
No es razón, pues sois ajena.

DOÑA HIPÓLITA.

Yo os quise dar esta pena
Por muchas que he recibido;
Pero llegando á que sea
Temer perderos, Rugero,
Manda amor que lo que os quiero
Distintamente se vea.

RUGERO.

Soltadme, que viene el Rey.

DOÑA HIPÓLITA.

Dadme la palabra aquí.

DOÑA MARCELA.

Ya viene.

DOÑA HIPÓLITA.

Voyme. ¡Ay de mí,
Que no hay en los hombres ley!

Vanse las dos.

El Rey y D. Ramiro.

REY.

¡No habrá consuelo en el mundo
Para tanto mal! Rugero.....

DON RAMIRO.

Hoy pierdes un consejero
Y un Belisario segundo.

RUGERO.

¿Qué es esto, señor?

REY.

Cayó
De mi imperio la coluna.

RUGERO.

Juraré, sin duda alguna,
Que Nuño Alfonso murió.

DON RAMIRO.

En Peñanegra, castillo
De la morisca frontera,
El Alcaide de Toledo,
Nuño Alfonso, estaba en treguas,
Cuando el bárbaro Faráez
Con cinco mil de pelea,
Adalid de Calatrava,
Á Peñanegra se acerca:
Nuño, con quinientos hombres
La batalla le presenta
Por no perder el castillo;
Á Martín Fernández ruega
Que con algunos soldados,
Pues está herido, se vuelva;
Y volviendo á su sobrino,
Le dijo: «El cielo no quiera,
Sobrino, que vuestra madre
En un día á los dos pierda.
Volved á priesa á Toledo,
Y de mi casa y la vuestra
Seréis amparo, sobrino.»

Pero el mancebo, que apenas
Cubría del bozo el labio,
Le dió el morir por respuesta,
Porque poniendo al caballo
El ánimo y las espuelas,
Fué el primero que se entró
Por la batalla sangrienta.
Lo que hizo Nuño Alfonso
No cabe en plumas ni en lenguas;
Pero, vendiendo su vida,
Murió de dos mil saetas.
Desarmáronle los moros:
Los pies, manos y cabeza
Le cortaron, y envolvieron
El cuerpo en paños de seda.
Á Córdoba parte envían
Para vengar á la Reina
De la muerte de su esposo;
Parte en Calatrava cuelgan,
Y la cabeza en Sevilla
Al rey Azabel entregan,
Que al África la envió,
Diciendo al de Fez que venga
Á conquistar otra vez
A España, porque no queda
(Muerto el toledano Nuño)
Muro, espada ni defensa.
Permitió Dios esta muerte,
Porque á una hija doncella
Que vió hablar con un mancebo,
Dió sin razón muerte fiera.
Pasarse á Jerusalén
Quiso Nuño en penitencia;
Pero viendo que importaba
Su espada á España y su fuerza,
El arzobispo Remón,
De la toledana Iglesia,
Le condenó á que anduviese
Toda su vida en la guerra.
Así murió Nuño Alfonso,
Y todo el llanto que suena
Es que toda la ciudad
Hace sus tristes exequias.

REY.

Con mucha razón lo siente;
Y en tanto mal me consuela
Que Rugero de Valoes,
Y de igual valor, me queda.
Parta luego con mi gente
Á castigar su soberbia,
Mientras yo voy en persona.

RUGERO.

Rugero, señor, os besa
Los pies por tanta merced.

Vase el Rey.

DON RAMIRO.

Fuése. ¡Lágrimas le ciegan!

Vase.

RUGERO.

Tiene razón, que ha perdido
Toda España su defensa;
Mas ven conmigo, que pienso
Que en San Cervantes me espera
Tello.

TURÍN.

¿Cómo puede ser,
Si es más justo que obedezcas
Al Rey?

RUGERO.

Turín, en dos cosas
Tienen los nobles licencia:
En jugar con quien trujere
Dineros, quien fuere sea,
Y con quien diere ocasión
Reñir porque no se atreva.

Vanse.

Don Tello y D. Fernando.

DON TELLO.

Desde aquí podéis volveros;
No venga el francés, y aquí
Piense que riñen así
De España los caballeros.
Aunque os juro que me siento
De suerte, que me ha pesado
De haberle desafiado,
Aunque fué justo mi intento.
Mas es que de un gran dolor
Siento el corazón de suerte,
Que podrá darme la muerte
Cuando le falte valor.

DON FERNANDO.

En el rostro he conocido
Que poca salud tenéis.

DON TELLO.

Ya mi condición sabéis:
Soy honrado y mal sufrido;
Hoy con mi hermana he reñido,
Y este enojo habrá causado
Este accidente.

DON FERNANDO.

En cuidado
Me habéis puesto.

DON TELLO.

Estoy perdido:
Fuí á casa, si he de decir
Verdad, á ponerme un jaco,
Que es el amigo que saco
Cuando así salgo á reñir.
Pedí de beber, pensando
Que la cólera templaba;
Dióme un vaso aquella esclava.....,
Matóme....., estaba sudando.
Pero ¿qué se puede hacer?
Quizá viendo el enemigo
Volveré en mí; mas yo os digo
Que dudo que pueda ser.

DON FERNANDO.
Ya nos ha visto Rugero.

Rugero y Turín.

RUGERO.
Caballeros, Dios os guarde;
Perdonad si vengo tarde.
DON TELLO.
Meted mano al blanco acero;
Que Fernando mirará,
Pues no es igual el criado
Que traéis.
TURÍN.
Yo soy honrado;
Pero si él mirando está,
Miraré; mas ¡vive Dios,
Que si hubiere falsedad,
Que sin mirar igualdad
Hemos de reñir los dos!
RUGERO.
Yo traigo sola esta espada,
Que saco de aqueste modo:
No hay más en mi cuerpo todo;
Si allá lo hay, no importa nada.
El reñir á la francesa
Es abrazarse primero.
DON TELLO.
Pues sois tan noble, Rugero,
De abrazaros no me pesa.
¡Válgame Dios! ¡Jesús!

Cae.

RUGERO.
¡Cielo!
¿Qué es esto?
DON FERNANDO.
¿Habéisle apretado?
RUGERO.
Él se cayó de su estado
Y se ha convertido en hielo.
TURÍN.
¿Es muerto?
RUGERO.
Así lo parece.
DON FERNANDO.
¡Tello! ¡Hermano!
RUGERO.
¿Qué habrá sido?
DON FERNANDO.
Por cumplir lo prometido,
Muerto á tus ojos se ofrece;
Vino enfermo, y aun sospecho
Que alguna cosa le han dado.
RUGERO.
¡Vive Dios, que me ha pesado,
De su valor satisfecho,
Y que no le consintiera
El salir al desafío,
Aunque perdiera del mío,
Si lo que decís supiera!.....
Tómale en brazos, Turín;
Volvamos á la ciudad.
DON FERNANDO.
Veneno ha sido. ¿Hay maldad
Tal? De una mujer al fin.
RUGERO.
No digas, Fernando, nada;
Que lo mismo hubiera sido
Veneno, si le ha bebido,
Que el acero de mi espada.
DON FERNANDO.
Con los que ya muertos son,
¿Qué sirven fieros altivos?
RUGERO.
Pues probémoslos los vivos.
DON FERNANDO.
Cuando me des ocasión.

ACTO TERCERO.

Don Ramiro y D. Iñigo.

DON RAMIRO.
Hanse hecho aquí grandes fiestas
Á sus victorias y hazañas.
DON ÍÑIGO.
¡Cosas notables y extrañas!
DON RAMIRO.
Pues son las menores éstas.
Lo que cuentan de Rugero
Paladín, es fabuloso;
Pero de aqueste famoso,
Todo es cierto y verdadero.
Al moro Rey de Jaén
Trujo preso, y lo está aquí.
DON ÍÑIGO.
¿Hale honrado Alfonso?
DON RAMIRO.
Sí.
DON ÍÑIGO.
¿Hale premiado?
DON RAMIRO.
También.
DON ÍÑIGO.
¿Qué le ha dado?
DON RAMIRO.
Él lo dijera,
Si aquí entre los dos se hallara.
DON ÍÑIGO.
¿Quéjase?
DON RAMIRO.
¿No es cosa clara?
Hasta ahora el premio espera.

Si su hija Estefanía,
Como es niña, á edad llegara
De casarse, sospechara
Que dársela pretendía,
Porque hasta ahora no veo
Que á Rugero haya premiado
Su virtud.

DON ÍÑIGO.

Habéis tocado
Cosa que saber deseo;
Que esta larga ausencia mía
Me ha tenido sin saber
Cosas de la corte.

DON RAMIRO.

Ayer
Su madre de Estefanía
Me habló aquí, y también está
Quejosa dél, que la tiene
Donde menos le conviene.

DON ÍÑIGO.

Luego ¿en Palacio está ya?

DON RAMIRO.

Pienso que Alfonso pretende
Casarla.

DON ÍÑIGO.

Será razón;
Que pierde de su opinión
Y sus grandezas ofende.
¡Oh, cuánto á un príncipe afea
Una liviandad!

DON RAMIRO.

Sospecho
Que es abono de su pecho
Que todo el mundo la vea
Donde con tanto recato
Se guarda el justo decoro.

Rugero y Turín.

RUGERO.

Jugando está con el moro.

TURÍN.

Llega á que te dé barato.

RUGERO.

Caro será para mí,
Si en esto me ha de pagar.

Salen D. Fernando y D. Fortunio.

DON FERNANDO.

Dicen que empieza á jugar.

DON FORTUNIO.

¿Juega con el moro?

DON FERNANDO.

Sí.

DON FORTUNIO.

Dicen que es gran jugador
De las tablas Doraicel.

DON FERNANDO.

Por eso juega con él.

DON FORTUNIO.

¿Quién gana?

DON FERNANDO.

El Emperador.

DON FORTUNIO.

¿Qué juegan?

DON FERNANDO.

Hoy se han picado.
Villas y castillos juegan,
Y los alcaides entregan
Las llaves.

DON FORTUNIO.

Tengo pensado
Que las que perdiere el moro
Las rendirá luego al Rey,
Porque es honra de su ley
Y conforme á su decoro;
Mas las que Alfonso perdiere,
No sé si se las darán;
Que hombres en ellas están,
De quien jamás las espere.

Córrese una cortina y se ve al rey D. Alfonso jugando al ajedrez con el rey moro Doraicel, y alrededor sentados D.ª Marcela, D.ª Clara, D.ª Sancha y D.ª Hipólita, caballeros, criados y músicos.

UN MÚSICO.

Cantando.

De las fronteras de Cuenca
Venía el Cid Campeador
Con cinco alcaides vencidos,
Y un Rey de Alcalá en prisión.
Once banderas presenta,
Que de los moros ganó,
Al rey Fernando el primero
De Castilla y de León.
Envidiosos de sus glorias
Los que están alrededor,
Escurecerlas querían,
Como las nubes al sol.

RUGERO.

¡Válgame Dios! ¡Qué retrato (Ap. á Turín.)
Los versos que escucho son
De los servicios, Turín,
Que nunca el Rey me pagó!

MÚSICO.

De rodillas está el Cid;
No muestra el Rey afición:
Bien se le ha visto en la cara,
Que es crisol del corazón.
Con los venerables ojos
Á todas partes miró;
Y aunque no les dijo nada,
Todos tuvieron temor.

RUGERO.

¿Será envidia, por ventura, (Ap. á Turín.)
Por quien, como ves, estoy,
Ó que á los buenos servicios
Faltó siempre el galardón?

MÚSICO.

Cuando el Cid vió que su Rey
No le hacía ningún favor,
Quiso volverse á Vivar;
Pero consejo tomó.
Díjole Martín Peláez:
«Acertáis, Cid, mi señor;
Que quien sirve á dueño ingrato,
Merece tal galardón.
Quien sirviendo se envejece,
Al leal perro imitó,
Que viene á morir de hambre
Á puertas de su señor.»
¡Dichoso quien á Dios sirve!
Que Dios premia como Dios,
Porque al fin el hombre es hombre,
Y tierra y nada el mejor.

RUGERO.

¿Hay palabras semejantes? (Aparte.)
¿Hay despertador reloj
Del engaño de mi vida,
Esperanza y pretensión,
Como lo que estoy oyendo?

TURÍN.

¿Quieres, por dicha, señor,
Que sea Martín Peláez?
Pues escucha mi razón:
Demos á Francia la vuelta
Antes que el tiempo veloz
Vista nuestros verdes años
De canas y de dolor.
No mueras en los umbrales
Como el perro que cazó;
Porque el día que no caces,
Morirás á palo y coz,
No se lleve las raíces
Quien se ha llevado la flor.
Pídele licencia al Rey.

RUGERO.

¿Atreveréme?

TURÍN.

Pues ¿no?
Ensáyate desde aquí.

RUGERO.

Hoy le digo al Rey: Señor,
Iréme á Francia, mi patria.....

REY.

Jugando.

Jaque de aquí.

TURÍN.

Bien habló,

RUGERO.

Tómolo por mal agüero,
Pues jugando aquel peón,
Á lo que yo le decía,
Su intención me respondió.

TURÍN.

Si entablas el ajedrez,
Y con la imaginación
Juegas, hallarás que pierdes
Dama y Rey.

RUGERO.

¡Bravo rigor!
Piérdase todo, y no el tiempo.

DORAICEL.

Perdí.

DON FERNANDO.

Ya el moro perdió.

DORAICEL.

No juego más; dé tu Alteza
Barato.

Levántanse.

REY.

Es mucha razón.
Tomad, Hipólita bella,
Este diamante.

DOÑA HIPÓLITA.

Los pies
Os beso.

DORAICEL.

Muy justo es,
Señor, comenzar por ella,
Que es ¡por Alá! como el sol.

REY.

Vos, Marcela, esta cadena.

TURÍN.

Hoy nos quita el Rey la pena.

DOÑA MARCELA.

Sois Alejandro español.

REY.

Ahora á cumplir soy forzado
De galán la obligación.
Sancha, la villa de Ardón,
Junto á Jaén, he ganado,
Y della os hago merced.

DOÑA SANCHA.

No la podré yo guardar
Sin alcaide: en su lugar,
Por mi nombre la tened.

REY.

Yo os daré alcaide muy presto.

DOÑA SANCHA.

Señor, vuestra hechura soy.

DORAICEL.

Liberal procedes hoy.

TURÍN.

¡No te da nada! (Aparte á su amo.)

RUGERO.

¿Qué es esto?
¿Hay fortuna semejante?
¿Que aun barato no me ha dado?

DORAICEL.

Los hidalgos que han mirado,
Tienes, Alfonso, delante.
¿Por qué no les das también,
Pues para todos me ganas,

Y preso yo, tienes llanas
Las fronteras de Jaén?

REY.

Pareces el que ha ganado,
Según estás liberal.

DON FERNANDO.

Sabe tu pecho Real,
Y á lo que estás obligado.

REY.

Cuatro villas que gané
En este juego postrero.....

TURÍN.

¿Mas que se las da á Rugero?

REY.

Bien es que á los cuatro os dé.
Doy á Fernando Archidona,
Á Belches Ramiro tenga.

TURÍN.

¿No hay un rincón que prevenga
Para tu inútil persona?

RUGERO.

Si el cielo por larga pieza,
Sombreros, Turín, lloviese,
No hayas miedo que cayese
Uno sobre mi cabeza.

REY.

Doy á Fortunio á Montilla,
Y á don Íñigo le doy
Á Martos.

DON ÍÑIGO.

Tu hechura soy.

RUGERO.

¡Reviento!

TURÍN.

No es maravilla. (Ap. á su amo.)

DORAICEL.

Con tu licencia, me voy
Al jardín con estas damas.

REY.

Acompañadle.

RUGERO.

¡En qué llamas
De cólera ardiendo estoy!

Vanse todos los caballeros y damas acompañando al moro, y quedan el Rey, Rugero y Turín.

RUGERO.

¿Podréte hablar?

REY.

¡Oh Rugero!

RUGERO.

Una merced, gran señor,
Confiado en tu valor
Y gracia, pedirte quiero.

REY.

Mil veces he deseado,
Por lo bien que me has servido,
Que se me hubiese ofrecido
Tiempo de haberte premiado.
Pide, Rugero, que estoy
Obligado á tus hazañas.
Una (á tener dos Españas)
Te diera, á fe de quien soy.

RUGERO.

Señor, ¿qué mayor ganancia
Que ver que me honráis lo es?

REY.

Por Rugero de Valoes,
Y sangre del Rey de Francia,
Todo lugar merecías
Cuando tu virtud no fuera
Lo que yo he visto.

RUGERO.

Quisiera,
Por ciertas sospechas mías,
Que me juraras primero
De no negarme este bien.

REY.

Casarse quiere. (Aparte.) ¿También
Quieres que jure, Rugero?

RUGERO.

Por quien eres, y no más.

REY.

Hoy á Hipólita me pide. (Aparte.)

TURÍN.

Más apriesa te despide. (Aparte á su amo.)

RUGERO.

Calla.

TURÍN.

¡Qué despacio estás!

REY.

Juro, por quien soy, de hacer
Lo que pides.

RUGERO.

Pues, señor,
Sólo te pido en favor
Licencia para volver
Á Francia, mi natural
Patria; que al fin me provoca
Su amor: la causa no es poca,
Y es tu palabra Real.
Cúmplemela; que he faltado
El tiempo que te he servido;
Puesto, señor, que no ha sido
Como yo estaba obligado.
En la paz te aconsejé
Lo que alcanza mi discurso,
Puesto que lejos del curso
De otros hombres caminé.
En las cosas de tu honor
Y vida, puse la mía;
He criado á Estefanía
Como tu prenda, señor.
Á doña Sancha he servido,
En todas sus ocasiones;
En la guerra tus pendones,
Sin haber uno perdido;
Pues en moriscas fronteras
Pocas fueron las heridas;
Mas si tuviera mil vidas,
De todas mil te sirviera.

Perdona; que un hombre solo
No puede ofrecerte más.

REY.

Rugero, engañado me has,
Porque deste al otro polo
No hay tesoro para mí
Que se iguale á tu valor.
Mas si de Francia el amor
Te llama y provoca ansí,
Ya lo juré, y no es razón
Volver mi palabra atrás.
¿Cuándo, Rugero, te irás?

RUGERO.

Hoy se me ofrece ocasión.

REY.

¿Cómo?

RUGERO.

Con cierto paisano.

REY.

¿No se puede detener?

RUGERO.

No es posible.

REY.

Ello ha de ser.....
Juré....., ya no está en mi mano.
Enojado se ha el francés (Aparte.)
De mi poco galardón:
Satisfacerle es razón.....
Mas esto ha de ser después,
Que ya la traza he pensado.—
Ahora bien, Rugero, adiós.
Abracémonos los dos.

RUGERO.

Si soy de vos tan honrado,
Sentiré más la partida.

REY.

Quiero, por señal de amor,
Darte un caballo, el mejor
Que vi, Rugero, en mi vida.
Éste, que para el camino
No es de pequeña importancia,
Tendrá más estima en Francia,
Porque es color peregrino,
Talle, casta, manchas, pies
Y ligereza notable.

RUGERO.

La fama en tus hechos hable.
Mil veces beso tus pies.
Yo serví como vasallo;
Tú en fin pagas como Rey.
Dejo la hermosura y ley
Dese famoso caballo;
Sólo por ser de tu mano
Le tendré por tal tesoro,
Que de todo el mundo el oro
No le saque de mi mano.
Haré que un sutil pincel
Dél pinte un retrato cierto,
Para que después de muerto
Aun no me quede sin él.
La piel pondré en mi armería
Sobre madera, de suerte
Que pueda pensar la muerte
Que está vivo todavía.

TURÍN.

Dale los pies á Turín.

REY.

Turín, pues tienes señor
Tan bueno, muéstrale amor.
Sirve como bueno, en fin:
Entre las cosas que tiene
Rugero, le envidio á ti.

TURÍN.

¡Bien se luce en él y en mí!
Pero pues por prenda viene
De tu amor ese caballo,
Regalalle te prometo,
Como hace el Rey de secreto
Al bueno y leal vasallo,
Para que en verle lucido
Digan todos: «Guarde el cielo
Tu dueño, porque en el pelo
Se te luce que has servido.»

RUGERO.

Camina, Turín, tras mí.
Adiós, España.

TURÍN.

¿Quién fuera
Como este Rey, que no diera
Un jumento para mí?

Vanse Rugero y Turín.

REY.

¡Qué bien me han motejado los franceses!
¡Bien me han dicho los dos su pensamiento,
Y de su pretensión los intereses!
Dejádome han con justo sentimiento.
¡Bien me han dado en el rostro los servicios!
Porque tienen razón, las suyas siento.
Alientan la virtud los beneficios.
Mal he pagado á quien tan bien ha hecho
En la guerra y la paz tantos oficios.
Mas no ha sido la culpa de mi pecho;
En la estrella deste hombre está la culpa;
Que de mi condición no lo sospecho,
Porque por todo el mundo me disculpa
La generosidad con que yo trato
Cuantos me sirven....., y el francés me culpa.
¿Cuál será la razón de ser yo ingrato
Con este caballero, si no ésta,
Pues á Alejandro dicen que retrato?
Mil veces ya con voluntad dispuesta
Iba á ofrecerle y darle alguna cosa,
Y me atajaba con pasión molesta
Una secreta fuerza rigurosa,
Que la mano y la lengua detenía;
Porque quiere el servir suerte dichosa.
Mas pues el propio amor hacer podía
Que me engañase yo y culpado fuese,

Quiero ver si la culpa es suya ó mía.
¡Hola!

Don Fernando.

DON FERNANDO.

Señor.....

REY.

Dios quiso que viniese
Fernando, que es discreto. (Ap.) Oye, Fernando:
Rugero se va á Francia, aunque me pesa.
Advierte que le has de ir acompañando
Hasta donde dijere alguna cosa
(Porque sospecho que se va quejando)
Del premio que le he dado; y si reposa
El corazón, hasta llegar á Francia,
Despídete con maña cautelosa.
Pero si alguna cosa de importancia
Dijere contra mí, darásle un pliego,
Ó sea larga ó breve la distancia,
Y á Toledo con él volverás luego.
¿Haslo entendido?

DON FERNANDO.

Sí, señor.

REY.

No hallo
Remedio igual. (Ap.) La brevedad te ruego,
Y dirás que le den aquel caballo
Que me dió Doraicel, como venía.

DON FERNANDO.

Pierdes un gran soldado, un gran vasallo.

REY.

Pronto sabré si fué la culpa mía.

Vanse.

Rugero, D. Ramiro y Turín.

RUGERO.

Dos cosas habéis de hacer,
Ramiro, en esta partida,
Que cualquiera os ha de ser
Por extremo agradecida
Si á España acierto á volver:
La primera es que me deis
Del rey Alfonso un retrato
Que en vuestro jardín tenéis;
Que en ciertas cosas que trato,
Notable merced me haréis.
La segunda, que digáis
Á Hipólita que acabáis
De verme partir.

DON RAMIRO.

Yo creo
Que de mi amor y deseo
Con satisfacción estáis.
El retrato darán luego
Por este anillo á Turín.

RUGERO.

Pues que se le deis os ruego.

DON RAMIRO.

Toma, y parte á mi jardín.

RUGERO.

¡Á qué desatinos llego! (Aparte.)

TURÍN.

Con estas señas, ¿darán
El retrato?

DON RAMIRO.

¿En eso dudas?

RUGERO.

Turín.....

TURÍN.

Señor.....

RUGERO.

Si te dan
El lienzo, mira que acudas
Donde las postas están.

TURÍN.

¡Gracioso divertimiento!
¿Ya se te olvida el caballo
Del Rey?

RUGERO.

De sentir, no siento;
Que en las ofensas que callo
Ocupo el entendimiento.
Pues vendrás á la posada,
Donde á caballo estaré.

TURÍN.

Yo voy.

Vase.

RUGERO.

Á mi prenda amada
Diréis, Ramiro, que fué
Tan violenta mi jornada,
Que no tuve corazón
Para despedirme della.

DON RAMIRO.

¿Podré saber la ocasión
Y referírsela á ella?

RUGERO.

Pensamientos del Rey son:
Á Francia voy á tratar
Cosas del Rey, de importancia.
Esto le podéis contar.

DON RAMIRO.

¡Rugero en postas á Francia! (Aparte.)
El Rey se quiere casar.
Confirma aquesta opinión
El pedirme este retrato.
Basta: casamientos son.
Pero es á Hipólita ingrato
En no decir la razón.

Vase.

RUGERO.

En tanto que me aperciben
Este famoso caballo,
Que es en la casta español,
Y en artificio troyano
(Pues si de tantos servicios

Viene á ser carta de pago,
No pone en menos incendio
La Troya de mis agravios),
Quiero quejarme á tus puertas,
¡Oh casa, ataúd dorado
De muchos que entierran vivos,
Y que muertos viven sanos!
Dióme la esperanza un hilo,
Con que en el viento fiado,
Entré en este laberinto
Por la puerta del engaño.
Fuí dando á sus salas vueltas,
De la experiencia guiado,
Que es el mozo de los ciegos
Que rezan en los palacios.
Topé el favor cauteloso,
Que me enseñó dos retratos
De la guerra y del consejo:
Hice reverencia á entrambos.
Vi la soberbia ambición
Y la lisonja, contando
Sobre una mesa de viento
Muchos contadores falsos.
La puntualidad miré,
Que se estaba levantando
Antes que el sol; que el sol guarda
Las leyes que Dios le ha dado.
La ceremonia pasé,
Que estaba con el cansancio,
Repitiendo reverencias
Á unos ídolos de mármol.
La solicitud tras ella,
Que con notable cuidado
Se desvelaba en juntar
Honra y provecho en un saco.
Llena de dos mil papeles
Vi la pretensión, llorando,
Mesándose los cabellos,
Más que los papeles canos.
Á la desdicha en un río,
Con mucha flema y espacio,
Vi pescar con una caña
Peces, pero sin sacarlos.
Vi al olvido que borraba
Los números desdichados
De los servicios, y sólo
Iba los ceros dejando.
Vi al poder que estaba haciendo
Figuras y hombres de barro;
Mas los que una mano hacía,
Deshacía la otra mano.
Vi sobre todas las puertas
Siete letras en sus arcos:
Envidia. ¡Envidia decían!
¡Ay de los que van entrando!
Vi en un peso al galardón,
Entre las nubes tan alto,
Que le alcanzaba una estrella
Que á pocos muestra sus rayos.
Y entre estas dificultades,
Sin otras muchas que callo,
Vi dentro del laberinto,
En forma de minotauro,
Al tiempo, á quien á empellones
Iban los hombres echando,
A quien la suerte cabía
De morir y sustentarlo.
Pero pues pude salir,
Aunque dejo algunos años,
¡Bien haya el piadoso cielo!

DON FERNANDO.

¡Gracias al cielo que os hallo!

RUGERO.

¿Dónde, Fernando?

DON FERNANDO.

Con vos.

RUGERO.

¿Conmigo?

DON FERNANDO.

El Rey me ha mandado
Que hasta Francia os acompañe.

RUGERO.

¡Tantas honras! ¡Favor tanto!
¡Bien haya el dichoso día
Que entré á servirle, Fernando!

DON FERNANDO.

Gran voluntad le debéis.

RUGERO.

No hablemos en esto. Vamos;
Que me habéis de hacer merced
De que ni en bueno ni en malo
Hablemos nada de Alfonso,
De quien para respetarlo
Llevo un retrato; que quiero
Llevar delante el retrato,
Porque á respeto me mueva.

DON FERNANDO.

Pues ¿por qué razón?

RUGERO.

Dejadlo;
Que no hemos de hablar del Rey.

DON FERNANDO.

Si tenéis de qué quejaros,
¿No soy vuestro amigo yo?

RUGERO.

Pongámonos á caballo;
Que son retratos los reyes
De Dios, y á Dios alabamos.

Vanse.

Doña Hipólita y D.ª Sancha.

DOÑA SANCHA.

¡Qué sin decirlo ni darte
Muestras de amor de importancia,
Rugero se parte á Francia!

DOÑA HIPÓLITA.

¡Rugero á Francia se parte!
Y cree, Sancha, de mí,
Que la desesperación
Que tengo en el corazón,
Á no hallar consuelo en ti,

Luego que me habló Ramiro,
Me hiciera con el furor
Vengarme en mi propio honor.
Pero tus desdichas miro.

DOÑA SANCHA.

Allá y aquí me has contado
Dos veces, que de mi mal
Tomas consuelo, y que es tal,
Que te suspende el cuidado.
¿Qué mal puede ser el mío?

DOÑA HIPÓLITA.

Luego ¿no lo sabes?

DOÑA SANCHA.

No.

DOÑA HIPÓLITA.

Mal que mi mal igualó,
Que no es pequeño te fío.
Y aun el tuyo fué primero,
Que dél nace el que me mata;
Pues á lo que Alfonso trata,
Se parte á Francia Rugero.

DOÑA SANCHA.

¿Qué puede Alfonso tratar
Que á mí me dé sentimiento?

DOÑA HIPÓLITA.

¿No podrá su casamiento?

DOÑA SANCHA.

¡El Rey se quiere casar!

DOÑA HIPÓLITA.

Así Ramiro lo cuenta,
Aunque fué con gran recato.
Lleva Rugero el retrato
De Alfonso: agradar intenta;
Que las lisonjas perfetas
Nacen, porque no lo ignores,
De pinceles de pintores
Y de plumas de poetas.
¿Quién duda que irá gallardo,
Armado al talle español,
Con más resplandor que el sol
Tras el día fresco y pardo?
Ya debe de estar Lüis
Contento, Sancha, del yerno.

DOÑA SANCHA.

Celos, que en el fuego eterno
Como demonios vivís,
De mi desdicha llegó
Aquella ocasión temida:
Salid, acabad la vida
En que tanto amor vivió.
¡Alfonso casado! ¡Ay, celos!
Tarde, amor, te persüades.
Mas ¿quién hay que á las verdades
Llame celos? No son celos;
Agravios son. Mas no son;
Que si el Rey casarse gusta,
Fué obligación y fué justa:
Basta ser obligación.
Mas ¿cómo en tanta mudanza
Podré vivir para vello?
¡Ay, que la sangre de Tello
Debe de pedir venganza!
¡Bien paga Alfonso en casarse
Una hazaña tan cruel!
Si faltó firmeza en él,
¿De quién pudiera esperarse?
Si Zelima á Estefanía
Predijo fortuna airada,
De madre tan desdichada,
¿Qué dicha tener podía?
¡Yo muero! ¡Triste de mí,
Que pensé que Alfonso honrara
Mi sangre, y que no dejara
Burlado mi honor así!
Mas ¿cómo digo que muero?
Muerta estoy; y aun es forzoso,
Pues se casa el Rey mi esposo,
Y va á tratarlo Rugero.
¡Alfonso casado, y yo
Sin honra!

DOÑA HIPÓLITA.

Sancha, ¿qué es esto?

DOÑA SANCHA.

La desdicha en que me ha puesto
Fortuna, que me engañó.
No dudes; diréle al Rey,
Diré al mundo, diré al cielo,
Que no hay verdad en el suelo,
Que no hay palabra ni ley.
¡Justicia, cielos!

DOÑA HIPÓLITA.

Advierte
Que es locura.

DOÑA SANCHA.

¿Quién lo niega?
¡Qué tarde á los tristes llega
El postrer mal, que es la muerte!

DOÑA HIPÓLITA.

¡Oh, nunca yo te contara
Lo que me dijo Ramiro!

DOÑA SANCHA.

¡Muérome!..... ¡Rabio, suspiro,
Abrásome!

DOÑA HIPÓLITA.

Escucha, para.

DOÑA SANCHA.

Potencias del alma mía (1),
. . . . . .
Sentidos del cuerpo mío,
Para tanto desvarío,
¡Todos me habéis engañado!
Yo me querello al Senado
Del tribunal del amor.
Entendimiento traidor,
Vos el primero habéis sido,
Que entender no habéis querido
Su discurso á la razón,
Que en seguir su inclinación
Que debe la voluntad,
Adoró la majestad

(1) Verso sin consonancia con los demás.

De un Rey. Bien hizo, no hay duda;
Mas majestad que se muda,
¿Para qué la llamo así?
Quéjome también aquí
De la pertinaz memoria,
Porque me acuerda la historia
De tantos bienes pasados.
Sean luego castigados
Todos mis cinco sentidos:
Los primeros, los oídos
Que creyeron lo que oyeron;
Los ojos que á Alfonso vieron,
Menos culpa merecieran
Si al alma no le dijeran
Mil engaños conocidos.
Todos los demás sentidos
Entren en esta querella,
Y el alma misma sin ella.
¡Ay, reliquias de mi amor!
¡Cielos, mirad por mi honor!
¿Sentencian? Sí, sentenciamos
Que por la culpa que hallamos
En sentidos y potencias,
Mueran con mil diferencias
De penas y celos hoy.
¡Oh, gracias á Dios que estoy
Sin sentido, y que podré
Vivir donde no sabré
Si viva ó si muerta estoy!

El Rey, D. Ramiro y D. Fortunio.

REY.
¿Qué es esto?
DOÑA SANCHA.
No hay qué saber.
Yo soy, que he perdido el seso.
Si os parece gran suceso,
Pensad en que soy mujer.
REY.
Sancha, ¡tú de aquesta suerte!
DOÑA SANCHA.
Pues ¿cómo puedo yo estar
Si vos os queréis casar,
Y á mí que me den la muerte?
REY.
¡Detenedla!
DOÑA SANCHA.
¿Detener
Con tan justo sentimiento?
¡Oh, qué lindo pensamiento!
Pensad en que soy mujer.
REY.
¿Yo casarme? ¿Quién ha sido
Deste enredo el inventor?
DOÑA HIPÓLITA.
Ramiro.
REY.
¿Tú?
DON RAMIRO.
¿Yo, señor?

DOÑA HIPÓLITA.
Tú lo has dicho ó lo has fingido.
DON RAMIRO.
Señor, pregunté á Rugero
Á qué iba, y respondió
Que á casarte, y me pidió
Un retrato tuyo entero
Que en mi jardín visto había.
REY.
¿Rugero me casa á mí?
Si él lo intenta, será así;
Mas será en su fantasía;
Que hasta ahora no he tenido,
Después de mi casamiento,
Ni aun primero movimiento.
DOÑA SANCHA.
Todo lo tengo entendido.
¿Para qué es bueno engañarme?
REY.
Llevadla de aquí los dos.
Vé tú con ella.
DOÑA SANCHA.
¡Por Dios,
Que he de ser Reina ó matarme!
REY.
Locura debe de ser.
DOÑA HIPÓLITA.
No te aflijas.
DON FORTUNIO.
No te mates.
DOÑA SANCHA.
Si os parecen disparates,
Pensad en que soy mujer.

Vanse.

Rugero, D. Fernando y Turín.

RUGERO.
Aquí tendremos esta siesta.
DON FERNANDO.
Pienso,
Según es la tristeza con que sales
De la imperial ciudad centro de España,
Que te sirvo, Rugero, en que paremos.
Entra, Turín, y mira si mi gente
Apercibida la comida tiene.
TURÍN.
Ha poco que pararon; no es posible.
Mas yo sabré qué hay de la bucólica;
Que estas leguas famosas de la Mancha,
Me dieran hambre si comiera hierro.
¡Maldiga Dios, amén, el que las puso!
DON FERNANDO.
¿Cánsante mucho?
TURÍN.
Son un poco angostas;
Mas ¿largas? no lo es tanto la Cuaresma,
Una noche de invierno á quien le duele
Alguna pierna, ó en la calle espera
Que hable algún amigo con su dama.

DON FERNANDO.

Cuando encarezcas una cosa larga,
Di una esperanza de palacio.

RUGERO.

Deja,
Por tu vida, Fernando (pues te aviso
Por puntos), de tratarme desas cosas.

DON FERNANDO.

Sabiendo te ha pagado ingratamente
Alfonso, ¿es mucho que te diga.....

RUGERO.

Calla.
No me incites que diga mal de Alfonso.

DON FERNANDO.

Habla, ¡por Dios! que soy amigo tuyo.

RUGERO.

Turín.....

TURÍN.

Señor.....

RUGERO.

Descoge luego el lienzo.

TURÍN.

Descoge el retrato de Alfonso.

Vesle aquí descogido.

DON FERNANDO.

Pues ¿qué importa?

RUGERO.

Si es tan mal hecho hablar en una ausencia,
¿Quién será con un Rey libre en presencia?

DON FERNANDO.

Luego si te reportas con miralle,
Y te sirve de freno este retrato
Para que dél no digas lo que sientes,
Algo tienes, Rugero, que decirle.

RUGERO.

El Rey está presente; no tratemos
Si el Rey fué ingrato ó no con mis servicios;
Que si una vara de justicia obliga
Á obedecer á un Rey, mayor respeto
Merece su retrato.

DON FERNANDO.

Pues no puedo
Vencer tu discreción y entendimiento,
No será justo que adelante pase.
Esta carta es del Rey.

RUGERO.

Pues ¿á qué efeto?

DON FERNANDO.

Coge ese lienzo tú, porque las cartas
Son para las ausencias. Toma y lee.

RUGERO.

En confusión me has puesto.

DON FERNANDO.

No la tengas;
Que no pienso que es cosa de importancia.

RUGERO.

¡Carta del Rey cuando me vuelvo á Francia!

Lee.

«Á mi servicio conviene que luego que don Fernando os dé esta carta, volváis con toda brevedad á Toledo, sin preguntar la causa.—*El Rey.*»

Toda la carta es de su letra.

DON FERNANDO.

Al punto
Nos hemos de volver.

RUGERO.

Aquí me manda
Que no os pregunte nada.

DON FERNANDO.

Ni supiera,
Rugero, responderos cosa alguna.

RUGERO.

Yo he sido tan leal al Rey de España,
Que aunque me pesa de volver, no puedo
Dejar de obedecerle. Di que enfrenen.

TURÍN.

Enfrene un turco. ¿Sin comer? ¿Qué es esto?
No sólo el Rey no da qué un hombre coma,
Sino que aquí nos quita la comida.
¡Vive el de Francia que se han de ir, si quieren,
Y que me he de comer cuanto hay guisado,
Brindando á la salud del cocinero!

RUGERO.

No repliques, Turín; ponte á caballo.

TURÍN.

En la mesa ¡por Dios! pienso ponerme,
Porque el mejor caballo es de madera;
La jineta, la brida y los borrenes,
En una silla de respaldo.

RUGERO.

Acaba.

TURÍN.

¿De comer, ó de qué?

RUGERO.

¿Qué será aquesto?

DON FERNANDO.

No temas nada.

RUGERO.

En confusión me ha puesto.

Vanse.

El rey D. Alfonso, el rey Doraicel, D. Ramiro y D. Íñigo; moros, uno con un cofrecillo.

DORAICEL.

De tu liberalidad
Quedo muy agradecido;
Porque el darme libertad,
Más que el vencerme ha tenido
De gloria y de majestad.
Ese cofre, en que el tesoro
Que tengo de plata y oro
He recogido, te doy;
Y será, pues tuyo soy,
Feudo de un Príncipe moro.

Acéptale, gran señor,
Pues para rescate sobra
Deste mi humilde valor;
Aunque ya es grande, pues cobra
Por dueño un Emperador.
Todos los años en parias
Tendrás de colores varias
Diez caballos, que en aliento
Desafiaran al viento,
Si fueran cosas contrarias.
Perdona, y dame licencia;
Que como ha sido prisión,
Desean ver mi presencia
Mi esposa é hijos, que son
Las espuelas del ausencia.

REY.

Doraicel, en más estimo
Tu amistad que este rescate.

DORAICEL.

Esas razones imprimo
En el alma, y á que os trate
Con esta amistad me animo.
Las villas que habéis ganado
Al juego, os entregaré,
Ó á quien vos las hayáis dado.

REY.

Dios te reduzca á su fe.

DORAICEL.

Alá prospere tu estado.

Vanse Doraicel y los moros y dejan el cofrecillo.

REY.

Ramiro.....

DON RAMIRO.

Señor.....

REY.

Advierte:
¿Ves este cofre?

DON RAMIRO.

Muy bien.

REY.

Haz luego que desta suerte
Otro en palacio te den,
Tan bien labrado y tan fuerte;
Y si no le hubiere así
(Que yo pienso que le habrá),
Háganle luego.

DON RAMIRO.

Voy.

Vase.

REY.

Di,
Íñigo, ¿en qué estado está
Sancha?

DON ÍÑIGO.

Está fuera de sí.

REY.

Luego ¿crece aquel furor?

DON ÍÑIGO.

¿No sabes que en los discretos
Suele con este furor
Hacer sus locos efetos
Esto que llaman amor?

REY.

¿Cómo le daré á entender
Que el francés no va á tratar
Mis bodas?

DON ÍÑIGO.

Con sólo hacer
Que vuelva, á desengañar
Los celos de una mujer.
Y para cuando lo intentes,
Ten prevenido el casalla
Primero, y vivan ausentes
Adonde el desengañalla
Modere los accidentes.

REY.

Bien me aconsejas. Yo haré
Que llamen luego á Rugero.

DON ÍÑIGO.

Si tú lo mandas, yo iré.

REY.

Con su desengaño espero
Que doña Sancha lo esté.

Don Fernando.

DON FERNANDO.

Dame esos pies.

REY.

¡Oh Fernando!
¿Qué buena venida es ésta?
¿Viene Rugero?

DON FERNANDO.

Aquí viene:
Ya de la posta se apea;
Que yo quise adelantarme
Por darte de todo cuenta.

REY.

Cuéntame, Fernando, el caso,
Que tengo el alma suspensa.

DON FERNANDO.

Con poca ocasión, señor,
Quise que diese la vuelta,
Por verle tan advertido
En hablar bien en tu ausencia;
Para lo cual el francés,
Que como á Rey te respeta,
Y como á señor te quiere.....

REY.

Prosigue, no te detengas.

DON FERNANDO.

Llevaba un lienzo ó retrato,
Para que cuando la pena
De ver que no le has pagado,
Le obligase á alguna queja,
Con descogerle y mirarte
(Como si vivo te viera),
El sombrero te quitara,

Y te hiciese reverencia.
Pero al pasar un arroyo
Que estaba al pie de una venta,
El caballo que le diste,
Como es costumbre en las bestias,
Paró á lo que suelen todas;
Y él dijo desta manera:
«Bien pareces á tu dueño,
Que das agua á quien la lleva,
Habiendo en todo el camino
Pasado arenas tan secas.»
Parecióme al apearnos
Que eran razones aquellas
En que el pecho descubría,
Y el fuego por las centellas.
Dí tu carta, y luego al punto,
Poniéndola en la cabeza,
Besó la firma y partimos.
Si ha de entrar, ya está en la puerta.

Rugero y Turín.

RUGERO.

Beso á tu Alteza los pies.

REY.

¡Oh Rugero! Bien venido.
¿Vienes cansado?

RUGERO.

Si ha sido
Servirte, descanso es.
Mas ¿cómo, señor, mandaste
Que vuelva?

REY.

Por un engaño;
Que sólo este desengaño,
Cuando te fuiste, dejaste.
Que á negocios míos ibas,
Dijiste á Ramiro.

RUGERO.

Fué
Por disimular.

REY.

Ya sé
Tu intento.

RUGERO.

Éste fué, así vivas.

REY.

Esto, y llevar mi retrato,
Le puso en el pensamiento
Que á tratar mi casamiento,
Cosa que ahora no trato,
Ibas á Francia, Rugero.
Díjolo á Hipólita, y ella
Á Sancha, y ha sido en ella
Este accidente tan fiero,
Que ha perdido el seso.

RUGERO.

¡Ay, cielos!

REY.

Para cuyo desengaño
Te he llamado.

RUGERO.

¡Enredo extraño!

REY.

Sosiega, por Dios, sus celos.
Vayan por ella.

Vase D. Íñigo.

RUGERO.

Señor,
Yo no tuve en eso culpa.

REY.

Á doña Sancha disculpa,
Rugero, el pasado amor;
Que, supuesto que es pasado,
No tengo más que decirte.

RUGERO.

¿En qué acertará á servirte
Un hombre tan desdichado?

TURÍN.

¿Para aquesto nos llamaron?
¿Hay impertinencia igual?
¿No basta el pagarnos mal,
Que aun irnos no nos dejaron?

Doña Sancha, D.ª Hipólita, D.ª Marcela, y D.ª Clara.

DOÑA SANCHA.

¿Que me quiere Alfonso á mí?

DOÑA HIPÓLITA.

Desengañarte pretende.

DOÑA SANCHA.

Con engaños no me ofende,
Y con desengaños sí.

REY.

Sancha, para que no creas
Lo que dices que hacer quiero,
Ves, aquí vuelve Rugero
Para que le hables y veas.
Dél te informa.

DOÑA HIPÓLITA.

¡Ay, cielo santo! (Aparte.)
¡Rugero aquí!

DOÑA SANCHA.

Si mi pena
Fué justa, si un alma llena
De amor se enloquece tanto,
No lo juzgues tú, señor,
Pues ya mi amor olvidaste;
Ni tú, pues que te ausentaste,
Rugero, teniendo amor:
Júzguelo quien sabe amar.
Mas pues verte causa ha sido
De haber cobrado el sentido,
Antes que me vuelva á dar
Otra ocasión como aquésta
Otro accidente y furor,
Dame licencia, señor,
Pues yo me siento dispuesta,
Que en las Huelgas me recoja

De Burgos, porque es mi intento
No aguardar que un casamiento
Tuyo al descuido me coja.
La tabla quiero poner
De la tormenta del mar
De amor en aquel lugar,
Porque mi templo ha de ser.
No tengo que encomendarte
Á Estefanía, pues es
Tu hija. Dame tus pies.

REY.

Mil veces quiero abrazarte.
¿Quién sino tú se supiera
Valer de su discreción?
Fía de mi obligación,
Y en tu intento persevera;
Que haré lo que tú verás.

Don Ramiro; dos criados con dos cofrecillos muy parecidos.

DON RAMIRO.

Los cofres están aquí.

REY.

¿Traes las llaves?

DON RAMIRO.

Señor, sí;
Las llaves y lo demás.

REY.

Ponlos sobre aquella mesa.

DON RAMIRO.

Ya, señor, puestos están.

RUGERO.

Recelos, Turín, me dan; (Aparte á él.)
De haber venido me pesa.

REY.

Rugero, cuando viniste
Á España, bien se me acuerda
Que en esta misma ciudad
Me viste la vez primera.
Traté de honrarte, Rugero;
Y en la paz como en la guerra,
Con los cargos que tu sabes,
Tu espada estimé y tus letras;
Y agora en la misma quiero
Que, como es razón, adviertas
Que el premio de tus servicios,
Que mi obligación confiesa,
No ha estado de parte mía;
Que mil veces, que quisiera
Premiarte, no dió lugar
Alguna virtud secreta.
Mas para que no te quejes
Deste Rey, y España sepa
Que ha sido la culpa tuya
(Digo, de tu mala estrella);
Porque á Francia no te vayas,
Y allá de mí tengas queja,
Toma de aquestos dos cofres
El que mejor te parezca;
Que para poder pagarte,
Están llenos de riquezas.
Y porque á Hipólita estimas
Te la quiero dar, si aciertas
En el que tiene su nombre
Que está escrito en la cubierta.
Rugero, escoge. ¿Qué miras?

RUGERO.

Heroico señor, no quiera
El cielo que de Rugero
Queja de interés se entienda.
Quéjome de mi desdicha,
Por cuya mala influencia
No me habéis hecho merced.

REY.

Por esto ó por eso sea,
Hoy sabrás y hoy sabré yo
Cuya fué la culpa. Llega.
Escoge á Hipólita: mira
Cuál destos dos te contenta.

RUGERO.

Señor.....

REY.

No hay que replicar.

TURÍN.

Acaba, ó á mí me deja.

RUGERO.

Tú ¿qué tomaras?

TURÍN.

Los dos.

RUGERO.

¿Quieres que su peso vea?

REY.

¿Para qué? Llega y escoge.

RUGERO.

Harélo, porque me fuerzas.
Éste escojo.

REY.

Abre, Ramiro.

DON RAMIRO.

No hay nada dentro.

REY.

¿Qué esperas
Más de tu mala fortuna,
Pues por ti la culpa queda?
Abrid esotro.

DON RAMIRO.

Éste tiene
Joyas, diamantes, cadenas.....,
Valor infinito, en fin.

REY.

Y ¿qué más en la cubierta?

DON RAMIRO.

Hipólita dice aquí.

REY.

Con esto verás de cerca
Que no dió el caballo el agua
Al agua, y no en el arena,
Sino porque le obligó
Secreta naturaleza:
Y así me obligó contigo
Algún opuesto planeta
Que tu nacimiento tiene;

Mas porque entiendas y veas
Que puede más mi valor
Que el rigor de tus estrellas,
Hipólita sea tu esposa
Y ese cofre el dote sea,
Donde te aseguro que hay
Lo mejor de mi riqueza.
Dale la mano.

RUGERO.

Las tuyas
Beso mil veces.

REY.

Marcela
Sea esposa de Fernando.

DON FERNANDO.

¡Qué bien mis servicios premias!

REY.

Ramiro goce de Clara.

TURÍN.

Para mí, ¿no hay una yema?

REY.

Alcaide te hago, Turín,
De todas las cuatro puertas
Desta famosa ciudad.

TURÍN.

Halles las del cielo abiertas.
Aquí, senado, se acaba
El servir con mala estrella.

LA BODA ENTRE DOS MARIDOS

LA FAMOSA COMEDIA

DE

LA BODA ENTRE DOS MARIDOS

ACTO PRIMERO

FIGURAS DEL PRIMER ACTO

LAURO, *caballero, estudiante.*
PINABEL, *criado gracioso.*
FEBO, *caballero, estudiante.*
PRUDENCIO, *viejo, padre.*
FABIA, *dama.*
CELIA, *hermana suya.*
AURELIO, *viejo, padre de Lauro.*
LISARDO, *caballero, hijo de Prudencio.*
ANDRONIO, *caballero.*
FELINO, *criado de Prudencio.*
TEBANO, *lo mismo.*

Lauro, caballero, en calzas y en jubón, con buen cuello, aunque estudiante, y Pinabel, capigorrón, en cuerpo.

LAURO.

¡Gran bestia te hizo Dios!

PINABEL.

Por eso vine á servir.

LAURO.

Para darme de vestir,
Para mudarnos los dos,
Para sacar una espada,
Para esconder un broquel,
¿Tanta industria, Pinabel,
Es menester?

PINABEL.

¿Y eso es nada
Donde hay un viejo caduco
De condición tan feroz,
Que temo más una voz
Que una bala de un trabuco;
Con más ojos que solía
El pastor Argos tener,
Ó se suelen ofrecer
De cera á Santa Lucía?
Demás, que si bestia soy,
¿Qué habilidad tener puedo?

LAURO.

Habla, Pinabel, más quedo,
Ó calla, ¡al diablo te doy!
Que bestias hay que han tenido
Por habilidades nombre,
Y á ti te falta siendo hombre.

PINABEL.

En Hisopo habrás leído.

LAURO.

Si se han hallado elefantes

Que anduvieron por maromas,
¿Por qué vergüenza no tomas
De milagros semejantes?

PINABEL.

¿Quién lo escribe?

LAURO.

Un grave autor:
Séneca lo escribe.

PINABEL.

¿Quién?

LAURO.

Séneca, y Plinio también.

PINABEL.

Son disparates, señor;
Mas cuando elefante fuera,
Yo acudiera á tus regalos,
Porque para algunos palos
Buenas espaldas tuviera.
Pero vuelvo, y aunque el viejo
Me mate, voy á servirte.

LAURO.

No es necesario decirte
Que soy de tu vida espejo,
Y que el defecto menor
Piensa que rompe el cristal,
Que es retrato natural
Donde se mira su honor.

PINABEL.

¡Vive Dios, que antes metiera
En Troya el Paladïón!
Mas no faltará invención;
Aquí, en el portal, me espera.

Vase Pinabel.

LAURO.

Amor, de Salamanca me has traído,
Donde estudiaba leyes, leyes justas,
Cuya alma es la razón; pero aquí gustas
Que estudie leyes que jamás lo han sido.
Si la razón le niegas al sentido,
Bárbaras son y por extremo injustas,
Pues si con los principios me disgustas,
¿Qué fin espero de estudiar perdido?
Tu ley es no tenella, y tu firmeza,
Que jamás de mi ser y honor me acuerde;
Tu estudio, el daño, el ocio y la flaqueza.
No me des grado; que tu borla verde
Es señal que florece la cabeza,
Pero que el seso las raíces pierde.

Salga Febo de estudiante.

FEBO.

Lauro, ¿qué haces aquí
En hábito tan extraño?

LAURO.

Dejé la tumba de paño,
Y como vos me vestí
Para salir á rondar
Una esquina desta villa,
Donde hay una maravilla
Que las demás puede honrar.
No es el coloso del sol,
Y es más que el sol clara y bella
La gracia y beldad que en ella
Luce en donaire español.
No es el Júpiter famoso
Que el ara olímpica mira;
Pero iguales rayos tira,
Febo, de su rostro hermoso.
No es el templo de Dïana,
Pero es de hermosura un templo
Que ha dejado para ejemplo
La naturaleza humana.
No es el faro de las naves,
Mas puede guiar al cielo
Mil pensamientos del suelo
Con la luz de ojos tan graves.
No los Pirámides bellos,
Mas su talle y cuerpo airoso
Es un Pirámide hermoso,
Donde hay más arte que en ellos.
No son los huertos pensiles,
Pero es jardín cuyas flores
Hizo el cielo con labores
De sus pinceles sutiles.
No es el sepulcro también
De Artemisa su hermosura;
Pero es, Febo, sepultura
De las almas que la ven.
Así que, sin ser el templo,
Júpiter, faro, coloso,
Pirámides, huerto hermoso
Y sepulcro, de fe ejemplo,
Con peregrina beldad,
Es rayo, sol, templo, altura,
Puerto, jardín, sepultura
De mi vida y libertad.

FEBO.

No está mal encarecida.

LAURO.

No te digo, ¡por Dios! Febo,
Lo menos de lo que debo
Á este bien que me ha perdido.

FEBO.

¿Y quieres solicitar,
Lauro, ese bien que encareces?

LAURO.

Á Madrid vine otras veces,
Y nunca la pude hablar;
Pero en estas vacaciones,
En que amor me trujo á él,
Me da lugar un verjel,
Y amor muchas ocasiones.
Cerca estoy de posesión;
Que sus árboles y flores
Todas son, en mis amores,
Cabellos de la ocasión.
Es ido á ver Pinabel
Si podrá sacar mi espada,
Y engañar la vista airada

De aquel mi padre cruel.
Y tiene tan poca maña,
Que aun la capa no ha traído.

FEBO.

Tu descuido, Lauro, ha sido,
Ó tu condición extraña;
Que si avisado me hubieras,
Yo te la hubiera sacado,
Ó Leonido, mi criado,
Si á Leonido lo dijeras.
Esas cosas han de estar
Desde el alba prevenidas.

LAURO.

Quisiera perder mil vidas
Antes que á Aurelio enojar;
Que está muy enfermo y viejo,
Y es padre, en fin.

FEBO.

Haces bien,
Y lo será que te den
Todos el mismo consejo.
No es mi padre; mas ¡por Dios!
Que tú no me haces ventaja
En quererle.

LAURO.

La voz baja,
No nos entienda á los dos;
Que hará cerrar si imagina
Que andamos tan de levante.

FEBO.

Para ocasión semejante,
Una buena jacerina,
Un estoque y un broquel;
Que aunque el lugar es seguro,
Amor es lenguaje obscuro,
Y siempre hay cifras en él.
Y pues que me has agraviado
En callarme este secreto,
De no lo estar te prometo
Si me llevas á tu lado;
Que no me sufre el amor
Que te tengo, el verte solo.

LAURO.

Febo, de mi alma Apolo,
Luz de mi vida y honor,
Nuestros padres son amigos,
Este amor es heredado,
Con la sangre nos le han dado,
Las obras son los testigos.
Quédate en casa y descansa;
Que este negocio es seguro,
Pues llevarte no procuro.

FEBO.

Mi lado, Lauro, te cansa;
Cánsate mi compañía;
Ya tienes gusto sin mí.

LAURO.

Si le he tenido sin ti,
Hoy viva el último día.
Mira, Febo, que eres Febo,
Y que es Lauro tu laurel.

FEBO.

Si eres ingrato como él,
Lauro, los nombres repruebo.
Llévame, así Dios te guarde;
Que no me podré dormir,
Pensando si has de venir
Bueno ó malo, presto ó tarde.
No me desveles ansí,
Pues sabes lo que te quiero.

LAURO.

Tu cansancio considero,
Y éste me detuvo aquí;
Que, por lo demás, no sé
Cómo dudas de mi amor,
Que igual al tuyo es mayor.

FEBO.

Eso no lo sufriré.
Bastan los agravios hechos;
No me digas que me quieres
Más que yo á ti, Lauro, si eres
El alma de nuestros pechos;
Que si porque amor se arguya
Entre dos, que no han de ser,
Un alma sola ha de haber,
¡Por Dios, Lauro, que es la tuya!
Yo sólo soy cuerpo aquí;
Tú eres la razón, la ley;
Tú la voluntad y el rey,
Que vive y que manda en mí.
La estrella con que naciste
Tiene imperio en mí, y la estoy
Tan sujeto, que no soy
Más ser del ser que me diste;
Que á no conocer los dos
Que hay Dios, para más ejemplo
Te hiciera labrar un templo
Y te adorara por Dios.

LAURO.

Tente, que el amor te lleva
Á ser loco.

FEBO.

Y aun es poco;
Que amor, sólo con ser loco,
Sus ejecutorias prueba.

LAURO.

Probada tengo la mía
Con testigos de mi fe:
Desde que te vi te amé,
Y antes de verte, algún día.

FEBO.

¿Antes de verme? No quiero
Que mientas, y en amor mira;
Que encarecer con mentira,
No es de amador verdadero;
Que en buena filosofía,
Por la noticia se ama,
Y yo sé que aun de mi fama,
Ninguna tu amor tenía.

LAURO.

Febo, mientras no te vi,
Yo fabricaba en mi idea,

Como está en razón que sea
Un amigo para mí.
Pintábale verdadero,
Leal, discreto, callado,
Rico, de buen talle, honrado,
Bien nacido y caballero.
Éste amaba, y pues tú fuiste
Después el mismo que vi,
Sin duda te amaba á ti,
Pues que tú le pareciste.

FEBO.

Siempre tu ingenio me vence;
No quiero nada contigo.

LAURO.

Ven esta noche conmigo,
Porque á decirle comience
Á Fabia nuestra amistad,
Porque en la calle no estés,
Y si entras dentro y la ves,
Dios te valga y tu lealtad.
Pero daréte un escudo
Que éste de Medusa enfrene,
Que es una hermana que tiene,
Por quien amor fuera mudo
De mejor gana que ciego,
Como dijo aquel poeta,
Que es una hermosa receta
Contra el rayo de su fuego.

FEBO.

Cuando tal peste, en castigo,
Dió el cielo al pueblo romano,
De Pico Mirandulano
Leí que á Hermolao, su amigo,
Una contrahierba hizo
Con áspides y escorpiones:
Tú me das en tus razones,
Lauro, el mismo bebedizo,
Pues contra la soberana
Beldad que te tiene ajeno,
Me ofreces, siendo veneno,
El veneno de su hermana.

LAURO.

Febo, de Amiclas la barca,
De dos vientos combatida,
Guardó de César la vida
Contra el rigor de la Parca.
Que así Lucano lo escribe,
Y así tu vida será,
Que uno matarla podrá,
Y entre dos venenos vive.
Llama á Leonido, y salgamos
Juntos estas noches bellas
Á juzgar por las estrellas
La fortuna que esperamos;
Y está seguro de mí,
Que esta sangre, este alma, es tuya.

FEBO.

La mía, Lauro, ¿no es tuya?
Tú sabes que vive en ti.
Ven, que á Aurelio entretendré
Mientras tú sacas la espada.

LAURO.

Tú verás bien empleada
Mi voluntad en su fe.

FEBO.

¿Tanto la quieres?

LAURO.

Ya espero
Encarecértelo.

FEBO.

Di.

LAURO.

Pues Febo, después de ti,
Es la cosa que más quiero.

Váyanse.

Entren Fabia y Celia.

FABIA.

Tarda Lauro, Celia mía.
¿Qué podrá ser la ocasión?

CELIA.

Con cualquiera dilación,
Fabia, el amor desconfía.
No culpes ya su tardanza;
Espera, y habla conmigo.

FABIA.

No tiene el amor castigo
Como la misma esperanza.
Cansado debe de estar
De hablarme y verme sin fruto;
Que en no pagando el tributo
De amor, suele amor cansar.
Y los hombres buscan luego
Adonde la posesión,
Ni cansa con dilación,
Ni busca desasosiego.
No dudes: tendrá á estas horas
Donde las pase mejor.

CELIA.

Celos es sombra de amor;
Bien muestras que á Lauro adoras.
Dichosa yo que no tengo
Qué esperar ni qué temer;
Que de verte padecer,
Á tomar ejemplo vengo.

FABIA.

¿No sientes rüido?

CELIA.

¿Adónde?

FABIA.

En la pared del jardín.

CELIA.

Ya de tu esperanza el fin
Á tus deseos responde.

Lauro éntre.

Lauro la pared saltó.

LAURO.

Y Lauro á tus brazos viene,
Centro que su vida tiene

Después que el alma te dió.

FABIA.

¿Cómo has tardado?

LAURO.

No pude
Más presto engañar un viejo.

FABIA.

Tú has mudado de consejo.

LAURO.

No quiera Dios que tal mude.
Mi padre me ha detenido.

FABIA.

Inquieto estás.

LAURO.

Dejo afuera
Á Febo; que no saliera
Sin Febo.

FABIA.

Engañada he sido.
¿Febo dices que está allí?
Pues así me guarde Dios,
Que pensé que érades vos,
Según alumbráis en mí.
Decilde que se detenga
A Febo por cortesía,
Para que amanezca el día,
Y vuestra partida venga.

LAURO.

Febo es aquel caballero,
Mi Fabia, que anda conmigo.

FABIA.

¿Es vuestro deudo?

LAURO.

Es mi amigo;
Más que á mil deudos le quiero;
Que su padre y el mío fueron
En Francia amigos tan grandes,
Después que los dos de Flandes
Y de Alemania volvieron,
Que á España á Febo envió,
Porque estudiase en España;
Desde entonces me acompaña,
Ó á él le acompaño yo.
En fin, mi padre le tiene
Por hijo, y yo por hermano;
Es galán, es cortesano,
Y así á acompañarme viene,
Aunque yo le disuadía
Que de casa no saliese.

FABIA.

Muy buen secretario es ese.

LAURO.

Es la misma sangre mía.

FABIA.

Sentaos en esta almohada.

LAURO.

¡Oh, Celia! ¿Estáis buena?

CELIA.

Estoy
Para serviros.

Siéntase.

LAURO.

Ya soy
Vuestro.

CELIA.

Y yo vuestra cuñada.

LAURO.

¡Pluguiera á Dios! Y él muy bien
Sabe que las ansias mías,
La brevedad de estos días
Sienten y temen también.
Si antes que esto se concierte
Á Salamanca me vuelvo,
No os resolvéis, ni resuelvo,
Tened por cierta mi muerte.

FABIA.

Inquieto en extremo estáis.
¿Es muy bajo aqueste asiento?

LAURO.

Otra cosa, mi bien, siento.

FABIA.

¿Qué es lo que hacia allí miráis?

LAURO.

Como á Febo dejé fuera,
Temo no topen con él.

FABIA.

Pues ¿qué habemos de hacer dél?

LAURO.

Que entrara, amores, quisiera;
Que lejos de aquí estará.

FABIA.

Gran priesa tenéis por Febo.

LAURO.

Mal, por vuestros ojos, llevo
Que Febo esté solo allá.

FABIA.

Antes de mi compañía
Tan cansado, Lauro, estáis,
Que si á Febo deseáis,
Es para que traiga el día.

LAURO.

No, mi bien, que aunque el sol fuera
Febo, delante de vos
No alumbrara, ni, los dos
Juntos, su sol luz tuviera.
Quiérole bien, y no sé
Si queda seguro allí.

CELIA.

Pues Fabia, entre Febo aquí;
Que yo del jardín me iré.

LAURO.

¿Por qué?

CELIA.

Porque no me siento
Para esperar el calor
De tanto sol.

LAURO.

Un favor
Me has de hacer: vuelve á tu asiento.

CELIA.

Pues ¿he de esperar aquí?

LAURO.

No llegará Febo acá.

CELIA.

Pues ¿dónde Febo estará?

LAURO.

Estará lejos de ti.

CELIA.

Venga, si quiere, mi hermana,
Saltó Febo la pared.

LAURO.

Hacéisme grande merced.

Váyase.

CELIA.

Muy cerca está la mañana,
Pues Lauro por Febo es ido.

FABIA.

Todos los enamorados,
Para decir sus cuidados,
De su luz se han escondido,
Y Lauro quiere traer
De ellos al sol por testigo.

CELIA.

Tratando verdad contigo,
Bien lo puede Lauro hacer.
Hombre de Francia, no importa
Que sepa lo que hay acá;
Mañana á Francia se irá.

Febo, galán, con cuello, espada y broquel.

LAURO.

Los pasos, Febo, reporta,
Y endereza el cuerpo bien;
¿Haste hecho mal al bajar?
Acábate de limpiar.

FEBO.

¿Está aquí Celia?

LAURO.

También.

FEBO.

Pésame de haber rompido
Tan buena conversación;
Suplícoos me deis perdón,
Lauro la culpa ha tenido.
Yo me excusaba de entrar,
Y díjome que importaba,
Porque á los vecinos daba
Ocasión de murmurar.
Veisme, señoras, aquí;
La mitad de Lauro soy.

LAURO.

Es verdad; entero estoy
Después que dentro te vi;
Y así, os ofrezco en los dos
Uno solo: yo soy Febo,
Febo es yo.

FABIA.

Ni yo me atrevo
Á hablar con él, ni con vos.
Basta, Celia, que se dicen
Los amores que pudieran
Á nosotras.

FEBO.

Si os alteran,
Si os turban, si os contradicen
Mis ojos, Fabia, por nuevo
Testigo de vuestro gusto,
Allí me voy, que no es justo
Que os estorbe.

FABIA.

Volved, Febo;
Volved, y hablad á mi hermana
Mientras á Lauro entretengo.

FEBO.

Agora sí que á ser vengo
Febo en tan clara mañana.
Si estaba ya el alba aquí,
Justo fué que Febo entrase.

CELIA.

Sí, que (1) su luz alumbrase
La obscuridad que hay en mí.
¡Gentil talle de mancebo,
Noble rostro, habla suave!

LAURO.

¡Qué conversación tan grave!

FABIA.

¿De quién?

LAURO.

Del aurora y Febo.

FABIA.

¿No os halláis sin él?

LAURO.

Con vos
Sola me hallara sin él.

FABIA.

Grandes partes hay en él.

LAURO.

Singular le hizo Dios.
Honralde por vida mía,
Y troquemos los asientos;
Que son sus merecimientos
Dignos desta cortesía;
Que yo quiero entretener
Á vuestra hermana entretanto.

FABIA.

De vuestra afición me espanto.

LAURO.

Es hidalgo proceder.
Allá voy, y haré que venga
Febo donde estáis, mi bien.

FABIA.

Venga, pues gustáis también
Que os deje y que le entretenga.

LAURO.

Febo, escucha.

FEBO.

¿Qué hay, hermano?

LAURO.

Mi Fabia te quiere hablar;

(1) *Porque*, en la Parte IV.

Toma un poco aquel lugar.

FEBO.

¡Buen término!

LAURO.

Cortesano.

FEBO.

Ya lo entiendo.

LAURO.

Esto desea.

FEBO.

Tan preciado estás de Fabia,
Que la que es hermosa y sabia
Quieres que más cerca vea.
Voy.

LAURO.

Mal entiendes mi intento;
Antes, preciado de ti,
Quiero que ella entienda allí
Tu grande merecimiento.

FEBO.

Lauro, Fabia, á vos me envía;
Mirad quién viene á ocupar
Este dichoso lugar,
Que tal hombre merecía.
Mucho, por mi fe, os agravia.

FABIA.

Fabia es de Lauro, señor,
Y él tan vuestro, que su amor
Hoy quiere daros á Fabia.
Sentáos bien.

FEBO.

Tan bien estóy
Á vuestro lado sentado,
Que mi nombre he confirmado,
Febo de ese cielo soy.
Por los planetas y estrellas
De ese velo cristalino,
Haré, de hoy más, mi camino.

FABIA.

Daréis luz en mí y en ellas,
Que es el oficio del sol.

FEBO.

Antes dellas le tendré.

CELIA.

Que ¿éste es francés?

LAURO.

Francés fué,
Que ya, Celia, es español.
Criónos á mí y á él
Esta villa y Salamanca.

CELIA.

¡Buen talle!

LAURO.

Anduvo bien franca
Naturaleza con él.
Nunca tal entendimiento
Se vió en tan gentil persona.

CELIA.

Mucho vuestro amor le abona.

LAURO.

Aun no digo lo que siento.

FEBO.

¿Qué temor discurre helado
Por mis venas? ¿Qué es aquesto?
¿Quién, basilisco, me ha puesto
Á tus ojos y á tu lado?
¿Quién turba mi entendimiento?
¿Quién sujeta mi razón?
Mas, sin duda, efectos son
Del primero movimiento.
Y como un hombre no pase
Del movimiento primero,
Ningún error considero
En que mi Lauro agraviase.
La libre imaginación
Vuela por el aire presto.
¡Jesús, en qué me vi puesto!
Fantasmas del alma son.
Dios me libre; haré la cruz
Mil veces sobre mi cara;
Menos es que imaginara
Hurtar al cielo su luz,
Al sol sus rayos dorados,
Los pinceles á la diestra
Naturaleza, maestra
De pintar montes y prados;
Al fuego la actividad,
Al aire la sutileza,
Al tiempo la ligereza,
Al agua la claridad.
No más, pensamiento loco,
Como en Fabia imagináis.

FABIA.

¿Qué es lo que á solas habláis?

FEBO.

Digo, señora, que es poco
Todo cuanto Lauro os ama,
Respecto de ese valor;
Aunque os tiene grande amor,
Mayor sois que vuestra fama.
Nunca me supo decir
Lo menos que miro en vos.

FABIA.

Si son lisonjas, ¡por Dios,
Que os ha enseñado á mentir!
Ni soy la que encarecéis,
Ni Lauro el mayor me paga.

FEBO.

Ojos, ¿qué queréis que haga
Si vosotros me perdéis?
Teneos, ojos, teneos;
¿Qué os hace el alma inocente,
Que con tan nuevo accidente
Le ponéis tales deseos?
Ojos, que está Lauro allí;
Miralde y tened respeto,
Porque os sacaré, os prometo,
Si otra vez miráis ansí.
¡Válame Dios, no aprovecha!
Levantarme será bien.

FABIA.

¿Dónde vais?

FEBO.

Donde me den
Contrahierba de esa flecha.
¡Qué bien Lauro me avisó
Que aquí menester sería
Mi lealtad; pues, lealtad mía,
El sí por sí, el no por no;
Pasad, Lauro, á vuestro lado,
Y el mío no me quitéis.

CELIA.

¿Aquí ya no le querréis?

LAURO.

¡Bueno, á fe! Celos la has dado.
Siéntate aquí, por tu vida;
Dile á Celia mil amores.

CELIA.

Vendrá lleno de favores;
No hayas miedo que los pida.

FEBO.

Vengo lleno de dolor.

LAURO.

¿Agrádate Fabia, Febo?

FEBO.

Tanto, que apenas me atrevo
Al sol de su resplandor.

LAURO.

Celia me ha dicho mil bienes
De ti; mas ¿qué no dirá,
Si en ti todo el bien está?

FEBO.

Pues ¿qué te ha dicho?

LAURO.

Que tienes
Buen talle y entendimiento;
Y á fe que mi información
Bastara á dar afición
Con menos merecimiento.
No hay duda; vendrá á quererte,
Mil buenas noches tendremos.

FEBO.

Buenas, si aquí no perdemos
La vida ó amor.

FABIA.

Advierte,
Lauro, que siento rumor.

LAURO.

Quedo. ¿Si nos han sentido?.

FABIA.

Sin duda mi padre ha sido.

FEBO.

Huir será lo mejor.
Saltemos, Lauro, el jardín.

LAURO.

Adiós, Fabia.

FEBO.

Celia, adiós.

FABIA.

El cielo os guarde á los dos.

LAURO.

Sube por este jazmín.

Vanse Febo y Lauro.

Entren Felino y Tebano, criados, que traen asido á Pinabel y Prudencio, viejo, padre de Fabia; Celia y Lisardo, su hermano.

PRUDENCIO.

Di la verdad, ó ¡por el cielo santo,
Que esta daga te meta por el pecho!

PINABEL.

Señor, si yo la digo, ¿por qué causa
Tu edad deja vencerse de la ira?

LISARDO.

Aquí están mis hermanas Celia y Fabia.

PRUDENCIO.

¿Qué hacéis aquí vosotras á estas horas?

FABIA.

Convida la frescura destos árboles
Y el cristalino curso destas fuentes;
El tiempo es caluroso, y no es posible
Dormir hasta que el fresco de la noche
Bañe de su templanza el aposento.

PRUDENCIO.

Y ¿no echaron de ver que en San Jerónimo
Tocaron á maitines, y que fuera
Más justo que estuvieran en sus camas?
Éntrense allá, y si acaso están ya frescas
Con la templanza de la media noche,
Las ramas y hojas destos verdes árboles
Y el cristalino curso destas fuentes.

FABIA.

Celia, ¡gran mal!

CELIA.

Mi hermano ha sido espía.

FABIA.

Muere porque me case con Andronio;
Pero primero que á mi Lauro olvide,
Verás que al mar la tierra el curso impide.

Váyanse Fabia y Celia.

PRUDENCIO.

Mira lo que te va, si tienes alma,
Hombre perdido, en que verdad me digas;
No quieras que éstos que á tu lado miras
Te pongan una liga por los ojos
Y te echen de cabeza en este estanque,
Donde con una piedra al cuello sirvas
De sustento á sus peces en su centro.

PINABEL.

Señor, ego sum pauper scolasticus:
Ad prata et fontes veni anime gracia,
Utinam nunquam me tentaset demon,
Sedebam illic, quando magnas fames
Me provocavit ad quœrendum fructos;
Vidi prunas pendentes ex arboribus,
Ascendo por parietes modo, et intro
In domum tuam: nunquam ego intrassem!
Captus sum, sicut paser laqueo istius.
Misericordia, cordia, cordia, domine.

PRUDENCIO.

¿Entiendes lo que dice?

LISARDO.

Siendo niño,

Estudié los principios de gramática,
Y este latín es tal, que se declara.

PINABEL.

Tiene muy gran razón, soy mal latino,
Que por no lo saber como debía,
Perdí en Argel dos cátedras famosas.

LISARDO.

Mejor fuera que en ellas estuvieras.
Dice que es estudiante, y que venía
Al prado del bendito San Jerónimo,
Y que, tentado del demonio, quiso
Recrearse esta noche en su frescura,
Cuando asentado allí, la hambre fiera
Le obligó á que buscase alguna fruta,
Y como vió colgando de los árboles
Las ciruelas, saltó por las paredes
Y entró en tu casa, donde como pájaro
Fué cogido en el lazo desta gente.
Pide misericordia.

PINABEL.

¡Qué bien dice,
Qué bien traduce, qué gallardo intérprete!
¡Dichoso el padre que tal hijo alcanza
Años bien empleados! Merecía,
¡Por Dios! ser arzobispo de Marruecos.

PRUDENCIO.

La disculpa, Lisardo, no me agrada
En latín, ni en romance. ¿Con quién vives?

PINABEL.

Con unos estudiantes forasteros.

PRUDENCIO.

¿De dónde?

PINABEL.

Señor, salmanticences.

PRUDENCIO.

¿Tienen aquí sus padres?

PINABEL.

Etiam, domine.

PRUDENCIO.

¿Cómo se llaman?

PINABEL.

¡Bravamente aprieta!

PRUDENCIO.

Di luego el nombre.

PINABEL.

Un árbol tiene el uno
Por nombre; no es cerezo ni castaño,
Corónanse con él los capitanes
Y solían honrarse los poetas;
Mas ya, después que se echa en aceitunas
Y corona barriles de escabeche,
No hay poeta que pida verde Lauro.

LISARDO.

Quedo. ¿Lauro es tu dueño, hijo de Aurelio?

PINABEL.

Señor, si Lauro es mi amo, y él su hijo,
Yo no lo sé; pregúntalo á su madre.

LISARDO.

Señor, aquí hay gran mal.

PINABEL.

Pereo, perezco.
O mors et vita lingua!

PRUDENCIO.

¿De qué suerte?

LISARDO.

Tres años ha que aqueste mozo sirve
Á Fabia, y siempre que por este tiempo
Viene de Salamanca, la pasea
De día, en las iglesias la procura
Ver y solicitar, y algunas noches
Me ha dicho Andronio que por estas huertas
Le ha visto suspirar y hacer mil señas.
Edad tienes é ingenio; si los mozos
Pudieran dar consejo, te dijera
Que la casaras luego con Andronio,
Ó que fueras á hablar al padre déste
Para que le ausentara de la corte.

PRUDENCIO.

Á esa cuenta, el rüido desta noche
Debió de ser que estaba Lauro dentro,
El cual, como más diestro, saltaría
Las paredes del huerto, y aquí el *domine*,
Que es algo más pesado, no podría.
Desnúdale, Felino, y tú, Tebano,
Trae las riendas del caballo luego.

PINABEL.

¿Las riendas y desnudo? ¡Mal negocio!
Si me quieres, señor, correr en pelo,
¿Para qué pides riendas?

TEBANO.

Voy por ellas.

FELINO.

Ea, quítese luego la sotana
Y váyase bajando los calzones.

PINABEL.

Pues, ¡cómo! ¿Á un hombre graduado
Por Sonseca se usa deste término?

Quítenle la sotana y quede en un botarga gracioso.

PRUDENCIO.

Di la verdad.

TEBANO.

Aquí las riendas traigo.

PINABEL.

Riendas suelen servir á desbocados,
Y porque callo, aquí me ponen riendas.
Perdone la lealtad, el pan perdone,
No lo hago por mí, que bien sufriera
Dos mil azotes por el pan comido;
Pero miro la honra de las letras,
Y que soy, en efecto, graduado.
Señor, Lauro es marido de tu hija,
Lauro estaba esta noche entre estos cuadros,
Añadiendo al jardín un olmo y yedra.

PRUDENCIO.

¿Qué dices?

PINABEL.

Lo que escuchas; pero advierte
Con un ejemplo mi disculpa clara:
Si entrase algún doctor para tu hija
Enferma, y la curase de manera

Que la matase errándole la cura,
¿Sería justo que al zaguán salieses
Y azotases la mula en que venía?

PRUDENCIO.

Eso no era razón.

PINABEL.

Pues si mi amo
No cura bien la honra de tu hija,
¿Qué culpa tengo yo, que soy la mula,
Y me deja á la puerta siempre que entra?
Mándales que me vuelvan mi gualdrapa,
Y déjame que vuelva á mi pesebre.

PRUDENCIO.

Dale su ropa y ábranle la puerta;
Y tú, Lisardo, pues que ya amanece,
Ven conmigo y sabrás lo que hacer pienso.

LISARDO.

Furioso voy de enojo.

PRUDENCIO.

¡Oh hija infame!

Vanse Prudencio y Lisardo.

PINABEL.

Ya, señores, me deja el ofendido;
¿Qué es lo que quieren?

FELINO.

Darle cuatro azotes
En esa martingala.

PINABEL.

Son muy necios;
Que irán á Roma si me tocan.

TEBANO.

Déjale;
Que yo no tengo gana de ir á Roma.

FELINO.

Dale, y vamos *pro toto*, como cartas.

PINABEL.

Quedo: y si no me dan, les daré á entrambos,
Porque soy quiromántico espantoso,
Dos cédulas que valen mil escudos.

FELINO.

¿Es alguna de amor, por vida mía?

PINABEL.

La una es para amor, y otra de juego.

TEBANO.

Ésa quiero.

FELINO.

Yo esotra.

PINABEL.

Pues *accipite*,
Y el Omnipotente guarde vuestra *corpora*.

FELINO.

Adiós, mi rey.

PINABEL.

Dios, non magis huertas,
Ni moriar sicut canis inter puertas.

Váyase Pinabel.

TEBANO.

¿Si será aquesto verdad?

FELINO.

Sí, que estos capigorrones
Siempre estudian invenciones
En toda universidad.
Danse á la quiromancía
Y á las rayas de la mano;
Cargan de Agripa y Cardano,
Y estudian hechicería.
Que con estos embelecos
Las mujeres los admiten
Para que á amarlas se inciten
Algunos amantes secos;
Que hay mujer que, por sacar
Dineros de un avariento,
Irá al infierno.

TEBANO.

Está atento:
Cédula para ganar.

FELINO.

Titón, Tirín, Tulimán,
Nombres del Gran Turco son.

TEBANO.

Birlimboto, Escotillón,
Xerlín, Girón, Carimán.

FELINO.

Él leyó en el *Araucana*.

TEBANO.

¿Que con esto ganaré
Si juego?

FELINO.

Yo no lo sé.

TEBANO.

Probar quiero esta mañana.

FELINO.

Prueba en poco.

TEBANO.

¿Y si me pico?

FELINO.

Escucha, leeré la mía;
Que si es verdad, este día
Yo me caso y tú eres rico:
Rimoteros, Caratraía.

TEBANO.

Espíritus son, no leas;
Mas ¿qué importa? No lo creas.

FELINO.

Serpentimurrio, Engarrasa.

TEBANO.

¿Engarrasa? Ese, sin duda,
Es algún diablo corchete.

FELINO.

Matacán del cochoflete,
Apio, murta, salvia y ruda.

TEBANO.

¿Dice más?

FELINO.

Coscoscriscas
Tuf, tuf.

TEBANO.

Bernardinas son.

FELINO.
Tienes poca discreción;
Esto es griego.
TEBANO.
¿Y lo demás?
FELINO.
Lo demás será diablesco:
Yo me voy á enamorar.
TEBANO.
Yo en este punto á jugar,
Y tú verás lo que pesco.

Vanse.

Entren Prudencio, Aurelio, Lisardo, Lauro, Febo y Andronio.

PRUDENCIO.
De tu cordura me admiro.
AURELIO.
Y yo de tu discreción.
FEBO.
Cosas de mancebo son.
LISARDO.
¡Quita allá! Mi afrenta miro.
ANDRONIO.
Dice Lisardo muy bien;
¡Metan los cobardes mano!

Metan mano dos á dos.

LAURO.
Andronio, más cortesano;
Que somos hombres también.
AURELIO.
Hijos, dejad las espadas
Y estemos á las razones.
ANDRONIO.
Tarde en razones te pones,
Una vez desenvainadas.
Venga tu honra y la mía,
Porque una espada desnuda,
Puesta en razones, no hay duda
De que luego se resfría.
PRUDENCIO.
Andronio, ni eres mi yerno
Ni te toca esta defensa;
Mira que es mayor la ofensa;
Yo soy padre, yo gobierno,
Yo el dueño, yo el que he de hablar,
Yo el que tengo que pedir.
ANDRONIO.
Yo te he venido á servir,
Que no te vengo á agraviar.
Tu yerno pensaba ser;
Amor he tenido á Fabia.
PRUDENCIO.
Pues ¿Lauro de qué te agravia,
Si no es Fabia tu mujer?
Lauro es hombre bien nacido,
Hijo de Aurelio, que basta,
De cuya nobleza y casta
Yo propio testigo he sido.
Si él la quiere, cesará
Nuestra cuestión, y si no,
La lengua lo comenzó,
La espada lo acabará.
FEBO.
Aunque yo hablar no debiera
Donde está hablando tu edad,
Y calla la autoridad
De Aurelio, que hablar pudiera,
Digo, Andronio, que pues yo
No pretendo á Fabia aquí,
Y, pues Lauro vive en mí,
Si es Lauro quien te ofendió,
Los dos al campo nos vamos;
Que allí te daré á entender
Que no has de hablar ni mover
Los labios adonde estamos.
ANDRONIO.
Yo puedo hablar y cumplir
Lo que digo.
LAURO.
Acaba ya;
Donde Febo hablando está,
¿Puedes tú contradecir?
¿Sabes tú cuál hombre es Febo?
AURELIO.
Hijo, pues la causa has sido
Deste mal, por Dios te pido
No añadas otro de nuevo.
Andronio se pretendía
Casar con Fabia. ¿Qué importa?
Tu lengua mi vida acorta,
Haz tu espada lengua mía.
Fabia tiene gran valor,
Gran linaje, que á Prudencio,
Noble, no le diferencio
De ningún grave señor.
Si la quieres, yo la pido
De rodillas; no haya más.
LAURO.
Si tú, señor, me la das,
Yo soy su indigno marido.
Tres años ha que pretendo
Este bien; callé por tí;
Pero, pues sucede ansí,
Por Fabia me estoy muriendo.
Fabia es el alma que vive
En este alma, y pues me atrevo
Al lugar donde está Febo,
Esta disculpa recibe.
Rico eres; ¿qué te importa
Mi estudio?
AURELIO.
No pretendí
Que estudiases, porque vi
Mi vida y hacienda corta,
Sino porque acompañases
Á Febo, á quien me envió
Su padre, que es otro yo,
Porque con él te criases

Y él se criase contigo.
No estudiéis más, pues los dos
Sois ricos, gracias á Dios;
Bien rico es Claudio, mi amigo.
Dale, Prudencio, á mi Lauro
Tu Fabia; Andronio perdone.

PRUDENCIO.

Si así mi amor se compone
Y lo perdido restauro,
Andronio perdonará.

ANDRONIO.

Señor, pues Fabia se emplea
En Lauro, para bien sea.

LISARDO.

Pues vamos juntos allá,
Y dense las manos luego,
Y haránse las escrituras.

PRUDENCIO.

Lisardo, tu honor procurás;
La solicitud te ruego.

Váyanse todos.

Queden Lauro y Febo.

LAURO.

Vamos, señor Febo mío,
Ya me caso.

FEBO.

Lauro hermano,
Hoy te perdí.

LAURO.

Será en vano.

FEBO.

¿No es forzoso tu desvío?
¿Cómo quieres que un mancebo
Se halle ya con un casado?

LAURO.

Mudaré, Febo, de estado,
Pero no de amigo, Febo.

FEBO.

Querrás luego á tu mujer,
Estarás siempre con ella;
Si por mí te apartas della,
Ella me ha de aborrecer.
Luego dirá que te llevo
Á otras mujeres, que soy
Mozo, y que ocasión te doy.
¡Ah, Lauro, hoy te pierde Febo!

LAURO.

No harás, ¡por vida de Fabia!
No dije bien, Febo amigo,
Por vida de Febo digo,
Si acaso Febo se agravia.
Á Fabia quiero, es verdad,
Pero más te quiero á ti,
Que hallar podré por ahí
Mujeres en cantidad;
Pero, Febo, un buen amigo,
¿Adónde hallarle podré?
Permite que en Fabia esté,
Y no en mí, sino conmigo;
Que tú solo estás en mí,
Y estás en mí de tal suerte,
Que mujer, mudanza y muerte
No me apartarán de ti.

FEBO.

¡Ah, Febo, qué pensamiento
Entró anoche en mi sentido!
Sin duda que le he perdido,
Pues que dentro á Fabia siento.
Fabia me mató; mas ¡cielos!
Primero que le ofendiese
Á Lauro, aunque amor me diese
Todo un infierno de celos,
La vida me quitaría.
Si la vuelvo á ver ni á oir,
Yo me dejaré morir,
Porque es su ofensa la mía.

LAURO.

¿Qué dices?

FEBO.

Que si me dejas,
Á Francia me volveré.

LAURO.

Nunca te pondrá mi fe,
Febo, en ocasión de quejas.
Ven, que le voy á tomar
La mano.

FEBO.

Un siglo os gocéis.
¡Ojos, mirad cómo veis,
Que he de callar y morir!

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO

FIGURAS DEL SEGUNDO ACTO

Lisardo.		Andronio.
Aurelio.		Fabia.
Febo.		Celia.
Pinabel.	*Capigorrones.*	Felino.
Leonido.		Tebano.
Lauro.		Prudencio.

Lisardo y Aurelio.

LISARDO.

Mi padre, Aurelio, te ruega
Que este negocio concluyas.

AURELIO.

Cuando mi descuido arguyas,
Nadie la razón te niega.
Pero si yo la he tenido,
Después de escrituras hechas,
No es bien que tengáis sospechas
De que por mi culpa ha sido;
Que apenas le hubiera dado
La mano, si por mí fuera,
Cuando allí se concluyera
El desposorio tratado.

LISARDO.

Pues si es Lauro el que desea
Á Fabia, ¿cómo dilata
Las bodas? ¿Qué fiestas trata?
¿En qué invenciones se emplea?
¿Qué galas le están haciendo
Sastres? ¿Qué joyas plateros?

AURELIO.

Son amigos verdaderos
Febo y Lauro.

LISARDO.

Así lo entiendo.
Mas ¿qué tiene eso que ver
Con no se casar mi hermana?

AURELIO.

Lauro dijo esta mañana
Que lo dejaba de hacer
Hasta que tenga salud
Febo, que ha estado enfermado en casa.

LISARDO.

El no saber que eso pasa
Nos ha causado inquietud.
Pésame que falte á Febo
Salud, que le quiero bien.

AURELIO.

Él se deja amar también.

LISARDO.

La opinión de Lauro apruebo;
Que mi padre, Fabia, y todos
Cuantos en su casa estamos,
Á Febo, Aurelio, estimamos.

AURELIO.

Merécelo de mil modos.

LISARDO.

No nos ha dicho su mal,
Que fuera bastante excusa.

AURELIO.

Es su enfermedad confusa,
Enojosa y desigual.

LISARDO.

¿Qué tiene?

AURELIO.

Melancolía.

LISARDO.

¿Melancolía de qué?
Un mancebo en quien se ve
Tanta gala y bizarría,
Tal ingenio, tal nobleza,
¿Tiene agora esa pasión?

AURELIO.

Á saberse (1) la ocasión,
Fuera, Lisardo, tristeza,
Y luego se remediara
Que se entendiera el secreto,
Porque cesara el efeto
Como la causa cesara.
Mas siendo melancolía,
De sólo el humor procede,
Y remediarse no puede
Mientras el humor porfía.

LISARDO.

¿Hanle curado?

AURELIO.

Hase puesto
En su cura gran cuidado,
Donde lo que te he contado
He visto ser manifiesto.
Hipócrates atribuye
Á atrabile aqueste humor,
Que habiendo furor (2)
É insania, Galeno arguye.
Algo en los dos he leído,
Y con el doctor tratado;
Á Febo habemos purgado,
Mas de poco efecto ha sido.
Una maligna acritud,
Este corrompido humor,
Dice que tiene el doctor,
Y muéstralo la inquietud.
Mas esto ó aquello sea,
Febo á veces se levanta
Tan bueno, que nos espanta,
Ni hay hombre que su mal crea.

LISARDO.

Eso te quise decir,
Porque en mi casa le veo
Algunas veces.

AURELIO.

Deseo
Para dos cosas vivir:
La una, es sólo dejar
Á Lauro puesto en estado,
Y finalmente casado,
Pues ya no quiere estudiar.
La otra, enviar á Francia,
En cas de su padre, á Febo,
Que con pesadumbre llevo
El verle tanta distancia;
Que á gran desdicha tendría
Que se nos muriese aquí.

Éntre Febo furioso, tras Pinabel y Leonido, capigorrones.

FEBO.

¿Cómo es eso? Pues ¿á mí?
¡Fuera villanos, desvía!

LEONIDO.

Huye, Pinabel.

AURELIO.

¿Qué es esto?

PINABEL.

Febo, que se ha vuelto en furia.

FEBO.

¿Á mí tan notable injuria?

AURELIO.

¡Asilde, tenelde presto!

LEONIDO.

¿Quién le ha de tener, señor?

LISARDO.

¡Qué desdichado mancebo!

AURELIO.

Vuelve en ti. ¿Qué es esto, Febo?
¡Hola! Llamadme al doctor.

LEONIDO.

Al rector dijeras bien,
Del hospital de los locos.

AURELIO.

¡Asilde!

PINABEL.

Treinta son pocos.
Llega tú también, señor.

AURELIO.

Febo, vuélvete á la cama.

FEBO.

¡No hay para qué, señor mío!
¿No ve que estoy muerto y frío
Y que la tierra me llama?
Llévenme luego á enterrar;
Que tener es desconcierto
En la cama un cuerpo muerto
De sufrir y de callar.

AURELIO.

Hijo, vivo estás; no digas
Ni creas que muerto estás.

FEBO.

¿Puedo estar yo muerto más
Que callando mis fatigas?
Cuando un vivo tiene un mal,
¿No dice: aqueste mal tengo?

AURELIO.

Sí, hijo.

FEBO.

Luego yo vengo
Á estar muerto.

AURELIO.

¿Hay cosa igual?

FEBO.

Porque tengo un mal extraño
De que á nadie cuenta doy,
Claro está que muerto estoy.

LISARDO.

Ese argumento es engaño,

(1) *Saber* en la Parte IV.
(2) Verso incompleto. Acaso escribió el poeta:
Que solo habiendo furor.

Porque á estar muerto, no hablaras.

FEBO.

Males de remedio inciertos
Obligan á hablar los muertos:
¿No es verdad?

LEONIDO.

Verdades claras.
Y he visto hablar mil difuntos.
Suelta, señor, que si das,
No dirán que muerto estás.

FEBO.

¡Muérete, y andemos juntos!

LEONIDO.

Quedo, señor, ¡ay de mí!

FEBO.

Mi criado eres, Leonido.

LEONIDO.

Verdad es; yo te he servido.

FEBO.

Pues yo soy muerto.

LEONIDO.

Es ansí.

FEBO.

Mi criado está obligado
Á andar conmigo.

LEONIDO.

Eso digo.

FEBO.

Pues muérete y ven conmigo.

LEONIDO.

Está muy bien ordenado;
Yo me voy luego á morir.

FEBO.

Delante de mí ha de ser

LEONIDO.

Tengo primero que hacer

FEBO.

Muérete.

LEONIDO.

Déjame ir.
¿Á cuál hombre sentenciado
No dan de término un hora?

FEBO.

Digo que se muera agora
Y calle, pues yo he callado.
Presto, que estoy de partida
Para el otro mundo; acabe.

LEONIDO.

¿En qué mula ó en qué nave
Sales, señor, desta vida?

FEBO.

Cesa ya de preguntar;
Que yo por no hablar me voy.

LEONIDO.

¿Por no hablar?

FEBO.

Sí; muerto estoy
De sufrir y de callar.

LEONIDO.

Pues habla, ¡pese á mi abuelo!
Que no ha hecho cosa Dios
Que no hable.

FEBO.

¿Sabéis vos
Qué freno me ha puesto el cielo?

LEONIDO.

El fuego con estallidos
Habla; el viento con rumor;
El agua con el furor;
La tierra en ecos rompidos.
Habla el cocodrilo en lloro,
Silba el áspid, el león ruge,
Bala el cordero, el buey muge,
Ladra el perro, brama el toro.
Canta el ruiseñor su mengua,
Chilla el conejo, el ratón;
En todo instrumento hay son;
Las campanas tienen lengua.
Rebuzna el asno; el caballo
Relincha que atruena un sordo;
Habla el papagayo, el tordo;
Gruñe el puerco y canta el gallo.
El vino aprende primero
Á hablar, hervir y sonar;
Y un cuchillo suele hablar
En la muela de un barbero.
Hablan algunas señoras
Que pasan las justas leyes;
Chirría un carro de bueyes,
Y un reloj habla por horas.
Los libros hablan, y es cierto
Que habla un muerto y que le oimos;
Que dice Tulio, decimos,
Tal sentencia, y Tulio es muerto.
Habla el cielo cuando atruena,
Y los metales también,
Y el oro suena muy bien
Cuando en quien le tiene suena.
Habla tú, que en eso fundo
Tu vida y la de los dos;
Que á quien habla le oye Dios,
Y á quien no, ni Dios, ni el mundo.

FEBO.

Pues yo no tengo de hablar,
Que nací honrado, Leonido.

LEONIDO.

Pues yo de ti me despido.

FEBO.

¿Solo me quieres dejar
Cuando al otro mundo voy?

LEONIDO.

¿Por eso es bien que me riñas?
Si fueras aquí á unas viñas,
Adonde estuvieras hoy,
Á una huerta, á un cigarral;
Pero al otro mundo, ¿es justo
Que te acompañe?

FEBO.

Es mi gusto.

LEONIDO.

Á mi muerte natural
Aguarda, y juntos iremos.

FEBO.

No aguardes, porque, á mi cuenta,
La mía es muerte violenta.

LEONIDO.

Muy buen recado tenemos.

FEBO.

Que viva puede ser cierto,
Pues hablo, lloro y escribo;
Pero ¿quién ha visto vivo
Con tantas señas de muerto?

AURELIO.

Hijo, ten duelo de mí,
Ya que de ti no le tienes.

FEBO.

¡Con qué hermosa flema vienes!
¿No estoy muerto?

PINABEL.

Señor, sí;
Pero mucho te meneas.

FEBO.

Soy culebra, cuya cola
Cortada, está viva sola,
Aunque muerto el cuerpo veas.

AURELIO.

Llamadme á Lauro.

LISARDO.

Aquí viene.

Éntre Lauro.

LAURO.

¿Qué es esto, Febo? ¿Es razón
Que nuestra reputación
Apenas tu furia enfrene?
¿No miras lo que dirán
En la corte?

LISARDO.

Ya sosiega.

AURELIO.

Luego como Lauro llega,
Llorando los dos están.
Dejémoslos; que por dicha
Se sacará la ocasión
Desta cruel perdición.

LISARDO.

¡Qué lástima!

AURELIO.

¡Qué desdicha!

Vase, dejando solos á Febo y Lauro.

LAURO.

¿Qué desventura es ésta,
Febo? ¿Qué tienes? ¿Qué has?
¿Cómo desta suerte estás?
¿No merezco yo respuesta?
¡Tú loco, estando yo cuerdo!
¡Yo cuerdo, estando tu loco!
Ó no siento, ó siento poco
Lo que perdiéndote pierdo.
Febo, ¿de qué ha procedido
Tal mal, que ya llega á furia?
¿Hante hecho alguna injuria?
Hermano, ¿quién te ha ofendido?
Si por no darme pesar
Callas, no sé qué te diga;
Que pues mi amor no te obliga,
¿Con qué te puedo obligar?
Habla, Febo, ó pensaré
Que del alma te has salido;
Habla, Febo.

FEBO.

Estoy perdido.
Muérome y callo.

LAURO.

¿Por qué?

FEBO.

Por tan extraños caminos
Van mis pasos derramados,
Que del fin de mis cuidados
Sólo espero desatinos.
La razón que me regía,
Del todo me desampara,
Porque le vuelvo la cara
Cuando el remedio me guía.
Á mí propio me pregunto
Si sé, por dicha, de mí,
Y aun no sé decir que sí
Por no ver que estoy difunto.
Que como amigos fingidos
Que en el peligro faltaron,
En el que estoy me dejaron
Todos mis cinco sentidos.
Faltó la parte más alta,
Que el (1) entendimiento hacía;
La memoria, pues no es mía,
También pienso que me falta.
Pues ¿qué te podré decir,
Lauro, de mi voluntad?

LAURO.

Febo, tratemos verdad;
¿Esto es orar ó argüir?
Ven, Febo, á la conclusión,
Mira que me tratas mal.

FEBO.

Antes por serte leal
Muero en tanta confusión.

LAURO.

¿Tú á mí? ¿Dónde? ¿cómo? ¿en qué?
¿Qué te he fiado yo á ti?
¿Qué hay en mí, ó fuera de mí,
Que en ti como en mí no esté?
Habla claro.

FEBO.

¿Qué consejo
Tomaré? Déjame, digo.

LAURO.

Febo, no eres mi amigo,
Que á serlo, fueras mi espejo.
Y pues yo no miro en ti

(1) *En* (Parte IV).

Ese mal que llamas mal,
Ó se ha quebrado el cristal,
Ó se cerró para mí.
Espejo solías ser
Como lo es el buen amigo;
No trata verdad conmigo,
Pues que no me deja ver.
En tanto el espejo es bueno
Cuanto al que se ve retrata,
Y en tanto mentiras trata
Cuanto muestra el rostro ajeno.
Pero cuando está quebrado
Ó todo cerrado está,
Ni bien ni mal muestra ya,
Porque la luz le ha faltado.
La luz de nuestra amistad
Te ha faltado. ¿Qué procuro?
Que estando el espejo obscuro,
¿Cómo veré la verdad?

FEBO.

Ni se ha quebrado el espejo
¡Oh Lauro! en que te mirabas,
Ni la luz que tú le dabas
Le falta por mi consejo;
Que si la tiene de ti,
Y de tu sol la recibe,
Cuando sin tu lumbre vive
No es justo culparme á mí.
Lauro, por la misma cruz
Que tienes ceñida al lado,
Que de estar tu sol turbado
Le falta á mi espejo luz.
Y esto es verdad de manera,
Que si más claro te hablara,
Ó tu sol me le abrasara,
Ó yo pedazos le hiciera.
Pared del espejo fuí;
Hazme, Lauro, una merced,
Que se caiga esta pared,
Y se caiga sobre mí.

LAURO.

No, Febo; yo soy el sol,
Como dices, de tu espejo,
Y así, te daré un consejo
De pecho hidalgo español,
Y será, que si mi alma
Era luz de tu cristal,
Y por encubrir tu mal
Vive tu salud en calma,
Este pecho, que la encubre,
Romperé con esta daga,
Para que lugar le haga;
Que si el alma se descubre,
Toda su luz dará en ti,
Y tu en mí entonces verás
Que ni puedo alumbrar más,
Ni hay mayor verdad en mí.

FEBO.

Suelta la daga.

LAURO.

Es razón
Perder la vida, que es menos.

FEBO.

Si soy el loco, á lo menos
Tuyos los efectos son.
Vuelve la daga de tuyo,
Lauro, y su herida sangrienta
Será de mi pecho boca,
Y ella servirá de lengua;
Que pues á decir me obligas
Cosas que el alma me cuestan
Determinarme á callarlas,
Su acero mi lengua sea.
Por el inmortal amor
Que en nuestras almas se engendra,
Tener un mismo ascendente
Nuestras iguales estrellas;
Por la santa fe jurada
En justa correspondencia
De la deuda de amistad,
Que es la más estrecha deuda,
Te pido, Lauro, que al punto
Que mi traición te refiera,
Acabes mi vida infame,
Que es la más justa respuesta.
Tú me llevaste una noche
Al jardín de Fabia bella;
Fuí contigo, y fuí pensando
Que me enamorara Celia.
No sé, Lauro, qué desdicha,
Qué influencia, qué planeta,
Qué contradicción del cielo,
Por alguna grave ofensa.....
No sé cómo te lo diga.

LAURO.

Acaba, que me atormentas.

FEBO.

Tiembla, Lauro, el corazón.

LAURO.

Acaba.

FEBO.

Los ojos tiemblan;
Que te miran ofendido,
Y no permiten que pueda
Ser tan atrevida el alma,
Que dé á la lengua licencia.

LAURO.

¿Quieres quitarme la vida?

FEBO.

Vi á Fabia, tu esposa.

LAURO.

Espera.

FEBO.

¿Qué quieres?

LAURO.

Aun no es mi esposa;
Di lo que quisieres della.

FEBO.

Della, por el cielo santo,
Que en cualquier cosa mintiera,
Porque no sabe mi amor
Por palabras ni por señas.

LAURO.

Ya, Febo, me has dicho tanto,
Que saber menos quisiera.

FEBO.

¿Dije que la quiero?

LAURO.

Sí.

FEBO.

Pues este pecho atraviesa.
Vesme aquí, Lauro, á tus pies;
¿Qué aguardas? No hay más que sepas.
Por callar me he vuelto loco,
Y será mi muerte cierta;
Que, como forzoso ha sido
En estos conciertos verla,
Ha crecido mi pasión
En la misma resistencia.
Mas como el viento derriba
La nave, dando en las velas,
Y amaina el piloto el árbol,
Para que no tope en ellas,
Así de mi pensamiento,
Cortándome la cabeza,
Estarás, Lauro, seguro.
¿No respondes? ¿En qué piensas?
Habla, Lauro; Lauro, acaba.

LAURO.

¿No quieres que me suspenda,
Pensando cómo podré
Hacer que á Fabia poseas?

FEBO.

¡Que la posea! ¿Qué dices?

LAURO.

¡Por el cielo, por la tierra,
Por todo cuanto hay criado,
Hombres, aves, plantas, fieras,
Que hoy has de gozar á Fabia!

FEBO.

Si con su padre y con ella,
Con su hermano y sus parientes,
Tu desposorio conciertas,
¿Cómo seré yo su esposo?

LAURO.

Ya sé yo que ellos y ella
No han de querer, y que es cosa
Imposible.

FEBO.

Pues ¿qué intentas?

LAURO.

Darte un fingido poder
Para que tu esposa sea.

FEBO.

No, Lauro, que es disparate
Sólo el casarme con ella.

LAURO.

No; es que vendré de noche
A casa, y las luces muertas,
Te daré mi lugar propio.

FEBO.

¡Oh amor, autor de quimeras!
¡Ah, Lauro, cómo has mostrado
Tu entendimiento y tus letras!
Como sabes que estoy loco,
Con locuras me gobiernas.

LAURO.

Yo te he tratado verdad,
Y porque mejor lo creas,
Verás si palabras y obras
Hoy se sientan á una mesa.
Ven, y haremos el poder;
Diré que voy á una aldea,
Y casáraste por mí.

FEBO.

Oye, Lauro.

LAURO.

¿Hay más que quieras?
No soy amigo de agora,
Si en estas cosas me pruebas;
No hay honra, Febo; no hay vida,
No hay padres, deudos, ni deudas,
Que no te ponga en las manos.

FEBO.

No es eso.

LAURO.

Pues ¿qué?

FEBO.

¿No piensas
En el fin que esto tendrá?

LAURO.

¿Agora del fin te acuerdas?
Si César mirara al fin,
Nunca llegara á ser César,
Ni á Pompeyo el fiero Atila
Le cortara la cabeza;
Nunca Alejandro ganara
El mundo si entonces viera
Que hombres, coronas é imperios,
Todo es nada y todo es tierra;
No estuviera sobre Troya
Diez años con armas Grecia,
Si supiera alguno dellos
Las traiciones de Hipermestra;
Nunca Tarquino gozara
La celebrada Lucrecia,
Rodrigo la hermosa Cava,
Ni Paris robara á Elena.
Ven conmigo, que, aunque adoro
Á Fabia, pues no es mi prenda
De la honra, que el amigo
No es bien que al honor se atreva,
Hoy serás de Fabia Apeles,
Y hoy seré de Fabia bella
Un español Alejandro.

FEBO.

Pues, Lauro, ¿no consideras
Que, en quitártela yo á ti,
Hago á la amistad ofensa?

LAURO.

Febo, tú estás á la muerte
De amores desta doncella,
Y yo no me muero agora;
Amor nos puso esta mesa:

Quien tiene más hambre, coma.

FEBO.

Hoy haces tu fama eterna.

Vanse.

Salen Andronio y Fabia.

FABIA.

No cumples bien la obligación que tienes
Á la amistad, Andronio, de mi hermano.

ANDRONIO.

Incítanme á locuras tus desdenes.

FABIA.

No seas atrevido, ten la mano.

ANDRONIO.

¿No estás casada?

FABIA.

Loco y necio vienes;
¿Parécete el honor puerto tan llano,
Que, aunque sin guarda esté, pasarle puedes?

ANDRONIO.

De tu jardín lo estaban las paredes.
Pasólas Lauro.

FABIA.

Amor todo lo allana.

ANDRONIO.

No merecí tu amor.

FABIA.

Sí merecieras;
Pero púsele en él.

ANDRONIO.

Fuiste liviana.

FABIA.

¿Qué liviandad en esto consideras?

ANDRONIO.

Yo me informé de Lauro esta mañana,
Y yo sé que en mi sangre no perdieras
Lo que en la suya pierdes de la tuya.

FABIA.

Yo sé que me ennoblece con la suya.
Y déjate de hacer informaciones
Mientras que por tu hermana no las haces;
Que ni á tu amor, ni á mis obligaciones,
Con lo que ahora intentas, satisfaces.

ANDRONIO.

¿Á mí me dices, Fabia, estas razones?
¿No basta que de Lauro el cuello enlaces?
¿No basta que me dejes de tal suerte,
Que está mi vida en procurar mi muerte?
¿Plega á los cielos que ni á Lauro goces,
Ni en tus brazos jamás á Lauro veas,
Que vengas á gozar quien no conoces,
Y que te goce á ti quien no deseas!
¡Espadas, riñas, disensiones, voces (1),
Haya sobre tu boda, y tanto daño,
Que te vengas á ver en reino extraño!
¡Plega á los cielos.....

FABIA.

No prosigas, cesa;
Que no es estilo de hombre noble, Andronio.

(1) Falta un verso.

ANDRONIO.

Ni de la fe que tu valor profesa
Es ese, Fabia, honroso testimonio:
Gozarte, Fabia, fué mi justa empresa,
Justa, pues era en dulce matrimonio.
Mi esperanza engañaste.

FABIA.

Pues ¡qué quieres!
Nunca somos más firmes las mujeres.
Extraña es nuestra dicha (1): si escogemos
Lo que es de más valor, dicen que erramos;
Si lo que no le tiene apetecemos,
Que siempre á lo peor nos inclinamos.
Si por fuerza al mayor apetecemos,
Y al paternal furor no replicamos,
Dicen que somos necias, pues vivimos
En sujeción, y en libertad nacimos.
Andronio, si fué yerro, el daño es mío,
No te puede faltar lo que mereces.

ANDRONIO.

Más siento que mi ofensa, tu desvío.

Celia éntre.

CELIA.

Dame albricias.

FABIA.

Sí haré, si un bien me ofreces.

CELIA.

Febo, gallardo, con salud y brío,
Más galán y contento que otras veces,
Á desposarse por poder contigo
Viene, por tu marido y por su amigo.

FABIA.

Febo, ¿por qué? ¿No está mi esposo bueno?

CELIA.

Por excusar de gente y pesadumbre
Se fué á una aldea.

FABIA.

El desamor condeno.

CELIA.

Dícenme que es de príncipes costumbre.
Que de tu Lauro, de esperanzas lleno,
Vendrá esta noche á la primera lumbre,
De suerte, que los dos.....

ANDRONIO.

Tente, no acabes
Palabras para mí, Celia, tan graves.
¿Qué aguarda ya mi loco pensamiento?
¡Ah, Fabia! ¿Que te casas?

FABIA.

¿No lo miras?

ANDRONIO.

No logres ¡plega á Dios! tu casamiento.
Todo se vuelva engaños y mentiras;
Que yo no te he de ver.

FABIA.

Ni es justo intento.

ANDRONIO.

Pues de mis ojos y alma te retiras

(1) *Desdicha* (Parte IV).

Al alma y á los ojos de otro dueño,
Dame una prenda tuya, un don pequeño.

FABIA.

¿Qué prenda?

ANDRONIO.

La que suele en despedida
Darse al amigo.

FABIA.

Eso no, que sólo
Para el pecho de Lauro fué nacida.
Ven, Celia, y ruega á Dios se ausente Apolo.

Váyanse todos.

ANDRONIO.

Aquí perdí mi bien, aquí la vida;
Mas si al occidental ó ártico polo
Te fueses, Fabia, allá mi amor se atreve
Resistir el calor, vencer la nieve.
¡Engañada esperanza! claro estaba
Que mientras Fabia estado no tenía,
El alma juntamente os empleaba,
Que entonces lo imposible pretendía.
Agora que es ajena y que se acaba
La luz, por donde el alma la seguía,
El valor, que en imposibles hechos (1)
Se han de mostrar los generosos pechos.
Yo he de seguir á Fabia, aunque casada.
¿Qué caza se ha escapado perseguida?
¿Qué montaña tan alta y tan helada
No fué del sol ardiente derretida?
¿Qué mar no fué del hombre navegada?
¿Qué muralla resiste combatida?
¡Caza, montaña, mar, muralla, ó Fabia,
Yo he de vencerte, aunque mi amor te agravia!

Entren Felino y Tebano.

FELINO.

Frías bodas.

TEBANO.

No pudieran
Ser en Scitia (2) más frías;
Pensé que cuarenta días
General banquete hicieran,
Y envía Lauro á su amigo
Con un poder de repente,
Y sin aparato y gente
Se han desposado.

ANDRONIO.

¿Qué digo?
¡Ce, caballeros!

FELINO.

¿Quién es?

ANDRONIO.

Andronio.

FELINO.

¡Andronio gallardo!

ANDRONIO.

¿Queda allá dentro Lisardo?

FELINO.

Queda en las fiestas que ves;
Que más parecen de muerte.
¡Quién pensara que una dama
De tanta hermosura y fama
Se casara desta suerte!

ANDRONIO.

¿Casóse?

TEBANO.

Ya se casó
Por poder.

ANDRONIO.

¿Con quién?

TEBANO.

Con Febo.

ANDRONIO.

No es el desposorio nuevo;
Galas y gasto excusó;
Pero si yo hubiera sido.....

FELINO.

¡Pluguiera á Dios que tú fueras!
Que por lo menos hicieras
Como rico y bien nacido.

ANDRONIO.

¡Mi suerte me fué contraria!
Adiós.

Váyase Andronio.

TEBANO.

Llorando se fué.

Pinabel éntre de camino, gracioso.

PINABEL.

Aunque he caminado á pie,
Diligencia necesaria,
Lauro me manda que diga
Que por la posta he venido,
Y que con este vestido
Su pensamiento prosiga,
Diciéndoles que tras mí
El camino á Madrid toma.

FELINO.

¿Qué postillón de Mahoma
Es éste que viene aquí?

TEBANO.

Quedo: ¿no es éste el gorrón
Que era criado de Lauro?

FELINO.

El mismo, aunque transformado
En correo ó postillón.
¡Vive Dios, que ha de pagar
Las cédulas que nos dió!

PINABEL.

¿Podré, caballeros, yo
Los desposados hablar?

TEBANO.

Antes que las cartas dé,

(1) Verso incompleto y sin sentido. Puede leerse:
Crece el valor; que en imposibles hechos.

(2) *Citia* (Parte IV).

Será bien que pague el porte,
Á la usansa de la corte.

PINABEL.

Á mí, señores, ¿por qué?

FELINO.

¿No es vuesa merced aquel
Nigromántico famoso
Que para efeto amoroso
Me dió un diablesco papel,
Y otro para que ganase
Al juego mi compañero?

PINABEL.

Ni puedo negar, ni quiero.

FELINO.

Y ¿qué importa que negase?

PINABEL.

Pues bien: ¿qué le sucedió?

FELINO.

Yo hablé con cierta mujer;
Rindióse, á mi parecer.

PINABEL.

Eso es lo que digo yo.

FELINO.

Oiga un poco.

PINABEL.

Pues prosiga.

FELINO.

Díjome que su marido
No estaba en casa.

PINABEL.

Eso pido;
Mirad si el papel la obliga.

FELINO

¡Así tenga la salud!
Y que viniese á las diez.
Fuí, y entré.

PINABEL.

Ya de esa vez
Mostró el papel su virtud.

FELINO.

No hube entrado, cuando llama
El marido.

PINABEL.

¿Y sucedió.....

FELINO.

Que en un costal me metió,
Y puso junto á la cama;
Mas no hubo el hombre entrado,
Cuando sacudió el costal
De suerte, que de aquel mal
Cuatro veces me han sangrado.

PINABEL.

Pues bien: ¿qué debo yo deso?
Si es que el marido llamó,
No di la cédula yo
Para bueno ó mal suceso.
No la dí, si entender quieres
Los renglones, bien leídos,
Para enamorar maridos,
Sino á solas sus mujeres.
No daré cédula yo
Para enamorar marido,
Por mil escudos.

TEBANO.

Yo he sido
Solo á quien éste engañó;
Porque fuí á jugar primero
Con la cédula en la mano,
Y parando siempre llano,
No sólo perdí el dinero,
Mas sin quedarme una cinta.

PINABEL.

Eso estaba claro, hermano.

TEBANO.

¿Por qué?

PINABEL.

Porque paró llano,
Y había de parar con pinta.

TEBANO.

¿Dícelo el papel ansí?

PINABEL.

Pues ¿no? Léase el papel,
Verán cómo dice en él
Que para pintas le dí.
Si no, vuelvan á jugar
Y á enamorarse.

TEBANO.

Eso no.

FELINO.

¡Lindamente me engañó!
Mas ¿que nos vuelve á engañar?

Lauro, de camino, éntre.

LAURO.

¿Hízose ya el desposorio,
Hidalgo?

FELINO.

Seas bien venido:
Como es sin fiesta, no ha sido
Aun en la calle notorio,
Cuanto más allá en tu aldea.
Voy á decir que has llegado.

LAURO.

Pinabel, ¿diste el recado?

PINABEL.

¿Quién hay que tus cosas vea,
Que no pierda los sentidos?
Es chacota una jornada
Larga, la posta cansada
Y los estribos perdidos.

LAURO.

¿Cómo no viniste á pie?

PINABEL.

Pues eso es lo que te digo.

LAURO.

¡Quién descuidase contigo!

PINABEL.

¡Qué quieres! Ya no llegué.

Fabia, Celia y Febo, entren.

FABIA.

Mil veces seas bien venido,

Dulce esposo de mis ojos.

LAURO.

Para no daros enojos
Y excusar gasto y rüido,
Con mi poder envié
Á Febo, que es otro yo.

FABIA.

Febo su mano me dió,
Pues ese tu gusto fué,
Y yo le he dado la mía.

LAURO.

No hay en eso diferencia.

FABIA.

Ya me mataba tu ausencia.

LAURO.

Esperaba el fin del día
Para llegar con secreto.

FABIA.

¿Has cenado?

LAURO.

Ya he cenado:
Pues ¿qué hay, Febo?

FEBO.

¡Estoy turbado! (Ap.)

LAURO.

¿Qué temes?

FEBO.

Temo el efeto.

LAURO.

Calla, que mi amor te guía.

FEBO.

Si agora te has de quedar
Con Fabia, ¿no he de pensar
Que es vana industria la mía?

LAURO.

¿Cómo quedar? Tú has de ser;
Que ese poder que he fingido,
Si te ha hecho su marido,
No he de gozar tu mujer.
Febo, aquí nos quedaremos,
Y ellas se entrarán allá,
Donde trazar se podrá
Cómo los dos nos troquemos.
No temas, tu amigo soy.

FEBO.

Hay otro mal añadido.

LAURO.

¿Cómo?

FEBO.

Celia me ha pedido
De mi Fabia celos hoy.

LAURO.

Ya sé que te quiere bien.

FEBO.

Mucho ha de estorbar el mío.

LAURO.

No hará; en el cielo confío;
Yo la engañaré también.
Vé y dile que á la ventana
Esta noche salga á hablarte;
Que sin duda será parte
Para que deje á su hermana.

FEBO.

Bien has dicho: y tú podrás
Hablalla y entretenella.

LAURO.

¿Yo? No puede, Fabia bella,
Darme mi esperanza más.
Ya me ha llegado al efeto:
Entraos, mi bien, que ya voy.

FABIA.

Celia, vergonzosa estoy.

CELIA.

Anda, que Lauro es discreto,
Y será más cortesano.

FABIA.

Quédate con Febo aquí.

Fabia se va.

FEBO.

Y vos, ¿no me dais á mí,
Hermosa Celia, una mano?
¿No merezco en este día,
De barato algún favor?

CELIA.

Las dos os diera mejor
Si la vuestra fuera mía;
Pero no os merezco yo.

FEBO.

Lauro, que me vaya aguarda,
Para gozar la gallarda
Fabia, que hoy amor le dió.
Á la ventana os poned
Que cae al patio en que estamos:
Veréis lo que concertamos
Como vos me hagáis merced.

CELIA.

La gente está recogida;
Por dar á Lauro lugar,
Muy bien podemos hablar.
Lauro, adiós; adiós, mi vida.

Vase Celia.

FEBO.

Celia se fué, Lauro mío.
¿Qué haré?

LAURO.

¿Qué? ¿Aun medroso estás?
¿Quién de los dos hace más?
Que tienes perdido el brío.
Si Celia se retiró,
Ya estará Fabia acostada;
Vé, Febo, goza engañada
Á quien tu gusto engañó;
Que yo en este patio quedo
Á entretener á su hermana.

FEBO.

Cuando llegue la mañana,
Tengo al desengaño miedo.

LAURO.

Madruga, Febo, madruga;

Que el sol suele madrugar,
Y en las flores de mi azahar
El llanto del alma enjuga;
Que yo te juro ¡por Dios!
Que me cuesta más que digo.
Vé, Febo, que eres mi amigo
Y vive un alma en los dos.
¡Ay, Fabia!

FEBO.

Voy, que ya es hora.

LAURO.

Oyes.

FEBO.

¿Qué?

LAURO.

Mata las velas.

FEBO.

Si te agradan las cautelas,
Dulce amor, muéstralo ahora.

Váyase Febo.

LAURO.

Ya Febo se fué á gozar,
Triste pensamiento mío,
De aquella por quien tres años
Dimos al aire suspiros.
Ya Febo alumbra contento
En el oriente divino
Donde amaneció aquel sol
De quien ahora soy indio.
Desdichas, ¿qué me queréis?
Amistades me han vencido:
¡Mi signo y planeta es éste;
Mi dura estrella lo quiso!
¡Febo, pensamiento triste,
Años, oriente, suspiros,
Sol, desdichas, amistades,
Estrellas, plantas y signos,
Muerto soy! Mas ¿qué digo?
No me neguéis que supe ser amigo.
¿Qué fiera me abrasa el alma?
Del agravio recibido,
Rabia de celos me abrasa:
Entre fuego y hielo vivo.
¿Qué pena, qué muerte iguala
Al abismo donde miro
Mis imposibles deseos,
Por los ajenos delitos?
Haré locuras. Mas ¡cielos,
Si he hecho lo que he debido,
Mis desvaríos templad,
Mirad que pierdo el jüicio!
¡Fiera, agravio, celos, rabia,
Fuego, hielo, muerte, abismo,
Amor, imposibles, cielos,
Locuras y desvaríos,
Aunque me veis perdido,
¡Vive Dios que no estoy arrepentido!
Como hombre siento mis ansias,
Y, aunque callo, no las digo;
Desespero y enloquezco,
Y que es todo justo afirmo.
Desatino de dolor
Y suspiro de ofendido;
Muero viviendo, deseo
Lo que pierdo, siendo mío.
Canto, lloro, á un mismo tiempo;
Río y rabio á un tiempo mismo;
Más he dado que Alejandro,
Que él dió lo que menos quiso.
Siento, callo y desespero,
Enloquezco, desatino,
Suspiro, muero, deseo,
Pierdo, canto, lloro y río,
Y si Alejandro he sido,
Ya he dado más, que quedo más perdido.

Celia en lo alto.

CELIA.

¡Ce, Febo!

LAURO.

Á Febo han llamado;
Sin duda Celia salió.

CELIA.

Ya mi hermana se acostó,
Ya queda Lauro acostado.

LAURO.

¡Acostado! ¡Á Dios pluguiera!
No está sino aquí llorando
Ver que Febo está alumbrando
Mi Fabia, mi amada esfera.
¿Qué haré? que no puedo hablar.

CELIA.

No pude salir más presto;
Que es el novio tan honesto,
Que no me ha dado lugar.
Entró rebozado, y dijo
Que las luces le matasen
Y que todos se acostasen.

LAURO.

Es Lauro, Celia, prolijo;
Es siempre muy recatado.

CELIA.

Poco parece estudiante.

LAURO.

No seré yo semejante
Si llego á tomar estado.

CELIA.

¿Por qué no me habéis pedido
Á mis padres?

LAURO.

No me atrevo.

CELIA.

Pues hablad á Lauro, Febo.

LAURO.

Agora estará dormido,
Cansado de matar moros.

CELIA.

No digo agora, mi bien;
Que aunque mis padres no os den

Las grandezas y tesoros
Dignas de vuestra persona,
Yo lo supliré con almas;
Que las almas son las palmas
Con que el amor se corona.

LAURO.

Para daros yo la mía
No es menester más tesoro:
Ya con arreboles de oro
Parece que asoma el día.

CELIA.

Mucho os habéis engañado:
¿Deseáis iros?

LAURO.

No á fe;
La luz del lucero fué,
Que en esos vidrios ha dado.

Pinabel limpiándose los ojos.

PINABEL.

Sobre un poyo me he dormido
Aguardando á que saliese
Febo, porque no se fuese
Solo, y Febo no ha salido;
Que según la amistad es,
Si no es que el honor se agravia,
Estarán los dos con Fabia,
Ó se acostaron los tres.
La puerta querría buscar,
Y el tino della he perdido;
Que echar la aldaba he sentido
Y no con llave cerrar.
¡Válame Dios! Esta es
La pared de la escalera;
Aquí la noche primera
Le dije un requiebro á Inés.
Á mano izquierda ha de estar
El pozo; el brocal es éste:
¿Cosa que dentro me acueste?
Mejor fuera en el pajar.
La caballeriza es ésta.

Pone en Lauro las manos.

LAURO.

¿Quién va allá?

PINABEL.

¡Un caballo habló!

LAURO.

¿Quién va allá?

PINABEL.

Yo.

LAURO.

¿Quién es yo?

PINABEL.

Forastero es que se acuesta.

LAURO.

¿Hase de acostar en mí?

PINABEL.

Pensé yo que era el pajar.

CELIA.

Ya el alba comienza á dar
Sus rayos; salíos de aquí,
Febo, que os verá la gente.

LAURO.

¿Eres Pinabel?

PINABEL.

Yo soy.

LAURO.

Voces dan.

CELIA.

Á verlo voy.

Celia se vaya.

Fabia dentro.

FABIA.

¡Que esto un hombre intente! (1).

LAURO.

¡Ay de mí! ¿Qué puede ser?
Ésta es Fabia.

PINABEL.

Ese es su nombre.

FABIA.

¡Cómo! ¡Que se atreva un hombre
Á infamar una mujer!

Febo desnudo, con una espada desnuda, con ropa.

FEBO.

Lauro, Lauro, ¿estás aquí?

LAURO.

Sí, amigo.

FEBO.

¡Perdido soy!

LAURO.

¿De qué temes si aquí estoy?

Medio desnuda Fabia y destocada; Prudencio, viejo; Lisardo y criados con espadas y medio desnudos.

FABIA.

Lisardo, vuelve por ti.
¡Señor, Prudencio, señor!

LAURO.

¡Huye, Febo!

FEBO.

Pinabel,
Abre la puerta.

PRUDENCIO.

¿Qué es dél?
¿Por adónde va el traidor?

LAURO.

¿Qué furor os levanta desta suerte,
Desatinados hombres?

LISARDO.

Dime, Fabia,
¿No te quejabas de un traidor agora?
Pues ¿en qué pudo serlo tu marido?

FABIA.

¡Válgame el cielo! Lauro es éste.

LAURO.

Y Lauro

(1) Verso falto.

Es el que estaba agora entre tus brazos.

FABIA.

Entre mis brazos, padre, estaba Febo.

PRUDENCIO.

¡Febo! ¿Qué dices, loca?

FABIA.

Verdad digo;
Que si conmigo hubiera Lauro estado,
¿Cómo pudiera estar Lauro vestido?

LAURO.

Porque pude vestirme y levantarme,
Pues antes que la luz del sol saliese
Un hombre enamorado se levanta
Del lado de la dama que desea.

LISARDO.

Aquí hay traición.

LAURO.

Lisardo, ten prudencia;
Que si me levanté, fué porque había
Sentido un hombre en este mismo patio,
E imaginando que éste fuese Andronio,
De celos me vestí para matarle.

CELIA.

Por sosegar el daño que podría
Resultaros á todos, yo os confieso
Que el hombre estaba aquí, mas no era Andronio,
Sino Febo; que es Febo mi marido,
Y hoy concertamos que á mi padre hablase.

FABIA.

Celia, ¿es eso verdad?

CELIA.

Fabia, ¿qué dudas?
Toda la noche hablé con Febo.

FABIA.

¡Cielos!
Sin duda fué ilusión.

CELIA.

¿Qué mayor prueba
Que verme aquí vestida?

LAURO.

Verdad dice,
Porque el hombre se huyó con un criado,
Levantando el aldaba de la puerta.

PRUDENCIO.

Lauro, si Febo quiere á Celia, dile
Que en las casas honradas no es bien hecho
Estar toda la noche requebrando
Las hijas de los nobles.

LAURO.

Febo es mozo;
La boda fué la causa.

LISARDO.

Si él pretende
Á Celia, hable conmigo ó con mi padre.

LAURO.

Hoy os vendrá á pedir perdón de todo.

PRUDENCIO.

Pues alto: ¡por mi vida, que te vuelvas,
Lauro, á la cama con tu amada esposa!

LAURO.

Hame enojado Febo; no permitas
Que me vuelva á acostar sin que le hable.

PRUDENCIO.

Pues da los brazos á tu esposa, y vamos
Donde siquiera os den de almorzar juntos.

LAURO.

Vamos, si en esto algún servicio os hago.

CELIA.

Lauro, á mi Febo habla.

LISARDO.

¡Qué alboroto,
Celia, tus liviandades nos han dado!

PRUDENCIO.

Yo la perdono, porque en Lauro fío
Que él hará á Febo que por mi honra vuelva.

LAURO.

¡Oh amistad verdadera, en qué me he puesto!

FABIA.

Vamos, mi Lauro.

LAURO.

Vamos, prenda mía.
Febo es de noche, y yo lo soy de día.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO

FIGURAS DEL TERCER ACTO

Febo.	Cesarino, *hermano de Andronio.*	Brianto. } *Foragidos.*
Lauro.		Seto. }
Fabia.	Andronio.	Un capitán.
Celia.	Teodoro.	Soldados.
Dorena, *hermana de Febo.*	Guido, *caballero francés.*	El Preboste de París.
Pinabel.	Estacio, *criado suyo.*	Felino.
Leonido.	Nizardo. } *Foragidos.*	Tebano.
Prudencio, *viejo.*	Altero. }	Lisardo.

Febo con una carta, y Lauro y Fabia.

FEBO.

Mi padre escribe que es muerto,
Partirme á Francia es forzoso;
Di, Lauro, quién es su esposo
Á Fabia.

FABIA.

Mi daño es cierto.
No me digáis los dos más,
Todo lo tengo entendido.

LAURO.

Fabia, Febo es tu marido,
Hoy con Febo á Francia irás.
No des á tus padres cuenta;
Que me quitarán la vida;
Porque mi industria sabida,
La juzgarán por afrenta;
Que tienes mejor marido
Que te hubiera dado en mí.

FABIA.

Lauro, aunque engañada fuí,
Sólo en mi gusto lo he sido,
Y pues que soy engañada,
Entre dos que son tan buenos,
Podré decir, á lo menos,
Que no he sido desdichada.
No quiero, en lo que ya es hecho,
Dar voces, que no han de darme
Remedio, sino admirarme
De la lealtad de tu pecho.
Tomar venganza de ti,
Justa cosa, Lauro, fuera,
Si menos méritos viera
En el que me das por ti.
De mis padres y parientes,
Lauro, te puedes guardar,
Que han de recibir pesar
De que su intención afrentes;
Que yo, pues es ya mi esposo,
Feliz seguiré mi suerte,
Así por no hablarte y verte,
Como porque ya es forzoso.

LAURO.

Habla, Febo, en mi disculpa.

FEBO.

Señora, de mí os quejad;
Si sabéis nuestra amistad,
No deis á Lauro la culpa.
Enfermé, llegué á morir,
Con su sangre me curó,
Que, pues con vos me sanó,
Su sangre puedo decir.
Gran virtud usó conmigo;
No queráis obscurecer
Su gloria, pues supo ser

Lauro verdadero amigo.
Noble soy y caballero;
Heredado, Fabia, estoy,
Y en fin.....

FABIA.

Febo, vuestra soy,
Por fuerza ó gusto ya os quiero.
No digo á Francia, á la China,
Más remota, iré con vos,
Como no os juntéis los dos,
Á quien amor desatina;
Que por no ver quien ha sido
Traidor á amor tan profundo,
Viviera en el fin del mundo
Con menos noble marido.
Voy á sacar algún oro
Por si fuera menester;
Que lo que ha de suceder
En este camino, ignoro.
Llevaré á Celia también
Conmigo, por mi consuelo,
Y mientras el tiempo, el cielo,
Vida y lágrimas me den,
Diré, haciéndole testigo
De tu engaño y de mi amor,
Que fuiste amante traidor,
Aunque verdadero amigo.

Váyase Fabia.

FEBO.

Ya es ida, y determinada;
Que es mujer, Lauro, en efeto;
Aquí es forzoso el secreto
Y el abreviar la jornada.
Alza los ojos del suelo:
¿Agora desmayas, Lauro?

LAURO.

Mi vida en tu voz restauro,
Que tienes virtud del cielo.
No pude menos estar
Vergonzoso á sus razones;
Ya, Febo, que te dispones
Á partir y á caminar,
Mira lo que has menester.

FEBO.

Dinero, que es pies y manos.

LAURO.

Partiremos como hermanos,
Vete á esperar tu mujer.

FEBO.

¿Para qué, si ha de salir
Con su hermana?

LAURO.

Pues diremos
Que á mi casa irnos queremos
Á comenzar á vivir
Para ordenar nuestras cosas.

FEBO.

Tú la llevarás de aquí.

LAURO.

No, sino tú, porque á mí
Me quedan las más forzosas,
Que es resistir el furor
De sus parientes burlados,
Y están en ti mejorados
De hacienda, sangre y valor.

FEBO.

No están, pues que te han perdido.

Celia y Fabia, con capotillos y sombreros.

CELIA.

¿Adónde dices que vamos?

FABIA.

Á una huerta.

LAURO.

No perdamos
Tiempo: las dos han venido.

CELIA.

¡Febo mío!

FEBO.

¡Mi señora!

CELIA.

¿Cuándo se ha de concluir
Nuestra boda?

FEBO.

Hay que decir
Mil cosas sobre eso agora.
Venid conmigo, que os quiero
Hablar despacio.

LAURO.

Ya, Fabia,
Te vas; tú eres cuerda y sabia,
Mucho en tu valor espero.
Trata á Febo como es justo;
Que en él me llevas á mí.

FABIA.

Si he de hallarte en él á ti,
Llevaré mortal disgusto.
No me digas por consuelo
Que en su pecho te he de hablar,
Porque si en Febo has de estar,
Pediré mi muerte al cielo;
Antes, con mi voluntad,
Con mi amor, en lazo estrecho,
He de borrar de tu pecho
La imagen de tu amistad.
Que mientras della se paga,
Y tu retrato perjuro
Viere en su altar, yo te juro
Que en él oración no haga.

LAURO.

¿Tanto me aborreces?

FABIA.

Tanto.

LAURO.

Y ¿quieres á Febo?

FABIA.

Sí.

LAURO.

Pues más me obligas ansí.

FABIA.

De tus infamias me espanto:

Quédate, bárbaro fiero,
Hombre sin ley, cuyo Dios
Es un amigo.

LAURO.

¿Los dos
Quieres juntos?

FABIA.

Uno quiero.

LAURO.

Y ¿quién es?

FABIA.

Febo.

LAURO.

¡Qué gusto
Que me das! Ese soy yo.

FABIA.

Luego ¿no eres Lauro?

LAURO.

No.

FABIA.

Pues quiero á Lauro.

LAURO.

Y es justo,
Pues tal marido te da.

FABIA.

Luego ¿no eres Febo?

LAURO.

Sí.

FABIA.

Pues ni quiero á él ni á ti
Si tú en él y él en ti está;
Porque estando tan unidos,
Que ya sois un mismo ser,
¿Cómo puede una mujer
Ser mujer de dos maridos?

Váyase Fabia.

CELIA.

Fabia se va.

FEBO.

Vé con ella;
Que ya os sigo.

CELIA.

Haré tu gusto.

Váyase Celia.

FEBO.

¿Hate mostrado disgusto?

LAURO.

¡Bravamente me atropella!
Dice que te ha de romper
Mi retrato dese pecho.

FEBO.

Y ¿qué sospechas?

LAURO.

Sospecho
Que es mujer, y ha de poder.

FEBO.

Lauro, ni Fabia gozada,
Que es menos que por gozar,
Lo que va de un loco amar
Á una posesión que enfada;
Ni el tiempo, ausencia, la muerte,
Te sacarán de mi pecho;
El tiempo es corto, y estrecho
El punto, pues no he de verte.
Quédate con Dios, que apenas
Pondré mi casa en París,
Y de mi padre Dionís
Las cosas, de pleitos llenas,
Pondré en alguna razón,
Cuando vuelva á verte á España.

LAURO.

Febo, el alma te acompaña;
Déjame tu corazón;
Que por un alma no es mucho
Que me dejes esa prenda;
También, Febo, te encomienda
Á Fabia mi honor.

FEBO.

¿Qué escucho?

LAURO.

En esta bolsilla van
Trescientos escudos, Febo,
Y no para lazo nuevo
Cuando los brazos le dan.
Llevarás esta cadena.....
Perdona, que el tierno llanto
No me deja hablar.

FEBO.

Me espanto
Que vivo.

LAURO.

Esto el tiempo ordena.
Vete, que aguardan.

FEBO.

Adiós.

LAURO.

Toda el alma se me va.

FEBO.

Antes yo me quedo acá,
Y vamos juntos los dos.

Vanse los dos.

Lisardo y Felino entren.

LISARDO.

Mira si está Andronio en casa,
Que ha días que no le veo.

FELINO.

Pagaste mal su deseo.

LISARDO.

Tú sabes bien lo que pasa.
No culpes mi voluntad,
Porque si se casa Fabia,
Fabia, Felino, le agravia,
No le agravia mi amistad.
Ella quiso á Lauro bien,
Ella misma se casó;
Mi padre lo consintió,

Culpa á mi padre también.
Sabe Dios cuánto me holgara
Que mujer de Andronio fuera;
Cuando ella á Andronio eligiera,
Harto mejor se empleara.
Aquí viene Cesarino,
Su hermano.

LISARDO.

Pues ¿dónde bueno?

CESARINO.

Vengo de mí mismo ajeno:
¡Fabia y Celia de camino!

LISARDO.

¿Adónde á Celia y á Fabia
Habéis visto?

CESARINO.

No fuí yo
El que á Fabia y Celia vió.

LISARDO.

Pues ¿quién os lo ha dicho?

CESARINO.

Otavia,
Que venía de Alcalá
Y vió con Febo á las dos.

LISARDO.

¿Con Febo? ¡Bueno, por Dios!
Luego ¿iba Lauro allá?

CESARINO.

Esto sé.

LISARDO.

Siempre he temido
Algún mal de aquesta boda.

CESARINO.

¡Qué tragica ha sido toda!

LISARDO.

¡Válame Dios! ¿Qué habrá sido?
Días ha que á vuestro hermano
No he visto; á hablarle venía.

CESARINO.

Burláisos ¡por vida mía!
¿Es término cortesano?

LISARDO.

¿De qué suerte?

CESARINO.

Al mismo punto
Que Lauro á Fabia gozó,
Tan gran frenesí le dió.

LISARDO.

¡Válame Dios! ¿Es difunto?

CESARINO.

No, Lisardo; poco menos.

LISARDO.

¿Cómo?

CESARINO.

Á Francia se partió.

LISARDO.

¿Á Francia?

CESARINO.

Así se entendió.

LISARDO.

¡Oh celos, de engaños llenos!
Pues ¿tan lejos.....

CESARINO.

Él decía
Que antes de mirar casada
Á Fabia, y de otro gozada,
Morir ausente quería.
No sé yo si el frenesí
Hasta Francia llegará;
Mas si llega, estará allá
Según se partió de aquí

LISARDO.

Mucho caminan los celos.

CESARINO.

Mucho; lo que dura el paso.

LISARDO.

Esotro es notable caso;
Airados están los cielos.
No sé yo lo que esta ausencia
Significa; á verlo voy.

CESARINO.

Confuso estoy,

LISARDO.

Y yo estoy
Esforzando mi paciencia.

Entren Prudencio y Tebano.

PRUDENCIO.

¿Estás en lo que dices?

TEBANO.

No se suena
Otra cosa en la corte.

PRUDENCIO.

Fabia es ida.

TEBANO.

Señor, no se ha excusado el darte pena.

LISARDO.

Mi padre es éste, la color perdida,
Alterado, solícito y turbado.

PRUDENCIO.

Pues ¿cómo fué sin Lauro la partida?

LISARDO.

Señor, ¿qué es esto?

PRUDENCIO.

¡Qué buen cobro he dado,
Lisardo, de mi honor! Sin mi licencia,
Febo tus dos hermanas me ha llevado.

LISARDO.

¡Cómo, señor! ¿Sin Lauro han hecho ausencia?
Á Celia debe de llevarte Febo,
Si va á París, para cobrar su herencia.
Fabia estará con Lauro.

PRUDENCIO.

Apenas muevo
Los pasos de temor. Pues ¿no podía
Pedirme á Celia en paz ese mancebo?

CESARINO.

Su casa es ésta; llama, en Dios confía,
Que no será lo que sospechas.

PRUDENCIO.

Llama,

Guardando agora á Aurelio cortesía.

PINABEL.

¿Quién llama?

LISARDO.

¡Oh Pinabel!

PRUDENCIO.

¡Cielos, mi fama
Se os encomienda!

LISARDO.

¿Dónde Lauro queda?

PINABEL.

Aurelio de dolor está en la cama;
No pienso que la vida le conceda,
Según siente el engaño que os ha hecho.

LISARDO.

¿Engaño Lauro? ¡Que esto el amor pueda!
Luego ¿sabe de Celia?

PINABEL.

Satisfecho
Que sabías el caso, hablé.

LISARDO.

Pues dile,
Habla, prosigue, ó pasaréte el pecho.

PINABEL.

Señor.....

LISARDO.

Habla, ó haré que se destile
Tu sangre por la lengua.

PINABEL.

Ello es forzoso.

LISARDO.

Habla.

PINABEL.

¡Que siempre el diablo me encandile!
Señor, no es Lauro de tu Fabia esposo,
Que Febo la gozó por orden suya,
Y el poder fué fingido y cauteloso.
Camino van de Francia; sangre es tuya;
Muy rico y noble es Febo.

PRUDENCIO.

¡Calla, infame!
Hijos, toda esta casa se destruye.

LISARDO.

¡Aquí, parientes!

PRUDENCIO.

Tú, esas armas dame,
Desplegaré las manos arrugadas.

PINABEL.

¡Favor, justicia!

LISARDO

¡Aunque el del cielo llame!
Que ansí se vengan honras agraviadas.

Metan mano todos y váyanse, y entren Andronio y Teodoro, criado suyo, en París.

ANDRONIO.

¡Qué bella ciudad París!

TEODORO.

Es en Europa famosa.

ANDRONIO.

Es el jardín de la hermosa
Y celestial Flor de Lis.
¡Qué populosa y qué grande!

TEODORO.

Ya por fama lo sabías.

ANDRONIO.

No habrá hombre que en dos días
En torno sus muros ande.
Florida Universidad,
Honra de la tierra franca.

TEODORO.

Sí; mas la de Salamanca
La excede en autoridad
Y en número de letrados.

ANDRONIO.

Famosos los hay aquí.

TEODORO.

Algo de sus damas di,
Si te dejan tus cuidados.

ANDRONIO.

Templando los va el ausencia,
Porque aparta de los ojos
La imagen de los enojos
Esta hermosa diferencia.
Porque el veneno de amor
Que por los ojos se bebe,
Como el objeto se mueve,
Mueve también el rigor.
Días ha que estoy aquí,
Y días ha que no veo
Cosa que temple el deseo
Como lo que agora vi.

TEODORO.

¿Es esta hermosa francesa
Que desta tienda salió?

ANDRONIO.

Harto bien me pareció.

TEODORO.

Pues ya la calle atraviesa.
Llega, y dile alguna cosa;
Mas ella te llega á hablar.

Dorena, dama francesa, en hábito negro, y criados.

DORENA.

Aquí os podéis apartar.
Español.....

ANDRONIO.

¡Madama hermosa!

DORENA.

Parecéis recién venido.

ANDRONIO.

De pocos días lo soy,
Que no ha un mes que en Francia estoy.

DORENA.

Pues por cortesía os pido
Me digáis de qué país.

ANDRONIO.

Soy del reino de Toledo,
Y del lugar que sin miedo

Puede igualar á París.

DORENA.

¿De la corte sois?

ANDRONIO.

Señora,
De Madrid soy.

DORENA.

¿Conocéis
Á Aurelio?

ANDRONIO.

Si allí tenéis
Algo que os importe agora,
Conozco á Aurelio y á Lauro,
Su hijo, y cierto mancebo,
Su amigo.

DORENA.

¿Qué nombre?

ANDRONIO.

Febo.

DORENA.

Con vos la vida restauro;
Dadme esos brazos.

ANDRONIO.

No sé
Si es á cambio esta ganancia.

TEODORO.

Pídele la paz de Francia
Para que vida te dé.

DORENA.

Febo, español, es mi hermano.

ANDRONIO.

Febo, señora, es mi amigo.

DORENA.

¿Está bueno?

ANDRONIO.

Soy testigo
De que queda bueno y sano.

DORENA.

¿Dónde?

ANDRONIO.

En Madrid.

DORENA.

¿De qué suerte?

ANDRONIO.

Ya no estudia.

DORENA.

¿La razón?

ANDRONIO.

Casóse Lauro.

DORENA.

Afición
Eterna, inviolable y fuerte.
¿Sabe que su padre es muerto?

ANDRONIO.

Cuando partí no sabía
Su muerte.

DORENA.

Escribíle el día
Que fué nuestro daño cierto.
Necesaria es su presencia.
¿Qué quiere hacer en España?

ANDRONIO.

Yo pienso que amor le engaña,
De Lauro en tan larga ausencia.

DORENA.

¿Con quién Lauro se casó?

ANDRONIO.

Con quien casarme pensé,
Que la ocasión cierta fué
De venir á Francia yo.

DORENA.

Luego ¿no sería acertado
Preguntaros si su esposa
Es hermosa?

ANDRONIO.

Fuera hermosa
Si no me hubiera olvidado,
Que un olvido mucho afea;
Pero yo os prometo á Dios
Que, imaginada con vos,
Me parece Fabia fea.

DORENA.

¿Fabia es su nombre?

ANDRONIO.

Así es.

DORENA.

La cortesía agradezco,
Mas yo sé que no merezco
Tal favor.

ANDRONIO.

Bésoos los pies.

DORENA.

Ha heredado grande hacienda
Febo; menester será
Que se venga por acá,
Aunque lo estorbe su prenda.
Y vos, porque sois su amigo,
En mi casa posaréis
Mientras en París estéis.

ANDRONIO.

Viene un hidalgo conmigo,
Y que no puedo os prometo.

DORENA.

Venga el hidalgo también;
Que bien habrá adonde estén.

ANDRONIO.

Madama, el favor aceto,
Porque sé la cortesía
Francesa.

DORENA.

Venid conmigo.

ANDRONIO.

Voy á decirlo al amigo
Que viene en mi compañía.

Éntranse Dorena y sus criados.

DORENA.

¡Qué español!

ANDRONIO.

¡Qué hermosa dama!

DORENA.

¡Bello talle!

ANDRONIO.

¡Rostro hermoso!

DORENA.

¡Qué galán!

ANDRONIO.

¡Qué cuerpo airoso!

DORENA.

Él se viene.

ANDRONIO.

Ella me llama.

DORENA.

¡Oh, cómo fuera yo sabia
Si tal marido escogiera!

ANDRONIO.

Si aquésta mi mujer fuera,
¡Qué presto olvidara á Fabia!

DORENA.

No le pregunté su nombre.

ANDRONIO.

El nombre no pregunté.

DORENA.

Allá basta.

ANDRONIO.

Allá podré.

DORENA.

¡Ay español, gentilhombre!

ANDRONIO.

¡Ay francesa, gentil dama!

TEODORO.

¿Qué ha sucedido?

ANDRONIO.

¡Ay de mí!

TEODORO.

¡Bueno! ¿Ya estamos ansí?
¿Qué tenemos?

ANDRONIO.

Casa y cama.

TEODORO.

Cuando yo en España oía
Comedias, vi que cansaba
Si el galán se enamoraba
Luego de aquello que vía;
Que con saber que en dos horas
La historia es fuerza acabar,
Un mes quisiera esperar
El punto en que te enamoras.
Contigo disculpo aquí
Lo que en las comedias veo;
Pero ya saber deseo
Qué casa y cama.

ANDRONIO.

Oye.

TEODORO.

Di.

ANDRONIO.

Ésta es hermana de Febo.

TEODORO.

Ya lo entendí.

ANDRONIO.

Por amigo
Suyo, me lleva consigo.

TEODORO.

¿Y te atreves?

ANDRONIO.

Y me atrevo;
Que es muerto su padre.

TEODORO.

Bien.

ANDRONIO.

Esta es rica y mujer sola.

TEODORO.

Presto la harás española.

Entren Guido, caballero francés, y Estacio, criado.

ESTACIO.

Con ella hablaba.

GUIDO.

¿Con quién?

ESTACIO.

Con Dorena hablando estaba.

GUIDO.

¿Si es éste?

ESTACIO.

Sí, el mismo es.

GUIDO.

¿Llegaré á hablarle?

ESTACIO.

Si ves
Que ahora de España acaba
De llegar, ¿por qué razón?

GUIDO.

¿Razón á los celos pides?
¡Ay, Estacio, no los mides
Con la amorosa afición!

Éntrense Andronio y Teodoro.

ANDRONIO.

Entra seguro.

TEODORO.

Por mí,
Donde tú fueres iré.

GUIDO.

¿Entraron allá?

ESTACIO.

No sé;
Sé que entrar dentro los vi.

GUIDO.

¿Como es eso? ¡Matarélos!

ESTACIO.

De Febo traerán, acaso,
Nuevas; detén, Guido, el paso.

GUIDO.

Más nuevos serán mis celos,

ESTACIO.

Si fueran de la nación,
Justo fuera que temieras.

GUIDO.

De naciones extranjeras,
¿No son hombres?

ESTACIO.

Hombres son.

GUIDO.

Pues quien del sol se recela,
De una flor, de una criada,
De cualquier cosa que agrada,
Oro, seda, perlas, tela,
¿No temerá un hombre, di,
Y más un hombre español,
Que es más que oro, perlas, sol,
Seda, tela y flores?

ESTACIO.

Sí;
Pero no es ésta ocasión
Para que te cause pena.

GUIDO.

Estacio, es mujer Dorena.

ESTACIO.

Y éstas que vienen lo son.

GUIDO.

Al traje de España vienen.

ESTACIO.

Españolas son las dos.

GUIDO.

Gran gente viene ¡por Dios!
¡Qué sospechoso me tienen!

Entren Febo, Celia, Fabia y criados, de camino.

FEBO.

Ésta, Fabia, es mi casa; no tan grande
Como á lo que mereces convenía.

FABIA.

Haced que den aviso á vuestra hermana.

FEBO.

Fabia, por no mover la parentela,
Para entrar en París con más secreto,
No quise que mi hermana tenga aviso.
La casa en todo tiempo, al cielo gracias,
Está desocupada, pues faltando
Mi padre, apenas habrá dentro un hombre.
Llama, Leonido.

LEONIDO.

¿Quién está en su casa?

GUIDO.

Llaman, Estacio, en casa de Dorena.

ESTACIO.

Sin duda es Febo, que de España viene;
No tengas miedo, no, de aquellos hombres,
Que sin duda de Febo son criados.

FEBO.

Di que está Febo aquí, si te responden.

Un escudero salga.

ESCUDERO.

¿Quién está ahí, quién es?

LEONIDO.

Decid, hermano,
Que está aquí Febo.

ESCUDERO.

¡Febo, santos cielos!
Madama, albricias, Febo está á la puerta.

Salgan Dorena y criados.

DORENA.

Febo, ¿qué dices?

FEBO.

¡Dulce hermana mía!

DORENA.

¡Hermano de mis ojos!

FEBO.

No es posible,
Mirándote, poder tener las lágrimas,
Con la memoria de mi padre muerto.

DORENA.

Es tanta de tu vista el alegría,
Que della más que de su muerte nacen.

FABIA.

Dadme, dama hermosa, vuestros brazos.

FEBO.

Á Fabia, mi mujer, los das, hermana.

DORENA.

¿Eres casado?

FEBO.

A tu servicio vengo
De España con mujer hermosa y noble.
Ésta es Celia, su hermana, que ha querido
Acompañarla.

DORENA.

Á entrambas doy los brazos;
Pero un huésped que tengo por tu causa,
Me dijo que el casado era tu amigo.

FEBO.

¿Huésped tienes? ¡Cielo! ¿si es mi Lauro?

FABIA.

Sin duda es Lauro.

CELIA.

Lauro habrá llegado
Más presto por la mar, si Lauro ha sido.

DORENA.

Llama aquese español.

FEBO.

¡Extraño caso!
¿Qué me podrá faltar, inmensos cielos,
Si en cambio de mi padre hallo en mi casa
Á Lauro, que es el padre que he tenido
Después que fuí extranjero de mi patria?

FABIA.

Créolo de su amor.

CELIA.

Lauro es, sin duda;
Que otro ninguno tal fineza hiciera.

Entren Andronio y Teodoro.

ANDRONIO.

¿Quién dices que ha venido?

FABIA.

Éste es Andronio.

FEBO.

Andronio, ¿tú en mi casa?

ANDRONIO.

Habrá dos horas
Que preguntado, Febo, de tu hermana
Por ti, quiso pagarme las albricias
De tu vida y salud, en lo que has visto.
Tu amigo soy.

FEBO.

Y yo me precio dello
Y de tener un huésped tan honrado.

ANDRONIO.

Iré, con tu licencia, á mi posada;
Que he venido á París á mis negocios.

FEBO.

No irás, que esa no es justa cortesía;
Lo que ha hecho mi hermana está bien hecho;
Entra, y entremos todos en mi casa,
Que bien cabemos todos.

TEODORO.

De mi parte,
Beso tus manos.

DORENA.

¡Febo mío!

FEBO.

¡Dorena!

DORENA.

¿Vienes bueno?

FEBO.

Pues ¿no, si te hallo buena?

Éntrense.

GUIDO.

¿Ves, Estacio, que las almas
Tienen cierta profecía?

ESTACIO.

Por graciosa niñería
Te apasionas y desalmas.

GUIDO.

El huésped es sospechoso,
Yo le he de sacar de allí.

ESTACIO.

Tú serás, pues está aquí
Febo, de Dorena esposo;
Deja esos vanos recelos.

GUIDO.

Ven, y sabrás mi intención;
Que á perderse la invención,
Se hallará.....

ESTACIO.

¿Dónde?

GUIDO.

En los celos.

Entren Lauro y Pinabel.

LAURO.

¿Eso me cuentas?

PINABEL.

No sé
Cómo te diga el suceso:
Llevando á tu padre preso,
Tanta su congoja fué,
Que allí se cayó difunto.

LAURO.

¡Ay, padre del alma mía!
¡Oh, maldiga el cielo el día,
La hora, el instante, el punto
Que á Febo llevé conmigo
Á que Celia entretuviese!
No porque agora me pese
De haber sido honrado amigo;
Mas por el daño cruel
Que á mi casa ha resultado,
Y más á mi padre amado,
Pues tengo vida por él.
Vinieron de mano armada
Á matarme; defendíme,
Que es bien que la honra anime,
Más que la vida, á la espada.
Maté al fiero Cesarino,
Hermano de Andronio, ausente;
Huí, siguióme la gente,
Herí la gente que vino,
De los cuales uno es muerto.
Hanme mi hacienda tomado;
Mas ¡por Dios! que aunque he quedado
De hacienda y honra desierto,
Sólo siento que por mí
Muera mi padre.

PINABEL.

Tú has hecho
Una amistad sin provecho,
De gran daño para ti.
¡Cuerpo de tal! ¿Qué locura
Con este francés te dió,
Que tu gusto te llevó
Con tanta desenvoltura?
¡Bien te ha pagado el villano!

LAURO.

Calla, loco Pinabel;
No me digas nada dél,
Que pondré á la espada mano,
Y ¡por el cielo bendito,
Que te corte de manera
La cara, que dondequiera
Conozcan el sobrescrito!
Febo es el rey de los hombres,
No hay más bien que Febo en mí;
Cuando dél me hables á mí,
Así quiero que le nombres.
Dejo lo que debo á Dios,
Que Dios sobre todo es rey;
Pero si amistad es ley,
Esta ley vive en los dos.
Y estoy perdido: ¿qué haré,
Dónde iré sin padre y casa,
Sin patria y Febo?

PINABEL.

Esto pasa.....

LAURO.

¿Qué dices?

PINABEL.

Digo que á pie
Nos lleguemos de aquí á Francia,
Donde te socorra Febo.

LAURO.

Verle pobre no me atrevo,
Que no es larga la distancia;
Porque no piense jamás
Que el interés me movió.

PINABEL.

Esto te aconsejo yo.

LAURO.

¿No hay remedio?

PINABEL.

Éste no más.

LAURO.

Pues alto: aunque sea pidiendo
Limosna, á Francia camina.

PINABEL.

Lo que te debe imagina.

LAURO.

Eso sólo estoy temiendo,
Y que limosna no saques.

PINABEL.

Pediré por cortesía,
Por Dios, por Santa María
Y por lo señor San Jaques.

Váyanse.

Entren Celia y Andronio.

CELIA.

Hízome Febo este engaño,
Ó á lo menos Lauro fué.

ANDRONIO.

Por Dios, ¡que es suceso extraño!
Nunca yo tener pensé
Compañeros en mi daño.
Y cuando en París os vi
Pensé que viniera aquí
Lauro también, con las dos.

CELIA.

Á nadie toca ¡por Dios!
Este engaño, como á mí.
De la corte me sacaron
Sin que el suceso supiese,
Que lejos me declararon.

ANDRONIO.

Cuando remedio no hubiese.....

CELIA.

Á los dos nos engañaron;
Que mi hermana imaginaba
Que á Lauro, Andronio, gozaba,
Pero de noche venía
Febo, y el alba aun no vía
Si Febo se levantaba.
¡Oh, mis padres! ¿Qué habrán hecho?

ANDRONIO.

¡Cómo habrá Lauro quedado
De la hazaña satisfecho!

CELIA.

Él espera amigo honrado
De gran valor, de gran pecho.
Por ser caso de amistad
No le culpo.

ANDRONIO.

Así es verdad.

CELIA.

Y porque contigo ¡ay, cielos!
Deste peñasco de celos
Descanse la voluntad.
Un Sísifo traigo en ella,
Y en la rueda de Ixïon
Así el amor me atropella,
Que mi alma y corazón
Van dando vuelta por ella.
Vuélveme, si á España vas,
Andronio, á la patria.

ANDRONIO.

Creo
Que en tanta desdicha estás,
Que si te ofrezco el deseo
No puedo servirte en más;
Que desde que vine aquí
Y á Dorena, Celia, vi,
Ya mis sentidos remotos
Piensan que he comido el Lothos
Ó que en el Lethe bebí.
Ni me acuerdo de tu hermana,
Ni de mí propio me acuerdo.

CELIA.

Con mi fortuna inhumana
Juego al ajedrez, y pierdo
La vida que el tiempo gana.
En Lauro, en Febo y en ti,
Tres casas muda mi fama,
El mate viene tras mí,
Pues no hay peón que á la dama
No diga: Jaque de aquí.
Desesperada me voy,
De mi voluntad corrida.

Váyase Celia.

ANDRONIO.

No menos, Celia, lo estoy
De no ofrecerte la vida;
Perdona, que de otra soy.

Éntre Teodoro, y Estacio, francés.

TEODORO.

Por ti pregunta el francés,
Andronio, que ves conmigo.

ANDRONIO.

¿Qué quiere?

TEODORO.

No sé lo que es.

ESTACIO.

Hablar quisiera contigo.

ANDRONIO.
Habla, pues solo me ves.
ESTACIO.
Lee este papel.
ANDRONIO.
¿De quién?
ESTACIO.
De un caballero.
ANDRONIO.
Está bien.
¿Es el galán de Madama?
ESTACIO.
Guido sé yo que se llama:
Lee, y donde te dice ven.

Lea:

«En Francia se usa averiguar cuerpo á cuerpo, en campaña, los agravios: donde os guiare ese gentilhombre, os espero con sola espada y daga.—*Guido.*»

¡Fuerte determinación!
TEODORO.
¿Qué hay?
ANDRONIO.
Nada: francés, vamos.
ESTACIO.
Eres de fuerte nación.
ANDRONIO.
Allá también esto usamos.
ESTACIO.
Ven.
TEODORO.
¿Qué es esto?
ANDRONIO.
Celos son.

Vanse.

Salen cuatro franceses bandoleros, Nizardo y Seto, Altero y Brianto, con sus escopetas.

NIZARDO.
Los cuatro tomaremos esta senda,
Pues la que va á París tomó Grimanto.
SETO.
Á la noche tus dichas encomienda,
Que de los hurtos es cubierta y manto.
ALTERO.
Ofrécele, Nizardo, alguna prenda,
Pues te desfavorece Apolo tanto.
BRIANTO.
Quedo, que asoma gente.
ALTERO.
Aquí te esconde.
NIZARDO.
El eco en estos cóncavos responde.

Entren Lauro y Pinabel.

LAURO.
¡Ay, Pinabel! Si el mar, aunque es tan fiero,
Llegara hasta París.....
PINABEL.
¿Tan mal te trata
El caminar á pie?
LAURO.
Soy caballero,
Y, como ves, el ir á pie me mata.
PINABEL.
Todos somos de carne: ¿qué arriero,
Qué labrador no siente el ir á pata?
LAURO.
Sí; mas un hombre noble peor lo lleva.
PINABEL.
Todos nacimos de Adrián y Esgueba.
LAURO.
Deseo ver mi Febo.
PINABEL.
Yo una cama.
NIZARDO.
¡Ténganse!
PINABEL.
¿Á quién?
ALTERO.
¡Al diablo!
PINABEL.
¿Por qué efeto?
BRIANTO.
Por esta que la otra junta enrama.
LAURO.
Señores, yo soy pobre.
PINABEL.
Y yo pobreto.
SETO.
No se cumple con eso. En esta rama
Los ata.
LAURO.
Atad, señores, que os prometo
Que de limosna vengo mi camino,
Desde España á Francia peregrino.
BRIANTO.
Éste no trae un cuarto.
ALTERO.
Ni éste un cero.
NIZARDO.
Pues alto: á la cabaña, y los vestidos
Nos dejarán en cambio del dinero.
LAURO.
Sin vestidos los dos fuimos nacidos.
SETO.
Á mí me agrada este español sombrero.
ALTERO.
Á mí aquestos valones guarnecidos.
NIZARDO.
Vayan á la cabaña.
ALTERO.
¡Buena espada!
PINABEL.
Mucho te cuesta Febo.
LAURO.
Todo es nada.

Éntrense.

Salgan Guido y Estacio, y Teodoro y Andronio.

GUIDO.

Solo os llamaba yo.

ANDRONIO.

Solo venía.

TEODORO.

Si érades dos, bien hizo.

GUIDO.

Bien seguro
Pudiera estar.

TEODORO.

Tú tienes compañía.

GUIDO

Los dos mirad.

TEODORO.

Reñir, francés, procuro.

ANDRONIO.

¿Qué quieres?

GUIDO.

Que es Dorena prenda mía:
Sal de su casa luego, ó ¡por Dios juro
Que habemos de morir!

ANDRONIO.

Yo morir quiero.

GUIDO.

Pues ven, que con espada y daga espero.

Éntrense, y salga Febo muy acompañado, y el Preboste de París, que es como juez.

PREBOSTE.

Seáis, señor sobrino, bien venido.

FEBO.

Para servir á Vuesa Señoría.

PREBOSTE.

Y casado también, que sé que ha sido
Como á vuestra nobleza convenía.

FEBO.

De España un caballero bien nacido,
Me dió, señor, la hermosa prenda mía.

PREBOSTE.

Así estoy informado.

FEBO.

Dad licencia
Para que os vea.

PREBOSTE.

Voy agora á audiencia.
Huélgome que á París hayáis llegado
Cuando ocuparos puedo en ejercicio
Conforme á vuestro honor, pues sois letrado.

FEBO.

De padre y de señor hacéis oficio.

Éntre Lauro, pobrísimo y robado.

LAURO.

Dejando al triste Pinabel atado
Á un roble, como el águila de Ticio,
Vengo á París, por ver si hallando á Febo
Algún remedio de sus manos llevo.

Hablan entretanto Febo y el Juez.

Robáronme el vestido que traía:
No iré á su casa, porque no me vea
Fabia, que de otra suerte ver solía,
Pues que vengarse de mi mal desea.
Valióme la humildad y cortesía;
Que no hay amparo que mayor lo sea
Para los extranjeros y rendidos,
Dando con menos palos los vestidos.
¡Válgame el cielo! Apenas los pies muevo
En la insigne ciudad honor del mundo,
Cuando me muestra mi ventura á Febo:
Éste es Febo, éste es mi (1) yo segundo.
Hablarle desta suerte no me atrevo;
Pero si en la verdad de los dos fundo
Mi atrevimiento, agora saber quiero
Si Febo fué mi amigo verdadero;
Que así roto, en presencia desta gente
Me pagará el amor que me ha debido.

De rodillas.

Dad, Febo, ilustre á un pobre, así os aumente
El cielo, que por Dios limosna os pido:
Salteadores del monte que está enfrente
Desta ciudad, mis armas y vestido
Me han robado.

FEBO.

¿No hay otro ninguno
Á quien pedir?

LAURO.

Soy pobre.

FEBO.

Y ¡qué importuno!

Váyanse todos; quede Lauro solo.

LAURO.

Caeréme de mi estado
En este suelo, cielo?
Mas no, porque aun el suelo
Huirá de un desdichado;
Mas ¡ojalá se abriese,
Para que en sus entrañas me escondiese!

Levántase.

¡Jesús! ¿Qué es lo que veo?
¡Jesús! ¿Qué es lo que escucho?
Es hombre al fin, no es mucho;
¿Si es Febo? No lo creo:
Pagó la amistad mía.
¡Mal haya el hombre que del hombre fía!
¿Que yo me persüada
Que no me ha conocido
Aunque es pobre el vestido?
No me ha tocado en nada,
No, sino que su honra
Tuvo el hablarme á pública deshonra.
Pues ¿cómo por un hombre

(1) Falta el *mi* en la Parte IV.

Que viene deste modo,
Por darse todo en todo
Á tu fingido nombre,
No la sufriste un día?
¡Mal haya el hombre que del hombre fía!
¿Hay cosa semejante?
¿Éste es Febo? No es Febo,
Sino un Falaris nuevo;
Mas no paséis delante
Lengua, que, aunque enemigo,
¡Sois vos de un hombre verdadero amigo!
Cuando de hambre muerto,
Cansado de un camino
Tan largo, Lauro vino,
Febo, á tu dulce puerto,
¿Usas tal tiranía?
¡Mal haya el hombre que del hombre fía!
Pues ¿tengo de ir pidiendo
Limosna adonde vives,
Ya que no me recibes
Cuando me ves muriendo?
¡Eso no, Febo ingrato;
Que Fabia te ha enseñado ese mal trato!
A Fabia vengas fiero:
Pues de París me salgo,
No digas que me valgo
De tu tierra, en que muero.
¡Adiós, amistad mía!
¡Mal haya el hombre que del hombre fía!

Váyase, y entren Andronio y Teodoro con el cuerpo de Guido muerto.

ANDRONIO.
¿Justicia dices que viene?
TEODORO.
La que busca salteadores.
ANDRONIO.
Que el cuerpo escondas conviene.
TEODORO.
Entre estas peñas mayores
Asiento esta cueva tiene.
ANDRONIO.
Pues alto: métele allí.

Los salteadores entren huyendo.

ALTERO.
El capitán Borbón viene.
BRIANTO.
Más de cien soldados tiene.
NIZARDO.
Pocos fueran para mí,
Á no haberlos dividido.
ALTERO.
Súbete al monte, Nizardo.
TEODORO.
Un capitán ha venido
Con cien soldados.
ANDRONIO.
¿Qué aguardo?
Moriré si soy sentido.

Dentro.

¡Ataja, ataja; allí van!
TEODORO.
Ya se acerca el Capitán.
ANDRONIO.
En gran confusión estoy.

Éntre Lauro.

LAURO.
Buscando mi muerte voy.

Dentro.

¡Ataja, ataja, Tristán!
ANDRONIO.
Éste, sin duda, es soldado;
Huye, Teodoro, á París.

Váyanse Teodoro y Andronio.

LAURO.
¿Cómo de haberme mirado,
Hombres, solamente, huís,
Pobre, solo y desarmado?
Sin duda soy basilisco.
En este empinado risco
Se muestra una cueva obscura,
Cuya frente por su altura
Cubre arrayan y lentisco.
La hambre crece, el cuidado
Y el cansancio no me dejan
Ir esta noche á poblado:
¡Oh, qué de cosas me aquejan,
Febo, por haberte amado!
Nunca yo viniera á verte,
Nunca me desengañara,
Pues excusara mi muerte,
Y allí contento quedara
De servirte y de quererte.
Cierta es mi muerte; procura,
Cuerpo, esta vil sepultura.
¡Adiós, España querida!
Aquí me sepulto en vida;
Recebidme, cueva obscura.

Éntrese, y salga el Capitán, justicia y soldados.

CAPITÁN.
Impide la espesura de los árboles
El verlos y seguirlos.
SOLDADO.
Estas cuevas
Los deben de esconder.
CAPITÁN.
Miraldas todas.
SOLDADO.
En ésta quiero entrar.
CAPITÁN.
Lleva delante

El arcabuz, Otón.

SOLDADO 2.º

Mucho estimara
Que llevaras del monte alguna presa.

CAPITÁN.

Por mandato del Rey al monte vine;
Sin presa, Estacio, no saldré del monte.

Salga el soldado que entró en la cueva.

SOLDADO.

¡Caso notable!

CAPITÁN.

¿Cómo?

SOLDADO.

En esta cueva
Están dos hombres.

CAPITÁN.

Préndanlos.

SOLDADO.

Aguarda:
El uno está durmiendo, el otro muerto.

CAPITÁN.

La una es muerte breve, la otra larga.

SOLDADO.

Esta espada sangrienta, entre las peñas
Hallé también.

CAPITÁN.

Espera: entremos todos;
Aquí debe de haber gente escondida.

SOLDADO.

La presa es cierta.

SOLDADO 2.º

Por aquí desciende.

CAPITÁN.

Las secas ramas con la cuerda enciende.

El Juez ó Preboste de París, Fabia, Celia, Febo y criados, y Dorena.

PREBOSTE.

Por muy vuestro me tened.

FABIA.

Dadme, señor, vuestra mano.

PREBOSTE.

Febo es hijo de mi hermano.

FEBO.

Á todos hacéis merced.

PREBOSTE.

Pues conmigo en un jardín
Quiero que los tres comáis.

FEBO.

Que sois mi padre mostráis.

DORENA.

Y que sois mi padre, en fin.

PREBOSTE.

Si mucho á Febo quería,
Hoy se dobla mi afición
Por esta buena elección.

FEBO.

No fué sino dicha mía.

Mas ¿qué os parece, señor,
De Celia?

PREBOSTE.

Que si tuviera
Un hijo, mujer le diera
En su virtud y valor.

CELIA.

Sólo honrarme habéis querido.
También aquéste perdí;
Que marido para mí
No debe de haber nacido.

Andronio y Teodoro entren.

ANDRONIO.

Entra, Teodoro, y podremos
La muerte disimular
De Guido.

TEODORO.

Querrás probar
Que aquí estas horas tenemos.

ANDRONIO.

Dame, señor, vuestros pies.

PREBOSTE.

¿Quién es este caballero?

DORENA.

Un huésped mío.

PREBOSTE.

Pues quiero
Vaya también con los tres.

DORENA.

Haced merced á Teodoro.

PREBOSTE.

Hoy todos me habéis de honrar.

ANDRONIO.

¿Hay mayor bien que mirar
Aquellos ojos que adoro?

Éntre el Capitán y soldados, traigan preso á Lauro.

CAPITÁN.

Por mandado de Vuestra Señoría,
Preboste general, corrí los montes
En busca de ladrones foragidos,
Con una escuadra, y sólo este hombre hallamos
Metido en una cueva, y á su lado
Un hombre muerto y la sangrienta espada;
Es español, y confesó el delito.

PREBOSTE.

¿El muerto es conocido?

CAPITÁN.

Ya en la plaza
Se puso el cuerpo, y le conocen muchos.

PREBOSTE.

¿Quién dicen que es?

CAPITÁN.

El caballero Guido.

PREBOSTE.

¿Mataste á Guido?

LAURO.

Yo le dí la muerte.

PREBOSTE.

Pues ¿por qué le mataste?

LAURO.

Por robarle.

PREBOSTE.

Aquí no hay más que hacer: ponle en un palo
Y quiébrale los brazos y las piernas;
Después, en una rueda atado el cuerpo,
Esté en el campo hasta que muera.

FEBO.

¡Cielos,
Éste es Lauro!

FABIA.

¡Ay Dios, si aquéste es Lauro!

TEODORO.

Andronio, aquéste es Lauro.

ANDRONIO.

¿De qué suerte
Á Francia vino en tan humilde traje,
Y confiesa también que á Guido ha muerto,
Habiéndole yo muerto en desafío?

FEBO.

Suplícote, señor, que un poco esperes;
Que quiero hablar este español.

PREBOSTE.

¿Conócesle?

FEBO.

En España le vi.

PREBOSTE.

Pues llega y háblale,
Y advierte que no puedo perdonalle.

FEBO.

Hombre, ¿por qué sin tormento
Confiesas, siendo español,
Cosa que no ha visto el sol?

LAURO.

No pocos tormentos siento.

FEBO.

Infamas la valentía
De España.

LAURO.

No es de importancia,
Pues que tú infamas de Francia
La amistad, contra la mía.

FEBO.

Yo, ¿cómo?

LAURO.

En no conocerme
Cuando arrodillado á ti,
Por Dios limosna pedí.

FEBO.

Eso ¿es probarme ó perderme?
¡Quíteme la vida el cielo
Si en París te vi otra vez!

LAURO.

Delante estaba el jüez
Y el otro que juzga el suelo.

FEBO.

¿Cómo vienes desa suerte?

LAURO.

Porque mi esposa te dí,
Todos me han tratado ansí;
Manda que me den la muerte;
Que quien así me ha pagado,
Bien podrá.

FEBO.

Lo que te debo
Te pagaré.

LAURO.

¿Lloras, Febo,
Después de haberme negado?

FEBO.

Gran Preboste de París,
No quiere Dios, ni consiente,
Que pague el que está inocente
La muerte que le pedís.
Mi conciencia me acusó,
Yo he muerto aquel caballero.

PREBOSTE.

¿Qué dices?

FEBO.

Que morir quiero.

PREBOSTE.

¿Cómo, quién le ha muerto?

FEBO.

Yo.
Yo digo que he muerto á Guido,
Y que este hombre está inocente.

LAURO.

¡Cómo engaña fácilmente
La ira al primer sentido!
Á Febo culpé de ingrato;
Febo no me conoció
Cuando desnudo me vió;
Mal juzgué de su mal trato.
Mal he hecho, pues por mí
Quiere ofrecerse á la muerte;
Mas culparéme de suerte,
Que muera por él aquí.
Señor, alguna locura
Obliga á este caballero.

FEBO.

Confesar la verdad quiero.

ANDRONIO.

Morir por Lauro procura.
¡Qué fineza de amistad!

LAURO.

Caballero, no os culpéis.
¿Cómo á Guido muerto habéis
Sin salir de la ciudad?
¿No veis mi espada sangrienta
Y que me hallaron con él?

FEBO.

Yo le maté, porque dél
Recibí ayer cierta afrenta,
Y llevarle hice allí
Porque estuviese escondido.

PREBOSTE.

Sobrino, ¿por qué has querido
Culparte y matarme á mí?
Calla, que no seré parte

Para que vivas.

FABIA.

Señor,
¿Por qué con tanto rigor
Quieres, sin culpa, culparte?

FEBO.

Fabia, si yo he muerto á Guido,
¿Por qué Lauro ha de morir?

FABIA.

Señor, él quiere fingir
Que le ha muerto.

FEBO.

No he fingido,
Sino que le he dado muerte.

LAURO.

¿Cómo, si le he muerto yo?

PREBOSTE.

¿Cuál de los dos le mató?

LOS DOS.

Yo.

PREBOSTE.

Ninguno es desa suerte.
¿Quién recibió aquella afrenta?

LOS DOS.

Yo.

PREBOSTE.

¿Cuya es aquella espada?

LOS DOS.

Mía.

FABIA.

No preguntes nada;
Que Febo morir intenta
Porque éste es Lauro, su amigo,
Y Lauro porque este es Febo.

ANDRONIO.

Para un hecho heroico y nuevo
Ser español me ha movido.
Señor, ninguno le ha muerto
De los dos.

PREBOSTE.

Pues ¿quién?

ANDRONIO.

Yo fuí.

PREBOSTE.

¿Tú le has muerto?

ANDRONIO.

Señor, sí.
Yo le he muerto, y esto es cierto.

PREBOSTE.

Pues ¿por qué lo has confesado?

ANDRONIO.

Porque no muera aquí
Tan noble español por mí,
Que lo soy, y soy culpado.
Guido me desafió
Celoso de aquesta dama;
Matéle en campo, y la fama
De que el Capitán llegó
Á prender los salteadores
Me obligó á que le escondiese.

PREBOSTE.

¡Que esto en Francia sucediese
Por honra, amistad y amores!
¿Qué hiciera Roma si viera
Tres romanos tan famosos?
De oro y mármol preciosos
Pirámides os hiciera.
Á hablar al Rey quiero ir;
Todos aquí me esperad.

Váyase el Preboste.

FEBO.

Qué, ¿has dudado mi amistad?

LAURO.

Perdón te quiero pedir.
Vesme aquí, Febo, á tus pies,
Conozco que me has vencido.

Pinabel éntre, muy roto.

PINABEL.

Á buen tiempo habré venido,
Y moriremos los tres;
Que en el palacio se suena
Este caso extraño y nuevo,
¡Lauro mío, Fabia, Febo!

FABIA.

¿Quién es?

PINABEL.

Soy un alma en pena
Que con Lauro vine acá,
Y ladrones me han tenido
Atado y preso.

LAURO.

Has venido
Cuando tu dueño lo está.
Deja el gozo, Pinabel;
Que hay por acá mucho mal.

ANDRONIO.

No os pese en suceso igual
De mi fortuna cruel;
Que para daros la vida
Quise confesar la muerte.

DORENA.

¡Oh español hidalgo y fuerte,
Que hoy has de ser mi homicida,
Puse los ojos en ti,
Pensé que mi esposo fueras!

Éntre el Preboste.

PREBOSTE.

Dadme albricias.

FEBO.

Si pidieras
Las vidas.....

PREBOSTE.

Yo referí
Á Su Majestad el caso,
Y dice Su Majestad

Que envidia vuestra amistad,
Y que entréis, aunque de paso,
Á su Real aposento;
Que os quiere ver, y os perdona,
Rogándoos que su persona
Pongáis, por darle contento,
Por cuarto amigo en los tres.

FEBO.

Entremos, mas deste modo,
Que vaya ordenado todo
Antes de besar sus pies.
Lauro á Celia dé la mano,
Dorena á Andronio, yo á Fabia;
Respóndame el que se agravia.

LAURO.

Yo estoy contento.

ANDRONIO.

Yo gano
Entre mil bienes perdidos.

PREBOSTE.

Mirad que el Rey esperaba.

LAURO.

Aquí, senado, se acaba
La boda entre dos maridos.

FIN DE «LA BODA ENTRE DOS MARIDOS».

ÍNDICE

DE LAS

COMEDIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

		Páginas.
	Observaciones preliminares.	IX
[illegible]	La fuerza lastimosa.	1
[illegible]	Don Juan de Castro (primera parte).	47
[illegible]	Don Juan de Castro (segunda parte).	89
[illegible]	La doncella Teodor.	133
[illegible]	La prueba de los Ingenios.	179
[illegible]	El mármol de Felisardo.	223
[illegible]	La pobreza estimada.	267
[illegible]	La ley ejecutada.	311
[illegible]	El llegar en ocasión.	347
[illegible]	La discreta enamorada.	393
[illegible]	El halcón de Federico.	439
[illegible]	El anzuelo de Fenisa.	481
[illegible]	El servir con mala estrella.	527
[illegible]	La boda entre dos maridos.	567

PQ
6438
.A1
1890
v.14

Vega Carpio, Lope Felix de, 1562-
1635
Obras. --